

Tomo

I

Vol.

1



José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz (dirs.)

La Corte de Felipe IV (1621-1665)
Reconfiguración de la Monarquía católica

Colección
La Corte en Europa
Temas



Consejo de Dirección:

Profesor Doctor Agustín Bustamante
Profesora Doctora Concepción Camarero Bullón
Profesor Doctor José Martínez Millán
Profesor Doctor Antonio Rey Hazas
Profesor Doctor Manuel Rivero Rodríguez

José Martínez Millán,
José Eloy Hortal Muñoz
(dirs.)

LA CORTE DE FELIPE IV
(1621-1665):
RECONFIGURACIÓN
DE LA MONARQUÍA CATÓLICA

Tomo I - Volumen I



Ediciones Polifemo

Madrid, 2015

Ilustración de cubierta:

Diego de Silva y Velázquez: *Felipe IV*,
ha. 1626-1628, Museo del Prado, Madrid

© Archivo Oronoz

Colección *La Corte en Europa*, Temas 9 (Tomo I - Volumen I)

© Ediciones Polifemo

Avda. de Bruselas, 47 - 5º

28028 Madrid

www.polifemo.com

ISBN (Obra Completa): 978-84-16335-07-7

ISBN (Volumen I): 978-84-16335-08-4

Depósito Legal: M-27009-2015

Impresión: Nemacs Comunicación, S.L.

Avenida Valdelaparra, 27 - naves 18 y 19

28108 Alcobendas (Madrid)

LA CORTE DE FELIPE IV
(1621-1665):
RECONFIGURACIÓN
DE LA MONARQUÍA CATÓLICA

Tomo I - Volumen I

Índice de Autores

Gloria ALONSO DE LA HIGUERA (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

Ana CAMBRA CARBALLOSA (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

Diego CRESPI DE VALLDAURA, barón de Callosa

Alicia ESTEBAN ESTRÍNGANA (Universidad de Alcalá de Henares)

Ignacio EZQUERRA REVILLA (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

Francisco GIL MARTÍNEZ (Universidad de Almería)

Javier GÓMEZ DÍAZ (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

José Antonio GUILLÉN BERRENDERO (Universidad Autónoma de Madrid)

José Luis HERNANZ ELVIRA (Universidad Autónoma de Madrid)

Isabel HORTAL MUÑOZ (IULCE)

José Eloy HORTAL MUÑOZ (IULCE/Universidad Rey Juan Carlos)

Birgit HOUBEN (Universiteit Antwerpen)

Esther JIMÉNEZ PABLO (IULCE/Universidad de Granada)

Félix LABRADOR ARROYO (IULCE/Universidad Rey Juan Carlos de Madrid)

Alejandro LÓPEZ ÁLVAREZ (IULCE)

Marcelo LUZZI TRAFICANTE (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

Francisco José MARÍN PERELLÓN (Ayuntamiento de Madrid)

José MARTÍNEZ MILLÁN (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

Aurelio MUSI (IULCE/Università degli Studi di Salerno)

Fernando NEGREDO DEL CERRO (Universidad Carlos III, Madrid)

José Rufino NOVO ZABALLOS (IULCE/Universidad Pontificia de Comillas)

Virgilio PINTO CRESPO (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

Henar PIZARRO LLORENTE (IULCE/Universidad Pontificia de Comillas)

Javier REVILLA CANORA (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

Mar REY BUENO (Universidad Complutense de Madrid)

Carlos REYERO (IULCE/Universidad Autónoma de Madrid)

Anastasio ROJO VEGA (Universidad de Valladolid)

Raquel SALVADO (IULCE)

Frédérique SICARD (Université de Rouen)

Koldo TRÁPAGA MONCHET (IULCE/Universidade Nova, Lisboa)

ÍNDICE GENERAL

TOMO I - VOLUMEN I

Índice de autores	vii
Índice general	ix
Siglas y abreviaturas	xlv
Presentación,	
<i>José Martínez Millán</i>	xlix

INTRODUCCIÓN

1. EL REINADO DE FELIPE IV	
COMO DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA,	
<i>José Martínez Millán</i>	3
1.1. La decadencia de la Monarquía hispana en el siglo XVII	3
1.2. La decadencia durante el siglo XVIII. El atraso cultural	8
1.3. El concepto de decadencia durante el siglo XIX (1812-1875):	
La falta de libertad	14
1.4. El cambio de imagen de la decadencia de España	
durante el período de la Restauración	26
1.4.1. La polémica de la ciencia	27
1.4.2. La reinterpretación de la “decadencia”	
por Cánovas del Castillo	32
1.5. El debate regeneracionista sobre la decadencia española	36
1.6. La decadencia de la Monarquía hispana	
durante el régimen de Franco (1939-1975)	46
1.7. La decadencia de la Monarquía y el reinado de Felipe IV	
en la historiografía española actual	49
2. ANTIESPAÑOLISMO Y DECADENCIA EN LA CULTURA ITALIANA,	
<i>Aurelio Musi</i>	57
2.1. Españolismo/antiespañolismo	57

2.2. El antiespañolismo entre Felipe III y Felipe IV	59
2.3. El crepúsculo del sistema imperial español, la academia de Medinaceli y Paolo Mattia Doria	68
2.4. Antiespañolismo e Ilustración	75
2.5. En el romanticismo decimonónico:	
El mito negativo de la fundación nacional	77
2.5.1. <i>L'Inferiorità intellettuale degli italiani</i> :	
Francesco de Sanctis	77
2.5.2. Sismondi y el <i>Risorgimento</i> italiano	81
2.5.3. El uso político del estereotipo:	
El “españolismo parlamentario”	86
2.5.4. Feudalismo, parasitismo económico y <i>Mezzogiorno</i> español	88
2.6. El antiespañolismo radical en la primera mitad del siglo xx:	
Gabriele Pepe	93
2.7. La refundación historiográfica: de Croce a Galasso	102
2.7.1. Distribuciones, contextos y núcleos del juicio historiográfico	102
2.7.2. <i>La Historia del reino de Nápoles</i> :	
Una obra de refundación historiográfica	105
2.7.3. ¿Olvidar a Croce?	113
2.7.4. Nápoles española en la interpretación de Giuseppe Galasso	118
3. LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA EN EL IMAGINARIO DEL SIGLO XIX	
<i>Carlos Reyero</i>	130
3.1. Algunos recuerdos gloriosos del reinado de Felipe III	133
3.2. En torno a la “leyenda negra”	135
3.3. El ocaso de tres poderosos:	
Rodrigo Calderón, Villamediana y Valenzuela	138
3.4. El Madrid de Felipe IV	140
3.5. La privacidad de la corte	142
3.6. Felipe IV y los artistas	144
3.7. Fiestas en la corte de Felipe IV	147
3.8. Escenas del siglo XVII	149
3.9. Retratos a la moda del siglo XVII	152
3.10. La siniestra corte de Carlos II	158
3.11. La atracción del horror	161

LAS CASAS REALES

CAPÍTULO 1

<i>La casa del rey. La casa de Borgoña</i>	167
--	-----

1. LA REAL JUNTA DE BUREO

<i>José Martínez Millán, Ignacio Ezquerra Revilla</i>	167
---	-----

1.1. Contorno orgánico del Bureo en tiempo de Felipe IV	169
---	-----

1.1.1. Competencias gubernativas	182
--	-----

1.1.2. Competencias económicas	195
--------------------------------------	-----

1.1.3. Competencias jurisdiccionales	203
--	-----

1.2. La dificultosa imposición jurisdiccional del Bureo y la aprobación de las etiquetas de 1651	211
---	-----

1.3. Inercia y permanencia de la fricción jurisdiccional	227
--	-----

1.4. Limitación jurisdiccional del Bureo en tiempo de Carlos II	238
---	-----

1.5. Perfeccionamiento de la jurisdicción.	
--	--

El asesor y su relación con el Bureo

<i>Ignacio Ezquerra Revilla</i>	249
---------------------------------------	-----

1.5.1. La controvertida asistencia del asesor en el Bureo	260
---	-----

1.5.2. Perfil biográfico y funcional de los asesores del Bureo. El doctor don Pedro Marmolejo	266
--	-----

1.5.2. La revitalización de la usanza doméstica castellana en tiempo de Carlos II	296
--	-----

Apéndice documental	310
---------------------------	-----

2. LA TRANSFORMACIÓN INSTITUCIONAL DE LA CÁMARA REAL

DE LA MONARQUÍA HISPANA DURANTE EL SIGLO XVII

<i>José Martínez Millán, Koldo Trápaga Monchet</i>	317
--	-----

2.1. Evolución de la cámara	318
-----------------------------------	-----

2.1.1. Secretario de cámara	333
-----------------------------------	-----

2.1.2. Escribano de cámara	337
----------------------------------	-----

2.2. El incremento de mercedes a través de la cámara	340
--	-----

2.3. La reforma de la cámara de 1636.	
---------------------------------------	--

El nombramiento del conde duque de Olivares

como camarero mayor y sumiller de corps	349
---	-----

2.4. La nobleza en la cámara real	
-----------------------------------	--

<i>José Antonio Guillén Berrendero</i>	361
--	-----

2.5. La cámara real como espacio palaciego de integración	
---	--

<i>Ignacio Ezquerra Revilla</i>	379
---------------------------------------	-----

2.5.1. Etiquetas de actuación. Distribución, uso y restricciones del espacio interno de la cámara real en tiempo de Felipe IV	380
2.5.1.1. La <i>Instrucción</i> para la cámara y aposento real de 22 de septiembre de 1637	385
2.5.1.2. El secretario en la articulación del espacio de la cámara real	391
2.5.2. La cámara real como espacio dual y permeable	398
2.5.3. El valor espacial agregativo de la cámara real de Castilla en el plano jurisdiccional: los porteros de cámara del Consejo Real y las chancillerías	405
2.5.3.1. Forma de designación, funciones y posición de los porteros de cámara del Consejo Real	411
2.5.3.2. Procedencia e inserción de la función jurisdiccional en el espacio reservado del rey: Los porteros de cámara de chancillerías y audiencias	420
2.5.3.3. Dependencia de los porteros de cámara de las chancillerías de la casa de Castilla	427
2.5.3.4. Forma de designación, funciones y posición de los porteros de cámara de las chancillerías	429
2.5.3.5. Los porteros de cámara en la homologación cortesana de Consejo y audiencias	434
2.5.4. La corte como continuidad territorial	436
3. EL FUNCIONAMIENTO DIARIO DE PALACIO:	
LOS OFICIOS DE LA CASA	
<i>José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz</i>	440
3.1. Los oficios de la casa	440
3.1.1. Los oficios en el contexto de las reformas de la casa real	459
3.1.2. Condición social de los componentes de los oficios	462
3.1.3. <i>Cursus honorum</i> de los oficiales	468
3.2. Los médicos de Felipe IV	
<i>Anastasio Rojo Vega</i>	474
3.2.1. Procedencia de los médicos reales	474
3.2.2. Médicos reales, tipos y nombres	479
3.2.3. La medicina en el reinado de Felipe IV	504

3.3. La Real Botica	
<i>Mar Rey Bueno</i>	507
3.3.1. Antecedentes de la asistencia farmacéutica	
en la corte hispana (1475-1621)	508
3.3.1.1. El <i>Informe Valles</i> (1588-1590)	511
3.3.1.2. La creación de la Real Botica (1594)	516
3.3.2. La Real Botica en el reinado de Felipe IV (1621-1665) ..	520
3.3.2.1. Modificaciones de plantilla:	
Las reformas económicas de 1624 y 1630	521
3.3.2.2. Quiebra económica (1638-1647)	523
3.3.2.3. <i>Instrucción para el buen gobierno</i>	
<i>de la Real Botica</i> (1647)	524
3.3.2.4. Problemas con el sector médico real	527
3.3.3. Jardines de simples medicinales y laboratorios	
de destilación, dependencias anejas a la Real Botica ...	528
3.3.3.1. La pasión de un rey antófilo	529
3.3.3.2. Aguas y simples en el jardín de Aranjuez ...	530
3.3.3.3. Los jardines y destilatorios	
del Alcázar madrileño	532
3.3.3.4. La “mansión de las aguas” escurialense	534
3.3.3.5. El oficio de destilador mayor	
de su Majestad	535
3.3.3.6. La destilación real	
durante el reinado de Felipe IV	538
3.3.3.7. La destilación del Buen Retiro	541
3.3.4. La botica de Aranjuez	544
3.3.4.1. Primeras peticiones	
de un servicio farmacéutico (1593-1609)	545
3.3.4.2. Medidas encaminadas a instalar una botica	
en Aranjuez (1613-1615)	546
3.3.4.3. La dinastía de los Coca (1615-1657)	547
3.3.5. La botica de la reina Isabel de Borbón	549
3.3.5.1. Antecedentes: la botica de Isabel de Valois ..	549
3.3.5.2. Resurgimiento de la figura	
del boticario de la reina	551
3.3.5.3. Una institución particular:	
La “enfermería de damas”	552
3.3.6. El boticario real como científico cortesano	554

4. LA CAPILLA REAL,	
<i>José Martínez Millán</i>	561
4.1. La capilla real, “corazón” del Alcázar de Madrid	562
4.2. La capilla como departamento de la casa real	564
4.2.1. Capellán mayor, limosnero mayor y patriarca de las Indias	
<i>Esther Jiménez Pablo</i>	565
4.2.1.1. Intereses castellanos	
en la creación del patriarcado de Indias	566
4.2.1.2. Control de los asuntos eclesiásticos	
americanos a través del patriarcado	
y de la nunciatura de Indias	572
4.2.1.3. Dotación económica del patriarcado	
en tiempos de Felipe III	579
4.2.1.4. Diego de Guzmán y la unión	
de la dignidad del patriarcado al oficio	
de capellán mayor y limosnero mayor	584
4.2.1.5. El patriarca de Indias	
durante el reinado de Felipe IV:	
Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno”	594
4.2.1.6. Un gran patrón en la capilla real	
de Felipe IV: don Alonso Pérez de Guzmán	599
4.2.1.7. El gobierno de la capilla real	603
4.2.2. Sumilleres de cortina	
<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	609
4.2.3. Confesores	
<i>Fernando Negredo del Cerro</i>	613
4.2.3.1. Fray Antonio de Sotomayor	620
4.2.3.2. Fray Juan de Santo Tomás	640
4.2.3.3. Fray Juan Martínez	650
4.2.4. Predicadores	
<i>Fernando Negredo del Cerro</i>	659
4.2.5. La influencia de las circunstancias del reinado	
y de las luchas faccionales en la composición	
de los principales oficios de la capilla	
<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	695
4.3. La transformación ideológica de la Monarquía	
y su reflejo en la capilla real	
<i>José Martínez Millán, Esther Jiménez Pablo</i>	700

Índice General

4.3.1. La devoción por la Eucaristía	701
4.3.2. La identificación del catolicismo con la dinastía de los Austria	718
4.3.3. La capilla real, guía de la ideología religiosa	742
4.4. Transformación de la música de la capilla real <i>José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz</i>	764
Apéndice. Listados de la capilla	786

TOMO I - VOLUMEN II

5. LA CABALLERIZA, <i>Alejandro López Álvarez</i>	795
5.1. Ordenanzas e instrucciones de la caballeriza	795
5.1.1. Instrucciones para los oficios de gobierno	796
5.1.1.1. Instrucciones para el primer caballerizo	796
5.1.1.2. Instrucciones para el veedor de la caballeriza	801
5.1.1.3. Instrucciones para el ayo de los pajes	806
5.1.2. Instrucciones generales de la caballeriza o sus secciones	821
5.1.2.1. La reformatión de la caballeriza de 1640 ...	821
5.1.2.2. Las ordenanzas para la casa de los pajes del Conde Duque, 1639	853
5.1.2.3. Ordenanzas para la casa de los pajes de 1662 ..	900
5.1.2.4. Instrucciones para la acemilería	911
5.2. Gastos de la caballeriza <i>José Martínez Millán</i>	918
5.3. Procesos de integración y ascenso social en la caballeriza <i>Alejandro López Álvarez</i>	938
5.3.1. La integración de la nobleza en la caballeriza	938
5.3.1.1. Los caballerizos mayores	939
5.3.1.2. Los primeros caballerizos	943
5.3.1.3. Los caballerizos	948
5.3.1.4. Los pajes	967
5.3.2. Los oficiales mayores de la caballeriza y sus ayudas	993
5.3.2.1. Veedor y contador	994
5.3.2.2. Palafrenero y ayudas	995
5.3.2.3. Sobrestante de coches o cochero mayor	996

5.3.2.4. Guardanés	998
5.3.2.5. Furrier	999
5.3.2.6. Librador	1003
5.3.2.7. Varlet de corps	1004
5.3.3. Los oficios ceremoniales de la caballeriza	1005
5.3.3.1. Los maceros	1005
5.3.3.2. Los reyes de armas	1010
5.3.4. Los oficios de la música y su origen social	1017
5.3.4.1. Los ministriles	1017
5.3.4.2. Los trompetas	1020
5.3.4.3. Los atabaleros	1025
5.3.4.4. Los violones	1028
5.3.5. La casa de los pajes	1030
5.3.5.1. El ayo y su teniente	1030
5.3.5.2. El capellán	1034
5.3.5.3. Los maestros de latín y sus tenientes	1035
5.3.5.4. Los maestros de danzar	1036
5.3.6. La armería	1037
6. LA PERVIVENCIA DE LA CASA DE CASTILLA. LA CAZA	
<i>José Martínez Millán, Félix Labrador Arroyo</i>	1041
6.1. La caza de volatería	1045
6.1.1. Antecedentes: la caza de volatería en tiempos de Felipe III	1048
6.1.2. La situación del gremio de la caza de volatería a comienzos del reinado de Felipe IV	1053
6.1.3. Empeoramiento de la situación económica de la caza de volatería	1057
6.1.4. La primera etapa del marqués del Fresno al frente de la caza de volatería (1644-1649)	1071
6.1.5. La segunda etapa del marqués del Fresno como gobernador de la caza de volatería (1651-1654) ...	1086
6.2. La caza de montería	1093
6.2.1. La estrechez económica de la caza de montería en tiempos de Felipe IV	1103
6.3. Los privilegios de la caza de volatería y montería y la función integradora del Consejo Real	1117
6.4. Consolidación final de los gremios de la caza en un contexto adverso	1128

7. LAS GUARDAS REALES

José Eloy Hortal Muñoz 1135

7.1. El desarrollo institucional

de las guardas palatino-personales de Felipe IV 1135

7.1.1. La guarda de archeros de corps 1142

7.1.1.1. El final de la capitania

del v marqués de Falces 1142

7.1.1.2. Los decisivos cambios de 1623

y los primeros años de la capitania

del II conde de Solre: Las nuevas ordenanzas

y el espíritu reformador 1145

7.1.1.3. Las ordenanzas de 1634:

El desencadenamiento de la crisis

y el triunfo del Bureo 1152

7.1.1.4. El gobierno del Bureo,

sus conflictos con el teniente

y la elección de un nuevo capitán 1157

7.1.1.5. La confirmación de la decadencia:

La capitania del duque de Aerschot 1160

7.1.1.6. Últimos intentos de los Cröy

por reforzar la unidad y nuevos fracasos 1164

7.1.2. La guarda española 1168

7.1.2.1. El final de la capitania

del marqués de Povar 1168

7.1.2.2. La capitania de los marqueses de Gelves

y del Carpio, el inicio del declive 1174

7.1.2.3. El gobierno del Bureo y de los tenientes ... 1177

7.1.2.4. La capitania

de don Luis de Guzmán Ponce de León 1181

7.1.2.5. Los últimos años del reinado de Felipe IV:

El gobierno del marqués de Salinas 1184

7.1.3. La guarda tudesca o alemana 1186

7.1.3.1. El comienzo del reinado

y la ausencia de capitán:

El gobierno del teniente Lansgeneque 1186

7.1.3.2. El gobierno y capitania

del conde de Sástago:

La aceleración de la decadencia 1190

7.1.3.3. El gobierno de la unidad por el marqués de Malpica: La confirmación del camino tomado por el conde de Sástago	1194
7.1.3.4. El retorno de don Pedro Antonio de Aragón y los intentos de recuperación	1199
7.1.3.5. El desinterés de don Pedro de Aragón y el nuevo gobierno del marqués de Malpica . . .	1206
7.2. La integración de las élites en las guardas reales	1209
7.2.1. La guarda de archeros de corps	1209
7.2.1.1. La condición social de sus miembros	1209
7.2.1.2. Sistemas de previsión de la compañía	1226
7.2.2. La guarda española	1237
7.2.2.1. La condición social de sus miembros	1237
7.2.2.2. Sistemas de previsión de la compañía	1247
7.2.3. La guarda tudesca o alemana	1252
7.2.3.1. La condición social de sus miembros	1252
7.2.3.2. Sistemas de previsión de la compañía	1263
8. LA HACIENDA DE LA CASA REAL DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV. ESTUDIO Y PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN <i>Francisco Gil Martínez</i>	1267
8.1. La financiación de la casa real	1268
8.2. El gasto de la casa real	1275
8.3. Consideraciones finales y nuevas perspectivas de investigación	1284

CAPÍTULO 2

<i>La casa de Castilla</i>	1289
1. LA CASA DE CASTILLA DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV <i>José Martínez Millán, Marcelo Luzzi Traficante</i>	1289
1.1. La relegación de la casa de Castilla durante el reinado de Felipe II (1548-1598)	1294
1.2. La crítica de la casa de Borgoña durante el reinado de Felipe III	1297
1.3. La quiebra del sistema durante el reinado de Felipe IV	1299

1.4. Gobierno y composición de la casa de Castilla	1306
1.4.1. Gobierno de la casa real de Castilla	1307
1.4.2. Organización de la casa de Castilla	1315
1.4.3. Mantenimiento económico de la casa de Castilla	1320
2. LOS ESCUDEROS DE A PIE	
<i>Félix Labrador Arroyo, José Eloy Hortal Muñoz</i>	1334

CAPÍTULO 3

<i>La casa de las reinas</i>	1351
------------------------------------	------

1. DE PRINCESA DE FRANCIA A REINA DE ESPAÑA: RETRATO Y EDUCACIÓN DE ISABEL DE BORBÓN, <i>Frédérique Sicard</i>	1351
1.1. La familia	1353
1.1.1. Enrique IV	1353
1.1.2. María de Médici	1356
1.1.3. Las “madres de sustitución”	1360
1.1.4. Los hermanos y hermanas: Luis, Gastón, Cristina, Enriqueta	1364
1.2. La educación de los infantes de Francia	1366
1.2.1. El palacio de Saint Germain	1367
1.2.2. La casa de los infantes de Francia	1368
1.2.3. La gobernadora: La baronesa de Monglat y la princesa Isabel	1369
1.2.4. La instrucción de los príncipes y princesas de Francia	1369
1.2.5. La formación política. Educación Habsburgo <i>versus</i> educación Borbón	1376
1.3. Conclusión	1389
2. LA CASA REAL DE ISABEL DE BORBÓN, <i>Henar Pizarro Llorente</i>	1391
2.1. La situación de la casa al comienzo del reinado	1392
2.1.1. Las primeras propuestas de reforma (1622-1627)	1398
2.1.2. El nuevo impulso reformístico (1628-1631)	1406
2.2. La reforma de 1631	1413
2.3. La aplicación irregular como método de resistencia (1633-1636)	1422

2.4. Los intentos de ajustar las cuentas (1636-1639)	1432
2.5. El último intento de implantar las reformas (1639-1644)	1443
3. REGENCIA E IMAGEN DE LA REINA ISABEL DE BORBÓN, <i>Frédérique Sicard</i>	1458
3.1. La regencia de la reina (1642-1644)	1459
3.2. La propaganda alrededor de la reina en la Monarquía española	1475
3.2.1. Panfletos	1475
3.2.2. El heroísmo de la reina Isabel según los embajadores del Imperio y de Venecia	1484
3.3. Las redes de influencia de la reina Isabel	1488
3.3.1. Algunas objeciones sobre la minimización del papel de la reina en los argumentos empleados	1488
3.3.2. La reina, los embajadores y los municipios: Los vínculos no determinantes	1489
3.3.3. La reina Isabel y la nobleza	1490
3.3.4. La reina Isabel y los religiosos	1495
3.3.5. ¿Un partido de la reina?	1497
3.4. Conclusión	1499
4. LA CASA DE LA REINA MARIANA DE AUSTRIA DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV Y EL PERIODO DE REGENCIA, <i>José Rufino Novo Zaballos</i>	1501
4.1. Primera casa de la reina Mariana: La jornada a Madrid (1648-1649)	1501
4.2. Nuevas etiquetas y ordenanzas para la casa de la reina Mariana	1516
4.2.1. Jornada y entrada real en Madrid	1520
4.2.2. Contra los galanteos	1525
4.2.3. Ajustamientos de cuentas con mercaderes y oficiales de manos	1528
4.2.4. Nodrizas y amas	1529
4.2.5. Mayordomo mayor de la reina	1531
4.2.6. Veedor y contador de la caballeriza de la reina	1532
4.3. Nuevos conflictos protocolarios y administrativos sin precedentes: Las casas de la reina-regente y de la reina-madre	1532
4.4. Evolución administrativa en la casa de Mariana de Austria	1539

5. ESTUDIO PROSOPOGRÁFICO DE LA CASA DE LA REINA MARIANA DE AUSTRIA DURANTE SU REGENCIA (1665-1675)	
<i>Diego Crespi de Valldaura, barón de Callosa</i>	1545
5.1. La camarera mayor	1545
5.2. El mayordomo mayor	1550
5.3. El caballerizo mayor	1556
5.4. Los mayordomos de semana	1559
5.5. Las dueñas de honor	1570
5.6. Las damas	1577
5.7. Las damas meninas	1593
5.8. Los meninos	1600
Apéndice documental	
<i>José Rufino Novo Zaballos</i>	1602

TOMO I - VOLUMEN III

CAPÍTULO 4

<i>Las casas del príncipe y de los infantes</i>	1615
---	------

1. LOS ESTADOS DE FLANDES	
EN EL FUTURO POLÍTICO DE LOS INFANTES:	
LA DESIGNACIÓN DEL CARDENAL INFANTE DON FERNANDO	
PARA LA LUGARTENENCIA REAL DE BRUSELAS,	
<i>Alicia Esteban Estríngana</i>	1615
1.1. Flandes en el futuro político de los infantes	1617
1.2. Flandes en el futuro político de don Fernando	1653
2. LA CASA DEL CARDENAL INFANTE	
DON FERNANDO DE AUSTRIA (1620-1641)	
<i>Birgit Houben</i>	1679
2.1. La formación de la casa bruselense de Fernando	1682
2.2. La continuidad de la casa de Bruselas	
después del fallecimiento de la gobernadora general	1686
2.3. La representación olivarista en la corte de Bruselas	
del Cardenal Infante	1689
2.4. El ministro-dignatario de la corte	1696
2.5. El favorito del gobernador general	1701
2.6. Conclusión	1704

3. LA CASA DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS Y SU DISOLUCIÓN	
<i>Gloria Alonso de la Higuera</i>	1706
3.1. Las jornadas del príncipe Baltasar Carlos (1640-1646).	
Formación de su casa	1715
3.2. El último viaje del príncipe Baltasar Carlos	1722
3.3. La muerte del príncipe Baltasar Carlos	1728
3.3.1. La enfermedad del príncipe	1729
3.3.2. La exposición del cadáver	1740
3.3.3. El cortejo fúnebre	1744
3.3.4. El entierro de un príncipe	1749
3.3.5. Las exequias reales	1752
3.3.6. Los lutos	1759
3.3.7. El cortejo	1762
3.3.8. El templo y su túmulo	1765
3.3.9. La liturgia y el sermón	1774
4. LAS CASAS REALES DE DON JUAN DE AUSTRIA	
EN LA MONARQUÍA CATÓLICA (1642-1659)	
<i>Koldo Trápaga Monchet</i>	1781
4.1. Los años de indefinición (1642-1646)	1783
4.1.1. Primera planta	1783
4.1.2. El primer servicio de la casa: Juramento de don Juan como prior de la Orden de San Juan	1787
4.1.3. Don Juan, gobernador y capitán general de los estados flamencos	1797
4.1.4. El servicio de don Juan como gobernador y capitán general en las tierras del priorato	1803
4.2. El periplo militar (1646-1656)	1807
4.2.1. De Ocaña a Sanlúcar de Barrameda: La formación de la casa de don Juan de Austria como gobernador general de las armas marítimas	1807
4.2.2. El servicio de don Juan en la armada y fracaso del intento de recuperación de los presidios toscanos ..	1814
4.2.3. El virreinato siciliano de don Juan	1822
4.3. La casa de don Juan en el virreinato de Cataluña	1834
4.3.1. Plenipotenciario de su Majestad	1834
4.4. La época flamenca (1656-1659)	1837
4.4.1. El control de la casa desde la corte de Madrid	1838
4.4.2. Composición, financiación y reforma de la casa	1846

4.4.3. Reforma de la casa de los gobernadores: ¿Quiebra del modelo integrador de la casa real de Bruselas?	1854
5. LA CASA DE LA INFANTA MARÍA TERESA, REINA DE FRANCIA <i>Marcelo Luzzi Traficante, Javier Revilla Canora</i>	1869
5.1. Formación de las casas de María Teresa en Madrid y París	1873
5.2. Conclusión. La jornada y el matrimonio: La fallida construcción de un servicio	1893

CAPÍTULO 5

<i>Los aposentadores</i>	1897
------------------------------------	------

1. EL APOSENTAMIENTO DE LA CORTE EN EL REINADO DE FELIPE IV: LA JUNTA DE APOSENTO, <i>Francisco José Marín Perellón</i>	1897
1.1. La Junta de aposentadores entre 1606 y 1621	1900
1.1.1. Las “casas materiales”	1902
1.1.2. Las “casas a la malicia”	1903
1.1.3. La discrecionalidad del aposentamiento	1907
1.1.4. El funcionamiento de la junta hasta 1621	1909
1.1.4.1. La consulta del visitador Diego del Corral y Arellano	1912
1.1.4.2. La planta del aposento en 1621	1917
1.1.4.2.1. Los tipos contributivos de las casas de Madrid	1919
1.1.4.2.2. La normalización de la <i>Nómina de la corte</i>	1921
1.2. El funcionamiento de la junta entre 1621 y 1665	1924
1.2.1. Las composiciones de aposento	1927
1.2.2. Tasas y retasas de casas	1928
1.2.3. La media anata	1930
1.2.4. Los límites reales del aposentamiento	1932
1.3. Conclusión. La Junta de aposento en las postrimerías del reinado de Felipe IV	1933
Anexo: La <i>Nómina de la corte</i> y el aposentamiento regio en las ordenanzas de la junta de 11 de junio de 1621	1935

CAPÍTULO 6

<i>Los alcaldes de casa y corte</i>	1961
1. LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE EN TIEMPO DE FELIPE IV:	
UNIÓN CON EL CONSEJO Y DEFENSA JURISDICCIONAL,	
<i>Ignacio Ezquerro Revilla</i>	1961
1.1. Introducción	1961
1.2. Unidad e identificación entre el Consejo Real	
y los alcaldes de casa y corte durante el reinado de Felipe IV	1965
1.2.1. La policía cortesana, factor impulsor	
de la integración entre Consejo y alcaldes	1974
1.3. Aportación y resistencia jurisdiccional	
de los alcaldes de casa y corte	
en un contexto de imposición de la casa de Borgoña	1984
1.3.1. Los alcaldes ante la jurisdicción militar	
y la jurisdicción doméstica. Conocimiento limitado	
sobre las guardas reales	1984
1.3.2. Otras áreas del servicio regio:	
Bureo, obras y bosques y aposento	1996
1.4. Pervivencia, densidad y diversificación del juego comisional ...	2004
1.4.1. El alcalde de los portugueses en la corte	2017
1.5. Un nuevo modelo de alcalde de casa y corte	
en el Barroco castellano: Erudición y diletantismo literario	
en el doctor don Juan de Quiñones	2026
1.5.1. Contribución literaria a las líneas políticas	
de la Monarquía en el “Tratado de las falsedades”	
y en el “Memorial de los servicios”	2038

CAPÍTULO 7

<i>La Junta de obras y bosques</i>	2047
1. LOS SITIOS REALES Y LA CONTINUIDAD TERRITORIAL DE LA CORTE:	
EL ESPACIO PATRIMONIAL REGIO Y SU INTEGRACIÓN EN EL ENTORNO,	
<i>Ignacio Ezquerro Revilla</i>	2047
1.1. La evolución de la Junta de obras y bosques	
durante el reinado de Felipe IV	2048
1.1.1. Antecedentes	2048

1.1.2. Consolidación institucional de la junta	2054
1.1.3. Atribuciones de la Junta de obras y bosques	2066
1.1.3.1. Ejercicio jurisdiccional.	
El alcalde-juez de bosques	
y su relación con la junta	2066
1.1.3.2. Concesión de medidas de gracia	
por parte de la junta,	
en su ámbito de competencias	2080
1.2. La definición de los sitios reales como un proceso restrictivo.	
La preexistencia de una continuidad territorial	
de orden cortesano	2083
1.2.1. Interacción, imprecisión y límites	
entre los sitios reales y su entorno	2091
1.2.1.1. Entidad orgánica y cambiante	
de los sitios reales.	
La variación de sus límites	2091
1.2.1.2. Interacción y confusión	
de los sitios reales con su espacio limítrofe	2097
1.2.1.3. La formación del territorio patrimonial	
de Aranjuez	2106
1.2.1.4. La multiplicación de los sitios reales	
como fortalecimiento de la entidad cortesana	
en la periferia de los reinos	2111
1.2.1.5. Interacción en un sentido jurisdiccional:	
La relación entre el Consejo Real	
y la Junta de obras y bosques.	
El sentido doméstico del Consejo	2115
1.2.1.6. Transversalidad entre el patrimonio	
territorial regio directo y el mediado.	
El alcalde-juez de bosques	
como juez conservador de montes	2136
1.3. Conclusión: Consolidación institucional de la junta	
e identificación con el Consejo. Reintegración formal	
de los sitios reales en el espacio patrimonial mediado	2143
2. LA FINANCIACIÓN DE LOS SITIOS REALES (1599-1665),	
<i>Félix Labrador Arroyo</i>	2150
2.1. La situación financiera de los sitios reales	
en tiempos de Felipe III	2150

2.2. La situación financiera de los sitios reales	
durante el reinado de Felipe IV	2168
2.2.1. Los primeros años del reinado	2169
2.2.2. Desde los Millones de 1623 hasta 1644	2201
2.2.3. La situación entre 1645 y 1665	2215
3. EL REAL SITIO Y HEREDAMIENTO DE ARANJUEZ	
EN TIEMPOS DE FELIPE IV,	
<i>Virgilio Pinto Crespo, José Luis Hernanz Elvira</i>	2233
3.1. La formación del real sitio	2233
3.2. Un nuevo marco jurisdiccional	2236
3.3. La gestión y explotación de las propiedades	2239
3.4. La organización administrativa	2243
3.4.1. La Junta de oficiales	2245
3.4.2. Oficios relevantes	2247
3.4.3. La plantilla en tiempos de Felipe IV	2251
3.5. La hacienda	2255
3.6. Una jornada real en Aranjuez	2263
3.6.1. La corte en Aranjuez	2263
3.6.2. Calendario y duración de la jornada	2265
3.6.3. El eterno problema del alojamiento:	
La falta de aposento para los cortesanos	2267
3.6.4. El coste de una jornada en Aranjuez	2270
3.7. El declive de las finanzas de Aranjuez	
y las comisiones para el cobro de los atrasos	2275

CAPÍTULO 8

<i>Reservados y pensionistas</i>	2283
1. RESERVADOS Y PENSIONISTAS: UNA NUEVA VÍA DE INTEGRACIÓN	
DE LOS REINOS EN LA CASA REAL,	
<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	2283
1.1. Los orígenes del sistema, de Carlos V a Felipe III	2284
1.2. El auge del sistema: El reinado de Felipe IV	2298
1.2.1. La capilla	2306
1.2.2. La casa u oficios	2308
1.2.3. La cámara	2311
1.2.4. La caballeriza y la acemilería	2313

Índice General

1.2.5. Las guardas reales	2318
1.2.6. La caza	2320
1.2.7. La casa de Castilla	2321
1.2.8. Los sitios reales	2327
1.2.9. La casa de la reina	2338

TOMO II - CD-ROM

Índice de autores	vii
Índice general	ix
Siglas y abreviaturas	xl

ETIQUETAS Y ORDENANZAS DE FELIPE IV (1621-1665)

*José Eloy Hortal Muñoz, Félix Labrador Arroyo (coords.)
Gloria Alonso de la Higuera, Javier Gómez Díaz, Isabel Hortal Muñoz,
José Eloy Hortal Muñoz, Félix Labrador Arroyo,
Marcelo Luzzi Traficante, Raquel Salvado, Koldo Trápaga Monchet*

<i>Introducción</i>	3
---------------------------	---

1 - CASA DE BORGONA

1.1 - Capilla

- De las constituciones de la capilla real, 1623
- Documento relativo a los mozos de oratorio,
22 de mayo de 1626
- Descripción del oficio de teniente de limosnero mayor,
29 de enero de 1645
- Documento relativo a los cantorricos, 6 de septiembre de 1652
- Oficios de ministriles de la capilla real, documentos varios,
1652-1661

1.2 - Oficios de la casa

- Servicio del estado de los mayordomos y de la cámara
de su Majestad, s. d. (ha. 1590)

1.2 – Oficios de la casa (Cont.)

- Servidumbre del sumiller de la panadería, Gabriel de Canencia,
13 de enero de 1620 58
- Sobre el oficio de mayordomo, s. d. (reinado de Felipe IV) 61
- Orden que debían guardar los mayordomos de su Majestad
en falta ó ausencia del mayordomo mayor,
18 de junio de 1621-15 de agosto de 1624 65
- Sobre el oficio de la panadería, 9 de septiembre de 1622 67
- Distribución de las cosas del guardamangier, cocina
y servicio de estados, 6 de diciembre de 1622 69
- Servicio del estado de los mayordomos y de la cámara
de su Majestad, 15 de agosto de 1624 76
- Noticia de los criados cuya provisión y juramento correspondía
al mayordomo mayor, sumiller de corps y caballerizo mayor,
2 de agosto de 1625 78
- Que los mayordomos de su Majestad rubriquen los libros
cada uno en su semana, 16 de junio-29 de agosto de 1626 81
- Para que en las cosas que tocan al Protomedicato
se tenga y guarde el orden que se requiere,
11 de junio-12 de agosto de 1631 82
- Orden que se había de tener en la vianda de su Majestad
y asistencia en la cocina de boca, 13 de enero de 1641 84
- Sobre el oficio de la cerería, 8 de mayo de 1631-19 de abril de 1681 86
- Título de mayordomo mayor al marqués de Castelrodrigo,
19 de junio de 1649 94
- Sobre el oficio de mayordomo mayor, 1-28 de diciembre de 1649 97
- Papel en que se comprende lo que correspondía al oficio
de cerrajero de cámara, 1652 99
- Furriera de su Majestad, 5 de abril de 1655 100
- Título de pintor para Francesco Rizzi, 27 de junio de 1656 104
- Sobre la botica y la reformación, 28 de mayo de 1657 105
- Sobre los oficios de boca, 12 de octubre de 1657-1 de febrero de 1658 .. 106
- Sobre los entretenidos de los oficios, 31 de marzo de 1662 116
- Descripción de los oficios de potagier y busier, 1674 117

1.3 – Cámara

- Instrucciones del sumiller de corps para los oficios de escribano de cámara y guardarropa, 13 de junio de 1621-1638 118
- Instrucción dada por el señor mayordomo mayor del rey a los ayudas de guardajoyas, 26 de octubre de 1623 123
- Sobre las distribuciones de la cámara, don Antonio Hurtado de Mendoza, 17 de agosto de 1635 125
- Noticias sobre el empleo de camarero mayor y gran chambelán de la casa de Castilla y Borgoña, 8 de abril de 1636-21 de abril de 1639 128
- Pretensión de Alonso Martínez, ayuda del guardarropa, de que se le continúe el vestido que se le daba por dar el arcabuz al rey, 4 de junio de 1647 131
- Copia del decreto original de su Majestad sobre la forma de tomarse las cuentas al maestro de la cámara y recaudos que ha de entregar para ellas, 11 de enero de 1648 132
- Instrucción y orden que se ha de observar de aquí adelante en el servicio del aposento y cámara del Rey Nuestro Señor, 11 de agosto de 1649 134

1.4 – Caballeriza

1.4.1 – Caballeriza

- Título de rey de armas para Jerónimo de Becherge, 22 de agosto de 1628 162
- Instrucción para el veedor de la caballeriza de su Majestad, 15 de octubre de 1639 165
- Reformación de la caballeriza, 14 de septiembre de 1640 168
- Ejercicio y preeminencias del oficio de primer caballerizo de su Majestad, s. d. (ha. 1640) 186
- Instrucción sobre los ministriles, Carlos Patiño, 26 de enero de 1652 188

1.4.2 – Casa de los pajes

- Sobre los pajes “extranjeros”, 30 de septiembre de 1626 189
- Instrucción nueva para el gobierno de la casa de los pajes de su Majestad que se ha de guardar inviolablemente desde el año de 1639 en adelante, 30 de abril de 1639 190

1.4.2 – *Casa de los pajes* (Cont.)

- Sobre el ayo de los pajes, 5 de mayo de 1639 202
- ¿Qué partes debe tener el que hubiere de ocupar el puesto
de ayo de los pajes de su Majestad?, Anónimo,
22 de marzo de 1647 204
- Instrucción de lo que se ha de observar en la dicha
casa de los pajes dada en 17 de agosto de 1662 por el señor
don Fernando de Borja, caballero mayor de su Majestad 210
- Instrucciones de la casa de los pajes,
3 de noviembre de 1662 212

1.4.3 – *Acemilería*

- Gobierno de la acemilería, 16 de julio de 1655 216

1.5 – **Guardas**

1.5.1 – *Archeros de corps*

- Ordenanzas, Madrid, 6 de enero de 1626 222
- Ordenanzas del conde de Solre en virtud de la orden
de su Majestad, Madrid, 3 de septiembre de 1634 227

1.5.2 – *Guarda española*

- Constituciones del teniente Verdugo, 1624 236
- Concesión de exenciones a la guarda española,
4 de febrero de 1626 239

1.5.3 – *Relativo a las tres guardas*

- Sobre la jurisdicción de los capitanes y Bureo, cédula
de su Majestad del 28 de julio de 1624 240
- Cédula sobre las preeminencias de las tres guardas,
19 de agosto de 1625 242
- Decreto de su Majestad sobre el conocimiento de los delitos
de los soldados de las guardas, 7 de junio de 1643 243
- Decreto de su Majestad para el Bureo sobre las preeminencias
de las guardas, 5 de enero de 1658 245
- Cédula real de preeminencias a las guardas,
16 de abril de 1658 246

2 - CASA DE CASTILLA

2.1 - General

- Porteros de cadena y etiquetas,
6 de diciembre de 1587-23 de agosto de 1647 248
- Noticia de la forma de gobierno de la casa de Castilla
introducida por su contador don Fernando de Soto de 1649 250
- Relación de los criados de que se compone
la casa real de Castilla y los gajes que cada uno goça.
16 de junio de 1653 255
- Instrucción y forma de los oficios de veedor y contador
de la real casa de Castilla, 15 de abril de 1659 260
- Constituciones y ordenanzas que ha de observar
el noble oficio de los escuderos de a pie del Rey Nuestro Señor,
don Lorenzo Bautista, 26 de junio de 1665-20 de mayo de 1672 268
- Relación del gobierno de la casa real de Castilla de su Majestad,
que se sacó para enviar al marqués de Aytona,
mayordomo mayor de la Reina, Madrid, 4 de abril de 1668 290
- Consulta sobre los escuderos de a pie, 25 de febrero de 1688 298

2.2 - Caza

- Orden al montero mayor, 23 de enero de 1623 300
- Instrucción al condestable para el oficio de montero mayor,
9 de mayo de 1628 303
- Título de cazador mayor por muerte del marqués de Alcañices
al condestable de Castilla, 22 de abril de 1644 306
- Instrucción al condestable de Castilla para el oficio
de cazador mayor de la caza de volatería,
22 de abril de 1644 308
- Exempciones de monteros, ballesteros y de la caza de volatería
(años de 1641, 1647, 1649, 1650, 1653, 1654) 310
- Orden al cazador mayor de 22 de junio de 1658 329
- Relación del vestuario que se da cada dos años
a la caza de volatería, en virtud de la cédula
de 6 de marzo de 1664 338

3 - CASA DE LA REINA Y ALTEZAS

3.1 - Reina

- La horden que an de tener y guardar los reposteros de camas
de la Reyna Nuestra Señora en lo tocante a su servizío, s. d. 340
- Ordenanzas de palacio sobre las entradas en la casa de las reinas, s. d. . . 343
- Observación sobre lo que deven hacer y guardar las mozas de cámara
de la Reyna Nuestra Señora, 13 de septiembre de 1621 345
- La orden que han de tener y guardar los guarda de damas
de la Reina Nuestra Señora en lo tocante a su servicio,
16 de marzo de 1623 346
- Decreto de supresión de la enfermería de damas de la reina,
17 de febrero de 1628 348
- Etiqueta que se dio a la cava de la Reina Nuestra Señora
el 1 de febrero de 1630 349
- Cuestiones relativas a los mayordomos de la casa de la reina
(1643-1653) 351
- Reposteros de camas de la reina, 5 de octubre de 1646 359
- Entrada pública de Reina: que el archivero de Simancas remita
los papeles referentes a entradas de Reinas en la corte y ciudades
por donde pasan. Y lo que se hace en fiestas públicas
en que su Majestad asiste, 13 de julio de 1648 361
- Entradas públicas de Reina: Consulta sobre quién debe convidar
para el acompañamiento, 20 de diciembre de 1648 362
- Entrada pública de Reina: La Junta de etiquetas envía los trabajos
hechos de lo que se ha de ejecutar el día de la entrada
de la Reina en esta corte, 30 de enero de 1649 363
- Entrada de la Reina: Consulta sobre quién ha de convidar
á las guardas y parte de la casa para la entrada de su Majestad,
10 de agosto de 1649 364
- Don Gregorio de Guevara Altamirano, título de veedor y contador
de la caballeriza de la reina, 1 de septiembre de 1663 365
- Don Gregorio de Guevara Altamirano, instrucción para el ejercicio
de los oficios de veedor y contador de la caballeriza
de la Reina Nuestra Señora, 1 de septiembre de 1663 365
- Sobre el mayordomo mayor de la reina, 30 de octubre de 1663 370

3.2 - Altezas

- Etiquetas del ayo del príncipe, ha. 1643 371
- Etiqueta de camarera mayor de la infanta, ha. 1644 375
- Etiqueta del aya de la infanta, *ca.* 1644 378
- Información sobre la casa de su alteza, 28 de enero de 1645 380
- Memoria de los criados que se han ajustado para ir sirviendo
a su Alteza a la jornada de Aragón, 28 de enero de 1645 381
- La orden que es mi voluntad que Vos el marqués de Bedmar
guardeis y executeis en el uso y ejercicio del oficio de
sumiller de corps de don Juan de Austria mi hijo..., s. d. (1646) 387
- La orden que ha de guardar el caballerizo mayor de su Alteza
el señor don Juan de Austria..., 1646 393
- Noticias sobre la casa de los infantes, s. d. 394

4 - ETIQUETAS

4.1 - Capilla

- Puesto de los gentileshombres en la capilla
y pugna con los archeros de corps, 1652-1659 395
- Etiquetas de la capilla, festividades y retablo, s. d.
(ha. inicios reinado de Carlos II) 406

4.2 - Oficios de la casa

- Notas sobre la etiqueta, 7 de diciembre de 1625 413
- Que sean precisamente mozos de oficio jurados los que hayan
de dormir de noche en palacio, 26 de enero de 1629 414
- Consulta sobre asientos en juntas, 1630 416
- Entrada de los gentileshombres en la cámara, 13 de mayo de 1631 420
- Instrucción de las ceremonias que se deben de observar
en la frutería y oficiales della según costumbre
de la casa de Castilla y Borgoña, 6 de enero de 1633 422
- Copia de orden sobre la entrada de los mayordomos
en la cámara, 25 de noviembre de 1635 424
- Sobre entrada de los gentileshombres de la boca
en el quarto de su Majestad, 14 de agosto de 1636 425

4.2 – Oficios de la casa (Cont.)

- Residencia de los gentileshombres y asistencia
en los acompañamientos, 5 de septiembre de 1647 426
- Sobre entrada de los gentileshombres de la casa
en la cámara y antecámara, 5-24 de abril de 1648 429
- Sobre el lugar de los mayordomos de su Majestad
en los acompañamientos de las salidas públicas,
14 de mayo de 1648 432
- Algunos reparos á los capítulos de etiqueta tocantes
al mayordomo mayor y mayordomos, 31 de julio de 1649 434
- Entrada de los gentileshombres en la antecámara,
21 de junio-28 de julio de 1657 437
- Relativo a los gentilhombres, 10 de junio-29 de agosto de 1664 441

4.3 – Cámara

- Entradas en la antecámara: Reales decretos concediendo
a los títulos de Italia en la pieza de los embajadores y estar en ella
como los de Castilla y que entren en la antecámara los caballeros,
pajes, su ayo y teniente de ayo, 18 de abril de 1625 444
- Sobre la instrucción de la cámara y entradas en el aposento
de Vuestra Majestad, 22 de septiembre de 1636 446
- La Junta de las etiquetas sobre la cámara,
7 de enero-19 de mayo de 1650 448
- Orden á los porteros de cadena para la entrada de los coches
en los zaguanes de palacio, 8 de octubre de 1664 454
- Copia de la orden que en nombre de su Majestad envió
al duque de San Lúcar, mi señor sumiller de corps,
en razón de las entradas que tienen llave de la cámara sin entrada,
don Luis de Oyanguren, 24 de enero de 1665 456
- Sobre entradas de criados superiores, 9 de septiembre de 1679 457

4.4 – Caballeriza

- Relación del lugar y atribuciones que corresponden
a los maceros en las ceremonias reales, s. d. (ha. 1621) 458
- Asuntos de la etiqueta de la caballeriza,
1-29 de agosto de 1654 474

4.5 – Casa de la reina e infantes

- Etiqueta que deben observar los mayordomos de la casa de la reina,
y lo que a ella se ha ido añadiendo por órdenes particulares,
21 de septiembre de 1621 476
- Documentos diversos sobre la etiqueta de los mayordomos
de la Reina, 9 de junio de 1622–12 de enero de 1626 480
- Sobre entrada del primer caballerizo de la Reina a la comida
y audiencias de su Majestad como la tenían
los del Consejo de Guerra, 31 de diciembre de 1624 483
- Que el embajador de Alemania tenga en el cuarto de la Reina
la misma entrada que los Grandes, 20 de octubre de 1635 484
- Aposentamiento de la casa del Infante Cardenal
en el Alcázar de Madrid, s. d. 485
- Juramento que hacen los criados del señor infante don Fernando,
25 de enero de 1636 486
- El secretario, tesorero, contralor y greffier solicitan
el cumplimiento de la etiqueta de poder cubrirse
en la antecámara, 10 de noviembre de 1636 487
- Sobre el lugar que debía ocupar el caballerizo de los quártagos
en el acompañamiento de la Reina quando su Majestad fuese sola,
20 de mayo de 1638 488
- Tratamiento a don Juan (José) de Austria,
29 de abril de 1642–enero de 1645 489
- Orden sobre la entrada en el aposento de don Juan José de Austria,
14 de febrero y 25 de diciembre de 1643 500
- Etiqueta de la casa de los infantes con ocasión de la muerte
de la Reina Madre Margarita de Austria,
21–25 de octubre de 1644 502
- Consulta del duque de Nájera sobre hospedajes en palacio
y listado de los ocurridos, 14 de agosto de 1647 505
- Entradas: Reales decretos sobre que nadie esté en la saleta,
sino solo los que estuvieren por razón de su oficio.
Que ningún pariente hable con las damas en la antecámara
sino en el banco y con orden de su Majestad.
Y sobre la entrada de los galanes en el cuarto de la Reina,
29 de enero de 1649–25 de octubre de 1651 507

4.5 – Casa de la reina e infantes (Cont.)

- Etiqueta sobre comidas y cenas de los Infantes,
19 de marzo de 1650 510
- Entrada de los mayordomos en el cuarto de su Alteza
la Señora Infanta, 6 de octubre de 1650 511
- Entradas de los galanes en el cuarto de la Reina:
Real decreto sobre el poco orden, compostura y moderación
que se guarda, 24 de septiembre de 1653 513
- Entradas en el cuarto y antecámara de la Reina:
Real decreto disponiendo que los que la tienen,
guarden el decoro debido y observen las etiquetas,
15-29 de septiembre de 1658 514
- Antecámara de la Reina e Infantas:
que cuando las dueñas de retrete salgan a abrirlas,
no entreguen la llave a los moneros, y sí al repostero de damas;
y si éste no estuviere, vuelva a cerrar su antecámara
hasta que se halle presente el dicho repostero y se la entregue,
16 de noviembre de 1663 518
- Entrada en la antecámara de la Reina:
Consulta sobre la pretensión que tienen los títulos de Aragón
para entrar en la misma, 23 de marzo de 1664 519
- Entrada a la antecámara de la Reina:
Reales decretos y consultas referentes a dichas
y visitas de las damas: y entrada a los del Tusón,
3 de junio de 1664 521
- Entrada en el cuarto de la Reina:
que reclama haber tenido el escribano de cámara de la Reina,
11 de septiembre de 1665 524

4.6 – Ceremonias

- Funciones en que según la etiqueta de la casa real
asisten los señores del Consejo de Estado,
y lugares que les corresponden, s. d. 532
- Lo que el señor don Duarte entendió del duque del Infantado
acerca de la entrada que los Grandes tenían en palacio,
24 de junio de 1622 533

4.6 – Ceremonias (Cont.)

- Instrumento original de la entrega en San Lorenzo el Real
del cuerpo del señor don Francisco Fernando,
hijo no legítimo del señor Rey Don Felipe 4º
que falleció en Isasi, donde le tenía su Majestad
para que le criase y educase don Juan de Isasi:
Consultas del Consejo de Estado sobre si debería o no
traerse en secreto dicho cuerpo y qué forma
de entrega habría de hacerse en San Lorenzo el Real,
15 de marzo–4 de abril de 1634 535
- Juramento que hacen los Señores Príncipes de Asturias,
sacado de las apuntaciones hechas en el que se ejecutó
del príncipe Baltasar el año de 1635 537
- Orden de su Majestad en que señala las personas
que han de entrar en la comedia en palacio
y el lugar que les toca, s. d. (ha. 1636) 540
- Forma que se tuvo y ejecutó quando el Rey
Nuestro Señor Carlos segundo (que Dios guarde) recibió el Tusón,
en conformidad de lo que el Rey Nuestro Señor Don Phelipe
quarto de este nombre (Santa Gloria haya),
mandó por su real decreto de 15 de septiembre de 1665 541

5 – REFORMACIONES

- Reforma del año 1626 y revisión de 1628:
Las nueve Juntas en aposento del Conde Duque 545
- Reформación del 6 de mayo de 1631 556
- Noticias de reформaciones de los mayordomos de semana,
13 de abril de 1633 568
- Decreto de reформación no publicado,
7 de abril de 1638 571
- Reформación del estado de cámara,
7 de julio de 1676 577

6 - CASA Y CORTE

- Ordenanzas de aposento de la casa de Borgoña
de 18 de junio de 1621 y diversas consultas del aposento
de 25 de mayo de 1645 y 9 de agosto de 1647 578
- Discusiones sobre la Junta de aposento, marzo de 1621
y posteriores 595
- Sobre que se observe el estilo de que asistan a hacer guardas
en palacio dos alguaciles de la casa y corte,
y el lugar donde pueden estar, 11 de julio de 1622 600
- Instrucción y orden que se ha de observar de aquí adelante
en el aposento de su Majestad, 4 de marzo de 1637 602
- Instrucción y orden que se ha de observar de aquí adelante
en el aposento de su Majestad, 22 de septiembre de 1637 616

7 - SITIOS REALES

7.1 - Alcázar de Madrid

- Instrucción para los oficiales de las obras del Alcázar
de la villa de Madrid y casas reales de su contorno, 1615 620
- A los oficiales reales de las obras del Alcázar de Madrid, 1628 631
- Comisión para el negocio de los maestros y oficiales
de las obras de palacio, 11 de junio de 1629 632
- Nombramiento de agente de las casas reales a Sebastián Hurtado,
11 de marzo de 1636 634

7.2 - Alcázar de Toledo

- Sobre la pretensión de don Gaspar de Robles,
mayordomo y pagador del Alcázar de Toledo,
2 de diciembre de 1637 635

7.3 - Alhambra de Granada

- Don Ginés de Gadea Añasco, futura sucesión del oficio
de veedor de las obras de la Alhambra de Granada
para después de la vida de Pedro Arias Riquelme que agora lo es,
su tío, y que desde luego sirva en sus ausencias y enfermedades,
17 de octubre de 1636 637

7.3 – Alhambra de Granada (Cont.)

- Bartolomé Fernández Lechuga maestro mayor y aparejador
de las obras de la Alhambra de Granada, 31 de diciembre de 1637 . . . 639

7.4 – Aranjuez

- Nombramiento de Juan González de Hermosa
como conserje de Aranjuez, 17 de diciembre de 1610 641
- Título de aparejador de Aranjuez, 17 de mayo 1620 643
- Relación de lo que tiene a su cargo el conserje
de las casas reales de Aranjuez, nueva y vieja, y de los oficios
y a lo que ha de estar obligado, 31 de diciembre de 1622 644
- Relación de cómo se reparten los pavos reales de Aranjuez,
6 de febrero de 1625 646
- Auto sobre las diferencias entre el gobernador
y veedor de Aranjuez, 31 de enero de 1631 648
- Para que el monarca releve al escribano del sitio de Aranjuez
de llevar el libro del pan, trigo y cebada, 13 de junio de 1633 649
- Regalo de Aranjuez, 15 de junio de 1637 650
- Al gobernador de Aranjuez sobre las pagas
de los cargos principales, 8 de noviembre de 1649 653
- Al gobernador de Aranjuez sobre los nombramientos
en sus ausencias, 15 de enero de 1650 654
- Carta al gobernador de Aranjuez para nombrar persona
que se hiciese cargo del oficio de pagador de las obras
de los molinos de Aceca, 27 de junio de 1651 655

7.5 – Buen Retiro

- Título de alcaide del cuarto real de San Jerónimo,
27 de julio de 1630 657
- Donación a perpetuidad de la alcaidía de San Jerónimo el Real,
8 de agosto de 1632 658
- Sobre la forma en que se ha de despachar nuevo título de alcaide
de la casa real del Buen Retiro, al conde duque de San Lúcar,
27 de junio de 1633 661
- Título de alcaide perpetuo de la casa real del Buen Retiro,
8 de septiembre de 1633 662

7.5 – Buen Retiro (Cont.)

- Alcaidía del Buen Retiro al conde-duque de Olivares,
8 de noviembre de 1633 665
- Título de la Junta de obras y bosques para el alcaide
del Buen Retiro, 8 de noviembre de 1633 668
- Para que los oficiales que han de servir en el Buen Retiro
sean por nombramiento de los alcaides, 8 de noviembre de 1633 ... 670
- Para que los oficiales que han de servir en el Buen Retiro
los nombren los alcaides y los salarios que han de gozar,
1 de diciembre de 1633 672
- Instrucción para el sitio del Buen Retiro, 23 de enero de 1634 673
- Media anata de la alcaidía, 8 de febrero de 1634 685
- Cédula de jurisdicción del alcaide del Buen Retiro,
12 de febrero de 1634 686
- Título de alcaide perpetuo del sitio y casa de la Zarzuela,
agregada a la del Buen Retiro, al conde-duque de Olivares,
16 de febrero de 1636 688
- Ratificación de todo lo dado al Conde-Duque en el Buen Retiro,
9 de junio de 1640 690
- Memoria de los ofizios acrezentados en el sitio real
del Buen Retiro desde su creación, con notizia
de los que estuvieron unidos y de las plazas de hordinarios
que se podrán suprimir como fuesen bacando en aumento
de la consignación aplicando su ymporte para reparos
y manutención del sitio (s. d.) 692

7.6 – El Pardo

- Título de conserje de El Pardo a Carlos Valduique,
17 de febrero de 1622 697
- Relación de las cosas que han de ser a cargo del casero
del castillo y casa real del Pardo y lo que ha de estar obligado,
17 de febrero de 1622 698
- Nombramiento de Pedro de la Barreda Ceballos como
sobre guarda de El Pardo, 12 de agosto de 1622 700
- Nombramiento de guarda de a caballo de los límites del bosque
de El Pardo a Blas de Peralta, 18 de abril de 1623 702

7.6 - El Pardo (Cont.)

- El licenciado Matheo López Bravo para que conozca de los negocios tocantes a obras y bosques en el Pardo y Casa de Campo, 19 de septiembre de 1623 704
- Título de guarda montado de los límites de El Pardo a Antonio Domínguez, 22 de junio de 1652 707
- Título de alcaide de El Pardo al conde de Monterrey, 3 de abril de 1662 709
- Nuevas órdenes que se dieron en tiempos del conde de Monterrey para El Pardo, 2 de junio de 1662 711
- Unión del sitio de la Zarzuela a la alcaidía de El Pardo, 12 de octubre de 1662 713
- Instrucción para la corta de leña de El Pardo (s. d.) 715

7.7 - Ingenio de la moneda de Segovia

- Instrucción al superintendente del ingenio de la moneda de Segovia, don Felipe Crel, 6 de marzo de 1624 718

7.8 - Palacio real de Valladolid

- Instrucción para Valladolid, 14 de agosto de 1632 720
- Instrucción que han de observar el teniente y oficiales reales de los Alcázares de Valladolid, 4 de febrero de 1650 722

7.9 - Reales Alcázares de Sevilla

- Título de alcaide de los Reales Alcázares en favor de don Luis de Guzmán y Haro, conde-duque de Olivares, 17 de marzo de 1648 724

7.10 - Vaciamadrid

- Título de alcaide de Vaciamadrid al conde-duque de Olivares, 29 de julio de 1634 732

7.11 - Valsaín

- Relación de las cosas que han de ser a cargo del conserje de la casa real de Valsaín y a lo que a destar obligado, 5 de agosto de 1622 735
- Título de alcaide de Valsaín al conde de Monterrey, 3 de abril de 1662 737

APÉNDICES

APÉNDICE I:
LA CASA DEL REY

1. Introducción a los listados y a las fuentes de la casa del rey,
José Eloy Hortal Muñoz 741
 - 1) Capilla 749
 - 2) Oficios de la casa 753
 - 3) Cámara 760
 - 4) Caballeriza (*Alejandro López Álvarez*) 763
 - 5) Guardas 769
 - 6) Caza 773
 - 7) Casa de Castilla 774
 - 8) Obras y bosques y sitios reales 775
2. Listado alfabético de los servidores de la casa de Felipe IV
José Eloy Hortal Muñoz (coord.)
Gloria Alonso de la Higuera, Ana Cambra Carballosa,
Javier Gómez Díaz, José Eloy Hortal Muñoz, Félix Labrador Arroyo,
Alejandro López Álvarez, Marcelo Luzzi Traficante,
Javier Revilla Canora, Koldo Trápaga Monchet 779
3. Casa real de Felipe IV por oficios
José Eloy Hortal Muñoz 2173

APÉNDICE II:
LA CASA DE LAS REINAS

1. Introducción a los listados y a las fuentes de las casas
de las reinas e infanta
José Rufino Novo Zaballos, Henar Pizarro Llorente 2545
2. Listado alfabético de los criados de Isabel de Borbón (1615-1644),
infanta María Teresa (1644-1649) y Mariana de Austria (1649-1679)
José Rufino Novo Zaballos, Henar Pizarro Llorente 2597
3. Casa de las reinas e infanta por oficios (1615-1679)
José Rufino Novo Zaballos, Henar Pizarro Llorente 2947

APÉNDICE III:
LA CASA DE DON JUAN DE AUSTRIA

1. Introducción a los listados y a las fuentes
de la casa de don Juan de Austria
Koldo Trápaga Monchet 3089
2. Listado alfabético de los criados de don Juan de Austria (1642-1669)
Koldo Trápaga Monchet 3097
3. Casa real de don Juan de Austria por oficios (1642-1669)
Koldo Trápaga Monchet 3291

APÉNDICE IV:
OTROS SERVICIOS

1. “Príncipe don Felipe, hijo del rey don Felipe III,
casa que tuvo don Felipe IV siendo príncipe, año de 1605”
José Martínez Millán 3359
2. Casa del príncipe Baltasar Carlos
José Martínez Millán 3365
3. Casa real de la infanta y reina cristianísima María Teresa
por oficios (1661-1663)
Marcelo Luzzi Traficante, Javier Revilla Canora 3371

SIGLAS Y ABREVIATURAS

Cod.:	Códice
Doc.:	Documento
Exp.:	Expediente
GD:	Grupo documental
Lib.:	Libro
Ms.:	Manuscrito
Vol.:	Volumen

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

AAZ	Archivo Arzobispal de Zaragoza
ACA	Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona
ACSZ	Archivo de la Catedral de La Seo de Zaragoza
ADA	Archivo de los duques de Alba, Palacio de Liria, Madrid
ADMS	Archivo Ducal de Medina Sidonia, Cádiz
AGA	Archivo General de Andalucía, Sevilla
AGI	Archivo General de Indias, Sevilla
AGP	Archivo General de Palacio, Madrid
AG	Administración General ¹
AP	Administraciones Patrimoniales
CRB	Cuentas de la Real Botica
PC	Patronatos de la Corte
Descalzas	Patronatos de la Corte, Descalzas Reales
PCES	Patronatos de la Corte, San Lorenzo de El Escorial
Personal	Sección de Personal
RC	Administración General, Real Capilla ²
Reg.	Sección Registros
Reinados	Administración General, Reinados ³
SH	Sección Histórica ⁴

¹ Ha pasado a denominarse así después de la última reorganización de los fondos del archivo; es la antigua sección Administrativa.

² Anteriormente, era una sección autónoma, conocida como Real Capilla, que se ha integrado ahora en Administración General.

³ Con anterioridad, denominada únicamente Sección Reinados seguido del nombre del monarca.

⁴ Conocida antes de la remodelación como Histórica.

AGR		Archives Générales du Royaume / Algemeen Rijksarchief, Bruselas
	Audience	Papiers de l'Audience
	CE	Conseil d'État
	CP	Conseil Privé
	SEG	Secrétairerie d'État et de Guerre
AGS		Archivo General de Simancas, Valladolid
	CC	Cámara de Castilla
	CGC	Comisaría General de Cruzada
	CJH	Consejo y Juntas de Hacienda
	CMC	Contaduría Mayor de Cuentas
	CSR	Casa y Sitios Reales
	DGT	Dirección General del Tesoro
	EMR	Escribanía Mayor de Rentas
	MP	Mercedes y privilegios
	QC	Quitaciones de Corte
	GJ	Gracia y Justicia
	SSH	Secretaría y Superintendencia de Hacienda
	TMC	Tribunal Mayor de Cuentas
AHN		Archivo Histórico Nacional, Madrid
	Consejos	Consejos Suprimidos
	FFCC	Fondos contemporáneos
	Inq.	Inquisición
	Nobleza	Sección Nobleza, Toledo
	OOMM	Órdenes Militares
	Santiago	Órdenes Militares, Orden de Santiago
AHPM		Archivo Histórico de Protocolos de Madrid
AHPV		Archivo Histórico de Protocolos de Valladolid
AMAE		Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid
AMAEP		Archives du Ministère des Affaires Étrangères, París
	Corr. Pol.	Correspondance Politique
	M. et D.	Mémoires et Documents
AMB		Archivo Municipal de Burgos
	SH	Sección Histórica
ANF		Archives Nationales de France, París
ANTT		Arquivos Nacionais Torre do Tombo, Lisboa
APSG		Archivo parroquial de San Ginés, Madrid
ASF		Archivio di Stato di Firenze
ASN		Archivio di Stato di Napoli
AST		Archivio di Stato di Torino
ASV		Archivio Segreto Vaticano, Città del Vaticano
ASVE		Archivio di Stato di Vercelli

Siglas y Abreviaturas

AVM		Archivo de la Villa de Madrid
AZ		Archivo Zabálburu, Madrid
	GD	Grupo Documental
BA		Biblioteca da Ajuda, Lisboa
<i>BAE</i>		<i>Biblioteca de Autores Españoles</i>
BAV		Biblioteca Apostolica Vaticana, Città del Vaticano
BCCS		Biblioteca Colombina y Capítular de Sevilla
BCSCV		Biblioteca del Colegio de Santa Cruz de Valladolid
BE		Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial
<i>BIHSI</i>		<i>Bibliotheca Institutum Historicum Societatis Iesu</i>
BL		British Library, London
BM		Bibliothèque Mazarine
BMB		Bibliothèque Municipale de Besançon
	CC	Collection Chifflet
BMZ		Biblioteca Municipal de Zaragoza
BNE		Biblioteca Nacional de España, Madrid
BNF		Bibliothèque Nationale de France, Paris
BNL		Biblioteca Nacional de Lisboa
BPRM		Biblioteca del Palacio Real, Madrid
BRB		Bibliothèque Royale de Belgique Albert I, Bruselas
BSM		Bayerische Staatsbibliothek, Munich
BUS		Biblioteca Universitaria de Salamanca
<i>CODOIN</i>		<i>Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España</i>
<i>CORDE</i>		<i>Corpus diacrónico del español</i> en línea [http://www.rae.es]
<i>DBE</i>		<i>Diccionario Biográfico Español</i>
HSA		Hispanic Society of America, Nueva York
IF		Institut de France, París
IVDJ		Instituto Valencia de Don Juan, Madrid
RAE		Real Academia Española de la Lengua, Madrid
RAH		Real Academia de la Historia, Madrid
TNA		The National Archives, Kew
	SP	State Papers

PRESENTACIÓN

La obra que presentamos, *La Corte de Felipe IV (1621-1665). Reconfiguración de la Monarquía católica*, constituye el fruto de muchos años de trabajo por parte de una amplia red de equipos de investigación (actualmente dentro del Instituto Universitario *La Corte en Europa*), que se creó hace más de veinticinco años en la Universidad Autónoma de Madrid y que viene utilizando una metodología propia y definida en sus análisis sobre la articulación y evolución de la Monarquía hispana durante la Edad Moderna. Como ha sucedido en otras investigaciones semejantes, en esta gran obra, también hemos contado con la colaboración desinteresada de reconocidos especialistas (de otros centros y universidades), cuyos trabajos sobre determinados temas del reinado de Felipe IV resultan ejemplares y a los que deberíamos haber recurrido inevitablemente si no hubieran accedido a colaborar con nosotros.

Esta obra ha sido proyectada en seis tomos, de acuerdo al método y estructura con el que hemos realizado el estudio de otros reinados semejantes de la dinastía Austria; a saber: A) Casas reales (dos tomos –tres volúmenes + 1 CD Rom–); B) Corte y cultura (dos tomos) y C) los Reinos y la política (dos tomos). Diversos problemas, como han sido la traducción de las aportaciones realizadas por investigadores extranjeros al castellano, los quehaceres cotidianos y administrativos de los miembros del equipo y también los derivados de la crisis económica que atravesamos, aunque no siempre han sido los más decisivos, han ido atrasando la finalización y publicación de este gran proyecto que con el esfuerzo y el coraje de todos ahora damos a la imprenta. Los tres volúmenes y el CD, que ahora aparecen, corresponden a la primera parte de la obra (los tomos relativos a las casas reales). En el CD se incluyen las biografías de los servidores de las casas reales (rey y reinas) y de los miembros de la familia real y se han incorporado las ordenanzas y etiquetas que se promulgaron sobre las ceremonias de la corte y de las casas reales en tiempos de Felipe IV. Hemos optado por este medio porque, dada su extensión (más de tres mil páginas), y las dificultades que presenta la consulta de los oficiales reales de las diferentes casas, hacía muy difícil y escasamente práctica su publicación en papel.

Nuestra intención es ir entregando a la imprenta los siguientes tomos de los que se compone la obra de dos en dos.

* * * * *

Consideramos que esta obra presenta una nueva interpretación del reinado de Felipe IV, consecuencia de las perspectivas que abre la metodología utilizada: el estudio de la Monarquía hispana a través del sistema cortesano, entendido como “organización política” en torno al cual se articularon políticamente los diferentes reinos. Tal enfoque permite descubrir determinados aspectos de la evolución del reinado de Felipe IV que han pasado desapercibidos, al mismo tiempo que profundiza en el contenido del concepto de “decadencia” de la Monarquía hispana y las causas que la provocaron, que tradicionalmente siempre se ha identificado con este reinado.

En efecto, la interpretación del reinado de Felipe IV (dentro de la articulación que los estudiosos han hecho de la evolución de la Historia de España) siempre ha estado vinculada al signo de la decadencia, ya desde los tiempos de la “historia filosófica” de mediados del siglo XIX. La decadencia habría estado insertada en la misma “esencia” de la Monarquía hispana, al considerar que su existencia se basó en la defensa y expansión del catolicismo. El hecho de que la dinastía Habsburgo (que gobernó los reinos hispánicos durante los siglos XVI y XVII) asumiese la defensa de la confesión católica como práctica y justificación de su actuación política, llevó a sus monarcas a tomar una serie de medidas que tuvieron una trascendencia muy discutible: por una parte, para mantener la pureza de la religión, asumieron la existencia del Santo Tribunal de la Inquisición, lo que implicaba un control cultural y una intransigencia ideológica, que impidió el libre pensamiento y ocasionó una penuria científica, que fue percibida con claridad por los españoles del siglo XVIII cuando se compararon con el resto de las naciones europeas. Por otra parte, la defensa militar del catolicismo produjo la acumulación paulatina de enemigos (ya desde el reinado de Felipe II) y la necesidad de imponer mayores tributos con el fin de mantener grandes ejércitos, lo que inevitablemente ahogó el comercio y la economía en general, sobre todo de Castilla. De esta manera, el oro y las riquezas traídas de América no sirvieron para el progreso económico e industrial de España; todo lo contrario, se empleó en mantener las guerras contra los herejes y provocaron una inflación que llevó a la ruina económica y a la despoblación de Castilla.

La aplicación de métodos utilizados por otras ciencias sociales y humanas al análisis histórico (asumidos por las principales escuelas historiográficas del

siglo XX como el *marxismo* o la escuela de *Annales*), tales como la economía, sociología e, incluso, la antropología, han permitido realizar sólidos y escrupulosos análisis empíricos con vocación de comprensión total de la evolución histórica. Para lograrlo, han utilizado un sistema de estructuras (“larga duración”) y coyunturas, que ha dejado vacío de protagonistas el devenir histórico, al mismo tiempo que basaron su análisis político sobre el presupuesto de una racionalización progresiva e ininterrumpida del poder estatal desde la baja Edad Media hasta el siglo XIX. Tan unidimensional concepción ha llevado a realizar interpretaciones forzadas de textos y documentos de la época y a ignorar –por no encontrarle función alguna en su modelo interpretativo– distintos organismos e instituciones que existieron en la Monarquía y desplegaron una actividad esencial (corte, casa real, etc.). Asimismo, han contribuido a reforzar la interpretación de la evolución inexorable e interminable (durante todo el siglo XVII) de la decadencia de la Monarquía hispana, que ha servido de base para interpretar la evolución de las demás manifestaciones culturales, literarias, religiosas y sociales; incluso, a atribuir una rígida inmutabilidad (propio de un análisis estructural) a las ideologías, a determinadas instituciones (Iglesia o Monarquía) y, por consiguiente, a la relación entre ellas, sin percibir las profundas transformaciones que existieron con el paso del tiempo. Es decir, tales esquemas teóricos se han mostrado incapaces de dar cuenta ordenada del intrincado desarrollo político de la Monarquía hispana, porque a las espaldas de esta interpretación con aspiraciones a dar una visión total y centralizada de la sociedad (basada en estructuras), siempre surge el juego de poderes y elementos diversos que existieron y que configuraron la realidad histórica.

Es preciso tener en cuenta que, en la organización política de las Monarquías europeas de los siglos XIII al XVIII, existieron organismos y fenómenos que no encuentran una clara correspondencia con las categorías que hemos venido dando a la “modernidad” y que –por el contrario– nos envían a una pluralidad de instituciones y de recorridos teóricos y disciplinarios que existieron y que se han ignorado. Resulta muy importante no olvidar que, en el interior de las diversas posiciones que caracterizaron el saber ético y político de la Edad Moderna, tuvo un papel importante la filosofía práctica de Aristóteles, enderezada al conocimiento de la realidad mundana y del trato humano. Al menos, hasta el siglo XVIII, la reflexión filosófica y política sobre los términos de gobierno y de administración de la comunidad política estuvo influenciada por ideas aristotélicas. Típica del modelo aristotélico y de su larga reelaboración medieval surgió, durante los siglos XVI y XVII, una visión política como resultado necesario de la tendencia del individuo a una sociabilidad que desde la familia se extendía (por

razones históricas y funcionales) a las formas de convivencia política más complicadas, tales como la ciudad, el principado o el reino. Estas nuevas formas políticas no solo se distinguieron de las anteriores por el aumento de las necesidades, lo que dio origen a respuestas institucionales, sino también por una precisa definición del saber político; pues, en el gobierno del reino, la actividad política jurisdiccional fue lo que prevaleció. Pero, más allá de la división interna, la filosofía práctica tenía como fin la subordinación del trato humano a aquellos principios éticos y a aquellas virtudes que el padre o el príncipe (cada uno en el ámbito que le era propio) estaban llamadas a encarnar. Los preceptos de la filosofía práctica ponían límites precisos a la actuación del padre y del príncipe y establecían una inextricable relación entre ética y política, lo que demuestra la importancia de las relaciones no-institucionales en la composición política y de la religión en la legislación que articuló la sociedad.

Lógicamente, estos fundamentos filosóficos no dieron por resultado una organización “estatal” en el Antiguo Régimen, sino que las Monarquías articulaban su poder en organizaciones políticas distintas, tales como la corte; esto es, en núcleos o sistemas políticos polarizados en torno al monarca (con su casa, sus Consejos y tribunales, como definiera Alfonso X “el Sabio” en la *Segunda Partida*) desde donde no solo se administraba al reino, sino que también se creaba y difundía un modelo de comportamiento específico (“comportamiento cortesano”). Esta forma de articulación política resulta especialmente apropiada para hablar de la Monarquía hispana de los siglos XVI-XVII, ya que resulta difícil explicar de otra manera la creación del consenso que se creó en su seno, tanto en la esfera de los cortesanos como en el conjunto de los reinos, y que duró tanto tiempo.

Y es que, si algo parece claro es que la Monarquía hispana optó por la fórmula de la corte para articular todos sus reinos adquiridos por herencia, agregación o conquista. Si en algunos casos, el sistema de corte reforzó espacios cortesanos preexistentes (Valencia, Barcelona, Zaragoza, Nápoles, Palermo, Milán, Bruselas o Lisboa), en otros, por el contrario, llevó a cabo la creación de cortes virreinales de nuevo cuño (Lima y México) sobre los centros de los imperios precolombinos. Esta riqueza y variedad de realidades cortesanas que cubren tan largo período de tiempo (siglos XV-XVIII) y de espacios tan diferentes (Europa y América), no solo no han sido estudiadas de manera global (como conjunto que formaron la Monarquía), sino que, en buena parte, aún carecen de estudios particulares que hayan incorporado las nuevas metodologías que han surgido para analizar este fenómeno. Esta carencia de estudios y de planteamientos resulta más paradójica si se tiene en cuenta que la corte de Madrid y

las cortes virreinales de la Monarquía sirvieron de modelo de la Europa cortesana durante los siglos XVI y XVII.

Señalando los principales hechos que hemos estudiado ampliamente en otras obras semejantes a ésta, es preciso recordar que la articulación política de la Monarquía hispana, compuesta por una red de cortes virreinales (con sus casas reales y tribunales respectivos), arranca del reinado de Carlos V, cuando el canciller Gattinara diseñó la organización de todos los territorios heredados por Carlos V de acuerdo al sistema virreinal de la Corona de Aragón, incluyendo los que, por aquellos años, se estaban conquistando en América. No obstante, la configuración definitiva de la Monarquía hispana finalizó durante el reinado de Felipe II cuando estableció la residencia de sus organismos (Consejos) de gobierno en Madrid, desde donde articuló los heterogéneos reinos que había heredado en una Monarquía dotada con una ideología religiosa católica de profunda raigambre castellana, que justificaba su actuación política.

Ya en el reinado de Felipe III se perfeccionó y maduró la organización de la Monarquía (como una interrelación de cortes) y se definió el papel que debía cumplir la corte de Madrid dentro del conjunto. Porque si Madrid era la sede de la Monarquía hispana, ésta se componía de numerosos y heterogéneos reinos y principados, con sus respectivas instituciones y organizaciones políticas y con sus propias cortes, cuyas ciudades sedes eran mucho más extensas y ricas en edificios y solemnidades que la propia corte madrileña. Por eso, los comentaristas de la época, más que ensalzar los monumentos y la grandeza arquitectónica de la villa de Madrid, señalaron el significado simbólico de la corte de la Monarquía hispana que, a partir del siglo XVII, comenzó a denominarse “Monarquía católica”; es decir, que también cambió su justificación ideológica religiosa.

En opinión de gran parte de historiadores, Madrid no constituyó nunca el aire de una ciudad monumental construida para servir de escenario a la grandeza de la Monarquía. No obstante, como afirma Ringrose, tal percepción resulta simplista, pues es necesario saber distinguir los componentes de la ciudad, como una extensión socialmente construida, de la corte, como escenario real y desde donde se gobernaba un inmenso imperio. En este sentido, Gil González Dávila destacaba de Madrid el carácter de corte de una nueva dinastía:

En ella, los muy poderosos Reyes Carlos V, Emperador de los Romanos, y el Gran Felipe II, dieron asiento a su Corte, poniendo en ella la gloria de sus Coronas; la memoria de sus nombres y fama de sus vitorias; la felicidad de su gobierno y Consejos; la potencia y autoridad de sus leyes, que dominan dulcemente tantas naciones y Reynos diferentes en climas, lenguas, costumbres y tratos, y tantos mares, Mediterráneos y Océanos, y ponen límite con numerosas

armadas a los enemigos públicos, que pretenden deshacer esta Monarquía dichosa [G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las grandezas de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España (1623)*, edición facsímil: Madrid 1986, pp. 1-2].

Seguidamente, incidía en el carácter “internacional” de la Monarquía y la función de su corte:

En ella se asientan paces, se determinan las guerras, se oyen Embajadores de otros Príncipes y Reyes; se eligen Arzobispos, Obispos, Presidentes, Consejeros, Virreyes, Embajadores, Ministros de paz y de guerra para que por mar y tierra los vasallos destas Coronas gloriosas vivan bienaventurados por la felicidad de sus Príncipes supremos.

A continuación, González Dávila escribía los más relevantes acontecimientos que tuvieron lugar en el reinado de Felipe III y el comienzo del de su hijo, Felipe IV; es decir, que la corte era concebida como la constitución política de la Monarquía, no solo los organismos y personajes que residían en Madrid, sino también las instituciones y actividades que ellos generaban en los reinos.

Por su parte, Alonso Núñez de Castro comenzaba su obra afirmando la “internacionalidad” de la corte madrileña, única en el mundo: “todas las naciones crían oficiales para Madrid [...] que es señora de las Cortes, pues le sirven todas y a nadie sirve”. Seguidamente, insistía en la corte como representación institucional de la Monarquía. Ésta se componía de numerosos virreinos, obispos, órdenes militares, audiencias, chancillerías, rentas, etc., y la gracia para conseguirlas solamente se encontraba en Madrid. Estas características hacían de Madrid una ciudad única por su grandeza y por esta razón se constituía en paradigma de corte, como rezaba el título del libro: “*Solo Madrid es Corte*”. No obstante, fueron los grandes literatos del siglo XVII quienes mejor supieron definir y calificar la grandeza de Madrid. Para Lope de Vega, Madrid era “madre de naciones”, “un compuesto de provincias varias”; “patria de todos”, decía Calderón; “el centro profundo de la esfera católica del mundo”, comentaba Mira de Amescua.

Esta transformación que experimentó, a principios del siglo XVII, la Monarquía en su organización fue acompañada de un cambio en el concepto político-teológico en el que se justificaba su existencia: de representar la idea de *Monarchia universalis* (de tradición cristiana castellana) en el siglo XVI, pasó a convertirse en *Monarquía católica* (de acuerdo al espíritu católico de Roma) durante el siglo XVII. Ello llevó consigo que la expansión del cristianismo mediante la conquista, que practicaba la Monarquía hispana, se transformó en la difusión de la religión mediante métodos pacíficos: a través de la predicación y la masedumbre, como proponía Roma (*Congregación de Propaganda Fide*). Ya

no era necesaria la conquista de nuevos territorios (como se había hecho en América), sino que la nueva misión de los monarcas hispanos consistía en buscar los orígenes comunes con la otra rama de la dinastía, la del Imperio, imitando las ideas del duque Rodolfo, su fundador, gran devoto de la Eucaristía y fiel cumplidor de los mandatos de los pontífices.

Durante el reinado de Felipe IV, por tanto, se manifestaron en toda su crudeza las contradicciones de las estructuras en las que se había fundado la Monarquía hispana: por una parte, se produjo una transformación en la razón de ser de este conglomerado político, que era la Monarquía. El catolicismo hispano –que justificaba sus actuaciones políticas por la expansión del cristianismo– dejó paso a una espiritualidad radical, en la que dominaba la plena confianza en la divinidad, propugnada por los pontífices de Roma, que defendían los métodos pacíficos y persuasivos para la expansión del cristianismo. Esta espiritualidad terminó por asumirla el propio Felipe IV hasta el punto de que el rostro sereno y el aspecto casi abúlico que presenta en algunos de sus retratos (según valoración de algunos investigadores), bien pudieran ser interpretados como expresión de sereno estoicismo y conciencia de impotencia propios de la soledad con que se enfrentó a los duros problemas por los que atravesó su Monarquía sin poder confiar en nadie. Esto concuerda con la espiritualidad radical (propia de las “Órdenes descalzas”), de plena confianza en Dios, que el monarca practicó como testimonian sus propios escritos con personas de religión. De hecho, es preciso tener en cuenta que toda su vida se desarrolló en la adversidad política y nunca perdió la compostura humana ni tampoco política en orden a mantener su Monarquía, lo que contradice su falta de voluntad.

Por otra parte, el complicado sistema político en el que se había configurado la Monarquía hispana comenzó a entrar en crisis debido, en primer lugar, a que el reino de Castilla, que había articulado a todos los territorios, comenzó a flaquear económicamente, lo que alteró las relaciones de las diferentes cortes, es decir, el propio sistema; pero, en segundo lugar, las propias estructuras político-sociales de cada reino comenzaron a desintegrarse. Felipe IV fue consciente de la transformación que necesitaba la constitución de su Monarquía para hacerla más efectiva y eficaz ante los retos que se le presentaban, pero le resultaba imposible cambiarla porque así la había heredado; es decir, por los derechos que los diferentes reinos habían adquirido a estar organizados de esta manera. Ante esta situación, el monarca optó por *reconfigurar* la composición política de cada reino y de la Monarquía en general. Esta gran labor – que en buena parte ha pasado desapercibida –, realizada durante la segunda mitad de su reinado, debía comenzar por la reconfiguración de la corte de Madrid, reestructurando o suprimiendo

las diversas casas reales, principio y fundamento de la organización de la Monarquía; posteriormente, era preciso restablecer la función de las instituciones y de cada cuerpo social dentro de cada reino y de sus respectivas cortes con la de Madrid. En este aspecto, la ingente actividad de don Juan José de Austria –a nuestro juicio– resultó fundamental.

En resumen, la decadencia de la Monarquía católica durante el reinado de Felipe IV se debe entender como el estallido de las contradicciones en las que se había configurado la Monarquía hispana durante el siglo XVI y como la pérdida de poder de la dinastía Habsburgo (rama hispana) en Europa. Dada la imposibilidad de crear o fundar una Monarquía nueva con una constitución diferente a la que había heredado, Felipe IV se dedicó a *reconfigurar* su organización, intentando solucionar las contradicciones del sistema que la mantenía, proyectando su atención hacia América. Resulta lógico, por tanto, que al iniciar la *Historia del reinado de Felipe IV* comencemos con el estudio de las casas reales, organismos desde donde comenzaba la articulación de los reinos y que constituyeron el núcleo de las diversas cortes que formaron la Monarquía hispana.

* * * * *

Esta obra no se hubiera podido realizar y, mucho menos, publicar sin la ayuda de instituciones poderosas que siempre han mantenido una firme confianza en nuestro trabajo: la *Universidad Autónoma de Madrid* y la *Universidad Rey Juan Carlos*, que nos han facilitado los medios necesarios para celebrar una serie de reuniones científicas, sobre diferentes temas relacionados con el reinado de Felipe IV, con el fin de madurar y aclarar opiniones dispares sobre determinados aspectos. Al *Ministerio de Economía y Competitividad*, que nos ha renovado las ayudas económicas en los proyectos que la red de grupos de investigación, que forman el Instituto Universitario “*La Corte en Europa*” de la Universidad Autónoma de Madrid, han solicitado periódicamente. En este sentido, los proyectos colectivos con número de referencia HAR2009-12614-C04 y HAR2012-37308-C05, han resultado fundamentales para la finalización de la obra. Por último, no podemos olvidar a Editorial Polifemo, en la persona de Ramón Alba, pues sin su empuje y su buen hacer esta obra no hubiera visto la luz. La discreción con la que ejerce su ayuda constituye un auténtico ejemplo de humanismo vital que tratamos de imitar.

José Martínez Millán
Madrid, 25 de julio 2015.

Introducción

1. *EL REINADO DE FELIPE IV* *COMO DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA*

José Martínez Millán

El reinado de Felipe IV (1621-1665) ha sido calificado, ya desde sus días, como el período en el que se consumó la decadencia de la Monarquía hispana. Lejos de considerar esta evolución como un proceso coyuntural, más o menos largo, la “declinación” de la Monarquía católica durante el siglo XVII se convirtió en una característica esencial de la Historia de España, que se ha utilizado como excusa para explicar cualquier tipo de retraso de la nación española con respecto a Europa a partir de entonces, como si este declive se hubiera incrustado en la misma existencia de España sin que haya podido escapar.

No obstante, como todo concepto que abarca una amplia realidad y se prolonga indefinidamente en el tiempo, la idea de “decadencia”, y las causas que la provocaron, han ido cambiando paulatinamente, si bien, la memoria colectiva siempre ha tendido a pensarla como un fenómeno inmutable. Por eso, antes de comenzar el estudio del reinado de Felipe IV, considero de suma utilidad realizar un breve repaso historiográfico, ya que ayudará a descubrir determinados aspectos de su evolución histórica (que pasan desapercibidos) y a matizar las distintas causas de la “decadencia” de su Monarquía.

1.1. *LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA EN EL SIGLO XVII*

La sociedad castellana tomó conciencia de la decadencia de la Monarquía hispana ya en los últimos años del siglo XVI y principios del siglo XVII. Las causas primeras a través de las cuales percibió esta “declinación” fueron las económicas, que fueron denunciadas por las elites castellanas en numerosos escritos. Tales quejas fueron asumidas por los historiadores posteriores, quienes realizaron minuciosos análisis empíricos de los documentos conservados en los archivos, demostrando la adecuación de lo expresado en tales memoriales con la realidad contable de las distintas instituciones de la Monarquía y de las transacciones mercantiles de la época. Tan evidente y, a la vez, unidimensional interpretación, ha

constituido uno de los pilares fundamentales que sostiene la formulación historiográfica de la “crisis del siglo XVII” en Europa ¹. De esta manera, se ha llegado a conceder a tales documentos un valor absoluto de interpretación histórica sobre el periodo, lo que ha inducido a subordinar cualquier manifestación político-social e ideológica a esta evolución económica, sin percatarse de que estas “causas secundarias” resultan determinantes para explicar de manera completa y satisfactoria el proceso de la decadencia ².

En efecto, las dificultades económicas por las que atravesaron las elites castellanas de aquella época fueron señaladas –de diferentes maneras– como causantes del declive; así, para Sancho de Moncada era la escasez de población la que provocaba este declinar económico ³; para Lope de Deza, Fernández de Navarrete o Caxa de Leruela, la raíz del mal se encontraba en la baja producción de la agricultura y el abandono de las tierras de labor ⁴; hubo otros, como los componentes de la denominada “Escuela de Toledo”, que achacaban la decadencia a la falta de industria y manufactura ⁵; incluso, otro grupo hablaba de los malos hábitos y costumbres de los castellanos como la ociosidad o el vivir de las rentas ⁶. Es

¹ T. ASTON: *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres 1965 [existe traducción española: Madrid, Alianza, 1985]. Una revisión historiográfica del tema en F. BEGNINO: “Ripensare la crisi del Seicento”, *Storica* 2/5 (1996), pp. 10-52. Asimismo, para la decadencia de Italia, M. VERGA: “Il Seicento e i paradigma della storia italiana”, *Storica* 4 (1998), pp. 7-42, y de este mismo autor: “Decadenza italiana e idea d'Europa (XVII-XVIII scc)”, *Storica* 8 (2002), pp. 7-32.

² P. VILAR: “Le temps du *Quichotte*”, *Europe* (enero 1956), pp. 1-16. El artículo fue traducido e incluido en una colección de varios de sus trabajos, publicada bajo el título: *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona 1976 (3ª ed), p. 332; J. H. ELLIOTT: “La decadencia de España”, en J. H. ELLIOTT: *España y su mundo, 1500-1700*, Madrid 1991, p. 286; J. E. GELABERT GONZÁLEZ: *La bolsa del Rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*, Barcelona, 1997; F. J. ARANDA PÉREZ (coord.): *La declinación de la Monarquía hispana en el siglo XVII*, Cuenca 2004; A. FEROS, y J. E. GELABERT (dirs.): *España en tiempos del Quijote*, Madrid 2005.

³ S. DE MONCADA: *Restauración política de España*, edición de J. Vilar, Madrid 1974.

⁴ L. DE DEZA: *Gobierno político de la agricultura*, edición de A. García Sanz, Madrid 1991; M. CAXA DE LERUELA: *Restauración de la abundancia de España*, edición de J. P. Le Flem, Madrid 1975.

⁵ J. DE CEBALLOS: *Memorial para suplicar al Rey (Felipe III) que se prohíba la entrada a las mercaderías labradas fuera del reino y la salida de las lanas y materiales en que se han de ocupar y trabajar los naturales*, Toledo 1620; J. DE CEBALLOS: *Arte real para el buen gobierno de los Reyes, y Príncipe, y de sus vasallos*, Toledo 1623.

⁶ Existen excelentes estudios sobre los arbitristas, valga como resumen el de L. PERDICES DE BLAS: *La economía política de la decadencia de Castilla en el siglo XVII*, Madrid 1996.

preciso señalar que todos estos autores estaban vinculados, directa o indirectamente, con las elites castellanas que habían contribuido a la configuración de la Monarquía y que, por tanto, universalizaban sus problemas a todos los territorios del Imperio⁷, lo que induce a pensar que no solo veían el derrumbe económico de Castilla, sino también el desplazamiento que el grupo o facción política “castellana” estaba experimentando con respecto al centro de poder, fruto de las propias contradicciones que ofrecía la organización de la Monarquía que habían forjado a lo largo del siglo XVI⁸.

En efecto, estos mismos escritores utilizaron otras metáforas y expresiones cuyo contenido encierra una preocupación más compleja que la mera evolución económica. González de Cellorigo afirmaba con rotundidad que Castilla constituía el corazón de la Monarquía y si Castilla desfallecía, toda la Monarquía estaba enferma⁹: “Castilla es cabeza, fundamento y abrigo de los demás reinos” o “cabeza, raíz y principal fundamento del árbol de esta Monarquía”¹⁰. Álamos de Barrientos la describía como:

⁷ J. DE PALAFOX: “Juicio interior y secreto de la Monarquía para mí solo, por el ilustrísimo señor don Juan de Palafox”, *Semanario Erudito de Valladares*, Madrid 1788, VI, pp. 45-65, señalaba que la Monarquía se constituyó con los Reyes Católicos, maduró con Carlos V y Felipe II y, finalmente, comenzó su declive en el siglo XVII con los monarcas siguientes. Ya, en el siglo XVI, se denunciaba la contradicción en que se estaba incurriendo, como se puede ver en “Discursos sobre remediar los males y miserias de España” (BNE, Ms. 2341). B. CUART: “La larga marcha hacia las historias de España en el siglo XVI”, en R. GARCÍA CÁRCCEL (coord.): *La construcción de las historias de España*, Madrid 2004, pp. 45-126; A. MORALES MOYA y E. DE VEGA (coords.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid 2005, especialmente “Introducción” y artículos de A. Morales Moya y B. Pellistrandi.

⁸ Parece que así lo entienden, J. VELARDE FUERTES: *Sobre la decadencia económica de España*, Madrid 1969, y A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: “El siglo XVII español. El trasmundo del arbitrista”, en E. FUENTES QUINTANA (dir.): *Economía y economistas españoles, 2: De los orígenes al mercantilismo*, Barcelona 1999, pp. 403-424.

⁹ *La Junta de Reformación. Documentos procedentes del Archivo Histórico Nacional y del General de Simancas, 1618-1625*, edición de A. González Palencia, Valladolid 1932, p. 169. El símil médico de la situación de la Monarquía fue reiteradamente difundido, cf. J. H. ELLIOTT: “Introspección colectiva y decadencia en España a principios del siglo XVII”, en J. H. ELLIOTT (ed.): *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona 1982, pp. 198-223; J. DE CEBALLOS: *Arte real para el buen gobierno...*, op. cit., f. 30: “Vuestra Majestad es el médico de esta república”.

¹⁰ M. GONZÁLEZ DE CELLORIGO: *Memorial de la política necesaria y útil restauración a la república de España y estado de ella y desempeño universal de estos reinos*, estudio preliminar de J. Pérez de Ayala, Madrid 1991.

En otras monarquías todos los miembros contribuyen para conservación y grandeza de la cabeza y naturales de ella, como es justo [...] y en la nuestra es la cabeza la que trabaja y da para que los demás miembros se alimenten ¹¹.

Por su parte, para Fernández de Navarrete la Monarquía estaba enferma y “la enfermedad es gravísima” ¹². No cabe duda de que estas expresiones se referían a la constitución política de la Monarquía; los síntomas económicos de la enfermedad se producían porque la Monarquía estaba de tal manera estructurada que el reino de Castilla, en torno al que se había configurado, no era capaz de mantener su dominio o de articular la actividad del conjunto de territorios que componían tan gran organización política. Es decir, que la Monarquía hispana, configurada durante el reinado de Felipe II, bajo el liderazgo de Castilla, daba sus primeros síntomas de inviabilidad política durante las primeras décadas del siglo XVII.

Ya en los años centrales del reinado de Felipe IV, cuando los ejércitos hispanos comenzaron a ser derrotados en la Guerra de los Treinta Años, las manifestaciones pesimistas se produjeron con las derrotas militares, provocadas por los numerosos enemigos que se había buscado la Monarquía por defender la confesión católica. Para proveer ejércitos, cada vez más grandes, los monarcas hispanos tuvieron que buscar ingresos a través del aumento de tributos ¹³, lo que para buena parte de los historiadores se ha interpretado como causa fundamental del ahogo económico de Castilla y de las abundantes revueltas sociales acaecidas durante los años centrales del reinado de Felipe IV ¹⁴. Las derrotas militares fueron

¹¹ J. H. ELLIOTT: “El programa de Olivares y los movimientos de 1640”, en F. TOMÁS Y VALIENTE (dir.): *La España de Felipe IV. El gobierno de la Monarquía, la crisis de 1640 y el fracaso de la hegemonía europea*, (Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal, XXV), Madrid 1982, p. 338.

¹² P. FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Conservación de Monarquías*, Madrid 1626, discurso 49 [edición de M. D. Gordon, Madrid 1982].

¹³ Presenta una recopilación muy extensa de tales opiniones, I. A. A. THOMPSON: “Aspectos de la organización naval y militar durante el ministerio de Olivares”, en *La España del Conde Duque de Olivares*, Valladolid 1990, pp. 249-273; I. A. A. THOMPSON: “El declive de España y sus relaciones internacionales: percepciones y política a finales del siglo XVII”, en P. SANZ CAMAÑES (ed.): *Tiempo de cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía hispánica*, Madrid 2012, pp. 119-143.

¹⁴ Explica el proceso con gran exactitud, J. E. GELABERT GONZÁLEZ: *La bolsa del Rey...*, op. cit.; *Castilla convulsa (1631-1652)*, Madrid 2001; “Las finanzas de la Monarquía hispana en tiempo de Cervantes”, *Economía* 5 (2004), pp. 110-112. También, aunque más enfocado a los sucesos que siguieron a 1640: “*Senza rumore*” El tránsito de Castilla por el tiempo de las seis revoluciones contemporáneas”, en E. GARCÍA FERNÁNDEZ (coord.): *El poder en Europa y América: mitos, tópicos y realidades*, Bilbao 2001, pp. 111-139.

el argumento por excelencia de los historiadores liberales del siglo XIX para explicar la decadencia de la Monarquía hispana. En la actualidad, el tema ha sido abordado por un grupo de estudiosos que han revisado y realizado un excelente análisis del tema militar de la época, relativizando tales derrotas ¹⁵.

Como deducción lógica, se ha interpretado que los diversos estamentos de la Monarquía –y el propio rey– buscasen la paz y acudiesen a todo tipo de estratagemas y renuncias con tal de mantener unidos a sus reinos y no ser golpeados por los ejércitos extranjeros ¹⁶. La corriente revisionista que ha analizado los acontecimientos bélicos, ha hecho hincapié en las efectivas actividades diplomáticas y en los competentes (en líneas generales) embajadores y delegados con los que contó la Monarquía durante este período de decadencia ¹⁷. Ni que decir tiene que los textos en que se aconsejaba al monarca que buscara la paz en

¹⁵ E. MARTÍNEZ RUIZ: “Algunas consideraciones sobre la crisis del dispositivo militar de la Monarquía hispánica”, en P. SANZ CAMAÑES (ed.): *Tiempo de cambios...*, op. cit., pp. 97-119, para nuestro propósito véase la conclusión, pp. 117-119. La renovación de los estudios sobre el ejército, su composición y los cambios que experimentó durante el siglo XVII es una de las corrientes de investigación más floreciente en la actualidad; además de los estudios que le ha dedicado el profesor Martínez Ruiz, conviene recordar la línea de investigación iniciada y mantenida por los profesores F. Andújar Castillo, D. Maffi, M. P. Pi Corrales, M. C. Saavedra Vázquez.... Todos ellos han participado en E. GARCÍA HERNÁN y D. MAFFI (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Madrid 2006, 2 vols., obra a la que me remito.

¹⁶ G. PASAMAR ALZURIA: “La configuración de la imagen de la ‘decadencia española’ en los siglos XIX y XX”, *Manuscripts* 11 (1993), pp. 186-187; F. MARTÍNEZ DE LA ROSA: *Obras*, Madrid 1962, VIII: *Bosquejo histórico de la política de España desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días* (BAE, CLV); M. LAFUENTE Y ZAMALLOA: *Historia General de España*, Madrid 1850-1867, 30 vols.; D. ALDAMA y J. M. GARCÍA GONZÁLEZ: *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta fines del año 1860, incluso la gloriosa guerra de África*, Madrid 1863-1868, 7 vols.; F. GONZÁLEZ MORÓN: *Curso de Historia de la civilización de España*, Madrid 1841, 6 vols.; E. TAPIA: *Historia de la civilización española, desde la invasión de los árabes hasta la época presente*, Madrid 1840, 2 vols.; A. CAVANILLES: *Historia de España*, Madrid 1860-1863, 5 vols. Estudiados por R. LÓPEZ VELA: “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado nacional en las historias de España del ochocientos”, en R. GARCÍA CÁRCCEL (coord.): *La construcción de las historias de España...*, op. cit., pp. 195-298.

¹⁷ E. SALVADOR ESTEBAN: “La Monarquía y las paces europeas, 1648-1660”, en J. ALCALÁ-ZAMORA y E. BELENGUER (eds.): *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid 2001, vol. II, pp. 207-227; C. STORRS: “La diplomacia española durante el reinado de Carlos II: una Edad de Oro o ¿quizá de Plata?”, en P. SANZ CAMAÑES (ed.): *Tiempo de cambios...*, op. cit., pp. 21-54.

Europa fueron numerosísimos a lo largo del siglo XVII; sin embargo, es preciso tener en cuenta que estos anhelos se desarrollaron dentro de la política pacifista iniciada por Roma, sostenida por una espiritualidad radical¹⁸, y en un contexto europeo tanto político, como sobre todo intelectual, que –tras la Guerra de los Treinta Años– aspiraba a la estabilidad del continente, como admirablemente ha descrito Theodoro K. Rabb¹⁹.

1.2. LA DECADENCIA DURANTE EL SIGLO XVIII. EL ATRASO CULTURAL

El siglo XVIII o siglo de la Ilustración fue considerado en Europa como la época de la civilización del progreso y la libertad de pensamiento²⁰. Ahora bien, lo opuesto a las luces y a la razón era la fe, es decir, la religión. La Monarquía hispana siempre se había identificado con la defensa de la religión, incluso había llegado a ser conocida como la “Monarquía católica”, y a establecer un tribunal eclesiástico, como era el del Santo Oficio de la Inquisición, para defender la religión que aún se hallaba vigente en el “Siglo de las Luces”. Dicha institución era presentada como el gran monstruo causante del atraso y de la persecución de

¹⁸ La subordinación de la Monarquía hispana a los intereses de Roma; es decir, el cambio político que experimentó la Monarquía hispana de *Monarchia universalis* a *Monarquía católica*, lo he estudiado en diferentes trabajos [J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III*, Madrid 2008, vol. I: “Introducción”; J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La evaporación del concepto de Monarquía católica”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, C. CAMARERO, M. LUZZI (coords): *La Corte de los Borbones. Crisis del sistema cortesano*, Madrid 2013, vol. III, pp. 2143–2196]. Este cambio de justificación ideológica de la Monarquía (que produjo un cambio en las relaciones entre la Monarquía y el Papado), que tuvo lugar a principios del siglo XVII, no ha sido percibido ni manifestado por los cronistas de la época ni por los historiadores actuales; al contrario, presentan una continuidad inmutable de la ideología católica y de las relaciones jurisdiccionales entre Roma y Madrid durante los siglos XVI y XVII, que llevan a una confusión en la interpretación de la historia de España y también de su decadencia.

¹⁹ T. K. RABB: *The Struggle for Stability in Early Modern Europe*, Londres 1975. Frente a las guerras religiosas del período anterior, en la Europa de la segunda mitad del siglo XVII, se tiende a la estabilidad y a la universalidad. En este sentido la labor de los intelectuales, en general, la llamada *República de las Letras* hizo una difusión por toda Europa trascendiendo fronteras (H. BOTS y F. WAQUET: *La Repubblica delle lettere*, Bolonia 2005, pp. 45 ss.).

²⁰ Sobre el nacimiento de la idea de progreso, F. ROUVILLOIS: *L'invention du progrès, 1680–1730*, París 1996, pp. 9–17.

la cultura; por la misma razón, los monarcas que emplearon todos los recursos de sus reinos en defensa de la religión fueron los causantes de la decadencia de España. Durante el siglo XVIII, la decadencia de la Monarquía católica no solo había sido causada por la dinastía de los Austria y por la defensa de la religión católica, sino también porque estos elementos habían sido los causantes del retraso cultural que existía en España al impedir la innovación filosófica que se había producido en Europa durante el siglo XVII²¹.

Pero además, durante el siglo de la Ilustración apareció el concepto de individuo y la crítica al sistema político anterior, lo que hizo aparecer una ideología, que podríamos calificar de proto-nacionalismo. Efectivamente, la preocupación que se inició en Europa durante el siglo XVIII en torno al *carácter nacional* implicó la necesidad de conocer la propia historia²². Los hombres de letras españoles eran plenamente conscientes del atraso científico y del mal concepto que los extranjeros tenían de España²³. En su intento de reformar la cultura de la Monarquía encontraron la oposición de los tradicionalistas, que despreciaban la mentalidad ilustrada y las corrientes de pensamiento innovadoras²⁴. Los ilustrados pretendieron mantener una actitud de apología cultural nacional que

²¹ “Casi toda la Europa está hoy hirviendo en una especie de furor, por querer cada nación levantar y engrandecer su mérito literario sobre las demás que se le disputan” (J. P. FORNER: *Oración Apologética por la España y su mérito literario. Exórnación al discurso del abate Denina en la Academia de Ciencias de Berlín sobre ¿Qué se debe a España?*, Madrid 1786 [ed. facsímil, Valencia 1992], p. 4.

²² J. A. MARAVALL: “Mentalidad burguesa e idea de Historia”, *Revista de Occidente* 107 (1972), pp. 250-286; A. MESTRE SANCHÍS: “La historiografía española en el siglo XVIII”, en *Carlos III y su Siglo*, Madrid 1990, vol. I, pp. 21-60. Sobre la aparición de la Historia de la literatura en el siglo XVIII, véase J. ÁLVAREZ BARRIENTOS y A. MESTRE SANCHÍS: “La nueva mentalidad científica”, en V. GARCÍA DE LA CONCHA (dir.): *Historia de la literatura española. Siglo XVIII (I)*, Madrid 1995, pp. 108-111; F. LÓPEZ: “Comment l’Espagne éclairée inventa le Siècle d’Or”, en A. GIL NOVALES (ed.): *Hommage des Hispanistes Françaises à N. Salomon*, Barcelona 1979, pp. 515-527; I. URZAINQUI: “El concepto de historia literaria en el siglo XVIII”, en *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Madrid 1987, vol. III, pp. 565-589.

²³ “Que es lastimosa y aún vergonzosa cosa que, como si fuéramos indios, hayamos de ser los últimos en recibir las noticias y luces públicas que ya están esparcidas por toda Europa” (J. DE CABRIADA: *Carta filosófica, médico-chymica*, Madrid 1686).

²⁴ O. QUIROZ MARTÍNEZ: *La introducción de la filosofía moderna en España: el eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, México 1949; F. SÁNCHEZ-BLANCO: *La mentalidad ilustrada*, Madrid 1999; J. PÉREZ MAGALLÓN: *Construyendo la Modernidad: la cultura española en tiempos de los novatores*, Madrid 2002.

les sirviera de defensa ante los partidarios de la tradición hispana y, al mismo tiempo, demostrase a los extranjeros que hubo un tiempo en el que los españoles eran los más avanzados intelectualmente de Europa.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la historiografía en España experimentó un gran influjo por el influjo de Voltaire a través de su *Essai sur les Moeurs* (1756). Esta obra hizo que los intelectuales españoles aceptasen otros paradigmas para escribir la historia: censurar la historia heroica y militar para insistir en otros valores como la tolerancia, agricultura, comercio y leyes y cambiar los valores de la nobleza por los de la burguesía ascendente²⁵. Las elucubraciones teológicas sobre la misión de España en la Historia se sustituyeron por un análisis menos trascendental y más realista. Esto hizo que surgiera la historia crítica y el abandono de los falsos cricones, que algunos escritores los estaban utilizando para destacar las glorias de la nación²⁶. Todos los historiadores señalan la importancia de la obra de Mabillon: *De re diplomatica* (1681) en el campo de las ciencias instrumentales de la historia; pero en España tuvo especial importancia:

Los instrumentos de esta toma de conciencia histórico-crítica provinieron esencialmente de la escuela jesuítica de Bolland y más tarde de la benedictina de Mabillon, después de la difusión en España en los años ochenta de la obra *De re diplomatica*²⁷.

Así, Feijoo (1676-1764) escribía con el objetivo de investigar y dar a conocer las cosas pasadas y denunciaba que, con frecuencia, los historiadores se dedicaban más a lisonjear a la nación que a descubrir “la verdad o importancia de los sucesos”²⁸. Por su parte, el jesuita Juan Francisco Masdeu (1744-1817) se preocupaba en su *Historia crítica de España* de examinar “los defectos que suelen atribuirse

²⁵ J. ÁLVAREZ DE BARRIENTOS: “Los hombres de letras”, en J. ÁLVAREZ DE BARRIENTOS, F. LÓPEZ e I. URZAINQUI: *La República de las letras en la España del siglo XVIII*, Madrid 1995, pp. 19-61.

²⁶ Lo destaca A. MESTRE SANCHÍS: “La imagen de España en el siglo XVIII: apologistas, críticos y detractores”, en *Actas del Simposio sobre posibilidades y límites de una historiografía nacional*, Madrid 1984, pp. 225-226. Asimismo, O. REY CASTELAO: “Introducción” a J. GODOY ALCÁNTARA: *Historia crítica de los falsos cricones*, Madrid 1868 [ed. facsímil, Granada 2000].

²⁷ G. STIFFONI: *Verità della storia e ragioni del potere nella Spagna del primo 700*, Milán 1987, pp. 18-19; A. VILAPLANA: “Correspondencia de Papebroch con el marqués de Mondéjar”, *Hispania Sacra* 25 (1972), pp. 293-348.

²⁸ B. J. FEIJÓO: *Reflexiones sobre la historia*, en “Suplemento al Teatro Crítico”, *Obras escogidas*, Madrid 1961, pp. 379-394 (BAE, CXLIII).

al ingenio español”²⁹. Por su parte, José Cadalso destacaba su sentimiento nacional en sus *Cartas marruecas*³⁰. El estudio del carácter español se revistió de patriotismo en la famosa polémica levantada por Masson de Morvilliers con su artículo sobre España en la *Encyclopédie Méthodique* (1782) en que contestaba negativamente a la pregunta “¿Qué se debe a España?”. Este artículo fue replicado, en primer lugar, por Antonio José Cavanilles, preceptor de los hijos del duque del Infantado y residente en París, quien escribió unas *Observations sur l'article Espagne de la Nouvelle Encyclopedie*, que muy pronto fueron traducidas al castellano³¹. No obstante, la contestación que tuvo más resonancia fue la debida a Juan Pablo Forner (1756–1797) en su famosa *Oración apologética por la España*³².

Pero Forner tuvo, a su vez, detractores, tales como los artículos publicados en *El Censor* o las críticas sobre la utilidad de la teología y la metafísica, como refleja el autor de *Cartas de un español residente en París*, atribuidas a Antonio Borrego³³. Asimismo, las inculpaciones de Tiraboschi y Betinelli, quienes acusaban a España de ser la corruptora del lenguaje literario ya desde tiempos de los romanos. Con este motivo, un grupo de jesuitas expulsos produjeron una literatura apologética de desigual valor a favor de España³⁴. El abate piamontés

²⁹ Sobre la obra de Juan Francisco Masdeu, véase M. BATLLORI: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid 1966, pp. 413–435. Un muy completo estudio sobre la historiografía española del siglo XVIII y sus nuevos planteamientos en A. MESTRE SANCHÍS: “Conciencia histórica e historiografía”, en *La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759–1808)*, (*Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal*, XXXI/1), Madrid 1987, pp. 304–345.

³⁰ J. A. MARAVALL: *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Madrid 1991, pp. 32–33.

³¹ *Observaciones sobre el artículo España de la nueva Enciclopedia, escritas en francés por el Doctor D. Antonio Cavanilles, presbítero, y traducidas al castellano por D. Mariano Rivera*, Madrid 1784.

³² Sobre el tema, F. LÓPEZ: *Juan Pablo Forner y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII*, Valladolid 1999, pp. 343 y ss. No fue el único, A. MESTRE SANCHÍS: *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Madrid 2003, “Estudio introductorio”, pp. 15–43; J. A. MARAVALL: “El sentimiento de nación en el siglo XVIII: la obra de Forner”, en sus *Estudios de la historia del pensamiento español...*, *op. cit.*, pp. 42–60.

³³ *Cartas de un español residente en París a su hermano residente en Madrid sobre la Oración apologética por España y su mérito literario de D. Juan Pablo Forner*, Madrid 1788.

³⁴ A. MESTRE SANCHÍS: *Apología y crítica de España...*, *op. cit.*, pp. 16–25; A. GALLERANI: *Jesuitas expulsos de España, literatos en Italia*, Salamanca 1897; M. BATLLORI: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, *op. cit.*, pp. 71–92.

Carlos Denina, en la sesión del 26 de enero de 1786 de la Academia de Berlín, también contestó a la pregunta de la *Enciclopedia* ³⁵. No obstante, la respuesta no fue unánime por parte de todos los españoles; es más, a partir de entonces, cada vez que un español se erigía en defensor del país, se alzaban algunos compatriotas en su contra. Durante el siglo XVIII, tanto apologistas como críticos tuvieron la conciencia del atraso cultural de España con respecto a Europa ³⁶, por eso, lo propio del buen patriota era, según Iriarte (1750-1751):

alabar lo bueno que ha habido o que se establece en la nación y predicar sobre lo que nos falta es el carácter de un patriota celoso. El que blasona de lo que la nación nunca ha tenido, ni en el día puede decir que tiene, es el mal patriota ³⁷.

Cañuelo, editor de *El Censor*, encontró en la polémica materia para atacar las instituciones de la Monarquía ³⁸. Al debate se sumaron otros conocidos literatos de la época, tales como Iriarte, Samaniego o Nifo ³⁹.

Este incipiente nacionalismo llevó a compararse con el resto de las monarquías europeas y a considerar la evolución cultural y el nivel en que se encontraban con respecto a ellas, lo que motivó buscar las causas de esta situación y, por consiguiente, identificar los elementos de dicha evolución ⁴⁰. La aparición de la razón como elemento universal de juicio y la separación entre política y religión llevaron a poner en el catolicismo la causa de ese atraso y, por consiguiente, a la dinastía de los Austrias como culpable por haber llevado a cabo el proceso de implantación de dicha confesión, especialmente en el reinado de Felipe IV, época

³⁵ *Réponse à la question: "Que doit-on à l'Espagne?". Discours à la Academie de Berlin dans l'assemblée publique du 26 Janvier l'an 1786 pour le jour anniversaire du Roi, par M. l'Abbé Denina.* Fue reimpresso por J. P. FORNER: *Oración Apologética por la España y su mérito literario...*, *op. cit.*

³⁶ A. MESTRE SANCHÍS: *Apología y crítica de España...*, *op. cit.*, p. 47.

³⁷ E. COTARELO Y MORI: *Iriarte y su época*, Madrid 1897, p. 327. Sobre la actitud crítica hacia la historia, J. ÁLVAREZ BARRIENTOS y A. MESTRE SANCHÍS: "La nueva mentalidad científica", *op. cit.*, pp. 45-137.

³⁸ J. PARDO TOMÁS: *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, Madrid 1991, p. 6.

³⁹ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, Madrid 1970, p. 9.

⁴⁰ Sobre el tema, me remito a la colección de artículos de A. MESTRE SANCHÍS: *Apología y crítica de España...*, *op. cit.*, y a M. MORENO ALONSO: "El sentimiento nacionalista en la historiografía española del siglo XIX", en *Nation et nationalités en Espagne / Nación y nacionalidades en España*, París 1985, pp. 63-97.

en que la “filosofía moderna” se había extendido en Europa. De hecho, Forner ya se había preguntado si la teología y la moral (católicas) habían sido un obstáculo para el desarrollo de la ciencia en España⁴¹. Pérez Bayer (1711-1794) dirigió a Carlos III un memorial *Por la libertad de la literatura española*, asegurándole que, tras 1635, solo se habían publicado libros de religión y vida de santos en España, “de suerte que parece que desde aquella hora se cortaron enteramente las fuerzas y nervios de la literatura española”⁴². Por su parte, el abate Marchena predicaba la renovación de régimen político, que estaba vinculado estrechamente con la religión:

Un solo medio os queda, Españoles, para destruir el despotismo religioso, este es la convocatoria de vuestras Cortes. No perdáis un momento, sea Cortes, Cortes, el clamor universal⁴³.

Mientras que Manuel José Quintana (1772-1857) atribuía la decadencia de España a la religión, cuya práctica había provocado la ausencia de industria⁴⁴. Eran ideas muy semejantes las que defendía Sempere y Guarinos (1754-1830) al abordar el estudio sobre la decadencia de la Monarquía hispana con un espíritu científico, utilizando –según su expresión– el método de las ciencias de la naturaleza⁴⁵. Para Sempere la causa de la decadencia fue el mal gobierno; es cierto que no tenía una visión pesimista de la dinastía de los Austrias, pues ensalzaba a Carlos V y sobre todo a Felipe II, pero no dudaba de que la decadencia había venido por el mal gobierno de Felipe III, quien había sido un rey tan religioso que le había llevado a desatender las cuestiones económicas denunciadas reiteradamente por los *arbitristas*, y la continuidad de esta tendencia por su hijo Felipe IV.

⁴¹ F. LÓPEZ: *Juan Pablo Forner...*, *op. cit.*, pp. 384-387.

⁴² F. PÉREZ BAYER: *Por la libertad de la literatura española*, edición de A. Mestre Sanchís, Alicante 1991; J. C. MAINER: “La invención de la literatura española”, en J. M. ENGUITA y J. C. MAINER (eds.): *Literaturas regionales en España. Historia y crítica*, Zaragoza 1994, p. 27.

⁴³ Citado en M. MENÉNDEZ PELAYO: “Estudio crítico-biográfico” a las *Obras literarias de D. José Marchena*, Sevilla 1896, vol. II, p. XLI; ABATE MARCHENA: *Obra en Prosa*, Madrid 1985, pp. 159-164, “A la nación española”.

⁴⁴ M. J. QUINTANA: *Obras completas*, Madrid 1852, pp. 35-39 (*BAE*, XIX). Sobre las ideas del personaje, A. DEROZIER: *Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne*, París 1968.

⁴⁵ J. SEMPERE Y GUARINOS: *Considérations sur les causes de la grandeur et de la décadence de la Monarchie espagnole*, París 1826, p. 29. Sobre el contexto en que escribe esta obra Sempere, véase J. RAYMES: *Españoles en París en la época Romántica, 1808-1848*, Madrid 2008, pp. 146-147.

En resumen, durante el siglo XVIII, todos los ilustrados tuvieron conciencia del atraso que existía en España⁴⁶; ahora bien, no era solo en los aspectos económicos y militares, sino sobre todo en los culturales, aunque las causas que la habían provocado eran las mismas: la dinastía de los Austria y su defensa de la religión católica, que en el reinado de Felipe IV había llegado a su punto más bajo.

1.3. *EL CONCEPTO DE DECADENCIA DURANTE EL SIGLO XIX (1812-1875):
LA FALTA DE LIBERTAD*

El siglo XIX constituye un enfrentamiento persistente entre el afán secularizador del liberalismo emergente y la autoridad jerárquica de la Iglesia católica. La nación y la libertad fueron los elementos del pensamiento liberal y fueron los que construyeron la evolución histórica⁴⁷. Junto a ello, la obsesión de los historiadores liberales fue la unidad de España frente a las tendencias autonomistas. La invasión árabe desnaturalizó España, rompiendo la unidad adquirida con los visigodos; por consiguiente era necesario construir la “Reconquista”⁴⁸. En el ánimo de Colmeiro, Castilla había sido el paradigma inconcluso de la unidad española. En su contribución a la *Historia General de España*, dirigida por Cánovas del Castillo, en el volumen dedicado a los reyes cristianos (siglos XII-XIV), Colmeiro hizo un análisis en el que se observa que la unidad nacional constituía la problemática general de la obra⁴⁹.

Ciertamente, los liberales españoles, a diferencia de los revolucionarios franceses, eran católicos; no es fruto del azar que la unidad católica fuese proclamada en todas las Constituciones hasta 1869; sin embargo, los intentos de los liberales de construir un Estado moderno, con la benevolencia de la Iglesia, no se consiguió.

La nostalgia de los tiempos pasados (unión del trono y el altar) y su decidida voluntad de mantener los privilegios que había gozado durante el Antiguo

⁴⁶ J. MARIAS: *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid 1966; F. SÁNCHEZ-BLANCO: *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid 1991.

⁴⁷ B. PELLISTRANDI: “El papel de Castilla en la historia nacional según los historiadores del siglo XIX”, en A. MORALES MOYA y E. DE VEGA (coords.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones...*, op. cit., p. 59.

⁴⁸ Esta interpretación se hace clara con A. CAVANILLES: *Historia de España...*, op. cit., vol. I, pp. 422-424.

⁴⁹ M. COLMEIRO: *Reyes cristianos*, en *Historia general de España, escrita por individuos de número de la RAH bajo la dirección de A. Cánovas del Castillo*, Madrid 1892.

Régimen hacían que la Iglesia se resistiese a todo proyecto liberal. De ahí que durante esta época (y especialmente entre 1833-1843) la pugna fuese brutal. Ante los ataques que padeció, la Iglesia española volvió sus ojos a Roma pidiendo protección frente al Estado liberal, por lo que el vaticanismo de la Iglesia española fue una de sus características propias, que, sin duda, influyó en la interpretación de la evolución de la Historia de España y, de manera especial, en la explicación de su “decadencia”. Los liberales pensaban que, cuando España comenzó a configurarse como nación, la religión y la dinastía que la había mantenido (Habsburgo) habían sido los causantes del retraso que las elites más activas de la nueva nación constataban en relación con otras naciones europeas. Ahora bien, la religión era tomada como falta de libertad y más concretamente se esgrimía la Inquisición como instrumento de represión que la Iglesia utilizó, con el apoyo de los monarcas, para cercenar cualquier idea nueva o renovación científica que hubiera habido. Tanto la Iglesia como la Monarquía, que la sostuvo, no solo reprimieron la cultura, sino también —en opinión del espíritu liberal— la libertades políticas del pueblo.

La crítica a las libertades políticas e ideológicas se centró en la actuación de la dinastía de los Austria, cuyos monarcas suprimieron las libertades de los pueblos (en este sentido, la Comunidades sirvieron de ejemplo durante todo el siglo XIX⁵⁰) e impusieron la intransigencia ideológica a través de la Inquisición. En la ciudad de Cádiz, no solo se escribieron excelentes tratados sobre la jurisdicción de la institución⁵¹ y los diputados a Cortes realizaron sesudos discursos demostrando la incompatibilidad de dicha institución con el régimen político que se quería implantar, sino que además comenzaron a escribirse novelas en las que tanto el Santo Oficio como la actividad de sus ministros y oficiales eran satirizados; este tipo de literatura se ha denominado “anticlerical”⁵². *Cornelia Baroquia o la víctima de la Inquisición* (escrita en 1799-1800), se puede considerar la primera manifestación de este tipo de novela y en 1812 ya llevaba cinco ediciones. Es una novela epistolar, escrita en oposición al *Evangelio en triunfo* de Pablo de Olavide⁵³, a la que

⁵⁰ P. SÁINZ Y RODRÍGUEZ: *La evolución de las ideas sobre la decadencia española*, Madrid 1925, p. 33.

⁵¹ A. PUIGBLANCH: *La Inquisición sin máscara*, Barcelona 1985 [reed.].

⁵² J. I. FERRERAS: *Los orígenes de la novela decimonónica (1800-1830)*, Madrid 1973, pp. 265-266. Sobre obras contra la Inquisición de la primera mitad del siglo XIX, G. DUFOUR: “Eclesiásticos adversarios de la Inquisición al final del Antiguo Régimen”, en A. PRADO MOURA (coord.): *Inquisición y Sociedad*, Valladolid 1999, pp. 157-191.

⁵³ V. LLORENS: *Liberales y Románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid 1968; M. DEFOURNEAUX: *Pablo de Olavide. El afrancesado*, Sevilla 1990, pp.

siguieron otras durante la primera mitad del siglo XIX que utilizaban la Inquisición para denigrar a la Iglesia⁵⁴.

Con todo, la idea de decadencia que difundieron las Cortes de Cádiz y su entorno fue la falta de las libertades y de organización institucional del Estado que llevaron a cabo los reyes de la casa de Austria⁵⁵. Desde Martínez Marina se acusó a Carlos V de suprimir las libertades castellanas tras la derrota de los comuneros⁵⁶ y su hijo, Felipe II, las libertades en Aragón tras la ejecución del Justicia del Reino. Para Martínez Marina, en los godos se fundamentaba la historia de España, fueron ellos los que “echaron los cimientos de una nueva Monarquía”⁵⁷; sin embargo, a la hora de analizar el siglo XVI, era muy severo, pues le atribuía las características del estado absolutista y la pérdida de libertades. Nuestro autor concebía la soberanía en la nación (cada individuo “tiene acción al ejercicio de la soberanía”) y defendía la división de poderes. Consideraba las Cortes como uno “de los monumentos de la soberanía del pueblo”⁵⁸.

Desde las Cortes de Cádiz se afirmaba que el período de grandeza se dio en el reinado de los Reyes Católicos y se perdió todo en cuanto se estableció la Inquisición. Esta interpretación fue recogida por A. Duverine, cuyas opiniones se vieron respaldadas, en 1840, con la traducción de su libro, en el que acusaba a la casa de Austria de ser una dinastía extranjera, de haber seguido una política religiosa intransigente, de haber suprimido las libertades medievales y de haber mantenido la intolerancia cultural a través de la Inquisición, lo que había provocado el

343-358; G. DUFOUR: “Introducción” de *Cornelia Barorquia o La víctima de la Inquisición*, Alicante 1987.

⁵⁴ Otras novelas anticlericales, J. PASTOR DE LA ROCA: *La Cruz y la Calavera, o los subterráneos de la Inquisición*, Alicante 1849; J. M. NIN: *Secretos de la Inquisición*, Barcelona 1855 (ejemplar en la Biblioteca Central de Barcelona); R. ORTEGA Y FRÍAS: *El siglo de las Tinieblas o Memorias de un Inquisidor. Novela histórica original*, Madrid 1868, 2 vols.; F. L. PARREÑO: *La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo. Novela histórica*, Madrid 1862-1863, 2 vols.

⁵⁵ B. PELLISTRANDI: *Un discours national? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid 2004, cap. 1º.

⁵⁶ “Desde el día en que los liberales del siglo XIX reconocieron como precedente suyo el movimiento de las Comunidades, casi todos los libros que se ocupan de la decadencia española señalan como el período de máxima prosperidad y grandeza el reinado de los Reyes Católicos” (P. SÁINZ RODRÍGUEZ: *La evolución de las ideas...*, *op. cit.*, p. 83).

⁵⁷ F. MARTÍNEZ MARINA: *Discurso sobre el origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del gobierno español*, introducción de J. A. Maravall, Madrid 1988, p. 29.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 162.

ahogo cultural español⁵⁹. En consonancia con estos planteamientos, algunos historiadores trataron de recuperar las minorías no católicas (judíos, moriscos, protestantes) como sectores sociales que los gobernantes católicos habían segregado injustamente de la sociedad hispana. Así, José Amador de los Ríos (1818-1878) escribió una historia de los judíos (1848), insistiendo en que en torno a ellos crecieron en España los gérmenes de la civilización burguesa y en los avatares de este grupo descubría los avances y retrocesos de la actividad económica y mercantil o intelectual⁶⁰. Los judíos eran analizados desde una doble perspectiva: desde lo que hicieron en el interior de España y lo que sufrieron sus descendientes expulsados en 1492. En la visión de Amador de los Ríos, la expulsión significó la desaparición del elemento más dinámico de nuestra civilización, sobre todo desde el punto de vista económico; en otras palabras, el vigor de la nación española fue estrangulado por los Austrias y la Inquisición española⁶¹. Pocos años después, el mismo autor escribía una *Historia crítica de la literatura española*, en cuyo prólogo —dedicado a Isabel II— señalaba que en “ésta se revelan vivamente los grandes conflictos de la patria” y que su trabajo estaba movido por el patriotismo⁶². La misma actitud se mantuvo con los moriscos, cuyos estudios fueron promovidos por Amador de los Ríos y otros académicos de la Historia, quienes organizaron una serie de concursos para que los eruditos preocupados por la historia realizasen estudios sobre dicha minoría. Fruto de estos fue la obra de Florencio Janer (1831-1877)⁶³. No fue

⁵⁹ A. DUVERINE: *Cuadro histórico de los abusos y espíritu de reforma política en España*, Madrid 1840.

⁶⁰ Antes, en 1847, Adolfo DE CASTRO Y ROSI había publicado *Historia de los judíos en España desde los tiempos remotos de su establecimiento hasta principios del presente siglo*, Cádiz 1847, destacando la injusticia de su expulsión realizada por una Monarquía. Para entender al personaje, Y. VALLEJO MÁRQUEZ: *Adolfo de Castro (1823-1898). Su tiempo, su vida y su obra*, Cádiz 1999, y M. RAVINA MARTÍN: *Bibliófilo y erudito. Vida y obra de Adolfo de Castro (1823-1898)*, Cádiz 1999.

⁶¹ J. AMADOR DE LOS RÍOS: *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos en España*, Madrid 1848. Después publicó *Historia social, política y religiosa de los judíos en España y Portugal*, Madrid 1876, 3 vols., mucho más completa. Acerca de la significación de su primera obra, R. LÓPEZ VELA: “Judíos, fanatismo y decadencia. Amador de los Ríos y la interpretación de la Historia Nacional en 1848”, *Manuscripts* 17 (1999), pp. 69-95.

⁶² J. AMADOR DE LOS RÍOS: *Historia crítica de la literatura española*, Madrid 1861, 7 vols.

⁶³ F. JANER: *Condición social de los moriscos de España: causas de su expulsión y consecuencias que ésta produjo en el orden económico y social*, Madrid 1857 [reed. Barcelona 1987]. Sobre el tema, R. BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO: “Estudio preliminar” a H. C. LEA: *Los moriscos españoles. Su conversión y expulsión*, Alicante 1990, pp. 30 y ss.

el único historiador que abordó tan espinoso tema; junto a su obra, aparecieron toda una constelación de estudios que reflejaban claramente el paradigma liberal: los moriscos habían sido víctimas de un austracismo absolutista e intransigente, cuya expulsión perjudicó gravemente la maltrecha economía de la nación española⁶⁴. No fue menor el interés que los liberales mostraron por los protestantes españoles procesados por el Santo Oficio. Adolfo de Castro y Rossi (1823-1898) redactaba una *Historia sobre los protestantes españoles* (1851) en el más puro esquema liberal⁶⁵. Al año siguiente, escribía una pequeña obra, con título bien expresivo⁶⁶, en la que pretendía desvelar las causas de la decadencia de España. Para el autor gaditano no había duda que la Iglesia católica había sido la causante de la decadencia. En buena lógica, con su idea de que el catolicismo había sido el causante de todo lo malo que había sucedido en la Historia de España, Castro no dudaba de rechazar a los Reyes Católicos como los más grandes monarcas hispanos (lo que era defendido por los historiadores liberales⁶⁷, por considerar que habían conseguido la unión de los reinos) y sorprendentemente, no dudaba en afirmar que el gran rey de Castilla había sido Enrique IV, “Más amigo de regir los ánimos con la dulzura que por la violencia”, quien tuvo que padecer la “sublevación de los eclesiásticos”⁶⁸. Con todo, el autor que mayor esfuerzo y más extensa obra dejó para introducir en la Historia de España a los protestantes, fue Luis Usoz y Río (1805-1865), quien a mitad del siglo XIX iniciaba una colección en la que

⁶⁴ Entre los principales autores que escribieron sobre el tema, V. BOIX: *Historia de la ciudad y reino de Valencia*, Valencia 1845; J. MUÑOZ Y GAVIRIA: *Historia del alzamiento de los moriscos, su expulsión de España y sus consecuencias en todas las provincias del reino*, Madrid 1861 [reed. Valencia 1980], y M. DANVILA Y COLLADO: *La expulsión de los moriscos españoles. Conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid*, Madrid 1889. Sobre el tema, R. GARCÍA CÁRCCEL: “La historiografía sobre los moriscos españoles”, *Estudis* 6 (1977), pp. 71-99. Sobre el tema morisco en la literatura española del siglo XIX, M. S. CARRASCO URGOITI: *El moro de Granada en la literatura*, Madrid 1956, pp. 225 y ss. [ed. facsímil, Granada 1989].

⁶⁵ A. CASTRO Y ROSSI: *Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, Madrid 1851; R. LÓPEZ VELA: “Inquisición, protestantes y Felipe II en 1851. Adolfo de Castro y la Historia Nacional como leyenda negra”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 13 (2005), pp. 171-199.

⁶⁶ A. CASTRO Y ROSSI: *Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia*, Cádiz 1852.

⁶⁷ J. ÁLVAREZ JUNCO: “Identidad heredada y construcción nacional. Algunas propuestas sobre el caso español, del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal”, *Historia y Política* 2 (1999), pp. 123-145.

⁶⁸ A. CASTRO Y ROSSI: *Examen filosófico...*, *op. cit.*, p. 8.

publicaba las obras que escribieron o los procesos que experimentaron los protestantes españoles del siglo XVI bajo el título *Reformistas Españoles* ⁶⁹.

Esta polémica inició la articulación de la Historia de la nación y el nuevo Estado tomó conciencia de hacer su evolución histórica, lo que también le daba legitimidad. Resulta evidente que hasta las décadas centrales del siglo XIX, cuando se estableció la sociedad liberal, los conceptos de “literatura española” o “historia de España” comenzaron a llenarse de contenidos y articularse en su evolución temporal. Fue a partir de entonces cuando el Estado y sus elites se “hicieron historiadores” y a promocionar multitud de proyectos culturales con el patrocinio del gobierno ⁷⁰. No resulta fácil trazar los pasos que siguió el proceso de legitimación e institucionalización de la cultura liberal burguesa; no obstante, se puede afirmar que comenzó con la creación del Ateneo de Madrid, institución cultural por excelencia del liberalismo ⁷¹. Pocos años después, en el reinado de Isabel II, nuevas instituciones vinieron a ocupar los espacios generados por los nuevos saberes: las Academias. De esta manera, junto a los Ateneos, las Academias (Lengua, Historia, Ciencias Morales y Políticas...), patrocinadas por el Estado, marcaron el camino a seguir en la oficialización de los saberes (en nuestro caso) históricos. La ley de Instrucción pública del ministro Moyano, de 9 de septiembre 1857, “significó el corolario de la primera fase de institucionalización académica de la historiografía liberal” ⁷².

El gobierno moderado —que gobernó durante de 1843 a 1854— era celosamente centralista y su gran obsesión era implantar una administración eficaz, racional y centralizadora, que no siempre consiguió ⁷³; sin embargo, este espíritu fue

⁶⁹ Sobre el personaje y su labor, M. MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid 1967, vol. II, pp. 900-905; D. RICARD: “Notas para una biografía de Luis Usoz y Río”, *Studia Albortiana* 13 (1973), pp. 436-532.

⁷⁰ I. PEIRÓ MARTÍN: “El espíritu del siglo: el academicismo en el proceso de formación histórica de la cultura liberal española”, en M. SUÁREZ CORTINA (coord.): *La cultura española en la Restauración*, Santander 1999, pp. 64-66.

⁷¹ El discurso de inauguración, a cargo del duque de Rivas, fue pronunciado el 6 de diciembre de 1835 (A. GARRORENA MORALES: *El Ateneo de Madrid y la teoría de la Monarquía liberal, 1836-1847*, Madrid 1974, pp. 31-35). Los orígenes del Ateneo son descritos por R. MESONERO ROMANOS: *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid*, Madrid 1980, pp. 429-444, y R. M. LABRA: *El Ateneo de Madrid, 1835-1905. Notas históricas*, Madrid 1906.

⁷² I. PEIRÓ MARTÍN: “El espíritu del siglo:...”, *op. cit.*, p. 68; B. PELLISTRANDI: *Un discours national?...*, *op. cit.*, pp. 95-110.

⁷³ E. TERRÓN: *Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, Barcelona 1969, p. 126.

el que movió la interpretación histórica de las *Historias Generales*⁷⁴, que se escribieron en los años centrales del siglo XIX y suplantaron a la *Historia de España* del padre Juan de Mariana, que era la más leída hasta esas fechas. Tal tipo de *Historias*, al decir del profesor Jover Zamora⁷⁵, constituyeron una “especie de Biblia secularizada” en las que se instruían las clases medias, aunque la más famosa, tal vez, haya sido la obra de Modesto Lafuente, en la que ya aparecían las características que los liberales querían enseñar al pueblo español como factores esenciales que habían constituido la nación: la soberanía nacional, la unidad legislativa y política, la unidad religiosa y la identidad nacional⁷⁶. Muchos otros autores intentaron hacer lo mismo, incluso, antes que el célebre historiador, como Eugenio Tapia, Gonzalo Morón, Juan Cortada, Cavanilles, etc.⁷⁷. Todas estas “*Historias Generales*” ponían el acento de la decadencia de la Monarquía en la corrupción de la administración en el siglo XVII, en las derrotas militares de sus ejércitos (en defensa de la religión) y, económicamente, en los altos impuestos que conllevaban las guerras.

En el *Bosquejo Histórico* de Martínez de la Rosa, Felipe II fue el causante de los males de España:

Felipe II fue el que realmente decidió la suerte de España; el carácter de este príncipe, su política sesgada y cautelosa, el odio que profesaba a la libertad bajo cualquier aspecto que se presentase, y el empeño de entrometerse en los asuntos domésticos de otras naciones, para extender por todas vías su dominación o su influjo, fueron las causas de que se malograsen las esperanzas que ofrecían a España el más próspero porvenir⁷⁸.

⁷⁴ I. PEIRÓ MARTÍN Y G. PASAMAR ALZURIA: “La vía española hacia la profesionalización historiográfica”, *Studium. Geografía, Historia, Arte y Filosofía* 3 (1991), pp. 138-140; G. PASAMAR ALZURIA: “La configuración de la imagen de la ‘decadencia española’...”, *op. cit.*, pp. 186-187.

⁷⁵ J. M. JOVER ZAMORA: “Caracteres del nacionalismo español, 1834-1874”, *Zona Abierta* 31 (1984), pp. 4-10.

⁷⁶ P. CIRUJANO MARÍN, T. ELORRIAGA PLANES Y J. S. PÉREZ GARZÓN: *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid 1985, pp. 80-83; J. S. PÉREZ GARZÓN: “Nación española y revolución liberal: la perspectiva historiográfica de los coetáneos”, en C. FORCADELL e I. PEIRÓ (coords.): *Lecturas de la Historia*, Zaragoza 2001, pp. 23-54. Sobre la interpretación de la Historia de España que hace Modesto Lafuente, véase R. LÓPEZ VELA: “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado...”, *op. cit.*, pp. 195-298.

⁷⁷ Algunos ejemplos de *Historias Generales de España* son E. CHAO: *Historia del levantamiento, guerra y revolución y la historia de nuestros días*, Madrid 1848-1851, 5 vols. (continuador de la obra del padre Mariana); A. CAVANILLES: *Historia de España...*, *op. cit.*; M. LAFUENTE Y ZAMALLOA: *Historia General de España...*, *op. cit.*, etc.

⁷⁸ F. MARTÍNEZ DE LA ROSA: *Obras...*, *op. cit.*, p. 180.

Por su parte, a Modesto Lafuente lo que le interesaba, más que el acontecimiento, era marcar la filosofía, la esencia de la nación; ésta era obra de la Providencia. Para los historiadores del siglo XIX, el reinado de los Reyes Católicos constituyó el nacimiento de España como nación con unas mismas creencias, unas mismas señas de identidad y con unas instituciones que gobernaban a todos. Para Modesto Lafuente representaron el lugar central de todos los monarcas de España, describió de manera encomiástica la “prodigiosa actividad” de estos monarcas, exaltando especialmente la actividad de Isabel, al mismo tiempo que atribuye al reino de Castilla un papel esencial en la formación de la Monarquía⁷⁹. Al enfrentarse al tema de la Inquisición, advierte:

Una negra nube aparece, no obstante, en el horizonte español, que viene a sombrear este halagüeño cuadro [se refiere al que ofrecía España bajo el reinado de los Reyes Católicos]. En el reinado de la piedad se levanta el tribunal de la sangre. Se establece la Inquisición y comienzan los horribles autos de fe [...] los monarcas españoles que se sucedan, se servirán grandemente de este instrumento de tiranía que encontrarán erigido y el fanatismo retrasará la civilización por largas edades.

Para Lafuente, el catolicismo y la Iglesia vertebraban la nacionalidad española; era una de sus señas de identidad más notables desde los tiempos de los visigodos; ahora bien, la Inquisición constituyó un obstáculo para que España no siguiera los derroteros de otras naciones europeas⁸⁰.

Lafuente calificaba el reinado de Felipe IV (junto con su valido el conde duque de Olivares) como el de la decadencia de España: “empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron España”. Las numerosas guerras agravaron la situación económica y llevaron a que el rey tuviera que solicitar servicios a las Cortes e imponer una cantidad ingente de tributos, lo que llevó a la sublevación de muchos reinos.

No obstante, en esta época, el predominio de la teología y jurisprudencia aún las hacían como ciencias de mayor consideración, como afirmaba Gil de Zárate: “La iglesia y el foro eran las únicas carreras que merecían estimación, mirándose con desprecio cuanto no se dirigía exclusivamente a ellas”⁸¹. La teología era la ciencia dominante y la que imprimía carácter a todas las ciencias; por tanto,

⁷⁹ M. ESTEBAN DE VEGA: “Castilla y España en la *Historia General* de Modesto Lafuente”, en A. MORALES MOYA y E. DE VEGA (coords.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones...*, *op. cit.*, pp. 99-100.

⁸⁰ R. LÓPEZ VELA: “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado...”, *op. cit.*

⁸¹ Citado por E. TERRÓN: *Sociedad e ideología...*, *op. cit.*, p. 147.

resulta lógico que muchos historiadores vieran en la religión la causa de la decadencia de España. Morayta, en su *Historia General de España*, acusaba directamente a la religiosidad de Felipe II y a la Inquisición como los causantes de la decadencia, identificando el catolicismo del Rey Prudente con el de su nieto Felipe IV⁸². Ortega y Rubio se expresaban en términos análogos:

No heredó Felipe II los arrebatos belicosos de su padre; pero sí el odio a los protestantes, que fueron perseguidos en el reinado de Felipe con más encono y con crueldad mayor que lo habían sido bajo el poder de Carlos. El anhelo de dominación fue tan poderoso en Felipe II, que persiguió constantemente el ideal absurdo y fuer de absurdo irrealizable, de que todos los hombres pensarán como él⁸³.

Para Rubio, el planteamiento de la Monarquía hispana era completamente nacionalista como correspondía al período de la Restauración: partía de las Comunidades de Castilla para demostrar la decadencia de España: “Véamos cómo se prepara este gran acontecimiento de Las Comunidades que son como el despertar del pueblo español a las democracias modernas”⁸⁴.

No obstante, la interpretación de la Historia de España que surgió en torno a la revolución de 1868 desde los círculos del Partido Democrático e ideologías más radicales, por lo general, emanadas del pensamiento político, obedecían a planteamientos cuyos fundamentos axiomáticos eran opuestos y, por consiguiente, se deducían sistemas políticos y culturales completamente distintos. Así lo percibieron, al menos, el grupo de católicos integristas o *neo-católicos*, como se les denominó⁸⁵, quienes respondieron con prontitud. El profesor de instituto de Granada, Ortí i Lara, impugnaba el discurso de Sanz del Río (pronunciado en 1857) en un artículo publicado en la revista *La Alhambra*. Sanz del Río, basándose en Krause, exaltaba el papel de la razón como salvadora de la libertad y el progreso de la humanidad hacia una tercera edad más armónica. Ortí i Lara, por su parte, ponía en guardia a los católicos de ciertas aseveraciones

⁸² *Historia de España*, lib. XXV, cap. IV. Al respecto véase la “introducción” de J. S. PÉREZ GARZÓN a la obra de M. LAFUENTE Y ZAMALLOA: *Historia General de España. Discurso preliminar*, Pamplona 1993.

⁸³ *Historia de España*, IV.

⁸⁴ *Discursos Académicos de Juan Ortega Rubio*, Valladolid 1887 (2ª ed.), p. 5.

⁸⁵ Sobre los orígenes del neo-catolicismo, B. URIGÜEN: *Orígenes y evolución de la derecha española: el neo-catolicismo*, Madrid 1986, pp. 77 y ss y 105 ss.; P. C. GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid 2000, pp. 126-128; M. M. CAMPOMAR FORNIELLES: *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los Heterodoxos Españoles*, Santander 1984, pp. 15-73.

contenidas en el discurso⁸⁶. La actitud de los “neos” estaba en consonancia con la lucha que el Pontífice llevaba a cabo contra el liberalismo en Europa (*Syllabus*), lo que impidió que un catolicismo liberal (que venía desde el siglo XVIII) arraigase en España⁸⁷.

La influencia que los *neos* venían ejerciendo, desde 1860, en las esferas del poder quedó de manifiesto en la decisiva intervención que tuvieron en la primera cuestión universitaria de 1864. Ellos promovieron lo que fue llamado “el lamentable estado de la enseñanza pública” y sobre el “contagio” que algunos profesores universitarios habían sufrido de Krause. Si en 1857 los *neos* habían fracasado en su intento de modificar el proyecto de ley de instrucción pública presentado por Claudio Moyano, en 1864 lograron que varios profesores universitarios fueran desposeídos de sus cátedras y que el gobierno modificase algunos aspectos de la controvertida ley⁸⁸. La situación duró seis años y los profesores perjudicados fundaron *La Institución Libre de Enseñanza*⁸⁹. En el campo de la interpretación histórica y cultural, el enfrentamiento se tradujo en una agria y larga polémica sobre la ciencia en España en la que se discutía el papel que había jugado la religión católica en ello⁹⁰.

⁸⁶ El enfrentamiento entre Sanz del Río y los *neos* es descrito con gran precisión, entre otros, por A. JIMÉNEZ LANDI: *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, Madrid 1973, I. Ortí i Lara escribió sus comentarios en *La Esperanza* y Sanz del Río los calificó de injuriosos. De nada sirvieron las mediaciones del rector de la Universidad de Granada (Juan Nepomuceno Torres) para que Ortí i Lara rectificase, pues él se reafirmó en lo que había escrito; bien es cierto que Ortí envió una colección de sus trabajos a Sanz del Río y una carta donde le aseguraba que solo le había movido en su réplica “el celo por la buena doctrina que considero lastimada en su discurso” [*Sanz del Río (1814-1869). Apunte biográfico por F. Giner de los Ríos. Documentos, diarios y epistolario preparados con una introducción de Paulino Azcárate*, Madrid 1969, p. 397].

⁸⁷ Así opina J. L. LÓPEZ ARANGUREN: *Moral y sociedad*, Madrid 1966, pp. 177 y ss.; J. A. MARAVALL: “Sobre los orígenes y el sentido del catolicismo liberal en España”, en *Homenaje a Aranguren*, Madrid 1971, pp. 241 y ss.; V. LLORENS: *Liberales y Románticos...*, op. cit., pp. 200 y ss.; F. SARDÁ Y SALVANY: *El liberalismo es pecado*, Barcelona 1884, libro en el que se formula una catequética antiliberal al servicio del catolicismo integrista.

⁸⁸ B. URIGÜEN: *Orígenes y evolución de la derecha española...*, op. cit., pp. 189-200; A. OLLERO TASSARA: *Universidad y política. Tradición y secularización en el siglo XIX*, Madrid 1972, pp. 34 y ss.

⁸⁹ V. CACHO VIU: *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid 1962, y J. L. ABELLÁN: *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid 1979, vol. v, pp. 146-175.

⁹⁰ Parte de estos artículos fueron publicados en *La Ciencia Española* de M. MENÉNDEZ PELAYO (P. LAÍN ENTRALGO: *España como problema*, Madrid 1956, vol. I, pp. 40-90).

El triunfo revolucionario de 1868 creó una serie de condiciones favorables para la manifestación, no solo de las viejas, sino también de las nuevas tensiones que había en la sociedad española de la época. El conflicto en torno al régimen siguió teniendo los mismos protagonistas políticos: por la derecha el carlismo, que había renunciado a restaurar el Antiguo Régimen, pero se había convertido en partido confesional; por la izquierda, un republicanismo cuyo programa pretendía reformas esenciales en el sistema político. Simultáneamente, se produjo un enfrentamiento total entre la sociedad y el sistema político a través de los movimientos obreros, divididos según el tipo de acción que propugnaban para llevar a cabo la revolución. Finalmente, el surgimiento de los movimientos regionalistas, que afirmaban la composición multinacional de España frente a la concepción unitaria, vino a completar la complicada situación política del momento.

Con todo, bajo tan complicada situación política, también se debatían los principios religiosos y filosóficos que sustentaban tales planteamientos. La renovación espiritual que operó la generación de 1868 no podría explicarse sin el krausismo, ni tampoco la actualidad que concedió a un problema que en todas las manifestaciones de la vida española de aquel tiempo ocupó un lugar de extraordinaria importancia: el problema religioso. La fundación de la Institución Libre de Enseñanza, la implantación del positivismo, el desarrollo de la mentalidad científica, la aparición del primer proletariado industrial y la “polémica de la ciencia española” constituyeron distintos aspectos de la conflictividad religiosa de la época. En realidad el problema, además de científico, en el plano político se vio como una fidelidad al Estado o a la Iglesia. Evidentemente, tan profundos y radicales planteamientos afectaron a la interpretación de la historia de España, transformando en mitos nacionalistas lo que hasta entonces habían sido interpretaciones de escuelas claramente políticas.

Las posturas más radicales vinieron por parte de los republicanos, quienes defendieron la estrecha relación que existía entre la intolerancia religiosa y el hundimiento de España como nación. Por su parte, los conservadores insistían en que existía una estrecha unión entre la religión católica y las glorias de España y que la Iglesia católica ni había maldecido la ciencia, ni había sido la causa de nuestra pobreza actual⁹¹. La impronta católica fue más determinante en los sectores de la

⁹¹ “Discurso del Sr. Manterola en defensa de la unidad católica”, en J. RICO AMAT: *La unidad católica. Biografías y discursos de los diputados católicos que han tomado parte en los debates sobre la cuestión religiosa en las Cortes constituyentes de 1869*, Madrid 1869, p. 89. En esta misma línea, el diputado Cruz de Ochoa argumentaba: “Desengañemosnos, señores Diputados, aquí hicimos la Reconquista por la unidad católica o por Dios y nuestra patria; aquí adelantamos en las ciencias, en las artes, en las letras; en todo absolutamente, por nuestra religión católica, y nuestro amor a la patria nace de esa unidad”.

extrema derecha antiliberal. La ideología básica del conjunto de la extrema derecha española puede ser muy bien descrita mediante el concepto de ‘teología política’; es decir, una ideología que intenta la sistematización del hecho religioso como legitimador de la praxis política. Tradición que dio importantes pensadores como Juan Donoso Cortés, Balmes, Menéndez Pelayo o Ramiro de Maeztu.

La creación de Academias y Facultades de Ciencias y de los Institutos Geológicos y Minero y del Geográfico y Catastral durante el siglo XIX, animó la polémica de la ciencia en España. En 1851, Zarco del Valle leía su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias, recién creada, reivindicando la ciencia patria⁹². Desde el punto de vista histórico, reivindicaba el reinado de los Reyes Católicos como el mejor: “Llegó para nosotros, y aun añadiré para las ciencias, una de las épocas más venturosas con el reinado de Isabel la Católica y Fernando V”. Pero fue sobre todo en el discurso de ingreso en la Academia de Ciencias leído por José de Echegaray (el 11 de marzo de 1866) donde se retomó el pulso a la polémica de la ciencia en España. En dicho discurso sobre “Historia de las matemáticas puras de nuestra España”, se constata la escasez de personas que se han dedicado a esta materia y –con un espíritu patriótico– terminaba con la frase esperanzadora de que “España sabrá ganar el tiempo perdido, conquistando bien pronto honroso puesto entre las naciones de Europa”. Para Echegaray, el siglo XVII es de auténtica desalación para esta materia en España:

Gran siglo, sí, para Europa el siglo XVII; mas ¿qué ha sido para nuestra España? ¿Qué descubrimiento analítico, qué verdad geométrica, qué nueva teoría lleva nombre español? ¿Quiénes los rivales de Viete, de Fermat, de Pascal, de Descartes, de Harriot, de Barrow, de Brouncker, de Wallis, de Newton, de Huygens, de Gregorio de San Vicente, de Leibniz, de los Bernouilli? Yo los busco con ansia en los anales de la ciencia y no los encuentro⁹³.

“La historia de nuestra intolerancia –afirmaba Romero Ortiz– es la historia de nuestra decadencia, de nuestra esclavitud, de nuestro envilecimiento”. Y continuaba:

Me basta recordar nuestra industria aniquilada, los talleres de Toledo desiertos, la agricultura muerta y todo lo que en este país había de grande y de generoso, desapareciendo, mientras que las muchedumbres embrutecidas acudían a llenar estos alcázares que entonces se erigían a la holganza, al resplandor de las hogueras del Santo Oficio.

⁹² Una edición fácil de consultar en E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española, op. cit.*, pp. 151-160.

⁹³ *Ibidem*, p. 175.

1.4. *EL CAMBIO DE IMAGEN DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA
DURANTE EL PERÍODO DE LA RESTAURACIÓN*

La revolución de 1868 había supuesto el paso de tradicionalistas y neocatólicos al Carlismo cuando éste aceptó el marco legal para defender las ideas de partido ⁹⁴. Esta ampliación provocó una división: los más tolerantes, que daban importancia al principio dinástico y de partido, y los más intransigentes, que colocaban por encima de todo la doctrina de la Iglesia. La división del Carlismo proyectó sobre el catolicismo estos gérmenes de división ⁹⁵. Puede haber pocas dudas de que el Carlismo, en su persistencia a lo largo del siglo, logró convertirse no solo en uno de los ejes de la vida colectiva española, sino también en un elemento fundamental de la ideología y política de las “derechas” en España. Durante la Restauración, el Carlismo desplegó una intensa actividad política e, incluso, logró modernizar su organización como partido, pero careció de la necesaria vertebración interna, lo cual tuvo como consecuencia una serie de escisiones que repercutieron en su evolución como partido político. La primera disidencia se produjo por parte de Ramón de Nocedal, cuya doctrina se conoce como *El integrismo*. Este pensamiento llevó hasta sus últimas consecuencias el ideal teocrático, según el cual la sociedad debía de organizarse de modo universal como un todo, sin escisión entre las esferas política y religiosa; por lo tanto, no debía de existir diferencia entre Estado/Iglesia como poderes diferenciados.

El gobierno de la Restauración siempre tuvo que pactar con la Iglesia, aunque no fuera más que para ganarse la neutralidad de la jerarquía eclesiástica y, de este modo, evitar las reivindicaciones del carlismo, siempre amenazante. En este sentido, el régimen surgió de un pacto que la Constitución de 1876 sancionó, en el que la Iglesia recibía la confirmación de sus grandes privilegios, sobre todo en educación; el resultado fue el aumento del número de clérigos y colegios que se dio en España entre 1860 y 1900 e, incluso, se puede alargar hasta la Segunda República ⁹⁶. De esta manera, la religión católica sirvió como marco

⁹⁴ A. WILHELMSSEN: *La formación del pensamiento político del carlismo (1810-1875)*, Madrid 1995, pp. 419-446.

⁹⁵ C. SECO SERRANO: “Implantación y evolución de un modelo político: el Estado canovista”, en P. LAÍN ENTRALGO y C. SECO SERRANO (eds.): *España en 1898. Las claves del desastre*, Barcelona 1998, pp. 24-25.

⁹⁶ M. REVUELTA GONZÁLEZ: “La recuperación eclesiástica y el rechazo anticlerical en el cambio de siglo”, en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.): *España entre dos siglos (1875-1931)*, Madrid 1991, pp. 213-245.

ideológico al régimen de la Restauración; es decir, —afirma el profesor Seco Serrano⁹⁷— se suplió la carencia de una ideología “moderna” (elaborada en torno a los valores del saber y de la técnica, o en otro plano, de la nación-estado) por la intensificación del recurso a la religión como sistema unificador del poder. Resulta lógico, por tanto, que la articulación de la Historia de España se proyectase desde estos puntos de vista y especialmente el tema de la “decadencia de España”, tema vital para justificar el atraso de la nación.

1.4.1. *La polémica de la ciencia*

El tema de la decadencia y el atraso de España tuvieron una primera interpretación en el episodio conocido como “la polémica de la ciencia”. En el desarrollo de esta polémica pueden distinguirse tres grandes tendencias. En primer lugar la representada por Gumersindo de Azcárate, Gaspar Núñez de Arce, Manuel de la Revilla, Nicolás Salmerón, José del Perojo y Luis Vidart; esto es, un grupo heterogéneo de autores, pues representaban al krausismo, positivismo y neokantismo. Según estos autores, la intolerancia religiosa (simbolizada en la Inquisición) había ahogado la actividad intelectual, sumiendo al país en un atraso científico y cultural con respecto a Europa. Una segunda posición estaba formada por los neotomistas Alejandro Pidal y Joaquín Fonseca, que condenaban toda actividad intelectual ajena a Santo Tomás de Aquino. Entendían que la actividad científica moderna, salvo la protagonizada por el tomismo, era una desviación de la verdad. La tercera postura correspondía a los creyentes como Menéndez Pelayo y Gumersindo Laverde (en menor grado Juan Valera y Leopoldo Alas “Clarín”). Para estos autores, la ciencia y cultura españolas nunca habían estado constreñidas por el Santo Oficio. Pese a ello, no negaban un proceso de decadencia general de nuestro país en cultura, pero independiente del catolicismo⁹⁸.

La polémica parecía una disputa intelectual entre diversas personas de distintas tendencias metodológicas. Ahora bien, sobre estas premisas, la polémica supuso un enfrentamiento entre los que deseaban la pervivencia de un modelo científico de base católica y quienes propugnaban la separación de ciencia y religión. De esta manera, tras el nivel alcanzado por España en siglos anteriores,

⁹⁷ C. SECO SERRANO: “Crisis e ideología en la Restauración”, en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.): *España entre dos siglos...*, op. cit., p. 187.

⁹⁸ A. SANTOVEÑA SETIÉN: *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander 1994, pp. 240-250.

lo que en realidad se discutía era la posibilidad de lograr la conciliación entre razón y credo religioso ⁹⁹.

Así, cuando los pensadores krausistas, positivistas y neokantianos denunciaban que la injerencia religiosa había ahogado nuestro pasado cultural, estaban rechazando la validez del dogma como instrumento para conseguir conocimiento. Por su parte, los neotomistas, al reiterar que la verdad solo había sido alcanzada de manera total en la Edad Media, gracias a la escolástica tomista, estaban negando la capacidad de la razón individual considerada como fuente de conocimiento. Finalmente, Méndez Pelayo y seguidores defendían que religión y ciencia eran compatibles y, por tanto, se podía llegar a un equilibrio entre fe y razón.

A pesar de las divergencias de los autores que tomaron parte en la controversia, todos compartían la creencia de que el comienzo de la Edad Contemporánea se había producido coincidiendo con una situación de atraso cultural en España. La gravedad de la situación descrita impulsó a Menéndez Pelayo a examinar los proyectos trazados por krausistas y neokantianos con objeto de subsanar el declive científico-cultural. Ambas propuestas fueron rechazadas, por lo que hubo de diseñar un modelo cultural distinto, que debía asumir dos requisitos: a) debía ajustarse al credo católico; b) debía encajar en la esencia de la tradición española. Sobre estos postulados, don Marcelino expuso un elenco de medidas culturales con las que devolver al ambiente intelectual el vigor de sus mejores tiempos ¹⁰⁰.

En la polémica de la “ciencia española” es preciso poner junto a Menéndez Pelayo a Gumersindo Laverde Ruiz, catedrático de Literatura en la Universidad de Valladolid, porque aunque apenas si tomó parte en la polémica, fue el inspirador de don Marcelino y su libro *Ensayos críticos sobre Filosofía e Instrucción pública* ¹⁰¹ fue el antecedente inmediato de *La Ciencia española* ¹⁰². Ello

⁹⁹ A. SANTOVEÑA SETIÉN: “Menéndez Pelayo y la Cultura Católica”, en M. SUÁREZ CORTINA (coord.): *La cultura española en la Restauración*, op. cit., pp. 398-400.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 402-403.

¹⁰¹ G. LAVERDE RUIZ: *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública españolas*, Lugo 1868.

¹⁰² J. L. ABELLÁN: “Menéndez Pelayo y la polémica de la ciencia española”, *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 2 (1975), pp. 363-376, hace un compendioso análisis de lo que denomina “La prehistoria de la historia de la Filosofía en España”, señalando a G. Laverde como el mentor de este proyecto y de habérselo inculcado a Menéndez Pelayo: “Esto no quiere decir que la obra de Laverde haya sido estéril; por el contrario, de él parte todo el edificio de nuestra historia filosófica. Sus *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública* (Lugo 1868) marcan un hito en la historiografía sobre el tema; allí se contienen estudios sobre

coincidió con motivo de haber escrito don Gumersindo de Azcárate una serie de artículos en la *Revista de España* sobre el “*Self Government* y la monarquía doctrinaria”¹⁰³, en los que indicaba que la actividad científica en España había estado ahogada casi por completo durante tres siglos. El 7 de abril de 1876, Gumersindo Laverde escribía una carta a Menéndez Pelayo en la que le decía: “Adjunta va una nota que a vuela pluma escribí en vista del párrafo de Azcárate citado en ella. Puede usted hacer un buen artículo y una buena obra”¹⁰⁴. El joven polígrafo contestó con un artículo en la *Revista Europea*, en el que trazaba un cuadro general de la actividad científica española en dichos siglos¹⁰⁵. Ciertamente, la Inquisición no aparecía como causante de este daño, pero muy pronto se introdujo de la mano de Núñez de Arce, para quien la causa de la decadencia de la literatura en España había sido la intolerancia. Arce situaba la influencia negativa de la Inquisición en la ciencia española dentro de un conflicto mucho más amplio como era el problema entre religión y ciencia, arrancando desde el siglo XVII¹⁰⁶.

El crítico literario don Manuel de la Revilla, al dar noticia del discurso de recepción en la Real Academia de Núñez de Arce en la *Revista Contemporánea*, aprovechó para criticar la posición de Menéndez Pelayo y Laverde. Revilla compartía que, aunque en España habían existido filósofos, ninguno consiguió crear escuela, y compartía con Núñez de Arce que “una de las causas de nuestra decadencia literaria fue la falta de libertades públicas”¹⁰⁷.

Fox Morcillo, Jovellanos, el tradicionalismo del siglo XVIII, y sobre todo un ensayo crítico y muy erudito sobre el entonces reciente libro de Luis Vidart, *La filosofía española. Indicaciones bibliográficas* (Madrid 1866). En este último libro y en la obra de Laverde en general está ya en germen la *Ciencia española* de Menéndez Pelayo” (p. 375).

¹⁰³ Fueron reunidos en el volumen G. DE AZCÁRATE: *El Self Government y la Monarquía doctrinaria*, Madrid 1877, la frase que encendió la polémica en p. 114.

¹⁰⁴ El párrafo de Azcárate decía: “Según que, por ejemplo, el estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden y podrá hasta darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad como ha sucedido en España durante tres siglos” [citado por C. MORÓN ARROYO: “Ciencia, Inquisición, ideología. Temas de nuestro tiempo”, *Arbor* 84 (1986), p. 29].

¹⁰⁵ *Revista Europea*, VII (1876), pp. 330 y ss.

¹⁰⁶ A. MÁRQUEZ: “Inquisición y Ciencia. Perspectiva histórica: lo hecho y lo por hacer”, *Arbor* 484 (1986), pp. 11-28.

¹⁰⁷ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española, op. cit.*, p. 206; A. SANTOVEÑA SETIÉN: *Menéndez Pelayo y las Derechas en España*, Santander 1994, pp. 45-61.

Semejante provocación fue aprovechada por Menéndez Pelayo para contestar en la *Revista Europea* con un artículo titulado “M. Masson redivivo”. Dicho artículo, después de enumerar y recordar los grandes literatos y hombres de ciencia que habían existido en España, a pesar de la Inquisición, termina señalando el auténtico meollo de la discusión:

Pero en medio de todas estas transformaciones ha conservado el señor Revilla la intolerancia de la impiedad, como otros de la creencia; habla siempre con desdén del catolicismo y de los católicos y afecta mirarnos con cierta compasión, cual si se tratase de parias o ilotas ¹⁰⁸.

A este artículo le contestó Revilla:

[...] ¿puede decirse que hay una verdadera filosofía española, ni siquiera que hay un filósofo español que pueda colocarse a la altura de los grandes filósofos que hacen época en la historia, o habrá que reconocer que, en filosofía como en ciencias, solo tenemos algunos estimables ingenios de segundo orden, muy dignos de consideración y respeto, pero que no nos autorizan a hablar pomposamente de ciencia española o filosofía española? ¹⁰⁹.

Finalmente, contestó Menéndez Pelayo con otro artículo titulado “M. Masson redimuerto” ¹¹⁰. En el mismo, comenzaba afirmando que era católico y que:

Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la Inquisición como fórmula del pensamiento de unidad que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él sino en contados individuos y rarísimas ocasiones. Niego esas supuestas persecuciones de la ciencia, esa anulación de la actividad intelectual y todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten ¹¹¹. [...] La intolerancia religiosa no influyó poco ni mucho en las ciencias que no se rozaban con el dogma. No hubo prohibiciones de libros útiles, ni persecuciones de sabios [...] ni nada, en fin, que impidiese nuestro progreso en dichos ramos del saber ¹¹².

¹⁰⁸ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 230; J. PARDO TOMÁS: *Ciencia y censura...*, op. cit., pp. 7-9.

¹⁰⁹ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 237.

¹¹⁰ *Revista Europea*, VIII.

¹¹¹ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 241.

¹¹² *Ibidem*, p. 243.

Introducción 1: *El reinado de Felipe IV como decadencia...*

Entre estas polémicas continuó don Marcelino sus cartas con Laverde en las que proyectaba una bibliografía sobre la ciencia española y en las que, algunas veces, criticaba duramente a Salmerón (aunque sin citarle), especialmente en el prólogo que puso a la versión española de la *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia*, del norteamericano Draper. El libro, que fue publicado por primera vez en inglés en 1873, consta de doce capítulos en los que realiza una evolución de la ciencia desde los griegos hasta el siglo XIX. Este libro provocó varias respuestas entre los eclesiásticos y los neocatólicos españoles, algunas de ellas expresadas por Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos españoles*¹¹³; pero más importantes que estos escritos polémicos fueron las reacciones positivas, tales como la fundación de revistas por parte de distintas asociaciones religiosas, tales como *La ciencia cristiana*, *Razón y Fe* o *Religión y cultura*.

La segunda polémica fue mantenida con don José del Perojo, quien dio a conocer la filosofía alemana (Kant) en España, quien publicaba en *Revista Contemporánea* (1877) un artículo sobre “La ciencia española y la inquisición”. Menéndez Pelayo le contestó en *La España Católica*. Perojo, que apoyaba a Revilla, mantenía en su artículo:

que no existe una escuela filosófica que propiamente puede llamarse española y que la Inquisición paralizó todo el movimiento científico de nuestro pueblo.

Esta última afirmación la reiteraba con insistencia:

en todas las ciencias está España antes de la Inquisición a la altura de las demás naciones, cuando no a la cabeza [...]. Según aumentaban los rigores de la Inquisición, nuestro pueblo se sumía más y más en terrible postración¹¹⁴.

En medio de esta discusión, Manuel Pedregal y Cañedo publicaba *Estudios sobre el engrandecimiento y la decadencia de España* (1878)¹¹⁵ en el que seguía la evolución de la historia de España que comenzaba a ser consagrada en los ámbitos académicos e intelectuales: auge y prestigio durante el reinado de Isabel y Fernando, Carlos V suprimió las libertades de las Cortes tras las Comunidades y Felipe II impulsó la Inquisición; ambos monarcas, además de ser extranjeros, establecieron las bases de la intransigencia que llevaron a la decadencia durante

¹¹³ M. MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, op. cit., vol. II, pp. 974-1046.

¹¹⁴ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 302.

¹¹⁵ M. PEDREGAL Y CAÑEDO: *Estudios sobre el engrandecimiento y la decadencia de España*, Madrid 1878.

el siglo XVII¹¹⁶. La misma argumentación repetía Felipe Picatoste al hacer la evolución histórica de España, sentenciando:

España ha sido grande, rica y feliz cuando ha vuelto en cierto modo la espalda a Europa. Así adquirió toda su gloria, conquistó la patria y creó su nacionalidad [...]. La mayor parte de nuestras desgracias provienen de haber huido del África y del Atlántico para meternos en aventuras que pusieron en peligro nuestra existencia [...]. La política española no ha debido moverse nunca sino en el campo y en la dirección que le señalaron los dos reyes más grandes de nuestra patria, cada uno dentro de las condiciones de su época: San Fernando y Doña Isabel la Católica¹¹⁷.

Como se puede constatar ninguno de ellos notaba diferencia ideológica ni política del catolicismo del siglo XVI con respecto al del siglo siguiente, ni tampoco se percataban de los cambios experimentados en las relaciones jurisdiccionales entre la Monarquía hispana y el Papado en ambas centurias, por lo que Felipe II siempre aparecía como el inicio y causante de este tobogán ininterrumpido hacia la decadencia cultural y política de la Monarquía, el resto de miembros de la dinastía Habsburgo solamente habían seguido las pautas establecidas por el Rey Prudente.

1.4.2. *La reinterpretación de la “decadencia” por Cánovas del Castillo*

Para Cánovas, las naciones eran “obra de Dios”, unidas por principios anteriores a todo pacto expreso, lo que enlazaba directamente con la tesis de la “constitución histórica”¹¹⁸. En España, la fórmula que definía la misma era la unión

¹¹⁶ “La escena cambio de aspecto, cuando el trono y el altar, sobre las ruinas de las instituciones nacionales, sellaron un pacto de alianza; cuando la persecución religiosa declaró una guerra a los judíos y a los moriscos; cuando arrastrados por el fanatismo, llevaban nuestros valientes soldados la antorcha, con que ponían fuego a las hogueras de la Inquisición; cuando se eclipsó el espíritu de libertad y la intolerancia vertió a torrentes la sangre de los protestantes y la investigación científica fue condenada como un crimen” (E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., pp. 306-307).

¹¹⁷ F. PICATOSTE: *Estudios sobre la grandeza y decadencia de España. El siglo XVII*, Madrid 1887.

¹¹⁸ P. C. GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid 1998, p. 22; C. DARDÉ MORALES: “Cánovas y el nacionalismo liberal español”, en G. DE CORTÁZAR (ed.): *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid 1994, pp. 213-216. El influjo de Leopoldo van Ranke en esta idea, ha sido puesto de manifiesto por G. VERSTEEGEN: “Corte y estado en la obra histórica de Cánovas: la malograda incorporación del Reino de Portugal a la Monarquía hispana”, *Libros de la Corte* 2 (2010), pp. 37-57.

Introducción 1: *El reinado de Felipe IV como decadencia...*

permanente entre Corona y Cortes, siendo la Corona la médula misma del Estado español ¹¹⁹. De acuerdo con estos principios, a Cánovas le resulta esencial explicar las causas de la decadencia de la Monarquía hispana y, concretamente, el periodo en el que se consumó el desastre: el reinado de Felipe IV.

La actividad de Cánovas como historiador se concentró en tres grandes obras: *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II* (1854), *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España* (1869) y *Estudios del reinado de Felipe IV* (1888). En vísperas de la Revolución de 1854 publicó su *Historia de la decadencia de España*. Lo que pretendía Cánovas con esta obra era explicar el comportamiento de los monarcas del siglo XVII y sus validos frente a un problema susceptible de ser analizado “filosóficamente” como es la *decadencia de los Imperios*.

Durante la época canovista se inició un proceso que condujo a una relativización de los juicios y valoraciones de la decadencia en el terreno de la historia literaria. La pauta vendría marcada por los sectores neocatólicos después de que en 1879 Marcelino Menéndez Pelayo divulgase en la *Ciencia Española* una polémica con figuras krausistas y positivistas ¹²⁰,

en donde el Renacimiento, la insistencia en el catolicismo y el rechazo del influjo del Santo Oficio en la cultura aportaron las bases interpretativas para una *nacionalización* de la historia intelectual de los siglos XVI y XVII.

La defensa de la política de los Austria del siglo XVI y la matización de la decadencia de España del siglo XVII comenzó a tener carta de naturaleza académica durante la época de la Restauración bajo Cánovas. De hecho, la visión canovista “madura” consistió en nacionalizar a los Austria, presentándolos como el apogeo mismo de nuestra historia, ofreciendo una visión indulgente de los reyes del XVII que, aunque “malos reyes”, “no eran peor que la nación que gobernaban”. Para Cánovas, como ya he dicho, las naciones eran fruto de la Historia ¹²¹:

¹¹⁹ A. DE BLAS: “Introducción” a *Discurso sobre la nación de Antonio Cánovas del Castillo*, Madrid 1997.

¹²⁰ G. PASAMAR ALZURIA: “La configuración de la imagen de la ‘decadencia española’...”, *op. cit.*, p. 195.

¹²¹ C. DARDÉ MORALES: “Cánovas y el nacionalismo liberal español”, *op. cit.*, pp. 213-216; G. PASAMAR ALZURIA: “La rehabilitación de los primeros Austrias entre los historiadores de la Restauración”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. REYERO (dirs.): *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos*, Madrid 2000, pp. 121-140.

Al acabar el siglo XVI, sentía la nación cierto cansancio disculpable en lo grande de las obras que había ejecutado y de las empresas que durante el anterior había cometido. Pero era cansancio, no decadencia aún lo que sentía ¹²².

Ciertamente, la Monarquía tenía ya dentro de sí los gérmenes de corrupción que más tarde habían de destruirla, y cierto también que Felipe II había cometido no pocas faltas en su reinado. Más ha de tenerse en cuenta que aquellos gérmenes de corrupción no habían sido antes sino principios de vida y engrandecimiento que eran naturales en la Monarquía, y que lo mismo se advertían en ella cuando comenzaron a reinar los Reyes Católicos que a la muerte de Felipe II. [...] Pero el vulgo no acierta a comprender de qué manera las mismas causas que produjeron el engrandecimiento, pueden producir la decadencia ¹²³.

Pero en su *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, obra de madurez, Cánovas comenzaba:

Dividida España en cortos Estados independientes, desde la invasión de los musulmanes hasta la conquistas de Granada y Navarra, y la incorporación definitiva de Aragón a Castilla, no aparece como un gran poder en la historia, sino durante los reinado de la casa de Austria. Son ellos, ciertamente, los que la han hecho intervenir más en los negocios políticos de Europa y en el movimiento general de la civilización. Ni las épicas hazañas de los catalanes y aragoneses en Oriente, ni la maravillosa restauración de los Estados Pontificios por el cardenal Albornoz y algunos clérigos castellanos; ni las conquistas de Sicilia y Cerdeña fueron hechos que pudieran llamarse nacionales y asegurasen a España duradera importancia [...]. Ya los Reyes Católicos figuraron gloriosamente en el mundo, pero no era su poder el de una nación todavía, sino más bien el de una alianza entre las principales naciones peninsulares [...]. Al advenimiento de la Casa de Austria es cuando forma ya España una nación permanente; y es entonces cuando recorren nuestras armas y naves todo el globo ¹²⁴.

De acuerdo con esta realidad, resulta incontestable que la “decadencia” de la Monarquía no se podía identificar con la casa de Austria, sino solamente a partir de Felipe IV; es decir, a partir de las primeras décadas del siglo XVII:

No ha habido, pues, grandeza para nosotros sino en los días de la monarquía austríaca; y siempre entenderán los hombres, cuando se hable de la decaída España antigua, que tratan de la que heredó Carlos I, y comenzó a desmembrarse en manos

¹²² A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Historia de la Decadencia de España*, Málaga 1992, p. 6 [facsímil de la ed. de 1910].

¹²³ *Ibidem*, p. 7.

¹²⁴ A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, Madrid 1869, pp. 1-2.

Introducción 1: *El reinado de Felipe IV como decadencia...*

de su biznieto el cuarto Felipe. Ni antes ni después de aquella época ha sido otra cosa España que un rincón del continente europeo, más o menos unido, mejor o peor gobernado, pero aislado, de todas suertes, e incapaz de disputar siquiera el primer lugar de las naciones ¹²⁵.

En su idea de decadencia, Cánovas partía del convencimiento de que la nación venía arrastrando:

[una] larga decadencia desde finales del siglo XVI basada, especialmente, en una proyección exterior desproporcionada a sus fuerzas y a una insolidaridad interior que finalmente había comprometido tanto su equilibrio interno como su posición ante el resto de Europa ¹²⁶.

La concepción del Estado que tuvo Cánovas se hallaba en lo que aprendió de la Historia (Monarquía, Catolicismo y Cortes). Esto se reflejó en la estructura de la Constitución de 1876, en la que se observa una co-soberanía entre la Corona (garantía de integración nacional) y la nación representada en las Cortes ¹²⁷. Como señala el profesor Seco Serrano, para el afianzamiento de la doctrina canovista era necesario la adhesión condicionada de la izquierda procedente del frente revolucionario de 1868; de ahí, la actitud del político malagueño con los radicales revolucionarios ¹²⁸.

La interpretación de la “decadencia” de Cánovas fue respaldada por Konrad Haëbler desde el punto de vista económico. Para Haëbler no se podía hablar de decadencia económica durante el reinado de Carlos V, ni siquiera del de su hijo, Felipe II, aunque al final comenzó a tener problemas hacendísticos ¹²⁹; por consiguiente, no se podía identificar la dinastía de los Austria con la decadencia de España; ciertamente, los monarcas del siglo XVII (cuya calificación afortunada de “Austrias menores” ha llegado hasta nuestros días) no supieron gobernar la Monarquía y ello repercutió en la pérdida de su hegemonía europea.

¹²⁵ A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria...*, *op. cit.*, pp. 2-3.

¹²⁶ C. SECO SERRANO: “Implantación y evolución de un modelo político...”, *op. cit.*, p. 34.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 35; J. L. COMELLAS: *Cánovas*, Madrid 1965, p. 158.

¹²⁸ A. M. FABIÉ: *Cánovas del Castillo, su juventud, su edad madura, su vejez*, Barcelona 1929, pp. 104-106, descubre una serie de cartas, escritas por Cánovas, a Monteros Ríos y Ruiz Zorrilla, donde les invita a participar en el nuevo proyecto político. Dichas cartas son citadas por C. SECO SERRANO: “Implantación y evolución de un modelo político...”, *op. cit.*, pp. 9-30.

¹²⁹ K. HAEBLER: *Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI*, traducción y prólogo de F. de Laiglesia, Madrid 1899.

1.5. EL DEBATE REGENERACIONISTA
SOBRE LA DECADENCIA ESPAÑOLA

“Regeneración” es un término que se utilizó a lo largo del siglo XIX en momentos de crisis, si bien, quedó consagrado para comprender el movimiento cultural que se produjo en el período entre los siglos XIX y XX. Dada la sensación de atraso, con respecto a Europa, y de corrupción en el sistema político que existía en España, los liberales del siglo XIX llevaron a efecto sus cambios políticos bajo la excusa de regenerar las instituciones que formaban la “nación española”, término propio del léxico de la burguesía. Desde el punto de vista etimológico, “regenerar” siempre indica restablecer un objeto o institución que se ha deformado; en este caso se trata de regenerar las instituciones de la nación española, y para ello es necesario, no solo, proponer los métodos y cambios concretos que se debían realizar, sino también buscar en la evolución histórica los momentos y las causas de la deformación. De ahí que todos los libros de autores regeneracionistas presenten la misma estructura: junto al análisis de la realidad y de las propuestas de reforma, siempre hay una parte que pretendía interpretar la evolución histórica que demostraba las causas de la degeneración. La fecha inicial de la literatura regeneracionista ha sido establecida en 1892, fecha en que aparece la obra de Lucas Mallada, y se considera acabada en 1914, año en que Ortega y Gasset publicó *La España invertebrada*¹³⁰. El movimiento político, organizado en torno a la Unión Nacional, apenas tuvo relevancia política; sin embargo, sus expresiones ideológicas fueron utilizadas por los distintos sectores sociales y organizaciones políticas como base para sus reformas¹³¹. Más que con los temas intelectuales y políticos del siglo XIX español, los regeneracionistas se enfrentaron con los problemas internos de la España real, el problema social, la economía, la agricultura, la educación, etc.¹³².

¹³⁰ Un buen resumen del tema, con una completa bibliografía, en la introducción de J. C. MAINER (coord.): *Modernismo y 98*, vol. VI de F. RICO (dir.): *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona 1980.

¹³¹ J. S. PÉREZ GARZÓN: “Introducción” a L. MOROTE: *La moral de la derrota*, Madrid 1997, p. 27.

¹³² “La mitad de la obra reconstituyente hallase representada por la política hidráulica, civilizadora de nuestra tierra; la otra mitad corre a cargo de la política pedagógica, civilizadora de la población” (R. MACÍAS PICAVEA: *El problema nacional*, Madrid 1899). Por su parte, Costa comienza su campaña regeneracionista ante la Asamblea de las Federaciones Agrícolas en 1899 y al año siguiente escribía: “Los españoles sienten hambre de pan, hambre de instrucción, hambre de justicia”.

El nuevo regeneracionismo, ocasionado por la crisis de 1898 (porque el “arbitrismo regeneracionista” era muy anterior¹³³) tuvo dos cauces iniciales de expresión: el manifiesto del general Polavieja (redactado, al parecer, por Damián Isern) y la contestación de Joaquín Costa a una consulta de la Cámara Agraria del Alto Aragón. Ya durante el primer tercio del siglo XX, cabe distinguir dos tipos de regeneracionismo: A) los disidentes del sistema de la Restauración, pero insertados en él, que trataron de reformarlo dándole mayor credibilidad, lo que se manifiesta a través de las orientaciones de Silvela, heredadas por Maura, cobijadas ambas bajo la consigna de la “revolución desde arriba”; y la vertiente liberal, en el programa de Canalejas. B) la de los rupturistas frente al sistema, a través de dos propuestas: la que intenta un nuevo camino, aún dentro de la monarquía, pero al margen del sistema canovista, cuya expresión máxima es la dictadura de Primo de Rivera; y la que desplegó su propio programa, sintetizado en la ruptura del sistema con la monarquía, a partir de abril de 1931. El discurso del primer ministro británico, Lord Salisbury, el 4 de mayo de 1898 en el Albert Hall sobre las “naciones moribundas”, en que se hacía referencia a España, fue retomado por la generación del 98¹³⁴.

Los intelectuales de las generaciones de 1898 y 1914 trataron de afianzar España como nación de “realidad histórica” incuestionable, capaz del consenso nacionalista de opiniones políticas encontradas y de integrar a las masas populares en una misma conciencia nacional sin acudir a la religión para explicarlo. Lo que distingue a los escritores del 98 de sus predecesores no es su preocupación (el “problema de España”), sino su respuesta. *En torno al casticismo* y el *Idearium español* son buena prueba de ello¹³⁵. Los autores se muestran interesados en establecer un “núcleo castizo” de la tradición nacional. De esta manera, lo español, definido por cuestiones culturales y psicológicas, se hizo sinónimo de una manera de ser, de un carácter nacional que, forjado históricamente, era la realidad que se constituía en el talismán explicativo para análisis tan variados de Azorín, Machado, Unamuno, Maeztu, Altamira... Todos apuntan al pueblo llano como

¹³³ La expresión es de C. SECO SERRANO, “La renovación política: el regeneracionismo”, en P. LAÍN ENTRALGO y C. SECO SERRANO (eds.): *España en 1898...*, *op. cit.*, p. 241.

¹³⁴ J. M. JOVER ZAMORA: “Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII”, en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931)*, (*Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal* XXXVIII/1), Madrid 1995.

¹³⁵ H. RAMSDEN: “The Spanish generation 98, II: A reinterpretation”, *Bulletin of John Rylands University Library* (1975), pp. 181-189 [trad. en J. C. MAINER (coord.): *Modernismo y 98*, *op. cit.*, p. 20].

el depositario de la tradición esencial, por lo que dan la espalda a la historia tradicional y buscan la salvación nacional en las cualidades ocultas de la gente anónima. Los títulos de las obras que escribieron resultan elocuentes en sí mismos: *El alma castellana*, *Psicología del pueblo español*, *El alma española*, *Constitución y vida del pueblo español*... Las ideas que expresan tales escritores también resultan aleccionadoras: “la tradición eterna” de Unamuno, el “espíritu territorial” de Gannivet, las “notas constantes” de Altamira o la “permanente identidad” de Menéndez Pidal. No resulta raro que este último intentara articular la evolución de la Historia de España.

Para ello, se incorporaron las nuevas disciplinas sociales que propagaba el krauso-positivismo, al mismo tiempo que se empleaba una metodología que ligaba el pasado con el presente porque se consideraba –de acuerdo con esta corriente intelectual– que la evolución de un pueblo respondía a las necesidades orgánicas de esa colectividad que funcionaba igual que un ser vivo. Esto explica que los escritores de la época emplearan tantas metáforas sobre la salud de España, sobre las épocas de plenitud y decadencia, con la obsesión de diagnosticar sus males. Además, el hilo vital que enlazaba la historia pasada con los problemas del presente se convertía en explicación que sancionaba la evolución del ser colectivo. La historia no era, por tanto, el relato de la lista de los reyes, las batallas y diplomacias, sino lo que los krausistas denominaban la “historia interna”, la actuación de ese pueblo. La historia interna revelaba el estado del “espíritu nacional” y los logros culturales del pueblo, lo que Rafael Altamira calificó con el término *civilización*.

Queda, pues, claro el nuevo concepto de “historia nacional”, que se fue introduciendo, distinto del establecido durante la Restauración canovista. El político malagueño defendía un concepto de nación en el que el principio rector era la monarquía y en el que se le concedía una importancia esencial a la religión católica como configuradora de la sociedad hispana. Por contra, los sectores sociales que se habían considerado excluidos del sistema de gobierno de la Restauración, se organizaron políticamente y, respaldados por los intelectuales que se inspiraban en las corrientes europeas mencionadas, defendieron una renovación cultural cuyas categorías básicas se pueden resumir en los siguientes puntos: preocupación por la educación de la sociedad, secularización, racionalidad en la investigación científica y reformismo social. Para llevar a cabo estos objetivos, tales sectores crearon una serie de instituciones: además de la *Institución Libre de Enseñanza* en 1876 como protesta ante las consecuencias de los decretos del ministro Orovio, en enero de 1907 se fundaba la Junta de Ampliación de Estudios, al mismo tiempo que se preveía la creación de la Residencia

de Estudiantes, y, en 1910, el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal¹³⁶.

Así pues, los orígenes de la historia profesional surgía con el *regeneracionismo*. ¿En qué consistió la novedad de la historiografía profesional? Ante todo, en la recepción de ideas y corrientes historiográficas europeas, estudiando las “manifestaciones colectivas”, para lo que se utilizaban las ideas sociológicas positivistas, dejando atrás las ideas tradicionales de “filosofía de la historia”. Con todo, en España no preocupó mucho la búsqueda de los precedentes del Estado burgués. Los historiadores españoles, formados en el Centro de Estudios Históricos, cultivaron sobre todo una historia de las instituciones que insistía en la condición social de las personas, no en la lucha de clases. De esta manera, la temática de la historiografía profesional española de principios del siglo XX no difirió sustancialmente de la de los liberales del siglo anterior. La mayoría de nuevos historiadores se especializó en la historia de las instituciones medievales, de acuerdo con la función social que adquirió esta historiografía en el contexto de la época: la historia como evolución del derecho y de las instituciones ayudaba a presentar un ideal interclasista de la nación, en el que se insertaban adecuadamente los fueros, Cortes, reglamentación municipal, etc. Este planteamiento, a partir de 1920, coincidiendo con la muerte del profesor Eduardo Hinojosa (1919), se fue haciendo “castellano” en el Centro de Estudios Históricos por la acción de Claudio Sánchez Albornoz y Ramón Menéndez Pidal. Las investigaciones de ambos maestros se convirtieron en apoyo científico para construir una ideología que afianzaba un nacionalismo centralista y que compartieron buena parte de intelectuales republicanos, como quedó reflejado en los debates políticos de la Segunda República.

Durante las últimas décadas del siglo XIX surgió una publicística sobre la “psicología nacional” que no solo manejaba los argumentos tradicionalmente filosóficos y políticos sobre la decadencia, sino que consideraba el caso español como la verificación de leyes psicológicas y sociológicas. Estamos ante una literatura que ayudó al pensamiento positivista a introducirse en España. A esta clase de argumentos fueron proclives los sectores republicanos castelarianos¹³⁷.

¹³⁶ I. PEIRÓ MARTÍN: *La enseñanza de la Historia en la Restauración (1874-1900)*, Zaragoza 1992, y G. PASAMAR ALZURIA: “La historiografía profesional española en la primera mitad del siglo actual: una tradición liberal truncada”, *Studium. Geografía, Historia, Arte y Filosofía* 2 (1990), pp. 137-139.

¹³⁷ J. M. JOVER ZAMORA: “Federalismo en España: cara y cruz de una experiencia histórica”, en G. DE CORTÁZAR (ed.): *Nación y Estado en la España liberal*, op. cit., pp. 105-167.

Esta clase de obras de “psicología histórica” y de pretensiones regeneracionistas dieron lugar –según Sáinz Rodríguez¹³⁸– a un doble tipo de producción bibliográfica en el marco de la literatura del desastre: “libros que en rigor son tratados sobre sicología del pueblo español” (*Idearium* de Ganivet o *En torno al casticismo* de Unamuno, entre otros) y obras que contienen un programa político en las cuales la cuestión histórica no es más que un precedente para llegar a él (libros de Costa, Macías Picavea, etc.). Todo ello potenciado por la idea de la decadencia de las naciones latinas frente a las anglosajonas de finales del XIX.

En 1890, Lucas Mallada escribía un libro, *Los males de la patria*, que ejerció una gran influencia en los pensadores de una época. Azorín da cuenta de cómo fue recibido este libro entre los escritores jóvenes que comenzaban a colaborar en los periódicos madrileños a través de las noticias que les daba don Pío Baroja sobre el mismo¹³⁹. Después de Mallada, un grupo de escritores entre los que se encuentran Joaquín Costa, Macías Picavea o Isern profundizaron y ampliaron el mismo tema de este libro. Como ya he manifestado, muchos autores habían escrito sobre la cuestión; así, Pi i Margall, en 1876, levantaba la voz denunciando –desde el punto de vista del historiador– la decadencia de España¹⁴⁰. Sin embargo, Mallada denunciaba los males como hombre de ciencia, con datos empíricos, haciendo un análisis “naturalista” de la realidad socioeconómica de España. Mallada presentaba con fundamento los males que padecía España: problemas de pobreza económica, emigración de la población y de los personajes más válidos, la agricultura, la minería... Este desastre trató de interpretarlo a través de la Historia. De acuerdo con esta visión, presentaba el apogeo de la Monarquía de la siguiente manera:

A fuerza de tanto pelear y a costa de mucha sangre vertida, llegó el poder castellano al apogeo de su fortuna por un cúmulo de circunstancias favorables con que los pueblos suben pasajeramente a las cumbres de las glorias humanas. Ya se pagaron bien caras estas glorias poco tiempo después. Que no es tan fácil mantener prósperos y felices los Estados, como aumentar loca y ambiciosamente los territorios que sus naturales límites rebasan. Y si no, ¿quién había de decir a los que dieron feliz remate a la unidad nacional, tras el largo período de la Reconquista; quién había de decir a los que presenciaron el descubrimiento de América; quién había de decir a los tercios españoles que tan victoriosos combatieron en Francia, en Flandes y en Italia; quién había de decir al déspota de Felipe II que un imperio, por tan brillantes sucesos y tan maravillosas coincidencias agrandado, había de caer

¹³⁸ P. SÁINZ RODRÍGUEZ: *La evolución de las ideas...*, op. cit., pp. 82-83.

¹³⁹ AZORÍN (José MARTÍNEZ RUIZ): *Obras Completas*, Madrid 1948, vol. VI, p. 254.

¹⁴⁰ F. PI I MARGALL: *Las nacionalidades*, Madrid 1877 (2ª ed), “Introducción”.

Introducción 1: *El reinado de Felipe IV como decadencia...*

en ruinas inmediatamente, dejando entre sus restos una nación condenada a vergonzosa pequeñez e irremediable miseria?

El poderío español en el siglo XVI, más parecido a un sueño fantástico que a una sorprendente realidad, tenía que ser muy corto y deleznable, pues se fundaba en la hojarasca de los laureles conquistados en novelescas aventuras, sin tener el sólido apoyo de las aspiraciones y de los intereses comunes entre los pueblos que rabiaban de verse juntos y de ser por el mismo cetro regidos [...]

Miradas por siglos enteros las artes y la agricultura con el más absoluto desdén, como ocupaciones de gente ruda y menesterosa, bajo la Casa de Austria solo leyes y mandatos contrarios al bien general caían como granizados sobre los infelices pueblos asolados y empobrecidos. Nada añadieron a lo que ya se sabe respecto a la expulsión de los judíos y moriscos, perdiendo la patria los dos millones de habitantes que más entendían de agricultura y de artes, los más hacendosos, los más dispuestos. Menos pérdida fue la de otros tantos cristianos viejos que, con rabiosa sed de oro, volaron al Nuevo Mundo para imponer su religión a los indios, a fuerza de sangre y de infamias, arrebatándoles vidas y haciendas y cometiendo los más inicuos atropellos ¹⁴¹.

Por su parte, la doctrina organicista en Joaquín Costa provenía de su base krausista, pues en su crítica a la propiedad y al liberalismo doctrinario se aprecia dicha influencia. El organicismo es especialmente característico del movimiento “regeneracionista”, cuyo sentido ya implica la consideración de la sociedad como un organismo vivo que puede regenerarse. Es ya conocida la conexión entre el organismo social y las posturas totalitarias, aunque en el siglo XIX se da en España un organicismo de tipo liberal, al que pertenecen los regeneracionistas. Esto no quiere decir que ya se vislumbren elementos autoritarios como se observa en Costa, pues el propio José Antonio Primo de Rivera invocaba su magisterio. Costa culminaba esta ideología autoritaria clamando por un “cirujano de hierro”.

En lo que respecta a Luis Morote (1862-1913), destaca su libro *La Moral de la derrota*, aparecido en 1900, justamente, como señala Pérez Garzón, cuando se forma la Unión Nacional y se vive la euforia pasajera de la unión de las “clases neutras” ¹⁴². En el libro de Morote, la historia de España es interpretada desde un enfrentamiento de dos fuerzas, que caracterizan la psicología del pueblo español desde los celtíberos: autonomía y centralización ¹⁴³. La virtud de la independencia

¹⁴¹ L. MALLADA: *Los males de la patria y la futura revolución española*, Madrid 1969, pp. 63-64.

¹⁴² J. S. PÉREZ GARZÓN: “Introducción”, *op. cit.*, p. 28.

¹⁴³ L. MOROTE: *La moral de la derrota*, *op. cit.*, pp. 87-113.

y el vicio del separatismo eran las cuestiones permanentes de una “constitución orgánica” propia de la nación española ¹⁴⁴.

Ángel Ganivet, *Idearium español* (1897), relativizaba mucho la oposición “latinos”-“anglosajones”. La decadencia tuvo lugar porque, además de imitar elementos ajenos a la “sicología nacional”, la vocación continental de los Austria habría desvirtuado algunas características del modo de ser hispano.

Por los mismos años, Picavea también reflexionaba sobre los males de España, siguiendo su común filiación con el krausismo. No solo porque recibió las enseñanzas de Julián Sanz del Río, sino también porque se percibe en su producción literaria, de manera más explícita en su poema *Kosmos* ¹⁴⁵. Afirmaba que hubo decadencia por “la gobernación del país por una férrea dinastía extranjera que puso siempre sus intereses de familia por encima de la nación y de los suyos” ¹⁴⁶. Entre el mes de noviembre de 1898 y febrero de 1899 escribió este libro, que salió publicado una vez muerto el autor. El objetivo del libro lo exponía con claridad en el prólogo del mismo:

Aspiramos a reproducir fielmente, por procedimientos de directa observación y de investigación personal, ora sobre la realidad misma, ora sobre autorizados documentos trabajada, la fisonomía de nuestra nacionalidad en el momento presente; no solo en lo pésimo y deforme, sino en lo bueno y sano ¹⁴⁷.

Se trataba de describir el problema nacional “planteándole íntegro”, pues, Picavea, si bien reconocía los estudios de Mallada y Costa, al que rendía homenaje, sus obras consideraba que eran parciales. El análisis que realiza sobre la realidad está fundamentado en postulados derivados de los hechos empíricos. Se trata de describir las cosas como fueron. La voluntad de objetivación es grande, por ello busca las razones en la evolución de nuestra historia. Esta obra, junto a la de Costa, representa el libro más importante del regeneracionismo y, desde luego, el más representativo, si bien, su valor actual sea muy relativo sobre todo en los datos que ofrece. Todo el plan de la obra parte de la consideración básica de que la sociedad es como un organismo vivo que puede degenerar y regenerarse ¹⁴⁸.

¹⁴⁴ J. S. PÉREZ GARZÓN: “Introducción”, *op. cit.*, p. 33.

¹⁴⁵ J. L. ABELLÁN: “El Costismo de Macías Picavea”, *Revista de la Universidad de Madrid* 19 (1970), p. 9.

¹⁴⁶ R. MACÍAS PICAVERA: *El problema nacional*, *op. cit.*, p. 124.

¹⁴⁷ *Ibidem*, [ed. de Madrid 1992], p. 27.

¹⁴⁸ “Aparece la enfermedad y en los siglos XVII y XVIII evoluciona en todos los períodos agudos. Después convertida en discrasia, en pucemia y toxicoemia, en infección general del

Al analizar las causas de la decadencia de España, dice que tienen su origen en la postración de las instituciones políticas con la dinastía de los Austria. En el apartado titulado *La España decadente*, afirma lo siguiente de dicha dinastía:

De pronto, un cuerpo extraño se interpone, la vida se detiene, y una parálisis mortal se extiende desde el corazón a todos los miembros de aquel cuerpo robusto, a todas las potencias de aquel espíritu poderoso. [...] Llegó a España, en efecto, el teutón Carlos V, copó la nación, la encadenó a Alemania, y desde aquel día nefasto, ¡adiós Municipios republicanos, Regiones libres, Gremios democráticos, ciudades industriosas, campos prósperos, burguesía inteligente y rica [...]. Todo aquello, que era nuestra médula y nuestra alma, se apagó prontamente. Y desde entonces todo también fue boca abajo, de cabeza hacia el abismo ¹⁴⁹.

España, concluía Picavea, no solo perdió su idiosincrasia introduciendo en el gobierno a los flamencos, sino que además “Clérigos y soldados, teocracia y militarismo, suplantaron totalmente a nuestros concejos, gremios, milicias” ¹⁵⁰.

El desastre del 98 influyó a los historiadores que se pueden considerar de esta generación, Altamira y Menéndez Pidal ¹⁵¹. Poseídos de un intenso patriotismo se mostraron convencidos de que —como historiadores— tenían una misión que cumplir para la regeneración de España. Para Rafael Altamira era:

combatir el pesimismo [...] y demostrar la carencia de valor científico de las diversas Psicologías que [...] afirmaban sin resquicio de apelación, nuestra incapacidad para la vida civilizada.

Ramón Menéndez Pidal acudió a la historia “con el propósito de devolver a España una conciencia más exacta de su pasado y, con ella, una razón de ser como colectividad” ¹⁵².

organismo entero se agarra a los hongos de él, forma constitución morbosa y se hace crónica, minando profundamente la vida hasta acabarla” (citado por J. L. ABELLÁN: “El Costismo de Macías Picavea”, *op. cit.*, p. 14).

¹⁴⁹ R. MACÍAS PICAVEA: *El problema nacional*, *op. cit.*, p. 215. La descripción de nuestra historia continúa: “Tras Carlos V vino Felipe II, otro teutón cien veces más peligroso, por más cerrado que su padre y forrado además en cierto pseudo-españolismo, ya entonces en uso”.

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 224.

¹⁵¹ C. DARDÉ MORALES: *La idea de España en la historiografía del siglo XX*, Santander 1999, p. 12.

¹⁵² *Ibidem*, pp. 14-15; R. MENÉNDEZ PIDAL: *Los españoles en la Historia*, Madrid 1947, pp. 12-13.

Pero lo que ha dado a la derecha española en su conjunto una suerte de identidad propia ha sido la impronta católica, algo que la diferencia del resto de las derechas europeas en no pocos aspectos. El catolicismo dotó al conjunto de la derecha española —no solo a la extrema derecha tradicionalista— de esquemas de interpretación cargados de símbolos, mitos e imágenes, de todo un repertorio de significados sobre las cualidades y los acontecimientos del mundo: el providencialismo, la lucha del Bien contra el Mal como motor de la historia, la llamada “causalidad diabólica”, la existencia del “chivo expiatorio”, la Edad de Oro perdida e, incluso, el mismo concepto de identidad nacional ¹⁵³.

En pocos aspectos el catolicismo español fue un obstáculo de carácter cualitativo a la emergencia en el seno de la derecha de actitudes de carácter liberal y democrático. La derecha liberal española se ha caracterizado, hasta hace bien poco, por su debilidad social e ideológica. Ciertamente, el conservadurismo liberal fue dominante a lo largo del siglo XIX y parte del XX, pero a costa de una permanente hipoteca por parte de las fuerzas del Antiguo Régimen. Ideológicamente, tanto la Ilustración como el liberalismo españoles se han caracterizado por una acentuada tendencia al eclecticismo por un acusado temor de ir demasiado lejos. En este sentido, la tradición conservadora-liberal supuso, a nivel ideológico, una clara conciliación entre el liberalismo y el tradicionalismo con muchas concesiones hacia la perspectiva contrarrevolucionaria. Es significativo a ese respecto que el conservadurismo liberal no pudiera desarrollar, dada la influencia católica, una visión de la historia semejante a la *whig* del liberalismo británico.

No obstante, esta tradición fue autora de una importante obra política y social. Por de pronto, y con todas las insuficiencias que podamos achacarle, sentó las bases de la construcción de un Estado Moderno y para la transformación de la sociedad española: el sistema uniforme de la administración, la Guardia Civil, el sistema tributario moderno, los rudimentos del régimen parlamentario...

Otra de las razones de la decadencia, denunciada por regeneracionistas, era que los españoles no conocían su propia historia, por lo que difícilmente podrían enfrentarse con sus problemas. Así, Manuel Azaña, en una de sus primeras conferencias, pronunciada en 1911, *El problema español*, afirmaba:

Ya es tiempo de que la nación española deje de ser un pueblo que no sabe de sí absolutamente nada, ni lo que le debe la civilización universal, ni de las deudas que tenga a su vez con la civilización misma ¹⁵⁴.

¹⁵³ P. C. GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas...*, *op. cit.*, p. 19.

¹⁵⁴ Citado por J. MARICHAL: “España: conciencia histórica y patriotismo”, en *Nation et nationalités en Espagne / Nación y nacionalidades en España*, *op. cit.*, p. 267.

Julián Juderías se pregunta:

¿Cuándo empieza la decadencia de España? ¿Se inicia al mismo tiempo la decadencia política y la decadencia intelectual? ¿Se extingue por completo la influencia de España con la decadencia política?¹⁵⁵.

Pero ¿a qué obedeció nuestra decadencia? ¿Fue obra de los hombres o producto de las circunstancias? ¿Se derivó del fanatismo religioso, como algunos dicen, o de nuestra incapacidad para el trabajo reproductivo? Aventurado sería dar la primacía a ninguna de estas causas, tan problemáticas algunas. Don Juan Valera, con el cual coincidimos en no pocas apreciaciones, decía en su Discurso de contestación al de Núñez de Arce en la Academia Española: “Nos creímos el pueblo de Dios, confundimos la religión con el egoísmo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña o lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna y al cual dio España el primer impulso, pasó sin que lo notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático, y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de Europa, sin poder alcanzarla y obligados a seguirla como a remolque”¹⁵⁶.

Pero el tema de la decadencia de España no se limitó a las últimas décadas del XIX, sino que continuó en la época de entreguerras. En 1921, J. Ortega y Gasset escribía su *España invertebrada*; en 1924, Pedro Sáinz Rodríguez inauguraba el curso en la Universidad Central con un discurso titulado “La evolución de las ideas sobre la decadencia española”; o en 1933, Ernesto Giménez Caballero publicaba *Genio de España. Exaltaciones a una insurrección nacional y del mundo*¹⁵⁷. Para este introductor de las ideas fascista en España, el tema regeneracionista de la decadencia nacional ya no era formulado en estos términos, sino de relación entre masas y minorías o de apelación a los “valores morales”. La decadencia aconteció con la “pérdida de la idea de Imperio” en los siglos XVIII y XIX. La exaltación de los Austria llegaba a su paroxismo.

Federico Onís afirmaba:

Así, pues, unos sostienen que las causas de nuestra evidente decadencia hay que buscarla en el error fundamental político de la Casa de Austria, que nos hizo tomar ante el mundo la posición reaccionaria frente a las nuevas corrientes

¹⁵⁵ J. JUDERÍAS: *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Valladolid 2003 [ed. de 1914 y reformada 1917], pp. 152-153.

¹⁵⁶ *Ibidem*, pp. 153-154.

¹⁵⁷ Existe una edición en Barcelona 1983. Sobre las ideas de este intelectual, M. PASTOR: *Los orígenes del fascismo en España*, Madrid 1975, pp. 24-37.

—principalmente la Reforma— convirtiéndonos en paladines del catolicismo con todas las consecuencias de esta lucha: guerras de religión, Inquisición, represión de la libertad individual, aislamiento de Europa. Otros, en cambio sostienen que sólo en esta época en que se mantuvo entre nosotros la fe católica en toda su pureza y exaltación, gozó España de su grado máximo de desarrollo intelectual y de poderío material, y si después de haber decaído por causas políticas transitorias, no nos hemos vuelto a levantar, ha sido por el error fundamental de nuestros gobiernos y nuestros intelectuales de ir a buscar su fuerza e inspiración en las ideas heterodoxas o erróneas dominantes en Europa, rompiendo así entre nosotros la unidad de la fe católica, que era nuestra fuerza y el único camino de salvación. Otros han señalado causas económicas; otros han buscado en la psicología nacional vicios radicales —individualismo anárquico, pereza, soberbia, intolerancia— que nos hacen incompatibles con las nuevas formas de civilización ¹⁵⁸.

1.6. *LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA DURANTE EL RÉGIMEN DE FRANCO (1939-1975)*

Acabada la Guerra Civil española (1936-1939), los intelectuales del nuevo Estado se apresuraron a justificar el levantamiento militar que habían provocado y las directrices culturales del nuevo régimen político, que contó con el beneplácito y aliento de la Iglesia católica ¹⁵⁹. Los nuevos intelectuales trataron de justificar el nuevo régimen político español en el viejo “estado” de los Reyes Católicos: la ruta del Imperio, que comenzaba con Roma, continuaba en Carlomagno y culminaba, pero no acababa, en Carlos V, pues todo ese pasado imperial era solo parte de una ruta, “y no de una ruta recorrida hasta la última piedra miliaria, sino como calzada a mitad de construir”, según escribía Juan Beneyto, que buscaba también en el “imperio del pasado la energía para proyectar el imperio del futuro” ¹⁶⁰. Ni que decir tiene que la actuación de los reyes Habsburgo había sido esencial en dicha evolución y, por consiguiente, la dinastía estaba integrada dentro de la evolución histórica de España, aunque para demostrarlo, tuvieran que valerse de las investigaciones que realizó Menéndez Pidal en torno

¹⁵⁸ F. DE ONÍS: *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, Madrid 1932, pp. 56-57.

¹⁵⁹ S. JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, Madrid 2004, p. 293.

¹⁶⁰ J. BENEYTO: *España y el problema de Europa. Contribución a la historia de la idea de Imperio*, Madrid 1942. Estos párrafos desaparecieron en la edición de 1950, incluso el subtítulo de la obra, que pasó a ser: *Historia política exterior* (citado por S. JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, op. cit., p. 328).

a Carlos V ¹⁶¹. De acuerdo con ello, la España de la República (1931-1936), como decía José María Pemán, “no era la España auténtica, era un ejército invasor que había acampado en nuestros órganos de vida oficial” ¹⁶². Los estudios resultantes, muchos de ellos constituyen ejemplos de buena investigación empírica, quedaban devaluados al plantearlos con el objetivo de justificar la ideología del sistema político vigente. De esta manera, en el ámbito académico caló la idea de que la investigación de los Austria, especialmente, de los dos primeros (Carlos V y Felipe II) eran temas reservados a los historiadores ultraconservadores, simpatizantes con el régimen franquista.

Ciertamente, no faltaban razones para ello. Los intelectuales reunidos en torno a *Acción Española* —que terminaron por pasar a la política en el gobierno de Franco— se ocuparon, a partir de finales de la década de 1940-50, en justificar el proyecto de Estado franquista en la historia del Siglo de Oro hispano. Según tales ideólogos, la nacionalidad española se había forjado históricamente sobre el principio religioso y por tanto no podía haber vacilación alguna en repeler aquellos elementos que se habían hecho a sí mismo inasimilables para la tradición unitaria y ortodoxa de la nación española ¹⁶³. Sin duda ninguna, tal proyecto coincidía con la doctrina de Menéndez Pelayo, cuya obra fue asumida íntegramente (incluyendo hasta los errores) por este grupo. La conciencia de escuela intelectual, capaz de formular un proyecto cultural e histórico, fue asumida y propagada por los miembros de este grupo a través de sus publicaciones, especialmente de la revista *Arbor*, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en cuyas páginas, no solo difundieron sus ideas, sino que se auto-proclamaron nueva generación cultural, insertándose en la evolución de la historia de España.

Esta nueva generación, no solo ensalzaba la dinastía Habsburgo, porque había conseguido la mayor expansión territorial de la Monarquía con la misión de difundir el catolicismo, sino que también justificaba su decadencia (ocurrida en el siglo XVII) y la actitud de sus monarcas presentándolos con una conducta ejemplar al asumir la derrota por defender la religión. En enero de 1948, aparecía en la citada revista un artículo de Vicente Palacio Atard, que llegaría a ser considerado como el programa doctrinal de la nueva generación de intelectuales

¹⁶¹ Sobre la interpretación de Menéndez Pidal, véase J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, Madrid 2000, vol. I, “Introducción”.

¹⁶² S. JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, op. cit., pp. 293-294.

¹⁶³ R. CALVO SERER: “Del 98 a nuestro tiempo. Valor de contraste de una generación”, *Arbor* 37 (enero 1949), pp. 1-34, recogido después en *España sin problema*, Madrid 1949.

españoles¹⁶⁴. En dicho trabajo, Palacio afirmaba que desde Westfalia había comenzado la decadencia de España y había sido cerrada con la Guerra Civil (1936), donde comenzaba un nuevo renacer¹⁶⁵. Como desarrollo de este artículo, al año siguiente (1949), Palacio Atard publicaba un libro, *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, en el que (en una breve introducción) planteaba con toda claridad el enfoque (y la justificación) que se le debía dar a la historia de España:

España luchó por algo, y esa lucha nos condujo a la derrota y al agotamiento, y, con la ruina de nuestro poder político y de nuestra economía, vino la catástrofe moral.

España luchó por algo. ¿Valía la pena pelear y morir por ese ideal que llevó a España al combate? [...] Alguien ha dicho que estudiamos la Historia para intervenir en su marcha. En los días azarosos que viven Europa y la cultura europea, este imperativo se hace más apremiante. Nos hallamos, además, ante un centenario significativo: 1648, los tratados de Westfalia, la consumación de la derrota española, el adiós a las ilusiones de una Europa entendida como hogar de la Cristiandad¹⁶⁶.

El libro quedó como paradigma historiográfico para articular la evolución de la historia de España, especialmente de la casa de Austria, cuando Vicens Vives le realizó una elogiosa reseña, en la que afirmaba que veía la aparición de una nueva generación de intelectuales representados por este joven historiador, “la generación de 1948, la del centenario de la Paz de Westfalia y de la revolución democrática de 1848”. Una generación, añadía Pérez Embid, “a la que resultaba incitante poner sus empresas históricas bajo el signo de la caducidad de Westfalia y de la caducidad de todo lo que trajo a Europa el año 1848”¹⁶⁷, mientras que Rafael Calvo remataba dicha opinión al señalar el acierto que los miembros de dicho grupo habían tenido al escoger como maestro a Menéndez Pelayo, “quien nos descubrió el modo como se formó nuestra nacionalidad, la grandeza

¹⁶⁴ Á. FERRARY: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*, Pamplona 1993, pp. 263-264.

¹⁶⁵ V. PALACIO ATARD: “Westfalia ante los españoles de 1648 y 1948”, *Arbor* 25 (enero 1948), pp. 53-58; Á. FERRARY: *El franquismo...*, *op. cit.*, p. 262.

¹⁶⁶ V. PALACIO ATARD: *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, Madrid 1949, pp. 9-10. Existía un antecedente de este análisis, J. M. RUBIO ESTEBAN: *Los ideales hispanos en la tregua de 1609 y en el momento actual*, Valladolid 1937.

¹⁶⁷ F. PÉREZ EMBID: “Ante la nueva actualidad del problema de España”, *Arbor* 45-46 (1949), pp. 159-160.

de nuestra historia y los caracteres de nuestros destinos”¹⁶⁸. Se consumaba así la “glorificación” de la dinastía Habsburgo en la historia de España: por una parte, se identificaba su política con la defensa del catolicismo, por otra, se constataba la grandeza de la Monarquía hispana cuando luchó por expandir la religión (reinados de Carlos V y Felipe II); finalmente, se disculpaba a los reyes del resto de la dinastía (Felipe III, Felipe IV y Carlos II) de la decadencia, al considerar que había sido producida por el abandono de la religión que se dio tras la Paz de Westfalia en las monarquías europeas (nuevo espíritu cultural), incidiendo en que España se había quedado sola defendiendo la Iglesia católica. A partir de entonces, uno de los temas de investigación preferidos por los historiadores fue la decadencia de España y las causas que la provocaron con el fin de realizar una articulación de la historia de España de acuerdo a sus proyectos políticos.

1.7. *LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA Y EL REINADO DE FELIPE IV EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA ACTUAL*

Tras las primeras décadas del régimen franquista, los historiadores españoles comenzaron a estudiar el período denominado de los “Austrias menores”, es decir al siglo XVII, con un espíritu científico, muy lejos de la preocupación de justificar el régimen con la interpretación histórica. Con todo, esta historiografía trabajaba bajo condiciones externas que limitaban su credibilidad, tanto en lo referente a su calidad y resultados como a las servidumbres ideológicas o clientelares a las que tenía que someterse. Esto explica que durante los últimos años del franquismo y primeros años de la transición, los historiadores españoles se fijaran en el extranjero como único criterio de autoridad intelectual. La desconfianza afectaba tanto a los métodos como a los resultados. De esta manera, nos encontramos con que, después de 1975, los hispanistas marcaron las líneas de investigación y determinaron los temas y problemas de estudio. Algo insólito, pero que remite al descrédito que señalaba anteriormente sobre la historiografía de la época franquista. El profesor Cepeda Adán, tomando nota del éxito de los historiadores extranjeros, afirmaba:

el esfuerzo de una historia antitópica que pretende entender de nuevo y desde su raíz, la historia de un pueblo a la luz de un nuevo concepto de la ciencia del pasado¹⁶⁹.

¹⁶⁸ R. CALVO SERER: “Una nueva generación española”, *Arbor* 8 (1948), p. 335.

¹⁶⁹ J. CEPEDA ADÁN: *La Historia de España vista por los extranjeros*, Barcelona 1975, p. 11.

De esta manera, las nuevas corrientes de historia (preferentemente la *Escuela de los Annales*) comenzaron a entrar en los ambientes académicos españoles, al mismo tiempo que los primeros investigadores comenzaban a salir de España tratando de aprender y de hacer una historia científica de acuerdo a los métodos que practicaban las ciencias sociales de la época¹⁷⁰. Uno de los primeros temas que fueron objeto de estudio con nueva perspectiva y metodología fueron las relaciones internacionales: la Guerra de los Treinta Años y las relaciones políticas internacionales que confluyeron en ella, dado que dicha contienda representaba el hecho empírico de la decadencia española. José M. Jover iniciaba –con su tesis doctoral– un análisis muy riguroso, sobre las relaciones hispano-francesas en 1635¹⁷¹; sin embargo, fue el jesuita Quintín Aldea quien se percataba de la importancia que había tenido las relaciones entre la Monarquía y el Papado en la decadencia de Monarquía católica, estudiándola como parte de la dinastía Habsburgo y, en segundo lugar, a través de su relación con el Papado¹⁷². Unos años después, le siguieron otros trabajos, igualmente de obligada referencia para las relaciones internacionales del siglo XVII, debidos a los profesores Rafael Ródenas Villar y José Alcalá Zamora¹⁷³.

Tal vez fuera en los estudios económicos que explicaban la decadencia de la Monarquía donde más fuertemente se notó la influencia de las nuevas metodologías. Concretamente, algunos historiadores pioneros españoles asumieron los

¹⁷⁰ Es preciso recordar, en primer lugar, a José Deleito y Piñuela (1879-1947), quien de manera autodidacta escribió –con metodología muy avanzada– numerosos estudios sobre la corte de Felipe IV, que entonces pasaron desapercibidos e, incluso, denostados por no ser comprendidos. Deleito forma parte de los historiadores y archiveros expedientados o rechazados durante el franquismo (I. M. GALLARDO FERNÁNDEZ: *José Deleito y Piñuela y la renovación de la historia en España: antología de textos*, Valencia 2005, pp. 23-94).

¹⁷¹ J. M. JOVER ZAMORA: 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid 1949. Al mismo tiempo escribía una serie de artículos, muy en consonancia con la polémica de la época: “Sobre la conciencia histórica del Barroco español”, *Arbor* 39 (1949), pp. 355-374; “El sentimiento de Europa en la España del siglo XVII”, *Hispania* 9 (1949), pp. 263-307.

¹⁷² Q. ALDEA VAQUERO: “España, el Papado y el Imperio durante la Guerra de los Treinta Años. Instrucciones a los Nuncios Apostólicos en España (1624-1632)”, *Miscelánea Comillas* 16/29 (1958), pp. 291-437 y 16/30 (1958), pp. 249-330.

¹⁷³ Entre los numerosos trabajos que han escrito sobre la materia, nadie pondrá en duda que resultan clásicos para estudiar la Guerra de los Treinta Años: R. RÓDENAS VILLAR: *La política europea de España durante la Guerra de los Treinta Años (1624-1630)*, Madrid 1967; J. ALCALÁ ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO: *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639): La última ofensiva europea de los Austrias madrileños*, Barcelona 1975.

métodos de la escuela francesa de los *Annales*. Me refiero a los grandes maestros, los profesores Felipe Ruiz Martín, quien, en su discurso de ingreso en el Real Academia de la Historia, leído el día 21 de octubre de 1990: *Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV, 1621-1665*, recopilaba todos los conocimientos que había ido publicando en trabajos anteriores y realizaba una precisa articulación de la evolución del reinado de Felipe IV¹⁷⁴, y Antonio Domínguez Ortiz, quien ya en 1960 escribía su *Política y hacienda de Felipe IV*, a partir de este trabajo fue enriqueciendo los distintos aspectos financieros y fiscales del reinado de Felipe IV en multitud de trabajos posteriores. Los escritos de ambos maestros constituyen estudios clásicos, imprescindibles para entender el reinado de Felipe IV y, en general, el siglo XVII español.

No obstante, donde se observa que la historiografía española comenzaba a participar de las inquietudes y problemas de la historia europea fue en los temas de la organización política del siglo XVII. En este sentido se impone destacar al profesor José Antonio Maravall, reconocido internacionalmente ya en aquellos años, que realizó una vasta obra sobre temas políticos y sociales del siglo XVII español, aportando sus conocimientos sobre la Monarquía española en el tema de la formación del Estado y de la organización de las “Monarquías absolutistas”, que se había planteado en los historiadores europeos a mediados del siglo XX¹⁷⁵. Por su parte, el profesor Francisco Tomás y Valiente, también participaba de estas inquietudes temáticas y metodológicas a través de estudios pioneros sobre la organización del poder y la aparición de la figura del valido; si bien, el trabajo de madurez sobre la organización política de la Monarquía de Felipe IV lo escribió en 1982 (fruto de sus trabajos anteriores) en un volumen colectivo sobre dicho reinado, en el que participaron los historiadores hasta ahora mencionados, y que constituye una de las obras más completas sobre la decadencia de la Monarquía hispana y sobre el reinado de Felipe IV que existe dentro de la historiografía española¹⁷⁶.

¹⁷⁴ Como por ejemplo, su extenso trabajo en *El Banco de España. Una historia económica*, Madrid 1970.

¹⁷⁵ J. A. MARAVALL: *Estado Moderno y mentalidad social: siglos XV al XVII*, Madrid 1972; *La oposición política bajo los Austrias*, Barcelona 1972; *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid 1989; *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*, Madrid 1997.

¹⁷⁶ F. TOMÁS Y VALIENTE: *Los validos de la Monarquía española del siglo XVII (Estudio institucional)*, Madrid 1963; F. TOMÁS Y VALIENTE (dir.): *La España de Felipe IV. El gobierno de la Monarquía...*, op. cit.

Con todo, es preciso recordar que uno de los problemas fundamentales de la historiografía española del franquismo había sido su aislamiento respecto a la actividad de las ciencias históricas en el extranjero. Una historiografía que trabajaba bajo condiciones externas que limitaban su credibilidad, tanto en lo referente a su calidad y resultados como a las servidumbres ideológicas o clientelares a las que se sometía. Esto explica que en los primeros años de la transición los jóvenes historiadores españoles se fijaran en el extranjero como único criterio de autoridad moral e intelectual. La desconfianza afectaba tanto a los métodos como a los resultados. Ingenuamente, se pensó que los hispanistas contribuyeron a contemplar la dinastía Habsburgo, libre de condicionantes políticos e ideológicos. Pero la mayor parte de los hispanistas se alimentaban de la propia historiografía española devolviéndola aparentemente purificada de contaminantes adaptada a sus métodos. Es muy importante señalar que, de alguna manera, por su mano entró la historiografía del exilio y con ella, corrientes y lecturas que habían tenido escaso eco en nuestra historiografía. Aunque podría detenerme en los hispanistas franceses como Pierre Vilar, Henry Lapeyre, Bartolomé Bennassar, Cavillac, etc. todos grandes maestros, considero que quien cambió la interpretación del siglo XVII español y, más concretamente, del reinado de Felipe IV, fue el profesor John H. Elliott, cuya influencia en la historiografía española nunca estará bien reconocida.

La renovación que el profesor John H. Elliott realizó del reinado de Felipe IV viene señalada por unas obras fundamentales: comenzó con un manual, *Imperial Spain* (1963), que en 1965 se tradujo al castellano. *La España Imperial*, que fue un soplo de aire fresco para la investigación histórica española y para la interpretación de la dinastía de los Habsburgos en la Monarquía hispana al margen de utilidades políticas; fue continuada con la realización de una excelente tesis doctoral *The Revolt of the Catalans* (1963), que centraba su foco de atención sobre la monarquía de Felipe IV, analizando un problema medular del reinado. Finalmente, escribió la biografía de don Gaspar de Guzmán, *The Count-Duke of Olivares* (1986). En realidad, constituye un estudio más amplio que la biografía del célebre valido; se trata de una obra de madurez en la que, a través de la actividad de Olivares, estudia la evolución de la Monarquía y la organización que le quiso dar (memorial de 1624, Unión de Armas, etc.), enfocado dentro de la tensión de autoritarismo castellano frente al “confederalismo” de los reinos periféricos.

La idea de que la Monarquía española era una especie de confederación de estados, así como la contraposición entre autoritarismo castellano y “federalismo” aragonés (que en mi opinión subyacen en los planteamientos del profesor Elliott) eran ya elementos destacados por la historiografía nacionalista catalana,

concretamente en las ideas (más que en la obra, que es escasa) de Batista i Roca que impartía clases de *Historia de España* en la Universidad de Cambridge. Aunque se suele utilizar a Vicens Vives como referente, fue la interpretación de Batista i Roca la que tuvo un poderoso ascendiente en las obras de los profesores Helmut Koenigsberger y John H. Elliott. Así pues, se puede decir que el gran logro del “Círculo de Cambridge” fue situar en el centro del debate una idea de España cuyas raíces estaban en el fuerismo, el manantial del que bebía el nacionalismo y sobre la que se interpretó –en adelante– el reinado de Felipe IV.

Pero la aportación del profesor Elliott no se limitó al estudio de la actividad política del conde duque de Olivares y la evolución del reinado de Felipe IV, sino que también abordó la explicación del concepto de decadencia de la Monarquía hispana. Ya en 1973, participaba en una obra, bajo la dirección del profesor C. M. Cipolla, con título bien expresivo: *La decadencia económica de los imperios*¹⁷⁷. El profesor J. H. Elliott aportaba un trabajo sobre “La decadencia de España”. En él, el eminente profesor defendía que más que decadencia de España habría que hablar de “decadencia de Castilla, que es algo muy distinto”. Para demostrarlo, proponía el análisis de tres factores económicos que constituyeron “las bases de la primacía de Castilla en el siglo XVI eran su población, su productividad y su riqueza de ultramar”¹⁷⁸. A partir de aquí, el profesor Elliott realizaba un meritorio análisis de la evolución de estas estructuras con los escasos estudios que existían en la historiografía española sobre cada una de ellas. Desde estos planteamientos, resulta lógico el modo en que trataba la decadencia de Castilla y hasta la política del conde duque de Olivares¹⁷⁹.

No obstante, la idea de decadencia de la Monarquía del profesor Elliott estructuró las coordenadas metodológicas en las que –en adelante– se iban a mover las investigaciones sobre la decadencia de la Monarquía hispana; no en vano había participado en la fecunda discusión de la crisis del siglo XVII, aportando clarificadoras ideas sobre el tema¹⁸⁰. El profesor Elliott resume con maestría esta situación de la investigación:

¹⁷⁷ C. M. CIPOLLA, J. H. ELLIOTT, P. VILAR Y OTROS: *La decadencia económica de los imperios*, Madrid 1977 [1ª ed. en inglés 1973].

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 136.

¹⁷⁹ *Ibidem*, pp. 150-151.

¹⁸⁰ J. H. ELLIOTT: “Revolution and Continuity in Early Modern Europe”, *Past and Present* 42 (1969), pp. 35-56, traducido en J. H. ELLIOTT: *España y su mundo...*, *op. cit.*, pp. 122-145; F. BEGNINO: “Ripensare la crisi del Seicento”, *op. cit.*, pp. 10-52.

Parece poco probable que el relato de la decadencia de España pueda alterar en lo esencial la versión, generalmente aceptada, de la historia de España del siglo XVII, porque las cartas son siempre las mismas, por mucho que las barajemos: mano muerta y vagancia, ineptitud en el gobierno y un desprecio que todo lo invade hacia la dura realidad de la vida económica. Sin embargo, en vez de permanecer diseminadas de cualquier modo, se les puede dar una pauta y una coherencia. Pero aun después de volver a barajar y de distribuir las cartas de modo apropiado, es dudoso que se pueda disentir del veredicto que sobre España diera Robert Watson en su *History of the Reign of Philip III*, publicado en 1783: “Su poder no correspondía a sus inclinaciones”, ni del veredicto más duro del contemporáneo González de Cellorigo, “que no parece sino que se han querido reducir estos reinos a una república de hombres encantados, que vivan fuera del orden natural”, una república cuyo ciudadano más famoso fue don Quijote de la Mancha¹⁸¹.

Pocos años después, en un excelente libro, en el que también intervinieron sus discípulos, se presentaban las líneas maestras de la investigación a la que rápidamente se apuntaron con entusiasmo jóvenes —entonces— historiadores españoles¹⁸². El riguroso análisis que cada uno de estos investigadores realizó sobre la materia estudiada (nobleza, economía, letrados...) provocó que el lector percibiera la evolución de la decadencia de la Monarquía hispana como una unidad cronológica, que comprendía varios reinados, y en la que desaparecía las características específicas de cada uno de ellos¹⁸³.

Pero el mérito del profesor Elliott radica, no solo en su extensa y bien construida investigación, sino también en inscribir la Historia Moderna de España en la de Europa (señalando que no es ni exótica ni singular) y, sobre todo, por haber creado un potente grupo de discípulos que han complementado su trabajo (Casey, Parker, Thompson, Jago, Kagan, etc. que, a su vez, han preparado a otra generación de historiadores, como Paul C. Allen). Además, su magisterio ha determinado los temas y los problemas estudiados por un conjunto muy extenso de profesores españoles de reconocido prestigio (X. Gil, Fortea, Albaladejo,

¹⁸¹ J. H. ELLIOTT: “La decadencia de España”, *op. cit.*, p. 286.

¹⁸² J. H. ELLIOTT: “Introspección colectiva y decadencia en España...”, *op. cit.*, pp. 198-233.

¹⁸³ Los mismos títulos de las publicaciones así lo denotan a través de la cronología que comprenden. Resultaría prolijo citar todas estas obras, pero valgan como ejemplo, I. A. A. THOMPSON: *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona 1981 [ed. en inglés 1976], o la más reciente, debida a la Asociación de Historiadores Españoles de la Edad Moderna, F. J. ARANDA PÉREZ (coord.): *La declinación de la Monarquía hispana...*, *op. cit.*

Gelabert, etc.), que han complementado líneas de investigación que el profesor Elliott dejaba abiertas: la evolución de las Cortes, la fiscalidad, la diversidad de reinos, etc.

Entre todos ellos han realizado un análisis histórico cohesionado, lógico, excelentemente documentado, con una metodología y planteamiento claros y específicos de la escuela. No obstante, considero que esta corriente tiene algunas carencias, cuyos miembros han advertido en ocasiones y han tratado de resolverlas sin lograrlo completamente. Por ejemplo, el tema de la “corte”, que el profesor Elliott ha tratado de suplir con algunos artículos publicados, o el concepto de “Monarquía compuesta” de los Habsburgo, señalada también por el profesor Elliott y que al profesor Fernández Albaladejo le lleva a reconocer:

una lógica de pluralismo cultural y federalismo político prima sobre las anteojeras del *nation-building* y el paradigma estatalizante se ha puesto en cuestión [...] Redimidos de su condición de agentes patógenos, los Austrias, con su estructura de “monarquía compuesta” su potencial federalizador, se ofrecen ahora como espejo en el que pudiéramos contemplarnos.

En mi opinión, ello se debe a las deficiencias que presentan sus propios planteamientos. Básicamente, detecto tres graves insuficiencias: en primer lugar, analizan la realidad histórica por coyunturas y estructuras, lo que deja fuera realidades históricas que existieron (tales como la casa real o la corte); en segundo lugar, sus investigaciones están influenciadas por el modelo de la “crisis general del siglo XVII”, que induce a explicarla decadencia de la Monarquía hispánica en términos exclusivamente económicos, adaptando a tal evolución el resto de actividades (política, cultura, etc.); finalmente, el estudio que realizan sobre la Monarquía hispana de los Habsburgo no tiene en cuenta (a veces hacen referencia, pero de manera tangencial) la rama de la dinastía del Imperio, lo que determina unos resultados insuficientes, porque la dinastía tuvo dos ramas (Madrid-Viena) y esto tuvo un peso fuerte en la articulación de la política exterior, más fuerte que la condición atlántica de la Monarquía, que el grupo del profesor Elliott defiende, cayendo en los mismos defectos de enfoque enunciados.

De estas tres carencias se derivan otras que, a nuestro juicio, acaban mostrando un cuadro irreal de la Monarquía; por ejemplo, se desdeña el papel de la religión y en sus análisis de los textos políticos se limitan a valorarlos como si fueran escritos por laicos (casi por políticos actuales). Ignoran la justificación del catolicismo (y de Roma) en la evolución de la dinastía Habsburgo y analizan sus acciones desde una perspectiva secular. La enorme distorsión existente entre los planteamientos metodológicos y las realidades estudiadas ha dado lugar a extrañas hipótesis de trabajo y líneas de investigación en las que queda de manifiesto

el agotamiento de esta vía. Concretamente, el falso dilema sobre las “revoluciones de 1640” en la Monarquía hispana, que lleva a hacerse la pregunta de por qué no hubo rebeliones en lugares donde objetivamente deberían haber sucedido (Castilla), dado que los parámetros son los mismos que los utilizados en el estudio de otros reinos; a pesar del loable esfuerzo del profesor Gelabert en demostrar que Castilla estaba convulsa¹⁸⁴, el modelo que este grupo utiliza, no resulta servible para explicarlo, si no se atiende a otros factores que iban más allá de lo económico.

En los últimos años, distintos historiadores, entre los que me cuento, que investigan la Monarquía de los Austria han advertido estas insuficiencias en consonancia con otros historiadores europeos que, desde sus respectivos campos de estudio, llegan a conclusiones parecidas. Es preciso señalar que el hispanismo británico que ha confeccionado la idea de la Monarquía de los Austria y su decadencia participaba en el grupo de la revista *Past and Present*, cuyos miembros han delimitado la forma de estudiar la Europa Moderna desde mediados del siglo XX, dejando fijado su modelo en la monumental *Historia del Mundo Moderno de Cambridge*. Este modelo es el que ha articulado la evolución del reinado de Felipe IV y, por consiguiente, es el modelo que está en juego, pudiendo extenderse las insuficiencias antes apuntadas al estudio del conjunto de los temas y problemas de la modernidad europea.

¹⁸⁴ J. E. GELABERT GONZÁLEZ: *Castilla convulsa...*, *op. cit.*

2. *ANTIESPAÑOLISMO Y DECADENCIA EN LA CULTURA ITALIANA*

Aurelio Musi

(Traducción de Javier Sánchez Márquez)

2.1. *ESPAÑOLISMO/ANTIESPAÑOLISMO*

El antiespañolismo fue un concepto, un comportamiento mental y una expresión bastante significativa de la relación entre la cultura, la sociedad y la política que involucró el sentido común histórico e historiográfico. Fue construyéndose, articulándose y definiéndose ya a partir del siglo XVII en un espacio geopolítico bastante amplio, correspondiendo, grosso modo, al del sistema imperial español en su conjunto. Sin embargo, el desarrollo completo del antiespañolismo se verificó durante el romanticismo decimonónico, sobre todo en aquellos países como Italia en donde el trinomio patria-nación-libertad tuvo necesidad, más que en otro lugar, de construir mitos de fundación positivos y negativos de los nuevos Estados unitarios e independientes.

La complejidad del concepto, su larga duración, el enlace entre elementos de continuidad y elementos de cambio, la relación inextricable, desde el origen de su constitución, entre mito, ideología y realidad histórica, la fusión entre las formas del antiespañolismo y las formas de la lucha política, convierten en muy necesaria la puntual historización, la contextualización y la comparación.

El antiespañolismo italiano es exactamente especular al españolismo, pues es la reacción a este; es decir, a un cierto modo de interpretar y representar la relación entre España e Italia en los siglos XVI y XVII.

Decir españolismo significa aludir en primer lugar a “mal gobierno”. Con este término se pone en discusión el modo de dirigir, por parte de España, las funciones más importantes del Estado moderno, como eran el ejercicio del poder burocrático, la capacidad de aplicar la ley en el gobierno del territorio, la política económica y financiera y, por último, la política social, es decir, la estrategia de alianzas entre el Estado y las clases. Así, en el orden de las funciones enunciadas, el mal gobierno español en Italia se manifestó:

- a) En la práctica de la corrupción burocrática y en la tendencia a los favoritismos.
- b) En la negligencia y en los desórdenes administrativos, causas primarias de la no correspondencia entre el plano formal de la legislación, en algunos casos óptima y adecuada, y el plano de su realización en el gobierno concreto del territorio, completamente inexistente.
- c) En el fiscalismo y en el parasitismo, es decir, en la elección de la vía más simple para rastrillar recursos de los territorios sujetos y detraerlos hacia el centro del sistema imperial, construyendo de este modo una relación de tipo colonial o semicolonial.
- d) En la alianza orgánica entre la Monarquía y las clases privilegiadas de los territorios sujetos, pero, al mismo tiempo, en la división de los súbditos para un mejor dominio sobre ellos (la técnica del “*divide et impera*”).

Decir españolismo significa aludir, en segundo lugar, a España como “brazo armado de la Contrarreforma”. Muchas connotaciones negativas del antiespañolismo convergen aquí hacia las formas de la “leyenda negra” sobre la Inquisición, sobre el genocidio de los Indios, sobre el connubio entre los papas y los Reyes Católicos...

Españolismo se identifica aún con un tercer motivo: la “opresión de todas las libertades, política, religiosa, cultural”... El poder de ahogamiento de las libertades, ejercido por España, no pudo sin embargo impedir ni el nacimiento ni el desarrollo de formas de disensión, ferozmente reprimidas, ni tampoco la explosión de revueltas, consideradas no tanto como formas de conflicto político y social típicas del Antiguo Régimen, sino sobre todo como expresiones de “amor de patria”, de sentimientos y valores nacionales, anticipatorios del *Risorgimento*.

Españolismo se identifica, finalmente, con la apoteosis de la “civilización del formalismo y de la exterioridad”: es decir, no fundada sobre una religión privada de fe interior, sino sobre el conformismo y la hipocresía, sobre la práctica de la simulación y la disimulación.

La categoría de españolismo/antiespañolismo queda formada pues de estratificaciones múltiples. Cada una de estas puede tener su autonomía, pero el conjunto de estas estratificaciones puede también constituir un itinerario recurrente, que somete a deslizamientos semánticos y contextuales la categoría. Podemos así identificar cuatro tipologías:

- a) El análisis crítico de la realidad histórica, la era española en Italia, en sus múltiples aspectos, que llega a un juicio en conjunto negativo, fundado

no obstante sobre el rigor filológico y documental, sobre una fuerte tensión ético-política y sobre la identificación de un proyecto y de un programa alternativo de gobierno.

- b) La construcción del “tipo ideal”, del modelo negativo que asimila España en Italia se identifica con un gobierno maléfico y opresivo.
- c) La construcción del “estereotipo”, es decir, la fijeza inmutable del “tipo ideal” en el “tipo antropológico” del españolismo.
- d) El uso político del “estereotipo” y su continua y recurrente actualización.

Las diversas tipologías son reconocibles bien en su singularidad, bien en su entramado o bien en el recorrido que las une conjuntamente durante la amplia historia del españolismo/antiespañolismo desde el Seiscientos hasta hoy.

2.2. *EL ANTIESPAÑOLISMO ENTRE FELIPE III Y FELIPE IV*

En la época de Felipe III y, especialmente, en la de Felipe IV, personalidades importantes de la cultura política, filosófica y literaria italiana reflexionaron, con modalidad, tonos y caracteres diferentes, sobre la relación entre ambas penínsulas. La contribución tomó dos direcciones: se fundaron los temas y los espacios o lugares recurrentes del antiespañolismo; y al mismo tiempo, este se regionaliza, por decir de algún modo, presentando traducciones y acentuaciones fuertemente unidas a los contextos de algunos antiguos Estados regionales italianos. La Italia española en rebelión durante los años cuarenta del siglo XVII, recogerá solo en parte la herencia ideal y política de las formas más difusas del antiespañolismo del primer Seiscientos.

España está presente en todo el Campanella político desde los *Discorsi universali del governo ecclesiastico per far una gregge e un pastore*, escritos entre 1593 y 1595¹⁸⁵. Aquí el tema fundamental es el de la centralidad, el de la superioridad y el de la ejemplaridad de la monarquía papal:

Si el príncipe secular –escribe Campanella– usa las artes del Papa, gana más. Esto por instinto son los españoles. En cuanto a la conservación, es más duradero y conservable el principado eclesiástico que el secular, porque aquél tiene unidos los ánimos, y éste sólo los cuerpos; y no puede, sino cercanísimos. Pero el Papado mantiene el principado secular y no al contrario. Ni España tendría unido el

¹⁸⁵ La bibliografía de los últimos años sobre Campanella en R. AMERIO: “Introduzione” a R. AMERIO y A. GUZZO (eds.): *Opere di Giordano Bruno e di Tommaso Campanella*, en *La letteratura italiana. Storia e testi*, Milán-Nápoles 1956, vol. XXXIII, pp. 778-779.

Nuevo Mundo con el Viejo, sino fuese por el Papado¹⁸⁶. [El papa debe aspirar a la monarquía universal y no debe] permitir que España se enseñorezca de Francia, ni Francia de España¹⁸⁷: [un motivo, el del rol arbitral de la monarquía universal papal, que se retomará en muchísimos de los escritos campanellianos].

El antiespañolismo de Campanella asume con el tiempo formas de crítica radical fundadas sobre la no correspondencia entre el ideal de la sabiduría política y los comportamientos de los españoles. Como bien ha escrito Germana Ernst¹⁸⁸, el político sabio es, para Campanella, aquel que promueve la unidad y el bienestar del conjunto: con el impulso a las ciencias, a las letras y a la predicación de la óptima religión, capaces de vivificar todo el organismo; con una reforma militar capaz de elevar el nivel de los cuerpos; con la promoción de matrimonios mixtos de los españoles con extranjeros, en modo de “españolizar las naciones e insertar las simientes, como se hace con los árboles”¹⁸⁹ y al mismo tiempo para atemperar los vicios de la sangre española “la cual es odiosa a casi todas las naciones, porque es muy humilde en el servir y altanera en el dominar y jactanciosa y astuta en las cosas pequeñas y no en las grandes”¹⁹⁰; con el incremento de los comercios y de la navegación. Es a partir de este cuadro ideal desde el que Campanella deriva las críticas al mal gobierno español en la *Monarchia di Spagna* (1600). Los principales elementos de la crítica radical de Campanella serían la pésima administración de la justicia, la arbitrariedad en los juicios, el parasitismo de los barones que viven ociosamente, roban y se abandonan a un lujo depravado, las desigualdades sociales y la avidez desenfrenada causada por el oro del Nuevo Mundo que había arruinado al Viejo¹⁹¹.

¹⁸⁶ R. AMERIO: “Introduzione” a R. AMERIO y A. GUZZO (eds.): *Opere di Giordano Bruno e di Tommaso Campanella*, op. cit., pp. 1123-1124.

¹⁸⁷ *Ibidem*, pp. 1151-1152.

¹⁸⁸ G. ERNST: “Campanella político”, en G. ERNST (ed.): *Tommaso Campanella e la congiura di Calabria*, Stilo 2000, pp. 15-41. Cfr. de la misma autora, *Tommaso Campanella*, Roma-Bari 2002; *Il carcere, il politico, il profeta. Saggi su Tommaso Campanella*, Roma 2002.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 23.

¹⁹⁰ *Ibidem*.

¹⁹¹ G. ERNST: “Campanella político”, op. cit., p. 24. En *La città del sole*, Campanella ya consideró Nápoles como la capital del parasitismo y de la degradación. Y, en 1608, en los *Arbitrii sopra il governo delle entrate nel Regno di Napoli*, la polémica antiespeculativa invierte especialmente las funciones de racionamiento y los intereses de los comerciantes acaparadores de trigo, cfr. A. MUSI: *L'Italia dei vicerè. Integrazione e resistenza nel sistema imperiale spagnolo*, Cava de' Tirreni 2000, pp. 123-124.

Sin embargo, el análisis se hace más refinado y articulado cuando Campanella reflexiona, especialmente en los escritos franceses, sobre los motivos del declinar de España. Son los años treinta del siglo XVII, Europa ha entrado en la crisis económico-social “general”, pero también en una fase en la que se preparan grandes cambios geopolíticos y nuevas jerarquías internacionales. Campanella abandona las posiciones filohispánicas y se acerca a las francesas. El filósofo alberga una gran confianza en el paso de los Valois a los Borbón, pues:

garantiza en vía preliminar la posibilidad para la monarquía francesa de jugar un papel de primer plano en la política europea, se tratará de confrontar las situaciones de España y de Francia, para evaluar cual de las dos potencias rivales pueda aspirar razonablemente a la primacía: Francia, a pesar de las dificultades y las discordias, está recorriendo una fase ascendente, mientras España muestra todos los síntomas de la crisis y el declive. Con estas posiciones Campanella anuncia temáticas que resultarán centrales en años sucesivos y revela con claridad, no sin riesgos, que están ya lejanos los años en los cuales identificaba en el soberano español al *místico* *Ciro*, investido de la providencia divina con la misión de reedificar la nueva Jerusalén y congregar las gentes en un único redil ¹⁹².

Campanella llega a París en 1634. En los años inmediatamente sucesivos pone en el centro de su reflexión no sólo la comparación entre Francia y España, sino sobre todo el análisis del imperio de los Austrias y las razones de su declive. Así, el imperio español:

se configura como un organismo monstruoso, una serpiente gigantesca de tres cabezas (la de la esencia, que es el imperio; la de la existencia, que es España, y la del valor que es Italia), cuyo cuerpo está compuesto de países desunidos y lejanos, ligados conjuntamente por vínculos irrenunciables, pero que se están aflojando como, por ejemplo, la navegación cuya seguridad está cada vez más amenazada por las potentes flotas holandesas, y desde puntos estratégicos de vital importancia, como Génova y la Valtellina, cuya emancipación de la sujeción española sería fatal para todo el organismo ¹⁹³.

Las razones del declive, para el filósofo calabrés, eran: la contracción demográfica por ausencia de matrimonios mixtos; el despoblamiento del Viejo y del Nuevo Mundo; la crueldad y la inmensa soberbia de los conquistadores; la incapacidad de “tesorizar” a través de una sabia política económica; el desequilibrio de la balanza comercial y el parasitismo de las clases privilegiadas. La recaída de todo esto sobre el *Mezzogiorno* de Italia fue desastrosa: fiscalidad

¹⁹² G. ERNST: “Campanella político”, *op. cit.*, pp. 28-29.

¹⁹³ *Ibidem*, p. 30.

exasperada, especulaciones en perjuicio de los campesinos, desequilibrios y acentuación de las desigualdades.

Alessandro Tassoni, en un contexto bastante diferente, viene configurándose como una de las pocas expresiones literarias de la protesta antiespañola, algunos años antes del Campanella francés. Modenés, nacido en el seno de una familia noble, completa sus estudios entre Bolonia, Ferrara y Pisa y vivió en España al servicio del cardenal Ascanio Colonna entre 1600 y 1603. Una vez de vuelta en Italia, fue nombrado embajador piemontés en Roma al servicio del duque Carlo Emanuele I de Saboya, que se convierte para Tassoni en un verdadero modelo político, entre otras cosas, por su relativa independencia en sus relaciones con España.

Los temas del antiespañolismo de Tassoni están presentes en las *Filippiche contro gli spagnoli*, escritas entre 1614 y 1615. En la *Filippica seconda* en particular, el escritor modenés pone de relieve en primer término la restringida base demográfica de España, dotada de pocas grandes ciudades —algunas “llegan apenas a doscientos fuegos”— y a la aridez del suelo. “Legiones de caballeros errantes” forman la fuerza militar española: un motivo, este de la sátira en relación del “caballero errante”, al que recurrirá a menudo en la literatura coetánea y posterior. Tassoni está convencido de que el “monstruoso cíclope del imperio español no tiene sino el ojo de Italia que le dé luz”¹⁹⁴.

Al juicio completamente negativo de Francesco De Sanctis sobre Tassoni —“cómico vacío y negativo [...], porque aquella simplicidad de vida, aquel sentimiento de lo real no estaba en su siglo, y en su consciencia era una abstracción del intelecto: un buen gusto natural, privado de un mundo plástico, en el cual se pudiese explicar”¹⁹⁵— hace de contrapeso la apreciación relativamente positiva de Benedetto Croce:

sobrio, seco y al mismo tiempo vivaz, eficaz e ingenioso, es Tassoni en sus prosas, especialmente en aquellas polémicas y en las cartas y, sobre todo, en las *Filippiche*, compuestas para Saboya contra España¹⁹⁶.

¹⁹⁴ Cfr. A. TASSONI: *Prose politiche e morali*, ed. de P. Puliatti, Roma 1980. Citamos aquí la edición telemática de las *Filippiche*, Roma, Biblioteca Italiana, 2004. Más en general, véase G. ROSSI: *Saggio di una bibliografia delle opere di Alessandro Tassoni con un discorso su gli scritti editi e inediti di lui*, Bolonia 1908.

¹⁹⁵ F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana*, ed. de N. Gallo, Turín 1975, vol. II, pp. 710-711.

¹⁹⁶ B. CROCE: *Storia dell'età barocca in Italia*, ed. de G. Galasso, Milán 1993, p. 536.

Entre los autores barrocos preferidos por el mismo Croce se encuentra Traiano Boccalini, que exalta el ideal de una historia “exclusivamente y estrechamente política”¹⁹⁷ fundada justamente sobre su intensa práctica de la vida cortesana y de los príncipes. Croce subraya igualmente el “sentimiento pesimista” de Boccalini que nace de la consideración de los “cálculos políticos”, de un “mundo hecho de fingimientos y de mentiras, sin luz que lo aclare ni colores”¹⁹⁸. Los *Ragguagli di Parnaso* merecen “su reputación en Italia y fuera por la riqueza y la sensatez y, a veces, por la novedad de los pensamientos”¹⁹⁹.

Según Rosario Villari, hasta Boccalini el antiespañolismo italiano tiene un carácter marginal, que opera un giro “con su radical polémica antiespañola”²⁰⁰. Villari critica la categoría de “sátira política”, comúnmente usada para los *Ragguagli* de Boccalini:

Sobre el plano publicista y en el ámbito de la reflexión sobre la razón de Estado —escribe Villari—, levantó con amplitud y energía un problema central de la vida italiana de su tiempo: la presencia y el dominio de España. Su polémica introduce en el debate político, en gran parte sumergido, fuertes reservas sobre la coincidencia de los intereses y de los ideales proclamados de la corona española con las exigencias de los Estados italianos [...]. En correspondencia con el esquema que hace de la interpretación de Machiavelli, su análisis y su denuncia se dirigían a desvelar la realidad del poder y la actitud de los gobernantes y, por tanto, a crear premisas y condiciones de una defensa más eficaz de los propios intereses por parte de los súbditos²⁰¹.

Seguramente la obra de Boccalini gozó de gran predicamento en Italia y en otros países europeos; sin embargo, más problemático es su poder, como sugiere Villari, para inspirar “importantes corrientes de pensamiento y de iniciativa política”²⁰².

Seguir el éxito de los *Ragguagli* es útil en varios frentes. Seguramente, aunque Villari tiene razón cuando impugna la reducción a sátira política del escrito, éste inaugura, en cualquier caso, un nuevo género literario que, utilizando la

¹⁹⁷ B. CROCE: *Storia dell'età barocca...*, op. cit., pp. 147-148.

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. 176.

¹⁹⁹ *Ibidem*, p. 201.

²⁰⁰ R. VILLARI: *Politica barocca. Inquietudini, mutamento e prudenza*, Roma-Bari 2010, p. 21.

²⁰¹ *Ibidem*, p. 9.

²⁰² *Ibidem*, p. 28.

sátira, entra en la raíz de las prácticas políticas de aquel tiempo. Las fórmulas expresivas de este nuevo género literario encontrarán una legión interminable de imitadores²⁰³. En segundo lugar, el amplísimo éxito de los *Ragguagli* y los lugares de edición y de reimpresión, permiten identificar un proceso de regionalización del antiespañolismo durante el siglo XVII que sorprende por su ámbito de propagación: la obra se reimprime en Milán y en Florencia, aunque el centro más importante de difusión siga siendo Venecia. Se traduce fuera de Italia: al alemán en 1617, al inglés y español en 1634, al flamenco en 1647, en 1669 se imprime una edición integral en Ámsterdam... y continúan sucesivamente las reimpresiones, versiones enriquecidas y revisadas, así como las refundiciones e imitaciones.

La regionalización del antiespañolismo en el siglo XVII tiene su centro, como así demuestra el éxito de Boccalini, en Venecia. Los *Ragguagli* se publican aquí entre 1612-1613. Inician la serie de una divulgación programada en la Serenísima a todos los lugares comunes de la “leyenda negra”²⁰⁴. Los métodos brutales del colonialismo español, denunciados por Las Casas, los retoma Alvise Lollino, obispo de Belluno, en el *De Hispaniorum iure in Indos dialogus*. En 1618 Giacomo Castellani, coincidiendo con la presunta conjura de Bedmar, publica el *Avviso di Parnaso*; entre 1626 y 1657 se reeditan varias veces las obras de Las Casas merced a una única empresa editorial, la de los Grimani, “en su mayoría acompañadas de vibrantes introducciones a nombre del traductor o del editor para señalar los trágicos resultados del mal gobierno español”²⁰⁵ y para llamar “a los súbditos de cualquier otro príncipe del mundo” a reconocer

cuán singular gracia les haya sido concedida por Nuestro Señor por no haberles sometido a aquellas gentes que se han convertido en más célebres por la destrucción que por la conquista de las Indias²⁰⁶.

Una abundante publicística polémica, anónima y pseudónima indica el caso americano “concluyente y resolutive acerca de los métodos y las finalidades del gobierno hispánico, así como de las condiciones de vida de los pueblos gobernados

²⁰³ Cfr. la voz *Traiano Boccalini* de Luigi FIRPO en *Dizionario Biografico degli Italiani*.

²⁰⁴ Cfr. P. PRETO: “La Spagna nella cultura veneta”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione: Antispagnolismo e identità italiana*, Milan 2003, pp. 207-208, de donde extraigo los datos que siguen.

²⁰⁵ F. CANTU: “Spagnolismo e antispagnolismo nella disputa del Nuovo Mondo”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, p. 141.

²⁰⁶ *Ibidem*.

por ellos”²⁰⁷. El citado estudio de Paolo Preto está dedicado también al lenguaje adoptado por los embajadores venecianos en el Seiscientos para definir las condiciones del imperio español:

para designar el evidente declive económico, político y militar de España en el curso del siglo XVII, los embajadores vénetos no usan la palabra *decadencia*, sino *declinación*, a veces acompañada de *disminución de las fuerzas*, *alteración*, *corrupción*, su fuerza expresiva, puntual y a menudo despiadada, aparece aún más evidente si la comparamos a las expresiones entusiásticas, por no decir temerosas, que en la segunda mitad del siglo XVI definían la descomunal fuerza político-militar de la España de Felipe II²⁰⁸.

Preto enumera todas las metáforas y los juicios del lenguaje diplomático veneciano: una máquina grande de reinos y riqueza “como cuerpo agravado de muchas indisposiciones que tiene debilitado su vigor” (Contarini 1612); la nación está reducida a “una igual desolación” (Alvise Mocenigo 1631); la soberanía de España es “más formalidad que sustancia” (Girolamo Giustinian 1649); un “gran coloso” hundido “con el terremoto de breves momentos, donde competía cada uno para recoger los fragmentos al objeto de enriquecer las primarias salas” (Pietro Basadonna 1653); “la palabra economía es un lenguaje ignoto a los españoles; pasa el desorden en punto de grandeza y de honor” (Catterino Bellegno 1670); “no gobierna el rey, gobiernan los grandes” (Giovanni Cornaro 1682); “en la hacienda real reinan la confusión y el caos” (Sebastiano Foscari 1686); Carlos II está más “capacitado para el habito de religioso que para el manto real” (Pietro Venier 1693)²⁰⁹.

Los venecianos son los modelos culturales que inspiran los escritos del genovés Andrea Spinola, uno de los mayores escritores y comentaristas políticos del primer Seiscientos²¹⁰. No pone tanto en discusión la inserción de Génova en el sistema imperial habsbúrgico, como el proceder de los ministros del rey y el *ethos* aristocrático filo español. Spinola influencia notablemente la ola de reacción anti-española que se manifiesta en Génova entre los años treinta y los cincuenta del siglo XVII y que viene marcada por figuras como Federico Federici y Raffaele Della Torre. La imagen dominante es aquella de una España prevaricadora sobre la independencia genovesa:

²⁰⁷ F. CANTU: “Spagnolismo e antispagnolismo...”, *op. cit.*, p. 142.

²⁰⁸ P. PRETO: “La Spagna nella cultura veneta”, *op. cit.*, p. 216.

²⁰⁹ *Ibidem*, pp. 216-218.

²¹⁰ C. BITOSI: “Lo strano caso dell’antispagnolismo genovese”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, pp. 169-173.

Y para explicar cómo fuese posible una prevaricación acompañada por la evidente conveniencia, para muchos sino para todos, del servicio financiero del rey, lanzaron la imagen de las cadenas de oro. Las ganancias que tantos genoveses habían extraído, y que ciertamente ahora extraían mucho menos y con mayor riesgo de la alianza española, habían sido, en el fondo, un mal, un elemento de corrupción del republicanismo ciudadano, y un mal uso de las energías de los genoveses de las auténticas vocaciones indígenas, marineras y mercantiles, hacia el campo estéril y peligroso de la finanza ²¹¹.

Dos contextos “republicanos”, el de Venecia y el de Génova: en el primero, los motivos ya clásicos de la “leyenda negra” se combinan con el análisis despiadado, conducta expresada por los embajadores con la *declinación* del sistema imperial español; en el segundo, la coyuntura crítica de las relaciones financieras entre la república ligur y los Habsburgo, alimenta una recuperación mítica de la lejana vocación mercantilista genovesa, corrompida por la nefasta influencia de España.

Otro contexto, en parte diferente de los analizados hasta ahora, es el relativo a la Italia española en rebelión durante los años cuarenta del XVII. Esta línea historiográfica, bien representada por los estudios de Rosario Villari, tiende a proponer una doble perspectiva: en primer lugar, una suerte de continuidad diacrónica de los movimientos ideales y políticos antiespañoles desde el final siglo XVI a la revuelta napolitana de 1647–1648; en segundo, una correspondencia sincrónica de la inspiración ideal y de la práctica política entre las “seis revoluciones contemporáneas” ²¹². No hay dudas de que la matriz de la polémica antifiscal, antifeudal y contra la corrupción de los ministros de Su Majestad, caballo de batalla del antiespañolismo desde Campanella a Boccacini, iba a constituir uno de los elementos de la plataforma de las revueltas de los años cuarenta. Sin embargo, en el caso de las revueltas italianas, las sicilianas y la napolitana de 1647–1648 ²¹³, la unión con el antiespañolismo del primer Seiscientos se presenta bastante problemática. En Sicilia, tal y como han demostrado investigaciones recientes ²¹⁴, motivos y dinámicas de las revueltas, aún presentando caracteres comunes, son profundamente dependientes de los diferentes contextos locales y

²¹¹ C. BITOSI: “Lo strano caso dell’antispannolismo genovese”, *op. cit.*, pp. 170–171.

²¹² Esta línea vuelve a ser propuesta y profundizada ahora en R. VILLARI: *Politica barocca...*, *op. cit.*, *passim*.

²¹³ Cfr. A. MUSI: *La rivolta di Masaniello nella scena politica barocca*, Nápoles 2002 (2ª ed.).

²¹⁴ D. PALERMO: *Sicilia 1647. Voci, esempi, modelli di rivolta*, Palermo 2009.

la dimensión de la oposición a la Monarquía española está por completo ausente. También en el reino de Nápoles la fase antiespañola y republicana, entre octubre de 1647 y marzo del año siguiente, se desenvuelve más en el signo de la reivindicación del “derecho de resistencia” y de la creación de un “nuevo Estado”, legitimado por el desplazamiento de la fidelidad y obediencia de Felipe IV a Luis XIV, que no en el signo de una transferencia en el sentimiento de fidelidad “del rey a la patria”, como ha escrito Villari²¹⁵.

Del mismo modo, la cuestión de las relaciones entre Campanella y sus escritos, su aspiración a la independencia de Italia frente al dominio español, ha quedado hasta ahora más ligada a conjeturas e hipótesis que no fundada sobre elementos concretos de verificación documental. A este respecto Villari escribe que Campanella:

había manifestado durante la vigilia de la revolución, en varias ocasiones, fuertes dudas sobre la posibilidad de que el reino de Nápoles pudiera liberarse de modo autónomo de la sujeción de la monarquía²¹⁶.

El filósofo calabrés había subrayado los efectos de la censura y de la represión cultural y política, así como la escasez de los espacios de disensión en el reino de Nápoles. Veía, especialmente, en el apoyo cada vez menor de los príncipes italianos a España y en la participación decisiva de Francia, la posibilidad de una crisis de los Austrias en Italia²¹⁷. Un capítulo interesante para profundizar sería el de la *koiné* barberiniana en Roma y el del papel desempeñado por Campanella en la construcción de las relaciones entre los exiliados napolitanos, personajes ligados a la disensión eclesiástica y círculos romanos de la corte cardenalicia. Testimonio de estos lazos serían las cartas de Campanella al cardenal nepote Francesco Barberini (14 de febrero de 1630)²¹⁸, y a Urbano VIII entre 1630 y 1639²¹⁹. Después de la liberación acaecida en Roma en enero de 1629, Campanella gozó del favor de Urbano VIII. Posteriormente, la oposición de los cofrades de la orden, debido a su tendencia antihispánica y a sus posiciones doctrinarias, mal enquistan las relaciones del filósofo con Urbano VIII hasta llegar a

²¹⁵ R. VILLARI: *Per il re o per la patria. La fedeltà politica nel Seicento*, Bari-Roma 1994. He discutido la interpretación de Villari en A. MUSI: *L'Italia dei vicerè...*, *op. cit.*, pp. 149 y ss.

²¹⁶ R. VILLARI: *Politica barocca...*, *op. cit.*, p. 199.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 201.

²¹⁸ “Opere di Giordano Bruno e Tommaso Campanella”, en R. AMERIO y A. GUZZO (eds.): *Opere di Giordano Bruno e di Tommaso Campanella*, *op. cit.*, pp. 984-987.

²¹⁹ *Ibidem*, *passim*.

enfriarse: la carta del cardenal refleja esta coyuntura. En otra carta a Barberini del 4 de diciembre de 1634²²⁰, el filósofo se defiende de la acusación de oposición a los españoles, porque “escribí para ellos la *Monarchia di Spagna*, el *Panegirico ai principi d’Italia*, los *Articoli profetali*: y los tienen y se sirven de estos en España”.

En definitiva, queda todavía mucho por sondear y profundizar en relación a la compleja cuestión entre Campanella y las revueltas italianas de 1647-1648.

2.3. EL CREPÚSCULO DEL SISTEMA IMPERIAL ESPAÑOL, LA ACADEMIA DE MEDINACELI Y PAOLO MATTIA DORIA

La institución cultural napolitana más importante a finales del siglo XVII fue la academia de Medinaceli. La génesis y estructura de la misma es bien conocida, a través de los estudios de Suppa, Galasso, Ricuperati y Rak²²¹. No obstante, el debate sobre su función ha sacado a la luz diferentes interpretaciones y numerosos aspectos. Giuseppe Ricuperati²²² ha insistido sobre el proyecto de gestión directa de la cultura por parte del *establishment* español, sobre el intento de una mayor implicación por parte de los intelectuales, puestos en marcha por el virrey Medinaceli, en una fase particularmente difícil de la Monarquía española, especialmente en lo que concierne al gobierno del territorio. En cambio, a Galasso la academia le parece:

²²⁰ “Opere di Giordano Bruno e Tommaso Campanella”, *op. cit.*, pp. 997-1002. La carta está escrita desde París, donde Campanella se había refugiado después de haber huido de Roma bajo la protección del embajador francés. “Sus enemigos habían intentado involucrarle como cómplice en la conjura antiespañola de fray Tommaso Pignatelli, descubierta en Nápoles en agosto de 1633. La petición de extradición hecha por los españoles fue evadida por el cardenal nepote Francesco, el cual dispuso las cosas de manera tal que Campanella pudiera realizar la fuga. Iniciando el viaje la noche del 21 de octubre de 1634, con hábito de fraile mínimo, sobre el carruaje del embajador Noailles, el filósofo llegó a París, atravesando Marsella y Lión, el primero de diciembre” (*Ibidem*, p. 997).

²²¹ S. SUPPA: *L’Accademia di Medinaceli fra tradizione investigante e nuova scienza civile*, Nápoles 1972; G. GALASSO: *Il Regno di Napoli. Il Mezzogiorno spagnolo e austriaco (1622-1734)*, Storia d’Italia UTET (dir. por G. GALASSO), Turín 2006, vol. XV, t. III, pp. 516 y ss.; G. RICUPERATI: “L’Immagine della Spagna a Napoli nel primo Settecento: Vico, Carafa, Doria e Giannone”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, pp. 83-112; M. RAK (dir.): *Lezioni dell’Accademia di Palazzo del duca Medinacoeli*, Nápoles 2000-2003.

²²² G. RICUPERATI: “L’Immagine della Spagna a Napoli...”, *op. cit.*, p. 84.

un rodaje bastante natural y espontáneo de todo el proceso de la vida político-cultural napolitana de los años ochenta y noventa del siglo. En el encuentro con el favor virreinal la nueva cultura, si en algún modo se encuadraba más oficialmente de lo que nunca hubiera ocurrido hasta entonces en las líneas del régimen, se vinculaba también, implícitamente, a una estrecha disciplina realista, tanto más relevante cuanto más se encendía la cuestión sucesoria y se seguían más de cerca las vicisitudes de la salud del soberano junto a las inciertas perspectivas de la corona; por otra parte, conseguía la seguridad de una protección definitiva y de una ulterior promoción en las relaciones con la cultura tradicional además de cualquier eventual regreso ofensivo clerical ²²³.

De particular interés es la composición de la academia: aristócratas absorbidos en la burocracia española; futuros dirigentes del estamento togado habsbúrgico; grandes intelectuales como Paolo Mattia Doria, Giambattista Vico o Pietro Giannone por citar solo algunos de entre los más ilustres. La academia representa, pues, la fase de traspaso de la cultura napolitana entre los siglos XVII y XVIII: en esta se conjuga un nuevo sentido del Estado, absolutismo y bien público identificados con la voluntad del soberano. En particular, el nuevo estamento togado, notablemente presente en la estratificación socio-profesional académica, interpreta espléndidamente, en la escala del reino de Nápoles, el momento histórico europeo caracterizado por la hendiadis entre el nuevo orden y el antiguo régimen. Como intenté explicar en otro lugar ²²⁴, después de las paces de mediados del siglo XVII, aún dentro de un marco caracterizado por la sociedad tradicional, desde la supremacía de la estructura del privilegio y desde el poder absolutista, venía formándose un orden nuevo que, de algún modo perfeccionaba y, al mismo tiempo, transformaba los caracteres mismos del Antiguo Régimen. El Estado después de Westfalia estaría constituido por un conjunto orgánico formado por el príncipe y la comunidad de súbditos. En el Estado moderno absoluto la conservación equivalía a seguridad. Esta equivalencia debía inspirar la política del Estado también en materia religiosa, realizada a través de un equilibrio complejo y precario entre confesión, libertad de conciencia y bien común. Si el bien común se identificaba con la voluntad del soberano, la unión se hacía siempre más estrecha entre súbditos y príncipe, y estos debían ponerse el objetivo de una ampliación de las bases de consenso a su poder también a través de la promoción de aquellas que Marcello Verga ha llamado “prerreformas” ²²⁵.

²²³ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. III, pp. 534-535.

²²⁴ A. MUSI: *L'Italia dei vicerè...*, *op. cit.*, pp. 209-210.

²²⁵ M. VERGA: “Tra Sei e Settecento: un’età delle preriforme?”, *Storica* I (1995), pp. 89-129.

Hay un aspecto de la vida en la academia de Medinaceli escasamente considerado y sobre el cual, en estas páginas, quisiera llamar la atención. Uno de los temas más recurrentes de las lecciones era el de los imperios²²⁶; es más, la academia, en su estado naciente, planteaba un verdadero “programa” sobre este tema. El programa previsto y seguido daba inicio con una lección, desarrollada por Caloprese, sobre el origen de los imperios: se desarrollaba seguidamente a través de dos lecciones de Cicatelli sobre el primer y el segundo imperio de Asiria, una lección de Valletta sobre el de los persas, una de Russo sobre el de los griegos y nada menos que ocho lecciones de Sersale sobre el imperio romano.

De particular interés resulta la lección de Caloprese²²⁷, que afrontaba la cuestión de la “naturaleza de los Imperios”:

Los hombres, desde el principio —escribe— para cesar de estar y vivir continuamente en guerra, en discordia y con temor de la propia salud, se han visto forzados a constituir a una persona sobre ellos con autoridad para hacer leyes e imponer penas y premios, a fin de obligarles a mantenerse entre los límites de la justicia y de la honestidad, que es lo que constituye la naturaleza de los imperios²²⁸.

En su lección, Caloprese aludía al modelo de la Monarquía española, artífice de la *concordia ordinum*: una posición que demuestra el éxito de Medinaceli en su apertura al diálogo con los intelectuales y representa los mismos ideales de una parte consistente del estamento civil. Como ha escrito Ricuperati:

a pesar de las críticas hacia una monarquía que había delegado el poder a los ministros (juicio que involucraba no sólo a Felipe III y IV, sino también al mismo Carlos II), nobleza y sociedad civil se habían acercado al virrey, esperando que esta fidelidad fuese recompensada y, quizás de algún modo, enriquecida por las cualidades del nuevo soberano.

Desde este punto de vista, la posición de Caloprese era bastante similar a la de Giannone, a la de Vico y a la del mismo Doria.

²²⁶ M. RAK (dir.): *Lezioni dell'Accademia...*, op. cit., vol. I.

²²⁷ Sobre la figura y la obra de Caloprese, véanse en particular G. CALOPRESE: *Opere*, Nápoles 2004, con las dos introducciones de F. LOMONACO: “Un gran filosofo renatista”, en donde el autor profundiza sobre la unión entre Caloprese y Descartes, y de A. MIRTO: “La vita, gli studi, la critica...”. Igualmente, E. NUZZO: *Verso la “Vita civile”*. *Antropologia e politica nelle lezioni accademiche di Gregorio Caloprese e Paolo Mattia Doria*, Nápoles 1984.

²²⁸ G. CALOPRESE: “Dell’origine dell’imperii”, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell'Accademia...*, op. cit., p. 48.

España aseguraba una *concordia ordinum* que era peligroso tocar. Los posibles cambios debían venir de una monarquía reformadora y unida a un modelo de continuidad, y no desde el exterior ²²⁹.

En función de ello, en los primeros meses de la Academia se confirmaron las esperanzas puestas en Medinaceli, tal y como reflejan las palabras que introducían la lección de Giuseppe Valletta sobre el imperio de los persas. Veía en el virrey “renovado el espíritu y la fama de Alfonso de Aragón, primero de este nombre y de gloria, entre los demás reyes nuestros de Nápoles”. La comparación hacía referencia bien “a la altura del entendimiento y de la sangre”, bien al gobierno del territorio y el filósofo jurista se dirigía directamente a Medinaceli continuando el símil:

Y como vos, él mismo, familiarmente muy a menudo manteníase en las más íntimas y secretas de sus estancias reales, oyendo las lecciones que en similares academias se recitaban por los hombres más doctos de su tiempo, en las cuales yo querría manifestar más la veneración que díose por alentarlas, que el honor de ser incluido entre tantos felicísimos ingenios que las componen. Tanto mayormente que vos, por encima de cualquier otra posible comparación y otras tantas altas cosas plenamente sobrentendidas, no me producís sino maravilla y temor ²³⁰.

Después de este encomiástico inicio, Valletta iba mucho más allá. Del mismo modo que Cicatelli había mostrado interés por el “nacimiento, grandeza y ruina” de los Asirios ²³¹, ahora Valletta afrontaba la parábola de los imperios, “inicio, estado y caída”, con el papel de la fortuna en la dinámica histórica de estas grandes formaciones políticas. La memoria del ciclo revolucionario de los años cuarenta del siglo XVII estaba demasiado cerca como para ser completamente eliminada y es sobre este trasfondo cuando Valletta, citando a Bodin y a Naudé, advierte de la peligrosidad de “escribir sobre las revoluciones y los distintos cambios de los imperios, no menos que como si de las cosas sacras se conversase” ²³².

La constante preocupación de los académicos que se ocupaban de las formaciones históricas imperiales era el miedo a la “discordia” del desorden civil y

²²⁹ G. RICUPERATI: “L’Immagine della Spagna a Napoli...”, *op. cit.*, p. 91.

²³⁰ G. VALLETTA: “De l’Imperio de’ Persiani”, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell’Accademia...*, *op. cit.*, p. 199. Para un perfil bio-bibliográfico convincente, véase V. I. COMPARATO: *Giuseppe Valletta. Un intellettuale napoletano della fine del Seicento*, Nápoles 1970.

²³¹ E. CICATELLI: *Ragionamento storico del primo Imperio dell’Asiria*, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell’Accademia...*, *op. cit.*, p. 49.

²³² G. VALLETTA: “De l’Imperio de’ Persiani”, *op. cit.*, p. 199.

político: de ahí la referencia recurrente a modelos de concentración y unidad del poder. Así Russo, reflexionando sobre la debilidad de los griegos y sobre la destrucción de Atenas “por causa de la democracia”, escribía que:

[la] república debe tener un sólo gobernante y, al igual que un barco, un solo timonel, puesto que, si hubiese discordia para quien tuviera que gobernarla, a cada pequeño impulso de viento, quedaría sumergida ²³³.

Pero fue sobre todo Nicola Sersale el que reinventa y perfecciona el uso de lo antiguo para la política contemporánea ²³⁴. Identificaba tres estadios en la política de Roma que correspondían con las edades del hombre: la infancia bajo los reyes, la “robusta juventud” y la “grandeza” bajo la república, y la “vejez y la decrepitud” bajo los emperadores ²³⁵.

No duró más la juventud del dominio romano sino hasta la edad de los famosos Escipiones, donde África y España pusieron bajo su juego, hasta César y Pompeyo, que tan ampliamente engrandecieron. Tiranizada desde entonces por aquellos y finalmente puesta por este César bajo el dominio de uno sólo también, en el principio de su vejez. Aunque hubiese cambiado la forma de gobierno, hubiera sido bajo César Augusto acaso rejuvenecida y restablecida a su robustez, si los siguientes emperadores hubieran imitado sus operaciones y las hubieran proseguido. Sin embargo, además de tener éste en las partes de Oriente grandes territorios, entre los pueblos de la India y de otras regiones externas del imperio tan ampliamente acrecentadas, los constituyó en trono de tan suprema autoridad y dominio, mejorando óptimamente y estableciendo los órdenes civiles y militares, que poco o nada dejó que desear ²³⁶.

Por tanto, la conclusión de Sersale es clara: el “dominio” debe ser directamente proporcional al “cuidado” y a la “atención” por el gobierno del territorio ²³⁷.

Me parece poder leer en estas lecciones académicas sobre los imperios la difícil transición vivida por la parte más despierta de la cultura napolitana de finales del Seiscientos. La memoria de las revoluciones, de los “cambios de estado”, del ciclo desestabilizante de los años cuarenta del siglo XVII, la consciencia de la

²³³ C. RUSSO: “Intorno all'impero de' Greci”, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell'Accademia...*, *op. cit.*, p. 265.

²³⁴ N. SERSALE: “Dell'Imperio romano”, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell'Accademia...*, *op. cit.*, pp. 294 ss.

²³⁵ *Ibidem*, p. 339.

²³⁶ *Ibidem*.

²³⁷ *Ibidem*, p. 355.

fragilidad de la “democracia”²³⁸, pero, al mismo tiempo, las incógnitas de la coyuntura internacional, imponen la necesidad de la conservación de una alianza política entre el estamento togado y la corona española del tipo de aquella *concordia ordinum*, reivindicada por Vico, Giannone, Doria y tantos otros intelectuales de la clase civil como una de las realizaciones de la Monarquía española en el reino de Nápoles. Sobre este fondo, comienza a perfilarse, sin embargo, aunque sin explicitar, la analogía entre la parábola de los imperios históricos y la del sistema imperial español²³⁹, llegado a su crepúsculo, quizás también por la dificultad de conjugar esas dos palabras clave recordadas por Sersale, “dominio” y “gobierno”, y la relación proporcional entre ambas como requisito fundamental para la conservación de los imperios.

La “relación” de Paolo Mattia Doria²⁴⁰, posterior a la conjura del crepúsculo del sistema imperial español y contemporánea ya a diferentes equilibrios políticos bien consolidados, tiene una “estructura abierta”, por así decir. Es una especie de *tratado* del españolismo, en donde se anticipan sucesivamente gran parte de los motivos elaborados (mal gobierno, opresión, malicia, retraso...), y donde sugiere también un enlace inmediato y directo entre el análisis del comportamiento de los españoles en el *Mezzogiorno* de Italia y el juicio histórico-político sobre ellos. Pero, además de la superficie de la forma y de la comunicación retórico-literaria, se toma la sustancia de un análisis de la realidad económica, social y política del reino de Nápoles, que identifica algunos elementos críticos (la distorsión entre la relación capital-provincias, la opresión baronal, la baja calidad del personal de la administración periférica, la estructura oligárquica del poder de las sedes napolitanas...) y prevé una “racionalización del sistema”²⁴¹;

²³⁸ La expresión es usada en C. RUSSO: “Intorno all'impero de' Greci”, *op. cit.*, p. 265.

²³⁹ Una parte bastante representativa de la historiografía española e italiana viene usando desde hace más de una década esta categoría para indicar la particular formación política que detenta la hegemonía mundial durante un siglo, desde la mitad del siglo XVI hasta mediados del XVII. Esta categoría ha alcanzado dignidad en el discurso historiográfico a semejanza de otras como “*Composite Monarchy*” (Elliott), Monarquía católica (Fernández Albaladejo)... Para una puesta a punto del concepto remito a mis numerosos estudios sobre el tema, más recientemente recogidos en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.* Véase también mi artículo “The Kingdom of Naples in the Spanish Imperial System”, en T. J. DANDELET y J. A. MARINO (dirs.): *Spain in Italy. Politics, Society and Religion, 1500-1700*, Leiden-Boston 2007, pp. 73-98.

²⁴⁰ P. M. DORIA: *Massime del governo spagnolo a Napoli*, ed. de V. Conti, introd. de G. Galasso, Nápoles 1973.

²⁴¹ La expresión es de G. GALASSO en la citada introducción, p. XLV.

en la imposibilidad de realizar tal objetivo, si acaso, radica el juicio tan negativo sobre España.

Para Doria, “máxima” es el principio general para la acción y la máxima de Estado es el principio general que inspira órdenes y costumbres de gobierno. Doria revela una diferencia entre reinos “con reyes propios” y reinos “gobernados en provincia”. Los segundos deben ser gobernados “con un poco de aquella razón de Estado que no se acuerda con la política virtuosa”²⁴². Aquí “razón de Estado” es un conjunto de técnicas de gobierno (simulación/disimulación, “arte maliciosa”...) que constituyen las “máximas particulares”. Su fin, para los españoles, es el de “poderse asegurar un dominio duradero sobre el reino de Nápoles y el de poseer una amplia autoridad sobre el remanente de toda Italia”²⁴³. En sustancia, para este reino “gobernado en provincia”, el equilibrio entre las máximas generales y las particulares está por completo desplazado, según Doria, hacia el segundo nivel, sobre la exasperación de la “razón de Estado” como pura “técnica prudencial”, que empuja a España a continuos compromisos y a sostener una lógica de conservación de los equilibrios de dominio en el territorio sujeto. De aquí dinámicas de rechazo, denuncia, moralismo, que revisten el juicio histórico-político negativo de Doria: descontextualizadas, estas se encuentran en el origen del antiespañolismo y pueden ser fácilmente asumidas como “evidencias primitivas” para la construcción del tipo ideal y del estereotipo. Sin embargo, el juicio negativo de Doria sobre España embiste más considerablemente sobre las prácticas y los procedimientos del gobierno del territorio que sobre el perfil de las instituciones.

En el caso de Giannone, como ha señalado Galasso, es necesario indicar algunas distinciones. Así, este autor subraya con admiración las novedades institucionales introducidas por los españoles en Nápoles: el puesto de virrey y el Consejo Colateral:

cuyos procedimientos, en la praxis ordinaria mental napolitana, no quitaban a los ojos del mismo Giannone el carácter de auténtica novedad de los dos institutos en la configuración dada a estos por los españoles²⁴⁴.

La recriminación que Giannone adelanta no difiere de la de Doria, pues no hace referencia a la inteligencia de los españoles en el gobierno del reino, sino a

²⁴² P. M. DORIA: *Massime del governo spagnolo...*, *op. cit.*, p. 10.

²⁴³ *Ibidem*, p. 22.

²⁴⁴ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli. Società e cultura nel Mezzogiorno moderno*, Storia dell'Italia Utet (dirigida por G. GALASSO), Turín 2011, vol. XVI, t. VI, p. 698.

su gestión política, por así decir, a la observancia y a la ejecución de las leyes: el comportamiento en las relaciones con la Iglesia, los privilegios eclesiásticos, la política jurisdiccional, las políticas económicas fundadas sobre el parasitismo y el exceso de gasto, las limitaciones del comercio y la excesiva fiscalidad.

Se consolidaba así, también a través de Giannone, y gracias a la autoridad rápidamente reconocida a su *Istoria*, el juicio negativo sobre España como potencia dominadora, pero desastrosamente rapaz y, conjuntamente, inepta en el campo económico, financiero, monetario y fiscal. Se consolidaba así el juicio que Doria había convertido ya en canónico, prosiguiendo un filón crítico contemporáneo a la parábola de la potencia española. Sobre el plano político e institucional, –jurisdiccionalismo aparte– el juicio de Giannone era aún más vago e indulgente de cuanto ya no fuese el de Doria; y la crítica al régimen parece hacer referencia especialmente a la praxis y a algunos aspectos políticos fundamentales, que no a la disposición institucional y a la legislación, sin que, sin embargo, ni siquiera desde este punto de vista faltasen las críticas enérgicas y radicales²⁴⁵.

2.4. ANTIESPAÑOLISMO E ILUSTRACIÓN

En la segunda mitad del siglo XVII el antiespañolismo se fue conjugando cada vez más con posiciones filofrancesas. En la primera parte del XVIII emergió otra palabra clave que iba a convertirse en “uno de los puntos de referencia esenciales del discurso italiano”²⁴⁶ de Muratori en adelante: nos referimos a la palabra y al tema de la “decadencia”, aunque, como ha señalado Marcello Verga, durante la primera mitad del Setecientos este concepto no iba a desviarse todavía respecto del “antiespañolismo”²⁴⁷. El proceso se iba a consumir en la segunda mitad del siglo.

La imagen de España y de los españoles construida desde la Ilustración debe mucho, por otra parte, y no sólo en su versión italiana, a la recepción descontextualizada del modelo de Doria. Se trata, como es sabido, de una imagen que Montesquieu resume a la perfección: “Los españoles y los portugueses están aún bajo tutela en Europa”. Como ha sido advertido, el pensamiento de Montesquieu refleja:

²⁴⁵ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XVI, t. VI, p. 700.

²⁴⁶ M. VERGA: “La Spagna e il paradigma della decadenza italiana tra Seicento e Settecento”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, p. 71.

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 79.

... la opinión que en la mitad del siglo XVIII se tenía en los *milieux savants* de las dos naciones ibéricas, que en tiempos no muy lejanos habían sido consideradas a la cabeza de Europa, y que ahora se veían como subalternas en el concierto de los países continentales [...]. El informe de los cargos contra España y Portugal (dos países que, ciertamente, los *philosophes* conocían poco y mal), es bien sabido: oscurantismo e ignorancia, fanatismo religioso, crueldad, arrogancia, inercia y mal gobierno. En suma, un modelo negativo y anacrónico en la Europa civilizada de las Luces²⁴⁸.

También en este caso, sin embargo, como en otros, los estereotipos y los lugares comunes derivan desde un “principio de realidad”, desde un análisis histórico real de la época española en Italia, que sobre todo los grandes ilustrados napolitanos pusieron como base de su batalla político-cultural de crítica al Antiguo Régimen y a la renovación de las estructuras económico-sociales.

Ya a partir de las *Lezioni di commercio* de Antonio Genovesi se asiste a un “reavivamiento en un estilo elevado de los temas de la polémica antiespañola”²⁴⁹. En la comparación con las potencias comerciales europeas, Genovesi dibuja un retrato dramático y apasionado de los hechos del reino de Nápoles, denunciando todas las calamidades de una nación privada de “dinastía doméstica”, que el advenimiento de los “Austriacos de España” contribuyó a agravar ulteriormente: in-moralidad, incompetencia, corrupción de los administradores, imposición fiscal insoportable y despotismo religioso. Pero, para Di Rienzo:

el conjunto de estas consideraciones marcaba la fecha de nacimiento de un antiespañolismo técnico, muy distinto del pasado antiespañolismo político de los Doria y de los Giannone, que Ferdinando Galiani se ocupó de desarrollar y refinar en *Della moneta*, y, por tanto, en *Del dialetto napoletano*²⁵⁰.

El ataque de Galiani va dirigido especialmente contra la política monetaria y fiscal de los españoles.

Con Giuseppe Maria Galanti el alejamiento de los viejos temas del antiespañolismo “político” es radical:

La rapiña económica de las tierras meridionales, agravada por los vicios de la desigualdad tributaria, no se debía solamente, según Galanti, a la financiación de la máquina burocrática y militar de los *Austrias*, sino al intento de contener

²⁴⁸ J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: “Penisola Iberica”, en V. FERRONE y D. ROCHE (eds.): *L'Illuminismo. Dizionario storico*, Roma-Bari 1998, p. 418.

²⁴⁹ E. DI RIENZO: “L'Antispagnolismo a Napoli da Genovesi a Filangieri”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, op. cit., p. 115.

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 119.

Introducción 2: *Antiespañolismo y decadencia en la cultura italiana*

la insubordinación señorial con una estrategia de donativos y a través de la creación de una compleja legislación feudal, que proporcionaba un amplio espacio de maniobra al dominio indiscutible del estamento togado, a la chusma ávida y corrupta de los *escribanos* y de los *paglietti* * ²⁵¹.

La revuelta de Masaniello, en sus resultados, desequilibra, según Galanti, aún más el *Mezzogiorno* de Italia acentuando el privilegio de la capital a la hora de representar a todo el reino.

Son temas, como es sabido, que se retomarán en la literatura post unitaria y se convertirán en parte de la batalla meridionalista. Es pues, necesario, prestar mucha atención a la compleja trama existente entre las “fuentes” y las “formas” del antiespañolismo. En el concepto de “fuentes” entiendo tanto el principio del proceso, esto es, los primeros materiales críticos disponibles para la construcción de una “tradición”, como aquello que garantiza consistencia y continuidad dándole con ello los títulos de legitimidad a la misma. Las “formas” son, en cambio, las representaciones, las convenciones y sus modos de comunicación.

2.5. *EN EL ROMANTICISMO DECIMONÓNICO:*

EL MITO NEGATIVO DE LA FUNDACIÓN NACIONAL

2.5.1. *L’Inferiorità intellettuale degli italiani: Francesco De Sanctis*

La centralización de la relación entre arte-ciencia-vida es quizá el *leitmotiv* de la *Storia della letteratura italiana* de Francesco De Sanctis. Carlo Muscetta observó justamente que también la dialéctica decadencia-resurgimiento estaba unida a aquella relación: cuando esta se infringe, aparece la decadencia, cuando se reconstituye, el resurgimiento. La lógica historicista del movimiento reside en la misma forma del arte como organismo en el que vive la dialéctica ²⁵².

Sin embargo, la génesis de la decadencia italiana, para De Sanctis, se encuentra en Guicciardini. Este no parece de la misma generación que Machiavelli, es

* N. del T. En italiano *paglietti* (*paglietta*, fem. sing.) es un tipo de sombrero de paja. Durante los siglos XVII y XVIII era una prenda usada, hasta el punto de identificarse con ella, especialmente por los abogados de Nápoles. El número de letrados fue en aumento y fueron tachados de corruptos al interpretar las leyes a su conveniencia.

²⁵¹ E. DI RIENZO: “L’Antispagnolismo a Napoli...”, *op. cit.*, p. 123.

²⁵² C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, p. XIX.

el “precursor de una generación más débil y más corrupta”²⁵³. De Sanctis reconoce que la *Storia d'Italia* es “el trabajo más importante que haya salido de mente italiana”²⁵⁴, pero Guicciardini no comprende la unidad y el significado de la tragedia nacional, se le escapa el conjunto, la tragedia es vista desde las calamidades que hieren a seres individuales:

por debajo de estos esplendores artificiales, un mundo de sólido esqueleto y de perfecto organismo, frío como la lógica y exacto como la mecánica, no más que un curso de fuerzas y de intereses seguidos en sus más íntimos recovecos por un intelecto superior²⁵⁵.

Machiavelli está por encima de Guicciardini. El primero percibe el drama italiano, lo vive en el círculo entre pensamiento y acción; por otro lado está en primer plano la “física histórica”, el juzgar caso por caso; para Guicciardini, “conocer no es llevar a efecto”²⁵⁶.

Se trata de un pasaje importantísimo en la planta ético-política unitaria de la *Storia* desanctisiana, que ha influido enormemente en las interpretaciones posteriores. Baste pensar en Pasqual Villari, que publica el primer volumen de *Nicolò Machiavelli e i suoi tempi* en 1877, el segundo en 1881 y el tercero, en el que Guicciardini goza de una amplia disertación, en 1882 (la obra fue traducida al alemán y, en 1892, al inglés).

De aquellas páginas de De Sanctis parten tres lugares comunes o recurrentes, que tendrán un largo recorrido:

- a) El nexo entre la ruptura del equilibrio, construido en la segunda mitad del siglo XV, y el principio de la decadencia italiana.
- b) La separación cada vez más acentuada de Italia respecto a Europa.
- c) La visión de la historia italiana como secuencia de “ocasiones perdidas” dirigidas a la construcción de la unidad nacional.

Propongo, –para un análisis más directo de la cuestión– un orden lógico que puede ser esquematizado de la siguiente forma: a) La relación entre España, Francia e Italia, b) La Italia de la decadencia y c) La cultura nueva como oposición.

²⁵³ C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, p. 609.

²⁵⁴ *Ibidem*, p. 615.

²⁵⁵ *Ibidem*, p. 1085.

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 610.

a) La relación entre España, Francia e Italia

Escribe De Sanctis, en el periodo de la Reforma y de la Contrarreforma:

restó romana toda la gente latina, España, Francia e Italia. Pero en Francia y en España no hubo, sino luego, feroces persecuciones, que dejaron inolvidables el tribunal de la Inquisición y el día de San Bartolomé. En aquellas luchas el espíritu nacional se restauró y se despertaron los intelectos y el sentimiento religioso exaltado de los intereses políticos y del fanatismo de la plebe fue factor de civilización, centralizó las fuerzas en torno a la monarquía absoluta, constituyó fuertemente la unidad nacional y dio a la vida intelectual un movimiento más rápido²⁵⁷.

Aquí está claramente subrayado el valor positivo del conflicto en la formación del espíritu nacional: y es verdaderamente la presencia de este importante factor de la dialéctica histórica el que determina la superioridad de las experiencias francesa y española respecto a la italiana. En Italia, dice De Sanctis, no hubo lucha porque no hubo conciencia: lucha y conciencia forman la nación:

Si Felipe II y Luis XIV podían decir, –el Estado soy yo–; España y el papa no podían decir, –Italia somos nosotros–. Faltaban aquellos gallardos consensos que vienen desde dentro y forman el vínculo nacional. El espíritu italiano obedecía inerte y no descontento, pero quedaba fuera, no empatizaba con ellos. Las viejas ideas ya no eran creídas con sinceridad, faltaban ideas nuevas que formasen la consciencia y fortaleciesen el carácter: por tanto, he aquí aquel consenso superficial y exterior, aquél estado de aquiescencia pasiva y de somnolencia moral²⁵⁸.

b) La Italia de la decadencia

Todo el discurso desanctisiano sobre la Italia de la decadencia está fundado sobre el fortísimo nexo entre el Quinientos y el Seiscientos. La pérdida de la libertad condicionó la evolución histórica italiana entre los siglos XVI y XVII:

Había inteligencia, pero no fuerza. Si el movimiento se hubiera podido desarrollar libremente, no hay duda de que habría encontrado su límite en las aplicaciones políticas y sociales, deteniéndose en las ideas medias, en las aplicaciones políticas y sociales menos lejanas de la realidad. Habríamos tenido, quizá, la patria de Machiavelli, una iglesia nacional, una religión purgada de su parte grotesca y absurda, una educación viril²⁵⁹.

²⁵⁷ C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, p. 651.

²⁵⁸ *Ibidem*, p. 652.

²⁵⁹ *Ibidem*, p. 653.

Las reacciones de los italianos fueron las de la “satisfacción de la catástrofe” y la de los “consensos para el nuevo dominio”. Los “motines de la plebe” se produjeron más “por la poca habilidad de los gobernantes que por la elevación de sentimientos de los súbditos”²⁶⁰.

Quien hubiese mirado entonces a Italia con ojo plebeyo, podría haberla tildado de tierra feliz. Revolución y guerra habían abandonado sus regiones; paz plena; los espíritus tranquilos, en reposo el cerebro. Las pequeñas cosas eran acontecimientos: Inglaterra tenía a Cromwell, ella tenía a Masaniello. Europa caminaba sin ella y fuera de ella, entre guerras y revoluciones en las cuales se elaboraba y se aceleraba la nueva civilización²⁶¹.

¿A qué se atribuía en Europa la “inferioridad intelectual de los italianos”? Ya no existía “fuerza”. Incluso “la inteligencia”, reconocida por De Sanctis en la Italia de la primera mitad del siglo XVI, había venido a menos. ¿A quién atribuir buena parte de esta responsabilidad? Al “mal gobierno papal y español”²⁶²: Iglesia y dominio español se convertían en una suerte de hendíadis constitutiva del agravamiento de las condiciones de la península entre los siglos XVI y XVII, en la génesis de un siglo, el Seiscientos, sin “el sentimiento de lo real”, identificado con el mundo hipócrita e inquisitorial de una Italia más parecida a un museo que a una sociedad de hombres vivos. En la Italia de la “teocracia autoritaria” reinaba la separación entre arte y vida, caracterizada por una “mecanización vacía”, por un “absoluto ocio interno”, por el “vacío de la consciencia”²⁶³.

c) La nueva cultura como oposición

Bruno, Campanella, Galilei y Sarpi fueron “los primeros santos del mundo moderno”²⁶⁴. En otros lugares, el pensamiento fue estimulado por la pasión y afinado por la lucha, como en los casos de Bacon y Descartes, listo para la aplicación. En Italia, en cambio, los pensadores fueron solitarios y fluctuantes.

Los mismos italianos tenían ya conciencia de su propia decadencia y, no acostumbrados a pensar con su propia cabeza, esperaban con avidez las ideas ultramontanas y mendigaban elogios de los forasteros²⁶⁵.

²⁶⁰ C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, p. 647.

²⁶¹ *Ibidem*, pp. 806-807.

²⁶² *Ibidem*, p. 811.

²⁶³ *Ibidem*, pp. 1003-1005.

²⁶⁴ *Ibidem*, p. 743.

²⁶⁵ *Ibidem*, p. 811.

A la aislada cultura de la oposición le acompañaron dos fenómenos típicos en la Italia del XVII: “la purga de las ideas” y la importación retardada de los movimientos intelectuales más modernos. Las ideas:

expulsadas de Italia con las hogueras, con los exilios, con las torturas y con los puñales, volvían a entrar bajo la protección de las ideas cristianas. En Europa la crítica salía del libre examen y de la rebelión; eran cosas heréticas. En Italia era parte de la Arcadia, un ejercicio intelectual sobre el pasado y se dejaba hacer. El crítico de Europa era Bayle, el de Italia Muratori ²⁶⁶.

En cuanto a los retrasos, Descartes llega a Nápoles setenta años después de su muerte con la *Física*, no con el *Método* y las *Meditaciones*; Grocio, Spinoza y Hobbes circularon entre pocos.

En sustancia, el antiespañolismo de De Sanctis hace referencia interna al “problema de Italia”, a la pérdida de la libertad como “catástrofe”. La categoría del “españolismo”, por lo demás nunca enunciada por el historiador de la literatura, no se configura ni como “tipo ideal”, ni mucho menos como estereotipo: esta puede ser sobre todo la representación del resultado de la particular fusión entre España e Italia en los siglos de la “decadencia”.

La fórmula de “mal gobierno papal y español”, usada por De Sanctis, no es como ha sido sostenido, un “reclamo genérico a las tristes condiciones de la península” ²⁶⁷, sino una hendiadís constitutiva de todo el razonamiento del historiador de la literatura, dirigida a construir sobre tales bases uno de los mitos negativos de la fundación nacional italiana.

2.5.2. *Sismondi y el Risorgimento italiano*

Sobre esta vertiente es ciertamente reconocible la unión de De Sanctis con la línea Sismondi-Quinet-Burckhardt ²⁶⁸: en particular es a la antinomia libertad-tiranía ²⁶⁹ de Sismondi a lo que presta atención De Sanctis, a la idea de aquel período de tres siglos de sufrimientos, languidez y humillación que comienza para

²⁶⁶ C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, pp. 812-813.

²⁶⁷ G. V. SIGNOROTTO: “Aperture e pregiudizi nella storiografia italiana del XIX secolo. Interpretazioni della Lombardia ‘spagnola’”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. REYERO (dirs.): *El siglo de Carlos V y Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 377.

²⁶⁸ *Ibidem*.

²⁶⁹ Cfr. P. SCHIERA: “Presentazione” a J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane*, Turín 1996, pp. XLVII-XLVIII.

Italia en 1530 y que concluye sólo con Napoleón, allí donde asume todavía centralidad *L'uomo* de Guicciardini. Pero es otro hilo, no tan sutil, el que une a De Sanctis con Balbo y Manzoni; es decir, a aquellos que habían puesto el problema no tanto de los orígenes cuanto de la decadencia de la experiencia italiana ²⁷⁰.

Hemos visto como entre los siglos XVII y XVIII, Italia y España fueron asociadas al común destino de la marginalidad, al retraso cultural, lingüístico, artístico y económico respecto a las áreas más avanzadas de Europa ²⁷¹. En la era napoleónica el “discurso sobre Italia” adquiere una valencia más política. Dominación española como inicio de una larga fase de sujeción a lo extranjero, fin de la libertad y decadencia, reclaman inmediatamente la necesidad de una “reforma política” como “resurgimiento nacional”. Y es de hecho la generación napoleónica la que lanza las bases de una verdadera *koiné* del antiespañolismo, construida por la generación romántica, la cual se sirvió también de contribuciones de intelectuales no italianos.

Fundamentalmente, desde este punto de vista, es este el papel jugado por Sismondi a lo largo de una directriz que parte desde Carlo Botta y que, a través de Cesare Balbo y Alessandro Manzoni, llega hasta Francesco De Sanctis. Es Sismondi el que crea el bipolarismo entre un mito positivo y uno negativo. El positivo, que tendría una amplísima influencia en el romanticismo y en el *Risorgimento* italiano, es aquel de las ciudades medievales como anticipadoras de la libertad italiana. Es allí donde se forja el “carácter moral” de los italianos. La grandeza y la fuerza de Italia residen en la identidad entre la república, la virtud y la libertad ciudadana. El mito negativo no hace referencia solo a España: es la “traición” de los dos monarcas, el español y el francés que, con el tratado de Granada de 1500, decretaron el final de la “libertad italiana” ²⁷². Si la república es el mito positivo de Sismondi, los reyes, en este contexto histórico como en aquel ligado a la actualidad de la Restauración, son auténticos criminales que atentan contra la libertad ²⁷³.

Cierto, el *Risorgimento* italiano puede, sólo en parte, aceptar y hacer propia la invectiva antimonárquica lanzada por Sismondi: puede acoger la *pars destruens* que se refiere al absolutismo, a la razón de Estado, al legitimismo; puede acoger

²⁷⁰ P. SCHIERA: “Presentazione” a J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane*, *op. cit.*, p. LV.

²⁷¹ M. VERGA: “La Spagna e il paradigma della decadenza italiana...”, *op. cit.*, pp. 49 y ss.

²⁷² J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane*, *op. cit.*, p. 317.

²⁷³ *Ibidem*, p. 321.

la terrible oposición a los reyes extranjeros que reprimen la aspiración a la independencia y a la autodeterminación de los pueblos; puede acoger también la protesta contra los soberanos anticonstitucionales o “traidores” de la constitución anunciada, prometida y por poco tiempo “concedida”. No puede acoger –si se excluye el consenso de la minoría mazziniana y democrática– al republicanismo radical y a la concepción de la democracia fundada por el sufragio extendido y sobre el consenso de la mayoría.

Sin embargo, probablemente, los lugares de la *Storia delle repubbliche italiane* de Sismondi que provocan mayor impresión y tienen una mayor influencia en la construcción de la *koiné* para los patriotas italianos, son otros: precisamente allí donde aparece más inmediata la equivalencia entre las dos potencias dominadoras, la del Imperio español entre los siglos XVI y XVII y la del Imperio austro-húngaro en el XIX. Los elementos para una legitimación de esta equivalencia, se encuentran más que profusamente en Sismondi. No hay más que reflexionar en cómo viene descrita la invasión de los españoles en las tierras de la Serenísima tras la Paz de Blois (1513):

Ocuparon las regiones del paduano, el veronés y el vicentino, desde el 13 de junio hasta finales de otoño. Fue durante esta invasión cuando los españoles expresaron aquella fría crueldad que produjo el horror en Italia; aquella codicia que hacía multiplicar las torturas, que inventaba suplicios cada vez más atroces para arrancar oro a los prisioneros ²⁷⁴.

Aquí se funda un nuevo motivo recurrente en el antiespañolismo resurgimental: la violencia, la cruda ferocidad de las tropas españolas, a veces no motivada ni siquiera por los inevitables horrores de la guerra, sino “fría” de hecho, casi gratuita. También Burckhardt que, a diferencia de Sismondi, expresa en la *Civiltà del Rinascimento in Italia* un juicio más articulado sobre los españoles –someten a Italia pero la salvan del peligro turco– retoma el modelo de los males que hubo de sufrir la península por las tropas extranjeras. Es más, encarece la dosis y ataca duramente a los españoles:

en los cuales, quizá una vena de sangre no occidental y quizá también la costumbre a los espectáculos de la Inquisición, despertaron el lado diabólico de la naturaleza humana ²⁷⁵.

Allí donde me parece incluso aflorar una visión decididamente racista y tendente a hacer palanca sobre un cuasi extranjerismo de España respecto al mundo

²⁷⁴ J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane*, op. cit., p. 322.

²⁷⁵ J. BURCKHARDT: *La civiltà del Rinascimento in Italia*, Florencia 1980, p. 98.

occidental y sobre su demonización; es —creo— un aspecto interesante de la “leyenda negra” en el XIX romántico.

Pero regresemos a Sismondi. La lógica de la violencia no está solo conectada a la condición de la invasión y de la guerra: también el método de gobierno de los territorios no puede quedarse atrás. En la época de Carlos V “el reino de Nápoles había sido gobernado y devastado por los españoles”²⁷⁶. Regresa, una vez más, la “fría barbarie” en el juicio sobre el *Sacco* de Roma de 1527²⁷⁷. Para Sismondi, 1530, fecha de la coronación de Carlos V en San Petronio, da inicio a un “periodo de sufrimiento, de debilidad y de humillación”²⁷⁸ para Italia. Sin embargo, la responsabilidad no es atribuible sólo a Carlos V y a los españoles. El razonamiento de Sismondi es más complejo e introduce un elemento de originalidad en el “discurso sobre Italia” y sobre las causas del fin de su “libertad”: en el origen se encuentran la responsabilidad y la miopía política de Francia y de sus soberanos desde Carlos VIII a Francisco I:

La invasión francesa había terminado con dar a los mayores enemigos de Francia el dominio de aquel país tan rico, tan trabajador y cuya posesión era tan deseada por todos. La casa de Austria no habría realizado nunca la conquista de Italia si Carlos VIII, Luis XIII y Francisco I no hubiesen destruido con anterioridad la organización militar y las riquezas; si no hubiesen introducido estos mismos a los españoles en el reino de Nápoles y a los alemanes en el Véneto, olvidando que tanto los unos como los otros debían poco después obedecer a Carlos V. [La miopía política, en segundo lugar]: Convenía a Francia que Italia fuese independiente; la política codiciosa e improvisada que le hizo buscar a sus súbditos allí donde no debía haber más que aliados, fue para esta el origen de largas desventuras²⁷⁹.

En sustancia, juegan un papel relevante en este juicio de Sismondi no sólo la consueta polémica antimonárquica, sino también un evidente condicionamiento de la lectura del pasado próximo de la historia europea. Este condicionamiento va precisándose ulteriormente en el lugar culminante de la *Storia delle repubbliche italiane*: aquél dedicado a la función de Napoleón. Escribe Sismondi:

Fue de este modo que la invasión de los franceses, a finales del siglo XVIII, restituyó a Italia todas las ventajas que su invasión, a finales del XV, le había hecho perder. Cuando Carlos VIII, entrando en Nápoles con su ejército victorioso el 22

²⁷⁶ J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane...*, op. cit., p. 327.

²⁷⁷ *Ibidem*, p. 335.

²⁷⁸ *Ibidem*, p. 342.

²⁷⁹ *Ibidem*.

de febrero de 1495 trastornó la vieja política italiana y dio inicio a las calamidades que finalmente hicieron precipitar a toda la península bajo el yugo de los ultramontanos, la nación italiana se consideraba siempre como la primera de Europa; había sin embargo perdido casi en todas partes su libertad y, de las cinco repúblicas con las que contaba todavía, cuatro eran aristocracias limitadas. Cuando, el 23 de febrero de 1796, Napoleón Bonaparte fue colocado al frente del ejército francés en Italia, dio inicio a una regeneración que restituyó a la nación italiana más libertad de cuanta hubiese perdida ²⁸⁰.

Por tanto, el resarcimiento napoleónico después de tres siglos de desventuras tiene un valor inestimable. En este punto, Sismondi no solo redimensiona su política antimonárquica, sino que precisa con palabras muy eficaces el valor, la sustancia de la libertad y su identificación con la democracia, que pueden prescindir también de la forma de gobierno.

Es la participación del gran número al gobierno, y no la denominación de república más que la de democracia, la que constituye esta libertad; es sobre todo el reino de las leyes, la publicidad en la administración como en los tribunales, la igualdad de los derechos, la supresión de los obstáculos al pensamiento, a la instrucción, a la religión.

Son de hecho los franceses los cumplidores de esta obra: la coalición ha destruido todo y ha conducido a Italia bajo el yugo de Austria. El valor patriótico de la historia de Sismondi queda sellado en la última frase de su obra: “Europa no tendrá paz hasta que la nación, que encendió en la Edad Media la llama de la civilización, pueda gozar a su vez de la luz que creó” ²⁸¹.

Es ciertamente esta conclusión “militante” la que hace, por tanto, comprender mejor el sentido del antiespañolismo de Sismondi. El trinomio patria-nación-libertad como fundamento de la transformación de la sociedad italiana, debe alimentarse también de una lectura del pasado tendente a identificar mitos positivos y negativos. Entre los mitos positivos, uno potentísimo sobre el que hacer hincapié es el de las libertades ciudadanas italianas. Es cierto que estos mitos excluyen la parábola mucho antes de que la península fuera invadida por los extranjeros. Se trata de un punto lo suficientemente claro para Sismondi. Queda, en cualquier caso, el hecho de que incluso durante la dominación española, y desde las antiguas repúblicas, ya tiempo atrás convertidas en oligarquías, se liberó algo de oposición a la hegemonía imperial. Bien la conjura genovesa ²⁸²,

²⁸⁰ J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane...*, *op. cit.*, p. 362.

²⁸¹ *Ibidem*, p. 363.

²⁸² *Ibidem*, pp. 351-352.

bien la política exterior de Venecia²⁸³, son interpretadas por Sismondi en clave antiespañola.

Sin embargo, el mito positivo más eficaz es el napoleónico: Napoleón realiza para Italia la posibilidad de una regeneración nacional, una transformación de la sociedad, una realización llena de la libertad fundada sobre la participación de la mayoría en el gobierno del país.

El mito negativo está constituido por la monarquía absoluta, por la participación decisiva ofrecida a la Iglesia y al papado en la conservación del absolutismo, por la coalición de los soberanos que sustenta el dominio austríaco en Italia. En la construcción de este mito negativo juega una función importante la representación de España y de los españoles. El antiespañolismo como tipo ideal que asimila a España en Italia a un gobierno maléfico, opresor de todas las libertades, frío en su feroz determinación.

2.5.3. *El uso político del estereotipo: El “españolismo parlamentario”*

Una contribución decisiva en la elaboración del antiespañolismo y en las formas heredadas por la Italia liberal viene ofrecida por Vincenzo Cuoco en el *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*. Obsérvese atentamente, en primer lugar, la referencia de Cuoco a Federico II. Este subraya lo extraordinario de la velocidad de esta experiencia de gobierno: “Federico II no fue para nosotros más que un relámpago, al que sucedió una noche más horrible”²⁸⁴. Aquí el reclamo a lo suevo constituye un polo análogo y, al mismo tiempo, diferencial respecto a otro periodo crucial de la historia del *Mezzogiorno*: el español. El tema puesto por Cuoco es la determinación del

grado de felicidad y de potencia que un gobierno sabio podría ser capaz de conducir a la nación napolitana [...]. Pero esta nación tiene la desgracia de haber sido vilipendiada por no ser conocida: los españoles la conocían, y la temían; Federico II la conocía y la amaba²⁸⁵.

Justo a la pareja formada por conocimiento-temor, pueden reconducirse algunas “máximas” del gobierno español en el *Mezzogiorno*: destruir aquello que

²⁸³ J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane...*, op. cit., pp. 356-357.

²⁸⁴ V. CUOCO: *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*, ed. de A. de Francesco, Mandria-Bari-Roma 1998, p. 267.

²⁸⁵ *Ibidem*.

no se puede conservar; refrenar entre los “lazos de una justicia cavilosa”, los impulsos no fácilmente disciplinables como aquellos de la nobleza “generosa y potente”; descuidar todo aquello que no puede ser materia de disputa parlamentaria, esto es la agricultura, las artes, el comercio y las ciencias útiles; multiplicar más allá del deber:

una clase de personas peligrosas en todo Estado, porque podían convertirse en ricas sin ser industriales, o lo que es lo mismo, sin que su industria produjese nada²⁸⁶.

En sustancia, casi todas estas referencias de Cuoco al papel de España en la vida económica, social y civil del *Mezzogiorno* constituyen el contrapunto negativo que tiene el objetivo de resaltar y exaltar mejor los periodos positivos de la historia de Nápoles. Es, así, desde la venida de Carlos III cuando “la nación napolitana comenzaba a respirar tras increíbles males que durante dos siglos de gobierno virreinal había sufrido”²⁸⁷: como ejemplos son citados el descenso de la autoridad de los barones y la abolición de los donativos que “habían sustraído sumas inmensas a la nación, transferidas, sin regreso, a España”. El escritor molisano no vacila en tal aspecto llegado el momento de polemizar con Montesquieu, pues “dice que España conservó a Italia enriqueciéndola. Demasiado inexactos debían ser los autores que Montesquieu consultó acerca de nuestra historia”²⁸⁸.

Cuoco revela de este modo un pasaje extraordinario en la construcción de aquella categoría del antiespañolismo que tanto relieve tendrá en el curso del siglo XIX italiano, ya sea en la fase de la formación preunitaria, cuando constituía, como hemos visto, uno de los ejes portadores de la ideología resurgimental y del empuje a la independencia de lo extranjero, como en la construcción de la Italia unificada cuando sea utilizada para cualificar las degeneraciones y las patologías de los sectores de la clase dirigente liberal. El historiador molisano retoma todos los temas y los puntos polémicos de una larga tradición que, de entre las fuerzas más vivas de la cultura meridional, nace ya en la primera mitad del XVII —piénsese en el economista cosentino Antonio Serra y en su polémica en relación con los “napolitanos poco industriales” (*vide infra*)—, pero que alcanza sus expresiones más completas en el periodo comprendido entre la “crisis de la conciencia europea” y la época ilustrada en su primera y segunda generación, desde Genovesi a Galanti.

²⁸⁶ V. CUOCO: *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*, op. cit., p. 273

²⁸⁷ *Ibidem*, p. 264.

²⁸⁸ *Ibidem*.

Hay una coyuntura en la que todos los motivos presentes de la larga tradición del prejuicio desfavorable hacia los españoles precipitan en la batalla política italiana: los primeros años del poder de la izquierda. Es la “izquierda joven” desanctisiana la encargada de asestar los golpes más pesados. El año decisivo es el de 1879, fecha de la publicación de *I meridionali alla Camera* de Michele Torraca y del *Appello per le future elezioni politiche*, firmado, entre otros, por Filippo Abignente, Tommaso Sorrentino, Davide Consiglio y Michele Torraca. El blanco político es Nicotera y el Nicoterismo y en ambos textos se usa una categoría de “españolismo parlamentario”. El vicio de la izquierda en la cámara es:

la más horrible especie de españolismo parlamentario, que alrededor de patronos reúne grupos de clientes, y un patrón es rival de otro y este grupo se convierte en enemigo del otro²⁸⁹.

Así, el españolismo parlamentario, sinónimo de personalismo, clientelismo, intromisión, corrupción, se convierte en seña de infamia atribuida al Nicoterismo: una categoría histórica se transforma en instrumento de batalla política, fundiendo las fuentes del estereotipo del antiespañolismo, en particular el Doria de la máxima “*divide et impera*”, con la elevada meditación intelectual de Cuoco.

2.5.4. *Feudalismo, parasitismo económico y Mezzogiorno español*

En los primeros años ochenta del siglo XIX, durante la fecundísima estación del positivismo jurídico italiano, el problema de la relación entre España e Italia estuvo en el centro de la consideración histórico política, dado que se unía a tres cuestiones que estaban por completo en el corazón de una parte de la intelectualidad italiana: la cuestión meridional, la relación entre las instituciones centrales, periféricas y locales del Estado y la relación entre la evolución feudal y la municipal de la sociedad italiana. La edición y/o la reedición de algunos textos ejemplifican la susodicha coyuntura. En 1881 se imprime el volumen de A. Rinaldi, *Il comune e la provincia nella storia del diritto italiano*. En el mismo año Nicola Santamaria publica en Nápoles *I feudi, il diritto feudale e la loro storia nell'Italia meridionale*. En 1882 aparece *Governo e governati in Italia* de Pasquale Turiello. Un año después es el turno de la segunda edición de la *Storia degli abusi feudali* de Winspeare y en 1883 Nunzio Federico Faraglia da a la imprenta *Il comune nell'Italia meridionale*.

Algunos de estos textos, en particular la obra de Nicola Santamaria, fueron leídos como una especie de enlace o unión entre la visión de Enrico Cenni, expresada en sus estudios del derecho público de 1870, y el juicio de Benedetto

²⁸⁹ M. TORRACA: *I meridionali alla Camera*, Nápoles 1879, p. 50

Croce, volcado en particular en su *Storia del Regno di Napoli*. La exaltación del papel de los juristas, realizada por Cenni, y la interpretación romanizante del derecho de sucesión feudal, habrían enlazado con la perspectiva de Nicola Santamaria:

según la cual, la tradición ininterrumpida del municipio romano había asegurado a la Italia meridional una protección válida contra el elemento feudal, evitándole luchas antifeudales similares por amplitud y violencia a las que habían lacerado a Francia y a Alemania, y los cambios en sentido privatizado del derecho de sucesión habían corroído en su misma razón de ser el sistema feudal ²⁹⁰.

Después, la idea de un progresivo vaciado del sistema feudal meridional sería retomada por Croce, acentuando el peso y el papel de la privatización y comercialización de la tierra en el *Mezzogiorno* moderno. Esta lectura me parece demasiado simplista en su linealidad. Incluso si son comunes a los autores considerados algunos empujes ligados al contexto político y cultural de los últimos decenios del XIX —la reflexión sobre el *Risorgimento* italiano, sobre sus relaciones con la revolución francesa, sobre la identidad histórica del *Mezzogiorno* en el nuevo Estado unitario— no puede minusvalorarse la importancia de la coyuntura de los años ochenta del Ochocientos para la construcción de modelo del antiespañolismo sobre algunas de las bases específicas unidas a la historia del *Mezzogiorno* moderno: la cuestión feudal, la relación entre feudos y municipios, la dialéctica entre utilidad y parasitismo económico. La fuente principal de referencia, para este plano de elaboración, es Winspeare.

El juicio negativo sobre el gobierno español en el *Mezzogiorno* por parte del historiador de los abusos feudales es articulado pero explícito: este hace referencia a la extensión de la calidad feudal de las tierras, a la inflación de los títulos, a la desaparición de toda “carrera útil”, de toda profesión y arte liberal derogatoria de la nobleza y a la íntima y profunda compenetración entre españolismo y aristocracia.

Bajo Carlos V, para Winspeare, una política conducida dentro de los límites del derecho feudal estatal, crea casi un embrión de aquella que será la futura comisión feudal, pero fracasa dado que la fuerza del soberano está privada del apoyo de la administración ²⁹¹: se trata de un motivo —aquel de la relación entre el derecho y el hecho, y su desequilibrio— que tendrá notable éxito en la construcción del antiespañolismo. Otro tema importante: la relación feudos-ayuntamientos.

²⁹⁰ A. M. RAO: “Morte e resurrezione della feudalità”, en *Dimenticare Croce Studi e orientamenti di storia del Mezzogiorno*, Nápoles 1991, pp. 113-114.

²⁹¹ D. WINSPEARE: *Storia degli abusi feudali*, Bolonia 1978 [facsimil de la 2ª ed. de 1883], p. 21.

Winspeare denuncia con fuerza el hecho de que los barones, durante el periodo virreinal, hicieran recaer el pago de los donativos sobre los ayuntamientos (de 90 millones pagan sólo la octava parte). Escribe que “la ley que permitió a los ayuntamientos recomprarse, fue el origen de su ruina”²⁹². Reconstruye la modalidad de la dependencia de la administración al baronazgo, la historia de la “anarquía y de los horrores”, es decir, la reacción violenta y atroz “bajo el velo de la justicia y con el beneplácito de la autoridad pública”, ejercitada por los barones contra las revueltas de los municipios de 1647-1648²⁹³. El ejercicio de la jurisdicción baronal es objeto de la máxima importancia en el tratamiento que sobre el mismo ofrece Winspeare. Escribe:

La práctica de la jurisdicción en manos de los barones ha borrado durante mucho tiempo de los ánimos del vulgo toda opinión de justicia y de fuerza pública por muchas razones. Primera, la elección de estos oficiales de justicia caía sobre personas movidas solo a servir los intereses particulares de los barones, sus clientes. Segunda, bien por el ordinario demérito de estos jueces, bien por el parangón degradante que establecía entre éstos y los magistrados regios, la carrera de los primeros era advertida con una desconfianza de opinión casi cercana a la infamia. Estos jueces no tenían otra meta a la que aspirar si no a la de las ganancias, o bien a la de obtener el favor del barón al que servían, y administraban la justicia con el noble ánimo de no poderse granjear nunca la opinión pública. Tercera, la facultad de ganancias y la composición, estableció una idea de justicia tal que la corrupción no ha parecido más, a ojos de los prevaricadores y de los prevaricados, que una gradación de multas y de daños civiles²⁹⁴.

Winspeare identifica la responsabilidad virreinal, entre otras cosas, en el haber transformado las cortes baronales en verdaderos y propios “talleres de justicia”. Y el juicio negativo embiste a otro sujeto: el estamento jurista (forense).

El estamento de los hombres de leyes ha sido tomado por otras naciones como el presidio de la libertad civil y de la doctrina liberal, mientras que en el reino de Nápoles, por un efecto de la misma constitución civil, ha sido el baluarte del antiguo sistema de jurisprudencia y de administración²⁹⁵.

La reedición de la *Storia degli abusi feudali* en la coyuntura de los años ochenta ha de ser considerada, como se decía, en estrecha relación con las obras de

²⁹² D. WINSPEARE: *Storia degli abusi feudali*, op. cit., p. 23.

²⁹³ *Ibidem*, p. 30.

²⁹⁴ *Ibidem*, pp. 27-28.

²⁹⁵ *Ibidem*, p. 32.

Santamaria, de Turiello y de Faraglia²⁹⁶. El jurista napolitano Nicola Santamaria identifica el feudalismo con la barbarie y con la completa ausencia de toda vida de relación²⁹⁷. Si bien a partir de la Baja Edad Media termina “el periodo heroico del feudalismo”, su decadencia no es rápida: es más, la “forma feudal” y la sociedad fundada sobre esta, es decir, sobre el binomio de la propiedad y la soberanía política, judicial y militar (la jurisdicción), fueron predominantes aún durante siglos en el *Mezzogiorno*. Se trata de una sociedad que no se apoya sobre el consenso, sino sobre la fuerza y sobre el “despojador”²⁹⁸. La atención no sólo a las características jurídicas del feudo, sino también a su antropología y sociología; los vínculos con la literatura europea sobre el tema (Robertson, Fustel de Coulanges...); el interés a la relación ayuntamientos-feudos y el juicio, globalmente negativo sobre España en el *Mezzogiorno*, son ideas presentes en el *Governo e governati* de Pasquale Turiello²⁹⁹. Nunzio Federico Faraglia, en cambio, pone con fuerza el problema de la diferencia entre el ordenamiento formal y su aplicación como constante de la historia política y social del virreinato napolitano.

En definitiva, a finales del siglo, en la cultura política italiana, el españolismo se presenta especialmente como dicotomía entre derecho y hecho, entre el plano de la legislación y el de la aplicación de las normas y de la práctica política.

Y es esta dicotomía la que también se encuentra en un documento aparentemente lejano de la materia que estamos tratando, pero que, a mi parecer, está profundamente conectado: me refiero al análisis sobre la administración del ayuntamiento de Nápoles, conocida como “*Inchiesta Saredo*”. En el prólogo al importante documento, la denuncia del “infausto periodo de la dominación española”, de la “jurisprudencia cavilosa” y del “clientelismo” pueden convivir con el relieve positivo reservado a algunos aspectos del gobierno español en el *Mezzogiorno*, referentes, especialmente, a la legislación administrativa. Es el caso de la pragmática *De officialibus et hiis quae eis prohibentur* del 30 de marzo de 1622, que prescribía el inventario de todos los bienes poseídos por los funcionarios públicos en el momento de ser nombrados:

²⁹⁶ Cfr. para este y otros aspectos aquí considerados, G. GALASSO: “David Winspeare: il feudo come abuso e la storia come bipolarità”, *Archivio di Storia della Cultura* 1 (1988), pp. 179-217.

²⁹⁷ N. SANTAMARIA: *I feudi, il diritto feudale e la loro storia nell'Italia meridionale*, Nápoles 1881, pp. 10-11.

²⁹⁸ *Ibidem*, pp. 27 y ss.

²⁹⁹ Remito a dos ensayos míos de próxima publicación: *Il significato del 1799 nella tradizione storico-politica dell'Italia liberale*, y *L'Italia antiliberale: l'opera di Vincenzo Cuoco nella riflessione di Pasquale Turiello*.

revela que renovar debía entonces a aquellos que pasasen a otro puesto para saber si éstos habían acrecentado o bien hubiesen disminuido [...]. Todos estos inventarios pasar debían a manos del Secretario del Reino para saberse cuáles bienes poseyeran, bajo la pena de perderse todo aquello que maliciosamente se hubiera ocultado, y también del cuádruplo.

En sustancia, la legislación española reconocía el principio en base al cual “para quien ejerce las funciones públicas debe ser clara la razón de los medios a los cuales debe su sustancia”. Distinto el discurso —y bien se entiende— de la praxis y de la aplicación de tal principio: sobre este terreno, desde la época española, “las consideraciones del interés privado prevalecían sobre el interés público”³⁰⁰.

Sobre los mismos años tomados aquí en consideración, se publica en Milán la obra de Tommaso Fornari (1882), *Delle teorie economiche nelle province napoletane dal secolo XIII al 1734*. En ella, viene enunciado con fuerza el paradigma del parasitismo económico como una de las líneas maestras del gobierno español en el *Mezzogiorno*, unida, en cualquier caso, al comportamiento de la sociedad civil. Fornari retoma una larga tradición que inicia con Tommaso Campanella y Antonio Serra, prosigue con Paolo Mattia Doria, Carlantonio Broggia y el pensamiento ilustrado, culminando con Ludovico Bianchini³⁰¹. Doria y Broggia, en particular, indicaron con claridad un motivo fundamental que impedía el aflujo de capitales a la producción: la inversión en la deuda pública, en el sistema fiscal napolitano de los impuestos directos e indirectos, constituía el empleo más seguro y garantizaba la recuperación del capital. Genovesi, Palmieri y Galanti se pararon a menudo a analizar la conducta económica y política, desventajosa para el desarrollo del *Mezzogiorno*, fundada sobre la primacía de los empleos parasitarios del dinero, de las rentas de posición, de la percepción fácil del rédito a través del aprovechamiento integral de la inmunidad, privilegios y jurisdicciones. Eran después estas, en buena medida, las razones del juicio gravemente negativo que ilustrados y reformadores expresaron sobre la dominación española: esta se identificaba con los retrasos del sur de Italia respecto a otros Estados europeos más avanzados. Por tanto, los puntos polémicos aparecían claros: la carencia de espíritu de iniciativa de los meridionales, suposición del fácil enriquecimiento de los empresarios extranjeros; el contexto socio-cultural, es decir, el dominio de un sistema señorial de retirada y empleo del rédito; la formación de un modelo estatal

³⁰⁰ Cfr. *Regia Commissione di inchiesta per Napoli. Relazione sull'amministrazione comunale*, ed. de G. Saredo, Roma 1901, pp. 836-839.

³⁰¹ Cfr. A. MUSI: *Mezzogiorno spagnolo. La via napoletana allo Stato moderno*, Nápoles 1991, pp. 173-176 en particular.

sobre el compromiso español entre una acentuada fiscalidad, que permitía la sustracción neta de la riqueza del país dominado, y la prosperidad de los rentistas que gestionaban el mecanismo fiscal. Ciertamente que no se podía pedir a los hombres que acompañaban la crisis del Antiguo Régimen que historizasen radicalmente las manifestaciones a través de la mirada fría del análisis. Además, los intelectuales napolitanos del XVIII no dejaban a sus espaldas un “gran siglo” como para mitificarlo, tal y como podía ser considerado el de Luis XIV, exaltado por Voltaire en comparación con la degradación civil y política del reinado de Luis XV, magnificado posteriormente por Thierry como la representación de la victoria del espíritu empírico sobre el metafísico.

Así pues, Fornari, en los primeros años ochenta del siglo XIX, añade poco a la acumulación y sedimentación de fuentes que han contribuido a construir el paradigma del parasitismo. Denuncia la política agrícola española, la trama entre abusos feudales y gubernativos, el cúmulo de inmunidad y privilegios baronales y eclesiásticos, así como los efectos de la venalidad de los cargos, siguiendo la estela del historiador de las finanzas napolitanas Ludovico Bianchini.

Fornari, sin embargo, añade un elemento muy importante al cuadro: subraya que la inteligencia de los economistas, aunque presentes y vivaces en el reino de Nápoles, fue impotente contra la política española, la ignorancia, la corrupción burocrática y el privilegio nobiliar y eclesiástico. Se trata de aquella visión pesimista de las relaciones entre los intelectuales y la política que constituye también un *leitmotiv* en la historia de la cultura napolitana y casi un retorno cíclico hasta los tiempos más recientes y cercanos a nosotros.

2.6. *EL ANTIESPAÑOLISMO RADICAL EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX:*

GABRIELE PEPE

Entre la segunda mitad de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, se agitan en Italia aquellas que en otro lugar he llamado “banderas de papel”³⁰²: la “guerra fría” se combate también en el frente de la cultura entre los intelectuales del área marxista y los del área laica liberaldemocrática. Sin embargo, ambas áreas se reencuentran en torno a una exigencia común: reconstruir los contenidos de la tradición cultural italiana, aunque son muy diferentes los modos de entenderla incluso dentro del mismo área marxista de referencia. Baste pensar,

³⁰² A. MUSI: *Bandiere di carta. Intellettuali e partiti in tre riviste del dopoguerra*, Cava de’ Tirreni 1996.

para este propósito, al activo conflicto que opuso entre 1945 y 1947 a los redactores de *Società* con el grupo dirigente del partido comunista y su secretario Palmiro Togliatti. Mientras los primeros se proponían hacer cuentas con:

ciertos nudos de la cultura nacional (con la experiencia de la *Voce* por ejemplo), de valorar algunos aspectos relevantes de cultura moderna europea (del existencialismo al neopositivismo), de abrir hacia la cultura rusa, en la cual el nexo literatura/sociedad se había presentado en términos actuales y estimulantes³⁰³.

Togliatti insistía sobre la continuidad de una línea interna a la tradición italiana que desde Vico llegaba hasta Croce y Gramsci. Es conocido que a esta semblanza del desencuentro se añadía también el hecho del modo de entender la relación entre los intelectuales y la política: al modelo del “intelectual especialista” exaltado por los redactores de *Società*, en particular por Delio Cantimori, verdadero padre inspirador de los primeros años de experiencia de la revista, se oponía el modelo del “intelectual orgánico” exaltado por Togliatti sobre la base de una lectura *ad usum delphini* de los *Quaderni* de Gramsci.

Un trabajo notable de investigación y debate político-cultural desarrolló la revista *Società* también en el frente de la historiografía. En este nivel, los intereses se orientaron sobre todo a remarcar la profunda unión entre la experiencia histórica europea y la italiana. Se explica por ello la atención privilegiada hacia temas como la Reforma, el año de 1848 o la historia del movimiento obrero. Desde este punto de vista aparece bastante estrecho el vínculo entre *Società* y la *Biblioteca Storica Sansoni*. Baste recordar algunos de los títulos publicados en la prestigiosa colección florentina que da inicio, de hecho, con los *Eretici italiani del Cinquecento* de Cantimori. Así, nos encontramos con el volumen de Carlo Antoni, *Dallo storicismo alla sociologia*, el de Roland Bainton sobre *Bernardino Ochino esule e riformatore senese del Cinquecento*, las *Ricerche campanelliane* de Firpo, *Utopisti e riformatori italiani* nuevamente de Delio Cantimori y el *1848-1849* de varios autores como Barbagallo, Sereni, Russo, Jemolo y, una vez más, Cantimori.

El decimonoveno título de esta colección, publicado en 1952, es obra de Gabriele Pepe, *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli. La tradizione storiografica*. El término tradición, usado en el subtítulo, remite precisamente al contexto político-cultural e historiográfico de los años en los cuales ve la luz el volumen. De un lado, este refleja la exigencia de recuperar el sentido filológico de tradición según la visión cantimoriana de la responsabilidad del intelectual como especialista y “portador de materiales”: en este caso se trata de transmitir los textos, de

³⁰³ Son palabras de Cesare Leporini extraídas de uno de los primeros números de *Società*, para la cual cfr. A. MUSI: *Bandiere di carta...*, *op. cit.*, pp. 15 y ss.

reconstruir la tradición de las fuentes relativas al juicio histórico-político de la dominación española en el *Mezzogiorno* de Italia desde el siglo XVIII al XX. De otro, la transmisión subraya también la sustancial “continuidad de la tradición”, en la cual son reconocibles los valores fundadores de la mejor cultura ético-política italiana en fecunda relación con aquella de los países europeos más avanzados. Así, el término tradición incorpora, precisamente, sus tres significados más importantes: El *tradere* * en sentido filológico, el “transmitir” usos y costumbres y el “retomar” para continuar.

En realidad, para la tensión ideal del autor, el *Mezzogiorno de Italia* oscila continuamente entre el estudio histórico del antiespañolismo meridional y la proyección del antiespañolismo del autor sobre la literatura analizada.

Más allá de la valoración de las cuestiones específicas que discutiremos, el volumen de Pepe se inscribe en el atormentado itinerario de su autor que, a partir de los años treinta y cuarenta, asumió como interlocutor privilegiado el historicismo de Croce y debió medirse con el problema del mal, de la decadencia, de la dialéctica entre lo negativo y lo positivo en la historia³⁰⁴. En la perspectiva de Pepe no hay superación de lo negativo y de la decadencia en la historia del *Mezzogiorno* de Italia. Más bien puntos de partida de su obra serían la larga duración de la decadencia y una diversa periodización de fe historicista que, al mismo tiempo, toma distancia de cualquier visión optimista de la historia:

El presente puede transformarse en un porvenir mejor solo si se construye sobre el pasado: un pueblo no es una identidad étnica, racial o climática, sino que es una realidad histórica, esto es, una síntesis de milenios de desgracias y de fortunas. El *Mezzogiorno* tiene su historia que, desde hace muchos siglos, no es como aquella de otros pueblos, una mezcla de desgracias y fortunas, sino más bien un único subseguirse de desgracias: desde la muerte de Federico II, a pesar de haberse producido buenos paréntesis con el del infeliz Ferrante de Aragón y el de Carlos de Borbón, el *Mezzogiorno* ha ido precipitándose en una Decadencia, cuya descripción en estas páginas no es tarea nuestra, que debe estar presente en nuestras conciencias³⁰⁵.

* N. del T. *Tradere* (lat.). Término latino del cual deriva la palabra italiana *Tradire* (traicionar, revelar algo inoportunamente, faltar a la palabra dada) que significa en origen dar, entregar, confiar.

³⁰⁴ Cfr. A. CASALI: *Storici italiani fra le due guerre. La “Nuova Rivista Storica” (1917-1943)*, Nápoles 1980, p. 123.

³⁰⁵ Cfr. G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli. La tradizione storiografica*, Florencia 1952, pp. IX-X.

La unión entre exigencia filológico-crítica y tensión ético-política es, para Pepe, el motivo inspirador de la relación pasado-presente: en este profundo crociano (de B. Croce), el autor reivindica la contemporaneidad de la historia. En las conclusiones Pepe, más allá de presentar su visión de la historia, quiere también subrayar la coherencia de la metodología adoptada, que circula como motivo conductor también en sus otras obras:

A este estudio seguirá otro análogo sobre las fuentes del virreinato. Solamente entonces podremos procurar nuestra visión del periodo histórico del cual nos ocupamos. Por ahora podemos anticipar solo algunas conclusiones. Nuestra investigación tiene un valor metodológico: hemos querido indicar cómo, a nuestro modo de ver, debe ser leída y criticada la literatura historiográfica; cómo van indisolublemente unidas *certeza y verdad*, cómo deben eliminarse los prejuicios, las malas informaciones. Hemos pues aplicado para un periodo de la historia moderna aquello que dijimos a propósito de los estudios medievales en la *Introduzione allo studio Medioevo latino*. La nuestra no ha sido una bibliografía anodina: no hemos querido hacer el juicio al virreinato; ni siquiera hemos querido (como declaramos al inicio de las investigaciones) *saber por saber*, como perezosos holgazanes cuya vida no parece breve porque no tienen ninguna experiencia en el arte; hemos querido conocer y juzgar la realidad histórica del virreinato en relación a los temas de la problemática actual del *Mezzogiorno* ³⁰⁶.

La fuente más importante del antiespañolismo de Pepe es el modelo desantistisiano. El siglo XVII es el periodo culminante de la decadencia meridional en la historia europea. Ciertamente que la “crisis italiana” comienza en el siglo precedente, cuando:

una gigantesca crisis política despedazó definitivamente la historia italiana en la historia de tantas Italías, mientras que en el periodo del Magnífico Lorenzo se habían trazado las grandes líneas de una política inter-italiana. La crisis pues, fue italiana, pero, mientras el resto de Italia resucitó lentamente, de tal modo que al llegar a la unidad algunas regiones tenían un nivel de vida igual al de otros países europeos, el *Mezzogiorno* no superó nunca su crisis, más bien la vio agravarse. La historia del agravamiento de la crisis en el *Mezzogiorno* es la historia de la dominación española ³⁰⁷.

Son estas tesis las que pueden explicarse plenamente, bien por lo que atañe a las referencias de la investigación de base, bien por lo que respecta al juicio histórico-político, dentro del contexto historiográfico de los primeros cincuenta.

³⁰⁶ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 212.

³⁰⁷ *Ibidem*, p. x.

De un lado el equilibrio político italiano, después de la Paz de Lodi, se concebía casi como un sistema de precisa relojería y anacrónicamente proyectado sobre la escala de la unidad nacional. Con el final del siglo XV el sueño unitario se había roto. Del otro, una lectura unívoca y parcial de la tradición del pensamiento meridional tendía no sólo –y se trataba de una verdad indiscutible– a subrayar la acentuación de la brecha entre el norte y el sur del país después de la unificación de la península, sino también a concebir una improbable alineación de las economías y de los estándares de vida de la Italia septentrional a los de aquellos países más avanzados de Europa. En realidad, sólo algunos decenios después, nuevas investigaciones y estudios historiográficos inducirían a redimensionar fuertemente la capacidad del anclaje del equilibrio político italiano de la segunda mitad del siglo XV y, sobre todo, a considerarlo más el reflejo de una coyuntura internacional, en la que no habían emergido aún los Estados de media y gran potencia, que un producto autónomo de la capacidad de crear de los potentados italianos una formación política y unitaria durable. En cuanto a los efectos económicos de la unificación política de la península, investigaciones recientes tienden a desplazarlos en dos o tres décadas en el siglo XIX, coincidiendo precisamente con el verdadero despegue industrial italiano, aunque no con el alineamiento de los estándares europeos pero, sí al menos, con la reducción de las diferencias entre los países más avanzados y las áreas más industrializadas del norte de Italia; en resumen, en el momento de la unificación, es todo el país en su conjunto el que se presenta retrasado respecto a la Europa más evolucionada.

La referencia a De Sanctis circula de continuo en toda la obra de Pepe: en particular, a obrar en profundidad en la formulación de todos los juicios del autor, encontramos el nexo entre la decadencia italiana y la ausencia de la reforma religiosa y moral. El tema, por tanto, está lógicamente unido a la comparación más general entre Italia, el *Mezzogiorno* contrarreformista y la civilización protestante europea. Desde esta comparación, el *Mezzogiorno* se priva de la “fibra moral”, síntesis de “irreligiosidad”, “ignorancia” e “impotencia económica”, poblado por una “baja humanidad”, sin alma:

mientras el alma está en los contemporáneos flamencos y en los ingleses que se degüellan por un principio dogmático, por un derecho comercial, pero que sienten anhelo por la libertad y la vida³⁰⁸.

Expresiones en las que circula aún la inspiración permanente del maestro De Sanctis. En este vacío del alma se involucran los estamentos dirigentes y las clases dirigidas, unidas exclusivamente por el pegamento del miedo:

³⁰⁸ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 216.

Toda la sociedad meridional tiene su homogeneidad en el miedo. Miedo y odio: pero, ¿qué queréis construir con una sociedad así? Sacerdotes, juristas, maestros, administradores, jueces, arrendadores, campesinos, artesanos, todos tienen miedo. Todos odian a los españoles y se odian entre ellos. Pero para que el odio sea una fuerza constructiva se necesita una conciencia moral que falta en el *Mezzogiorno* ³⁰⁹.

La positividad del conflicto como motor de la historia puede ser realizada exclusivamente a partir de la conciencia de los valores. Esta debe tener una inspiración casi religiosa que ha sido inexistente entre los intelectuales meridionales. Con su “ignorancia presuntuosa”, con la “traición” de su función, se han revelado como el “más duro obstáculo a la solución de la cuestión meridional” ³¹⁰.

Para Pepe, el *Mezzogiorno* español no se configuró como un Estado, sino como una “colonia” ³¹¹ Justo en las últimas páginas de su obra, introduce un concepto-función, fundamental para entender la concepción más radical del antiespañolismo: el concepto de “provincia-frontera”.

Para España, la razón de la ocupación del *Mezzogiorno* de Italia es la de *llevar adelante, lejos de las propias tierras, la frontera* contra los turcos. El peligro que la conquista de la cuenca oriental del Mediterráneo por parte de los turcos podría traerles, pasando incluso más allá del canal de Sicilia, hacía necesario sustraer a éstos y a los franceses, sus aliados, todo el espacio estratégico que pudiese servir a objetivos defensivos y ofensivos. No hay duda de que los españoles supieron hacer servir de *claves* (como se decía por entonces) del Mediterráneo a la región del Napolitano y a Sicilia: la destrucción de la potencia española no fue obra de los turcos, sino de Inglaterra contra la cual España no tenía ninguna provincia de frontera. Con esta explicación no quiere decirse otra cosa más que España trató al Napolitano como su provincia, como frontera, pero no como Estado: algo parecido a una colonia ³¹².

Pepe discute la atribución de Estado al virreinato hispano-napolitano, porque “el Napolitano no es ni soberano ni autónomo”, y reduce las magistraturas virreinales a puros órganos administrativos privados de sustanciales funciones políticas. El *Mezzogiorno* se convierte así en “provincia de frontera, colonia —esto es— no como objeto de aprovechamiento económico sino de estrategia” ³¹³.

³⁰⁹ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 216.

³¹⁰ *Ibidem*, p. 217.

³¹¹ *Ibidem*, p. 218.

³¹² *Ibidem*.

³¹³ *Ibidem*.

Se trata de un pasaje de la máxima importancia en el que se condensa el antiespañolismo no sólo de Pepe, sino de una larga tradición que se remonta a Paolo Mattia Doria y se prolonga, como veremos, hasta tiempos ya no sospechosos o sospechables de prejuicios desfavorables, como los actuales.

En la tesis de Pepe hay un fundamento justo, confirmado también por investigaciones recientes como los estudios de Riley y su “teoría de los bastiones”: los españoles habrían desarrollado una teoría de la defensa imperial, en base a la cual las provincias más externas debían proteger al resto y a España a cambio del apoyo militar y financiero; Sicilia y Nápoles se defendían a sí mismas y a España de los turcos. En una visión “sistemática” y “funcional” del imperio español estos aspectos quedan fijados. Sin embargo, Pepe va más allá: sobre una función estratégico-militar específica desarrollada por el reino de Nápoles en el contexto de los dominios imperiales, construye una interpretación general en la que hace descender de aquella función la absoluta dependencia de la región napolitana de España y, por consiguiente, su degradación a colonia. Proyectando anacrónicamente sobre el Estado del Antiguo Régimen la moderna distinción del Estado de derecho entre política y administración, reduce los órganos burocráticos del reino de Nápoles, magistraturas dotadas de una *jurisdictio* (que son también un poder político concreto), a simples cajas de resonancia ejecutoras de las órdenes impartidas desde el centro imperial.

La historiografía sobre el *Mezzogiorno* español se ha enfocado en las últimas décadas, entre otras cosas, a la investigación de la compleja relación –a nivel económico, social, político-administrativo...– entre los espacios de autonomía, presentes también en una “provincia de frontera” como el reino de Nápoles, y los niveles de dirección central y tendencialmente unitario del sistema imperial español³¹⁴.

Para todo cuanto se ha ido diciendo, resulta explicable que la comparación-choque con la historiografía de Croce ocupe no pocas páginas del libro de Pepe y constituya otro hilo conductor de su lectura. La operación completada por Pepe es la siguiente: donde es posible, forzando sin embargo las interpretaciones, busca reconducir los juicios crocianos dentro de su orientación; donde no es posible, toma distancia con su interlocutor.

El punto de ataque se constituye por la acusación de “justificacionismo” dirigido a Pepe hacia el historicismo de Croce. Escribe sobre la revisión del siglo XVII, completada por Croce, que:

³¹⁴ La bibliografía sobre estos temas es bastante amplia y resulta sobradamente conocida por los estudiosos.

no es una revalorización, sobre el plano político, de la oligarquía española y baronal, pero es tal la explicación historicista, que se podría extraer sin demasiado esfuerzo una justificación de la oligarquía y del desgobierno³¹⁵.

La comparación con la relación entre Croce y España es bastante cerrada y, resultado de una lectura sistemática de las obras más importantes del historiador nacido en los Abruzos, se desenvuelve a lo largo de las dos vías ya indicadas: la asimilación o la toma de distancia. Un ejemplo de asimilación lo constituye la interpretación de las tesis desarrolladas por Croce en *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*:

la savia de la españolización del *Mezzogiorno*: un pueblo ya en crisis de decadencia política y social sufre una grave e irreparable crisis moral. Causas y efectos son palabras abstractas, la realidad es aquel dar y recibir de las dos sociedades, la napolitana y la española, que se intercambian defectos³¹⁶.

Por tanto Croce, leído por Pepe, considera a Italia y a España como dos países en decadencia, y a la dominación española como “mayor bien” o “mayor mal” para el *Mezzogiorno*. El concepto de “decadencia” resulta la piedra angular a la que Pepe une también otros juicios cruzados integrados en su contexto ideológico. Así resulta para las observaciones sobre la vida religiosa y la “materia- lización de la conciencia moral”³¹⁷, planteadas en la *Storia dell'età barocca*, y sobre la figura de Pulchinela que ocupa muchas páginas de los *Saggi sulla letteratura italiana del Seicento*:

El siglo XVII dio los nacimientos a Pulchinela —sostiene Pepe— porque en el Seiscientos el pueblo napolitano *decayó* políticamente, moralmente y socialmente; en cambio, el decaer de la popularidad de Pulchinela es el signo de una más alta y moderna sensibilidad del pueblo³¹⁸.

También en este “lugar” es reconocible un signo del tiempo. La observación sobre la relación inversamente proporcional entre la tasa de popularidad de Pulchinela y la sensibilidad moderna es fácilmente reconducible a un clima intelectual justamente hostil a los estereotipos y a las formas más prohibidas y deterioradas del napolitanismo, casi del caricaturismo; peligrosas representaciones del retraso del *Mezzogiorno* y del bajo perfil de su moralidad.

³¹⁵ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 160.

³¹⁶ *Ibidem*, p. 161.

³¹⁷ *Ibidem*, pp. 162-163.

³¹⁸ *Ibidem*, pp. 163-164.

Más compleja es la lectura que Pepe propone de la *Storia del Regno di Napoli*. Para el historiador de la Apulia:

no existe el reino como unidad político-cultural, existe una Italia meridional, unidad geográfica que sirve al juego de expansión y de defensa de Francia, España, Venecia y Turquía, objeto y no sujeto de historia; el virreinato no tiene una historia propia, es un apéndice de otros Estados, materia de historia hecha por otros³¹⁹.

Así pues, Pepe valora la polémica de Croce con Cenni, su juicio negativo sobre el baronazgo “ocioso y vicioso”, incapaz de hacerse clase dirigente. Desarrolla una crítica durísima de la tesis sobre la sustancial fidelidad de la aristocracia feudal. Escribe Pepe:

Croce, a la realidad fangosa y sangrienta del baronazgo meridional atribuye un alma: *el sentimiento de la fidelidad*, hediondo residuo de la ética medieval cuya conciencia moderna (relanzándolo junto al autoritario concepto del *servicio*), ha sustituido el concepto de *deber*. La fidelidad de estos barones, que a la mínima imposición de impuestos se enarbolan, que traen el hambre al pueblo con el acaparamiento del grano, que se retan entre ellos o se matan a traición, pero que no van a la guerra, esta fidelidad no alcanzo a ver qué positividad pueda tener³²⁰.

Por tanto, Pepe niega las “dos funciones históricas” reconocidas por Croce al gobierno español en el *Mezzogiorno*: la sumisión política del baronazgo y la protección del territorio. El primero contrastaría con la realidad de la aristocracia feudal. En cuanto al segundo, “el territorio napolitano no estaba protegido, sino defendido en tanto que barrera de España”³²¹. Nuevamente es necesario referirse al concepto de “frontera” para comprender mejor este pasaje:

todo el enfoque ideológico-estratégico de la política española era, esencialmente, la guerra contra el islamismo: el *Mezzogiorno* era la frontera adelantada de esta guerra a la cual viene sacrificada su economía. Aparentemente estaba protegido, pero en realidad el *Mezzogiorno* fue sacrificado a la guerra ideológica, bien fuera con la reducción y la desaparición del comercio oriental, bien con las represalias turco berberiscas contra las poblaciones riverieñas meridionales³²².

Las disensiones con Croce alcanzan también a la interpretación de la revuelta de Masaniello, a la política de los virreyes, a la política eclesiástica y a la función desarrollada por el parlamento napolitano.

³¹⁹ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 170.

³²⁰ *Ibidem*, p. 163.

³²¹ *Ibidem*, p. 170.

³²² *Ibidem*, pp. 170-177.

2.7. LA REFUNDACIÓN HISTORIOGRÁFICA: DE CROCE A GALASSO

2.7.1. Distribuciones, contextos y núcleos del juicio historiográfico

La expresión *serie de distribuciones* no es sólo una de las más acertadas definiciones que haya dado Croce, sino uno de los resultados más acertados de su método de pensamiento tal cual lo concebía y entendía practicar, no un sistema pues, sino un conjunto de respuestas a las solicitaciones de su tiempo histórico; la filosofía no como contemplación inerte doctrinaria, sino como distribuciones progresivas de constantes nuevos problemas, clausura y reapertura perenne del círculo entre experiencia y pensamiento, una filosofía adherente a la vida más que cualquier otra filosofía especulativa, motivo de su misma popularidad, como bien había visto Gramsci³²³.

Estas palabras de Giuseppe Galasso, extraídas de las primeras líneas de una entrevista concedida a quien escribe el presente estudio, inmediatamente después de la publicación de *Croce e lo spirito del suo tempo*³²⁴, bien pueden introducir un razonamiento sobre la Nápoles española y la historiografía de Croce. Un profundo análisis de su entera obra historiográfica y una comparación interna entre los momentos de esta producción permiten, de hecho, más allá de la vulgata que vería las posiciones crocianas como articulaciones de un sistema definido de una vez por todas y plenamente realizado, confirmar un método de pensamiento que, también en la investigación histórica e historiográfica, procede por distribuciones sucesivas.

Las obras y los escritos a tomar en consideración son, en relación a la luz de lo dicho anteriormente, diversos: *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza* de 1915; *Storie e leggende napoletane* de 1919, afortunado volumen que tuvo otras tres ediciones en vida de Croce, en 1923, 1942 y 1948; la *Storia del Regno di Napoli* de 1925, vuelta a publicar después en 1931 y en 1943; la *Storia dell'età barocca in Italia* de 1925 (segunda edición de 1944); *Vite di avventure, di fede e di passione*, publicado primero en 1935 y después en 1943. En esencia, se trata de obras que se sitúan entre 1915 y 1935. Para aquellas dos décadas podemos retomar la periodización propuesta por Galasso, en la que se caracterizan dos fases: la primera, en el signo del nexo entre historiografía y política hasta la “guerra europea”, de una continuidad de temas pero también del salto de calidad crítica, del

³²³ G. GALASSO: “Croce classico e tragico (entrevista de Aurelio Musi)”, *Nord e Sud* 39 (1992), p. 13.

³²⁴ 1ª edición, Milán 1990; 2ª edición, Roma-Bari 2002.

recorrido que desde los hechos procede hacia las fuerzas; la segunda, aquella del “momento historiográfico”, de las cuatro grandes obras que proceden también de las “revisiones y los ajustes”³²⁵.

Por lo tanto, si en la obra histórica culminante de la fase inicial, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, viene ya delineándose y formándose el primer núcleo del juicio historiográfico sobre la relación entre España e Italia, es en la *Storia del Regno di Napoli* donde aquél núcleo viene precisándose mejor y articulándose a través de una “serie de distribuciones”, pero, sobre todo, viene llamado a constituir parte integrante y, en algunos aspectos, decisiva, de la interpretación global y unitaria del suceso histórico del *Mezzogiorno* de Italia antes de la unificación de la península.

En la obra de 1915, queriendo esquematizar, el juicio historiográfico se desarrolla a través de las siguientes articulaciones:

1) España e Italia como “países en decadencia”

Croce recuerda que fueron causas internacionales las que condujeron a la potencia española a salir de Italia. La decadencia italiana deriva de la falta de formación del Estado, del cambio de la dirección económica y comercial del Mediterráneo hacia el Atlántico y de la ausencia de espíritu ético y religioso. Croce indica también las razones de la decadencia de España: el contraste entre la unidad monárquica, fundada sobre la fuerza militar, y la composición “medieval” y “feudal” de la sociedad; la falta de aptitudes comerciales e industriales, “indispensables en la conservación de la potencia en los tiempos modernos”; la religiosidad supersticiosa...³²⁶. Por lo que respecta a la decadencia italiana los motivos crocianos son, bien vistos, en parte afines, pero en parte distintos y distantes respecto a aquellos enunciados por Francesco De Sanctis. Todo el discurso desanctisiano sobre la Italia de la decadencia está fundado en el fortísimo nexo existente entre los siglos XVI y XVII y en la “pérdida de la libertad” que ha condicionado la evolución histórica italiana durante estas dos centurias³²⁷. Igualmente, la referencia crociana a la ausencia de espíritu ético y religioso remite a De Sanctis. Sin embargo, respecto a él, Croce innova profundamente la perspectiva interpretativa. La fórmula desanctisiana del “mal gobierno papal español” es una hendiadís

³²⁵ G. GALASSO: *Croce e lo spirito del suo tempo*, Roma-Bari 2002, pp. 221 y ss. y 371 y ss.

³²⁶ B. CROCE: *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari 1949 (4ª ed.); G. GALASSO: “Benedetto Croce e la Spagna”, *Rivista Storica Italiana* 2 (2008), pp. 669-670.

³²⁷ Cfr. A. MUSI: “Fonti e forme dell’antispagnolismo nella cultura italiana tra Ottocento e Novecento”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, op. cit., pp. 18-20.

constitutiva de todo el razonamiento del historiador de la literatura dirigida a construir, sobre tales bases, uno de los mitos negativos de la fundación nacional italiana. El antiespañolismo desanctisiano es, en resumen, la representación de la fusión particular entre España e Italia en los siglos de la “decadencia”. Nada más distante de Croce que, en el primer núcleo de su juicio historiográfico, aún hablando de una “decadencia que se abrazaba a otra”³²⁸, impugna la raíz del prejuicio antiespañol, reconstruye por vías internas a las dos áreas los motivos del repliegue histórico; está lejos de cualquier lógica moralista de responsabilidad y de culpas, de la pareja antinómica españolismo/antiespañolismo.

2) El vínculo con la historiografía internacional

Como ha recordado Galasso:

estos juicios e ideas, nuevas para Croce, no estaban aún todas presentes y previstas en la historiografía italiana y europea sobre el tema, en donde la tradición era aquella de un juicio netamente negativo sobre España³²⁹.

La misma identificación de los motivos de la fragilidad social de España, reasumibles en la fórmula más feudalidad y menos burguesía, habría entrado en el debate historiográfico sólo algunas décadas después de la primera reflexión crociana.

3) España e Italia: una simbiosis

En el volumen sobre España en el renacimiento italiano:

Croce insiste mucho sobre la simbiosis que entonces se realizó entre España e Italia, tanto desde el punto de vista de la vida social como de la vida cultural. La sociedad italo-española que se forma en Nápoles es descrita por él con acentos y particulares que han dejado un sólido punto de referencia para estudios posteriores. Del mismo modo, sobre las relaciones culturales entre las dos penínsulas se extraen datos muy particulares, especialmente de los libros que eran traducidos o que circulaban con asidua frecuencia³³⁰.

En definitiva, cada uno de los dos países dio al otro y recibió de aquél.

4) No sólo historia de las élites

La atención de Croce por las historias paralelas de España e Italia aborda múltiples aspectos, tales como la economía, política, instituciones, relaciones

³²⁸ B. CROCE: *La Spagna nella vita italiana...*, *op. cit.*, pp. 257-270.

³²⁹ G. GALASSO, “Croce classico e trágico...”, *op. cit.*, p. 670.

³³⁰ *Ibidem*, p. 660.

internacionales, sociedad o vida civil y cultural. Una atención a todos los campos en donde, en suma, queda:

el documento de la reflexión histórica de Croce más significativo de la complejidad, multiplicidad, variedad de los elementos de todo orden tenidos presentes por el historiador y de la compatibilidad y sinergia a estos reconocidas ³³¹.

2.7.2. La Historia del reino de Nápoles:

Una obra de refundación historiográfica

Un destino común de decadencia, pero, al mismo tiempo, una relación hecha de finos intercambios y tramas entre España e Italia, que niega la lógica dicotómica españolismo/antiespañolismo, la identificación precoz de temas y problemas que se convertirán sólo algunas décadas después en materia de reflexión del debate historiográfico internacional o la atención a todos los campos de la complejidad histórica. Son estos los elementos originarios y originales de Croce que, ya plenamente desarrollados en los años a caballo de la Primera Guerra Mundial, constituyen el fondo de la obra más madura, *Storia del Regno di Napoli*.

El capítulo intitulado *Il vicereame e la mancanza di vita politica nazionale*, desde el primer párrafo ofrece inmediatamente al lector la percepción de una importante novedad historiográfica:

A la dúplice exigencia de la cual había nacido, la protección del territorio y la sumisión del baronazgo político y semisoberano a la soberanía del Estado, el virreinato no fracasó, es decir, el gobierno español en la Italia meridional; y es esta doble función histórica, como explica su origen, la que da razón de su larga duración ³³².

Se rebate aquí en primer lugar la revisión del juicio histórico sobre la relación entre España y el *Mezzogiorno* de Italia. El bipolarismo españolismo/antiespañolismo está totalmente superado. Según esta tradición bipolar, España se había identificado con el mal gobierno, esto es, con la práctica de la corrupción burocrática, con la negligencia y el desorden administrativo, así como con la fiscalidad y el parasitismo; con una alianza orgánica entre el trono y el altar, convirtiéndose en el brazo armado de la Contrarreforma; con la opresión de todas las libertades y con la apoteosis de la civilización del formalismo y de la exterioridad. El antiespañolismo había sido exactamente especular al españolismo, una

³³¹ G. GALASSO, "Croce classico e trágico...", *op. cit.*, p. 660.

³³² B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, ed. de G. Galasso, Milán 1992, p. 137.

reacción a éste, a un cierto modo de representar e interpretar la relación entre España e Italia durante dos siglos de su historia.

Con Croce la perspectiva cambia. Y cambia exactamente porque, por primera vez, establece los términos históricos del problema, renunciando a discernir culpas y responsabilidades y formulando las respuestas a una pregunta implícita: ¿Cómo explicar el origen y la “dilatada duración” del gobierno español en el *Mezzogiorno*? Las respuestas constituyen la plena historización del problema: en el sentido que, si la génesis del gobierno español en el *Mezzogiorno* es referida a la exigencia de integrar este territorio dentro de un proceso más general de desarrollo y de modernización de Europa, la “dilatada duración” está ligada al éxito de la “doble función histórica” realizada por España en el *Mezzogiorno*: la protección del territorio y la transformación del baronazgo de “potencia” semi-soberana, capaz de discutir y contrarrestar el poder regio, a “poder”, seguramente hegemónico desde el punto de vista económico-social, pero fuertemente redimensionado a nivel político y ya no más sujeto subversivo de la monarquía soberana. Se trata de dos de las funciones más importantes del Estado moderno en formación en la Europa del siglo XVI. Ciertamente que estas fueron realizadas en Nápoles desde el exterior, por así decir: según el módulo de una historia “representada” y no “generada”, esto es, más dependiente del contexto de las relaciones internacionales y de la voluntad de las grandes potencias que de las fuerzas endógenas de las capacidades internas del *Mezzogiorno*; un módulo, este, recurrente en la plurisecular vicisitud meridional. Una debilidad, una fragilidad que el *Mezzogiorno* advertía a finales del siglo XV:

a causa de su vicio constitucional, de su contradicción fundamental, de su baronazgo que no defendía ni al soberano ni al pueblo, y no se elevaba al sentimiento de bien público y a conciencia nacional, el reino de Nápoles no podía resistir al hurto que le viniera de una gran potencia, de uno de los Estados fuertes que por aquél entonces habían llegado a la plenitud de su formación ³³³.

Aquella Italia meridional era “una unidad aparente” en cuyo seno regía la anarquía, “y parecía grande y fuerte, mientras que era pequeña y frágil”. Y, por tanto:

no había otra vía para salir de aquella anarquía y de los peligros de las invasiones, sino la de entrar como parte integrante de un vasto Estado; y así, por lógica necesidad de estas razones, el reino de Nápoles descendió a virreino ³³⁴.

³³³ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 133.

³³⁴ *Ibidem*, p. 136.

Por tanto, un descenso inevitable que, por lo demás, no borraba –y no podía hacerlo– la autonomía de una gloriosa tradición, de una civilización jurídica, la contribución de una formación institucional y civil consolidada en el curso plurisecular, pues aún “reino,” pero, al mismo tiempo, “virreino” porque las principales realizaciones y articulaciones del Estado moderno fueron obra de España.

La bipolaridad “reino/virreino” se había enlazado lógicamente, para Croce, a otra de sus profundas intuiciones: las formas y los instrumentos a través de los cuales España realizó en el reino de Nápoles un “equilibrio relativo entre el dominio y el consenso”. El final del “osado Medioevo”³³⁵, esto es, del tiempo de la amenazadora potencia semisoberana de los barones, fue realizado a través de la construcción del sentimiento de fidelidad al soberano. Escribe Croce:

Haciendo pues de la necesidad virtud, o produciendo la necesidad, como ocurre a veces, la relativa virtud, se vino formando un sentimiento nuevo en los barones y, sobre su ejemplo y autoridad, extendiéndose a todas las clases, en vez del individualismo que había dominado en el pasado: el sentimiento de la fidelidad³³⁶.

Eso permitió a la Monarquía española superar las crisis más agudas: la reuelta contra la introducción de la Inquisición en 1547 y los motines del siglo posterior. Aquel sentimiento contribuyó tanto a motivar a la nobleza en la obra de la defensa militar del reino de los enemigos externos, como a empujarla a participar en la defensa de la monarquía en las campañas militares europeas, y a favorecer la integración dinástica de la aristocracia dentro del sistema imperial español.

El capítulo que estamos examinando muestra una estructura lógica cerrada. Desde el punto de vista de la extensión, ocupa prácticamente un cuarto del total del volumen: ello testimonia ulteriormente la importancia que el autor atribuía a su obra de refundación histórica e historiográfica y, de hecho, podemos decir aún más, sobre el terreno de las relaciones entre España y el *Mezzogiorno* de Italia. En realidad este capítulo constituye también el centro neurálgico, la verificación maestra de una tesis fundamental sostenida por Croce en la *Storia del Regno di Napoli*: el desequilibrio permanente, esto es, entre la evolución de una “construcción política” relativamente realizada y la falta, o por lo menos, la insuficiencia de “nación, patria”. Así, en la época del virreinato, los monarcas de España dieron a los napolitanos:

³³⁵ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 140.

³³⁶ *Ibidem*, p. 144.

la disciplina que viene de la firme dirección política [...]. Se la dieron monarcas extranjeros que dominaban un vasto imperio; y por eso, si el baronazgo napolitano durante siglos no había defendido la patria, pero sí a sí mismos y al interés particular de sus propios linajes feudales, ni siquiera entonces defendió propiamente a la patria, porque una patria, un Estado autónomo, no existía ya; existía, en cambio, la monarquía de España, de la cual el reino era una provincia³³⁷.

Testimonio de la lógica estructura cerrada, de la cual se hablaba, es también el pasaje ulterior. El ritmo distinto del desarrollo de la construcción política y de la construcción “nacional” lo encuentra también Croce en el análisis de las fuerzas sociales. La atención a la articulación socio-política del territorio induce al historiador nacido en los Abruzzos a hacer notar el desequilibrio de las fuerzas en este campo: el baronazgo; el estamento civil que tiende a convertirse en nobleza y no se hace “partido político”; las universidades y las ciudades, aisladas en su batalla estatal y privadas de un instrumento y de momentos de coordinación; el pueblo y la plebe. En resumen, Croce subraya la “renuencia o inmadurez de las distintas clases sociales para dirigir los destinos del país”³³⁸. También los organismos y las funciones de representación eran, predominantemente, caja de resonancia de los intereses individuales o de grupo: así pues, o lugares de exaltación de la lógica corporativa o instrumentos al servicio de la política virreinal. De hecho,

los Parlamentos no tuvieron ya otra tarea que la de votar los *donativos*, solicitados por el virrey para las necesidades de la corona, y el modo de cobrarlos y repartir el peso; y, si bien pidieron en cambio gracias y privilegios, propusieron leyes y reformas, no se vio efecto sensible de estas peticiones; y aunque alguna vez se alzara una voz libre en aquellas asambleas y hablase de abusos, de opresión de los pueblos, de la necesidad de aliviarlos, la gran mayoría se mostró siempre servil y aquiescente a las órdenes del virrey, con el cual los particulares o cabecillas traficaban para obtener ventajas y favores³³⁹.

Por lo demás, aquello que limitaba fuertemente el peso y la función de los Parlamentos napolitanos era el bajo porcentaje de representación de las ciudades del reino y la progresiva hegemonía de las clases feudales, así:

aquellos Parlamentos del reino no tienen comparación, no ya con los ingleses, ni siquiera con los Estados Generales de Francia, en los cuales tuvieron no poca

³³⁷ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 158.

³³⁸ *Ibidem*, p. 186.

³³⁹ *Ibidem*, p. 164.

importancia los representantes de las ciudades, equipados de los *cahiers* que recogían la voz y los votos del pueblo.

También en la otra estructura político-representativa, es decir la de los diputados que entraban directamente en el gobierno y en la administración de la capital, estaban en cierto modo anulados por los virreyes que eran “fuerza dirigente y determinante”³⁴⁰.

La obra del poder español en Nápoles fue, para Croce, un entramado de positividad y negatividad. Por lo tanto, partiendo de la premisa de que “España gobernaba el reino de Nápoles como se gobernaba a sí misma”³⁴¹, Croce criticaba, como se ha ya reiterado, el prejuicio antiespañol, pero, al mismo tiempo,

la mala política financiera y económica, con ordenamientos, disposiciones y expedientes que eran justo aquellos que el nacimiento de la ciencia de la economía europea se disponía a condenar, e incluso a eliminar con ejemplos particularmente instructivos de aquello que no se debía hacer: expulsión de los judíos, privaciones, prohibiciones de exportación, fuertes aranceles y aduanas internas además de derechos de paso por doquier, control de precios, alteraciones de la moneda y regulación arbitraria de los cambios, venta de tributos o arriendos, repartición de los impuestos al revés de la capacidad contributiva y del aliento de las fuerzas de los productores; y toda suerte similar a la buena de Dios³⁴².

La Monarquía española desarrolló una “obra mediadora de paz social”³⁴³, protegió el territorio meridional y logró vaciar al baronazgo de sus potencialidades subversivas. Pero si se buscan “los orígenes de la tradición política en la Italia del *Mezzogiorno*”, éstos no se encuentran:

[ni] en la nobleza feudal, que durante siglos dominó y no gobernó nuestra historia, ni en la monarquía que no pudo nunca convertirse verdaderamente en órgano de la conciencia nacional³⁴⁴.

También a nivel del gobierno del territorio, Croce señalaba el desequilibrio en la política española dirigida más a la capital, a su expansión edilicia privada y pública y a las infraestructuras, que a las provincias, donde los virreyes no lograron erradicar la delincuencia “y sobre todo el bandidaje y el bandolerismo”:

³⁴⁰ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, *op. cit.*, p. 164.

³⁴¹ *Ibidem*, p. 190.

³⁴² *Ibidem*.

³⁴³ *Ibidem*, p. 198.

³⁴⁴ *Ibidem*, p. 211.

casi una institución a la que el mismo gobierno recurría, como en tiempos de la guerra de Lautrec, o en muchas otras ocasiones, y sobre la cual contaba el duque de Guisa para extender su poder en las provincias; y a la que de continuo recurrían los barones que eran los instigadores.

Sin embargo, el filósofo de los Abruzzos, una vez más, no inscribía el relieve crítico en la lógica del antiespañolismo, ni atribuía a una presunta anomalía del *Mezzogiorno* de Italia el bandidaje que, es más, “pertenecía a toda Europa en aquellos siglos”³⁴⁵.

Al tema de los conflictos durante la época española, Croce dedicaba todavía páginas de un interés extraordinario. A ellas no se les ha prestado la atención que merecen; en cambio, aquellas páginas han sufrido el destino de terminar en un esquema interpretativo rígido, tendente a unificar en un severo y despiadado juicio negativo todos los intentos de resistencia, de conflicto y de revuelta expresados por la sociedad meridional en los dos siglos de gobierno español. La línea roja que aúna aquel juicio no es tanto, a mi parecer, la negatividad, sino la observación de la distancia, del desequilibrio entre los empujes originarios de los conflictos y motines que, una vez más, vuelven a enlazar Nápoles y el *Mezzogiorno* español con Europa, y la dinámica, sobre todo los resultados de aquellos eventos. Y, conectada a esta observación, hay otra: la desproporción entre los recursos y energías empleadas en la resistencia y los concretos resultados obtenidos.

Así fue para el fenómeno religioso unido a Valdés, a la predicación de Bernardino Ochino y a su difusión también en los ambientes populares napolitanos: “fermento religioso –escribe Croce– que también parecía anticiparse al movimiento nacional-religioso de Flandes”, pero que no podía durar “porque era contrario a las razones de la monarquía extranjera y, más en particular, a la dirección de la nueva política de España”³⁴⁶. Y, en relación a los motines napolitanos de 1547 contra la introducción de la Inquisición según los usos de España, Croce atribuía la cualidad de haber sido “la última manifestación de la vitalidad política y de la independencia napolitana”; pero aquellos motines:

aún entre las muchas pruebas que se dieron de entusiasmo y de valor, en el modo en el que se desarrollaron y en el final que tuvieron, mostraron abierta la decadencia³⁴⁷.

³⁴⁵ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., pp. 195-196.

³⁴⁶ *Ibidem*, p. 162.

³⁴⁷ *Ibidem*, p. 163.

Igualmente, el juicio sobre Masaniello y la revolución que lleva su nombre, fue para Croce no menos problemático: y, en cualquier caso, sería necesario comparar en todos los terrenos con las observaciones contenidas en otras obras. Que-dándonos en la *Storia del Regno di Napoli* es necesario, en primer lugar, subrayar la atención de Croce no sólo en el hecho histórico, sino también en su dimensión mítica. Sobre la primera vertiente, desde la introducción aparecía la conocida tesis sobre la cual había sido construido el entero paradigma del juicio crociano:

Y aquella rebelión y la consiguiente guerra civil, turbia en el origen y caótica en su curso, terminó como terminan los tumultos de la plebe, sin cabeza ni cola, con el abrazo general, por el efecto de la agitación vacía y del cansancio, dejando sólo en los gobiernos un gran miedo hacia la plebe napolitana y un no menor cuidado en mantenerla contenta: desde la idea originaria, germinada y cultivada en la mente de Genoio, ninguno volvió a acordarse y nunca más fue vuelta a presentar o a proponer³⁴⁸.

Pocas líneas después, no obstante, Croce se preguntaba sobre el mito y la fortuna de Masaniello, recordando las medallas acuñadas en Europa con su efigie y la fascinación ejercida por el pescadero sobre Spinoza o el drama musical de Auber.

Después de la neta posición devaluada enunciada en la introducción, Croce, en otras partes de la *Storia del Regno di Napoli*, regresaba sobre la revuelta de 1647-1648, retomando, en esencia, lo escrito por Michelangelo Schipa, pero articulando en un conjunto de variables su propio juicio. En el capítulo dedicado al virreinato, Croce problematizaba el juicio precedente, poniendo especialmente en evidencia que las cosas, después de la represión del tumulto, no fueron ya como antes en el reino de Nápoles: el “colapso del baronazgo napolitano”, la consideración de la “fuerza de la plebe y de los ayuntamientos”, la revisión de la política financiera y la restauración y la nueva política del virrey Oñate, habrían sido impensables sin los motines de 1647-1648³⁴⁹. En la *Storia dell'età barocca in Italia*, analizando la obra de Maiolino Bisaccioni, *Historia delle guerre civili*, Croce subrayaba la capacidad de identificar por primera vez la exacta génesis de la revuelta napolitana. Bisaccioni no se daba por satisfecho con las “narraciones que la presentaban como una secuela de accidentes”, sino que comprendía que:

detrás de la plebe tumultuosa y excitada a tumultuar, había una mente directriz, la de un jurista y defensor de los viejos privilegios e ideador de una reforma

³⁴⁸ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 60.

³⁴⁹ *Ibidem*, p. 181.

constitucional (el cual, de hecho, fue Giulio Genoino), y que los artificiosos capítulos, acordados entre el pueblo napolitano y el virrey, no eran producto de la vil plebe, sino de *muchos y muy sabios ingenios*³⁵⁰.

Me he detenido solo en algunos puntos crocianos, otros podrían añadirse para confirmar la no linealidad de la problemática de la posición del historiador sobre el evento central del siglo XVII napolitano.

Para Croce, en cualquier caso, no existían dudas de que el despertar político y civil del reino de Nápoles no era obra de los motines de 1647-1648, sino de los fermentos culturales de las últimas décadas del Quinientos. Quedaba, sin embargo, para el filósofo el siglo de los juicios preformados, el siglo de una literatura que no procuraba nunca “poner en armonía las premisas con las conclusiones o las conclusiones con las premisas”³⁵¹, que no profundizaba en los hechos observados. Nápoles había producido más filósofos y menos pensadores políticos: y, para colmo, Bruno, Telesio y Campanella habían tenido seguidores y sucesores no en el reino, sino fuera de Italia. La excepción viene representada por el economista Antonio Serra, que contribuía sólo a confirmar la regla. Además, incluso la “nueva cultura” no se había configurado como una “nueva religión civil”, capaz de crear una nación. Una vez más, el reclamo a De Sanctis era demasiado evidente. Y, como conclusión de la lectura del capítulo, se comprendía aún mejor y en mayor profundidad el sentido del título. *Il vicereigno e la mancanza di vita politica nazionale* podía aparecer de este modo una verdadera y propia hendiadis, la cual era inevitable y ciertamente necesaria, tal y como dejaba escrito Croce en el capítulo conclusivo sobre *La fine del Regno di Napoli*:

La unión con España a finales del siglo XV, fue realmente necesaria para que cesara en la Italia meridional la anarquía de los barones, las perpetuas guerras de pretendientes y el inminente peligro de caer en presa de los bárbaros, es decir, de los turcos, y produjo su bien; análogamente fue necesaria, en 1860, la disolución del reino de Nápoles, único medio para conseguir una más amplia y enérgica vida nacional y para dar un mejor encauzamiento a los mismos problemas que atormentaban a la Italia meridional³⁵².

La unificación de nuestra península fue una elección inevitable y positiva para el *Mezzogiorno* de Italia: inevitable porque representó la realización de un objetivo perseguido con determinación y pasión por las élites más avanzadas e

³⁵⁰ B. CROCE: *Storia dell'età barocca...*, op. cit., pp. 169-170.

³⁵¹ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 204.

³⁵² *Ibidem*, pp. 332-333.

intelectuales que veían, ya desde la primera mitad del XIX, en la unificación del país la única vía para construir la patria sobre la base de la libertad; positiva porque a través de la integración nacional, el *Mezzogiorno* participó a título pleno en el largo y complejo proceso de desarrollo de Europa. Más integración nacional venía a significar para Italia, después de 1860, más integración europea, y éste es un nexo al cual no se presta hoy la debida atención.

Bien presente a Croce, más allá de la analogía, era la diferencia sustancial entre la unión con España y la disolución del reino de Nápoles en 1860. A la primera le siguió la pérdida de la independencia, a finales del siglo XV, del reino napolitano, que fue favorito en las bases y en el desarrollo estatal, protegido militarmente contra la amenaza turca en el Mediterráneo en tanto que era parte de la formación política más potente del mundo, el Imperio español. La disolución del reino en 1860, fue otra coyuntura necesaria. También en este caso, en la visión de Croce, se trató de una dialéctica entre pérdida e integración. Pero el saldo entre los costes y los beneficios fue decididamente a parar a favor de los segundos. Gracias a la unificación, el *Mezzogiorno* conquistó no sólo la posibilidad de participar en una “más amplia y enérgica vida nacional”, sino que embocó la vía maestra para comenzar a superar sus problemas históricos.

2.7.3. *¿Olvidar a Croce?*

Las principales revisiones de la reconstrucción y de la interpretación crociana de la historia de la Nápoles española han, en síntesis, hecho referencia a cuatro cuestiones: 1) Los tiempos y las modalidades de la construcción de la hegemonía española; 2) El papel y la evolución del feudalismo; 3) La revuelta de Masaniello y 4) La “clase intelectual”.

1) Los tiempos y las modalidades de la construcción de la hegemonía española

Entre la toma de posesión del territorio meridional por parte de la Monarquía española y su efectiva integración en el esquema global del gobierno imperial hubo una desviación temporal de algunas décadas. Y en este tiempo histórico llegó a su cumplimiento la disolución de aquello que, con una fórmula muy eficaz, Croce llamó el “osado Medievo”, es decir, el periodo en el cual los barones habían podido constituir en el reino potentados políticos semisoberanos con capacidad de poner continuamente en entredicho la fuerza del monarca. Los reyes de España redujeron a estos barones a la condición de súbditos, esto es, los adecuaron a las otras clases sociales.

A pesar de no desconocer este punto dentro de la interpretación crociana de la época del virreinato, radicalmente innovador respecto a la concepción prevalente en los años en los que fue escrita la *Storia del Regno di Napoli*, una concepción, como se ha visto, fuertemente condicionada por el prejuicio antiespañol, hoy estamos más inclinados a vislumbrar en la construcción de la “vía napolitana al Estado moderno”, un proceso más arduo y atormentado. En su dinámica es visible, quizá más que en cualquier otro lugar de la Europa del momento, un desarrollo del absolutismo, la forma más moderna de organización política y de relaciones entre Estado y sociedad, no como “régimen”, sistema realizado de una vez por todas, sino como una “tendencia” a integrar en el Estado soberano esferas cada vez más amplias de poder político y sujetas a él, potencialmente antagonistas. Tal tendencia fue perseguida por la Monarquía española en el *Mezzogiorno* continental de Italia a través de la activación de un sistema de compromisos fundado sobre el respeto por parte de los contratistas de obligaciones, de límites y de intereses recíprocos. En la base del sistema estuvo el compromiso entre la monarquía y el baronazgo: la primera concedió al segundo una ampliación de su jurisdicción feudal y un poder más fuerte de presión sobre la periferia y los campos del reino; el segundo debió despojarse de sus prerrogativas políticas, aceptó su transformación progresiva de potencia a poder, se mantuvo, globalmente, fiel a la corona española permitiéndole superar también algunas gravísimas crisis políticas.

Se trató, en esencia, de construir una hegemonía y de hacer aceptar los estatutos regnícolas a una dinastía que, aún reclamando títulos de legitimidad sobre Nápoles, había venido a poseerla, con la partición franco-ibérica ratificada en el tratado de Granada de noviembre de 1500; por tanto, con la conquista y fuerza de las armas superior a la de los franceses, demostrada en el campo de los famosos tercios durante las batallas de Cerignola y de Garigliano (1503). Sin embargo, la construcción de la hegemonía fue discutida: en algunos casos hubo necesidad de una suerte de reconocimiento tácito, por parte de la potencia monárquica, de la persistencia en la continuidad feudal; fue necesario mantener aún en su potencia semisoberana, por lo menos hasta el virreinato de Toledo, a los príncipes de los “estados” feudales de la prestigiosa y consolidada tradición histórica, para no romper improvisadamente, de hecho, una importante red de coordinación territorial en ausencia de instrumentos alternativos de gobierno y de control³⁵³.

³⁵³ Para una mayor profundización en los temas arriba expuestos, además de las numerosas obras de Giuseppe GALASSO, véanse mis siguientes escritos: *Mezzogiorno spagnola...*, *op. cit.*, y *Napoli, una Capitale e il suo Regno*, Milán 2004.

2) El papel y la evolución del feudalismo

La imagen que Croce ofreció del baronazgo feudal de los siglos XVI al XVII, de su peso económico y social, de sus comportamientos y estilos de vida, tomaba oportunamente, cuando no señalaba el fenómeno de la inflación de los títulos en el curso del Seiscientos, la “napolización” de la aristocracia, la atracción de la capital. Con una menor respuesta a la realidad histórica está, en cambio, la idea de la representación de los nobles empobrecidos y decaídos como causa de la crisis financiera, incluso reducidos en masa “a la ruina y a la pobreza”, por la carrera:

[del] ocio, del lujo, del fasto, por las competiciones de alardear, igualarse y superarse los unos con los otros, los grandiosos palacios que hacían edificar, la numerosa servidumbre de la cual se rodeaban, el abandono de la vida familiar y las prácticas, que les parecieron nuevas y se atribuían al ejemplo español, de las cortesanas³⁵⁴.

Las investigaciones posteriores han corroborado bien la capacidad, demostrada por muchas familias nobles, de recuperarse de la crisis financiera, bien el significado complejo del endeudamiento o bien la tenencia patrimonial durante un largo periodo³⁵⁵.

Croce tenía también razón a la hora de referir la nueva dinámica feudal establecida entre los siglos XVI y XVII, desde el hecho que “genoveses, especuladores e intrigantes” habían comprado tierras en el reino, lucrándose también de la crisis financiera de alguna familia regnícola, de la comercialización y del fraccionamiento de los feudos. No tenía razón, en cambio, cuando escribía que aquél fenómeno:

en vez de conferir una mayor potencia del feudalismo, marcaba sin embargo, la creciente disolución o la conversión en simple clase de propietarios terreros, decorados de pomposos y vanos títulos³⁵⁶.

El aburguesamiento del baronazgo se debía incluso al efecto del crecimiento del estamento civil en las provincias, “al crecimiento de la propiedad libre y a la más viva conciencia de los derechos de los ciudadanos en los municipios”³⁵⁷. Este fuerce de Croce, viene determinado especialmente por la constante puesta

³⁵⁴ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 166.

³⁵⁵ Cfr. para ulteriores profundizaciones bibliográficas, A. MUSI: *Il feudalesimo nell'Europa moderna*, Bolonia 2007.

³⁵⁶ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 170.

³⁵⁷ *Ibidem*, p. 199.

en evidencia de la importantísima función histórica desarrollada por la monarquía española en el *Mezzogiorno*: la reducción de los barones a súbditos. Aquello que faltaba, en el planteamiento de Croce, era la atención al entramado entre la tierra y las funciones, tierra y poderes públicos delegados que permaneció, durante todo el antiguo régimen, como la característica más propia de la posición feudal.

3) La revuelta de Masaniello

Revisiones, integraciones y enriquecimientos cognitivos relativos a la revuelta de 1647-1648, han tocado varios aspectos³⁵⁸. En primer lugar, ha sido revalorizada la misma función de Masaniello: encajado siempre dentro del prototipo del plebeyo, del “lázar” o del “loco desatinado” (la expresión proviene de una consulta del Consejo de Italia), pero capaz de desarrollar, en algunos momentos durante sus diez jornadas, la función de bisagra y mediador entre la plebe y el pueblo. El motín ha sido reconstruido en toda su duración y en las diversas fases que lo caracterizaron: la propiamente masanielliana, aún sustancialmente lealista; la de la revuelta en las provincias del reino, que asumió características de lucha contra los abusos feudales; y la de la “Real República Napolitana”. El bienio 1647-1648 fue encuadrado en el contexto económico, social y político del reino y en el sistema de las relaciones internacionales durante la última fase de la Guerra de los Treinta Años.

Después, el motín apareció mucho menos tosco, en sus componentes intelectuales e ideológicos, respecto a cuanto había sostenido Croce. Han emergido con más nitidez las referencias político-culturales de las diversas orientaciones que expresaron en la revolución; la influencia de mitos y modelos políticos europeos; el uso y la reinención de lo antiguo y de lo clásico en los instrumentos de la propaganda, en opúsculos, en narraciones, en los discursos tanto de la parte realista como en la de la plebe y las “correspondencias ideales y políticas” (la expresión proviene de Rosario Villari) entre las “seis revoluciones contemporáneas”.

Sin embargo, del juicio crociano han sido confirmados tanto la contrariedad de las posiciones internas al movimiento de los manifestantes, como las causas de la derrota de la revuelta, además del carácter de vertiente que el episodio revisió para la futura historia del reino de Nápoles.

³⁵⁸ Para cuanto sigue, los textos más actualizados son A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...*, *op. cit.*; G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. III, pp. 247 y ss.; S. D’ALESSIO: *Masaniello*, Roma 2007.

4) La “clase intelectual”

Escribió Galasso:

Es considerable que la historia de la nación napolitana, tal y como resulta trazada por Croce, aparezca primero como un larguísimo proceso de formación (desde el siglo XIV al XVIII) y, cuando después parece haber sentado la cabeza sobre la realidad concreta de la clase intelectual y echado raíces en el país, se disuelve de inmediato, se transforma en la prehistoria de la nación italiana y termina así su carácter propiamente napolitano, no viéndose ni siquiera, por lo tanto, cuándo se había desarrollado y desplegado plenamente. La misma clase intelectual, drásticamente contrapuesta en sus acontecimientos a la restante historia social del país, aparece como un elemento demasiado parcial, privado de efectiva capacidad de mediación de las necesidades y debilidades de las otras clases y estamentos del reino, obligada en último término a superar su propia individualidad nacional para imponer sus ideas al país y a sí misma ³⁵⁹.

Revisiones, relieves críticos e integraciones que, en cualquier caso, no han puesto en discusión el valor de la *Storia* como “moderna y vigorosa visión de conjunto de la historia napolitana” ³⁶⁰. A la pregunta ¿es necesario olvidar a Croce?, la historiografía del *Mezzogiorno* español no puede sino responder negativamente ³⁶¹.

Cuando Croce escribió la *Storia*, los estudios españoles de la historia napolitana de los siglos XVI y XVII eran prácticamente inexistentes. Lo prueba el hecho de que sólo pudo utilizar alguna colección de fuentes y documentos como el *CODOIN*, especialmente para documentar la preparación militar de la nobleza napolitana ³⁶².

Sólo desde hace algunas décadas la historiografía española sobre el *Mezzogiorno* de Italia entre los siglos XVI y XVII, ha dado sensibles pasos hacia adelante y ha debido, naturalmente, enfrentarse con Croce y su *Storia del Regno di Napoli*. Sin su obra no habría sido posible repensar las relaciones entre Nápoles y España dentro de aquella categoría del *sistema imperial*, que está revelándose muy eficaz tanto en los estudios españoles como en los italianos.

³⁵⁹ G. GALASSO: *Croce e lo spirito del suo tempo*, op. cit., pp. 372-373.

³⁶⁰ *Ibidem*, p. 373.

³⁶¹ Cfr. A. MUSI (ed.): *Dimenticare Croce?...*, op. cit., pp. 5-11.

³⁶² B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 157.

2.7.4. Nápoles española en la interpretación de Giuseppe Galasso

Los dos tomos dedicados por Giuseppe Galasso al *Mezzogiorno* español y austríaco, parte de una orgánica *Storia del Regno di Napoli* que concluye con la *Storia d'Italia* de la UTET³⁶³, dirigida también por él mismo, constituyen, en primer lugar, un dialogo continuo, explícito o implícito, con la gran y más importante tradición historiográfica italiana; en particular, con Francesco De Sanctis y Benedetto Croce, los dos clásicos más queridos por el autor y a los cuales se siente más ligado bien por afinidad electiva, por así decir, —la capacidad, absorbida por aquella tradición, de afrontar los complejos cuadros de conjunto y los nudos históricos más problemáticos— bien por las consonancias interpretativas. Naturalmente, aquel dialogo se desarrolla no sólo a través de las afinidades y las consonancias, sino también muy a menudo a través de las revisiones críticas y la construcción de nuevas líneas interpretativas de dos y más siglos de historia del *Mezzogiorno*, que se separan sensiblemente de aquellas propuestas de De Sanctis y Croce.

No son pocos los ejemplos de este dialéctico cruce con los clásicos llevado a cabo por Galasso. Sobre el enfoque de De Sanctis se encuentra el estrechísimo nexo entre el doble “hundimiento napolitano” en 1495 y en 1501, la pérdida de la autonomía dinástica y el “hundimiento italiano”: es más, el primero para Galasso constituyó “el compendio anticipado” del segundo:

en los mismos años y en las dos o tres décadas sucesivas [...]. La autonomía dinástica que Nápoles no logró mantener, correspondió con la autonomía que entonces, al menos un par de siglos después, se perdió por el espacio político italiano en su complejo.

Pero el autor subraya inmediatamente después que, más allá de la novedad y de los imprevistos de una nueva fase histórica, los límites del desarrollo del reino de Nápoles eran precedentes a la misma coyuntura de la caída de Carlos VIII y de la guerra franco-española; límites que llamamos, por esta razón:

la anatomía de un cuerpo político-social, la estructura íntima de un sujeto histórico y de su fisionomía moral y civil en un momento crucial de su acontecer global³⁶⁴.

La imprevisibilidad, la incredibilidad, la rapidez y el alcance del derrumbe del reino de Nápoles demuestran que “más allá de la fachada, el camino que hay

³⁶³ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli: Il Mezzogiorno spagnolo (1494-1622)*, Turín 2005, vol. XV, t. II, y G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. III.

³⁶⁴ *Ibidem*, vol. XV, t. II, p. 176.

que hacer hacia la formación de aquella que puede ser indicada como *nación napolitana*, era efectivamente bastante largo”³⁶⁵. Se trata, como es bien evidente, de una perspectiva interpretativa que, aún no usando nunca el lema desanctiniano de la “decadencia”, atribuye todo el peso debido al valor de la época, para Nápoles y para Italia, de 1495 y de 1501. Al mismo tiempo, encuadra aquella coyuntura no sólo en la historia del “espacio político italiano” y en la precariedad del equilibrio posterior a la Paz de Lodi, sino, sobre todo, en el tormentoso, largo y complejo acontecer de la nación “napolitana”: dos categorías que regresarán a menudo en las páginas de Galasso.

Por lo tanto con De Sanctis y posterior a de De Sanctis, pero también con Croce y más allá de Croce. En consonancia con Croce, Galasso ve la esencia de la relación entre España y Nápoles. Extraordinario mérito de la Monarquía hispánica fue la afirmación del poder regio y del Estado moderno en el *Mezzogiorno*, obtenidos, obviamente, con el desclasamiento de reino a virreino y con todos los demás costes pagados como el de “provincia de una monarquía lejana”. Más allá de Croce es, en cambio, la valoración de los primeros sesenta años del gobierno español en el *Mezzogiorno* como un periodo de:

extraordinaria importancia [por su historia. Y, la importancia reside en el hecho de que] el reino atravesó aquellos sesenta años también como una personalidad moral, como *nación napolitana* [...]. Por una de aquellas paradojas que son tales sólo en apariencia, pero que equivalen, en realidad, al íntimo significado de la lógica profunda, si bien —en este caso— estrictamente dialéctica, propia del curso histórico, fue justamente durante el periodo de la conquista extranjera y del sometimiento del reino en el complejo de una monarquía imperial de amplios horizontes, donde la personalidad moral del país y el sentido de la *nación napolitana* comenzó a perfilarse en formas más definidas y duraderas³⁶⁶.

Me parece que en este aspecto Galasso dé cuerpo y esencia, demostrando una coherencia extraordinaria entre la profesión del historiador y la actividad de historia y crítica de la historiografía, a un relieve de profundo movimiento en la perspectiva crociana de la *Storia del Regno di Napoli*. Según el mismo autor:

Es considerable que la historia de la nación napolitana, tal y como resulta trazada por Croce, aparezca primero como un larguísimo proceso de formación (desde el siglo XIV al XVIII) y, cuando después parece haber sentado la cabeza sobre la realidad concreta de la clase intelectual y echado raíces en el país, se disuelve de inmediato, se transforma en la prehistoria de la nación italiana y

³⁶⁵ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 177.

³⁶⁶ *Ibidem*, p. 544.

termina así su carácter propiamente napolitano, no viéndose ni siquiera, por lo tanto, cuándo se había desarrollado y desplegado plenamente. La misma clase intelectual, drásticamente contrapuesta en sus acontecimientos a la restante historia social del país, aparece como un elemento demasiado parcial, privado de efectiva capacidad de mediación de las necesidades y debilidades de las otras clases y estamentos del reino, obligada en último término a superar su propia individualidad nacional para imponer sus ideas al país y a sí misma ³⁶⁷.

Galasso, con Croce y más allá de Croce, nos hace entender las agotadoras etapas de la construcción nacional napolitana y su perfil más definido y duradero durante la época española.

Los tomos segundo y tercero del *Regno di Napoli* son igualmente una reconstrucción puntual y una lectura aguda, por primera vez orgánica, sea de algunas fuentes como las diplomáticas, no siempre utilizadas por los expertos dentro de sus ricas potencialidades, sea de la historiografía de los siglos XVI al XVIII: las unas y la otra son contextualizadas por Galasso, sabiamente confrontadas y puestas en relación entre ellas, tanto que no sólo constituyen un corpus documental de absoluta importancia para la reconstrucción de la historia española y austríaca del reino, sino también un aspecto y un problema no secundario de aquella misma historia y de las diversas formas de su representación.

Esto no significa que la historia del reino de Nápoles, propuesta por Galasso, sea sólo una historia de la política y de las relaciones internacionales, en tanto que la perspectiva político-institucional, dentro de la cual se mueve el autor, aparece bastante más rica y ampliada respecto a la tradición historiográfica que ha oscilado entre el descriptivismo formal de las instituciones, la atención privilegiada a su nomenclatura, a sus funciones, la pura crónica de los acontecimientos o la reconstrucción de los tratados y de sus cláusulas. La perspectiva política de Galasso, como ha demostrado en tantas de sus obras, es en realidad una historia del poder considerada en todas sus articulaciones más complejas, en sus niveles formales e informales de expresión, en su dialéctica interna e internacional, en los subterráneos hilos de unión, en las lógicas de agregación y disgregación de los grupos, del personal y de las clases dirigentes. Resultados de este tipo se obtienen sólo si se hace recurso, no ya de todos los instrumentos interpretativos de un fin histórico, sino también de las categorías del análisis sociológico, politológico y jurídico. La atención a la política y al cuadro de las relaciones internacionales no sacrifica nunca la sensibilidad por los problemas de la economía, de la sociedad y de la cultura y vida civil.

³⁶⁷ G. GALASSO: *Croce e lo spirito del suo tempo*, op. cit., pp. 372-373.

Se muestra también original la periodización, propuesta por Galasso, de los más de dos siglos de historia del reino. Me parece que esta se articula en cinco fases sobre las que me detendré más difusamente en las páginas que siguen: una primera que podría definirse, sería aquella de la larga duración de la “línea aragonesa” hasta su “subversión” definitiva en 1540; una segunda, comprendería la edad madura de Carlos V, proyecto y realidad del absolutismo; una tercera, iría desde los reinados de Felipe II a Felipe IV, el periodo en el que resulta más evidente la relación entre las ventajas, los límites y los costes de la modernización del reino de Nápoles en la gran política de Madrid; una cuarta, iría de los Habsburgo de España a los de Austria, que culmina con la última fase, antes de la llegada de los Borbones, caracterizada por la agotadora construcción de un “nuevo reino” bajo el gobierno “alemán” de los Habsburgo.

Desde las primeras páginas del segundo tomo del *Regno di Napoli*, se puede tomar una cifra que caracteriza unitariamente los cinco tomos de la obra, y que alcanzan hasta 1860. En el signo de la continuidad, con algunas interpretaciones clásicas, está generalmente el marco dentro del cual Galasso inscribe sus reconstrucciones; sin embargo, los aportes originales y el enriquecimiento ofrecido por el autor son tales y de tanto relieve que inducen a revisar sensiblemente las mismas interpretaciones clásicas. La caída de Carlos VIII y las guerras de Italia se inscriben dentro del sistema moderno de los Estados europeos y constituyen, de algún modo, su mismo origen. Pero, de hecho, el uso atento y sistemático de las fuentes diplomáticas y de la historiografía del Quinientos introduce, en el enfoque expresado por Galasso, dos elementos específicamente napolitanos, por así decir, que contribuyen a comprender mejor la coyuntura del final de siglo. El primero está constituido por el redimensionamiento de la política de Fernando I de Aragón y de la consiguiente invitación a situar en un tiempo menos breve la crisis de finales del siglo XV. Retomando el juicio de Commynes, Galasso subraya como ni las acciones políticas de Ferrante ni las de Alfonso II eran capaces de afrontar la emergencia, que se anuncia peligrosa, y de superar el descontento presente en numerosos estratos sociales: una evidente desmitificación del mito aragonés y la referencia a la relación problemática entre corona y país, “que arroja retrospectivamente una luz ambigua sobre la misma acción vigorosa desarrollada por Fernando I en su breve reinado”³⁶⁸. El segundo elemento es la relación existente entre el derrumbe napolitano y el aislamiento diplomático del reino.

El tratado de Granada y la partición franco-española de 1501 son encuadrados por el autor en el contexto del equilibrio italiano: es justamente la debilidad

³⁶⁸ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 42.

del cuadro peninsular lo que hace posible que se produzcan los acuerdos franco-aragoneses y la consiguiente reciprocidad de las ventajas obtenidas por Francia y España. Desde estas páginas, se manifiesta la extraordinaria sensibilidad a la hora de captar la lógica de la relación equilibrio-hegemonía.

Para la época de Fernando “el Católico”, Galasso opera una comparación de todos los campos, bien con la tradición historiográfica, bien con los aportes más recientes de los investigadores. Si mueve no pocos perfiles críticos a la visión del carácter programático de la política fernandina para Nápoles, sostiene del mismo modo que la estancia napolitana del soberano español no destaca la extraordinaria capacidad política, el doble semblante de “zorro y león”. Demasiado sistemáticamente, en la fórmula “época de transición” puede ser representada esta fase de la historia del reino. Me explico. En la tradición aragonesa se encuentran tanto la consideración de la centralidad mediterránea de la región napolitana, como la aspiración a unir en un único reino Sicilia y Nápoles. Respecto a la “*communis opinio*” historiográfica, me parece, sin embargo, que el autor introduce dos elementos de considerable novedad. El primero tiene que ver con la estructura administrativa querida por Fernando “el Católico”. A tal propósito, Galasso no usa nunca el término “burocracia”: subraya en cambio el título del personal administrativo como “oficiales del rey”, y el acentuado empirismo que, en tal nivel como en los otros, caracteriza la acción política del monarca católico. El segundo elemento novedoso tendría que ver con la revisión de una tendencia historiográfica que ha acentuado en los últimos años, en el análisis de la política de los soberanos de la primera edad moderna, la naturaleza paccionada de la relación con los súbditos: en particular oponiendo la lógica de la negociación, peculiar a la tradición aragonesa, a la lógica centralista, más propia de la tradición castellana. El autor, analizando el caso de la Nápoles fernandina, tiende a reducir a figura, a representación o apariencia, el papel y el peso de instituciones representativas como el Parlamento, que discute y formula normas de variada naturaleza, pero cuya aprobación y ejecución es sometida totalmente al poder regio y permanece sustancialmente aleatoria.

Aquello que es un juego es pues la relación entre el poder regio y el reino en su conjunto y aquello que se configura es un impulso a la neta prevalencia del primero sobre el segundo ³⁶⁹.

La denominación sugerida, época de transición, está después estrechamente unida a la metáfora, usada por Galasso, que cierra un ciclo de la historia del

³⁶⁹ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 267.

reino: la del “otoño aragonés”³⁷⁰. La metáfora, referida al periodo 1515-1530, alude no sólo a la historia de acontecimientos materiales, sino también y sobre todo, al final de un mundo civil y cultural napolitano, simbólicamente representado por dos personalidades como Pontano y Sannazaro, y a la transfiguración de la historia en el doble mito de “Nápoles corona”, poderosa e independiente “cuando reinaba la casa de Aragón”, y de “Nápoles amable”:

definición realizada dentro del signo humanístico de la medida, de la lucidez, de la gracia, de la fuerza armoniosa, de la virtud que es humana y nunca inhumana, cual figuradamente se toma, quizás más que en cualquier otro documento, en la famosa vista que de Nápoles nos ofrece la plancha de Strozzi.

Y, añade Galasso, “mito en tanto que políticamente activo como sólo admirado o anhelado literaria y estéticamente, habrían demostrado los dos siglos posteriores de la historia del reino”³⁷¹.

Igualmente, en el análisis de la relación entre Carlos v y el reino de Nápoles se pone radicalmente en discusión su naturaleza paccionada. Son rebatidas, en cambio, tanto la fuerza del rey como el estrechísimo vínculo entre soberano y virrey de Nápoles, cabezas de toda la acción política en Italia hasta 1535. Los fundamentos de la consolidación de la Monarquía habsbúrgica en el reino, no se encuentran en el cambio de las condiciones internas, sino en la potencia política internacional alcanzada por el imperio carolino. La hispanización y la castellанизación de este imperio parten ya de 1532: una fecha que anticipa notablemente el proceso respecto a la periodización propuesta por la tradición historiográfica. Después, en torno a 1540, con Milán en manos de la Monarquía española y la exclusión de Francia de Italia, es posible registrar una “subversión radical de la línea aragonesa que había encontrado en Alfonso el Magnánimo y en Fernando el Católico sus mayores y más conscientes expresiones”. En estos años se afirma la plena y exclusiva hegemonía española en Italia: ésta no tendrá ya sus centros promotores y creativos en Zaragoza o en Barcelona, tampoco tendrá más como cuadro de referencia la cuenca occidental del Mediterráneo, superando la perspectiva misma, generalmente ibérica, de las monarquías unidas de Castilla y de Aragón. La corona de Castilla es llevada a una presencia y acción continental, en Italia, en los Países Bajos y en Alemania; la conquista y la organización de los grandes territorios americanos dotan a Castilla de un imperio colonial sin precedentes históricos, fuente de enormes recursos y verdadero termómetro de una

³⁷⁰ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 281.

³⁷¹ *Ibidem*, p. 297.

potencia política, cuyas medidas ya sobrepasaban, en su mentalidad geográfica, las mismas y viejas dimensiones europeas.

Dentro de semejante contexto internacional, Galasso sitúa el proyecto absolutista de Carlos V y su experimentación en Nápoles durante la época del virrey Toledo. En la interpretación de esta fase, el autor subraya también el pragmatismo de Carlos (más que el claro y preconcebido planteamiento estratégico de su política) y el papel de las coyunturas. Redimensiona el peso del choque entre los modelos y los proyectos de la corte del soberano, de nuevo la lógica de pactos, la tesis de quien vería emerger, entre los años treinta y cuarenta del XVI, una “república de togados”. Y todos estos factores son tenidos en gran consideración en la reconstrucción e interpretación de la revuelta napolitana de 1547 contra la introducción de la Inquisición según el modelo español.

La parte dedicada a Felipe II se abre con un capítulo de extraordinaria importancia. Desde su título, el autor dialoga indirectamente con Croce, pero, al mismo tiempo, rellena de nuevos contenidos la *pars costruens* de su crítica al autor de la *Storia del Regno di Napoli*: no desde la prehistoria de la nación napolitana a la prehistoria de la nación italiana, según la trayectoria que, en esencia, había propuesto Croce, sino “De la prehistoria a la historia de la nación napolitana”, como titula Galasso. Esta “nación” viene formándose también merced a las innovaciones filipinas: la transferencia del juego político a la corte y la línea, destinada a desarrollarse aún más con los sucesores de Felipe II, de integración dinástica; el papel de los virreyes, su inserción en los grupos de poder de la corte no como un elemento a construir, sino como un “punto de partida”³⁷²; no con el autogobierno, sino con la coestión en la administración y el papel prioritario del virrey como sustancia de la dinámica del poder; la formación de un juego político complejo entre los togados, la nobleza y el baronazgo; la política de los compromisos, en particular aquel entre la monarquía y la aristocracia y el del Estado e Iglesia, como estrategia de larga duración de la corona española.

No obstante, es el cuadro internacional el que marca la suerte del reino de Nápoles, especialmente en la época de Felipe II, tanto a finales de los años setenta, como entre los ochenta y noventa del Quinientos. El “viraje atlántico” en la política de Felipe II es interpretado por Galasso en un sentido cuanto menos distinto respecto al esgrimido por Fernand Braudel, esto es, como alejamiento de España del Mediterráneo. Para Galasso persiste el estado de guerra endémica en el Mediterráneo, incluso después de Lepanto. Es verdad que, especialmente después de 1571, el equilibrio en el Mediterráneo queda estable hasta la

³⁷² G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 580.

Guerra de Sucesión española y que los esfuerzos militares y político-diplomáticos de Madrid irán direccionados a la Europa atlántica y encontrarán en el océano, en los Países Bajos y en la Alemania renana el campo de su máxima concentración. En las dos décadas sucesivas la incipiente crisis del reino de Nápoles coincide con las repercusiones de la gran política de Madrid con Inglaterra y Francia.

El reino de Felipe III representa la toma de conciencia de los problemas napolitanos y el “momento de las reformas”. El virreinato de Lemos, entre 1610 y 1616, permite a Galasso reflexionar en todas las direcciones, por así decir, sobre un concepto clave dentro de su entera disertación: el de la “tradición política”. Y, de hecho, la estación reformadora de Lemos no contradice las líneas inspiradoras de la relación España-*Mezzogiorno*, pero se mueve, precisándola mejor, en la huella de una tradición política consolidada. Sus núcleos esenciales son los que siguen: potenciamiento del aparato en el espíritu de la lealtad hispano-dinástica, pero también atracción de la nobleza hacia la corte e integración dinástica; corporativismo, cooptación y familiaridad de las élites; disciplinamiento de la aristocracia feudal, pero, al mismo tiempo, apoyo “conservador” a los estamentos privilegiados; oscilación instrumental, en el gobierno de la capital, entre el pueblo y la nobleza; pleno respaldo a la Iglesia y al clero o construcción y desarrollo de una relación privilegiada con los comerciantes y agentes de negocios extranjeros.

A Galasso, esta tradición política, también en sus expresiones más elevadas como en el periodo reformador de Lemos, le parece no tanto un proyecto de creación de clase dirigente, como una línea de empirismo realista que, en esencia, contribuye a estabilizar con fuerza los equilibrios socio-políticos preexistentes y, en tal sentido, es “conservadora”. El proceso de integración dinástica que así se realiza indudablemente, contribuyendo a no provocar grandes choques al gobierno español en el reino de Nápoles, no necesita de la formación de nuevos sujetos históricos.

Dentro de tal contexto se alcanza mejor a captar el valor y los límites de la acción del Estado hispano-napolitano en la vigilia y en los primeros años de la “Gran Guerra” de los Treinta Años. Veamos dos ejemplos, de tantos otros, considerados por Galasso: el jurisdiccionalismo a mitad de los años veinte del siglo XVII durante el virreinato del duque de Alba y los “estados discutidos” de Tapia en el mismo periodo.

Para el autor, el carácter del jurisdiccionalismo:

estuvo en el hecho de ser limitado a la defensa de las prerrogativas regias dentro del ámbito del derecho positivo reconocido vigente, y por tanto, dentro del ámbito de los acuerdos, convenciones y praxis en vigor entre los dos poderes: verdadero

y auténtico regalismo, en resumen, para el cual también la definición de *anticurialismo* podría ser engañosa, si debiese implicar una dimensión de profesión laicista fuera del ámbito jurisdiccional. Una dimensión semejante se tendrá sólo cuando, aún antes de Giannone, el problema del jurisdiccionalismo sea puesto como problema de la laicidad del Estado y de la autonomía de los valores civiles y éticos respecto a los religiosos ³⁷³.

Así pues, sustancial respecto a las recíprocas prerrogativas de la Iglesia y el Estado; con cuidado de no alterar los equilibrios preexistentes. El mismo carácter “conservador” revela igualmente la reforma de los “estados discutidos”, fruto de una eficaz colaboración entre el virrey Alba y el jurista Carlo Tapia; el cual, más que distinguir entre la deuda fluctuante y la consolidada, realiza un mejor rendimiento de las obligaciones fiscales de los municipios, en dirección, por tanto, a una consolidación de las funciones del Estado moderno, pero que, en ningún caso resuelve el problema de los abusos baronales y no se escapa pues de la lógica del compromiso histórico, sustancial entre la monarquía y la aristocracia feudal meridional.

Al igual que el siglo XVI, el XVII napolitano es reconstruido por Galasso prestando la máxima atención a la relación entre el cuadro internacional y el local, y a las repercusiones sobre el reino de las novedades que se producen en las instituciones y en las lógicas de gobierno de todo el sistema imperial español. Así, y por los efectos de la “privanza”, se producen las elecciones que presiden el nombramiento de los virreyes de Nápoles, y se dan los mecanismos de agregación y disgregación de los partidos y de las facciones hispano-napolitanas. El autor dedica páginas importantes a los años de la Unión de Armas (1629-1635) y a los efectos sobre el reino de la estrategia político-militar de Olivares. En polémica con Raffaele Ajello, Galasso ve:

un esfuerzo imponente que, lejos de configurar una *frontera desarmada* (es esta la tesis de Ajello) y una desmilitarización del país, perfila una función mucho más activa del reino también sobre el plano militar, como se ve, más que nada, por el empeño del gobierno, que los contemporáneos notaban, sobre este plano y sobre aquel conexo del esfuerzo financiero necesario para respaldar el esfuerzo militar ³⁷⁴.

El autor, del mismo modo, toma con agudeza los motivos de la dialéctica que opone a Nápoles al nuevo empeño financiero solicitado por Madrid y a la naturaleza de la puesta en juego: si la finanza extraordinaria prevarica aquella ordinaria,

³⁷³ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. III, p. 27.

³⁷⁴ *Ibidem*, p. 103.

especialmente durante el virreinato de Monterrey, y si la capital debe someterse a la fiscalidad extraordinaria como cualquier otra parte del reino, su estatus privilegiado queda rebajado de *Caput Regni* exento de los “pagos fiscales” y se equipara al reino como persona institucional según el plan madurado por cinco diputados nobles napolitanos. De este modo la Monarquía consiguió un gran éxito reduciendo, de facto, la capital a la condición de mera tierra, entre tantas otras del reino, ante el fisco.

El decenio de 1636-1646 es la época de las “rupturas”. Hacia equilibrios irreversibles (1639-1642), dificultades financieras crecientes, oposiciones sobre todo por parte de la aristocracia, tensiones en toda la base social popular, con el clero y con Roma, pero, al mismo tiempo, acentuación de la presión fiscal y política sobre el país que todavía no pone en discusión la seguridad de la posesión del reino por parte de la corona. Y, es en cambio en el periodo comprendido entre 1642-1646, en donde más aguda aparece la crisis del reino dentro de la crisis general del imperio.

El autor reconstruye la base político-cultural, político-institucional y político-social de la revuelta de 1647-1648. Su periodización aparece también más articulada respecto a la propuesta de Schipa. A la “revuelta de Masaniello”, posterior al “tumulto extemporáneo” del 7 de julio y terminada con el declive y muerte del cabecilla, le sigue, después de la crisis y el exilio de Giulio Genoino, la “revuelta antiespañola” con la difusión del movimiento en las provincias, los “segundos tumultos” que representan una contraposición neta a España y la ampliación de los objetivos revolucionarios. Es de hecho en esta fase en donde se prepara la “secesión de Madrid”, la radicalización de la revuelta, el “manifiesto” del 17 de octubre y la institución de facto de la República, de la que Galasso analiza en profundidad la dialéctica de los grupos políticos y sus líneas de acción, la confrontación entre el duque de Guisa y el generalísimo Gennaro Annese y los intentos de reconstrucción de un “nuevo Estado”. La revuelta en la periferia es seguida en las provincias y reconstruida según líneas ricas y diversificadas. El análisis de los motivos que condujeron a la caída de la república y las líneas de la restauración de Oñate, concluyen la orgánica y exhaustiva reconstrucción de Galasso que también se caracteriza por la cuidadosa, y no siempre fácil, interpretación de las fuentes.

La segunda parte del siglo XVII discurre entre la estabilización de los años cincuenta a lo largo del sendero político “centrista” trazado por el virrey Oñate, la recuperación de las fuerzas centrífugas después de la Paz de los Pirineos y los años de la Guerra de Mesina (1674-1678). En la historia del reino de Nápoles –algo que ya se ha dicho anteriormente– la estrechísima relación entre la

política internacional y la interna, constituye uno de los caracteres recurrentes tanto en la época medieval como en la moderna. En el paso crucial, después de las paces de mediado el XVII, de una condición de equilibrio europeo, caracterizado por un sustancial unipolarismo, a otro cada vez más estructurado sobre el multipolarismo, las disposiciones políticas del reino de Nápoles son aún más dependientes del sistema de las relaciones internacionales. Pero también este sistema, que va cada vez más articulándose en esferas de influencia, no puede dejar de contar con un área como el reino de Nápoles; periférica cierto, pero parte no precisamente secundaria del tablero mediterráneo, nunca centro de las relaciones mundiales, pero seguramente importante esfera de influencia en la Europa multipolar. Especialmente después de la guerra de Mesina, el interés internacional por el *Mezzogiorno* de Italia no será ya menor. Precisamente por el puesto que juega el reino de Nápoles en las relaciones internacionales y en el sistema imperial español, se hace necesario que la corona y sus virreyes sean capaces de promover un “nuevo orden” y empuje absolutista, bien para redimensionar la indisciplina y reticencia de estamentos tales como el nobiliario, bien para dar mayor consistencia a la acción del gobierno del territorio. Sin embargo, “el regreso al orden” del “feliz gobierno” del virrey Carpio, a principios de los ochenta, no logra alejar la crisis dinástica que se prepara en la última década del Seiscientos con la cuestión de la sucesión de la corona española y la conjura de Macchia, a los que sigue el breve reinado de Felipe V, la retirada de Madrid y la llegada de Viena.

El siglo XVII constituye, para Galasso, el siglo no de la “hispanización de Italia”, sino de la constitución de una “sociedad italo-española”, hecha de intersecciones, aportes e intercambios de experiencias históricas entre las dos civilizaciones. Es en esta lógica en donde entra la “política de los compromisos”, que representó la columna vertebral del gobierno español en el *Mezzogiorno* de Italia y condicionó las formas de desarrollo de la “vía napolitana al Estado moderno”. En el signo de la “conservación” se realizó la convergencia de intereses entre la monarquía, la aristocracia feudal, la capital en el conjunto de sus estamentos, la iglesia y los grupos eclesiásticos, además del capital extranjero. El *Mezzogiorno* pagó precios elevados por esta política de compromisos que, aún consolidando un orden político y social, por su carácter conservador, no logró estimular la formación y consolidación de nuevos sujetos históricos.

La reflexión de Galasso sobre los límites y los costes de la modernización ejercida por España en el *Mezzogiorno* dieciochesco y, más en general, en Italia, no puede, sin embargo, ser asimilada a la tradición del antiespañolismo clásico. Si los costes de pertenencia de nuestra península al sistema imperial español fueron

altos, no puede atribuirse a España un papel colonizador, según la interpretación de Gabriele Pepe y Raffaele Ajello. La “hispanización”, es decir, la total absorción del *Mezzogiorno* de Italia en la férrea lógica del dominio habsbúrgico, capaz de anular drásticamente todos los espacios de producción histórica autónoma, no se realizó. La distancia de Galasso del antiespañolismo radical de Pepe, es aquí abisal. Pongamos un solo ejemplo de tantos posibles: el jurisdiccionalismo no fue “vil polémica al servicio de España”, según el juicio sin apelación de Pepe, sino una contribución original de la cultura política napolitana a las teorías regalistas y a la afirmación de una autonomía del Estado frente a la Iglesia. La revisitación de algunos de los motivos del antiespañolismo obrados por Galasso, se distancian también de la perspectiva de Villari, que asimila la dinámica intelectual y política de la revuelta de Masaniello con la de una defensa anacrónica de los valores de la patria y de la nación.

Justo a modo de conclusión en este largo acontecer del gobierno español en el *Mezzogiorno*, toma mayor cuerpo el sentido de aquella “nación napolitana” sobre cuyas huellas se ha movido Galasso. Podrían ser sintetizadas de la siguiente manera: fuerte dependencia de los equilibrios internacionales; formación de un Estado Moderno entre la continuidad y las innovaciones, pero con una neta prevalencia del poder regio sobre el reino; la constitución de una sociedad hispano-napolitana fundada en los intercambios, tramas, intersecciones y compromisos, y no sobre las dependencias en sentido único; y conservación y falta de promoción de nuevos sujetos históricos que condicionaron incluso las dinámicas y los resultados de las resistencias y de los conflictos.

3. *LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA EN EL IMAGINARIO DEL SIGLO XIX*

Carlos Reyero

El imaginario visual decimonónico fijó el origen de la decadencia de la Monarquía hispánica de los Habsburgo en dos momentos del reinado de Felipe II. Por un lado, en la derrota de la Armada Invencible en 1588, que evocó en un cuadro espectacular José Gartner de la Peña en 1892, donde tiñó de melancólico dramatismo el ocaso del poderío naval, convertido en metáfora plástica que prefiguraba un destino fatal. Por otro, en la persecución desatada contra el antiguo secretario Antonio Pérez, que, refugiado en Aragón, derivó en el prendimiento y ejecución del Justicia Juan de Lanuza, convertido por escritores y artistas del XIX en mártir de la libertad e icono del autogobierno aragonés, frente a la arbitrariedad del absolutismo regio³⁷⁵. A pesar de la potencia argumental de estos dos pasajes históricos, sólo el reinado de Felipe III y, sobre todo, el de Felipe IV y el de Carlos II, encarnaron la decadencia política por antonomasia.

Quizá una de las pruebas visuales más evidentes del descrédito valorativo de los Austrias menores, respecto a sus inmediatos antecesores, se encuentre en su significativa ausencia del ambicioso proyecto decorativo concebido por José Garnelo para decorar el vestíbulo del Palacio de Bibliotecas y Museos, el mayor edificio construido por el Estado en Madrid durante el siglo XIX. Aunque dicho proyecto nunca se llevó a cabo, es conocido a través del boceto (Madrid, Instituto de España), que ganó un concurso convocado por la Academia de San Fernando en 1894. El punto primero de las bases de aquel concurso indicaba que había de representarse “La cultura española simbolizada en la agrupación de los grandes hombres que más han contribuido a su determinación y desarrollo en todos los tiempos”³⁷⁶. En la propuesta de Garnelo figuran, en una gran composición inspirada en la Escuela de Atenas de Rafael, junto a literatos, artistas, legisladores y

³⁷⁵ Véase C. REYERO: *La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia del siglo XIX*, Valladolid 1999, pp. 74-81.

³⁷⁶ C. REYERO: *Cultura y Nacionalismo. José Garnelo y la Academia en 1894*, Madrid 2006, pp. 51 y ss.

conquistadores de épocas diversas, un buen número de reyes españoles: entre Felipe II, que ocupa una posición privilegiada junto a escritores, santos, médicos y militares del siglo XVI, y Felipe V, reconocible entre prominentes figuras del XVIII, no se incluye ni a Felipe III ni a Felipe IV ni a Carlos II. Al siglo XVII en el que los tres reinaron se alude únicamente a través de literatos –Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Lope de Vega, Francisco de Quevedo o Luis de Góngora, entre otros más– y artistas –Murillo, Ribera y Velázquez–. Así pues, a los ojos de la cultura oficial más estereotipada del siglo XIX, ninguno de aquellos reyes merecieron un puesto de honor en el panteón mítico del saber nacional.

Evidentemente, tampoco sus nombres figuraron entre las glorias políticas o militares que los artistas utilizaron para exaltar el emergente nacionalismo español: fuera del ámbito artístico-literario, el siglo XVII no pareció suministrar al XIX demasiados motivos de orgullo patriótico ni tampoco elevadas lecciones morales. Sin embargo, ello no quiere decir que personajes y acontecimientos de aquel siglo no suscitaran atención plástica, aunque fuera por motivos distintos, entre pintores y escultores, como también lo hicieron entre historiadores y pensadores, en general.

Las razones que animaron a los artistas a fijarse en ese periodo histórico son de tres tipos. En primer lugar, hay que tener en cuenta el pintoresquismo que envolvía a la época, en la que se encontraron individuos y situaciones muy curiosas, relacionadas con la historia o la leyenda. Los pintores del siglo XIX siempre buscaron asuntos llamativos y excepcionales, que llamasen la atención por su singularidad, la osadía de sus protagonistas o lo dramático de su desenlace. Aunque no era tan remoto como la Edad Media, el siglo XVII fue percibido en el XIX, gracias en gran medida a la literatura, con novelistas tan leídos como Alejandro Dumas, como un periodo poblado de espadachines y sombreros de ala ancha, tabernas y soldados ávidos de fortuna, traiciones y desengaños, aventureros y místicos.

En segundo lugar, no toda la época, ni mucho menos, resultó prescindible en el discurso de exaltación nacionalista, que es la principal razón por la que el pasado cobra sentido en el siglo XIX. Fueron, más bien, los reyes quienes perdieron protagonismo, a diferencia de lo que había ocurrido con otros momentos de la historia. Pero quedaron, por un lado, algunos personajes y episodios militares que aún fueron recordados con orgullo; y, por otro, y de manera muy destacada, los escritores y los artistas, como se acaba de apuntar. Aunque la mayoría de las reflexiones literarias y plásticas sobre sus vidas han de considerarse anécdotas privadas, al margen por tanto de la interpretación histórica global que aquí se trata ³⁷⁷,

³⁷⁷ No se incluye aquí toda la repercusión iconográfica que tuvo la fortuna plástica de escritores y artistas, en tanto que el problema forma parte de un discurso autónomo y complejo, muchas veces impulsado por aniversarios y conmemoraciones que, sin estar exentas de alcance

es indudable que algunos de ellos, en algún momento, tuvieron actividad pública o, incluso, relación con los reyes, por lo que, en ese caso, hay que valorar su presencia en el imaginario visual del periodo, con independencia del mito derivado de la creación.

Y, en tercer lugar, la óptica decadente con la que fue interpretado el siglo XVII forma parte de la sensibilidad pesimista y doliente que impregna el ser español durante el siglo XIX, como una fatalidad histórica, desde Séneca a Juana de Castilla. Una parte de esa sensibilidad conecta incluso con el decadentismo finisecular. Hasta cierto punto, esa atmósfera de fin de época con la que se percibe la decadencia de la dinastía habsbúrgica, durante la cual el arte y la literatura brillaron paradójicamente a gran altura, tiene su correlato en la época de 1900, cuando la pasión por la belleza extrema se convirtió en una manifestación apocalíptica de la inutilidad y el desencanto. En ese sentido, cabe interpretar, incluso, el quijotismo y el misticismo en el marco de esa decadencia³⁷⁸. Pero el referente temporal de ambos aspectos estuvo más en el siglo XVI que en el XVII, aparte de que tanto las recreaciones visuales cervantinas³⁷⁹ como las

político, tienen más que ver con cuestiones específicas de la literatura y el arte en el XIX que con el imaginario histórico propiamente dicho. Por ejemplo, el traslado de los restos mortales de Calderón de la Barca el 13 de octubre de 1874 a la Basílica de San Francisco el Grande, entonces Panteón de Hombres Ilustres, fue un acontecimiento trascendental, del que incluso se hicieron pinturas, como la de Antonio Pérez Rubio (Véase *Museo Municipal. Catálogo de las Pinturas*, Madrid 1990, p. 214). En lo que se refiere a los pintores del siglo XVII y su representación en el XIX, se han hecho varios e importantes trabajos. Véanse, entre otros, A. DE LA BANDA Y VARGAS: “El eco de Murillo en el Cádiz decimonónico”, *Boletín de Bellas Artes* 12 (1984), pp. 215-234; M. S. GARCÍA FELGUERA: “Imágenes de un pintor: la iconografía de Murillo en el siglo XIX”, *Cuadernos de Arte e Iconografía*, t. II, n° 4 (1989), pp. 334-330; M. S. GARCÍA FELGUERA: *La fortuna de Murillo (1682-1900)*, Sevilla 1987; M. S. GARCÍA FELGUERA: *Viajeros, eruditos y artistas. Los europeos ante la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid 1991; M. S. GARCÍA FELGUERA: “Locos por Velázquez. Talleres de artistas en el siglo XIX”, en *Symposium Internacional Velázquez*, Sevilla 2004, pp. 273-280; J. ÁLVAREZ LOPERA: “Alonso Cano, una fortuna crítica declinante”, en *Symposium internacional Alonso Cano y su época*, Granada 2002, pp. 21-36; S. STRATTON-PRUITT (ed.): *Velázquez's Las Meninas*, Cambridge 1983.

³⁷⁸ J. M. VÁZQUEZ ROMERO: “La decadencia española como problema filosófico: místicos y quijotes”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. REYERO (dirs.): *El siglo de Carlos V y Felipe II...*, op. cit., vol. II, pp. 439-461.

³⁷⁹ Sobre este aspecto, véase, sobre todo, J. L. Díez (dir.): *El mundo literario en la pintura del siglo XIX del Museo del Prado*, Madrid 1994; J. L. Díez: *Una visión ensoñada del Quijote. La serie cervantina de Muñoz Degraín en la Biblioteca Nacional*, Sevilla 2003; J. L. Díez: *Tres mitos españoles. La Celestina, Don Quijote, Don Juan*, Madrid 2004; C. REYERO: *Cervantes y el mundo*

místicas³⁸⁰ en el arte español del XIX han sido cuestiones muy tenidas en cuenta en los últimos tiempos.

3.1. *ALGUNOS RECUERDOS GLORIOSOS DEL REINADO DE FELIPE III*

El hijo de Felipe II aparece por primera vez en la pintura de historia en la muerte de su padre en El Escorial, tema tratado por varios artistas españoles en el XIX. La recreación más famosa corresponde a Francisco Jover y Casanova (1862, Madrid, Prado, depositado en el Palacio del Senado)³⁸¹; el joven heredero, impecablemente vestido y arrodillado a los pies de lecho mortuario, sujeta la mano izquierda del rey moribundo en un teatral gesto de dolor.

La sensibilidad que aparenta el heredero de la corona en esta pintura coincide con la personalidad con la que los historiadores identificaron a Felipe III:

el carácter del nuevo rey no era a propósito para sobre él se pudiesen formar ilusión alguna los pensadores: manso, apocado, no muy largo de inteligencia ni fue aficionado a la dirección de los negocios³⁸².

Modesto Lafuente lo ratificó: “nunca Felipe II logró corregir el carácter indolente de su hijo, ni nunca tuvo muy favorable idea de su capacidad y actitud”³⁸³. Algunos historiadores posteriores, como Rafael del Castillo, también comentan los escandalosos gastos de su reinado, aunque siguen incluyendo ilustraciones de episodios gloriosos³⁸⁴.

cervantino en la imaginación romántica, Alcalá de Henares 1997; y J. BARÓN (dir.): *Reflejos del Quijote en Andalucía. Del romanticismo a la modernidad*, Sevilla 2006.

³⁸⁰ Sobre representaciones de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León en el XIX, J. C. BRASAS EGIDO: “Figuras e imágenes literarias de la época de Carlos V y Felipe II en la pintura española del siglo XIX”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. REYERO (dirs.): *El siglo de Carlos V y Felipe II...*, op. cit., vol. I, pp. 75-99.

³⁸¹ El tema también fue tratado por Carlos María Esquivel, José María Rodríguez de Losada, Víctor Manzano y Antonio Casanova Estorach en C. REYERO: *La época de Carlos V y Felipe II en la pintura...*, op. cit., p. 386.

³⁸² J. DE MARIANA: *Historia general de España*, Madrid 1852, vol. II, p. 567.

³⁸³ M. LAFUENTE Y ZAMALLOA: *Historia General de España...*, op. cit., III, p. 238.

³⁸⁴ R. DEL CASTILLO: *Historia de España*, Barcelona 1878, vol. IV, cap. CLCCVI. Entre los episodios ilustrados figura, por ejemplo, la batalla de Nieuport (cap. CLXXVII), la travesía del Rin al mando de Spínola (capítulo CLXXX), la batalla de Praga (cap. CLXXXVII) o la entrada de Felipe III en Lisboa (cap. CXCH).

Prueba de que la imagen de Felipe III aún tenía un uso político positivo para la monarquía de Isabel II, fue el traslado de su antigua estatua, desde la Casa de Campo hasta la Plaza Mayor de Madrid, por iniciativa del Ayuntamiento, en 1847. El arquitecto Juan José Sánchez Pescador diseñó entonces el pedestal y el escultor Sabino de Medina los adornos, de forma que pasase por un monumento nuevo. Una inscripción justificaba su reubicación, en relación con el definitivo asentamiento de la capital, y la contribución de la reina, que cedió la pieza sin perder su propiedad³⁸⁵. Es probable que en la decisión de este traslado a la Plaza Mayor, aparte tener que ver con la necesidad de monumentalizar Madrid con estatuas, y de contribuir a la exaltación de la Monarquía, también influyera el deseo de subrayar la dimensión regia una plaza que los liberales habían bautizado de la Constitución, y que desde 1820 se había convertido en un icono del liberalismo, frente al absolutismo del Palacio Real, sin descartar el historicismo asociado al llamado “Madrid de los Austrias”, que evidentemente es el del siglo XVII.

El nombre del donostiarra Antonio de Oquendo y Zandategui, que desarrolló su carrera durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, es el marino del siglo XVII más recordado en las artes plásticas del XIX, bien es verdad que en círculos locales, siempre deseosos de encontrar un natural que convertir en héroe. Una de sus mayores hazañas, según cuentan sus biógrafos, fue la victoria naval que obtuvo en 1631 contra el pirata holandés Hans Pater, en la defensa de Pernambuco y Todos los Santos. El marinista Antonio de Brugada pintó en 1858 dos cuadros para el Ayuntamiento de San Sebastián, uno de los cuales se titula *El invencible almirante don Antonio de Oquendo toma al abordaje la Capitana holandesa. El capitán Haspater se arroja al mar desesperado*; y el otro, *Reconvenido el general holandés por el resultado del combate, contesta: que la Capitana Real de España, con don Antonio de Oquendo era invencible*³⁸⁶.

³⁸⁵ J. RINCÓN LAZCANO: *Historia de los monumentos de la Villa de Madrid*, Madrid 2009, pp. 17-23.

³⁸⁶ Véase <<http://www.ingeba.org/klasikoa/geografi/mug203/m717722.htm>> [junio de 2010]. Ossorio también se refiere a la existencia de “dos grandes cuadros representando las principales acciones del célebre marino D. Antonio de Oquendo, encargados por resultado de una suscripción abierta en San Sebastián en cuya Casa Consistorial se conservan” (M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, Madrid 1883-1884, p. 107). Una monografía posterior recoge esta cita (E. ARIAS ANGLÉS: *Antonio de Brugada, pintor romántico y liberal*, Madrid 1989, p. 86). También se cita en la biografía de Brugada su participación en la Exposición Nacional de 1860 con otro cuadro titulado *El Almirante Oquendo venciendo en las dunas a los holandeses*, que tuvo lugar en 1639, considerado por la historiografía como el último gran episodio naval de la armada española.

Varias décadas más tarde, en 1894, se inauguraba el *Monumento al Almirante Oquendo* en San Sebastián, obra de Marcial de Aguirre. En el pedestal se colocó un relieve que representa la *Batalla de Pernambuco*, en el que se ve el mencionado abordaje en alta mar ³⁸⁷.

A finales de siglo, precisamente cuando la pérdida de Filipinas estaba próxima, también se recordó un hecho relativo a la conquista de estas islas. El filipino Eusebio Santos González presentó a la Exposición Nacional de 1897 el cuadro titulado *Defensa de Manila*, inspirado en la *Historia de Filipinas* de José Montero Vidal, un fragmento de la cual se incluye en el catálogo:

Emboscado fray Antonio Flores, lego agustino, el año 1603, entre unos manglares, provisto de comida, dos arcabuces y dos bolsas con más de 400 balas, peleó contra sangleyes desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde; no tirando más que a grupos de 20 ó 30 para no perder tiro, cargaba con dos o tres balas, y logró matar más de 600 bárbaros, destruyendo la sublevación ³⁸⁸.

3.2. EN TORNO A LA “LEYENDA NEGRA”

Dos episodios historiográficamente conflictivos del reinado de Felipe III contribuyeron a alimentar la leyenda negra construida a partir de la implacable autoridad ejercida por su padre: la expulsión de los moriscos y la conjuración de Venecia. Ambos episodios fueron muy controvertidos en la historiografía del siglo XIX y, en consecuencia, merecieron atención de los artistas, con la consecuente relectura de su significado.

El tema de la expulsión de los moriscos ilustra varias historias de España. Aunque algunas, como la de Ortiz y Sanz, hacen una lectura comprensiva ³⁸⁹, en general, con el afianzamiento del liberalismo, se impone la interpretación crítica, tanto en las imágenes como en los textos. Juan Cortada, por ejemplo, dice al respecto:

Aún hoy siente España esa desgracia, y la miseria y despoblación de algunas de sus provincias no reconocen más origen que las expulsiones de judíos y moriscos ³⁹⁰.

³⁸⁷ C. REYERO: *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*, Madrid 1999, p. 531 [con bibliografía anterior].

³⁸⁸ *Catálogo de la Exposición Nacional de 1897*, Madrid 1897, p. 154 (nº 1015).

³⁸⁹ J. ORTIZ Y SANZ: *Historia general de España*, Madrid 1846, vol. VII, pp. 160 y 161. Los grabados son de Tomás López Enguídanos del siglo XVIII.

³⁹⁰ J. CORTADA: *Historia de España*, Barcelona 1872, vol. I, p. 498. La ilustración, también inserta en la *Historia de España* de Teodoró Baró, representa, en el centro de la composición,

El tema, aunque con proyección nacional en lo que a su significado respecta, tiene un acusado componente local valenciano, hasta el punto de que es muy significativo el hecho de que fueran valencianos todos los pintores que trataron el tema.

Así, Francisco Domingo presentó a la Exposición Nacional de 1864, donde obtuvo segunda medalla, *El beato Juan de Ribera en la expulsión de los moriscos* (Valencia, Museo de Bellas Artes)³⁹¹, una escena en la que precisamente trata de contraponer la caridad del patriarca, al acoger a una pobre familia de moriscos obligada a expatriarse, frente a la intransigencia de los funcionarios regios, a los que se alude, vestidos de negro y en posición secundaria, a la izquierda de la composición. La caridad religiosa, basada en sentimientos humanitarios, se mantiene frente a la intransigencia civil.

Años después, Vicente Nicolau Cotanda llevó a la Exposición Nacional de 1881 *La expulsión de los moriscos en las playas de Valencia*³⁹², subrayando con la mención expresa a la ubicación geográfica el carácter valenciano del episodio.

También en las arenas de una playa valenciana, cuando están a punto de embarcar, está ambientada la escena de *Expulsión de los moriscos* (Castellón, Museo) que pintó Gabriel Puig y Roda. Se trata de una pintura ambiciosa, por su tamaño y cualidades técnicas, realizada en los últimos años del siglo XIX, cuando la épica triunfalista de la pintura de historia ya había desaparecido. El pintor se ha preocupado por destacar el victimismo heroico de quienes están a punto de ser expulsados injustamente –porque se hace una lectura moral– de unas tierras a las que tienen derecho: hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes, vestidos con indumentarias de sabor islámico, gritan desesperados, lloran o se resignan, ante la mirada impasible de unos funcionarios reales caricaturizados. La pintura se ha de entender como un alegato, no exento de crudeza, contra las inhumanas decisiones de los poderosos a lo largo de la historia, más allá del hecho mismo que representa, como una metáfora plástica de todos los exilios³⁹³.

La Conjuración de Venecia –otro de los hitos sobre los que se construyó la “leyenda negra”– fue, como se sabe, un conflicto diplomático que enfrentó a

una mujer con los brazos levantados, en gesto de impotencia, para subrayar la injusticia de la medida. Véase T. BARÓ: *Historia de España*, Barcelona 1891, p. 348.

³⁹¹ F. FERNÁNDEZ PARDO: *Francisco Domingo*, Valencia 1988, p. 11

³⁹² *Catálogo de la Exposición Nacional de 1881*, Madrid 1881, p. 96 (nº 489).

³⁹³ C. REYERO: “Acogidos en conciencia. Rechazados, perdedores y víctimas en la pintura de historia del siglo XIX”, en M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ *et alii*: *Acogidos y rechazados en la historia*, Valladolid 2005, pp. 103-146.

la Monarquía hispánica con la República de Venecia en 1618: los gobernantes venecianos atribuyeron a diversas autoridades españolas en Italia una intriga, que consistió en la invención de un pretexto para intervenir militarmente en Venecia, tras haber manipulado a un grupo de hugonotes franceses, que terminaron asesinados o ejecutados.

El encargado de defender la honradez política de las autoridades españolas fue Alfonso de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar, embajador en la República de Venecia en tiempos de Felipe III. Sobre este asunto, Ricardo Navarrete y Fos presentó a la Exposición Nacional de 1871, donde obtuvo una medalla de segunda clase, un cuadro titulado *El marqués de Bedmar ante el Senado de Venecia* (Alcoy, colección particular)³⁹⁴, que representa el momento en el que el embajador Bedmar exige disculpas ante el vicedux por los motines que habían llevado a suponer que la conjuración había sido incitada por los españoles.

Navarrete sitúa al embajador ligeramente adelantado del pequeño grupo de españoles que le acompañan, colocados en el extremo izquierdo de la composición, de modo que el marqués de Bedmar queda aislado en medio del ostentoso salón, frente a la figura del vicedux, en el extremo derecho. Vestido de negro, su austeridad contrasta con la opulencia de los nobles venecianos que escuchan su argumentación, en un deseo del artista de respaldar visualmente, con su gesto firme y la ausencia de retórica, los razonamientos de su discurso. Ideológicamente, por tanto, trata de defender, en primer lugar, la honradez del comportamiento español, frente a la “leyenda negra”; y, en segundo lugar, exaltar las virtudes de la diplomacia y de la concordia entre las autoridades de los distintos territorios, una preocupación que tuvo muy presente siempre la cultura visual y política del siglo XIX.

La poética de este cuadro también ha de relacionarse con la fascinación que Venecia y su historia suscitaron en toda la Europa del Ochocientos. La ciudad italiana encarnó el mito de la decadencia por antonomasia. En ese sentido, la interpretación que hace Navarrete contribuye a reforzar la leyenda de un lugar mágico envuelto en tradiciones misteriosas. Nos situamos ante un interior oscuro y en penumbra, saturado de una decoración abrumadora, en el que un numeroso grupo de hombres barbados, ataviados con brillantes ropajes que evocan un lujo remoto, participan de una ceremonia que, antes de conocer el relato histórico, parece iniciática. El desmedido lujo y el sofisticado ritual evocan una especie de sueño imposible, dos poderes que fueron y ya no son.

³⁹⁴ C. REYERO: *La escultura conmemorativa en España...*, *op. cit.*, p. 379 (nº6) [con bibliografía anterior].

Más tarde, el propio Ricardo Navarrete volvería con el mismo argumento de la conjura en otro cuadro titulado *Delación secreta de la República de Venecia* (1887, Museo del Prado, depositado en el Museo de Almería)³⁹⁵. Representa a un noble veneciano que parece leer un documento secreto, ante la mirada de otros dos personajes en segundo término.

3.3. *EL OCASO DE TRES PODEROSOS:*

RODRIGO CALDERÓN, VILLAMEDIANA Y VALENZUELA

Como el mérito y la fortuna crítica de las obras de arte no tiene necesariamente que ver con la importancia histórica o con la trascendencia moral de los asuntos tratados, los tres episodios del siglo XVII que la pintura del siglo XIX contribuyó a hacer más famosos —ante los ojos de los contemporáneos y, seguramente, también a los nuestros, si nos atenemos a la calidad estética de las piezas y a la difusión de las mismas— se refieren a la caída en desgracia de tres personajes, Rodrigo Calderón, el conde de Villamediana y Fernando de Valenzuela, a los que artistas de cierto renombre dedicaron su talento creativo.

Cronológicamente, el primer cuadro, y también el más famoso de los que hacen referencia al primero de los personajes citados, fue el pintado por Carlos Luis de Ribera, que lleva por título *Don Rodrigo Calderón conducido al suplicio* (1839, Madrid, Palacio Real)³⁹⁶. Representa el itinerario seguido por el conde, el marqués de Siete Iglesias y protegido del duque de Lerma, desde su casa en la calle San Bernardo de Madrid hasta la Plaza Mayor, donde fue ejecutado el 21 de octubre de 1621. El reo, que va montado sobre una mula y es arropado por varios frailes mercedarios, a los que siguen varios alguaciles, va precedido por un sacerdote y un representante de la justicia, mientras la muchedumbre se agolpa curiosa.

El cuadro se expuso en el Salón de París de 1839, donde su autor obtuvo una medalla de tercera clase. El texto explicativo incluido en el catálogo³⁹⁷ nos proporciona las claves necesarias para entender el interés por este pasaje; en primer lugar, la variabilidad de la fortuna, que puede hacer pasar a cualquiera de la nada

³⁹⁵ Inv. N° 4936. Fue adquirido por el Estado en 1887.

³⁹⁶ P. DE MIGUEL EGEA: *Carlos Luis de Ribera, pintor romántico madrileño*, Madrid 1984, p. 96 (n° 41).

³⁹⁷ Recogido en C. REYERO: *París y la crisis de la pintura española. Del Museo del Louvre a la torre Eiffel, 1799-1889*, Madrid 1993, p. 46.

a la gloria, y de la gloria a la nada, en muy poco tiempo, sin esperarlo; y en segundo lugar, la imperturbabilidad de espíritu del condenado, que se ha convertido en un lugar común (“tener más orgullo que don Rodrigo en la horca”). A estas razones hay que añadir el pintoresquismo español del asunto, ambientado en el Siglo de Oro, que estaba absolutamente de moda en el París de Luis Felipe, donde la obra se dio a conocer.

El argumento siguió presente en el imaginario visual del siglo XIX. Así, el jezezano Rodríguez de Losada también pintó a *Don Rodrigo Calderón en el tormento* (Madrid, Museo del Prado) en un cuadro que tuvo cierta repercusión pública cuando fue expuesto en los salones de la revista *El Globo*³⁹⁸. En la *Historia de España* de Rafael del Castillo, acaso la mejor ilustrada de todo el siglo XIX, también se incluye un grabado de la *Muerte de Rodrigo Calderón*, en el que se hace referencia al patíbulo (capítulo CXIII).

El pintor Manuel Castellano fijó su atención en don Juan de Tassis y Peralta, conde de Villamediana, un auténtico don Juan del siglo XVII, quien a primera hora de la noche del 21 de agosto de 1622, fue atravesado por la cuchilla de una ballesta, asestada por un embozado que salió de un portal, junto a la iglesia de San Ginés de Madrid, cuando el conde viajaba en coche en compañía de su amigo Luis de Haro. Las leyendas sobre la causa de su muerte, que ya alimentaron la literatura de su tiempo, giran en torno a una posible venganza del rey Felipe IV, por haber pretendido el conde seducir a la propia reina. La recuperación del relato y de la imagen en este momento del siglo XIX —se empezó en 1868, se expuso en 1871 y el Estado lo compró en 1873— se ha relacionado con un ataque a la institución monárquica, al poner en entredicho el honor del rey. Según se recoge en el catálogo de la Exposición Nacional de 1871, donde el pintor obtuvo una medalla de segunda clase, la *Muerte del Conde de Villamediana* (Madrid, Museo del Prado, depositado en el Museo de Historia de Madrid) representa el momento en el que el cuerpo sin vida yace en el portal del palacio del conde Oñate, padre de Villamediana, donde una multitud se agolpa curiosa³⁹⁹.

El cuadro, aparte del interés plástico y el argumento trágico-pasional que lo sostiene, razones fundamentales de su éxito, nos recrea la calle Mayor de Madrid en 1622, con las gradas de la iglesia de San Felipe el Real, donde se amontona la

³⁹⁸ C. REYERO: *La pintura de historia en España. Esplendor de un género en el siglo XIX*, Madrid 1989, p. 183; A. M. ROMERO COLOMA: *Aproximación al estudio de la personalidad artística de José María Rodríguez de Losada*, Cádiz 2005, p. 40.

³⁹⁹ Inv. N° 3925. Sobre esta obra, véase, sobre todo, E. CASADO ALCALDE: *Pintores de la Academia de Roma. La primera promoción*, Madrid 1990, pp. 34-35; y J. L. Díez: *La pintura de historia del siglo XIX en España*, Madrid 1992, pp. 260-269 (n° 24).

gente, lugar conocido como el mentidero de Madrid, y la torre de la desaparecida iglesia de Santa Cruz. Todo ello, junto a la indumentaria de los personajes, la cuidada de elección de los detalles –como el farol, copiado de uno existente en el convento de las Descalzas Reales– y el esfuerzo intelectual por ubicar exactamente los edificios contribuyen a dar carácter de época a la escena, quizá la más lograda de cuantas imaginaron el Madrid de Felipe IV en el siglo XIX.

Con anterioridad, Manuel Castellano había abordado ya otro episodio histórico del siglo XVII, aunque sucedido más de cincuenta años después del de Villamediana. Se trata de la *Prisión de don Fernando de Valenzuela* (1866, Museo del Prado, depositado en el Museo de Bellas Artes de Valencia)⁴⁰⁰. El personaje, favorito de la reina viuda Mariana de Austria, fue prendido en 1677 en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, donde se había refugiado, por iniciativa de varios títulos del reino, encabezados por don Juan José de Austria, y conducido a medio vestir ante el duque de Medina Sidonia. Un personaje, a la derecha de la composición, se agacha a recoger una nota, en la que el rey ponía al privado al amparo de los monjes jerónimos que, arrodillados y llenos de temor, frente a la imperturbabilidad del valido, claman justicia al cielo. Se trata de una interpretación positiva del personaje, con el que el pintor simpatizaba, en virtud de sus gustos castizos, pues el llamado “Duende de palacio”, “para ganar la afición del pueblo, procuraba que la capital estuviese surtida de alimentos y diversiones, sobre todo corridas de toros y comedias”⁴⁰¹.

La figura de Valenzuela ya había interesado con anterioridad a Antonio Pérez Rubio, que en la Nacional de 1862 había expuesto el cuadrito *Don Antonio de Toledo y el duque de Medina Sidonia en busca del favorito Valenzuela*⁴⁰². La *Historia de España* de Rafael del Castillo (1878) incluye dos grabados, uno con el retrato de Fernando Valenzuela (capítulo CCLXVIII) y otro de la prisión (capítulo CCLXVIII).

⁴⁰⁰ Inv. N° 5554. El cuadro figuró primero en la Exposición Nacional de 1866, donde fue adquirido por el Estado en 1.000 escudos, tras haber sido premiado con una medalla de primera clase, y, después, fue seleccionado para ser mostrado en la Exposición Universal de París de 1867.

⁴⁰¹ E. CASADO ALCALDE: *Pintores de la Academia de Roma...*, op. cit., p. 33.

⁴⁰² *Catálogo de la Exposición Nacional de 1862*, Madrid 1862, p. 40 (n° 222); M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, op. cit., p. 526.

3.4. *EL MADRID DE FELIPE IV*

Además del cuadro de Villamediana, varias pinturas más representan sucesos ocurridos en el Madrid de Felipe IV. Pero el interés de los artistas del XIX hacia la villa se debe, sobre todo, al prestigio alcanzado por algunos escritores, intrínsecamente unidos a la capital; más que el Madrid de Felipe IV es, en realidad, el Madrid de Lope de Vega o de Calderón de la Barca. En las historias de España que incluyen grabados no abundan las representaciones de episodios políticos o militares del reinado, salvo en la profusamente ilustrada de Rafael de Castillo⁴⁰³, aunque muchas suelen incluir retratos del monarca realizados a partir de las pinturas de la época.

El discípulo de Ingres, Jean-Paul Balze, es autor de una pintura titulada *Los funerales de Lope de Vega* (1853, Montauban, Musée Ingres), que se fija en el momento en el que la hija del difunto sale del convento en el que ha profesado para arrodillarse delante del cuerpo de su padre, dispuesto bajo un dosel y sobre un baldaquino⁴⁰⁴. Es curiosa la interpretación rafaelesca e italianizante que hace Balze del Madrid de 1635, sin pretensión alguna de arqueologismo ni de buscar la verdad histórica.

Los pintores españoles del XIX abordaron en varias ocasiones cuadros relacionados con la vida de Lope de Vega⁴⁰⁵, aunque el más famoso y el único que

⁴⁰³ Incluye sucesos en los que interviene o le afectan cuando todavía no es rey, como la jura del príncipe Felipe en la iglesia de San Jerónimo de Madrid el 15 de enero de 1608 (cap. CLXXXIII) o el canje de princesas en el Bidasoa, que selló su matrimonio con Isabel de Borbón (cap. CLXXXV). Llama la atención la abundancia de ilustraciones relacionadas con Cataluña, hecho seguramente atribuible al lugar de publicación de la obra. Hay referencias gráficas, por ejemplo, entre otros, de la entrada de Felipe IV en Barcelona (cap. CXCIV), la prisión del diputado Tamarit y de los consejeros Vergós y Serra (cap. CCVII), la muerte del virrey (cap. CCIX), el saqueo de Perpiñán por los castellanos (cap. CCIX), el combate de Cambrils (cap. CCXII), la defensa del castillo de Montjuich (cap. CCXV), la entrada de Felipe IV en Lérida (cap. CCXXIX), el sitio de Barcelona por don Juan de Austria (cap. CCXXXIX) o la rendición de Barcelona (cap. CCXL). De la situación en Cataluña se culpabiliza al conde duque de Olivares, señalándose, incluso, que “en la guerra de 1640 la razón estaba de parte de los catalanes” (cap. CCVI). La muerte del virrey de Cataluña es un pasaje que ilustra varias historias de España (J. ORTIZ Y SANZ: *Historia general de España*, op. cit., pp. 100-101; J. CORTADA: *Historia de España*, op. cit., p. 498; J. PUIGGARÍ y E. PALUZIE: *Compendio ilustrado de Historia de España*, Barcelona 1887, p. 182; T. BARÓ: *Historia de España*, op. cit., p. 353).

⁴⁰⁴ Catálogo de la exposición *Les peintres français et l'Espagne. De Delacroix a Manet*, Castres 1997, p. 63.

⁴⁰⁵ En la biografía de Antonio Pérez Rubio se cita, por ejemplo, un *Encuentro de Felipe III con Lope de Vega llevando el Viático*, presentado a la Exposición Nacional de 1871; José Uría

evoca el Madrid de su tiempo fue el que pintó Ignacio Suárez Llanos, titulado *Sor Marcela de San Félix, monja de las trinitarias descalzas de Madrid, viendo pasar el entierro de Lope de Vega, su padre* (Museo del Prado, depositado en el Museo de Historia de Madrid), premiado con una primera medalla en la Exposición Nacional de 1862⁴⁰⁶; representa el momento en el que el féretro del escritor, fallecido el 27 de agosto de 1635, pasa por delante del convento de las Trinitarias Descalzas, en la calle de Cantarranas de Madrid, donde profesaba su hija. Además de evocar un rincón del espacio urbano y un ritual muy singular, el pintor recrea distintos humanos de la corte, entre los que destacan los nobles de la izquierda, vestidos austeramente, según la moda de la época, a quienes los críticos del siglo XIX llegaron a comparar con Velázquez.

El artista madrileño Joaquín Muñoz Morillejo, especialista en pintar rincones urbanos de la capital, realizó en 1918 un cuadro titulado *Representación Teatral en la Plaza de la Villa* (Madrid, Museo de Historia)⁴⁰⁷, que recrea el auto sacramental de Calderón de la Barca *Las Divinas Filoteas*, que se escenificó en la plaza de la Villa de Madrid en el año 1681: junto a la fachada de la Casa de la Villa se sitúa la tribuna principal, desde la cual es posible seguir la representación, que tiene lugar sobre un estrado situado enfrente, con un espectacular decorado, en el que se reconoce gran una carabela y un castillo. La fisonomía de la casa de Cisneros, al fondo, donde se sitúa otra tribuna, difiere notablemente de la actual.

3.5. LA PRIVACIDAD DE LA CORTE

El interés hacia la representación de la vida privada, que ya había aparecido en la pintura *troubadour*, se afianzó a lo largo del siglo XIX y se intensificó con el Realismo. En un típico rasgo de eclecticismo, lo privado —o lo que el XIX imaginó que sólo podía ocurrir en privado— se introdujo así también en las escenas históricas con personajes públicos.

obtuvo una tercera medalla en la de 1884 con el cuadro titulado *Lope de Vega en el cementerio* (Madrid, Museo del Prado, Inv. N° 3926); y Enrique Recio presentó a la misma exposición los *Últimos momentos de Lope de Vega* (Borja, Zaragoza, colección Ojeda). Véase J. L. Díez (dir.): *El mundo literario en la pintura del siglo XIX...*, *op. cit.*, pp. 115 y 186.

⁴⁰⁶ Inv. N° 3926. Véase J. L. Díez (dir.): *El mundo literario en la pintura del siglo XIX...*, *op. cit.*, p. 186.

⁴⁰⁷ Inv. N° 4155. Véase *Museo Municipal. Catálogo de las Pinturas*, Madrid 1990, p. 201.

Vicente Poleró y Toledo presentó a la Exposición Nacional de 1881 un cuadro que tituló *La cámara de Felipe IV en el Palacio del Buen Retiro* (Museo del Prado, depositado en el Museo de Bellas Artes de Asturias)⁴⁰⁸. Decorada con cuadros de Velázquez, que se distinguen de manera inequívoca, a la derecha, en la parte baja, *El Príncipe Baltasar Carlos* y el del *Cardenal-Infante Don Fernando*, entre otros, y, al fondo, los retratos ecuestres de Felipe IV y su primera esposa Isabel de Borbón, todos ellos en el Prado, en la escena se dan cita varios personajes de la corte, entre los que se reconoce a la reina Marina de Austria, según la efigie codificada por Carreño, conservada en el mismo museo.

De más envergadura, por su tamaño y pretensiones, es otro cuadro que José Bru y Albiñana dio a conocer en la misma exposición, titulado *Isabel de Borbón reprochando a Felipe IV el favor innmercedo que concede al conde duque de Olivares*. Se inspira en un texto extraído de la *Historia de España* de Antonio Zamora y Caballero, incluido en el catálogo de la Exposición Nacional de 1881, que dice:

Acechaba, pues, la reina una ocasión en que tomar venganza del ídolo de su marido, y parecíole buena aquella en los desastres del reino, y señaladamente la pérdida de Portugal y la rebelión de Cataluña, pusiesen al rey un poco menos confiado de lo que acostumbraba en los consejos del Conde-Duque. / Aprovechó Isabel astutamente aquellos momentos para hacerle presentes el estado miserable de la monarquía y señalar como causa de todas las desgracias el desgobierno del Conde Duque. / Un día, tomando la reina en sus brazos al príncipe Baltasar, su primogénito, presentósele al rey y le dijo sollozando: '*Aquí tenéis a vuestro hijo: si la monarquía ha de ser gobernada por el ministro que la está perdiendo, pronto le veréis reducido a la condición más miserable*'. / Estas palabras, dichas por una madre y acompañada por la elocuencia de las lágrimas, hicieron profunda impresión en el rey, y aunque todavía no tuvo Felipe valor ni resolución suficiente para desprenderse del favorito, predispusieronle lo bastante para que las damas y cortesanos que más trabajaban por su caída se animaran a ayudar a la Reina en la obra que había comenzado⁴⁰⁹.

El matrimonio del rey, aunque fuera un acontecimiento público y de consecuencias políticas, tendió a interpretarse en el siglo XIX en su dimensión de ceremonia privada. Así, Eugenio Lucas pintó varios cuadros al respecto: el *Matrimonio de Felipe IV*, *Matrimonio de Felipe IV e Isabel de Borbón* y *Ceremonia religiosa en la*

⁴⁰⁸ Inv. N° 550. Fue adquirido por el Estado en 1882, *Catálogo de la Exposición Nacional de 1881*, op. cit., p. 109 (n° 165).

⁴⁰⁹ *Ibidem*, pp. 20-22 (n° 70).

*Corte de Felipe IV*⁴¹⁰. Otro artista madrileño, Antonio Pérez Rubio, eligió como motivo de una de sus pinturas *El rey Felipe IV en Navalcarnero* (1884, Madrid, Museo del Prado)⁴¹¹, localidad en la que se celebró el segundo matrimonio del monarca con su sobrina Mariana de Austria el 7 de octubre de 1649, y localidad de nacimiento del artista, razones que explican la elección del tema. En el cuadro, de pequeño tamaño, se ve al rey a caballo, en el centro de la composición, rodeado de multitud de personajes.

3.6. FELIPE IV Y LOS ARTISTAS

Entre las representaciones que evocan interiores palaciegos, cabe diferenciar un núcleo temático dedicado específicamente a ilustrar la relación de Felipe IV con los artistas. El reconocimiento a los genios de la creación por los poderosos fue una iconografía muy popularizada en el Romanticismo europeo⁴¹². En España, fue abordada por distintos pintores y escultores, que se fijaron en artistas de distintas épocas, aunque fue Velázquez el más recurrente de todos ellos. Su prestigio alcanzó su cénit, como se sabe, en torno al centenario de su nacimiento, cuando el desastre del noventa y ocho situó al arte español en el centro del debate nacionalista. Poco antes, en un artículo publicado en 1897, Blasco Ibáñez se lamentaba del poco aprecio que los políticos españoles tenían a los artistas, mientras en otros lugares, como Italia, eran la gloria del país. Recordaba, por ejemplo, que el rey de Italia:

nombró senadores vitalicios al maestro Verdi, al pintor Morelli y al escultor Monteverde, declarando que estos son los que mejor representan la gloria de Italia y merecen ser a perpetuidad padres de la patria⁴¹³.

En ese sentido, es muy significativo el hecho de que, frente a las batallas victoriosas o los personajes de la milicia o la política, que pueblan el imaginario visual de otros periodos históricos, la contribución al orgullo nacional de la historia del siglo XVII se centre en Velázquez.

⁴¹⁰ F. CALVO SERRALLER: *Eugenio Lucas Velázquez en La Habana*, Madrid 1996, p. 49 (n. 68).

⁴¹¹ Inv. N° 5714. Figuró en la Exposición Nacional de 1884. Hasta el año 2002 estuvo depositado en el Museo de Ciudad Real.

⁴¹² E. GUILLÉN: *Retratos del genio. El culto a la personalidad artística en el siglo XIX*, Madrid 2007, pp. 215-223.

⁴¹³ Recogido por P. SMITH: *Los mejores artículos de Blasco Ibáñez*, Valencia 1982, p. 111.

La anécdota más recordada se refiere al hecho de que fuera el propio rey Felipe IV quien pintara la cruz de Santiago en la efigie de Velázquez en *Las Meninas*. Además de la tradición legendaria, transmitida por Palomino, un grabado de Ortega en el *Museo de las Familias* en 1847 ilustra precisamente ese momento ⁴¹⁴. Algunas historias de España ilustradas también destacan al interés de Felipe IV hacia el arte ⁴¹⁵.

Se dio tanta importancia a la honra otorgada por Felipe IV a Velázquez que incluso se representó en el espacio público. Con motivo de la mayoría de edad de Isabel II en 1843, se decidió trasladar la estatua ecuestre de Felipe IV, obra de Pietro Tacca y una de las obras maestras de la estatuaria pública del Barroco, que estaba en los jardines del Buen Retiro, al centro del Palacio de Oriente. Para ello, se diseñó un nuevo pedestal cuyas inscripciones y relieves modificaban sustancialmente el sentido del monumento. La joven reina se convertía en promotora del mismo “para gloria de las artes y ornamento de la capital”, según quedó escrito. Del mismo modo que ella, Felipe IV ya no era el rey absoluto, sino el protector de los artistas. Para dejar clara esa idea, Francisco Elías Vallejo esculpió un relieve que representaba a *Felipe IV imponiendo a Velázquez el hábito de Santiago* y José Tomás una *Alegoría de la protección que Felipe IV dispensó a las artes y a las letras*. Como se ha dicho, “el valor de símbolo político queda suprimido para convertir al soberano no en un gobernante sino en un mecenas” ⁴¹⁶. Ello determinaría toda la fortuna crítica posterior del monarca.

En la primera exposición nacional, celebrada en 1856, ya concurrió un artista con este tema: se trata de Eusebio Valldeperas, que presentó la obra *Felipe IV pintando la cruz de Santiago en el retrato de Velázquez*. Al mismo certamen presentó su cuadro Manuel Garay, titulado *Presentación de Alonso Cano hecha por Velázquez, al Conde Duque de Olivares*, que fue premiado con una mención honorífica ⁴¹⁷.

⁴¹⁴ A. LUXENBERG: “The Aura of a Masterpiece: Responses to *Las Meninas* in Nineteenth-Century Spain and France”, en S. STRATTON-PRUITT (ed.): *Velázquez's Las Meninas*, op. cit., p. 32.

⁴¹⁵ Por ejemplo, J. PUIGGARÍ y E. PALUZIE: *Compendio ilustrado de Historia de España*, op. cit., p. 180, en la ilustración titulada *Felipe IV amante de las artes*.

⁴¹⁶ J. M. MATILLA: *El caballo de bronce. La estatua de Felipe IV. Arte y técnica al servicio de la Monarquía*, Madrid 1997, p. 30.

⁴¹⁷ *Catálogo de la Exposición Nacional de 1856*, Madrid 1856, p. 25 (nº 203); M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, op. cit., pp. 272 y 681.

En 1860, el catalán Benet Mercadé pintó en Francia una obra que se ha titulado *Felipe IV en el taller de Velázquez* (Madrid, en comercio)⁴¹⁸, que alude al momento en el que el pintor de cámara, en el centro de la composición, muestra *Las Meninas*, representado en escorzo a la izquierda a los distintos personajes que aparecen representados en ella, situados a la derecha, en presencia del rey Felipe IV, colocado en el extremo opuesto.

Eugenio Lucas es autor de un cuadro titulado *El taller de Velázquez* (Colección particular)⁴¹⁹, donde aparecen representados numerosos personajes de la corte de Felipe IV retratados por el artista sevillano, incluidos los propios reyes, según la técnica historicista que es habitual en el artista. Al fondo se reconocen varias pinturas suyas, como *Los Borrachos*, *La rendición de Breda* o *Las Meninas*, entre otros.

Por las mismas fecha, Édouard Manet, aparte de la enriquecedora influencia velazqueña en su obra, también recreó escenas del siglo XVII, alguna de las cuales, como *El taller español* (Colección particular), parecen evocar el estudio de Velázquez⁴²⁰.

Uno de los pintores españoles más interesados por reconstruir visualmente pasajes históricos, de carácter más o menos anecdótico, en los que aparecen personajes relevantes, fue el asturiano Ignacio León y Escosura. Buen conocedor de las fuentes plásticas que le permiten dotar a sus pinturas de ese supuesto “carácter de época” del que tanto hablaban los contemporáneos, se convirtió en un auténtico maestro como pintor-anticuario, cuyo prestigio llegó a ser incluso internacional. Su vinculación con el mundo artístico parisino del Segundo Imperio y la Tercera República, le permitió conectar con los grandes maestros internacionales de esta corriente, como Jean-Louis-Ernest Meissonier. Al Salón de París de 1867 presentó un cuadro titulado *Felipe IV presentando Rubens a Velázquez* (Reggio Emilia, Galería Parmeggiani), muy elogiado por su filiación con el pintor francés⁴²¹; en el

⁴¹⁸ El cuadro obtuvo una medalla de segunda clase en la Exposición Nacional de 1860 y fue adquirida por el infante Sebastián Gabriel de Borbón. En la bibliografía antigua se constata la existencia de un boceto de esta obra en la colección Agnès de Vaudrey. Véase F. ELIAS: *Benet Mercadé. La seva vida y la seva obra*, Barcelona 1921, pp. 35 (fig. 6) y 81.

⁴¹⁹ J. M. ARNAIZ: *Eugenio Lucas. Su vida y su obra*, Madrid 1981, p. 90; F. CALVO SERRALLER: *Eugenio Lucas Velázquez en La Habana*, op. cit., p. 49

⁴²⁰ M. S. GARCÍA FELGUERA: *Viajeros, eruditos y artistas...*, op. cit., p. 142; J. WILSON-BAREAU: “Manet y España”, en M. B. MENA MARQUÉS: *Manet en el Prado*, Madrid 2004, pp. 41-64.

⁴²¹ C. REYERO: “París y la pintura para ‘connaisseurs’. Vanidad y nostalgia en la obra de Ignacio León y Escosura”, en el catálogo de la exposición *León y Escosura*, Oviedo 1993, pp. 10 y 51.

cuadro vemos al rey Felipe IV entre los dos artistas, que están a punto de estrechar sus manos. El espacio, que remite a un hipotético espacio del antiguo Alcázar de Madrid inspirado en *Las Meninas*, imaginado como estudio de Velázquez, tiene distintos elementos de época, como —una vez más— los retratos ecuestres de Felipe IV e Isabel de Borbón, colgados sobre la pared del fondo, y la presencia de la infanta Margarita bajo un dosel, dispuesta a ser retratada por el pintor sevillano, que ha interrumpido su trabajo para saludar al afamado pintor flamenco. Al rey Felipe IV se le reserva el glorioso papel de poner en contacto a dos genios, que trabajan para él.

Curiosamente Antonio Pérez Rubio concurrió a la Exposición Nacional de 1876 con un cuadro de argumento similar, donde el presentador es Velázquez, y no el rey: su título es *El pintor Rubens, como embajador, es presentado por Velázquez al rey Felipe IV de España*⁴²². La relación del rey con los artistas volvería a interesar de nuevo al pintor de Navalcarnero: en 1881 expuso un cuadro titulado *Honra al arte*, que ilustra específicamente el testimonio de Palomino, según hace constar en el catálogo:

El rey D. Felipe IV hace merced del hábito de Santiago al inmortal Velázquez al terminar el cuadro de *Las Meninas*, trazando con un pincel la cruz en el pecho del retrato del pintor⁴²³.

3.7. FIESTAS EN LA CORTE DE FELIPE IV

Todas las historias de España se refieren al gusto de Felipe IV hacia la diversión: “llegando a su colmo la corrupción y la desgracia... era el nuevo rey sumamente inclinado a fiestas, amoríos y versos”⁴²⁴. El historiador Víctor Gebhardt, al comenzar el relato histórico sobre su reinado, ya apunta “el gusto que manifestaba por las letras, por los galanteos y otras ocupaciones frívolas”⁴²⁵. La cuestión es tan relevante que una *Historia de España en láminas* elige ese motivo en uno de

⁴²² *Catálogo de la Exposición Nacional de 1876*, Madrid 1876, p. 62 (nº 322); M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, *op. cit.*, p. 526.

⁴²³ *Catálogo de la Exposición Nacional de 1881*, *op. cit.*, p. 405 (nº 150); M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, *op. cit.*, p. 526.

⁴²⁴ J. DE MARIANA: *Historia general de España...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 572-573.

⁴²⁵ V. GEBHARDT: *Historia general de España y de sus indias desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Barcelona-Madrid, s.a., 4ª ed., vol. V, p. 428.

sus cuadros para caracterizar el reinado, y explica que representa “al rey D. Felipe IV en un baile celebrado en los salones del Retiro”⁴²⁶.

Algunas de estas fiestas tuvieron lugar en los jardines de Aranjuez. Por ejemplo, la que Eugenio Lucas titula *Felipe IV en los jardines de Aranjuez* (1859, La Habana, Museo Nacional), donde se ve al monarca, junto a una carroza, en un claro del frondoso paraje, junto a personajes inspirados en *Las Meninas*. Un año antes, Lucas había pintado *Felipe IV, su corte y las Meninas* (1858, La Habana, Museo Nacional), donde nos presenta a numerosos personajes, tomados también del famoso cuadro velazqueño, que, a su vez, está representado al fondo, junto al retrato de Isabel de Borbón. Como se ha dicho, lejos de intentar pasar sus pinturas como de Velázquez, Lucas “hacía ‘desarrollos’ imaginarios, y, a veces, hasta un punto humorísticos, de cuadros de Velázquez”⁴²⁷.

También en Aranjuez situó su escena Ignacio León y Escosura, que presentó a la Exposición Nacional de Madrid de 1864 un cuadro titulado *Un paseo en Aranjuez en tiempos de Felipe IV* (Museo del Prado, depositado en el Museo de San Telmo de San Sebastián)⁴²⁸. En él se ve al monarca, entre varios de sus cortesanos, en medio de un paraje frondoso, que nos sugiere que los placeres sensoriales no fueron ajenos a la corte de España, frente a la austera Etiqueta que alimentó la leyenda.

Se cita otro cuadro ambientado en Aranjuez, pintado por Antonio Pérez Rubio, y titulado *El príncipe D. Baltasar Carlos y su hermana doña Margarita en los jardines de Aranjuez*⁴²⁹.

Fue precisamente el pintor Antonio Pérez Rubio el que de manera más reiterada abordó este tipo de asuntos⁴³⁰. Algunos de sus cuadros recrean los jardines

⁴²⁶ D. J. GONZÁLEZ: *La Historia de España en láminas. Cronología de los hechos y recuerdos hasta nuestros años, o sea el texto explicativo de la gran colección de 120 casos que comprende*, Madrid 1867, p. 98, lám. 83.

⁴²⁷ F. CALVO SERRALLER: *Eugenio Lucas Velázquez en La Habana*, op. cit., p. 47.

⁴²⁸ Inv. N° 6676. *Catálogo de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864*, Madrid 1864, p. 212. Fue adquirido en 4.000 reales con destino al Museo Nacional de la Trinidad y está depositado en San Sebastián desde 1905.

⁴²⁹ M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, op. cit., p. 526.

⁴³⁰ Además de los mencionados a continuación, en su biografía se citan los siguientes: *Meninas y pajes de la época de Felipe IV jugando al escondite*, *Galanteos en Madrid en el siglo XVII*, *La mañana de San Juan en época de Felipe IV* y *Una cita en tiempos de Felipe IV*. Véase M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, op. cit., p. 526.

del Palacio del Buen Retiro, levantado por iniciativa del conde duque de Olivares y escenario, según las crónicas, de magníficas fiestas. Es el caso del titulado *El príncipe de Gales festejado por Felipe IV en la Corte del Buen Retiro*, de 1871 ⁴³¹; o, el más conocido, *Intriga contra don Francisco de Quevedo y Villegas en los jardines del Buen Retiro* (Museo del Prado, depositado en el Museo de la Rioja de Logroño), que figuró en la Exposición Nacional de 1876 donde fue adquirido por el Estado ⁴³². Se ha sugerido que Pérez Rubio recrea una de las ermitas existente en el vasto parque, la llamada de San Antonio de Padua o de los Portugueses, delante de cuya escalinata de acceso se encuentran cuatro caballeros, entre los que distinguimos a Quevedo, con sus característicos anteojos y la cruz de Santiago sobre su traje negro, y otras personas más, en segundo término, ataviadas según la moda de la época. Aunque hubo varias conspiraciones contra Quevedo, a causa de sus triunfos literarios y políticos, esta intriga, en concreto, parece ser que se refiere a las acusaciones que se le hicieron por haber criticado la política del conde duque de Olivares, a través de dos poemas satíricos que se encontró Felipe IV bajo su servilleta, tras haber sido delatado por un amigo, probablemente el duque del Infantado ⁴³³.

3.8. *ESCENAS DEL SIGLO XVII*

Una corriente pictórica que estuvo muy de moda en el siglo XIX popularizó la representación de escenas anecdóticas, ambientadas en el pasado y protagonizadas por personajes anónimos, que deseaban evocar la vida cotidiana de otro tiempo. Se trata de cuadros por lo general de pequeño tamaño —de ahí el término *tableautins* con el que suelen identificarse— que concilian, en un típico rasgo de eclecticismo, aspectos formales del realismo, como la ausencia de tensión dramática, la casualidad de las actitudes y de la visión o la irrelevancia del argumento, con la descripción arqueológicamente precisa de los trajes y una cuidada

⁴³¹ M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, op. cit., p. 526.

⁴³² Inv. N° 5931. M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, op. cit., p. 526; J. L. Díez (dir.): *El mundo literario en la pintura del siglo XIX...*, op. cit., p. 188. Véase también M. E. SÁENZ OSTIATEGUI: *La pintura del siglo XIX en el Museo de La Rioja*, Logroño 1988, p. 54

⁴³³ C. IGLESIAS: “Intriga contra don Francisco de Quevedo y Villegas en los jardines del Buen Retiro”, en J. L. Díez (dir.): *El mundo literario en la pintura del siglo XIX...*, op. cit., p. 188.

puesta en escena, que tiene en cuenta todos los detalles. Aunque el siglo más representado, al menos en España, fue el XVIII –se habla de pinturas de casacón–, el XVII fue también una época favorita. No es fácil, ni estuvo entre las intenciones de los artistas, precisar el lugar en el que los episodios sucedieron, aunque suele pensarse primeramente en la Francia de Luis XIII o de Luis XIV –porque fue en Francia donde se empezó a practicar esta pintura– o en los Países Bajos –por la tradición que allí tuvo este género en aquella época–, pero es indudable que los pintores españoles hubieron de tener en cuenta igualmente su propio país.

Aunque los cuadros de esta temática se encuentran por decenas en catálogos de exposiciones, subastas y colecciones particulares, vale la pena mencionar algunos para tomar conciencia de la enorme importancia que el siglo XVII como periodo histórico tuvo en el imaginario burgués del XIX, más allá de la épica de determinados protagonistas.

Fueron los pintores activos en París, a partir de los años sesenta del siglo XIX, quienes primero se inclinaron a practicar esta pintura. Muchas obras de Luis Ruipérez⁴³⁴ o de Eduardo Zamacois⁴³⁵, que fueron los primeros españoles en forjarse un nombre en el competitivo escenario parisino del Segundo Imperio, están claramente ambientadas en el siglo XVII. Víctor Manzano también expuso en el Salón de París de 1861 un cuadro titulado *Adiós para siempre*, ambientado en época de Felipe IV, aunque los franceses pensaron entonces en la época de Luis XIII⁴³⁶. El nombre fundamental de esta corriente, Mariano Fortuny –además de evocar personajes concretos del siglo XVII, como *Velázquez* (1873, Barcelona, MNAC)⁴³⁷– pintó varias obras que se sitúan en una frontera imprecisa entre las recreaciones del XVI, como *Pasatiempos de hijosdalgo* (1870, Moscú, Museo Pushkin), o quizá del XVII, como *El arcabucero* (1871, colección particular), pintado como aquel durante su estancia en Granada en 1871⁴³⁸. El enorme

⁴³⁴ C. REYERO: “Los orígenes del fortunismo en París y la obra de Luis Ruipérez”, *Boletín del Instituto y Museo Camón Aznar* 1990, pp. 5-20.

⁴³⁵ J. NOVO: *Zamacois, Fortuny, Meissonier*, Bilbao 2006.

⁴³⁶ El cuadro, que se conoce a través del grabado, representa el adiós de un desesperado caballero español enamorado de una novicia. Véase C. REYERO: *París y la crisis de la pintura española...*, *op. cit.*, p. 101.

⁴³⁷ M. DOÑATE, C. MENDOZA y F. M. QUÍLEZ I CORELLA: *Fortuny (1838-1874)*, Barcelona 2003, p. 294.

⁴³⁸ Catálogo de la exposición *Fortuny y los pintores españoles en Roma (1850-1900)*, Salamanca 1996, p. 78.

prestigio de su pintura resultó decisivo, como se sabe, para popularización de temas históricos de carácter anecdótico, la mayor parte ambientados en el XVIII, ciertamente, pero también muchos en el siglo XVII, pues, al fin y al cabo, pasar de un siglo a otro no era cuestión más que de guardarropía.

Uno de sus mejores seguidores, el valenciano Francisco Domingo, aparte del constatado hecho de la influencia de Velázquez en su pintura, también realizó dibujos en los que recrea personajes del siglo XVII, en los que repite modelos del artista sevillano, alguno muy próximo a la efigie del propio pintor ⁴³⁹. Igualmente, pintó escenas con una ubicación temporal muy precisa, como *Un lance del siglo XVII* (Museo del Prado, depositado en el Museo de Bellas Artes de Valencia) ⁴⁴⁰, que obtuvo una medalla de tercera clase en la Exposición Nacional de Madrid de 1866.

Otro valenciano, Antonio Muñoz Degrain, concurrió al Salón de París con *Un fanfarrón* (Madrid, Museo del Prado), que también presentaría en Madrid 1881 ⁴⁴¹. En el mismo certamen figuraron la obra de Enrique de Costa, titulada un *Soldado de vuelta de Flandes*, y la de Vicente Álvarez Menéndez, *Soldado del siglo XVII* ⁴⁴².

A este respecto, tanto los salones parisinos como los certámenes nacionales fueron escaparates privilegiados para estos asuntos. Ignacio Peiró Urrea presentó a la Exposición Nacional de 1876 una pintura que tituló *Una fragua en el siglo XVII* ⁴⁴³. Quizá tenga que ver temáticamente con otra expuesta por Carlos Vázquez Úbeda en 1891 en el Salón de París que lleva por título *Velázquez haciendo estudios para la Fragua de Vulcano* (ca. 1890, colección particular) ⁴⁴⁴, donde se ve al genio sevillano pintando en una fragua del siglo XVII, con objeto de ilustrar el realismo con el que se juzgaba la pintura de Velázquez en aquel tiempo. El ya mencionado León y Escosura, que pintó escenas anecdóticas ambientadas en distintos

⁴³⁹ F. FERNÁNDEZ PARDO: *Francisco Domingo, op. cit.*, pp. 21-22

⁴⁴⁰ Inv. N° 5555.

⁴⁴¹ *Catálogo de la Exposición Nacional de 1881, op. cit.*, p. 94 (n° 48); C. REYERO: *París y la crisis de la pintura española...*, *op. cit.*, pp. 194-195

⁴⁴² *Catálogo de la Exposición Nacional de 1881, op. cit.*, pp. 11 (n° 21) y 32 (n° 133).

⁴⁴³ Según el catálogo, fue adquirido por el marqués de Valle Humbroso [*sic*]. Véase *Catálogo de la Exposición Nacional de 1876, op. cit.*, p. 64 (n° 330); M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX, op. cit.*, p. 519.

⁴⁴⁴ *Catálogo de la exposición Carlos Vázquez, Ciudad Real, 1869-Barcelona, 1944, Ciudad Real 1990*, p. 62.

momentos históricos, también se fijó en el siglo XVII en obras como *La taberna* (Reggio Emilia, Museo Parmeggiani) ⁴⁴⁵. Algunas de estas escenas tienen una temática galante, como *Una victoria más* (Museo del Prado, depositado en el Instituto Cabrera Pinto de La Laguna, Tenerife), de Serafín Martínez del Rincón, que representa a un mosquetero seiscentista cortejando a una vendimiadora ⁴⁴⁶.

La lectura del Quijote en el siglo XVII también fue una anécdota que sirvió como motivo de algunas pinturas. El sevillano Eduardo Cano de la Peña, que realizó varias relacionadas con Cervantes, es autor de un cuadrito titulado *O lee el Quijote o loco está* (1882, Madrid, en comercio), donde se ve a una especie de estudiante o caballero del siglo XVII:

que se solaza con la lectura de la novela mientras transita por un árido camino, en medio de un paraje yermo, en el que se dibuja un horizonte montañoso. Su asunto parece inspirarse en una tradición que se asigna al rey Felipe IV, quien, al contemplar un estudiante lanzando grandes risotadas ante la ávida lectura de un libro, lanzó la exclamación regia que da título a la pintura ⁴⁴⁷.

Ese mismo efecto causa en otro personaje pintado por Antonio Casanova Estorach en *La lectura del Quijote* (1884, Buenos Aires, Museo de Bellas Artes), donde un hombre vestido a la moda española del siglo XVII interrumpe, casi con una carcajada, la lectura del Quijote ⁴⁴⁸.

3.9. RETRATOS A LA MODA DEL SIGLO XVII

La costumbre de retratarse a la moda del siglo XVII, de copiar modelos o de pintar retratos, fidedignos o imaginarios, de personajes que vivieron en aquel siglo, constituye una vertiente del historicismo decimonónico muy poco estudiada como problema de conjunto. Quizá sea el siglo XVII el periodo histórico al que más recurrieron los retratistas en busca de inspiración, indudablemente subyugados por el desarrollo que había adquirido este género en la España del Siglo de Oro.

⁴⁴⁵ Catálogo *León y Escosura*, *op. cit.*, p. 49

⁴⁴⁶ Inv. N° 630. Véase catálogo de la exposición *Arte en Canarias Siglos XV-XIX. Una retrospectiva*, Las Palmas de Gran Canaria 2001, pp. 110-111 (n° 42).

⁴⁴⁷ J. L. Díez: *Tres mitos españoles...*, *op. cit.*, p. 29.

⁴⁴⁸ J. M. CRUZ VALDOVINOS: *Otros emigrantes. Pintura española del Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires*, Madrid 1994, p. 104.

En primer lugar, hay que considerar las efigies reales. Cuando a Vicente López se le encarga el retrato de *Fernando VII con el hábito de la Orden del Toisón de Oro* (1831, Embajada de España ante la Santa Sede)⁴⁴⁹, se fija en el gran retrato que pintara Carreño en 1677 de *Carlos II con el Toisón de Oro* (colección Harrach). El paralelismo no es fortuito: varios retratos de su esposa, María Cristina de Borbón, realizados por José Gutiérrez de la Vega, algunos de ellos cuando ya era reina gobernadora, como el titulado *La Reina María Cristina de Borbón vestida a la moda de Carlos II* (1838, Madrid, colección particular)⁴⁵⁰, prueban que los artistas españoles del primer tercio del siglo XIX se fijaban en aquella época cuando deseaban acentuar la ostentación. Del propio Gutiérrez de la Vega se cita un dibujo que representa al rey *Felipe IV*⁴⁵¹, lo que demuestra que la época de los Austrias no era percibida entonces con las connotaciones negativas que introduciría el liberalismo. Al menos el barroquismo de la indumentaria era un elemento estético que llamaba poderosamente la atención.

Por otra parte están los retratos de los viajeros extranjeros, que deseaban, en su fascinación por España, pasar por hidalgos del Siglo de Oro. Los más conocidos son los que realizó José Gutiérrez de la Vega de *Richard y Harriet Ford* (1831, Londres, colección Ford). El artista aprovecha, como se ha señalado, un recurso empleado por Murillo y Valdés Leal:

consistente en representar a los modelos en el interior de un óvalo orlado por un cartucho. Este deliberado efecto arcaizante se intensifica en el hecho de que Mr. Ford aparece ataviado a la moda española del siglo XVII, con traje negro, golilla, y espada a la cintura⁴⁵².

Este deseo de identificación con el Siglo de Oro fue sentido también por los artistas, algunos de los cuales se autorretrataron como los genios de aquel siglo a los que admiraban. Uno de ellos fue el propio *José Gutiérrez de la Vega* (1847, Bilbao, Museo de Bellas Artes), que se presenta con la paleta en la mano, vestido de negro, con bigote y perilla, como si fuera un maestro del siglo XVII⁴⁵³.

⁴⁴⁹ J. L. Díez: *Vicente López (1772-1850)*, Madrid 1999, vol. II, pp. 92-93 (P-368).

⁴⁵⁰ J. L. Díez: "El retrato español del siglo XIX: el triunfo de un género", en J. PORTÚS (ed.): *El retrato español del Greco a Picasso*, Madrid 2004, p. 272.

⁴⁵¹ A. M. ARIAS DE COSSÍO: *José Gutiérrez de la Vega, pintor romántico sevillano*, Madrid 1978, p. 93 (nº 137).

⁴⁵² E. VALDIVIESO: *Pintura sevillana del siglo XIX*, Sevilla 1981, p. 44.

⁴⁵³ J. FERNÁNDEZ LACOMBA: "Autorretrato, de José Gutiérrez de la Vega", en el catálogo de la exposición *De Goya a Gauguin. El siglo XIX en la colección del Museo de Bellas Artes de Bilbao*, Bilbao 2006, p. 48 (nº 4).

Ya en la segunda mitad de siglo, el pintor José María Rodríguez de Losada también se autorretrata (Colección particular)⁴⁵⁴ de tres cuartos a la derecha, con un hábito de la Orden de Santiago, a la que perteneció, sobre un fondo negro del que emerge su rostro como si fuera un personaje venido de otro tiempo. Con este artista se ha relacionado también una pintura titulada *Un caballero a la moda del siglo XVII* (c. 1870, Madrid, Fundación Lázaro Galdiano)⁴⁵⁵, de incierta atribución, que viste la indumentaria de los primeros años del reinado de Felipe IV.

En otro apartado están las evocaciones de carácter estrictamente historicista, sin que, en ocasiones, representen a personajes concretos del siglo XIX (y, a veces, tampoco del XVII). Estas obras fueron concebidas, más bien, con la intención de parecerse a prototipos del Barroco, dentro de un gusto ornamental antiquizante, llegando a confundirse antaño su estilo, en algunos casos, con el de los maestros. Leonardo Alenza es autor de un *Retrato de niño* y un *Retrato de niña* (Museo del Prado, depositados en el Museo Nacional del Romanticismo)⁴⁵⁶, muy relacionados con lo que en su época se identificaba con el estilo de Velázquez. También Eugenio Lucas reinterpretó numerosos tipos velazqueños, que hay que situar entre el pastiche y el retrato historicista, como *El infante con perro*, *El bufón Calabacillas*, *La infanta Margarita con Maribárbola* o *El príncipe Baltasar Carlos*, entre otros⁴⁵⁷.

Es importante, en todo caso, subrayar que se trata de una moda internacional, que se intensifica en la segunda mitad de siglo, como se constata en *Recuerdo de Velázquez* (1868, Londres, Royal Academy) de John Everett Millais, donde el maestro británico pinta el retrato de una niña, en un explícito homenaje al maestro sevillano⁴⁵⁸; o en el *Enano con perro* (Castres, Musée Goya) del francés Thomas Couture, que también evidencia un profundo conocimiento de la obra de Velázquez. Como se ha señalado, Couture “se esfuerza por mostrar toda la invalidez del personaje, sin caer sin embargo en la complacencia”⁴⁵⁹, aunque la curiosidad que los artistas tuvieron hacia la deformación física ha de

⁴⁵⁴ L. QUESADA: *Siglo y medio de arte gaditano*, Jerez de la Frontera 1984, p. 26; A. M. ROMERO COLOMA: *Aproximación al estudio de la personalidad artística...*, op. cit., p. 87.

⁴⁵⁵ J. L. Díez: *La pintura española del siglo XIX en el Museo Lázaro Galdiano*, Madrid 2005, p. 430.

⁴⁵⁶ Inv. núms. 3309 y 3310. Depositados en el Museo Nacional del Romanticismo desde 1923. Sobre el *Retrato de niña* véase el estudio de J. PORTÚS, en J. BARÓN (ed.): *El retrato español en el Prado. De Goya a Sorolla*, Madrid 2007, p. 102 (nº 23).

⁴⁵⁷ F. CALVO SERRALLER: *Eugenio Lucas Velázquez en La Habana*, op. cit., p. 49 (n. 68).

⁴⁵⁸ E. GUILLÉN: *Retratos del genio...*, op. cit., p. 211.

⁴⁵⁹ Catálogo de la exposición *Les peintres français et l'Espagne...*, op. cit., p. 77 (nº 19).

atribuirse, en alguna medida, al imaginario visual del siglo XVII. En ese sentido, su representación podría considerar una de las manifestaciones de la interpretación decadente de la época.

En otra categoría hay que considerar los retratos históricos. Muchas instituciones iniciaron o completaron en el siglo XIX sus galerías de individuos célebres, relacionados con ellas o con su ámbito geográfico, con el fin de mostrar la grandeza de su pasado. En Sevilla, por ejemplo, se pintaron en el XIX un buen número de retratos de personajes históricos, ejecutados con la pretensión de parecer antiguos. Por ejemplo, Manuel Alonso realizó, entre otros, el *Retrato de Carlos II* para el Hospital de la Caridad, siguiendo el modelo de Juan Carreño de Miranda. En la Biblioteca Colombina, se conservan, entre otros, el de *Justino de Neve*, también de Alonso, donde copió a Murillo; y el de *Miguel de Mañara*, donde José María Romero copió a Valdés Leal. La Academia de Bellas Artes aceptó en 1851 la propuesta para colocar retratos de artistas sevillanos célebres en su sala de juntas: a ella pertenecen los retratos de *Martínez Montañés* y *Pedro Roldán*, realizados por Joaquín Domínguez Bécquer en 1867⁴⁶⁰.

Los duques de Montpensier dispusieron en la escalera principal del Palacio de San Telmo de Sevilla una serie de cincuenta y un retratos, que fueron donados en 1898 al ayuntamiento hispalense. En la mayoría de los casos se trata de copias realizadas por Antonio y Francisco Cabral Bejarano, Manuel Quesada y Alfred Dehodencq. Entre las copias del XVII, se han destacado dos piezas de Manuel Alonso, el *Ambrosio de Spínola*, y el *Martínez Montañés*, firmado en 1856, donde copió a Francisco Varela⁴⁶¹.

En la Biblioteca Universitaria de Sevilla se conservan también varios retratos de personajes del siglo XVII, como el de *Valdés Leal*, de Manuel Cabral Bejarano, que pintó varios más; el de *Martínez Montañés*, de Francisco Peralta⁴⁶², o el de *Juan de Oviedo*, de Manuel Wssell de Guimbarda, que se ha relacionado con Francisco Pacheco⁴⁶³. También se cita un boceto del *Retrato de Carlos II*, realizado por José Jiménez Aranda⁴⁶⁴.

⁴⁶⁰ J. FERNÁNDEZ LÓPEZ: *La pintura de historia en Sevilla en el siglo XIX*, Sevilla 1985, pp. 71 y 81.

⁴⁶¹ Á. RODRÍGUEZ REBOLLO: *Las colecciones de pintura de los duques de Montpensier en Sevilla (1866-1892)*, Madrid 2006, pp. 26-27.

⁴⁶² J. FERNÁNDEZ LÓPEZ: *La pintura de historia en Sevilla...*, *op. cit.*, pp. 83 y 104.

⁴⁶³ C. BELDA NAVARRO (comisario): *Wssell de Guimbarda y la sociedad de su tiempo*, Murcia 2008, p. 108 (nº 7).

⁴⁶⁴ J. FERNÁNDEZ LÓPEZ: *La pintura de historia en Sevilla...*, *op. cit.*, p. 92.

En esta línea, la empresa de mayor envergadura emprendida en España con objeto de formar una galería de personajes ilustres fue el proyecto de Museo Iconográfico ⁴⁶⁵, para el que diversos pintores del siglo XIX realizaron retratos históricos, algunos de quienes vivieron en el XVII, inspirándose en imágenes contemporáneas, por lo que tienen un considerable carácter de época. A esta serie pertenecen los retratos de *Juan Martínez Montañés* ⁴⁶⁶, por Eduardo Cano de la Peña; *Gregorio Fernández* ⁴⁶⁷, por José Martí y Monsó, que copió a Diego Valentín Díaz; *El cardenal Alfonso de la Cueva* ⁴⁶⁸, por Manuel de Ojeda; y el *Primer Conde de Gondomar* ⁴⁶⁹, por José María Galván. Los cuatro pertenecen hoy a las colecciones del Museo del Prado y están depositados en la Academia de la Historia, en Madrid.

La estatuaría conmemorativa del último tercio del siglo XIX también nos suministra unos cuantos ejemplos de personajes célebres que vivieron en el siglo XVII. Entre los pintores, el primer monumento se dedica a *Murillo*, obra de Sabino de Medina, primero en Sevilla (1864, Plaza del Museo) y después en Madrid (1871, Paseo del Prado); a continuación vino el de *Ribera*, a quien Mariano Benlliure immortalizó en Valencia (1888, Plaza del Poeta Llorente), tras haber recibido una primera medalla por esa escultura en la Exposición Nacional de 1887; y finalmente llegaron los de *Velázquez*, en Sevilla (1892, Plaza del Duque), obra de Antonio Susillo, y en Madrid (1899, Paseo del Prado), de Aniceto Marinas. En cuanto a los escritores, el primero en ser conmemorado públicamente fue *Calderón de la Barca*, cuyo monumento, obra de Juan Figueras, se inauguró en la plaza de Santa Ana de Madrid en 1880; y una estatua de *Tirso de Molina*, obra de Juan Vancells (1881, Museo del Prado, depositada en Olot, Museu Comarcal de la Garrotxa), fue premiada con una medalla de segunda clase en la Exposición Nacional de 1881. Ya en 1902 se inaugurarían en Madrid los monumentos a *Lope de Vega* (Plaza de la Encarnación), de Mateo Inurria, y *Quevedo* (Glorieta de Quevedo), de Agustín Querol. También en 1902 se colocó la estatua de *Miguel de Mañara*, de Antonio Susillo, delante del Hospital de la Caridad de Sevilla ⁴⁷⁰.

⁴⁶⁵ Véase, con bibliografía anterior, C. REYERO: *Cultura y Nacionalismo...*, *op. cit.*, pp. 33 y ss.

⁴⁶⁶ Inv. N° 348.

⁴⁶⁷ Inv. N° 3418.

⁴⁶⁸ Inv. N° 3427.

⁴⁶⁹ Inv. N° 3412.

⁴⁷⁰ Véase, con bibliografía anterior, C. REYERO: *La escultura conmemorativa en España...*, *op. cit.*

Volviendo a la pintura, los retratos de carácter historicista también conservaron su fortuna durante la segunda mitad del siglo XIX, aunque muchas veces ya sin la pretensión de pasar por antiguos, sino que se ejecutaron en el marco de una veneración por el estilo y la puesta en escena utilizada por los grandes pintores del siglo XVII, ya fuera como homenaje a ellos o como relectura de lo que significó su lenguaje plástico.

Los mencionados pintores de escenas de costumbres históricas, muchas ambientadas en el siglo XVII, como se ha dicho, también realizaron este tipo de retratos, algunos de los cuales remiten al imaginario nacional. Por ejemplo, Lorenzo Casanova es autor de un retrato de *Caballero del siglo XVII* (1882, Valencia, Museo de Bellas Artes)⁴⁷¹, que, a pesar de estar firmado en Roma, sugiere el estereotipo piadoso y severo del español del Siglo de Oro, vestido de negro y con un rosario y un libro de oración entre sus manos. La *Cabeza de caballero* (1883, colección Santander Central Hispano) de Francisco Domingo, realizada en París, corresponde a un hidalgo más orgulloso de su condición, sea francés o español es indiferente, porque evoca en cualquier caso una moda españolizante, inspirada en el modo de hacer del Seiscentos, concebida con la intención de competir museísticamente con la pintura antigua⁴⁷². Otro pintor activo en París, el canario Manuel González Méndez, es autor de obras de parecido talante, como el *Caballero con golilla* (Santa Cruz de Tenerife, Museo Municipal) o *Caballero de golilla* (Puerto de la Cruz, colección particular)⁴⁷³.

Joaquín Sorolla realizó varios retratos —en este caso de individuos concretos de su tiempo— donde el seguimiento literal del modelo velazqueño es muy evidente. Es el caso, por ejemplo, del retrato de *La niña María Figueroa, vestida de Menina* (1901, Madrid, Museo del Prado)⁴⁷⁴, o el de la actriz *Doña María Guerrero como 'La Dama Boba'* (Madrid, Museo del Prado)⁴⁷⁵, pintado en 1897 y rehecho por completo en 1906, quizá, uno de los mejores retratos a la moda del XVII realizados

⁴⁷¹ A. ESPÍ VALDÉS: *Pintores de Alcoy. De Antonio Gisbert a Rigoberto Soler*, Valencia 2000, p. 85 (nº 24).

⁴⁷² *Colección Banco Hispano Americano*, Madrid 1991, p. 169.

⁴⁷³ M. A. ALLOZA MORENO: *Manuel González Méndez*, Santa Cruz de Tenerife 1991, pp. 96-97

⁴⁷⁴ Inv. Nº 7791. Véase J. BARÓN (ed.): *El retrato español en el Prado...*, op. cit., p. 190 (nº 68)

⁴⁷⁵ Inv. Nº 4647. Véase J. L. DíEZ (dir.): *El mundo literario en la pintura del siglo XIX...*, op. cit., p. 218 (nº 44)

en el fin de siglo, aunque Sorolla, como pintor formado en el naturalismo contemporáneo, justifica esta elección a través del personaje de Finea, de la comedia *La Dama Boba*, de Lope de Vega.

Hacia 1900 se codifica también lo que ha terminado por reconocerse como decadencia elegante, una de cuyas fuentes principales son los retratos de Velázquez, como el del *Infante don Carlos* (1628, Madrid, Museo del Prado), con esa “mano que negligentemente sostiene el meñique del guante”, en palabras de Eugenio d’Ors⁴⁷⁶. Aunque no se trata de reconstrucciones históricas precisas, una buena parte del retrato aristocrático internacional de comienzos del siglo XX, reinterpreta al maestro sevillano desde la óptica de una ensimismada y retórica decadencia.

3.10. LA SINIESTRA CORTE DE CARLOS II

El reinado de Carlos II representa el epígono de un periodo, el punto más bajo de la decadencia. En la reedición de la *Historia General de España* del Padre Mariana del año 1852 ya se lee:

Parece que en él quiso ofrecer la Providencia a la historia un emblema de nuestra postrada monarquía, y un trasunto de la raza degenerada que terminó en él y que por espacio de cerca de dos siglos tuvo por nuestra desventura la corona de España⁴⁷⁷.

Seguramente fueron los escritos de Antonio Cánovas del Castillo los que más contribuyeron a forjar la idea de la decadencia de la dinastía austríaca. El político, que se siente continuador de Mariana y Miñana cuando escribe, dice:

Nosotros hemos de contar ahora como de tanta grandeza vinimos en humillación tan grande, como de tan alto poderío, a tamaña impotencia, y de sucesos tan prósperos, a tan inauditas desgracias como lloraron ojos españoles en los días de Carlos II⁴⁷⁸.

Todos los historiadores de la segunda mitad del XIX reflejan idéntico punto de vista. Víctor Gebhardt se refiere al fin de una dinastía “que había degenerado

⁴⁷⁶ Recogido por J. PÉREZ ROJAS: *El retrato elegante*, Madrid 2000, p. 30. Véase también E. DE DIEGO: “Guantes”, en *Museo del Prado: fragmentos y detalles*, Barcelona 1997, pp. 87-102.

⁴⁷⁷ J. DE MARIANA: *Historia general de España...*, op. cit., vol. III, p. 599.

⁴⁷⁸ A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Historia de la Decadencia de España*, op. cit., p. 5. Véase también A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria...*, op. cit.

constantemente de padres a hijos”⁴⁷⁹. También en ediciones más populares y de carácter educativo se habla de los “últimos y más degenerados vástagos de la dinastía austriaca”⁴⁸⁰. Miguel Morayta, incluso más radical, como de costumbre, se refiere a “la repugnante corte de Carlos II”⁴⁸¹.

Los estudios fisiológicos, puestos de moda en el último tercio del siglo XIX, también trataron de estudiar el comportamiento público de los gobernantes con su salud y su vida privada. En las novelas por entregas de Francisco de Sales Mayo, por ejemplo, se explica el carácter de Carlos II por el “raquitismo, epilepsia y demonomanía, sólo aplacada con la asistencia a los autos de fe”⁴⁸².

Carlos II parece dar forma a la tesis de Max Nordau cuando escribe:

Los degenerados tienen, pues, que sucumbir, puesto que no pueden, ni adaptarse a las condiciones de la naturaleza y de la civilización, ni mantenerse en la lucha por la existencia contra los seres sanos⁴⁸³.

La atrabiliaria decisión de practicar un exorcismo a Carlos II, con objeto de librarle de sus males, es un pasaje narrado en todas las historias de España, y, frecuentemente, ilustrado⁴⁸⁴, lo que demuestra la particular curiosidad que despertaba. Esta fascinación probablemente haya de ponerse en relación con la atención de los artistas hacia la enajenación mental, dimensión ambivalente desde el punto de vista de su significado, pues no puede ser culpabilizado del todo quien la padece, al tiempo que constituye un pretexto para explorar los aspectos más misteriosos del alma en términos plásticos⁴⁸⁵.

Juan García Martínez es autor de una pintura titulada *Carlos II asistido en su pretendido hechizamiento por Froilán Díaz*. El artista se inspira en un texto de la

⁴⁷⁹ V. GEBHARDT: *Historia general de España...*, *op. cit.*, p. 577.

⁴⁸⁰ También J. PUIGGARÍ y E. PALUZIE: *Compendio ilustrado de Historia de España*, *op. cit.*, p. 178.

⁴⁸¹ M. MORAYTA: *Historia general de España*, Madrid 1893, vol. IV, p. 1085.

⁴⁸² Recogido por P. FERNÁNDEZ: *Mujer Pública y vida privada. Del arte eunuco a la novela lupanaria*, Woodbridge 2008, p. 34

⁴⁸³ M. NORDAU: *Degeneración*, Madrid 1902, vol. II, pp. 468-469.

⁴⁸⁴ La *Historia de España en láminas...*, *op. cit.*, de D. J. GONZÁLEZ elige ese episodio para ilustrar el reinado de Carlos II, en la p. 401, lám. 86. Véase también V. GEBHARDT: *Historia general de España...*, *op. cit.*, vol. V, entre pp. 574-575; J. PUIGGARÍ y E. PALUZIE: *Compendio ilustrado de Historia de España*, *op. cit.*, p. 186.

⁴⁸⁵ C. REYERO: *La belleza imperfecta. Discapacitados en la vigilia del arte moderno*, Madrid 2005, pp. 77-99.

Historia de España de Modesto Lafuente, que incluye en el catálogo de la Exposición Nacional de 1876, donde se expuso:

La extremada flaqueza y desfallecimiento físico que desde muy temprana edad experimentaba el Rey, junto con ciertos movimientos convulsos que en determinados periodos padecía, y que los médicos no acertaban a curarle; la circunstancia de reconocerse en Carlos un entendimiento claro, una conciencia recta y una piedad acendrada y de verle obrar comúnmente en sentido contrario a estas dotes y a estas virtudes, hizo nacer y cundió la sospecha y el rumor de que los malos espíritus estaban apoderados de su persona... Con noticia de correr esta especie tuvo el enfermizo monarca, él mismo consultó en secreto con el inquisidor general Rocaberti, encomendándole averiguase lo que hubiese de cierto. Aprovechó la circunstancia de haber sido destinado al confesonario del Rey a D. Froilán Díaz, varón de tanta piedad como candidez y de no muchas letras, aunque catedrático de Alcalá, para inducirle, como lo logró, a que le ayudase en sus investigaciones sobre los hechizos del Rey. El pobre Carlos sufría muchos tormentos, y no el menor de ellos el de la aprensión en que le habían metido; y cada vez que se advertía algún alivio o mejora en su salud, se atribuía a la eficacia de los exorcismos y de los otros medios ⁴⁸⁶.

Antonio Pérez Rubio, que había tratado con anterioridad otros asuntos ambientados en la época de Carlos II, como *Privanza de Don Juan de Austria, hermano de Carlos II* y *La menor edad de don Carlos II* ⁴⁸⁷, también abordó este tema en un cuadrito titulado *El exorcismo*, expuesto en la Nacional de 1881. Se inspiró en la *Historia de España* de Modesto Lafuente, según hace constar en el catálogo, que incluye el siguiente texto:

El capuchino franciscano Fray Mauro de Tenda exorciza a Carlos II en una capilla de Atocha, en presencia del confesor Fray Froilán Díaz y el cardenal Portocarrero ⁴⁸⁸.

⁴⁸⁶ Recogido en el *Catálogo de la Exposición Nacional de 1876*, *op. cit.*, pp. 27-28 (nº 132). Se reproduce en C. REYERO: *La pintura de historia en España...*, *op. cit.*, p. 177

⁴⁸⁷ Ambos cuadros figuraron en la Exposición Nacional de 1862, como puede verse en el *Catálogo de la Exposición Nacional de 1862*, *op. cit.*, p. 40 (núms. 219 y 220); M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, *op. cit.*, p. 526.

⁴⁸⁸ *Catálogo de la Exposición Nacional de 1881*, *op. cit.*, p. 104 (nº 546); M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, *op. cit.*, p. 526.

3.11. *LA ATRACCIÓN DEL HORROR*

La enfermiza atracción hacia el mal constituye, como se sabe, un elemento fundamental en la identificación de la cultura finisecular, cuando el decadentismo se convirtió en un término caracterizador de una época. Ciertamente la dimensión pintoresca con la que el público percibe los cuadros de historia, el sentido edificante que encierran sus argumentos y las pretensiones arqueológicas que mueven a los artistas, están absolutamente reñidas con cualquier concepción decadente de este género. Pero bien es verdad, al propio tiempo, que desde el Romanticismo hasta el fin de siglo fluye un interés hacia los aspectos más oscuros de la condición humana. En ese sentido, tanto la historia como el arte español del Siglo de Oro proporcionaron un caudal importante de leyendas e imágenes, donde algunas sensibilidades parecen asombrosamente próximas.

Toda la Europa romántica y postromántica visualizó la “leyenda negra” española a través de las torturas de la Inquisición y la morbosa fascinación por describir con crudo realismo el suplicio de los mártires. Un eco de ese procedimiento plástico, empleado con sentido historicista, se encuentra en la reconstrucción de algunas escenas ambientadas en el siglo XVII. Por ejemplo, el francés Théodule Ribot pintó *El suplicio de Alonso Cano* (1867, Rouen, Musée des Beaux-Arts) evocando la pintura de Ribera ⁴⁸⁹, como si fuera un apóstol martirizado, en una especie de doble historicismo, el del tema y el del estilo, con todo ese realismo brutal asociado a la escuela española del Siglo de Oro. Precisamente uno de los atractivos temáticos de este cuadro se basa en el contradictorio contraste entre la condición de artista exquisito y el tratamiento formal de su descarnado tormento, que recoge una anécdota precisa: Cano fue torturado tras haberse hallado a su mujer asesinada, pero, según la leyenda, “Felipe IV había advertido de que no se lesionara su brazo derecho, en consideración a las hermosas obras creadas por el artista” ⁴⁹⁰.

La contemplación de cadáveres y la apertura de tumbas fueron temas pictóricos que fascinaron en el siglo XIX: desde Inés de Castro a la emperatriz Isabel de Portugal, desde el Cid hasta el Príncipe de Viana, desde los sepulcros profanados de Saint-Denis a los de Poblet, desde los Amantes de Teruel hasta San Fernando, los artistas encontraron en la presentación del cuerpo corrompido

⁴⁸⁹ M. S. GARCÍA FELGUERA: *Viajeros, eruditos y artistas...*, *op. cit.*, p. 101; E. TRENC BALLESTER: “De l’influence de l’Espagne sur le peintres français”, en el catálogo de la exposición *Les peintres français et l’Espagne...*, *op. cit.*, pp. 24 y 34.

⁴⁹⁰ Recogido por E. GUILLÉN: *Retratos del genio...*, *op. cit.*, p. 211.

por la muerte un argumento impactante, capaz de conmover a los más imperturbables espíritus. Si se trataba de alguien que había sido bello, joven, galante o poderoso, el atractivo era aún mayor.

Ambientado en la época de Felipe III, el madrileño José Avrial y Flores ya había presentado a la Exposición Nacional de 1862 una *Vista del panteón de los reyes de León en la iglesia colegiata de San Isidro de dicha ciudad (fundada por D. Alfonso V), en el acto de ser visitada por el rey D. Felipe III en Agosto de 1600*⁴⁹¹, aunque, en este caso, cabe entender la pintura como una simple anécdota viajera motivada por la importancia del monumento.

Pero ese interés hacia la contemplación de los cuerpos muertos de los antepasados cobró una cierta relevancia en los relatos que se hicieron del reinado de Carlos II durante el siglo XIX, como si “El Hechizado” padeciese también una especie de necrofilia. Varias historias de España ilustran la presencia de Carlos II en el panteón de San Lorenzo de El Escorial, donde mandó abrir los sepulcros de sus antepasados, una escena lúgubre a la luz de las antorchas⁴⁹².

En pintura, fue Ángel Lizcano el que presentó a la Exposición Nacional de 1881 el cuadro titulado *Carlos II visitando el monasterio de San Pedro de Cardeña*⁴⁹³, donde se ve al monarca, en compañía de varios nobles, junto a una de las tumbas del monasterio burgalés. San Pedro de Cardeña guardaba entonces tres conjuntos de restos insignes: los de los mártires de Cardeña, los del abad San Sisebuto y los huesos del Cid Campeador y su familia. La importancia de los restos de Rodrigo Díaz de Vivar era la mayor de todas, hasta el punto de que en la Edad Moderna se intentó incluso su canonización, aparte de haber quedado vinculada su figura a la genealogía regia⁴⁹⁴.

Pero, más que en los asuntos donde intervienen grandes personajes históricos, es en la recreación de motivos pictóricos del siglo XVII donde se detecta con claridad la fascinación por lo repulsivo como emoción plástico-literaria. En ese sentido, los pintores sevillanos del XIX, tan familiarizados con la cultura barroca, continuaron la reflexión sobre la fugacidad de la existencia, a través de la

⁴⁹¹ *Catálogo de la Exposición Nacional de 1862, op. cit.*, p. 7 (nº 13); M. OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX, op. cit.*, p. 58.

⁴⁹² Por ejemplo J. CORTADA: *Historia de España, op. cit.*, vol. I, p. 523; T. BARÓ: *Historia de España, op. cit.*, p. 364.

⁴⁹³ *Catálogo de la Exposición Nacional de 1881, op. cit.*, p. 70 (nº 348).

⁴⁹⁴ R. J. PAYO HERNÁNDEZ: “La creación de una imagen. Iconografía cidiana de la Edad Media a la Ilustración”, en J. C. ELORZA (dir.): *El Cid. Del hombre a la leyenda*, Burgos 2007, pp. 332-358.

muerte, en la estela de Valdés Leal, que parece erigirse en la referencia visual por antonomasia.

La orientación de Eduardo Cano de la Peña hacia temas lúgubres está constatada en varias de sus obras. En 1866 firmó *Don Miguel de Mañara socorriendo a un moribundo* (Sevilla, Museo de Bellas Artes)⁴⁹⁵, inspirado en la legendaria figura del personaje, fundador del Hospital de la Caridad de Sevilla, para cuya iglesia Valdés Leal había pintado en 1672 una de las obras maestras de la pintura barroca, el *Fin de las glorias del mundo*. El mito de Mañara, que había recorrido la literatura y el arte desde el propio siglo XVII, se intensificó en el XIX, sobre todo a raíz de la celebración de su centenario, en 1879.

A la influencia de Eduardo Cano se ha atribuido el interés hacia estos temas de otros pintores sevillanos, como José Jiménez Aranda, de quien se cita un asunto típicamente romántico, que recuerda el argumento de *El estudiante de Salamanca* de José de Espronceda, titulado *Don Miguel de Mañara encontrando su propio entierro*⁴⁹⁶.

También con Cano se ha relacionado la inclinación juvenil del carmonense José Arpa y Perea por tratar temas de carácter morboso, ambientados en la Sevilla de siglo XVII. En la primera exposición del Ateneo de Sevilla, celebrada en 1883, dio a conocer *Escenas de la peste en Sevilla en 1649* (Sevilla, colección Antonio Plata)⁴⁹⁷, una pintura en la que la caridad de los religiosos constituye el argumento que trata de poner consuelo en un escenario de muerte y desolación. Sin embargo, su cuadro más famoso en esta línea, que abandonaría enseguida por el paisaje, es el titulado *La exposición del cadáver de don Miguel de Mañara en la Caridad de Sevilla*, premiado con mención honorífica en el certamen internacional que, con motivo del centenario del descubrimiento de América, se celebró en Madrid en 1892. Como se ha señalado:

el cadáver de Mañara, envuelto en un desordenado hábito de la orden de Calatrava, parece una actualización del cuerpo yacente en el *Finis Gloria Mundi* de Valdés⁴⁹⁸.

Por lo tanto, sin hacer alusión expresa a las pinturas de Valdés Leal en la iglesia del hospital, auténtica apología de la vanitas barroca, recoge su poética en

⁴⁹⁵ G. PÉREZ CALERO: *El pintor Eduardo Cano de la Peña (1823-1897)*, Sevilla 1979, p. 155 (nº 78).

⁴⁹⁶ J. FERNÁNDEZ LÓPEZ: *La pintura de historia en Sevilla...*, *op. cit.*, p. 92.

⁴⁹⁷ J. FERNÁNDEZ LACOMBA: *José Arpa y Perea*, Sevilla 1998, p. 27.

⁴⁹⁸ *Ibidem*, p. 106 (nº 5).

clave historicista y verosímil, como corresponde al siglo XIX, en busca de una quimérica competencia.

Más explícito había sido José María Rodríguez de Losada, autor del cuadro titulado *Valdés Leal inspirándose para pintar las postrimerías* (Madrid, colección Pérez Asencio)⁴⁹⁹, que figuró en la exposición sevillana de 1858, donde el artista parece meditar ante los cadáveres en descomposición sobre los féretros abiertos.

Aunque Max Nordau, autor un texto fundamental sobre el decadentismo finisecular como es *Degeneración*, excluya precisamente *Las Postrimerías* de Valdés Leal, “a pesar de su repugnancia”, y “los santos ensangrentados y purulentos de Zurbarán”⁵⁰⁰, de las obras *degeneradas*, por cuanto encierran ideas morales elevadas, es innegable que el imaginario macabro decimonónico sobre Siglo de Oro estuvo muy cerca de la sensibilidad decadente, o, al menos, del Romanticismo negro, cuyo herencia recoge el Simbolismo.

Y no se puede negar, además, que, durante todo el siglo XIX esa sensibilidad estuvo muy asociada, particularmente entre los extranjeros, con la idiosincrasia española. Un crítico francés escribía, a propósito de la selección de obras que figuraban en el pabellón español de la Exposición Universal de París de 1889:

Los españoles han conservado un gusto singular, un poco teatral, hacia las grandes escenas trágicas, dolorosas y sangrientas. Se ha bautizado a su galería la sala de los ajusticiados, y de hecho, las masacres y los cadáveres abundan⁵⁰¹.

Nada más fácil que juzgar por las apariencias y los estereotipos históricos.

⁴⁹⁹ J. FERNÁNDEZ LÓPEZ: *La pintura de historia en Sevilla...*, op. cit., p. 89 (lám. 14).

⁵⁰⁰ M. NORDAU: *Degeneración*, op. cit., vol. II, pp. 136 y 139-140.

⁵⁰¹ G. LAFENESTRE: “La peinture étrangère à l’Exposition Universelle”, *Revue des deux Mondes* 6 (1889), p. 170.

Las casas reales

CAPÍTULO 1

LA CASA DEL REY. LA CASA DE BORGONA

1. *LA REAL JUNTA DE BUREO*

José Martínez Millán,
Ignacio Ezquerro Revilla

Hasta el reinado de Felipe IV, el Bureo apenas sufrió modificaciones, tanto en su composición como en su proceder. Sin embargo, las transformaciones que experimentó la Monarquía durante el gobierno de dicho rey, también afectó al clima de reforma propio de todo nuevo reinado y quedó definitivamente fijado el orden que debía guardar, hasta tal punto que en junio de 1621 se reguló su funcionamiento en caso de ausencia del mayordomo mayor, en el que se advirtió la asunción de sus funciones por parte del mayordomo más antiguo ¹.

¹ “La orden que han de guardar los mayordomos en falta o ausencia de mi mayordomo mayor, que es conforme a la noticia que se ha hallado de lo que se ha hecho en esto por lo pasado:

Hanse de juntar dos días cada semana para los Bureos, que serán lunes y viernes, y cuando se ofreciere algún caso extraordinario y yo diere alguna orden al mayordomo más antiguo, él podrá llamar a Bureo y el mayordomo semanero podrá hacer lo mismo si se la diere a él.

El mayordomo más antiguo ha de presidir en el Bureo y ordenar al grefier lo que ha de hacer y los memoriales que se han de leer y proponer los demás negocios que se ofrecieren, sin que en esto tenga que haber otro ninguno. Ha de tener la campanilla.

El recibir juramento a los oficiales, también lo ha de hacer el mayordomo más antiguo, pero ha de ser en Bureo; aunque no habiendo de tomar juramento más que a una persona sola, podrá hacerlo el mayordomo más antiguo solo con el contralor y grefier.

Los pliegos que fueran para el Bureo mandaré que se sobrescriban al mayordomo más antiguo en Bureo, y los que fueren desta manera, los ha de llevar al Bureo cerrados, ordenando allí al grefier los que ha de leer de ellos. Y las consultas que se hubieren de hacer, se han de cerrar en el Bureo, habiéndolas avisado los mayordomos que se hallaren presentes y el grefier las ha de entregar al mayordomo más antiguo para que las lleve o envíe donde yo estuviere. Y el sello ha de ser del Bureo.

Este hecho era de suma importancia, pues demostraba que, hasta entonces, la posición del Bureo no había sido acompañada de una construcción formal proporcional, y que la junta correspondía a una realidad totalmente ajena al elemento castellano que había contribuido a la configuración de la Monarquía, lo que provocó el surgimiento de numerosos problemas jurisdiccionales con las instituciones de la corona de Castilla (Consejo Real y alcaldes de casa y corte) como de la parvedad reglamentaria en la que el Bureo desempeñó su actividad desde un inicio. Pese a ello, señales como la naturaleza que la palabra *Bureo* y la expresión *entrar en bureo* adquirieron entonces en el lenguaje literario (empleada por Cervantes en *El celoso extremeño* y dos veces en *El Quijote*), era indicio de la afirmación vivida por el órgano de gobierno de la casa de Borgoña en el conjunto de la casa real². El propio nombre por el que fue conocido, *Junta de Bureo* —que da título a este capítulo— es la mejor prueba del sentido que en adelante tuvo tal proceso de consolidación, consistente en la superposición de las dos tradiciones presentes en la casa real a partir del molde borgoñón. Puesto que ambas palabras poseían un significado idéntico en castellano y en francés, y su unión constituía un sintagma reiterativo³.

Cuando yo ordenare al mayordomo más antiguo tomar juramento o otra cosa particular, mandaré sobrescribir los pliegos para él sin decir en Bureo y entonces los podrá abrir él solo y ejecutar lo que yo le mandare; y si fuese cosa para llamar a Bureo lo hará, y lo mismo se entenderá con el mayordomo semanero, si lo ordenare a él.

Que el mayordomo más antiguo escriba de su mano allí en el Bureo las mercedes que yo hiciere y las diga a las partes.

Que el mayordomo más antiguo pueda dar las licencias a los que las pidieren para hacer ausencia como no pasen de dos meses y cuando hubiere de ser por más tiempo, las ha de consultar a boca conmigo”.

Sobreescrito: “En Madrid a 18 de junio de 1621. al Bureo. Señalada de Su Majestad” (AHN, Nobleza, Frías, caja 26, ff. 133-134).

² M. DE CERVANTES: *Don Quijote de la Mancha*, ed. de D. Clemencín y A. Lista, Madrid 1894, vol. 5-6, p. 287; C. FERNÁNDEZ GÓMEZ: *Vocabulario de Cervantes*, Madrid 1962, p. 154.

³ “Bureo. La junta de los mayordomos de la casa real, para el gobierno della”, S. DE COVARRUBIAS: *Tesoro de la lengua castellana o española*, Barcelona 1998 (ed. facsímil de la de Barcelona 1943, a cargo de M. de Riquer), p. 245. El *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad... compuesto por la Real Academia Española*, Tomo quarto, Madrid 1734, p. 331, definía “Junta” como el “Ayuntamiento o congreso de varias personas en un mismo lugar, para consultar y resolver alguna materia”.

1.1. *CONTORNO ORGÁNICO DEL BUREO EN TIEMPO DE FELIPE IV*

Conforme a ello, la etapa inicial del reinado de Felipe IV fue de definición *institucional* de la Junta de Bureo en el seno de la casa real (y parece que no sólo por razones relacionadas con la coyuntura de asentamiento del nuevo rey); de asignación de unos medios materiales y un ritmo de trabajo que, en la misma medida que evidenciaba su creciente importancia, delataba la retrasada posición de la que partía para la defensa de su preeminencia en la propia casa y en el conjunto de la corte. Aunque el fallecimiento de Felipe III provocara una ralentización del ritmo doméstico, resulta elocuente que, por entonces, ante la falta de reuniones del Bureo, algunos de sus integrantes acordaran despachar cuestiones informalmente al margen del mismo ⁴. A su vez, el 5 de julio de 1621 los condes de Arcos, Alcaudete y Peñaranda y el marqués de Auñón, mayordomos de Su Majestad, reunidos en Bureo con el contralor y el greffier, ordenaron a don Juan Pacheco de la Vega, guardajoyas, la fabricación de una campanilla de plata para la conducción de las reuniones del mismo ⁵. Este hecho distaba de ser anecdótico, y de él se podían deducir conclusiones en el orden jurisdiccional.

La definición de un régimen de funcionamiento fue algo paulatino, asentado conforme se sucedían las contingencias. Ante las reiteradas ausencias del rey de palacio, el 26 de septiembre de 1622, se decidió en la junta consultarle sobre la necesidad de continuar sus reuniones, ante la acumulación de asuntos pendientes, razón y consecuencia simultáneas del impulso de todo órgano administrativo. Ya entonces, a semejanza de otros organismos cortesanos, la acumulación de negocios fue convirtiéndose en obstáculo para la agilidad del Bureo y se decidió consultar también al rey la encomienda a un sustituto de la revisión de las cuentas del maestro de cámara que hasta entonces realizaba el conde de Alcaudete, ante sus muchas ocupaciones. De acuerdo con la conformación administrativa del Bureo que, como señalamos, acontecía en la etapa inicial del reinado de Felipe IV, las diferencias de orden político se tradujeron en conflictos entre los diferentes mayordomos, en torno a las señales externas de jerarquía en un contexto institucional sin otra expresión de la misma que la antigüedad. En este sentido,

⁴ AGP, AG, leg. 430, del contralor Juan Ochoa al greffier Sigoney: “El Sr. conde de los Arcos y marqués de Baldunquillo respecto de que no ay Bureo an acordado juntos connmigo se den por uistos esos quatro repartimi[en]tos y así u[vestr]a m[erced] se sirba de que se ponga ay y me los buelva también y miro p[ar]a q[uan]do le aya esos informes”. Veremos más adelante como se fue fijando un ritmo regular de reuniones, complementado con juntas extraordinarias.

⁵ AGP, AG, leg. 430.

el acceso directo del conde de Alcaudete desde su aposento a la sala donde se celebraba el Bureo, consentida por el duque del Infantado, fue contestada por sus compañeros una vez que este último falleció ⁶.

Que el Bureo era un órgano de existencia discreta y subordinada en la parte inicial del reinado de Felipe IV, fundada en las sumarias menciones al mismo en las etiquetas reales, lo demuestra el hecho de que por entonces fue necesaria la consulta de diferentes servidores regios para sacar una idea más o menos fiel de sus funciones y atribuciones. El 1 de enero de 1628, el conde de los Arcos se ocupaba del particular y, tras aludir a la función del mayordomo mayor en la casa de la reina, que pasaba principalmente por la gestión de la gracia en la misma, atribuía al Bureo las funciones de ejercicio jurisdiccional y gobierno menudo y económico de la casa, mediante el control de los respectivos libros de asiento. En su seno, el mayordomo semanero tenía encomendadas funciones de aplicación y control de las reformaciones dictadas por el rey, y otra de las figuras destacadas por el conde fue la del asesor, cuya intervención en el conjunto de los asuntos tratados por la junta parecía depender de la voluntad de esta, aunque existía cierta confusión en el carácter preceptivo o no de los pareceres jurídicos del asesor ⁷. De su contenido se deducía un proceder del Bureo que resultaba más de una mantenida praxis cotidiana, fundada en una parca reglamentación, que de una racionalidad formativa, que era, precisamente, lo que se perseguía de la implicación de diferentes ministros de la casa del rey en la definición del papel del Bureo, y no sólo el de la reina,

⁶ Si bien había quien sostenía en palacio que la puerta había sido abierta una vez fallecido el duque, carta del conde de Arcos al grefier Carlos Sigoney, 4 de septiembre de 1624 (*Ibidem*).

⁷ “Lo q[ue] toca al Bureo son todos los negocios de justia, del gouierno de la cassa como son uer los libros del gasto de la despensa y las quantas de todos los demás officios y officiales de la cassa en que se incluye la cámara y caualleria, y unas y otras an de uenir primero contraloreadas. Anssimismo se an de hazer en el Bureo los preçios assí del mercader como de los demás proueedores y algunas beçes quando al Bureo le pareçe se comete a algún mayordomo, el qual se suele informar del contralor como persona más plática de las materias para que el Bureo tome la resolución q[ue] más conbiene, por manera q[ue] todo lo que es de justia toca al Bureo, y anssimismo que las reformaciones que Su M[a]g[esta]d tiene m[anda]do se guarden, y desto a de tener particular cuydado el semanero. Y si sobre todo lo referido es neçessario cometer algunos negocios al assesor lo a de haçer el Bureo y berse en él los parezeres q[ue] enuiare bottándose en Bureo sobre ellos la sentençia y saliendo por la mayor parte el grefier la hace notificar a las artes. Y assí mismo toca al Bureo hazer consulta a Su Mag[esta]d si se offreçiesse sobre alguna de las cossas aquí contenidas, y el mayordomo mayor a deseñalar las dichas consultas como las demás, las quales toca hazer al grefier” (AGP, AG, leg. 433).

caso del conde de Alcaudete. Por su parte, Antonio de Toledo insistió en las funciones de control y manejo económico, y fijación de las condiciones de abastecimiento de la casa real mediante contratos de asiento y postura. De lo escrito por él, se deduce que tales eran las funciones principales del Bureo, a las que quedaban subordinadas el resto, todas ellas bajo la dirección y supervisión del mayordomo mayor, a quien quedaban reservadas las cuestiones “graciosas”⁸.

No obstante, el ambiente reformista, que desde 1624 alcanzó a la casa real, reducida entonces en volumen y gasto, favoreció la clarificación de funciones y el asentamiento institucional de la Junta de Bureo, como indican los decretos reales de 1630 y 1632, que ordenaban al Bureo respetar los límites de la reformatión entonces fijada. Asimismo, debe suponerse a la junta vinculada a la orden de 1631, que mostraba una voluntad de integración orgánica del conjunto de la administración cortesana, al dar validez al testimonio de cualquier secretario de Consejos y “Juntas fixas”, cuando la ejecución dependiese de otro diferente, sin ser necesaria orden directa del rey⁹.

Igualmente, el mayordomo mayor, duque de Alba, ordenó al grefier (el 2 de septiembre de 1634) ignorar toda orden que hubiese dado en contra de la señalada reformatión¹⁰, disposición que hablaba del reiterado incumplimiento de la

⁸ “Lo que se a tratado siempre en los Bureos y para lo q[ue] Su M[a]g[esta]d menda q[ue] se tengan es ls siguiente como pareze por las órdenes y libros que dello ay. A de tener entendido el Bureo qé se sitúa cada mes para el ordinario de la cassa, cómo y q[uan]do entra este dinero en poder del thessorero, cuándo y para qué sale sin q[ue] en ningún casso se pueda distribuir por otra ninguna persona, y para esto se dan cada año nóminas y órdenes al contralor por las qualesse le and e ir entregando a quien por su off[icio] le tocare, y echas las quantas y ajustadas por el contralor se an de passar en el Bureo. Los asientos q[ue] se hizieren para la prouission a de hazer los preçios el Bureo o la persona a quien lo confoare y ajustado a de hacer el contralor las obligaciones a su satisfación de manera q[ue] no pueda auer falta en el cumplimiento y prouission. Después de tratado y ajustado todo lo q[ue] toca a la hacienda y gouierno della se an de ber memoriales de criados y juzgar las diferencias q ubiere entre ellos y las demás cossas q[ue] se ofresçen. Este a sido siempre el estilo que a abido en lo jeneral y en lo demñas se está y passa por lo q[ue] Su M[a]g[esta]d ordenare ejecutándolo como manda sino se ofresçiere algo q[ue] replicar en conbeniençia de su serui[ci]o o de su azienda. Todo está sienpre deuajo de la mano del mayordomo mayor y de sus órdenes no contruiniendo a las de Su M[a]g[esta]d y al estilo ordinario q[ue] no se podrá mudar sin dar quenta a Su M[a]g[esta]d y orden nueba suya”. Sin fecha, pero debe corresponder también a 1628 (AGP, AG, leg. 433).

⁹ AGP, AG, leg. 368.

¹⁰ AGP, AG, leg. 432: “Orden del duque de Alba may[ordo]mo mayor f[ec]ha en 2 de sett[iemb]re 1634 para que se guarden las de Su Magd puntualmente. N° 4. Carlos Sigoney grefier del rey n[uest]ro Señor he sido ynformado que algunas de las órdenes que conforme

misma, incluso por parte de la máxima autoridad de la casa. Para entonces, la periodicidad de las reuniones del Bureo era al menos semanal, y, quizá por emulación que hablaba por sí misma del sentido doméstico propio del conjunto de la administración, la junta se reunía cada viernes, como el Consejo Real pleno ¹¹.

a u[vest]ros ynformes y del contralor y otras personas he dado no son ajustadas a las que tenéis de Su Mgd y yo os he mandado antes guardar antes de agora y no siendo mi yntención que en ninguna manera se contrauenga a ellas sino que se cumplan y executen como Su Mag[esta]d lo tiene resuelto os mando que recojáis todas las órdenes que os he dado desde que soy may[ordo]mo mayor y las que adelante os diere en razón de asientos de criados goze de gajes y raciones, acrecentamientos, renunciaciones y pasos de ellas, crecimientos de monedas, gastos y partidas extraordinarias de quales quier oficiales y todas las demás de que vuiere razón en u[vest]ros libros y las que fueren contra las órdenes de Su Mag[esta]d sino estuvieren executadas no las executaréis y si lo estuvieren las suspenderéis en los d[ic]hos libros para que no tengan efecto en lo que fueren contrarias a ellas salbo, en las que por consultas mías o en otra manera vuiere dispensado Su Magd y yo os lo vbiere auisado así porque mi yntención como queda dicho es y a sido siempre que en ninguna manera se contrauenga a lo que Su M[a]g[esta]d tiene resuelto, ni a la costumbre, estilo y órdenes de su casa sino que se observen y las que asimismo os hubiere dado y diere adelante por que en uno o más pagamentos libréis a diferentes personas lo que se les deuiera de gajes atrasados se an de entender en los tercios últimos del año después de dada satisfacción a todos los criados de Su Magd de lo que en los d[ic]hos pagamentos huvieren de hauer de manera que no se haga agrauio a nadie y todo lo referido se entienda también por lo que toca al contralor para cuyo efecto ha de tomar razón deste orden y uos la asentaréis en los libros de u[vuest]ro oficio para executarla puntual y precisamente y entrambos me daréis cuenta en el uvreo de auerlo echo así y estad aduertidos para delante de los ynformes que me aréis. En Madrid a dos de setiembre de mill y seiscientos y treinta y quatro, señalada de su excelencia”.

¹¹ AGP, AG, leg. 430, entre otros asuntos tratados por el Bureo: “Enuío a u.m. esos papeles de Gaspar Ruscar bedriero de la reyna nuestra señora para que se bean en el Bureo el uiernes”. Más concretamente, el Bureo se reunía cada lunes y cada viernes, pero la primera de estas reuniones era preparatoria y de cuestiones de trámite (cotejo de libros, precios, cuentas, gastos de distintas áreas de la casa...), y los viernes eran dedicados a tratar materias de gobierno y justicia [AGP, SH, caja 50, *apud* E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *Cuadernos de Historia del Derecho* 1 (1994), pp. 49-124, p. 81]. Esto es, de forma semejante a lo que hacía el Consejo Real, pero temporalmente más espaciada. De forma aproximada, lo que el Bureo hacía en lunes y viernes, el Consejo lo hacía en este último día (*Consejo Pleno* en la mañana y *Consulta de los Viernes* por la tarde). Por su parte, las *Ordenanzas hechas por el Muy Ill[ustr]e Señor Don Ju^o Manrique May[ordo]mo Mayor de la Rey[n]a Nuestra Señora las quales se publicaron y mandaron guardar estando en Bureo* que regulaban el funcionamiento de la casa de la reina, se abrían así: “Lo primero se ordena que desde aquí adelante se tenga Bureo todos los uiernes y si fuere fiesta se hiciere otro día siguiente de manera que no aya falta en haçer una uez cada sem[a]na” (AGP, AG, leg. 433).

Todos los indicios apuntan a una rápida consolidación institucional del Bureo, fundada en su cimera posición en el ámbito doméstico, resultado lógico de la cual fue la acumulación de asuntos en su seno¹². Otro síntoma de la consolidación institucional vivida entonces por el Bureo fue el asiento de su régimen de funcionamiento, incluida su materialidad documental. En este sentido, el rey estableció que en la tramitación de las diferentes decisiones constasen enumerados los miembros de la junta responsables de las mismas¹³. La documentación librada por el Bureo está caracterizada por la confusión y la dispersión, y, en nuestra opinión, la evidente dificultad de sistematización archivística que le afecta, deriva del alcance general y transversal de sus acuerdos sobre las distintas áreas que conformaban el servicio real.

El proceso de conformación institucional del Bureo también se apreció en su paulatina inserción en una corriente administrativa general. La participación de unos mismos ministros en Consejos, juntas y en el Bureo, favoreció que tanto el del rey como el de la reina quedasen afectados por las medidas de coordinación establecidas para asegurar la celebración continua de todos ellos, dificultada en especial a la altura de 1641 por la ejecución de obras en el Alcázar y por la presencia del marqués de Santa Cruz en el Bureo, el Consejo de Estado y otras juntas¹⁴. El vigor jurisdiccional mostrado por el Consejo y los alcaldes tras la caída de Olivares, en general y más concretamente en lo referido al Bureo, tiene relación no sólo con el fundamento de su propia posición cortesana, algo olvidada

¹² AGP, AG, leg. 430, Felipe IV al Bureo, en Madrid a 4 de mayo de 1638: “He reparado en muchas consultas que llegan a mis manos con datas posteriores mucho a los días en que las reciuo, y porque en decretándolas en Bureo conui[en]e no se detengan, de aquí adelante se pondrá en las que se me hicieren el día en que se decretaren y la data del en que se me remiten”.

¹³ *Ibidem*: “La noticia de los que concurren a qualquier resolución llegándoseme a consultar es bien que conste siempre, y así de aquí adelante en las consultas de uotos secretos y en las que no lo fueren se me dirán los que interuiniere[n] en ellas (rúbrica de Felipe IV). En Madrid a 17 de mayo de 1638”.

¹⁴ AGP, AG, leg. 434, Bureo de la reina a Felipe IV, 17 de julio de 1641: “Señor. En la cassa de la Reyna N[uest]ra S[eñor]a no ay dónde se pueda haçer B[ure]o los meses de berano quando se baja Su Mag[esta]d al quarto bajo, y aunque otros años a mandado U[vestra] Mag[esta]d que se haga en la pieça donde se haze el de U[vestra] Mag[esta]d este año tiene ynconueniente por açerse en los mismos días que tiene des ocupados el marq[ués] de Santa Cruz, que son lunes y uienes porque los otros los ocupa en el Q[onsej]o de Estado y otras juntas también. Solía U[vestra] Mag[esta]d mandar señalarles el quarto donde aora está el cura al presente mientras se le acauaba i porque está ya echo, suplica el Bu[re]o a Uvestra Mag[esta]d sea serbido de mandar q[ue] le desocupe o señalar dónde se pueda haçer”.

en un contexto crecientemente hostil, sino con la situación atravesada entonces por el tribunal doméstico borgoñón. Parece claro que la movilidad real, determinada por la situación bélica, propició un debilitamiento de la presencia institucional del Bureo en palacio, más necesitada de la presencia real –dado su carácter patrimonial– que la de Consejo y alcaldes, todo lo que tuvo traducción jurisdiccional. Al margen de los ya referidos bureos celebrados en la itinerancia regia, sólo se podía celebrar bureo en palacio, con los mayordomos que hubiesen quedado aquí, tan sólo en casos de fuerza mayor, según contiene una orden de Felipe IV en Zaragoza, de 9 de abril de 1644, “resolviendo que no se hiciera Bureo, si no era en caso forzoso y necesario”¹⁵.

La señalada insinuación de analogías funcionales entre el Consejo y el Bureo era algo más que circunstancial. En nuestra opinión, permite deducir que el primero, conforme a la integración de Castilla en la casa de la dinastía, fue agente complementario e indirecto del conjunto de cambios acogidos por la casa en el siglo XVII. La figura del mayordomo semanero tiene clara similitud con la del consejero semanero; en ambos casos, se trata de asegurar, en ese espacio temporal convencionalmente fijado en 7 días, el funcionamiento cotidiano y rutinario del respectivo órgano. A su vez, a falta de mayordomo mayor, presidía en el Bureo el mayordomo más antiguo¹⁶, como en el caso del Consejo hacía el oidor decano en ausencia del presidente. Asimismo, la función del ujier de sala en aquél era semejante a la de portero de cámara en este. De hecho, se produjo una curiosa homologación de origen castellano, expresiva de la mencionada evolución de la tradición artificial borgoñona sobre un ámbito autóctono mucho más extenso y complejo. El ujier de saleta aparece poco a poco en las fuentes como alguacil del Bureo, y el oficio era ejercido por un alguacil de casa y corte¹⁷.

La evolución del Bureo en un contexto vernáculo, ajeno, propició la adopción de usos administrativos y formas documentales propias del primero. Más adelante estudiaremos la evolución del asesor –que se inscribe en este plano, al ser generalmente miembro del Consejo Real de Castilla–, y a la sujeción de los mandatos externos y cuestiones de procedimiento por él emitidos a la forma del auto, típicamente castellana; pero lo curioso es que el propio Bureo, al margen del asesor, emitió autos en su relación con otras áreas del servicio al uso de Borgoña, tanto en el orden jurisdiccional como en el gubernativo. Son varios los ejemplos que pueden ponerse: “Auto del Bureo en que manda que el veedor y

¹⁵ AGP, AG, leg. 430: “Orden de S.M. que no se haga Bureo en su ausencia”.

¹⁶ E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, pp. 75-76.

¹⁷ AGP, SH, caja 50, *apud* E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, p. 78.

contador y furrier de la caualleriza informen sobre lo que por él se les pregunta”, de 3 de junio de 1637, centrado en cuestiones de ahorro en esta dependencia¹⁸, como en el caso del “Auto del Bureo por el qual manda a Uiçente Rosellón dé relación jurada de los ahorros y otras cosas hechas en beneficio de la real hazienda”, de la misma fecha; el “Auto del Bureo en que manda notificar a Acacio Xirón pague los 6U955 restantes a cumplimiento de mayor suma en que fue condenado por sent[enci]a de los asesores de ambas casas reales”, de 4 de junio de 1637, el “Auto del Bureo en que manda que se buelua a hacer la esperiençia de los ahorros de paja i ceuada de la caualleriza”, de 7 de agosto del mismo año...¹⁹.

En cuanto a la composición de la Junta de Bureo, como tal organismo que gobernaba la casa de Borgoña, su autoridad en la casa real solamente estaba supeditada a la del rey²⁰. Ello significaba que, aunque su función principal consistía en distribuir, vigilar y certificar la economía de la casa real, también entendía en materias gubernativas y jurisdiccionales, y ello determinó el perfil de sus integrantes. Aunque —como hemos dicho— la Junta de Bureo tuvo algunas modificaciones a lo largo de la historia, durante el reinado de Felipe IV estuvo compuesta por: el mayordomo mayor, 4 mayordomos, el maestro de la cámara, el contralor, el

¹⁸ Decía: “En la uilla de M[adri]d a 29 días del mes de maio de 1637 los señores del Real Bureo de la casa de la Rreyna N[uest]ra Señora deseando rreduçir las cosas del gasto de su rreal caualleriza a toa buena forma, acordaron que el beedor y contador y el furrier della informen luego separadamente cada uno en pliego aparte lo que se le ofreçe cerca de la distribución de la paxa y çeuada que se gasta y los medios que puede hauer para el mayor ahorro para que según las noticias que dieren se tome la rresolución que más conuenga haciendo nueuas esperiençias o en otra forma, y que io Fran[cis]co de Benauides grefier del d[ic]ho Real Bureo les haga notorio este acuerdo. Por tanto se le ordena y manda a Alonsso Muñoz uxier de uianda que notifique al d[ic]hos ueedor y contador y furrier de la d[ic]ha caualleriza que dentro de tres días informen todo lo que se les ofreciere çerca de lo sussod[ic]ho y lo demás que entendieren ser conu[enien]te para el mayor seruicio de Su Mag[esta]d en la d[ic]ha caualleriça, dando primero quenta dello al s[eño]r conde de Altamira, caualleriço maior para que tenga entendido el deseo del Bureo y amde [sic] en quanto pudiere a su disposiçión como se espera de su çelo y cuidado. En M[adri]d a tres días del mes de junio de 1637” (AGP, AG, leg. 431).

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Bureo, reunión del 26 de septiembre de 1622: “Que se consulte a su magd. que si quando está ausente se han de continuar los Bureos porque ay mucha necesidad dello por aver muchos libros que ver y otras cosas començadas que conviene no cesar” y que nombre otro mayordomo en lugar del conde de Alcaudete “para que se continúen las qtas. del mro. de la cámara supuesto que el dicho conde de Alcaudete que tenía esta comisión por su ocupación no puede acudir a las dhas. qtas” (AGP, AG, leg. 430).

grefier, dos escribientes de oficio, dos ujieres de la sala y por el asesor, que era un letrado, oidor del Consejo Real de Castilla, que asesoraba jurídicamente a la junta ²¹.

Ciertamente, el mayordomo mayor ²² y los mayordomos de semana eran los que gobernaban la casa, cargos comunes a todas las casas reales de las monarquías europeas desde la Baja Edad Media; no obstante, los oficios más característicos de la Junta de Bureo, elemento propio de la casa de Borgoña, fueron otros. En primer lugar el contralor, que gestionaba la hacienda de la casa y supervisaba diariamente sus distintos departamentos. Sin su aprobación no se podían fijar los precios de mantenimiento, asignaba los medios de transportes a cada oficio en las jornadas reales y distribuía el dinero asignado mensualmente a las distintas dependencias de la casa ²³. El grefier era otro de los cargos peculiares del Bureo; era quien llevaba el registro de los criados de la casa real y estaba presente en el juramento de los mismos; pero además, también tenía importantes competencias hacendísticas: debía presentar los cuadernos de gastos, aprobados por el contralor; custodiaba los

²¹ Resulta comprensible que tan importante organismo fuera objeto de toda clase de intentos de control. El 4 septiembre de 1624, el conde de los Arcos escribía a Carlos Sigoney, grefier del rey, solicitando certificación urgente (para esa noche o mañana a las 9) poniendo por cabeza “los mayordomos que nos hallamos en el Bureo y que se platico los ynconbinientes que había en que el conde de Alcaudete tubiesse puerta desde sus aposentos para entrar en el que se hace Bureo”. Llamaron a Morales, ujier de vianda para que informase de lo que en esto pasaba y dijo que aunque el duque del Infantado “le abia dado este consentimiento de algun tiempo a esta parte antes que muriese y assi el Bureo conformandose todos los que en el abia mandaron que la dicha puerta se tabicasse” por las causas que allí se trataban y porque se podía oír lo que en el Bureo se trataba. Dijo Morales también que una vez muerto el duque el conde había abierto otra vez la puerta. El Bureo cometió al conde de la Liseda que dijese al conde lo que habían ordenado (AGP, AG, leg. 430).

²² El Bureo le confiaba las pretensiones de gracia que le eran remitidas, por estar entre sus atribuciones, como se aprecia en ejemplo contenido en AGP, AG, leg. 433: “Doña Agustina Agraz y Garnica biuda del Ldo. D. Grabiél de Pareja del Consejo de Su Mgd y su fiscal que fue de la Real Junta de obras y bosques. Diçe que Su Magd Dios le guarde le iço merçed de que goçase de la despensa de la misma manera que si sirbiera y en todo el tiempo que sirbió a Su M[a]g[esta]d de la Cámara no a cobrado un marabedí de gages y por aber quedado con mucha neçesidad suplica a los señores el Bureo se aga una consulta a Su M[a]g[esta]d para que los çien ducados que me tocan de gages se me pague por la despensa por ser biuda y auerse echo con otros muchos y en particular con el guardaxoyas de la Reyna nuestra señora en que recibirá mucha m[e]r[ced]”. Sobrescrito: “El Bureo a 27 de febrero de 1660. Que acuda al S[e]ñor mayordomo mayor por ser esta pretençión de graçia”.

²³ J. JURADO SÁNCHEZ: *La financiación de la Casa Real, 1561-1808*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid 1996, p. 44.

libros de cuentas y las nóminas de los oficiales. Ya en el reinado de Carlos II, se promulgaba una cédula en la que se resumían las obligaciones del contralor y del grefier. Ambos debían de llevar:

la cuenta y razón de todos los gastos de la Real Casa [...] así para la entrada de caudales de la maestría de la cámara como para el asiento correspondiente a su distribución²⁴.

El maestro de la cámara recibía el dinero de los tesoreros y recaudadores de las rentas reales asignadas al mantenimiento de la casa, efectuaba los pagos y entregaba las sumas para los gastos diarios. Su actuación era vigilada por el contralor y el grefier²⁵. En un principio tuvo unas competencias propias de tesorero de la casa real, pero en la época de Felipe IV se habían reducido mucho sus funciones²⁶.

De modo que estos tres cargos (contralor, grefier y maestro de cámara), junto con el mayordomo mayor y el mayordomo de semana eran los habituales de la Junta de Bureo y gobernaban la casa real, para lo que contaban con un grupo auxiliar de oficios, compuesto por un asesor, un fiscal, un escribano y un alguacil²⁷. Por la naturaleza de sus atribuciones, el Bureo fue quizá la junta cortesana que terminó con signos más estables de institución formalizada al uso de los Consejos, caso de la disposición de un escribano, cuya actividad se aprecia, por ejemplo, una vez consumada la unión entre ambos Bureos en un “Bureo de las reales casas”. Pedro de Vargas, quien ejerció tal oficio, acudió por su mandado al embargo de los bienes y papeles que quedaron por muerte de Antonio Otáñez,

aciendo ynventario de los papeles por menor y también a las dilixencias que se hicieron con los administradores de las sisas del uino sobre que no le detengan en las puertas y a todos los demás despachos que se ofrecen y también sobre la causa que se hizo a Joseph Aguado alguacil de Corte²⁸.

²⁴ AGP, AG, leg. 894.

²⁵ Copia hecha en Madrid a 22 mayo 1687, por Juan de Velasco, de la cédula real que declaraba la precedencia de los contralores y grefieres en tomar la razón de las cédulas reales, de 24 de abril de 1607 (hay otra copia, del siglo XVIII) (AGP, AG, leg. 628).

²⁶ Su actuación se puede ver en, AGP, AG, legs. 462 al 465 y 6723 al 6740.

²⁷ Nos remitimos a E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, pp. 67-79; J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, 4 vols., Madrid 2007, vol. I; J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía hispánica*, Madrid 1998, pp. 438-444.

²⁸ AGP, AG, leg. 433. Por todo ello solicitaba ayuda de costa.

El siguiente esquema compara las obligaciones de cada uno de los ministros de la casa de Borgoña, con los que desarrollaban sus homólogos en la casa de Castilla, con el fin de comprender la conflictividad que existió durante esta época entre ambas ramas de servicio:

1) Dirección:

- *Mayordomo mayor* (casa de Castilla)
- *Mayordomo mayor y mayordomos de semana* (casa de Borgoña)

2) Administración y gobierno:

- *Veedor y contador*²⁹ (casa de Castilla)
- *Contralor y greffier* (casa de Borgoña)

3) Jurisdicción de la casa:

- *Junta de Bureo* (casa de Borgoña)
- *Alcaldes de casa y corte* (casa de Castilla)

El gobierno de la casa de Castilla estaba compuesto por el mayordomo mayor y por el veedor y contador. El mayordomo mayor era la autoridad máxima de la casa y solo respondía de sus actos y decisiones ante el rey y, a partir de 1643, dejó de existir en beneficio de la Junta de Bureo que también administró dicha casa.

Aunque la mayor parte de las competencias de las que tuvo que ocuparse la Junta de Bureo fueron eminentemente económicas, ello no significa que no tuviera jurisdicción en el gobierno y en la impartición de justicia dentro de la casa real. El sesgo de sus atribuciones se aprecia en las relaciones manuscritas elaboradas por su personal sobre los asuntos tratados en sus reuniones. Formalmente, gran parte de la dirección del gobierno menudo de la casa encomendado al Bureo se formalizaba a través de las periódicas reuniones que mantenía. De acuerdo con el proceso de consolidación institucional vivido, que supuso una periodicidad bisemanal en las reuniones, se estableció la costumbre de asentar una relación de asuntos por tratar en la siguiente. Como indicamos, y pese a su radical distancia (en cuanto a origen geográfico, que no en cuanto a integración en la casa), se apreció una clara analogía, para el manejo administrativo del Bureo, en los usos del Consejo Real, que preparaba un guión semejante de cara a las *consultas de los*

²⁹ AGP, AG, leg. 340.

viernes. En esta importante documentación del Bureo, puede aventurarse que el asiento material de los puntos por tratar correspondiera al escribano del Bureo, conforme a lo indicado por el grefier, quien a su vez escribía al margen el acuerdo tomado. Los puntos tocados alcanzaban gran detalle, conforme a las atribuciones propias de la junta. Aseguraba la adecuada provisión de víveres y bastimentos por parte de la casa.

El número de asuntos tocados en cada reunión era variable, asentados de forma bastante caótica, conforme se le ocurría al grefier. En ellas, al menos en aquellos testimonios escritos de los que disponemos, asoma sobre todo una preocupación por el ahorro, incluso en aquellos bienes más fundamentales. En el Bureo de la reina se decidió, para asegurar la custodia del trigo en las trojes, confiar una llave al sumiller y otra al contralor, quienes debían dar al panadero las cantidades que fuese necesitando ³⁰. En estas juntas debían discutirse posturas beneficiosas para el consumo de las casas, que mejorasen las fijadas por lo alto por los alcaldes ³¹, suscribiéndose en su caso las obligaciones correspondientes. En 1631, habiéndose hecho oferta pública de provisión de la casa de la reina, se ofreció postor que se obligaba a dar cabrito y ternera a 36 maravedís, y pescados frescos y salados, miel, manteca, aceite y tocino ordinario a un maravedí menos de la postura, y el de algarrobillas a dos reales y cuarto; si bien con la condición de que le fuese admitida luego la postura y si le fuese quitada, se le diesen 200 ducados de prometido. La oferta pareció atractiva al Bureo, que acordó el remate con el postor “si no bajare Luys de Aponte” ³². La inquietud de orden económico llegó a tal punto que el Bureo podía acordar la visita de una dependencia doméstica por exceso de gasto o enriquecimiento ilícito relacionado con el abastecimiento de las casas reales. También a 1631 —año para el que contamos con varios asientos de estas reuniones del Bureo— corresponde la consideración de someter a inspección la potajería, “que a abido quien ha hecho asiento con el potajer y le daua 30 r[eale]s por servirle solo” ³³.

³⁰ AGP, AG, leg. 431: “R[elaci]ón para el Bureo bista... en 4 de febrero de 1631”.

³¹ Un ejemplo: “Don Antonio de Guebara heredero de Esquibias ofreçe dar siete mill arrobas de bino en tres tiempos del año diuididos ygualm[en]te el prim[er]o a siete y m[edi]o, el seg[un]do a oço y m[edi]o y el terçero a nuebe y m[edi]o en su cassa. Son condiciones que se le a de pag[a]r de un mes en otro y que por q[uen]ta de mill y quinientos d[ucad]os que se le deuen se le a de librar cada mes, una p[ar]te tal que quando acaue de dar el bino esté pagado de los d[ic]hos 1U500 d[ucad]os”, acordandose: “que se trayga testimonio como passa oy” (AGP, AG, leg. 431).

³² *Ibidem*.

³³ *Ibidem*.

La referida es, sin duda, información menuda, insustancial de no existir esa situación económica y relacionada con la imperfección de la tramitación administrativa en el seno de la casa y del propio Bureo, visible, en este terreno, en la falta de recibos de entrega de los referidos víveres y la sumaria e incompleta información sobre las diferentes transacciones contenida en los libros, claro portillo de la irregularidad³⁴. Sin duda, la difícil coyuntura económica priorizó este aspecto en el conjunto de revisión y aplicación reglamentaria canalizado en estas reuniones del Bureo, tarea que se atribuía de forma explícita, como demuestra la “Relación de las cosas que se an de dar quenta al Bureo tocantes al seruicio de Su Mag[esta]d y buena administración de su hacienda”, vista por el Bureo el 4 de febrero de 1631³⁵, en la que se trató la necesidad de tomar los libros de recibos y cuentas que tenían suscritas los proveedores y guardamangieres, para saber por ellos la provisión tomada, y exigirles responsabilidad. Dado que la tramitación seguida hasta entonces perjudicaba claramente la hacienda real, en adelante las cuentas entre ambos debían contar con la intervención del contralor. Esta, entre otras medidas más concretas como prohibir la variación de los platos en la cocina o el guardamangier...³⁶.

Pero no debe concluirse de la enunciación de estas medidas de control la permanencia del Bureo en un plano meramente funcional, sino que también atendía a cuestiones de mayor calado, relacionadas por un lado con la precisión y modificación eventual de las etiquetas y reglamentaciones de la casa, como por ejemplo cuando propuso la redacción de una instrucción concreta a la que

³⁴ “El libro del guarda mang[e]l está sin los reçiuous y entregas q[ue] haçen los obligados. Combien que se pongan y que de allí conste lo que se entrega más que el gasto. Que en el libro donde sse sienta se diga cada costa p[ar]a lo que es y q[uan]to p[ar]a cada p[la]to con distinción q[ue] se diga tantas libras de açúcar, tantas de miel, sin decir p[ar]a que se toma”. En el margen se asienta: “Que se trayga la firma del libro” (AGP, AG, leg. 431).

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ Por ejemplo: “Tomar los borradores de la entrada y salida que tiene el pescado porq[ue] desto se paga de mermas a tanto por ciento de lo que pessan en ser y no se pessan la tercia p[ar]te y pag[a]r mermas de lo que se paga en din[er]o es contra la haz[ien]da de Su Mag[esta]d”. Respecto a los platos, “Que los platos que se ordenaren no se comuten en la cocina ni guardamang[e]l [sic] en otra cossa porq[ue] es en perjuicio de la haz[ien]da y buen serui[ci]o de las uiandas reduciendo tal uez el capón en la pierna de carnero q[ue] le sobró del día antes, y a este respecto otras muchas cossas de que al cauo dl mes ymporta mucha suma de maravedís y Su Mag[esta]d queda peor seruida”. En el margen se decidió: “Que se guarde que no se comuten los platos”.

el dispensero mayor sujetase su actuación, dado que no observaba por entonces la etiqueta que le obligaba a estar descubierto en la cocina, algo que sólo podía hacer el contralor³⁷. El hecho tenía su importancia, porque alteraba un simbolismo jerárquico concebido —en origen— para facilitar el funcionamiento de la vida palaciega. Y, por otro lado, y más importante, la referida función del Bureo tenía relación con las líneas argumentales de la Monarquía en aquel momento, entre las que destacaba la política de “reformación” de costumbres. En este sentido, la *Relación* antes citada se abría con un llamamiento al cumplimiento por los alguaciles de casa y corte de su obligación de rondar en palacio, de una forma que destilaba la consideración vigente entonces de la mujer como cómplice en la consecución del pecado. Al margen de ello, la llamada evidenciaba la limitación efectiva de su capacidad para hacer cumplir sus mandatos sin mediaciones, dado que los alguaciles eran un agente jurisdiccional que quedaba estatutariamente más allá del campo de actividad del Bureo³⁸. En el mismo ámbito de la “reformación” de costumbres, pero de forma más indirecta, hay que situar los acuerdos del Bureo de la reina referidos a la celebración de comedias en palacio, cuya retribución correspondía fijar al Bureo. Las comedias que se representasen en el cuarto de la reina por fiesta particular o venida del rey serían pagadas a 300 reales, y las ordinarias “por no aberlas en el salón” a 200, tal como sucedía en la casa del rey³⁹. A su vez, las reuniones del Bureo eran ámbito natural para que los mayordomos tratasen de legalizar órdenes favorables a su interés, en ocasiones en perjuicio del regío, en concreto del bolsillo real. En este sentido, los miembros del Bureo fueron más inflexibles con el ahorro en áreas del servicio doméstico que les eran ajenas, que con la propia, en la que consiguieron esquivar medidas propias de la reforma impuesta⁴⁰. La ejecución de los acuerdos suscritos en estas juntas correspondía al contralor⁴¹.

³⁷ AGP, AG, leg. 431: “Es neçesario que al dispensero mayor se le dé yntrición de lo tocante a su ofi[ci]o porque no sólo no lo guarda pero abiendo se puesto en raçón questando cubierto en la cocina que deue estar descubierto no lo haçe, de modo que los demás criados no lo quieren estar. Y auiendosele d[i]c[ho] que sólo el contralor puede cubrirse allí y no lo hace por obligarlos más no basta y lo perturba todo”.

³⁸ “Primeramente al de Dios combiene q[ue] el alg[uaci]l o alguaciles que an de asestir en palacio asistan y rondan porque en los oficios y fuera dellos andan mugeres, cossa q[ue] da muy mal exemplo” (AGP, AG, leg. 431).

³⁹ AGP, AG, leg. 431: “Acuerdos del Bureo que toca la ex[ecuci]ón al offi[ci]o de Contralor”.

⁴⁰ AGP, AG, leg. 431: “A Su Mag[esta]d se hiço consulta después de la reformación suplicando que no se ubiesse de entender con algunos emolumentos de los señores mayordomos y oficiales mayores. Mandósse se continuase con ellos, mientras no respondía

Pese a lo afirmado, la pujanza institucional del Bureo declinó en tiempo de Carlos II. Las limitaciones jurisdiccionales que le fueron impuestas –a las que nos referiremos– propiciaron que se perdiese la costumbre de la reunión bisemanal, y el rey ordenó su celebración una vez por semana, aunque no hubiese asuntos por tratar. Pero tan tenue ritmo no fue respetado, claro síntoma de atonía por parte del organismo doméstico. Por entonces el Bureo sería explícitamente acusado de omisión de sus obligaciones. La escasa frecuencia de las reuniones se hizo costumbre, debido a la escasez de asuntos a tratar por la referida limitación de competencias de que fue objeto el Bureo. Como señala con acierto Emilio de Benito:

A pesar de todas estas órdenes promulgadas a lo largo de este periodo, el Bureo lleva en la práctica una vida independiente a la fijada por las normas, y evidentemente, de esta ausencia de celebración de sesiones podemos deducir que los asuntos para tratar en el mismo debían ser muy escasos ⁴².

1.1.1. *Competencias gubernativas*

Las competencias gubernativas no estaban asignadas –en principio– al Bureo, sino al mayordomo mayor, pero en cuanto que formaba parte de dicha junta, ésta se arrogaba dichas competencias en ausencia del mayordomo ⁴³:

El dicho mayordomo mayor, y los mayordomos en su ausencia, tenían poder y autoridad para regir y gobernar la casa de su Majestad y de mandar y ordenar todo lo que les parecía convenir al buen gobierno y policía della, y a que entre los caballeros y los demás criados hubiese siempre mucha conformidad; y tomaban en Bureo los juramentos de todos los caballeros oficiales y otros criados que su Majestad mandaba recibir en su servicio, que se habían de contar por los libros de los asientos, que llaman acroes, excepto los de cámara, que hacían juramento en manos del camarero mayor o sumiller de corps ⁴⁴.

Su Mag[esta]d. No a respondido si se guardará la continuación como hasta aquí”. No obstante, parece que la esperanza del Bureo se vio frustrada: “Está resuelto por el Señor Duque que se guarde”.

⁴¹ Uno de los asientos que referimos llevaba por título: “Acuerdos del Bureo que toca la execución al oficio de Contralor” (AGP, AG, leg. 431).

⁴² E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, p. 83.

⁴³ El gobierno de palacio, no habiendo mayordomo mayor, correspondía al Bureo y al mayordomo semanero (AGP, SH, caja 50).

⁴⁴ “Relación de la forma de servir que se tenía en la casa del Emperador don Carlos, nuestro señor, que aya gloria, el año 1545 y se había tenido algunos años antes del partido que

Ahora bien, la política de reducción de gastos que impuso el monarca llevó a controlar los nombramientos de cargos y a recortar el exceso de oficios, lo que estaba en relación con la Junta de Bureo, donde se registraba la entrada en el oficio para hacer efectivas las quitaciones. En un decreto de Felipe IV de 4 de julio 1630 se ordenaba el firme control que el Bureo debía tener sobre los nombramientos:

De aquí adelante no me consultará el Bureo ningún oficio que no estuviere vaco, conforme a la reformatión del año de mil y seiscientos y veinte y cuatro, ni plazas supernumerarias, aunque sean sin gajes ni futuras sucesiones, ni jure a ninguno en plaza de ayuda con gajes de mozo, sino que cada uno sirva con los gajes que tocaren a su oficio y corra por el camino ordinario para excusar los inconvenientes que de lo contrario resultan a mi servicio ⁴⁵.

No parece que dicho decreto tuviera mucho efecto, a juzgar por el promulgado el 1 de diciembre 1632, en el que se reiteraba la orden:

Cuando resolví la reformatión de las casas que se tuvieron por convenientes en mi casa, fue con ánimo de que se ejecutase y así lo mandé entonces, y después he hecho lo mismo por diferentes órdenes y ahora de nuevo ordeno y mando que se guarde inviolablemente y que no se me consulte ninguna cosa contra ella, y si se hiciere o yo la resolviere por no poder estar en mi memoria lo individual de la reformatión, es mi voluntad que no se pase ni tenga efecto como si no lo hubiera resuelto, y haréis que esta orden se note en los libros de mi casa para que todos los oficiales que han de tener parte en su execución sepan mi determinada voluntad ⁴⁶.

Así pues, entre las competencias gubernativas del Bureo destacaba la gestión de los nombramientos y la distribución de rentas: las solicitudes de oficios en la casa real o las designaciones eran registradas anualmente en los libros del contralor ⁴⁷. En la casa de Felipe III se contaban al tiempo de su muerte las pensiones contenidas en la relación y certificación que transcribimos en apéndice.

se daba a cada uno de los criados de su Majestad, que se contaban por el libro del Bureo”, transcrito en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, 5 vols., Madrid 2000, vol. v, p. 186.

⁴⁵ Madrid, 4 de julio de 1630 (AGP, AG, leg. 432).

⁴⁶ “Copia de un decreto original de su Majestad rubricado de su real mano para el duque de Alba, mi señor, su fecha a 1º de diciembre de 1632. D. Blasco de Loyola” (AGP, AG, leg. 432).

⁴⁷ Resultaría prolijo citar las incidencias y cargos que se producían en esta competencia del Bureo; no obstante, véanse todos los nombramientos anuales en AGP, AG, leg. 431.

Parece, ansimismo, que desde el tiempo del emperador nuestro señor han ido estas pensiones sucediendo y continuándose de una casa real en otra y haciéndose buenas a las personas que las gozaban en los libros del Bureo y rojo o de pensionarios sin otra nueva orden más quel estilo que en esto había, respecto de darse siempre semejantes recompensas en consideración de muchos y antiguos servicios y porque ahora se ha pedido por parte de estos pensionarios se les hagan buenas las dichas pensiones ha parecido al Bureo dar cuenta a V. Magd para que lo tenga entendido y se sirva mandárselas confirmar como se ha hecho siempre ⁴⁸.

En idéntico contexto hay que situar la solicitud de una ayuda de costa por parte de Manuel Rodríguez, alguacil de casa y corte y del Bureo de la reina, nombrado para asistir la jornada. En su respuesta, el Bureo reflejó que el funcionamiento de la casa real respondía, al margen de la letra de reglamentos y etiquetas, a las situaciones eventuales que se plantearan, ante las que para decidir se buscaban antecedentes cuya ignorancia manifestaba falta de memoria administrativa. La satisfacción de la solicitud del alguacil se supeditó a lo obrado con ocasión de la jornada “de las entregas” de 1615 o la del Imperio ⁴⁹.

La maduración institucional vivida por el Bureo en tiempo de Felipe IV también pasó por su consolidación como órgano de gestión de la gracia en el seno de la casa de Borgoña, al modo que el Consejo de cámara hacía en lo relativo a la casa de Castilla. La analogía alcanzó lo documental, puesto que las solicitudes de merced de diferentes servidores tuvieron en ambos casos la misma apariencia formal. En este sentido, las solicitudes custodiadas en la sección de Cámara de Castilla del Archivo Histórico Nacional son muy similares a las contenidas en la sección Administración General del Archivo de Palacio, dirigidas al Bureo, tanto el del rey como el de la reina. Los ejemplos son muy numerosos: el 22 de abril

⁴⁸ La contabilidad de las pensiones que realizaba la Junta de Bureo resultaba muy exhaustiva, como se puede comprobar en la lista incluida en Apéndice, en la que se aprecia la sintonía entre la distribución de las pensiones y el momento económico y político atravesado por la Monarquía.

⁴⁹ AGP, AG, leg. 433: “Señor. Manuel Rodríguez, alguacil de la cassa y corte de U. M. y del Bureo de la Reyna N[uest]ra S[eñ]ora diçe se le a dado orden por el contralor para que se disponga para hir siruiendo con la cassa de U^a Magd a la jornada de la Sma Reyna de Françia y respecto de hallarse con neçess[ida]d y de hallarse siruiendo en todas las ocasiones que se ofregen así en esta corte como fuera de ella sin que por esta raçón goçe emolumento alg[un]o supp[li]ca a U.M. mande se le dé una ayuda de costa considerable, competente a su perssona y trauajo, como se hace con todos los demás criados que ban a la d[ic]ha jornada para que con este aliuio pueda hir siruiendo a U.M. de quien espera reçiuir esta merced”. El sobrescrito decía: “En Bureo a 5 de março de 1660. Que se sepa lo que en las jornadas de Alemania o en la del año de 15 se a hecho con los alguaciles de Bureo que an ydo”.

de 1641, los porteros de cámara en servicio el año anterior suplicaron por su ayuda de costa anual al Bureo, invocando su pobreza, pero no les fue concedido ⁵⁰. Poco después fue Francisco de los Ríos, repostero de camas de la reina, quien solicitó su plaza para después de sus días para un sobrino o sobrina ⁵¹. La similitud con la cámara de Castilla pasó también por la designación de ciertos oficios, caso de los médicos de familia y boticarios a propuesta del protomedicato, que, al definir de este modo los candidatos, emulaba al Consejo de cámara ⁵².

Si bien, el proceso de amalgama entre las dos áreas del servicio provocó la superposición y confusión no sólo en el perfil de los demandantes de cada comité, sino que el área de actuación de cada uno de ellos superó su límite original, especialmente en lo referido al Bureo, como consecuencia de su creciente jerarquía doméstica. A este respecto hay documentos verdaderamente llamativos, que testimonian la “revolución doméstica” que estaba viviendo la corte, sobre un sustrato en que aparecían confundidos servicio borgoñón y castellano. Expresión del mismo fue, por ejemplo, el servicio de un alguacil de casa y corte en el Bureo de la reina, hecho que significaba que cualquier mandato hecho al mismo por parte del Bureo adquiriría una dimensión liminal y por lo tanto netamente castellana. El 10 de julio de 1642, Juan de Cartes, quien desempeñaba los referidos oficios, recibió la orden de desembargar las casas de Antonio y Diego de Quirós, mercaderes que habían sido de la reina, embargadas por orden del Bureo “por las quantas que se les están tomando del tiempo que sirbieron a Su Magestad en este oficio”. Desembargo que era temporal, para que sus arrendadores pudiesen pagar todos los censos cargados sobre tales casas ⁵³.

⁵⁰ AGP, AG, leg. 432. El día 26 se rectificó esta decisión por parte del Bureo, ante nueva solicitud de los porteros.

⁵¹ “Francisco de los Ríos repostero de camas de la reyna nuestra señora y sobrino del obispo fray Franco de Ribas confesor que fue de U. Md. siendo príncipe y de sus alts dize que a más de treinta años sirue el dicho ofiçio haviéndose hallado en todas las jornadas que en este tiempo se an ofreçido sin que se le aya hecho mrd alguna y porque está muy uiejo, pobre, uivdo y falto de uista y con achaques con que pareçe puede uiuir poco y tiene tres sobrinos pobres hijos de criado de U. Md que siruió muchos años en los papeles de la cámara y murió pasando a Flandes por servicio del Marqs de Aytona padre del que oy es, supp[li]ca a U. Md le haga m[e]r[ce]d de la dicha su plaça de repostero de camas para después de sus días con la cassa de aposento y lo demás que oy goça para el sobrino o sobrina que eligiere dellos”. Se le concede el 11 de mayo de 1641 (AGP, AG, leg. 432).

⁵² AGP, AG, leg. 432: “Propone el protomedicato personas para la plaza de médico de familia que está baca en la casa de Sus Altt[ez]as. En Bureo a 14 de março de 1647”.

⁵³ AGP, AG, leg. 432.

Pero más relevante es el hecho de que todo un alcalde de casa y corte, teóricamente conocedor del fundamento orgánico de aquella parte del servicio a la que estaba vinculado, la castellana, considerase el Bureo cauce adecuado para obtener una merced tradicionalmente despachada por medio de la cámara de Castilla. Especialmente, si se considera su condición de parte damnificada en la recomposición del servicio que estaba acogiendo la corte. Semejante recurso demostraba la “orfandad doctrinal” en que la primacía de la casa de Borgoña estaba dejando a esa parte de la administración cortesana que poseía señales más claras de integración en un ámbito doméstico de origen castellano, de las que procedía su propia posición cortesana, como la representada por el Consejo Real y los alcaldes. Esta se fundaba en el primer caso en su inserción en el espacio reservado inmediato al rey, en un sentido tanto material (consulta de los viernes) como metafórico (servicio en él de porteros de cámara); y en el segundo, en su posición intersticial entre la casa y la corte, en un ámbito como el palaciego en que la prioridad en ese espacio había sido arbitrariamente atribuida a la casa de Borgoña. Eran, por lo tanto, señales de relevancia mantenidas antes por la inercia que por la realidad del funcionamiento doméstico, pero no por ello más débiles; al contrario, la búsqueda del origen de las mismas fue poderoso impulso para la reivindicación por su parte de un ordenamiento secular, crecientemente ignorado por la fuerza de los hechos. No obstante, debe también atenderse a las mutaciones que el espacio palaciego estaba acogiendo por entonces, que alteraban la comprensión general del mismo mantenida hasta entonces, al advertirse una mayor movilidad del rey que hacía que, aparentemente, su espacio pierda restricción o, en otras palabras, gane amplitud. Nos referimos a la articulación de aparejos físicos, arquitectónicos, para facilitar la discreta escucha de los Consejos por parte del rey⁵⁴, que, con todo, no cabe suponer contradictoria con la gradación del acceso al rey representada por la cámara. Instaurada la costumbre por Felipe IV, Carlos II la mantuvo⁵⁵.

⁵⁴ AGP, AG, leg. 368: “1645. Sr. ett^a. Su Magd q[ue] Dios guarde a mandado se adereçen y alíen las escuchas de todos los Consejos p[ar]a asistir en ellas q[uan]do gustare porq[ue] es preçisso se cueguen de damascos y lo a de dar el mercader del rey. Dispondréis lo q[ue] p[ar]a esto fuere menester y q[ue] se saque como se acostunbra por el guardajoyas para entregarse a la tapiçería y echo pondréis en mis manos raçón de lo que montare todo con las echuras juntam[en]te con lo q[ua]l imputan las cárçeles q[ue] se an hecho para el salón grande con cuya notiçia consultare a Su Magd. Mande se dé satisf[acci]ón a q[ui]e[n] toca”.

⁵⁵ AGP, AG, leg. 368, sobrescrito: “Madrid 2 de septiembre de 1676. S.M. Para que se compongan y cuelguen todas las escuchas de los Consejos para que S.M. pueda bajar a ellas. Dada las órdenes al guardajoyas” [...] “Para que mi R[ea]l Persona pueda bajar a las escuchas de los Consejos, ordenaréis se pongan en ellas redes y banquillos y que se cuelguen de manera q estén con la decencia q conuiene. En Madrid a 2 de septiembre 1676. Al condestable de Castilla”.

El 15 de abril de 1644, el Bureo entendió la solicitud realizada por el doctor don Juan de Quiñones, alcalde de casa y corte más antiguo, y caballero de Santiago, en la que pedía para su nieto Juan Galaz una pensión eclesiástica de 400 ducados sobre cualquier obispado, materia que, como es sabido, era competencia de la cámara de Castilla. Lo curioso es que el Bureo no sólo no consideró esto obstáculo para informar la solicitud al rey, sino que en su resolución no dudó en suplantar al Consejo de cámara. Argumentó que su padre don Francisco Galaz no tenía con qué alimentarle, a causa de sus muchos empeños y obligaciones y que su abuelo Diego Galaz sirvió más de 50 años como busier del rey, y a la infanta Catalina en las plazas de sausier y potagier; para proponer que fuesen otorgados 250 ducados de pensión a Juan Galaz, modulando así la cantidad solicitada, atributo propio de su condición de ente gestor de la gracia real, aplicado en un ámbito que no le era propio⁵⁶. No obstante, no consta la respuesta real, indicio de que, quizá, no se consumó la rareza administrativa⁵⁷. En el mismo orden cabe situar la revisión por el Bureo de la reina de un memorial de Tomás Caro, alguacil de casa y corte, a quien por haber ido sirviendo a la reina en la jornada de Málaga la sala de alcaldes le había quitado el repeso mayor que le había tocado. Cuando, conforme al solicitante, al concluir cualquier comisión que les alejara de la corte física del rey, recuperaban el ejercicio ganado, por lo que solicitaba decreto para los alcaldes que le permitiera desempeñar el repeso, y ayuda de costa por los gastos realizados durante la jornada. Nuevamente, en su respuesta el Bureo no mostró ninguna pulcritud y, antes que abstenerse, aconsejó al rey ordenar a los alcaldes lo solicitado por Caro⁵⁸. El servicio físico a las personas reales removía, espontáneamente, la tramitación regular de los asuntos.

⁵⁶ AGP, Personal, caja 860/33. En su consulta, formalmente semejante a las de la cámara, el Bureo estaba formado por el conde de Barajas y los marqueses de Frómista y de Malpica.

⁵⁷ Si bien consta que en abril de 1646 el Bureo de Sus Altezas medió en favor de la efectividad de una pensión eclesiástica de 150 ducados previamente concedida en favor de un hijo de Juan de Cartes, alguacil de corte y de obras y bosques, recientemente fallecido (AGP, AG, leg. 434, Bureo de sus altezas al grefier Manuel Muñoz y Gamboa, abril de 1646).

⁵⁸ AGP, AG, leg. 434. La respuesta fue: “Al Bureo parece que no porque Thomás Caro aya ydo siru[ien]do a la jornada con el trauajo y puntualidad que consta deue perder lo que por su turno le tocó en el yntermedio de ella, y así siendo U. Mgd seruido puede uenir en mandar a la sala de los alcaldes le dé el Bureo el repeso m[ay]or que le tocó el mes de henero del a[ñ]o p[asa]do de 648 que ffue q[uan]do él estaba siru[ien]do a U. Mgd. q en todo mandará lo que más combenga”.

Esta actitud expansiva del Bureo ni fue excepcional, ni encontró a una cámara de Castilla deferente. Consta que esta se resistió a expedir el título de Pedro Cortés, mozo de oficio de la cava de la reina, como alguacil de su furriera con ejercicio en la villa de Madrid, quizá mostrando un escrúpulo del que, como hemos visto, el Bureo carecía. Pero informado el rey insistió en la orden, puesto que al margen del cauce por el que se tramitara, el fundamento del engranaje administrativo, doméstico y cortesano, era la voluntad regia ⁵⁹.

Quizá la competencia más importante atribuida al Bureo, al del rey, en cuanto al gobierno de las casas reales, fue un continuo examen de las etiquetas reales, para, en función de lo sugerido por la experiencia, eventualmente modificar o perfeccionar su contenido, e incluso aconsejar su nueva redacción. Esto es, fiscalizar el estado de cosas que daba lugar a la convocatoria de una Junta de etiquetas, para la elaboración de unas nuevas. De esta manera, el Bureo distribuía el espacio cortesano ocupado por los ministros y oficiales de la casa, a través de las etiquetas. Los ejemplos de este proceder del Bureo son numerosos, y solían derivar del celo de las diferentes áreas del servicio en proteger el propio espacio que tenían asignado. A comienzos de 1642, los oficiales de la cava de la reina se quejaron al grefier de que el marqués de Castañeda había ordenado que los ayudas sirvieran la venida a las damas y caballeros en la antecámara, “siendo así que por ninguna etiqueta, ordenanza ni decreto antiguo ni moderno consta el tocarles este ejercicio”, que correspondía al mozo de oficio hasta la antecámara, y una vez aquí al repostero de camas y guarda de damas, sin tener asistencia en ese espacio ningún oficial de la cava. Por ello solicitaron la revisión de las etiquetas, así como una instrucción de 1636, de los que se deducía que ningún ayuda había servido la venida ⁶⁰.

La cuestión tenía un contexto más amplio, como era la situación vivida por la casa de la reina, que hizo necesaria su reducción a visita. Como se advierte, si el conjunto de la administración cortesana tenía un elemento unificador y cohesionador de índole doméstica, recíprocamente la “institucionalización” de los órganos de gobierno de la casa vino acompañada de la asimilación de los usos propios de la administración general, como era la visita. Especialmente necesaria, en este ámbito doméstico, por el contexto reinante de estrangulamiento económico. Por las mismas fechas, el marqués de Castañeda recibió orden del marqués de Santa Cruz de amonestar a los oficiales de boca y otros del servicio del cuarto de la reina,

⁵⁹ AGP, AG, leg. 430: “y abiendo baxado el despacho al Consejo de cámara para q[ue] se le diera el título se le hiço contradición”.

⁶⁰ AGP, AG, leg. 432.

pero, tras una larga ausencia de palacio, Castañeda consideró oportuno solicitar al contralor y al grefier un apuntamiento con lo relativo al ejercicio de cada oficio, que confrontó con el escrito quejoso de los oficiales de la cava, que en realidad suponía un acto de resistencia al nuevo orden que se pretendía imponer.

Y juzgo que cada uno de los oficios pretenderá escusarse, unos con la consecuencia, y otros con las órdenes que con diferente intento se les deuio de dar, porque es muy propio de los que no quieren seruir explicarlas a este fin ⁶¹.

Por ello, Castañeda aconsejó al mayordomo mayor la redacción de unas nuevas etiquetas que le permitiesen vencer la resistencia fingidamente reglamentarista de las diferentes áreas del servicio, y a la que sujetar la labor inspectora de los mayordomos semaneros ⁶².

Resultado de esta actitud inspectora fue la reconvencción dirigida por el marqués de Castañeda a diferentes miembros del servicio de la reina, caso de Juan González de César, ayuda de la pantería, quien no asistía en palacio mañana y tarde para lo relativo a la confitería; los ayudas de la cava, quienes parecían no cumplir su obligación de asistir en la antecámara cierto periodo de tiempo para dar de beber y lo que fuere necesario; o el mozo de oficio, quien debía permanecer en la saleta para bajar y subir lo necesario del oficio, sin alejarse uno y otro sino fuese para servir la copa a falta del sumiller, quien, por su parte, debía asistir siempre para este efecto. A su vez, los oficiales de la cocina debían sufrir una severa reprensión por el escaso cuidado que mostraban en hacer el plato del manjar Polanco, y el pastelero no debía “tomar semana” en la cocina hasta nueva orden del mayordomo mayor o el Bureo.

⁶¹ AGP, AG, leg. 432.

⁶² “Y por tanto si U.E. fuese seruido podía mandar se despachase una nueba etiqueta que compreendiese todo lo que está notado y aduertido en las faltas y deffectos con que siruen los officios porque con ella más propiam[en]te podré yo hablarlos a todos, y no tendrán disculpa para lo q[ue] en contrario hizieren, porq[ue] como se suele dezir palabras y plumas se las lleua el biento, y huiéndoseles ordenado y notificado en esta forma, yo cuydaré (dándome Dios n[uest]ro s[eño]r más mejoría) de asistir a todo lo que tocara al cumplim[en]to hasta que quede asentado y corriente el nuebo modo de seruir. Y parece será obligación de los s[eño]res mayordomos cada uno en su semana no permitir se relaxe lo corregido, porque si no se hiziere así, importará poco en la religión de ese quarto q[ue] se hagan capítulos prouinciales y tanto más será fácil de azertar todo, executando lo que U. E. ordena con su prudencia interuiniendo su autoridad que lo remediará todo. Y si U. E. fuere seruido q[ue] me gouierne por el papel que me a dado el grefier no será menester otra cossa. G[uar]de D[io]s a U. E. tantos años como yo desseo de la Posada a 22 de hen[er]o 1642”. Dirigido al marqués de Santa Cruz, por el marqués de Castañeda.

Este conjunto de advertencias mostraba, con todo, especial efecto en lo relativo al control y permeabilidad entre los diferentes espacios de palacio asignados a la reina, y las funciones que respectivamente acogían. En este sentido, los ujieres de saleta debían asistir en las puertas como los reposteros de camas, esto es, desde que se abrían las antecámaras, y debían ejecutar aquello estipulado por las etiquetas, “en razón de que la saleta esté siempre despejada”⁶³. Por su parte, los porteros de cámara debían asistir en las puertas asignadas entre nueve de la mañana y cuatro de la tarde, y a aquellas horas en que las antecámaras y saleta estuviesen abiertas, so pena de perder su ayuda de costa. A los efectos dichos, la tarea de estos oficiales tenía decisiva importancia, pues demostraba como la inserción de la realidad doméstica al uso borgoñón en una realidad cortesana más amplia, de origen vernáculo, se producía a través de oficios castellanos, y esa era una realidad a la que no escapaba la casa de la reina. En el mismo orden se inscriben los escuderos de a pie, a quienes se hizo ver la necesidad de asistir durante la apertura de las antecámaras. Por último, en cuanto a los oficios de boca y viandistas, se insistió en que acudiesen a su tarea los ayudas de los diferentes oficios, como salsier, jefe del oficio, cerería, furriera, tapicería, estado de damas, guardamangier, busier y aguador. Ante lo dicho, que es posible identificar con un problema de absentismo en el servicio regio, se puede aventurar que el sentido honorífico o gracioso que la propia corona estaba dando a la concesión de los oficios de la casa real, actitud visible desde tiempos de Felipe II, estaba distorsionando el ejercicio efectivo de las diferentes tareas en su seno, y, con ello, perjudicando la propia dignidad real. Primer remedio para esta situación podía ser la redacción y decidida aplicación de unas etiquetas que tratasen de conjurar el problema.

Nuevo ejemplo de la actuación del Bureo de la reina como tutor del “estilo” y aplicación de las etiquetas en la casa de su competencia llegó en 1660, con ocasión de la elaboración de un retrato del príncipe y otro de la infanta doña Margarita. Habían posado sin la preceptiva presencia del mayordomo mayor o mayordomo semanero, “no pudiendo sin ella entrar persona alguna en los cuartos de la Reyna Nuestra Señora y Sus Altezas”⁶⁴. Esta potestad reglamentaria iba más allá de los límites de palacio, dado que, poco después, el Bureo decidió que los porteros de damas de la reina acompañasen a las criadas de las damas fuera de palacio, y

⁶³ AGP, AG, leg. 432.

⁶⁴ *Ibidem*. Bureo de la reina en Madrid a 18 de febrero de 1660. No obstante, parece que el descuido no fue en este caso achacable a los mayordomos, sino a quienes debían avisarles de la sesión. Asistieron a esta junta el conde de Altamira, el conde del Real, el marqués de Bédmar, el conde de Mora, el conde de Alcañete y don Álvaro de Melo.

los ayudas de porteros hicieran lo propio con las guardas menores, azafatas y dueñas de retrete de la cámara y del retrete; así como que no se dejase salir ninguna criada de palacio sin orden previa del mayordomo mayor ⁶⁵.

El Bureo tenía asimismo la capacidad de alterar la dimensión del conjunto de servidores de las casas reales, a través de la asimilación entre los mismos de aquellos que hubieran hecho con anterioridad servicios eventuales relevantes a las personas reales, mediante su asiento en los libros del Bureo. Fue el caso de Juan de Peraleda, maestro examinador de sacar muelas y limpiar los dientes, quien tras servir a la reina, solicitó licencia para usar las armas reales, “como las ponen los demás ofiales que an exercido el tal oficio”, lo que se le concedió ⁶⁶. Las casas reales habían alcanzado tal proporción que se mostraban incapaces de absorber de forma estable y continua a quienes las servían, y por eso se extendió esta noción honorífica de servicio que en adelante no abandonaría el ámbito regio, que de la casa del rey pasó a la de la reina ⁶⁷. Asimismo, el Bureo era el canal a través del que los miembros de las diferentes áreas del servicio hacían llegar sus solicitudes e inquietudes, como por ejemplo, la obtención de lutos tras la muerte personas reales, con deseo de dar dignidad a sus oficios, algunos de ellos especialmente expuestos como los porteros de cadena ⁶⁸. En este punto, correspondía a la junta emitir la orden para que el guardajoyas del rey librase tales lutos.

⁶⁵ AGP, AG, leg. 433.

⁶⁶ AGP, AG, leg. 432: “Recíuase a Juan de Peraleda por linpiadientes de la reyna nuestra s[eñor]a y asiéntesele en los libros de su real cassa, auiendo pagado la media anata desta m[e]r[ce]d”.

⁶⁷ AGP, AG, leg. 431: “Excelentísimo Señor: Hernando Ortiz de Angulo aposentador de palacio de la Reyna Nuestra Señora dize que los ofiçiales de manos que siruen la casa de Su Mag[esta]d no se les da casa de aposento ni tienen otro aprouechamiento en los dichos sus ofiçios. An pedido algunos dellos se les haga m[e]r[ce]d de que se les dé liçençia para tener ynsinias de las armas de la Reyna Nuestra Señora en sus tiendas como las tienen los ofiçiales del Rey Nuestro Señor y las an tenido los demás ofiçiales de la casa de la Reyna Nuestra Señora. Es cosa justa que Uvestra Excelencia les haga merced”. El Bureo accedió: “Que con certificación que están asentados en los libros de assientos del Bureo las pongan. Se mandó en Bureo a postrero de febrero de 1626”.

⁶⁸ AGP, AG, leg. 432: “Señora. Los porteros de cadena de V. Magd dicen que en todas las ocasiones de muertes de reyes y reynas y infantes se les haçe merced de dalles lutos por estar en las puertas principales de palacio exerciendo su ofiçio, donde los ben los enbaxadores y todas las demás naciones del mundo donde reparan si tienen lutos o no. A U. magd suppcan humilmtne porque sten con la decençia q se deue como riados de U. magd sea seruida de mandar se les den los dhos lutos que en ello la reciuirán muy particular de la Rl mano de U. Magd.” [...] “En Bureo a 12 de setiembre 1642. Hágase consulta con la misma calidad que a los de la uotica”.

La señalada integración del Bureo en un entorno más amplio, se advirtió asimismo en la existencia de unas mismas materias de interés, como la reformación de costumbres que atraía la atención del Consejo Real. Esa preocupación de orden general se extendía al Bureo en el campo de sus competencias. En el ámbito de palacio, en 1660, tras la denuncia de un mayordomo semanero, el Bureo ordenó a José Nieto, aposentador de palacio, instalar un farol cerca de la puerta del retrete del cuarto bajo de la reina que dificultase “ofensas de Dios”. Una vez instalado, se dictó la correspondiente orden al greffier para que el farol fuese encendido, sucesión de órdenes que mostraba la espesura administrativa que en su consolidación estaba alcanzando el Bureo. Si bien, en este caso, la orden que iba a resultar de la acción de la junta requería imperativamente del visto bueno del rey. Su permanencia inhabilitaba a mayordomos y Bureos como agentes facultativos de la misma⁶⁹, testimoniando, además, la sujeción de la casa de la reina al plano más comprensivo representado en palacio por la casa del rey.

Las jornadas reales fueron ocasión precisa en la que se manifestaban con mucha claridad las atribuciones gubernativas del Bureo, en ese conglomerado doméstico unitario al que venimos refiriéndonos. Cuando se acercaba el momento de realizar una jornada, el Bureo consultaba al rey el alcalde que debía acompañarla, y, una vez resuelta, se avisaba al presidente del Consejo Real para que despachase la comisión correspondiente, si bien a veces la elección se confiaba al propio presidente. Se solía designar al alcalde de mayor antigüedad, pero lo importante es apreciar el respeto al cauce jurisdiccional propio del servicio de Castilla en el contexto del referido conjunto común, dado que el alcalde obedecía en este caso el criterio del presidente, aunque en un estrato más elevado este estuviera orientado por el Bureo⁷⁰. De la misma forma, el o los alcaldes nombrados

⁶⁹ AGP, AG, leg. 433, escritos del Bureo de la reina al rey de 1 y 4 de abril de 1660. En este segundo se lee que el Bureo de la reina, “por reconocer que cosa que a de ser permanente no lo puede mandar el mayordomo ni el Bureo sin orden de U.M. fue de parecer se representase a U.M. para que siendo serbido de uenir en ello mande que en la misma forma que por la Casa de U.M. se encienden los demás faroles de los patios se encienda este también pues le toca el hacerlo”.

⁷⁰ AHN, Consejos, lib. 1420e, ff. 41r-48r: “Advertencias para el ejercicio de la plaza de alcalde de casa y corte, según están en un libro antiguo de la sala, que es el que cita el señor Matheu, por anotaciones del señor Elezárraga, con las notas marginales con que se halla hasta el presente año de 1745”, “Capítulo 16. Jornadas de los Reyes o Personas Reales: Quando S.M. ha de hacer jornada o persona real, el Bureo consulta a S.M. el alcalde, y resuelta la consulta, se avisa al señor presidente de Castilla le dé la orden para que se prevenga, y otras veces se avisa a S.Y. nombre alcalde; y así el Bureo como el Señor Presidente atienden siempre a los más antiguos si gustan de hacer la jornada, porque suele S.M. darse por bien servido, y sacarles

en esta ocasión podían embargar carruajes para su uso particular y el de sus alguaciles subordinados, pero no para el propio séquito real, dado que era competencia del asesor del Bureo, a no ser que delegase explícitamente en el alcalde para ello⁷¹. Pero las mediaciones desaparecían en lo relativo a aquellos oficiales inscritos directamente en el servicio real, caso en el que las atribuciones del Bureo para definir el perfil y número de los servidores presentes en el servicio real eran muy amplias.

Las reuniones del Bureo no se interrumpían con ocasión de los viajes regios, que constituían ocasión propicia para una desorganización que, precisamente, hacía más necesaria su celebración. Tenemos constancia de como durante la jornada de Portugal de 1619 se reunió el Bureo, primero espontáneamente, en la ciudad de Évora, ante la necesidad de asentar algunas eventualidades surgidas en el curso del viaje, relacionadas en especial con el volumen del gasto generado; y en adelante con asiduidad, tras ser consultado el rey al respecto por el conde de Medellín, mayordomo⁷². De este documento se deduce claramente la calidad del Bureo como ente de gobierno de la casa real, pues lo que el conde demandaba, en caso de no celebrarse tales juntas, era una forma alternativa de articulación del mismo. Como se intuye, existía un vacío o imprecisión legal relacionado con el hecho de que el Bureo no podía celebrarse sin la presencia en palacio del rey.

de la penalidad de alcaldes, aunque ya pocas veces (f. 41v); mas siempre desean todos servir a S. M. aunque les sea penoso y costoso”.

⁷¹ *Ibidem*, f. 42r: “Tomado el ytenenario no tiene que tratar de embargos de carruage, sino de lo necesario para sus ministros, así por que él no pudiera, como por que ya el señor que es asesor del Bureo cuida de esto, a quien se acude para lo que el alcalde y sus ministros han menester, y lo manda embargar, o dice lo haga el alcalde”.

⁷² AGP, AG, leg. 430, documento de mayo de 1619. “Señor. El conde de Medellín, mayordomo de Uvestra Magestad dize que en la çiudad de Ébora tvuo Bureo con liçençia de U[vestra] Mag[esta]d para tratar algunas cosas q[ue] allí se offrecieron. Y porque agora se offrecen y adelante se pueden offrecer otras, desea saber por decreto de U[vestra] Mag[es]t[ad] si se sirue de que de q[ue] con los mayor[do]mos q[ue] uienen siruiendo aya Bureo quando conuenga, o en que manera se haya de gouernar la real casa de U[vestra] Magestad (rúbrica)”. La respuesta de Felipe IV fue: “Podranse hacer los Bureos q[ue] conuinieren p[ar]a la buena cuenta y ração y demás cossas q[ue] en ellos es costumbre tratar, y en esto se guardará el estilo y forma q[ue] se suele acudiendo los mayordomos en sus semanas a lo q[ue] les toca, y lo q[ue] apuntáis en la memoria inlussa se podrá ir tratando como pareçiere, y en lo q[ue] deçis en ella de q[ue] puede auer alguna demasía en lo q[ue] se gasta por orden de cada uno, estará bien q[ue] esto no salga de los límites q[ue] se deue, y lo q[ue] ubiere q[ue] remediar desto particularm[en]te se me auisará” (rúbrica).

Pero si la ausencia real se prolongaba, con ocasión, por ejemplo, de un viaje real, el rey era acompañado por un número de mayordomos, sin que fuera necesario que entre ellos estuviese el mayordomo mayor. En estas circunstancias, se celebraba el Bureo junto a la persona real.

Asimismo, el organismo ejercía sus atribuciones para fijar el contorno de la casa y los beneficiarios de la condición doméstica también en jornada, como por ejemplo, cuando en 9 de marzo de 1648 ordenó que la junta que trataba de la formación de la casa señalase y ordenase a los monteros el número que se debía desplazar en jornada, mediante sorteo o elección en su cuerpo de oficio; guardando así la costumbre establecida en el capítulo noveno de las ordenanzas aprobadas por don García de Toledo, mayordomo mayor de la princesa doña Juana, el 14 de octubre de 1557⁷³. A su vez, de cara a la jornada “de las entregas”, en 1660, el rey ordenó añadir un portero de damas al inicialmente designado, pero el Bureo defendió que para la asistencia de las pocas criadas que se desplazaban era suficiente con uno y un ayuda, a los que en caso de necesidad podía añadirse un montero de cámara de los 4 señalados para el viaje. Si accedía el rey, el propuesto por el Bureo fue Luis Mudarra⁷⁴. Para justificar su postura, el Bureo alegó la necesidad de reducir gastos, y, desde luego, la organización de esta jornada estuvo claramente influida por la prioridad del ahorro. Hasta tal punto que José Nieto, el aposentador de palacio, vinculó su marcha a la dotación económica adecuada. Estaba fijada para el 5 de abril, pero eran muchas las partidas que dependían de su área de servicio con ocasión de un viaje real, en los que se producía una continua reproducción móvil y a escala de las necesidades propias del asentamiento permanente de la corte: la furriera, el carruaje propio y el de un barrendero y un carpintero que le acompañaban y su correspondiente ayuda de costa. Ante la situación creada, el Bureo recurrió inmediatamente al tesorero, quien dijo carecer de dinero para tan importante efecto, y que en su momento se libraría. Es de comprender la actitud del aposentador, si se valora la situación a la que se enfrentaba⁷⁵.

A su vez, las jornadas eran ocasión para la “domesticación” del conglomerado administrativo cortesano. En el sentido de que parecían subrayar, por la vía

⁷³ Esta decisión real procedía del intento hecho por el mayordomo mayor, duque de Maqueda, de nombrar monteros para ir a las jornadas. Sobre todo ello, *Origen de los monteros de Espinosa, su calidad, ejercicio, preeminencia y exenciones, defendido e ilustrado por el licdo. don Pedro de la Escalera Guevara*, Madrid 1735, p. 205.

⁷⁴ AGP, AG, leg. 433, Bureo de la reina de 2 de abril de 1660.

⁷⁵ *Ibidem*, Bureo de la reina de 1 de abril de 1660.

de la integración en el aparejo articulado para asegurar la subsistencia del séquito real durante el desplazamiento, la pertenencia doméstica de otros agentes cortesanos. En este caso se encuentran los secretarios. El 29 de noviembre de 1649, Juan Lorenzo de Cuéllar, contralor de la casa del rey, recibió la orden de acudir al secretario Bartolomé de Aedo en las jornadas que hiciere conforme se hacía con el secretario Botín, y asentarlos así en los libros de la casa⁷⁶. Asimismo, el rey ordenó al Bureo en el Buen Retiro, a 15 de octubre de 1655, que a los secretarios don Francisco de Villamayor y don Pedro Fernández del Campo se les acudiese con la misma ración de camino que se daba a los secretarios don Gerónimo de Lezama, Juan de Otalora y don Bartolomé de Legarda⁷⁷.

1.1.2. *Competencias económicas*

El Bureo era el órgano responsable de la economía de la casa real. Todo pago o nombramiento de oficio debía registrarse en dicha junta⁷⁸. Dadas las dificultades por las que atravesó la Monarquía durante el reinado de Felipe IV⁷⁹, la actividad del Bureo en este orden resultó muy activa y convulsa. Su intervención en cuestiones dinerarias se vio fortalecida como consecuencia del decreto limitador de gastos de las casas reales firmado por el rey el 28 de marzo de 1629. En él, se fijó el gasto anual de ambas casas en 20.000 ducados, divididos en 11.000 para la casa del rey y 9.000 para la de la reina. La concreción del ahorro fue confiada a reuniones frecuentes del Bureo. En el caso del de la reina, recibió el decreto tres días después de esa fecha, en junta formada por el conde de

⁷⁶ AGP, AG, leg. 368. Con tal efecto, la pantería, cava, frutería, guardamangier, potajería, cerería y confitería recibieron comunicación ¿del contralor?

⁷⁷ AGP, AG, leg. 368.

⁷⁸ “Al greffier Carlos Sigoney, Su Majestad ha resuelto que el maestro de la cámara el dinero que se le mandare entregar antes de entrar en su poder lo libre a los proveedores de los mantenimientos y demás cosas de la casa en el hombre de negocios que tuviere a su cargo la provisión, y para las cosas menudas y extraordinarias recibirá dinero el dicho maestro de la cámara y por su mano se pagará a las mismas personas que lo hubieren de haber por las nóminas y relaciones de los gajes pasados por el contralor y, vistas en Bureo, haréis los debidos notamientos desto para que asó se observe puntualmente. Del aposento, 17 de junio 1631. Señalada de mano de su ex^a. Carlos Sigoney, greffier de su Majestad” (AGP, AG, leg. 432).

⁷⁹ Al respecto, A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Política y hacienda de Felipe IV*, Madrid 1983 (2ª ed.); F. RUIZ MARTÍN: *Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV (1621-1665)*, Madrid 1990 (Discurso de entrada en la RAH, leído el 21 de octubre de 1990); C. ÁLVAREZ NOGAL: *El crédito de la Monarquía hispánica en el reinado de Felipe IV*, Ávila 1997.

Benavente, mayordomo mayor, el marqués de Bohoyo y don Antonio de Robles, mayordomos, a quienes, una vez iniciada la reunión se añadieron los marqueses de la Mota, Castrofuerte y Cadereyta⁸⁰. Acordaron encomendar al grefier que se informara de las medidas tomadas en la casa del rey. En el señalado contexto, las atribuciones fiscalizadoras de contralor y grefier sobre el funcionamiento económico de la casa se vieron fortalecidas. Un decreto de 17 de junio de 1631 ordenaba al grefier, Carlos Sigoney, “notar” las entregas que el maestro de cámara librara a los proveedores de los mantenimientos de la casa —mediante el correspondiente hombre de negocios— previo control del contralor y revisión del Bureo⁸¹.

En 1634, el duque de Alba, mayordomo mayor, escribía al Bureo para que recopilase todas las órdenes que le había dirigido, con el fin de evitar contradicciones involuntarias con las órdenes reales⁸². Los problemas en este ámbito económico fueron muy numerosos y diversos⁸³, y afectaron por igual al Bureo del rey y al de la reina. Diferentes detalles hacían evidente la penosa situación económica de la casa. La numeración de la vajilla puede ser uno de ellos, útil para seguir el rastro de aquellas piezas que eventualmente desaparecieran, pero no siempre eficaz, como demostró el caso investigado por el Bureo el 26 de

⁸⁰ El decreto decía: “Teniendo situadas las pagas de las guardas y oficiales menores de mi casa he tomado resolución determinada de que el gasto de mi casa y el de la Rey[n]a no pasen de ueinte mill ducados al mes, y así os juntaréis continuamente con el Bureo para consultar la forma en que esto se podrá disponer pues estoy resuelto a moderar en todo y por todo los gastos escusables y de aparato, y así en cada offi[ci]o de la cassa de la Rey[n] se ajustará la materia y he mandado en mi casa no se escuse la moderación de mi comida, bestido y caualleriça’por que lo que deseo es que se cunpla con lo que se deue a lo público y remitir todo lo particular y ceremonial con tanta precición que no se aya bisto xamás tan moderada esta partte en mis reynos como oy. Y la diuisión a de ser que en mi cassa se gasten onçe mill ducados cada mes y en la de la Rey[n]a nuebe mill” (AGP, AG, leg. 431).

⁸¹ AGP, AG, leg. 432.

⁸² *Ibidem*: “he sido informado que algunas de las órdenes que conforme a vros informes y del contralor y otras personas he dado, no son ajustados a las que tenéis de su Majestad y yo os he mandado guardar, antes de ahora, y no siendo mi intención que en ninguna manera se contravenga a ellas, sino que se cumplan y executen como su Magd lo tiene resuelto, os mando que recogais todas las órdenes que os he dado desde que soy mayordomo mayor y las que adelante os diere en razón de asientos de criados, goces de gajes y raciones, acrecentamientos, renunciaciones y pasos de ellas, crecimientos de moneda, gastos y partidas extraordinarias de qualesquier oficiales”.

⁸³ AGP, AG, leg. 624: existen numerosos casos que de muestran el quehacer cotidiano de la Junta de Bureo en este sentido.

enero de 1641⁸⁴. De igual manera, la decisión del Consejo de no arrendar las tablas francas de la carnicería en la corte motivó la queja del Bureo de la reina, que veía así amenazado el abastecimiento de su casa. Nuevamente se advirtió el poder moderador y corrector atribuido al Bureo del rey cuando diferentes aspectos de la realidad circundante podían afectar al desarrollo de las casas reales, dado que le fue confiado el dictamen sobre sendas consultas al respecto, tanto del Consejo como del Bureo de la reina⁸⁵.

La estrechez hizo que el sostenimiento económico de las casas reales fuera cada vez más difícil y azaroso, incluso en lo referido a la subsistencia cotidiana, situada sobre partidas cada vez más inciertas. El 7 de marzo de 1660, el Bureo de la reina trató memorial de los proveedores de su casa, en que referían que para el gasto de sus oficios correspondiente al año anterior se les habían librado más de 31 cuentos en las *medias anatas* de juros situados en alcabalas de la villa de Madrid. Para su ejecución, don Juan de Góngora, gobernador del Consejo de Hacienda, ordenó a Antonio Báez de Guzmán, tesorero de dichas alcabalas, que se diesen a los referidos proveedores libranzas en los arrendadores de los vientos del año de 1660, tomando cartas de pago de dicha cantidad, y librando despachos para que los arrendadores les fuesen pagando conforme a su obligación. Hasta aquí, lo habitual, pero llegado ese momento, el Consejo de Hacienda había dado libranza a don Fernando Carrillo y Manuel de 375.000 maravedís en la misma *media anata*, y mandado que esa cantidad se descontase de las libranzas de los proveedores. En definitiva, se trataba de un claro incumplimiento por parte de la administración real de las condiciones suscritas por estos últimos, que de no ser corregido, “desde luego se escusan los d[ic]hos proveedores de pasar adelante con la obligación de sus prouisiones por no cumplirse con ellos en lo que se les a ofreçido”. Temeroso el Bureo de la reina de las consecuencias que esta ligereza del Consejo de Hacienda pudiera tener sobre la subsistencia

⁸⁴ AGP, AG, leg. 432: “Exmo sor. don Po. Baztán diçe que el biernes 28 del mes de diçiembre de 640 un escudero de a pie pidió en la sausería un plato mediano en que subir unos huebos para la reyna nra s^a, y se le dio uno del estado de los señores mayordomos núm 22 el qual no a pareçido ni buelto más al oficio y huiéndole buscado con toda diligençia, lo que ha podido aueriguar es que el escudero de a pie dio este plato al señor conde del Real en su mano, y que su señoría le dio a doña María Bocanegra, a la qual se le a pedido, y responde que le arrimó a una pared (sin dar otra raçón). Suplica a U. Ex^a pues al sausier no le queda más diligençia que hazer se sirua de ordenar lo que se ha de haçer, y en casso que el d[ic]ho plato no pareza que se le dé, descargo pues es assí justicia. En Bureo a 26 de henero de 1641, que se haga más diligençia”.

⁸⁵ AGP, AG, leg. 368, consulta del duque de Nájera al rey de 6 de mayo de 1647.

de la casa, no dudo en subrayar ante el rey la necesidad de corregir lo acordado en él ⁸⁶.

Pero los proveedores de la casa de la reina no fueron los únicos damnificados por esta situación, sino también los propios lugares de donde debía proceder el abastecimiento. En el Bureo de 25 de junio de 1661 se dio cuenta de los gastos y molestias que padecían estos lugares por no procurarse el dinero necesario para la provisión de trigo de ese año, fijado en 171.360 reales de vellón que importaban 9.520 fanegas de trigo a 18 reales cada una. Interpelado al respecto, todavía a 25 de agosto no se había recibido respuesta por parte del gobernador del Consejo de Hacienda, quien, ante la estrechez económica, seguramente prefirió demorar la respuesta, hasta que se vio más estrechamente emplazado, momento en el que fijó tan sólo en 20.000 reales la cantidad que estaba dispuesto a fijar. El Bureo dibujó una situación apocalíptica en caso de no obtener la cantidad fijada ⁸⁷.

⁸⁶ AGP, AG, leg. 433: “Bureo de la reyna nuestra señora. En Madrid a 7 de marzo de 1660. Dice lo que se le ofrece cerca de la pretensión de los proveedores de la Casa. Grefier D. Pedro de U[ill]a Real [...] Y reconociendo el Bureo el yncombiniente que tiene no cumplir a los proveedores lo ajustado con ellos porque ninguno tomará para en adelante efectos en satisfacción de su gasto uiendo se les hace estas molestias, y pedirán se les dé en dinero de contado, ha sido de parecer representarlo a U. M. para que se sirba de mandar no se cobre la libranza de don Fernando Manuel, decontándola de las de los proveedores sino que se le libre en otro efecto/ pues no es justo que por esta razón se dé motivo a que falten a la asistencia del real seruicio, mayormente quando están supliendo con sus haciendas el que se les libre el gasto que an hecho en este año en el uenidero y dando lugar a que se cobre esta libranza será exemplar para que se den otras muchas en el mismo efecto contra el derecho de estos proveedores. U. M. mandará lo que fuere su real uoluntad. En Madrid a [...] de março de 1660”. Bureo formado por el conde de Altamira, el conde del Real, el marqués de Bédmar, el conde de Mora y el marqués de Castrofuerte.

⁸⁷ AGP, AG, leg. 433: “Y así a parecido a el Bureo dar quenta a U. Mgd para que se sirua se libren luego los 171U360 reales que tiene propuesto por los yncombenientes y gastos que se siguen contra la Real hazienda y perxuiçio de los pobres uassallos porque a no darse el dinero con el tiempo que se tiene propuesto no se podrá conseguir el que la cassa esté asistida de este mantenimiento como se tiene reconoçido en los años de 1657 y 1658 y si se rreciuen sólo los 20U r[eale]s. (Al margen, a esta altura: “Y así se a de seruir Su Mag[esta]d de rremittir su r[ea]l orden con todo aprieto al gouernador del Cons[e]jo de Haz[ien]da p[ar]a q[ue] luego libre los 171U360 r[eale]s que son necessarios para que se continúen las raciones a las pobres uiudas y demás criados q[ue] no tienen otra cosa de que ualerse por hauer muchos años que no se les paga haz[ien]da). Tiene experimentado el Bureo que para dar la rresta se passa el término y no se consigue el fin de pagar a los lugares dentro dél conque se ocaçiona molestia. U Mag[esta]d mandará lo que más combenga a su real seruicio. Madrid a [...] de agosto de 1661 años”. Sobrescrito, de otra mano: “Para que no falte el pan en la prouison de este año y no pase adelante el no darse las raciones”.

En contexto tan perjudicial, convertirse en proveedor de las casas reales era un negocio ruinoso, que al poco tiempo conducía a solicitar el fin de tal condición, o por lo menos la suscripción de condiciones menos perjudiciales, ya que no más ventajosas vista la coyuntura. En 1664, Juan Ruiz de Santo Domingo, obligado del abasto del carbón de la casa de la reina y sus altezas, decía llevar sirviendo 20 años y tener escritura por 8 años, de los que faltaban tres por cumplir. Dado el serio quebranto económico que le producía, solicitó liberarse de la escritura al precio pagado⁸⁸. La consulta de los lugares en que se hacía el repartimiento de granos para las casas reales correspondía al asesor, como aconteció con García de Porras y Silva, asesor del Bureo de la reina, en junio de 1663⁸⁹.

Buen índice de la duración y gravedad del problema fue la desesperada queja formulada por un oficial fiable a este respecto, por la constante necesidad de efectivo que tenía para el desempeño de sus funciones, el aposentador de palacio. En el caso de José Nieto, a esta condición añadía otra que acentuaba el referido perfil, la de guarda de damas de la reina. En 1661 representó al Bureo como por certificación del contralor quedaban por pagársele 269.257 reales y 27 maravedís (9.154.767 maravedís) correspondiente al gasto de furriera y busería de cámara en el periodo comprendido entre 1642 y 1659, que por su parte adeudaba a barrenaderas y barrenjeros, aguadores, casilleros, vidriero, esterero, obligado del carbón, “y otras personas que militan en el gasto de su oficio”. La situación existente se advierte en la lacónica respuesta del Bureo, dirigida a conferir al tiempo la solución del problema, pues se le ordenó que “justifique con las partes”⁹⁰.

A su vez, la confusión jurisdiccional que apunta a lo largo de este trabajo no dejó al margen el ámbito económico. El Consejo de Hacienda pretendió —en 1634—

⁸⁸ AGP, AG, leg. 433: “Excelentísimo Señor. Juan Ruiz de Santo Domingo obligado del abasto del carbón de la casa de la Rey[n]a Nuestra Señora y Sus Altezas diçe que a 20 años que está sirviendo la cassa y que tiene hecha escriptura por ocho años y faltan tres de cumplir y por ser los tiempos tan trauajosos y las carreterías tan pocas por los ejércitos destos años pide y suplica a U. Excelencia le haga fauor de soltarle la escriptura o refazion en el prezio porque la postura de la oblig[aci]ón desta corte está a 44 quartos por ca. y la de palacio a 110 maravedís y sólo de porte lleua más el carretero en cada ca. y se le deue del año pasado 60U rs. y a dos años que no ha reziuido más de 10U rs. como constará por las libranças que están en su poder y el año de 62 se le libró en Segouia y no a podido cobrar y el de 63 en Ocaña y salió yncierto con que se le boluío a librar en medias anatas en el año que uiene de 65 por lo qual se halla muy ympusibilitado de hir adelante en que la reziuirá muy g[ran]de. de U. Ex^{ma}”. Sobrescrito: “En Bureo a 23 de mayo de 1664. Bisto”.

⁸⁹ AGP, AG, leg. 433.

⁹⁰ *Ibidem*, Madrid, reunión del Bureo de 8 de abril de 1661.

fiscalizar las cuentas del maestro de la cámara, lo que provocó una decidida oposición por parte de la Junta de Bureo ⁹¹. La estrechez económica general favoreció que la indicada inserción de las casas reales en un todo cortesano más amplio, también se manifestase en el terreno de la inspección hacendística. En mayo de 1638 Antonio de Camporredondo, gobernador del Consejo de Hacienda, propuso al rey la formación de una junta de dos mayordomos, contralor, grefier y dos contadores, para tomar las cuentas del tesorero. Con todo, el Bureo trató de defender su dignidad y, ante la decisión inicial del gobernador de incluir en esta junta dos contadores de resultas, terció para elevar su categoría y que sus integrantes fuesen contadores mayores ⁹². Sin duda, la penosa situación económica inscribió si cabe con mayor firmeza la dimensión doméstica en el contexto general, que debía atender a las diferentes necesidades concretas de cada una de las partes que formaban el conjunto. Y, en la misma medida y coherentemente, acentuó la vinculación del Consejo con el mundo de la casa. En abril de 1645 el presidente del Consejo, Juan de Chumacero, recibió la orden de formar junta para excusar gastos en la casa de sus altezas, junto con José González (por entonces asesor) y los condes de Castro, del Real y de Figueroa, así como los contralores de ambas casas reales. Sus conclusiones partieron de una premisa fundamental, por lo demás evidente: el pago puntual y en metálico a los proveedores, de tal manera que hiciesen posturas a precio moderado y se evitase la situación que por entonces se padecía,

que por el poco crédito con que se halla la despensa no ay nadie que se obligue a ninguna prouisión si no es con conocidas uentajas con que puedan desquitar las quiebras de la mala paga.

Estas consistían en la entrega de género en mal estado o, directamente, de mala calidad ⁹³.

Las conclusiones de esta junta fueron numerosas, y consistieron en excusar los regalos de conservas y otros bienes hechos por orden de las camareras mayores; la reducción del número de servidoras de la cámara, reposteros de camas y barrenderas; el servicio en todo género de oficios de aquellos fijados en la planta

⁹¹ “Su Excelencia dize que se trate en el Bureo del negocio de las quantas del maestro de la cámara, que pretende el tribunal de quantas aduocárselas así sacándolas del Bureo de quien es jurisdicción antigua esta. Helo advertido al d[ic]ho m[aest]ro de la cámara para que lleue memorial en esta razón. U.m. lo baya de representar las razones de consequenzia y el seruicio de Su Md. para que se haga lo contrario... Madrid 13 de setiembre 1634”, billete de Blasco de Loyola a Carlos Sigoney (AGP, AG, leg. 430).

⁹² AGP, AG, leg. 434, el Bureo a Felipe IV, mayo de 1638.

⁹³ *Ibidem*, en Madrid a 24 de febrero de 1645.

y el consumo del resto, caso de los ujieres de cámara, o los oficios de casa y de boca; envió a Santa Isabel y otras partes de las niñas con ración; supresión de la cera concedida a los conventos...⁹⁴. Estas medidas iniciales luego fueron complementadas con otras, como las relativas a los pensionarios, que se propuso “echar” a los gajes, no aumentar su número o ir consumiéndolos⁹⁵, la reducción del gasto ordinario de la caballeriza, en la que sobraban los caballos de mala calidad, la supresión de los alquileres de la ropa de las criadas de la duquesa de Mantua, y su sustitución por ropa procedente de las tapicerías...

Que la realidad doméstica estaba integrada en otra más amplia se aprecia con especial claridad en el hecho de que las disposiciones legislativas o reglamentarias emanadas de las instituciones cortesanas tendían a afectar, en un principio, el ámbito doméstico. Era la aplicación de las mismas la que, en su caso, restringía su alcance y materializaba una excepción doméstica tras la correspondiente cuestión jurisdiccional. Esto es, a priori, esa legislación no lo era “a prevención” de una reglamentación doméstica consistente fundamentalmente en las etiquetas y caracterizada por lo tanto por su parvedad. Esto se aprecia por ejemplo en el terreno tributario, que, como es sabido, cobró en tiempo de Felipe IV extraordinaria importancia como forma de alimentar la maquinaria militar. En 1628 los recaudadores de la renta de las alcabalas instaron pleito contra Diego Hernández y Gaspar Ruiz, sombrereros del rey por la falta de pago de dicha renta, ante Alonso de Pantoja, teniente de corregidor de Madrid. Los denunciados acudieron al Bureo, que ordenó que Bernardo Sánchez Sagrameña, escribano del número, hiciera relación ante el asesor Pedro Marmolejo. A partir de ese punto, el pleito continuó en la junta doméstica, conforme a lo señalado por sendas certificaciones de Ramiro de Zabalza y Carlos Sigoney, grefieres en tiempo de Felipe III y Felipe IV, respectivamente, que manifestaban la competencia del Bureo en tal clase de pleitos⁹⁶. De la misma forma, en 1648 se acudió por parte de ambos Bureos a la Junta del Reino de la Comisión de Millones, en defensa de la exención de pago de sisas sobre sus raciones por parte de los criados reales. La tramitación que siguió la causa a partir de ese momento evidenció, nuevamente, la confusión de la casa en un todo más amplio, en el que, por otro lado, era difícil distinguir lo doméstico de lo

⁹⁴ AGP, AG, leg. 434, en Madrid a 24 de febrero de 1645.

⁹⁵ Entre estos pensionarios estaban Pedro de Arce, doña Francisca de Isla, doña Ana Triviño, doña Marta de Camporredondo, doña Filipa de Valdés y Zárate, doña Jerónima de Mingolla y su hermana, Alonso Muñoz, Francisco Giral, doña Isabel Osorio, doña Antonia de Guzmán y doña Lorenza de Acedo, entre otras.

⁹⁶ AGP, AG, leg. 433, “Noticias y apuntamientos sobre la jurisdicción”.

cortesano, dado que lo primero impregnaba la sustancia del conjunto. Conforme a ello, el fiscal vio el caso, de cara a su traslado al procurador general del reino, quien en su parecer estableció que la pretensión de los criados debía ser dirimida en la Junta de Bureo. Cuando la materia fue finalmente vista por esta última, fue remitida a Bartolomé Morquecho, quien entonces ejercía como asesor, quien asentó un parecer favorable a la pretensión de los criados que, como no dejaba de resultar lógico, fue asumido por el Bureo. Por su parte, Juan de Garibay y Miguel Núñez, herradores de la caballeriza de la reina recurrieron al Bureo en 1662 pidiendo ser relevados de la alcabala que les asignaban los repartidores de su gremio, y el Bureo acordó remitir esta causa al asesor, quien aconsejó a la junta elevar consulta al rey en favor de los interesados, como se ejecutó el 10 de julio de 1664⁹⁷. En tiempo de Carlos II continuó esta dinámica de afirmación mediaticada de la junta —por así llamarla— en el terreno jurisdiccional, representada por la intervención del asesor en la información jurídica del caso y la relación de los escribanos ordinarios ante el Bureo⁹⁸.

Al terminar el reinado de Felipe IV, y ante las reformas que se intentaban realizar durante la regencia de Mariana de Austria, se precisaron con toda claridad las competencias económicas del Bureo, que era tanto como decir de la casa real:

A los oficios de contralor y grefier les está encargado por reales órdenes [...] que lleven por sus oficios la cuenta y razón de todos los gastos que, en la casa real, se causaren [...] El grefier en lo perteneciente a goces mayores de los gajes

⁹⁷ El rey asumió este parecer: “mandó S.M. fuesen exemptos d[ic]hos criados de pagar alcauala, y que se les restituyesen ciertas prendas que la justicia ordinaria les hauía sacado” (AGP, AG, leg. 433, “Noticias y Apuntamientos sobre la jurisdicción”).

⁹⁸ Un ejemplo, a la espera de un estudio concreto del Bureo para ese periodo. El 25 de agosto de 1676 el mayordomo mayor ordenó hacer causa criminal contra Francisco Clemente, y la remitió a don García de Medrano, asesor del Bureo, para que la instruyese. Había sido apresado por dar una estocada en la puerta del Consejo de Órdenes a un mozo que regaba la calle desde un carro de la villa, y enviado a la cárcel de corte por orden del mayordomo mayor “Y se substanció y concluyó dicha causa por dicho asesor dando su parecer en justicia para la sentencia con que se concluyó aún no siendo estas partes criados de S. M.”, AGP, AG, leg. 433, “Noticias y apuntamientos sobre la jurisdicción”. Igualmente, en agosto de 1677, el gobernador del Consejo, don Francisco Ramos del Manzano, remitió al condestable mayordomo mayor un memorial de los administradores de la renta del vino sobre el exceso de algunos acemileros en perjuicio del abasto de la corte. Visto en el Bureo con asistencia de don Melchor de Vera, teniente de la acemilería, se acordó comisionar la averiguación al escribano y alguacil del Bureo, y una vez finalizada el Bureo remitió el caso al asesor, don Cristóbal del Corral Ypeñarrieta (sustituto entonces de don García de Medrano), quien opinó ser necesaria la prisión de los culpados, criterio que fue atendido (*Ibidem*).

de todos los criados cuya cuenta y razón corre únicamente por su oficio. El contralor por lo que mira a las mesadas, gasto de despensa y raciones que se pagan por ella y todo lo que fuera desto ocurriere de extraordinario como jornadas, libreas, hospedajes y otros cualesquiera que se ofrezcan ⁹⁹.

Por las mismas fechas se promulgaban unas ordenanzas, copia de las elaboradas en 1633, en las que se insistía en el control exclusivo de la economía de las casas reales que la Junta de Bureo debía tener. Eran las *Ordenanzas, las cuales se publicaron y mandaron guardar, estado en Bureo el dicho señor Juan* [Manrique de Lara] *y el señor don Diego de Guzmán, mayordomo de su Majestad, y Luis de Sigonei, contralor, y Francisco de Villapando, grefier, en veintiocho de março de* [mil seiscientos] *sesenta y quatro* ¹⁰⁰. A través de tal reglamentación se percibe la importancia y poder que tenía la Real Junta de Bureo en cuestiones económicas, al estipular la periodicidad de sus reuniones y sus requisitos de funcionamiento, e insistir en un estrecho examen de los libros en los que se reflejaba la contabilidad ¹⁰¹.

1.1.3. *Competencias jurisdiccionales*

La autoridad de la Junta de Bureo en cuanto tribunal solamente estaba supeditada a la voluntad real, lo que le otorgaba una superioridad indiscutible en la administración de justicia dentro del palacio real y entre los servidores reales. El veredicto del Bureo fenecía la causa y su sentencia era inapelable a menos que se recurriera al propio rey. Tales competencias fueron más sólidas conforme se afianzó la casa de Borgoña como casa principal de la Monarquía (con aspiraciones de

⁹⁹ AGP, AG, leg. 894.

¹⁰⁰ AGP, AG, leg. 433.

¹⁰¹ *Ibidem*: “Lo primero, se ordenará que desde aquí adelante se tenga el Bureo todos los viernes y, si fuere fiesta, que se haga otro día siguiente de manera que no aya falta en hacer una vez cada semana.

Ítem, al dicho Bureo vengan y se allen presentes todos los oficiales de la casa de su Magd con sus libros para dar razón de sus gastos y saber si se les ordena algo de nuevo.

Ítem, que los dichos oficiales den cada quince días los libros de los gastos que cada uno ubiere hecho so pena que el que no los diere, le será raídos sus gaxes por quince días.

Ítem, que las partidas extraordinarias de los dichos oficios se den en cada un mes al contralor so pena que no los dando no serán recibidas adelante sin nuevo mandato del mayordomo mayor y Bureo.

[...] Ítem, se encarga a todos los dichos oficiales que tengan especial cuidado en los gastos que cada uno hiciere en su oficio y en los precios de lo que comprare aya gran recaudo, de manera que no se gaste más de lo necesario conforme a la orden que les estuviere dada y se le diere por el Real Bureo y por el contralor”.

constituirse en casa única), por lo que la competencias con otros organismos similares de la corte, encargados de impartir justicia, tal como los alcaldes de casa y corte, institución castellana, fueron muy numerosos durante el siglo XVII. Fue la improvisación propia del rápidamente cambiante contexto de la Monarquía la que indujo transformaciones que, en rigor, no tenían ni podían tener otro cauce de resolución que la propia voluntad real –igualmente cambiante–, a falta de la práctica precedente o el ordenamiento.

La adquisición de medios materiales para el Bureo apreciable al comienzo del reinado de Felipe IV, no sólo denotaba el incipiente desarrollo de un órgano caracterizado hasta entonces por su modestia; sino que en la misma medida indicaba que tal proceso pasaba por un fortalecimiento de su dimensión judicial, patente en la obtención de la campanilla, nada anecdótica, pues su uso determinaba el cauce y ritmo del despacho judicial. Una vez reunido el Bureo, el mayordomo mayor la utilizaba para despejar la sala. A continuación, el ujier cerraba el acceso a la misma y comenzaba el despacho, que se iniciaba con la relación de los asuntos que se iban a tratar, y se daba paso a la tramitación de los sucesivos pleitos. El ujier, o en fecha más tardía el denominado alguacil, convocaba a las partes a la sala, y se hacía relación por el escribano del Bureo a pie y sin espada. Como se apreciaba, se daban usos forenses muy parecidos a los existentes en el Consejo Real, donde el escribano de cámara también tenía prohibido portar armas, si bien el escribano del Bureo ejercía a un tiempo las funciones que en el Consejo se repartían escribano de cámara y relator, en lo que, sin duda, tuvo que ver la incomparablemente menor masa litigiosa del tribunal doméstico.

En el caso de que las partes contasen con ellos, a continuación intervenían los abogados, y concluido su turno el escribano entregaba los autos al greffier, junto con el “parecer” del asesor. De nuevo el mayordomo mayor tocaba la campanilla para despejar la sala y dirimir el caso sin testigos, a partir de la lectura del citado parecer por el greffier. Una vez conocido, los integrantes de la junta votaban a favor o en contra, votación que tenía lugar una vez sustanciada la causa y conocido el parecer del asesor, que, de este modo, tenía un valor preceptivo reconocido a comienzos del reinado pero regateado cada vez en mayor medida conforme avanzó el siglo. El resultado de la votación podía ser fiel al parecer del asesor o distinto, pero parecía obligado contar con él. La sentencia se hacía constar en los autos y, una vez rubricados por el greffier, eran devueltos al escribano para que procediera a su cumplimiento¹⁰². Este fue el funcionamiento judicial del Bureo entre mediados del reinado de Carlos V y mediados del de Carlos II.

¹⁰² AGP, AG, leg. 430, instrucción sin fecha sobre cómo se forma el Bureo, *apud* E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, pp. 81 y 82.

Pero, en realidad, la paulatina imposición del Bureo era un elemento novedoso que entraba en conflicto con toda una racionalidad jurisdiccional derivada de la permanencia en Castilla de un rey con múltiples títulos, pero entre ellos, principal y precisamente, el de Castilla. Al margen de las fórmulas que se aprontasen para integrar una monarquía tan amplia y multiforme, la dicha era una realidad tan fuerte y evidente como para ser objeto de permanente desafío por aquellos entes políticos y administrativos que se sabían ajenos a la misma. E, igualmente, aquellos organismos vernáculos que constituían personificación jurisdiccional del rey y ejercían funciones en una corte de origen y doctrina castellanos, como el Consejo y los alcaldes, se consideraban legítimamente autorizados a defender un ámbito de competencias secularmente ejercido. En nuestra opinión, de aquí deriva la razón tanto de la inclusión del asesor, miembro del Consejo Real, en el Bureo, como de los continuos problemas que originó, que revelaban que, en el fondo, ambos se encontraban, por así decirlo, en sintonías muy diferentes.

Resultado de todo ello fue la trabajosa y relativa imposición del Bureo. Podía conocer en primera y segunda instancia y —como queda dicho— sus sentencias no tenían recurso posible ante ningún tribunal¹⁰³. Tal evolución no resulta casual, sino que obedece al desarrollo que experimentó la casa de Borgoña hasta constituirse en casa única de la Monarquía hispana. Desde la Edad Media, los alcaldes de casa y corte se relacionaban con la casa real en tanto esta formaba parte de la corte, espacio paulatinamente agrandado por el hecho de que la amplitud y diversidad jurídica del espacio cortesano superaba con creces la del doméstico; hecho que, potencialmente, inducía un ejercicio jurisdiccional sobre miembros de la casa proporcionado a esa realidad por parte de los alcaldes, no prevenido en las etiquetas y ordenanzas. Por lo tanto, desde un punto de vista jurisdiccional y como regla general, en cualquier ámbito de la casa donde no se aplicase una jurisdicción especial, el conocimiento correspondía a los alcaldes de casa y corte, si bien hubo numerosas excepciones que alteraron esta regla¹⁰⁴. La intervención jurisdiccional de los alcaldes —desde sus orígenes— estuvo en relación con la casa de Castilla, como definiera Alfonso X y, tras diversas precisiones, consagrara Juan II, quien

¹⁰³ AGP, Reinados, Carlos III, leg. 193, caja 1.

¹⁰⁴ Sobre los alcaldes de casa y corte, véase el trabajo de I. EZQUERRA REVILLA: “La integración de la casa en la corte. Los alcaldes de casa y corte”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II: La Casa del Rey*, 2 vols., Madrid 2005, vol. I, pp. 697-799, así como los distintos trabajos que este mismo autor aporta a esta obra.

legisló sobre su condición de jueces de los pleitos tocantes a los oficiales reales, en perjuicio del Consejo Real¹⁰⁵.

Como indica Emilio de Benito, antes de la introducción de la etiqueta borgoñona en la corte y las interferencias que esta decisión provocó, el papel jurisdiccional ejercido por el Bureo correspondía a los alcaldes de casa y corte. En un principio los oficios reales carecían de aforamiento, y debían presentar sus demandas ante el juez competente del demandado, si bien los jueces de la corte no tardaron en conseguir la vista de tales causas ante esta, y desde el siglo XIII se observó el beneficio por parte de los oficiales de la casa real de un fuero particular, al gozar sus litigios la consideración de casos de corte, conforme contenía la *Partida Tercera*, título III, ley IV, *Que el demandado non es tenuto de responder en juyzio, si non ante su alcalde, fueras ende en cosas señaladas*:

Responder non deve el demandado en juyzio, ante otro alcalde, si no ante aquel, que es puesto para juzgar la tierra, do el mora cotidianamente. Fuera ende en aquellas cosas que de suso diximos, en las leyes que hablan del demandador en esta razón. Empero en todo pleyto es tenuto de responder delante del Rey, si fuere fallado en su corte. E non se puede escusar, diziendo que aquél pleyto nunca le fuera demandado delante de su alcalde, nin por otra razón semejante della. E esto es, porq la corte del Rey es fuero comunal de todos, e non se puede ninguno escusar de estar a derecho¹⁰⁶.

En un principio, tal jurisdicción se reducía al fuero pasivo, los pleitos vistos en la corte eran sobre todo aquellos en los que los oficiales eran demandados en el uso de sus funciones, conforme contenían las *Leyes de estilo*. Pero no tardó en extenderse la consideración de tales casos al fuero activo, por el cual los oficiales reales podían emplazar en su fuero a quien le agraviase en ejercicio de su labor. Pero esta práctica tuvo una excepción, representada por la comisión de tal agravio al oficial sin estar en servicio del monarca, caso en el que se debía demandar al ofensor en su propio fuero. Si bien era posible que en ciertos casos pudiera ser emplazado este ante la corte, como hemos visto, fuero comunal de

¹⁰⁵ C. DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ: *Los alcaldes de lo criminal en la chancillería castellana*, Valladolid 1993, p. 29; E. MAYER: *Historia de las instituciones sociales y políticas de España y Portugal durante los siglos V a XIV*, Aalen 1991 (reimp. de la ed. de Madrid 1925-1926), vol. I, p. 95, los alcaldes del rastro “enjuician a las personas que por su oficio pertenecen a la corte del rey o que han sido recibidas bajo la protección real en la corte”.

¹⁰⁶ *Tercera Partida*, en Salamanca por Andrea de Portonariis, 1555. f. 16v (Tomo segundo de *Las Siete Partidas del Sabio Rey don Alonso el nono, nuevamente glosadas por el licenciado Gregorio López del Consejo Real de Indias de Su Magestad*, Impresso en Salamanca por Andrea de Portonariis, Impressor de Su Magestad. Año MDLV [ed. facsímil, Madrid 1985]).

todos. La consolidación del tribunal de la corte, y seguidamente de la sala de alcaldes del rey, propició que esta fuese conociendo privativamente de las causas de los oficiales. Esta tendencia quedará ratificada en el reinado de Juan II, en el que se conjuga el respeto a la jurisdicción ordinaria en el enjuiciamiento de las causas de los oficiales con el compromiso real de no someterles a “jueces apartados”, como se dijo en las Cortes de Zamora de 1472 y contienen las ordenanzas reales de Castilla, al tiempo que se era restrictivo en la aplicación del principio de “caso de corte”, aplicándolo sólo a los casos previstos en las *Leyes del Reino*. Esto es, los pleitos de los miembros del Consejo, del chanciller mayor, del mayordomo mayor, oidores, alcaldes y notarios de la casa, corte y chancillería y del rastro y oficiales que tuviesen ración en la casa y corte, tanto fuesen demandantes como demandados. La tendencia al fortalecimiento de una jurisdicción especial continuó en tiempo de la regencia de Fernando “el Católico”. Sendos capítulos de los generales celebrados en 1505 y 1507, ordenaban taxativamente que los pleitos de los oficiales en servicio no podían ser juzgados fuera de aquellos tribunales donde servían¹⁰⁷.

Es importante retener, para todo cuanto se dirá desde este momento, que tal estado de cosas jurisdiccional de matriz castellana será el molde sobre el que vaciará la introducción de la etiqueta borgoñona a partir de 1548. Como es fácil deducir, ello era campo abonado para el roce jurisdiccional, al superponerse un uso nuevo sobre una práctica más que centenaria. Situación que se extenderá a lo largo de más de un siglo.

En 1548, con la imposición de la casa de Borgoña al príncipe Felipe, la Junta del Bureo comenzó a tomar relevancia y protagonismo en la jurisdicción de la casa al margen y por encima de la ejercida por juzgados específicos de ciertas áreas del servicio doméstico regio. El hecho de mantener ambas casas (la de Castilla y la de Borgoña) para el servicio regio, unido a la posición predominante que mantuvieron las elites castellanas (“partido castellano”) durante la mayor parte del reinado de Felipe II, permitió que los alcaldes de casa y corte mantuvieran su predominio en la jurisdicción de los servidores reales. No obstante, al final del reinado, se observa una disminución paulatina del ejercicio jurisdiccional de los alcaldes respecto a los criados del rey, sometido además al criterio del mayordomo mayor (si bien, significativamente, mediante la autoridad del presidente del Consejo Real) y un fortalecimiento constante del conocimiento del Bureo, hasta su total consolidación en los reinados de Felipe III y Felipe IV.

¹⁰⁷ E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, pp. 50-52.

Todas las fuentes elaboradas desde la década de 1560 que hemos consultado, atribuyen a esta junta una importante carga competencial, desde la *Relación de la forma de servir que se tenía en la casa del emperador don Carlos...*, elaborada por Juan Sigoney¹⁰⁸, si bien la aplicación jurisdiccional por parte del comité de origen borgoñón fue en el reinado de Felipe II bastante menor de lo proclamado por los panegiristas del organismo en el siglo XVII, generalmente ministros del propio Bureo celosos de proteger sus atribuciones. En principio, cabe decir que, pese al cambio iniciado ya con la llegada del emperador y culminado en 1548, la disposición de un recurso jurisdiccional tan importante como el representado por los alcaldes de casa y corte fue atractivo para cualquier persona real, al margen de su procedencia o de cómo tuviesen organizada su casa. El auxilio jurisdiccional que los alcaldes prestaban a las diferentes casas reales, para su sostenimiento en el entorno —que se distingue de su actuación judicial sobre miembros de la casa— era complejo y sofisticado, como muestra el caso de las propias reinas.

Paralelamente a la organización institucional de la Monarquía, que llevó a cabo Felipe II, aparecieron diferentes criados reales bajo el campo jurisdiccional de los alcaldes de casa y corte. Desde la década de 1570 se advierte la importancia que los alcaldes estaban adquiriendo en sus atribuciones jurisdiccionales sobre los miembros de la casa y el consiguiente disgusto que este proceso acarrea a la nobleza. No obstante, también se percibió tanto el deseo regio de proteger el fuero del servicio borgoñón como la identificación del monarca con la inquietud del mencionado grupo social. No pasaron muchos meses antes de que el “Rey Prudente” formulara la obligación del teniente de capitán de su guarda española de auxiliar a la justicia en cualquier lugar de la corte y ejercerla exclusivamente en palacio, en lo que suponía una aceleración del retroceso iniciado en su campo de actuación por los alcaldes en 1548¹⁰⁹. Pero sólo aparentemente, pues resulta evidente que con esta medida la jurisdicción especial borgoñona adquiriría un sentido auxiliar de la ordinaria, al menos en el ámbito cortesano. Poco tiempo después de este acuerdo, tuvieron lugar otros episodios que demostraban la inclusión de miembros de las casas reales bajo la jurisdicción de los alcaldes de casa y corte. Existen numerosos ejemplos que permiten reducir a su justa medida

¹⁰⁸ “Relación de la forma de servir que se tenía en la Casa del Emperador don Carlos...”, *op. cit.*, pp. 186-187.

¹⁰⁹ AGP, SH, caja 168: “Lo que el lugar teniente de capitán de la guarda española a pie de Su Majestad es obligado a hacer es lo siguiente”, instrucción de Felipe II, fechada el 19 de diciembre de 1577.

el impacto causado por la aparición del Bureo en la actuación jurisdiccional de los alcaldes sobre miembros de la casa real. Ante todo ello, cabe concluir que no menguaron su jurisdicción durante el reinado de Felipe II. Igualmente, cabe dudar tanto de la intervención del Bureo cuando los acusados no pertenecían a la casa real como de su entendimiento en causas de proveedores, por lo menos a lo largo del siglo XVI¹¹⁰. Incluso en 1601, el *Pregón general para la gobernación desta corte* atribuía a los alcaldes de casa y corte la punición del juego en el interior de palacio y sus alrededores¹¹¹. Ello coincidía con el ataque de las élites castellanas contra el servicio borgoñón, objeto de denuncia por cronistas y arbitristas, y su defensa de la casa de Castilla. Ahora bien, durante el reinado de Felipe IV, una vez que se había decantado por la casa de Borgoña, la potestad del Bureo fue distinta —con fundamento en esta decisión real— y mostró una tendencia a la imposición jurisdiccional manifiesta en la referida relación de precedentes y otros documentos coetáneos¹¹²; que, en cualquier caso, denunciaban la virulencia de una pugna transformadora de lo establecido, en la que —como se percibe en los capítulos que en esta misma obra se les dedican— los alcaldes de casa y corte y el Consejo Real (con quien entonces formaban un cuerpo), supieron defender su espacio jurisdiccional.

De forma simultánea a este acoplamiento jurisdiccional entre los alcaldes de casa y corte y el Bureo, se consumaba también una relación entre los primeros y el mayordomo mayor, si bien, en este caso, la jurisdicción —reflejada en la solución de diferentes casos— siempre cayó del lado del mayordomo. Así lo proclamaba Gil González Dávila en su *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid*, si bien, no señalaba que el préstamo jurisdiccional no emanaba de forma directa del oficial doméstico, sino que la actuación de los alcaldes, que estaban bajo sus órdenes, debía ser autorizada por el presidente del Consejo Real; es decir, los alcaldes obedecían al mayordomo mayor en tanto en cuanto estaban obedeciendo una orden del presidente del Consejo. Es preciso señalar que esto se mantuvo incluso en momentos de tanta reivindicación jurisdiccional del mayordomo mayor y el Bureo como fue el reinado de Felipe IV, hecho cuya transcendencia no puede ser

¹¹⁰ Ello se aprecia por ejemplo mediante consulta del Consejo Real de 14 de julio de 1650 sobre la forma de solventar un conflicto competencial con el Bureo (AHN, Consejos, leg. 7124, núm. 4).

¹¹¹ “Otro sí manda que ningunas personas se junten a jugar en palacio ni alrededor dél so pena de cien azotes y de dos años de destierro” (AHN, Consejos, sala de alcaldes, libros de gobierno, lib. 1199).

¹¹² BNE, Ms. 7011, “Etiquetas de palacio, estilo y gobierno de la casa real”.

ignorada. La arbitraria imposición de la casa de Borgoña no tenía enemigo en las élites castellanas, pero sí en un ordenamiento que amparaba la primacía secular de Consejo y alcaldes, como ejecutores de una jurisdicción convertida en común y original en virtud de la permanencia regia en Castilla.

A su vez es significativo, para ilustrar el contexto en el que tenían lugar estos periódicos roces jurisdiccionales, el hecho de que, al ser necesario detener a un miembro de la guarda, los alcaldes de casa y corte retenían el conocimiento sobre él. No existía por su parte una conciencia declinatoria fundada en un ordenamiento claro que obligase a ello, sino que era sólo su actuación de oficio o el recurso del reo al Bureo o al mayordomo mayor la que desembocaba en la inhibición de los alcaldes¹¹³. Incluso a partir de ese momento se advertía la mediatización jurisdiccional sufrida en tales ocasiones por el Bureo, puesto que su decisión se fundaba en la relación ofrecida ante la junta por el escribano de provincia o de la villa ante quien se hubiese instruido la causa, y su sentido era orientado —en sentido favorable o contrario— por el “parecer” del asesor.

Si se juzgara por la frialdad de la documentación, los roces entre la jurisdicción común y el Bureo tendrían un significado relativo, pero eran vividos por sus protagonistas con gran pasión, como correspondía a un espacio como el cortesano en el que la precedencia transcendía lo aparente o formal, y entrañaba la posición en todo un universo político y administrativo. Ello se advirtió, por ejemplo, el 15 de marzo de 1626, cuando Felipe IV ordenó que el Bureo conociese de la causa de un soldado de la guarda que estaba preso en la cárcel de corte, a raíz de cierto encuentro con el alcalde don Miguel de Cárdenas, con intervención del asesor. De forma inmediata se celebró Bureo (hecho que invita a pensar en la espontaneidad de las convocatorias del comité por entonces, o por lo menos la posibilidad de la convocatoria eventual de la junta), en el que se ordenó al grefier, Carlos Sigoney, sacar al reo de la cárcel y entregarlo a su alférez. Como consecuencia de este acuerdo, el soldado fue trasladado a la cárcel de villa hasta que feneciese su causa, por varios soldados que “lo llevaron con mucha alegría de verse fuera de los alcaldes, por las calles más públicas de Madrid”¹¹⁴. No obstante, que la situación jurisdiccional estaba muy lejos de poseer una clara

¹¹³ *Práctica del Consejo Real en el despacho de los negocios consultivos, instructivos y contenciosos... y fórmulas de las cédulas, provisiones y certificaciones*, vol. I, Madrid 1796, p. 350.

¹¹⁴ Dada la condición militar de los miembros de la guarda, tan significativa demostración fue indagada por don Diego de Ibarra, del Consejo de Estado y Guerra, al efecto de averiguar si constituyó motín (G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la Corte de España desde el año 1600 en adelante*, Madrid 1991, p. 233).

definición lo demuestra el decreto de Felipe IV de 8 de diciembre de 1628, referido por Silvestre, que autorizaba a los alcaldes a visitar de noche las oficinas de palacio y prender a los delincuentes que hallaren ¹¹⁵.

Tales roces, antes que una tensión aparente, eran una expresión formal de precedencia en el ámbito doméstico y cortesano, y por eso mismo eran capaces de alterar el ritmo habitual de actividad del Bureo, e imponer una reunión urgente, en defensa de la jurisdicción que se creía amenazada. Ello, incluso cuando la primacía y la consecuente consolidación institucional del Bureo estaba en plena maduración, como sucedió en 1631 a consecuencia del aprehensión de Pedro Pérez, que motivó que el conde de Villamor, como semanero, defendiese ante el conde de los Arcos la inmediata celebración de una junta. Este expuso inmediatamente ante el grefier Carlos Sigoney los pasos realizados ante la detención, que implicaban la debilidad de la posición del Bureo por entonces. Convocó al corregidor y, como resultado, el reo le fue dado en fiado, al tiempo que escribía al respecto al presidente del Consejo. Pero su recurso ante la cúspide de la jurisdicción común pareció ser contraproducente, dado que, al poco, Pérez volvió a ser prendido. En el desarrollo perjudicial del caso para el Bureo influyó, sin duda, la escasa agilidad que mostraba entonces para encauzar las decisiones que protegieran su jurisdicción, patente en la dificultad de convocatoria de reuniones extraordinarias. En ello influyó la renqueante salud del conde de Arcos, quien también hubo de recibir la sugerencia de convocar una por parte del conde de Castro. Ello le condujo a enviar al grefier toda la información relativa al caso, “por si esos ss[ñor]es se conciertan a tenerle esta tarde” ¹¹⁶. Se deduce de lo dicho el largo camino que aguardaba al Bureo hasta su imposición jurisdiccional, siempre fatigosa y discutida pese a articularse la organización doméstica en torno a la casa de Borgoña.

1.2. *LA DIFÍCIL IMPOSICIÓN JURISDICCIONAL DEL BUREO Y LA APROBACIÓN DE LAS ETIQUETAS DE 1651*

Otro de los espacios de fricción favorecidos por la consolidación del Bureo fue el producido en el campo del aposento cortesano, en el que la potestad del comité del ramo, la Junta de aposento, fue declinante en lo referido a miembros

¹¹⁵ Lic. d. M. S. MARTÍNEZ: *Librería de jueces, utilísima y universal para todos los que desean imponerse en la jurisprudencia práctica, Derecho Real de España y Reales Resoluciones más modernas de rigurosa observancia.*, Madrid 1772, vol. VI, p. 68.

¹¹⁶ El conde de los Arcos a Carlos Sigoney, grefier, 28 de marzo de 1631.

de las casas reales. En este campo, la competencia del Bureo se extendía a la propuesta de asignación de la casa de aposento, e incluso su beneficio por los herederos del criado en caso de fallecer, sin que la junta pudiese a priori intervenir. Aunque podían darse circunstancias que animasen a esta a hacerlo, antesala del roce jurisdiccional. En 1637, a consecuencia de consulta del Bureo, Felipe IV había hecho merced a doña Estefanía de Cabrera, viuda de don Gerónimo de Arando (quien había sido ujier de saleta de la reina), de la casa de aposento de su marido. Conocido por la Junta de aposentadores que con posterioridad a esta decisión la viuda había heredado una casa, quería quitarle la de aposento, en lo que influyó la escasez de alojamiento en la corte, pero el Bureo defendió ardientemente su decisión, sin contemplar las nuevas circunstancias¹¹⁷. Así pues, también en este campo se advirtió una preferencia forzada del Bureo, sobre una realidad más amplia de sustrato administrativo castellano. Sin embargo, en ocasiones eran los propios servidores reales quienes preferían percibir en metálico el valor equivalente a la casa de aposento que les era asignada, como sucedió, por ejemplo, en el caso del duque de Nájera, mayordomo mayor de la reina y de la infanta, en 1647¹¹⁸.

Pero en su propósito de consolidación orgánica el Bureo luchaba contra un doble obstáculo. En primer lugar, la evidencia de que la casa no era un ente que orbitaba en el vacío, sino integrado en una organización política extensa y rica como era la corte; en segundo lugar, la existencia bajo la pretendida imposición de la casa de Borgoña de una realidad antecedente, de un sustrato real y material castellano que debía manejarse con extraordinaria cautela si quería conjurarse la posibilidad de rechazo del implante. Ambas limitaciones se apreciaron en 1638,

¹¹⁷ AGP, AG, leg. 434, consulta del Bureo al rey de 9 de octubre de 1637: “A parecido representarlo en el Bureo para que se sirua de mandar que no se haga novedad en esto pues no es razón bastante la que dan los aposentadores para embaraçar una merced que ya Uvestra Magestad tenía hecha”.

¹¹⁸ “Señor. A nveue de diçienbre de 1646 se siruió Vuestra magestad de honrrarme con el ofiçio de mayordomo mayor de la Reyna Nuestra Señora y de la Infante Nuestra Señora reconociendo esta d[ic]ha sólo e tratado de acercarme a merecerla, acudiendo a lo posible en el estilo, gouierno y buena dispuición de haçienda en que no pararé. Aora llega el caso de suplicar a Uvestra Magestad se sirua de mandar que la casa de aposento que me tiene echa m[e]r[ce]d y estoy goçando por gentil hombre [sic] de su cámara que bacó por muerte del conde de Palma se me ygualé con lo que a daod siempre a los mayordomos mayores que sin acrecentar nada con esto consigo la d[ic]ha y la honrra de que conste siempre ser gentil-hombre de la cámara de Vuestra Magestad y mayordomo mayor de la casa e su hija sobre que mandará Vuestra Magestad lo que más tviere por de su seruicio. Madrid a 25 de junio de 1647”. El rey accedió.

año en que se remitía al Bureo un memorial de Juan de la Escalera, aposentador más antiguo¹¹⁹, sobre si debían ser aposentados los criados de las casas reales supernumerarios y beneficiarios de futuras sucesiones. Más que su contenido, lo que no aceptó el Bureo fue el hecho de que el aposentador recurriera directamente al rey sin pasar por él, en contravención de capítulo de visita y de la novedosa supeditación de las áreas castellanas del servicio a la casa de Borgoña, cuyo conocimiento por parte del peticionario no estaba claro, dado que tal sujeción no era orgánica (casa de Castilla o casa de Borgoña), sino funcional (aposentadores de camino o de asiento), en una rama del servicio caracterizada por la superposición y confusión de las ramas originales. Ello se apreció con claridad en su respuesta, en la que abogaron por no aposentar a los criados reales supernumerarios y beneficiarios de futuras sucesiones, si no era por decretos del propio rey. Pero, curiosamente, en ella el propio objeto de la consulta aparecía claramente subordinado a la reclamación de recordar a los aposentadores su sujeción al Bureo, y contenía todo un dicterio contra la Junta de aposento, comprensible sólo, precisamente, por escapar esta del campo de acción del Bureo¹²⁰.

¹¹⁹ Ejercía desde 1604. Relación biográfica en I. EZQUERRA REVILLA y E. JIMÉNEZ PABLO: “Lista alfabética de los servidores de la casa de Felipe III”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, *op. cit.*, vol. II, pp. 17-707, p. 217.

¹²⁰ La respuesta del Bureo a 29 de enero fue que “ha extrañado el Bureo que un criado inferior y singular remita a Vuestra Majestad inmediatamente a manera de consulta sus papeles no siendo memoriales, particularmente siendo como es contra las constituciones que por resulta de una visita se acordaron, en que se prohíbe que ningún aposentador de esta junta pueda hacer consulta a Vuestra Majestad pena de privación de oficio. Y porque los aposentadores de asiento y de camino están debajo de la jurisdicción del Bureo, deben acudir a él en las cosas de duda o de dificultad... Y no es de fuera de propósito quede Vuestra Majestad advertido de las decencias y atenciones con que este grado de gente ha de acudir a Vuestra Majestad para no atribuirse soberanía que de un día en otro a entendido el Bureo a ganado... y porque no considerando que la calidad de su oficio en los gajes es correspondiente a la de un jefe tienen por aumento de ellos cuatro mil reales de casa y alguno más sin las propinas, colaciones y luminarias que se han introducido como los Consejos superiores de Vuestra Majestad lo cual sacan de las vacantes de las incómodas particiones sin saberlo Vuestra Majestad sin tener noticia el Bureo, sin paga de *media anata* ni nota en la secretaria de mercedes. Su mayor parte tiene casas propias y de aposento contra las ordenanzas de esta junta. Del absoluto repartimiento de las casas de aposento que hace esta junta resulta muchos pleitos, porque parecen a un mismo tiempo la viuda o herederos de un criado que muere, con decreto de Vuestra Majestad para la casa, y otro criado con señalamiento de esta junta y se traba entre los dos un pleito largo y costoso, todo porque el remedio y prevención de estos inconvenientes no los atiende el Bureo, juzgándose ellos por ministros aparte y no por criados de casa” (AGP, AG, leg. 624).

El del aposento sería otro de los ramos más resistente al Bureo, en su intento de asimilación de ámbitos de la casa originalmente ajenos a la tradición borgoñona¹²¹. En tiempo de Felipe III, se había tratado de alterar una vieja estructura fracturada por motivos como la constante movilidad regia o la referida confusión en su organización interna, lastrada por la incompleta y perfectible superposición de las tradiciones castellana y borgoñona; hecho que motivó diferencias entre el aposentador mayor –oficio castellano– y los aposentadores frente al mayordomo mayor, que había adoptado una fisonomía netamente borgoñona en perjuicio de su homólogo castellano. Aunque hubo intentos de superación de estas dificultades mediante la definición de categorías que, sin ser nuevas, atribuían a los aposentadores una función (del libro, de casa y corte, de camino), antes que por una dependencia orgánica que tendía a desaparecer. A su vez, y como no podía ser de otra manera, el aposento fue ámbito para que los validos reales –Lerma y Olivares– hicieran valer su capacidad mediadora.

La visita de Diego de Corral y Arellano, a partir de 1618¹²², y las ordenanzas resultantes de la misma ya en el reinado de Felipe IV, hacían suponer que la gestión del aposento sería en adelante más rigurosa y propicia para la estabilidad cortesana. Pero pronto la situación volvió al estado anterior, por estar integrado el aposento en un sistema político-administrativo más amplio en el que, precisamente, la posición y la autoridad se manifestaban favoreciendo excepciones a la regla general. Es cierto, no obstante, que las funciones y responsabilidades propias del aposentador de palacio, el *marichal de logis*, de origen borgoñón, manifestaban con toda claridad que el alojamiento cortesano de sus servidores era considerado por el rey una cuestión netamente doméstica, y sobre el mencionado fundamento de la voluntad unificadora del mayordomo mayor, se comprende que su voluntad expansiva de control se extendiese al ramo del aposento. Se dio, pues, un complejo desarrollo en el que el aposentador mayor materializaba la expansión de la cámara real en lo relativo a las personas, y el de palacio en cuanto a la organización del espacio resultante de ella.

Al margen de la distinción entre las casas de Castilla y Borgoña, surgía una nueva división interna. Bajo una continuidad esencial, existía un espacio más reservado, a cargo del aposentador de palacio y un espacio de mayor apertura, de mayor visibilidad pública, “de corte” estante o ambulante bajo competencia del aposentador mayor, división a la que resulta difícil aplicar, no obstante, la

¹²¹ Ver el capítulo de F. MARÍN PERELLÓN en esta misma obra.

¹²² F. NEGREDO DEL CERRO: “Servir al rey en Madrid: la actuación de D. Diego de Corral en el aposento de corte”, *Madrid: revista de arte, geografía e historia* 5 (2002) pp. 69-89.

dicotomía Castilla-Borgoña, especialmente porque, junto con el abastecimiento, era el ámbito de las casas reales que con más claridad interactuaba con el entorno castellano. Creemos evidente que, a mayor superficialidad de estrato espacial en las casas reales, menos exigente se podía ser en la imposición de una esencia borgoñona en un medio totalmente extraño, cuando no hostil. El aparejo vernáculo era esencial para asegurar la propia subsistencia de las casas —no sólo en el terreno del aposento—, ello entraba radicalmente en contradicción con la propia reorganización que se pretendía de matriz borgoñona y, en suma, fue permanente fuente de conflicto, provisionalmente solventado a cada instrumento reglamentario de mayor o menor rango que se daba a las casas reales. Las referidas categorías ya fueron insinuadas por Covarrubias en su famoso *Tesoro de la lengua castellana*, y, aunque no eran radicalmente novedosas, se consolidaron en tiempo de Felipe III, fundando en adelante la estructura de las obras consagradas al ramo del aposento y la propia configuración interna de las etiquetas reales. Tales categorías, surgidas con anterioridad pero consolidadas entre los reinados de Felipe III y Felipe IV (aposentadores del libro, aposentadores de camino), se nutrieron de las partes ya existentes en que se organizaba el aposento, casa de Castilla y casa de Borgoña. Desde entonces la historia del aposento fue sobre todo la de la adaptación de la antigua a la nueva situación, manifestada en la aparición de unos meros “aposentadores de Su Majestad” de respuesta inmediata a las cambiantes necesidades del servicio real, en contraste con los aposentadores de casa y corte (denominación que terminaron por adquirir los denominados aposentadores del libro). De forma elocuente, ni Joseph Bermúdez ¹²³, a quien por su cargo de fiscal de la Junta de aposento se debe atribuir un profundo conocimiento del ramo, ni su sucesor Díez Navarro ¹²⁴, se extendieron en tales orígenes por áreas del servicio regio.

Las ordenanzas de aposento de 1621 ¹²⁵ presentaban, además, la novedad de entender los servidores de las diferentes personas reales como un conjunto único, en cuanto a la gestión de su aposento, como se advierte en su punto 28, cuyos puntos segundo, tercero y cuarto se centraban en las casas reales, caballeriza y

¹²³ J. BERMÚDEZ: *Regalía del aposentamiento de corte, su origen y progreso, leyes, ordenanzas, y reales decretos para su cobranza, y distribución*, Madrid 1738.

¹²⁴ A. DÍEZ NAVARRO: *Alegación fiscal por el derecho y regalías de la del real aposento de corte*, s.l, s.n., s.a.

¹²⁵ De las que se trató en I. EZQUERRA REVILLA: “El aposento cortesano”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III, op. cit.*, vol. I, pp. 1169-1226 y las fuentes allí citadas.

guardas, sin distinguir entre los miembros de las diferentes casas. O el punto 14, en el que trataba de ponerse coto a la extendida asignación de casas accesorias a criados de las casas reales, motivo de que permaneciesen desocupadas ¹²⁶. Esta unidad se producía sobre la disolución previa del área castellana y la borgoñona en un único servicio. A juzgar por la nómina conjunta de criados y ministros que las ordenanzas añadían en anexo, ambas categorías integraban un conjunto de evidente matriz doméstica. Su intención había sido poner coto a la confusión que reinaba en el aposento cortesano, pero tal intento estaba lastrado no sólo por evolución tan compleja –imperativo que trataba de ser paliado solicitando una obediencia ciega a la letra de las ordenanzas–, sino, precisamente, por las medidas implantadas para lograrlo. En este sentido, resultaba claramente contradictorio favorecer la expansión del Bureo como eje articulador del conjunto de la casa que tomó forma a lo largo del reinado de Felipe IV con la asignación consagrada al aposentador mayor en el punto séptimo de las ordenanzas de su competencia sobre espacios de servicio regio sobre los que hasta entonces no intervenía, caso de la caballeriza o las guardas, que venían quedando bajo el control de sus respectivas cabezas ¹²⁷. Bien es verdad que las ordenanzas habían sido un fruto muy temprano del nuevo reinado (fueron publicadas el 18 de junio de 1621), y probablemente motivos como el mencionado motivaron que fuese tomando forma la necesidad de otorgar cobertura legal al ascendiente general de mayordomo mayor y Bureo, tendencia que, como veremos, en el caso del aposento se tradujo en sus nuevas ordenanzas de 1637. A su vez, las ordenanzas integraron en un único documento jurídico una vertiente externa y otra interna del aposento cortesano, al regular a un tiempo el difícil alojamiento de criados y ministros en la corte, como el propio régimen de los criados reales encargados del aposento. Como ya se ha dicho en otro lugar, “se ofrecía armazón legal a una manifestación bien importante de la urdimbre doméstica de la corte” ¹²⁸.

De tal manera que, ante todo lo dicho, era una sorpresa relativa el hecho de que las ordenanzas de 1621 no se mostrasen como un remedio eficaz del estado del aposento cortesano. Como señaló Negredo del Cerro, las persistentes distorsiones beneficiaban el aposento del conde duque y sus criaturas y, al tiempo, la carrera del visitador Corral era ascendente, puesto que el 17 de noviembre de 1629 le era conferido título del Consejo de cámara ¹²⁹. Desde tan selecto pues–

¹²⁶ AGP, AG, leg. 877.

¹²⁷ “7. Que provea la junta las casas de las cavallerizas guardas” (AGP, AG, leg. 877).

¹²⁸ I. EZQUERRA REVILLA: “El aposento cortesano”, *op. cit.*, p. 1218.

¹²⁹ AGS, EMR, QC, leg. 11, 778-795.

to redondeó su intervención en el ramo del aposento, puesto que a partir de entonces tendría la posibilidad de participar en la propia concesión de licencias de exención de aposento tramitadas por el organismo. En el momento de su muerte, en 1632, Corral continuaba como visitador, aunque sus funciones propias de oidor del Consejo y la visita que condujo a la chancillería de Valladolid mermasen su capacidad de ocuparse del aposento. La visita conducida al mismo entre 1626 y 1632, sería la única noticia favorable de un periodo caracterizado por la inobservancia de las ordenanzas y la libertad y exención perpetua de aposento concedida en 1629 por Felipe IV a todo el que quisiera “componerse”, ante su necesidad financiera ¹³⁰. Antes del reinado de Felipe IV, la preocupación de la corona había sido embellecer y conservar el casco urbano de la villa, pero ese interés fue desplazándose paulatinamente hacia la satisfacción de las necesidades de la hacienda pública, hacia un sentido netamente recaudatorio ¹³¹. Desde este momento, sólo la supervivencia de Corral impedía una reconsideración del aposento con una nueva óptica, determinada por factores internos como la prioridad del Bureo y el uso borgoñón en el espacio palaciego, conforme al deseo de control del mismo por parte del conde duque quien, no debemos olvidarlo, era sumiller de corps. En este sentido, es importante que en 1637 el aposento real recibiese nuevas ordenanzas ¹³² y la cámara lo hiciese dos años después, pues la primacía del Bureo debía compaginarse con ese condicionante político y tener una fisonomía esencialmente funcional. Sin duda, este fue el germen de la continuidad de las tensiones que se advirtió entre el Bureo y mayordomo mayor, de un lado, y la Junta de aposento, como veremos, a partir de 1637. El divergente propósito de la reglamentación de 1621 y la de 1637 se intuye en que Bermúdez reprodujo en su obra la primera, pero omitió la segunda. Si la primera ponía en orden –o al menos trataba de hacerlo– el aposento en relación con la

¹³⁰ F. NEGREDO DEL CERRO: “Servir al rey en Madrid...”, *op. cit.*, pp. 84-85; M. MOLINA CAMPUZANO (ed.): *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Madrid 2002, pp. 155-157, donde estudia uno de los registros ordenado hacer por la Junta de aposento en esos años.

¹³¹ Como demuestra el juicio de Sánchez Santiago a finales del siglo XVIII, a esa altura la regalía de aposentamiento de corte era antes que nada un “ramo de la real hacienda” (A. SÁNCHEZ SANTIAGO: *Idea elemental de los tribunales de la corte, en su actual estado y última planta*, Madrid 1787, vol. I, pp. 10-11).

¹³² AGP, AG, leg. 939/15: “Instrucción y orden que se ha de observar de aquí en adelante en el servicio del aposento de Su Majestad”. Otra copia en Biblioteca Universitaria de Salamanca, Ms. 1.712, ff. 138r-153r. Se ocupó de ellas Y. BOTTINEAU: “Aspects de la Cour d’Espagne au XVIII^e siècle: l’étiquette de la Chambre du roi”, *Bulletin Hispanique* 74 (1972) pp. 138-157.

corte, por así decirlo en clave externa, la segunda reflejaba el interés del conde duque en controlar el acceso y tráfico en el espacio palaciego, en clave interna. Toda una prueba de la convicción del valido sobre la importancia que la vinculación con tal espacio tenía para la resistencia a sus mandatos por parte de otros oficiales y del propio Consejo Real. Así como de las dificultades que atravesó para controlarlo, puesto que, una vez aprobadas las ordenanzas de la cámara en 1639, tan sólo dispuso de 4 breves años para apreciar los efectos favorables de las decisiones tomadas.

Por sendas consultas de 18 de febrero de 1650 y 9 de enero de 1651, el marqués de Castelrodrigo, mayordomo mayor, defendió ardientemente ante el rey “la dependencia que la Junta de aposento debía tener del mayordomo mayor y del Bureo”¹³³. En su alegato, como era común, el mayordomo mayor alegaba antecedentes de tiempo de sus antecesores el marqués de Velada y el duque del Infantado que el aposentador mayor, don Juan Girón Benegas de Zúñiga¹³⁴, decía desconocer. El tono del alegato del mayordomo mayor era endeble, construyendo principios sobre indicios, en un ejercicio sobre todo voluntarista. Decía existir decreto real de marzo de 1621 –momento convulso por la muerte de Felipe III– que ordenaba la rúbrica de las consultas de la Junta de aposento por parte del mayordomo mayor, desatendida por el órgano colegiado, pero antes que aportar más méritos a este punto concreto, aludía a que cuando hubo que solicitar donativo a la junta, se hizo a través del mayordomo mayor. La afirmación no casaba, como hemos visto, con el contexto de redacción de las ordenanzas de aposento de 1621. Más a favor de sus intereses estaba el hecho de que, ante el traslado de la corte a Valladolid en 1601, la Junta de aposento fue celebrada en casa del marqués de Velada, mayordomo mayor, hecho que se debía a la responsabilidad de una figura de procedencia borgoñona, los aposentadores de camino, en tales circunstancias. Carente de fundamento reglamentario, lo que terminó haciendo necesaria la redacción de las etiquetas en 1651, el mayordomo mayor argumentaba en esas circunstancias la preeminencia del Bureo por una vía fáctica, la inducida por el acoplamiento desigual de dos tradiciones a partir de una de ellas, por lo demás exógena. Refería el envío y determinación de memoriales de los aposentadores

¹³³ AHN, Nobleza, Osuna, CT. 15, D. 3, “Copia de una consulta del marqués de Castelrodrigo sacada de un libro intitulado consultas originales del marq[ue]s de Castelrodrigo mayordomo mayor de Su Mag[esta]d sobre la dependencia que la Junta de aposento deue tener del mayordomo mayor y del Burreo [sic]”, 9 de enero de 1651. Varias copias de la misma consulta y creemos que el original se encuentran en AGP, AG, leg. 849.

¹³⁴ Su título como aposentador mayor fue firmado por Felipe IV en San Lorenzo a 14 de octubre de 1638 (J. BERMÚDEZ: *Regalía del aposentamiento de corte...*, op. cit., p. 111).

de los libros por parte del Bureo –incluso de pretendientes del oficio castellano de aposentador mayor– pero lo relevante era, como completaba el propio mayordomo mayor, el hecho de que tales consultas habían sido remitidas por el propio rey, fuente incontestable de estilo administrativo, y no directamente por la Junta de aposento. El hecho es que la referida implementación en el ramo del aposento, fuente de contradicciones y disfunciones, no había derogado usos de matriz castellana revitalizados con las ordenanzas de 1621. Se mostraba Castelrodrigo quejoso de la expedición de títulos de aposentador de la casa de Castilla a través del Consejo de cámara, pero era esta costumbre sostenida contra la que no podía más que expresar incomodo, antes que revocarla. No se puede olvidar que, por pura coherencia, la integración del ámbito doméstico –por muy dominado que estuviese por la realidad borgoñona– en el espacio castellano requería de instrumentos domésticos castellanos. Hasta tal punto que es legítimo plantearse hasta qué punto era efectiva la pretendida imposición del uso borgoñón en esos canales de integración¹³⁵. En este sentido, las ordenanzas para el aposento del rey de 1636–1637 contenían una complementariedad unitaria entre las figuras de camarero mayor y sumiller de corps, depositada por lo tanto en la persona del propio conde duque, quien gozaba por entonces de ambos oficios, ante a dificultad de prescindir del imperativo representado por el contexto castellano¹³⁶.

A la altura de 1651, Castelrodrigo careció de recursos intelectuales para hacer valer la preeminencia de la casa de Borgoña y, bien al contrario, cada argumento era perjudicial para sus propios intereses. Daba por sentado que en las ordenanzas del aposento de 1621 no se hablaba de la subordinación de la junta al mayordomo mayor, lo atribuía a que era un reglamento de régimen interno y autorizaba esta opinión, con nula perspicacia, con el argumento de que tampoco en el caso de las ordenanzas de la caballeriza y las guardas se aludía a esta subordinación¹³⁷. Cada

¹³⁵ “La Junta [de aposento] se ha ydo eximiendo desto cada día y más por hacerlo de q[ua]l qualquiera [*sic*] memoria que oliesse a subordinación aún en el nombre en el lugar de los apsoentadores de la cassa de Borgoña de que aún en tiempo de U[vestra] Mag[esta]d hauido onçe, ha ydo introduciendo otros con títulos sacados por la cámara y Hernando de Uiuro que es el que oy uiue de aquellos le han situado los gajes fuera de los libros de la cassa para que no tubiese esa dependencia de ella” (AHN, Nobleza, Osuna, CT. 15, D. 3).

¹³⁶ Al respecto, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Corte y casas reales en la Monarquía hispana: la imposición de la casa de Borgoña”, *Obradoiro de Historia Moderna* 20 (2011) pp. 13–42, esp. pp. 34–39.

¹³⁷ “El no hauerse hablado en las ordenanças desta subordinación que es el mayor apoio de la Junta (de aposento) pudo proceder de dos caussas. La primera y principal que las ordenanças se formaron para la de la Junta adentro donde no hauía para qué tratar de la

intento argumental de aproximación a la primacía el Bureo parecía representar un paso atrás, puesto que, como se aprecia, ofendía la inteligencia del lector. Al justificar las razones de la falta de subordinación del mayordomo mayor por parte de la Junta de aposento, Castelrodrigo no hacía más que subrayar tal falta. Concluía, elocuentemente, defendiendo por creíble y conveniente la certificación del mayordomo mayor para repartir las casas de su ramo, como los respectivos jefes la tenían en caballeriza, caza, capilla y guardas, como se observa, en su mayoría dependencias de origen castellano. De esta argumentación se deducía que, en este terreno, la sumisión del mayordomo mayor a la Junta de aposento era completa, y a esta no le dolían prendas a la hora de dejar testimonio de ello, aunque sólo fuera mediante el estricto cumplimiento de sus funciones, recogidas en las ordenanzas, sin ofrecer margen al propio rey para que ejerciera su derecho al libre ejercicio directo de su voluntad en materia de aposento¹³⁸. La situación, salvando las distancias, no era muy distinta a la que en tiempos de Felipe III había llevado al intento de trasladar al seno del servicio real la preeminencia del ramo castellano, por el hecho consumado de que los territorios cuya posesión patrimonial habían vehiculado la imposición del estilo borgoñón, ya no pertenecían a la Monarquía¹³⁹; en la

superintendencia del may[ordo]mo mayor que era punto de ella fuera, de que no se podría dudar pues estaua en los estilos de la cassa y dícido de tan pocos días antes por el decreto referido que es lo mismo que çuce de en las ordenanças de las guardas y en las de otros oficios de palacio los quales se trata sólomente de que en ellos se ha de obrar sin haçer mençion de la subodinaçion que tienen al may[ordo]mo mayor y al Bureo y sin embargo la contrabiertte antes todos la reconoçen, recurren a ella y la obedecen sin dificultad ni apelacion” (AHN, Nobleza, Osuna, CT. 15, D. 3).

¹³⁸ “Si esto no se tubiesse por asentado, cómo es creyble ni puede ser conbiniente q[ue] el may[ordo]mo m[ay]or en esta parte quedasse de peor condiçion que todos los otros jefes, pues las cassas de aposento que tocan al gremio del cauallero m[ay]or, al de la capilla, caza y guardias no se probeen sin zertificacion de los jefes y los del gremio propio del may[ordo]mo mayor que en particular comprende mayor número de ofiçios y criados y en g[ener]al a todos los de la cassa y como tal tiene mayores preminençias, se probeen oy atropelladaqmente sin auiso algu[n]o suyo, sólomente a la dispoziçion de la junta que suele andar tan diligente en ello que con tener por por las ordenanças diez días de término para probeerlas lo hace en la primera junta, aunque apenas ayan acauado de espirar los poseedores, y todo naçe de la ançia [sic] con que están de ¿desauedir? de sí la subordinacion que debiera tener y también de no dar lugar a que Uvestra Magestad haga de por sí las prouisiones como algunas beces puede zuzeder que sea conuiniente al seruicio de Uvestra Magestad por respecttos particulares” (AHN, Nobleza, Osuna, CT. 15, D. 3).

¹³⁹ Véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Corte y casas reales en la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, esp. pp. 23-24.

línea argumental que llevara a Juan Rodríguez de Salamanca, aposentador de la casa de Castilla, a defender la precedencia de su ramo sobre el de Borgoña —según fue ya tratado en su lugar¹⁴⁰—. Sus razonamientos constituían toda una declaración implícita de la gran contradicción existente entre el rango convencionalmente conferido a la casa de Borgoña y la debilidad de su fundamento, en un espacio regido previamente por una lógica doméstica estrictamente castellana¹⁴¹. Como entonces, la preeminencia de la casa de Borgoña pretendía ser adquirida por derecho, en desprecio de la situación preexistente, pero ahora se articuló, por fin, un instrumento jurídico efectivo para articularla.

Conforme con esa intención, las etiquetas de 1651 tuvieron desde un principio un tono taxativo, y se iniciaban dejando bien sentada la “superioridad”, literalmente, de mayordomo mayor y Bureo, especialmente en relación con el resto de dependencias del servicio de Felipe IV. Así, al establecerse en primer lugar el régimen de celebración de las reuniones, se estipulaba que en la de los lunes se revisarían las cuentas de casa, cámara y caballeriza. Los viernes se celebraría otra reunión, dedicada a cuestiones de orden gubernativo y jurisdiccional, y serían además celebradas las reuniones adicionales del Bureo que se estimasen oportunas. De forma elocuente, como medida apenas oculta de control, a estas reuniones asistirían los maestros de la cámara¹⁴². Si el conjunto de la casa y áreas domésticas quedaban sujetos en virtud de esta reglamentación al Bureo, este permanecería bajo el control del mayordomo mayor, quien recibía

¹⁴⁰ I. EZQUERRA REVILLA: “El aposento cortesano”, *op. cit.*, pp. 1189-1190.

¹⁴¹ Rodríguez de Salamanca defendió que los aposentadores de la casa de Borgoña carecían de fundamento en preceder en antigüedad a los de Castilla, “pues el rey nuestro señor es legítimo rey della debajo cuya corona están los demás reynos agregados y no es rey de Borgoña ni tiene de allí más que la ascendencia del rey don Phelipe el primero que cassó con la reyna doña Juana en cuya ocasión se crió la cassa de Borgoña capitulándose no avía de durar más q[ue] hasta la quinta generación” (AGP, AG, leg. 340, al mayordomo mayor, sin fecha). Para el aposentador de Castilla, la pretensión era incompatible con la evidencia de que los aposentadores de Borgoña se limitaban a jurar en manos del mayordomo mayor, y con certificación les eran pagados sus gajes, mientras que los de Castilla recibían título firmado por el propio rey.

¹⁴² AHN, Consejos, lib. 1189, ff. 1r-298r: *Etiquetas generales que han de obserbar los criados de la casa de Su Mag[esta]d en el uso y exercicio de sus oficios*, transcritas en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 835-999, pp. 836-837. Se continuaba estipulando otros puntos adicionales de orden material: “El Bureo se hace en su quartto (del mayordomo mayor), y en él se asienta en una silla de brazos a la cabecera de la mesa, y los mayordomos en siñña de la mesma manera, y los maestros de la cámara, contralor y grefier en un banco raso cubierto a los pies de la mesa”.

todos los memoriales elevados al rey sobre pretensiones y negocios de la casa, aunque fuera por satisfacción de servicios realizados fuera de ella. A su vez, consultaría con el rey todas las cosas de gracia. El mayordomo mayor transfería una parte importante de su tarea al Bureo, por medio del greffier, pero le quedaba reservada la relación con el rey para comunicarle las resoluciones adoptadas en la junta ¹⁴³. Su relevante posición quedaba ratificada mediante el juramento en sus manos del caballero mayor y el sumiller de corps, así como los jefes de la casa del príncipe. Ahora bien, como testimonio de la especificidad y autonomía que en el panorama doméstico conservaba la cámara, el juramento del sumiller de corps en sus manos sólo se consumaría en caso de estar vacante el cargo de camarero mayor. Sin duda, la sujeción de la cámara había contado con poderoso obstáculo en el desempeño por el Conde Duque de la plaza de sumiller de corps y con su caída, las etiquetas podían abordar este punto, si bien la cámara conservaba por sí misma su importancia como ámbito exclusivo del rey. Este juramento se extendía, asimismo, a mayordomos, capitanes de las guardas y los criados de su obediencia.

Esencial para comprender la beligerancia jurisdiccional mostrada por el Bureo a partir de la confección de estas etiquetas resulta el hecho de que en ellas se contenía, con precisión, novedad y concisión, el ámbito jurisdiccional en el que debía actuar:

En el Bureo se puede conocer de todas las diferencias, pleytos y excesos, delitos que haya entre los criados de Su magestad, dependientes de sus oficios o cometidos dentro de el palacio por juicio sumario, y remitirlo al asesor, y todos los criados de qualquier género que sean puedan apelar al Bureo de las sentencias de sus gefes, y de las sentencias dadas por el Bureo no hay apelación ¹⁴⁴.

Pero, con todo lo dicho, desconcierta la precaución apuntada en la nueva reglamentación. ¿Por qué tal cuidado en la elección de los términos?; ¿Por qué “puede conocer” y “puedan apelar”, y no “debe conocer” y “deban apelar”? Parece que la compleja evolución señalada determinaba una definición conflictiva del propio espacio jurisdiccional que llevaba, de forma más o menos consciente,

¹⁴³ “Consulta sólo a Su Magd. todas las cosas de gracia, ordena el greffier los memoriales que se han de ver en Bureo y proponer los demás negocios que se ofrecen en él, y las consultas que allí se resuelven se escriben y señalan, y zerradas las entrega el greffier al mayordomo maior para que las remita a Su Magd., y en su ausencia al más antiguo. Todos los decretos de Su Magestad y consultas respondidas se sobre escriben para el Maiordomo maior, el qual las abre y lleba al Bureo las que se han de ver en él y las entriega al greffier para que haga relación de ellas y las guarde” [J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 837].

¹⁴⁴ *Ibidem*.

a la precaución. Una vez más, el Bureo y el modo de servicio borgoñón no podían ignorar el contexto, inmediatamente manifestado en las propias etiquetas en el necesario recurso a los alcaldes y alguaciles de casa y corte, a la hora de decidir la detención de alguien, criado o no, y dentro o fuera de palacio. No obstante, como ya hemos señalado, el cumplimiento de esta orden necesitaba de la intervención jurisdiccional del jefe natural del personal de casa y corte, el presidente del Consejo. A su vez, la forma de apelación de sentencias de los capitanes de las guardas presentadas en el Bureo, descritas en las etiquetas de 1651, indicaron la forma de conocer la junta de aquellos casos reclamados a la justicia ordinaria, mediante la rendición ante ella de los méritos del caso por parte del escribano, previa al sometimiento del caso al asesor. En cualquier caso, como manifestación de la referida “superioridad”, el Bureo podría avocar así cualquier proceso relativo a los guardas de estimarlo oportuno ¹⁴⁵.

Ante la impericia mostrada por el mayordomo mayor en 1651, resulta sintomático que sea entonces cuando terminan de redactarse las etiquetas, como si, hartos de una realidad tan legítima como hostil, los valedores de la casa de Borgoña hubiesen decidido optar por el ordeno y mando y crear *ex novo* un régimen de funcionamiento de las casas reales. Régimen en el que, como se aprecia, la posición de mayordomo mayor y Bureo eran cimeras. Aunque luego la altiva letra del reglamento se frunciera con el uso cotidiano, y las notorias contradicciones que contenían las etiquetas, imperativas si se tiene en cuenta la dificultad de casar dos legitimidades domésticas, a mayor abundamiento sobre la imposición de la exógena. Aún de forma involuntaria, era inevitable la aparición de tales disfunciones, responsables del ejercicio más o menos consciente de nuevos papeles por parte de los organismos afectados, en especial el Consejo Real. Tal realidad asomaba en la sujeción de los alcaldes de casa y corte al mayordomo mayor establecida en las etiquetas, “en los casos tocantes a la casa y necesarios al gobierno de ella” ¹⁴⁶,

¹⁴⁵ “El mayordomo maior y Bureo tienen y les tocan la superioridad, como está dicho, y así se tendrá entendido que si en algún caso por las particulares circunstancias que en él ocurrieren o por otras consideraciones, quisiere abocar a sí la causa en primera instancia y habiendo los capitanes comenzado o no conocen de ella, lo pueda hacer y retenerla en qualquier estado que estubiere, y mandar que se traigan los autos y que el escribano benga a hacer relación o que los entregue, y determinarla, y proveer en ella lo que pareciere, y los capitanes y demás oficiales han de obedecer las órdenes que el maiordomo maior y el Bureo embiaren, y con la determinación de el Bureo se ha de acavar la causa, aunque sea aquella la primera sentencia, sin que pueda haver apelación, súplica, ni otro recurso” [J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 838].

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 839.

como lo declaró Felipe IV en consulta de 5 de junio de 1649, sobre la disposición de las procesiones. Tal subordinación también se expresaba, en el referido ámbito, en el trato de vos que les aplicaba, según el propio rey declaró poco antes sobre tres consultas, una de 10 de enero de 1649 por mano del Consejo Real, una segunda del marqués de Castelrodrigo y una tercera de la Junta de etiquetas de 8 de julio de 1647.

Al margen de que en este caso concreto el antecedente histórico de tal sujeción se producía respecto al mayordomo mayor castellano, con lo que las etiquetas incurrieran en “fraude de ley”, la formación de esta junta hacía notorias las referidas dificultades de acoplamiento de las dos tradiciones, que desembocaron en la imposición del servicio de Borgoña y la postergación del de Castilla bendecido por las etiquetas de 1651. Evidentemente, ello distorsionaba un modelo nacido y crecido en su medio natural, y por lo tanto dotado de una coherencia interna, que podemos definir como la integración de servicio y administración regios en una plataforma doméstica, actuantes sobre un espacio continuo identificable con el propio reino: esto es, casa, Consejo, audiencia y alcaldes de casa y corte, paulatinamente madurados desde la propia recuperación del territorio del poder musulmán. Evidentemente, el uso borgoñón sólo podía aportar la realidad restringida de la casa, pero ninguna de las otras que, en el caso castellano, formaban un conjunto coherente. Ello propició que, a la hora de formar las etiquetas, la mera enunciación de ceremonias aparentemente relacionadas de forma marginal con la realidad doméstica, según el uso borgoñón, tuviesen un profundo significado desde el castellano, caso de la celebración por el Consejo de la consulta de los viernes en la antecámara real. En virtud de la nueva reglamentación, y de la desaparición virtual de la casa de Castilla que implicaban (incluido el mayordomo mayor), ese conglomerado congruente había devenido en otro híbrido constituido por casa de Borgoña, y Consejo, chancillería y alcaldes de casa y corte castellanos.

Resultado de esta evolución fue, naturalmente, la continuidad de los roces jurisdiccionales que se pretendía conjurar, más intensa si cabe por cuanto las nuevas etiquetas habían proclamado la superioridad del Bureo y el mayordomo mayor borgoñones. Pero también un hecho ciertamente curioso, responsable así mismo del empeoramiento de los conflictos. Resultado de la referida coherencia de origen castellano había sido la dotación por parte de Consejo y alcaldes de rasgos esencialmente domésticos como los señalados, que con la postergación de la casa de Castilla quedaban, paradójicamente, como vestigio del orden doméstico castellano en el nuevo conglomerado. Si se permite la peregrina imagen, como si la bobina representada por el Consejo siguiese girando en el vacío

pese a no recibir ya energía motriz de la exangüe casa de Castilla. A su vez, ello permite inferir la clara naturaleza doméstica de un organismo, el Consejo Real, cuya cabal comprensión es incompleta si se aborda exclusivamente desde la Historia del Derecho y de las Instituciones. Creemos que este hecho es el que palpita tras el aumento de funciones del asesor respecto al Bureo, como se trata en la parte final de este trabajo.

Por lo tanto, no parece que la reforma de las etiquetas alcanzase a recoger fielmente la complejidad y diversidad de origen de las diferentes casas reales, hecho que unido a la evolución de estas sobre un sustrato castellano propició situaciones que ponían en entredicho, a veces sin intención previa, la pretendida preeminencia del Bureo. En el Bureo de la reina de 14 de octubre de 1647 fue considerada una consulta del Consejo Real referida a la provisión de la caballeriza de la infanta. En primer lugar, la junta manifestó su sorpresa, puesto que, motivado el documento como siempre por cuestiones económicas, desconocía la situación, lo que atribuyó al hecho de que don Lope de Figueroa, criado del caballerizo mayor, ejerciese al tiempo oficio de veedor y contador de la caballeriza y tuviese en su casa los papeles de cuenta y razón. De manera que, además, su obligación de fiscalizar quedaba en entredicho. A continuación, defendió el modo habitual de provisión de las caballerizas reales a través del asesor, quien, una vez recibida del Bureo noticia de la cantidad necesaria para el aprovisionamiento de trigo, lo repartía entre las poblaciones que rodeaban a la corte¹⁴⁷. Este amparo del procedimiento habitual se debía a los cambios que había pretendido introducir el caballerizo mayor, que se iniciaron, como he indicado, por la elusión del Bureo en la tramitación administrativa de la materia, recurriendo al Consejo Real; cauce que, amén de producirse en pleno repunte jurisdiccional de este organismo, restauraba una racionalidad de origen en el ámbito de las casas reales que dejaba desplazado al Bureo. Ello, sin duda, pudo influir en la opinión emitida por el Bureo respecto a la tasación del aprovisionamiento manifestada

¹⁴⁷ “6. La forma que se ha guardado en la cassa de S.A. y siempre se ha estilado en la prou[isi]ón del trigo que se nezesita para esta cassa se remite al aseçor del Bureo con zertificación de lo que se ha reconozido ser nezesario por los lugares como se ha hecho este año, que es el mejor modo de prouisión para la real hazienda y para los lugares donde se ordena que se dé, y lo mismo se ha estilado en la caualleriza hasta aora que retirándose el ueedor de dar las notiçias a este Bureo que le tocan han acudido en nveua forma como consta de la consulta del Consejo en que zita la que remitió el cauallerizo mayor de estilo totalmente nuevo” (AGP, AG, leg. 434, “Bureo de la Reina Nuestra S[ue]ra. En M[adri]d a 15 de o[c]tu[br]e de 1647. Con la consulta inclusa que hizo el Conss[e]jo sobre la prouisión de la cau[alleriz]a satisfçe el B[ure]o a lo que Uvestra Magestad manda por orden de 10 de corriente y dize lo que se le ofrez[e]”).

por el caballerizo mayor, que estimaba desorbitada. Por todo ello, el Bureo recomendó al rey nombrar un nuevo veedor y contador de la caballeriza que fiscalizase de verdad el funcionamiento económico de la misma, pues quien ejercía al tiempo como secretario del caballerizo mayor difícilmente podía hacerlo. Y terminó, en actitud que a duras penas escondía su incomodo por ver invadido un terreno que creía exclusivo, reclamando la paternidad de la idea propuesta por el Consejo para terminar con el descontrol económico causado en la caballeriza por la provisión de trigo: su adquisición con dinero, sacado de los prioratos y mesas maestresales¹⁴⁸.

Prueba de las dificultades del Bureo para hacer valer la primacía atribuida es que, ya en 1641, Felipe IV excluyó de su jurisdicción aquellos delitos cometidos por las personas acogidas a fuero real relativos a la tenencia de garitos, así como la asistencia de los mismos, que fueron, a partir de entonces, conocidos por la justicia ordinaria¹⁴⁹. Las casas reales evolucionaban en una realidad mucho más amplia, cuya regulación correspondía al Consejo Real. En ese contexto, la intervención de aquél se expresaba de un modo limitador y restrictivo respecto al uso general. En el contexto bélico de la década de los cuarenta, el presidente del Consejo emitió órdenes de reclutamiento que afectaron a jefes de las casas reales, como Francisco Isidro de Colmenares, tapicero mayor de la reina, Manuel Muñoz, repostero de camas y Francisco de Gamboa, guardamangier de su casa, quienes quedaron incluidos en la orden de servir al rey con las armas dirigida a la nobleza de Madrid. Los tres adujeron ante el Bureo su servicio directo al rey, en un claro intento por eximirse del servicio militar, e invocaron el precedente de don Fernando Buelta, guardamangier del rey, quien una vez asentada plaza en la

¹⁴⁸ “9. Y en quanto a lo que propone el Consejo se podría con el dinero en la mano proueerse en t[iem]po con m[ay]or beneficio de la r[ea]l haz[ien]da lo ha consultado este B[ure]o a U[vestra] Magestad diferentes uezes con toda la antiçipación nezesaria para la buena ejecución. 10. Y el remedio que dize al presente se podría balar de los prioratos y mesas maestresales lo consultó a U[vestra] Magestad el duque de Nágera may[or]do[m]o m[ay]or de la Rey[n]a N[uest]ra S[eñ]ora y Su Alteza como se conozera en la f[ec]ha q[ue] fue anterior a la del Consejo en el traslado que remite con esta y es el único remedio que pareçe se pueden tener estas preuençiones tan preçisas y inescusables, q[ue] mientras más breue fuere será mayor la conuenençia de la real hazienda y el socorro de los criados y caualleriza de que se nezesita con extremo”; AGP, AG, leg. 434, “Bureo de la Reina Nuestra Señora. En M[adri]d a 15 de o[c]tu[br]e de 1647. Con la consulta inclusa que hizo el Consejo sobre la prouisión de la caualleriza satisfaze el Bureo a lo que Uvestra Magestad manda por orden de 10 de corriente y dize lo que se le ofrezte”.

¹⁴⁹ AGP, Reinados, Fernando VI, leg. 96, Cfr. E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, p. 97.

compañía del conde de Obasto, recibió decreto del Bureo ordenándole permanecer en la corte. Los solicitantes terminaron recibiendo el mismo trato ¹⁵⁰.

Como realidad integrada en un todo más amplio, muchos eran los ámbitos de la realidad cortesana que alicortaban la pretensión de especificidad de la casa de Borgoña y el Bureo, en el terreno administrativo y en el representativo. Por ejemplo, con ocasión de las fiestas de toros, cuando el presidente del Consejo dio balcones a los mayordomos de la reina que pertenecían a algún Consejo, con estos y no como tales mayordomos, con excusa en que los disfrutados por los consejeros tenían espacio para sus mujeres, determinación que provocó una airada reacción por parte del Bureo ¹⁵¹. No obstante, en la misma medida en que los mayordomos tomaban la decisión como un desdoro, el hecho confundía en un todo casa y administración. Era un terreno en el que los mayordomos de la reina habían solido salir malparados, pues ya con ocasión de los toros de Santa Ana de 30 de junio de 1660 se habían quejado de no haberles sido respetada la precedencia de sentarse inmediatos a los mayordomos del rey, conforme a su antigüedad, “entremetiendo entre ellos sugetos muy inferiores” ¹⁵².

1.3. *INERCIA Y PERMANENCIA DE LA FRICCIÓN JURISDICCIONAL*

En los alegatos del Bureo en defensa de su jurisdicción brillaba por su ausencia un planteamiento claro, como no podía ser de otra manera conforme al complejo contexto sobre el que trataba de aplicar su autoridad. No deja de resultar llamativo, en este sentido, que los conocidos memoriales de antecedentes en defensa de la jurisdicción del tribunal doméstico –tanto da a estos efectos el del rey o el de la reina– mencionaran en primer lugar disposiciones reglamentarias de claro origen castellano, de manera que alteraban el contexto original de elaboración de las mismas. Una relación titulada “Noticias y apuntam[ien]tos sobre la juris[dicci]ón del s[eñ]or may[ordo]mo mayor y Bureo de la r[ea]l cassa de la Reyna

¹⁵⁰ AGP, AG, leg. 432, solicitud de 4 de julio de 1642.

¹⁵¹ AGP, AG, leg. 433, solicitud del Bureo al rey de mayo de 1663: “ha parezido al Bureo suplicar a U[vestra] M[a]g[esta]d se sirua de embiar orden al press[iden]te del Cons[ej]o mandándole que a los may[ordo]mos de la Reyna N[uest]ra S[eño]ra se les dé los balcones que les tocan por sus ofiçios sin embargo de que tengan asiento en los tribunales en que asisten (como siempre le ha tenido hasta aquí y U[vestra] M[a]g[esta]d lo tiene declarado) pues no ay razón equibalente para desposecherlos de los que han gozado en tantos años”.

¹⁵² AGP, AG, leg. 433.

N[uest]ra S[eñ]ora”, de tiempo de Carlos II, comenzaba así refiriendo como antecedentes en defensa de la jurisdicción del Bureo los ya señalados capítulos de Cortes de 1505 y 1507 que ordenaban que los oficiales de la casa no pudiesen ser convenidos fuera de aquellos tribunales en los que servían¹⁵³, y por lo tanto aplicables a los alcaldes de casa y corte. Para a continuación aplicar un principio general del derecho de difícil empleo en un ámbito aforado por definición como las casas reales, que decía pertenecer la jurisdicción y castigo de los ministros ejecutores y oficiales que delinquieren en el ejercicio de sus ministerios al tribunal que les nombraba, aunque los delitos cometidos no tocasen al oficio¹⁵⁴. En esta búsqueda de referencias se afirmaba, incluso, que “las leyes de los emperadores ynhiiben a los criados de la juris[dicción] ordinaria”¹⁵⁵.

Sencillamente, se ignoraba la existencia evidente e insoslayable de un ordenamiento doméstico propio del espacio donde pretendía transplantarse una nueva realidad. Esto resultaba acorde con la irrupción de una nueva dinastía en la corte castellana, pero en la misma medida reflejaba la carencia de una visión general e integradora que sólo llegó a darse transcurrida más de una centuria, y, como estamos viendo, de forma parcial e incompleta. Así, el referido informe aludía sin mayor precisión, a que la etiqueta de Carlos V una vez llegado a Castilla sometía la justicia civil y criminal de los criados a la autoridad del mayordomo mayor. Por entonces, y hasta la redacción primitiva de las etiquetas de la casa en 1562, el Bureo tuvo un carácter sobre todo de organismo para el gobierno cotidiano de la casa y el despacho sumario de causas menudas¹⁵⁶. Con la referida reglamentación, reformada desde 1647 y a la que quedaron sujetas ambas casas reales, tuvieron ya un contorno nítido las atribuciones jurisdiccionales del Bureo, de las que desde un principio fue partícipe el asesor, en un sentido jurídico, de fundamentación de los fallos del tribunal. Por ellas, el Bureo entendió de los pleitos y diferencias entre los criados reales y fue además órgano de revisión de las sentencias formuladas por los jefes de las diferentes áreas del servicio real. Pero la mejor prueba de la

¹⁵³ AGP, AG, leg. 433.

¹⁵⁴ *Ibidem*, “Noticias y apuntam[ien]tos sobre la juris[dicción]”.

¹⁵⁵ *Ibidem*. Antecedentes tan forzados constaban en el oficio del greffier de la reina en un papel escrito en 1695 por don Francisco Melgar, quien, curiosamente, ejercía como abogado de los Reales Consejos.

¹⁵⁶ “Y también en las ordenanzas de la casa de d[ic]ho S[eñ]or Emper[ad]or en España en el año de 1556 dize que el may[ordo]mo ma[y]or tenía Bureo una uez al día, así para contar el gasto del día prezedente como para hazer justicia a todos, que se hacía sumariamente, dentro de tres días, y no se podía apelar de las sentencias dadas en Bureo” (AGP, AG, leg. 433).

mediatización de que fue objeto la jurisdicción del naciente Bureo desde su mismo origen, fue el hecho de que necesitaba la participación de agentes propios del servicio tradicional de Castilla para hacer efectivos sus mandatos, como los alcaides y alguaciles de casa y corte, no sólo en un ámbito que le era extraño como el cortesano, sino en el propio palacio, y siempre sobre oficiales y criados domésticos¹⁵⁷. Incluso una vez consumados sus mandatos, su efectividad dependía del entramado material de la corte castellana, como indica el hecho de que sus reos eran remitidos a la cárcel real de corte, donde eran asentados en los libros como remitidos por el mayordomo mayor. Esta suerte de limitación implícita era expresamente aceptada en las etiquetas, que fijaban la entrega de los prisioneros a los alguaciles en la propia puerta de palacio, y consideraban excepcional el acompañamiento de los mismos a cargo de la guarda real¹⁵⁸.

Un aspecto que no queda claro es el carácter de la intervención del asesor; no es posible, o al menos por el momento no somos capaces de aclarar si era preceptiva, o dependía de la voluntad de la junta, de tal manera que hubiese casos dirimidos sin ella. De las relaciones de antecedentes señaladas parece que la inmensa mayoría de los casos contaron con su “parecer”, que era la forma en que se articulaba la información jurídica por el asesor, con lo que puede afirmarse que tal participación en el trámite jurisdiccional tendía a ser reglamentario, en la medida en que sea posible aplicar esta palabra a un mundo como el del Bureo, fundado en el antecedente más que en la regulación escrita, como órgano vinculado a un mundo representativo y jerárquico, antes que legal. Ello se aprecia, por ejemplo en la comunicación del Bureo con el asesor, que debía preceder el entendimiento de los recursos a sentencias de los capitanes de los guardas¹⁵⁹. Tampoco es posible dirimir

¹⁵⁷ “Quando determinare que dentro o fuera de Palazio se prenda a alguna persona criado de S.M. o que no lo sea puede llamar al alcalde que quisiere para darle or[de]n o a los alguaciles que todos los días han de estar de guarda en palacio” (AGP, AG, leg. 433, “Noticias y Apuntam[ien]tos sobre la juris[dicción]”).

¹⁵⁸ “Y esta entrega se ha de hazer fuera de las puertas de palacio, y quando la persona sea de calidad que parezca combeniente el hazerlo prender y llebar por soldados de la guarda, y lo por alguaciles o justicia ordinaria, lo podrá disponer así, siendo esta cosa yrregular que no se puede preuenir sino es en el caso” (AGP, AG, leg. 433).

¹⁵⁹ AGP, Sección AG, leg. 433, “Noticias y Apuntam[ien]tos sobre la juris[dicción] [...] El Bureo uisto los autos, y con el conocimiento de causa que hubiere en el caso ocurrente puede determinar *con comunicaz[ión de su as[e]sor* en la forma que se acostumbre rebocando o confirmando lo que los capitanes hubieren probeydo, o mandando de nuevo lo que le pareziere, y de esta determinaz[ión] no ay recurso a otra parte, apelaz[ión] ni suplicaz[ión] sino que se ha de ejecutar”.

si el asesor podía intervenir por su iniciativa en alguno de los casos jurisdiccionales referidos, aunque es de creer que no era así.

La jurisdicción del Bureo se expresó en el recurso a su competencia por parte de los servidores reales cuando creían lesionado su derecho que, usualmente, coincidía con aquellos casos en los que el tribunal común dictaba una resolución desfavorable, o se presumía iba a hacerlo. En la aplastante mayoría de los casos, la causa contaba con el correspondiente parecer del asesor. Por ejemplo, en 1599, Juan de Frutos pidió ejecución contra los bienes de Esteban Enríquez, cantor en su día de la capilla real, y se despachó mandamiento por Francisco Arias Maldonado, alcalde de casa y corte. Ante ello, la viuda de este último, Lucía de Santillana, recurrió al Bureo, que recabó los autos y el 16 de octubre de 1602 los remitió al licenciado don Diego López de Ayala, quien por entonces ejercía como asesor. Su parecer guió la decisión definitiva del Bureo, emitida el 18 de febrero de 1603. Como se aprecia, casi 4 años para dirimir un caso civil, hecho que hablaba más de la dificultad del asesor para compatibilizar sus muchas tareas y encomiendas, que de una masa litigiosa elevada en el ámbito de las casas reales, necesariamente menor que en reinados anteriores dado el continuo adelgazamiento de las plantillas. Este caso permite también sacar otra conclusión elocuente, como es que la condición de servidor real excedía el momento de la propia muerte y autorizaba el recurso al aforamiento por parte de sus familiares, en este caso la viuda.

De cualquier manera, aunque la intervención del asesor no fuese obligada, la inmensa mayoría de los casos contenidos en las mencionadas relaciones alude a su participación. La serie de los mismos nos permite conocer la identidad de los sucesivos asesores. En 1625 se siguió pleito ante la sala de alcaldes entre Andrés de Córdoba y Francisco de Córdoba, sastres de la caballeriza, y Ana de Valmaseda, sobre la compañía de dicho oficio. Del mismo resultaron autos tanto de la sala como del propio Consejo, de los que resultó la declinación de jurisdicción al Bureo, ante el que hizo relación Bartolomé Gallo, escribano de provincia. Retenidos los autos en él, los remitió a don García de Haro, asesor por entonces, quien dio su parecer el 27 de junio de 1625 y el Bureo se sujetó a él. De este caso se deduce que, conforme a la ley, y al menos por entonces, la jurisdicción común no tenía codicia por entender de pleitos cuya única razón para caer en sus manos era el espacio en que se habían suscitado, pero cuyas partes estaban aforadas. Esta impresión se confirma con otro caso suscitado en 1630, cuando se siguió causa criminal ante el licenciado Salazar, teniente de corregidor de Madrid, y Bernardo Sánchez Sagrameña, escribano del número, contra Marcos Antonio Marco y Gaspar de Ribadeneyra sobre unas piezas de plata con las armas reales halladas en su poder.

El caso fue revocado al Bureo a instancia de Acacio Girón, sausier de su Majestad, y los autos fueron entregados a él por los primeros. El moroso entendimiento del caso por el Bureo, que sólo fue entregado al asesor el 31 de octubre de 1635, habla de la difícil compaginación de tareas propia de todos aquellos órganos cortesanos que acumulaban competencias gubernativas, jurisdiccionales y administrativas, como propició en el caso del Bureo su proceso de institucionalización. El Bureo se conformó con el parecer del asesor el 12 de noviembre.

La condición de miembro de las casas reales significaba en el orden jurisdiccional, y, especialmente en el orden civil sin perjuicio de parte, la declinación de una jurisdicción ordinaria que, ante casos así, aparece con una beligerancia verdaderamente menguada. En 1631 se suscitó pleito entre los testamentarios de doña Isabel López sobre la venta de unas casas, ante el licenciado Manjarrés, teniente de corregidor de Madrid, y Antonio Cadena, escribano del número. Si el caso terminó revirtiendo al Bureo fue por la vinculación con él de Joseph de Bustamante, panadero del común de la casa real, dueño del dominio directo de la casa, quien deseaba comprarla por el tanto. Este recurrió al mayordomo mayor, quien decretó el 19 de marzo de 1632 que el asesor, quien por aquél entonces era Pedro Marmolejo, mandase al escribano hacer relación ante el Bureo, en mandato que ilustraba sobre la calidad del asesor como cauce para la interlocución de la casa al uso borgoñón con el entorno castellano en que se imbricaba. Una vez hecha, este avocó a sí la causa, y mandó al asesor emitir su parecer sobre ella¹⁶⁰. El propio Marmolejo informó otro pleito suscitado en el año 1635. Por entonces, el conde de Castro, mayordomo más antiguo del rey, ordenó hacer información del enfrentamiento habido entre Jacques Lemucq, teniente de la acemilería, y su mujer Bárbara de Legarde, por un lado, con don Baltasar Molinet, su yerno, en el que resultó herido aquél. El asesor formuló parecer asumido por el Bureo que condenaba a Molinet a 6 años de destierro, moderados por la junta a la mitad, que el rey ordenó ejecutar por decreto de 10 de febrero de 1637. Para el comentarista de finales del XVII por el que nos estamos guiando, el caso reflejaba la especial abstención a la que se predisponía la jurisdicción común, aunque hubiese querella de parte, cuando la víctima del delito pertenecía a la casa real.

No fue el único caso en que Molinet se vio implicado, revelándose así como un servidor real especialmente conflictivo. Un sucesor de Marmolejo, don Gregorio López de Mendizábal, recibió en 1646 por parte del almirante de Castilla, mayordomo mayor, la orden de instruir causa criminal de oficio contra Molinet, teniendo entonces de la acemilería, por una herida causada a Juan Díaz de Jáuregui,

¹⁶⁰ AGP, AG, leg. 433, “Noticias y Apuntamientos sobre la juris[dicci]ón”.

furrier de la misma. Una vez cumplida la orden se advirtió que la causa estaba prevenida ante Melchor de Baena, escribano del número, por lo que el asesor le requirió para dar relación ante el tribunal doméstico. No obstante, parece que la causa no fue especialmente perjudicial para Molinet, dado que el 11 de enero de 1647 fue liberado de la prisión con la causa todavía pendiente.

Precisamente, los años centrales de la década de 1640 fueron muy convulsos en cuanto a conflictos entre el Bureo y la jurisdicción común, como si ambos “brazos” hubieran tomado por entonces súbita conciencia de la necesidad de mostrarse firmes en la defensa de su competencia. A ello no debió ser ajena, quizá, la mutación del escenario cortesano favorecida por la caída del Conde Duque a comienzos de 1643, y la recuperación del protagonismo por parte del Consejo Real que ello implicó. En 1647, Pedro de Vargas y Pedro de Huete, alguaciles de la villa, prendieron a un mozo de la proveedora de la frutería y el Bureo ordenó encarcelarlos. Los autos derivados del caso fueron remitidos a don Bartolomé Morquecho, asesor, quien ordenó extender el prendimiento y embargo a Francisco de Nieva, alguacil de la villa, y Juan Romero, escribano, que consiguieron eludir la acción inmediata de la justicia doméstica, de manera que fue necesaria la emisión de los correspondientes edictos y pregones por parte de Morquecho. Sustanciada la causa, fueron condenados por el asesor y el Bureo se conformó con su parecer en justicia, y ordenó que Francisco de Nieva fuese condenado en un año de suspensión de su ejercicio tanto en la corte como en los reinos, y el escribano Juan Romero en dos años de destierro de la corte y sus 5 leguas, y 10.000 maravedís. La literalidad de estas penas es de destacar, puesto que reflejaba como la consolidación institucional del Bureo era compatible y pasaba por una “castellanización” formal de sus instrumentos de actuación; era un organismo ajeno, pero el efecto de sus resoluciones penales se adaptaba al tradicional alcance espacial de las mismas. A su vez, ambos alguaciles fueron privados del ejercicio de sus oficios, si bien en ambos casos, alguaciles y escribano, el Bureo levantó a los pocos meses la pena impuesta, sin intervención alguna de la jurisdicción ordinaria. Como se aprecia, la junta mostraba por entonces un cariz más beligerante en su actuación.

Ello sin duda debió provocar una reacción proporcional en la jurisdicción común, o, por hablar con más propiedad, en la parte de la jurisdicción doméstica de origen castellano, puesto que en calidad de tal actuaba el Consejo y los alcaldes sobre los criados reales¹⁶¹. Reacción empeorada cuando el delito de un criado invadiera el ámbito penal, caso que favorecería doblemente la intervención de los

¹⁶¹ Calificar su ejercicio como jurisdicción común sólo puede ser entendido sobre súbditos castellanos de los que se constituían en juez natural.

alcaldes de casa y corte. Esto sucedió ese mismo año de 1647, pero en ese pulso era imperativo contar con la fuente única de legalidad y legitimidad existente entonces, el propio rey, quien no parecía muy dispuesto a perjudicar la jurisdicción patrimonial de los Habsburgo. Por ello, cuando la sala de alcaldes procedió entonces contra Marcos Encinillas, ayuda de la frutería, por haber matado a su mujer, sus hijos recurrieron al rey, quien lo remitió al Bureo. El caso era especialmente elocuente, dado que, en el momento en que incurrió en el delito, Encinillas ya no pertenecía a la frutería. A partir de la decisión real, se procedió como de costumbre, y el Bureo ordenó que el escribano de provincia llevase ante él los autos. Pero, en el nuevo contexto, el Consejo no declinó su jurisdicción, y el presidente ordenó al escribano acudir ante él, para ordenarle cómo debía proceder. En consulta de 10 de mayo, el Bureo dio cuenta de todo lo sucedido al rey. Se había llegado a un punto inédito, en el que el Consejo desatendía un uso mantenido en el tiempo y expresivo en sí mismo de la continuidad del rango de la jurisdicción castellana, como era la entrada del escribano en el Bureo a dar cuenta de lo actuado en un procedimiento. Pero las quejas del Bureo ante Felipe IV tuvieron su fruto, y ordenó al presidente, por entonces Juan Chumacero y Carrillo, que ordenase a Galbarrón, escribano del crimen, acudir ante el tribunal borgoñón a hacer relación del caso. Este acudió finalmente el 31 de mayo, y a continuación los fundamentos jurídicos de la causa se confiaron a don Bartolomé Morquecho, quien por entonces ejercía como asesor, y sobre cuyo parecer el Bureo consultó finalmente la materia al rey. Como se advierte, el Consejo había rebasado en esta ocasión el límite que hasta entonces había expresado la consideración por la jurisdicción castellana, pero seguía siendo necesaria la mediación del presidente. El escribano obedecía los mandatos del Bureo en tanto los recibía mediante su superior natural, el presidente del Consejo ¹⁶².

Esta revitalización de la jurisdicción castellana propició la decidida reacción del Bureo ante cualquier manifestación administrativa, por nimia que fuese, de la que pudiera deducirse una posición subordinada en el ámbito doméstico. En este sentido, parece que la defensa de la preeminencia que le había sido atribuida fue una lucha cotidiana contra situaciones que en gran medida no respondían al propósito vindicativo de la parte perjudicada, la castellana; sino que obedecían a la inercia de un engranaje que mostraba dificultades de asimilación de un elemento extraño, proporcionales al gran desafío que representaba. El 16 de febrero

¹⁶² “El estilo había sido siempre el que qualquiera ss[criba]no yba al Bureo a hazer relación quando se le ordenaba, para que se sirbiese mandar al s[eño]r presidente embiase aquél scribano con los autos, y que en adelante no embarazase cosa tan asentada, a que Su Magestad se sirbió responder: así lo he mandado” (AGP, AG, leg. 433).

de 1653 se puso reparo por el Bureo a un aviso del secretario Gabriel López, remitido al conde de Montalbán y firmado por el duque de Medina, sumiller de corps, porque contenía una expresión de la que podía deducirse subordinación del grefier a este último: “hará V. Señoría se asiente en los libros”. Ante la queja del primero, el secretario le preguntó la forma en que debía dirigirse a él. Se manifestó entonces nuevamente la confusión que acompañaba los cambios operados en el ámbito doméstico, dado que, a falta de una regulación taxativa, se recurrió como era costumbre a los precedentes en uno u otro sentido, despreciando aquellos contrarios a la fisonomía que pretendía darse a la casa. El Bureo respondió que los avisos antiguos hallados, del conde de Buendía, Ruy Gómez y don Cristóbal de Moura, avisaban diciendo tan sólo quién había jurado, en qué oficio y qué día. Consecuencia de la querella fue orden real de 24 de febrero de 1653 que ordenaba que el asiento de los criados de diferentes áreas del servicio se hiciese sólo en virtud de avisos emanados directamente de sus jefes. Tan pronto como el 22 de marzo siguiente el sumiller envió al grefier una relación de oficiales jurados en la cámara, culminada con la siguiente expresión: “En esta conformidad se learán sus asientos en los libros de la casa de Su Magestad”, que el Bureo encontró apropiada, hasta el punto de que el 4 de abril decidió que en adelante los despachos tuviesen esa forma. Gabriel López observó esta orden hasta que en 1658 aparecieron nuevos avisos sin la referida cláusula, ante lo que el Bureo encomendó al grefier hacerselo ver, y lo que sufrían las partes que, por la inobservancia de lo acordado, padecían sin recibir despacho¹⁶³. La construcción de una casa unitaria en torno al Bureo se hacía no sólo respecto al área castellana, sino también respecto a aquellas dependencias de uso borgoñón ajenas a la propia casa.

La casa de la reina también fue ámbito propicio para la manifestación del renovado brío jurisdiccional de Consejo y alcalde en la década de los cuarenta. Pero incluso después de la introducción de las etiquetas de 1647 se advirtieron enormes tensiones y limitaciones en la pretendida imposición del Bureo como fuero natural del conjunto de las casas reales. Una cosa eran los planteamientos volitivos, y otra muy distinta la implementación postiza de dos tradiciones de servicio de muy distinto origen. Ello se apreció en un sonoro caso suscitado en junio de 1658, cuando José Aguado, alguacil de casa y corte y portero de cámara de

¹⁶³ AGP, Personal, caja 389/34. El 7 de junio de 1658 se vio un informe circunstanciado al respecto en el Bureo, formado por el conde de Montalbán, el marqués de Malpica, el conde de Barajas y el marqués de Ariza, y se acordó que el grefier diese al conde de Montalbán una relación de avisos antiguos y modernos que apoyaban lo mantenido por el Bureo, para que con ella reconviniese a su secretario.

servicio en el cuarto de la reina, apresó a Juan Moreno, escudero de a pie. En este acto, el alguacil y portero había incurrido ya en irregularidades, dado que la prisión se había hecho sin procedimiento o mandato previo, y el reo había sido dejado en las entrepuertas de la cárcel de corte, sin asentarle como tal preso en los libros de ella. Conocido el caso por el marqués de Fuente del Sol, mayordomo semanero de la reina en el Buen Retiro, envió a llamar al alguacil con un escudero de a pie, y respondió de forma que hizo patente las contradicciones que generaba la compleja organización propia de las casas reales, resultado de una sucesiva sedimentación de mandatos procedentes de diferentes legitimidades que, como tales, resultaban imposibles de imponerse sobre la otra; contando quizá con algo de ventaja en este terreno aquella nativa como era la castellana, aunque sólo fuera, como en este caso por la racionalidad derivada del contacto entre ministros pertenecientes a la misma. El alguacil declinó el mandato del mayordomo semanero con el argumento de que “no le podían mandar sino es los alcaldes”, y cabía preguntarse por la justificación de la intervención de un mayordomo en una querella que implicaba a un alguacil de casa y corte y un escudero de a pie, que sólo es posible comprender por el deseo antepuesto de controlar el conjunto de la casa expresado por las referidas etiquetas, que a la hora de su aplicación material daba lugar a contradicciones y limitaciones como esta. Sin duda, los reductos “castellanistas” consolidados tras la caída de Olivares, habían encontrado con este caso una modesta e implícita bandera, y, conforme se desarrolló, cabe deducir que el caso tomó inercia sobre ese fundamento. Parece que, incluso en su ámbito natural, el Bureo tenía limitaciones para imponer su autoridad a causa del conflictivo acoplamiento de dos tradiciones de servicio que no se reconocían superiores, ni tenían por qué.

A continuación, el Bureo tuvo que encontrar una vía coherente para hacer sus mandatos valederos ante el alguacil, consciente la junta del peso de su argumento. La encontró en el hecho de que, además de alguacil, Aguado era portero de cámara y, como tal, estaba obligado a obedecer las órdenes que le diesen los mayordomos de la reina. El caso se deslizaba hacia una confrontación en la que cada parte hacía valer su fuero o, como se decía muy gráficamente en la época moderna, “el derecho de su dedo”. Que el Bureo no las tenía en absoluto todas consigo se deduce del hecho de que, consciente de los condicionamientos de su posición, mostró una dureza formal de la que carecían sus argumentos, lo que empeoró la utilización simbólica del caso:

le embió el dicho marqués a llamar por segundo término con aperciuiamiento que de no uenir se haría con él una demostración, a que dicen respondió aún más descompuesto que la primera uez, con que obligó al marqués a embiar dos

soldados de la guarda por él, al qual tubo en el Buen Retiro en un oficio asta que comió la Reyna Nuestra Señora que el dicho marqués le reprendió el perseguir a los criados de V. M. haçiéndoles causas leues.

Resultado de esta intervención fue el compromiso de Aguado de llevar a presencia del marqués a Juan Moreno, pero, llegados a esos términos, el caso estaba lejos de apaciguarse.

Todo lo contrario. Parece que el alguacil cumplió este mandato, pero no así la rápida reincorporación a su puesto. Ante ello, el mayordomo envió a la puerta de la cárcel de corte a Jacinto de Córdoba, escudero de a pie, para ordenar a Aguado la reincorporación a su oficio de portero de cámara, pero su reacción demostró la transcendencia que había adquirido el caso:

Se uoluió contra el dicho escudero de a pie y le dixo era un pícaro y otras palabras yndignas de narrar y dándole una puñada en los pechos sacó la espada y le acuchiló con ayuda de otros ministros.

La intervención de estos últimos hacía evidente que la cuestión que se solventaba iba más allá de una desavenencia particular, y reflejaba que las reformas impuestas en la organización de la casa no habían conseguido armonizar la integración de dos tradiciones muy diferentes. Ante el escándalo formado don Francisco de Quiñones, alcalde de casa y corte, salió de la cárcel de corte y conforme a lo que digo, lejos de dar cobertura con su autoridad al mandato del mayordomo, ordenó prender al maltrecho escudero de a pie. Bien es verdad que, ante el cariz que habían tomado los acontecimientos, el alcalde también apresó al alguacil, pero sólo tras haber dado el mayordomo cuenta de los sucesos al rey, y haber este ordenado la inmediata convocatoria de una Junta de Bureo para tratar el caso. A su vez, su aclaración fue encargada al referido mayordomo, marqués de Fuente del Sol, asistido del contralor. Pero a partir de entonces alcalde y alguacil mantuvieron una actitud dilatoria alentada por la muy menguada capacidad del Bureo –por no decir imposibilidad– de materializar sus mandatos sobre los ministros de la parte castellana del servicio doméstico–cortesano. Una vez considerada la cuestión en la indicada junta, el marqués proveyó auto para que el alguacil declarase ante el Bureo, y este pidió un día de término para obtener licencia para hacerlo de la sala de alcaldes de casa y corte. Ante la falta de noticias pasado ese plazo, el marqués expidió nuevo auto y el alguacil contestó que no había obtenido la citada licencia. Como se aprecia, el Bureo pretendía una preferencia jurisdiccional totalmente desproporcionada para la división material de la casa en dos áreas del servicio que las etiquetas sólo habían conseguido mitigar, pero no eliminar, como correspondía a la oposición entre un mero acto reglamentario y una evolución secular y autóctona que imponía una fuerte racionalidad inasequible para el Bureo. De forma

implícita, la junta mostró ser consciente de la situación, pues, antes que llevar la cuestión a términos más enfáticos, recurrió a la fuente última de la legalidad y legitimidad en la casa y en la corte, el propio rey, el único que, aunque con limitaciones, podía dar carta de naturaleza a un orden novedoso y original. A esta intención respondió la consulta que comentamos, en la que, al tiempo que confundía en un único uso doméstico ambas tradiciones, encarecía la necesidad de castigar al alguacil:

Conberná al seruicio de Vuestra Majestad el que se hiciere en este caso demostración grande con el dicho alguacil, pues si se diese lugar a su ynobediencia y a que las personas a quien los escuderos de a pie con orden de los mayordomos fuesen a llamar para el seruicio de Uvestra Majestad les respondiesen en la forma... dicha, no sería razón embiar a llamar a ninguno ni poner en ese peligro a los escuderos de a pie, y ellos justam[en]te lo reusarán ¹⁶⁴.

Por lo demás, el caso demostraba las interferencias que podía originar el desempeño simultáneo de varias plazas doméstico-cortesanas, cauce para modificar la posición institucional de una de ellas, mediante actos y mandatos válidos sólo para la otra, como intentó el Bureo. Con tal evolución, el Consejo y los alcaldes quedaron convertidos en intérpretes o custodios más o menos conscientes de toda una semántica aparentemente huérfana, a consecuencia de la pretendida postración de la casa de Castilla.

Este fue el contexto en que se suscitó otro elocuente caso, el encausamiento por el Bureo de un alguacil y un escribano de provincia, rápidamente contestado por el primero, y finalmente asentado por el rey ¹⁶⁵; quien, como vemos de la indicada relación de antecedentes, mostraba un criterio tan errático y vaporoso como la propia evolución de la casa real. Junto a dictámenes así, consta la suscripción por el rey de otros como el de 18 de enero de 1662, en el que ordenaba al Bureo que los criados a él sujetos declarasen ante la justicia ordinaria que no la perjudicaban, y se facilitaba la averiguación y cargo de los delitos ¹⁶⁶. Hasta el final del reinado de Felipe IV se suscitaron diferentes problemas jurisdiccionales entre las dos instancias que, como venía apuntándose desde el inicio del mismo,

¹⁶⁴ AGP, AG, leg. 432, “Sobre la prisión de Juan Moreno y Jacinto de Córdoua, alguacil Joseph Aguado. 28 de junio de 1658”.

¹⁶⁵ AGP, AG, leg. 433, “Noticias y apuntam[ien]tos sobre la juris[dicci]ón [...] He adbertido al Consejo de la causa que el Bureo tubo para proceder contra este alguazil, y que en lo de adelante no permita ni dé lugar a seme[jan]te exceso, y se castique a los m[i]n[i]st[ros] que faltaren al respeto que se debe”.

¹⁶⁶ *Ibidem*, “Noticias y apuntamientos sobre la jurisdicción”.

y se confirmó la década anterior, desembocaron en una confirmación relativa y mediada de la jurisdicción del Bureo, como era propio de su progreso en una realidad ajena y más amplia, bien mediante la intervención del asesor, bien mediante la participación espontánea del Consejo por la generalidad del caso suscitado. En el Bureo de la reina se vió, en 1658, un memorial de doña Catalina Rubio, viuda de Francisco Escribano, proveedor de la confitería de esa casa, sobre cierta cantidad de maravedís, y el Bureo acordó la remisión de los papeles a su asesor, quien por entonces era don García de Porras, para que en vista de ellos emitiese parecer. Sólo le dio tiempo a sustanciarla, y el parecer fue concluido por su sucesor don García de Medrano, hecho que habla de la continuidad de una función jurídica más allá de quien ejerciese la plaza. Por otro lado, cierto robo de plata cometido por Alonso Romo, soldado de la guarda, en 1661, fue sentenciado por el capitán con acuerdo de su asesor, y apelado ante el Bureo, que con parecer del suyo lo sentenció 5 años después¹⁶⁷. A su vez, el 28 de agosto de 1662 el Bureo elevó consulta a Felipe IV, con su opinión respecto a lo formulado en un parecer por el asesor sobre los repartimientos hechos por el gremio de cabestreros a Bernabé de Acosta, quien servía como tal en la caballeriza de la reina. Antes de finalizar ese mismo año, el Bureo suplicó al rey que la justicia ordinaria no se entrometiese con el panadero de boca de la casa de la reina. Por mediación de los alcaldes, el Consejo había sabido que pagaba una postura superior a la oficialmente fijada, lo puso en conocimiento del rey, y este adoptó una decisión que salvaba la primacía del Bureo. Dado que prohibió al Consejo entender en adelante de la materia –como, significativamente, había hecho otras muchas ocasiones–, pero ordenó al Bureo pagar una postura menor¹⁶⁸. La doméstica era una realidad restringida en un espacio más amplio que, pese a su singularidad, se veía constantemente interferida por este. Como se advierte de los casos indicados, durante el reinado de Felipe IV la del Bureo era una jurisdicción mediada, en la que la instrucción (representada por los escribanos que acudían a hacer relación ante él) y la fundamentación jurídica del procedimiento (representada por el asesor y el “parecer”

¹⁶⁷ AGP, AG, leg. 433. Nuevamente en 1664 el Bureo hizo objeto de su atención a Manuel González, soldado de la guarda de a caballo sobre una colgadura de cama de damasco carmesí, remitida al asesor.

¹⁶⁸ *Ibidem*, “Hauiéndome dado quenta el Consejo de Castilla de que este panadero uendía los panecillos a 12 maravedís que es un quarto más de la postura común resolbí los uendiese sólomente a 10 maravedís; y en esta conformidad se embió or[de]n a u.m. el c[on]de de Altamira en 20 del mes pasado para que dispusiédeses la ex[ecuci]ón y así se dará cumplimiento a ello precisam[en]te. Y he mandado aduertir al Consejo que el conozer de esto toca al Bureo, y no a los alcaldes como antes de aora se le ha dicho”.

que fundamentaba su criterio), esenciales para orientar su resolución, correspondían a agentes propios de la jurisdicción ordinaria, que, a mayor abundamiento, especialmente en el caso del asesor, presentaban un claro sesgo doméstico en su naturaleza y actuación.

1.4. *LIMITACIÓN JURISDICCIONAL DEL BUREO EN TIEMPO DE CARLOS II*

Al fallecer el rey (17 de septiembre de 1665), la importancia del Bureo aumentó al acaparar el gobierno de la casa, hasta que se consolidó la situación de regencia. Ante el cese del ejercicio de los mayordomos del difunto rey, la reina decidió que, en lo tocante a la administración de justicia sobre las guardas, los capitanes de las mismas procedieran en primera instancia y conociese de sus apelaciones el Bureo con el asesor, ante el previsible uso que se iba a hacer de ellas¹⁶⁹. Las menciones contenidas en las señaladas relaciones de antecedentes permiten deducir —a la espera de un estudio más profundo— que la minoría de Carlos II propició un claro repunte del número de casos que probaban una jurisdicción mediada del Bureo¹⁷⁰. Pero que esta fortaleza no pasaba de apariencia se deduce del hecho de

¹⁶⁹ AGP, AG, leg. 433, “Hauiendo dado quenta a Su M[a]g[esta]d del estado en que se hallaba la cassa de Su Mgd que aya gloria y cómo hauía expedientes en que era nezesario brebe resolución y también en las apelaciones de las guardas, Su Mgd se siruió de responder lo siguiente: Hauiendo çessado el exercicio de los mayordomos del Rey mi señor es forçoso dar forma en la parte que mira a la administración de justiçia que se deue hazer a los soldados de las guardas sin poner más ynterposición de tiempo y respeto que en primera ynstançia han de prozeder los capitanes como siempre lo han hecho tengo por conueniente y nezesario que conozca de las apelaciones el Bureo de mi cassa con su asesor respeto de que siruiéndose dellas el rey mi hijo no deue correr esto en otra forma y así se ejecutará hauiendo yo ordenado a los capitanes se obserue en esta conformidad. Y por si hviere algunos pleitos pendientes y para los q hviere adelante, me ha dado orden el Bureo dé auiso a u. s^a para que uaya tomando en ellos resolución. Guarde Dios a U. S^a muchos años como deseo del ofio 21 de xiembre de 1665 años”.

¹⁷⁰ El grefier don Francisco Muñoz y Gamboa escribió en 1665 al asesor para que oyese en justicia a doña María de Hervás, sobre la pertenencia de cierta media ración que había recibido de merced. Emitió el parecer al año siguiente. Por entonces, don Gabriel Ruiz, don Pedro de Losada y doña Juana de Toledo siguieron pleito sobre el embargo de una ración y paga de 100 doblones, que el Bureo remitió a su asesor. El 11 de octubre de 1667 le fue remitido a este por la junta un memorial de don Juan de Velasco, ayuda que fue de la panadería, y, una vez sustanciado el proceso, dio su parecer en justicia al Bureo el 5 de diciembre de 1667, con el cual se conformó. Por real decreto dirigido en 1668 al marqués de Aytona, mayordomo mayor de la reina, ordenó al Bureo de esta dirimir un memorial de doña Damiana de Anguiano,

que Carlos II estableció una serie de limitaciones en la competencia jurisdiccional del Bureo. Se perdió así la costumbre de la reunión bisemanal, como hemos indicado. Que la imposición del Bureo era ardua e incompleta lo demuestra que en el reinado de Carlos II continuó la celebración de juntas para dirimir su jurisdicción efectiva. De ellas emanaron decisiones y procedimientos para articularlas que abundaban en la confusión o complejidad que venimos reflejando, pues su legalización dependió del Consejo Real. Si bien en ella participaron agentes ajenos al propio Consejo. Un auto de este organismo, de 15 de marzo de 1679, insistió en los casos en que la justicia ordinaria debía conocer de las causas de los soldados de las guardas, resultado de una junta previa, formada entre miembros del Consejo Real, el de Guerra y el Bureo¹⁷¹. De paso, esta disposición legal mostraba algo no muy frecuente, aunque tampoco excepcional, la indicada intervención de actores administrativos ajenos al Consejo en los acuerdos que emanaban de él, acorde con su esencial función legalizadora, necesitada de una elaboración previa que, conforme con su complejidad y transversalidad, requería de la aportación de los terceros afectados. Quedaba renovado el contenido del decreto de 7 de junio de 1643, cuyo contenido estaba incluido en él, y consagrado así el fuero de las guardas, pero limitado en aquellos que tenían tratos y oficios públicos.

En esta tendencia quedó inscrita la supresión completa de la jurisdicción civil y criminal de la Junta de Bureo decretada por Carlos II el 5 de noviembre de 1687, quedando restringida a “sólo la economía y política”. Con este motivo, el mayordomo mayor y la Junta de Bureo presentaron una relación de causas que

hija de Diego de Anguiano, portero que había sido de las damas, sobre la posesión del oficio de su padre, y ante él acordó remitirlo al asesor, para que oídas las partes diese su parecer en justicia. Al año siguiente, consta la elaboración por el asesor de “parecer” sobre la apelación en causa criminal presentada al Bureo por Cristóbal de Castañeda, soldado de la guarda amarilla, de auto proveído por su capitán. En 1670, el marqués de Aytona remitió al asesor sendos memoriales de los nietos de Diego García y don Francisco de Arce, sobre haber empeñado el primero su ración a favor del segundo. Ese mismo año también le fue remitido al asesor, de cara a la elaboración del correspondiente parecer, un memorial de Antonio de Mora, mozo de oficio de la Real Botica, sobre la antigüedad de su empleo, “para que oydas las partes diese su parecer en justicia”. En 1674, otra causa de Pedro Labrador, soldado de la guarda amarilla, se vio en el Bureo por apelación, y se mandó remitir al asesor. En 1680 este dio su parecer en una causa seguida por el fiscal del Bureo contra Juan García de la Fuente, bordador que había sido de la reina, sobre tasación de las obras de su oficio. Hizo lo propio en lo relativo a cierta ración de merced en la casa de la reina para don Manuel Velázquez Minaya, caballero que había sido, que decía pertenecerle (Como se aprecia, la elaboración de estos pareceres excedía el plano jurisdiccional y se situaba también en un terreno administrativo y gubernativo).

¹⁷¹ *Tomo tercero de Autos Acordados que contiene nueve libros*, Madrid 1772, pp. 377-378.

habían sucedido a lo largo del tiempo con las que pretendían “persuadir que por las etiquetas, por costumbre inmemorial y una serie de actos”, les correspondía “jurisdicción contenciosa primitiva [*sic*] en todas las causas civiles y criminales que se moviesen contra los criados y dependientes de la casa real”¹⁷², que por su misma apariencia formal consistía en una trabajosa mención de antecedentes que tenían más de excepción que de regla. Como resulta evidente, no se invocaba una regulación reglamentaria taxativa, sino la mera enunciación de precedentes que se pretendían favorables. En ella no sólo se incurría en la contradicción de fundar en la “ley vulgar de derecho” el conocimiento especial del Bureo, sino que la atenta lectura de tales antecedentes denunciaba los límites de su jurisdicción en un ámbito mucho más amplio, en el que la aportación de los alcaldes resultaba imperativa¹⁷³. Además, en la exhaustiva relación de casos que recopiló entonces el grefier, sólo pudo remontarse a 1599¹⁷⁴; el resto se habían producido durante el reinado de Felipe IV. Como se deduce, el Bureo no admitió de buen grado este recorte de jurisdicción e intentó persuadir al monarca de lo contrario, presentando relaciones del fuero de los oficiales de la casa real¹⁷⁵.

Motivo adicional de inquietud para la junta fue la confirmación de la lenta traslación de la figura del asesor de la información jurídica al ejercicio jurisdiccional, por decreto de Carlos II de 12 de noviembre de 1687, como resultado de la negativa del asesor a advocar causas de criados de la reina ni otras tocantes al beneficio de cantidades de maravedís. Por él, se restringió la competencia del Bureo a los pleitos originados entre criados, dependientes de sus oficios, y a la observancia de los contratos ajustados por el Bureo con los proveedores y otras personas para el real servicio. Esto es, una jurisdicción económica, al margen de la civil y criminal, que sería sustanciada por los asesores de los Bureos del rey y de la reina, junto con dos oidores del Consejo Real¹⁷⁶. Los asesores habían discurrido de

¹⁷² AGP, AG, leg. 430.

¹⁷³ Cfr. documento 2 del Apéndice.

¹⁷⁴ “El año 1599, a pedimento de Juan de Frutos que, ante D. Francisco Arias, alcalde de corte, puso ejecución contra Esteban Enríquez, cantor de la real capilla, y habiendo recurrido al Bureo Lucia Santillana, su viuda, se abocó la causa y determinó en él” (AGP, AG, leg. 430).

¹⁷⁵ En la tardía fecha de 1774, el mercader Antonio de Ridolfi presentaba una demanda a la Junta de Bureo contra el pintor de cámara Lorenzo Tiépolo, por una supuesta deuda de 800 reales de vellón. La sentencia se dio en ella (*Ibidem*).

¹⁷⁶ “Hauiendo uisto lo que el Bureo me representa en la consulta adjunta de 24 de octubre próx[i]mo passado que buelbe sobre no querer aduocar el as[es]or las causas de los criados de la Reyna ni otras que pertenezzen a m[a]r[auedí]s, y reconociéndose que el Bureo no

lo jurídico a lo jurisdiccional. La imposición de la casa de Borgoña durante el reinado de Felipe IV había sido siempre parcial y trabajosa, y, finalmente, frustrada, tomando forma un conglomerado doméstico que no sólo recomponía cierto equilibrio entre ambas tradiciones del servicio, sino que actualizaba la esencia doméstica de órganos como el Consejo Real, manifestada a través del asesor.

Del procedimiento jurisdiccional observado en el Bureo en el periodo indicado se puede deducir que el decreto de 1687 era una consecuencia lógica del disfrute por parte del asesor de fuentes propias de legitimidad en su ejercicio, ajenas al Bureo, intuición confirmada por el celo que puso la junta en defender lo contrario una vez emitido el referido decreto. Indirectamente, ello sin duda contribuyó a la maduración de la idea de la jurisdicción de la real servidumbre como un fuero, predominante en las obras jurídicas del siglo XVIII. Tanto aquellas centradas en el Consejo Real –caso de Martínez Salazar y su *Colección de Memorias...*–, como las que se ocupaban de la propia casa real –como la *Idea Elemental...* de Sánchez Santiago, según recogió Dou y Bassols–. Así, las excepciones al conocimiento de la justicia privativa aplicadas entonces procedían sustancialmente del siglo anterior: amancebamiento, resistencia calificada a la justicia, ventas, reventas y tiendas, uso de armas cortas de fuego o blancas prohibidas, posesión y asistencia a juegos de garitos, hurtos en la corte y su rastro, juegos prohibidos, contrabando...¹⁷⁷.

Los alegatos en los que por entonces insistió el Bureo en defensa de su jurisdicción nos son útiles para conocer su situación en tiempo de Felipe IV, y las

tiene juris[dicci]ón ciuil ni criminal en las causas de los criados, sino únicamente la economía y política, cuya extensión sólo mira a faltas del real seruicio, y delitos cometidos en sus oficios, y en los conratos de los prouehedores para con e Bureo pero no en los contratos que los mismos obligados hacen con otros, aunque sean en or[de]n a la probisión, sino es que hambas partes sean partícipes en ella, en cuya ynteligencia y de lo que conuiene dar regla a la deciss[i]ón de las competencias que se ofrezzen con el Consejo de Castilla, he mandado que las que tubiere de aquí adelante se uean con los asesores de los Bureos de las dos casas r[eale]s y otros dos min[istr]os del Consejo, y en falta de alguno de los dos asesores concurrirá ceñ m[i]n[istr]o que yo nombrare por consulta del may[ordo]mo ma[y]or. Y quando la controbersia fuere con la casa de la reyna mi s[eño]ra y mi madre, asistirá su ass[es]or con el de la mía, y declaro a el Bureo q[ue] su juris[dicci]ón es limitada a las diferencias y pleitos, excesos y delitos que ay entre los criados dependientes de sus oficios, y en la obserbancia de los contratos ajustados por el Bureo con los prouehedores o otras personas para el real seruicio, y mando que de ninguna manera se forme competencia sino es en los casos que aqui uan expresados” (AGP, AG, leg. 433, “Noticias y Apuntamientos sobre la jurisdicción”).

¹⁷⁷ R. LÁZARO DE DOU Y DE BASSOLS: *Instituciones de Derecho Público General de España con noticia del particular de Cataluña*, Madrid 1800, vol. II, p. 341.

contradicciones en que se desarrolló. Uno de ellos corresponde al año 1696, y reflejaba un contexto en el que el Bureo se veía obligado a reivindicar su jurisdicción privativa, como venimos diciendo a través de casos ejemplares y la asignación particular en cada uno de ellos por parte de los sucesivos monarcas, por mucho que pretendiese darse un valor universal a esta evidencia. La resistencia habida en este punto por parte del Consejo se atribuía en esta documentación a factores accidentales, como el “poco cuidado en los papeles” del Bureo, pero el hecho de que en las etiquetas que regulaban la vida doméstica y palaciega no se hallase “letra clara” en favor de tal jurisdicción era suficientemente elocuente. Obstáculo que la junta sorteó reduciendo estas tácticamente a un mero valor protocolario¹⁷⁸. El problema con el que por entonces se encontraba el Bureo era que estaba siendo objeto de una doble presión jurisdiccional, tanto desde el ámbito mixto doméstico y cortesano, representado por el Consejo y los alcaldes, como desde las diferentes áreas del propio servicio regio –caso de la caballeriza o las guardas–, cuyos jefes aplicaban un sentido lato al concepto de descuido cometido en el ejercicio del propio oficio. Al extremo de dirimir casos que entraban con claridad en la categoría de causas civiles y criminales bajo entendimiento del Bureo. La composición interna del conjunto de la jurisdicción regia era arbitrio del propio rey, pero esta no debía llegar, en opinión del Bureo, a contraponer la lógica de imposición del superior sobre el inferior:

Vuestra Magestad es dueño absoluto de las jurisdicciones, pero las distribuye con tal proporción, que es cosa no oída den honor o esençión a subalterno sin que sea participada de su superior¹⁷⁹.

En el caso de los guardas esta racionalidad se defendía por el Bureo contraponiendo su condición compartida de criados y soldados, y aún en este caso la junta tenía jurisdicción militar al entender de las apelaciones de las sentencias pronunciadas por los capitanes. Si bien desde 1671 los soldados de la guarda tenían opción de apelar ante el Consejo de Guerra.

El Bureo consideraba perjudicial la existencia de jurisdicciones privativas parceladas en lugar de una comprensiva para el conjunto del servicio, de la que incluso podría prescindirse siempre que la ordinaria fuese ecuaníme en su ejercicio, sobre todo en lo referido a los ministros inferiores. Pero este no dejaba de

¹⁷⁸ “Las etiquetas sólo se formaron para el modo de servir zeremonias”, en AGP, AG, leg. 430, *Juridición del mayordomo mayor y Bureo. Año 1696. Copia de lo consultado a Su Mag[esta]d por el marq[ue]s de Ariça may[ordo]mo que fue uno de los de la Junta que de orden de Su Mag[esta]d se formó para tratar del punto de jurisdicción.*

¹⁷⁹ *Ibidem.*

ser un recurso eminentemente retórico y de lo que se trataba era de consolidar, por arriba y por abajo, su propia jurisdicción¹⁸⁰. Esto, como siempre, remitía al hecho evidente de que la casa real no era un ente aislado que orbitara en el vacío, sino un organismo vivo y cambiante necesitado de anclaje en la realidad que lo rodeaba, y era esto lo que propiciaba la tensión jurisdiccional con otros actores, distintos aunque también dotados de una evidente dimensión doméstica como el propio Consejo Real. Esa inserción en el ambiente comenzaba desde el propio mantenimiento físico, en la forma de obtención de subsistencias, ámbito en el que el ordenamiento general imponía unas obligaciones a los oficiales domésticos fuente de conflicto con la jurisdicción común, cuya participación, a su vez, era fundamental para un correcto abastecimiento de la casa real, o al menos una pretensión de tal, siempre perjudicada por el ahogo económico. En 1691 se suscitó un pleito entre los proveedores de la casa de la reina y los arrendadores de las sisas sobre el pago de esta contribución, dirimido inicialmente por el corregidor de Madrid. Los proveedores acudieron al Bureo para declinar la jurisdicción común, éste recabó los autos y acto seguido don Francisco de Villabeta, fiscal del Consejo, planteó una cuestión de competencia, fundada en el argumento de que el Bureo no tenía jurisdicción contenciosa, sino sólo económica. Puede argumentarse que el origen del litigio era de este orden, una expresión jurisdiccional de lo económico, pero lo importante es apreciar que tras siglo y medio de paulatina imposición del Bureo y la etiqueta borgoñona, las cosas estaban tan poco claras como para que la corte acogiera una disensión de este orden. De hecho, conforme a la referida implicación económica de la materia, el Consejo Real dirimió la cuestión en favor del Bureo; pero lo reseñable es esto, el hecho de que fuese el primero el que dictase el cauce de la cuestión.

Pero el Bureo fue más allá en su interpretación de este hecho, y adujo que había quedado avalada su jurisdicción contenciosa y privativa sobre los proveedores de las casas reales, dado que si hubiese sido acumulativa y a prevención con la ordinaria, el entendimiento del corregidor era indeclinable. La actitud de

¹⁸⁰ “En suma señor, entiende este voto, es muy contra el seru[ici]o de U[vestra] M[a]g[esta]d que aya en sus dominios ora juridizi[ón] priuatiua esenta de la juridizi[ón] ordinaria, no conseruándose la de su r[ea]l cassa, y quando todas se hubiesen de quitar estando la justia ordin[ari]a mejor reglada, lo que no suzedo por los ministros ynferiores, hauía de ser la última esta, por la disonan[ci]a que caussa que se uea sin juridizi[ón] la r[ea]l cassa de U[vestra] M[a]g[esta]d, y sin esen[ci]ón sus criados teninéndola el cazador mayor, montero mayor, los súbditos de ambos, los soldados de la guarda como lo tiene consultado esta unta, y otros muchos de ynferior carácter, siendo estos los que regularmente causan inquietudes y hauiendo muchos años que no se oye causa criminal contra los criados domésticos de U[vestra] M[a]g[esta]d” (AGP, AG, leg. 430).

la junta consistía, una vez más en amplificar y dar un sentido general a los triunfos restringidos y parciales de su jurisdicción:

Y sobre todo que el Consejo o la sala de competencias en justicia lo determinara assí oyendo al fiscal, y esta determinación, no sólo a de estimarse como exemplar, sino como declaración, o de el derecho en que se fundó, o de la ynmemorial que por tal calificó fundándose en ella, sin que interuiniese graçia o particular yndulgençia de Vuestra Magestad. Con que quedan satisfechas todas las objeciones [*sic*] que a esta juridiziión pueden oponerse, y que en justicia se deue declarar, la tiene el Bureo general y priuatua en todos los criados de Vuestra Magestad y en todos los casos y causas que se ofrezieren sin alguna limitaziión.

Los casos jurisdiccionales planteados por la provisión de las casas reales tenían una lectura ambivalente, compatible pese a su aparente contradicción. Por un lado, requirieron la presencia en la mencionada Junta de competencias –que así se llamaba exactamente tal organismo– de un mayordomo de la casa del rey, solicitándose también además la de un mayordomo de la casa de la reina. Era un reconocimiento de fuero que en realidad tenía una lectura contrapuesta, pues la abundancia de tales causas de competencia demostraba lo discutida que estaba la jurisdicción exclusiva de las casas reales, en un contexto en el que, por lo demás, era difícil distinguir lo doméstico de lo cortesano, como demostraba el caso del Consejo Real y sus evidentes señales de integración en el espacio reservado del rey. Entre los casos que justificaban la presencia de ambos mayordomos destacaban aquellos integrados en un marco más general propio del ámbito de competencias de Consejo y alcaldes, como el abastecimiento de guardamangier, confitería, frutería y oficiales de manos, a cuyos proveedores no se les guardaban las prerrogativas y franquegas que el rey les tenía concedidas. En septiembre de 1661 se defendió esta entrada por parte del Bureo de la reina, tras una reciente sucesión de casos que así lo aconsejaba, como el relativo a una proveedora de verdura cuyo proceso fue remitido al asesor para escándalo del Consejo, como aconteció con otros tocantes a la chapinera de la reina y el cabestrero de la caballeriza...¹⁸¹.

¹⁸¹ AGP, AG, leg. 433, “Bureo de la reina nuestra señora en Madrid a 29 de setiembre de 1661. 2 consultas. Sobre la q se deue de las gallinas a las damas y de la cámara y sobre que entre un mayordomo en la Junta de Conpetencias [...] Señor. Hauiendo entendido el Bureo de la Reina Nuestra Señora que Uvestra Magestad a rresuelto que en la xunta de competencias entre un mayordomo de la casa de Uvestra Magestad para los casos que se ofrecen de los criados de ella y porque en esta sucede cada día hauer diferencias assí con la xusticia ordinaria como con otros tribunales sobre no guardárseles a los proueedores del guardamanxier, confitería, frutería y oficiales de manos las prerrogatiuas y franqueças que U. Mgd. le tiene concedidas en cuya uirtvd se obligaron aprouechar la cassa le parece será conueniente que como

El surgimiento de cuestiones de competencia era característico de un sistema político como el de la monarquía corporativa, fundado en la superposición de jurisdicciones, incluso entre manifestaciones distintas de una única jurisdicción, la real, definidas por una restricción de fuero, en este caso de orden doméstico. En 1621 fue creada una Junta de competencias para resolver los conflictos entre el Bureo y la justicia ordinaria, que resolvía el tribunal competente. Hasta entonces, era una materia reservada directamente al criterio del propio rey, puesto que, en principio, parece que esta clase de competencias quedaba al margen de las reservadas (entre 1608 y 1625) a la sala de gobierno del Consejo Real. Creada en ese momento una junta específica, la sucesión de cuestiones de competencia favorecidas por la consolidación jurisdiccional del Bureo propia del reinado de Felipe IV supuso que cobrase cuerpo la necesidad de incluir un representante del Bureo en la referida junta. La iniciativa partió de la propia Junta de Bureo, que el 13 de octubre de 1634 subrayó en consulta al rey la necesidad de que el mayordomo mayor pasase a forma parte de la Junta de competencias. Pero, por el momento, el rey solicitó al Bureo que fundase su jurisdicción para merecer su entrada en esa junta¹⁸². Respuesta destacable, puesto que reflejaba la dificultad del propio rey para distinguir diferencia o rango entre las partes de una jurisdicción, la emanada de él mismo, en la que lo doméstico y lo cortesano tendían a la confusión, como surgidas e integradas en un ámbito único. Sin embargo, la referida tendencia se intensificó, y finalmente en 1637 Felipe IV ordenó que un mayordomo entrase en la Junta de competencias¹⁸³.

entra en la junta de competencias un may[ordo]mo de U. Magestad entre otro de la reyna nuestra señora para los cassos que suçeden y por hauer sido muchos los que se an ofrecido como fue dias passados con la proueedora de la uerdvra que el Bureo remitió el processo que se le hauía fulminado a el assessor y aunque el Conssejo Real lo repugnó U. Magestad se conformó mandando reconociese el asesor de ello como el Bureo lo tenía resuelto y con la chapinera de la Rey^a nra sra y caustrero de la caualleriça mandó U. Mgd lo mismo y aora el arrendador de la sisa del aceyte siendo capítulo espresso de su escriptura el que todo lo que se gastare en sus casas a de ser libre, no a querido haçer buena a los proueedores la cant[ida]d de aceyte q ha constado por certificación del contralor se a consumido en el guardamanxer, y assí le pareçe podrá U. Mgd seruirse de mandar entre un mayordomo de esta cassa en la xunta para ebitar los letijios y contrabersias que se ofrecen en perxuicio de los ynteressados con que tendrán en lo que fuere xusto el anparo q esperan de U. Magestad q resolverá lo q más conbenga. Md. a settiembre de 1661”.

¹⁸² “Será bien que fundéis la jurisdicción que tenéis primero y luego se verá, si se debe nombrar persona como de tribunal” (E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, p. 122).

¹⁸³ *Ibidem*. En 1639 entraba como tal el marqués de Palacios.

La caída del Conde Duque, y sus consecuencias administrativas, se extendieron a este terreno. La suspicacia que el sistema de juntas articulado por el valido levantó en el Consejo Real, supuso la supresión de la Junta de competencias, por decreto real de 13 de mayo de 1643, pero no llegó al punto de devolver esta competencia a la sala de gobierno del Consejo Real, sino que el propio rey se reservó la resolución de unas disputas a las que daba mera dimensión técnica, sin entrar en conflicto con la unidad esencial referida. Pero la jurisdicción doméstica representada por el Bureo continuaba su proceso de consolidación, cercano ya el momento de instauración de las nuevas etiquetas, y, de esta forma, un nuevo decreto real de 1 de julio de 1650 ordenó que la resolución de cierta cuestión de competencia surgida fuese resuelta *in solidum* por dos oidores del Consejo y dos miembros del Bureo, conforme sucedía con otros órganos consiliares¹⁸⁴. El nuevo orden representado por las flamantes etiquetas también tuvo traducción en este terreno, y una nueva consulta del Bureo quejoso por la reticencia del Consejo a consumir la nueva orden, condujo al rey a ordenar nuevamente la indicción de una Junta general de competencias, en la que un ministro de cada tribunal entrase por antigüedad. No obstante, parece que también esta intención inicial sufrió variación al ser puesta en práctica. Las dudas al respecto de Gaspar de Fuensalida, grefier, permiten saber que en torno a 1657 fue reconstituida la Junta de competencias, tanto como el vigor jurisdiccional mostrado por el Consejo Real –puesto que se dio por cierto que asumiría nuevamente la atribución–, y la escasa fluidez de información de importancia política entre los mayordomos y los oficiales de la casa de Borgoña¹⁸⁵. Conforme a la respuesta que entonces le dio Luis Hurtado, sabemos que la junta fue restaurada en febrero de 1657, y que pasó a formar parte de ella el marqués de Palacios, para defender todas las competencias que tocasen al Bureo. Pero esta entrada reflejaba las dudas en el ejercicio de su autoridad por parte del Bureo, representativo de un contexto más complejo¹⁸⁶, de tal manera que no sólo tendría lugar cuando hubiese casos que le afectasen, sino que debía respetar la antigüedad

¹⁸⁴ AGP, AG, leg. 430.

¹⁸⁵ AGP, AG, leg. 849, billete de Gaspar de Fuensalida a Luis Hurtado de 8 de julio de 1657: “Señor mío suplico a u.m. me diga a la margen de este si se ha formado aora nueuamente la Junta de competencias que solía hauer y se hauía reduccido tod al Consejo de Castilla y si se ha ordenado asista en ella algún señor mayordomo del Rey Nuestro Señor para las causas de los soldados de las guardas, y si entran sólo para las causas de los soldados o de ordin[ari]o y en qué asiento y lo demás que a u.m. se le ofreciere en este particular, que me han mandado los señores del Bureo”.

¹⁸⁶ En el epígrafe final de este trabajo se insiste en ello, pero por entonces se manifestaba ya que los fundamentos políticos e institucionales y la justificación doctrinal que sostenían la

tanto de los consejeros de Estado como de los oidores del Consejo Real presentes en ella. Si bien, conforme a la situación que siguió a la caída de Olivares, no había sido en principio nombrado para ella ningún representante de otra junta¹⁸⁷.

Fue ese el punto en el que el Bureo de la reina pugnó en 1661 por la entrada de uno de sus mayordomos en la referida Junta de competencias, cuando le afectase la cuestión suscitada. Pero la respuesta contraria dada por el rey reflejaba, nuevamente, la dificultad del rey para distinguir cauces diferenciados en una jurisdicción única entreverada de lo doméstico y lo cortesano, puesto que tal presencia de un representante del Bureo del rey en la Junta de competencias se debía a los puntos particulares suscitados en lo relativo a la punición de delitos de las guardas, sin extenderse a cuestiones de criados proveedores, reservados en primera instancia a las áreas domésticas respectivas, y con la significativa intervención del Consejo Real —directamente o por la vía del asesor— y los alcaldes, en cuanto a cuestiones de abastecimiento¹⁸⁸.

Monarquía católica habían entrado en crisis. El excesivo protagonismo de las élites castellanas fue tomado como un agravio por parte de las de los otros reinos, el curso de la Guerra de los Treinta Años, y a consecuencia del mismo la hostilidad mostrada por Urbano VIII, demostraron que la Monarquía hispana ya nunca podría aspirar a la *Monarchia universalis*. De hecho, este intento le había llevado a la ruina, a imponer nuevos tributos y recortar mercedes (lo que impidió recompensar a quienes realizaban servicios al monarca) y, con ello, a la propia desintegración de la Monarquía. A partir de la segunda mitad del siglo XVII era urgente la refundación de la Monarquía, pero esta estaba lastrada por la contradicción representada por el protagonismo de una casa, la de Borgoña, que ya no respondía a una posesión patrimonial. La cuestión permaneció, por lo menos, hasta la reforma de Alberoni de 1718. Al respecto, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La casa de Castilla durante el reinado de Felipe IV”, en A. GAMBRA GUTIÉRREZ y F. LABRADOR ARROYO (coords.): *Evolución y estructura de la Casa Real de Castilla*, 2 vols., Madrid 2010, vol. I, pp. 297-383, esp. pp. 321-322.

¹⁸⁷ AGP, AG, leg. 849, billete de Gaspar de Fuensalida a Luis Hurtado de 8 de julio de 1657, y respuesta de Luis Hurtado de la misma fecha, que es así: “La Junta de competencias que se formó por el año de 1625 se extinguió por el de 1643, y se ha buuelto a formar por hebr[er]o de este año. En la passada nombró Su Magestad al Señor Marqués de palacios p[ar]a que entrase en ella ha [sic] defender todas las competencias que tocasen al Bureo señalándole lugar en d[ic]ha junta después de los consejeros de Estado y Guerra y Cons[e]jo R[e]al de castilla para quando huviese compet[enci]a que defender tan solam[en]te. En este mes pass[a]do de junio se han determinado dos, una de un archero, otra de un soldado de la guarda española, que ha defendido el consejero de guerra que asiste en esta junta, que es el Sr. D. Luis Ponce. Y hasta aora no ay nombramiento de Su Magestad de ministro de junta alguna”.

¹⁸⁸ La respuesta del rey fue: “El mayordomo del Rey entró en la Junta de competencias no por la jurisdicción de los criados y proveedores, sino sólo por la jursidicción de las guardas, y no habiéndolas en la casa de la reina, no hay motivo para hacer novedad” (AGP, AG, leg. 849).

1.5. *PERFECCIONAMIENTO DE LA JURISDICCIÓN.
EL ASESOR Y SU RELACIÓN CON EL BUREO*

Ignacio Ezquerro Revilla

Hasta ahora ha asomado repetidamente la figura del asesor del Bureo. Son numerosas las fuentes que refieren la vinculación de un miembro del aparato consiliar castellano (fundamentalmente el Consejo Real) con la Junta de Bureo, a modo de asesor, sobre todo prontuarios jurídicos o legislativos elaborados por letrados vinculados al propio Consejo ¹⁸⁹. Destacan, entre tales fuentes, las que trataban de definir la posición y funciones del asesor entre la documentación generada por el propio Bureo, que, obviamente, tendían a subrayar el respeto que este agente mostraba por la jurisdicción de la junta, y cómo era complemento dócil de la misma ¹⁹⁰. Cuando la asistencia de sus oidores en diferentes organismos cortesanos –no sólo en el Bureo– testimoniaba la importancia del Consejo como institución difusora de un valor transversal en la corte, dotado de un profundo significado. La dimensión doméstica del Consejo Real también se expresaba mediante la entrada de uno de sus miembros en el Bureo, tanto el del rey, como el de la reina. Extendía un claro sentido de pertenencia, no siempre apreciado en su momento por los propios actores cortesanos, por alta que fuera su posición. En este sentido, es de destacar la ignorancia reflejada en su famoso *Memorial* por el conde duque de Olivares, acerca del sentido vehicular propio de los oidores del Consejo, dado que en él atribuía tal presencia interorgánica a la eminencia individual de

¹⁸⁹ *Colección de memorias, y noticias del gobierno general, y político del Consejo: lo que observa en el despacho de los negocios, que le competen, los que corresponden a cada una de sus salas... y autoridad de este supremo tribunal*, Madrid 1764, p. 82; A. CORNEJO: *Diccionario histórico, y forense del Derecho Real de España*, Madrid 1784, vol. II, p. 272; R. LÁZARO DE DOU Y DE BASSOLS: *Instituciones de Derecho Público General...*, *op. cit.*, vol. II, p. 341, quien señala que en el siglo XVII los respectivos jefes de cada servidumbre remitían las causas a un consejero de Castilla, que era asesor, quien sustanciaba los autos, y remitía después su dictamen, que era confirmado o revocado por la Junta de Bureo, cuya sentencia era ejecutoria sin posibilidad de recurso ni apelación.

¹⁹⁰ Caso de la citada “Copia de lo consultado a Su Mag[sta]d por el marq[ué]s de Ariça”, en AGP, AG, leg. 430: “El Bureo conoía de todos los casos de justiça que acaezían entre los criados de Su Magestad general y particularmente, y para los casos grandes tenían un asesor letrado que hera ordinariamente del Consejo de Su Magestad y de las sentençias que en el dicho Bureo se dauan no podía nadie apelar”.

cada consejero, antes que a la inserción del organismo al que pertenecían en el espacio reservado del rey. Si bien mencionaba, entre los entes cortesanos que contaban con la asesoría de uno o varios oidores del Consejo, tanto el Bureo del rey, como el de la reina ¹⁹¹. La incorrección pudo ser intencionada, dado el recelo que el Consejo Real originó siempre en el valido, al que consideraba obstáculo para una ejecución más rápida de las reformas que trataba de imponer. Para él, era poderosa representación de un orden secular en gran medida inmune a manipulaciones oportunistas, y por ello, prefirió constituir un grupo reducido de criaturas que colonizasen no sólo el propio organismo, sino, por este cauce, las variadas “encomiendas” y tareas propias de la condición de oidor de Consejo, principalmente, y como vamos a ver, la asesoría del Bureo.

Pensamos que consecuencia de este ambiente fue la merma de la autoconciencia sobre su propia peculiaridad por parte del Consejo. Al referir la presencia de sus oidores en otros organismos, Juan de Moriana no aludió al fundamento de la misma, y se limitó a mencionar su precedencia en los Consejos de Aragón, Órdenes y Hacienda, y su asiento por antigüedad en los de Estado y Guerra. En las juntas precedían, salvo a los consejeros de Estado y Guerra de mayor antigüedad y a los grandes, títulos, prelados o presidentes ¹⁹²; de tal manera que, cuando el

¹⁹¹ “Por la presunción que hay de que en este Consejo residen siempre las personas más eminentes del reyno, entran algunos de él en los demás, para que con su asistencia las materias tengan más dueño, y así entran dos en el Consejo de la Inquisición, dos en el de Hacienda, y uno que sustituye en sus faltas; otro es asesor de la Guerra, también con sustituto, otro en el de Cruzada, con dos que le sustituyen, otro es asesor del Bureo de V. M., otro de la Reyna Nuestra Señora... y generalmente para todas y qualesquier materias graves y de importancia que se ofrecen, de qualquier calidad que sean, siempre V.M. echa mano de ellos, y ama su Consejo” (*Semanario erudito, que comprehende varias obras inéditas, críticas, morales... dadas a luz: Don Antonio Valladares de Sotomayor*, Madrid 1788, vol. XI, p. 202). El *Gran memorial* en J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*, I: *Política interior: 1621 a 1627*, Madrid 1978, pp. 35-100, p. 78.

¹⁹² “En las juntas tienen los primeros lugares, como no aya en ellos consejeros de Estado y de Guerra más antiguos, grandes, títulos y prelados o presidentes de Consejos” [J. DE MORIANA: “Discursos generales y particulares de el Gobierno General y Político de el Conssejo Real”, en S. DE DIOS: *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla*, Salamanca 1986, pp. 217-349, p. 272]. Algunos años antes, González Dávila expresaba: “Sus consejeros assisten en otros Consejos, como personas de grande experiencia y letras, sin ser llamados los de otros, aunq sean muy entendidos y doctor. Quatro delllos assisten en este año en el Consejo de la Cámara, dos en el Consejo Supremo de la Inquisición, dos en el Consejo de Hazienda, dos en la Cruzada, uno en el Consejo de Guerra, uno de la Iunta de Bureo, y dos assissten con otros dos del Consejo de las Órdenes, a ver los pleitos q van en grado de apelación al Consejo, y dos visitan cada semana la cárcel de la provincia y villa, y todo el Consejo junto

asesor asistía al Bureo, lo que parece aconteció con cierta regularidad durante una determinada etapa, cedían la posición a mayordomo mayor y mayordomos, en tanto títulos, y no miembros de la casa. Hecho rico en matices, puesto que los propios oidores del Consejo representaban una implícita dimensión doméstica, aunque muy desleída por las circunstancias.

A las señales de importancia de los asesores del Bureo se añade que en ocasiones gozaron de la condición de decano del Consejo, caso de Juan de Chaves y Mendoza, asesor del Bureo de la reina, que en el momento de su muerte añadía a ambas condiciones, además, la de gobernador del Consejo de Órdenes. De tal manera que prestaban sus servicios a la casa real, al Bureo, tras una larga ejecutoria de servicio en la corte. Si a eso se añade que a ambas condiciones podían unir el desempeño de otras encomiendas o asesorías, se deduce fácilmente la destacada posición que ocupaban en la resolución administrativa, centralizada así por los patrones cortesanos en consejeros de su agrado. Sin duda, la adición horizontal de todas estas competencias agrandaba exponencialmente el poder del ministro en cuestión, dado que las competencias propias de la figura de decano –pongamos por caso– podían ser muy útiles a la hora de responder a necesidades o actuar en cuestiones relativas a otra comisión. Las tareas propias del decano en el seno del Consejo eran ciertamente importantes en cuanto a orientación y fijación del ritmo del procedimiento del Consejo. A falta del presidente, el decano era la “suprema dignidad en él”, en palabras de Moriana, asistía a la sala de gobierno con potestad de designar sus integrantes y sustituía en la firma al presidente, “y también ynche las comisiones nombrando ministros, alcaldes, consejeros y jueces para ellas, según lo requieren los negocios”. Además, encomendaba los pleitos a los relatores, y señalaba las encomiendas de negocios para sus compañeros por las tardes, y podía remover los pleitos asignados a los escribanos de provincia “si ay queja dellos que no hacen bien sus oficios”. Si se considera que, cuando se resolvía en favor del Bureo una cuestión de competencia con la jurisdicción común (por así denominarla) el escribano de provincia o de la villa debía acudir ante él a rendir los méritos del proceso, se deducirá la importancia de esta atribución del decano, cuya relevancia en este sentido no acababa aquí. Dado que podía hacer castigar y prender, dentro y fuera de la corte, a quienes hubiesen delinquido en cosas graves, sin ser necesaria la comunicación previa a la sala de gobierno o al Consejo.

las Pascuas. Tocales ser presidentes de la mesta, y tener el gobierno general del Reyno” (G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid corte de los Reyes Católicos de España...*, Madrid 1623, p. 353).

A su vez, nombraba los alcaldes para la sala de apelaciones por meses, y custodiaba las llaves del arca o escritorio en que se guardaban los votos de los miembros del Consejo, en cuyo manejo tenía ocasión de estrechar su contacto con el rico sentido implícito de integración ejercido por la cámara real, que trasciende toda la casa y la corte, en manera especial el Consejo y sobre el que nos extendemos en el epígrafe correspondiente. Dado que el acto físico de abrir tal arca correspondía a un portero de cámara, de manera que remedaba la custodia de escrituras acogida por la cámara desde su propia definición. Igualmente, del decano también dependían las comisiones que a lo largo del tiempo habían sido atribuidas propiamente a la plaza, caso de la redención de cautivos y gran parte de la gestión de las obras pías, al margen de sustituir al presidente en las ceremonias y actos representativos acogidos por la corte¹⁹³. En el caso de aquellos asesores que al tiempo ejercían como decanos —como el referido Chaves—, las referidas eran competencias potencialmente útiles para una defensa más completa y eficaz de los intereses de las casas reales, que, asimismo, abren la puerta a una reflexión complementaria, el hecho de por qué la asesoría no fue atribuida al presidente del Consejo, el original cuyo papel suplantaba la copia representada por el asesor, especialmente si se considera su posición integrada en el Consejo pero a medio camino respecto al rey, ejerciendo una función de enlace mutuo, compatible con la relación directa del propio organismo. Pero ello hubiera sido evidentemente contradictorio con el propio deseo de madurar una jurisdicción doméstica especial de matriz borgoñona, y para integrar los restos de la de procedencia castellana parecía bastar con el papel ejercido por el asesor.

Las asesorías, no sólo la de Bureo pero en primer lugar dada su relevancia en el conglomerado palaciego —aquél más inmediato al rey— servían para nutrir esa confusa continuidad entre casa y corte de los principios políticos dominantes en la corte. Por eso, si se analiza la trayectoria de los diferentes asesores del Bureo procedentes del Consejo, se deduce la acumulación simultánea de aquellas asesorías dotadas de una mayor sensibilidad política en un mismo oidor, bien relacionado o vinculado con los patrones cortesanos del momento. Se pretendía así propiciar una aplicación fiel de los mismos, pues se entendía que esta estaba más cercana a consumarse si se evitaba la dispersión. Cabe preguntarse, no obstante, si la acumulación de tantas funciones fue contraproducente para el objeto perseguido, especialmente en aquellos casos en los que a la posición institucional se añadía la inquietud o compulsión personal, por materias que superaban con mucho la

¹⁹³ Tales ceremonias, y el papel en general del decano, son descritas en J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, *op. cit.*, pp. 272-273.

estricta tarea administrativa. Ejemplo de ello fue Lorenzo Ramírez de Prado, erudito y bibliógrafo, miembro durante el reinado de Felipe IV de los Consejos de Italia, Real, Hacienda, Cruzada e Indias, así como presidente de la Mesta, miembro de la Junta de obras y bosques y asesor del Bureo de la reina. Quien, no contento con tanta ocupación, encontró tiempo para escribir 27 eruditas obras clásicas, y ejercer como editor de los *Sucesos* de 1639 del marqués de Malvezzi¹⁹⁴.

La relación de un miembro (o dos, si contamos el de la reina) del Consejo Real en el Bureo no sólo suponía la agregación de un ámbito doméstico que se pretendía supeditado en el dominante. El Consejo Real ha solido ser visto desde una óptica jurídica e institucional, desde la Historia del Derecho y de las Instituciones, con toda lógica vista su tangibilidad en este terreno. Pero como de verdad se comprende el Consejo es en el contexto de la filosofía práctica clásica (la de la corte), a partir de la que se articulaba esa institucionalización, dirigida a materializar y dar contenido a las funciones interpretadas por el Consejo en ese sentido. Pero si se consideran las claras señales de integración del Consejo en la cámara regia castellana (servicio en él de un repostero de estrados, y presencia de porteros de cámara en sus sesiones, celebración de las consultas de los viernes en la antecámara real), en la misma medida representaba lo contrario: la inserción del elemento doméstico arbitrariamente impuesto con las manifestaciones complementarias o simbólicas –pero no por ello menos significativas– de la organización doméstica preexistente. Integración en el orden jurisdiccional que completaba el previamente asentado en el de los oficios, como si, conforme a la realidad más extensa de la que quería formar parte, la casa de Borgoña hubiese de adaptar los aparejos de ese orden que hasta entonces se habían aplicado. En este sentido, si el conjunto del servicio doméstico asumió el estilo borgoñón, la casa de Borgoña hubo de adaptarse a Castilla. Y si la integración de las áreas domésticas se produjo a través de la casa de Borgoña, para la inserción de este conjunto en contexto extradoméstico se utilizó la cámara castellana, no sin una gran racionalidad considerada la naturaleza y esencia castellana de esa realidad supradoméstica. La presencia del asesor fue uno de los

¹⁹⁴ *Sucesos principales de la monarquía de España en el año de mil i seiscientos i treinta i nueve / escritos por el marqués Virgilio Malvezzi...*, Madrid 1640; J. FAYARD: *Los ministros del Consejo Real de Castilla (1621-1788). Informes biográficos*, Madrid 1982, pp. 30-31. También acompañó Ramírez de Prado a Malvezzi en la comisión que juzgara a un fraile alquimista, dueño de una famosa y amplia biblioteca, que custodiaba con gran recelo. Sin duda, en esta faceta se valió de su condición de oidor del Consejo Real, encargado como es sabido de la autorización administrativa de publicaciones (D. GARCÍA CUETO: *Seicento boloñés y Siglo de Oro español. El arte, la época, los protagonistas*, Madrid 2006, p. 264).

indicios de esto que digo, pero no el único, dado que en el mismo contexto se situó, por ejemplo, la emisión por la junta de figuras documentales tan castizamente castellanas como el auto¹⁹⁵.

Así pues, los oidores del Consejo estaban por su sola presencia dotados de un valor simbiótico, al difundir un sentido de pertenencia doméstica en aquellos organismos cortesanos a los que asistían. Naturalmente, la indicada no fue la única señal de inserción de los mismos en ese ámbito doméstico. Por ejemplo, la propia presencia de estos en palacio ya determinaba un grado de integración doméstica, cuyo límite externo eran los porteros de cadena, entre otros indicios redoblados en el caso de aquellos Consejos previamente escindidos del propio Consejo Real. Se puede argumentar que la Junta del Bureo era el órgano doméstico por antonomasia y que, por ello, no necesitaba de metáforas que no tendrían más valor que el pleonástico. Pero, en este caso, el proceso de integración también existía, y también era de doble sentido, pues se trataba de insertar en un todo la tradición de servicio de origen patrimonial impuesta por Carlos V a partir de 1548, con el área de servicio vernácula. En este sentido, la relación del asesor con el Bureo excedía con mucho la mera orientación jurídica de los acuerdos de la junta, y se convertía en todo un préstamo jurisdiccional que culminaba, en ese plano, la voluntad regia de integración de áreas de servicio de muy diferente origen. Integración de la que estaba especialmente necesitada la parte exógena, el elemento novedoso que podía imponerse por motivos organizativos sobre la natural, pero que se desarrollaba en un ámbito mucho más amplio como era la corte castellana. En lo relativo al asesor, este sin duda era un elemento distorsionante en la racionalidad interna del propio Bureo, una concesión desde el propio punto de vista, y una imposición desde el externo, que testimoniaba su evolución en

¹⁹⁵ A su vez, el estudio de las dos formas documentales expedidas por el asesor, “auto” y “parecer”, es muy ilustrativa para establecer la posición de su emisor respecto al propio Bureo. En 1664, Sebastián de Guevara, pastelero de la reina y sus Altezas, se quejó al Bureo de pagar más alcabala que su antecesor, y la junta ordenó a don García de Medrano, oidor del Consejo y asesor por entonces de ambos Bureos, que lo corroborase con los pasteleros encargados del repartimiento de la alcabala. El asesor emitió un auto a estos para cerciorarse de lo encargado, y, una vez enterado, su opinión para el Bureo sobre que no debía pagar más que el antecesor llevó forma de parecer (AGP, AG, leg. 433, despachos del Bureo de 12 de septiembre y 10 de octubre de 1664). Esto es, el asesor utilizaba el auto, como forma que orientaba el curso de un procedimiento judicial o administrativo, para dirigirse a un subordinado, y el parecer para ejercer su labor de asesoría jurídica –que no jurisdiccional, por el momento– en pie de igualdad con la junta con la que tenía vinculación. A su vez, este hecho aclaraba la ausencia total de tal subordinación del asesor respecto a la junta, como este periódicamente trataba de imponer sin éxito.

un ámbito antecedente y más amplio. Es posible, además, que la paulatina imposición del Bureo sobre los alcaldes a lo largo del reinado de Felipe IV favoreciese un aumento de la intervención del asesor, a manera de más o menos consciente solución de compromiso que, al tiempo que favorecía el área patrimonial del servicio regio, no implicaba la total postergación de la regnícola.

La reserva que el origen del asesor despertaba entre los miembros del Bureo y, en general, entre los miembros de la casa de Borgoña, solía ser acrecentada por las funciones que tenía asignadas en la obtención de bienes para la subsistencia de sus diferentes áreas, consistentes en la suscripción de los contratos con los proveedores, y la fijación del reparto local y las condiciones materiales del abastecimientos. Por ejemplo, en 1659, Francisco Merchán, sumiller de la panadería de la reina, detalló la rebaja de la cantidad de trigo que debían dar diferentes lugares del contorno de la corte decidida por don García de Porras, asesor del Bureo de la reina, correspondiente al año anterior, ante el desconcierto que había causado al Bureo. La rebaja alcanzó las 380 fanegas, convertidas en 100 fanegas pagadas por Villarejo de Salvanés, 40 por Villa del Campo, 20 por Valdearacete, cobradas en metálico en los tres casos, pese a exceder el plazo fijado, por autos particulares del asesor; 28 en grano por Algete, y el resto por diversos lugares en pan. En este ámbito no sólo intervenía el asesor, sino también el Consejo Real en ejercicio de sus competencias, que el 22 de noviembre de 1658 prorrogó el término inicialmente fijado para la provisión de pan de la casa de la reina por otros tres meses, que debían empezar a correr desde el día que empezasen a pagar los lugares a cargo de los 50.000 reales consignados sobre el resello de moneda de vellón grueso. A esta cantidad gestionada por el sumiller se añadieron otros 50.000 reales en el mes de marzo, en lo que calificaba como un gran beneficio para la hacienda real. En la provisión de las casas reales, ante la estrechez financiera, se pasó en primera instancia del pan al grano, y de este al metálico ¹⁹⁶. La explicación fue dada por Merchán al conde de Mora, comisario de la materia, forma de asignación del cuidado del asunto que mostraba la poderosa analogía que surgía *de facto* entre los organismos cortesanos por compartir una misma atmósfera administrativa, puesto que recordaba poderosamente a la figura del encomendero en el Consejo Real. El conde de Mora decidió pedir informe adicional al contralor. Como venimos diciendo, las casas reales no orbitaban en el vacío, se integraban en un entorno administrado por varios agentes, pero a los efectos del abastecimiento, dominado por los alcaldes de casa y corte y el Consejo Real, y ello al margen de la suscripción de contratos con proveedores de diferentes bienes. Así, en 1643 la muerte de

¹⁹⁶ AGP, AG, leg. 432.

Miguel Galiano había dejado vacante la plaza de aguador de la casa de la reina, y Juan del Val, vecino de Corpa, solicitó la plaza, que le había sido concedida sin efecto en su día. El Bureo decidió que el asiento de la plaza en sus libros fuese su-peditado al ajuste del precio por parte del Consejo ¹⁹⁷.

La de asesor era una función delicada, pues tenía que fundar jurídica y lealmente los asuntos sometidos a su criterio por parte del Bureo, que siempre tuvo una actitud preventiva hacia su figura, al considerarlo un mal menor, un elemento que interpretaba interesadamente como integrado en la jurisdicción común que, en todo caso, siempre sería preferible a una mediatización más completa por parte del conjunto del Consejo. En este sentido, se tenía mucho cuidado en recurrir a él sólo en su calidad de perito letrado, y en las comunicaciones que se le remitían se insistía en la necesidad de defender en su actuación la preeminencia y derecho del Bureo. De este modo, decretada la baja de 50 fanegas de trigo en Getafe en el repartimiento de trigo para la casa de su alteza, el Consejo alegó ser competente en el recurso de los lugares de esa tierra, y el asesor reclamó al Bureo el estudio de las certificaciones emitidas para dirimir la cuestión ¹⁹⁸. Incluso en este caso, que parecía guiado por la intención de defender lealmente el brazo del Bureo, este reaccionó con acritud por vía del contralor, quien subrayó que la intervención del asesor en la materia se limitaba a repartir entre los diferentes lugares del entorno de la corte, una vez fijado el montante global de consumo de cereal de la casa real ¹⁹⁹.

¹⁹⁷ AGP, AG, leg. 432, acuerdo del Bureo de 20 de febrero de 1643.

¹⁹⁸ AGP, AG, leg. 433, “Oluidóseme ayer de preuenir a u.m. que el s[eñ]or asesor de el Bureo hecha menos las certificaciones de lo q[u]e se ha obseruado en el repartimiento de trigo para la cassa de S A sobre la competencia con el Consexo R[ea]l en la baxa de las 50 fa[neg]as de trigo de Jetafe y respecto de que el Consexo allega su jurisdicción en el recurso de los lugares a qauel tribunal por apellación es precisso desuanecer este supuesto con exemplares más fundados y que u.m. y el Sor Grefier informen de ellos al d[ic]ho asessor para que defienda su preminencia y el absoluto derecho del Bureo. Ge Dios a u.m. muhos años de la posada a 18 de junio de 1648. D. Juan Durán Infante. S[eñ]or contralor Franc[isc]o de Benauides”.

¹⁹⁹ AGP, AG, leg. 433, “Papel q el sr contralor despendó (?) en 18 de jullio 1648 al sno del maymo mayor. Dentro el del s[ecreta]rio [...] Señor mío: el s[eñ]or asesor, como es nuebo U[vestra] E[xcelenci]a, su tema es ser abjunto y del B[ure]o, que le parece que el título de asesor es absoluto y desesibo su boto y pretende que las consultas en particular que tocaren a esto se le comuniquen. Yo le e desbaneçido esta propuesta con la uerdad y estilo que se a obseruado hasta aora no auía llegado el tienpo de enuiarle yo el auisso del gasto de la cassa para que su señoría aga su repartimiento por los lugares justificando su comisión mas pues está tan fino y fogoso no dexan de enuiarsela luego para que obre y con tienpo nos despache. La consulta de la satisfacción de Jetafe a una consulta del q[onse]jo fue ya muy bien satisfecha

No obstante, no debemos concluir por lo dicho que el papel ejercido por el asesor respecto al Bureo fuese secundario, dado que existieron ocasiones en las que el sesgo de las materias sometidas a su criterio tuvo una importante repercusión política, por el mero ejercicio de sus funciones. La más destacada fue la ejecución de visitas a distintas áreas y servicios de las casas reales, cuando no al conjunto completo de la misma, como fue la casa de la reina en 1628. En sí misma, la aplicación de una institución típicamente castellana en el campo doméstico indica el punto hasta el que la imposición de la casa de Borgoña estaba fuertemente mediatizada por el contexto castellano, como no podía ser de otra manera, circunstancia que se notaba en hechos como la participación de un escribano del rey en la misma, o la propia intervención del asesor (de los asesores, pues en esta visita actuó tanto el de la casa del rey como el de la reina). Esta iba desde aspectos meramente funcionales, como la tasación de los haberes de oficiales reales en la ejecución de la visita, caso del propio escribano²⁰⁰, a la más importante orientación de las sentencias resultantes de la inspección, que significaba a la Junta del Bureo como agente de aplicación jurisdiccional, carácter impensable en el momento de aparición de tales comités, pero que a esta altura cronológica era síntoma claro del proceso de institucionalización vivido por la corte.

En este sentido, la capacidad de intervención del asesor no era poca ni poco importante, si se tiene en cuenta la nula formación jurídica de los miembros del Bureo, que agrandaba así una posibilidad de intervención política indirecta por

como lo sabe Su Ex^a y con testimonios muy auténticos contra los suyos, en nada abrá descuydo mediante Dios y el cuydado de Su E^a a quien guarde Dios. Remito a u.m. el papel yncluso de las consignaciones breue y suçinto por si Su E. quisiere executar lo q u.m. me dixo que Dios a u.m.”.

²⁰⁰ Juan Luis de Oviedo, escribano del rey, adujo haber servido en la visita hecha a los criados de la reina, “en que se an hecho muchos autos e ynformaciones secretas”, ocupándose en ello muchos días. Don Diego Hurtado de Mendoza, mayordomo de la reina, ordenó que la solicitud fuese informada por el asesor, para que lo viese, informase y tasase la labor del escribano. La siguiente fue la letra de esta labor por parte del asesor: “E uisto lo que pide Juan Luys de Oviedo y la ocupación que a tenido en la uisita de los criados de la Reyna N[uest]ra S[eñor]ja que an sido sobre cinquenta días y en consideración que a podido acudir a otras cosas se los modero en ueinte días a razón de a quinientos maravedís cada uno como se acostumbra a dar a los recetores del número que montan diez mill maravedís y seis ducados por la escritura de todo lo q[ue] se a ff[ec]ho. Esto me parece q[ue] U[vestra] S[eñor]ja siendo seruido le mande librar. En M[adri]d a quinze días de diziembre de mill y seis[cient]os y ueynte y ocho a[ñ]os. D[octo]r Don P[edr]o de Meneses”. El mayordomo de la reina se limitó a validar lo señalado por el asesor, y el Bureo lo confirmó el 29 de diciembre de 1628 ante la queja del escribano (AGP, AG, leg. 431).

parte del primero, que cabe considerar mayor en el caso de aquellos asesores de estatura cortesana más elevada. En este ámbito jurisdiccional, como en otros más rutinarios, la forma en que el asesor hacía llegar al Bureo la fundamentación jurídica del caso sometido a su criterio fue la del “parecer”. En las relaciones de asuntos preparadas para ordenar el desarrollo de cada junta, se mencionaba el parecer emitido por el asesor, y la opinión del Bureo se asentaba al margen. Por ejemplo, en una de ellas, de 1631, se aludía a los pareceres enviados por don Juan de Chaves y Mendoza respecto al pleito de los salsieres, y el relativo al tapicero mayor²⁰¹.

En el terreno forense, reducido el asesor a lo jurídico, y ejercida la jurisdicción por el Bureo, se daba una circunstancia curiosa, una suerte de compartimentación de la sentencia entre más de un actor; correspondiendo su fundamentación al primero, y el fallo al segundo²⁰². En 1695 Francisco Calderón, alguacil de casa y corte y del Bureo de la reina apresó a Juan de Pinto y Manuel de Rioja por haberse descompuesto con él al recaudar una porción de pescado abadejo para servicio de la casa real. La prisión resultó de orden del marqués de los Balbases, mayordomo mayor, previamente informada por el asesor, quien por entonces era don Joseph Pérez de Soto, del Consejo y Cámara de Castilla. Una vez escarmentados —a juicio del mayordomo mayor—, este ordenó liberarlos, decisión en la que no pareció recurrirse al asesor, en prueba de su limitada intervención en el ejercicio jurisdiccional del Bureo²⁰³. Asimismo, los asesores de ambas casas reales podían suscribir autos y pareceres en común, en una tendencia primero a la analogía y luego a la amalgama que les afectó. Se apreció, por ejemplo, en la sentencia dictada contra Acacio Girón, sausier, por la falta de cierta plata, de 4 de junio de 1637. En ella se fijó el pago de cierta cantidad a modo de sanción, que el imputado consideraba favorable, por lo que solicitó la inhibición

²⁰¹ “A ymbiado D. Juan de Chaues el p[le]ito de los salsieres con parecer q[ue] se puede sentenciar la caussa de remate contra los executados con quien estuviere sustanciado y mandar haçer pago a la r[ea]l hacienda ecetando la partida de los 772 r[ea]les porq[ue] fue executado Sebastián Pérez”. Se decidió en Bureo entregar este pleito. Respecto al segundo: “Biene el p[le]ito de don Fran[is]co de Colmenares tapicero m[ay]or con parecer se deue dar tr[as]lado al d[ic]ho tapicero m[ay]or y receuir la caussa a prueba en plenario y con todo cargo de publicación y conclusión” (AGP, AG, leg. 431).

²⁰² Al margen del epígrafe que en este trabajo se dedica a las atribuciones jurisdiccionales del Bureo, E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, desgrana con detalle el funcionamiento del Bureo en este terreno en el orden civil y en el penal (pp. 112-121).

²⁰³ AGP, AG, leg. 433, oficio del contralor, don Antonio de Castro, al alguacil, 17 de marzo de 1695.

del Bureo²⁰⁴. Pero, al margen de la referida dimensión jurisdiccional, lo cierto es que la tarea de asesoramiento jurídico ejercida por el asesor era ciertamente tediosa e insustancial. Por ejemplo, proponer a quién correspondía el paso del oficio para después de los días de Simón González, difunto ayuda de la cerería de la reina, en quien casase con su hija mayor. Fallecido el 27 de junio de 1659, resultaba que había casado dos veces, y las hijas mayores de cada matrimonio insartaron al beneficio de la merced. Correspondió al asesor decidir la beneficiaria, sobre la intención del difunto, que, en su opinión, era beneficiar a la hija todavía sin remediar, es decir, la mayor del matrimonio más reciente²⁰⁵.

La tramitación de los “pareceres”, una vez recibidos por la junta, permite apreciar que la consolidación institucional del Bureo tenía clara referencia en los usos administrativos propios del ámbito doméstico castellano. ¿Es posible aventurar cierta analogía entre la celebración de una junta todos los viernes, con la consulta que el Consejo Real celebraba ese mismo día con el rey? En ella, el

²⁰⁴ AGP, AG, leg. 431, “Auto del Bureo en que manda notificar a Acacio Xirón pague los 6U955 restantes a cumplim[ien]to de mayor suma en que fue condenado por sent[enci]a de los asesores de ambas casas reales [...] En la uilla de Madrid a 29 de mayo de 1637 años los señores del Real Bureo de la casa de la Reina N[uest]ra S[eñ]ora huiendo uisto un memorial de Acaçio Jirón sausier que fue de Su Mag[esta]d en que dize que por quanto el Rei N[uest]ro S[eñ]or por decretos particulares tiene cometido el conocimiento de la causa hecha contra él sobre la plata que le faltó en el t[ei]m[po] que siruió el d[ic]ho ofiçio de sausier a los dos asesores de ambas cassas reales, los quales por sentençia dad sobre este caso en 12 de junio de 1635 declararon que de los 30U830 reales en que fue alcanzado de la d[ic]ha plata deuía pagar y pagasse solamente 16.609 r[eale]s y m[edi]o dentro de un año. Y después le han conçedido nueuos términos para buscar adbitrios con que dar satisfacción de los 16U609 r[eal]es y m[edi]o y ban prosiguiendo en esta causa, por todo lo qual pide y suplica al d[ic]ho Real Bureo que se hiniba del conoçimiento della. Y auiendo ansímismo uisto los testimonios presentados por el de la d[ic]ha sent[enci]a, términos y prorrogaciones. Dixeron que se hinibían [*sic*] y se dauan por hiniuidos por lo q[ue] toca a los 9U654 r[eal]es de los d[ic]hos 16U609 r[eal]es y medio en que está condenado, que son los causados de mermas de la plata que le hurtaron (esta frase al margen, de otra mano), pero que en q[uan]to a los 6U954 r[eal]es restantes no ha lugar lo que pide por ser assí que proçedieron de la plata que prestó a diferentes personas contra quien tiene derecho y puede cobrar sin que sea neçesario proponer adbitrios. Por tanto se le ordena y manda que los pague dentro de 15 días, con aperçuiimiento que no lo haz[ien]do así se procederá contra él con todo rrigor de derecho y para ex[ecuci]ón dello y todo lo a ello anexo y dependiente se le dió comisió quan bastante de derecho se requiere al s[eñ]or marq[ue]s de Nauarrés, may[or]do[m]o de la Reina N[uest]ra S[eñ]ora y así lo proueyeron y mandaron y que Alonso Muñoz uxier de uianda notifique al d[ic]ho Acacio Xirón todo lo suso referido. En M[adri]d a 4 de junio de 1637”.

²⁰⁵ AGP, AG, leg. 433, “Bureo de la Reyna N[uest]ra S[eñ]ora en M[adri]d a 15 de julio 1660”.

grefier preparaba una relación de asuntos por tratar de cara a la celebración de dicha junta, al modo que se hacía en Consejo pleno, ante la celebración de la consulta. En este caso, era el escribano de cámara quien asentaba los asuntos sometidos a la decisión real, y el denominado consejero consultante quien anotaba la decisión. Al margen de los detalles en la ejecución, parecían consumarse usos semejantes, de diferente alcance, dada la originalidad ininterrumpida de la práctica castellana representada por el Consejo, en comparación con la novedad exógena representada por el Bureo.

1.5.1. *La controvertida asistencia del asesor en el Bureo*

Las funciones ejercidas por el asesor del Bureo (en especial cuando esta función era desempeñada por un oidor del Consejo Real) y las polémicas asociadas al mismo hacían material toda una confrontación de orden doctrinal, acerca de la prevalencia en el seno de la casa real de un elemento exógeno (Borgoña) u otro endógeno (Castilla). Como se observa, en lo hasta ahora escrito se nos ha deslizado implícitamente la presencia del asesor en el Bureo. No se trata de un error, puesto que, pese a la determinación mostrada en contra por la junta, existen más que indicios en ese sentido, aunque generalmente se ha descrito una asesoría a distancia a través de “pareceres”. Sin duda, esta impresión está influida por la referida actitud del Bureo, aunque es cuestión que dista de estar clara.

Desde luego, esa presencia fue algo excepcional, por lo menos hasta mediada la década de 1640²⁰⁶, y contó siempre con una clara resistencia por parte de los miembros de la junta, quienes adivinaban el significado de tal asistencia, perjudicial para la pretensión de imposición del Bureo en el conjunto de la casa. Suscitado un conflicto de antigüedad entre don Manuel de Rojas, caballero de la reina, y don Juan Ortiz de Matienzo, el rey decidió el 21 de noviembre de 1638 que fuese revisado en Bureo con el asesor. La junta argumentó que no había precedente de tal asistencia, ni en el Bureo del rey ni el de la reina, lo cual era cierto sólo en parte, puesto que realmente el rey sí había dado orden en tal sentido, que no había sido finalmente ejecutada. El 11 de mayo de ese mismo año el Bureo había comunicado al rey que, conforme a sus órdenes, habían transmitido

²⁰⁶ De Benito considera que tal presencia no debió ser una costumbre continua, y que pronto decayó al no encontrar referencia a la misma en fecha anterior a 1638 y posterior a 1680. “Tan sólo en aquellos supuestos en que se tratar de temas que requirieran orden judicial, se le remitían para que hecha slas averiguaciones oportunas emitiera un informe sobre los mismos, que en ninguno de los casos era vinculante para la posterior decisión del Bureo” (E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, pp. 70-71).

infructuosamente a don Francisco Antonio de Alarcón, oidor del Consejo y asesor del Bureo, la orden de asistir. El rey ordenó entonces que se le insistiera²⁰⁷. La cuestión venía arrastrándose con anterioridad, y en la actitud del Bureo influyó la propia conciencia del asesor —al margen de quién desempeñase esta función— sobre la novedad y significado implícito de su presencia en el Bureo, hecho que permite aventurar que tal comparecencia hasta entonces no había sido común, como tampoco lo había sido la primacía tendente a la exclusividad que trataba de otorgarse a la casa de Borgoña. Ambos hechos presentaban una significativa coincidencia. La entrada del asesor en el Bureo era extravagante e injustificada mientras este fuese, exclusivamente, la junta de gobierno de la casa de Borgoña; pero iba cobrando más sentido desde el mismo momento en que tendió a exceder ese límite y pretendió englobar la dirección del conjunto de la casa, tendencia que, indirectamente, propició la aparición de la denominada Junta de gobierno de la casa de Castilla mediado el año 1644, de funciones semejantes a las del propio Bureo, en ese ramo de la casa, hasta su desaparición el 23 de junio de 1652. En ese momento, aplicadas ya las nuevas etiquetas, se entendió que el gobierno de esa parte de la casa había quedado integrado en el Bureo, si bien poco después era restablecido hasta la propia muerte de Felipe IV, y se volvió a instaurar a partir de 1676²⁰⁸. Pero, a nuestros efectos de comprensión de la posición el asesor respecto al Bureo, parece relevante tanto el hecho de que tal Junta de gobierno carecía de él, como que, al tiempo, la presencia del mismo en la Junta de Bureo se consolidaba. En semejante tendencia a la significación de los oidores del Consejo en el contexto doméstico cabe destacar, por las mismas fechas, la presencia de Alonso Ramírez de Prado, oidor del Consejo Real en la Junta de etiquetas, convocada por decreto de 22 de mayo de 1647²⁰⁹. Toda una prueba de que la traducción espacial en palacio de la tendencia que venimos describiendo requería imperativamente del concurso del Consejo; dada su esencia doméstica

²⁰⁷ AGP, AG, leg. 430, “Señor. En conformidad de lo que U.M. tiene mandado de que el açeçor del Bureo asista a ellos se le a ausado algunas ueçes a don Fran[cis]co Ant[oni]o de Alarcón y hasta aora no a uenido, dase quantta a U.M. p[ar]a que lo tenga entendido y m[an]de lo que fuere seruido. En Bureo a 11 de mayo 1638 (Tres rúbricas)”. Ante ello, Felipe II insistió: “Buelbasele a aduertir (rúbrica)”.

²⁰⁸ J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, pp. 444-447.

²⁰⁹ Sobre dicha Junta de etiquetas, F. LABRADOR ARROYO: “La formación de las Etiquetas Generales de Palacio en tiempos de Felipe IV: la Junta de Etiquetas, reformas y cambios en la casa real”, en F. LABRADOR ARROYO y J. E. HORTAL MUÑOZ (dirs.): *La Casa de Borgoña: La casa del rey de España*, Lovaina 2014, pp. 99-128.

subrayada al mismo tiempo y como consecuencia de la imposición del uso borgoñón y el paralelo decaimiento de la casa de Castilla ²¹⁰.

La cuestión de la presencia del asesor en el Bureo tuvo ocasión para suscitarse con el cese en sus funciones de asesor por parte del doctor don Pedro Marmolejo (cuya paradigmática carrera describo más adelante). Fue sustituido como titular por don Francisco Antonio de Alarcón, si bien sus muchas ocupaciones (como oidor del Consejo protegido por el conde duque) obligaron a nombrar bien pronto sustitutos, en primer lugar don Miguel de Carvajal y Messía, marqués de Jódar, y en febrero de 1638 don Antonio de Contreras. El Bureo no dio crédito a la respuesta que inicialmente le dio este último, declinando la designación por no haber sido hecha por el propio Alarcón, como el marqués decía haber sido su caso ²¹¹, y declaró en consulta al rey pocos días después haber sido “novedad bien grande... consultar el asesor en caso semejante ni en otro que toque al Bureo”. Felipe IV ratificó la designación realizada por la junta, sin reprender la actitud del asesor ²¹², pero la significación implícita de

²¹⁰ J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, op. cit., p. 447. Junto a él, formaba parte de la misma el marqués de Palacios y, tras su muerte el marqués de Malpica, siendo su secretario Sebastián Gutiérrez de Párraga.

²¹¹ “El s[eño]r marq[ue]s de Jódar que ha exerceido la comiss[ión] del Bureo por ausencia del s[eño]r D. Franc[isc]o Antonio de Alarcón me a d[ic]ho que lo haçe por consulta resuelta que hiço a Su Mag[esta]d Dios le g[uar]de el s[eño]r d[on] Franc[isc]o Antonio; y aunque el s[eño]r marq[ue]s auindole yo d[ic]ho lo que u.m. me dijo de la consulta resulta por Su Mag[esta]d hecha por los Sres del Bureo quiso exonerarse y que yo lo hiçiesse, esta misma cortessía y uer que exerce por resolución de Su Magd y que tiene tan buen empleo, me obliga a mí a suspender este exerçio de la m[e]r[ce]d que Su Mag[esta]d me a hecho por cons[sul]ta de aquellos s[eño]res. Doy quenta a u.m. del estado de esta materia para que teniéndola entendida y dando q[uen]ta en el Bureo (tachado “la Junta”) se ordene lo que se deue haçer. Dios g[uar]de a u.m. como deseo Md y febr[er]o 12 de 1638. El l[icencia]do don Antonio de Contreras (rúbrica). Dirigido al S[eño]r Gaspar de Fuensalida”. Sobrescrito con la contestación: “En Bureo a 19 de hebrero de 1638. Que el Sr don Ant[oni]o de Contreras cumpla con lo que Su Magd resoluió por consulta del Bureo hecha en 15 de en[er]o de 1638” (AGP, Personal, caja 16801/14 [antigua caja 249/14]).

²¹² “Señor. Auiendo el grefier hecho notoria la merçed que U[vestra] Magestad fue seruido de haçer a don Antonio de Contreras por consulta que el Bureo hiço a Uvestra Magestad le nombró por su asesor en las ausencias de don Francisco Antonio de Alarcón y lleuándole un despacho respondió al grefier el papel incluso (novedad bien grande) de consultar el asesor en caso semejante ni en otro que toque al Bureo. Dase quenta a Uvestra Magestad para que se sirua de resolver sobre ello lo que más fuere seruido, en Bureo a 26 de hebrero de 1638 años (rúbricas)”. Sobrescrito: “El Bureo 26 de hebrero 1638. Sobre la respuesta que dio don Antonio de Contreras al nombramiento que U. Mgd hiço en él para

la espinosa cuestión estaba sembrada para en adelante. Seguidamente, una vez obligado a aceptar la presencia del asesor, el Bureo mostró su resistencia regateándole la precedencia, al defender que debía ocupar el último lugar de la junta y, como mucho, preceder a los mayordomos que fuesen entrando²¹³. Aunque el rey no compartía esta opinión, el asesor se vio de hecho relegado al último lugar, al antecederle mayordomo mayor y mayordomos en tanto títulos de Castilla. La cuestión recobró actualidad en 1646, con la muerte de don Martín Nieto, hecho que hace pensar en que no se estaba cumpliendo la señalada entrada del asesor en el Bureo. Con tal ocasión, el rey firmó un decreto el 26 de enero de ese año, ordenando nuevamente presencia, precedido por el mayordomo mayor y el mayordomo de mayor antigüedad, y, en ausencia del primero, el más antiguo y el siguiente²¹⁴. La decisión real incomodó especialmente al Bureo, que con tal ocasión – el 7 de febrero– envió un memorial al rey, que en la misma medida que defendía la preeminencia del Bureo permite deducir que la condición de oidor del Consejo Real propia del asesor no era comparable a la del resto de consejeros de la corte, que estaba dotado de los caracteres de índole doméstica que vengo refiriendo, expresados con mayor claridad en ese contexto de imposición de la casa de Borjoña.

El argumento principal del Bureo era que “en ningún tribunal se asienta nadie si no es donde le toca por el oficio que allí entra”, como se había podido comprobar al entrar el conde de Peñaranda y el marqués de Jódar, o Lorenzo Ramírez de Prado y don Juan de Solorzano –hasta entonces consejeros de Indias– en el Consejo Real, entre otros ejemplos en varios organismos²¹⁵. La premisa de la que partía el Bureo era la inferioridad del asesor respecto al conjunto de los mayordomos, al reducirse su papel a la elaboración de los correspondientes pareceres y dar voto consultivo, argumentando también para demostrarlo hechos que no se correspondían con la realidad, como ser preferidos en cualquier junta y “que por consejeros de Castilla no adquieren otro (lugar) en los

asesor del Bureo” (Al margen, de mano del rey: “No obstante que don Francisco Antonio no pudo consultar lo que consultó, quando resuelbo una consulta le suplo las circunstancias q[ue] no miran a la sustancia”) (AGP, Personal, caja 16801/14).

²¹³ J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, p. 437.

²¹⁴ *Ibidem* y E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, p. 70.

²¹⁵ Caso de don Antonio de Luna en el Consejo de Órdenes, don Juan de Pareja en el de Hacienda, o el marqués de Castrofuerte en el propio Bureo, gentilhombre de cámara que entró en él tras ser nombrado mayordomo, o del marqués de Castañeda, consejero de Estado, en el de la reina, entre otros (AGP, AG, leg. 430, consulta del Bureo de 7 de febrero de 1646).

demás tribunales que el que les dá el oficio que representan”, cuando ya hemos visto lo dicho al respecto por Juan de Moriana. Por todo ello, el Bureo suplicó en consecuencia de sus argumentos al rey

se sirva de declarar que quando aia de entrar asesor en el lugar que le toca prefiriéndole todos los mayordomos, pues de otra suerte sería quitarle al que lo tiene adquirido para darle a quien entra de nuevo con diferente oficio.

Pero el rey no rectificó su decisión, al tener en consideración el significado implícito del asesor en relación con el Bureo, intencionadamente ignorado por este²¹⁶. La actitud mantenida por el Bureo en adelante fue aprovechar cada ocasión –y esta surgía con mucha frecuencia– para cuestionar la decisión real, y proponer su remoción²¹⁷, pero Felipe IV no sólo la mantuvo, sino que confirmó al asesor calidad de voto decisivo en aquellas cuestiones que así lo requirieran. No obstante, parece que esta entrada nunca pasó de la mera formalidad, y cosa distinta fue su efectividad. En 1680, Carlos II ordenó al Bureo que fuese convocado el asesor a la junta “en la forma que se ha estilado”, y el contralor le hizo ver que “en cuarenta y cuatro años que hace que sirvo, nunca he visto que ningún asesor haya entrado en el Bureo”²¹⁸. De manera que, como señala De Benito, la relación entre asesor y Bureo se produjo prioritariamente por la vía de la emisión y entrega de pareceres jurídicos, compatible con la referida entrada esporádica.

En este particular, en el caso del Bureo de la reina la concurrencia de importantes cargos en la persona del asesor, don Juan de Chaves y Mendoza (característica que como hemos visto era propia de quienes desempeñaban esta función) hacía difícil fijar su lugar en la junta, que requería de decisión expresa del rey. En suma, una serie de dificultades que hacían más viable, en opinión del Bureo, continuar con el procedimiento habitual de requerir su parecer sin asistir a la junta, opinión a la que finalmente se plegó el rey²¹⁹.

²¹⁶ AGP, AG, leg. 430, consulta del Bureo de 7 de febrero de 1646, *apud* J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, p. 441.

²¹⁷ Tras avisar al asesor para cumplir el mandato real, el Bureo solicitó al rey “se sirva de mandar que una novedad tan grande y nunca vista como es entrar el asesor en el Bureo se suspenda hasta que venga el Almirante mayordomo mayor” (AGP, AG, leg. 430).

²¹⁸ AGP, AG, leg. 430, consulta del contralor al Bureo de 21 de febrero de 1680.

²¹⁹ AGP, AG, leg. 432: “Bureo de la Reina N[uest]ra S[eñ]ora. En 4 de diziembre de 1638, n° 103. “Señor. En decreto de 21 de nouiembre manda U[vestra] Mag[esta]d que el memorial que biene con él de don Manuel de Rojas caualleriço de la reina nra sra sobre las raçones que representa para que no le prefiera en antigüedad don Juan Ortiz de Matienço se bea en el Bureo con el asessor. Y porque se a reparado en que por ser cosa nveua que el asessor

Al margen de las dificultades objetivas para que los oidores compatibilizaran sus muchas comisiones, parece que el concurso del asesor era necesario para asegurar la propia continuidad del Bureo, pese al celo de la junta en marcar distancias con él. Por ello, cuando el propietario no podía asumir sus responsabilidades por sus muchas ocupaciones, el Bureo solicitaba al rey la designación de un sustituto. Esto sucedió, por ejemplo, el 8 de junio de 1642, cuando la Junta de Bureo de la reina le pidió nombrar asesor por ausencia de José González²²⁰. Debe tenerse en cuenta que, al margen de la necesidad que tenía de él para ejercer con mayor garantía su tarea jurisdiccional, del asesor dependía el despacho de las comisiones para los proveedores de la casa, de manera que la disposición del asesor alcanzaba el rango de fundamental para asegurar su propia subsistencia. Esto lo testimonia un despacho del propio González al Bureo, de febrero del mismo año, con la comisión en favor de los nuevos proveedores entrados en servicio de la casa de la reina, en sustitución de Felipe de Oñate²²¹. Este documento tiene gran interés, porque muestra que la comunicación del asesor con el Bureo ¿no sólo era con los oficiales que lo gestionaban?, sino con el propio mayordomo mayor, hecho que asentaba una igualdad o equivalencia entre ambos muy rica en significado, al homologar a un mismo nivel ambas tradiciones de servicio, la castellana y la borgoñona. Existía, como vemos, un canal de comunicación entre ambos, si bien es verdad que los asuntos cotidianos de mayor monotonía jurídica recibidos de parte del asesor lo eran a través del contralor o del greffier, quienes reservaban el parecer recibido del mismo hasta su consideración en una reunión del Bureo. Dado el limitado volumen de pareceres, es de creer que la consideración de los mismos no aguardaba mucho tiempo para su consideración, sino que eran conocidos en la siguiente reunión. Debe tenerse en cuenta que, a juzgar por el asiento de tales reuniones, no era excepcional el

entre en el Bureo (pues no ay memoria de que en este ni en el de la cassa de U. Mgd aya entrado ninguno) abrá dificultad en resolver el lugar que se le a de dar particular mente, auiendo tenido don Juan de Chaues (que es asesor del Bureo) puestos tan preheminentes ha pareçido dar quenta dello a U. Magd para que mande declarar el que es seruido que se le dé, o ssi será mejor que se le enbie a pedir el parecer a su cassa, y sobre él resuelva el Bureo lo que tviere por más justo como se acostumbra haçer en todos los cassos de justiçia. M[adri]d a quatro de diçiembre de 1638". Formada la junta entonces por el marqués de Santacruz, el de Nauarrés y los condes de la Monclova y de Figueroa.

²²⁰ AGP, AG, leg. 434.

²²¹ AGP, AG, leg. 432, respuesta de González al marqués de Santa Cruz, de 13 de febrero de 1642.

hecho de que en una de ellas se tratase con brevedad un número reducido de asuntos, y no porque su complejidad requiriese una consagración monográfica a los mismos, sino más bien porque esta admitía un tratamiento sumario ²²².

1.5.2. *Perfil biográfico y funcional de los asesores del Bureo.*

El doctor don Pedro Marmolejo

La mera sucesión de ocupantes de la plaza de asesor del Bureo permite deducir su excelencia cortesana, una encumbrada posición en la corte en la que las diferentes ocupaciones se ayudan entre sí. Ya en la propia época se intuyó esta realidad, pues entre las diferentes comisiones desempeñadas por el doctor Antonio Bonal que mencionara Julián del Castillo, incluyó la asesoría del Bureo ²²³, que comenzó a ejercer como consejero de Hacienda en enero de 1602, contribuyendo tal ejercicio a su promoción al Consejo Real en 1604 ²²⁴. Parecido es el caso del licenciado Gaspar de Vallejo, ya iniciado el reinado de Felipe IV. Colegial de San Bartolomé, en cuya universidad fue licenciado y catedrático de cánones, fue oidor de Sevilla, donde casó con doña Aldonza de Vera de la Cueva, al tiempo que ejercía como consultor del santo oficio de Sevilla y Granada. Seguidamente pasó a oidor de Granada, de aquí a la Contaduría Mayor de Hacienda y a continuación

²²² Según se ve en AGP, AG, leg. 432, “En Bureo a 15 de março de 655 estando en él los señores (al margen: “El s[ñ]or m[ayordom]o mayor, el señor conde del Real, el señor conde de Mora, el señor marqués de Fuente el Sol, el señor don Álvaro de Melo. Entró después el conde de Alcañede”) bióse el memorial del cura del estado con el parecer del acesor y se acordó que se le pague la cantidad que pide dando las fianças que diçe el acesor. La pretençión de la biuda de Simón de Alcántara se comete al señor conde de Mora para que lo bea y se trayga en el Bureo. Que se haga menbrete al señor don Fernando de Contreras sobre la resolución de Su Mag[ees]t[ad] sobre el ofiçio de la sausería. Lo de la cadena, y el ampliar el paso de la cassa”.

²²³ J. DEL CASTILLO: *Historia de los Reyes Godos que uinieron de la Scythia de Europa contra el Imperio Romano*, Madrid 1624, p. 485. Caballero de Alcántara, colegial de Santa Cruz, catedrático de Instituta, Código y Digesto Viejo y Vísperas de Cánones en la Universidad, ejerció sucesivamente como oidor de Granada, de Valladolid, y consejero de Hacienda y Contaduría. Seguidamente menciona ser “de la Junta de Bureo” y menciona su entrada en el Consejo Real. Los pasos de su carrera, excepción hecha de la relación con el Bureo, en C. DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ: *Los oidores de las salas de lo civil de la Chancillería de Valladolid*, Valladolid 1997, p. 133.

²²⁴ La misma alusión “De la Junta de Bureo” y su data a partir de enero de 1602, en M. de los A. SOBALER SECO: *Catálogo de colegiales del Colegio Mayor de Santa Cruz de Valladolid (1484-1786)*, Valladolid 2000, p. 140.

al Consejo Real, promoción a la que siguió poco después la obtención de hábito de Santiago. López de Haro, en su *Nobiliario*, dio otro testimonio coetáneo de la importancia propia de la vinculación con el Bureo, al afirmar que Felipe IV, “atendiendo la entereza que guarda en las cosas públicas y de su real servicio”, ordenó a Vallejo “assistir en las mayores juntas que se ofrecieron en el primer año de su reynado, y también en la Junta del Bureo, con título de su juez”²²⁵. Como en el caso anterior, es de destacar el hecho de que se deduce la presencia física de ambos oidores en la Junta de Bureo, obviando el propio concepto de asesoría y su exención de tarea jurisdiccional directa. Pero pensamos que ello se debe a la ignorancia sustancial de ambos autores respecto a la mecánica de funcionamiento del comité. Con su consolidación institucional, este sin duda ganó en complejidad, y el criterio de elección del asesor superó el cumplimiento de cierto perfil objetivo, que era el de cierta solvencia en el ejercicio jurídico. Como decimos, tal elección cumplía un claro requerimiento de identificación política con los patrones cortesanos, pero cada vez en mayor medida fue implícitamente complementada con la acreditación de servicios previos a las propias personas reales. En este sentido, en la elección del citado Vallejo debió influir el hecho de que su primera dedicación administrativa hubiera sido la de auditor de cámara del archiduque Alberto²²⁶.

Seguidamente, el licenciado Diego López de Ayala fue ejemplo vivo de la mutua concurrencia de las plazas de oidor del Consejo y asesor del Bureo, de cara a una súbita restricción de disposiciones de alcance general. Ante el criterio del contador don Jerónimo de Quincoces sobre que la casa real no debía pagar sisa por todo lo encabezado, la Junta de Cortes consideró el 17 de abril de 1612 que era cosa “llana y sin ninguna duda” que las casas reales no debían pagar las sisas impuestas para satisfacer la paga de los Millones, pero que si el reino insistía, sería determinado en justicia en el Consejo Real. Esta opinión dio pie a una decisión real que ilustraba la señalada conjunción de tareas: “Está bien assí y pues D. Diego de Ayala es assessor del Bureo, él lo podrá dar a entender allí”. En consecuencia de esta decisión, la Junta de Bureo acordó el cumplimiento de la orden real, y de acuerdo con ella las casas reales no pagaron sisa en la corte ni en otra parte²²⁷. La doble tarea ejercida por López de Ayala propició una decisión favorable para las casas reales, pero en su caso esta doble condición, oidor y asesor, era complementada

²²⁵ A. LÓPEZ DE HARO: *Nobiliario genealógico de los Reyes y Títulos de España*, Madrid 1622, p. 492.

²²⁶ *Ibidem*, p. 492.

²²⁷ M. DANVILA: “Nuevos datos para escribir la historia de las Cortes de Castilla en el reinado de Felipe III”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 8 (1886) pp. 255-295, p. 255.

por la de camarista de Castilla, que no sólo le permitía formar parte de la Junta de Cortes, sino que redondeaba un ejercicio integrado de funciones de evidente procedencia y vinculación doméstica, en el que ambas tradiciones, la castellana y la borgoñona, quedaban amalgamadas. En cuanto al Bureo de la reina, disponemos de una serie de asientos desgajada de los propios libros del Bureo que detalla el ejercicio sucesivo del licenciado Juan Alonso Suárez (desde el 8 de enero de 1600), del licenciado Pedro Díaz de Tudanca (desde 16 de marzo de 1603), de don Fernando Carrillo (desde el 11 de octubre de 1603), del licenciado Gil Ramírez de Arellano y del licenciado don Juan de Chaves, quien fue recibido el 21 de febrero de 1618²²⁸. Salvo la excepción representada por el primero de ellos, dado que era fiscal del Consejo de Hacienda, el resto eran miembros del Consejo Real, a la que unían la condición de miembro del Consejo de cámara los licenciados don Fernando Carrillo y Gil Ramírez de Arellano.

A su vez, en su calidad de oidor del Consejo, la plaza de asesor no escapó a cierta característica general de los letrados, índice de una época en la que, cada vez en mayor medida, la competencia en el orden letrado era ayudada, para un conveniente progreso administrativo, por la posesión de una más o menos elevada vinculación nobiliaria. En este sentido, se dio una creciente tendencia al ennoblecimiento entre los escaños del Consejo y a ello no escapó, naturalmente, la asesoría del Bureo. Al contrario, el perfil de la misma hacía más propicio la posesión de este rasgo por parte de quienes desempeñaron la plaza. Fue el caso de Juan de Chaves y Mendoza, asesor del Bureo de la reina, quien recibió de Felipe IV título de vizconde de la Calzada en 1630, pero ya lo había sido el de Pedro Marmolejo, asesor del Bureo del rey cuya consolidación cortesana vino acompañada por varias menciones literarias preocupadas por subrayar tal naturaleza en su persona. Parece que, en ambos casos, su labor consiliar general se vio influida por tal característica, sobre todo en un sentido jurisdiccional, pero más allá de esta utilización funcional, predominó su formación jurídica y su apasionado convencimiento sobre la preeminencia representada por el Consejo, y su cualidad garante de todo un orden político y social. Pericia jurídica, posición cortesana y servicio previo propio o del linaje a las casas reales fueron méritos declarados con mayor o menor claridad para ejercer como asesor del Bureo, cuando no, como en el caso del propio Marmolejo, el flujo por sus propias venas de una lejana sangre real. El estudio de su carrera es ejemplar para definir los rasgos que caracterizaban la figura del asesor del Bureo en tiempo de Felipe IV.

²²⁸ AGP, Personal, caja 55/2, documento citado por F. LABRADOR ARROYO: “Casa de la reina Margarita”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, op. cit., vol. I, pp. 1133-1134.

Para hacerlo resulta muy útil la solicitud elevada por el propio Marmolejo al Bureo en 1635²²⁹, destacada, en la línea de lo dicho, por reflejar los oficios que acumulaba entonces: oidor del Consejo Real, consejero del Real en los de Guerra y Cruzada y asesor del Bureo. A su vez, mostraba como la asesoría era cauce para la obtención de plazas o mercedes en las casas reales, dado que invocaba sus muchos años de servicio para que su sobrino don Alonso Fernández Marmolejo, caballero de Santiago y sucesor en su casa y mayorazgo, ganase plaza de menino de la reina. A los efectos del funcionamiento del Bureo la consulta era igualmente importante, puesto que reflejaba un ejercicio gracioso similar al de la cámara de Castilla –en su ámbito de actuación– y permitía deducir la plena e igualitaria integración del Bureo, a esa altura, en un entramado doméstico-administrativo de difícil distinción, lo que le permitía recurrir a la secretaría de mercedes para fundamentar, muy extensamente, su respuesta.

Pero antes de trenzar el rosario de mercedes recibidas con las fases de su carrera, cabe afirmar en primer lugar que la naturaleza sevillana no debió ser perjudicial en una corte en la que el conde duque de Olivares consolidaba su poder. De hecho, la promoción de Marmolejo al Consejo Real, por nombramiento de 11 de febrero de 1624²³⁰, coincidió cronológicamente con la acometida al poder por parte de don Gaspar de Guzmán. Y, además, no cualquier naturaleza, sino tal que, por su elevación, le permitía compartir extracción social con el propio valido, como se encargó de subrayar la mencionada literatura, de muy diferente objeto, pero coincidente en avalar la elevada cuna del personaje. En su *Crónica del Gran Cardenal de España*, Salazar y Mendoza le citó entre los colegiales de Santa Cruz²³¹, antes de describir los pasos de su carrera, para afirmar:

²²⁹ AGP, Personal, caja 621/39. Respuesta del Bureo de 16 de julio de 1635.

²³⁰ J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid 1982, p. 508. Marmolejo ha merecido la atención de diferentes relaciones biográficas: J. MATUTE Y GAVIRIA: *Hijos de Sevilla señalados en santidad, letras, armas, artes o dignidad*, Sevilla 1887, vol. II, pp. 253-254; *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Madrid 1917, pp. 262-263 (reed. 1988); M. MÉNDEZ BEJARANO: *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, Sevilla 1923, tomo II, 1ª parte, pp. 23-24, tomando como dos diferentes al mismo Pedro Marmolejo de las Roelas; E. GONZÁLEZ MARTÍNEZ: “Marmolejo de las Roelas, Pedro”, en C. ALVAR (dir.), A. ALVAR EZQUERRA y F. SEVILLA ÁRROYO (coords.): *Gran Enciclopedia Cervantina*, Madrid 2011, vol. VIII, p. 7.619; J. BARRIENTOS GRANDÓN: “Marmolejo de las Rodas, Pedro”, en *DBE*, Madrid 2012, vol. XXII, pp. 632-633.

²³¹ *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza... Al Duque de el Infantado,... por el Doctor Pedro de Salazar y de Mendoza...*, Madrid 1625, pp. 348-350. Entró en el colegio de Santa Cruz el 25 de abril de 1595, con beca de canonista, y el 14 de agosto de ese año llevó su primera oposición, la cátedra de Instituta, y después la sustitución

Es cosa tan excelente, y para mí tan agradable, un sujeto rico de perfecciones, y merecimientos de naturaleza, y de fortuna, que no querría perdelle de vista, ni aún soltalle de la mano. Hele contado a don Pedro Marmolejo todos los passos de su vida y agora quiero rompelle las venas, satisfecho de que se las hallaré llenas de sangre muy generosa ²³².

El ennoblecimiento multiplicaba los efectos de la ciencia jurídica en la Castilla de Felipe IV. Era hijo de don Francisco Barba Marmolejo, veinticuatro de Sevilla ²³³, y de doña Leonor Ponce de León. Nieto de Ruy Barba Marmolejo y doña Juana de Saavedra, por la línea paterna, y de don Alonso Fernández de Santillán y doña Beatriz Ponce de León. En suma —concluía Salazar—:

Todos linages de los más qualificados, y antiguos de Sevilla, y de los más bien emparentados en aquella ciudad, y en el resto de Andalucía, y dependientes de otros de muy grande qualidad,

presente el de Marmolejo entre los 200 caballeros que conquistaron Sevilla. Al “abrir sus venas”, Salazar de Mendoza halló en ellas sangre real, pues descendía del infante don Manuel, hijo de Fernando III “el Santo”, y de la reina doña Beatriz. A su vez, heredó varias líneas reales de Castilla, León y Aragón por vías de don Juan Ponce de León, segundo conde de Arcos ²³⁴. En definitiva, “don Pedro

de Prima de leyes, sin opositor. En agosto de 1597 pasó a conducir la de Digesto Viejo, asimismo sin opositor, y desde marzo de 1600 la de decreto en propiedad (*op. cit.*, p. 348). Su paso por el colegio también es referido en G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los Reynos de las dos Castillas, vidas de sus arzobispos y obispos y cosas memorables de sus sedes*, Madrid 1645, vol. I, p. 179, y en M. de los A. SOBALER SECO: *Catálogo de colegiales del Colegio Mayor de Santa Cruz de Valladolid...*, *op. cit.*, pp. 158-159.

²³² *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza...*, *op. cit.*, p. 349.

²³³ J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla...*, *op. cit.*, p. 11.

²³⁴ Continúa Salazar de Mendoza: “Tiene Guzmanes de la casa de Niebla y de los señores de Torrijos, Mendoças de los de Sevilla y de el prestamero Figueroas de Feria, Saavedras de el conde de el Castellar, Çúñigas de Béjar, con el patronímico Ortiz. Medina, de Ruy Martínez, conquistador de Sevilla, Roelas de Toledo, Fajardo, de los Vélez, Torres de Cáceres, y otros muchos de los más principales linages de Sevilla, que sería cansancio referillos” (*Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza...*, *op. cit.*, p. 350). Sus antecedentes familiares también en el *Discurso genealógico de los Ortizes de Sevilla escrito por don Diego Ortiz de Zúñiga, cavallero del Orden de Santiago*, Cádiz 1670, ff. 51r-52r; J. F. FRANCISCO RIVAROLA: *Descripción Histórica, Chronológica y Genealógica, Civil, Política y Militar de la Sereníssima República de Génova. Su Gobierno antiguo y moderno*, Madrid 1729, p. 382, y en su *Parte Segunda. Monarquía española, blasón de su nobleza*, Madrid 1736, pp. 414-418.

Marmolejo es verdadero complejo de todas las especies de nobleza, que constituyeron Platón, Aristóteles, y otros grandes filósofos”²³⁵. Cosa muy diferente es que semejantes ditirambos acerca de la nobleza del personaje se dirigiesen a desterrar la fama de conversos arrastrada por los Marmolejo desde, al menos, la tramitación del hábito de caballero de Santiago por parte de don Gonzalo Marmolejo, víctima de la obsesión linajuda de don Fernando de Leiva, justo en el momento en el que su tío don Pedro ejercía como presidente de la Casa de la Contratación²³⁶.

Asimismo, no debió resultar perjudicial para su carrera el hecho de que se licenciase y doctorase en cánones, en 1600, en presencia de los propios reyes Felipe y Margarita²³⁷. La materia en que se doctoró tiene importancia, pues parte importante de la tarea que afrontó una vez llegado al Consejo Real, como veremos, tuvo sesgo eclesiástico, sin padecer las limitaciones propias de la tonsura. De manera inmediata, asumió la vacante de la fiscalía de la chancillería de Valladolid, y a partir de septiembre de 1601 ejerció como alcalde de los hijosdalgo en la misma, cuando residía en Medina del Campo²³⁸. El 2 de diciembre de 1604 se le hizo merced de la plaza de fiscal del Consejo de Indias²³⁹, y a partir de ese momento

²³⁵ *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza...*, op. cit. La misma adición de méritos objetivos y sangre se percibe en la *Historia de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara desde su fundación hasta el Rey Don Filipe Segundo administrador perpetuo dellas*, ordenada por el Licenciado Francisco CARO DE TORRES con acuerdo de los Señores del Consejo Real de las Órdenes, Madrid 1629, f. 191r.

²³⁶ J. CARTAYA BAÑOS: “‘Que no concurran las calidades de limpieza’: algunos expedientes sevillanos para las Órdenes Militares españolas en los siglos XVI-XVII”, *Tiempos Modernos* 23/2 (2011) pp. 12-13.

²³⁷ *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza...*, op. cit., p. 348.

²³⁸ *Ibidem*, p. 348. No parece tan claro que su primer oficio en la chancillería fuese el de juez mayor de Vizcaya, como afirma J. FAYARD: *Los ministros del Consejo Real de Castilla...*, op. cit., p. 11, quien omite su ejercicio como fiscal. Por lo menos la mencionada fuente coetánea no dice lo primero, y sí lo segundo. La fuente más fidedigna, la referida solicitud elevada al Bureo por el propio interesado, coincide con esta última. Entre los manuscritos del fondo antiguo de la biblioteca de la Universidad de Valladolid se conserva copia de una cédula real de 5 de agosto de 1601, que ordenaba al presidente de la audiencia y chancillería el pago de cierta cantidad a Marmolejo por el desempeño de los oficios de fiscal civil y criminal de la misma, así como su nombramiento como alcalde de los hijosdalgo de la misma, con fecha 13 de septiembre del mismo año, entre otros documentos (<http://uvadoc.uva.es/handle/10324/682>).

²³⁹ AGP, Personal, caja 621/39; *Crónica de el Gran Cardenal de España, don Pedro González de Mendoza...*, op. cit., p. 348; *Descripción de las Indias Occidentales de Antonio de Herrera, Cronista Mayor de Su Magd. de las Indias y su Cronista de Castilla*, Madrid 1730, p. 78;

ganó relieve cortesano, aunque sólo fuese por la tutela de los derechos reales propia de la plaza, que le permitió elaborar informaciones en derecho que dirimían cuestiones como la legitimidad del uso de oficios en litigio, que, por lo tanto, afectaban a importantes personajes cortesanos²⁴⁰.

Esta importancia creció con su promoción a consejero de Indias el 17 de mayo de 1611²⁴¹, lo que le permitió una intervención más directa en el gobierno indiano, por ejemplo, en cuestiones de régimen local que en Castilla eran competencia del Consejo Real²⁴², al tiempo que ampliaba la fuente potencial de procedencia de las mercedes recibidas, que delataban la altura de sus apoyos

Tablas cronológicas de los Reales Consejos Supremo y de la Cámara de las Indias Occidentales D.O.C. Al Rey Nuestro Señor en sus dos Reales Consejos de las Indias el licenciado Antonio de León Pinelo, relator del Supremo dellos, Madrid 1892, pp. 34 y 50, su permanencia como fiscal (E. SCHÄFER: *El Consejo Real y Supremo de las Indias: su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*, Sevilla 1935, vol. I, p. 367). Poco después recibió merced de 200 ducados de ayuda de costa para mudar su casa y libros. El 18 de noviembre de 1605 el Consejo de Indias acordó que le fuese pagado su salario íntegro como fiscal. El 28 de febrero del año siguiente el organismo aceptó su solicitud de que la merced de 200 ducados en penas de cámara de la chancillería de Burgos que le había sido hecha, fuese en su lugar cargada sobre las del Consejo de Indias (A. HEREDIA HERRERA: *Catálogo de consultas del Consejo de Indias, 1605-1609*, Sevilla 1984, vol. III, pp. 135 y 650). Curiosamente, ninguna de ambas mercedes consta en la relación de la secretaría de mercedes sobre la que el Bureo elaboró la citada consulta al rey.

²⁴⁰ Por ejemplo, “Por el fiscal de S. M. [Pedro Marmolejo] contra Pedro Menéndez de Avilés como sucesor que pretende ser del adelantado Pedro Menéndez de Avilés”, cfr. en J. L. PÉREZ DE CASTRO: “De literatura jurídica asturiana: nueva aportación al catálogo de ‘porcones’”, en *Liber amicorum: colección de estudios jurídicos en homenaje al Prof. Dr. D. José Pérez Montero*, Oviedo 1982, vol. III, pp. 1.087-1.105, p. 1.092.

²⁴¹ AGP, Personal, caja 621/39; *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza...*, op. cit., p. 348; *Descripción de las Indias Occidentales de Antonio de Herrera...*, op. cit., p. 81; *Tablas cronológicas de los Reales Consejos Supremo y de la Cámara de las Indias Occidentales...*, op. cit., pp. 26-28 y 49, su permanencia como consejero entre 1611 y 1624; E. SCHÄFER: *El Consejo Real y Supremo de las Indias...*, op. cit., vol. I, p. 357.

²⁴² Por ejemplo, su firma aparece en la confirmación del oficio de regidor de la villa de San Miguel de Ibarra en favor de Felipe de Zamora, de 22 de febrero de 1613, contenido en J. A. GARCÉS: *Libro primero de Cabildos de la Villa de San Miguel de Ibarra, 1606-1617*, Quito 1937, vol. XV, pp. 496-498. También, en la documentación enviada por el Consejo de Indias a la ciudad de Buenos Aires, fechada el 10 de febrero de 1614 (R. ALTAMIRA y P. TORRES LANZAS: *Correspondencia de la ciudad de Buenos Ayres con los Reyes de España, 1588-1615*, Buenos Aires 1915, p. 364).

cortesanos. El 29 de agosto de 1614 se le concedió cierta cantidad de lo procedido de las condenaciones de las visitas de la audiencia de las Charcas, y el 8 de agosto del año siguiente, le fue concedida exención de huéspedes para unas casas principales que tenía en la calle del Almendro, y le estaban dadas de aposento por una vida más que la suya o desde que cesase la causa de tenerlas de aposento. Nueva prueba de la solidez de su posición fue que el 10 de agosto de 1616 y el 20 de enero de 1618 le fue ampliada la exención por otras dos vidas, y el 28 de septiembre de este último año se le dio también exención de huéspedes de aposento de corte por 30 años para una casilla que compró junto a las principales, a contar desde que vacase por quien la disfrutaba²⁴³. En 1616 entró en la Junta de Guerra de Indias²⁴⁴. Sin duda, correlato de su consolidación política en la corte era la material y la sociológica, visible en diferentes indicios cotidianos²⁴⁵. A su vez, la referida propensión a los asuntos de orden eclesiástico apreciable durante su permanencia en el Consejo Real apuntó ya en su ejercicio como consejero de Indias. En 1617 hizo saber al fiscal Garci Pérez de Araciél su opinión favorable al derecho de la corona en las vacantes eclesiásticas en Indias, aunque después de muchas reuniones en el Consejo de Indias fue acordada su distribución en tres partes²⁴⁶. En esta línea, en julio de 1618 fue nombrado consejero de Cruzada, para lo relativo a las Indias. Permaneció tres años en este Consejo, añadiendo así 50.000 maravedís de salario anuales al medio millón percibido como consejero de Indias, entre otros ingresos y ayudas de costa²⁴⁷.

²⁴³ AGP, Personal, caja 621/39.

²⁴⁴ *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro Gonçalves de Mendoça...*, op. cit., p. 348.

²⁴⁵ Con su esposa, Isabel Carranza, consta que en 1615 fueron padrinos del bautizo de Agustín, esclavo de 15 años de Francisco de Vargas, moro de nación. Pedro Marmolejo fue padrino del bautizo de Ana, hija de Fernando Marmolejo y Beatriz de Santillana, quien nació el 29 de abril de 1630 (M. FERNÁNDEZ GARCÍA: *Parroquias madrileñas de San Martín y San Pedro el Real. Algunos personajes de su Archivo*, Madrid 2004, p. 437). El matrimonio entre Pedro Marmolejo y doña Isabel de Carranza, hija de don Sancho de Carranza Girón, regidor de Talavera y doña Agustina de Zayas, es referido en A. LÓPEZ DE HARO: *Nobiliario Genealógico...*, op. cit., p. 393.

²⁴⁶ P. DE HONTALVA Y ARZE: *Manifiesto canónico legal del absoluto y libre derecho del Rey Nuestro Señor a la percepción de las vacantes mayores y menores de las Iglesias de Indias y su conversión en qualesquiera usos convenientes al estado*, Madrid 1737, p. 3.

²⁴⁷ AGP, Personal, caja 621/39; *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro Gonçalves de Mendoça...*, op. cit., p. 348; M. de los A. SOBALER SECO: *Catálogo de colegiales del Colegio Mayor de Santa Cruz de Valladolid...*, op. cit., pp. 158-159.

Compatibilizó estas tareas con la orientación junto con su compañero Juan de Villela de la tarea de compilación legislativa indiana realizada por don Rodrigo de Aguiar y Acuña²⁴⁸.

A su vez, como miembro del Consejo de Indias, se desplazó a presidir la Casa de Contratación de Sevilla entre 1619 y 1621, tras hacerlo su compañero el licenciado don Francisco de Tejada y Mendoza (desde 1616)²⁴⁹. En su ejercicio como presidente de la Contratación cumplió eficazmente sus tareas, como dar aviso al Consejo de la llegada y salida de las flotas al Consejo²⁵⁰, si bien ello fue compatible con cierta dosis de autonomía, patente en el desplazamiento a la costa para recibir galeones sin la preceptiva orden del Consejo (vigente desde el 5 de marzo de 1609)²⁵¹. En pago a su trabajo en la presidencia de la Contratación, Marmolejo recibió varias mercedes. El 23 de octubre de 1622 se mandó a los administradores del asiento de la avería que le pagasen 2.000 ducados por una vez, y el 16 de abril del año siguiente Felipe IV ordenó que recibiese de los interesados en el nuevo nuevo asiento de la avería 500 ducados, que le ofrecieron por lo que había trabajado en su beneficio siendo presidente de la Casa. El 23 de mayo añadía a esta merced 500 ducados sobre la quinta parte de unas piñas de plata que había aprehendido por descaminadas siendo presidente²⁵². Parece que su ejercicio en la Casa de la Contratación era compatible con sus funciones como consejero de Indias, que –al menos en el terreno jurisdiccional– no sufrían

²⁴⁸ F. J. ANDRÉS SANTOS: “Los proyectos de recopilación del Derecho indiano en época de Felipe IV”, *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Coruña* 11 (2007), pp. 45-69, p. 58.

²⁴⁹ D. ORTIZ DE ZÚÑIGA: *Anales eclesiásticos y seculares de la Muy Noble y muy Leal Ciudad de Sevilla, metropoli de la Andalucía*, Madrid 1796, vol. IV, p. 106; *Nobiliario Genealógico de los Reyes y Títulos de España...*, p. 393. Dió aviso de ello al concejo sevillano, desde Madrid, el 27 de noviembre de 1618, *Índice de la Sección Especial del Archivo Municipal de Sevilla, que comprende los papeles y documentos adquiridos por el Excmo. Ayuntamiento en 1809, de la testamentaria del Señor Conde del Águila: arreglados en 1859, y divididos en 66 volúmenes en folio y 25 en cuarto*, p. 22. Recibió nombramiento la víspera (AGP, Personal, caja 621/39).

²⁵⁰ El 25 de marzo y el 3 de abril de 1619 remitió dos cartas al Consejo dando aviso de dos salidas y dos arribadas de la armada y flota de Tierra Firme, al mando del marqués de Cadereita. A su vez, el 18 de abril de 1620 daba aviso de la salida de dichas armadas y flota para su destino, *Biblioteca Marítima Española, obra póstuma del Excmo. Señor Don Martín Fernández de Navarrete*, Madrid 1851, vol. II, pp. 580-581.

²⁵¹ J. DE VEITIA: *Norte de la contratación de las Indias Occidentales*, Sevilla 1671, p. 30.

²⁵² AGP, Personal, caja 621/39; *Catálogo de la Colección “Pellicer”, antes denominada “Grandezas de España”, 4 vols.*, Madrid 1957-1960, vol. III (1958), pp. 101 y 104.

interrupción a causa de tal comisión. Por lo menos, constaba su firma en la sentencia de la visita sufrida por Rui Díaz de Guzmán, administrador de las rentas reales de Santiago de Jerez, provincia de Guayrá, dada el 29 de enero de 1620, junto a los licenciados Alonso Maldonado de Torres y Juan de Villela²⁵³. Se configuraba ya una virtud apropiada para ejercer como asesor, la capacidad de asumir y coordinar comisiones, a la espera de más elevadas cotas de responsabilidad cortesana. En este sentido, Salazar de Mendoza confirma que su paso provisional a Sevilla había sido “con retención de las plaças que tenía de Indias, Cruzada, y de la Junta de Guerra”²⁵⁴.

Tales cotas de responsabilidad llegaron con la promoción al Consejo Real, publicada el 12 de febrero de 1624 y formalizada 5 días después²⁵⁵, a la que acompañó otra muy significativa, dirigida a elevar su dignidad personal: la concesión de hábito de caballero de Santiago²⁵⁶. Dado su perfil formativo, desde el inicio de su actividad en el Consejo contribuyó al reparto de funciones entre la Monarquía hispana y la Sede apostólica que, no sin roces ni excepciones, caracterizó las relaciones entre ambos poderes tras el jurisdiccionalismo propio del reinado de Felipe II²⁵⁷. Ello se tradujo en su aval legal de la holgura material del estado eclesiástico en Castilla, aunque implicase restringir el alcance de la legislación general, en la antesala de los sonados conflictos generados en Sevilla por el intento de imposición sobre el consumo de sal, finalmente frustrado²⁵⁸. Su firma consta, por ejemplo, en la provisión real de 13 de julio de 1624 que permitía arrendar rentas eclesiásticas con sumisiones y salarios, pese a la pragmática

²⁵³ “Rui Díaz de Guzmán”, *Revista del Archivo General de Buenos Aires* I (1869), pp. 154-156.

²⁵⁴ *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro Gonçález de Mendoza...*, op. cit., p. 348; J. DE ROXAS Y CONTRERAS (MARQUÉS DE ALVENTOS): *Historia del Colegio Viejo de S. Bartholomé, Mayor de la célebre Universidad de Salamanca*, Madrid 1768, Segunda parte, Tomo primero, p. 55

²⁵⁵ G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaçeta y nuevas de la Corte de España...*, op. cit., p. 190; AGP, Personal, caja 621/39.

²⁵⁶ *Crónica de el Gran Cardenal de España, Don Pedro Gonçález de Mendoza...*, op. cit., p. 349.

²⁵⁷ Esta vocación de concordia tuvo soporte bibliográfico a cargo, generalmente, de autores eclesiásticos, del que es ejemplo J. DE LA PUENTE: *Tomo primero de la conveniencia de las dos monarquías católicas, la de la Iglesia Romana y la del Imperio Español, y defensa de la precedencia de los Reyes Católicos de España a todos los reyes del mundo*, Madrid 1621.

²⁵⁸ J. E. GELABERT: *Castilla convulsa (1631-1652)*, Madrid 2001, pp. 42-48.

que lo prohibía, así como en la de 24 de marzo de 1628, para que los arrendadores de las rentas eclesiásticas pudiesen vender los tratos de las mismas, pese a la pragmática que prohibía la reventa de frutos²⁵⁹. También se advierte la presencia de su firma en dos autos del Consejo Real que declinaban sendos recursos de fuerza planteados por el corregidor de Ávila y los diputados y cobradores de Millones contra el provisor de la iglesia de Ávila, por proceder contra ellos al pretender el cobro de la imposición sobre vino del diezmo (auto de 12 de mayo de 1633); y por el regidor madrileño Claudio de Cos, por no concederle el vicario de la villa apelación de su auto, que prohibía a los comisarios de Millones cobrar a las religiones más de la sisa de la octava parte del vino, vinagre y aceite, y de la carne de su cosecha y cuidado dedicada a su propio sustento, y de las limosnas recibidas (auto de 27 de febrero de 1635)²⁶⁰. Probablemente, no sería difícil encontrar la firma de Marmolejo en otros autos o provisiones de sentido contrario, pero desde luego su presencia en los documentos mencionados es de por sí suficientemente significativa, como también lo fue su firma en la solicitud de autorización apostólica de la congregación de la Natividad de Nuestra Señora de Madrid, junto con –entre otras personas– don Gonzalo Pérez de Valenzuela, su compañero en el Consejo²⁶¹.

Asimismo, la mano munificente y protectora del conde duque se hizo sentir inmediatamente en favor de Marmolejo, quien ejerció como eficaz agente legal de la política impuesta por el valido. A los pocos meses de su acceso al Consejo se le dio exención perpetua de huéspedes de aposento para unas casas que compró a

²⁵⁹ M. GUILLÉN DEL ÁGUILA y F. VILLAMARÍN SUÁREZ Y NOVOA: *Nueva impresión del libro de Breves y Bulas pontificias tocantes al Estado Eclesiástico, y a las gracias del Subsidio, y Escusado, con adición de algunos Breves y papeles muy importantes*, Madrid 1666.

²⁶⁰ Ambos autos, insertos en *Bulas, Breves e Indultos Apostólicos. Cartas, Cédulas y Provisiones Reales, con otros papeles importantes al Estado Eclesiástico de los Reynos de Castilla y León. Sacados de los Archivos de la Santa Iglesia de Toledo, Primada de las Españas, y del Procurador General en la Corte de Su Magestad*, Madrid 1635, pp. 33-34. Del contenido del primero de ellos se deduce, además, que Marmolejo en ese momento pertenecía a la sala de gobierno del Consejo. No sería descabellado relacionar la propia aparición de este volumen con resoluciones tan favorables, publicadas poco antes. Una semana antes del segundo de los autos el Consejo había emitido provisión “para que las Iusticias en sus jursidicciones, en los repartimientos que hizieren para los efetos de que en ella se haze mención, no permitan, ni den lugar que el Estado Eclesiástico sea gravado, ni molestado”, asimismo incluido en esa misma obra (pp. 34-36).

²⁶¹ F. MARÍN BARRIGUETE: “Los jesuitas y el culto mariano: la Congregación de la Natividad en la casa profesa de Madrid”, *Tiempos Modernos: Revista Electrónica de Historia Moderna* 4-9 (2003), p. 5.

don Francisco Zapata, contiguas a las suyas, para después de los días de quien por entonces las disfrutaba²⁶². Su caso era ejemplo de la excepción a la política general de “reformación” en el terreno económico que podía suponer la proximidad al valido, puesto que a los 500.000 maravedís de salario como oidor del Consejo pronto añadió 300 más en concepto de propinas y 600 ducados de tres *fiades* de escribano –que, por cierto, se aprobaban en las consultas de los viernes del propio Consejo–, además de 100 reales de cera en el día de la Purificación²⁶³. En el aspecto administrativo, fue más allá del estricto cumplimiento de sus funciones como consejero, y fue intérprete y ejecutor de diferentes medidas que daban testimonio del nuevo orden impuesto por el valido. Formó parte, de este modo, de la Junta de Comisiones instituida por cédula real de 23 de enero de 1628, para disminuir por espacio de un año todas las súplicas que se interpusieran de sentencias del Consejo de Órdenes, junto con su compañero el licenciado don Juan de Frías Messía, y el doctor don Juan Jiménez de Ocón y don Fernando Pizarro de Este, quienes pertenecían al Consejo de Órdenes. La posesión de hábito por parte de ambos oidores del Consejo Real autorizaba su inclusión en esta junta, nacida para encauzar una materia en la que las Audiencias pretendían intervenir, en virtud de cédula real, sobrecartada pero nunca aplicada, de 1502. Con todo, su intervención no alcanzaba a la ejecución de las sentencias, que correspondería a sus compañeros del Consejo de Órdenes. A partir de su indicción la junta ganó estabilidad y a comienzos de cada año el rey designaba sus miembros, en la referida proporción²⁶⁴. La relevante posición de Marmolejo se expresó nítidamente en 1626, cuando fue consultado junto con otros ministros sobre candidatos para la presidencia de Castilla²⁶⁵.

El mencionado compromiso de Marmolejo con la política olivarista se apreció especialmente en su papel en la articulación de la creciente presión fiscal sobre la

²⁶² Al respecto, AGP, Personal, caja 621/39, así como carta de don Juan del Castillo, secretario del rey y del Registro General de Mercedes a don Sebastián de Contreras, de 7 de julio de 1629, con remisión de copias de las órdenes relativas a la secretaría del Registro, con motivo de la merced de exención perpetua en favor de don Pedro Marmolejo [*Catálogo de la Colección “Pellicer”*..., *op. cit.*, vol. II (1958), p. 396].

²⁶³ AGP, Personal, caja 621/39.

²⁶⁴ G. M. DE JOVELLANOS: “Consulta del Real y Supremo Consejo de las Órdenes a S.M. acerca de la jurisdicción temporal del mismo, estendida por el autor”, en *Colección de varias obras en prosa y verso del Excmo. Señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, Madrid 1830, vol. I, pp. 209-287, pp. 227-228. La provisión real es copiada al comienzo de F. CARO DE TORRES: *Historia de las Órdenes Militares*..., *op. cit.*

²⁶⁵ AHN, Nobleza, Someruelos, Caja 24, Documento 18.

sociedad castellana, determinada por un desolador panorama económico²⁶⁶. Como señala el profesor Gelabert, el protagonismo en este sentido de aquellos letrados que le debían la plaza del Consejo no admite duda: oidores como don Juan de Chaves y Mendoza, el mentado Marmolejo o José González²⁶⁷. Los tres ejercerían como asesores del Bureo en una u otra casa real, hecho menos casual de lo que parece, dado que, como tales, tenían potestad de intervenir en el aspecto complementario de tal política económica, la reducción del gasto de las mismas. Que la participación de tales hombres era fundamental para sacar adelante esa política lo demuestra el hecho de que, por ejemplo, la nueva imposición sobre el consumo de sal planteada el 29 de mayo de 1631 fue sometida a una junta de 12 ministros adictos que discutiesen el asunto y lo dejaran encarrilado para el Consejo Real. Lo chocante es que tales ministros eran todos oidores del Consejo, de manera que la posibilidad del fracaso en sacar adelante la medida quedaba notablemente disminuida. De esa junta formaron parte los tres mencionados²⁶⁸. Se trataba de sustituir el servicio de Millones por la referida contribución. Conforme a su perfil común, González y Marmolejo coincidieron en los argumentos sostenidos en el seno de este comité, cuyas sesiones estuvieron rápidamente dominadas por la discusión en torno a la justicia de un precio, el de la sal, que, aunque abasteciera una contribución a priori mucho menos gravosa que los odiados Millones, excedería con creces el valor del bien, con los problemas éticos que ello generaba en la Castilla del siglo XVII.

Ya Juan de Mariana había condenado esta práctica, en referencia a las mutaciones monetarias ejecutadas a partir de 1599²⁶⁹. En definitiva, como decía un oidor del Consejo dotado de mayor independencia, el licenciado don Juan de Frías, “el precio legal regularmente a de corresponder al natural”, pero los partidarios de la nueva medida, y a su cabeza el propio Felipe IV, consideraban que, por elevado que fuese, el precio de la sal era justo por cuando iba a propiciar una carga

²⁶⁶ Sobre ello, A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Política y hacienda de Felipe IV*, op. cit., pp. 49-53.

²⁶⁷ J. E. GELABERT: *Castilla convulsa...*, op. cit., p. 21. Sobre González, J. FAYARD: “José González (1583?-1688), ‘créature’ du comte-duc d’Olivares et conseiller de Philippe IV”, en Y. DURAND (ed.): *Hommage a Roland Mousnier*, París, 1981, pp. 351-367.

²⁶⁸ Junto con el licenciado Melchor de Molina, don Fernando Ramírez Fariñas, don Gonzalo Pérez de Valenzuela, don Francico de Tejada, Gregorio López Madera, don Diego de Contreras, don Francisco Alarcón, don Juan Chumacero y don Antonio de Camporredondo (J. E. GELABERT: *Castilla convulsa...*, op. cit., p. 18).

²⁶⁹ *Ioannis Marianae e Societate Iesu Tractatus VII... IV: De monetae mutatione...*, Coloniae Agripinae: sumptibus Antonii Hierati, 1609, cfr. J. E. GELABERT: *Castilla convulsa...*, op. cit., pp. 23-24.

mucho menor que la representada por los Millones. Si José González opinaba que la cuestión no estaba en dar valor a la sal, sino en la conmutación de dos servicios suscritos por el reino, Marmolejo abundó en esta línea y defendió el derecho del príncipe a tasar “todas las cosas”, especialmente si era en utilidad y provecho del reino. Incluso tenía respuesta para otra de las cuestiones suscitadas con la mutación de los Millones, la necesidad, al ser un contrato suscrito con él, de convocar al reino para darle cuenta de la conversión en una imposición sobre el consumo de sal²⁷⁰. La forma de conducir esta materia constituía toda una muestra de la aparición de usos administrativos híbridos, derivados de la aplicación de nuevas formas resolutivas sobre un engranaje ya rodado. Como ha señalado el profesor Gelabert, su tramitación a través del Consejo Real demostraba la reticencia del Conde Duque hacia el Consejo de Hacienda, pero también la superación del marco legal fijado para este último en sus *Ordenanzas* de 1602, centrado en la “administración por mayor de mi hazienda real”. Se remitía así la cuestión a un ámbito más general, tanto por la variedad de las instancias afectadas, como por la complejidad de las medidas articuladas para materializar el cobro. Creo que se advertía la definición de una continuidad espacial de orden cortesano desde el ámbito restringido del rey hacia el territorio de los reinos de Castilla, como soporte de la percepción de la contribución, y el agente más capacitado para hacerlo, conforme a su propia naturaleza, era el Consejo Real. Significativamente, el proceso de consulta previo al establecimiento del impuesto había sido llevado directamente por el propio rey, a través de la contradictoria fórmula de dirigir las reuniones de una junta ajena al propio Consejo, pero constituido en exclusiva por oidores del mismo²⁷¹. A los que, a su vez, correspondería la ejecución del impuesto mediante la división del conjunto del territorio del reino en 8 partidos, confiados a su gobierno y tutela. Algo muy semejante a lo ya acontecido con el cobro y gestión del donativo en 1629, del que Marmolejo también formó parte.

No obstante, la difícil conciliación de varias comisiones que siempre amenazó la actividad de los oidores del Consejo se manifestó de forma inmediata, y Marmolejo hubo de alzar la mano de la cuestión de la sal para atender nuevas tareas. Entre octubre y noviembre de 1630, ejecutó una visita a la Universidad de Alcalá caracterizada por su conflictividad. Las constituciones de la Universidad

²⁷⁰ Así, en su opinión, “mejorar el servicio y aliviar a los súbditos y descargarles y aliviarles de las vexaciones y molestias, resolver y executar otro medio más suave no es contravenir a lo contratado con el Reyno, pero mejorar el contrato conforme al consentimiento que dió para el de los millones”, transcrito por J. E. GELABERT: *Castilla convulsa...*, *op. cit.*, p. 27.

²⁷¹ *Ibidem*, pp. 21-22.

preveían dos tipos de visitas; unas, ordinarias, a cargo de algún canónigo de la magistral de los Santos Justo y Pastor, que anualmente vigilarían el funcionamiento de la institución; otras, extraordinarias, a cargo del Consejo y a modo de “fiscalización superior”, como señala Ruiz Rodríguez. A lo largo del siglo XVII se multiplicó este último tipo de visitas, ante la relajación en el cumplimiento de las normas universitarias, que alcanzó la propia cúspide directiva de la institución, según el referido autor²⁷². Que por las fechas concretas señaladas este establecimiento docente era objeto de interés especial por parte del Consejo Real lo demuestra el hecho de que poco antes había recibido la visita extraordinaria de Francisco de Tejada, enviado para inspeccionar las obras necesarias en los colegios mayor y menores. Aunque los testimonios que han quedado de su labor son escuetos, los resultados de la visita de Marmolejo fueron gravosos para el colegio de San Ildefonso, que a partir de su conclusión se quejó amargamente de sus resultados. En su labor, Marmolejo se produjo con su característica contundencia, emitiendo autos perentorios que apremiaban el pago de sumas económicas por haber incurrido en gastos indebidos. El colegio reaccionó poniendo en duda la capacidad del visitador para imponer acuerdos que tenían visos de sentencia, que sólo correspondía fijar al Consejo, pero, como señala Ángel Gil García, este argumento era falso. En su visita, Marmolejo dedicó gran atención a la reforma del Colegio Trilingüe²⁷³. A su conclusión, no menos delicadas fueron las cuestiones que habría de gestionar, que testimoniaban su identificación con la política de Olivares, especialmente al implicarse en la imposición de la *media anata*.

La documentación que Marmolejo generó con esta ocasión prueba la resistencia que originó este gravamen. Los grandes, títulos y señores se negaron a atender los requerimientos de la Junta de media anata, en los que se les exigía enviar las relaciones con los oficios de sus lugares, a partir de los cuales fijar la imposición²⁷⁴. Creada por real orden de 22 de mayo de 1631, Marmolejo entró

²⁷² I. RUIZ RODRÍGUEZ: “Las reformas constitucionales de la Universidad Complutense en el siglo XVII: aproximación a su grado efectivo de cumplimiento”, *Estudios de Historia Social y Económica de América* 13 (1996) pp. 667-680, p. 669; I. RUIZ RODRÍGUEZ: *Apuntes de Historia del Derecho y de las Instituciones españolas*, Madrid 2005, p. 155.

²⁷³ Á. GIL GARCÍA: *La Universidad de Alcalá de Henares en el siglo XVII, según los datos de sus visitas y reformas*, Madrid 2003, pp. 158-160, obra por la que me guío en este punto. A su vez, Á. GIL GARCÍA: “Panorámica de las visitas y reformas constitucionales de la Universidad de Alcalá de Henares en el siglo XVII”, *Estudios de Historia Social y Económica de América* 13 (1996) pp. 681-698, con indicación de la inspección de Marmolejo en p. 689.

²⁷⁴ J. I. ANDRÉS UCENDO: *La fiscalidad en Castilla en el siglo XVII: los Servicios de Millones, 1601-1700*, Bilbao 1999, p. 224.

en ella a partir de la reconstitución formal de la misma de 7 de marzo de 1632, que supuso un aumento considerable en el número de sus miembros. Junto a él, entraron por parte del Consejo Real y la cámara Juan Chumacero y José González, quien, como Marmolejo, simultaneaba su presencia en diferentes juntas, lo que –según ya hemos señalado– garantizaba la aplicación de los principios propios del valido en la administración. Ello se advierte en que González fue uno de los 4 miembros fijos de la junta (junto con Fray Antonio de Sotomayor –inquisidor general, confesor del rey, consejero de Estado y comisario de Cruzada–, el electo arzobispo de Charcas y el electo de Cádiz), dado que el resto de los miembros eran comisarios designados por cada consejo o junta para dirimir las controversias que hubiese generado la aplicación de la nueva contribución en el campo administrativo atendido por los órganos de procedencia de cada uno de ellos. La ausencia de Juan Chumacero en Roma propició que el licenciado José González fuese designado comisario por la cámara, y que compartiese las tareas de comisaría del Consejo Real con Marmolejo y Miguel de Ipeñarrieta, consejero de Hacienda, por decreto de 22 de marzo de 1633²⁷⁵.

El paroxismo administrativo que desde finales del reinado de Felipe II afectó al aparato consiliar, en tiempo de Felipe IV pareció extenderse al sistema de juntas, de manera que el propósito de enmienda representado por el espíritu de reforma quedó pronto diluido, principalmente por el imperativo político representado por la guerra. En este sentido es de destacar la existencia por entonces de miembros de las juntas supernumerarios, a la espera de que se produjese una vacante en el comité para el que eran nombrados, o la representación en el organismo de procedencia de los miembros de la Junta de la media anata, a modo de comisarios recíprocos. Es relevante, como indicio de la institucionalización vivida por entonces por el Bureo, que un comisario del mismo formara parte de la Junta de la media anata. Fue el marqués de Torres, mayordomo de Felipe IV, para lo que fue decisivo el hecho de que por su mano se proveían los oficios de la casa real, y previamente no había nombrado ninguno.

Por comisión real, la ejecución privativa del cobro de la media anata correspondió al doctor don Pedro Marmolejo. Además, la cédula real de 26 de diciembre de 1632 que detallaba la proporción del pago correspondiente a diferentes

²⁷⁵ “Que porque la comissaria del Consejo de Castilla es de nueba ocupación, y por la ausencia que ha de hacer D. Juan de Chumacero a Roma a negocios de mi servicio, nombro al licenciado Joseph González para que lo sea por la cámara y si todos huvieren menester más ayuda nombro a Miguel de Ipeñarrieta para que la dicha ocupación se divida entre don Pedro Marmolejo, Joseph González y el dicho Ipeñarrieta” (J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, p. 312).

oficios insistía en este particular, y refería que había sido nombrado para percibir tal contribución de

los oficios, prorrogaciones, aprobaciones y mercedes que se despachan por el dicho mi Consejo, y el de la sal, y Junta de Población, y para todos los oficios que qualesquier ciudades, villa y lugares destos mis reinos de Castilla, Grandes, Títulos y Señores de lugares eligen y nombran²⁷⁶.

En concreto, la cédula especificaba el montante a pagar por parte de los alcaldes ordinarios y de hermandad, de hijosdalgo y hombres buenos, regidores de ambos estados, fieles, alarifes, medidores, almotacenes, mayordomos y caballeros de sierra, cuyas elecciones y nombramientos se hacían, en su mayor parte a finales del mes de septiembre, y la forma material de recaudarlo por parte de los “cogedores”, de cara a su envío al receptor general de la Cruzada del partido en cuestión. En su calidad de comisario del cobro de la *media anata*, correspondería a Marmolejo dirimir cuestiones cuando menos curiosas²⁷⁷.

En esa cédula se trataba también a Marmolejo como “asesor y consejero del de Guerra” y, para entonces, había iniciado ya su presencia en la Junta de competencias²⁷⁸. Al año siguiente, tales labores de asesoría se extendieron al Consejo de Cruzada, “por las ausencias y ynpedimentos de don Juan de Chabes y Joseph Gonçález”²⁷⁹, detalle que conviene no ignorar. Vengo refiriendo que las directrices de la política general orientada por Olivares eran aplicadas en el plano jurídico y administrativo por una reducida serie de letrados que colonizaban

²⁷⁶ Una copia impresa de esta cédula real se guarda en la Biblioteca del Seminario de Cádiz, y ha sido estudiada por M. B. PIQUERAS GARCÍA: “Cédula de Felipe IV sobre el derecho de la media anata”, *Trocadero* 21-22 (2009-2010) pp. 165-190. Otras dos copias se hallan en BNE, VE/50/22 y VE/68/54.

²⁷⁷ Una vez concedido permiso a O'Neill, conde de Tirón, para transportar el cuerpo de su difunto hermano desde el convento de San Francisco de Aranda de Duero hasta Flandes, con pasaporte libre para que no le fueran puestos impedimentos en las puertas de los lugares del trayecto bajo jurisdicción del monarca hispano, consultó a Marmolejo si debía pagar la media anata por el transporte. El 24 de octubre de 1633 este decidió que no debía hacerlo, dado el silencio al respecto tanto de las reglas generales como de las órdenes particulares emitidas sobre el régimen de la contribución (en Digital CSIC Open Science, URL <http://hdl.handle.net/10261/68033>).

²⁷⁸ Que se extendió por lo menos hasta el 14 de febrero de 1634. Los 2.500 reales anuales de retribución por su asistencia a ella hacen pensar que esta era por su entrada continua en ella, y no por una presencia eventual, al respecto J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, pp. 674 y 750, y la fuente aquí citada.

²⁷⁹ AGP, Personal, caja 621/39.

un núcleo sensible de la administración, por así denominarlo. A estos efectos, los oidores del Consejo resultaban muy apropiados, pues sus personas ganaban la cualidad jurisdiccional propia del organismo, que posteriormente proyectaban y ampliaban en otros órganos cortesanos a los que también alcanzaban los principios de esa política general, y cuya sujeción a la misma era necesaria. Se combinaba así principio político y legalidad, y los interpretes de este conglomerado eran los oidores del Consejo que se desdoblaban en asesorías, juntas y consejos, que alcanzaban todas las realidades ampliadas cobijadas a escala por la corte: la casa real, la cruzada, las Indias, la guerra..., muy determinadas, conforme al contexto, por la gestión económica y la necesaria reducción de su volumen. Tanto Chaves como González fueron de los oidores más azacanados en el servicio del rey y del conde duque, especialmente en el segundo caso. Como he señalado, Juan de Chaves fue recibido como asesor del Bureo de la casa de sus altezas el 21 de febrero de 1618²⁸⁰, ejerció también como tal en el del príncipe, y por entonces prestaba esa función en el Bureo de la reina, que el 5 de enero de 1638 solicitó la designación de un sustituto por la ausencia que hacía de la corte el titular²⁸¹. A su muerte, sería el propio José González quien ejerciese la función de asesor del Bureo de la reina y, conforme a la tónica descrita, este solicitaría nuevamente el 8 de junio de 1642 la designación de un sustituto²⁸².

A su vez, el propio Marmolejo y Chaves de Mendoza compartían presencia en la Junta del Donativo desde 1629, encargada de dirimir las apelaciones y reparos por la actuación de 6 consejeros de cámara despachados por veredas para conseguir tales. Si bien, mientras Marmolejo permaneció en Madrid, Chaves hubo de desplazarse a su Extremadura natal y otros lugares con tal fin²⁸³. Parece que, a ojos del valido, los riesgos de la dispersión o de la inconcreción se conjuraban con la atribución de su política a un número reducido de manos, circunstancia que, en el caso de Chaves y González se une a su condición de camaristas, que implicaba complementar las tradiciones domésticas castellana y borgoñona. Por su servicio como asesor sustituto de Cruzada, Marmolejo llevó

²⁸⁰ AGP, Personal, caja 55/2.

²⁸¹ AGP, Personal, caja 27/11. El rey ordenó que lo fuese Francisco de Alarcón. Asimismo, A. DE TORRES Y TAPIA: *Crónica de la Orden de Alcántara*, Madrid 1763, vol. II, p. 344, donde se refieren sus incontables servicios y comisiones por entonces.

²⁸² AGP, AG, leg. 434; AGP, Personal, caja 27/11. Que, nuevamente, sería Francisco Antonio de Alarcón.

²⁸³ *Discurso sobre el Consejo y ceremonial del mismo...*, en S. DE DIOS: *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla*, op. cit., pp. 322-323.

tres propinas anuales equivalentes a 3.756 reales en plata, mientras que Chaves y Mendoza, el titular, continuó gozando los 100.000 maravedís de salario propios del oficio ²⁸⁴.

Conforme al referido principio, a las comisiones y asesorías ya citadas Marmolejo unió por entonces otras igualmente significativas, como la ya referida comisaría del Consejo de la *media anata*, la de la Sal y la de la Junta de Población, tareas por las que percibía 50 reales en plata anuales, que consumía en tres oficiales papelistas encargados de tales comisiones. A ellas se unía la ya mentada plaza de asesor y consejero de Guerra, que ejercía en impedimento de Francisco de Alarcón, a quien ya nos hemos referido como sustituto sucesivo de Chaves y González como asesores del Bureo de la reina. Esta tarea era gravosa para Marmolejo, puesto que pagaba 20 reales de *media anata* y se le libraban —que no pagaban, ante la falta de efectos para hacerlo— tan sólo las propinas. Y también la presidencia bianual de la Mesta, que Marmolejo ejercía por entonces, y que le obligaba a desplazarse semestralmente a tener los correspondientes Consejos, para los que necesitaba una provisión de 1.000 ducados cada vez ²⁸⁵. El círculo de la influencia se cerraba sin ninguna duda con la asesoría del Bureo, que Marmolejo ejercía desde marzo de 1629, cuando entró a servir la ausencia del titular, don García de Haro, sin dejar de hacerlo desde entonces y sin percibir retribución alguna por ello. Cabe preguntarse con todo sentido si tan peculiar situación implicaba una disputa política por el control de plaza tan sensible e influyente como la de asesor del Bureo. Pero, en cualquier caso, valga ahora con decir que la relación de méritos y su correspondiente remuneración sirvió para que el Bureo apoyase la solicitud de su asesor para que su sobrino don Alonso Fernández Marmolejo fuese nombrado menino de la reina, que con tal propósito había sido elaborado el memorial que me ha servido para reconstruir su importante trayectoria ²⁸⁶. Cabe afirmar la satisfacción del Bureo con la tarea de Marmolejo, pues ya en 1631, evidenciando una posición administrativa que le permitía proceder

²⁸⁴ AGP, Personal, caja 621/39.

²⁸⁵ *Ibidem*. Un ejemplo de esta tarea los constituye el acuerdo y mandato de 22 de diciembre de 1635, en el Concejo de la Mesta presidido por Pedro Marmolejo en Segovia, “para que la dexación de los pastos de verano, y agostadero se haga antes del día de San Marcos de cada año”, en A. Díez Navarro: *Quaderno de leyes y privilegios del Honrado Concejo de la Mesta*, Madrid 1731, p. 89. Por entonces, su firma se aprecia en la *Premática sobre las cosas tocantes a la conservación y aumento de la cría del ganado, y arrendamientos de las dehesas donde pastan*, Madrid 1633.

²⁸⁶ AGP, Personal, caja 621/39. Por toda decisión, Felipe IV escribió: “Quedo con cuydado”.

así, apoyó en una consulta su promoción a las plazas de consejero de cámara y consejero de la Inquisición que desempeñaba el licenciado don Alonso de Cabre-ra, recientemente fallecido. Para hacerlo, aludió a la estruendosa diferencia habi-da con otros compañeros del Consejo que tenían plazas duplicadas en otros y entrada en varias juntas con los salarios correspondientes²⁸⁷.

Los memoriales elaborados por orden del Bureo en defensa de su jurisdic-ción, al constituir sobre todo relaciones sucesivas de casos concretos que en su opinión la avalaban (está por ver si recogían el total de los dirimidos, o tan sólo aquellos favorables a sus intereses), en su mayoría con mención explícita de la identidad del asesor que intervino, nos permiten dar contenido a la labor como asesor del Bureo de Marmolejo; tanto como deducir que también él hubo de dar de lado ocasionalmente esta responsabilidad ante la urgencia de otras, y ello hi-zo necesaria la designación de un sustituto, como sucedió en el caso de otros ase-sores. En el suyo propio, en rigor, fue necesario designar un sustituto del sustituto, o más bien otro sustituto del titular, quien, como he señalado, era Gar-cía de Haro. En 1629 se suscitó un pleito ante la justicia ordinaria entre Diego Hernández, sombrerero de su Majestad y los recaudadores y repartidores de la alcabala. En lo relativo a los sombreros y tocados del servicio real, estaba claro que estaban exentos del pago de contribución, pero el motivo del pleito eran aquellos que Hernández había vendido a particulares, aprovechándose del pres-tigio y consideración social que conllevaba el servicio a las casas reales. El som-brerero dio memorial al respecto al Bureo, que el 19 de octubre se remitió al doctor Pedro Marmolejo en su condición de asesor, quien, como era habitual, ordenó que el escribano de la villa, Sagramaña, fuese a hacer relación ante el Bu-reo y depositase en él los papeles de la causa, al efecto de que prosiguiese la de-terminación del pleito ante el asesor²⁸⁸. A su vez en 1632, se originó un pleito ejecutivo que Pedro García del Águila, administrador de la sisa del vino (im-puesta para la conducción del trigo a la corte madrileña), había puesto a Juan de Meneses, proveedor de la cava, por un papel de 171.200 maravedís que se había obligado a pagarle, resultado del cual había sido la ejecución del proveedor por orden del licenciado don Francisco de Valcárcel, alcalde de casa y corte. En esta ocasión, el conde de Orgaz, mayordomo del rey, acordó el 21 de agosto de ese año que Alonso López, escribano ordinario ante el que pasaba la causa, fuese a hacer

²⁸⁷ AGP, AG, leg. 430, consulta de 13 de marzo de 1631. No obstante, el rey no secundó la propuesta del Bureo.

²⁸⁸ AGP, Fondo Jurídico, caja 666/6. Procesos y expedientes del Bureo. Reinado de Felipe IV, 1653.

relación ante el asesor del Bureo, ante quien desde entonces pasó el resto de la misma. Sin embargo, parece que a lo largo del año 1633, el ejercicio de asesor del Bureo del rey no correspondió a Marmolejo, con toda probabilidad por el gran volumen de trabajo generado por tareas como la imposición de la *media anata* o del impuesto de la sal.

En ese año, en otro pleito y demanda de Blas de Vergara contra el capitán Tomás de Cardona, antiguo maestro de cámara del rey, ante el indicado alcalde Valcárcel y Luis Ordóñez, escribano de provincia, en demanda de 30 ducados de salario que decía adeudarle, Cardona recurrió al Bureo, y el asunto fue remitido a Antonio de Chumacero, oidor del Consejo y asesor interino. Por auto de 19 de septiembre de 1633, este decidió que, como de costumbre, el escribano fuese a hacer relación, y a partir de ese momento el pleito discurrió por el cauce del asesor. Pero Marmolejo no tardó mucho en reincorporarse a sus funciones de tal. En 1635 Juan García instó pleito ante los alcaldes de casa y corte y Antonio Gutiérrez, escribano de provincia, contra los bienes y herederos de Antonio de Isla, en solicitud de más de 10 años de salario, a razón de tres reales diarios. Las hijas del difunto recurrieron al Bureo, que remitió la cuestión a Marmolejo, el 29 de octubre de ese año. Por auto de 1 de noviembre, este ordenó que el escribano de provincia fuese a hacer relación del pleito, el cual dejó en poder del asesor, ante quien se prosiguió hasta la definitiva, y con su parecer volvió al Bureo y fue sentenciado el 26 de abril de 1641. En el mismo año 1635, la desaparición de cierta plata en la casa real originó pleito criminal y querella puestos por Gaspar de Fuensalida, cerero mayor del rey, contra Marco Antonio y Gaspar de Rivadeneyra, quienes fueron mandados soltar por la justicia ordinaria. En la línea de lo dicho en el epígrafe dedicado en este capítulo a las competencias jurisdiccionales del Bureo, cabe señalar ese momento como importante para la autovindicación jurisdiccional por parte de la junta, dado que, recibida querella del hecho por mano de Acacio Girón, sausier de su Majestad, acordó el 23 de octubre de 1635 que el ujier de la vianda y dos soldados de la guarda pusieran en la cárcel a Gaspar de Rivadeneira, y se notificase a los alcaldes de casa y corte que no le tolerasen salir de ella, so pena de pagar la plata reclamada. A su vez, el Bureo avocó a sí la causa y mandó que Bernardo de Sagramaña, escribano del número de Madrid, entregase al grefier todos los papeles y méritos de la causa, so pena de ser compelido por un alguacil de casa y corte. Todo ello se ejecutó, y como resultado el 31 de octubre de dicho año fueron remitidos el pleito y papeles a Marmolejo para que diese parecer²⁸⁹. La

²⁸⁹ Los casos referidos también están tomados de AGP, Fondo Jurídico, caja 666/6. Procesos y expedientes del Bureo. Reinado de Felipe IV, 1653. A ellos cabe añadir otro del que no se menciona fecha, que encartó a Juan de Bustamante, panadero del común de la casa de

conducta del Bureo era inusual, dado que es de creer que, con la liberación inicial de los dos reos, cabía dar por finiquitado un proceso que, con la nueva detención, abría otro nuevo que vulneraba el principio procesal del *non bis in idem*. Es cierto que la concomitancia jurisdiccional propiciaba situaciones así. Pero aún más novedoso resultaba que el Bureo compeliere el cumplimiento de sus mandatos –con amenazas– a un alcalde de casa y corte, perteneciente a un uso doméstico ajeno a Borgoña cuyo concurso –como demuestra el encargo realizado al alguacil– resultaba inexcusable para el cumplimiento de sus propios mandatos.

Con el apoyo político del conde duque y la eficacia mostrada para compaginar sus variadas e importantes comisiones, la posición cortesana de Marmolejo era a esa altura elevada, y tuvo ratificación pública en su aparición con el cuerpo del Consejo, “el más estimado ascenso de la toga, aunque no el último”, en las ceremonias acogidas por la corte; caso de dos importantes eventos celebrados en 1632, el juramento del príncipe Baltasar Carlos²⁹⁰ y el auto de fe, en el que tuvo su lugar junto con don Pedro Pacheco, del Consejo de Inquisición²⁹¹. Pero hubo un terreno en el que sus potestades en el terreno administrativo propiciaron una mayor identificación con el conde duque, hasta el punto de quedar confundido en su “corte literaria”, a la que el valido confería toda atención consciente de la importancia de la opinión pública para el mantenimiento y defensa del poder político²⁹². Con la condición de Marmolejo de oidor del Consejo Real corría pareja (desde que diferentes disposiciones de 1554 y 1558 confirieron explícitamente la materia al Consejo Real) su participación proporcional en la autorización administrativa de publicaciones²⁹³ y, en consecuencia, en una espiral de mediaciones que

su Majestad, contra los testamentarios de doña Inés López, sobre la compra de unas casas que deseaba para sí Alonso Vallejo, dueño del dominio directo. Inicialmente planteado ante la justicia de la villa y Antonio Cadenas, escribano del número, el Bureo ordenó que se remitiese a Marmolejo, quien mandó como siempre que acudiese a hacer relación el escribano. El pleito prosiguió ante el asesor hasta la definitiva, y con su *parecer* se dió sentencia en el Bureo.

²⁹⁰ *Convocación de las Cortes de Castilla y juramento del Príncipe Nuestro Señor, Don Baltasar Carlos, Primero deste nombre, Año de 1632*, Madrid 1632, f. 42v.

²⁹¹ J. GÓMEZ DE MORA: *Auto de la Fe celebrado en Madrid este año de MDCXXXII...*, Madrid 1632, f. 8.

²⁹² F. BOUZA: *Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid 2001; R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*, Madrid 1989, pp. 44-49.

²⁹³ Un ejemplo de la participación de Marmolejo en esta tarea lo constituyen las *Constituciones synodales del Obispado de Iaén. Hechas y ordenadas por el Ilustrísimo Señor Don Baltasar de Moscoso y Sandoval, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, Obispo de Iaén, del Consejo*

desembocaba en la aparición de la obra escrita. Consecuencia de la misma era, en muchas ocasiones, la dedicatoria de la obra que veía la luz, superando –como resultado de tal intervención– las procelosas aguas de la administración cortesana, al consejero a quien se atribuía tal responsabilidad del alumbramiento. Las indicadas coordinadas político-administrativas se deducen, en el caso que nos ocupa, de la dedicatoria que Juan Pablo Mártir Rizo hizo de su *Vida de Rómulo* a Pedro Marmolejo, hecho que le integraba en el hábitat cultural del valido, a quien el autor tacitista dedicara a su vez su *Historia de Mecenas*²⁹⁴, extendiendo así al oidor del Consejo las virtudes protectoras del propio conde duque. Si la dedicatoria terminó por tomar letras de molde es porque esta serie de deducciones, más vivas y prontas al entendimiento general en la propia época, no contradecían la verdad, tanto en lo relativo a la protección ejercida, cuanto al parentesco político con el privado²⁹⁵.

De manera que, con fundamentos tan sólidos, la década de 1630 fue para Pedro Marmolejo de franca consolidación cortesana y, de acuerdo con ello, recibió sensibles encargos relacionados con la coyuntura bélica por la que atravesaba la

de Su Magestad, en la Synodo Diocesana, que se celebró en la ciudad de Iaén, en el año de 1624, Baeza 1626. A su vez, Fernando Bouza ha descubierto la condición de “encomendero” (comisario) en el proceso de legalización de dos obras: el *Libro de la vida y maravillosas virtudes del siervo de Dios Bernardino de Obregón*, de Francisco DE HERRERA MALDONADO, y el *Cursus theologicus in Primam partem divi Thomae. Tomus primus*, de Juan DE SANTO TOMÁS, respectivamente en 1625 y 1637, en F. BOUZA: “Dásele licencia y privilegio”. *Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*, Madrid 2012, pp. 84 y 128. No obstante el procedimiento de la encomienda o comisión no se circunscribía en el seno del Consejo a materia de impresión, sino que era un procedimiento general en su seno para asegurar el adecuado impulso y orientación de las incontables materias que, en caso de haber carecido de esa tutela de orden personal, corrían el riesgo de quedar sepultadas en la masa de asuntos atendidos por el organismo.

²⁹⁴ J. H. ELLIOTT: “Introspección colectiva y decadencia en España a principios del siglo XVII”, en J. H. ELLIOTT (ed.): *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona 1982, pp. 198-223, p. 211.

²⁹⁵ Desde su propio inicio la dedicatoria era inequívoca: “Fue ceremonia que observó la antigüedad consagrar las primicias de los frutos a las deidades de su culto, pagando en reconocimiento la benignidad de su influencia;”, y más adelante: “Considero a V. S. por su calidad, ilustre; por sus estudios, eminente; por sus virtudes, admirable; y aún pudiera dilatar me en referir muchas, haré sólo memoria de la gran caridad con que V. S. está adornado gastando gran parte de su hacienda en socorrer necesidades de muchos, que dependen de la generosidad de su ánimo”, en J. P. MÁRTIR RIZO: *Norte de príncipes y Vida de Rómulo*, Madrid 1988, con estudio introductorio de José Antonio Maravall, pp. 109-110.

Monarquía, como el control de la opinión pública cortesana, extraordinariamente sensible, en tales circunstancias, a los rumores relacionados con el conflicto. A finales de 1637 llegó a afirmarse en la corte la muerte del propio rey de Francia, así como la del duque de Medina de las Torres, y se encargó a Pedro Marmolejo la averiguación y castigo de tales falsos rumores que podían comprometer la estabilidad cortesana²⁹⁶. La nueva encomienda formaba parte de una de las líneas de fuerza de la política olivarista, la “reformación de costumbres”, por lo demás de larga tradición en Castilla, manifestada en ese mismo instante en obras como la *Invectiva en discursos apologéticos contra el abuso público de las guedejas*, dedicada al Consejo Real de Castilla, el organismo funcionalmente encargado de articular —como demostraba el caso citado— tal política. Pero en la relación de oidores del Consejo contenida en esta dedicatoria se advierte que a esa altura, el año 1637, Marmolejo no constaba como asesor del Bureo del rey, tarea que desempeñaba por entonces el licenciado don Francisco Antonio de Alarcón, mientras que de la reina seguía siéndolo el licenciado don Juan de Chaves y Mendoza.

A juzgar por la relación respectiva de ocupaciones indicada por el autor de esta obra, Gutierre Marqués de Careaga, continuaba dándose entonces la señalada acumulación de varias e importantes comisiones en manos de unos mismos oidores constituidos en columna vertebral de la materialización de las decisiones del conde duque. Si el primero era por entonces camarista, consejero de Cruzada, miembro de las Juntas del Almirantazgo y Franceses y asesor del Bureo del rey²⁹⁷, Chaves compatibilizaba la tarea de asesor del Bureo de la reina nada menos que con la de gobernador del Consejo de Órdenes, y la presencia

²⁹⁶ El 1 de diciembre de 1637 el jesuita Sebastián González puso en conocimiento de su compañero Rafael Pereyra, quien estaba en Sevilla: “La muerte del rey de Francia fue patraña, y también lo es la del duque de Medina de las Torres. Con ocasión desto, y otras cosas que cada día se dicen, se le ha mandado a D. Pedro Marmolejo, oidor del Consejo Real, haga averiguación de los noveleros y los destierre de la corte, y también a los amancebados”, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la Monarquía entre los años de 1634 y 1648*”, en *Memorial Histórico Español*, tomos XIII-XIX, Madrid 1861-1865, tomo XIV (II) (1862), p. 261.

²⁹⁷ “El licenciado don Francisco Antonio de Alarcón, caballero del Orden de S. Tiago, colegial maior en el del arzobispo de la Universidad de Salamanca, i catedrático de aquella universidad, alcalde de hijosdalgo de Valladolid, oidor de Granada, visitador supremo del reino de Nápoles, del Consejo de Cámara i Estado de Castilla, i del de la Santa Cruzada, de la Iunta del Almirantazgo, i de Franceses, y assessor del Bureo del Rei nuestro Señor”, en D. GUTIERRE (MARQUÉS DE CAREAGA): *Invectiva en discursos apologéticos contra el abuso público de las Guedejas. Dedicada al mui Poderoso, Real y Supremo Consejo de Castilla*, Madrid 1637, f. 6r-v.

en el Consejo de Cámara de Castilla²⁹⁸. Como sabemos, y salvo excepciones como la representada por el propio Marmolejo, se tendía a perfeccionar la integración de ambas tradiciones del servicio en la naciente casa unitaria, creada sobre la base de Borgoña, mediante la superposición factual de las condiciones de asesor y camarista.

No tengo constancia por el momento de que esta separación de Marmolejo del Bureo, que creo definitiva, reflejase un alejamiento de la gracia regia o del valido. Más bien debió influir la referida carencia de la condición de camarista, en un oidor que, por lo demás, siempre había ejercido la asesoría de forma interina. De hecho, continuó al cargo de varias e importantes comisiones²⁹⁹, y existen indicios para afirmar su permanencia en el favor oficial, siempre que hechos como el que voy a describir no respondiesen a una estrategia premeditada para recuperarlo.

Los Consejos de Estado y Guerra realizaron una consulta al rey el 8 de octubre de 1638, con la propuesta de recompensar al conde duque por la victoria de Fuenterrabía con una copa de oro que le sería dada, a él y a sus sucesores, cada 8 de septiembre, día de la batalla, por ese motivo y por haber detenido –provisionalmente– la rebelión del reino de Portugal. Junto a ello, propusieron que debía serle concedida la alcaidía perpetua de Fuenterrabía, con capacidad de proponer teniente, y 12.000 ducados de renta en vasallos en Castilla y Portugal, además del privilegio de que sus sucesores condujeran a los sucesivos príncipes al bautismo. Como se advierte, la pretensión de completo dominio cortesano alcanzaba lo simbólico, y, como era habitual, pasaba por la pretensión de confundir la propia persona con la regia. En la pleitesía rendida al valido con tal ocasión también participó el Consejo Real, pero, conforme a la controvertida relación mantenida con él desde su acceso al poder, su entusiasmo no llegó a detallar la merced que debía serle hecha –tanto a él como a sus descendientes–,

²⁹⁸ “El licenciado don Iuan de Chaues i Mendoça, caballero del Orden de S.Tiago, i governador del Consejo de las Órdenes, que después de aver sido colegial en el Maior de Oviedo en la Universidad de Salamanca, fue alcalde de hijosdalgo en la real chancillería de Granada, i oidor en ella, alcalde de la casa i corte. i oi en el Real de Castilla, es de la cámara, y assessor del Bureo de la Reina Nuestra Señora” (*Invectiva en discursos apologeticos contra el abuso público de las Guedejas...*, *op. cit.*, ff. 4v-5r).

²⁹⁹ En cuanto a la carrera de Gutierre de Careaga a la altura de 1637, el referido autor señalaba: “El doctor don Pedro Marmolexo, caballero del Orden de S.Tiago, que después de colegial maior de Santacruz en la Universidad de la ciudad de Valladolid, i su rector, i catedrático en aquella universidad, i servido en diferentes plaças a Su magestad, fue oidor en el Consejo de las Indias, i presidente de la Contratación, i es del Consejo de la Santa Cruzada, visitador de su Colegio, i de la Universidad de Alcalá de Henares” (*Invectiva en discursos apologeticos contra el abuso público de las Guedejas...*, *op. cit.*, ff. 4v-5r).

sin sumarse a la iniciativa hasta final de ese mes. Poco después eran las Cortes quienes lo hacían, y el rey remitió toda esta serie de consultas al gobernador del Consejo, el arzobispo de Granada, con la orden de tratar de la cuestión en el Consejo de cámara.

Resulta curioso que, en su respuesta, se aprecia, en cuanto al perfil de competencias, una traslación semejante a la que mencionaba desde la propia cámara de Castilla al Bureo, dado que propuso libremente la satisfacción de las mercedes propuestas en bienes de Indias, que es de suponer que a continuación debía ser legalizada en la Cámara de Indias. Sustancialmente, el Consejo de Cámara de Castilla –cuya plantilla el conde duque se había encargado de adaptar a sus intereses– hizo suya la propuesta del de Estado y Guerra³⁰⁰. El rey aprobó la propuesta, y encargó a una comisión de miembros de diferentes Consejos ir a ponerla en conocimiento del propio conde duque. El Consejo Real envió a los licenciados Gregorio López Madera y don Pedro Marmolejo, los dos oidores de mayor antigüedad entonces, tras el licenciado Juan de Chaves y Mendoza, cuyos achaques y la gobernación del Consejo de Órdenes impedían dar la debida atención al Consejo Real. Por si la presencia de Marmolejo en el acto no fuese suficiente –en lo que respecta al Consejo Real–, también asistieron en calidad de comisarios del Consejo de cámara un oidor tan propicio al válido como el licenciado José González y don Antonio de Contreras. Ante sus criaturas, Olivares mostró una pose de moderación y alimento de la propia leyenda, pues dijo aceptar la alcaldía de Fuenterrabía siempre que se le permitiese ir a combatir en caso de ser necesario, declinó los 12.000 ducados –eso sí, en tanto no vacasen encomiendas–, y aceptó la copa de oro³⁰¹.

El propio hecho de que Marmolejo, quien por entonces se hallaba considerando el pleito sobre el expolio del don Sancho de Ávila, obispo de Plasencia,

³⁰⁰ El 13 de diciembre de 1639 suscribió la concesión anual de la copa, unida a 12.000 ducados de renta en encomiendas de indios vacantes, con prelación a otras mercedes del mismo orden y libres de toda cargas, derechos y avería, puestos en Sevilla para el conde y sus herederos a perpetuidad. Y en caso de no haber encomiendas vacantes, la cantidad le fuese pagada del dinero de la caja de Lima o Nueva España. Junto a ello, la cámara proponía que se le concediesen 1.000 vasallos en su tierra sevillana, merced correspondiente a 50.000 ducados, y suscribía asimismo la concesión de la alcaldía de Fuenterrabía, por juro de heredad con 300.000 maravedís de sueldo, e incluso iba más allá al defender el nombramiento de teniente por su parte, y no la mera proposición, *Aviso* de 7 de junio de 1639, J. PELLICER Y TOVAR: “Avisos históricos, que comprehenden las noticias y sucesos más particulares, ocurridos en nuestra Monarquía desde el año de 1639: por Don Josef Pellizer y Tobar, Cronista del Reyno de Aragón”, en A. VALLADARES DE SOTOMAYOR: *Semanario erudito...*, Madrid 1790, vol. XXXI, pp. 27-30.

³⁰¹ J. PELLICER Y TOVAR: “Avisos históricos...”, *op. cit.*, vol. XXXI, p. 31.

planteado entre el marqués de Velada y los cesionarios de la cámara apostólica³⁰², se hallase próximo a ser decano del Consejo, indica la extensión temporal alcanzada entonces por el dominio del conde duque. Pellicer daba noticia en su *Aviso* de 12 de junio de 1640 de la muerte de Chaves, quien por entonces era oidor decano, por lo demás con la Presidencia vacante, por la muerte de don Fernando Valdés, arzobispo de Granada. Ello convertía en oidor decano a Gregorio López Madera, pero sus muchos padecimientos de edad provocaron que, *de facto*, cumpliera como tal don Pedro Marmolejo. Ejercería formalmente como tal decano en poco tiempo, con todas las atribuciones que su situación le confería, propias de la orientación y ritmo del procedimiento del organismo. Pese a los insistentes rumores sobre que la presidencia del Consejo iba a ser conferida a don Martín Carrillo, obispo de Osma, o a don Fernando de Andrade, arzobispo de Burgos³⁰³, el caso es que Marmolejo tuvo tiempo de mostrarse públicamente como tal oidor decano y presidente interino. Así aconteció con las fiestas de toros en 1640, cuando Juan de Quiñones, en su condición de alcalde de casa y corte más antiguo, le acompañó con 16 alguaciles a caballo hasta la plaza donde se realizó la fiesta³⁰⁴. No obstante, poco pudo disfrutar de tal condición, dado que el 26 de junio de ese año fue nombrado presidente don Diego Castejón y Fonseca, obispo de Lugo³⁰⁵, y Marmolejo falleció a primeros de noviembre de 1641³⁰⁶. Pero en lo que respecta a nuestro propósito aquí, una vez conocida la carrera de Marmolejo cabe concluir que su largo ejercicio como asesor de hecho del Bureo fue muy elocuente si se pone en

³⁰² *Autos i acuerdos del Consejo de que se halla memoria en su archivo desde el año MDXXXII hasta el de MDCXLVIII. Mandolos imprimir el ilustris[im]o Señor Don Diego de Riaño i Ganboa*, Madrid 1649, f. 71r-v, auto CCLXIX, de 22 de noviembre de 1639, impidiendo a don Alonso Guillén de la Carrera reincorporarse a la consideración del mismo con Marmolejo, una vez que él mismo y el difunto don Antonio Chumacero habían sido sustituidos por don Francisco de Alarcón y don Antonio de Valdés.

³⁰³ J. PELLICER Y TOVAR: "Avisos históricos...", *op. cit.*, vol. XXXI, p. 176.

³⁰⁴ A. MARTÍNEZ SALAZAR: *Colección de memorias, y noticias del gobierno general, y político del Consejo...*, *op. cit.*, pp. 632-633.

³⁰⁵ Á. LÓPEZ GÓMEZ: "Los Presidentes y Gobernadores del Consejo Supremo de Castilla", *Hidalguía* 210 (1988) pp. 673-704, p. 687.

³⁰⁶ El P. jesuita Sebastián González daba noticia a su compañero Rafael Pereyra de cómo le había sido dada la extremaunción a Marmolejo en carta de 29 de octubre de 1641, "y dicen no pasará de mañana; bien logrado va que cerca estaba de los ochenta" [P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*, *op. cit.*, vol. XVI (IV) (1862), p. 174]. Pellicer, en su aviso de 5 de noviembre de 1641, decía haber sido Marmolejo enterrado en la iglesia de San Pedro (J. PELLICER Y TOVAR: "Avisos históricos...", *op. cit.*, vol. XXXII, p. 161).

relación con su condición simultánea de instrumento ejecutor de la política de creciente presión fiscal aplicada por Olivares, mediante la imposición de la *media anata* y la contribución de la sal. Ello da un significado complementario a su ejercicio como asesor del Bureo, encargado de fijar las condiciones jurídicas y formales de suscripción de los contratos de abastecimiento, por parte de los proveedores de las casas reales, según se ha señalado en esta trabajo. Es de creer que la preocupación por la reducción del gasto que animaba las referidas comisiones se extendiera al asiento de los referidos contratos, e influyera así de forma indirecta en las penosas condiciones de subsistencia material de las casas reales en tiempo de Felipe IV³⁰⁷.

Si hemos descrito con tanto detalle la carrera de Marmolejo anterior a su servicio como asesor de Bureo es por reflejar una característica común entre quienes ejercieron la plaza, la posesión de una larga trayectoria previa que, tanto en un sentido técnico como en el político, favorecía el desempeño de las tareas propias de la asesoría. A un entorno caracterizado por la confusión entre lo doméstico y lo cortesano, correspondía idéntica naturaleza, como la representada por asesores del estilo de Marmolejo, que perfeccionaban un control mediado pero completo de la corte por parte del Conde Duque. En la década de 1640 la asesoría del Bureo a cargo de un oidor del Consejo había adquirido plena carta de naturaleza, al margen de la controversia creada por su asistencia física al mismo, y su concurso era esencial para el mantenimiento de su actividad por parte de la junta. La consolidación de la figura del asesor propició asimismo la definición de usos administrativos estables, como la designación con título de aquellos oidores del Consejo que habían desempeñado anteriormente la interinidad en la plaza, a modo de adiestramiento previo. El 19 de noviembre de 1644 el Bureo comunicó a Felipe IV que, por ausencia de don Gaspar de Bracamonte, conde de Peñaranda³⁰⁸, asesor, estaban “detenidos muchos despachos que le tocan en notable daño de las partes”. Por ello, propuso al rey elegir entre una terna de oidores del Consejo formada por don Pedro de Vega, don Martín Nieto y don Bartolomé Morquecho. Ya con anterioridad, la necesidad de que Bracamonte se desplazara a Fraga había motivado que ejerciese tales funciones otro oidor del Consejo, don Luis Gudiel. El rey se decantó por don Martín Nieto³⁰⁹, quien más adelante —tras un breve

³⁰⁷ Percibidas en J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Corte y casas reales en la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, especialmente pp. 25-34.

³⁰⁸ Su carrera en J. FAYARD: *Los ministros del Consejo Real de Castilla...*, *op. cit.*, pp. 21-22.

³⁰⁹ AGP, Personal, caja 741/18. Literalmente, la resolución regia fue: “El conde de Peñaranda uendrá muy aprissa pero si ubieren negocios q[ue] despachar se comuniquen con don Martín Nieto (rúbrica)”. El Bureo estaba formado en esa ocasión por el conde de

ejercicio por parte de don Pedro de Vega, como vemos, previamente propuesto para ejercer interinamente— recibiría título formal, con mención explícita del interinazgo.

Ante la muerte de Vega, el Bureo propuso al rey desde Valencia, el 20 de noviembre de 1645, la elección del sucesor entre don Antonio de Camporredondo y Río, don Fernando Pizarro³¹⁰ y don Martín Nieto, todos oidores del Consejo. El rey eligió a este último, cuya candidatura había abonado el Bureo afirmando que “lo siruió en otra ocasión por ausencia del propietario”. La experiencia, en este caso, primó sobre otra de las costumbres que fue orientando la elección como asesor, la pertenencia a la cámara —fundada en el ya aludido significado de la plaza—, en la que se integraba Camporredondo, a quien el Bureo propuso “por ser estilo y lo más ordinario el nombrar Vuestra Magestad para esta ocupación a los del Consejo de cámara”³¹¹, como eran los casos de los mentados don Gaspar de Bracamonte o don Luis Gudiel. No pasó ni un mes desde esta designación, cuando el Bureo se vio obligado, el 15 de diciembre de 1645, a proponer al rey la designación de un sustituto en la asesoría por ausencia de don Martín Nieto, “por ser neçesario que corra el despacho de algunos negocios que están pendientes y lo demás que se fuere ofreciendo”. Propuso como candidatos a dos oidores del Consejo, don Antonio de Valdés y don Gregorio de Mendizabal, quien resultó designado³¹². La inmediata muerte de don Martín Nieto propició que, tras consulta del Bureo de 18 de febrero de 1646, esta interinidad se convirtiese en formal y definitiva. El asesor representaba un vestigio de la usanza tradicional castellana en un nuevo entramado doméstico en construcción, representado por la centralidad del Bureo. Esta se manifestaba, precisamente, en que la propuesta de candidatos para cubrir la vacante de forma interina o permanente correspondía al propio Bureo, y no al Consejo. Pero, como ya se ha señalado, la naciente conformación de la casa, con toda su novedad, adoptaba modelos propios del entorno original en el que se desarrollaba, como se aprecia en la misma apariencia formal de las consultas del Bureo en este terreno, que fueron adquiriendo un indudable aire de

Montalbán, el marqués de Palacios, el marqués de Povar, el conde de Puñonrostro y el marqués de Castrofuerte.

³¹⁰ J. FAYARD: *Los ministros del Consejo Real de Castilla...*, op. cit., p. 20.

³¹¹ AGP, Personal, caja 741/18, consulta del Bureo de 20 de noviembre de 1645.

³¹² AGP, Personal, caja 669/20, en Bureo formado por el conde de Montalbán, el marqués de Malpica, el marqués de Povar, el conde de Castro, el conde de Puñonrostro y el conde de Barajas.

familia con las consultas del Consejo de cámara con propuesta de candidatos para cubrir vacantes administrativas. En las que se ordenó, una vez establecida la reforma de 1588, que los miembros del tribunal plasmaran los votos en particular de cada uno. De la misma manera, en la referida consulta del Bureo de 18 de febrero, los condes de Barajas y de Montalbán propusieron tres candidatos del Consejo, el propio Mendizábal, don Lorenzo Ramírez de Prado y don Juan de Morales, mientras que los condes de Puñonrostro y de Castro, y los marqueses de Povar y Malpica, propusieron en solitario a Mendizábal, y aludieron para ello al consabido principio de “por estar siruiendo quando vacó la ausençia de don Martín Nieto”³¹³.

Toda una metáfora de un proceso de integración difícil y todavía inconcluso, en el que, no obstante, emergía como fulcro la figura del asesor, significado ya en adelante por la descrita importancia cortesana. Sirva como ejemplo final el de don García de Medrano, oidor llegado al Consejo en septiembre de 1652. Cuando fue designado en abril de 1664 asesor del Bureo de la reina, tenía pendiente de concluir la visita que realizaba a la Universidad de Alcalá³¹⁴. Este ejercicio se unió a la asesoría del Bureo del rey, que desempeñaba desde al menos el año 1660, y en calidad de tal tasó las pinturas que habían quedado en la cámara de dormir de Felipe IV al morir, e hizo relación de los efectos dejados por el difunto rey para que se agregaran a la corona³¹⁵. Con ocasión de las muertes reales el asesor ganaba un significado fedatario, como confirmó el caso de Tomás Jiménez Pantoja, asesor del Bureo propuesto por el Consejo el 10 de noviembre de 1700 para hacer el inventario de los bienes dejados al morir por Carlos II³¹⁶.

³¹³ AGP, Personal, caja 669/20.

³¹⁴ Por auto suyo de 1666 se estableció el método y orden que se debía tener en la presentación de becas, ordenando que se hiciese en el colegio: teólogo cada 6 años, en el de artistas cada tres, igual que en el de gramáticos [*Constituciones, Estatutos y Nuevo Arreglo del Colegio de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora de la Universidad de Alcalá de Henares. formados en virtud de orden de S.M. (que Dios guarde) de 13 de marzo de 1779*, Madrid 1780, p. 17].

³¹⁵ De esta tasación se trató en un memorial de la Junta de Descargos a la reina gobernadora, en 1666, entre otras cuestiones (*Catálogo de la colección “Pellicer”*..., *op. cit.*, vol. IV (1960), p. 29).

³¹⁶ *Ibidem*, p. 34

1.5.3. *La revitalización de la usanza doméstica castellana en tiempo de Carlos II*

Por todo lo dicho, más que la subsidiariedad pretendida por el Bureo, finalmente se dio una complementariedad determinada por un largo y complejo desarrollo histórico, materializada principalmente en la figura del asesor. La documentación permite advertir que el Bureo tomaba a este como un subordinado y dependiente, pero parece evidente que su posición y significado eran mucho más complejos. La cuestión se suscitó con toda virulencia a partir de 1687, y los argumentos esgrimidos en adelante permiten deducir la posición ocupada por el asesor —que el Bureo tendía a simplificar— en el periodo tratado en este trabajo, dada la continuidad de las etiquetas entre sucesivos reinados y sucesivas dinastías. En 1695 el Bureo representó el perjuicio que le causaba el citado decreto, pero en tiempo ya de Felipe V fue el asesor don Sebastián García Romero quien dictó directamente sentencia en un proceso seguido por los repartidores del gremio de cuchilleros contra el de la casa real, sobre pago de cierta cantidad de maravedís. El caso fue interpretado por el Bureo como el nada sutil traslado de lo que hasta entonces había sido un parecer consultivo a una sentencia definitiva, y dio lugar a la convocatoria de una junta formada por el mayordomo mayor, los dos mayordomos más antiguos de las casas reales y los dos asesores de ellas, para tratar de tal posición, así como de otras cuestiones tocantes a la jurisdicción del Bureo y las regalías de la justicia ordinaria. En primer lugar, llama la atención la defensa implícita de la autonomía del asesor visible a la altura de 1715, no sólo en la actitud de García Romero, sino en la propia composición de la junta, que acogió a la figura encartada de los asesores. Ello implicaba redondear la prevalencia del Consejo Real en un momento en que se mostraba fundamental para la asimilación de la corona de Aragón, y no sólo priorizar una jurisdicción que el Bureo denominaba “común”, pero que tenía una clara matriz doméstica, tanto en el caso de los alcaldes como en el del propio Consejo, que tendía a ignorarse en un contexto de imposición de la etiqueta borgoñona.

Pero en adelante, llegado ya el siglo XVIII, los alegatos en defensa de la jurisdicción del Bureo tendieron a aparecer crecientemente contaminados por el tiempo transcurrido y la transformación ideal de la Monarquía tradicional castellana llevada a cabo por los Borbones, o más correctamente de su pervivencia descontados los cambios efectuados por los Habsburgo. La repetición de la novedad hacía que esta adquiriese aire de tradición. Pero en el fondo no cabía la distinción entre jurisdicción ordinaria y especial de ámbito doméstico, puesto que, en la Edad Moderna castellana eran un todo difícilmente distinguible.

Los alegatos del Bureo en tal coyuntura abundan claramente en lo dicho. Al describir en ellos el estilo que habían seguido ambas casas reales en causas de

criados y proveedores, decía haber sido el de remitir el mayordomo mayor o Bureo las causas al asesor para sustanciarlas y dar su “parecer en justicia”, quien debía devolverlas al Bureo o mayordomo mayor para su determinación. No podemos medir la proporción de pareceres que fueron declinados por el Bureo, pero, dado el perfil de sus componentes, muy alejado del terreno jurídico, cabe afirmar que debió tenderse a su mera aprobación, o, cuando esta no se dio, debió ser por motivaciones de orden más político que reglamentario. Pese a la importancia del papel jugado, motivado y reforzado por su integración en el Consejo Real, conjunto e inmediato a la persona del rey en un ámbito también doméstico, el Bureo consideró –en el citado contexto– que:

la costumbre establecida de la facultad que reside en el as[e]sor es limitada, y prozedida de la que el Bureo le conzede quando le parece o tiene por combeniente, sin que al as[e]sor por razón de tal le competa alguna ni se le conzeda en capítulo alguno de las etiquetas, decreto ni orden alguna de los Señores Reyes, verbo asesor, más que para comunicar con el mayordomo mayor y Bureo quando lo necesitaren, y para hallarse en las Juntas de las competencias que se ofrezieren en las reales casas con el Consejo, contemplándose que así como la jurisdicción del asesor es dimanada de la que en sí tiene el Bureo, por ylación precisa se ynfiere que si este no se la dispensa en los casos y cosas que se ofrezieren en la casa real, será ninguna ³¹⁷.

Obviamente, este argumento rayaba el dislate, puesto que ignoraba, probablemente de forma intencionada, los rasgos de naturaleza doméstica propios tanto de los oidores del Consejo Real de Castilla, como de los alcaldes de casa y corte, definidos durante la larga conformación de su servicio doméstico por parte de los reyes castellanos, mucho antes de que la etiqueta borgoñona fuese introducida en la casa del príncipe Felipe, en 1548. Debemos insistir en este punto en la conjunción del Consejo con el rey en su espacio más restringido e inmediato, patente como es sabido en la celebración de las consultas de los viernes en su antecámara y en la disposición de porteros de cámara que integraban metafóricamente al organismo en ese ámbito doméstico. Y la esencia y naturaleza tan doméstica como cortesana de los alcaldes de casa y corte, en ese mismo contexto regnícola, parecen evidentes. No fue otro el motivo de la reiterativa sucesión de conflictos jurisdiccionales que se suscitó, y el difícil ajuste que reflejaba entre Bureo, Consejo y alcaldes, solventado en tiempo de Felipe IV –de forma siempre inestable– por la vía de la jurisdicción mediatizada del Bureo. Sin embargo, tales alegatos partían de la interesada base de la sujeción e inferioridad del asesor respecto al Bureo, que convertiría

³¹⁷ AGP, AG, leg. 433, “Noticias y apuntam[ien]tos sobre la juris[dicci]ón del s[eñ]or may[ordo]mo mayor y Bureo de la real casa de la Reyna Nuestra Señora”.

en horrisono el eventual recurso directo de los criados reales a él, para resolver en justicia, sin pasar por la junta³¹⁸. En definitiva, para el Bureo:

El asesor sólo es ministro togado y determinado para que en los casos de justicia dé su uoto consultibo a el Bureo o mayordomo mayor, pero no que sea tribunal ni juzgado separado de donde se pueda apelar como se quiere suponer.

El problema para la junta era que el del asesor, a quien consideraba subordinado, era mal antecedente para defender su autoridad ante todos los tribunales e instancias que la cuestionaban³¹⁹.

Aludíamos a la continuidad intrínseca de la regulación de las casas reales no sólo entre reinados, sino también entre dinastías, y ello se demuestra en la alegación como autoridad, en la referida junta de 1715, de las viejas etiquetas Habsburgo. Uno de sus dictámenes se abría refiriendo el contenido de las mismas respecto al ejercicio jurisdiccional:

Se ha de formar en mi real casa un tribunal que se llamará el Bureo, el qual le han de componer mi mayordomo maior, mis mayordomos, el grefier, maestro de la cámara y contralor. Se pueden y deuen juzgar en él todos los pleytos ciuiles y criminales que ocurrieren entre criados míos, pidiendo parecer al asesor, y lo que se resoluiere por este tribunal no tendrá apelación a otro ninguno³²⁰.

³¹⁸ “Pues apenas se halla oja en los libros de acuerdos de Bureos, donde no se uea alguno que dé a comprehender el estilo y práctica que se ha seguido siempre entre el Bureo y su as[e]sor, remitiendo y determinando el primero, y el seg[un]do dando parezer en justicia y debolbiendo al Bureo las causas para su final determ[inaci]ón por no parezer arreglado que acadezca [*sic*] recurrir las partes dependientes de esta real casa al as[e]sor para que las oyga, sin que el mayordomo mayor y Bureo, jefe y tribunal superior de ella no tenga noticia muy luego de lo que aconeteze con sus súbditos y ynferiores” (AGP, AG, leg. 433, “Noticias y apuntamientos sobre la jurisdicción...”).

³¹⁹ No obstante, la fuente referida menciona un escrito del marqués de Grimaldo de 28 de octubre de 1715, que implicaba una corrección del mencionado decreto de 1687: “Hauiendo resuelto el Rey que la justicia ordinaria conozca de los delitos de amanzebamientos, resistencias, uender y rebender, y tiendas que cometieren los criados de la real casa de la Reyna N[uest]ra Señora por ser q[ui]e[n] deue zelar de la paz y quietud de la república, me manda decirlo a U[vestr]a E[xcelencia] para que lo tenga entendido y deje obrar a la justicia ordinaria en los casos referidos, pues es con la calidad de que los criados que delinquieren hand e ser tratados con la dezente estimaz[i]ón que corresponde a criados de la real casa de la R[ein]a N[uest]ra Señora, siendo el real ánimo de S. M. que U[vestra] E[xcelencia] mantenga la juris[dicci]ón que antes tenía s[ob]re esta familia sin limitación alguna excepto en las zircunstancias que quedan d[ic]has...” (AGP, AG, leg. 433, “Noticias y apuntam[ien]tos sobre la juris[dicci]ón...”).

³²⁰ *Ibidem*.

Los miembros de la junta distorsionaban evidentemente la realidad al afirmar que el Bureo había existido inalterablemente “desde que hay Reyes en España”, pero no mentían cuando decían que la etiqueta mandada formar, con ánimo compilatorio, por Felipe IV en 1647 era la vigente en 1715. Se percibía en este escrito una ignorancia absoluta del residuo doméstico propio del asesor, pues la condición de miembro del Consejo propio del mismo se mencionaba para dar peso a la afirmación de que, pese a ello, y a la importancia propia de la figura del asesor en los diferentes tribunales de los que formaba parte, “jamás ha tenido su dictamen más fuerza que la de un parecer consultivo”. Es de destacar, por la interpretación rupturista que ha tenido la instalación de la dinastía borbónica, cómo se invocaba la autoridad de la tradición para defender al Bureo y limitar la posición del asesor³²¹, al tiempo que se subrayaba la contradicción implícita entre el refuerzo de la posición de este último, y la inexistencia de instancia superior de apelación al Bureo. En opinión del voto particular de un miembro de esta junta, este estaba defendido con las órdenes de los antecesores del primer rey Borbón, con una posesión no pretendida por los asesores. Pero aunque no fuese pretendida, tal posesión era, simple y llanamente, y en ello tenía relación, aunque no hubiese conciencia clara al respecto o no estuviese explícitamente determinado en las etiquetas, el hecho de que sí existía instancia de apelación del Bureo, representada por el propio rey. Y la identidad jurisdiccional del mismo estaba representada por el Consejo, que en este terreno formaba con él una unidad indistinguible, expresada en esas señas de integración en su espacio restringido. Eran muchas y muy complejas las expresiones doctrinales que fundaban la relación entre el Bureo y el asesor. No obstante lo dicho, un documento fechado en 1724 permite deducir que el asesor continuó instalado en una posición consultiva (más correctamente instructora y calificadora), que el Bureo se preocupó en remarcar en las encomiendas que le dirigía³²².

La evolución descrita era resultado previsible de la mutación de las bases teóricas de la Monarquía hispana desde mediado el siglo XVII. En tiempo de Carlos II, la nula operatividad del concepto de “Monarquía católica” tuvo consecuencias de

³²¹ “Y preuertir [*sic*], y no observar las órdenes y decretos de los de los reales predecesores de S.M. (Dios le g[uar]de quien no me persuado ha de permitir se borre lo que tan justam[en]te y con tan precisas disposiciones está mandado” (AGP, AG, leg. 433, “Noticias y Apuntamientos sobre la jurisdicción...”).

³²² *Ibidem*: “Remíttese este memorial al Ill[ustrísi]mo S[eñ]or don Marcos Sánchez Saluador del Consexo y Cámara de Su Mag[esta]d en el R[ea]l de Castilla y asesor del Bureo y real casa de la Reyna Nuestra Señora para que adboque los auttos que en él se refieren a este juzgado y en su ynstancia oyga a las parttes en justticia asta la difinitiva dando Su Illustrísima su parecer en ella sin pasar a su determinación”.

orden doméstico. La adopción de la etiqueta borgoñona en tiempo de Carlos V tenía relación con la inclusión de los viejos reinos peninsulares en un artefacto superior cuya justificación fue, desde muy pronto, ser el brazo temporal de la confesión católica. Pero, tras la muerte de Felipe IV, ese estatus excedía ampliamente la propia capacidad de la Monarquía, y en 1668 se suscribió el primer reparto del Imperio entre el Emperador y Luis XIV, con la connivencia de un Papado siempre llevado por el pragmatismo. Ello condujo a la Monarquía hispana a retornar a sus señas originales de identidad, que en el terreno espiritual se identificaron con la devoción eucarística y una renovada actitud jurisdiccionalista —como no se vivía desde el castellanismo de tiempo de Felipe II—, plasmado en el conocido *Teatro Monárquico* de Pedro Portocarrero³²³. Conforme a ello, el espacio doméstico de los reyes hispanos vivió, por así decirlo, el camino de vuelta, y la usanza de Borgoña fue perdiendo el vigor que había ido cobrando en el antiguo contexto. Ello, como destila el presente trabajo, se tradujo en los más variados órdenes, incluido el cauce de resolución de los conflictos de competencia que afectaban al Bureo. En 1687 —al tiempo que una significativa orden de limitación de competencias del Bureo— se estableció una fórmula nueva para solventar estas cuestiones, que suponía su práctica separación de las que le afectasen, dirimidas a partir de entonces, en lo relativo a las surgidas con el Consejo Real de Castilla, por dos odores del Consejo junto con los asesores de los Bureos de ambas casas reales, como sabemos, asimismo odores del Consejo. Aquellos cuya presencia a sus reuniones hurtaba el propio Bureo, tenían ahora en sus manos su suerte jurisdiccional³²⁴.

Conforme a lo dicho, lejos de remitir, las tensiones generadas por la actuación de un escribano de cámara en el ámbito doméstico borgoñón persistieron hasta el reinado de Carlos II, en el que se aprecia cierta revitalización de la tradición castellana en el conjunto de la casa. Haciendo abstracción de hasta qué punto tal oficial compartía naturaleza y caracteres con sus homólogos, si la damos por buena

³²³ P. PORTOCARRERO Y GUZMÁN: *Theatro monarchico de España: que contiene las más puras como cathólicas máximas de estado por las quales assí los príncipes como las repúblicas aumentan y mantienen sus dominios y las causas que motivan su ruyna*, Madrid 1700; sobre lo dicho, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La evaporación del concepto de ‘Monarquía católica’: la instauración de los Borbones” en J. MARTÍNEZ MILLÁN, C. CAMARERO BULLÓN y M. LUZZI TRAFICANTE (coords.): *La Corte de los Borbones. Crisis del modelo cortesano*, 3 vols., Madrid 2013, vol. III, pp. 2143–2196.

³²⁴ Al respecto, E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, pp. 122–123. A falta de alguno de los dos asesores, concurriría el ministro que el rey nombrara previa consulta del mayordomo mayor. Si el conflicto afectase a la casa de la Reina Madre, asistiría su asesor con el de la casa del rey.

—punto que requiere una investigación más profunda—, su papel resultaba muy elocuente al efecto aquí tratado. El valor fedatario de una figura cortesana tan característica del ordenamiento castellano como el escribano de cámara venía superponiéndose a áreas del servicio borgoñón, caso del guardarropa, dando lugar a grandes tensiones.

El 2 de mayo de 1615 Felipe III se había visto obligado a precisar la instrucción dada al escribano de cámara que había sido asignado a esta dependencia doméstica, con la intención de asentar los bienes adquiridos para ejercer su oficio, antes que para actuar en el seno del mismo. Si bien parece que fue la práctica la que reveló la incompatibilidad de dos dependencias pertenecientes a dos tradiciones de servicio diferentes, y que fue este hecho el que aclaró las ideas del propio rey. De tal manera que, con las precisiones realizadas, no debía intervenir en cuestiones relativas al propio servicio real, sino que:

la asistencia del scribano de cám[ar]a aya de ser en el ofi[ci]o de la guardarropa donde se negocia generalmente porque el intento que de esto se sigue es que esté siempre a la uista de la guarda ropa para las occassiones que se ofrecieren de su oficio conforme a la instrucción,

por ejemplo hallarse presente en el corte y medida en casa del mercader, para hacer cargo al guardarropa y que hubiese cuenta y razón. También asistiría, con el mismo objeto, a la adquisición de objetos por la labrandería en casa del mercader. Funciones que permiten entender la suspicacia que su figura despertaba en el servidor real. Asimismo, el escribano de cámara debía tomar la razón de los vestidos ordenados por el sumiller de corps, fijados previamente por el rey para diferentes personas, antes de ser hechos por el guardarropa. También debería firmar el guardarropa una relación jurada de las cosas menudas consumidas en su ejercicio, diligenciado por el escribano de cámara y firmado por el sumiller de corps³²⁵.

Las tensiones de este orden persistieron a lo largo de reinado de Felipe IV y el de su hijo, y en 1693 alcanzaron tal punto que el condestable, mayordomo mayor, ordenó al contralor y al greffier aclarar al conde de Benavente, sumiller de corps, las atribuciones del escribano de cámara en relación con la toma de cuentas del mercader de su majestad, el boticario y los oficiales de manos dependientes de la cámara. Por sí mismo, el nuevo episodio de una siempre conflictiva relación indicaba las íntimas contradicciones que anidaban en la reforma de la casa abordada en tiempo de Felipe IV, pues, si bien la competencia del Bureo se extendía transversalmente entre las diferentes dependencias de la casa,

³²⁵ AGP, AG, leg. 432.

estas acogían una factual, confusa y siempre conflictiva superposición de ambas tradiciones, caso de la cámara, que, de forma más o menos implícita, el escribano consideraba con toda legitimidad su ámbito natural de actuación; sin que la reforma del conde duque cuando accedió al cargo de sumiller de corps alcanzase al destierro completo de la naturaleza castellana de tan exclusivo ámbito palaciego, como indicaba la compaginación de funciones entre las figuras de sumiller de corps y camarero mayor contenida en las ordenanzas del aposento real de 1636-1637, con fundamento en el desempeño simultáneo de ambas funciones por el propio valido ³²⁶. La polémica originó una apretada sucesión de memoriales que, por su evidente enfoque histórico —en busca de antecedentes que avalaran la propia opinión—, permiten conocer la evolución del conflicto en la etapa anterior. En un “Ymforme del contralor y grefier al excelentísimo señor conde de Benaunte, sumiller de corps de Su Magestad”, fechado el 16 de noviembre de 1693, defendieron con decisión la permanencia de las referidas cuentas bajo jurisdicción del Bureo y el mayordomo mayor, libradas por su orden y pagadas por el maestro de la cámara, “súbdito de esta jurisdicción”. Los precios del mercader eran fijados por orden del mayordomo mayor o el Bureo, y el gasto y haber de cada oficio por el sumiller, si bien desde 1608 el servicio en este área doméstica de un escribano de cámara (que más que implicar una novedad restauraba una racionalidad de origen), propició que, previa firma del sumiller, las partes aportasen las cuentas al contralor como a único veedor o fiscal de toda la casa real, “en cuyo nombre, casa, se incluyen la cámara, capilla, guardas, y todos los demás criados”.

La función del contralor ante las referidas cuentas alcanzaba tal grado de intervención que el término “contralorear” sentó plaza en la lengua castellana, le correspondía el verlas, sumarlas, perfeccionarlas y reconocer “si uienen conforme a órdenes y costumbre y a los preçios hechos por el mayordomo mayor o el Bureo”, donde las llevaba el contralor y, de no haber reparo, pasaban al grefier. A este correspondía fijar el cargo por lo que el maestro de la cámara hubiese pagado a cada mercader. Era el grefier quien fenecía y ajustaba “con cargo y data” las cuentas, matiz importante, pues en caso contrario no podían ser consideradas tales, y al escribano de cámara le estaba vedada esta función, por mucho que le correspondiera el apunte de los socorros recibidos en tanto se consumaba la validación completa de las mismas: “de manera que es genérica esta uoz, quantas, aunque en realidad no son sino relaciones de gastos que siruen sólo de datta”. A partir de ese momento, el escribano de cámara podía ajustar, comprobar y verificar las cuentas, pero

³²⁶ J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Corte y casas reales en la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, pp. 34-39.

siempre sin alterar las cifras ajustadas por el grefier con cargo y data, “que no le toca hazerlo por ser de la jurisdicción del señor mayordomo mayor y Bureo, por medio del contralor y grefier”, en quien constaba la razón de lo librado y pagado a cuenta por el maestro de cámara. El Bureo concluyó que:

De todo lo expresado [*sic*] hallará U[vestra] E[xcelencia] llano el que todo género de cuentas de mercader, botica y ofiçiales de manos, deuen uenir como an uenido a finalizarse al Bureo por donde corren sus libranças y pagamentos menos los socorros que se les hizieren de la consignación de la guardarropa que an notado siempre los ess[criba]nos de cámara en ellas mismas para que tanto menos se les pague ³²⁷.

La controversia, que como hemos visto tenía lejano origen, ganó actualidad a mediados de 1689, cuando el Bureo consultó a Carlos II su opinión sobre las novedades introducidas por el sumiller de corps en el ajustamiento de los precios del mercader, sus gastos y los de las boticas y oficiales de manos de la cámara, a consecuencia del título adicional conseguido por Juan Manuel de Cearrote, escribano de cámara que actuaba como veedor y contador de la misma. El alegato del Bureo de noviembre de 1693 no debió ser muy favorable a sus pretensiones, pues un año después elaboró un nuevo memorial en defensa de la competencia del Bureo en la formación de estos gastos y su paga. La cuestión era compleja y confusa, como resultado de la sucesiva sedimentación de disposiciones reglamentarias contradictorias entre sí. Ante las primeras protestas del Bureo, el rey mantuvo a este en el ajustamiento de los precios del mercader, pero en lo relativo al control de sus cuentas y las del boticario, adujo disposiciones de 1608 y 1621 que los atribuía al veedor y contador, y permitía al Bureo fiscalizarlas en cualquier momento, excepción hecha de las de los oficiales de manos que se pagaban de la consignación del guardarropa. Como se aprecia, existían interferencias avaladas desde la misma cúspide de la corte, que dificultaban un control completo de la casa real por parte del Bureo, incluso en una de sus áreas de competencia, la económica. Pero ante esas disposiciones, la junta adujo otras dos, la primera dada por Cristóbal de Moura, sumiller de corps, el 24 de diciembre de 1594, y la otra despachada por el duque de Pastrana e Infantado, mayordomo mayor de la reina gobernadora que ejercía también como sumiller, el 13 de septiembre de 1671. En ambas se ordenaba expresamente que los gastos de la botica, previamente firmados por el sumiller de corps para descargo del boticario se llevasen al Bureo, por estar aquí cargado el dinero dado para las compras.

³²⁷ Esta consulta de contralor y grefier, de 16 de noviembre de 1593, en AGP, AG, leg. 368.

Se insistió, además, en un aspecto ya mencionado el año anterior, el silencio de las disposiciones de 1608 y 1621 sobre que el escribano de cámara debiera formar ni tomar las cuentas del mercader con cargo y data, ni que hubiese de finalizarlas y certificarlas para su paga. Hablaban —según el Bureo— de las cuentas y cargos de todo lo recibido por el guardarropa, de lo que este sacaba y libraba en el mercader, de lo que este daba para servir a las personas reales y a los criados y para conferir mercedes, de los géneros, cantidades y varas que se entregaban a los oficiales de manos, y de los socorros o pagas que a estos se hacían del ordinario del gasto del guardarropa. Todo ello, con el fin de llevar una buena cuenta y razón, y de llevarlo a firmar por el sumiller de corps. El Bureo decía no intervenir en estas funciones reglamentariamente consagradas en favor del escribano de cámara, pero, precisamente por ello, el volumen e importancia en este terreno de las atribuciones fedatarias ejercidas por este último tendía inevitablemente a la expansión, tendencia favorecida por la concordancia doctrinal derivada del hecho de que actuaba en su ámbito original de precedencia, la cámara, que a esa altura era un conglomerado que unificaba ambas tradiciones de servicio, la castellana y la borgoñona. Pero el silencio ante esta propensión hubiese significado:

hazerse juez y parte el escriuano de cámara, que sólo le toca la justificación de los gastos, y aún no lo han estado estos nunca hasta hauerlos uisto el contralor, que a sido y es el único ueedor dellos y después los aprveua el Bureo no hallando reparo³²⁸.

El problema era que la respuesta hacia el completo dominio doméstico del Bureo no sólo procedía de la tradición castellana del servicio, sino que los vestigios de la misma, o —como era el caso— aquellas decisiones que la revitalizaban (aunque fuese involuntariamente, y por la coherencia funcional que introducían), eran utilizadas por áreas a la usanza borgoñona renuentes a su integración sin más en la casa bajo dirección del Bureo. Dada su transcendencia, la cámara era la más significada, y la actitud mostrada por el escribano de cámara era causa y

³²⁸ AGP, AG, leg. 368, “Consulta del Bureo, 29 de nou[ie]mb[re] 1694. Sobre las nouedades del ess[criba]no de cámara”. La indignación del Bureo tuvo a continuación letra más firme: “cossa... muy contra la authoridad del Bureo, que un yndiuidvo tan ynferior quiera supeditar a quien haze caueza y lo es en las clases de la cassa r[ea] perturbando su juridición con motiuos ynziertos, pues quando lexítimamente le tocara el formar las tales quantas (que no le toca) pudiera pasar pliego a los contadores de la razón y no al maestro de la cámara. Y siendo de su obligazón sólo el ajustar los gastos de el mercader y boticario y ofiziales de manos, para que las firme el sumiller de corps y que se traigan al contralor y al Bureo, faltan los de el mercader desde el año de 1680, y los de la Botica desde el de 71”.

consecuencia simultánea de la reticencia del sumiller a ceder atribuciones al Bureo, que tenía manifestación fundamental en la conservación del control económico. Desde que comenzara a ejercer como sumiller de corps, el conde de Benavente aparentó deseo de excusar las referidas discordias e hizo ver al condestable la necesidad de que ordenase a contralor y grefier informar respecto a las mismas. Pero, al mismo tiempo, sometió la cuestión al asesor de la cámara, Juan Lucas Cortés. Ya la propia existencia de esta figura era vista con prevención por el Bureo, consciente por propia experiencia de la implícita limitación jurisdiccional que representaba, proporcionalmente diseminada entre otras dependencias como la cámara o la capilla³²⁹. En su dictamen, Cortés apoyó el proceder de Cearrote, y añadió que su intervención no vulneraba la potestad del Bureo de revisar las cuentas de casa, cámara y caballeriza, “con que quiere dar a entender, que qualquier jefe, ofizio y criado, puede formar las q[uen]tas y gastos a su adbitrio, y que al Bureo no le toca sino reberlas”³³⁰. El Bureo veía con desconfianza la independencia que podía cobrar la cámara valiéndose, paradójicamente, de un oficial de esencia castellana:

Esto señor, es llano camino a yntroducirse a hazerse classe separada la cámara, yndependiente de el Bureo y de su exsamen, dando asenso los sumilleres de corps al escribano de cámara para yntroduz[i]ones tan perjudiziales y estender su ynstituto a lo que no le toca.

Por ello, escamoteó en su escrito la condición de criado real al escribano de cámara, lo que era cierto en una óptica borgoñona, pero nunca en la castellana. La casa de Borgoña era una realidad transplantada que permitía distinguir con nitidez la realidad doméstica de la cortesana, pero distinto era el caso de aquellos oficiales como el escribano de cámara, de índole castellana. La pretensión del sumiller tenía un precedente contrario, la corta disposición por parte del patriarca del dinero procedente de las mesadas eclesiásticas, en el seno de la capilla, a la que se puso fin en 1645 y que, a su vez, ilustra sobre la resistencia que las áreas total o parcialmente participadas de la tradición castellana ofrecían a la

³²⁹ Al margen del asesor del Bureo, que es, lógicamente, el que mayor atención requiere en este trabajo, la cámara o la caballeriza también disponían de tales asesores, preferentemente elegidos entre los oidores del Consejo Real, tal y como sucedía en el caso del Bureo. Los capitanes de las guardas también disponían de un asesor (como se refleja en otro lugar de esta obra), comisión desempeñada por un alcalde de casa y corte (E. DE BENITO: “La Real Junta de Bureo”, *op. cit.*, p. 73).

³³⁰ AGP, AG, leg. 368, “Consulta del Bureo, 29 de nou[iemb]re 1694. Sobre las nouedades del ess[criba]no de cámara”.

imposición del Bureo, pues este cobro volvió a suscitarse 5 años después. En palabras del Bureo, el atrevimiento del escribano de cámara había llegado al extremo de preferir a los médicos de cámara en las Juntas de la botica, suplantando al sumiller de corps, y a su inducción se había debido que el duque de Pastrana, quien ejercía el oficio, consultase al rey la futura plaza de examinador de sangradores para Antonio de Torres.

En realidad —y ello demuestra el caos reglamentario que afectaba a la casa— el conflicto había surgido por el mero cumplimiento de sus funciones por parte del escribano de cámara, quien, alarmado por el atraso en las cuentas de todos los dependientes de la cámara, se dispuso a fenecerlas, observando que carecían de cargo. Ante ello, “no deuiéndose llamar quenta la que no es con su cargo y data”³³¹, despachó pliegos al maestro de cámara con objeto de recibir recetas a partir de las que formar los cargos. Esto provocó la airada reacción de contralor y grefier, lo que condujo a su vez al escribano a preguntarse en qué consistía su labor. Las cuentas del mercader estaban pendientes desde 1680, las de la Botica, desde 1671, y las de los oficiales de manos desde 1678, sin que —en opinión del Bureo— para ejecutarlas obstase no haber recibido por el maestro de cámara las recetas de lo librado para la comprobación de los cargos, pues nunca fue practicado³³². Debe tenerse en cuenta que la cuestión seguía vigente en octubre de 1694 —y, como veremos, lo haría todavía más tiempo—, cuando, a los pocos días de haber entrado en su cargo, el sumiller de corps recibió un memorial del mercader de su Majestad solicitando se le tomasen sus cuentas atrasadas y corrientes, que remitió al veedor y contador de la cámara real (cargo unido al de escribano de cámara) al efecto de ser informado. El escribano adujo haber remitido al maestro de la cámara los pliegos correspondientes y estar a la espera de su respuesta. El sumiller llamó a su aposento al contralor, al efecto de favorecer la brevedad en la respuesta, ante lo que este estalló y acusó al escribano de “quererse abrogar más regalía de la que le permitía su offiçio”.

Que el sumiller parecía implicado en una disputa en la que creía defender la propia autoridad de su oficio se deduce del hecho de que propuso la formación de una junta que aclarase las atribuciones del escribano de cámara, formada por el asesor del Bureo y un mayordomo designado por el mayordomo mayor, por un lado; y por el otro, un miembro de la cámara y el veedor y contador de la misma,

³³¹ AGP, AG, leg. 368, “Copia del ymforme hecho por d[o]n Juan Manuel de Zearrote al s[eñ]or conde de Uenauente sumiller de corps en 21 de nouiembre de 1693”.

³³² AGP, AG, leg. 368, “Respuesta p[o]r el secretario al Grefier al papel que escriuió al escriu[an]o de cám[ar]a, 28 de febrero de 1695”.

que reconociendo todos los papeles referidos junto con las etiquetas, sin perjudicar su jurisdicción, ni la mía, tomasen el medio más proporcionado para que se executase lo que fuesse más del seruicio de V. M.

Esta propuesta fue desoída por el mayordomo mayor, pues, como el propio sumiller no ocultaba, planteaba una división jurisdiccional entre cámara y Bureo, contraria a la tendencia de fortalecimiento de este último vigente en el reinado de Felipe IV, y expresiva de los límites de la voluntad de racionalización y unificación de la administración doméstica que pretendía. En ello, como se aprecia, tenía una contribución más que proporcional el punto de partida de esta pretendida homogeneización de la casa a partir de la tradición borgoñona: la pervivencia, más o menos consciente pero muy vital, de la tradición doméstica natural, que llegaba al punto de contaminar áreas de la propia casa de Borgoña. Como sentenciaba el sumiller, la censura pretendida por la Junta de Bureo

no es inmediaa a el ueedor y contador de la real cámara, sino a mi offiçio, pues no ignorando el Bureo que este ministro sirue de uajo de mi mano y sigue mis órdenes, el culparle tan de lleno sus operaciones es atribuir o a descuydo mío o a malicia su tolerancia, y uno y otro (Señor) deuo esperar de la gran justificación de U. M. y de las honrras que estoy reçiuiendo de su mano, no permitirá que se discurra ni piense assí ³³³.

La disputa alcanzó el siglo XVIII, pues la nueva dinastía borbónica hizo propio el servicio de su antecesora, y por lo tanto también su conflictiva evolución, si bien adaptada a las nuevas circunstancias. El 17 de marzo de 1724 el veedor y contador de la cámara elaboró un memorial sobre si tocaba a su oficio o al de grefier dar los avisos para pagar las medias anatas que adeudasen los criados de la real cámara. Esto actualizó las largas disputas sobre la independencia entre cámara y mayordomo mayor, concluidas en tiempo de Carlos II, siendo mayordomo mayor don Íñigo Fernández de Velasco, condestable de Castilla, y el veedor y contador las refirió en su informe, centrando las controversias entre el referido mayordomo mayor y el sumiller de corps, el duque de Pastrana, en la ya descrita disputa en torno a la toma de cuentas de los oficios de la cámara. Estas fueron recogidas por el marqués de Montealegre, al suceder al difunto duque en la plaza de sumiller, a quien se debía el anterior memorial que hemos señalado. Resultado del cual fue la decisión regia de que todas las cuentas de los dependientes de la cámara real fuesen tomadas en el oficio de su veedor y contador, refrendada por decreto de Felipe V de 26 de agosto de 1714. Por entonces la vieja diferencia se actualizó en lo relativo al cobro de las medias anatas, que

³³³ AGP, AG, leg. 368, memorial del sumiller de corps de octubre de 1694.

inicialmente se abrogó el greffier, conforme a decreto real de 1703, si bien no se suscitó la defensa de los derechos del veedor y contador en los referidos avisos hasta que el conde de Peñaranda, gobernador de la cámara, recurrió nuevamente al veedor y contador en busca de información, sobre la que reivindicó la regalía del puesto de sumiller de corps.

En este sentido concreto, la atmósfera distaba de ser favorable para el Bureo, puesto que en agosto de 1714 el rey decidió que las cuentas del mercader y el resto de oficiales de la sumillería fuesen tomados por el contador de la cámara, como previamente se había decidido en lo relativo a la caballeriza, en lugar de por el Bureo³³⁴. Con tan importante fundamento, el 19 de octubre de ese año el sumiller dió un paso más y defendió su completa jurisdicción en el terreno económico, desterrando la idea de que la beligerancia en este terreno hubiese sido una simple ocurrencia del escribano de cámara, e ilustrando sobre las ventajas de la unidad de una misma atribución en un único área como la cámara³³⁵. La vieja aspiración de unificación del control doméstico en las figuras de mayordomo mayor y el Bureo, perviviente en nuevas coordenadas temporales y dinásticas, contaba con poderosos obstáculos. Por ejemplo, en el caso de otras instancias como la Junta de obras y bosques, ese deseo se había manifestado mediante el apoyo a la figura del sobrestante de obras reales por parte del condestable mayordomo mayor, cuyas competencias en la asignación de gracias y designación de oficios del ramo

³³⁴ AGP, AG, leg. 368, “Copia de la resolución de S.M. en consulta del Bureo de 26 de ag[os]to de 1714 [...] Siendo una misma la disputa que actualmente ocurre entre el Bureo y el sumiller de corps en quanto al modo de remitir este las quantas del mercader y demás oficiales de la sumillería al Bureo, que la que se suscitó antiguam[en]te con la caualleriza, a que se resolvió que estas quantas las tomase el contador de ella independientemente del Bureo; he rresuelto aora se execute lo mismo con todas las quantas pendientes de la sumillería, y que se excuse el que firme el marqués de Montealegre, como se a propuesto, las del t[iem]po del conde de Benaunte, por no hauer corrido de uajo de su mano. Y así lo tendrá entendido el Bureo para arreglarse a esta resolución” (la palabra “excuse” aparece enmendada sobre “execute”, oportunamente).

³³⁵ AGP, AG, leg. 368, “Copia de consuta que hizo el marqués de Montealegre siendo gouernador de la r[ea]l cám[a]ra en 19 de oct[ub]re de 1714 [...] Y en quanto a que el ueedor y contador quiso introduzirlas (las cuentas) sólo con su firma no pudo creer fuese hecho suyo, sino orden del conde de Benaunte, a quien le parezería ser sufziente el hechar su firma en las mismas representaçiones que le hazían por este ministro de hauer registrado”. Tras defender las ventajas de unificar todas las cuentas bajo su autoridad, como había sucedido en la caballeriza con el caballerizo mayor, concluía que permitir la intervención del Bureo en este terreno supondría “subordinar enteramente” el puesto de sumiller de corps al de mayordomo mayor.

Capítulo 1.1: *La Real Junta de Bureo*

venían siendo discutidas por la junta, al menos desde 1646. Pero, sin duda, el ámbito más destacado en esa actitud de resistencia al monopolio del control de la casa por parte del Bureo había sido la cámara, como espacio selecto y restringido en el que el rey armonizaba sus facetas cotidiana y gubernativa.

APÉNDICE DOCUMENTAL

DOCUMENTO 1

Relación de las personas que tienen pensiones situadas en los tres mil reales que libran cada mes para los gastos ordinarios de la cámara de Su Magestad y de los demás gastos que tiene y de las deudas que se deven hasta oy 22 de febrero de 1628³³⁶.

Pensiones

El convento de Santa Isabel la Real desta corte	6.000
Lucas Gabriel cantorçico	2.520
Doña Sofia, dama de la Reyna mi señora	2.300
Doña Juana de Cardona	3.960
Don Gregorio Oraçaval	4.400
Don Pablo Negro de Su Magestad	1.200
El secretario Garcia Gallo de Escalada	4.400
Francisco Merchan jardinero de palacio	900
Pedro del Hiermo	6.600
Eugenio Marban, controlador de la Reyna nuestra señora	3.300
Secretario Antonio de Alosa y su hijo	16.500
Phelipe Picinini	2.200
El conde de Orgaz	13.200
Doña Theresa de Velasco y hiera	1.100
Domingo Lopez de Rivera	400
Phelipe Garrido	1.900
Don Fernando de Contreras	4.400
Don Francisco de Prado	4.400
Doña Juana de Ocampo	9.240
Don Andres de Ledesma	6.600
Alonso Martinez	880
Doña Ana de Aguirre	596
Matias de Noboa	3.300
Gregorio de Vega	2.200
Diego Ponce	880
Don Enrrique Botelano	2.200
Doña Ursula Çapata	11.000
Don Christoval Tenorio	4.400

³³⁶ AGP, AG, leg. 939/1, exp. 12.

Capítulo 1.1: *Apêndice documental*

Juan del Castillo	5.900
El capitan Manuel Suarez Treviño	4.400
Lorenzo Hernandez	2.200
Doña Maria Sigoney de Ydrobo	2.200
Diego de Obregon	4.400
Miguel Gomez de Mora	1.100
Alonso de Caceres	730
Catalina de Biruela	597
Francisco de Angulo	3.700
Don Miguel Soplillo	576
Doña Catalina de Solares	2.000
Juan Matheo	880
Francisco de Toro	600
Don Juan Arias Ravenal	2.200
Don Francisco de Ovianco	8.800
Don Baltasar de Alamos	39.600
El convento de Carmelitas descalços de Segovia	1.100
Juana Laynez	3.960
Mi Sra. la condesa de Salvatierra	13.200

Mi Sra. la marquesa de Valdefuentes	22.000
La Sra. doña Catalina Manrique	44.000
Mi Sra. la marquesa de Bedmar	4.400
Laçaro Albanes	360
Juan Ruiz de Velasco	1.100

Don Antonio de Mendoça tenia en la camara lo que montava el oficio de la ynquisicion y agora le tocan las quatro raciones de cavallos y los 100.000 maravedies del titulo de secretario porque no le cobra en otra parte y conforme a una orden de Su Magestad se le a de pagar aqui, y hasta oy no a querido revivir un real de lo que se le debe y a socorrido de su casa a muchos soldados pobres y se le esta debiendo toda esta cantidad.

290.979

Otros gastos

Ymportara la primera paga del sueldo que se da a los capitanes alfereçes y otros soldados que ban despachados desta corte en cada un año	88.000
Los socorros extraordinarios que les hacen los consejos de estado y guerra	20.000
En tres socorros que se hace a los criados de la casa y cavalleriça quando Su Magestad ba a los bosques	40.000

En el que se haçe a los ofiçiales jardineros y ordinarios de Aranjuez, san Lorenzo y el Pardo	10.000
En socorrer criados de la casa cavalleriça y guardas quando estan enfermos	22.000
Libranse en los gastos de la camara las recompensas y ayuda de costa que se da a las biudas de soldados de la guarda que importara un año con otro	8.000
Ymportara lo que se da a Su Magestad en su mano cada año	50.000
Pagase por la camara las medias que gasta Su Magestad y el señor Infante don Carlos que importan	10.000
Comprar el recado de escribir que un año con otro ymporta	18.000
Paganse los gastos extraordinarios de la guarda ropa que importaran	3.300
Ansi mismo los que haçe Juan Xiren en la camara que importaran cada año	1.500
Ansi mismo los que haçe Diego Ortiz de Santa Maria en limosnas y en prevenciones de algunas cosas para el campo que importara cada año	6.000
Ansi mismo el que hacen los Palomeros que vienen a servir al Pardo y Aranjuez que ymportara	2.000
Paganselos adereços de los arcabuços la municion y paños para limpiarlos que Importara	5.500
Paganse las escribanías que se hacen para Su Magestad todos los cajones bufetes sobre mesas que son neçesarias para los escritorios de la camara que importaran	2.000
Paganse los adreços de los caminos del Pardo y la vellota castaña y centeno que se conpra para el cevo de los jabalíes que importa cada año	2.500
Ansi mismo el adreço del puerto quando Su Magestad pasa a Balsain que ymporta	2.000
Paganse los adreços de ynstrumentos de musica y otros que remandan hacer nuevos que ymportara cada año	2.500
Paganse los adreços de los relojes y los que se hacen nuevos que ymportara cada Año	3.000
	<hr/> 296.300

Monta el gasto de las pensiones doscientos y noventa mil novecientos y setenta y nueve reales y los demas contenidos en esta relacion dosçientos y noventa y seis mil y trescientos que lo uno y lo otro suma quinientos y ochenta y siete mil dosçientos y setenta y nueve reales y para todo se libra cada mes tres mil ducados cada mes que montan en cada un año trecientos y nobenta y seis mil reales de manera que alcanza la data al cargo en çiento y nobenta y un mil doscientos y setenta y nueve reales que hacen 17.389 reales. Y desta falta se an causado las deudas siguientes.

Capítulo 1.1: *Apéndice documental*

Deudas a los pensionarios

A doña Sofia, dama de la Reyna nuestra señora	760
A doña Juana de Cardona	1.320
A Garci Gallo de Escalada	2.932
A Francisco Merchan	300
A Phelipe Picinini	733
Al conde de Orgaz	2.200
A doña Teresa de Velasco	366
A Phelipe Garrido Pajarero	526
A don Fernando de Contreras	1.466
A don Francisco de Prado	2.932
A doña Juana de Ocanpo	4.060
A don Andres de Ledesma	4.400
A doña Ana de Aguirre	596
A Matias de Noboa	1.100
A Gregorio de Vega	733
A Diego Ponce	733
A doña Ursula Çapata	6.000
A don Christoval Tenorio	1.466
Al capitan Manuel Suarez Trebiño	1.466
A Lorenzo Hernandez	733
A Doña Maria Sigoney	733
A Diego de Obregon	1.466
A Miguel Gomez de Mora	366
A Alonso de Caceres	730
A Catalina Biruela	183
A Francisco Fernandez de Angulo	1.100
A Miguel Soplillo	566
A doña Catalina de Solares	2.000
A Juan Mateo Ballesterio	880
A don Juan Arias Ravanal	2.200
A don Francisco de Vibanco	8.800
A don Baltasar de Alamos	6.100
Al convento de carmelitas de Segovia	1.100
A Juana Laynez, muger de don Juanillo	3.960
A mi señora la marquesa de Bal de fuentes	2.200
A la Señora doña Catalina Manrique	7.333
A Laçaro Albanes	26.280
A don Phelipe Alosa Rodarte	9.130

110.149

Todas estas partidas son deudas de pensiones que se an dejado de pagar en los tercios segundo y postrero del año pasado de 1627 por no haver con que.

Otras deudas

Al calçetero de resto de una librança de diez mil reales	5.000
A diez y ocho biudas de soldados de la guarda a quien Su Magestad a hecho merced de ochenta ducados a cada una	15.840
Al librero por el recado de escribir que a dado de su tienda	8.000
A Antonio Matheo relojero	3.000
A Alonso Martinez mil reales que gasto en plomo y en otras cosas de su oficio	1.000
A Diego Ortiz de Santa Maria	1.200
Al señor don Luis de Haro 6.500 reales de resto de 900 escudos de oro que dio a Su Magestad	6.500
Al marques de Flores 1.500 reales de resto del adreço de los caminos del Pardo	1.500
A los Fucares 800 ducados de oro que an prestado que balen 10.400 reales	10.400
Los dos socorros ordinarios que se avian de dar a la casa en Aranjuez y en esta ultima jornada del Pardo importaran	30.000
Ymportaran las libranzas que estan dadas por los consejos de estado y guerra y los soldados que estan despachados	18.000
Al patriarca se le deven 1.600 reales por dos limosnas secretas que a de hacer	1.600
Ponenese asi mismo por deuda dos meses que estan corridos de este año que para la paga de las pensiones del tercio primero del inporta 53.000 reales	53.000
	<hr/>
	155.040
	<hr/>
	110.149
	<hr/>
	265.189

Montan las últimas dichas partidas de deudas como parece por esta relación 265.189 reales que reducidas a ducados hacen 24.108 reales.

*DOCUMENTO 2*³³⁷:

Lo que se halla en los papeles de el oficio de grefier de la casa de la reyna, nra señora, pertenecientes a las jurisdicciones del mayordomo mayor y Real Bureo de S. M. y la que debe tener su asesor, es que en lo antiguo en los capítulos generales celebrados por el Rey Católico en los años 1505, cap. 54 y después en el año 1507, cap. 11, manda que los oficiales que están sirviendo actualmente no puedan ser convenidos fuera de aquellos tribunales en donde sirven y en ley vulgar de derecho dice que la jurisdicción y castigo de los ministros ejecutores y oficiales que delinquieren en el ministerio que les está encargado, pertenece al tribunal que los nombra, aunque los delitos cometidos no miren al oficio. Las leyes de los Emperadores, inhiben a los criados de la jurisdicción ordinaria, todo lo cual parece en este oficio en un papel que escribió D. Francisco Melgar, abogado de los Reales Consejos en el año 1695, en defensa de la jurisdicción civil y criminal del señor mayordomo mayor y Bureo.

Asimismo, entre los papeles que se han recogido en este oficio, se halla noticia de que cuando el emperador Carlos V vino a España, en la relación o etiqueta de la forma y casa con que se servía, expresa que el señor mayordomo mayor tenían bajo de sí la justicia civil y criminal de los criados.

También en las ordenanzas de la casa de dicho señor Emperador, en España en el año 1556, dice que el señor mayordomo mayor tenía Bureo una vez al día, así para contar el gasto como para hacer justicia a todos, la cual se hacía sumariamente dentro de tres días y no se podía apelar de las sentencias dadas en Bureo.

Lo referido es por lo que toca a este caso en lo antiguo, pero descendiendo a lo más moderno, en la etiqueta de la casa del Rey, nro señor, que se formó en el año de 1562 y se reformó en el año 1647 [...] Dice que en el Bureo se puede conocer de todas las diferencias, pleitos, excesos y delitos que entre los criados de S. M. dependientes de sus oficios o cometidos dentro de palacio por juicio sumario y remitirlo al asesor y todos los criados de cualquier gremio que sean, puedan apelar al Bureo de las sentencias de sus jefes y de las sentencias dadas por el Bureo no ay apelación cuando determinare que dentro o fuera de palacio se prenda a alguna persona, criado de S. M., o que no lo sea, puede llamar al alcalde que quisiere para darle orden o a los alguaciles que todos los días han de estar de guarda en palacio; estos alguaciles los llevarán a la cárcel que se les ordenare y en ella quedarán asentados en los libros, que lo están por orden del señor mayordomo mayor, si fuere hora que no hay alguaciles, los soldados los tendrán en el cuerpo de guardia hasta entregarlos a la justicia y esa entrega se ha de hacer fuera de las puertas de palacio. Y quando la persona sea de calidad que parezca conveniente el hacerle prender y llevar por soldado de la guarda y no por los alguaciles o justicia ordinaria, lo podrá disponer así, siendo esta cosa irregular que no se puede prevenir si no es en el caso y también cuando son sobre cosas leves se suelen hacer estas prisiones por mano del ugiere de la vianda.

³³⁷ AGP, AG, leg. 433.

El Bureo, visto los autos y con el conocimiento de causa que hubiere en el caso ocuriente, puede determinar con comunicación de su asesor en la forma que se acostumbra revocando o confirmando lo que los capitanes hubieren proveído o mandado de nuevo lo que le pareciere y de esta determinación no hay recurso a otra parte, apelación ni suplicación, sino que se ha de efectuar.

*DOCUMENTO 3*³³⁸:

Su Magd ha mandado remitir a V. E. la nueva pretensión de los dos asesores de las reales casas en que intentan que el que hasta hoy ha sido parecer consultivo, sea sentencia definitiva; como también otros negocios sobre jurisdicciones de regalías de la justicia ordinaria, para cuyo fin manda V. M. se forme una junta en la posada de V. E. de los dos mayordomos más antiguos de las reales casas y los dos asesores de ellas y que oídos unos y otros, V. E. represente al Rey lo que se le ofreciere:

Señor, en el punto de asesores dice las palabras siguientes la etiqueta: se ha de formar en mi real casa un tribunal que se llamará el Bureo, el cual le han de componer mi mayordomo mayor, mis mayordomos, el grefier maestro de la cámara y contralor. Se pueden y deben juzgar en él todos los pleitos civiles y criminales que ocurrieren entre criados míos, pidiendo parecer al asesor, y lo que se resolviere por este tribunal no tendrá apelación a otro ninguno. Esto ha estado en una observancia inalterable desde que hay reyes en España, y en el año 1647, mandó el rey Felipe cuarto juntar todas las etiquetas antiguas y de ellas formar una nueva, que es la que hoy subsiste y original para la secretaría de despacho sin que desde esa fecha acá haya habido asesor que tal haya intentado, habiéndolo sido del Consejo de Castilla y de la Cámara y siendo notorio hasta lo que se entiende la regalía del asesor en todos los tribunales que hay, pues, jamás ha tenido su dictamen más fuerza que la de un parecer consultivo, y si hoy consiguiesen los asesores lo que pretenden, sería alterar todo el curso que se ha observado en tantos años y prevertir y no observar las órdenes y decretos de los Reales predecesores de S. M. [...]

En el segundo punto, de cómo se entiende la jurisdicción del Bureo y la de la justicia ordinaria, debo poner presente a V. E. nunca se ha opuesto el Bureo a que si el criado delinque y se halla ministro que le prenda, lo ejecutase, pero sí el que luego que lo haya ejecutado se pase a dar cuenta al señor mayordomo mayor para que, como jefe suyo, le recargue, vea su causa en el Bureo y la sentencia conforme a su mérito sin que esto pueda ejecutar sin mandar al escribano de la causa venga a hacer relación, y en vista de ella remitirla al asesor.

³³⁸ AGP, AG, leg. 433. Dictamen sobre la competencia del asesor. Reinado de Carlos II.

2. LA TRANSFORMACIÓN INSTITUCIONAL DE LA CÁMARA REAL DE LA MONARQUÍA HISPANA DURANTE EL SIGLO XVII

José Martínez Millán,
Koldo Trápaga Monchet

La cámara fue el departamento de la casa real más controvertido y en el que los grupos y facciones cortesanas desarrollaron con más crudeza sus pugnas políticas, con el fin de influir en la voluntad real. Esto se entiende fácilmente si tenemos en cuenta que el reparto de la gracia y de las mercedes era una de las funciones que esta sección cumplía en la administración de la Monarquía³³⁹. Desde luego, los coetáneos tuvieron conciencia de su complejidad, como se aprecia en un tratado de finales del siglo XVI sobre el “gobierno universal del hombre cristiano”, escrito, desde los planteamientos derivados de la filosofía práctica clásica cristianizada, por el fraile Marco Antonio de Camos, prior del convento de San Agustín de Barcelona. Tras narrar las cualidades que debía asumir la casa del rey (de acuerdo con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras), insistía en la importancia de la cámara real, por su privacidad y la influencia que tenían los personajes que la servían, dada la cercanía al príncipe³⁴⁰. Camos dividía en tres categorías los servidores de los príncipes de acuerdo con los –supuestos– consejos que Aristóteles dio a su discípulo Alejandro³⁴¹; a saber:

³³⁹ Y. BOTTINEAU: “Aspects de la Cour d’Espagne au XVIII^e siècle...”, *op. cit.*

³⁴⁰ M. A. DE CAMOS: *Microcosmia y Gobierno Vniversal del hombre Christiano para todos los Estados y cualquiera de ellos, dirigido a Don Antonio de Cardona, duque de Sessa y Soma, del Consejo del Rey, Nuestro Señor, y por su Magestad, embajador de España en Roma*, Barcelona 1592, p. 117.

³⁴¹ *Ibidem*: “El filósopho escribiendo a Alexandro su parecer en el asiento y gobierno de su real casa, haziendo corporación de lo que sirven los sentidos interiores y exteriores al hombre, con lo que deben servir los criados al príncipe, divide el servicio de la persona real en tres géneros” (O. RANUM: “Palabras y riqueza en la Francia de Richelieu y Mazarino”, en L. BROCKLISS y J. H. ELLIOTT (dirs.): *El mundo de los validos*, Madrid 2000, p. 182: “Richelieu [...] creía que estaba en la naturaleza de la realeza recompensar libremente por sus servicios a sus súbditos”).

unos criados que sirven las cosas intrínsecas y secretas: los otros los que tocan a la sustentación de la vida corporal del príncipe; los otros que tienen cuenta y cuidado de la guarda de la real persona.

Los que servían las cosas “intrínsecas y secretas” formaban la cámara real, que estaba compuesta por “mayordomos, caballerizos y otros que llaman de la cámara”; a ellos se añadían los denominados servidores de “la boca”. Mientras que los primeros ayudaban a vestir y desnudar al rey y entrar en su cámara cuando era menester, los segundos se ocupaban de servirle de comer. Ambos grupos comían en palacio en sus “tineles separados, a que llaman estados”. Finalmente se mencionaban las diferentes guardas, que vigilaban y guardaban la persona real y su casa, todas ellas con un capitán. Por lo tanto, los servidores de la cámara eran los más conjuntos a la persona real, y esta calidad no la perdían ni tan siquiera con ocasión de las jornadas reales³⁴².

2.1. EVOLUCIÓN DE LA CÁMARA

Desde la Alta Edad Media, en las casas reales de las monarquías europeas, la cámara siempre se identificó con los aposentos más íntimos del monarca, a los que solamente tenían acceso los personajes de su mayor confianza y amistad, quienes –además de compartir sus diversiones y preocupaciones– le asesoraban en el gobierno del reino y en el reparto de gracias o mercedes. Los historiadores han sabido describir con toda precisión la composición de este importante organismo, cuya actividad repercutió e, incluso, influyó en la distribución espacial y arquitectónica de las salas de los palacios con el fin de preservar la mayor o menor cercanía de los personajes al rey³⁴³.

³⁴² “Assí partieron Sus Magestades de Guadalajara aquél día temprano: y el Rey nuestro Señor salió junto con la Reyna: mas porue era seruido se hiziesse a la Magestad della sola el recibimiento de aquí, luego se apartó a la caça, lleuando consigo al conde de Benaute, y algunos otros pocos señores de los de su cámara y real seruicio, dexando con la Magestad de la Reyna a la serenísima princesa doña Iuana su hermana con todo el acompañamiento de su real corte” (A. GÓMEZ DE CASTRO: *El recebimiento, que la Universidad de Alcalá de Henares hizo a los Reyes nuestros señores, quando vinieron de Guadalajara tres días después de su felicissimo casamiento*, Alcalá de Henares 1560, *apud* J. SIMÓN DÍAZ: *Fuentes para la historia de Madrid y su provincia*, vol. I: *Textos impresos de los siglos XVI y XVII*, Madrid 1964, pp. 1-7, p. 6).

³⁴³ D. STARKEY: “Intimacy and innovation: the rise of the Privy Chamber, 1485-1547”, en D. STARKEY *et alii*: *The English Court: from the Wars of the Roses to the Civil War*, Londres-Nueva York 1987, pp. 71-117; D. STARKEY: *The reign of Henry VIII*, Londres 1992, cap. 1º.

La complejidad de la organización de la Monarquía hispana, con sus numerosos reinos, produjo que, a partir de la llegada de Carlos V al trono, sus monarcas fueran servidos simultáneamente por dos casas (al tiempo que cada reino mantuvo su propia organización política y su respectiva casa real), las de los reinos en torno a los que se articuló la Monarquía: la casa de Borgoña, que encarnaba a la dinastía Habsburgo, y la casa de Castilla, que personalizaba el reino más poderoso en el que se había generado la Monarquía ³⁴⁴. Ambas instituciones contaron con sus propias cámaras reales, lo que dificulta sumamente el estudio de la evolución de este organismo.

Con todo, no deja de haber una cierta verdad, desde nuestro punto de vista, en que hay una importante diferencia entre los modelos foráneos y la realidad Austria: la cámara, entendida como el grupo de servidores más cercanos a la persona del rey, no gozaba de la autonomía formal y política que sí parecía tener en las casas reales de otros monarcas. Y por otro lado, desde fechas muy tempranas, la gestión del “despacho de mercedes, ayudas de costa y demás concesiones propias de la voluntad real y en la provisión de oficios y cargos civiles y eclesiásticos”, obtenidos a lo largo de la Baja Edad Media castellana ³⁴⁵, recayó en la cámara de Castilla, un organismo diferenciado de la propia casa real ³⁴⁶. Ésta quedaba así despojada de cualquier función que fuese más allá de los límites de la casa real e incluso más allá de los propios aposentos reales. De hecho, el cargo de camarero mayor desapareció al comenzar a reinar Carlos V, siendo sustituido

³⁴⁴ La composición de las casas reales están estudiadas en diversos trabajos, un resumen en J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Corte y casas reales en la Monarquía hispana...”, *op. cit.*

³⁴⁵ La cámara en la casa real de Castilla, partiendo del estricto servicio en el ámbito personal del monarca, incorporó en un primer lugar (al menos desde comienzos del siglo XIV) la expedición de mercedes (a través de 4 escribanos de cámara designados por Fernando IV) y después funciones recaudatorias y de administración de fondos (de los que recibía un tanto el propio camarero mayor y de las que desde finales del Cuatrocientos se ocupó el camarero mayor de la cámara de los paños). De hecho, con los últimos Trastámara el gremio recibiría el 10 por ciento de los arrendamientos de la masa (denominado “diezmo de la cámara”), con lo que pagaba los gastos de la despensa, acemilería y caballeriza (J. DE SALAZAR Y ACHA: *La Casa del Rey en Castilla y León en la Edad Media*, Madrid 2000, pp. 254-257).

³⁴⁶ Estudiada en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES: “La administración de la gracia real: los miembros de la cámara de Castilla (1543-1575)”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (ed.): *Instituciones y elites de poder en la Monarquía hispana durante el siglo XVI*, Madrid 1992, pp. 25-45 y J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Las luchas por la administración de la gracia en el reinado de Felipe II. La reforma de la cámara de Castilla, 1580-1593”, *Annali di storia moderna e contemporanea* 4 (1998), pp. 31-72.

por el de sumiller de corps, de menor entidad en principio. Juan Sigoney afirmaba que “el postrer camarero que tuvo su Majestad fue el conde Henri de Nasau”³⁴⁷. Por su parte, el mayordomo mayor, además de ocuparse de dirigir toda la casa, se encargaba de manera particular de regir los oficios que servían las distintas necesidades de la persona real (cocina, médicos, ropas, joyas, limpieza...), considerados servidores de la “cámara” y denominados “oficios de la casa”. No obstante, con la subida al trono de Felipe II, se fusionaron las respectivas secciones de ambas casas, lo que provocó la desaparición del cargo de camarero mayor, que pasó a ser título honorífico en manos de una alta familia nobiliaria (los duques de Osuna se arrogaban este título³⁴⁸), lo que servía para integrarla y mantenerla fiel a la dinastía, quedando como único jefe el sumiller de corps³⁴⁹.

De esta forma, la cámara fue el departamento de la casa real más etéreo, en tanto que se hallaba tan fusionado y conectado al núcleo de la misma, el gremio “de la casa”, que separar uno del otro se hace tarea harto difícil, al menos en las primeras décadas del Seiscientos. Mientras que la capilla, la caballeriza, las guardas e incluso la caza formaban núcleos autónomos bajo la dirección de sus respectivos jefes, sujetos más o menos formalmente al mayordomo mayor y gozando de sus propias instrucciones, elaboradas a caballo de los reinados de Felipe II y su hijo, la casa y la cámara no contaban con ordenanza alguna, salvo la relación que Sigoney elaboró por orden del “Rey Prudente” y alguna instrucción para un oficio concreto (caso de la botica, escribano de cámara...). En los *roollos* del primer tercio de 1612, que ofrecen un listado de todos aquellos criados que disfrutaban de gajes, no había ningún epígrafe concreto para la cámara, sino que los oficiales de la misma eran introducidos en su mayor parte bajo la furriera, al contrario de lo que sucedía con capilla, caballeriza y guarda de archeros³⁵⁰. Sin embargo, en las mismas fechas, las nóminas de la casa de Castilla sí mencionaban oficios pertenecientes a la cámara de esta procedencia³⁵¹.

³⁴⁷ “Relación de la forma de servir que se tenía en la casa del Emperador don Carlos...”, *op. cit.*, pp. 179 y ss.

³⁴⁸ G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid...*, *op. cit.*, pp. 314-315. La familia Osuna no hacía sino poner en práctica la idea de P. SALAZAR DE MENDOZA: *Origen de las dignidades seglares de Castilla y León*, ed. de E. Soria Mesa, Granada, 1998.

³⁴⁹ J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II.

³⁵⁰ AGP, AG, leg. 1135.

³⁵¹ AGP, AG, Nóminas Empleados, caja 5639.

Sin embargo, en la práctica diaria sí que podía apreciarse una distinción entre los dos ámbitos, basada principalmente en la sumisión a un jefe, algo que ya introducía Sigoney en su relación (al colocar los oficios de la cámara a continuación del sumiller de corps). Efectivamente, el secretario de Felipe IV, Ramiro de Zabalza, grefier con Felipe III, elaboró una relación certificada sobre la forma de jurar que tenían los distintos oficiales de la casa real, según lo que constaba en los libros del Bureo tanto de Felipe II como de su hijo ³⁵². En la misma indicaba que juraban en manos del mayordomo mayor el sumiller de corps, el caballero mayor, los mayordomos, capitanes de las guardas, gentilhombres de la boca, maestro de cámara, contralor, grefier, acemilero mayor, médicos de la familia, cirujanos, algebristas, sangradores, ujieres de cámara, aposentadores, porteros de sala y saleta, porteros de palacio y los jefes, ayudas, sotayudas y mozos de los oficios de boca y casa de su majestad (panadería, frutería, cava, sausería, mayordomo de estado de la boca, guardamangier, cocina, cerería, guardajoyas, tapicería y furriera) ³⁵³. También tomaba juramento a los oficiales de manos de la casa, que eran pintor, plateros de oro y plata, escultor, relojero, entallador, cerrajero, cofero, cajero y carpintero de la furriera ³⁵⁴. Estaban sujetas a su jurisdicción las lavanderas de boca y de estados y las panaderas de la boca y del común, que no juraban (por ser mujeres) y los demás oficiales de manos de la casa, tales como violero, colchero, vidriero, guardamecilero y los que fuesen necesarios, de los que tampoco se tomaba juramento, pues sus gajes se contaban por el extraordinario. Tenía la potestad de nombrar a estos últimos sin consulta, aunque priorizando a los hijos y deudos de los que hubiesen servido el oficio, al igual que a los criados de manos de la furriera, quienes estaban sujetos al aposentador de palacio, tales como el barrendero de cámara. También los mozos eran nombrados por el mayordomo mayor, aunque sólo en tiempos de Felipe II, pues entonces prestaban juramento. Respecto a los mozos entretenidos o extraordinarios, eran elegidos por los jefes de cada oficio, aunque dando cuenta al dicho mayordomo mayor o al contralor, si bien el antiguo grefier añadía que el duque del Infantado había intentado nombrarlos también. Por último, los proveedores, eran asentados en el Bureo una vez que se producía vacante.

³⁵² Madrid, 2 de agosto de 1625 (AGP, AG, leg. 939/12).

³⁵³ Añadía que el jefe de la dicha furriera era el aposentador mayor, y que el cerero ya no era criado ni llevaba gajes, pues era un comerciante del que se tomaban las confituras, conservas y demás cosas necesarias, que se servían por la panadería.

³⁵⁴ Añadía Zavalza que en tiempos de Felipe II sólo juraban los plateros y el cerrajero, pues el resto no estaba inscrito en los libros de acroes.

En lo que atañe al sumiller de corps, la relación indicaba que en su mano juraban los gentilhombres, ayudas y médicos de cámara; guardarropa y sus ayudas, sotayudas y mozos; escribano y músicos de cámara; boticario y sus ayudas y mozos; el mayordomo de estado y los oficiales de manos de la cámara (es decir, sastre, calcetero, cordonero, gorronero, bordador, zapatero, pellejero, jubetero, guantero, prensador, corrier, espadero, guarnicionero de espadas, tundidor y camero). También juraban ante él los escuderos de a pie, pese a que eran parte de la casa de Castilla. Por último, la lavandera, lavandera de corps y “calcetera que hacía media de puntos” estaban bajo su jurisdicción, aunque no juraban por ser mujeres. Añadía el secretario que, dado que todos los criados que tocaban a la cámara prestaban juramento, debía consultar al rey los que le tocaban.

Este documento atestiguaba dos hechos: por un lado que existía, efectivamente, un grupo de servidores sujetos al sumiller de corps y otro al mayordomo mayor; pero por otro que el primero se hallaba subordinado al segundo, en tanto que juraba ante él para comenzar a servir su oficio. En este sentido, la relación de Sigoney ya afirmaba que el camarero mayor podía entender en primera instancia de las disputas de criados de la cámara, pero que estos podían reclamar, e incluso acudir directamente, al Bureo. Respecto a la distribución de oficios, el sumiller de corps no tenía jurisdicción sobre todos los que llevaban aparejados un mayor honor, puesto que, aunque tanto los ayudas como, especialmente, los gentilhombres de cámara eran nobles y elites del reino, los gentilhombres de la boca, acroyes y costilleros se hallaban sujetos al mayordomo mayor. Por el contrario, la cámara estaba compuesta por aquellos que servían directamente a la persona del monarca (la limpieza de su cuarto, el cuidado de sus ropas y de su cuerpo...). La persona y no sus estancias, puesto que los porteros y ujieres dependían, de nuevo, del mayordomo mayor, mientras que la casa incluía a aquellos que participaban en las comidas reales (oficios de boca) y que servían tanto al rey como al resto de los criados de la casa (a través de las raciones...).

En estas circunstancias, no sería hasta la fijación por escrito de unas normas para la cámara³⁵⁵ y otras para la casa³⁵⁶ cuando se podría aplicar el esquema de estudio al que aludíamos. De hecho, hasta la década de 1620, ciertos aspectos

³⁵⁵ Realizadas entre 1636, 1650 y 1688 (Ver tomo II de esta obra –CD Rom–).

³⁵⁶ Las etiquetas generales de 1651, elaboradas durante 4 años por una Junta de etiquetas y reescritas más tarde con añadidos, la mayor parte de los cuales corresponden a documentación posterior o una mera transcripción de la relación de Sigoney [como ya se indicó, publicadas en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 835 y ss.].

de la etiqueta cruciales para el control del acceso al monarca, como las entradas a su aposento y salas previas³⁵⁷, no comenzarían a ser regulados de manera definitiva³⁵⁸. Tomando como base las etiquetas de 1651 de la casa y de 1650 de la cámara (en su redacción de 1688), se han elaborado estudios que enfatizaban el aislamiento del soberano, la privacidad de sus aposentos, impuesto a través del ceremonial borgoñón, como elemento de jerarquía, y la fortuna de aquellos servidores, como el sumiller de corps, que gozaban de un acceso a su persona a través de sus funciones en la cámara real, al mismo tiempo que el paulatino enquistamiento que fue atenazando dicha etiqueta³⁵⁹.

Por lo que respecta a la cámara de la casa de Castilla, la organización política del reino de Castilla y la facultad del monarca en repartir mercedes entre sus súbditos fue similar a la de los reinos europeos medievales; ahora bien, la casa real de Castilla se fue articulando sobre la práctica de gobierno (por costumbre) y ningún monarca se detuvo en formular y fijar unas ordenanzas como las existentes en las casas reales de otros reinos, por lo que la cámara nunca estuvo definida. Los historiadores que han abordado este tema se han encontrado con la dificultad de definirla y la ausencia de documentación que la traduzca en un organismo concreto con un ejercicio específico³⁶⁰; ante la dificultad, se centran

³⁵⁷ AGP, SH, caja 55/7. Compárese las copias de las ordenanzas para la cámara de AGP, AG, leg. 939/17 y BNE, Ms. 10170. Mientras que en la primera el asunto de las entradas se remite para otras instrucciones, la segunda, copia de otra copia posterior (probablemente hacia 1688) inserta ya las disposiciones sobre las dichas entradas.

³⁵⁸ Y aun en esas, las etiquetas generales reforzaron la posición del mayordomo dentro de la casa real, mientras que el denominador común de los oficios de la cámara continuó siendo el servicio a la persona del monarca (¿conjugando oficios para nobles con otros para artesanos?).

³⁵⁹ Da especial importancia a la jerarquización Ch. NOEL: “La etiqueta borgoñona en la Corte de España (1547-1800)”, *Manuscripts* 22 (2004), pp. 141-142, 146 y 150. Se basa en parte en dos artículos anteriores, fuertemente influenciados por Norbert Elias y su estudio de la corte de Luis XIV, de J. H. ELLIOTT: “La Corte de los Habsburgos españoles: ¿una institución singular?”, en J. H. ELLIOTT: *España y su mundo. 1500-1700*, Madrid 1990, pp. 181, 183 y 186-190, e Y. BOTTINEAU: “Aspects de la Cour d’Espagne au XVII^e siècle...”, *op. cit.*

³⁶⁰ S. DE DIOS: *Gracia, merced y patronazgo real. La Cámara de Castilla entre 1474-1530*, Madrid 1993, pp. 56-66; J. M. DELGADO BARRADO: “La Cámara de Castilla: fuentes legislativas para un estudio institucional (1442-1759)”, *Hispania* 52 (1992), pp. 60-62; M. A. GONZÁLEZ FUERTES: *La organización institucional de la Cámara de Castilla en la Época borbónica*, Córdoba 2002, pp. 30-32; M. J. ÁLVAREZ-COCA: *La Cámara de Castilla. Inventarios de los libros de la Secretaría de Gracia y Justicia que se conservan en el Archivo Histórico Nacional*, Madrid 1993, p. 21.

en analizar la facultad de los monarcas en otorgar mercedes y la consideran como reflejo del “creciente absolutismo real” ³⁶¹.

La primera vez que hubo un intento de definir la cámara fue en las *Partidas* de Alfonso X. Según el “Rey Sabio”, tal departamento estaba bajo la dirección del “camarero mayor”, quien se ocupaba de “guardar la cámara do el rey albergare, e su lecho, e los paños de su cuerpo, e las arcas e los escritos del rey”. Junto a este cargo existía un “escribano de cámara” que llevaba toda la contabilidad e inventario de la misma y numerosos “mozos de cámara” ³⁶². No obstante, las *Partidas* hacían más hincapié en los “oficios” que servían la persona del rey, que requerían completa intimidad, fidelidad y discreción en los personajes que acompañaban y asesoraban al monarca; así, dedica numerosas páginas a definir las obligaciones de los oficios, que denominaba “de comer y beber”, es decir, los encargados de la alimentación de las personas reales, entre los que destacaba el “repostero mayor”, oficio que, durante el reinado de Juan I, se patrimonializó en la familia Sarmiento ³⁶³, pero también sobre el copero, el guardarropa...

La instauración de la dinastía Trastámara en la segunda mitad del siglo XIV (lo que conllevó la donación de numerosas mercedes sobre todo por Enrique II) y la fundación del Consejo Real de Castilla —en 1385— contribuyeron a precisar la forma y organización de la concesión de mercedes por parte de los monarcas castellanos ³⁶⁴. Con todo, no fue sino con los Reyes Católicos, cuando se precisó con más claridad las secciones que componían la casa real y la misión de la cámara. Gonzalo Fernández de Oviedo, en su famoso libro ³⁶⁵, recordaba en su

³⁶¹ S. DE DIOS: *Gracia, merced y patronazgo real...*, op. cit., pp. 35 y ss.; A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA Y MIRALLES: *La Corte de Isabel I*, Madrid 2002; M. A. LADERO QUESADA: “Casa y Corte. L’Hôtel du roi et la Cour comme institution économique au temps des Rois Catholiques (1480-1504)”, en M. AYMARD y A. ROMANI (coords): *La Cour comme institution économique*, París 1998, pp. 43-49; A. GÓMEZ IZQUIERDO: *Cargos de la Casa de Juan II de Castilla*, Valladolid 1968.

³⁶² J. DE SALAZAR Y ACHA: *La Casa del Rey en Castilla y León...*, op. cit., pp. 246-257. Al respecto de las funciones del camarero mayor, cfr. M^a del C. GONZÁLEZ MARRERO: *La Casa de Isabel la Católica*, Ávila 2005, pp. 65-68.

³⁶³ H. GRASSOTTI: “El repostero de Castilla y León (siglos XII-XIV)”, *Cuadernos de Historia de España* 69 (1987), pp. 41-75; E. BENITO RUANO: “Don Pero Sarmiento, repostero mayor de Juan II de Castilla”, *Hispania* 69 (1957), pp. 483-504.

³⁶⁴ S. DE DIOS: *Gracia, merced y patronazgo real...*, op. cit., cap. 2º y S. DE DIOS: *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid 1982.

³⁶⁵ G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Libro de la cámara real del príncipe Juan e oficios de su casa*, Madrid 1870.

vez la forma en que estaba organizado el entorno más personal del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, cuando el propio Oviedo le servía:

Grande es e de los mejores e de los más preeminentes ofiços de la casa real el del camarero, así en onor como en provechos; tanto que es opinión de muchos que es el mejor ofiço de la casa real, porque es más continuo e conversable cerca de la persona del príncipe, e conviene que esté en persona de buena sangre, generoso, e naturalmente noble e aprovado en virtudes; porque, como es dicho, es más ordinariamente visto ante el príncipe, e siempre el tal es su secreto consejero [...].

Después que Johán Çapata murió, tuvo el mismo cargo don Sancho de Castilla, señor de Herrera de Valdecañas, que fue uno de los diez cavalleros diputados para la ordinaria compañía de la persona del príncipe, los çinco ançianos e los çinco mançebos, pero nobles todos ellos; e mandó la reina que nunca faltase uno o dos de los más viejos –allende del ayo– estando o no estando Johan Çapata presente con el príncipe.

Aunque es cierto que ya aparecen 10 personajes (5 de edad y 5 jóvenes) que acompañaban al príncipe, sin embargo, la descripción se centra en su servicio personal, detallando los cargos y obligaciones que cada oficio tenía, haciendo hincapié en los nombres de los personajes y familias que estaban vinculadas al príncipe, que representaban las elites del reino, lejos de la idea “absolutista” que han señalado los historiadores actuales. A continuación describe el “Consejo e justiça de la casa real del príncipe”, que los Reyes Católicos crearon para su hijo que, en cierta medida, recuerda al grupo de hombres de confianza que –desde la cámara– ayudaban a administrar el reino a los monarcas europeos:

En la villa de Almacán, año de 1496 años, se le dio casa al príncipe don Johán, mi señor, porque los que antes le servíamos, estávamos asentados en los libros de la Reina, su madre, e nuestros títulos firmados de Su Alteza, e no del príncipe; e en aquella villa vinieron para su Consejo [...] Después, el año siguiente de 1497 años, murió el príncipe de edad de diez e nueve años, e tres meses e çinco días, porque nasció postrero día de junio de 1478 y murió a quatro días de octubre de 1497 años. [...] *e desde a poco, en ese mismo año*, despidieron Sus Magestades, en la dicha Alcalá, a todos los de su Real Consejo, eçcepto a don Álvaro de Portugal, que era su presidente, muy recto e prudentísimo varón. E de los letrados oidores del Consejo Real ninguno quedó, sino solo el doctor de Oropesa, pero los demás, con el doctor de Talavera, salieron e fueron despedidos, e el secretario Hernán Álvarez Çapata lo mismo; pero éste e ellos se fueron ricos a sus casas e muy acresçentados en rentas e haziendas, e entraron en su lugar de los que salieron los que tengo dicho que avían seido del consejo del príncipe; e todos fueron después muy ricos e prosperados con merçedes e favores de los católicos Reyes.

Con todo, no fue sino hasta la regencia de Fernando “el Católico” y, posteriormente, la llegada al trono de Carlos I cuando el despacho de cámara aparece más claro e institucionalizado, señalando los años de 1518 y 1523 como fechas clave de esta evolución hasta que, en 1588, Felipe II extendió las instrucciones definitivas con las que fundó el Consejo de la cámara³⁶⁶. Es preciso tener en cuenta que tanto Fernando “el Católico” como su nieto no procedían de Castilla y que este reino era el que aportaba las rentas de las mercedes que ellos realizaban, por lo que resulta lógico que la organización de la cámara acelerase su proceso de formación.

Ciertamente, cuando Carlos I llegó a Castilla traía plenamente formada su casa al estilo de Borgoña, de acuerdo con su dinastía. Entre las secciones que componían la casa, se hallaba, como una de las más importantes, la cámara, integrada por los nobles flamencos más influyentes y poderosos del ducado. Ahora bien, la cámara que, a través de las mercedes concedidas, tenía como misión integrar a las elites del reino, no podía cumplir esa función en Castilla, toda vez que la cámara de la casa de Borgoña no tenía jurisdicción sobre ningún bien que pudiera donar, pues la materialización de las mercedes concedidas (sobre todo a los flamencos) se hacía sobre las rentas y bienes de Castilla³⁶⁷. En las Cortes de Valladolid de 1518, los castellanos se lo hicieran ver al joven monarca, al mismo tiempo que le suplicaron ser integrados en su servicio, lo que Carlos I les negó. Esta actitud constituyó una razón fundamental para que las ciudades castellanas se sublevaran en la conocida Revuelta de las Comunidades (1520-1521), al considerar que estaban siendo esquiladas por un monarca que, como su séquito, era extranjero.

Tras la derrota del movimiento comunero y el regreso de Carlos V a Castilla (1522), comenzaron las especulaciones sobre la organización política que se debía dar al conjunto de reinos y territorios que iba a gobernar el joven emperador

³⁶⁶ F. J. GARMA Y SALCEDO: *Theatro Universal de España*, Madrid 1751, vol. IV, p. 210. S. DE DIOS: *Gracia, merced y patronazgo real...*, *op. cit.*, pp. 123-161, explica minuciosamente toda la transformación de este proceso. Sobre las Instrucciones de 1588, véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Las luchas por la administración de la gracia en el reinado de Felipe II...”, *op. cit.*

³⁶⁷ Lo mismo sucedió durante la regencia de Fernando “el Católico”, quien era servido por su casa de Aragón. No obstante, para evitar problemas, el astuto rey aragonés dividió la casa de Castilla en 1509: la mitad la dejó sirviendo a su hija Juana, encerrada en Tordesillas, y la otra mitad se la llevó para que le sirviera a él y legitimase su actividad en Castilla. Todo esto está estudiado en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, *op. cit.*, vol. I. También en J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La corte de Carlos V: la configuración de la casa del Emperador, 1517-1525”, en A. KOHLER (coord.): *Carlos V/Karl V*, Madrid 2001, pp. 398-408.

y sobre la reforma de las casas reales³⁶⁸. En enero de 1523, Carlos V enviaba un memorial al Consejo de Castilla en el que sometía a su consideración las preocupaciones que tenía sobre tales materias. Durante el verano de dicho año se procedió a reformar la casa real de Castilla. No solo se aumentaron los sueldos y gajes de sus servidores, sino que Carlos reconocía el protagonismo político y el servicio de integración que dicha casa constituía para las elites castellanas, por lo que asumió ciertos módulos dentro de su servicio de manera activa junto a los de su casa de Borgoña. Pero además, Carlos se comprometió a introducir a personajes castellanos en el servicio de la casa de Borgoña, de modo que dicha casa se fuera “hispanizando”. El proyecto fue presentado por Carlos V en las Cortes de Valladolid, celebradas en septiembre de 1523, y en él se observó las reformas que pensaba hacer tanto en el modo de gobernar los reinos, en general, como en la casa real, en particular. Todo ello quedó plasmado en la filosofía política que expresó ante los procuradores:

A esto vos respondemos que, pues, no conviene hacer apartamiento de los miembros que Dios quiso juntar en un cuerpo, entendemos, como es razón, de servirnos juntamente de todas las naciones de nuestros reinos y señoríos, guardando a cada uno de ellos sus leyes e costumbres; y teniendo estos reinos [Castilla] por cabeza de todos los otros, entendemos preferillos a todos otros, recibiendo en nuestra casa real más número de los naturales dellos que de cualquier otro reino e señorío³⁶⁹.

Dado el poderío que adquirió el reino de Castilla en el conjunto de territorios del Imperio y la influencia de sus elites en el entorno del emperador, a su hijo y heredero al trono, el príncipe Felipe, se le impuso un servicio basado en el modelo castellano. El primero de marzo de 1535, Juan de Zúñiga y Avellaneda, comendador mayor de Castilla, recibía el título de ayo del príncipe. Este nombramiento representó el núcleo inicial de la casa de Castilla que terminó de formarse hacia el mes de junio de ese año. En la organización de la casa, Zúñiga mantuvo conversaciones con Gonzalo Fernández de Oviedo, criado del príncipe Juan (hijo de los Reyes Católicos), quien le informó –a través de sus recuerdos– de la manera en que servían a dicho príncipe³⁷⁰. Tras la muerte de la emperatriz Isabel (mayo de 1539), se consultó a Carlos V la composición de la casa del príncipe y la conveniencia de

³⁶⁸ RAH, C-71, f. 29v.

³⁶⁹ M. COLMEIRO (ed.): *Cortes de los Antiguos Reinos de León y Castilla*, Madrid 1884, vol. IV, pp. 366-367. Un borrador de ello se encuentra en AGS, CJH, leg. 7, núm. 203, y se puede identificar como hológrafo de Francisco de los Cobos.

³⁷⁰ Las nóminas de los oficiales en AGS, CSR, leg. 59.

introducir en ella a los servidores de su madre³⁷¹. Pocas semanas después se produjeron una serie de nombramientos, aumentando el número de algunos oficios y construyendo la casa de Castilla del príncipe Felipe en todo su esplendor³⁷².

Con todo, si los castellanos pensaban controlar al heredero e inculcarle los ideales sobre la configuración de tan vasta Monarquía, por su parte, ni las elites de los demás reinos ni el propio emperador se mostraron tan conformes. En el verano de 1548, ante el inminente viaje que el príncipe Felipe iba a realizar por Europa para visitar los reinos y territorios que pronto iba a heredar, Carlos V ordenaba que se estableciera la casa de Borgoña para el servicio de su hijo, pues representaba la casa de la dinastía³⁷³. El encargado de ejecutar el plan fue el duque de Alba, si bien, con la premisa de que la casa de Castilla, que hasta entonces venía sirviendo al príncipe, no podía desaparecer; es decir, Carlos V prorrogaba el mismo complicado sistema de servicio que él había heredado y que le había dado tan buen resultado para mantener unidos sus heterogéneos reinos.

Efectivamente, no había duda de que Carlos V consideraba a la casa de Borgoña la casa de su dinastía y, por consiguiente, debía de ser la que estuviera por encima de todas las casas reales de los numerosos reinos que había heredado (esto es, la que se identificase con la Monarquía); por otra parte, la precisa articulación que tenía la casa de Borgoña (estampada en sus ordenanzas) y la diversidad de modelos de servicio tanto para el monarca como para los miembros de su familia, permitieron a Felipe II integrar a las elites de todos los reinos con las que gobernó la nueva organización política: la Monarquía hispana de los Habsburgo³⁷⁴.

Tras el asiento definitivo de la corte en Madrid (1561), se configuraron los grupos de poder que dominaron durante el reinado de Felipe II, en los que muy pronto se observó que las elites castellanas iban a tener un lugar preeminente,

³⁷¹ “Lo que agora se ha de consultar para lo que toca al servicio del príncipe” (AGS, CSR, leg. 35, núm. 28). Véase también el trabajo de F. LABRADOR ARROYO: “Las dimensiones de la casa de la emperatriz Isabel”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, op. cit., vol. I, pp. 93-97.

³⁷² AGS, E, leg. 45, núm. 282. S. FERNÁNDEZ CONTI: “La proyección del príncipe Felipe. Viajes y regencias en la corte hispana”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, op. cit., vol. II, pp. 103-109.

³⁷³ C. CALVETE DE LA ESTRELLA: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe Don Phelippe, hijo del Emperador Don Carlos Quinto Máximo, desde España a sus tierras de la Baxa Alemania: con la descripción de todos los Estados de Brabante y Flandes. Escrito en quatro libros*, Amberes 1552 (ed. de P. Cuenca, Madrid 2001).

³⁷⁴ Sobre la evolución y composición de la cámara durante el reinado de Carlos V, J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES: “La administración de la gracia real...”, op. cit.

imponiéndose sobre aquellas facciones cuyas ideas políticas defendían intereses o planteamientos foráneos. Efectivamente, la distribución de los representantes de las elites sociales en el servicio de la familia real no fue heterogénea, sino que obedeció a criterios muy precisos que se impusieron a través de pugnas faccionales cortesanas. Así, en la casa del rey, los cargos principales pronto cayeron en manos de una elite castellana cuyos ideales políticos defendían la preeminencia de Castilla sobre el resto de los reinos y la imposición de una intransigencia religiosa.

A partir de entonces, Felipe II inició el proceso de confesionalización en sus reinos imponiendo el catolicismo según la ideología del partido “castellano”³⁷⁵. Un elemento esencial de este proceso fue la organización de la corte, donde se crearon nuevas instituciones y se reformaron las casas reales como entidades políticas fundamentales para la articulación del poder real³⁷⁶. Felipe II, además de completar el sistema polisinodial (creación de nuevos Consejos), fijó de manera definitiva el modelo de casa de la Monarquía hispana tanto para el rey como para la reina: en 1570 ordenó hacer ordenanzas para la casa de la nueva reina, Ana de Austria³⁷⁷; pocos años después (en 1575), urgía a Juan Sigoney que copiara las ordenanzas de la casa de Borgoña del emperador para que sirvieran de modelo de su propia casa³⁷⁸. Esta vez, las elites castellanas no tuvieron problemas para aceptar el nuevo modelo, ya que los cargos principales fueron ocupados por miembros de dicha elite. De esta manera, Felipe II construyó la Monarquía hispana con entidad propia, pero, contradictoriamente, el modelo “oficial” de casa era el de su dinastía (casa de Borgoña) en vez de la del reino (Castilla) que había contribuido a configurar tan gran Imperio y de donde se tomaban las rentas que disfrutaban los servidores.

Una vez fijada la casa de Borgoña como el “servicio oficial” de la Monarquía, resultaba lógica la institucionalización de la cámara de Castilla: en 1588, Felipe II promulgaba unas ordenanzas en las que, además de convertirla en Consejo, se detallaban minuciosamente los documentos y mercedes que podía emitir. Se ha visto en este hecho un triunfo de Castilla; en nuestra opinión, fue lo contrario,

³⁷⁵ El proceso ha sido estudiado en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES (dirs): *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía hispana*, Valladolid 1998.

³⁷⁶ Para el cambio que experimentaron las cortes europeas a finales del siglo XVI y durante el siglo XVII, véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La corte de la Monarquía hispana”, *Studia Historica. Edad Moderna* 28 (2006), pp. 17-61.

³⁷⁷ El tema lo estudió J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La corte de Felipe II: la casa de la reina Ana”, en L. RIBOT (coord.): *La Monarquía de Felipe II a debate*, Madrid 2000, pp. 159-184.

³⁷⁸ Dichas ordenanzas se encuentran publicadas en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V, op. cit.*, vol. V, pp. 179-211.

puesto que se arrancaba a los miembros de la cámara toda facultad de decisión e influencia para convertirla en una oficina donde se expendían títulos. La capacidad de decisión e influencia para otorgar mercedes pasó a otros organismos³⁷⁹. Es preciso señalar, además, que esta institucionalización de una de las funciones acogidas secularmente por la cámara real castellana fue compatible con su continuidad como área del servicio real, aunque, como vemos, en un entorno cada vez más hostil.

Por otra parte, los recursos y cargos en el reino de Castilla comenzaron a resultar insuficientes para compensar a todos los servidores de la Monarquía. Donde primero se percibió este colapso fue en las mercedes que el rey comenzó a hacer a los procuradores de Cortes por los servicios prestados en ellas. Si en las Cortes de 1576 aún existió cierta tendencia a conceder mercedes en cargos³⁸⁰, en las de 1579-1582 ya se vislumbra una saturación en los oficios: Gaspar de Velliza, procurador de Segovia, solicitaba al monarca: “emplearme en su servicio y que sirva en el oficio que tenía Pedro de Mampaso, que era alcaide del bosque de Balsaín”. Al margen, se le contestaba: “Dénsese quarenta mill mrs de juro de por vida”. Diego Martínez de Soria, procurador de Burgos solicitaba “ocupar en su servicio en uno de los principales corregimientos que al presente están vacos”, pero al margen se escribía: “densele sesenta mil mrs de juro de por vida”. Benito Quesada, procurador de Jaén, suplicaba por un juro para su hija y que el rey recibiera a su hijo por capellán, se le concedieron 50.000 maravedís de juro de por vida. El licenciado Antonio de Aragón, veinticuatro y procurador por Granada, rogaba porque el monarca le mandase “ocupar en una plaza de asiento de oydor o alcalde” de acuerdo con los estudios de leyes que poseía, pero solo alcanzó “quarenta mil mrs de juro de por vida”. Gaspar de Nuncibay, procurador de Cortes por Valladolid, suplicaba a

Vuestra Magestad de ocuparle en cosas de su real servicio y mandarle dar un regimiento de Valladolid y licencia para que pueda labrar en la casa de la moneda de dicha villa seys mil ducados de vellón.

Se le contesta: “Densele veynte mil maravedís de juro de por vida”...³⁸¹. No fueron mejores las mercedes dadas en las Cortes de 1586-1588³⁸², ni en las de

³⁷⁹ Cfr. J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Las luchas por la administración de la gracia en el reinado de Felipe II...”, *op. cit.*

³⁸⁰ C. JAGO: “Philip II and the Cortes of Castile: the case of the Cortes of 1576”, *Past and Present* 109 (1985), pp. 24-43; J. I. FORTEA PÉREZ: *Monarquía y Cortes en la Corona de Castilla*, Valladolid 1990, pp. 221-255 y 474 y ss.

³⁸¹ Los ejemplos siguen en AGS, PR, 79.

³⁸² Las mercedes concedidas por el rey en las de 1586, fueron todas en dinero, como se puede ver en *Actas de las Cortes de Castilla*, Madrid 1886, vol. IX, pp. 509-514.

1588-1590, cuyas reuniones resultaron especialmente duras, dadas las presiones a las que los procuradores se vieron sometidos para que aprobasen los servicios solicitados por el monarca³⁸³.

Fue entonces cuando los miembros de la facción castellana se percataron de las contradicciones en que habían incurrido al construir la Monarquía y haberse constituido Castilla como su cabeza, lo que se tradujo en una serie de agrias críticas sobre la organización de la corte y la imposición de la casa de Borgoña, justamente cuando comenzaron a ser desplazados de los organismos centrales del poder³⁸⁴. Las Cortes de Castilla de 1598 lo manifestaron con toda claridad:

Muy notorio es a todo el mundo la grandeza y antigüedad de la casa real de Castilla, y aunque por razón de haberse juntado con la serenísima casa de Austria por el casamiento de la Serenísima Reyna doña Juana, con el señor don Felipe, conde de Flandes, se introduxo en la casa real la forma con los nombres y oficios y servicio al uso de la casa de Borgoña, el Reyno, por el año pasado de setenta y nueve, suplicó a la Majestad del Rey don Felipe, nuestro señor, que esté en gloria, fuese servido de restituir el servicio de su casa real al uso, oficio y nombres de la antigua de Castilla, y por entonces dejó de proveerse. Agora que por las causas justas que movieron a su Majestad con el casamiento de la Serenísima Infanta doña Isabel Clara Eugenia con el Serenísimo Archiduque Alberto, han vuelto a salir los Estados de Flandes de la corona de Castilla, sin embargo, de que haya quedado en ella el directo dominio dellos, parece que lo que entonces se suplicaba por conveniencia, se ha reducido agora a necesidad. Atento a lo cual, suplicamos a Vuestra Majestad se sirva de considerar que es justo, que, pues, este Reyno lleva las cargas de tantas obligaciones y a la corona dél ha sido Nuestro Señor servido de acrecentar tan gran Monarquía, se le restituya su antiguo nombre de la casa real de Castilla, y que al uso della se pongan los oficios y nombres dellos, no siendo, como no parece conveniente, que siendo esta provincia la cabeza desta Monarquía, se gobierne la casa della por nombre y títulos que no son suyos, sino agenos³⁸⁵.

Simultáneamente, aparecieron manifestaciones despectivas hacia el servicio borgoñón, al que se tachó de bárbaro y extranjero: el cronista fray Prudencio de

³⁸³ RAH, 9/6417, “Mercedes que solicitan los procuradores de las Cortes de 1588-90”. También *Actas de las Cortes de Castilla*, *op. cit.*, vol. XI, pp. 482-493, si bien, no coinciden muchos nombres de procuradores entre ambos documentos.

³⁸⁴ J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, *op. cit.*, vol. III, “Introducción”.

³⁸⁵ *Actas de las Cortes de Castilla*, *op. cit.*, vol. XVI, pp. 639-640. Citado por C. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ: “La herencia de Borgoña: el ceremonial real y las casas reales en la España de los Austrias (1548-1700)”, en *Las Sociedades Ibéricas y el mar a finales del siglo XVI. La Corte, centro e imagen del poder*, Madrid 1998, p. 15.

Sandoval describía el establecimiento de la casa de Borgoña para el príncipe Felipe en 1548 de la siguiente manera:

Puso casa al príncipe a la borgoñona, desautorizando la castellana, que por sola su antigüedad se debía guardar y más no teniendo nada de Borgoña los Reyes de Castilla ³⁸⁶.

La misma “xenofobia” se percibe en Luis Cabrera de Córdoba, quien daba cuenta del mismo suceso con estas lacónicas palabras: “Fue a Valladolid, y formó a la usanza de Borgoña su casa, contra el deseo y esperanza de Castilla” ³⁸⁷. La crítica se hacía más agria contra la casa de Borgoña toda vez que la política desplegada por la Monarquía exigía una alta fiscalidad que perjudicaba gravemente la economía del reino, precisamente cuando se producía el agotamiento de las rentas y las elites castellanas eran desplazadas de los cargos cercanos al monarca, lo que significaba la imposibilidad de intervenir en las decisiones políticas y en la redistribución de las mercedes.

Así pues, a partir del reinado de Felipe III pareció claro que la casa de Borgoña era el modelo de servicio de los reyes de la Monarquía hispana en detrimento de la de Castilla. Por consiguiente, mientras la cámara de Castilla administraba las fuentes de mercedes y cargos, saturadas de pretendientes y colapsadas por los numerosos servidores que las ocupaban, la cámara de la casa de Borgoña –favorecida por haber sido este el modelo que se pretendía imponer en el servicio doméstico regio–, comenzó a tener un protagonismo en la corte que no había tenido hasta entonces. Hecho que se manifestó, en primer lugar, en la creación o remodelación de ciertos oficios de este departamento: los secretarios y escribanos de cámara, ligados estrechamente a los recursos con los que se proveía a la cámara. Los secretarios se encargaban de distribuir los ingresos consignados a la cámara, mientras que los escribanos, a partir de finales de la década de 1640, se encargaban de velar por el buen manejo del dinero; es decir, debían de supervisar todos los gastos y mercedes con el objetivo de ajustar finalmente las cuentas al secretario.

Con todo, es preciso insistir en que la reglamentación de la cámara de la casa real de la Monarquía hispana no se produjo hasta el siglo XVII. Hasta 1636–1639 no existieron instrucciones para el secretario y, además, a causa de algunos desórdenes que existieron en el gasto ordinario de la cámara en 1635. Todo ello provocó que el monarca ordenase al sumiller de corps que los dos últimos secretarios

³⁸⁶ P. DE SANDOVAL: *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, Madrid 1956 (BAE, tomo LXXXII), p. 337.

³⁸⁷ L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Historia de Felipe II, rey de España*, ed. de J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Morales, Valladolid 1998, vol. I, p. 15.

enviasen una relación sobre la forma en la que se habían administrados los recursos asignados a la cámara. Semejante solicitud destapó la falta de instrucciones en la regulación de los gastos; para remediar la situación, el propio conde duque de Olivares fue nombrado sumiller de corps y camarero mayor simultáneamente.

2.1.1. *Secretario de cámara*

El oficio de secretario de cámara se fundó en el reinado de Felipe III, quien dio este título a Alonso Muriel. Ciertamente, durante el reinado de Felipe II, Juan Ruiz de Velasco y, su antecesor, Sebastián de Santoyo, habían sido ayudas de cámara, pero solo tuvieron “cuenta con la mesa de despacho y las llaves de los escritorios, algunos gastos secretos y dar las audiencias”; ahora bien, la remisión de memoriales, tarea que pertenecía específicamente al oficio de secretario, la hacía Mateo Vázquez y, cuando este murió, su sobrino Jerónimo Gasol³⁸⁸. Al morir Sebastián de Santoyo, le sucedió su hijo, Francisco, como ayuda de cámara. A su vez, este fue sustituido por Juan Ruiz de Velasco. Una vez que murió el “Rey Prudente”, Velasco quedó sin cargo y pasó a la secretaría de la reina y después a la cámara de Castilla. El secretario de cámara Antonio de Mendoza definía la secretaría de cámara como un “oficio de más confianza que suficiencia y aunque tiene más ocasiones en que ejercitar la fidelidad que el entendimiento, ha menester buen juicio para todas”. Más tarde, en otro memorial en el que narraba la historia del oficio, volvía a insistir “que lo que no se puede pleitear ni pedir en palacio es la confidencia o favor particular, y eso es de quien lo merece o alcanza y no de quien lo solicita”³⁸⁹.

Cuando se le puso casa a Felipe III se le señalaron 4 ayudas de cámara, jurando, en primer lugar, Alonso de Muriel, que era el más antiguo, además de ser hijo y nieto de criados del rey. Sirvió la secretaría de cámara durante 7 años. Se le hizo merced que por su mano se llevase la correspondencia entre el príncipe y el marqués de Denia y cuando este último llegó al valimiento se le pagó este beneficio con muchas y grandes mercedes. Le sucedió en el cargo don Rodrigo Calderón, que lo desempeñó durante 6 años y, tras su caída, Bernabé de Vivanco, que la sirvió durante 10.

³⁸⁸ AGP, AG, leg. 939/1, “Tanto del capítulo tocante al usso y exercicio de secretario de la real cámara del Rey Nuestro Señor, sacado de la ynstrucion general que está sentada en los libros de la escrivanía de la real cámara de Su Magestad”.

³⁸⁹ A. DE MENDOZA: *Discursos de don Antonio de Mendoza, secretario de cámara de don Felipe IV*, publicados por el marqués de Alcedo, s. l. s. d., p. 47.

Una vez que murió Felipe III, su hijo admitió a Vivanco en el mismo cargo, pero al pertenecer a la facción del gobierno anterior, fue desplazado y quedó como secretario de la Suprema Inquisición, retirado de las pugnas cortesanas. Le sucedió Antonio de Alossa, quien, al poco tiempo, fue sustituido por Antonio de Mendoza, fiel servidor del conde duque de Olivares, que se mantuvo en el oficio durante 14 años.

Las personas que ocuparon el cargo de secretario de cámara –según Antonio de Mendoza– siempre “han sido encaminados de los validos o sustentados de los Reyes; gran favor en el uno y gran repugnancia en el otro. No hechura entera del Rey ni del privado”³⁹⁰. Las funciones del secretario de la cámara fueron meticulosamente descritas en la *Instrucción* para la cámara redactada por el conde duque, aprobada el 22 de septiembre de 1637, señalando con precisión todas sus obligaciones³⁹¹.

Se comentan con detalle en el siguiente epígrafe de este capítulo, dedicado a la extensión espacial de la cámara real. Dado que, al margen de lo ya indicado, la citada instrucción revelaba la virtud de la cámara como ámbito espacial sometido a rigurosa regulación y restricción, que correspondía a ciertos oficiales inscritos en ella. El más destacado, el secretario de cámara, cuya misión principal, aparte de tal función controladora del espacio, consistía en la custodia de la estampa y del depósito de las cantidades económicas consignadas para el sostenimiento de la cámara.

Junto al oficio de secretario de cámara, se añadieron otros cargos (oficiales de la cámara) que le ayudasen en sus complicadas tareas administrativas³⁹²; sin duda ninguna, una de las más importantes era la de reducir gastos de manera

³⁹⁰ A. DE MENDOZA: *Discursos...*, *op. cit.*, p. 65.

³⁹¹ Extractada en AGP, AG, leg. 939/1, “Tanto del capítulo tocante al uso y ejercicio de decretario de la real cámara del Rey Nuestro Señor, sacado de la ynstrucción general que está sentada en los libros de la escribanía de la real cámara de Su Magestad”.

³⁹² “Los oficiales de la cámara an de asistir mañana y tarde en el escritorio de ella, así para despachar con toda brevedad los memoriales que allí se embiaren, como para acudir a al estampa y a lo demás necesario a las oras que lo llamaren. Tendrán cuydado de acudir todas las mañanas al retrete, a donde abra sacado el secretario de cámara las escribanías y allí las limpiaran y adereçaran volviendolas a entregar con todo el recado necesario al mismo secretario y si el no estuviere allí al ayuda que asistiere para que las pongan donde an de servir. Y el oficial que estuviere a su cargo el recado de escribir dará al sumiller cada quatro meses una relación de lo que se gasta y como se distribuye para que lo tenga entendido” (*Ibidem*).

sustancial en el servicio real y controlar las mercedes, gracias y pensiones concedidas por el monarca ³⁹³.

En 1648 el secretario Gabriel López Peñalosa ³⁹⁴ presentó al marqués de Castelrodrigo (gentilhombre de la cámara más antiguo, al no estar proveído el oficio de sumiller de corps) una relación sobre la forma de distribución del dinero y gastos de la cámara. Con la consignación de 30.000 ducados anuales asignados, repartida en mesadas de 2.500, tenía que hacer frente a una amplia serie de gastos, comenzando por las pensiones y salarios situados sobre la cámara. A ellos se añadían las ayudas de costa de los criados reales y oficiales de obras y bosques (en este caso, cuando el rey se desplazaba a estos) y otras ayudas de costa extraordinarias y socorros y limosnas por enfermedad o pobreza. A su vez, también dependían de ella los gastos extraordinarios de guardarropa y los socorros de bordador, finador de oro y otros oficiales, si bien el aprieto económico de la cámara propició que a partir de cierto momento tales gastos fuesen cargados directamente al guardarropa. Al margen de una partida que puede ser identificada con la noción actual de fondo reservado (“socorros secretos que Su Magd. manda hacer por la cámara”), los gastos de la cámara también se dedicaban a los enseres y material fungible que posibilitaba su funcionamiento: escritorio, librería, medias de seda proporcionadas por la calcetera, obras de ebanistas, relojeros, arcabucero y otros oficiales, gastos de ballestero y barberos de cámara... ³⁹⁵.

³⁹³ Existen numerosas consultas en relación con este tema. En una al Bureo del 14 de mayo de 1621, se decía: “La costumbre antigua de los reyes padre y abuelo de vuestra majestad ha sido el dar raciones a las mujeres de criados pobres de su casa a quien no quedan hijos a quien vuestra majestad de el oficio que vaco por su padre u otro. De presente se daba ración en la casa del rey nuestro señor que está en el cielo a setenta y dos viudas”. Desde el primero de mayo, que cesó la casa de Felipe III y se inició la de Felipe IV, no se les había dado nada y el Bureo suplicaba que su Majestad mandase se continuase. La respuesta, al margen, era que se continuase con las raciones en especie. El 29 de marzo de 1622, el duque del Infantado consultaba al marqués de Flores Dávila que muchas viudas de mozos de coches y mozos de caballos de la caballeriza de su majestad acudían pidiendo merced. El duque proponía que “a los que hubieren servido diez años es justo darles a sus mujeres alguna cosa con que pasar, suplicando a v. s. le dijese que le parecía y lo consultase a su majestad”. El rey ordenaba al duque del Infantado, en Madrid a 13 de junio de 1624, que a las viudas de los criados de su casa “a quien por la reformation de ella se les han quitado las raciones”, que se les volvieran luego (AGP, AG, leg. 635).

³⁹⁴ Su biografía en el tomo II de esta obra.

³⁹⁵ AGP, AG, leg. 468/1. El legajo 6764 de dicha sección, contiene anotaciones de cantidades libradas por la cámara, de un total de 12 años: 1623-1635, por mesadas. La documentación articulada por mesada contiene toda la información ordenada según la fecha

Trece años antes, don Antonio de Mendoza —dando respuesta a un requerimiento del sumiller de corps— había redactado una relación en la que se detallaban los gastos adscritos a la cámara, que tenía especial interés por revelar la coexistencia simultánea en la cámara de un sentido interno y otro externo, que soportaba el papel ejercido en su seno, con toda lógica, por los oficiales implementados en ella procedentes de la tradición borgoñona y la castellana. Junto a las partidas ya indicadas se añadían “los aderezos de los caminos del Pardo” y “el aderezo del puerto cuando Su Magd. pasa a Balsaín”³⁹⁶. La transición entre ambos sentidos, el interno y el externo, se apreciaba con más claridad desde los sitios reales, y revelaba los caminos como cauce de contacto entre ambas esferas.

A los gastos señalados cabe sumar ciertas mercedes que se concedían como raciones. Entre ellas, cabe destacar los gajes, emolumentos y en ocasiones las raciones de los secretarios de cámara. El 27 de octubre de 1665, don Nicolás Ontañón Enríquez³⁹⁷, escribano de cámara, entregó una relación pormenorizada de los gajes que se habían librado a los secretarios de cámara en los 44 años de reinado de Felipe IV. En el registro de la relación de cuentas presentada por don Francisco Montes de Oca (secretario de cámara³⁹⁸) del dinero librada por sus manos desde el 28 de agosto de 1655 hasta fin del año de 1663³⁹⁹, Ontañón se percató de la existencia de libranzas realizadas en su cabeza por el secretario de cámara, sin que constase orden alguna del rey o sumiller que lo autorizase. El secretario se excusó alegando ser una costumbre que varios antecesores en el oficio habían mantenido. Por ello, don Nicolás escribió una relación de los gajes que habían gozado los secretarios de cámara durante el reinado de Felipe IV, para lo que revisó todos los libros de la cámara, constatando la forma en que se había resuelto la distribución de mercedes, a fin de determinar la naturaleza de

de hacer el pago. Determinar el dinero librado por la cámara para gastos secretos resulta difícil de ponderar a partir de esta documentación. Junto al apuntado hecho de la manera en que fue realizada la documentación, añadirle la naturaleza del gasto secreto.

³⁹⁶ AGP, AG, leg. 939/1, exp. 12.

³⁹⁷ Su biografía en el tomo II de esta obra (CD Rom).

³⁹⁸ *Ibidem*.

³⁹⁹ En la década de 1670, Nicolás Hontañón de Enríquez se encargó de ajustar las cuentas del dinero que se había librado a don Francisco Montes de Oca desde el 28 de agosto de 1655 hasta el primero de febrero de 1671. La data alcanzaba en más de 18 millones de maravedís al cargo (AGP, AG, leg. 468/1).

esas consignaciones. El escribano concluyó el informe asegurando que las asignaciones realizadas por el secretario no tenían fundamento alguno ⁴⁰⁰.

2.1.2. *Escribano de cámara*

El reinado de Felipe III fue fundamental para la cristalización de este oficio, creado –según documentación posterior– en 1608, si bien existían precedentes en el servicio regio castellano ⁴⁰¹. El oficio aparece en la casa de Castilla de la reina Isabel “la Católica”, donde se ocupaba del guardarropa y de las habitaciones de uso de cotidiano con la asistencia de un pequeño grupo de criados: ayudas de cámara, reposteros, un repostero de la cera, costureras... ⁴⁰². Sin embargo, la irrupción del ceremonial borgoñón relegó al escribano de cámara a la casa de Castilla del emperador (compartida con su madre), donde se extinguió poco antes de que el reinado concluyese. También existió en la casa de Castilla del príncipe Felipe hasta que se le impuso casa de Borgoña en 1548, momento en el que desapareció, mientras que el oficial que ocupaba el cargo, Francisco de España, era promovido a grefier en la nueva casa de Borgoña. Finalmente, en la planta de la casa que se puso al príncipe Felipe [III] en 1585, el cargo aparecía de nuevo ⁴⁰³.

Por lo que se refiere a la casa de Borgoña, tenemos constancia clara a partir del reinado de Felipe III, época en que, según la documentación del Archivo General de Palacio, se fundó. Desde luego, en 1608, el rey firmó unas instrucciones cuyo original fue entregado a Mateo Hurtado, del que se dice que fue primer escribano de cámara de Borgoña, y en las que básicamente se regulaban sus competencias, estrechamente vinculadas tan sólo al guardarropa, al que supervisaba en beneficio del sumiller de corps ⁴⁰⁴, tratando de estrechar su control sobre la

⁴⁰⁰ “Del referido consta que los secretarios de cámara no han tenido en ella por gajes, ayudas de costa, raciones o emolumentos de este oficio cosa ninguna ni fija como han pretendido y solo han gozado las pensiones o mercedes sueltas que Su Magd fue servido de hacerles por ser tan diferentes como se ve y haber habido tan variedad en cantidades, tiempos y motivos de los que gozaron” (AGP, AG, leg. 468/1).

⁴⁰¹ M^a del C. GONZÁLEZ MARRERO: *La Casa de Isabel la Católica*, *op. cit.*, pp. 74-75; J. DE SALAZAR Y ACHA: *La Casa del Rey en Castilla y León...*, *op. cit.*, pp. 246 y ss.

⁴⁰² M. A. LADERO QUESADA: “Casa y Corte. L'Hôtel du roi et la Cour...”, *op. cit.*, pp. 44-46.

⁴⁰³ AGP, SH, caja 113/1 y 4; AZ, carpeta 194, GD 1, doc. 36.

⁴⁰⁴ Aranjuez, 10 de mayo de 1608. Tomó la razón Rodrigo Calderón (AGP, AG, leg. 939/8). Jerónimo de Quincoces, contralor, y Ramiro de Zavalza, grefier, debían tomar nota de la instrucción en los libros que tenían en sus oficios.

cámara y evitar la posibilidad de que el guardarropa se integrase con el resto de los oficios dependientes del mayordomo mayor. En resumen, las instrucciones ordenaban que el escribano debía reunirse con el guardarropa y hacer un inventario de toda la ropa hecha en servicio del monarca y de las cosas que estuviesen en pieza y por cortar. Dado que gran parte del cargo del guardarropa eran bienes consumibles, las instrucciones regulaban cómo descargarlas mediante orden del sumiller de corps, quien era informado con sólo relación jurada del dicho guardarropa. Al final de año debía actualizar el inventario de los vestidos junto con el guardarropa y una vez que el inventario era firmado por ambos, se remitiría al sumiller de corps, quien disponía de lo inventariado. En ese momento el escribano descargaba al guardarropa de todo lo que el sumiller ordenase distribuir. Efectivamente, el rey acostumbraba a hacer merced de vestidos a diferentes personas y el escribano debía intervenir en el cumplimiento de estas órdenes. El sumiller escribía la orden para estas (y el resto) de mercedes, aunque el rey lo hubiese hecho a boca, y el escribano de cámara la hacía buena. Asimismo debía llevar una cuenta de lo que por vía de presente entraba en el guardarropa, dando cuenta de ello al sumiller de corps. Hacía también el cargo de las piezas de Holanda, Cambray y otros géneros de telas y lencería (que se usaban para la ropa blanca de la persona del monarca), que se entregaban a la labrandería. Por último, debía intervenir en las libranzas que se hiciesen a los mercaderes y oficiales de manos y firmar después de la del guardarropa, para que se entendiese que iban comprobadas con sus libros.

No parece que las instrucciones se cumplieran fielmente porque cuando el conde de Olivares fue nombrado sumiller de corps, se vio obligado a dar una nueva orden al escribano de la cámara⁴⁰⁵. De hecho, se limitó a puntualizar, 7 años después, las instrucciones de 1608. El oficio evolucionó a través de estas instrucciones hacia lo que definió el escribano de cámara de Felipe III y Felipe IV en un memorial⁴⁰⁶. Al comenzar el reinado de Felipe IV se le extendieron unas

⁴⁰⁵ Luis Montalvo señalaba que “viendo el dicho escribano de cámara que no bastaba luego que su Majestad que dios guarde comenzó a reinar acudió a Vuestra Excelencia como a su sumiller de corps dándole cuenta de todo y habiendo visto la dicha instrucción y declaración della mando se cumpliera y executase y para mayor inteligencia suya dio nuevos capítulos y advertencias firmadas de mano de vuestra excelencia” (AGP, AG, leg. 939/8).

⁴⁰⁶ “El uso y exercicio deste oficio es el mismo que de veedor y contador corriendo por su mano la buena cuenta y razón de todo cuanto se saca de casa de los mercaderes y entregan los oficiales de manos y otras personas en la guardarropa de su majestad para que al tiempo del fenecimiento de sus cuentas aya la comprobación examen de recados y libranzas”, memorial de Luis de Montalvo, c. 1636 (*Ibidem*).

instrucciones que iban a mantenerse por largo tiempo, que le encomendaban asistir a todas las sacas de mercancías para el guardarropa, y fenecer y ajustar las cuentas de las mismas con los mercaderes, oficios de manos y el resto del personal de esa área, al final de cada tercio anual. A su vez, sus cuentas debían pasar ante el Bureo, decisión que consagró una dependencia paralela del órgano directivo de la casa y propició una mantenida disputa entre este y el sumiller de corps, en torno al régimen del escribano de cámara, de la que se trata en el apartado dedicado esta obra al Bureo⁴⁰⁷.

⁴⁰⁷ AGP, SH, caja 54/1, “Que asistirá el dicho escribano de cámara a todas las sacas que se hicieren de mercaderías, en casa de los mercaderes y personas a quien toca las cuales se han de medir y contar en su presencia y con su intervención, para que tome la razón y lo escriba o señale en los libros de los dhos mercaderes y demás personas que hicieren o entregaron cualquier género de cosa tocante a la cámara de su Mag por cuenta de su guardarropa así para la comprobación, de sus cuentas como para hacer cargo a los oficiales de manos, de las mercaderías que reciben para obrar los vestidos y demás cosas que se les hubiere ordenado para que den cuenta de ello; y habiendose entregado al guardarropa de S.M. se les hubiere ordenado para que den cuenta de ello; y habiendose entregado al guardarropa de SM se le cargaran en su cuenta y cargo; y descargará a los dichos oficiales, lo que hubieren vuelto y entregado de manera que en todo haya mucha cuenta y razón.

El dicho escribano de cámara a de fenecer y ajustar todas las cuentas de los dichos mercaderes y oficiales de manos y demás personas tocantes a la guardarropa, en fin de cada tercio de año, teniendo mucho cuidado en la comprobación de las dhas cuentas, para que no aya yerro ni confusión en nada a fenecimiento de ellas; las cuales comprobaciones hara por los libros de su oficio donde a de tener la razon de todo, y por los de los mercaderes y oficiales de manos, donde tendrá escritas o señaladas las partidas y viendo las libranzas en virtud de que se aya dado o entregado, cualquier género de mercadería, de manera que el dicho escribano de cámara se entere y satisfaga por lo caminos conforme a buena cuenta y razón, y mayor claridad de ella le pareciere convenir y ser necesario para la dicha comprobación y habiéndolas primero visto y certificado el dicho guardarropa par que en todo tiempo conste la comprobación de su cargo, y quedando en los libros del dicho Escribano de cámara las fenecerá y ajustará conforme a los precios en que se estuviere de acuerdo por la cámara, o Bureo de su Mag que han de pasar ante él y quedar la razón en sus libros, y poniendo en limpio las dichas cuentas y señaladas de su mano, tras el dho guardarropa, me las traerá el dho escribano de cámara, para que las firme y me de cuenta del estado que todo tiene.

Asimismo todas las veces que el dho guardarropa se le libren o entregaren dineros para pagar o socorros de mercaderes o oficiales de manos los a de recibir y distribuir con intervención del escribano de cámara la cual a de constar en las cartas de pagos, que diere y en las que recibiere cuando haga la distribución, para que tome la razón y cargue las partidas a quien las hubiere recibido, y en el fenecimiento de sus cuentas lo anote y descuenta y así mismo al dicho guardarropa en el cargo que le hubiere hecho.

Finalmente para todo cuanto fuere necesario se ofreciere asi de sacar de mercaderías, entrego de ellas, cartas de pago y certificaciones y gastos extraordinarios, vestidos de merced

2.2. EL INCREMENTO DE MERCEDES A TRAVÉS DE LA CÁMARA

Al comenzar el siglo XVII, las fuentes de rentas y mercedes de la corona de Castilla estaban exhaustas y, sin embargo, la actividad de la Monarquía y sus crecientes guerras hacían que aumentase el número de oficiales que solicitaban una gracia por los servicios prestados. Ante la escasez de recompensas, pronto surgió la opinión común de regenerar Castilla, acusando a los gobernantes de corrupción –si es que el concepto puede ser aplicado en la Edad Moderna–, punto en el que todos los arbitristas estaban de acuerdo. Castilla era el corazón de la Monarquía y si desfallecía toda la Monarquía moriría⁴⁰⁸. En las Cortes de 1617, Baltasar de Góngora, procurador de Córdoba, presentó una lista de males que agobiaban a Castilla y no disimulaba los anhelos de volver a los tiempos de Felipe II. La llegada de un nuevo rey al trono, prometía soñar con las reformas y, ciertamente, las primeras acciones del joven monarca no defraudaron a quienes esperaban estos cambios⁴⁰⁹. Restituyó en los cargos a los personajes desplazados por el gobierno anterior y –desde el principio– fijó como meta que su Monarquía se debía parecer a la de su abuelo Felipe II⁴¹⁰.

y otro cualquier género de duda cosa que toque a la guardarropa de su Mgd a de ser con intervención y tomada la razón del dicho escribano de cámara, y no de otra manera porque así conviene al servicio de su Mag y a la buena cuenta y razon que manda aya en todo lo tocante a su guardarropa, y de esta orden se ha de tomar la razón en los libros del Bureo. Real casa fecha en Madrid, a trece de junio de mil y seiscientos y veinte y un año = El conde de Olivares = tomó la razón Juan Ochs, tome la razón ed a la orden arriba escrita en los libros del Bureo de su Mgd = Carlos Sigoney. Estas son las ordenes e instrucciones que antes de ahora se han dado para el uso y ejercicio, del oficio de escribano de cámara y las que parece deben observar adelante, pues todas miran al mayor servicio de su Mag y a la buena cuenta y razón de su real hacienda, su Mag, resolverá lo queoviese por más conveniente”.

⁴⁰⁸ A. GONZÁLEZ PALENCIA: *La Junta de Reformatión. Documentos procedentes del Archivo Histórico Nacional y del General de Simancas, 1618-1625*, Valladolid 1932, p. 169. El símil médico de la situación de la Monarquía fue reiteradamente difundido, J. H. ELLIOTT: “Introspección colectiva y decadencia en España”, *op. cit.*, pp. 198-223; J. DE CEBALLOS: *Arte real para el buen gobierno de los Reyes, y Príncipe, y de sus vasallos*, Toledo 1623, f. 30: “Vuestra Majestad es el médico de esta república”.

⁴⁰⁹ “En menos de ocho días ha dicho y hecho cosas extrañas de gran pecho” (A. ALMANSA Y MENDOZA: *Cartas de Andrés Almansa y Mendoza. Novedades de esta Corte y avisos recibidos de otras partes, 1621-1626*, Madrid 1886, p. 341).

⁴¹⁰ “Ha hecho el Rey dos Consejos, hallándose en ellos, y dicho que se guarden las órdenes y costumbres del Rey su abuelo y que no ha de tener más oficios que su abuelo tuvo;

A la semana siguiente de subir al trono, Felipe IV recibía un escrito titulado, *Lo que Su Majestad debe executar con toda brevedad y las causas principales de la destrucción de la Monarquía*⁴¹¹. La corrupción era el mal mayor de la Monarquía y si el joven rey no quería que sucediera como en tiempos de su padre, debía de actuar de inmediato, expulsando a 4 personajes que eran el núcleo de todo este mal; a saber, el inquisidor general Aliaga, el patriarca de las Indias Diego de Guzmán, el presidente del Consejo Real Fernando de Acevedo y el secretario Juan de Ciriza. Con todo, el verdadero problema de Castilla era la falta de rentas. En una larguísima carta a las ciudades con representación en Cortes, fechada el 20 de octubre de 1622⁴¹², Olivares solicitaba de las ciudades castellanas, por una parte, el mantenimiento de 30.000 soldados durante 6 años a razón de 6 ducados por mes para cada soldado y, por otra, establecer una red de erarios y montes de piedad de acuerdo a un esquema distinto al acordado en las Cortes que se habían celebrado en Madrid entre 1598 a 1603⁴¹³. Cuando, el 4 de octubre de 1623, las Cortes realizaban la votación final, los procuradores ya habían recurrido a las tradicionales fuentes de percepciones: los Millones y una variedad de expedientes fiscales dejados al libre arbitrio de las Cortes⁴¹⁴. No obstante, la cantidad de dinero votada no conocía precedente (60 millones de ducados a pagar en 12 años, además de los 12 millones pendientes de la última concesión). Para garantizar el control del dinero, se especificaban las cantidades que se iban emplear en cada destino: 1.200.000 ducados para los presidios; 1.300.000 para la armada; 300.000 salarios de ministros y oficiales; 610.000 para las casas reales. Para demostrar la veracidad y el esfuerzo por reformar, Olivares anunciaba, el 8 de febrero 1623, que se ahorrarían 67.000 ducados anuales en los gastos de la casa del rey y 80.000 en los de la reina.

ha dicho que le han de dar cuenta de treinta maravedís de su servicio; ha quitado sesenta contadores del Consejo y dejado solamente ocho. Ha dicho que está pobre y todos sus criados ricos, y que solo los hombres de pluma labran casas y son estimados, y que ningún soldado, capitán, ni maestre de campo, ve labrar casas en Madrid” (A. ALMANSA Y MENDOZA: *Cartas... Novedades de esta Corte y avisos recibidos...*, op. cit., pp. 342-343).

⁴¹¹ AHN, Estado, lib. 832.

⁴¹² La carta se encuentra en A. GONZÁLEZ PALENCIA: *La Junta de Reformation...*, op. cit., pp. 379-408.

⁴¹³ Sobre el contexto, A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Política y hacienda de Felipe IV*, op. cit., pp. 19-33; A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Política fiscal y cambio social en la España del siglo XVII*, Madrid 1983, pp. 41-43; F. RUIZ MARTÍN: *Las finanzas de la Monarquía hispánica...*, op. cit., pp. 37-41.

⁴¹⁴ *Actas de las Cortes de Castilla*, op. cit., vol. XXXIX, pp. 450-456.

Ahora bien, si por una parte se trataba de dar ejemplo con el ahorro y el castigo a los ministros corruptos del reinado anterior, no lo percibían de este modo las elites del reino. Como se desprende de este contexto, la reforma que se proponía de la casa real estaba motivada, esencialmente, por causas económicas. En primer lugar, comenzó por confirmar en el puesto de mayordomo a ciertos nobles de los últimos años de Felipe III, pero contrarios al grupo de poder que dirigía la Monarquía:

Dio plazas de mayordomos, su Majestad, a D. Lorenzo de Cárdenas, conde de la Puebla del Maestre; a D. Rodrigo Enríquez, tío del Almirante; a D. Juan de Fonseca, marqués de Orellana; al conde de Barajas y al marqués de las Navas, que lo habían sido de su padre⁴¹⁵.

Paralelamente, se reunió una Junta de mayordomos, por orden del monarca de 14 de septiembre, compuesta por el conde de Arcos, el marqués de las Navas y el conde de la Puebla, para reformar el gasto de la casa de Borgoña, cuyas conclusiones eran presentadas al monarca tres días antes de la citada carta, es decir, el 17 de octubre de 1622. Aunque se habían visto papeles del gasto y modo de proceder en tiempos de Felipe III, en la introducción a dichas conclusiones se afirmaba tajantemente que la referencia y modelo seguido para reformar la casa de Borgoña había sido el servicio (tanto en número como en gasto) del rey Felipe II.

Al año siguiente, la Junta de mayordomos, compuesta por los mismos personajes (condes de Arcos y de la Puebla y marqués de las Navas) se reunía para discutir “sobre el modo de gobierno de los oficios”; esto es, si en las reuniones de 1622 habían reducido el número de oficiales que debía de haber, ahora se trataba de recortar los gastos producidos en cada oficio, sobre todo en los relativos al departamento denominado la “casa”. Los acuerdos fueron presentados al rey el 6 de diciembre de 1623 y, a través de ellos, se observa la alarmante penuria económica que había en la hacienda real. La relación comenzaba advirtiendo de que a los mayordomos “toca por oficio de mayordomo la reformación y cuidado de los oficios de la boca y del gasto de las provisiones”, pero se tomaban la licencia de advertir también a su Majestad “lo que conviene hacer en cada oficio para el buen gobierno de él”. Dicho esto, afirmaban:

para el buen gobierno de los oficios de la boca de la casa real de Vuestra Majestad parece convendría que se repartiese por suerte entre los mayordomos el primer

⁴¹⁵ A. ALMANSA Y MENDOZA: *Cartas... Novedades de esta Corte y avisos recibidos...*, op. cit., p. 142.

día del año, la superintendencia de cada uno de ellos para que mandase ejecutar lo que convenga.

En esta situación económica, no resulta extraño que el presupuesto de la casa real fuera un lugar recurrente para reducir gastos. En realidad, semejante práctica servía más para ejemplo ante las elites urbanas, a quienes se les pedía reiteradamente subir los servicios que pagaban, que para recaudar una sustanciosa cantidad de dinero; ahora bien, el recorte de gastos y la supresión de oficios en el servicio real llevaba consigo las quejas y el malestar de nobles y demás elites del reino que veían alejarse su posibilidad de integración, calificando la corte de la Monarquía durante el valimiento del conde duque como una “corte de caballeros”. Y es que, las necesidades del monarca para mantener sus estados y territorios y ejecutar su política exterior, le inducían a tomar una serie de medidas que destruían el modelo de organización política en la que se había articulado la Monarquía hispana con Carlos V y Felipe II, basado en la “integración”⁴¹⁶. A pesar de todo, el conde duque de Olivares se embarcó en una política de recortes de gastos que le llevó a revisar el grado de cumplimiento de las ordenanzas de 1624. Con este fin creó una nueva junta⁴¹⁷, que se reunió en 9 ocasiones. En todas ellas, la discusión se centró en imponer un férreo control sobre las actividades de todos los oficios de las casas reales por parte del cargo inmediatamente superior y los superintendentes señalados; esta vigilancia —se pensaba— evitaría el derroche económico y produciría sustanciosos ahorros. Las ordenanzas de 1624 seguían temáticamente la relación enviada por la Junta de mayordomos. Por lo que se refiere a los oficios de la cámara, las principales reformas fueron las siguientes.

⁴¹⁶ El propio monarca lo reconocía, cuando, a finales de 1623, ordenaba: “Salió decreto de su Majestad para los Consejos, mandando que en las consultas hagan relación de los servidores de los pretendientes, o de sus pasados, y si están o han estado en la corte y qué tiempo; que no quiere que por solicitud se alcancen las pretensiones, sino por merecimientos” (A. ALMANSA Y MENDOZA: *Cartas... Novedades de esta Corte y avisos recibidos...*, op. cit., p. 164).

⁴¹⁷ “Aviendose servido Vuestra Majestad de que nos juntásemos con el Conde Duque en su aposento para ver como se guardaba la reformación pasada, y da orden que se reformasen algunas cosas que por justos respetos se avían dexado en ella, el Conde, con el cuidado y gran celo que tiene del servicio de V. Mgd, quiso tomar esto tan de raíz y tan menudamente que, en las juntas que para esto se hicieron, se vieron los doce libros de los oficios de boca de la casa de su Mgd y las cuentas de la furriera y desto que allí se confirió sobre ellos, y el Conde Duque fue resolviendo en las nuevas juntas que para esto tuvo, de las cuales, la primera a 7 de diciembre de 1625 y la última a 6 deste presente mes [enero de 1626] (AGP, AG, leg. 928).

La junta abordó en primer lugar lo relativo al sumiller de corps, cuyo oficio consideraban de mayor preeminencia dentro de la casa, a pesar de lo cual gozaba de unos gajes que no habían variado desde el reinado de Felipe II⁴¹⁸. Al sumiller le seguía (en la relación realizada por los mayordomos) la botica. En tiempos de Felipe II, la misma estaba compuesta por un jefe, tres ayudas y dos mozos con gajes de 500, 250 y 125 ducados respectivamente. En 1622 se contabilizaron en la botica un jefe, 4 ayudas y 4 mozos, además de otro ayuda y mozo que estaban sirviendo en Francia a la reina. La junta era del parecer de reducir el número de criados al existente en tiempos de Felipe II, con la añadida reducción de gajes a 400, 200 y 100 ducados respectivamente. La disposición 15 recogía lo dispuesto por la junta.

En cuanto a los gentilhombres de cámara, Felipe II contaba con 9 en 1597, cuyo salario ascendía a 360 ducados y 60 hachas de cera. Felipe IV tenía a su servicio 8 y 4 ausentes, por lo cual no gozaban de gajes. La junta no aportaba solución alguna, porque ni el número ni los gajes se habían acrecentado, centrando su atención en el número de platos que se les daba. Según las ordenanzas el número de gentilhombres de la cámara se debía reducir a 8.

En el guardarropa, Felipe II tuvo un jefe, dos sotayudas y dos mozos cuyas retribuciones monetarias eran de 180, 90 y 40 ducados. Felipe IV contaba con un jefe, dos ayudas y 6 mozos. El número de mozos excedía del existente en tiempos de Felipe II, a pesar de ello, la junta era del parecer de ser todos necesarios para el servicio regio.

Por lo que respecta a los ayudas de cámara, en 1594 Felipe II tenía 9, uno más que su nieto en 1622. Los ayudas tenían un salario de 97 ducados anuales y la junta no propuso novedad ni en el número de oficiales ni en el salario. Al igual que con los gentilhombres de la cámara, la atención con los mayordomos se dirigió a los platos, estimando en más de 14.000 ducados el gasto evitable para la hacienda regia, sustituyéndose la ración cuando el monarca estuviese de asiento, por una asignación diaria de 12 reales diarios. La reforma se ceñía a lo dispuesto por la junta. Sobre el escribano de cámara, ya hemos explicado su evolución.

En cuanto a los médicos de cámara, Felipe II disponía de 4, cuyo salario era de 300 ducados por la casa de Borgoña y 100 menos por la de Castilla. Felipe IV tenía un médico más, pese a lo cual la junta consideraba que en los gajes y número no había nada que reformar, aunque no así en las introducciones realizadas, cuya reforma alcanzaría los 220 ducados anuales.

⁴¹⁸ Tanto la relación enviada por los mayordomos, como la reforma publicada en 1624 se encuentran en AGP, AG, leg. 928. Las siguientes líneas se sustentan en esta documentación.

Por otro lado, Felipe IV contaba con los mismos oficiales de manos que su abuelo, a excepción de un zapatero más, por lo que los mayordomos consideraron oportuno el estado de estos oficios. Diferente resultaba lo concerniente a los músicos de cámara, pues en el reinado del “Rey Prudente” no constaba ninguno en los *roolos*, contabilizándose 8 en la década de 1620, disfrutando algunos de gajes doblados y triplicados. La reforma resultaba necesaria, pero no acertaban a dar soluciones.

Con todo, el auténtico problema de la Monarquía no estaba en los gastos ocasionados por el número de personas en los oficios ni en el servicio cotidiano, sino en la función integradora que debía ejercer el monarca como buen *pater familias*; es decir, si por una parte se trataba de reducir gastos de consumo y número de servidores de la Monarquía, por otro, el rey concedía numerosas pensiones y rentas a todos aquellos buenos súbditos que dejaban la vida (en los campos de batalla o en servicios administrativos) en el servicio de la Monarquía, mientras dejaban a sus familias en la indigencia. Todo ello suponía que las reformas realizadas no servían para mucho, pues, por lo que por un lado se ahorra, por otro se daba en concepto de mercedes. Así se lo hizo saber el Bureo al flamante monarca el 31 de mayo de 1622:

Parece ansimismo que desde el tiempo del emperador, nuestro señor, han ydo estas pensiones sucediendo y continuándose de una casa real en otra y haciéndose buenas a las personas que las goçavan en los libros del Bureo y rojo o de pensionarios sin otra nueva orden más quel estilo que en esto havía, respecto de darse siempre semejantes recompensas en consideración de muchos y antiguos servicios y porque aora se a pedido por parte de estos pensionarios se les hagan buenas las dichas pensiones, ha parescido al bureo dar quenta a Vuestra Majestad para que lo tenga entendido y se sirva mandarselas confirmar como se ha hecho siempre ⁴¹⁹.

Las pensiones en 1623 montaban 2.111.420 maravedíes, a los que había que añadir las concedidas en ese mismo año: a Juan Marban, 900 ducados; Manuel Álvarez de Céspedes, 600 ducados; Francisco de Santiago y a Manuel Suárez Triviño, 600 ducados, lo que hacían una suma total de 2.898.920 maravedíes ⁴²⁰.

⁴¹⁹ AGP, AG, leg. 364. La respuesta de Felipe IV estuvo de acuerdo con la lógica: “está bien”.

⁴²⁰ “Relación de las pensiones que se han consignado al ordinario de la despensa, distinguiendo tres grupos: las concedidas por cédulas de Felipe III (nov. 1622), que montan 1.561.420 maravedís; por cédulas Felipe IV que acrecentaron el ordinario, que montaron 1.142.500 maravedíes; y por órdenes de su majestad que no se a crecido en el ordinario (con

Es decir, que los personajes que habían empeñado su vida y hacienda en servir al rey, dado que no encontraban una merced a través de la cámara de Castilla, acudían a la cámara de la casa real (de Borgoña) para recibir una renta o pensión con la que poder vivir. En una *Relación de las personas que tienen pensiones situadas en los tres mil ducados que se libran cada mes para los gastos ordinarios de la cámara de su Majestad, y de los demás gastos que tiene y de las deudas que se deben hasta hoy, 22 de febrero de 1628*, se detallaba que

monta el gasto de las pensiones [...] 587.279 reales y para todo lo que se libra cada mes 3.000 ducados, que montan en cada un año 396.000 reales, de manera que alcanza la data al cargo en 191.279 reales, que son 17.389 ducados.

Además había que añadir 110.149 reales, que debían a los pensionarios y 155.040 de deudas a particulares ⁴²¹.

El problema de las deudas contraídas por la cámara real (y, por consiguiente, la falta de puntualidad en el pago) conllevaba la falta de crédito –en los dos sentidos– ante los súbditos que ofrecía la Monarquía con respecto a los reinados anteriores. El propio secretario así lo manifestaba cuando escribía:

Lo que se padece en la importunación y porfía de los que penden deste dinero no es solo en la paciencia, sino en el crédito de los que lo tratamos porque, enseñados a la puntualidad de la cámara, culpan a nuestro tiempo porque no se les paga con la misma y, pues, la distribución corre por nuestra cuenta y en la orden es vuestra excelencia el dueño, no será fuera de propósito referir a vuestra excelencia lo que se debe remediar y cómo se podrá hacer ⁴²².

El 15 de enero de 1628 se volvía a hacer relación de los 59 puntos acordados en las 9 juntas realizadas en el aposento del conde duque y se escribía al margen de cada uno el grado de cumplimiento y las posibles advertencias. La mayor parte de las anotaciones realizadas en los distintos puntos coincidían en expresar, de manera escueta, “assí se ha hecho”. Al final, el responsable de las acotaciones resumía el proceso de revisión con estas medidas palabras:

fecha la mayoría de entre 1625 y 1626), que sumaban 937500 maravedís. Sumaban 2.382.320 maravedís de 13 ayudas de cámara y se pone por error 400 reales al mes que se daba a la botica, que se tachan de la cuenta” (AGP, AG, leg. 364).

⁴²¹ Sobre los gastos de la casa real durante este período, véase J. JURADO SÁNCHEZ: *La financiación de la Casa Real...*, op. cit., cap. 6.

⁴²² AGP, AG, leg. 364.

Lo contenido en las notas a los cincuenta y nueve capítulos deste papel, se ajustó y confirió por mí, el conde de Arcos, con asistencia del contralor y grefier de S. M. que se hallaron presentes ⁴²³.

Al año siguiente (1629), el Bureo hacía revisión de las cuentas de la casa real, pertenecientes al año anterior, al mismo tiempo que mostraba al monarca la imposibilidad de mantenerse económicamente con los recortes efectuados, fijados inicialmente en 3.000 ducados mensuales y elevados en 1628 a 5.000 ⁴²⁴.

Al mismo tiempo, le recordaba las contradicciones en que estaba cayendo el propio rey:

Cuanto a las plazas que en algunos oficios estaban mandadas reformar o no ha vacado hasta ahora para consumirse, o si han vacado, no solo ha servidose V. Magestad de proveerlas, sino también de hacer merced de otras supernumerarias y de algunas futuras sucesiones.

Ante tales reivindicaciones del Bureo, Felipe IV justificaba las medidas tan drásticas que tomaba proclamando sus objetivos políticos:

Yo he de cumplir lo primero con la defensa de la religión y con la de mis Reinos y mantenimiento de justicia en ellos y cumpliendo con esto, lo que conviene es tener

⁴²³ AGP, AG, leg. 928, El documento estaba fechado el 15 de enero 1628.

⁴²⁴ *Ibidem*, fechado el 2 de marzo 1629: “Con esta ocasión ha parecido al Bureo representar a V. M. el embarazo en que se halla el repartimiento de los ordinarios porque habiéndose baxado 5.000 ducados al mes de lo que se solía librar, vienen a hazer tanta falta que es imposible dexar de sentirse en algunos de los oficios y personas en quienes se distribuye; y si con solo 3.000 ducados que V. M. mandó baxar desde principio del año pasado, se reconoció la misma imposibilidad y el Bureo representó lo que había que acudir aún a solo el gasto ordinario inexcusable y preciso, vea V. M. como se podrá hacer ahora con otros 2.000 ducados menos, siendo los gastos los mismos y pudiendo ser por accidentes mayores cada día. Por lo qual, se tiene por necesario y aún forzoso, que V. M. se sirua de mandar que se libre lo que antes de la baxa se solía o señalar los oficios cuyo gasto juzgare menos preciso o las personas a que se hubiere dejar de librar lo que se ha baxado dándoles por otra presente satisfacción. Porque montando solo el plato de V. Mg, estados y raciones de su casa (que es tan forzoso como veis) 9.000 ducados al mes y habiéndose de dar de los otros 9.506 que restan del ordinario, 5.000 a la caballeriza con las dos de la provisión, que tampoco se pueden escusar, quedarán en repartir en los demás oficios de la casa y en la azemilería, pensiones, recompensas, limosnas, mercader, casa de pajes, casa de cantoritos, escuderos de a pie y otras cosas y gastos que se ofrecen, 4. 506 ducados solamente, con los quales no es posible dar satisfacción a todo como particularmente parece por las relaciones inclusas del contralor que V. Mg. mandará ver para que se entienda que no se ha de poder pasar con la baxa adelante si no fuere faltándole al servicio de V. Mg o mandando que se provea en otra forma a las personas y oficios a quien ésta aya de tocar”.

lo que se puede sustentar en quanto al culto e ornato de la casa, e ir consumiendo todo aquello que no es preciso e indispensablemente necesario, quitando de la caballeriza y, si fuere menester, mi comida y otros gastos excusables, reduciendo al tiempo del Emperador y Rey don Felipe Segundo, mis señores y agüelos.

La obsesión por imponer la casa real tal como la tuvieron Carlos V y Felipe II, con el mismo número de oficiales y con el mismo gasto, impedía ver la función integradora de los reinos que habían cumplido las casas reales en tiempos de tales monarcas. Las medidas económicas adoptadas por Felipe IV destruían la articulación política en la que se había basado la unión de la Monarquía y le hacía aparecer como un mal *pater familias* al no premiar el mérito y el servicio de sus súbditos. Así, por ejemplo, en el punto 37 de esta reforma se ordenaba “que de aquí adelante no se den recompensas a las viudas de barrenderos si no fuere por una vez, y esas que no se carguen a la despensa”. En el artículo 38: “que se excuse la leña que se daba a los Consejos”. Mucho más sorprendente era la prohibición de no dar ayuda de costa a las viudas de los acemileros ni de los soldados ⁴²⁵. La reforma terminaba ordenando que se volviera a los tiempos de Felipe II, al indicar textualmente que todos aquellos servidores presentes en cada oficio que excediesen el número existente en tiempo del “Rey Prudente”, fueran excluidos del servicio, al tiempo que se reducían las plazas de continos y porteros de cámara ⁴²⁶. Las raciones que debían recibir cada uno de los oficios se fijaron minuciosamente, a la hora de señalar las obligaciones y ganancias de cada oficio.

En conclusión, como se deduce de lo expuesto, el problema económico que representaba la casa real radicaba en el número de pensiones y mercedes que el monarca otorgaba de las rentas de la corona y éstas ya no eran suficientes para

⁴²⁵ Artículos 47 y 48, respectivamente.

⁴²⁶ AGP, AG, leg. 928, “Que los criados de su Majestad de su real casa de Borgoña que excedieren del número que avía en cada oficio en la del señor Rey Don Phelipe 2º sean desde luego excluidos del servicio de sus plazas quedando con sus gajes, raciones, casa de aposento y todo lo demás que hoy gozan, sirviendo entretanto que su Majestad los ocupa en otros oficios” (art. 50). “que todas las plazas de continuos se consuman inviolablemente como fueren vacando, que su Majestad queda advertido de no proveerlas y al Consejo de cámara se ha enviado orden para que por ningún caso se les consulte” (art. 54). “Que los ocho trompetas y cuatro atabaleros de esta escuela se consuman, pues bastarán los de la escuela italiana para las ocasiones que se ofrecieren” (art. 55). “Que los cincuenta y cinco porteros de cámara, que sirven en la corte, se reformen veinte y tres, quedando treinta y dos que bastan para el servicio, y los diez de la chancillería de Valladolid se reducirán a ocho como en Granada. Los catorce porteros de cadena queden en ocho, no más” (arts. 56 y 57). Asimismo, se reformaba la distribución de la nieve y de “manjar blanco” que recibían los distintos oficiales.

satisfacer los compromisos que el monarca tenía con sus servidores, cada vez más numerosos. Solucionar tal problema significaba reformar la cámara, que era la esencia del sistema.

2.3. *LA REFORMA DE LA CÁMARA DE 1636.*

EL NOMBRAMIENTO DEL CONDE DUQUE DE OLIVARES COMO CAMARERO MAYOR Y SUMILLER DE CORPS

La evolución de la Guerra de los Treinta Años, especialmente con la entrada de Francia en la contienda a partir de 1635, intensificó la presión fiscal⁴²⁷; pero además, era necesario premiar a aquellos vasallos que se destacaban en el servicio al rey, sobre todo, en unos tiempos en que la Monarquía necesitaba gran número de servidores. Por ello, fue necesario acudir a toda clase de recursos: se tomó la *media anata* de los sueldos de los ministros y oficiales de la Monarquía, así como de los intereses de juros y préstamos; se solicitó un donativo general para socorrer las arcas reales; se recurrió a las Cortes para que votasen nuevos servicios, se implantó el papel sellado y, finalmente, se recurrió a la devaluación del vellón⁴²⁸. En tales circunstancias resultaba de suma importancia controlar los gastos ocasionados por la casa real. En esta coyuntura, en la que era necesario articular todos los recursos de los reinos en una empresa común, Olivares creyó necesario controlar completamente el gasto de la casa real y la concesión de las mercedes a particulares.

En 1636, Felipe IV nombraba a su valido sumiller de corps de la casa de Borgoña y, simultáneamente, camarero mayor, cargo equivalente en la casa de Castilla, que había desaparecido desde hacía más de un siglo⁴²⁹. Con ello, el

⁴²⁷ La evolución política ha sido estudiada con detalle por J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona 2004, pp. 450-482. Los problemas económicos en F. RUIZ MARTÍN: *Las finanzas de la Monarquía hispánica...*, *op. cit.*, pp. 109-111 y C. ÁLVAREZ NOGAL: *El crédito de la Monarquía hispánica...*, *op. cit.*, pp. 225-239.

⁴²⁸ Todas estas medidas han sido estudiadas por A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Política y hacienda de Felipe IV*, *op. cit.*, pp. 49-53; J. JURADO SÁNCHEZ: *La financiación de la Casa Real...*, *op. cit.*, caps. 5 y 6.

⁴²⁹ El propio monarca lo afirmaba en el nombramiento que hacía: “Aviéndose reconocido los inconvenientes que se resultan de no servirse el oficio de gran chambelán y camarero mayor de nuestras casas de Castilla y Borgoña, así por lo que toca al decoro de nuestra Real persona, como porque la experiencia ha mostrado que todo lo dependiente y anexo al ejercicio de este oficio no tenía el cobro conveniente por faltar persona que le exerciese” (AGP, AG, leg. 939/1, exp. 14).

monarca también pretendía acallar las voces surgidas en Castilla que denunciaban la excesiva carga económica que padecía el reino en beneficio de toda la Monarquía:

He tenido por bien haceros merced, como por la presente os la hago, del oficio y cargo de mi gran chambelán y camarero mayor de Castilla y Borgoña, con todas las prerrogativas, gracias y preeminencias que en cualquier manera toquen [...] porque i ánimo y voluntad es que gocéis enteramente de todas sin que por consideración o causa particular se dexen de ejecutar. Pues demás de convenir así al decoro y mayor estimación de dicho puesto, es mi voluntad, con semejante demostración, favoreceros y haceros merced por lo mucho que tienen merecidos vuestros servicios, de que yo me hallo con entera satisfacción. Y así, habéis de tener el primer asiento en los libros de mi casa en la forma que le hubieron en la de los señores Reyes, mis predecesores, todos los grandes chambelanes y camareros mayores que han sido suyos como los criados y ministros más inmediatos, y así mismo podréis tener en vuestro aposento el capítulo de Guerra como le tenían en el suyo los dichos camareros mayores de Borgoña. Tendréis la llave doble de mi cámara y la estampa de mi firma en guarda. Habéis de llevar la bandera cuando yo saliere de campaña como os toca por derecho de vuestro oficio y recibir los juramentos de feudos y homenajes que los nobles de mis reinos hicieren y en todo lo tocante del dicho oficio que dependiese del, seréis obedecido como propia persona. Y porque a los camareros mayores que han sido de la dicha mi casa real de Borgoña, les tocaba la disposición y distribución absoluta de todas las mercedes que por vía de condenación o en otra cualquier manera se aplicaban a la cámara para gastos de ella, quiero y es mi voluntad que las dichas penas de cámara y otros cualesquier efectos que se hubiesen aplicado o aplicasen a ella, estén y sean a vuestra disposición y que se distribuyan libres y paguen por órdenes vuestras sin obligación de dar cuenta de ellas. Y tocándoos como por el dicho cargo os toca el gobierno total de mi cámara y la jurisdicción de los camareros, sumilleres, gentiles hombres, ayudas y demás criados y personas que me sirven y adelante me sirvieren en ella, les será lícito a los sobredichos y a cualquiera de ellos en los pleitos que se les hubieren o se les movieren en mi Bureo, declinar jurisdicción a vos el dicho conde duque de Sanlúcar como a gran chambelán y camarero mayor de la misma manera que se hacía y siempre se ha practicado en la dicha casa de Borgoña desde el tiempo de los duques de ella. También es mi voluntad que gocéis y llevéis todos los salarios, gajes, pensiones, libreas y otros cualesquier aprovechamientos, así de comida como carruajes y lo demás que en cualquier manera hayan pertenecido o puedan pertenecer al dicho oficio; y esto no solo se ha de entender en lo que poder derecho o costumbre se haya practicado en mi casa, sino fuera de ella en cualquier Consejo o Tribunales de mi corte, porque mi ánimo y voluntad determinada es que gocéis enteramente

de todo lo perteneciente y tocante al ejercicio del dicho oficio, así en honores como en prerrogativas, emolumentos y salarios ⁴³⁰.

La impresión que causó este doble nombramiento en la corte fue grande, hasta el punto de que, dos días después, el conde de Arcos escribía al Conde Duque un memorial en el que le recordaba la importancia del cargo y la grandeza que tenía la casa de Borgoña dentro de los reinos europeos, al mismo tiempo que justificaba la preeminencia de esta casa dentro de la Monarquía hispana en detrimento de la de Castilla ⁴³¹. Uno de los primeros aspectos que tuvo que abordar Olivares, fue el control de los gastos y mercedes.

En su afán por imitar la grandeza y prestigio de la Monarquía de Felipe II, la reforma de la casa real efectuada por Felipe IV en 1624 ⁴³² había establecido que la cámara debía estar dotada con 36.000 ducados anuales, la misma cantidad que había gozado en tiempos del “Rey Prudente”. Semejante medida resultaba bastante difícil de sostener dada la creciente inflación que habían padecido los precios durante el tiempo transcurrido entre ambos reinados y la creciente cantidad de servidores (propiciada por el mayor número de empresas en las que se vio involucrada la Monarquía y por el crecimiento administrativo) que se habían arremiado a la corte solicitando mercedes por los servicios prestados. Con todo, en la citada reforma, no solo se trató de imitar la distribución de los 36.000 ducados que el “Rey Prudente” tenía asignados para sus gastos ⁴³³, sino también la forma de gestionar ese gasto. El resultado, como resulta fácil de deducir, fue que muy pronto, la actividad de la cámara originó un déficit económico que resultó

⁴³⁰ La cédula terminaba diciendo “Y el goce de todo lo que tocara al dicho oficio, se os ha de hacer bueno desde ocho de abril del año pasado de 1636, que os hice merced de él” (AGP, AG, leg. 939/1, exp. 14).

⁴³¹ “El oficio de ser camarero mayor derivase de la grandeza de la casa de Borgoña y de su duque Carlos, tan gran príncipe, que excedió algunos príncipes y no fue inferior al de España ni al de Francia. Poseyó la Borgoña superior y la inferior, todos los Países Bajos y las islas de Holanda y Celandia y las demás. El trato de su casa [fue] tan superior que en entrando su sangre en la del Emperador y en la de los reyes de Polonia y Hungría y en la de Castilla, dejaron el servicio de sus casas y mandaron el de la de Borgoña” (*Ibidem*. Fechado el 10 de abril de 1636).

⁴³² Una copia de esta reforma puede verse en BNE, Ms.18716/43.

⁴³³ “Señor: del modo de la distribución de los 36.000 ducados consignados a la cámara en tiempos del rey don Phelipe segundo, no se tiene en ella más noticia que entenderse que en el principio del reinado del señor rey don Phelipe tercero se guardó y continuó la misma forma que en el de su padre” (AGP, AG, leg. 939/1, exp. 12. Fechado el 17 de agosto de 1635).

imposible de solventar, lo que motivó que Felipe IV escribiera al duque de Medina de las Torres (que ejercía de sumiller de corps) ordenándole que presentara las cuentas y el modo en que se había actuado en la distribución de lo consignado en dicho departamento ⁴³⁴.

Medina de las Torres solicitó información de los secretarios de cámara que habían desempeñado el cargo durante los años transcurridos de reinado (1621-1635); a saber: don Bernabé de Vivanco, que ejerció los primeros meses de 1621; don Antonio de Alosa, nombrado el 1 de agosto de 1621, y don Antonio Hurtado de Mendoza, que ocupó el cargo desde el 1 de septiembre de 1625 hasta que fue sustituido por García Gallo de Escalada Olaso y Manrique el 9 de septiembre de 1644. Todos ellos contestaron con rapidez y presentaron sendos memoriales en los que denunciaban el desfase que siempre había existido entre las rentas asignadas y lo que se había gastado anualmente,

cada mes crece la deuda dos mil y quinientos [ducados], porque son, cada año, treinta y seis mil lo situado, y lo que tiene de costa llega a cincuenta y cuatro mil quinientos y veinte y tres escudos.

Bernabé de Vivanco, tras aseverar que en los reinados anteriores (Felipe II y Felipe III) se practicaba la misma forma de gestión económica que en el reinado de Felipe IV, continuaba subrayando la intervención del conde duque. Este mandó al secretario de cámara que continuasen socorros y pensiones a diferentes personas iniciados en el anterior reinado, sin nuevos despachos. Y, a su vez, el dinero entregado al rey para su escritorio lo era mediante el valido, sin mediar orden escrita ⁴³⁵. Por su parte, el secretario Antonio Alosa abundó en esta idea, al mismo tiempo que insistía en la liberalidad del monarca al realizar mercedes, por lo que se preguntaba quién podía oponerse a la voluntad del rey a la hora de ordenar la donación de una renta o merced. Los gestores de tales gracias no podían hollar un terreno tan directamente sujeto a la voluntad regia, y ello propiciaba

⁴³⁴ AGP, AG, leg. 939/1. Fechado a 26 marzo de 1635: “El 26 de marzo pasado [1635] mandó enviarme un billete del tenor siguiente: su Majestad me ha mandado disponga se pasen y examinen las cuentas de todo lo que se ha recibido, librado y pagado y con qué recaudos de dinero, que se ha librado cada mes, para su real cámara, desde que su Majestad sucedió en estos reinos y que lo encargue v. m. como lo verá en la orden de 15 de este, que original va aquí”.

⁴³⁵ “Ansí lo observó don Bernabé de Vivanco en los nueve meses que perseveró en este oficio, y Antonio Alosa Rodarte, los tres años y medio que le tuvo, y los diez que ha que yo le exerço, he continuado lo mismo” (*Ibidem*).

un vacío reglamentario que favorecía el descontrol en el asiento y revisión de las cuentas, terreno en el que destacó el secretario Juan del Castillo ⁴³⁶.

El secretario Antonio Hurtado de Mendoza repetía el proceder, si bien, añadía ligeros matices ⁴³⁷. Con todo, el problema principal no consistía en el procedimiento empleado en la cámara para la gestión de los gastos, sino en el crecimiento de los mismos y la insuficiencia de la cantidad asignada para cubrirlos, pues, mientras los gastos y pensiones cabían en la consignación de 36.000

⁴³⁶ AGP, AG, leg. 939/1: “La orden, señor, con que se ha cobrado y pagado este dinero ha sido la general que todos mis antecesores tuvieron, los cuales se hizo la confianza que de mí, y ellos y yo, con órdenes de su Majestad o de su valido, que comunmente lo eran los señores sumiller de corps, principales jefes de este oficio y dueños de poner y quitar en él y demandar lo que les parecía, unas veces por escrito y otras veces de palabra daban ayuda de costa, limosnas, rentas y algunas veces pedían a sus Majestades para dar alguna ayuda de costa secreta o limosna por su propia mano o para tenerlo en sus escritorios y todo esto en confianza, pues era claro que su Majestad no había de dar recibo. Y así, desto no abrá quien pueda dar satisfacción, de lo demás será muy fácil al que lo tiene a su cargo. Los recados que se tienen para la cobranza deste dinero y para que se distribuya en la forma dicha son dos cédulas cuyas copias van con este papel, en que su Majestad manda que desto no se pida cuenta ni se haga cargo. Yo, señor, guardando aquel estilo y con esta seguridad, cuando entré en dicho oficio, continué lo que mis antecesores, con los mismos oficiales, con los mismos libros, con el mismo modo y propios recados, mas ni yo sé quiénes son los oficiales, ni los conocía cuando entré en ello, ni sé qué libros son estos, ni los he visto, ni sé el modo que se tiene, ni tengo instrucción que me lo mande. En mi poder no ha entrado dinero ni en mi casa libro ni cuenta, porque, aunque las libranzas se cobraban en mi nombre, era para que se cobrase por mano del secretario Juan del Castillo, oficial a quien esto tocó antes de mi tiempo, en mi tiempo y toca ahora. Él lo cobraba, él lo distribuía, él lo asentaba en los libros, él los tiene en su casa y en su poder, sin que ninguno otro tenga noticia de lo poco ni de lo mucho desta materia, y así, me habré de remitir y desde luego me remito a lo que él dijere, de quien se puede fiar que, pues mis antecesores hicieron tanta confianza dél y el conde, mi señor, y, v. e., con noticia de todos han permitido que continuase, sabrá dar toda buena cuenta”. Fechado en Madrid, 31 de marzo 1635, firmado Antonio Alosa Rodarte.

⁴³⁷ “Su Majestad de palabra daba las órdenes al secretario y esto, no solo para los socorros y ayudas de costa ordinarias a criados y soldados y a las guardas, oficiales y jardineros de los bosques y personas de lustre necesitadas y socorridas por esta mano, sino también para las rentas fijas y particulares, y no se halla en el libro del oficio, más decreto ni despacho que haber ordenado el secretario el asentarse en ellos, diciendo mandarlo así su Majestad [...]. Al fin de cada mes, y otras veces a mediados del año, en un membrete refería el secretario a su Majestad todo lo gastado y si sobraba alguna parte le ordenaba lo que había de hacer dellas; y en faltando, se disponía que el presidente de hacienda la supliese luego y no solo entraban en la cámara los 36.000 ducados, sino mayores sumas y cantidades extraordinarias que se repartían por los mismos gastos secretos, y cuando su Majestad era servido, lo firmaba en el libro de su propia mano” (*Ibidem*).

ducados en tiempos de Felipe II, en el reinado de Felipe IV los compromisos alcanzaban la cifra de 50.000 ducados, por lo que era necesario añadir nuevas rentas ⁴³⁸. En consecuencia, se imponía una revisión de la asignación económica anual que se otorgaba a la cámara.

Ante esta dramática situación, el monarca envió al duque de Medina de las Torres como virrey a Italia, mientras nombraba al conde duque sumiller de corps y camarero mayor para que solucionara la situación. Olivares comprendió que la crisis económica que padecía la Monarquía no se solucionaba con la reducción del número de platos de comida que se daban a los servidores de la casa real ni con suprimir unos cuantos oficios, sino que era preciso promover una reestructuración. Por eso, el 7 de abril de 1638, el monarca se veía obligado a dictar un nuevo decreto, tratando de ajustar –aún más– los gastos de la despensa de su casa, que el Bureo informó en las juntas de 10 y 13 de abril del mismo año, añadiéndole una serie de comentarios para su perfecta aplicación ⁴³⁹. Se componía de 28 artículos y en ellos se observaba la contracción experimentada por la casa real –y especialmente por la cámara– en sus distintos departamentos, a causa de todos los recortes efectuados al presupuesto durante los años anteriores. Así, en el capítulo primero se ordenaba tajantemente:

Que don Antonio Campo Redondo haga librar luego, por cuenta de los alcances de la despensa, 9.883.106 maravedíes y para que no quedase ningún rezago hasta fin del año pasado de 1637, ofreció el Conde Duque, con el celo particular que tiene de mi servicio, buscaría modo para que se pagasen los otros 7.074.851 maravedíes que se debían.

No obstante, el fracaso de esta política de recortes se reconocía en el capítulo cuarto:

⁴³⁸ El memorial está firmado por don Antonio Hurtado de Mendoza, fechado en Madrid a 31 de agosto de 1635 (AGP, AG, leg. 939/1).

⁴³⁹ El decreto de 7 de abril (en *Ibidem*) comenzaba recordando: “Habiendo tenido noticia que no se pagaban puntualmente los ordinarios de mi despensa y que desto y de algunos acrecentamientos que se habían hecho en ella, en que tenían parte excesos conocidos, y por la falta de observancia que había en lo resulto en las nueve juntas que se tuvieron los años de 1625 y 1626 en el aposento del Conde Duque y la reformatión del de 1624 y las que después se han hecho, andaban las cosas con mal orden y turbación de que se seguía faltarse a mi servicio y a la decencia y autoridad de mi casa, mandé formar una junta en el aposento del conde duque de Sanlúcar donde se vieron todos los papeles que convino para tomar la luz necesaria para el remedio en que concurrieron diferentes ministros míos y mayordomos, y habiéndome consultado sobre cada punto lo que se ofreció, he resuelto lo siguiente”.

Así mismo, he mandado crezcan cada mes tres mil ducados por la despensa para que el bureo los reparta entre el mercader y oficiales de manos de mi cámara, casa y caballeriza para excusar con esto los alcances que se ha reconocido han hecho hasta ahora y las quejas que dan, demás de la utilidad que se puede granjear en los precios de las cosas con la puntualidad de la paga.

En el artículo 6, se reconocía que las pagas no se hacían puntualmente:

Y porque los gajes de mis criados y de la capilla y guardas deseo que se paguen puntualmente, he mandado que se junte con don Antonio Campo Redondo, el marqués de Jódar y entrambos ajusten lo que hubiere salido incierto de las consignaciones que se han dado al maestro de la cámara para esta paga, mostrando el dicho maestro de la cámara las diligencias que lo hubiere hecho en término de 30 días que se le han dado para ello y la cantidad que hubiera salido incierta, se le libre luego sobre el impuesto de jabón y velas y se consigne lo demás que estuviere por librar a cumplimiento de todo lo que se debe hasta fin del año pasado de 1637.

Bien es cierto que se volvía a insistir en los acuerdos de las 9 juntas como regla fundamental por la que debía guiarse la economía de las casas reales ⁴⁴⁰ y, para que esto se llevase a cabo, el monarca formaba una junta que revisara periódicamente su aplicación ⁴⁴¹.

Estos acuerdos fueron discutidos en el aposento de Olivares y, como resultado, Felipe IV promulgó un decreto, fechado el 21 de abril de 1638 ⁴⁴², en el que

⁴⁴⁰ “Que en quanto a la observancia de lo que resolví en las nueve juntas que se tuvieron en el aposento del Conde Duque, es mi voluntad que se execute en todo y por todo, y por haber entendido que se ha dejado de hacer en las cossas que irán declaradas, ordeno de nuevo al Bureo que se cumplan las siguientes” (AGP, AG, leg. 928).

⁴⁴¹ “Para ajustar la forma de la observancia de mis órdenes y composición de los libros de mi casa y puntualidad de la asistencia de los bureos y de todo lo demás que tengo ordenado, nombro al conde de Montalbán, marqués de Flómista, conde de Orgaz, conde de Coruña, marqués de Torres, marqués de Malpica y al conde de Asumar, D. Francisco Melo, los cuales, para mayor brevedad de hacer este ajustamiento, repartirá entre sí la disposición y después de haberse acabado todo el ajustamiento ordeno se vuelva a la junta para que se perfeccione todo y que deste tribunal con la autoridad que conviene y se le debe en el cual entrará el asesor con su voto y servirá en el efecto de celador y fiscal de obediencia de mis órdenes. Al Bureo, en Madrid a 7 de abril de 1638” (*Ibidem*).

⁴⁴² “De la junta que se hizo en el aposento del conde duque de Sanlúcar, a los diez y seis deste presente mes, sobre los alcances de la despensa, y paga de gajes de mis criados después de haberse visto en ella la resolución que dio el bureo, satisfaciendo a la relación de la reformatión en cumplimiento de otra orden mía y a las demás cosas que contenía, he resuelto con la consulta que me hizo de lo que allí se trató de resolver las cossas que aquí se referirán de que es bien sea servidor el bureo, unas para ejecutarlas y otras para hacerlas solicitar” (*Ibidem*).

trataba de adecuar los recortes presupuestarios que se habían acordado con la normativa contenida en las reformas de 1623 y 1624: en el artículo cuarto, el monarca ordenaba sacar copia de las ordenanzas y etiquetas de su casa y de las reformas que se habían realizado en los últimos años. El resto de los artículos (hasta un total de 21) legislaban en torno a un mayor control, nombrando a distintos ministros para vigilar los gastos de los distintos departamentos de la casa real. Con todo, se impone destacar el artículo 11 en el que Felipe IV ordenaba que:

por haber entendido que ay desigualdad del tratamiento que algunos mayordomos hacen a mis criados al que les hacen otros, ordeno que se ajuste lo que se ha acostumbrado por lo pasado y eso se execute de manera que corra con igualdad ⁴⁴³.

El 8 de enero de 1639, el monarca ordenaba establecer una “caja de tres llaves” en la cámara para depositar todos los ingresos procedentes de penas y llevar una contabilidad clara y rígida ⁴⁴⁴. No obstante, la medida, junto a otras que le acompañaban, no se llevó a efecto, pues, el 18 de febrero de 1640, Olivares volvía a avisar:

En ocho de enero del año pasado de 1639 os di la orden que Su Majestad había sido servido de mandar se guardase en la distribución del dinero que se libra para los gastos ordinarios y extraordinarios de su cámara, y porque hasta ahora no se ha ejecutado cosa ninguna de las que contiene, reconociéndose cada día por más necesaria su observancia, os ordeno que sin excusa ni dilación alguna ejecutéis y hagáis ejecutar lo siguiente ⁴⁴⁵.

Se trataba de unas nuevas instrucciones, de 18 de febrero de 1640, en 9 artículos, que ordenaban la inmediata ejecución de los puntos contenidos en las de 1639, todavía no cumplida. Estas nuevas instrucciones insistían en la introducción de un arca de dos llaves, en poder del sumiller de corps y el secretario de cámara, en la que debería entrar todo el dinero librado y cobrado en presencia del escribano de

⁴⁴³ El decreto estaba fechado en Aranjuez, a 21 de abril de 1638 (AGP, AG, leg. 928).

⁴⁴⁴ “Su Majestad ha resuelto que, desde principio de este año, haya en la pieza que sirve de escritorio de la cámara, donde se remiten los memoriales, un arca de tres llaves, de que tenga una el camarero mayor o sumiller, otra el secretario de la cámara, y la tercera el oficial a cuyo cargo estuviere la cobranza y paga del dinero de la consignación de la cámara y que en esta arca entre todo lo que se librare y cobrare para ella y los demás efectos que hubiere, para que de allí se saque con intervención del secretario de la cámara y de la persona que tuviere la llave del camarero mayor o sumiller y no de otra manera” (AGP, AG, leg. 939/1, exp. 12).

⁴⁴⁵ *Ibidem*, “Orden que se a de guardar en la distribución del dinero de la cámara, que es en conformidad de lo resuelto por Su Magestad en consulta del conde mi señor camarero mayor de 23 de diziembre de 1638”.

cámara. Esta cantidad debía ser dedicada al pago mensual del personal, según nómina elaborada por el sumiller, así como a la satisfacción de gastos ordinarios y extraordinarios previa orden específica firmada por el propio sumiller. De todo ello debería tomar cuenta y razón el escribano de cámara. A su vez, el pago de cualquier cuenta propia de oficiales de manos debía ser precedido de la aprobación escrita del sumiller y tomada la razón por el escribano de cámara. Para la aprobación de cédulas de socorros a criados enfermos, a la certificación jurada del médico de familia y el informe del médico de familia se debía añadir ahora la rúbrica del sumiller. Se estableció un sistema de control mensual para las limosnas y socorros que el rey mandaba hacer por la cámara a soldados pobres y otros, por decretos dirigidos al sumiller. Se pretendía imponer un sistema de control económico múltiple y así el secretario de cámara quedaba obligado a dar cuenta al sumiller de las limosnas, ayudas de costa u otros gastos que le ordenara verbalmente el rey. De este arca se extraerían asimismo los gastos propios de las jornadas reales. El control económico que pretendía imponerse en la cámara se culminaba con el ajuste anual por el escribano de cámara de las cuentas de la misma, con cargo y data. Asimismo, se aumentó la consignación de la cámara con 2.500 ducados para el pago de pensionarios el primer día de cada mes. Culminaban explicando la forma de llevar la economía y de realizar los pagos en los diferentes departamentos de la casa ⁴⁴⁶.

Desde 1640 hasta la muerte de Felipe IV (1665), se practicaron numerosas informaciones respecto a la forma de distribuirse el dinero de la cámara. En ocasiones se trató de introducir ciertas “novedades”, que finalmente no cuajaron. El 10 de enero de 1645, el monarca envió una orden a don Fernando de Borja (gentilhombre de cámara más antiguo que hacía las veces de sumiller de corps) ordenando que:

las libranzas y órdenes que estaban despachadas y que se despacharen tocantes a mi cámara han de correr en cabeza del secretario García Gallo como solían en la de Mendoza su antecesor, estaréis advertido de ellas ⁴⁴⁷.

⁴⁴⁶ “Todas las nóminas y cédulas de los salarios, ayudas de costa y gastos de la real casa de Castilla se hacen en la dicha veeduría y contaduría y las remite al secretario con ejercicio que quiere para que las envíe a firmar de Su Majestad y las refrende. Y de años a esta parte, se han enviado a la secretaría de obras y bosques por la correspondencia que se tiene con ella, y esto es acto voluntario porque según cédulas de Su Majestad parece estar refrendadas de secretarios del Consejo de Hacienda y de la cámara de Castilla”. Se continuaba afirmando que “Los pagos han de ser en presencia y con intervención del dicho veedor y contador, y así, tiene libros de pagas y de la cuenta y ración que es de cargo y data, el cual no tiene el mayordomo mayor” (AGP, AG, leg. 340).

⁴⁴⁷ AGP, AG, leg. 468/1.

El 4 de enero de 1648 se informaba de que el escribano Gabriel López de Peñalosa puso en manos de don Fernando de Borja una relación sobre los inconvenientes que había hallado en el ajustamiento de cuentas de García Gallo que entonces se realizaba ⁴⁴⁸. El gentilhombre de cámara decidió sobre ello, pasándosela al monarca el 4 de enero de 1648. Según parece por la relación dada por Castelrodrigo, durante los 4 años que fue secretario de cámara García Gallo, se encargó de anotar las órdenes y repartir el dinero. Don Fernando de Borja no daba crédito a lo que le indicaba el escribano, sobre la manera de ejercer el oficio el secretario:

Me ha parecido harto extraño este modo de librar y distribuir el dinero de la cámara y no menos que de tantas partidas como dice Garcí Gallo que V. Mgd le ha mandado a boca dar diferentes personas; (de quienes aun no pone los nombres, siendo algunas de cantidades considerables); no me aya dicho jamás cosa ninguna, siendo criado tan antiguo y sabiendo lo que debe hacer. [...] El tomar poderes en causa propia para hacerse pagado de su mano con tanta desigualdad y nota respecto de lo que ha hecho con los demás pensionarios; no tendrá ya el inconveniente que hasta aquí; supuesto que todo lo que hubiere de pagar delante a de ser por repartimientos y órdenes de sumiller con que no le quedará arbitrio ninguno y se excusarán las quejas y mala satisfacción que de esto han procedido. Pero en cuanto a haber de su propia autoridad sin orden ni sabiduría de V. M. ni haberle hecho merced ni él pedido la hechoso bueno en los libros y cobrado los 11400 reales cada año.

El remedio propuesto por los dos fue la promulgación y ejecución definitiva de las instrucciones ya dadas por el monarca. El 15 de mayo de 1648, el monarca dictó una nueva orden, por la cual el escribano de cámara tenía la obligación de registrar los despachos de dinero que se dieran al secretario de cámara, a fin de ajustar de mejor manera las cuentas ⁴⁴⁹. Poco después, decidió llevarse un libro registro de todos los gastos y libramientos que se hacían en la

⁴⁴⁸ García Gallo sucedió a don Antonio de Mendoza como secretario de la cámara. Juró en ella el 9 de septiembre de 1644 sirviendo en ella hasta 1648 (AGP, AG, leg. 468/1).

⁴⁴⁹ *Ibidem*: “He resuelto que todas las librazas, órdenes y demás despachos que se dieren para la consignación de los gastos de la cámara y de las cartas de pago que el secretario de ella diere de las cantidades que recibiere para ella tome la razón el escribano de cámara y que así de lo que hasta ahora se ha librado a los secretarios que han sido de la cámara como de lo que adelante se librare se den al dicho escribano las recetas y noticias que pidiere y fueren necesarias para la mayor claridad y ajustamiento de la distribución de este dinero y poderme dar cuenta siempre que la pida de las cantidades que se hubieren librado y de la forma y efectos en que se distribuyen”.

cámara, como testimonia una anotación del secretario Francisco de Montes de Oca, realizada el 12 de octubre de 1664⁴⁵⁰.

El 8 de febrero de 1675, don Nicolás Ontañón Enríquez escribió al duque de Medinaceli (sumiller de corps) una breve relación de la manera en que se había distribuido el dinero de la cámara durante el reinado de Felipe IV. En pocas líneas el escribano sintetizó una actividad normativa tan incesante como ineficaz, pero que testimoniaba la preocupación que despertaba el desahogo de dependencia palaciega tan esencial para la integración, formal y personal, del espacio de los reinos⁴⁵¹.

⁴⁵⁰ AGP, AG, leg. 468/1: “Don Nicolás de Hontañón Enríquez, caballero de la Orden de Santiago, escribano de cámara del Rey, nuestro señor, y oficial segundo de la secretaría de ella, digo que he recibido del señor don Francisco de Montes de Oca, caballero de la misma orden, secretario de cámara de su Majestad, un libro encuadernado en pergamino, que tiene cuarenta y dos hojas rubricadas por el dicho secretario y firma de la última plana de su mano, en que está escrita su data desde veinte y ocho de agosto de 1655, que como a secretario de cámara dice se lo comenzó a librar dinero para gastos ordinarios y extraordinarios de ella hasta fin del pasado 1663, el cual me entrega para efecto de tomar la cuenta de todos los maravedíes que costare haber entrado en su poder para los dichos gastos en conformidad de los decretos y resoluciones de su Majestad y órdenes del duque de Sanlúcar, mi señor, sumiller de corps. Lo que firmo en Madrid a doce de octubre de 1664”

⁴⁵¹ “Desde el año de mil y seiscientos y veinte y uno, en que Su Magd (que santa gloria aya) heredó, hasta el de 1665 que falleció, fue una continua instancia de los señores, camarero mayor y sumiller de corps para que corriese, con buena cuenta y satisfacción igual, de los interesados en esta consignación, por conocer su importancia, y mandado Su Magd por repetidas órdenes, por no haberse podido conseguir, en algunos tiempos su continuación” (*Ibidem*).

CUADRO

*Relación de los gastos ordinarios y extraordinarios que tuvo la real cámara de S. M.
en los cinco años desde el de 1650 hasta el de 1654 (todo en reales)*⁴⁵²

GASTO	1650	1651	1652	1653	1654
Gastos de limosnas, socorros y otros causados en tiempos de D. Tomás de Alabaña, desde 1º enero 1650 hasta junio de 1651, que falleció	65.037	19.067	0	0	0
Por los que se causaron en tiempos de D. Antonio de Espejo, que le sucedió en la secretaría desde junio 1651 hasta fin de enero 1652, que falleció	0	22.512	7.225	0	0
Por los que se causaron en tiempos de D. Pedro de Torres Grijalba, que le sucedió, desde febrero 1652 hasta febrero 1653	0	0	51.740	8.563	0
Por los causados en tiempos de Cristóbal Tenorio, que le sucedió, desde marzo 1653 hasta fin de diciembre 1654	0	0	0	38.913	21.244
Por los gastos del recado de escribir para los escritorios de la real cámara y secretaría Descazas Reales, por vía de tanteo, toca a cada uno de dichos cinco años	5.064	5.064	5.064	5.064	5.064
Por los gastos de las medias de punto para su Majestad, por tanteo, en cada uno de los cinco años tocan	3.167	3.167	3.167	3.167	3.167
Por los gastos de las comedias que se representaban a Su Majestad, toca a cada uno de dichos cinco años por vía de tanteo	3.000	3.000	3.000	3.000	3.000
Por los gastos del violero, conforme sus cuentas, por vía de tanteo, toca a cada uno de esos cinco años, 1000 reales	1.000	1.000	1.000	1.000	1.000
Por los de conducciones y sacas de despachos de las consignaciones de la cámara, que se ha podido liquidar en los años de 1653 y 1654	0	0	0	9.209	8.960
TOTAL	77.268	53.810	71.196	68.916	42.436

Importan los dichos gastos en los referidos cinco años, 313626 reales de vellón.

⁴⁵² AGP, AG, leg. 929.

Capítulo 1.2: *La transformación institucional de la cámara real...*

Resumen de las relaciones de pensiones, sueldos, gajes y salarios, gastos ordinarios y extraordinarios de la real cámara en los cinco años desde el de 1650 hasta el de 1654, ambos inclusive:

La de pensiones	1.465.897 reales de vellón
La de sueldos y salarios	143.426 ”
La de gastos ordinarios y extraordinarios	313.626 ”
TOTAL	1.922.949 reales de vellón
Tocan por quinquenio, a cada uno de ellos, 384.589 reales de vellón.	

2.4. *LA NOBLEZA EN LA CÁMARA REAL*

José Antonio Guillén Berrendero

La virtud integradora de la cámara se advierte en la presencia en sus cargos más representativos de miembros del elemento social predominante en la Edad Moderna, la nobleza. Integración personal, pero también espacial, pues vehiculaban un sentido de extensión espacial de la cámara real hacia el territorio de sus estados. A pesar de la precaria reglamentación de la cámara, resulta incuestionable que siempre había existido una clara distinción entre los oficios mecánicos que servían al rey (“oficios de la casa” como se les denominaba) y los que acompañaban al monarca y le servían en actividades políticas (oficios de la “cámara” propiamente dichos). Estos últimos se agrupaban bajo el término genérico de “gentiles hombres”, divididos en tres tipos (de la boca, de la casa y costilleros), que constituyeron en origen un poderoso mecanismo de integración de la media y pequeña nobleza borgoñona en la casa ducal. De ahí la obligación de residir y de prestar un apoyo militar. Los “de la boca” ocupaban el escalafón superior, con la labor, altamente simbólica, de servir la mesa del monarca. El segundo tipo de gentilhombres de los que hablaba Sigoney eran “los de la casa”. Para el veterano servidor, su única función era servir en tiempo de guerra con tres caballos, siguiendo al estandarte de su majestad y residir en la corte⁴⁵³. Con el tiempo, la pequeña nobleza borgoñona se había visto sustituida por la hidalguía y caballería castellanas (en ocasiones, el conjunto de los gentilhombres era tratado como

⁴⁵³ “Relación de la forma de servir que se tenía en la casa del Emperador don Carlos...”, *op. cit.*

“caballeros”). Al menos así se puede apreciar en el reinado de Felipe III. Tan sólo basta contrastar las listas de gentilhombres para descubrir, especialmente entre los de boca, sonoros apellidos de la nobleza, principalmente castellana, pero también italiana e incluso portuguesa.

Tras el decreto de 31 de mayo de 1593, que reformaba el número de los gentilhombres, estos elevaron una protesta al ser el único grupo de criados en el que dicha reformatión tuvo finalmente efecto. Lo más significativo fue que, para poner de manifiesto la importancia de sus cargos de gentilhombres, se remontaban en los orígenes de los mismos al reinado de Juan II (al que calificaban como “el tiempo en que se puso en más lustre y esplendor la casa real”) y se equiparaban al de los 100 continos que acompañaban a los reyes de Castilla, siendo “una de las partes más principales de que se compone el cuerpo de la familia”. Reincidían en su importante labor ceremonial, en la que ocupaban un puesto muy cercano al monarca, al que prestaba asistencia, dando lucimiento a los actos y funciones públicas, para lo que se remitían al libro de etiquetas de Felipe IV⁴⁵⁴. Todo lo cual era cuanto menos chocante, dado que el oficio procedía de la tradición borgoñona, pero desde luego no extraño, teniendo en cuenta el sentido negativo y el desprecio con el que se percibió la casa de Borgoña en tiempos de Felipe III.

La llegada al trono del nuevo monarca, Felipe IV, fue acompañada por una revisión de los gentilhombres de boca y casa. En noviembre, como paso previo, solicitaba al Bureo una relación de los integrantes de ambos oficios, tanto en su casa como en la de Felipe III⁴⁵⁵. Y luego se pasó a abordar su reforma con el conjunto de la casa en 1624. Su número se fijó en 50 gentilhombres de boca y 40 de casa, extinguiéndose las otras plazas, pues habían quedado sin salario⁴⁵⁶.

⁴⁵⁴ Efectivamente, la sucinta descripción de su labor en los actos públicos se remitía a dichas etiquetas: acompañaban a su majestad a la capilla u otras iglesias, ocupando el lugar inmediato a los mayordomos; también cuando salía a caballo; concurrían a las recepciones de embajadores, en las que añadía que después de ir a buscar a los embajadores junto con el mayordomo, luego entraban 8 gentilhombres en la audiencia, lo que se cumplía también en San Lorenzo el Real. Su labor militar era reducida a “seguir el estandarte real” (AGP, AG, leg. 638).

⁴⁵⁵ Madrid, 20 de noviembre de 1621 (*Ibidem*).

⁴⁵⁶ En todo caso, parece que no se aplicó la disposición, puesto que una nueva reforma por decreto del 31 de mayo de 1693, reinando Carlos II, limitaba el número de varios criados a la mitad, aunque al final sólo se había aplicado a los gentilhombres (parece que de las dos clases). Estos fueron reducidos a los 90 de la reforma de Felipe IV, dejando el resto de las plazas (hasta 180, si lo expuesto era cierto) como supernumerarias y con la mitad de su salario. Por ello, elevaron un memorial impreso denunciando su situación y suplicando que, dado que lo que se ahorra era poco (no disfrutaban ni de botica), se les retribuiesen los gajes.

Parece que también se pretendía desplazarles del lugar que ocupaban de la capilla, puesto que los gentilhombres de boca remitían un memorial que se veía en Bureo en marzo de 1625⁴⁵⁷. Las etiquetas de 1647-1651 volvían a reflejar la importancia del oficio, si bien en algunos puntos actualizaban la relación de Sigoney. Con todo, señalaban los mismos gajes (que montaban al año 131.400 maravedís), a los que se añadía casa de aposento. Ampliaban la descripción de sus labores en el seno de la casa real, pese a que se mantenía casi textualmente el párrafo referido a los servicios a que estaban obligados en tiempo de guerra e incluso se precisaba la forma de llamamiento de los gentilhombres, lo que indicaría que dicho deber se mantenía, aunque tal vez no se aplicase. La carta real que les era remitida con esta ocasión aludía a la defensa por el rey en persona de la fe católica y del reino, y a la necesidad que en tales circunstancias tenía de ellos⁴⁵⁸.

En cuanto a los gentilhombres de la boca, Sigoney entendía el oficio como el escalón superior de una misma categoría, la de los gentilhombres, que se completaba con los de la casa y los costilleros. En este sentido, los tres debían servir con armas y caballos en tiempo de guerra, aunque el número variaba según su posición en la jerarquía (4 animales en el caso de los gentilhombres de la boca) y cabalgar dentro del escuadrón de la casa, siguiendo al estandarte de su majestad, a menos que tuviesen otro cargo militar (cuyo servicio prevalecería).

A este vestigio de la casa borgoñona, se añadía la obligación de los gentilhombres de boca de servir la mesa del rey (de ahí su nombre). Al parecer, se dividían entre panetieres, coperos y trinchantes, todos bajo la coordinación de ujier de sala, quien avisaba a cada uno lo que había de servir, y repartir semanalmente el servicio. Los que no eran ocupados en estas tres operaciones, se encargaban

⁴⁵⁷ La respuesta, sin embargo, se refería a los ujieres de cámara (AGP, AG, leg. 659)

⁴⁵⁸ Efectivamente, el aviso para que siguiesen el estandarte real se realizaría con unas cartas personalizadas expedidas por la secretaría de cámara, que se entregarían al mayordomo mayor, o al más antiguo, para que las distribuyese entre los gentilhombres, a través del ujier de sala para los que estuviesen presentes en Madrid. La carta era del tenor siguiente: “El rey. Los émulos de mi corona son tantos y tan diversos los designios que tienen de infestar estos reynos y divertir mis armas no salgan a la defensa de la religión católica, que me obligan a prevenir todo lo posible para oponerme a ellos, e ningún remedio he tomado por más eficaz, que es la resolución que he tomado de salir en persona a esto, de que me ha parecido advertiros para. que previniendoos luego me podáis seguir en esta jornada con vuestra persona y los quatro cauallos con que estáis obligado a seruirme por el asiento que tenéis de gentil hombre de mi boca, que en ello me serviréis, de Madrid, a etcétera. Yo el rey. Por mandado del rey nuestro señor. Escriuese en medio pliego y se cierran con yjuelas y el sello real encima, y el sobre escripto: por el rey, y más abajo: A. M., su gentil hombre de la boca”.

de ir a por la vianda a la cocina ⁴⁵⁹. Sus gajes eran de 36 placas diarias, que sólo se les contaban cuando residían en la corte o se ausentaban con licencia real o del mayordomo semanero. Sin embargo, cuando la ausencia se alargaba más allá de los límites de la licencia, el regreso al servicio no se hacía sin mediar consulta al monarca. En todo caso, debían comparecer siempre que volvían, sin importar la forma en que se habían ausentado, ante el Bureo, donde se les volvía a asentar ⁴⁶⁰.

Por otro lado, Felipe IV iniciaría una reforma del oficio. Primero con un cambio de nombres (al de gentilhombres de la casa se añadió el de “acroes”) y luego, tras recopilar información, reduciendo su número a 40 gentilhombres de la casa. Dicha reforma fue encargada al conde de los Arcos, quien se resolvió finalmente a emprenderla en 1625, tal como escribía al grefier Carlos Sigoney:

Tienen tanto deseo de que yo acabe con la casa de su magestad que me ha parecido no perder una hora de tiempo desde que llegare ay y así digo que vuesa merced saque una memoria de todos los acroyes y costilleres que faltan ecepto el capitán. Muriel y Roes a todos los demás llame acá para la sacristía a las diez de la mañana el viernes y vuesa merced se halle allí ⁴⁶¹.

Las etiquetas fijaban de nuevo su número en 40 plazas ⁴⁶², con los mismos gajes (87.600 maravedíes anuales) y casa de aposento. Al igual que la relación de Sigoney, se mantenía la obligación militar, avisándoles por el mismo procedimiento que los de la boca, modificando el número de caballos con el que debían

⁴⁵⁹ A este respecto, una relación referida a las últimas décadas del reinado de Felipe II añadía que nueve de ellos servían en las comidas públicas (probablemente por turnos): un panatier, un copero, un trinchante y seis para llevar la vianda. Todos ellos podían comer luego en el estado de la boca, junto al mayordomo semanero y al varlet servant, dando cuenta de las sobras de vianda de la mesa real. De lo que sobrase del estado, podrían comer un paje de cada uno y el mayordomo de mismo (“Relación de lo que toca a los mayordomos de su magestad y lo que deve hacer el semanero conforme al estilo antiguo de la casa del emperador don Carlos nuestro señor que aya gloria y después se fue continuando la mayor parte dello en la de su magestad don Phelipe 2º que dios tiene como consta de los papeles de aquel tiempo y relaciones que sobre ello dio el contralor Juan de Sigoney” (AGP, AG, leg. 644).

⁴⁶⁰ “Relación de la forma de servir que se tenía en la casa del Emperador don Carlos...”, *op. cit.*; AGP, AG, leg. 939/3.

⁴⁶¹ Por último, pedía que avisasen al conde de la Erisera, que parecía indispuerto, para ir al Bureo que tendría lugar por la tarde (El Pardo, 21 de enero de 1625, AGP, AG, leg. 624). Se conservan listados de qué gentilhombres servían y quiénes estaban para servir, con el fin de efectuar dichas reformas (AGP, AG, leg. 638)

⁴⁶² Aunque, tal como se ha visto, parece que esta disposición no se respetó y en 1693 una cédula real volvía a reformar el oficio a este número (*Ibidem*).

servir y, obviamente, el oficio. Su principal función era ceremonial. Al igual que los gentilhombres de la boca, acompañaban al monarca cuando salía de la capilla y siempre que escuchase misa en público, en cualquier iglesia. Su lugar durante dicha ceremonia era tras el banco de los grandes, después de los de la boca. Acompañaban también al monarca cuando salía a dar las gracias, o en fiestas públicas, así como cuando el mayordomo mayor iba con el cuerpo real en los entierros, comiendo en esta ocasión en el estado de la boca. En los acompañamientos, su posición era delante de los gentilhombres de la boca.

Por otro lado, acompañaban a los embajadores en su primera audiencia con el monarca. Acudía primero a buscarles acompañando al mayordomo semanero a caballo, según la orden que él fijaba. El ujier de sala les avisaba de cuando debían acudir. Igualmente les anotaba en un cuaderno sus asistencias, con el fin de que el grefier les bajase los gajes a los ausentes y que el monarca pudiese saber en todo momento quiénes cumplían. En cuanto a sus licencias, se aplicaba lo mismo que a los gentilhombres de la boca. La principal diferencia con ellos era que, como indica su nombre, no participaban en el servicio de la mesa del rey, y que sólo tenían acceso a la saleta. Todo ello mostraba una diferencia de estatus que se resolvía a favor de los de la boca ⁴⁶³.

La tercera categoría de “gentilhombres” eran los costilleros, o al menos tal parece deducirse de la relación de Sigoney. Compartía con ellos la obligación de servir en tiempos de guerra (en su caso con dos caballos), cabalgando en la compañía de la casa, si bien parece que el emperador solía servirse de ellos para enviar recados a los coroneles, capitanes o personajes principales. Recibían por todo ello unos gajes de 12 placas diarias, siempre que estuviesen presentes en la corte, o ausentes con licencia ⁴⁶⁴. Desde un comienzo compartieron la misma consideración que los gentilhombres de boca y de casa. Sin embargo, de los tres parece que era el que menos calidad tenía, siendo la plaza destinada, probablemente, más que a nobles o personajes importantes, a vástagos de las elites urbanas o antiguos criados ⁴⁶⁵. Las etiquetas de 1647-1651 fijaban su número en 40, con los mismos gajes (que montaban anualmente 43.800 maravedís) y casa de aposento. Sus obligaciones eran exactamente las mismas que el resto de los gentilhombres

⁴⁶³ AHN, Consejos, lib. 1.189, ff. 19v-21v.

⁴⁶⁴ “Relación de la forma de servir que se tenía en la casa del Emperador don Carlos...”, *op. cit.*

⁴⁶⁵ El Bureo consultaba a Bernardo Sapena, cuyo padre, del mismo nombre, fue muchos años costiller de Felipe II y nieto del doctor Gaspar Sapena, regente del Consejo de Aragón (Consulta del 16 de junio de 1622, AGP, AG, leg. 624).

(acompañar a su majestad en funciones públicas, servir en tiempo de guerra), con la única salvedad de que sólo podía entrar hasta la saleta ⁴⁶⁶.

En definitiva, según añadía un memorial muy posterior, existían “para que acompañasen a su magestad y fuese más numerosa su real familia en todos los actos públicos” ⁴⁶⁷. Según el mismo, Felipe IV tuvo a su servicio 24 costilleros, “con grado mesmo que gentilhombres de la casa” y 8 “capitanes” ordinarios. Sin embargo, el oficio se había extinguido en tiempos de Carlos II, al menos antes de 1693, probablemente por esta equiparación con los gentilhombres de la casa, que hacía inútil su existencia. Tal vez esta reforma fuese el motivo indirecto de incumplimiento del número de gentilhombres estipulado por las etiquetas generales.

En su libro *Sólo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid* (1658), Alonso Núñez de Castro elaboró una extensa relación de los “Grandes de España que ennoblecen sus reynos ilustran y frecuentan su corte”. Se deduce que para ellos estar en la corte, más que una decisión personal, significaba implicarse en un juego en el que eran todo uno la promoción personal y la integración en la estrategia real para la mejor articulación de los reinos en momentos de necesidad. Así, los titulados que se “frecuentan” la corte eran ⁴⁶⁸:

Duque de Abrantes, duque de Alburquerque, duque de Alcalá, duque de Alva, duque de Arcos, duque de Ariscot, duque de Abeyro, duque de Baena, duque de Barcelos, duque de Béjar, duque de Bracciano, duque de Bragança, duque de Caminha, duque de Cardona, duque de Cea, duque de Escalona, duque de Feria, duque de Fuensalida, duque de Gandía, duque de Guastala, duque de Havré, duque de Híjar, duque de Huescar, duque de Infantado, duque de Lerma, duque de Maqueda, duque de Medinaceli, duque de Medina de Rioseco, duque de Medina de las Torres, duque de Montalto, duque de Monteleón, duque de Náxera, duque de Nochera, duque de Osuna, duque de Paliano, duque de Pastrana, duque de Peñaranda, duque de Sanlúcar, duque de Segorve, duque de Sessa, duque de Terranova, duque de Torrecuso, duque de Tursis, duque de Veragua, duque de Vibona, duque de Villahermosa, duque de Uceda, duque de Linhares.

En esta relación de los duques que frecuentaban la corte, si bien —como se aprecia en la lista que se aporta más adelante— no todos eran gentilhombres de la cámara, estaba representada buena parte de los territorios que formaban la

⁴⁶⁶ AHN, Consejos, lib. 1189, ff. 21v-22v.

⁴⁶⁷ AGP, AG, leg. 638.

⁴⁶⁸ A. NÚÑEZ DE CASTRO: *Libro histórico político, Sólo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid*, Madrid 1648, pp. 166-167.

Monarquía. Los duques que poseían el oficio eran el de Benavente (dos duques para todo el reinado), de Alba, de Villahermosa, de Terranova, de Aerschot, del Infantado (tres duques para todo el reinado), de Lorenzana, de Medina de Rioseco, de Alburquerque, de Osuna y de Pastrana. En ambos casos, tanto en la lista ofrecida por Núñez de Castro como en la de los individuos integrantes de la cámara, percibimos el objetivo de la integración que perseguía el servicio de la casa real de Borgoña.

La base de la presencia de la nobleza en la corte fue un asunto ancestral y forma parte de la “magnificencia” de ésta. Lo fue por dos razones fundamentales: una meramente cuantitativa, pues a más nobles en la corte, mayor capacidad de gestión de la gracia se le suponía al soberano. Pero también cualitativa, pues más número de nobles significa más competencia por el favor real y una mayor especialización en el servicio, lo que redundaba en una mejor disposición para él. Si el origen de muchas dignidades nobiliarias está en su relación directa con la corte, no hay que olvidar que los nobles establecerán una relación posibilista con esta, de ahí que sea fácil el nacimiento de diferentes sensibilidades o “partidos”, si se quiere, que no son más que grupos de individuos centrados en unos intereses comunes. Si tenemos en cuenta la presencia de linajes nobiliarios como los Mendoza, los Guzmán, Enríquez, Aragón o los Borja en el servicio directo en la cámara del rey, comprenderemos mejor lo permeable que resultó a la alta nobleza. Permeabilidad manejada con sutileza por Felipe IV y Olivares en un momento inicial y que luego funcionaría casi por inercia, pues remite a los espacios del prestigio; ya que no debemos olvidar un factor esencial que marca el reinado de Felipe IV, el de la larga duración del mismo. El tiempo político y el simbólico se juntan en la cámara del rey, ampliando fronteras para unos o cerrándolas definitivamente para otros.

Jerárquicamente, un escalón por debajo se encontraban los marqueses. Veamos ahora los que según Núñez de Castro frecuentaban la corte y que, para ellos, eran un trasunto de su importancia local y regnícola:

Marqués de Aguilar, marqués de Aytona, marqués de Astorga, marqués de los Balbases, marqués de Camarasa, marqués del Carpio, marqués de CasteloRodrigo, marqués de Comares, marqués de Denia, marqués de la Hinojosa, marqués de Leganés, marqués de Mondéjar, marqués de Pescara, marqués del Basto, marqués de Priego, marqués de Santa Cruz, marqués de Velada, marqués de los Vélez, marqués de Villafranca, marqués de Villena.

Territorios, títulos y dignidades en la corte. Obviamente no todos estos títulos poseían un oficio en la casa del rey, pero sí que es verdad que su presencia en la corte terminaba por ser un factor de contagio para todos los que estaban en ella.

Si nos detenemos nuevamente en los datos ofrecidos por Núñez de Castro relativos a los condes vemos los mismos tópicos. Madrid con una macrocefalia nobiliaria es la *caput nobiliorum* en tanto que es el centro de la gracia y del honor de todos los reinos. Esto se advierte en el listado de condes que frecuentaban Madrid y que también son ejemplo de la pluriterritorialidad de la monarquía y corte de Felipe IV:

Conde de Altamira, conde de Alva de Liste, conde de Vreña, conde de Aranda, conde de Benavente, conde de Cabra, conde de Egmont, conde de Fuensalida, conde de Lemos, conde de Lerin, conde de Monterrey, conde de Olivares, conde de Oñate, conde de Oropesa, conde de Santa Gadea.

Esta breve relación de los titulados que se encontraban en Madrid, bien nos puede hablar de la íntima relación de la corte con la nobleza y su dimensión de integración en la Monarquía a través de ella.

RELACIÓN POR AÑOS DE LOS GENTILHOMBRES DE CÁMARA DE FELIPE IV ⁴⁶⁹

FECHAS	NOMBRE
1621	Duque de Alba, adelantado de Castilla, Luis Álvarez Ossorio, IV duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, I marqués de Caracena, conde de Portalegre, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, VI duque del Infantado, marqués de Flores Dávila, conde de Peñaranda, duque de Pastrana, III duque de Peñaranda, Baltasar de Zúñiga, conde de Añover, duque de Osuna, II marqués de Castelrodrigo
1622	Duque de Alba, adelantado de Castilla, IV duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, I marqués de Caracena, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, VI duque del Infantado, marqués de Flores Dávila, conde de Peñaranda, duque de Pastrana, III duque de Peñaranda, Baltasar de Zúñiga, conde de Añover, duque de Osuna, II marqués de Castelrodrigo, Agustín Mexía, VI marqués del Carpio
1623	Duque de Alba, duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, I marqués de Caracena, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, VI duque del Infantado, marqués de Flores Dávila, duque de Pastrana, conde de Añover, duque de Osuna, II marqués de Castel-Rodrigo, VI marqués del Carpio

⁴⁶⁹ Relación elaborada a partir de la información recogida en las biografías personales del tomo II de esta obra.

Capítulo 1.2: *La transformación institucional de la cámara real...*

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1624	Duque de Alba, duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, marqués de Caracena, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, VI duque del Infantado, marqués de Flores Dávila, duque de Pastrana, conde de Añover, duque de Osuna, II marqués de Castelrodrigo, VI marqués del Carpio, marqués de Povar, conde de Eril, duque de Medina de las Torres, III marqués de Leganés
1625	Duque de Alba, IV duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, marqués de Caracena, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, marqués de Flores Dávila, marqués de Povar, conde de Añover, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio
1626	Duque de Alba, IV duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, I marqués de Caracena, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, marqués de Flores Dávila, marqués de Povar, conde de Añover, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio
1627	Duque de Alba, IV duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, marqués de Flores Dávila, marqués de Povar, conde de Añover, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio
1628	Duque de Alba, IV duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, marqués de Flores Dávila, marqués de Povar, conde de Añover, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla
1629	Duque de Alba, IV duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, conde de Saldaña, marqués de Flores Dávila, marqués de Povar, conde de Añover, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ríola

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1630	Duque de Alba, IV duque de Terranova, duque de Aerschot, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, marqués de Flores Dávila, marqués de Povar, conde de Añover, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ricla, conde de Bucquoy, conde de Orgaz, VI conde de Monterrey, II marqués de Santa Cruz
1631	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, marqués de Flores Dávila, conde de Añover, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ricla, conde de Bucquoy, VI conde de Monterrey, marqués de Mirabel, marqués de Gelves, Diego Ramírez de Haro, II marqués de Santa Cruz
1632	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ricla, conde de Bucquoy, VI conde de Monterrey, marqués de Gelves, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, II marqués de Santa Cruz
1633	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ricla, conde de Bucquoy, VI conde de Monterrey, marqués de Gelves, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, III conde de Salazar, señor de Alconchel, X conde-VII duque de Benavente, II marqués de Santa Cruz, II conde de Ficalho
1634	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santisteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ricla, conde de Bucquoy, VI conde de Monterrey, marqués de Gelves, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, II marqués de Santa Cruz, II conde de Ficalho

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1635	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santiesteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ricla, conde de Bucquoy, VI conde de Monterrey, marqués de Gelves, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, II marqués de Santa Cruz, II conde de Ficalho
1636	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santiesteban, almirante de Castilla, marqués de Fuentes, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ricla, conde de Bucquoy, VI conde de Monterrey, marqués de Gelves, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, IV marqués de Salazar, IV marqués de Almazán, II marqués de Santa Cruz, II conde de Ficalho
1637	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santiesteban, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, conde de Ricla, conde de Bucquoy, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, Luis Felipe de Guevara, II marqués de Santa Cruz, II conde de Ficalho
1638	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santiesteban, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, conde Ticornel y Tiron, I conde Villalba, III marqués de Aytona, conde de Villalba, II marqués de Santa Cruz, marqués de Cerralbo, II conde de Ficalho

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1639	Duque de Alba, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, conde de Palma, VII conde de Santiesteban, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona. Luis de Alencastre, VI marqués de Villafranca, I marqués de Mancera, conde de Sástago, II marqués de Santa Cruz, marqués de Cerralbo, II conde de Ficalho
1640	IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Portalegre, conde de Pernambuco, VII conde de Santiesteban, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, II marqués de Santa Cruz, marqués de Cerralbo, II conde de Ficalho
1641	IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Pernambuco, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, IV marqués de Bedmar, II marqués de Santa Cruz, marqués de Cerralbo, V marqués de los Velez, II conde de Ficalho
1642	IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Pernambuco, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués del Adrada, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, III conde de Grajal, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, II marqués de Santa Cruz, marqués de Cerralbo, II conde de Ficalho

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1643	IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Pernambuco, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, VIII conde de Aguilar, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, III conde de Grajal, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, II marqués de Taracena, II marqués de Santa Cruz, marqués de Cerralbo, II conde de Ficalho
1644	IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, III conde de Grajal, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, II marqués de Santa Cruz, conde de Ayala, IV conde de Elda, duque de Alburquerque, marqués de Mairena, marqués de Cerralbo, marqués de Tarazona, II conde de Ficalho
1645	IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, almirante de Castilla, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, III conde de Grajal, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, II marqués de Santa Cruz, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, III conde de Peñaranda, marqués de Cerralbo, II conde de Ficalho
1646	Duque de Villahermosa, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Osuna, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, IV conde de Chinchón y de Galve, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, III conde de Grajal, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, II marqués de Santa Cruz, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Priego, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, conde de Altares, Gaspar Mercader, marqués de Cerralbo, conde de Castrillo, II conde de Ficalho

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1647	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, Diego Ramírez de Haro, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, III conde de Grajal, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, Vicente Gonzaga, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Puebla, marques de Mortara, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado, II conde de Ficalho
1648	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, condestable de Castilla, VI conde de Monterrey, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, III conde de Grajal, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marques de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado
1649	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrigo, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, X conde-VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, VI marqués de Villafranca, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marques de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado

Capítulo 1.2: *La transformación institucional de la cámara real...*

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1650	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrido, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, X conde- VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrido, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado
1651	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, II marqués de Castelrodrido, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, X conde- VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrido, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado
1652	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, Príncipe de Esquilache, Príncipe de Esquilache, marqués de Belmonte, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, VII conde de Monterrey, X conde- VII duque de Benavente, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, , marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, Conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castel- Rodrido, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, Príncipe del Petorano, Gaspar Mercader, marques de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, Almirante de Castilla, IV duque de Caminha, marqués de Jodar, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1653	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado
1654	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, VI marqués de Alcañices, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado
1655	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, III marqués de Leganés, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V marqués de Almenara, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado
1656	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V marqués de Almenara, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado

Capítulo 1.2: *La transformación institucional de la cámara real...*

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1657	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Albuquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, conde de Pernambuco, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V marqués de Almenara, marqués de Cerralbo, VII duque del Infantado
1658	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, dos príncipes de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Albuquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, príncipe de Petorano, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V marqués de Almenara, marqués de Cerralbo
1659	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, príncipe de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Albuquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V conde de Saltes y Talhara, conde de Monterrey, marqués de Cerralbo
1660	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, príncipe de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VII marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, III conde de Fuensaldaña, conde de Ayala, duque de Albuquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V conde de Saltes y Talhara, conde de Monterrey, VIII conde de Santiesteban

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1661	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, príncipe de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, marqués de Orani, conde de Castrillo, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V conde de Saltes y Talhara, conde de Monterrey, III marqués de Castrofuerte
1662	III marqués de Santa Cruz, IV duque de Terranova, príncipe de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI marqués del Carpio, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, marqués de Malpica, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, conde de Castrillo, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V conde de Saltes y Talhara, conde de Monterrey, III marqués de Castrofuerte
1663	III marqués de Santa Cruz, príncipe de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, conde de Bucquoy, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, conde de Castrillo, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V conde de Saltes y Talhara, conde de Monterrey, III marqués de Castrofuerte, marqués de Bedma
1664	III marqués de Santa Cruz, príncipe de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, Felipe de Guzmán Enrique, IV marqués de Bedmar, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, conde de Castrillo, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V conde de Saltes y Talhara, conde de Monterrey, III marqués de Castrofuerte
1665	XI conde y VIII duque de Benavente, III marqués de Santa Cruz, príncipe de Esquilache, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, IV marqués de Bedmar, conde de Ayala, duque de Alburquerque, III conde de Sinarcas, III marqués de Castelrodrigo, conde de Castrillo, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V conde de Saltes y Talhara, conde de Monterrey, III marqués de Castrofuerte, VII marqués de Villafranca

FECHAS	NOMBRE (Cont.)
1666	XI conde y VIII duque de Benavente, III marqués de Santa Cruz, conde de Luna, conde de Pernambuco, duque de Medina de las Torres, VI conde de Monterrey, IV marqués de Avilafuente, III marqués de Caracena, conde de Castro, III marqués de Aytona, IV marqués de Bedmar, conde de Ayala, duque de Albuquerque, III marqués de Castelrodrigo, conde de Castrillo, Gaspar Mercader, marqués de Mortara, VII marqués del Carpio y de Heliche, almirante de Castilla, IV duque de Caminha, V conde de Saltes y Talhara, conde de Monterrey, III marqués de Castrofuerte, VII marqués de Villafranca

Ciertamente, la renovación que la cámara de la casa real experimentó durante el reinado de Felipe IV pervivió con pocos cambios durante todo el período en que reinó la dinastía de los Austria. La numerosa reglamentación que definió los gastos y los espacios de cada oficial que servía en dicho departamento, culminó el largo proceso institucional iniciado en la Monarquía desde el siglo XVI. Ahora bien, tal maduración administrativa llegaba cuando la configuración de la Monarquía mostraba claros síntomas de colapso y agotamiento. El estudio de este sensible organismo de la casa real, como era la cámara, resulta un instrumento esencial para explicar la decadencia de la Monarquía durante el siglo XVII y descubre, además de las pugnas cortesanas y tendencias políticas, que tal declinación fue mucho más compleja que la meramente económica. En primer lugar, debe atenderse a la virtualidad de la cámara no sólo como espacio de agregación palaciega y cortesana, sino a su sentido implícito de prolongación espacial de los mandatos acordados en el ámbito restringido del rey hacia el territorio de los reinos, integrando ambos en una continuidad.

2.5. *LA CÁMARA REAL COMO ESPACIO PALACIEGO DE INTEGRACIÓN*

Ignacio Ezquerria Revilla

La distribución de los espacios en la cámara alcanzaba su sentido con el reparto de ministros y oficiales en ellos, y venía definida por la distancia o cercanía con la persona real, lo que motivó la aparición de varias ordenanzas, en las que se definía el lugar y la sala en la que debía permanecer cada uno de los oficios de la cámara. En un proceso que se remontaba al propio origen de la Monarquía, la

presencia del rey determinaba una jerarquización gradual del espacio circundante. A su vez, la posición de los diferentes servidores en el espacio así creado, evidenciaba su rango en el mundo palaciego y, por ende, en el conjunto de la corte, determinado por la frecuencia y grado de acceso a la persona real.

2.5.1. *Etiquetas de actuación. Distribución, uso y restricciones del espacio interno de la cámara real en tiempo de Felipe IV*

No resulta casual que la serie de reglamentaciones que trataron de regular el uso de dicho espacio experimentase un impulso a partir de 1583, cuando Felipe II había asentado su administración en Madrid, y una vez concluida la jornada de Portugal. El 25 de marzo de ese año se promulgaba una “orden que se ha de guardar en el aposento de Su Magd. en Madrid desde la sala de las guardas hasta la sala donde solía haber cama”, promovida y asesorada por el conde de Chinchón, en la que se consagraba una disposición concéntrica del espacio, de menor a mayor “entrada” en el ámbito reservado del rey. Se iniciaba por la sala, en la que podrían estar los archeros, algún alabardero de la guarda ordinaria y los porteros. Ya en aquel momento estaba en plena amalgama la tradición borgoñona y la castellana, dado que junto a estos también se advierte la presencia de un ujier de cámara. Era el ámbito en el que la cámara entraba en contacto con la realidad circundante, la más inmediata (el resto de palacio) y por extensión, la ajena a él, dado que a ella podía acceder gente honrada, religiosos y procuradores de Cortes. Un primer umbral restrictivo venía significado por la siguiente estancia, la sala de la consulta, que, para cumplir sus funciones, requería de un bufete y velas y un par de bancos, y en ella entrarían los caballeros de boca y otros principales, aparte de prestar sus servicios el ujier de cámara. Parece que la Antecamarilla, la siguiente de las estancias aludidas en este escrito, cumplía una función de doble filtro. La denominada “de afuera” permitía el acceso de presidentes de los consejos y secretarios del rey, y en la “de dentro” podrían acceder los embajadores, prelados, grandes y señores de título. Los grandes podrían entrar en la cámara cuando no estuviese en ella el rey⁴⁷⁰.

⁴⁷⁰ AGP, AG, caja 939/2, exp. 49. Fechada en San Lorenzo a 25 de marzo de 1583, comunicada con el conde de Chinchón: “En la sala han de estar solamente los archeros y pocos albarderos de los de la guarda ordinaria; no ha de entrar ningún paxe ni acha ni ha de auer chimenea ni bancos. Podrá estar en la dicha sala la gente onrada y los porteros que suelen los Archeros an de tener sus agujas en el atajo.

Hase de colgar el atajo y poner bancos en él y acheta, allí podrán estar personas eclesiásticas y religiosas y caballeros y procuradores de cortes y el uxier de saleta.

Sin embargo, fue durante el reinado de Felipe IV cuando la reglamentación sobre la distribución de los personajes en los espacios que rodeaban al monarca alcanzó un punto culminante. En su práctica diaria de gobierno, el conde duque corroboró la sensibilidad del palacio como espacio político, y se esforzó por someterlo a su control. No obstante, tanto para el documento anterior como para las sucesivas reglamentaciones, conviene hacer la salvedad de que solían responder más a una situación concreta que a la plasmación de un programa consciente de definición y protección del espacio reservado del rey. Es decir, este deseo era la piedra angular de todas las disposiciones superpuestas sobre la materia, pero verdaderamente la respuesta más comprensiva no llegó hasta la designación del valido como sumiller de corps y camarero mayor y la aprobación de la *Instrucción* para el aposento real de septiembre de 1637. Coherente con ello era la diferente designación de los distintos espacios palaciegos que solía apreciarse en la documentación cortesana, relacionada no sólo con la variedad de sus autores, sino con las reformas que solían realizarse en ellos.

Entretanto, apenas acabada la reforma de la casa real, el 31 de diciembre de 1624 se concedía a don Juan de Vargas, primer caballerizo de la reina, la entrada en las comidas y audiencias que hacía su Majestad, como era costumbre en sus antecesores. Pocos meses después, el 17 de marzo de 1625, Felipe IV se dirigía al Bureo recriminándole que no se guardasen sus órdenes en materia de protocolo, al tiempo que ordenaba que “donde entraren los hijos segundos de los Grandes, han de entrar los primogénitos de los títulos de Castilla”. En respuesta, el Bureo recordaba al monarca las normas que promulgó sobre la materia a las pocas semanas de acceder al trono. Esta contestación enriquecía el contenido del referido documento de 1583, al añadir que, inicialmente, en la saleta podían entrar los pajes, acroyes, costilleros, maceros y caballeros ordinarios; en la antecámara los gentilhombres de la boca, hijos segundos de grandes, títulos y sus hijos o caballeros tan conocidos como ellos, y los tenientes de las guardas, y, finalmente, en la antecamarilla, los embajadores, títulos vernáculos e hijos de

En la sala de la consulta ha de haber bufete y velas y un par de bancos; allí entrarán los caballeros de boca y otros de los muy principales y estará el uxier de cámara.

En la antecamarilla ha de haber poca lumbre, bufete y velas y dos bancos. Entrarán en ella los embaxadores prelados y los grandes y señores de título y en la de afuera podrán también entrar los presidentes de los consejeros y secretarios de su Magd y los mayordomos mandarán que se guarde esta orden y quando no tuvieren que hacer, darán vista por todo y entetenán a los embaxadores y personas graves.

Aunque muchas veces pararán los Grandes en la antecamarilla, podrán entrar en la cámara quando su Magd no estuviere en ella”.

Grandes. Se deduce que la importancia liminar de este último espacio era mucha, al constituir la capa más próxima al aposento real, dado que uno de los motivos de la intervención del Bureo había sido que en la antecamarilla habían entrado caballerizos y pajes de su Majestad, “con que también se van tomando licencia otras personas a quien no les toca”. Razón complementaria fue definir los lugares que tocaban a los integrantes de la flamante casa del Cardenal Infante en cámara y capilla, cuyos gentilhombres de boca, caballerizos, acroys y pajes podían, en opinión del Bureo, acompañar a su Majestad al entrar en la saleta. Al tiempo que instaba el Bureo al cumplimiento estricto de las entradas inicialmente establecidas ⁴⁷¹.

Unos días más tarde de esta consulta, el monarca se dirigía nuevamente al Bureo para mandarles:

He sido informado que mis caballerizos y pajes y su ayo y su teniente están en costumbre de entrar en mi antecámara y que agora, en virtud de la nueva orden, se les ha impedido, y porque el Conde Duque, gran canceller, me ha pedido por sus servicios no se haga en esto novedad, he resuelto que tengan la dicha entrada, y así se darán para esto las órdenes necesarias ⁴⁷².

Dos semanas después, se precisaba que “sin embargo de las órdenes dadas, puedan entrar los títulos de Italia, como los de Castilla, a la pieza de los embajadores”. No obstante, en 1631, los gentilhombres de la casa suplicaban a su Majestad que pudieran permanecer en la antecámara, como siempre habían hecho, a pesar de la orden que habían recibido en contra, justificando su pretensión en lo permitido a los caballerizos y pajes del Cardenal Infante ⁴⁷³.

⁴⁷¹ “En la saleta pueden entrar los acroyes, costilleros y maceros y caballeros ordinarios; en la antecámara, los gentiles hombres de la boca, títulos, hijos suyos, y los segundos de los Grandes o personas tales, y los thenientes de las guardas; en la antecamarilla, los embaxadores y títulos de España y hermanos de Grandes; y porque estas entradas corresponden a la capilla y los que no entrasen en la antecámara no pueden ponerse detrás del banco de los Grandes, sino del de los capellanes... Los ayudas de cámara de V. M. podrán estar en la capilla detrás del banco de los capellanes donde estuvieron siempre en tiempo del Rey, nuestro señor, D. Phelipe segundo, que con esto parece estará V. M. más bien servido y su casa con más decencia” (AGP, AG, leg. 939/1, exp. 49, “En Bureo a 17 de marzo de 1625. Señalado de tres señores mayordomos”).

⁴⁷² *Ibidem*, fechada en Madrid, el 1 de abril 1625.

⁴⁷³ “Y habiéndose visto en el Bureo el memorial referido, y teniendo consideración a las razones que los acroy representan y a la permisión y tolerancia que ha habido en esta parte con otros que conocidamente tienen asiento inferior en los libros y no tan buen lugar en los acompañamientos y demás actos públicos, ha sido de parecer el Bureo que cuando no estuviera

El nombramiento del Conde Duque como sumiller de corps y camarero mayor sirvió, como se ha señalado, para que se reestructurase la cámara real. El 14 de agosto de 1636, el conde de Arcos presentaba una consulta a Olivares para que se conservase a los gentilhombres de la boca su entrada en la cámara después de encendidas las luces hasta que su Majestad acababa de cenar, ganada por concesión del duque de Lerma, con ocasión del nacimiento en Valladolid del propio rey, pero adquirida de forma indirecta. En realidad, lo que se había concedido a los gentilhombres de la boca había sido cenar en el estado, y se esperaba para hacerlo en la cámara. Parece que el límite natural de entrada de estos servidores era la antecamarilla, pero, en cualquier caso, este ejemplo sirve para presentar el espacio de la cámara, y por extensión de palacio, como un ámbito cambiante, en el que existían variaciones en la regulación e interdicción de movimientos y accesos, fuertemente determinados por el favor real y la conveniencia política de los patrones cortesanos ⁴⁷⁴.

Ante la cuestión suscitada, se advirtió como la articulación interna del espacio en el seno de la cámara la definía como un instrumento de integración —o segregación, según se mire— nuclear, correspondiente al papel central y carismático del

como está tan en su favor la costumbre de haber entrado siempre en la ante cámara, debiera S. M. mandar se hiciera con ellos lo mismo que con los demás con quienes no se ha observado la orden general que entonces hubo”. Fechada en Madrid, a 13 de mayo de 1631 (AGP, AG, leg. 939/1).

⁴⁷⁴ *Ibidem*, “Digo, señor, que en el papel que hoy os escribí por la orden que su Magd me envió por el señor duque de Medina de las Torres, trató de esta entrada y de todo lo demás tocante a lo que me pareció conveniente para el servicio de todo lo que es de la puerta del retrete adentro, y desengañe al Duque de que nunca los gentiles hombres de la cámara un ayudas habían tenido etiquetas como el Duque pensaba. Este papel, antes de enviárselo yo al Duque, se lo envié a v. e. para que le viese y le añadiese o quitase lo que fuese servido. V. E. me lo volvió y la licencia para que se le enviase al Duque.

Esta entrada ha sido observada siempre desde el rey don Felipe 2º hasta hoy y desde que se ponen velas hasta que su Mgd acaba de cenar. El rey don Felipe 2º la favoreció, como yo digo en mi papel, después acá han dado esto al paso del estado; y cuando en Valladolid, la noche que nació su Magd se les fio estado a los gentiles hombres de la boca, a petición de no sé cuantos que hablaron al duque de Lerma; bien me acuerdo que quien lo solicitó fueron el marqués de Castrofuerte y don Manuel Manrique; algunos meses anduvo muy puntual lo del estado y como cenaba en él ynbase [*sic*] a esperar a la cámara y después que se quitó el estado, han acudido menos, pero nunca han faltado uno o dos con celo de no perder tan honrada preeminencia. Esto es lo que entiendo en este particular y lo que deseo grandemente es que V. E., aunque sea con un poco de trabajo, ponga en razón el servicio del cuarto de su Magd mayormente tocándole a V. E. ahora por su officio”.

rey, a partir de su aposento. De hecho, la definición más concreta y estable de los espacios en la cámara sólo llegó de mano del rey, el 22 de septiembre de 1636, y su virtud residió precisamente en este hecho, en que su óptica de formulación, de dentro hacia fuera, ofrecía una solidez restrictiva de la que (por su propia pretensión integradora) carecían las distribuciones del espacio, realizadas hasta ese momento por los ministros reales “desde fuera hacia dentro”. Felipe IV respondió en esa fecha a la preocupación del Bureo sobre la confusión en el uso del espacio en la cámara real. En el criterio del rey se percibía una clara distinción entre camarero mayor, sumiller de corps y gentilhombres de la cámara, a quienes se debería procurar el “alivio y descanso”, y los oficiales más implicados en el mantenimiento material de la cámara. En lo tocante a su entrada en el cuarto real, “porque el número de personas es mucho y sería de embarazo a las acciones privadas” –se percibe aquí la coexistencia en la cámara de una dimensión biológica y otra oficial– se les pediría comedimiento, y en los negocios públicos de importancia entrarían a partir de las diez de la mañana, para acompañar al rey a las audiencias, comidas y resto de actos que así lo requiriesen, hasta la hora de comer. La secuencia se repetiría por la tarde, hasta la hora de la cena.

La entrada se restringía para el mayordomo más antiguo (el mayordomo mayor la tenía en virtud de su calidad de gentilhombre de la cámara) y el semanero, mostrando un agudo contraste con la entrada del mayordomo mayor de la reina y de cualquier mayordomo de la misma que llevara recado suyo. Se ha hablado del interés controlador del conde duque, pero, a juzgar por la referida disposición, el propio rey, como era lógico, no le iba a la zaga. Así, limitaba explícitamente el acceso a la parte más íntima de la cámara a su caballerizo mayor, cazador mayor, montero mayor, capellán mayor, capitán de los archeros, capitanes de las guardas, caballerizo mayor de la reina, primer caballerizo del rey, mayordomos y gentilhombres de la cámara de la reina. Pero esta limitación tenía una salvedad: “salvo habiendo menester hablarme que, avisándome primero, podrán entrar a cualquier hora después de vestido”⁴⁷⁵.

⁴⁷⁵ A continuación se transcribe el documento por su gran relevancia: “Conde, he visto estas instrucciones y me parece que están bien ajustadas y así, me conformo con ellas encargándoos que en todo lo que no fuere hacer falta a mi servicio se procure el alivio y descanso de mi camarero mayor, mi sumiller de corps y de mis gentiles hombres de la cámara; en lo que toca al punto de las entradas a mi cuarto, porque el número de personas es mucho y sería de embarazo a las acanes privadas, se ha de entender que ellos se comedirán o se les advertirás si no lo hicieran que para cualquier negocio público de importancia que sea preciso [...] se ajustarán a entrar en la peiza oscura donde está la cama, por la mañana, desde la diez en adelante, saliendo y entrando conmigo desde allí a las audiencias, y a la comida y a lo demás que se ofreciere hasta que me retire en acabando de comer; y a la tarde tendrá la misma consideración

El descrito fue el pie forzado a partir del que el flamante sumiller de corps y camarero mayor, el propio conde duque, especificaría el funcionamiento espacial de la cámara real en la *Instrucción* de septiembre de 1637, de la que a continuación se trata en profundidad.

2.5.1.1. *La Instrucción para la cámara y aposento real
de 22 de septiembre de 1637*

En lo referido a la *Instrucción* de 1637, y como en otros ámbitos domésticos, el deseo de imposición del uso borgoñón que se advierte en tiempo de Felipe IV estaba sembrado de contradicciones, impuestas por el contexto predominante. En este sentido, es de destacar que esta *Instrucción y horden*⁴⁷⁶, consagrara la superioridad del camarero mayor sobre el sumiller de corps, pese a la larga inexistencia del primero. Estas instrucciones partían de la centralidad del camarero mayor en el seno de la cámara que iba conformándose como consecuencia de la superposición de ambas áreas del servicio. Dado que comenzaban precisando las funciones del sumiller de corps a partir de la posición preeminente del camarero mayor, del que el sumiller se perfilaba como sustituto. Conforme a la letra de la instrucción, el camarero mayor era una verdadera sombra real, y lo era, además, en su espacio

respectivamente hasta haber cenado. El mayordomo más antiguo, no habiendo mayordomo mayor (el cual tiene entrada como gentilhombre de la cámara salvo en lo más privado) y el semanero, quedando exceptuados porque habrán menester a más horas tomar mis órdenes y cuando conviniere para esto podrán entrar; también podrá entrar cualquier criado e los de calidad a quien yo diere la superintendencia de las obras; el mayordomo mayor de la Reina, aunque siempre usará con moderación de la entrada la tiene de las mujeres, y así él como cualquier mayordomo de la Reina que me traiga recaudo suyo, podrá entrar a cualquier hora; el caballerizo mayor tiene de las primeras entradas salvo en lo más privado; el cazador mayor, montero mayor, capellán mayor, el capitán de los archeros, los capitanes de las guardas, el caballerizo mayor de la reyna, mi primer caballerizo, mayordomos de la reyna y los gentiles hombres de la cámara; a ninguno sea cual a los dichos tienen entrada grande, pero se ajustarán a comidas y cenas y a la pieza oscura en las horas públicas, salvo habiendo menester hablarme que, avisándome primero, podrán entrar a cualquier hora después de vestido; los demás que tienen oficios de mi hermano, el primer caballerizo de la reyna y el correo mayor podrán entrar a las audiencias y comidas y también los sumilleres de cortina, los consejeros de Estado [...] podrán entrar a las audiencias y comidas, y el espía mayor a las audiencias” (AGP, AG, leg. 939/1, escrita de mano del rey).

⁴⁷⁶ “Instrucción y horden que se a de obserbar de aquí adelante en el seruicio del aposento de Su Mag[esta]d en conformidad de lo resuelto por el Rey sobre consulta de D. Gaspar de Guzmán, conde duque de Olibares a 22 de sep[tiembr]e en el año de 1637”, en BUS, Ms. 1.712, ff. 138r.-153r.

más restringido, como señala el hecho de que dormía con el propio monarca y servía “en las cosas más principales”, y sólo en su ausencia ejercía tales funciones el sumiller de corps⁴⁷⁷. Ahora bien, cabe plantearse si esta salvedad inicial no era más que una concesión formal al uso tradicional castellano, al concurrir ambos cargos en la persona del conde duque, autor por lo demás de la reglamentación, de manera que, *de facto*, tal papel era o podía ser ejercido en adelante por el sumiller, a quien se dirigía su capítulo inicial.

No obstante, la instrucción abundaba en cláusulas que consagraban la referida superioridad del camarero mayor, aunque lo fuese en un plano eminentemente teórico. De esta manera, el antepenúltimo de los capítulos dedicados en la instrucción al sumiller de corps le obligaba a asistir a las audiencias del rey y ceder en ellas el primer lugar al camarero mayor, o en su ausencia a quien él ordenare⁴⁷⁸. Del mismo modo, ningún gentilhombre de la cámara o ayuda de cámara podía dirigirse directamente al rey sin el permiso del camarero mayor. A este respecto, se daba una circunstancia destacable, y era que ambos oficiales estaban eximidos de tal autorización

quando el negocio fuere de tal calidad y de tanto secreto que combenga al seruizio de Su Mag[esta]d no rebelarlo a nadie, o en caso que tenga alguna queixa del dicho camarero m[ay]or y se la quiera dar a Su Mag[esta]d⁴⁷⁹.

Como se aprecia, la instrucción buscaba regular el funcionamiento de la cámara mediante su sometimiento a la autoridad del camarero mayor y el sumiller de corps, pero contenía puntos como estos que dificultaban este propósito, e inducían un control múltiple y un orden inquisitivo en el seno de la cámara. Que, en ese momento, sólo podían ser comprendidos en el contexto de control absoluto del conde duque, pero que entorpecerían el control de la cámara en otra situación en la que ese control careciese de unidad.

⁴⁷⁷ BUS, Ms. 1.712, f. 138r: “Siempre que el camarero maior no durmiere en el aposento de Su Mag[esta]d en una camilla que le toca como la de Su Mag[esta]d, durmirá el sumiller de corps salbo teniendo licencia de Su Mag[esta]d para que por algún impedimento cumpla con dormir en palacio, de donde o el camarero mayor o el sumiller de corps o el gentilhombre de la cámara a quien ausarse el uno o en su ausencia el otro que hordinariamente será bien sea el más antiguo, no han de faltar jamás de noche por ningún caso”. El segundo punto añadía: “No hallándose presente el camarero mayor ha de servir el sumiller en las cosas más principales como son dar la camisa, la toalla, el Tusón, la ropa de levantar y la capa”.

⁴⁷⁸ *Ibidem*, f. 139r.

⁴⁷⁹ *Ibidem*, ff. 141v y 145r.

De la misma manera, el sumiller de corps sólo tomaría juramento a los nuevos integrantes de la cámara en falta o ausencia del camarero mayor. El conjunto de oficiales y servidores a los que debía tomarse tal juramento fijaba el contorno de integrantes de la cámara y demostraba como esta era resultado de la superposición práctica de ambas ramas del servicio, al estar formada tanto por oficiales de procedencia castellana como borgoñona, si bien esta última tradición era el molde predominante y mayoritario en servidores. En la referida instrucción se mencionan como sujetos de tal juramento los gentilhombres de la cámara, los gentilhombres de llave de la cámara sin ejercicio⁴⁸⁰, los médicos de cámara, guardarropa, ayudas de cámara, ayudas y mozos de guardarropa, ayudas de barbero, boticario, ayudas y mozos de la botica, mayordomo del estado de la cámara, lavandera de corps, costurera, sastre, calcetero, jubeteros, zapatero, bordador, gorrero, sombrerero, cordonero, plumajero y demás oficiales de la cámara. La referida integración en un contexto más amplio de carácter castellano se apreciaba en el juramento ante el camarero mayor —o en su defecto el sumiller de corps— del secretario y los oficiales del Registro General de Mercedes, no por tener una dependencia orgánica de la cámara, sino una relación indirecta necesaria para introducir —o al menos intentarlo—, criterios justos y proporcionados en el cauce común de la gracia real. En un ámbito liminar aparecen también los escuderos de a pie, responsables del desplazamiento material de enseres y miembros de la cámara por el espacio castellano.

En cuanto al escribano de la cámara, que también debía prestar tal juramento⁴⁸¹, era una figura aparentemente de nueva creación y origen borgoñón, pero la cámara era el espacio natural de su homólogo castellano, encargado de extender en varias dependencias cortesanas un sentido de pertenencia doméstica relacionado con la creación y custodia documental originadas en tal espacio restringido. La jerarquía del camarero mayor, o del sumiller de corps en su ausencia, también se advertía en la sujeción a sus mandatos de un cargo fundamental para la regulación del espacio en el seno de la cámara, el secretario de la cámara⁴⁸². Del mismo modo, en ausencia del sumiller de corps, el gentilhombre de la cámara daría cuenta al camarero mayor de lo que hubiese en ella digno de remedio, lo que situaba al primero en un plano más funcional y cotidiano, sujeto a la superior jerarquía del camarero mayor⁴⁸³.

⁴⁸⁰ A quienes el rey ordenaba tomar juramento de fidelidad y de que no usarían las llaves sino para su propia entrada.

⁴⁸¹ BUS, Ms. 1.712, ff. 138r-139r.

⁴⁸² *Ibidem*, f. 148r.

⁴⁸³ *Ibidem*, f. 143r.

Uno de los aspectos más paradójicos de esta reglamentación fue que, pese a su intención de regular de manera taxativa el funcionamiento de la cámara (en un orden espacial), contenía contradicciones como no imponer de forma clara la obligatoriedad indeclinable del servicio de los diferentes oficios en sus puestos, y estipular procedimientos en caso de ausencia que no hacían sino remitir al problema del absentismo en el servicio real. Ello se apreció en el caso de los gentilhombres de la cámara, obligados a avisar de su falta al camarero mayor al efecto de que hubiera un gentilhombre y un ayuda de cámara de guardia permanentemente. Esto se apreciaba con claridad en este punto:

Si al cauallero que fuere de guarda se le ofreciere estándola haciendo cosa tan preçisa que no la pueda proseguir, no ha de poder salir del aposento de Su M[a]g[esta]d sin dexar primero quien la haga por él ⁴⁸⁴.

Se percibía cierto funcionamiento aleatorio, una falta de obligatoriedad en las distintas funciones sin posible postergación, que podían ser realizadas por diferentes oficiales de acuerdo con su disposición física ⁴⁸⁵. En ello traslucía la prioridad del conde duque a la hora de elaborar la instrucción, centrada en el control antes que en la eficacia.

En la *Instrucción* se aprecia claramente la simultaneidad en un mismo espacio de funciones netamente domésticas o cotidianas, y otras administrativas, conforme a la doble naturaleza del monarca, confundidas pese a la aparente incompatibilidad que les amenazaba desde la propia indicción de la cámara. Por ejemplo, la cama de su Majestad debía ser hecha por dos gentilhombres de la cámara aprovechando su asistencia a misa por las mañanas, o su despacho vespertino, asistidos por ayudas de cámara. De la misma forma, siendo necesario mudar el bufete en el que estaban los papeles reales u otro cualquiera, también se encargarían de ello dos gentilhombres, en presencia real o desde donde su Majestad lo pudiera ver ⁴⁸⁶. En falta del camarero mayor o el sumiller de corps, correspondía al gentilhombre de cámara de mayor antigüedad levantar las firmas del bufete real y pasarlas al secretario de cámara, para hacer los pliegos y remitirlos a sus destinatarios ⁴⁸⁷. Se advertía la necesidad de integrar en el funcionamiento de la cámara ambos aspectos, quintaesenciados en la presencia simultánea en ella de

⁴⁸⁴ BUS, Ms. 1.712, f. 140r.

⁴⁸⁵ *Ibidem*, f. 140v: “Quando Su Mag[esta]d se hvuiere de calçar entrará a haçerlo el çapatero y en falta suya lo a de haçer un gentilhombre”.

⁴⁸⁶ *Ibidem*, ff. 140v-141r.

⁴⁸⁷ *Ibidem*, ff. 142v-143r.

la cama y el bufete real. Más correctamente, los bufetes reales, como si la necesidad de afrontar el permanente tráfico administrativo no sólo requiriese la presencia de tal aparejo en la parte de palacio dedicada por el rey a la vida íntima, sino que fuera tal su intensidad que requiriera en su seno una respuesta permanente e inmediata, para la que era precisa la disposición de varios de tales bufetes. Igualmente, las condiciones estipuladas para la limpieza del aposento en que el rey dormía permiten deducir la implementación de las referidas necesidades administrativa y cotidiana:

Quando Su Mag[esta]d está en la cama no ha de poder entrar en su aposento ofiçial ninguno. Y así en barerle [*sic*] y limpiar las cortinas de la cama y sobremesa del bufete y todo lo demás que los ofiçiales hauían de hazer, lo harán los ayudas de cámara sin exceptar cosa ninguna ⁴⁸⁸.

Además, en el espacio reservado de la cámara, los ayudas de cámara debían de dar al gentilhomme las velas que hubieran de ponerse en los bufetes que quedaban a la vista de su Majestad, así como las bujías y palmatorias. Mientras, los mozos de retrete tendrían prevenidos los *velasentos* y candeleros en la pieza anterior a aquella en la que estuviera el primer bufete cubierto, y desde la puerta, sin entrar en ella, los darían al ayuda de cámara de guarda, quien iría distribuyéndolas por los lugares correspondientes. La condición impuesta al ayuda demostraba que en el seno de la cámara y en sus espacios colindantes existían restricciones de movilidad para los oficiales, determinadas por la jerarquización entre los diferentes ambitos palaciegos ⁴⁸⁹.

Al margen de una responsabilidad de orden más representativo y directivo, en la que se desenvolvían camarero mayor y sumiller de corps, el peso del funcionamiento cotidiano de la cámara recaía sobre los gentilhombres de cámara y los ayudas de cámara, oficiales estos a los que se exigía con mayor claridad una presencia más permanente en ella. No obstante, se percibía también en este caso poca rotundidad a la hora de obligar a la permanencia en el servicio, un sesgo aleatorio que entraba en contradicción con la propia voluntad reguladora de la instrucción ⁴⁹⁰. A pesar de esta ubicación en un espacio común, en el caso de los

⁴⁸⁸ BUS, Ms. 1.712, ff. 144v-145r.

⁴⁸⁹ *Ibidem*, f. 144r-v.

⁴⁹⁰ “Si por alguna causa o accidente no pudiere hazer la dicha guarda o se hviere de yr estándola haciendo, lo auisará al camarero maior y en ausencia suya y del sumiller al gentilhomme que se hallase más antiguo para que ponga otro en su lugar o él le dexará antes de irse, de manera que nunca ha de estar aquerlla puerta sin ayuda de cámara, y lo mismo se entiende del que estuviere de guarda en el aposento de Su Mag[esta]d” (*Ibidem*, f. 143v).

gentilhombres se apreciaba un contacto con la persona real vedado a los ayudas, incluido el aspecto verbal, en el que, caso de suscitarse, lo más importante era mantener la distancia y reverencia de rigor. Así, los ayudas de cámara

No sólo han de dar a Su Mag[esta]d ninguna cosa por su m[an]o sino al gentilhombre de la cámara para que él la dé a Su Mag[esta]d no estando allí el camarero mayor o sumiller, pero ni le han de poder hablar en cosa ninguna sino fueren preguntados por Su Mag[esta]d, que entonces responderán a lo que les preguntare con mucha reberencia y respecto. Y si Su Mag[esta]d les mandare sacar alguna cosa la respuesta la han de dar al camarero mayor o al sumiller si se hallare allí alguno dellos y si no al gentilhombre para que lo diga a Su Mag[esta]d ⁴⁹¹.

En este sentido, la *Instrucción* de 1637 dejaba percibir un uso restringido y discriminatorio del espacio en la cámara real, a partir del aposento de permanencia más continua e íntima del rey. Se apreciaba en el seno de la cámara una disposición espacial concéntrica y gradualmente restringida, en la que se trataba de suprimir la posibilidad de accesos espontáneos, o no sujetos a regulación. Tales aspectos se trataban en el capítulo denominado “entradas” de la *Instrucción*. Según este, los Grandes y mayordomos tenían entrada “en el aposento en el que Su Mag[esta]d asiste” por las mañanas desde que terminaba su aseo y vestido hasta después de comer, y por las tardes “desde que el ayuda toma la puerta de la cámara hasta que Su Mag[esta]d pide recaudo de acostarse” ⁴⁹². El acceso por la puerta del retrete quedó restringido a aquellos oficiales que tuviesen llave, y a los criados necesarios en las horas fijadas para el servicio ⁴⁹³. La capa externa de la cámara, aquella limítrofe con el resto de dependencias palaciegas, la antecámara, se hacía patente al iniciar el monarca su jornada, cuando entraban en ella los gentilhombres de la boca. De un eficaz y discreto servicio por su parte dependía la adquisición de más cercanía a la persona real ⁴⁹⁴, de tal manera que la regulación de los usos en el espacio de la cámara era cauce para

⁴⁹¹ BUS, Ms. 1.712, f. 145v.

⁴⁹² *Ibidem*, f. 139r.

⁴⁹³ *Ibidem*, f. 139v: “Y por la puerta del retrete no a de entrar nadie por preeminente oficio que tenga, sino fuere los que tienen llave, y los criados y oficiales neçess[ar]ios para el seruiçio y a las horas dél, para cuya obseruaçia está mandado que asista siempre una ayuda de cámara en el puesto que se les ha hordenado”.

⁴⁹⁴ *Ibidem*, f. 139v: “Después de encendidas luçes podrán entrar los gentilhombres de la boca en la antecamarilla y asistir en ella hasta que Su Mag[esta]d aya acauado de çenar y acudiendo a seruir y asistiendo con la puntualidad y continuacion que deuen, setratará de mayor entrada”.

la promoción de los servidores en su seno. Desde el interior de la cámara, impedir la entrada por la puerta del retrete sería responsabilidad de los gentilhombres de la cámara, quienes deberían franquearla sólo a aquellos que tuviesen llave o licencia del camarero mayor y a los criados de servicio, a sus horas. Conforme a ello, se pondría llave en la “pieza oscura” y se quitaría de la puerta del salón que permitía el tránsito desde la guardarropa y retrete, que quedaría abierta a las horas necesarias para el servicio. Para cumplir esta disposición, se ordenó asimismo que el ayuda de la furriera de guardia permaneciera en su puesto por la noche hasta que el rey se hubiese acostado⁴⁹⁵. De esta manera, se aprecia que a partir de la *Instrucción* de 1637 el guardarropa cobró unidad con el conjunto de la cámara, por lo menos a las horas de servicio.

A su vez, en la puerta del retrete que comunicaba con la antecamarilla debía asistir un ayuda de cámara, encargado de abrir la puerta de la cámara a quienes tenían entrada en ella, y de vigilar que por la del retrete no entrasen más que aquellos que tenían llave o licencia del camarero mayor y los criados necesarios para el servicio, a las horas del mismo, sin que tuvieran que aclarar el origen de las órdenes que ejecutaban, sino simplemente declarar: “orden ay”. Es decir, la voluntad reguladora y restrictiva del libre uso del espacio de la cámara no llegaba al punto de estrangular el ejercicio de las funciones necesarias para su desarrollo cotidiano⁴⁹⁶.

2.5.1.2. *El secretario en la articulación del espacio de la cámara real*

La acumulación de un sentido administrativo y otro doméstico en el ámbito de la cámara, hasta su práctica indistinguibilidad; y, por otro lado, la virtud asimiladora propia de tan selecto espacio palatino se aprecian a través del estudio del secretario de la cámara, intérprete y ejecutor, a partes iguales, de ambas características de la cámara. Los puntos dedicados en la *Instrucción* de 1637 a regular su actuación denotaban la concepción de la cámara como un ámbito en el que la administración del tráfico personal en su seno estaba sometido a limitación y filtración; tanto más intensamente significado, cuanto más externo era su límite, sin que ello entrara en conflicto con la señalada virtud integradora. La cámara de la Monarquía hispana podía tener un elemento predominantemente borgoñón o castellano, pero su sentido a un tiempo restringido y agregador era permanente, al ser estos los caracteres distintivos de tal área doméstica en cualquier monarquía. Tales valores hubieran significado también a la cámara en el

⁴⁹⁵ BUS, Ms. 1.712, ff. 141v-142r.

⁴⁹⁶ *Ibidem*, ff. 143v-144r.

caso de que el cruce de la dinastía hispana hubiese sido con las monarquías portuguesa, francesa o inglesa. Eran caracteres propios de esta dependencia, al margen de su naturaleza u origen, pues todas ellas necesitaban de un espacio en el que se combinaran ambas facetas del rey, la funcional y la político-administrativa, no fácilmente distinguibles.

La posición del secretario en el límite exterior de la cámara, y su función de contacto con el entorno se hacía patente cuando el rey abandonaba la capilla o el propio palacio; a su vuelta a la cámara, el secretario de la misma debía recoger los memoriales que los súbditos solían entregarle, con objeto de evitar que fuesen de conocimiento general en palacio y en la corte. Era una función que, como se advierte, extendía los límites de la propia cámara y le otorgaba las funciones que aquí le atribuimos de integración. Pero no sólo. Como tales memoriales, es de suponer que tocaban a muy diferentes ámbitos administrativos; es de creer que, en realidad, la cámara no sólo tenía un sentido de distribución de la gracia, sino también era una fuente adicional a partir de la que nacía y se difundía el procedimiento administrativo cortesano. La posición en él del secretario era esencial, y la referida intervención se justificaba, además, en el deseo de los negociantes de no ver demorada la resolución de los asuntos que les atañían ⁴⁹⁷. La imagen “papelista” de la corte hispana tenía, parcialmente, un ámbito o procedencia esencialmente doméstica, que, prolongada hacia la administración cortesana, tenía como su primer eslabón al secretario de la cámara. Así, debía trasladar cada mañana al retrete las escribanías del bufete donde su Majestad despachaba más continuamente en la cámara, para que fuese limpiado y aderezado por su oficial y no hubiese otra intervención adicional en este proceso. Del mismo quedó taxativamente excluido el escudero de a pie, oficio castellano que intervenía hasta entonces en esta tarea, manifestación estable de las que tenían encomendadas en jornada en este terreno, consistentes en el acompañamiento y custodia de tales bufetes. Toda una prueba, esta, del protagonismo de la tradición castellana en esos desplazamientos, coherente con el entorno en que tenían lugar. Por el contrario, el gentilhomme de cámara sí podía poner en el bufete los memoriales recibidos mientras se realizaban esas tareas de limpieza y mantenimiento ⁴⁹⁸.

⁴⁹⁷ “Siempre que Su Mag[esta]d saliere a la capilla o fuera de palacio ha de esperar el secretario de la cámara a que Su Mag[esta]d vuelva para recoger los memoriales que le huvieren dado, porque de no hacerlo así, sucede que sea común a todos lo que contienen, y las partes sienten esto y que se les dilate la remisión” (BUS, Ms. 1.712, f. 146r).

⁴⁹⁸ “Ha de tener cuydado de sacar cada mañana las escribanías del bufete donde Su Mag[esta]d despacha, para que en el retrete las limpie y aderece su oficial, pues no es bien que otro ninguno llegue a la mesa del despacho; como se obseruare por todos inbiolablemente, sino

Pero tales funciones del secretario en la cámara no se reducían a los papeles, sino que se extendían a las personas, al serle confiada una función reguladora del flujo de negociantes en la antecamarilla. Tendría cuidado de que entrasen sólo tres o cuatro personas para hablar a su Majestad, y una vez concluida su audiencia, otras tantas. En esta tarea sería ayudado por los ujieres de cámara, encargados de que el conjunto de los negociantes permaneciesen con mucho silencio en la pared de la antecámara, y franquear el paso tan sólo a aquellos que le fuesen indicados por el secretario. Ante esto, y conocida la posición conferida al Consejo en las etiquetas de 1651 –que le permitían despachar a solas con el rey en la antecámara– esta circunstancia destaca la importancia del organismo en el entorno palaciego⁴⁹⁹. Por lo demás, se debe destacar el hecho de que la función ordenadora consagrada en la *Instrucción* de 1637 a secretario de cámara y ujieres tenía un origen interno, relacionado con la mediación personal que fundaba el funcionamiento tanto de la casa real como de los organismos cortesanos. El desconcierto y exceso que caracterizaba el desarrollo de las audiencias reales procedía de la acusada tendencia de los gentilhombres de cámara, ayudas de cámara y otros oficiales que disponían de llave a introducir negociantes en la audiencia a través de la puerta del retrete correspondiente a la antecamarilla, “con que todo es confusión sin poder hacer nadie lo que le toca”. Esta práctica fue suprimida, y se encargó al ujier de cámara que, en caso de incurrir nuevamente en ella estos oficiales, diese cuenta al camarero mayor, e hiciese salir a los que así hubieren entrado, de manera que aguardasen con los demás en la antecámara.

Las responsabilidades del secretario se extendían al terreno del control personal, al ser obligado a cerciorarse del raciocinio y concierto de aquellos que quisieren hablar al rey, para evitar el acceso de locos o malintencionados a su persona. Esta tarea era compleja, pues requería la recopilación de información previa entre terceros. En cualquier caso, la figura de la audiencia, al modo medieval, seguía plenamente vigente y demostraba la continuidad de un manejo personal del gobierno y de los súbditos por parte del rey, pese a la complejidad propia de unas dimensiones territoriales y poblacionales cada vez más extensas. Estas obligaron paulatinamente a la delegación de funciones, pero no sustituían totalmente esa intervención personal por parte del rey, en virtud, precisamente, del fundamento doméstico de la administración cortesana. Muchas podían ser las dificultades

es cuando se diere algún pliego al gentilhombre, para que le ponga en ella, ni que entre a esto ningún escudero de a pie como hagora lo hace” (*Ibidem* f. 146r).

⁴⁹⁹ J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 953.

funcionales que entorpecieran el ejercicio de la obligación real de escuchar a sus súbditos, pero esta nunca quedó en suspenso.

A su vez, la responsabilidad del secretario de cámara también era importante en un sentido documental, no sólo en la recepción de los memoriales dirigidos al rey —como ya hemos visto—, sino también en la emisión de documentos. En este sentido, se le confiaba el cofre de la estampa, que debía permanecer continuamente debajo del bufete del aposento en el que el rey dormía, con la seguridad conveniente, que debía extenderse a los traslados de la misma. La aplicación de la estampa correspondía al propio secretario, o a quien hiciese sus veces en su ausencia, “en la parte que se le enseñare”. Nuevamente, se advertía la predisposición a regular estrictamente los usos reinantes en tan selecto espacio, y su coexistencia con prácticas incoherentes con esa prioridad, como la señalada posibilidad de que el secretario delegase el uso de la estampa. Conforme se consolidó, la que terminó siendo conocida como “Secretaría de la Cámara y de la Real Estampilla” tuvo un importante papel en la validación de aquellos documentos que necesitaban de la firma real para surtir efecto. La virtud de la cámara en este terreno se deducía del hecho de que la suscripción real era sólo un elemento más del conjunto de pasos que conformaba la validación de la documentación real, aunque culminante. Sería una forma de validez y fehacencia directa, sin intermediarios, de los documentos intitulados por el rey. Como ha estudiado Margarita Gómez Gómez⁵⁰⁰, a partir de 1633 se restringió esta mediación y la suscripción de aquellos documentos encabezados por el propio rey volvió a residir directamente en la cámara real, a donde a partir de esa fecha debían remitirse, desde la distintas instituciones del reino, todos los documentos necesitados de suscripción real. Aquí, en la cámara, se usaba y custodiaba el único elemento de validación universal y único, que permaneció en posesión directa y continua del rey⁵⁰¹, como era la estampilla real, bajo su bufete de uso más particular. Esta quedaba así constituida en “antesello real”, por así decirlo, una fase original de validación de los documentos que el rey debía firmar, que aseguraba un control más continuo y directo de aquellos documentos emanados de la administración real castellana. Con ello, perdía gran parte de su relevancia el chanciller mayor, como se deduce del hecho de que en el siglo XVII el sello terminara quedando vinculado a la firma⁵⁰². Al estar sometida la posesión de

⁵⁰⁰ M. GÓMEZ GÓMEZ: “La Secretaría de la Cámara y de la Real Estampilla: su relevancia en la diplomática de documentos reales (ss. XVII-XVIII)”, *Historia, Instituciones, Documentos* 15 (1988) pp. 167-180.

⁵⁰¹ *Ibidem*, p. 167.

⁵⁰² De cualquier manera, la estampa no desplazó físicamente al sello secreto o personal, conservado también en la cámara real de palacio. Como señala Margarita Gómez:

la estampilla al secretario de la cámara, y este al camarero mayor, se prefiguraban así, 4 años antes de la *Instrucción* de 1637, las condiciones de control por parte del conde duque consagradas en esta.

De la propia existencia de la estampilla señalada en la referida instrucción se deben sacar varias conclusiones: la continuidad de una dimensión político-administrativa en la cámara y, por otro lado, dada la posibilidad de ilimitada multiplicación mecánica que representaba su uso, el gran volumen documental alcanzado por el aparato de la Monarquía hispana, que tuvo otras expresiones como la impresión de formularios judiciales que se advierte desde finales del siglo XVI. Delicadeza extrema en su posesión y facilidad de uso permiten comprender la importancia de la estampilla⁵⁰³, y la función crucial ejercida por el secretario de la cámara, dado que la firma, como explicó con mucho tino Antonio Carnero, secretario del despacho en tiempo de Carlos II, “sirve de afirmar y hacer válido aquello que se escribe”, razón por la que se colocaba “siempre debajo para significar que afirma y quiere que se tenga por firme y baledero aquello que arriba deja escrito”⁵⁰⁴. Dado tan sensible significado, era de comprender que la estampilla fuese rota al fallecer el monarca. El refrendo del secretario era complementario, advenir que el escrito aprobado por el rey le tuvo presente para autenticarlo.

Así pues, la continuidad en sus funciones administrativas por parte de la cámara real —al margen del predominio de uno u otro elemento en su seno— favoreció que la suscripción regia bajo la estampilla permaneciese en la Edad Moderna “única, centralizada y custodiada por una sola institución, como en la Edad Media ocurría con los sellos custodiados en la cancellería”⁵⁰⁵. El órgano palaciego encargado de tal custodia fue la “Secretaría de la Cámara y de la Real Estampilla”, a cuyo titular debían ser dirigidos todos los documentos producidos por los

“La firma, fundamentalmente realizada con estampilla, es más expeditiva y concorde con los usos burocráticos de la Edad Moderna. El ideal de eficacia y rapidez en la comunicación y ejecución de las decisiones reales favoreció su constante utilización y la correlativa pérdida de preponderancia del antiguo canciller en la *conscriptio* documental” (M. GÓMEZ GÓMEZ: “La Secretaría de la Cámara y de la Real Estampilla...”, *op. cit.*, p. 174).

⁵⁰³ A la que Covarrubias definió como “La escritura o dibuxo que se imprime con la invención de la imprenta, la qual se experimentó antes que en otra parte en cierto estado en Francia, dicho Estampes” (S. DE COVARRUBIAS: *Tesoro de la lengua castellana...*, *op. cit.*, p. 562).

⁵⁰⁴ *Apud* M. GÓMEZ GÓMEZ: “La Secretaría de la Cámara y de la Real Estampilla...”, *op. cit.*, p. 169, y fuentes aquí citadas.

⁵⁰⁵ *Ibidem*, p. 174.

diferentes Consejos y Secretarías del reino, y que necesitaban de la firma real para su validación. Con mayor motivo en el caso de aquellos organismos más alejados de la persona regia e integrados con menor claridad en su espacio, si bien existe, en mi opinión, la notoria excepción del Consejo Real, en el que la intervención de la Secretaría de cámara reflejaba, como indicaré, todo lo contrario, un grado más intenso de relación entre Rey y Consejo hasta llegar a la práctica identidad, de manera que ciertas peticiones elevadas al segundo como *alter ego* real, requerían imperativamente de la intervención resolutive del rey. Sin duda, la estampilla constituía una precaución por parte del rey, hacia aquellas instituciones a las que consideraba más alejadas de su intervención inmediata.

La confianza conferida al secretario de la cámara en el espacio regio más reservado, en un plano administrativo, se aprecia en la descripción de su propia tarea que realizó Antonio de Mendoza, quien desempeñó la plaza en 1625. Una vez fijada la hora de despacho por parte del rey, compondría la mesa donde se realizaba y aportaría el material de escritorio necesario y distinguiría los pliegos para la firma de aquellos todavía en fase de consulta, que no eran de su jurisdicción. Pese a que se distinguían fácilmente los documentos que debían pasarse a la firma, el procedimiento resultaba arriesgado para la “poridad” de los asuntos que el rey todavía debía decidir, que despachaba en el mismo bufete; dado que, si bien parece que se cuidaba de ponerlos lejos del alcance visual del secretario, había ocasiones en que podía descuidarse, de tal manera que:

Si por ventura... se le quedara a S.A, en la mesa del despacho abierto u olvidado algún papel, sin mirar una letra sólo a de advertirselo para que lo recoja o rasgue ⁵⁰⁶.

Es posible imaginar a un secretario de cámara con los ojos entornados en el cumplimiento de sus funciones, para cumplir esta exigencia. En lo que le era propio, una vez retirados los despachos con la firma debía remitirlos a los ministros de quienes los había recibido. En este punto concreto, parece que, como he indicado, la retirada de la firma pasó en la *Instrucción* de 1637 a un gentilhombre de la cámara, no sabemos si a consecuencia de incurrir el secretario en indiscreción.

Desde luego, tan sensible posición pudo influir en la rápida sucesión de ostentadores de la plaza una vez consumada la caída de Olivares. Desde entonces, factor adicional en el corto tiempo de ejercicio como secretario de la cámara fue que con anterioridad la posición que le era conferida era una expresión funcional y complementaria del propio control ejercido por el sumiller de corps y el camarero

⁵⁰⁶ *Apud* M. GÓMEZ GÓMEZ: “La Secretaría de la Cámara y de la Real Estampilla...”, *op. cit.*, p. 175.

mayor, cargos que el valido acumuló desde 1636. Durante el reinado de Felipe IV ejercieron como secretarios de la cámara Antonio de Alosa Rodarte (1621), Antonio de Mendoza (1625), Garci Gallo de Escalada (1644), Tomás de Arana (1648), Antonio de Espejo (1651), Pedro de Torres (1652), Cristóbal Tenorio (1653) y Francisco Montes de Oca (1655)⁵⁰⁷.

Pero la voluntad de control patente en la custodia de la estampilla bajo el bufete de la cámara real entraba en contradicción con el hecho de que su uso corría a cargo de oficiales supervisados únicamente por el secretario⁵⁰⁸. La confianza en él era ciega. Como señaló el propio Antonio de Mendoza, secretario de la cámara desde 1625, en su oficio “tenía más ocasiones en que ejercitar la fidelidad que el entendimiento”⁵⁰⁹. Con el tiempo, el sentido administrativo del secretario de cámara alcanzó tal peso que la solicitud de audiencia –en la que como indicó el secretario ejercía labores de filtro– se producía por escrito, así como la respuesta⁵¹⁰. A su vez, se fue sofisticando su campo de actuación. Comenzó a autorizar los actos de entrega y recibimiento de las personas y cadáveres reales, y quedó bajo su control el bolsillo secreto del rey. Como señalaba, especial interés tuvo, por reflejar la posición conjunta al rey que conservaron el Consejo Real y el de cámara en la reorganización de la casa sobre un molde borgoñón, la intervención del secretario de cámara en atribuciones ejercidas por el Consejo de cámara; que reflejaban un curioso movimiento en acordeón, por el que la gestión institucional de la gracia real a través de este último recuperaba contacto con la cámara real como espacio físico. El secretario de la cámara pasó a actuar como intermediario en las solicitudes de indultos o revisión de sentencias de audiencias y tribunales. Los condenados a presidio o destierro debían solicitar su indulto en la secretaría de la cámara, desde donde se remitían al gobernador del Consejo. Igualmente, todos aquellos que perdían un pleito en chancillerías y audiencias y deseaban recurrir en grado de mil y quinientas doblas al Consejo Real, debían presentar en la Secretaría de cámara testimonio de los autos obrados y, una vez reconocidos y extractados, se pasaba aviso al rey. Este procedimiento tenía especial interés, toda vez que subrayaba la confusión en una única entidad jurisdiccional de rey y Consejo, en un ámbito doméstico⁵¹¹.

⁵⁰⁷ En M. GÓMEZ GÓMEZ: “La Secretaría de la Cámara y de la Real Estampilla...”, *op. cit.*, p. 178.

⁵⁰⁸ *Ibidem*, p. 176.

⁵⁰⁹ *Apud Ibidem*, p. 178.

⁵¹⁰ *Ibidem*, p. 177.

⁵¹¹ *Ibidem*.

Bajo las órdenes del secretario de cámara estaban dos oficiales y un portero, tarea que ejercía un escudero de a pie. Resulta curioso que, en un plano conjunto de permanencia de oficiales de la tradición castellana de servicio en el círculo exterior de la cámara, ejerciesen materialmente esta función liminar los escuderos de a pie, y los propios porteros de cámara de forma implícita. Con la llegada de Carlos III al trono, en 1759, el oficio de secretario de la cámara desapareció, y en adelante sus funciones fueron desempeñadas por la Secretaría de Estado y del Despacho. Ante todo lo dicho, puede que sea certero el juicio de Margarita Gómez acerca de la carencia por la cámara de un sentido de institución de gobierno, pero creo que tuvo una importancia central en la tramitación administrativa, al aportar —como señala la misma autora— un importante grado de centralización ⁵¹².

Por lo demás, y como ya se ha mencionado en esta obra, las atribuciones del secretario también eran importantes en el terreno económico. Cobraba el dinero de la consignación de gastos secretos de la cámara, y debía cuidarse de que fuese el primer día del mes, y en plata. La cámara tenía un claro sentido de auxilio gracioso, en forma de compensación económica por determinados servicios, y era este el montante del que salían las pensiones y ayudas de costa cargadas sobre la cámara. Asimismo, tal noción retributiva también era móvil, y no sólo en jornadas de amplio radio, sino en los desplazamientos a sitios reales ⁵¹³. Debía rendir cuentas de su gestión en este terreno al camarero mayor. Informaba, además, los socorros aprobados por este último. Por lo tanto, también en este terreno la dirección de la casa correspondía al camarero mayor, a quien el secretario debía llevar a final de cada mes la cuenta precisa de los gastos de la cámara para su control y firma. Pero este sometimiento lo era en todos los órdenes, de los que formaba parte el económico ⁵¹⁴.

2.5.2. *La cámara real como espacio dual y permeable*

De cualquier manera, la *Instrucción* de 1637 armonizaba la definición de los límites propios de la cámara, con su relación con otras dependencias palaciegas,

⁵¹² M. GÓMEZ GÓMEZ: “La Secretaría de la Cámara y de la Real Estampilla...”, *op. cit.*, p. 178.

⁵¹³ “En la paga de las pensiones situadas en esta consignación guardará la forma que sobre esto se le ha dado en papel aparte y lo mismo hará en las ayudas de costa que se suelen dar a los criados de la casa de Su Mag[esta]d y a los oficiales y criados que siruen en los bosques quando Su Mag[esta]d ba a ellos” (BUS, Ms. 1.712, f. 147v).

⁵¹⁴ *Ibidem*, ff. 147v-148r.

más o menos estrecha, y, sobre todo, con su proyección hacia el espacio de los reinos, de cara a su integración, aspecto en que cobraba toda su vigencia el valor tradicionalmente representado por los oficiales de la cámara castellana. En el primer sentido, el primer ámbito de palacio especialmente relacionado con la cámara –hasta el punto de que tenía apartado propio en la referida instrucción–, era el representado por el guardarropa. Conforme a ella, su cometido era asegurar que:

los vestidos de Su Mag[esta]d, y todas las demás cosas que tocan a su ofiçio estén con seguridad, deçencia y limpieça, y que de todo aya la buena quenta y razón que es justo ⁵¹⁵.

Al ser tales bienes objeto fundamental de las prácticas cotidianas y representativas acogidas por la cámara, este hecho ponía al guardarropa en estrecha relación con ella. Conforme a ello, esta vinculación tuvo traducción en el orden formal, representada por la existencia de un escribano de cámara actuante en el guardarropa. Aunque formalmente este oficial surgió en 1608 en un modelo de creciente sesgo borgoñón, sin que parezca que exista integración o dependencia formal de este oficial con el cuerpo de escribanos de cámara de Castilla, su aparición había implicado una más o menos consciente emulación de usos o necesidades acogidos previamente en la cámara castellana. Como si, ante la nueva situación creada por la imposición del uso de Borgoña, se reprodujesen aquellas circunstancias o necesidades a partir de las cuales se había ido construyendo la cámara “a la castellana” ⁵¹⁶. De esta manera, conforme a sus atribuciones fedatarias, certificaba por mayor y por menor los gastos de este área. Lo hacía en una dependencia en principio ajena a la cámara, que con su intervención ganaba un sentido de pertenencia o inclusión en la misma. También intervendría en la transferencia de aquellos presentes recibidos por el guardarropa que debieran pasar al guardajoyas, con intervención de contralor y grefier. A su vez, el guardarropa fue de los oficios de la instrucción a los que se exigía con mayor claridad una presencia permanente en palacio ⁵¹⁷.

⁵¹⁵ BUS, Ms. 1.712, f. 148r.

⁵¹⁶ En la casa de Isabel “la Católica”, el escribano de cámara llevaba cuenta de todos los objetos que estaban en la misma, y que entraban y salían de ella (M^a del C. GONZÁLEZ MARRERO: *La Casa de Isabel la Católica*, *op. cit.*, p. 74).

⁵¹⁷ “Ha se asistir siempre en palacio sin haçer falta y al uestir y desnudar de Su Mag[restad, y dará al camarero mayor o al sumiller de corps en su ausençia lo que le toca seruir por su ofiçio que es la ropa de leuantar, la capa, ropilla y balandrán o albornoz y el collar del Tusón en falta o ausencia del guarda joias y sus ayudas...” (BUS, Ms. 1.712, f. 149r).

La dualidad acogida por la cámara, como espacio acotado hacia dentro, con una detallada regulación de sus usos y prácticas propios, y permeable hacia fuera, con una determinada voluntad de integración concéntrica del espacio circundante, se tradujo en dos niveles de pertenencia del personal relacionado con esta dependencia. Puede decirse que había unos servidores propios, que garantizaban su funcionamiento en el primer sentido, y otros autónomos o pertenecientes a otras áreas del servicio que entraban con mayor o menor eventualidad en relación con la cámara. Esto no significa que fuesen menos importantes, al contrario, su propia peculiaridad subrayaba con mayor firmeza la duplicidad intrínseca de la cámara. A este respecto, los oficiales más importantes eran sin duda el aposentador de palacio y el maestro mayor de las obras reales, quienes evidenciaban la doble naturaleza referida, al acudir ataviados de diferente manera a la cámara, en caso de pertenecer a ella o no. Si el primero acudía como tal, sin ser al tiempo ayuda de cámara (lo que no era inusual), servía en ella con capa y sin espada y sombrero; que era tal y como entraban también el guardajoyas, tapicero, maestro mayor de las obras y oficiales. A su vez, el maestro mayor de las obras, si no era ayuda de la furriera, o poseía otro oficio que le permitiera la entrada en los aposentos de su Majestad, no entraba en la cámara como tal maestro mayor, salvo por alguna consulta eventual sobre las obras por parte del rey. Era una contradicción estridente de la instrucción, si se tiene en cuenta la intervención del maestro mayor en la reproducción física de la propia cámara regia, y por lo tanto su contribución a su expansión espacial, a través de sus intervenciones en alcázares, palacios y sitios reales. Condición que cabía extender al aposentador de palacio⁵¹⁸. De manera que el maestro mayor había de entrar también con capa, y sin espada y sombrero.

Resultaba complejo plasmar reglamentariamente la dualidad funcional propia de la cámara, agravada por la imperfecta superposición de un doble origen castellano y borgoñón. El conde duque parecía tan consciente del valor propio de la cámara para el control tanto del palacio como de la corte y el propio territorio, como de la dificultad propia de su funcionamiento, de penetrabilidad gradual. Esta complejidad la hacían patente oficiales como los ayudas de la furriera, que debían estar a disposición del rey, pero, salvo en ese caso, no debían acudir a la presencia real. Y sin embargo, su función era primordial para la articulación de la cámara como ámbito de filtración de orden espacial, al ordenarse, como ya se ha señalado, que en la puerta del salón de la cámara que comunicaba con el guardarropa y retrete

⁵¹⁸ Aludí a ello en I. EZQUERRA REVILLA: "Aproximación al estudio de la Junta de policía (1590-1601)", en J. R. VÁZQUEZ LESMES (coord.): *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*, Córdoba 2004, pp. 257-282.

no hubiera llave de la cámara y estuviese abierta a las horas del servicio. Una vez cerrada, “el dicho ayuda de furriera ha de asistir a habrirla siempre que sea menester y no se a de poder ir del quarto de Su Mag[esta]d hasta que quede acostado”⁵¹⁹. Junto al aposentador de palacio, un ayuda habría también de asistir a ver barrer los aposentos de su Majestad. Mientras tanto, la limpieza de las cortinas de la cama, la sobremesa del bufete, las camas de respeto y los bufetes cubiertos debía corresponder a un ayuda de la tapicería. Una vez concluida esta última, el aposentador de palacio o ayuda de la furriera debían avisar al ayuda de cámara de guardia para que se cerciorase de que en el bufete real todo había quedado, en cuanto a disposición y documentos, como antes de la limpieza. Sin duda, esta atribución funcional multiplicaba la importancia política del ayuda de cámara, pero, al tiempo, esta estaba supeditada a la función de control conferida a aposentador y ayuda de la furriera⁵²⁰. Se instauraba un sistema de control múltiple y complementario, dirigido a garantizar la continuidad de un estado de cosas estable y ordenado en los aposentos reales, que favoreciese una correcta realización de las funciones propias de la labor de reinar.

La permeabilidad de la cámara también tenía cauces de expresión menos evidentes, pero no por ello menos útiles para ilustrar su inserción en el espacio palaciego y cortesano, como los relativos a la comida y la ropa reales. La vianda de carne que se levantaba de la mesa de su Majestad los días de pescado se trasladaba a la sausería para ser repartida por el mozo de la limosna. A su vez, el lavado de la ropa real atrajo la atención de la instrucción, pues no en menor medida su estado podía afectar al bienestar y salud real. En este sentido, no deja de sorprender que se aludiera en ella a la salida de la comida sobrante, pero

⁵¹⁹ “Y tendrán entendido los ayudas de la furriera que no han de poder abrir esta puerta abrir esta puerta ni otra alguna para nadie ni meter a ninguna perss[on]a pues la llaue que se les da es sólo p[ar]a lo preciso del seruicio de Su Mag[esta]d” (BUS, Ms. 1712, f. 150v).

⁵²⁰ “El aposentador de palacio y una ayuda de la furriera asistirán siempre a ver barrer los aposentos de Su Mag[esta]d, y mientras el oficial de la tapicería limpia las cortinas de la cama y la sobremesa del bufete, teniendo entendido questo y limpiar las camas de respecto y todos los bufetes cubiertos lo ha de hazer una ayuda de la tapicería y el aposentador de palacio o ayuda de la furriera que se hallaren presentes a ver barrer y limpiar los aposentos de Su Mag[esta]d. Despues de berlo auisarán a la ayuda de cámara de guarda para [que] bea como no falta cosa ninguna de las que auía en él, y lo mismo harán el tapicero o ayuda de la tapicería, en hauiendo hecho lo que les toca. Y si algo faltare a de correr por quenta del ayuda de cámara y ayuda de furriera de guarda, los quales se lo han de ir dando uno a otros sucesiuamene como entraren en guarda, de todo lo que hviere en el aposento de Su Mag[esta]d, como queda dicho, con que se escusarán los excesos y deshórdenes que han sucedido por lo pasado” (*Ibidem*, ff. 150v-151r).

no a la forma de introducción en la cámara de la entrante. También se trató de controlar la entrada al guardarropa de aquellos criados que no fuesen la lavandera de corps. En lo relativo a esta criada, se estipulaba con toda claridad que:

irá de aquí adelante ella misma por la ropa del servicio de Su Mag[esta]d que se hubiere de labar y la boluerá a entregar limpia en la guarda ropa sin fiarlo de ninguna persona ni criada como hoga lo haze, y en caso de justo impedimento aya un cestón o escusa baraxa con un candado y dos llaves, de que tendrá una el guarda ropa y otra la labandera, en que se podrá lleuar la ropa con más deçençia ⁵²¹.

En el caso de que la lavandera no pudiese acudir a depositar la ropa una vez lavada, avisaría al guardarropa al efecto de que enviase un mozo de oficio que asistiese a verla poner en el excusabaraja y cerrarlo con llave. Con tales medidas no sólo se perseguía la seguridad en el trayecto de la ropa real, sino su decencia, al implicar su uso por el rey clara expresión de su Majestad.

En definitiva, como correspondía a la autoría del valido, la instrucción redactada por el conde duque el 22 de septiembre de 1637 buscaba, ante todo, asentar y proteger legalmente, en el contexto de la casa real, la jurisdicción del camarero mayor, a la que quedarían sometidos tanto los oficiales de manos de la cámara que entraban en ella eventualmente cuando se necesitaban sus servicios, como el guardajoyas, tapicero, médicos de cámara,

teniendo entendido unos y otros que en estando dentro de la cámara y en los aposentos donde Su Mag[esta]d asiste de la puerta del retrete adelante todos sin exesión [*sic*] ning[un]a están sugetos a las órdenes del camarero mayor por no hauer allí más jurisdicción que la suya ⁵²².

La propia recuperación de la figura del camarero mayor implicaba una actualización de la usanza castellana coherente con el contexto en que evolucionaba la casa real, y en su seno la cámara. En este sentido, tenía toda su lógica que la esfera liminar de la misma, aquella en que friccionaba con el entorno, tuviese naturaleza castellana, por coherencia semántica con aquél entorno con el que había de interactuar, ofreciendo el cauce espacial a través del que el rey se desplazaba, se alimentaba, ejercía justicia...

En este sentido, es de destacar el papel ejercido por los escuderos de a pie. El mundo restringido de la cámara tenía una película protectora e introductora a partes iguales, representada por estos criados, quienes estaban encargados, en virtud de esta instrucción, de tomar la puerta del retrete un cuarto de hora antes

⁵²¹ BUS, Ms. 1712, f. 152r.

⁵²² *Ibidem*, f. 152v.

de que hubiese de ser abierta, al efecto de dejar pasar el cubierto, y con atención de que no la franqueasen más que aquellos que tuviesen llave o licencia del camarero mayor, y los criados necesarios para el servicio, consistentes en los jefes y los ayudas de los oficios. Los escuderos de a pie ocupaban tal posición liminar también con ocasión de los desplazamientos reales, ocasiones en las que estaban obligados a acompañar la cama de su Majestad, “a pie y con sus lanzillas al hombro... sin apartarse xamás de la cama ni perderla de vista de ninguna manera” ⁵²³. Para la realización material de este ejercicio de escolta, se acentuaba su relación mediada con la cámara, toda vez que debían recibir del guardarropa la librea amarilla que vestían al ejercer esta función, que —según contenía la *Instrucción*— en realidad era repartida para este efecto. A su vez, unas condiciones climatológicas especialmente adversas, o una duración excesiva del camino podían provocar que les fuesen proporcionadas mulas, pero se aclaraba que esta deferencia nunca podría ser aducida como derecho permanente por parte de los escuderos de a pie. La instrucción nacía con el propósito de suprimir las controversias generadas por la pretendida invocación de derechos favorables de las dependencias relacionadas con la cámara, que el Conde Duque consideraba perjudiciales para su propósito de control. La cobertura ejercida en tales ocasiones por los escuderos de a pie se extendía a enseres tan preciados de la cámara como los bufetes:

Y el [escudero de a pie] que lleua a su cargo el carro en que ban los escritorios de la cámara yrá siempre junto a él sin apartarse ni perderle jamás de uista ni consentir que baia dentro ninguna persona ⁵²⁴.

La caída en desgracia del conde duque de Olivares volvió a plantear la materia de las entradas en las estancias reales, lo que llevó al rey a elaborar una nueva ordenanza que detallaba los oficios que podían entrar a su cámara ⁵²⁵. Asimismo, con motivo de la publicación de las ordenanzas y etiquetas de 1651, que fijaron por mucho tiempo la forma de servicio de la casa real hispana, los distintos oficios se apresuraron a demandar el lugar que creían corresponderles en el servicio real; se hizo un cuaderno de quejas y observaciones suscitadas por dichas etiquetas ⁵²⁶, pero, además, los gentilhombres de la casa instaban al monarca a que “sea

⁵²³ BUS, Ms. 1.712, f. 153r.

⁵²⁴ *Ibidem*.

⁵²⁵ AGP, AG, caja 939/1, exp. 49, fechada el 28 de diciembre 1642.

⁵²⁶ *Ibidem*, “Algunos reparos a los capítulos de etiquetas tocantes al mayordomo mayor y mayordomos. Año 1649”.

servido de hacerles merced de mandar que su entrada sea inmediata a los de la boca”. La promulgación de las ordenanzas de 1648 dejó establecido el uso de los espacios de la cámara por mucho tiempo, resultado de las cuales fue una consolidación de la jurisdicción de camarero mayor y sumiller de corps en ella, como su espacio natural de actuación. La precedencia de ambos se apreciaba especialmente con ocasión de las audiencias:

las cuales da V. Magd. en la pieza que más propiamente se llama cámara; danse por mano del secretario de cámara y de un ayuda todos de la jurisdicción del camarero mayor y sumiller, de manera que esta es función propia suya y en que él sólo y sus súbditos asisten por razón del ejercicio de sus oficios ⁵²⁷.

Con todo, pocos meses antes de morir, Felipe IV enviaba al duque de Sanlúcar, sumiller de corps, la siguiente orden que definía la distribución de los personajes en torno a la persona real, y señalaba como límite de su espacio más restringido la llamada “sala oscura” de cuya lectura, por lo demás, se deducía el incumplimiento de las anteriores disposiciones:

El rey, nuestro señor, me ha mandado decir a V. E. ha entendido que en la pieza ochavada, inmediata al saloncete en que su Magd despacha, entran muchos sujetos que no tienen entrada en ella, y lo mismo sucede en el salón grande, cuando su Magd come retirado; y que conviniendo que esto tenga remedio, manda a V. E. escriba diciendo que la hace de su real orden a todos los que tienen llave de la cámara sin entrada, que no pueden pasar de la sala oscura ni entrar en la galería en la pieza ochavada ni en el salón aunque su Magd no asista en su cuarto y despache en el saloncete y coma retirado, y que la misma prevención haga V. E. a los que tienen entrada en la galería pintada para que se abstengan en aquella entrada y que a todos diga V. E. repondrán al margen del papel que V. E. les escribiere en esta razón ⁵²⁸.

En definitiva, ante esta evolución se hacía patente que el alejamiento del personal al uso castellano del trasiego documental a partir de 1637 era proporcional a su intensa intervención en él hasta esa fecha. Pero el contacto con una dimensión externa y fronteriza del nuevo conglomerado de la cámara correspondió a personal de esta tradición. En un sentido material, se advierte en el indicado caso

⁵²⁷ AGP, SH, caja 54/1, “Copia de la consulta que el duque de Medina de las Torres hizo al Rey N[uest]ro Señor don Phelipe 4º (que aya gloria) en 11 de agosto de 1649 con la instrucción para el servicio del aposento y cámara de Su Magd.”.

⁵²⁸ AGP, AG, caja 939/1, exp. 49, fechada el 24 de enero 1665, el duque de Sanlúcar. Las sucesivas restricciones de acceso a la persona real debían adaptarse a las alteraciones formales del espacio restringido representado por la cámara.

de los escuderos de a pie. En otro más implícito –y quizá por ello más importante–, en el de los porteros de cámara, que representaban un límite ideal y móvil de la cámara regia en un entorno jurisdiccional. Los porteros de cámara destinados en Consejo Real y ambas chancillerías, aunque ignorados en la *Instrucción*, subrayaban ese sentido de integración reservado a los viejos oficiales de la cámara al uso castellano, por mucho que la organización interna de la cámara tendiese a adquirir fisonomía borgoñona. Por lo demás, cabe añadir que la adscripción formal a una tradición determinada en la casa tenía una importancia relativa. Como se ha señalado en su lugar, la condición nobiliaria de los gentilhombres de la cámara, oficio borgoñón pero desempeñado por castellanos con estados en Castilla, aseguraba la ampliación de la lógica de extensión espacial de la cámara a los territorios sometidos a su señorío jurisdiccional, como en el caso del realengo ejecutaba el Consejo Real. Si bien había un estrato transversal en el que los mandatos de este también afectaban a los estados nobiliarios.

2.5.3. *El valor espacial agregativo de la cámara real de Castilla en el plano jurisdiccional:*

Los porteros de cámara del Consejo Real y las chancillerías

El servicio de porteros de cámara en el Consejo Real fue, en sí mismo, manifestación simbólica del origen e inserción del organismo en el espacio reservado del rey, motivo fundamental de la preeminencia del mismo en la corte. Su trayectoria a lo largo del reinado de Felipe IV evidenció, de acuerdo con lo expresado por un veterano portero de cámara del Consejo a la altura de 1654, la permanencia de fundamento tan sólido en la prioridad institucional del mismo. Pero enunciada entonces como en sordina, en un ambiente administrativo que tendía a transformar el conjunto de los organismos polisinodiales en una gran plataforma consiliar en la que todos ellos quedaban igualados bajo la coordinación de valido y secretarios, sin mayor diferencia que su distinto ámbito de actuación funcional o territorial. Era este, con toda probabilidad, un efecto añadido de la organización interna de la casa real a partir del molde borgoñón, pero que provocó el paradójico efecto de subrayar, indirectamente, la propiedad doméstica del Consejo Real, aunque se manifestase en vacío, por la propia posposición de la casa de Castilla en la etiqueta real. El escrito de Juan de Moriana reflejaba tanto la permanencia de las bases de tal primacía, como una menguante autoconciencia de su verdadero valor, incluso entre el propio personal adscrito al Consejo. Preocupado en este caso por describir la expresión ceremonial de esa posición, antes que en deducir conclusiones dogmáticas de la misma.

No obstante, en esta preocupación traslucía a un tiempo la virtud de los vestigios de la cámara castellana para facilitar la integración del conjunto de la cámara real en el contexto en que se hallaba inserta, en un sentido que, pese a ser preferentemente simbólico, iba mucho más allá. En la reorganización general de la cámara, la de Borgoña ocupó la centralidad en el espacio reservado del rey, y la de Castilla un estrato superficial establecido con toda coherencia para facilitar el funcionamiento de un entramado en el que tendía a imponerse un elemento extraño en el espacio regnícola. En un aspecto material, pero también en el de las funciones propias del ejercicio del gobierno y la justicia por parte de la persona real, que, mediante la presencia de los porteros de cámara en aquellos órganos que materializaban su faceta gubernativa y contenciosa, como el Consejo y las audiencias, ganaban un sentido de integración en la propia cámara real. Por lo demás, este desplazamiento de la cámara al uso castellano a una esfera exterior era compatible con el protagonismo en su área central del camarero mayor, visible, como ya se ha tratado, en la *Instrucción* de 1637.

Para valorar la virtud de la cámara como plataforma espacial de extensión del poder real, en lo gubernativo, en lo contencioso y en lo administrativo, se debe partir de la premisa de su valor como espacio íntimo y particular del rey, donde compaginaba aspectos de su vida cotidiana, tocantes a una dimensión biológica o personal, con otros propios de su dignidad real. Oír a quienes le instaban justicia, repartir su gracia, o emitir y custodiar documentos que legalizaban su labor de gobierno, entre otros. Mientras en la mayor parte de las monarquías europeas predominó el carácter vernáculo en la cámara regia, en el caso de la hispana no difirió de la evolución política general, y resultó de una paulatina superposición entre el elemento tradicional castellano y el borgoñón, desde la llegada de Carlos V a Castilla en 1517. Si esta última parte del servicio regio poseía inicialmente una dimensión reducida, desde ese mismo momento se abrió un proceso de acoplamiento con la casa de Castilla en el que terminó por imponerse y ocupó finalmente la posición central en el servicio real, convertido durante el reinado de Felipe II y sucesores en un conglomerado unificado y novedoso, resultado de tal superposición. No obstante, esta evolución no perjudicó el valor de la cámara resultante como instrumento cohesivo de la administración regia, en mi opinión, expresión de su esencia doméstica. Y, de este modo, el gobierno y el ejercicio de la jurisdicción en los reinos consistió fundamentalmente en un fenómeno de ampliación doméstica⁵²⁹, manifestado en lo esencial en la expansión o difusión de la cámara.

⁵²⁹ Damos al término el sentido que le otorgó O. BRUNNER: “La ‘Casa Grande’ y la ‘Oeconómica’ de la vieja Europa”, en O. BRUNNER: *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*, Buenos Aires 1976, pp. 87-123.

Si tomo el gobierno y la administración regias como un proceso de ampliación doméstica es por la multiplicación de las dependencias reales que, en toda la extensión de los reinos castellanos, reprodujeron la corte sin una presencia física del rey. Este proceso es visible, por ejemplo, en la proliferación de sitios y residencias reales surgidas conforme se desarrollaba la Monarquía —así como en el espacio circundante a los mismos⁵³⁰—. Pero aquí me referiré a la separación forzosa entre la chancillería y la audiencia y la cámara regia, en la que hasta ese momento se impartía la justicia real. De acuerdo con lo estudiado por Pérez de la Canal o Bartolomé Clavero, la sucesiva y repetida escisión, por razones funcionales, entre el rey y la chancillería, a la que siguió la audiencia por la necesidad de disponer del sello real para validar los documentos que emitía, difundió la corte en aquellos lugares donde ambas quedaron radicadas; en síntesis, Valladolid, Ciudad Real y después Granada⁵³¹.

Pero la división entre rey y audiencia originó el problema de la administración de justicia junto a la persona del monarca, dado que, a priori, con la emancipación de la audiencia se separaba de él una de las manifestaciones más consustanciales de la naturaleza real, el ejercicio judicial⁵³². Esta incoherencia

⁵³⁰ Entre la abundante bibliografía, cfr. V. GÉRARD: *De castillo a palacio: el Alcázar de Madrid en el siglo XVI*, Madrid 1984; J. M. MORÁN TURINA y F. CHECA CREMADES: *Las casas del rey. Casas de cazaderos y jardines*, Madrid 1986; F. CHECA (dir.): *El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la Corte de los Reyes de España*, Madrid 1994; V. TOVAR MARTÍN: *El espacio territorial madrileño circunscrito a los sitios reales*, Madrid 1998; M. Á. LADERO QUESADA: “Los Alcázares Reales en la Baja Edad Media castellana: política y sociedad”, en M. Á. CASTILLO OREJA (ed.): *Los Alcázares Reales*, Madrid 2001; Luis ZOLLE BETEGÓN: *Los alcázares reales en la época de los Austrias*, Madrid 2003.

⁵³¹ M. Á. PÉREZ DE LA CANAL: “La justicia de la Corte de Castilla durante los siglos XIII al XV”, *Historia. Instituciones. Documentos* 2 (1975), pp. 383-482, sobre la base de la tesis doctoral del mismo título presentada 13 años antes en la Universidad Complutense; B. CLAVERO SALVADOR: “Sevilla, concejo y audiencia: invitación a sus ordenanzas de justicia”, estudio introductorio de las *Ordenanzas de la Real Audiencia de Sevilla*, Sevilla 1995 [facsimil de la ed. de Sevilla, 1603], pp. 9-25. Para la evolución temprana de las diferentes audiencias, cfr. referencias bibliográficas ya clásicas: M^a A. VARONA GARCÍA: *La chancillería de Valladolid en el reinado de los Reyes Católicos*, Valladolid 1981; S. M. CORONAS GONZÁLEZ: “La Audiencia y Chancillería de Ciudad Real (1494-1505)”, *Cuadernos de Estudios Manchegos* 11 (1981) pp. 47-139; P. GAN GIMÉNEZ: *La Real Chancillería de Granada (1505-1834)*, Granada 1988; L. FERNÁNDEZ VEGA: *La Real Audiencia de Galicia, órgano de gobierno en el antiguo régimen (1480-1808)*, A Coruña 1982.

⁵³² Ilustrada por J. M. NIETO SORIA: *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (Siglos XIII-XVI)*, Madrid 1988, pp. 109-166.

desapareció con la creación de unos jueces especiales que ejercieron la jurisdicción en nombre del rey, allí donde este vivía, conocidos a partir de 1390 como alcaldes de casa y corte. Con todo, esta figura no agotaba la totalidad del ejercicio gubernativo, contencioso y administrativo anejo al rey, que padeció evidentes alteraciones a consecuencia de la separación de la audiencia. Ello hizo necesaria la creación de un denominado Consejo Real como instancia de apelación de los agravios de esta última y órgano asesor en el terreno jurídico, que derivó en verdadero *alter ego* jurisdiccional del rey⁵³³. He enunciado este proceso como de expansión cortesana, pero dado que el ámbito palaciego del que se emancipó la audiencia fue la cámara, fue esta la que vivió una demediación o multiplicación. Como quiera que fue también la cámara el ámbito en el que surgió el Consejo, y que lo hizo para cubrir una necesidad nacida sustancialmente por la partida de la audiencia, es legítimo pensar en una suerte de homologación entre ambos espacios, Consejo y audiencias. El proceso tuvo en mi opinión expresiones que, con parecer alegóricas o metonímicas, evidenciaban gran solidez doctrinal, como fue la presencia de porteros de cámara en ambos polos jurisdiccionales, pertenecientes a un único cuerpo del servicio regio.

Desde el tiempo de Alfonso VIII tuvieron importancia los porteros en el servicio doméstico castellano. De meros custodios de las puertas de palacio, vieron crecer sus atribuciones, indicándose en las *Partidas*⁵³⁴ que la “portería en casa del rey es muy gran oficio”, y que debía ser conferida a personas de buen linaje. En primer lugar, debían recibir a las personas llegadas a palacio y dilucidar si debían llegar a presencia del rey; en segundo, dar y recibir por su mano la tenencia de castillos y fortalezas, en lo que a su vez constituía una metáfora de la integración mediada de las mismas en la cámara real; en tercero, eran los mensajeros de los monarcas, con la función añadida de los futuros pregoneros. Finalmente, actuaban como límite con el que los litigantes entraban en contacto con la función jurisdiccional ejercida en la cámara regia⁵³⁵, origen de la posición que posteriormente ocuparon tanto en el Consejo Real, como en las audiencias. Espacio, pues, más o menos inmediato, pero de acceso gradual y restringido.

⁵³³ En cuanto a la discutida indicción del organismo, pueden ligarse las dos opiniones dominantes y concluir que un órgano consultivo aparecido de forma discontinua e indecisa a lo largo de los siglos XIII y XIV (D. TORRES SANZ: *La Administración Central castellana en la Baja Edad Media*, Valladolid 1982, pp. 181-207), se institucionaliza a partir de las ordenanzas de 1385 [S. DE DIOS: *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, op. cit.].

⁵³⁴ II, 9, XIII (*Las Siete Partidas del Sabio Rey don Alonso el nono...*, op. cit.).

⁵³⁵ D. TORRES SANZ: *La Administración Central castellana...*, op. cit., p. 272.

De manera que, ya en el siglo XIII, los porteros no se limitaban a ser meros guardianes de las puertas, sino que el auxilio que prestaban al rey era más complejo y rico en significado. Fernández de Oviedo refirió la existencia de dos clases de porteros reales durante el reinado de los Reyes Católicos: la primera la de los porteros de cadena o “primera puerta”, que guardaban las puertas de la calle; la segunda, la de los porteros de sala, que guardaban dentro de palacio las puertas de las estancias a las que no se podía acceder sin previa autorización. En esta segunda clase debieron de contarse los porteros de la cámara regia, que custodiaban los aposentos privados de los reyes, y a ella se pueden asignar a su vez los porteros de maza⁵³⁶. Las ordenanzas de Medina de 1489, en su capítulo 65, repitieron una disposición previa de Juan II que ordenaba la presencia de dos porteros o ballesteros de maza en cada sala de las audiencias, y estipulaba los derechos que debían percibir⁵³⁷.

Parece evidente que la presencia de los porteros de cámara en ambos órganos, Consejo y audiencias, se debía a un origen común en este espacio restringido del rey, en donde originalmente este y seguidamente los letrados que formaron su audiencia oían a los litigantes para impartir justicia; asistidos por porteros cuya presencia hacía patente tal integración de la función jurisdiccional en ese ámbito privativo. Alejada como hemos visto la audiencia, ello no significó la pérdida de sus porteros de cámara, puesto que el desplazamiento fue sólo material, pero en un sentido simbólico tal presencia subrayó la continuidad de la cámara regia. De acuerdo con tales principios, el Consejo que fue necesario establecer junto a la persona real contó asimismo con tales porteros. Tan conjuntos eran estos a esa sección del servicio regio, que su asignación para el Consejo, primero total, y luego veremos que parcial, correspondía al mayordomo mayor; que su retribución dependía del contador de la casa de Castilla⁵³⁸,

⁵³⁶ Caracterización de los porteros de cámara presentada por J. DE SALAZAR Y ACHA: *La Casa del Rey en Castilla y León...*, *op. cit.*, pp. 312-315.

⁵³⁷ Por la presentación de una persona 20 maravedís, por dos personas 30, por concejo o universidad, o tres personas o más 60... Si su retribución resultaba escasa, quedaría al arbitrio del presidente y oidores su aumento, y acudirían por turno a la sala donde el chanciller sellare, para guardar la tabla donde lo hacía. Disposición recopilada como ley I, lib. II, tit. XXV, en la *Recopilación de las leyes destos reynos...*, Madrid 1640 [ed. facsímil, Valladolid 1982], f. 200r.

⁵³⁸ Como se deduce del título que recibían del rey, por ejemplo Juan Íñiguez de Chavarria Antezana, designado en Badajoz el 17 de octubre de 1580, y que percibió anualmente 15.400 maravedís de quitación y crecimiento y 4.600 de ayuda de costa hasta que en 1600 fue sustituido por Gregorio Sánchez (AGP, Personal, caja 525/9).

y que no existía un asiento específico de aquellos destinados al alto organismo, sino que eran asignados anualmente entre los repartidos para el conjunto de las diferentes estancias palaciegas en las que estaban presentes: junto a la cámara real, la capilla, las audiencias y las dependencias propias del resto de personas reales ⁵³⁹.

En su ya referida obra, Juan de Moriana testimonió como la paulatina introducción del uso borgoñón en la corte afectó a los porteros de cámara. En el ámbito más inmediato al rey, fueron desplazados por ujieres de cámara y saleta, y sujetos desde entonces con mayor rigidez a la dirección del mayordomo mayor ⁵⁴⁰, incluidos los 40 asignados al servicio del Consejo Real ⁵⁴¹. Pero ello no supuso el fin de una práctica que, por sí misma, daba cuenta de la eminencia en el espacio doméstico del propio Consejo: la designación por parte de su presidente de la mitad de los porteros de cámara al servicio del mismo, correspondiendo la otra mitad al mayordomo mayor, que en tiempo del poderoso cardenal Espinosa se había extendido a la totalidad de los mismos, debido al desplazamiento del duque

⁵³⁹ En 1577 este era el reparto de porteros en palacio: 12 en el Consejo Real, 6 en la capilla, 5 en la sala principal del rey, 6 para servicio de la reina doña Ana, uno para las infantas y tres para los príncipes Alberto y Wenceslao (AGS, CSR, leg. 87, s.n.).

⁵⁴⁰ “*Qué oficio es el de portero de cámara de S. Mgd. y las preeminencias que tiene y lo que le toca a servir en el Consejo.* La antigüedad de los porteros de S.M. en su real casa es tan antigua como lo es el haver havido reyes en Castilla y León, porque siempre se han servido de ellos con este título. Y su origen fue de personas de lustre y sangre, y siempre se conservaron en esto hasta los tiempos del señor emperador Carlos v, que entró a servir la casa de Borgoña a medias por la casa de Castilla... Con esta entrada... estos oficios de porteros de cámara perdieron mucha parte del lustre que tenían, minorándose los servicios, y que no se nombrasen ellos mismos, metiendo la mano en ello el mayordomo mayor, partiendo los servicios con los ugieres de la casa de Borgoña... que fueron uno de los puntos que se capitularon, dándoles a ellos, con nombre de ugieres de cámara, la primera puerta de ella, que es la de la sala donde se hacen las consultas, y la segunda a los ugieres de saleta, dejando para los porteros de cámara de la casa de Castilla la capilla real y todos los oficios y servicios de los actos públicos donde se hallan los reyes, así generales como particulares, y el del juramento de el príncipe y la reyna, príncipe e infantes, y en el Consejo Supremo de Justicia, y en la saleta de apelaciones de alcaldes de corte, y en las Cortes generales destos reynos, que nombra el secretario de cámara de gracia. Con que estos oficios han ydo de capa cayda...” (J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, op. cit., pp. 217-349, pp. 281-282).

⁵⁴¹ Para la evolución anterior, remito a I. EZQUERRA REVILLA: “El *limes* doméstico de la administración castellana moderna: los porteros de cámara en el Consejo Real”, en A. GAMBRA GUTIÉRREZ y F. LABRADOR ARROYO (coords.): *Evolución y estructura de la casa real de Castilla*, op. cit., vol. II, pp. 809-636. Reviso y amplío aquí los trabajos que he dedicado a la rica figura de los porteros de cámara.

de Alba a Flandes. De los argumentos esgrimidos entonces al hilo de la controversia levantada por esta cuestión destaca que, involuntariamente, el mayordomo mayor subrayaba la integración doméstica del Consejo Real al afirmar que:

los porteros son subiectos y debajo del mayor[do]mo de la casa del rey, y criados de la propia casa, y él los ha de nombrar y mandar en las partes donde han de servir como siempre lo ha hecho y haze en las otras puertas ⁵⁴².

2.5.3.1. *Forma de designación, funciones y posición
de los porteros de cámara del Consejo Real*

En cuanto a la forma de designación, las plazas de portero de cámara eran atribuidas por el rey mediante información previa de la cámara de Castilla y, como otras semejantes, caso de las de aposentadores de la casa de Castilla o alguaciles de casa y corte, fueron adquiriendo un perfil claramente hereditario. Pues, en el caso de haber fallecido en ejercicio, se proveyeron habitualmente en un familiar del difunto. Razón, para Moriana, de que “estos oficios an ydo de capa cayda, porque como se empezó a dar pasos de ellos se a minorado en el sugeto de algunos” ⁵⁴³. Este fenómeno puede ser considerado una consecuencia adicional de la creciente relegación vivida por la casa de Castilla, pero no dejaba de reflejar la obligación regia de retribuir los servicios recibidos, aún cuando implicase una clara restricción de la amplitud del espacio potencial de asignación de recompensas para nuevos servidores. Como en el caso de las mencionadas plazas, esta lógica compensatoria de servicios prestados condujo a una hipertrofia en la planta de los porteros (visible en todo lo antedicho) que obligó ya a Felipe II, ante la imposibilidad de ofrecer merced a todos los peticionarios con derecho, a limitar el número de cada una de estas plazas. Pero mientras en el caso de aposentadores y alguaciles se estableció un número fijo, en el de los porteros se habló, literalmente, de un número “deçente y necesario” ⁵⁴⁴. En ello influyó muy probablemente el deseo del rey de disponer de un servicio directo proporcionado y suficiente, tanto como de mantener viva la función graciosa que constituía parte esencial de la Majestad Real, de tal manera que, en el caso de los porteros de cámara tal inercia no sufrió variación sustancial. A lo dicho no escaparon los porteros de cámara en servicio en las chancillerías, y la preocupación por aplicar esta política limitadora del número de plazas de portero de

⁵⁴² AZ, Envío 148, n. 88-91.

⁵⁴³ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, *op. cit.*, p. 282.

⁵⁴⁴ Cédula real de 3 de enero de 1575, referida en AZ, Envío 149, n. 36.

cámara se extendió durante el reinado de Felipe IV, en el contexto de las aludidas “reformas” aplicadas sobre la casa real. De su mera formulación, se pasó a la ejecución de un criterio restrictivo⁵⁴⁵. El artículo 56 de los 59 acordados en las 9 juntas celebradas para fijar las reformas de las casas reales decía explícitamente:

Que los cincuenta y cinco porteros de cámara, que siruen en la corte, se reformen veinte y tres, quedando treinta y dos que bastan para el servicio, y los diez de la chancillería de Valladolid se reducirán a ocho como en Granada⁵⁴⁶.

Ya en ese momento –1628– la situación había mejorado respecto al reinado precedente. Los 64 porteros de cámara que gozaron de título en tiempo de Felipe III repartían su presencia en el servicio del rey y en la administración cortesana mediata o inmediata, de la siguiente forma: 20 en las audiencias de Valladolid y Granada, 12 en el Consejo Real, 6 en las Cortes y el resto en la capilla, “en las puertas del rey y rey[n]a”, en la sala de alcaldes y en servicio a la emperatriz María⁵⁴⁷.

En lo relativo a las funciones y posición en el Consejo de los porteros de cámara, evidenciaban el sentido intrínseco de la cámara real como espacio acotado y de acceso restringido, material e implícitamente. Eran filtro, límite con el que los súbditos tomaban contacto al instar la justicia real, ante quienes los porteros desempeñaban funciones introductorias, de acuerdo con la posición fronteriza, por así llamarla, que se viene indicando. Dado que llamaban a las partes, cuando el Consejo veía los pleitos que les afectaban⁵⁴⁸. La definición de tal lugar fue resultado de un largo proceso en que praxis administrativa y creación legislativa se alimentaron mutuamente, con fundamento en el papel ejercido por los porteros cuando la audiencia residía en la cámara real. Para esta función de recibir a los litigantes que acudían a solicitar la justicia real se requería un talento despierto y racional:

Y demás de buscar hombres de calidad querían personas bien entendidas y que fuesen bien razonados, porque como por ellos, y no por otras personas,

⁵⁴⁵ Para su aplicación en tiempo del rey prudente, I. EZQUERRA REVILLA: “El *limes* doméstico de la administración castellana moderna...”, *op. cit.*

⁵⁴⁶ AGP, AG, leg. 928, documento fechado el 15 de enero de 1628.

⁵⁴⁷ IVDJ, Envío 90, c. 129, n. 524bis, “Copia de la rel[ación] q yo día a los s[eñor]es Bo[hó]rquez, Álu[ar]jo de Uenauides, y s[ecretari]o Juº Ruyz de U[elas]co de los neg[oci]os q se tratan en la cám[ar]a y de algunas aduertencias dellos”.

⁵⁴⁸ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, *op. cit.*, p. 283; D. TORRES SANZ: *La Administración Central castellana...*, *op. cit.*, p. 272.

habían de entrar las súplicas y quejas a los reyes era menester que asistiesen personas tales quales combiniessen para este ministerio ⁵⁴⁹.

Funcionalmente, en la actividad de los porteros de cámara del Consejo se distinguían las tareas de puertas para dentro, de aquellas que efectuaban en palacio o en la corte, dependientes de su oficio, y constituidos en linde móvil de la demarcación restringida del rey, de la que formaba parte el Consejo Real. Entre las primeras, estar en él antes de la llegada de presidente y oidores, en particular los de la “sala mayor y puerta primera”, donde en primer lugar se reunía el organismo. Al margen de un punto que Moriana no deja claro, si llevaban armas o no, de ellos dependía vigilar que nadie las portase en el Consejo, así como cumplir cualquier orden que los miembros del mismo les formulasen “en servicio de S. M. y administración de la justicia”. Una vez concluida la sesión de cada una de las salas, el portero de cámara más antiguo debía acompañar a sus miembros mientras salían, y el más moderno recoger los útiles de escritura ⁵⁵⁰. De puertas para fuera, pero en el entorno palaciego, los porteros de cámara —previa orden del presidente—, ejercían una función que por sí misma ilustraba sobre la posición orgánica del Consejo: podían apremiar a relatores y escribanos de otros tribunales, para hacer relación en él ⁵⁵¹. Es decir, extendían un sentido de pertenencia doméstica cuyo cauce era el propio Consejo. A su vez, con ocasión de las asambleas de Cortes, los porteros del Consejo específicamente designados para atenderlas (al margen de hacer patente la asimilación de las mismas en el espacio propio del rey), introducían literalmente a los procuradores ante presidente y asistentes ⁵⁵². Fuera de palacio, les correspondía desplazarse a por los votos de los oidores cuando estos no pudieran ir al Consejo, en la corte o fuera de ella ⁵⁵³. Asimismo, los dos porteros de la primera puerta del mismo acompañaban a los dos oidores que cada sábado visitaban las cárceles de corte y villa; así como al conjunto del Consejo, en

⁵⁴⁹ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, *op. cit.*, p. 282, y continúa: “Y lo declara así la ley de la *Partida* en el título del servicio de la casa de los reyes, y en el libro de la *Nueva Recopilación* de las Leyes se hace mención desto mismo”.

⁵⁵⁰ *Ibidem*, pp. 282-283.

⁵⁵¹ *Ibidem*, p. 283.

⁵⁵² “Llama el señor presidente con campanilla que se le pone, enra el portero de cámara y del Consejo de cámara de S.M., manda que entren los procuradores de Burgos, que en entrando se leban en señor presidente y el Consejo... y esto se estila con los procuradores de Cortes de los ocho reynos que se siguen entrando por sus antigüedades...” (*Ibidem*, p. 240).

⁵⁵³ *Ibidem*, pp. 253-254 y 283.

las visitas generales que realizaba a ambas en vísperas de las tres Pascuas⁵⁵⁴. Asimismo, dos porteros de cámara acompañaban también a sus miembros cuando asistían corporativamente a misa. A estos mismos correspondía atender los recaudos que surgieran durante la celebración de sus sesiones⁵⁵⁵. Junto al escribano de cámara más antiguo, los porteros de cámara del Consejo acompañaban al presidente cuando se desplazaba desde su casa hasta la Iglesia de Santa María, para recibir la bula de Cruzada⁵⁵⁶.

A su vez, en la preparación de las fiestas públicas a las que asistía el rey, también se hacía notar el valor de los porteros del Consejo como límite metafórico del ámbito regio, dado que era uno de ellos (el que guardaba sus llaves), el encargado de prepararlas junto con el oidor “encomendero” especialmente comisionado. Asimismo, uno de ellos acompañaba al escribano de cámara más moderno (oficio que, como procedente de un mismo origen, compartía tal carácter liminar), para trasladar a los Consejos de Hacienda, Indias y Órdenes las disposiciones relativas a la celebración de tales fiestas públicas con asistencia regia⁵⁵⁷. Con ocasión de las procesiones generales en las que tomaba parte el rey, semejantes funciones se reproducían: la solicitud de instrucciones previas correspondía a un portero de cámara del Consejo, como cauce natural a través del que, llegado caso necesario, hacer evidente la íntima integración a la que vengo refiriéndome. Y entre el escribano de cámara más antiguo y un portero las hacían llegar a los mencionados Consejos y la sala de alcaldes⁵⁵⁸. Por último, cuando fallecía algún oidor del Consejo, los porteros acudían a su casa y hacían acto de entrega del cuerpo en el ataúd a sus compañeros, quienes a su vez lo traspasaban en la puerta a escribanos de cámara y relatores. Estos lo transportaban hasta la Iglesia, donde nuevamente oidores y porteros lo recibían y lo instalaban en el túmulo habilitado. Concluido

⁵⁵⁴ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, op. cit., pp. 250-251 y 283.

⁵⁵⁵ *Ibidem*, p. 283.

⁵⁵⁶ *Ibidem*, p. 226.

⁵⁵⁷ *Ibidem*, pp. 223 y 247.

⁵⁵⁸ “Estando S.M. en la corte, y haviendo de ir su real perssona asistiendo en la procesión la víspera del día por la mañana, a la ora que está el Conssejo junto, el escrivano de cámara más antiguo dél ba al quarto de S.M. por orden del Conssejo, con portero de cámara de los que sirven en él, a tomar la ora para el día siguiente de la processión.. S.M. la da, y en esta conformidad se baja a decir al Conssejo. Y el escrivano de cámara más moderno ba a darla en nombre del Consejo a los de Yndias, Órdenes y Hacienda, que estén en la yglesia a la ora que se señala. Y un portero de Conssejo la lleva a la sala de los alcaldes de corte, dando la orden al presidente della para que la dé a los demás” (*Ibidem*, p. 256, así como p. 265).

el oficio, eran también los porteros quienes se hacían cargo del ataúd y lo entregaban a los oidores, quienes lo llevaban hasta el lugar donde se hubiese de enterrar⁵⁵⁹. Sin duda, los porteros eran un límite dinámico que extendía un claro sentido de pertenencia allí donde se manifestase.

Por lo que toca a las expresiones ceremoniales de tal posición, se hacían patentes en palacio, por ejemplo cuando los porteros de cámara del Consejo abrían paso a alguaciles, alcaldes, oidores y presidente en el momento de trasladarse a la cámara real, para besar la mano al rey cada Pascua de Navidad⁵⁶⁰. A su vez, de acuerdo con lo descrito por Moriana, cuando el organismo salía a ceremonias públicas como procesiones, también actuaban como una especie de límite ambulante, expresión itinerante de la integración simbólica del organismo en el ámbito reservado del monarca. Igualmente, cuando el Consejo se desplazaba a escuchar los sermones de Cuaresma, permanecían “en pie en el cuerpo del”⁵⁶¹.

La ubicación confinante de los porteros de cámara del Consejo conllevaba situaciones muy peculiares. En primer lugar cabe destacar que su adscripción metaconsiliar explica, en buena medida, las distorsiones denunciadas por Moriana a la hora de formalizar su juramento ante el Consejo; pues se instituyó espontáneamente su repetición a cada ocasión que eran destinados en él, pese a surtir efectos permanentes el realizado la primera vez. Tal posición tendría asimismo elocuente expresión en la posesión de un “libro de mano de media cuartilla” con las fórmulas de juramento y los ministros y oficiales obligados a realizarlo, cuya custodia Moriana atribuía a quien tenía cuidado de las llaves del Consejo. Esto es, un portero de cámara designado por el presidente entre los de su elección. Esta posesión de llaves y libro de juramento (funciones que acumuló largos años Juan de Cendejas y seguidamente un falso sobrino⁵⁶²), hacía evidente el depósito bajo

⁵⁵⁹ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, op. cit., pp. 283-284.

⁵⁶⁰ *Ibidem*, p. 245.

⁵⁶¹ *Ibidem*, pp. 254-255.

⁵⁶² *Ibidem*, pp. 280 y 286. Juan de Cendejas recibió título como portero de cámara el 29 de marzo de 1573, plaza que ejerció hasta que fue sustituido por quien presentaba como su propio hijo. Este recibió merced, el 17 de mayo de 1614, en Aranjuez, de pasar el asiento a la persona que deseara, en vida o a su muerte. Su viuda, Juana del Castillo, recibió su plaza vacante por merced del 1 de septiembre de 1619, ocupándola Juan Bautista Gerardo el 12 de octubre de 1622. Entretanto doña Juana también custodió las llaves del Consejo, de las que hasta su muerte se ocupaba su marido, y gozó también la casa de aposento, médico, botica y demás aprovechamientos y derechos propios de la plaza (AGP, Personal, caja 232/23). Consta asimismo que en 1599 solicitó, junto a su compañero Francisco Galán, el aprovechamiento de cierta plaza dada su necesidad, acrecentada por la epidemia entonces

responsabilidad de los porteros de cámara de las manifestaciones materiales y metafóricas de la integración del Consejo en el entorno inmediato al rey. Del texto de Moriana nació una tradición interpretativa impulsada por los grandes tratadistas del Consejo del tardío siglo XVII y del siglo XVIII que articuló definitivamente la formulación del juramento de los porteros de cámara en el Consejo. Como señala Santos Coronas, la obra de Moriana:

fue vista, aprobada y aumentada con preciosas notas por el consejero Francisco de Álava y Vergara por comisión del mismo Consejo, adquiriendo un cierto carácter semioficial,

un hecho recogido tanto por Martínez Salazar (*Colección de memorias y noticias del gobierno general y político del Consejo*, Madrid 1764), como por Escolano de Arrieta (*Practica del Consejo Real en el despacho de los negocios consultivos, instructivos y contenciosos*, Madrid 1796). De lo escrito por este último se deduce un protagonismo persistente de los porteros de cámara en estas ceremonias, como sujeto agente tanto como paciente. Un portero de cámara acompañaba ante el Consejo pleno al oidor entrante para formular su juramento, y, una vez admitido, lo conducía ante el escribano de cámara de la sala de gobierno más antiguo. Respecto a los oficiales, y en su calidad de custodio del mismo, el portero entregaba el libro de juramento al citado escribano. A su vez, los propios porteros juraban ante la sala de gobierno del Consejo y constaban entre los oficios a quienes se exigía guardar secreto, como los oidores, escribanos de cámara y relatores⁵⁶³.

En un contexto de supeditación del Consejo Real en una plataforma pluriconsiliar, a que le condenaba la desconfianza del conde duque hacia su posición orgánica, se apreció un agudo contraste entre el esfuerzo intelectual desplegado en el gabinete de Felipe II, para definir la posición de los porteros de cámara del Consejo, con el análisis realizado por Moriana, limitado a la descripción de aspectos externos, obviando deducciones de calado en un orden doctrinal. En este sentido, quizá lo que constituya el planteamiento de un modelo original en

vivida por Castilla [E. M^a PINEDO GÓMEZ: “La venta de escribanías en un contexto singular: la epidemia de peste de 1596-1602”, *Investigaciones Históricas* 17 (1997) pp. 31-42, p. 37].

⁵⁶³ Tomo todo lo dicho en este punto de S. M. CORONAS GONZÁLEZ: “El libro de las fórmulas de juramento del Consejo de Castilla”, *Anuario de Historia del Derecho Español* LXIII-LXIV (1993-1994) pp. 985-1022, quien publica un libro extractado por el propio Escolano como escribano más antiguo de la sala de gobierno en 1784, con tales juramentos, y manejado por Campomanes en su calidad de presidente interino del Consejo.

tiempo del “Rey Prudente”, con su vitalidad y problemas asociados, derivase en una praxis monótona y recurrente en el de su nieto. Coherente con la postración de la casa de Castilla era el hecho de que, en el tiempo en que escribía Moriana, el Bureo había suplantado al mayordomo mayor en la designación no sólo de los porteros presentes en el Consejo, sino en las casas del rey, la reina, príncipe e infante⁵⁶⁴. Este contraste quizá confirmaría el desenvolvimiento del organismo en tiempo de Felipe IV en un entorno en el que su preeminencia era implícitamente puesta en cuestión, por la vía de los hechos. Contexto expresado, por ejemplo, en la propia dificultad de Moriana para conjugar la defensa de tal posición eminente, con su alusión al surgimiento de la Junta Grande de competencias en 1625, que suponía una evidente detracción de atribuciones para la sala de gobierno del organismo⁵⁶⁵.

Era esta desorientación que describo situación apropiada para que los porteros del Consejo se constituyesen en demostración viviente de la peculiar situación atravesada por el Consejo, tanto de su preeminencia como, paradójicamente, de lo contrario. Pese a la pretendida ignorancia de Moriana, su referencia a lo sucedido con ocasión de las rogativas de 1641 era ejemplo tanto del ambiente igualitario —por así llamarlo— en que se movía el Consejo, como de su resistencia ante él, a modo de manifestación espontánea mediante la cual defender su potestad. Con esa ocasión, en la Iglesia de San Andrés, debiendo estar los Consejos de Órdenes, Hacienda y Real en diferentes capillas y lugares, “como se acostumbra, se puso todo en un cuerpo, y enfrente de el sitio de el señor presidente otro para el conde de Castrillo”, presidente de Indias. Significativamente, fue un portero de cámara del Consejo quien advirtió la novedad y dio aviso al presidente, don Diego de Castejón y Fonseca. Repetidos recados al conde, mediante un portero de cámara y un escribano de cámara, no surtieron el efecto perseguido por el Consejo Real, que ante la situación había permanecido en pie en la puerta de la Iglesia. De manera que este ordenó al abad del cabildo eclesiástico, vicario y alcaldes de corte, que aprestasen nuevamente la procesión y se trasladase todo el recaudo de la rogativa a la Iglesia de Santa María, donde se trasladó el Consejo para instalarse en su capilla mayor. Prácticamente al tiempo que ordenaba que la misa que se iba a decir en San Andrés, se hiciese en Santa María, y habilitaba bancos sólo para él. En mi opinión, el episodio tiene relevancia por mostrar como la defensa de la posición del Consejo Real dependió de un oficial doméstico como el portero

⁵⁶⁴ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, op. cit., p. 282.

⁵⁶⁵ Mención de esta junta, que denomina “la sala de competencias grande”, en *Ibidem*, pp. 291-292.

de cámara, conocedor más o menos consciente de la inserción del organismo en el espacio regio ⁵⁶⁶.

A su vez, un mismo acto podía cobijar manifestaciones tanto de la paulatina omisión de la posición de los porteros (y con ellos del propio Consejo), como la más nítida expresión de ella. En ese mismo año, en “la primera estación que hizo el Conssejo en primero de mayo de 1641 a Nuestra Señora de Atocha, por rogativa particular de S. M.”, los porteros esperaron en la iglesia con otros oficiales porque a decir de Moriana, se había perdido la costumbre de su presencia en los acompañamientos, a diferencia de los de las chancillerías. Por el contrario, una vez concluida la misa y comunión general, celebrada por el presidente, y ordenada la procesión, hubo dudas entre los oidores más antiguos y más modernos del Consejo sobre quién debía llevar el palio de 6 varas. En tanto se aclaraba la cuestión, fueron sujetas por 6 porteros del Consejo, a modo de estrato externo a través del que el cuerpo orgánico de sus miembros entraba en contacto con la corte, y finalmente fueron llevadas por ellos al no alcanzarse un acuerdo entre los oidores ⁵⁶⁷.

Una vez aplicada la “reformación” de la casa, a la altura de 1651 el número de porteros de cámara ascendía a 32, con 20.000 maravedís anuales de quitación, casa de aposento, médico y botica, cada uno de los cuales era destinado por el mayordomo, o aquel a quien el rey hubiese designado el gobierno de su casa, a diferentes lugares: 8 a la capilla y sala primera del cuarto de su Majestad (en la que estaban los archeros); otros 8 para el cuarto de la reina, príncipe e infantes, 6 para el Consejo y otros dos para la sala de apelaciones, nombrando otros 6 por su voluntad el presidente del Consejo, lo que expresa la continuidad de los usos establecidos en tiempo de Felipe II, pese a la astenia consiliar visible en el escrito de Moriana ⁵⁶⁸.

⁵⁶⁶ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, op. cit., pp. 260 y 261. Síntomas de posposición del Consejo en el terreno ceremonial, mediante su igualación con el resto de tribunales, se habían dado ya con ocasión de las representaciones del *Corpus* de 1636, mencionadas por el propio Moriana y recogidas por Paterson para otorgar contexto al auto *El nuevo Palacio del Retiro*, de Calderón [A. K. G. PATERSON: “Intereses creados en el Auto Sacramental: el caso del *Auto del Nuevo Palacio del Retiro*”, en I. ARELLANO, J. M. ESCUDERO, B. OTEIZA y M. C. PINILLOS (eds.): *Divinas y humanas letras. Doctrina y poesía en los Autos Sacramentales de Calderón*, Zaragoza 1997, pp. 317-328; P. CALDERÓN DE LA BARCA: *El nuevo Palacio del Retiro*, ed. crítica de A. K. G. Paterson, Kassel 1998, esp. pp. 19-21].

⁵⁶⁷ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, op. cit., pp. 268-269.

⁵⁶⁸ Las etiquetas concluidas ese año certificaban la consistencia institucional del oficio [J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, op. cit., vol. II, pp. 877-878].

En este contexto, el número y funciones de los porteros de cámara en el Consejo Real habían quedado consolidados ya desde 1621. Momento en que se confirmó que una cosa era la dependencia orgánica de la casa real y otra la dependencia funcional del organismo, según ya habían apuntado las referencias al oficio contenidas en la visita al Consejo de 1554, y las ordenanzas subsiguientes. En auto de 24 de noviembre de 1621, el número 213 de los emitidos por el organismo, se insistía en fijarlos en 12, con propósito de ajustar su labor a la división en salas contenida en las ordenanzas de 1608; asignando tres para la sala de gobierno, dos para la de mil y quinientas, dos para la de justicia, dos para la de provincia, dos para la primera puerta y uno para los escribanos de cámara y reales. Y, como se advierte en su contenido, se refundían disposiciones previas que subrayaban su calidad como límite móvil del espacio regio del que formaba parte el Consejo, les impedían la percepción indebida de derechos y reiteraban sus atribuciones de control del acceso y permanencia de oficiales y litigantes en el tribunal⁵⁶⁹. Lo destacable, además, es que la reducción de servidores contenida en

⁵⁶⁹ Tras especificar el reparto de porteros por salas, el auto continuaba: “i no sea por su elección nonbrar compañero, sino por suerte, i suvan dos meses cada uno en cada puerta, sin mudarse. I assimismo, mandaron, que el más nuevo de la sala donde sirviere, tenga cuidado de todo el recado de aquella sala, i corra por su cuenta, si faltare, i el otro salga a acompañar a los señores della, hasta fuera de palacio. I ninguna persona, que no fuere parte en pleyto, que se está haziendo relación, o llamado por el Consejo, o oficiales [*sic*] mayores, y segundos de escribanos de cámara, i los oficiales de relaciones, an de entrar en él . I quando viniere algún notario, o escribano a hazer relación, el de la puerta primera dé cuenta al señor presidente. I esto no se entienda con los procuradores , que an de engrar a dar las peticiones, i luego an de salir sin dilación ninguna. I assimismo mandaron, que todos los porteros assistan en las partes en donde se junta todo el Consejo. I estando el señor presidente en él, aunque hayan salido los señores de las otras salas, an de aguardar, hasta que el señor presidente salga. I notifiqueseles no sean solicitadores de las partes. I antes, que el Consejo se junte, ha de estar cada uno en su puerta. I assimismo se les notifique, que ninguno, pena de privación de oficio, no pida ni tome maravedís algunos de los pleyteantes; assí por dexarlos entrar, como por llamarlos, ni por ir a llamar relator, o escribano fuera del Consejo, o notario, ni a los escribanos, que se examinan por las tardes, ni por albricias, ni aguinaldo, ni por juramento de corregidor, ni de otra persona que jurare. I el portero, que no guardare todo lo susodicho; por la primera vez pague quatro ducados; por la segunda, no se le dé auda de costa ninguna en todo el año, ni goze de emolumento ninguno; i por la tercera, demás de que se le quitará el exercicio, será castigado con rigor. I Hernando de Vallejo, quando pidieren las ayudas de costa ordinarias, o salario; informe de la suerte, que an servido. Todo lo qual, sin excepción de persona ninguna, se guarde inviolablemente, i assí lo proveyeron, i mandaron, i señalaron” (“Auto CCXIII, Que aya doze porteros en el Consejo; la forma de su ocupación, i exercicio de su oficio: i penas de la contravención”, en *Autos i acuerdos del Consejo de que se halla memoria en su archivo...*, *op. cit.*, ff. 53v-54r).

señalada reformatión de la casa dejó al margen, en lo relativo a los porteros de cámara, aquellos destinados en el Consejo.

En conclusión, los porteros de cámara tenían importancia, en este ámbito en el que los trato, por hacer evidente la unidad y unicidad del aparato judicial, gubernativo y administrativo castellano. Dado que su presencia simultánea en el Consejo Real, y en las audiencias de Valladolid y Granada, respondía a un único origen, la residencia de tales ejercicios junto a la persona real, en su espacio más inmediato. El representado por la cámara, del que se había desgajado tan sólo de forma aparente por cuestiones funcionales, como eran la incapacidad del rey para resolver por sí solo una creciente masa de asuntos gubernativos y litigiosos y su sensibilidad hacia el problema que representaba para sus súbditos el desplazarse ante su persona, para instar su resolución.

2.5.3.2. *Procedencia e inserción de la función jurisdiccional
en el espacio reservado del rey:
Los porteros de cámara de chancillerías y audiencias*

Como se ha señalado, el ejercicio jurisdiccional del rey castellano nació y se desarrolló en su ámbito más íntimo y reservado, la cámara real. Su difusión en diferentes lugares de sus reinos, a partir de la propagación de chancillería y audiencia, ha sido advertida por la historiografía jurídica, que, no obstante, no se ha detenido en tal origen doméstico con la atención que el hecho merece. Vestigio de tal procedencia fue la presencia tanto en las audiencias y chancillerías de Valladolid y Granada como en el Consejo Real de porteros de cámara, encuadrados en tal área común del servicio regio. Esta presencia no sólo expresaba en sí misma, aunque de forma metafórica, una unicidad doméstica y cortesana expandida desde el lugar de residencia más permanente del rey hacia el territorio, sino que ponía en un mismo plano jurisdiccional a Consejo y audiencias, en virtud del complejo desarrollo administrativo bajomedieval. En suma, la presencia de los porteros de cámara en las chancillerías y audiencias simbolizó la ligazón original de la actividad fedataria y judicial del rey con su ámbito más reservado; del que se había desgajado por razones tan esencialmente funcionales como favorecer el acceso a la corte de los súbditos más alejados de su persona.

La reproducción de la chancillería y audiencia en diferentes lugares de los reinos castellanos, desde el espacio inmediato al rey (la denominada cámara) invita a percibir el ejercicio jurisdiccional regio como algo nacido en su ámbito reservado. En su día, Miguel Ángel Pérez de la Canal abordó con claridad la dimensión doméstica del proceso de expansión de chancillería y audiencia, manifestada, por ejemplo, en la integración en la casa real de los alcaldes de corte y chancillería

partidos con la audiencia ⁵⁷⁰. A su vez, para David Torres Sanz, la audiencia constituía un tribunal supremo cortesano consolidado en el reinado de Alfonso X ⁵⁷¹. Más recientemente, Carlos Garriga, verdadera autoridad en la materia, ha subrayado la equivalencia cortesana entre Consejo Real y chancillerías que cabía deducir de su evolución ⁵⁷², aspecto en el que se insiste en este apartado. Esta correspondencia era resultado de un origen común en el dominio adyacente al rey, en el que, entre otras funciones, se ejercía la jurisdicción aneja a su persona. Sin ser su propósito principal, Bartolomé Clavero había insinuado con anterioridad el carácter “íntimo y doméstico” de la audiencia ⁵⁷³. Tal rasgo era compartido por el Consejo y quedaba patente en la presencia común, en uno y otras, de porteros de cámara, pertenecientes a un único cuerpo de servicio integrado en la casa de Castilla.

La paulatina expansión espacial de la corte que tuvo lugar en el medievo debió mucho al compromiso de la Monarquía con la aplicación de la justicia, carácter consustancial a la misma ⁵⁷⁴. Pese a la atomización jurisdiccional propia del orden corporativo ⁵⁷⁵, el rey mantenía una preeminencia judicial fundada en la mayoría de justicia ⁵⁷⁶, la existencia de delitos que supusieran un gran daño

⁵⁷⁰ M. Á. PÉREZ DE LA CANAL: “La justicia de la Corte de Castilla...”, *op. cit.*

⁵⁷¹ D. TORRES SANZ: *La Administración Central castellana...*, *op. cit.*, pp. 154-168.

⁵⁷² C. GARRIGA: “Las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid: estudio preliminar a la *Recopilación de 1566*”, en *Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, Madrid 2007, pp. 7-128. Para el detalle del proceso histórico, C. GARRIGA: *La Audiencia y las Chancillerías castellanas (1371-1525)*, Madrid 1994, pp. 25-125.

⁵⁷³ B. CLAVERO SALVADOR: “La Monarquía, el Derecho y la Justicia”, en E. MARTÍNEZ RUIZ y M. de P. PÍ CORRALES (coords.): *Las jurisdicciones*, Madrid 1996, pp. 15-38, p. 19. Al tratar del señalado ordenamiento de la audiencia de 1371, dice: “El mismo rey habla de ella, de la audiencia, como de cosa siempre propia: ‘la nuestra abdençia’ que se ocupa de ‘la nuestra justia’, pertenece a ‘la nuestra casa’ y se reúne en ‘el nuestro palacio’, algo así todo ello de íntimo y doméstico. Así de propio para el rey”.

⁵⁷⁴ J. M. NIETO SORIA: *Fundamentos ideológicos del poder real...*, *op. cit.*, pp. 109-166.

⁵⁷⁵ A. M. HESPANHA: *Cultura jurídica europea: síntesis de un milenio*, Madrid 2002, pp. 58-70; A. M. HESPANHA: *Vísperas del Leviatán: instituciones y poder político (Portugal siglo XVIII)*, Madrid 1989, pp. 233-242.

⁵⁷⁶ Para C. GARRIGA: “Las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid...”, *op. cit.*, p. 11, “aquella porción de la jurisdicción consustancial al *status* de *princeps* e imprescindible para mantener el reino en paz y justicia”.

para el reino, la necesidad de cuidar las rentas y derechos de la corona... Además de esto, la corte era un entramado ampliado manifestado en dos sentidos, de orientación inversa pero cuyo cruce e interacción subrayaba su propia naturaleza. Se constituía en fuero comunal no sólo porque toda persona llegada a la corte podía ser objeto de la acción de sus jueces, sino porque la jurisdicción cortesana podía alcanzar todo el territorio, al quedar este constituido, con ello, en una especie de metonimia de la corte ⁵⁷⁷.

Esta difusión jurisdiccional de la corte se originó desde el ámbito anejo al rey, en el que había surgido y había quedado integrada su audiencia, formada por aquellos que le asistían en el ejercicio judicial, una vez advertida por la persona real su incapacidad para afrontarlo en solitario ⁵⁷⁸. No fue la única actividad acogida en la cámara real, como ya se ha señalado dependencia palaciega reservada, en la que el rey compatibilizaba aspectos propios de su vida cotidiana, tocantes a una dimensión biológica o personal, con otros pertenecientes a su dignidad monárquica ⁵⁷⁹. Entre otros, en la cámara concurría también la chancillería, donde se custodiaba el sello real y eran selladas y registradas las provisiones que legalizaban su acción de gobierno. En su característica itinerancia a lo largo y ancho de su reino en expansión, el monarca castellano arrastraba a su servicio doméstico, en el que quedaba integrada la cámara real y, en ella, las indicadas funciones. Pero a consecuencia de la propia dinámica política, pronto se dio el caso de que la persona real y la chancillería se encontrasen en lugares diferentes, como por otra parte quedaba legalmente contemplado en las *Leyes de Estilo*. En un principio, las Cortes castellanas se mostraron reticentes a esta separación, pero, dado que era difícil ignorar la coherencia de tal dislocación con las necesidades de pronto acceso a la administración regia propias de un reino en crecimiento

⁵⁷⁷ M. Á. PÉREZ DE LA CANAL: “La justicia de la Corte de Castilla...”, *op. cit.*, esp. pp. 387, 392, 412 y 414.

⁵⁷⁸ Una relación cronológica en J. SEMPÉRRE Y GUARINOS: *Observaciones sobre el origen, establecimiento y preeminencias de las chancillerías de Valladolid y Granada*, Granada 1796, pp. 25-47, “Fundación de la Audiencia y Consejo Real”.

⁵⁷⁹ Sobre entorno regio tan resguardado, cfr., para las diferentes monarquías europeas, J.-F. SOLNON: *La Cour de France*, s.l., 1987, pp. 14-15, 37-41 y 45-47; D. STARKEY: “Introduction: Court history in perspective” y también “Intimacy and innovation: the rise of the Privy Chamber, 1485-1547”, en D. STARKEY *et alii*: *The English Court...*, *op. cit.*, pp. 1-24 y pp. 71-118, respectivamente (referencias bibliográficas que debo agradecer al profesor Martínez Millán); J. DE SALAZAR Y ACHA: *La Casa del Rey en Castilla y León...*, *op. cit.*, pp. 146-147 (sobre la cámara) y pp. 245-264 (sobre el camarero mayor).

territorial, terminaron admitiéndola⁵⁸⁰; y la disociación quedó definitivamente consagrada con la instalación de la chancillería en Valladolid en 1442. Pero lo que me interesa destacar es que la evolución señalada tuvo un efecto añadido, cual fue la emancipación de la audiencia del espacio reservado del rey, dada la necesidad que tenía de la chancillería para validar sus provisiones. Tras este desarrollo, nos hallamos así ante la audiencia y chancillería de Valladolid (y después de Ciudad Real-Granada⁵⁸¹), según se entendió en los siglos modernos, o, dando continuidad al proceso, según se dio en las Indias⁵⁸².

⁵⁸⁰ En 1379 se solicitó que, de no hallarse la chancillería junto al rey, estuviese en lugar de fácil acceso para todos los súbditos. Pero el impulso para la definitiva separación entre ambos vino dado en las Cortes de Briviesca de 1387, que solicitaron la permanencia de la chancillería por semestres en dos lugares distintos. Juan I sólo accedió a que residiese por trimestres en Medina del Campo, Olmedo, Madrid y Alcalá de Henares. En 1390 el rey fue más allá de la petición original de la asamblea de Briviesca, al establecer, en el curso de las Cortes de Segovia, la residencia fija de la chancillería en Alcalá de Henares durante todo el año. A su vez, Juan II anticipó la necesidad de adecuar la administración regia a la realidad castellana e impuso en 1425 que la chancillería residiese 6 meses *aquende los puertos*, en Turégano, y otros 6 *allende*, en Cubas y Griñón. Fue la última etapa ambulante antes de la definitiva fijación de su residencia en Valladolid, en 1442, por obra el propio Juan II. Tomo lo dicho de M. Á. PÉREZ DE LA CANAL: “La justicia de la Corte de Castilla...”, *op. cit.*, p. 416.

⁵⁸¹ S. M. CORONAS GONZÁLEZ: “La Audiencia y Chancillería de Ciudad Real...”, *op. cit.* Para la evolución del organismo granadino, cfr. P. GAN GIMÉNEZ: *La Real Chancillería de Granada...*, *op. cit.*, y, sobre todo, por atender a su dimensión gubernativa, I. GÓMEZ GONZÁLEZ: *La justicia, el gobierno y sus hacedores: la Real Chancillería de Granada en el Antiguo Régimen*, Albolote (Granada) 2003.

⁵⁸² A este respecto, C. GARRIGA: “Las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid...”, *op. cit.*, p. 13, afirma que “La adquisición de tierras que *accedían* al orden castellano *allende* el océano, iniciada por estos mismos monarcas (los Reyes Católicos) llevaría en efecto a sucesivos desdoblamientos del sello y consiguiente multiplicación allí de las audiencias y chancillerías como otras tantas personas geminadas del rey”. Circunstancia que, por cierto, no se dio en el caso de las audiencias de Galicia, Sevilla y Canarias, territoriales desde un punto de vista jurisdiccional y mancas de la consideración de corte, al carecer del sello real (*op. cit.*, p. 14). Por su parte, A. GARCÍA GALLO: “Las Audiencias de Indias: su origen y caracteres”, en A. GARCÍA GALLO: *Los orígenes españoles de las Instituciones americanas: Estudios de Derecho Indiano*, Madrid 1987, pp. 889-951, subraya la especificidad de las audiencias indianas respecto a las castellanas, poniéndolas a la altura del propio Consejo Real de Castilla, dadas las funciones de los virreyes en cada *Real Acuerdo* (p. 938). Conforme a los registros domésticos regios, que, hasta donde alcanzo, no contenían los porteros de las audiencias indianas, la distancia se convirtió en este caso en obstáculo insalvable para construir la imagen de su inserción en la cámara real, mediante la designación y dependencia directa de los porteros presentes en ellas. Aboga claramente por la continuidad entre los organismos de ambas orillas,

Pero este alejamiento entre rey y chancillería y audiencia no significó la pérdida de su naturaleza cortesana por parte de estas últimas, dado que la chancillería:

custodiaba el sello del rey, y como este representaba a la persona real, de la misma forma que se denomina corte el lugar donde se encuentra el rey, se aplica la misma denominación a aquel en que la chancillería radica,

como señaló Pérez de la Canal⁵⁸³. O como más recientemente ha sentenciado Bartolomé Clavero, “la audiencia que juzga y la chancillería que sella son el rey. No sólo es que sean creaciones suyas. Es que son el rey mismo”⁵⁸⁴. Efecto añadido de esta evolución fue la reproducción en cada uno de los polos resultantes, por necesidades del funcionamiento administrativo de la corona, de aquellas partes que habían perdido. En el caso de la corte inmediata al rey, se reorganizó el sello real⁵⁸⁵ y surgieron ministros tanto para ejercer la jurisdicción penal en ella y su contorno (alcaldes de casa y corte) como para asistir legalmente al rey y cubrir parcialmente la pérdida jurisdiccional representada por la partida de la audiencia (Consejo Real⁵⁸⁶). En el caso de la propia expresión cortesana constituida por chancillería y audiencia, en su calidad de prolongaciones de la cámara real, se dieron otras manifestaciones tan rotundas como sutiles.

Sobre tal trama cortesana, la equiparación entre Consejo y audiencias se intensificó, y, como señaló el propio conde duque en el ámbito temporal tratado aquí:

V. Majd. está representado suprema y inmediatamente en estos tribunales y se despacha en su real nombre, se llama corte al lugar donde están las chancillerías porque se supone que asiste V. Majd. en ellos y así cuando a uno destierran desta corte se entiende estarlo también de las chancillerías⁵⁸⁷.

C. DÍAZ REMENTERÍA: “Las Reales Chancillerías y Audiencias de Castilla: un modelo para las Audiencias indianas”, *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*, Granada 1994, vol. I, pp. 193-209.

⁵⁸³ M. Á. PÉREZ DE LA CANAL: “La justicia de la Corte de Castilla...”, *op. cit.*, p. 416. Sobre el mismo asunto se extiende B. CLAVERO SALVADOR: “Sevilla, concejo y audiencia...”, *op. cit.*, pp. 9-25.

⁵⁸⁴ B. CLAVERO SALVADOR: “La Monarquía, el Derecho y la Justicia”, *op. cit.*, p. 20. Sobre la dislocación de la audiencia, *op. cit.*, pp. 18-23.

⁵⁸⁵ Al respecto, cfr. M^a de la S. MARTÍN POSTIGO: *La Cancillería castellana de los Reyes Católicos*, Valladolid 1959, pp. 145-169.

⁵⁸⁶ S. DE DIOS: *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, *op. cit.*.

⁵⁸⁷ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares...*, *op. cit.*, vol. I, p. 70. El texto de Gaspar de Guzmán ha sido ampliamente recogido

Quizá sea esta la razón última de por qué, como ha observado Carlos Garriga:

La delimitación entre el Consejo y las chancillerías no podía tener en aquel orden carácter jurisdiccional, sino meramente competencial, desde el momento que ambos compartían el grado jurisdiccional supremo y concurrían sobre el mismo territorio, de un modo que sólo la muy convulsa peripecia castellana bajomedieval puede explicar⁵⁸⁸.

Son aspectos sobre los que se insiste en este apartado, cuando toco un sentido territorial del proceso de expansión espacial de la corte.

La pérdida de la inmediatez física del monarca fue paliada con expresiones metafóricas de la inclusión de ambas en el espacio del rey, tanto su límite externo como el área más próxima a su persona. Desde fuera hacia dentro, por así decir, del mismo modo que el alcázar madrialeño o las casas reales en las que el rey paraba disponían en su acceso de la figura del portero de cadena (evidencia liminar del espacio regio, en que quedaban integradas todas las áreas de su entramado doméstico), también lo tuvieron las chancillerías y audiencias. Sin existir diferencias entre sus funciones en ambos destinos⁵⁸⁹. Y se dispuso la presencia de un número

por los historiadores, B. CLAVERO SALVADOR: “La Monarquía, el Derecho y la Justicia”, *op. cit.*, p. 28; J. A. LÓPEZ NEVOT: “Estudio preliminar”, en J. A. LÓPEZ NEVOT (ed.): *Práctica de la Real Chancillería de Granada: estudio preliminar y edición del manuscrito 309 de la Biblioteca Nacional de Madrid*, Albolote (Granada) 2005, p. XIX; C. GARRIGA: “Las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid...”, *op. cit.*, p. 16.

⁵⁸⁸ C. GARRIGA: “Las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid...”, *op. cit.*, p. 30.

⁵⁸⁹ En las etiquetas de palacio [J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 878], se indicaba que debían sortear la entrada en el zaguán a todo aquél que llegase a palacio en coche o a caballo, sin permitir que aguardase el pasajero en la puerta, muy posiblemente para evitar disputas de precedencia. Todo ello de no estar el coche del rey en el atrio, en cuyo caso tendrían echada la cadena y no dejarían entrar a ningún coche ni caballo, excepción hecha del propio del caballerizo mayor. Obsérvese la coincidencia de funciones con las desempeñadas en ambas audiencias: “El portero de cadena que sirve en la chancillería ha de venir, residir y estar cada día de negocios a la puerta principal que sale a la plaza de la audiencia & tener la cerrada con la cadena, & no ha de consentir que en el çaguán esté cavallo ni mula alguna, si no fuere del presidente & oydores, & de las personas que suelen & deven entrar & estar en él, & ha de tener cerrada la dicha cadena hasta la ora que salieren los oydores, so pena que no lo haziendo assí será privado y echado del officio” (*Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, *op. cit.*, f. 115v). Tal descripción, de 1566, que demostraba dominio teórico sobre las funciones del portero de cadena, aparecía francamente desleída en M. FERNÁNDEZ DE AYALA AULESTIA: *Práctica y formulario de la Chancillería de*

determinado de porteros de cámara no sólo para atender el servicio de audiencia y chancillería, sino para hacer patente la continuidad del origen e integración de las mismas en la inmediatez física del rey. Del mismo modo que tales porteros habían servido a ambas cuando residían junto al rey, continuarían haciéndolo una vez escindidas ⁵⁹⁰. Escindidas materialmente, pero nunca ideológicamente, incluso en el contexto de transformación que supuso la organización de la casa conforme a la trama borgoñona.

En rigor, en el caso de chancillerías y audiencias la simbólica inserción doméstica que menciono terminó siendo monopolizada por los porteros de cámara, dado que existen evidencias de como el portero de cadena perdió su dependencia de los órganos centrales –por así denominarlos– de la casa de Castilla al menos desde fecha cercana a 1566. La *Recopilación de las Ordenanças de la Chancillería de Valladolid*, publicadas ese año, no sólo detallaba las funciones del portero de cadena, sino que señalaba que su retribución se cargaba sobre las penas de cámara de la audiencia, en vez de sobre el pagador de la casa de Castilla, como sucedía con los porteros de cámara. Pero incluso este hecho no implicaba una interrupción de la dependencia con el entramado demediado e ideal constituido por la cámara regia, dado que la retribución del portero de cadena de la chancillería –al menos la de Valladolid– se cargaba sobre las penas de cámara. Aunque no está claro que a la altura del siglo XVII estas fuesen una fuente de financiación de la cámara real, sí lo eran, mediante la figura del receptor general, de la institución derivada del primitivo ejercicio directo de la gracia real en su cámara, el Consejo de cámara. Incluso en este terreno se mantenía una dependencia ideal, representada por el acceso de los camaristas y el presidente del Consejo a la propia cámara real, una vez concluida la consulta de los viernes del Consejo Real, al que, como es sabido, pertenecían los camaristas, como eran conocidos los miembros del Consejo de cámara ⁵⁹¹. De tal manera que el recurso habitual de los miembros de las casas reales, y

Valladolid, Valladolid 1667 [ed. facsímil, Valladolid 1998], f. 48r: “ay otro portero que llaman de cadena, que solo sirve de cuydar de hechar la cadena a las puertas de chancillería las horas de audiencia, y otras que ay señaladas, porque le dan salario”.

⁵⁹⁰ Como trato en I. EZQUERRA REVILLA: “El *limes* doméstico de la administración castellana moderna...”, *op. cit.*, esta manifestación del proceso también afectó, una vez partida la audiencia, al propio Consejo Real.

⁵⁹¹ J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 953. Sobre las penas de cámara, J. CERDÁ RUIZ FUNES: “Dos ordenamientos sobre las penas pecuniarias para la cámara del Rey (Alfonso XI y Enrique III)”, *Anuario de Historia del Derecho Español* 18 (1947) pp. 442-473.

entre ellos de la cámara real (caso de los porteros de cámara) al Consejo de cámara para obtener merced ofrecía una profunda coherencia interna, expresiva de una continuidad e integración espacial ideal. Como también la ofrece el hecho de que sobre esas penas de cámara de la chancillería se situase también la adquisición de diferentes medios humanos y materiales dedicados a la limpieza y mantenimiento de la propia chancillería de Valladolid, como tal casa real. Existía una partida de 60.000 maravedís cargada sobre dichas penas, habilitada para el pago de las obras y reparos de, literalmente, “las casas reales de la chancillería” (designación que definía la naturaleza propia de la sede del organismo), del carbón para los braseros y los mensajeros, así como de los salarios de relojero, hortelano, barrendero y portero de cadena. Cantidad cuya libranza correspondía al receptor de penas de cámara⁵⁹². Pero, al margen de tan relevante detalle, es tal génesis de los porteros de cámara en el espacio acotado del rey la que fundamenta su importancia, como ya valorara Ruiz Rodríguez⁵⁹³.

2.5.3.3. *Dependencia de los porteros de cámara de las chancillerías de la casa de Castilla*

Hasta 1480, dos eran los porteros de cámara presentes en la chancillería de Valladolid, año en que pasaron a ser 4. Según María Antonia Varona, este número permaneció efectivo durante el reinado de los Reyes Católicos, dado que, si bien fueron 12 los que llegaron a tener título, se turnaban cada 4 meses. Ya entonces era evidente su integración en la casa real, con mención específica de su destino en el nombramiento, dependiente en exclusiva y directamente del propio rey⁵⁹⁴. Igualmente, en el momento fundacional de la audiencia de Ciudad Real, cuyas ordenanzas fueron expedidas el 30 de septiembre de 1494, también consta la presencia de dos porteros⁵⁹⁵. Como en el caso de los porteros del Consejo, la retribución de los porteros de cámara destinados en las chancillerías dependía del pagador de la casa de Castilla⁵⁹⁶. No sólo el contenido de

⁵⁹² *Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, op. cit., f. 173r.

⁵⁹³ A. Á. RUIZ RODRÍGUEZ: *La Real Chancillería de Granada en el siglo XVI*, Granada 1987, p. 210.

⁵⁹⁴ M^a A. VARONA GARCÍA: *La Chancillería de Valladolid...*, op. cit., pp. 204-205.

⁵⁹⁵ *Ibidem*, p. 88. Para sus funciones, A. Á. RUIZ RODRÍGUEZ: *La Real Chancillería de Granada...*, op. cit., pp. 210-212.

⁵⁹⁶ Al respecto, cfr. por ejemplo AGP, AG, Nóminas empleados, caja 5637/3 (2).

los títulos⁵⁹⁷, sino registros complementarios del contador de la casa⁵⁹⁸ u otros procedimientos como el embargo de los gajes⁵⁹⁹, señalaban tal inserción de los porteros de Valladolid y Granada en la casa real. De hecho, de su título se deduce el tono imperativo con que el rey imponía a presidente y oidores la aceptación en el organismo de uno de sus servidores. Además, esta vinculación inmediata y continua con la casa real quedaba destacada, pese a la distancia geográfica, por el hecho de no existir una intervención estatutaria de su respectivo presidente en la designación de aquellos que servían en ambas chancillerías y audiencias. El cuerpo de porteros presente en ellas reaccionaba decididamente cada vez que la cabeza de cualquiera de los dos organismos intervenía en este punto, por ejemplo, cuando el presidente extendía títulos de porteros de cámara cuya firma era atribución exclusiva de la persona real⁶⁰⁰.

Tal dependencia de la casa de Castilla distinguía claramente a los porteros de cámara en el conjunto de los ministros y oficiales de las chancillerías. Como ponía asimismo de manifiesto el hecho de que las nóminas remitidas al rey por sus presidentes a final de cada año, para su confirmación, omitieran cuidadosamente la mención de los porteros de cámara. La *Práctica de la Real Chancillería de Granada* se ocupaba en la mayor parte de su capítulo noveno “de la nómina que el señor pressidente imbia cada año de los oydores y ministros que sirven con salario a Su Magestad en la chançillería, para que les confirme las plazas”, y mencionaba entre tales los porteros de cámara⁶⁰¹. Sin embargo, en tales nóminas, por ejemplo para el año 1605, sólo consta la referencia a oidores, alcaldes del crimen, juez mayor de Vizcaya (para el caso de Valladolid), alcaldes de hijosdalgo, fiscal, alguacil mayor, tenientes del mismo, chanciller, registrador, letrados de pobres, procurador de pobres, receptor de penas de cámara, receptor de gastos de justicia y receptor de penas de estrados (estos tres últimos casos asimismo exclusivos

⁵⁹⁷ Título de portero de cámara en la chancillería de Valladolid a favor de Agustín Fernández de Castro, Madrid, 24 de noviembre de 1621 (AGP, Personal, caja 345/16).

⁵⁹⁸ AGP, AG, leg. 6723, “Cantidades que han percibido varios criados de la real casa en el año de 1584”, con relación de porteros de cámara, incluidos algunos destinados en las chancillerías de Valladolid y Granada.

⁵⁹⁹ Así, cédula real en Madrid, 26 de junio de 1608 [AGP, AG, Nóminas empleados, 5636/2 (1)].

⁶⁰⁰ Un ejemplo, en AGP, Personal, caja 232/18.

⁶⁰¹ J. A. LÓPEZ NEVOT (ed.): *Práctica de la Real Chancillería de Granada...*, op. cit., pp. 39-41.

de la chancillería de Valladolid)⁶⁰². Para completar ambas plantillas con los respectivos porteros de cámara es necesario recurrir, como digo, a la documentación registral del contador de la casa, caso de las nóminas de la casa de Castilla⁶⁰³, cuya reconstrucción resulta ciertamente trabajosa. Por lo apreciado en esta documentación, los porteros de una y otra chancillería aparecían específicamente mencionados en la orden de pago dirigida por el rey a su “despensero mayor y pagador de los officios y oficiales de n[uest]ra cassa de Castilla”, junto al resto de sus compañeros, así como de los predicadores, capellanes, monteros de guarda, porteros de cadena, escuderos de a pie y otros officios y oficiales. El pago se producía en presencia y con intervención del veedor y contador de la casa de Castilla. Esta sujeción doméstica de los porteros de cámara de las chancillerías en la percepción de sus haberes se mantuvo pese a los problemas logísticos que originaba, cuya interpretación, por lo demás, arroja conclusiones muy elocuentes sobre el entorno político y social en que se desenvolvían.

2.5.3.4. *Forma de designación, funciones y posición de los porteros de cámara de las chancillerías*

Como sucedía en el caso de sus compañeros ejercientes en el Consejo Real, la designación de las vacantes de porteros de cámara en las chancillerías de Valladolid y Granada se tramitaba a través de la cámara de Castilla⁶⁰⁴. Como he

⁶⁰² Nóminas contenidas en AHN, Consejos, lib. 707e, “Libro donde se asientan las prouisiones de gouernaciones, aisistencias, corregimientos, residencias y títulos de aisientos de justicia libradas por el cardenal don Diego dEspinosa. Firmadas de Su Magd. y refrendadas de Antonio de Erasso su secretario” (ff. 334r-336v).

⁶⁰³ AGP, AG, Nóminas de Empleados, en la serie de cajas 5636/1 (1) a 5637/3 (2), 5639/1 (4) a 5642/2 (8) y 5645/1 (11) a 5645/2 (11), para lo relativo al reinado de Felipe III. Debo la noticia de su existencia al profesor José Martínez Millán. La reconstrucción de estas nóminas en lo relativo a los porteros de cámara de ambas chancillerías, en I. EZQUERRA REVILLA: “Indicio del ámbito doméstico regio en las Chancillerías y Audiencias: los porteros de cámara (Siglos XVI-XVII)”, *Historia, Instituciones, Documentos* 37 (2010) pp. 63-85.

⁶⁰⁴ IVDJ, envío 90, c. 129, n° 524, “Relación de lo q. en el Consejo de cámara se despacha de ordinario y la orden que se tiene”, de alrededor de 1570: “Assimesmo se despachan en cámara algunas uezes por consulta porterías de cámara y capellanías q tienen asientos en los libros de Castilla por dexación, o uaca[ci]ón”. La práctica aparece ya totalmente consolidada a raíz de la reforma de la cámara de 6 de enero de 1588, formando parte explícita de sus atribuciones los “asientos de coronistas, aposentadores, predicadores, monteros, cappellanes, porteros de cámara y otros officios de corte” (*Ibidem*, n° 533, s.f. pero posterior a 1588 por mencionar entre las atribuciones de la cámara el despacho de plazas de presidentes, oidores y otros officios de Consejos y chancillerías hasta entonces reservado al presidente de Castilla).

indicado, esta lógica retributiva conllevó un llamativo aumento en el número de porteros que obligó a Felipe II a limitar su número, como sucedió con los oficios de aposentadores y alguaciles, pero con el rasgo distintivo de no fijar un número concreto. Si bien en las chancillerías de Valladolid y de Granada, dado su reducido número⁶⁰⁵ y su condición periférica en la casa, la existencia de porteros con título pero sin destino (traducción efectiva de tal estado de cosas), brilló prácticamente por su ausencia. No obstante, a los destinados en las audiencias también les afectó el deseo real –nunca totalmente consumado– de limitar el número total de estas plazas⁶⁰⁶, mediante cédula real de 1575 que fijaba en 12 el número de porteros estantes en la chancillería de Valladolid, y 8 en la de Granada⁶⁰⁷. En tiempo de Felipe IV, la reformatión de la casa planteada en 1628 implicó la equiparación del número de porteros de cámara de la primera con los de la segunda, tras una primera reducción a 10⁶⁰⁸.

El lugar y las funciones desempeñadas por los porteros de cámara de las chancillerías manifestaban la misma posición liminar que sus compañeros del Consejo. Hecho de gran calado doctrinal, puesto que constituía expresión de la continuidad ideal del espacio restringido constituido por la cámara real, pese a la distancia física, con fundamento en la unicidad jurisdiccional. La posición linderera –por así llamarla– era extensiva a los porteros de las chancillerías. Desempeñaban funciones introductorias, al llamar a las partes cuando la audiencia veía los pleitos que les afectaban; si bien la crítica coetánea estimaba que la práctica de los porteros de las chancillerías en este terreno era mejorable. Dado que, al comunicar personalmente el inicio de la vista a los litigantes, se daba lugar a una demora que en muchas ocasiones impedía su efectiva asistencia a la misma. Por ello Martínez Lozano era partidario de aplicar el uso existente en el Consejo Real, donde los porteros llamaban a voces a las partes⁶⁰⁹. Esta remisión valorativa no hacía sino indicar la concurrencia de Consejo y audiencias en un mismo plano jurisdiccional,

⁶⁰⁵ El número de 10 que se aprecia en los cuadros anteriormente incluidos para el periodo 1604-1621, se reduce a 8 en J. A. LÓPEZ NEVOT (ed.): *Práctica de la Real Chancillería de Granada...*, *op. cit.*, p. 5.

⁶⁰⁶ Proceso que, entreverado con la disputa entre mayordomo mayor y presidente de Castilla acerca de la designación de los porteros presentes en el Consejo Real, trato en “El limes doméstico de la administración castellana moderna...”, *op. cit.*.

⁶⁰⁷ IVDJ, Envío 7 (II), f. 211, “Los porteros de cám[ar]a y cadena que quiero aya de aquí adelante”. La pretensión final era reducir a 48 el número total de porteros.

⁶⁰⁸ AGP, AG, leg. 928, artículo 56 de la reforma resultante de las “nueve juntas”.

⁶⁰⁹ J. A. LÓPEZ NEVOT (ed.): *Práctica de la Real Chancillería de Granada...*, *op. cit.*, p. 34.

en la que después insistiré. Asimismo, tal situación liminar se expresaba al emplazar a las partes, tarea en la que se les impuso la obligación de notificarlas expresamente, pues sin tal requisito los oficiales de la audiencia no darían por corriente ningún plazo⁶¹⁰. Entre tales emplazamientos destacaban los realizados a los Grandes de España, principalmente por caso de corte⁶¹¹.

Funcionalmente, como en el caso del Consejo Real, en la labor de los porteros de cámara de las chancillerías se distinguían las tareas de puertas para dentro, de las que desempeñaban en los lugares en que radicaban. Aspecto en que nuevamente aparecen convertidos en límite ambulante de la demarcación reservada del rey, en la que tales organismos estaban integrados. La *Recopilación de las Ordenanzas... de Valladolid*, de 1566, en su título séptimo, libro segundo, “De los porteros de cámara y de los otros porteros”⁶¹² regulaba su permanencia al servicio de acuerdo y salas desde antes de la llegada de presidente y oidores hasta después de su salida, de acuerdo con la siguiente distribución: 4 en los acuerdos, dos en la sala donde se realizara audiencia pública y otros dos en la que estuviere el presidente, así como uno en cada una del resto de las salas. No sólo ejercían rígidamente su tarea selectiva respecto al litigante —especialmente cuando se realizaba acuerdo—, sino que tenían atribuciones en la guarda del orden, ritmo y concierto de las sesiones. Puesto que les estaba confiado el cuidado de quiénes y dónde debían estar presentes, así como velar por el desarrollo ordenado y respetuoso de las intervenciones, actitud contenida en expresión tan terminante como “defender los estrados”⁶¹³. Como en el caso del Consejo Real, un portero de cámara debía servir a los oidores que cada sábado visitaban la cárcel real y municipal, “para lo que allí se offreciere, y le fuere mandado”⁶¹⁴. A su

⁶¹⁰ *Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, op. cit., f. 36r y 115v; G. DE MONTERROSO Y ALVARADO: *Pratica Civil y Criminal, y Instrucion de Escrivanos diuidda en nueue Tratados*, Madrid 1598, f. 101v.

⁶¹¹ Esta función se menciona tanto en J. A. LÓPEZ NEVOT (ed.): *Práctica de la Real Chancillería de Granada...*, op. cit., p. 35, como en M. FERNÁNDEZ DE AYALA AULESTIA: *Práctica y formulario de la Chancillería de Valladolid*, op. cit., cap. XXX, f. 47v.

⁶¹² *Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, op. cit., ff. 114r-116r.

⁶¹³ *Ibidem*, f. 114v. Por su parte, las *Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Granada*, Granada 1601, f. 356v, atribuían a los porteros la tercera parte de las penas en que incurrieren aquellos que no guardasen las ordenanzas sobre el hablar.

⁶¹⁴ *Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, op. cit., f. 114v. Tanto el cuidado del orden en la sala, como el acompañamiento a los oidores en la

vez, un portero acompañaba a los escribanos cuando tenían que realizar alguna notificación ⁶¹⁵.

Tales funciones continuaban plenamente vigentes mediado el siglo XVII, de acuerdo con lo contenido en la *Práctica de la Real Chancillería de Granada*, de Martínez Lozano, y en la *Práctica y Formulario de la Chancillería de Valladolid*, de Fernández de Ayala Aulestia. Ambas obras, especialmente la primera, especificaban con mayor claridad los cometidos que su peculiar posición imponía a los porteros. De quienes dependía el eventual traslado de las órdenes que los oidores hubieran de formular al alguacil de corte que guardaba sala, así como la comunicación con aquellos oidores imposibilitados de asistir a la audiencia ⁶¹⁶. Fernández de Ayala compendia de forma más sumaria y precisa lo dicho un siglo antes en cuanto a la responsabilidad de los porteros en la armonía de las sesiones. Concluyendo que el portero más antiguo

a de estar en todas las ceremonias, política y gobierno de la chancillería, para en las ocasiones que se ofrecen, que son muy continuas a hazer lo que le tocara, y que los demás hagan lo que a cada uno toca por su oficio, y está a su obligación el que todo esté a tiempo, y conforme a estilo ⁶¹⁷.

En cuanto a las expresiones ceremoniales de tal posición limítrofe, si bien por su propio objeto las *Prácticas* que menciono fueron mucho menos detalladas que Juan de Moriana en lo relativo al Consejo Real, Fernández de Ayala fue el comentarista más explícito. Y señaló que en aquellos actos públicos en los que concurría el acuerdo, asistía el portero de mayor antigüedad con el presidente, junto al secretario de aquél, ocupándose en todas las funciones de las colaciones “y todo lo demás que es necesario, en todo tiempo, para servicio del acuerdo” ⁶¹⁸.

Interesa destacar, para la recta comprensión del origen e integración de las chancillerías en el espacio inmediato al rey, que tal sentido se vio fortalecido por

visita de la cárcel son referidos asimismo en M^a A. VARONA GARCÍA: *La Chancillería de Valladolid...*, *op. cit.*, p. 205, y por A. Á. RUIZ RODRÍGUEZ: *La Real Chancillería de Granada...*, *op. cit.*, p. 210.

⁶¹⁵ A. Á. RUIZ RODRÍGUEZ: *La Real Chancillería de Granada...*, *op. cit.*, p. 210.

⁶¹⁶ J. A. LÓPEZ NEVOT (ed.): *Práctica de la Real Chancillería de Granada...*, *op. cit.*, pp. 34-35.

⁶¹⁷ M. FERNÁNDEZ DE AYALA AULESTIA: *Práctica y formulario de la Chancillería de Valladolid*, *op. cit.*, f. 47v.

⁶¹⁸ *Op. cit.* A este respecto cfr. también A. Á. RUIZ RODRÍGUEZ: *La Real Chancillería de Granada...*, *op. cit.*, p. 211.

las peculiaridades de localización interna propias de estos organismos, que propiciaron una reproducción a escala de los códigos y valores de organización y funcionamiento existentes en palacio y en la corte inmediata al rey. Como venimos viendo, los porteros de cámara estaban al servicio de las audiencias, pero también estaban presentes en otras dependencias del edificio en que las mismas se integraban, ubicadas en su día en la cámara real. En este sentido, es muy ilustrativa su presencia junto y al servicio del sello real (símbolo de su persona):

Deven assí mesmo los porteros dar orden entre sí por turno o por la vía que les estoviere mejor, como aya y esté presto uno dellos para servir al Sello donde ha de estar & residir haziendo guarda el tiempo & oras señaladas & diputadas para sellar las cartas & provisiones reales, conforme a la ordenança que sobre ello dispone, como fue entre otras cosas proveydo por la cédula de Medina, año de mil & quinientos & quatro ⁶¹⁹.

También en este caso se apreciaba el lugar confinante de los porteros de cámara, entre la propia chancillería y los súbditos reales, y fue necesario, llegado el momento, alimentar una lógica semántica que el tiempo y la distancia tendían a debilitar ⁶²⁰. Ruiz Rodríguez amplía las funciones del portero de cámara en este terreno a sellar bajo supervisión del chanciller y, una vez concluido el horario de sellado, abandonar su posición en la reja de madera que le separaba del público y llevar el sello a su arca, responsabilizándose de cerrarla y guardar sus llaves. Como se advierte, una función semejante a la ejercida por el portero más moderno en el Consejo Real, al recoger los útiles de despacho una vez finalizadas las sesiones ⁶²¹. Su posición se advertía igualmente en la obligación de acompañar al registrador cuando este transportaba Reales Provisiones o documentos de importancia ⁶²². A su vez, la presencia del portero de cámara más antiguo en el cuarto

⁶¹⁹ *Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, op. cit., f. 115r; *Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Granada*, op. cit., f. 283v.

⁶²⁰ “Assimismo tiene obligación de asistir en la sala del sello con el chançiller al tiempo de sellar las proviisiones un portero, por disposición de ley, para tomarlas por la rexa de las perssonas que las lleban a sellar, y bolverlas selladas, y aunque sobre el asistir portero a este exerçio se hiço entre otras cossas consulta a los señores del Consejo, pretendiendo la chançillería que no era necessario el hallarse allí portero, por resulta della se mandó guardar la ordenança que çerca desto dispone, que es la ley çitada” [J. A. LÓPEZ NEVOT (ed.): *Práctica de la Real Chancillería de Granada...*, op. cit., p. 36]. Asimismo refiere esta presencia junto al sello M^a A. VARONA GARCÍA: *La Chancillería de Valladolid...*, op. cit., p. 205.

⁶²¹ J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, op. cit., pp. 217-349, p. 283.

⁶²² A. Á. RUIZ RODRÍGUEZ: *La Real Chancillería de Granada...*, op. cit., p. 210.

del presidente convertía este en lejana evocación de la parte más reservada de la propia cámara regia ⁶²³.

2.5.3.5. *Los porteros de cámara en la homologación cortesana de Consejo y audiencias*

Con los fundamentos indicados, una comprensión más clara de la actuación de los porteros de cámara en el terreno jurisdiccional se deduce del estudio conjunto de ambos espacios, Consejo Real y audiencias. Al margen de los indicios y autoridades ya señalados, esto lo sugiere el hecho de que eran los porteros de uno y otras los encargados del traslado de pleitos y expedientes entre ambos polos ⁶²⁴, evidenciando un nexo de relación transversal que no hacía sino subrayar la conexión que vengo indicando ⁶²⁵. Por su parte, Fernández de Ayala Aulestia mencionaba entre sus atribuciones “llevar los pleytos que van en grado de mil, y quinientas al Consejo, a costa de las partes” ⁶²⁶. Esta comunicación transversal protagonizada por los porteros era acorde con la pertenencia de todos ellos a un cuerpo único, adscrito al servicio real. De forma elocuente, fueron los porteros de cámara de las chancillerías quienes continuaron expresando evidencias de integración en el espacio

⁶²³ “El portero más antiguo, demás de lo referido acude a la persona del presidente en su quarto, por mañana, y tarde, para estar a sus órdenes en todo lo que se ofreciere” (M. FERNÁNDEZ DE AYALA AULESTIA: *Práctica y formulario de la Chancillería de Valladolid*, op. cit., f. 47v).

⁶²⁴ En lo relativo a esta función por parte de los porteros del Consejo, así se expresaba Moriana: “Tócales el servir sus salas por el turno que tienen y el llevar sus pleytos y visitas que el Conssejo embía a las chancillerías y audiencias, por suertes que echan para ello, ecepto la lleva de las visitas, que el señor presidente puede nombrar el que fuere servido como sirva en el Conssejo” (J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, op. cit., p. 283).

⁶²⁵ Las ordenanzas de la chancillería de Valladolid de 1566 especificaban: “Quando se oviere de embiar al Rey o al Consejo algún processo o cosa otra que requiera persona de confiança, debe se embiar con alguno de los porteros de cámara que residen & sirven en su real audiencia quedando recaudo y número de porteros para que no aya falta en el servicio ordinario della, como lo dispone la cédula real que para ello ay”, firmada en Madrid el 7 de agosto de 1535, en *Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, op. cit., f. 115r. La atribución a los porteros de las audiencias del transporte de aquellos procesos y despachos que debieran ser presentados ante el rey o el Consejo se contiene en ley IV, lib. II, tít. XXV, de 1528, en *Recopilacion de las leyes destos reynos...hecha por mandado... del rey don Felipe Segundo*, Valladolid 1982, vol. I, f. 200r-v.

⁶²⁶ M. FERNÁNDEZ DE AYALA AULESTIA: *Práctica y formulario de la Chancillería de Valladolid*, op. cit., f. 47v.

reservado del monarca perdidas ya por los del Consejo, en el contexto de la intencionada desconsideración hacia este organismo que se percibe conforme avanza el siglo XVII ⁶²⁷. Como permanecer cubiertos en la audiencia, y conservar una posición clara y constante en los acompañamientos públicos ⁶²⁸.

Por influjo del sistema político del Estado liberal, se ha tendido a atribuir una estructura jerárquica a la planta judicial moderna, o cuando menos hemos proyectado la lógica actual hacia el pasado ⁶²⁹. Cuando lo que existía, en la línea de la mencionada aportación de Garriga, era una suerte de cohesión agregativa, compatible con la congruencia competencial o de momento procesal. Este es el código en el que encajar el entendimiento de casos de corte por las audiencias (de acuerdo, por ejemplo, con la indicada *Práctica de la Real Chancillería de Granada*) y la mención permanente y explícita de los “porteros de cámara que sirven en Madrid y en las chancillerías de Valladolid y de Granada” entre los oficios que formaban la casa real de Castilla, a lo largo de los siglos modernos. Y es que, como indicaron las etiquetas reales, tanto los porteros de Consejo y audiencias, como los de capilla y cámaras reales, conservaron su lugar en el contexto de superposición de las áreas castellana y borgoñona del servicio, culminada en el siglo XVII con la imposición de esta última. Imposición, como hemos visto en varios trabajos de la presente obra, trabada e incompleta. Entonces, la estructura interna del servicio era al modo borgoñón, pero, en relación con ella, tanto los porteros de cámara como los porteros de cadena conservaron su especificidad ⁶³⁰, dado

⁶²⁷ Que describo en el artículo “El *limes* doméstico de la administración castellana moderna...”, *op. cit.*

⁶²⁸ “La prehegemonía antigua que tenían en el Consejo los porteros de cámara era servir en él cubiertos las cavezas, como los relatores y escrivanos de cámara, y con sus espadas en las cintas. Y en los acompañamientos públicos tenían lugar ynmediato al Consejo y sala de alcaldes de corte, después de los fiscales. Las dos prehegemonías de cubrirse y acompañamientos, por flojedad de los antecesores se an perdido aquí en el Conssejo, porque en las chancillerías de Valladolid y Granada, a donde sirven también porteros de cámara, que cada año se les ymbiaban allí, se les guarda la prehegemonía de cubrirse en los estrados, y el lugar en los acompañamientos públicos ynmediatos a los señores, y aquí en la corte se guarda en la visita particular de las cárceles, porque se cubren los porteros de cámara que asisten en ella” (J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, *op. cit.*, p. 282).

⁶²⁹ Actitud cuyas ventajas e inconvenientes ponderó en su día A. GARCÍA GALLO: “Cuestiones y problemas de la Historia de la Administración española”, *Actas del I Symposium de Historia de la Administración*, Madrid 1970, pp. 39-59.

⁶³⁰ Además de por los referidos porteros de cámara, a la altura de 1653, se decía estar formada la “casa real de Castilla de Su Magd.” por capellán mayor, predicadores, capellanes

que los oficios nacidos y relacionados con la cámara al modo castellano ocupaban una esfera externa encargada, con toda coherencia, de vehicular la integración del conglomerado resultante en el contexto autóctono.

En definitiva, la presencia de los porteros de cámara en las chancillerías era símbolo del origen e integración de la actividad jurisdiccional del rey en su ámbito más reservado, el representado por la cámara. Del que se había desgajado –conservando expresiones alegóricas como la indicada–, por motivos esencialmente funcionales, como responder al problema que representaba para los súbditos más alejados el acudir a su corte, para obtener copia validada de documentos reales. Ello arrastró a la audiencia, en cuyo proceso de multiplicación conservó las señas de identidad de tal origen –representadas principalmente por los porteros–, aunque en un medio ambiente que, dada la distancia y el tiempo transcurrido desde la partida, dificultaba su interpretación, incluso para los peritos en la materia. Ello contribuye a explicar la limitada comprensión que la crítica histórica ha solido tener respecto a los porteros de cámara de audiencias y chancillerías.

2.5.4. *La corte como continuidad territorial*

Con ser importante, la presencia simultánea de los porteros de cámara en ambos espacios jurisdiccionales, Consejo y chancillerías, era manifestación esencial pero parcial de un fenómeno más amplio y complejo, que tendía a superponer la noción extensa de cámara real con el propio territorio. La entidad territorial de la corte ha solido estar oscurecida por una asociación prioritaria del concepto a otras manifestaciones más visibles y conformes con una visión general de la misma. Pero las muestras administrativas emanadas de la persona real drenaron continuamente el territorio de los reinos de Castilla, y los dotaron de cohesión y conciencia de pertenencia a una misma y continua realidad político-administrativa. La influencia ejercida por la Majestad Real en su entorno, a través de la cámara, aquella dependencia más restringida, en la que conciliaba su faceta cotidiana más íntima con la labor de gobierno, se apreció nítidamente no sólo en el espacio inmediato al mismo. Como se viene señalando en este trabajo, en la promoción y conservación de este espacio correspondió gran responsabilidad

de honor, oficios continuos, músicos de tecla, ministriles, trompetas, atabaleros, moneros de guarda, porteros de cadena, escuderos de a pie, cantores, capellanes, cantores y músicos de la corona de Portugal que se agregaron a esta casa tras su pérdida; mercedes de viudas, hijas e hijos de criados de la casa de Castilla, las dos cazas de volatería y montería y mercedes de viudas e hijas de cazadores y moneros (AGP, AG, leg. 340). Ver el capítulo correspondiente en esta misma obra.

al Consejo Real de Castilla, a causa de su inserción en el espacio reservado del monarca.

El espacio en el que se consumaba la relación entre rey y Consejo Real, y la frecuencia en que tenía lugar, variables compendiadas en la conocida como Consulta de los Viernes –que puede resumirse idealmente como una vista semanal del Consejo en presencia del rey y en su antecámara–, no sólo distinguía al Consejo Real sobre el resto de consejos. Son muchos los aspectos que quedan por descubrir de estas consultas, cuya celebración parece tener desigual frecuencia e importancia a lo largo de la Edad Moderna, conforme variaban los fundamentos doctrinales de la Monarquía. Pero no es erróneo afirmar que, dada la generalidad de asuntos tratados en ellas, esta práctica asimilaba al Consejo Real en el espacio inmediato a la intimidad real. Hasta tal punto que quizá fue el organismo consiliar que con mayor legitimidad se confundía en el ámbito doméstico del rey. Es este el camino por el que comprender la inclusión de esta consulta en las “Etiquetas generales que han de observar los criados de la casa de Su Mag[esta]d en el uso y ejercicio de sus oficios”⁶³¹, así como la importancia que también le dio Juan de Moriana al abrir con lo tocante a la consulta de los viernes la parte sustancial de sus “Discursos sobre el Consejo y ceremonial del mismo”⁶³². Como hemos visto, el propio oficio de Moriana testimoniaba una forma complementaria de agregación del Consejo en el espacio reservado del monarca, pues pertenecía a los porteros de cámara al servicio del organismo, integrados en ese área doméstica del rey⁶³³.

Así pues, la posición del Consejo Real venía significada por su cercanía al rey y su frecuencia de trato con él, que le privilegiaba para ejercer como instrumento para la emanación de idea de corte desde la persona real al territorio; para articular un espacio continuo de matriz cortesana muy diferente a la consabida relación centro-periferia que ha solido historiarse, en el que ambos polos tuvieran –especialmente el último– predeterminación opositora. Esta transversalidad de orden cortesano no entendía de limitaciones jurisdiccionales, a las que, en un ámbito general, superaba. Por su misma naturaleza, la jurisdicción se define respecto a algo. Es un concepto de por sí restringido, que requiere de una entidad globalizadora, a partir de la que concretarse. Sin la idea de corte, las jurisdicciones operan en vacío, pues carecen de ese fuero comunal y unificador respecto al que se definen, y

⁶³¹ J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 953.

⁶³² J. DE MORIANA: *Discursos generales y particulares...*, *op. cit.*, pp. 217-349, pp. 221-222.

⁶³³ Al respecto, I. EZQUERRA REVILLA: “El *limes* doméstico de la administración castellana moderna...”, *op. cit.*, pp. 809-836.

buena parte de esa idea fue interpretada por el Consejo Real, cuyo ejercicio en un determinado plano (aquel que afectaba perpendicularmente a varias jurisdicciones u órdenes sociales) no conocía de limitaciones.

No obstante, en virtud precisamente de la idea cortesana visible ya en las *Partidas*, de la inicial itinerancia regia y la referida partida de la chancillería y audiencia, el monopolio de la jurisdicción real no correspondió en absoluto al Consejo. Pese a que la eminencia jerárquica del Consejo dificulta la percepción de este hecho —como indicaba ya la interpretación coetánea de Yáñez Parladorio⁶³⁴— existía una unidad esencial de la jurisdicción real que sólo a efectos funcionales se mostraba compartimentada⁶³⁵. Idéntica jurisdicción administraban Consejo, chancillerías y audiencias, no la misma clase, sino la misma y única, aunque es verdad que con diferente alcance o intensidad⁶³⁶. Si se concibe la jurisdicción real como algo único e indivisible, más allá de divisiones arbitrarias determinadas por motivos históricos y funcionales y se consideran Consejo, chancillerías y corregimientos como un todo; y, por otro lado, se cruza esta realidad con la inserción de cada una de sus partes y por lo tanto del conjunto resultante en la privacidad regia —como varios indicios en cada caso permiten deducir—, gana claridad la idea de corte como entidad territorial identificable en lo sustancial con el espacio de los propios reinos castellanos. Como unidad espacial o estrato permanente, de cambiante visibilidad conforme a prioridades directamente jurisdiccionales o de orden temático que determinaban perímetros de naturaleza típicamente cortesana —las consabidas 5 leguas— modulables según las circunstancias, y cuya superposición y multiplicación, eventual o permanente, confería consistencia más o menos visible a ese conjunto espacial. Perímetros emanados de cada uno de los tres rangos que lo conformaban (Consejo, chancillerías y audiencias y corregimientos) para articular un espacio que pretendía cubrir de forma total y homogénea el territorio, aún cuando hubiese espacios “en sombra”.

La unidad esencial del espacio cortesano, fundamentada en un proceso de ampliación doméstica, propició una confusión entre lo patrimonial y lo administrativo

⁶³⁴ B. CLAVERO SALVADOR: “La Monarquía, el Derecho y la Justicia”, *op. cit.*, pp. 29-30 [cita a Yáñez Parladorio (*Quotidianarum differentiarum sesquicenturia*, Madrid 1612) para privilegiar al Consejo en esta igualdad cortesana, en virtud de su immediatez física al rey y la frecuencia de su contacto. Es esta la veta para profundizar en la preeminencia del Consejo, para mí de fundamento doméstico].

⁶³⁵ C. GARRIGA: “Las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid...”, *op. cit.*, esp. pp. 13-30.

⁶³⁶ En lo que tuvo relación la presencia física del Rey ante el Consejo (B. CLAVERO SALVADOR: “Sevilla, concejo y audiencia...”, *op. cit.*, pp. 5-95, pp. 24-25).

y, a su vez, indujo ámbitos concretos de actuación de los que emanaron perímetros restringidos, que manifestaban la condición de tal espacio. Como venimos señalando, la función transponedora ejercida por la cámara real fue esencial en el conjunto de este proceso. Existía un espacio continuo y extenso, identificable con la corte, superpuesto al territorio y confundido con él, caracterizado por su inmediatez respecto al monarca. En buena medida, la autoridad era ejercida de forma directa en él por el propio rey, a través principalmente del Consejo Real. A diferencia, en mi opinión, de otros consejos, mediante los que el monarca gestionaba otros espacios y jurisdicciones por la persona interpuesta de los secretarios, aún cuando estos tuviesen un contacto más frecuente con la persona real. La inserción del Consejo en la cámara regia determinaba una preeminencia necesaria para la propia función transmisora ejercida por el organismo.

Para finalizar, parece claro que la consideración del territorio como una entidad cortesana, resultado de la prolongación del espacio doméstico del rey a los reinos alimentó, mediante los instrumentos aquí aludidos, las tres fases de la expansión castellana, o más propiamente de cierta forma de asimilación del espacio “a la castellana” (expresión carente de cualquier matiz nacionalista, contrario o favorable): reconquista, colonización de las Indias y, finalmente, asimilación de los territorios de la corona de Aragón. Lo hizo con mayor o menor sofisticación de un único instrumento, la prolongación de la cámara regia hacia el territorio, a través, principal pero no únicamente, del Consejo Real. En lo relativo a este último impulso, parece que Macanaz no consiguió someter el Consejo a reforma hasta que no se consumó la referida asimilación, alterando el fundamento de la posición del organismo —a la postre infructuosamente—, consistente en la referida cercanía y frecuencia de trato con el rey.

En los siglos modernos se consumó una trayectoria continua y coherente de origen cortesano, con su propia racionalidad y legalidad, que fue una realidad antecedente e imperativa sobre la que se consumó la tímida revolución liberal española, y la subsiguiente adopción de la forma de Estado. Necesitada del previo desarrollo territorial y administrativo de la idea de corte, sobre la contribución esencial de la ampliación espacial de la cámara.

3. *EL FUNCIONAMIENTO DIARIO DE PALACIO: LOS OFICIOS DE LA CASA*

José Martínez Millán,
José Eloy Hortal Muñoz

3.1. *LOS OFICIOS DE LA CASA*

La diferencia entre oficiales de la cámara y de la casa no resulta fácil de comprender, dado que los servidores de ambas secciones de la casa real tenían contacto directo con el monarca. No obstante, resulta posible establecer entre ellos una clara distinción cuando se tienen en cuenta los principios filosóficos clásicos en los que estaba basada la articulación político-social de las Monarquías modernas.

En efecto, en el interior de las diversas posiciones que caracterizaron el saber ético y político de la Edad Moderna, tuvo un papel importante la filosofía práctica de Aristóteles, enderezada al conocimiento de la realidad mundana y del trato humano. Al menos, hasta el siglo XVIII, la reflexión filosófica y política sobre los términos de gobierno y de administración de la comunidad política estuvo influenciada por ideas aristotélicas⁶³⁷. Típica de dicho modelo y de su larga reelaboración medieval⁶³⁸, surgió, durante los siglos XVI y XVII, una visión política como resultado necesario de la tendencia del individuo a una sociabilidad que desde la familia se extendía (por razones históricas y funcionales) a las formas de convivencia política más complicadas. Estas nuevas formas políticas no solo se distinguieron de las anteriores por el aumento de las necesidades, lo que dio origen a respuestas institucionales, sino también por una precisa definición del saber político; pues, en el gobierno del reino, la actividad política jurisdiccional fue lo que

⁶³⁷ Al respecto, G. BRAZZINI: *Dall'economia aristotelica all'economia politica. Saggio sul Tratté di Montchrétien*, Pisa 1988. Sobre el tema, O. BRUNNER: *Vita nobiliare e cultura europea*, Bolonia 1972, pp. 240-250.

⁶³⁸ R. LAMBERTINI: "Per una storia dell'oeconomica tra alto e basso Medioevo", *Cheiron* 2 (1985), pp. 46 y ss.; R. LAMBERTINI: "L'arte del governo della casa. Note sul commento di Bartolomeo da Varignana agli *Oeconomica*", *Medioevo* 17 (1991), pp. 347-389.

prevaleció ⁶³⁹. Mientras que la política se trasladó a la esfera de la justicia y del derecho estatutario, la economía quedó en manos de los estratos inferiores de lo doméstico y de la familia. Ello implicaba un reconocimiento de la prioridad de la disciplina económica para lo doméstico, mientras se indicaba la superioridad moral de la vida civil y política en cuanto ámbito del “bien común” y de la justicia ⁶⁴⁰.

Pero, más allá de la división interna, la filosofía práctica tenía como fin la subordinación del trato humano a aquellos principios éticos y a aquellas virtudes que el padre o el príncipe (cada uno en el ámbito que le era propio) estaban llamadas a encarnar. Los preceptos de la filosofía práctica ponían límites precisos a la actuación de ambos. Al padre, le estaban prohibidas numerosas actividades productivas y mercantiles en cuanto externas a la casa; la acción del soberano, a su vez, estaba limitada tanto en los objetivos que debía perseguir —defensa del reino, conservación de la paz y administración de la justicia—, como en el proceder, enteramente por debajo de la regla de la *scientia iuris* ⁶⁴¹. Es preciso señalar como, a la reproducción de este modelo en la Edad Media, le siguió, en el Renacimiento, la tentativa de articular esta tradición con relación a actores sociales bien distintos: príncipe, ciudadano, gentilhombre... La amplia producción de tratados de comportamiento de estos siglos (XV-XVII) muestra el esfuerzo teórico por reproducir las conexiones de la filosofía práctica frente a las modificaciones y articulaciones de una sociedad cada vez más compleja y estratificada. El carácter de *institutio* de la filosofía práctica se tradujo después en una minuciosa literatura para establecer y resguardar las relaciones interpersonales ⁶⁴². El surgimiento del mercado, la centralización administrativa, la difusión de la moneda, los nuevos imprevistos dinámicos que modificaron la estructura social europea durante los siglos XVI y XVII fueron elementos que alteraron el modelo, haciendo florecer determinadas contradicciones, pero que no consiguieron extinguirlo.

⁶³⁹ A. M. HESPANHA: “Representación dogmática y proyectos de poder”, en *La gracia del Derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid 1993, pp. 61-87, especialmente, pp. 66-68. D. FRIGO: *Il Padre di Famiglia. Governo della casa e governo civile nella tradizioni dell'economica tra cinque e seicento*, Roma 1985, pp. 31 y ss.

⁶⁴⁰ D. FRIGO: “Amministrazione domestica e prudenza *oeconomica*: alcune riflessioni sul sapere politico d'ancien régime”, *Annali di Storia Moderna e Contemporanea* 1 (1995), p. 35.

⁶⁴¹ D. FRIGO: *Il Padre di Famiglia...*, *op. cit.*, pp. 65-72.

⁶⁴² A. QUONDAM: “La virtù dipinta. Noterelle (e divagazioni) guazziniane intorno a Classicismo e *Institutio* in Antico Regime”, en G. PATRIZI (a cura di): *Stefano Guazzo e la Civil conversazione*, Roma 1990, pp. 268-269. Así mismo, la introducción del propio Quondam al tratado de S. GUAZZO: *La civil conversazione*, Ferrara 1993.

En esta tradición de pensamiento, la *economica* indicaba al padre de familia la norma para la realización de la justicia y de la prudencia en la esfera doméstica. Típico de la segunda es la capacidad de traducir los principios y reglas generales de la filosofía práctica en relación al caso singular⁶⁴³. La literatura sobre el tema expone un comportamiento ético impregnado en la moderación y en el equilibrio; es decir, en la *virtú*. De este modo, la *economica* se traduce en eficacia al mismo tiempo que se constituye en vehículo de una ideología fuertemente jerárquica e inmóvil. La analogía con el cuerpo humano —la Monarquía viene prefigurada como organismo que no puede funcionar si se priva de sus partes— viene a demostrar tal inmovilidad⁶⁴⁴. Evidentemente, el monarca utilizaba los recursos disponibles según las necesidades y coyunturas de la evolución de la Monarquía.

Para mejor entender los objetivos hacia los cuales debía enderezarse la prudencia del padre de familia y los modos en que debía traducirse en acción cotidiana, es necesario recordar que el concepto de “casa como complejo” deriva de la conjugación de una doctrina de la autoridad y de los modos de su ejercicio con un bien definido, modelo de gestión y de administración de los bienes, al cual se adapta bien el término “conservación”. La “conservación de la Monarquía” fue una de las frases más utilizadas en el siglo XVII a la hora de justificar la política y las exigencias fiscales del rey. Y es que, el arte del “gobierno de la casa”, se componía de una capacidad propiamente “política”, concerniente al ejercicio de la autoridad doméstica en sus diferentes formas (padre, señor, marido) y de un saber administrativo, concerniente a la gestión de los bienes domésticos y del patrimonio familiar. La *economica* suponía, pues, una combinación de relaciones subordinadas y de relaciones patrimoniales, una unión de personas y bienes en la “casa” con el objetivo de la “felicidad doméstica” y de la afirmación social de la familia⁶⁴⁵. Entre la forma del ejercicio del poder público y la forma de la *potestas* paterna subsistía, en la tratadística, una espesa trama de préstamos recíprocos. A la *potestas*, como poder natural, que el padre podía ejercer de modo “discrecional” propio en virtud de su prudencia, se contraponía, en la doctrina política y jurídica del Antiguo Régimen, la idea de gobierno público como *iurisdictio*, o sea

⁶⁴³ Para Bartolo, “*prudentia consistit circa particularia*” (cfr. D. FRIGO: “Amministrazione domestica e prudenza *oeconomica*...”, *op. cit.*, p. 35).

⁶⁴⁴ A. M. HESPANHA: *História das Instituições. Edad Media e Moderna*, Coimbra 1982, pp. 110 y ss.

⁶⁴⁵ Al respecto, I. ATIENZA HERNÁNDEZ: “*Pater familias*, señor y patrón: *oeconomica*, clientelismo y patronazgo en el Antiguo Régimen”, en R. PASTOR (comp.): *Relaciones de poder, de producción y parentesco en la Edad Media y Moderna*, Madrid 1990, pp. 435-458.

como ejercicio de la autoridad vinculado en sus manifestaciones a los contenidos de la justicia y a las formas del juicio ⁶⁴⁶.

Pero la forma del esquema jurisdiccional conllevó siempre más insuficiencias durante la Edad Moderna por regular los sectores nuevos de la intervención pública y el diverso proceder que estos imponían, a pesar de las relaciones particulares que, con la crecida de los aparatos centrales del gobierno, aparecieron entre el príncipe, oficiales y nobleza de servicio o de corte. Tales relaciones se inscribieron bajo el signo de la “gracia” y del “beneficio” y, por lo tanto, de una discrecionalidad, de un vínculo personal que tendía siempre a reformular como una regla de la justicia distributiva, ocultando su artificiosidad bajo la imagen de la corte como familia del príncipe, y su arbitrariedad bajo el lenguaje de la “protección” y de la “tutela”. En suma, se trataba siempre de una “economía” interna al gobierno doméstico, de un ámbito de relaciones narrables con el lenguaje de la fidelidad, del servicio, de la amistad, sustraído a la rigidez de la *sciencia iuris*. Regular gran parte de las relaciones civiles y políticas fue, en suma, una clase de “economía política”, respecto a la que las reglas de economía se adaptaron rápidamente, sobreponiéndose a aquella de la “servidumbre cortesana” y de la “disimulación”, que constituyeron las formas del saber moral propio de la corte y del universo cortesano ⁶⁴⁷. A esta nueva “disciplina” del vivir social, la economía se sobreponía, a veces, en autores más sensibles al cambio de horizonte cultural del siglo XVII, pero siempre teniendo separados los dos ámbitos: corte y casa. Porque si es verdad que las reglas de una valían para la otra, era también verdad que en la buena administración de la propia riqueza familiar y en la atenta gestión del propio prestigio social, se fundaba la esperanza de tantas caídas aristocráticas de sustraerse al círculo de la corte y del “servicio”, manteniéndose fuera del sutil juego de cambio entre “honor” y “utilidad” que regulaban las relaciones cortesanas.

De cualquier manera, cámara y oficios de la casa denotaban una serie de oficios restringidos para el público y del entorno más íntimo del monarca, dirigidas ambas secciones por el sumiller de corps y el mayordomo mayor, respectivamente. Ambos departamentos se articulaban en torno a tres partes: por los oficiales que servían al rey, por los que ejecutaban la actuación y por los que conseguían el abastecimiento:

⁶⁴⁶ A. M. HESPANHA: “Representación dogmática y proyectos de poder”, *op. cit.*, pp. 68-71.

⁶⁴⁷ M. A. ROMANI: “La corte in Europa. Fedeltà, favori, pratiche di governo”, *Cheiron* 1 (1983).

CÁMARA (Sumiller de corps)	OFICIOS (Mayordomo, Bureo)
1) <i>Servicio cámara</i> Gentilhombres de la casa Costilleros	1) <i>Servicio de la mesa</i> Gentilhombres de la boca
2) <i>Ejecución servicio</i> ⁶⁴⁸ Guardajoya Guardarropa	2) <i>Ejecución de la comida y bebida</i> ⁶⁴⁹ Cocinero mayor Ayudas de cocina Portero de cocina Bujier, potagier, sausier, galopín
	3) <i>Aprovisionamiento</i>

La relación de Sigoney, tomando como modelo ideal la casa de Carlos V hacia 1545, ofrecía abundante información sobre el oficio de mayordomo mayor ⁶⁵⁰. Se trataba del jefe de la casa del rey, y como tal su función era regir y gobernarla, mandando lo que parecía convenir a su buen gobierno y policía. Todo ello debía ser obedecido por los caballeros y demás criados. Concretamente, gentilhombres de la boca, de la casa, costilleros y demás oficiales y criados de su Majestad, debían obedecer tanto al mayordomo mayor como a los mayordomos en todas las cosas tocantes a sus cargos y oficios. Caso de no hacerlo, se arriesgaban a no cobrar sus gajes o ser apartados de sus oficios. Más específicamente, recibía los juramentos de los oficiales y criados de la casa, que eran apuntados en los libros de “acroes” (parece que se terminó despachando título, según el estilo de la casa de Castilla).

Un documento de principios del reinado de Felipe IV ofrecía una completa lista de los mismos ⁶⁵¹: mayordomos, gentilhombres de la boca, maestro de la cámara, contralor, grefier, acemilero mayor, médicos de la familia, cirujanos, algebristas, sangradores, ujieres de cámara, aposentadores, porteros de sala y saleta, porteros de palacio, así como los jefes, ayudas, sotayudas y mozos de de los oficios de boca y de la casa de su Majestad. Es decir, los pertenecientes a la panadería, frutería, cava, sausería, estado de la boca, guardamangier, cocina, cerería, guardajoyas, tapicería y furriera (cuyo jefe era el aposentador de palacio). Y, lo que era más importante, el sumiller de corps, el caballerizo mayor y capitanes de las guardas,

⁶⁴⁸ M. del C. SIMÓN PALMER: *La cocina de palacio, 1561-1931*, Madrid 1997.

⁶⁴⁹ I. DRUMOND BRAGA: *Os menus em Portugal: para uma historia das artes de servir à mesa*, Lisboa 2006.

⁶⁵⁰ “Relación de la forma de servir que se tenía en la casa del Emperador don Carlos...”, *op. cit.*

⁶⁵¹ Informe de Ramiro de Zavalza. Madrid, 2 de agosto de 1625 (AGP, AG, leg. 939/12).

jefes de los distintos gremios. En resumen, tenía autoridad jurisdiccional (plasmada en el hecho de recibir juramento) sobre toda la casa de Borgoña, con la notable excepción del limosnero mayor. Por un lado, directamente sobre los “oficios”, cuyos jefes, oficiales y criados juraban en sus manos, así como otra serie de servidores de la casa; e, indirectamente, sobre las guardas, caballeriza y cámara, en tanto que sus respectivos jefes también debían jurar ante él para entrar en el servicio del monarca, si bien cada uno recibía los juramentos de los miembros del gremio, que se anotaban en sus propios libros.

Por lo que respecta a los componentes de esos oficios, en todas las ocasiones en que se nos muestra el concepto de casa real vinculado a las élites sociales de la Edad Moderna, automáticamente nuestro subconsciente nos remite a los grandes oficios ocupados por la nobleza o los poderes urbanos. Sin embargo, dentro de la misma convergían otros tipos de personajes que, gracias a su pertenencia al séquito de los monarcas o de su familia, en su entorno eran apreciados por encima de otros de equivalente posición social. Muchos de ellos servían en los denominados oficios de la casa.

Antes de comenzar, creemos pertinente detenernos un momento en fijar cuales eran estos oficios ⁶⁵², las categorías de oficiales que encontramos en los mismos y el número de componentes que había en cada uno de ellos en diversos momentos del reinado de Felipe IV, mediante el siguiente cuadro ⁶⁵³:

⁶⁵² Por desgracia, no existe demasiada bibliografía sobre los mismos. La persona que más ha trabajado sobre el asunto, en especial en lo relacionado con los oficios de boca, es M. del C. SIMÓN PALMER en sus libros *La alimentación y sus circunstancias en el Real Alcázar de Madrid*, Madrid 1982 y *Cocineros europeos en el palacio real*, Madrid 1991 (así como el citado previamente de *La cocina de palacio*) o en algún artículo como “El cuidado del cuerpo de las personas reales: de los médicos a los cocineros en el real Alcázar” en A. REDONDO (ed.): *Le corps dans la société espagnole des XVI et XVIII siècles*, París 1990, pp. 113-122. Últimamente M^a de los Á. PÉREZ SAMPER: “Los oficios de boca en la corte española de la Edad Moderna”, en F. LABRADOR ARROYO y J. E. HORTAL MUÑOZ (dirs.): *La Casa de Borgoña...*, *op. cit.*, pp. 337-370. Para la cerería, M. HERRERO GARCÍA: “El alumbrado de la casa española en tiempo de los Austrias”, *Hispania* 67 (1957), pp. 262-299. La tapicería la trata P. BENITO GARCÍA: “El oficio de tapicería del Palacio Real de Madrid”, *Arbor* 65 (2001), pp. 193-219. Otros autores han hecho algunas referencias, tales como J. JURADO SÁNCHEZ: “El coste de la Casa Real en el siglo XVII: cuantía, estructura, funciones estatales, efectos económicos e importancia hacendística del gasto de una institución de Estado”, *Cuadernos de Estudios Empresariales* 9, pp. 87-107, o R. MAYORAL LÓPEZ: “La cámara y los oficios de la casa”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, *op. cit.*, vol. I, pp. 459-731.

⁶⁵³ Para el orden en que presentamos los oficios y ocupantes de los mismos, me remito al vol. II de esta obra, el cual nos ha servido también para completar el número de servidores de oficios que no aparecen en la reforma de 1624 o en las etiquetas de 1647. Los números sin

OFICIOS	REFORMA 1624	ETIQUETAS 1647	FINAL REINADO
<i>Panatería o panadería</i>			
Sumiller	1	1	1
Veedores de la vianda	1	1 (2) ⁶⁵⁴	1
Ujieres de la vianda	1 (2)	1 (2)	2
Ayudas	2 (4)	2	2
Mozos	1 (2)	1 (2)	2
Mozos entretenidos	0 (1)	0 (2)	1
Mozo de plata ⁶⁵⁵	0	0	0
Oblier	1	1	0
Panaderos de boca	1 (3)	1 (2)	1
Panaderos del común	0 (2)	0 (1)	0
Tahonero	1	0	0
<i>Frutería</i>			
Frutier	1 (2)	1	1
Mozos	1	(1)	1
Mozos entretenidos	0 (1)	0 (1)	1
<i>Cava (schançonerie)</i>			
Sumiller	1	1	1
Ayudas	2 (3)	2	2
Mozos	1 (2)	2	2
Mozos entretenidos	0	0	0
Porteros	1	1	1
Aguador	1	0	0

paréntesis son los que indican dichos documentos y entre paréntesis situamos los que de verdad servían, si difieren con respecto al primer número. Si únicamente aparece el número entre paréntesis, es que no se cita en los referidos documentos el número de ocupantes del oficio.

⁶⁵⁴ Aunque Domingo Maranhao apenas servía en dicha fecha.

⁶⁵⁵ Sólo tenemos constancia de este oficio en 1649.

Capítulo 1.3: *El funcionamiento diario de palacio*

OFICIOS	REFORMA 1624	ETIQUETAS 1647	FINAL REINADO
<i>Cocina</i>			
Cocinero mayor	0 (1)	1 (0)	0
Cocineros servilleta	1 (2)	1 (2)	1
Ayudas	4 (5)	4 (6)	5
Porteros	1 (2)	2	2
Potajier	1	1	1
Busier	1	1	1
Mozo entretenido de la busería	0 (1)	0	0
Pasteleros	1 (2)	2	0
Mozos	4 (8)	4 (6) ⁶⁵⁶	8
Portadores	2 (4)	2 (1)	2
Galopines	(6)	¿?	¿?
Aguadores	0 (1)	2 (1)	0
Lechero	1	(1)	0
<i>Sausería o salsería</i>			
Sausieres	1	1	1
Ayudas	2	2	3
Mozos	2	(2)	2
Mozos entretenidos	0 (1)	0 (3)	0
<i>Guardamangier</i>			
Comprador	1	1	1
Ayuda de comprador	0	1 (0)	0
Oficiales o ayudas	2	2	1
Mozos	1	1 (3)	2
Mozos entretenidos	0 (1)	0 (1)	1

⁶⁵⁶ El número dejaría de respetarse aún más en 1649, pues hubo varios nombramientos para atender la llegada del embajador turco y las posibles salidas que probablemente haría el rey fuera de Madrid (expediente de MANCEBO, Silvestre en AGP, Personal, caja 611/5).

OFICIOS	REFORMA 1624	ETIQUETAS 1647	FINAL REINADO
<i>Guardamangier</i> (Cont.)			
Cajonero	0 (1)	0 (1)	0
Salchicero	0 (1)	0	0
Bizcochero	0	0 (1)	0
Confiteros	0	0 (2)	1
Mozo de la confitería ⁶⁵⁷	0 (1)	0 (1)	0
Conservera ⁶⁵⁸	0	0	0
Mercaderes del rey	¿? ⁶⁵⁹	¿?	¿?
Proveedores	¿? ⁶⁶⁰	¿?	¿?
<i>Cerería</i>			
Cerero mayor	1	1	1
Oficiales o ayudas	2 (3)	1	1
Mozos	1	1	2
Mozos entretenidos	0 (2)	0 (3)	2
<i>Tapicería</i>			
Tapicero mayor	1	1	1
Ayudas	4	4	5
Sotayudas	2 (3)	(2)	2
Mozos	4 (6)	4	4
Mozos entretenidos ⁶⁶¹	0	0	0

⁶⁵⁷ El 24 de mayo de 1643, Martín de Arroniz juró su cargo de mozo de la confitería tras una consulta favorable del Bureo que el monarca aprobó, en la cual se decía que era el único servidor de la confitería que había jurado, puesto que estos cargos no lo hacían ya que “se regula por proveedor y así se hacen precios con él cada año conforme las posturas y informes de la villa” (AGP, Personal, cajas 13/5 y 150/3).

⁶⁵⁸ Tenemos constancia de este oficio únicamente en 1661.

⁶⁵⁹ Número difícil de precisar, ya que variaba continuamente.

⁶⁶⁰ *Ibidem.*

⁶⁶¹ Para las fechas que tenemos constancia del oficio y sus ocupantes, ver el tomo II.

OFICIOS	REFORMA 1624	ETIQUETAS 1647	FINAL REINADO
<i>Tapicería</i> (Cont.)			
Retupidores	1	1	2
Tapicero de nuevo	1	0	0

Si observamos detenidamente el cuadro, se percibe que la imagen transmitida sobre el reinado de Felipe IV de búsqueda de recortar personal en la casa real para cuadrar gastos, no se corresponde con los oficios aquí tratados. Aunque algunos cargos como el de oblier desaparecieron, la mayoría de ellos, al final del reinado, apenas había variado en número con respecto al principio del mismo. Además, continuaron existiendo personajes supernumerarios que no eran del “número”⁶⁶², pero que eran nombrados y servían efectivamente, aunque sin gajes hasta que podían ingresar en los mismos cuando alguno de los ocupantes titulares del oficio abandonaba el mismo por fallecimiento, ascenso... La siguiente relación de gastos, correspondiente al año 1626, muestra lo que decimos:

Nóminas de gastos ordinarios y extraordinarios de la despesa⁶⁶³:
Raciones de criados de su Magd, reducidas a dinero, este año de 1626:

Ración ordinaria, día de carne, hecha buena la sisa en lo que la hay:

Una libra de carne a 35 maravedís	35 maravedís
Una libra de vaca a 21	21
Un cuarto de libra de tocino a 37	9’3
4 panecillos a 4	16
Media azumbre de vino a 80	40
TOTAL	121’3

Ración ordinaria, día de pescado, hecha buena la sisa en lo que la hay:

1’5 libras de cecial, a 40 maravedís	60 maravedís
4 huevos a 5	20
Un cuarto de aceite, a 42	10’5
Media azumbre de vino a 80	40
4 panecillos a 4	16
TOTAL	146’5

⁶⁶² Expresión que se utilizaba para designar a aquellos personajes que juraban como titulares del oficio y con todos los gajes y emolumentos que correspondían al mismo.

⁶⁶³ AGP, AG, leg. 5644

Panatería:	día de carne	día de pescado
1. Bernabé de Mata	121	146'5
2. Juan López de Vivanco, ujier	161 (0'5 vino más)	216'5 (2 huevos más)
3. Diego López de Morales	161	216'5
4. Juan Ruiz	121	146'5
5. Melchor de Ávila	121	146'5
6. Juan de Linares	121	146'5
7. Esteban Vozmediano	121	146'5
8. Jaime Malo, frutier	121	176'5
9. Mateo de San Martín	121	176'5
10. Palacios, oblier	121	176'5
11. Juan de Campos	121	146'5
12. Panadero de boca (dos raciones ordinarias y dos velas)	250	301

A todo este oficio de la panetería se da, para cada día de pescado, media libra de manteca de vaca, 34 [mrs].

Cava:

A los oficiales de este oficio se les da media azumbre de vino más y crece 20 maravedís la ración ordinaria.

13. El sumiller de la cava	141	166'5
14. Juan Ximénez, ayuda	141	166'5
15. Hernando de Castro, idem	141	166'5
16. Domingo Vivanco, idem	141	166'5
17. Diego García, mozo	141	166'5
18. Francisco Fernández, mozo	141	166'5
19. Tomás González, portero	141	166'5
20. El aguador, lo mismo	141	166'5

A todo este oficio de la cava se da, cada día de pescado, media libra de manteca de vaca, 34.

Sausería:

21. Acacio Girón ⁶⁶⁴	125	150'5
22. Mayordomo del estado, 2 raciones	242	293
23. Domingo González, ayuda	121	146'5
24. Gerónimo de los Ríos	121	146'5
25. Antonio de la Plaçá	121	146'5

⁶⁶⁴ “Ración ordinaria y una vela de sebo más”.

Capítulo 1.3: *El funcionamiento diario de palacio*

Sausería (Cont.):

	día de carne	día de pescado
26. Bartolomé Martínez, mozo	121	146'5
27. Gerónimo de Aguilar, mozo	121	146'5

A todo este oficio de la sausería se da, para cada día de pescado, media libra de manteca de vaca, 34.

Guardamangier:

28. El comprador ⁶⁶⁵	371	297
29. Francisco de Meneses, guardamanger ⁶⁶⁶	331	257
30. Andrés Alonso, lo mismo	121	146'5
31. Juan de Pinelo, mozo	121	146'5
32. Pedro de Paz, cebador	121	146'5

Cerería:

33. Gaspar de Fuensalida	121	146'5
34. Melchor de Hoyos, ayuda	121	146'5
35. Francisco de Alcántara, ayuda	121	146'5

Botica:

36. Pascual López, boticario	121	146'5
37. Juan Cazador, ayuda	121	146'5
38. Francisco del Vado, idem	121	146'5
39. Miguel de Anco, idem	121	146'5
40. Fernando de Castañeda, idem	121	146'5
41. Ventura de Buenes, idem	121	146'5
42. Martín Martínez, mozo	121	146'5
43. Marcos Frechel	121	146'5
44. Francisco Pacheco	121	146'5
45. Alonso Rilo	121	146'5
46. Juan Prieto	121	146'5

A todo este oficio de la botica se le da, cada día de pescado, media libra de manteca de vaca, 34 [mrs].

⁶⁶⁵ “Tiene 3 libras de vaca, 5 de carnero, 1 de ternero, 1 azumbre de vino, 4 panecillos, día de carne y monta 371 mrs. Y de pescado, 2 de cecial remexdo, 9 huevos, 0'5 de manteca de vaca, 1 libra de aceite, 1 azumbre de vino y 4 panecillos, monta todo 297”.

⁶⁶⁶ “Lo mismo que el anterior, menos media azumbre de vino, que son 40 mrs”.

Sangradores:	día de carne	día de pescado
47. Alonso Muñoz,	121	146'5
48. Juan Locano	121	146'5
49. Juan de la Fuente ⁶⁶⁷	476'5	441
50. Justo Gómez	121	146'5
51. Diego Pérez	121	146'5
52. Francisco Ortuño	121	146'5

Guardajoyas:

53. El alguacil de joyas	135	146'5
54. Antonio Alberto, ayuda	135	146'5
55. Alonso Gutiérrez Grimaldo	135	164'5
56. Francisco Ruiz	135	164'5
57. Andrés Ximénez	135	164'5
58. Diego Romí	135	164'5
59. Francisco Gomar	135	164'5
60. Andrés de Rojas	135	164'5

A todo este oficio de guardajoyas se da, cada día de pescado, media libra de carne de vaca, 34 [mrs].

Guardarropa:

61. Simón de la Cuesta, mozo	121	146'5
62. Juan Gutiérrez	121	146'5
63. Gaspar de Losica	121	146'5
64. Alonso del Castillo	121	146'5
65. Andrés Díez	121	146'5

Furriera:

66. El contralor ⁶⁶⁸	1.007	1.172'5
---------------------------------	-------	---------

⁶⁶⁷ “Tiene, día de carne, 4 libras de carne, 4 libras de carnero, 1 gallina, 2 tortillas de pan, 6 comunes, 26 mrs para fruta, medio de ternero, una azumbre de vino, monta 476'5 mrs. Y de pescado, tiene el mismo pan, vino y fruta y 3 libras de cecial remexdo, 8 huevos y de pescado fresco, el que hubiere, que reducido —un día con otro— sale a 120 mrs y medio de aceite; monta este día de pescado, 441 mrs”.

⁶⁶⁸ “Tiene, día de carne, 10 libras de carne, 1 gallina, 2 libras de tocino, 2 azumbres de vino, 2 panes de boca, 60 hachas cada año de a 5'25 cada una, a razón de 221 la libra, sale cada día a 190'5 y 6 velas de sevo, monta este día de carne, 1007 mrs. Y en día de pescado, el mismo vino, pan, cera y sebo que el de carne, y 8 libras de cecial seco, 25 huevos, 2 libras de manteca de vaca, 3 libras de aceite, monta 1172'5”.

Capítulo 1.3: *El funcionamiento diario de palacio*

Furriera (Cont.):	día de carne	día de pescado
67. Tomás de Cardona, maestro cámara	1.007	1.172'5
68. El grefier	1.007	1.172'5
69. Pedro del Hierro, aposentador palacio	1.121	146'5
70. Juan Girón, ración ordinaria	1.121	146'5
El mismo, por otra extraordinaria	121	146'5
71. Juan Gómez de Mora	121	146'5
72. Damián Martínez	121	146'5
73. Diego Martínez	121	146'5
74. Diego Álvarez	121	146'5
75. Pedro Arnesto	121	146'5
76. Pedro Alcalde	121	146'5
77. Pedro Ruiz Negrete	121	146'5
78. Antonio Trigo, mozo	121	146'5
79. Juan de Leganés	121	146'5

Locos:

80. Ravelo (tiene 2 raciones)	250	301
81. Pablo Cotino (2 raciones)	246	297
82. Bartolo, enano, 2 raciones	242	293
83. Juan de Cárdenas, idem y dos velas	250	301
84. Soplillo ⁶⁶⁹	547	650
85. Rollizo, ración ordinaria	121	146'5
86. Juanillo, idem	121	146'5
87. Antonio Banules	121	146'5
88. Don Lorenzo, 2 raciones	242	293

Tapicería:

89. Tapicero	169	194'5
90. Alonso Mellado, ayuda	121	146'5
91. Francisco Fernández	121	146'5
92. Gabriel Serrano	121	146'5
93. Bernabé Calvo	121	146'5
94. Juan de Frías	121	146'5

⁶⁶⁹ “Día de carne, tiene dos tortillas, 8 comunes, 1 libra aceite, media azumbre de vino, 3 libras de vaca, 3 de carnero, un hacha de cera de 5'25 cada semana, que sale cada a razón de 221 la libra, a 165 mrs, 4 velas de sebo y 34 mrs de fruta, monta este día de carne, 547 mrs; y de pescado tiene el mismo pan, fruta y vino, cera y sebo, 4 libras de cecial remexdo, 12 huevos, 0'75 de aceite, monta 650 mrs”. Añadido, “más tiene el dicho enano cada día, tanto de pescado como de carne, una gallina, 178 mrs”.

Tapicería (Cont.):	día de carne	día de pescado
95. Martín Sánchez Villegas	121	146'5
96. Panamaque	121	146'5
97. Juan Díaz	121	146'5
98. Baltasar López	121	146'5
99. Alonso Álvarez	121	146'5
100. Juan de Molina	121	146'5
101. Jacques de Brun	121	146'5
102. Gabriel Medel	121	146'5
103. A la colchonera	133	158'5
104. La costurera	238	239

Todo este oficio de la tapicería tiene cada día de pescado media libra de manteca de vacas, 34.

Lavanderas:

105. Juana Flores, lavandera de corps ⁶⁷⁰	238	289
106. Lavandera del estado	260	302

Cocina:

107. Veedor de la vianda	703	895
108. Cocinero mayor	487	430
109. Pedro de Villacorta, oficial	291'5	263
110. Lucas Romero	291'5	263
111. Domingo Hernández	291'5	263
112. Miguel de Contreras	291'5	263
113. Mateo Carril	198'5	250
114. Florianes	198'5	250
115. Alonso de Quena	162	121
116. Antolín Redondo	162	121
117. Bernal de Avellaneda	162	121
118. Juan de Rebolledo	162	121
119. Pedro de Salinas	162	121
120. Juan González	162	121
121. Gabriel Hurtado, bizcochero	162	121
122. Gabriel de Espinosa, portero	125	179
123. Matías González, portero	125	179
124. El potajier	230	220

⁶⁷⁰ “Por la recompensa del sr. infante Carlos, una libra de pescado y dos huevos los días de él, 50 mrs”.

Capítulo 1.3: *El funcionamiento diario de palacio*

Furriera (Cont.):	día de carne	día de pescado
125. El busier	125	180
126. El pastelero	125	180
127. Ayudante pastelero	121	146'5

RACIONES EXTRAORDINARIAS

128. Luis de Montalbo, escrib. cámara	452'5	297'5
129. Juan del Castillo	121	146'5
130. Francisco Fernández	121	146'5
131. Juan Zorrilla	121	146'5
132. Lorenzana	121	146'5
133. Cristóbal Alonso	121	146'5
134. Pedro de Frías ⁶⁷¹	242	293
135. Francisco de Frías	121	146'5
136. Felipa Vare	121	293
137. Isabel Serrano	121	146'5
138. La sobrina de Linares	121	146'5
139. Pedro de Menaque ⁶⁷²	242	293
140. Nicolás Dedal	121	146'5
141. La mujer de Mata	141	166'5
142. Antonio de Rebollar	121	146'5
143. Baltasar de Recarte	121	146'5
144. Magdalena de Tapia	121	146'5
145. El relojero	121	146'5
146. José Pérez ⁶⁷³	121	146'5

Reservados:

147. Francisco de Colmenares	121	146'5
148. Juan de León	141	166'5
149. Alonso Romero	121	146'5
150. Pierres de Sualre	121	146'5
151. Francisco Guillamás, maestro cám.	1.007	1.172'5
152. Ramiro de Zabalza, grefier,	1.007	1.172'5

Excluidos:

153. Doña Isabel de Salinas	238	239
-----------------------------	-----	-----

⁶⁷¹ “Que tiene los perros, dos raciones”.

⁶⁷² “Truxo los caballos de Flandes, dos raciones”. Al margen: “mandóse baxar”.

⁶⁷³ “Que fue herido en Aranjuez con un arcabuzazo”.

Excluidos (Cont.):	día de carne	día de pescado
154. Doña María de Mendoza	238	239
155. Gerónimo de Sierra	121	146'5
156. Pedro Pérez	121	146'5
157. Ana de Quintanilla	121	146'5
158. Lorenzo de Zárate ⁶⁷⁴	121	146'5
159. Sebastián Suárez	121	146'5

Músicos:

160. El maestro capitán	121	146'5
161. Juan Blas	121	146'5
162. Vicente Juárez	121	146'5
163. Florián Rey	121	146'5
164. Felipe Piscini (2 raciones)	242	293
165. Juan Martínez	121	146'5
166. Bernardo de Recarte	121	146'5
167. Francisco de Valdés	121	146'5
168. Juan de Mora	121	146'5
169. Juan de Ateza	121	146'5
170. Enrique Botolero (2 raciones)	242	293

Caballeriza:

171. Diego Ortiz de Santa María	121	146'5
172. Alonso Martínez (2 raciones)	242	293
173. Juan Mateos	242	293
174. Alonso Mateos	121	146'5
175. Diego Ponce	121	146'5
176. Pedro Lezcano, que da el arcabuz	121	146'5

Viudas:

177. La de Jaime Cavero	112	136
178. La de Sepúlveda	112	136
179. La hija de Medina	112	136
180. La de Juan Ruiz	112	136
181. La de Hernando Díaz	112	136
182. La de Juan Xerín	112	136
183. La hija de Gabriel López	112	136
184. La de Justo Marcos	112	136

⁶⁷⁴ “Que era de la tapicería del señor infante cardenal. Una ración ordinaria”.

Capítulo 1.3: *El funcionamiento diario de palacio*

Viudas (Cont.):	día de carne	día de pescado
185. La de Juan Recio	112	136
186. La de Marcos Adán	112	136
187. La de Navarro, portero	112	136
188. La de San Cebrián	112	136
189. La de Jorge, relojero	121	146'5
190. La de Carillo	112	136
191. La de Ochoa	112	136
192. La de Simón	112	136
193. La de Pedro Ortiz	112	136
194. La de Herrera	112	136
195. La de Benavides	160	184
196. La de Salas	112	136
197. Doña María de Vargas	112	136
198. La de Eugenio García	112	136
199. La de Zárate, portero	112	136
200. La de San Martín	132	156
201. La de David	112	136
202. La de Vizcaíno	112	136
203. La del librero	112	136
204. La de Juan López	112	136
205. La de Juan Álvarez	112	136
206. La de Esteban del Río	112	136
207. La de Juan Fernández	112	136
208. La de Juan de Mora	112	136
209. La de Francisco Hidalgo	112	136
210. La de Pedro Hernández	112	136
211. La de Pedro de Gamiz	112	136
212. Magdalena de Colmenares	112	136
213. La de Monrey	112	136
214. La de Bustos	112	136
215. La de Román	112	136
216. La hija de Pierres	112	136
217. La de Angulo	132	156
218. La de Escaño	258	288
219. Doña María del Valle	112	136
220. La de Diego Fernández	112	136
221. La del doctor Juan Gómez	112	136
222. La del doctor Mediano	112	136
223. La de Jorge Fix	112	136
224. La hija de Bernabé	112	136
225. La hija del Dr. Álvarez	112	136

Viudas (Cont.):	día de carne	día de pescado
226. La de Espinar	112	136
227. La de Pinedo	112	136
228. La de Ortega	112	136
229. La de Leganés	112	136
230. La de Alcocer	112	136
231. La de Lope de Aliende	121	136
232. La del doctor Ruiz	112	136
233. La de Arellano	112	136
234. La de Pedro Blanco	112	136
235. La de Pedro Vallejo	112	136
236. La de Daroca	112	136
237. Doña Antonia Manrique	112	136
238. La del capitán Barbedín	121	146'5
239. La de Domingo Zorrilla	112	136
240. La de Tabuena	112	136
241. La de Juan de la Sierra	112	136
242. La de Truchado	112	136
243. La de Alonso de la Peña	121	146'5
244. La de Juan de Quevedo ⁶⁷⁵ , cocinero	480	329
245. La de Toribuio de Aguera	480	329
246. La de Alonso Díaz	112	136
247. Al conde de Alcaude, por plato y emolumento de mayordomo, se le ha de dar cada día en dinero de carne y pescado, 2354 mrs.		
248. Al secretario Lossa, el día de carne, 2.047 y los de pescado 2.070.		

Como se puede constatar, los objetivos de reformas y recortes proyectados sobre las casas reales durante el reinado de Felipe IV, se vieron contradichos por las obligaciones del rey, como *pater familias*, de recompensar a sus servidores. Para comprobar esta idea, en este estudio vamos a centrarnos en como afectaron las sucesivas reformas y reglamentos del reinado a los diversos oficios, así como en averiguar qué tipo de personas y familias componían los mismos y cuál era su posible *cursus honorum* durante su estancia en palacio. Por lo tanto, no haremos referencia a las labores cotidianas que realizaban dichos oficios, sobre lo cual ya tratamos en ocasiones anteriores ⁶⁷⁶.

⁶⁷⁵ Era la viuda del cocinero mayor, Juan de Quevedo.

⁶⁷⁶ R. MAYORAL LÓPEZ: "La cámara y los oficios de la casa", *op. cit.*

3.1.1. *Los oficios en el contexto de las reformas de la casa real*⁶⁷⁷

En un reinado caracterizado por las reformas, los oficios no podían permanecer al margen de las mismas, en especial tras determinarse en los grandes intentos reformadores del principio del reinado que se debían recortar gastos en la despensa, cerería..., con el fin de poder ahorrar en dichas partidas. Esta decisión, sin duda, afectaría al trabajo cotidiano en los diversos oficios, en especial en los de boca, así como también en el número de sus integrantes, aunque en menor medida de lo pretendido inicialmente.

Ya poco antes de llegar Felipe IV al trono, se comenzó a indagar sobre el funcionamiento de la panadería para fijar los usos en la misma, mediante el documento conocido como *Servidumbre sobre el sumiller de la panadería*, cuya redacción se encargó a Gabriel de Canencia, que ejercía el oficio en esos momentos, y que culminó con fecha del 13 de enero de 1620. En dicho texto, el sumiller, que en ese momento llevaba 34 años sirviendo tal y como indicaba al final del mismo, desgana las tareas y usos que tenía que llevar a cabo en el ejercicio del mismo, insistiendo en el control que debía llevar sobre los manteles, el peso del pan... En el documento, además, realizaba una suerte de fijación de etiquetas para el oficio, basándose en los usos que Canencia había ido observando durante su ejercicio.

El nombramiento de Gabriel de Canencia como despensero mayor del Cardinal Infante poco después, provocó que el adecuado funcionamiento del oficio de la panadería se viera alterado y, debido a ello, el 9 de septiembre de 1622, Juan Ruiz de Velasco, ayuda de la misma, solicitó al Bureo que se fijara de forma tajante el servicio en algunas cuestiones puntuales. Ya en sus peticiones, Ruiz de Velasco utilizaría como referente ideal de funcionamiento del oficio los usos fijados por Felipe II, confirmando así que todas las reformas de la casa llevadas a cabo por Felipe IV remitirían repetidamente al modelo de casa erigido por su abuelo.

Debido a esa inestabilidad en la panadería, así como en otros oficios, el 6 de diciembre de 1622 los mayordomos decidieron redactar una *Distribución de las cosas del guardamangier, cocina y servicio de estados*, en la que procuraban reforzar sus poderes sobre los diversos oficios con el fin de evitar el derroche en los mismos. Así, se situaban al frente de los mismos como superintendentes, por lo que los jefes de cada oficio debían rendirles cuentas, al tiempo que se comprometían a dejar de co-ger alimentos y enseres de la despensa real para sus casas aunque las pagaran en el acto. Sin duda, esto indicaba que era una actividad bastante frecuente. Finalmente, se desgana minuciosamente la forma en que se debía proveer cada uno de

⁶⁷⁷ Sobre los diversos documentos, etiquetas y ordenanzas aquí citados, nos remitimos al tomo II de esta obra (CD Rom).

los oficios, destacando la cava en que se indicaba que debía dejar de comprar el vino solo en Esquivias para adquirirlo en Valdemoro u otros lugares cercanos, con el fin de ahorrar en el transporte. Además, se prestaba especial atención al guardamangier, pues “se gasta más que en otro ningún oficio de los de la boca”.

Sin duda, este último documento tenía la función de intentar aplicar de forma práctica las decisiones tomadas por la junta convocada por Olivares al poco de iniciarse el reinado y que el 17 de octubre de 1622 presentaría sus conclusiones preliminares al monarca, que se acabarían plasmando en la reforma de 1624⁶⁷⁸. En ella se decidió, en lo referente a los oficios que nos ocupan en este trabajo⁶⁷⁹, que:

Que en la pantería haya un xefe, dos ayudantes y un moço como solía en tiempo de mi aguelo y lleven las mismas raciones en la calidad y cantidad que solian entonces escusandose todo lo que se diere desto en cualquier manera y lo mismo se entienda respeto de los emolumentos que llevaren otras qualesquiera personas deste oficio.

En la frutería ha de haver un frutier y un moço como en tiempo de mi aguelo y con los mismos salarios todo lo demas se ha de reformar y las sesenta y ocho libras de fruta que se da cada día a diferentes personas para nueva yntroduçion.

En la cava se escusara el moço entretenido y el aguador y en su lugar podra aver dos moços que lleven a los oficios lo que fuere menester y supliran en las jornadas con gaxes de entretenidos y se escusara el vino de los almuerços.

El veedor de viandas no llevara de aquí adelante lo que llaman frescos.

En la cocina se escusaran dos moços y de aquí delante de dar plato a nadie como no sea de camino.

En el guardamangier se escusaran lo que llaman frescos y las raciones de las viudas y reservados se reduzcan a quatro ducados y una fanega de trigo al mes y al guardamangier no se traerá más ternera que la que viniere de Aranjuez y çessara lo que huviere añadido en las raciones.

En la çereria se escusara un moço y el llevar el xefe la éra de las obras por ser yntroduçion y el sumiller de corps no lleve las sesenta achas que suele.

En la tapiçeria se escuse un ayuda y un moço que ai de mas y en bacando este oficio se junte con el de aposentador de palacio como solia.

Como podemos observar, la reforma en los oficios no era, ni mucho menos, radical y el número de criados y el gasto que se detraía con la misma era ínfimo. Aún así, podemos considerar que fue el inicio de los recortes en la despensa y en los gastos derivados de otros oficios como la cerería, que se irían profundizando en

⁶⁷⁸ Sobre dichos momentos, J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III, op. cit.*, vol. I, pp. 326-349.

⁶⁷⁹ Publicado en *Ibidem*, pp. 347-348.

años sucesivos y que llegarían a alcanzar a las pensiones de particulares y a las raciones y emolumentos que recibían algunos oficiales.

Con el fin de vigilar la aplicación de los acuerdos tomados en 1624, entre 1626 y 1628 se convocaron 9 juntas en el aposento del conde duque de Olivares, en las cuales se decidieron nuevos ajustes. Del mismo modo, la reformatión del 6 de mayo de 1631 buscaba reducir aún más los gastos en la despensa y en los platos del monarca y otros gastos menudos, sin atacar en exceso al número de criados que servían, aunque en el artículo 55 de la misma se indicaba:

Que los criados de su Majestad de su real casa de Borgoña que excedieren del número que había en cada oficio en la del señor Rey don Phelipe segundo sean desde luego excluidos del servicio de sus plazas quedando con sus gajes, raciones, casa de aposento y todo lo demás que hoy gozan, sirviendo entre tanto que su Majestad los ocupa en otros oficios o hace equivalente merced prefiriendo los más antiguos a los modernos, y como fueren vacando las plazas del número por muerte o promoción vayan optando los excluidos si no se les hubiere hecho merced por otro camino y para que todos queden acomodados con brevedad y se consiga el fin de la reformatión excusándose este gasto ha enviado su Majestad órdenes muy apretadas a todos los Consejos y tribunales para que en las ocasiones de vacantes de los oficios y plazas que se proveen por ellos propongan y consulten a su Majestad los criados que quedaren reformados en oficios competentes a la calidad, méritos y partes de cada uno, advirtiéndole que en las cosas de entretenimiento y de la caza reserva su Majestad en si el exceptuar los que le pareciere y que esta regla general no ha de tocar oficios de caballeros ni ayudas de cámara y que los criados excluidos han de quedar con obligación de servir en las enfermedades y ausencias de los que quedaren en servicio, y en ocasiones de jornadas y otras quando se les ordenare.

Sin embargo, esta intención, tal y como estudiamos en otro capítulo del libro, no se cumpliría y el número de servidores en los oficios continuó sin ajustarse al número existente en tiempos de Felipe II. De hecho, en el artículo 77 se indicaba que el bizcochero debía ser reformado para que hiciera los bizcochos el panadero de boca y, sin embargo, en 1638 fue nombrado Gabriel Hurtado de Mendoza en el oficio. Lo mismo se indicaba en el artículo 102 con respecto al pastelero y, aunque a Francisco Suárez, ocupante del oficio en dicho año, se le ascendió a cocinero de la servilleta en 1633, al año siguiente fue nombrado pastelero Manuel González. Los que si se unirían, tal y como explicamos *infra*, fueron los oficios de potajier y busier.

Tras estas modificaciones, los usos en los oficios de boca, cerería, tapicería..., parecieron fijados y la necesidad de redactar instrucciones y ordenanzas sobre los mismos se atemperaron. Así, y hasta la redacción de las etiquetas de 1647, únicamente encontramos tres breves documentos relacionados con los mismos.

El primero sería *El estilo que se ha de guardar en el oficio de la cerería de Su Majestad*, con fecha de 8 de mayo de 1631 y firmado por Jerónimo de Villanueva, en el que se corregían ciertos usos para tratar de ajustarlos, de nuevo, a lo que se hacía en tiempos de Felipe II. El segundo texto era una *Instrucción de las Ceremonias que se deben de observar en la frutería y oficiales della según costumbre de la Casa de Castilla y Borgoña*, fechada el 6 de enero de 1633, en la cual se indicaba el modo en que debía actuar el frutier en las diversas ocasiones. Finalmente, el tercero era una sucinta *Orden que se había de tener en la vianda de Su Majestad y asistencia en la cocina de boca*, fechada el 13 de enero de 1641 y dictada por el mayordomo mayor duque de Alba, en la que se fijaba más concretamente el modo en que debían entrar las viandas en la cocina real y como se debía controlar que no hubiera engaños con el peso y la calidad de las mismas. Por otro lado, no conviene olvidar que el 1 de febrero de 1630 se dictó una *Etiqueta que se dio a la cava de la reina*.

Tras la publicación de las etiquetas, el afán reglamentatista fue saciado y hasta el final del reinado únicamente nos encontramos con algunos pleitos jurisdiccionales, como el acaecido en 1657-1658 entre el mayordomo del estado de la boca Juan Fernández Realiego de Ayala y los jefes de oficio de pantería y sausería, pues el primero “pidió se volviese la ropa del estado a la pantería y la plata a la sausería” para evitar hacerse cargo de ello, lo cual rechazaron los segundos.

3.1.2. Condición social de los componentes de los oficios

Para comprender la lógica del funcionamiento de los oficios en el contexto de la casa real, resulta de todo punto necesario conocer la categoría y procedencia social de los componentes de los mismos. Aunque encontrar unos patrones concretos de ingreso en cada puesto es tarea harto compleja, debido a no conocer en profundidad el origen de todos los integrantes, sí que podemos encontrar algunos modelos de comportamiento que se repitieron durante el reinado de Felipe IV.

En efecto, parece que las posibilidades de ingreso en los oficios durante dicho reinado se redujeron casi completamente a dos circunstancias: disfrutar de la confianza de algún patrón de la corte⁶⁸⁰, en ocasiones un miembro de la familia

⁶⁸⁰ El mozo de la tapicería Andrés González, por ejemplo, consiguió el oficio gracias a la recomendación que realizó de su persona Francisco de Rojas, ayuda de cámara, aposentador y tapicero mayor del rey. Igualmente, el galopín Gregorio Lorenzo o el mozo de cocina Gabriel Meléndez entraron en la cocina real merced a ser criados de Francisco Martínez, cocinero mayor del monarca. Otros casos reseñables serían los de Diego de Antúnez, el cual obtuvo el oficio de ayuda de la tapicería directamente gracias a ser el guardajoyas del mayordomo mayor Moura desde que marchó a Roma, Juan Castán, quien fuera nombrado mozo entretenido de

real⁶⁸¹, o, sin duda la más habitual, pertenecer a algunas de las familias que ya servían al monarca en los propios oficios⁶⁸², cuestión que alcanzó una notable relevancia en algunos como el de comprador⁶⁸³ y, en especial, en la tapicería.

En este oficio, quizás debido a lo específico del mismo y a la necesidad de conocer en profundidad las labores que había que desempeñar para realizar de forma adecuada el trabajo, encontramos verdaderas sagas familiares que tomaron el relevo a las flamencas que habían dominado la sección desde Carlos V, tales como los Utrecht o los Pannemaker, aunque aún nos encontramos este último apellido en el reinado de Felipe IV con Guillaume, quien fuera mozo, sotayuda y ayuda. Eso no quiere decir que los flamencos o personajes de origen flamenco dejaran de aparecer en la tapicería –pues, además del citado Pannemaker, podemos encontrar a personajes como Pedro Blaniac, mozo y retupidor, los Borsu, Blas David y Joseph David⁶⁸⁴, y, en especial, los Fiche o Flechel⁶⁸⁵–, si no que no llegaron a ocupar

la cerería tras servir durante 12 años al marqués de Castelrodrigo en las embajadas de Roma y el Imperio y en el gobierno de Flandes, o Francisco Fernández, mozo de la cava tras ser *mozo fidalgo* de la casa de Portugal y mozo de cámara del duque del Infantado.

⁶⁸¹ Caso de José García de Illescas, *vide infra*.

⁶⁸² Existen numerosos casos, de los cuales citaremos sólo algunos. Así, el mozo entretenido del guardamangier Juan de la Fuente era sobrino de Juan Vidal, que había sido mozo del guardamangier durante 28 años. Del mismo modo, Juan de Palacios accedió al puesto de mozo de la sausería tras haber contraído matrimonio con doña Francisca Jacinta, hija de Juan Antonio Román, sumiller de la cava. Don Luis de la Peña Chacón, por su parte, se casó con una hija de Francisco de Toledo, ayuda de la sausería, al que se le había hecho merced de este oficio para quien casase con su hija. Sin embargo no se le acomodó en esta plaza y el 10 de diciembre de 1657 fue nombrado mozo de la frutería. Por su parte, el mozo del guardamangier Juan de Pinedo fue hijo del portador de cocina Diego de Pinedo, pasando su oficio en el guardamangier a su hijo Juan Bernardo. Finalmente, el mozo entretenido de la frutería Jusepe de los Ríos era sobrino de Jerónimo de los Ríos, sausier del rey, y de Domingo Maranhao, despensero mayor.

⁶⁸³ Dicho puesto estuvo en manos de la misma familia desde que lo ejerciera Francisco Romero (1552-1567), pasando el puesto por su hermano Rodrigo Alonso Romero (1567-1622) y su hijo Juan Durán (1622-1644), sirviendo los últimos meses de vida de este último su nieto Juan Martín Durán de Figueroa. Tras el breve *impasse* que supuso el ejercicio de Francisco de Morgano, el oficio pasaría a otra familia, en concreto la de los Pacheco, sirviendo el padre Alonso (1645-1656) y el hijo Antonio (1656-1660)

⁶⁸⁴ Padre e hijo continuaron el servicio iniciado por David Borsu en época de Felipe II.

⁶⁸⁵ Así, durante el reinado de Felipe III encontramos a Francischo Fiche como ayuda de la tapicería desde 1614, tomando el relevo de su abuelo Cornelis Jehan, que sirvió durante

los principales oficios ni impusieron la moda y estilo que se iba a seguir en la sección, tal y como habían realizado antaño.

Ya desde el reinado de Felipe III, podemos observar como iban a ser otras familias de castellanos las que dirigirían la sección, en especial la de los Torres. Así, durante el reinado del padre de Felipe IV, Francisco de Torres ejerció como tapicero mayor de 1604 a 1607, pero no sería hasta Pedro de Torres cuando el oficio pasara a la familia casi en exclusividad. Así, Pedro lo ejercería desde 1621 hasta que en 1635 lo tuvo que pasar a su hijo mayor Francisco, pues no podía percibir gajes a la vez por el mismo oficio y los de ayuda de cámara y del guardarropa que detentaba. Por lo que respecta a Francisco, fue tapicero mayor desde dicha fecha hasta su jubilación en 1663, quedando el oficio fuera de las manos familiares durante únicamente un año, tiempo en el que sirvieron don Francisco de Contreras y Rojas, hasta su muerte el 30 de junio de 1664, y Joseph Pacheco, que enseguida fue nombrado aposentador de palacio. De este modo, el 2 de octubre de 1664 se permitió a Pedro, hijo de Francisco y nieto de Pedro de Torres, tomar el oficio manteniendo el de ayuda de cámara que ya tenía y permaneciendo en ambos hasta su muerte en 1693.

Además de en el oficio de tapicero mayor, en el resto de cargos podemos observar también la relevancia de los lazos familiares para la obtención de los diversos puestos. Así, Pedro de Porras fue nombrado mozo de la tapicería en 1661 tras contraer matrimonio con Francisca Fiche, hija del ya citado Francisco Fiche, o el mozo Juan de la Guardia pudo pasar el oficio en su hijo Francisco en 1658.

Retornando a nuestro argumento principal, además de las vías de acceso a los oficios reseñadas con anterioridad, en ocasiones también resultaba posible acceder al puesto por servicios propios en otras secciones de la casa del rey ⁶⁸⁶,

43 años en el mismo oficio, y de su padre homónimo, que lo hizo durante 46, así como de su tío, que fue mozo y ayuda de la tapicería durante 39. Tras Francisco, encontramos a su hijo, del mismo nombre por lo que fue llamado “el Menor”, quien fuera mozo durante 11 años, y su nieto también homónimo, mozo de 1664 a 1672 y ya con Carlos II sotayuda y ayuda. El devenir de esta familia en las casas reales no se circunscribió únicamente a la tapicería, pues Marcos Fiche fue mozo y ayuda de la botica y María Fiche, hija de Francisco, colchonera.

⁶⁸⁶ Andrés Alonso de Valdivieso, por ejemplo, fue escudero de a pie (1604-1605) y mozo de guardarropa (1605-1618) del rey hasta ser nombrado mozo del guardamangier. Ramón de Valencia, por su parte, sucedió a su padre Lorenzo de Valencia como zapatero (1645-1654), ejerciendo también como mozo de la frutería (1653-1654). Baltasar Asensio de Barrios, tras ejercer como portero de cadena (1639-1656) fue nombrado mozo de la cava (1656-1657).

Capítulo 1.3: *El funcionamiento diario de palacio*

de la reina ⁶⁸⁷ u otras ⁶⁸⁸, en especial la del propio Felipe IV siendo príncipe ⁶⁸⁹, así como en sitios reales ⁶⁹⁰, papeles en la administración de la Monarquía ⁶⁹¹ u otras ocupaciones del servicio real ⁶⁹². Del mismo modo, dichos servicios podían haber sido realizados por familiares de los candidatos en los mismos ámbitos, como casas ⁶⁹³ o sitios reales ⁶⁹⁴, ejército ⁶⁹⁵, papeles en la administración de la

⁶⁸⁷ Caso de Diego Rodríguez, mozo de la cava de la reina hasta que pasó al mismo oficio en la casa del rey. Un caso especialmente reseñable fue el de Toribio de Agüera, quien tras ser mozo de cocina del rey (c. s. 1592-1599), fue nombrado portador de cocina, oficial de cocina y ayuda de cocinero mayor de la reina Margarita de Austria-Estiria. El 14 de noviembre de 1611 fue nombrado cocinero mayor o de la servilleta del príncipe y de sus hermanas y cuando Felipe subió al trono, continuó desempeñando el mismo hasta su fallecimiento el 24 de junio de 1625. Un caso similar en las cocinas reales fue el de Juan de Quevedo, que sirvió a Margarita de Austria-Estiria, Isabel de Borbón y Felipe IV, siendo cocinero mayor de los dos últimos.

⁶⁸⁸ Como don Francisco de Morgano, que fue guardamangier del Cardenal Infante y frutier, confitero y guardamangier de don Juan José de Austria antes de ser nombrado comprador del monarca.

⁶⁸⁹ Caso del mozo de la sausería Pedro Pérez.

⁶⁹⁰ Juan de Cárdenas era ayuda de jardinero del Alcázar de Madrid cuando fue nombrado mozo entretenido de la frutería, compatibilizando ambos cargos.

⁶⁹¹ Juan Bernardo de Pineda, por ejemplo, fue 6 años entretenido en la Secretaría de Hacienda de Francisco Gómez de Lasprilla.

⁶⁹² Caso del mozo de la cava Pedro de Rojas, que era portero del Consejo de Hacienda y, gracias a ello, ingresó en los oficios de boca, llegando a ser contralor de la casa con Carlos II.

⁶⁹³ Tal fue el caso del mozo de la cava Diego de Llerena, hidalgo de Espinosa de los Monteros, con parientes en palacio como don Simón Carral, montero de cámara, o Domingo de Vivanco, frutier. Asimismo, el mozo de la frutería Francisco de Olabarria fue yerno de Diego García de Vargas y de Juan González de César, que sirvieron durante más de 70 años en las casas reales. Isidro Alonso de Valdivieso, por su parte, fue miembro de una familia de destacado servicio al rey, pues su abuelo Andrés Alonso de Valdivieso fue guardamangier, escudero de a pie y lavandero de corps de Felipe II. Su padre, del mismo nombre, fue mozo de oficio del guardamangier y oficial del mismo. Finalmente, era sobrino de la lavandera de corps Isabel de Salinas. Gracias a todo ello, tras fallecer su padre en 1652 heredó su último oficio.

⁶⁹⁴ Caso de Juan de Cárdenas, quien fuera hijo de Martín de Cárdenas, el cual sirvió durante más de 24 años de jardinero mayor en el Jardín de los Emperadores del Alcázar de Madrid y después de mozo de retrete del Cardenal Infante desde que se le puso casa hasta que pasó a Flandes.

⁶⁹⁵ Éste sucedió con el mozo entretenido de la tapicería Juan Martín, cuyo hermano don Pedro de los Ríos fue capitán y sirvió durante más de 12 años en Milán y otros 8 en Cataluña hasta su muerte.

Monarquía⁶⁹⁶ u otras ocupaciones del servicio real⁶⁹⁷, pudiendo confluír varias vías a la vez en el mismo personaje⁶⁹⁸.

En virtud de todo ello, nuestra sensación es que el acceso a los oficios de la casa se fue restringiendo cada vez más a personajes vinculados a familias de luenga tradición en el servicio real, en especial en las casas reales, dificultando el acceso a los mismos de aquellos que no tuvieran ese soporte familiar previo a su interés por ingresar en el séquito del monarca.

Una vez dentro del oficio, además de las opciones de medro que existían dentro de la propia casa real y que explicitamos más adelante, tenían la posibilidad de acceder a diversas prebendas si su servicio resultaba correcto o si su situación económica era desesperada, lo cual sucedía en las más de las ocasiones. Así, es posible encontrar numerosos ejemplos de concesión de una pensión eclesiástica para el propio servidor o alguno de sus familiares⁶⁹⁹, limosnas⁷⁰⁰,

⁶⁹⁶ Caso de Pedro de Mata quien, gracias a ser hermano de Simón de Mata, el cual sirvió en los papeles de la veeduría y contaduría general de Flandes, pudo acceder al puesto de mozo entretenido de la panadería, desde el cual pudo desarrollar una fructífera carrera en los oficios hasta llegar a ser frutier.

⁶⁹⁷ El mozo de la frutería Baltasar del Mazo, por ejemplo, era hijo del pintor Juan Bautista del Mazo y, por tanto, nieto de Velázquez.

⁶⁹⁸ Caso muy interesante resulta el de Cristóbal de Provenza, quien fuera hijo de Cristóbal Provenza que sirvió como soldado en Flandes y Milán y murió en el asalto de Montjuich. Nuestro Cristóbal, fue jardinero del Jardín de los Emperadores desde 1636 y barrendero de las bóvedas desde 1638, hasta que ingresó como mozo de la tapicería en 1646. Otro ejemplo interesante fue el del mozo entretenido de la panadería Pedro de los Ríos, que era sobrino del sumiller de la panadería Jerónimo de los Ríos, primo de Eugenio de los Ríos, ayuda de la panadería, y de José de los Ríos, mozo de oficio de la furriera, y hermano de don Juan de los Ríos, alférez en las campañas de Cataluña. Pelayo de Linares, por su parte, era hijo de Baltasar de Linares, el cual sirvió durante más de 30 años en las guardas de Castilla, llegando a ser teniente de una de las compañías. Gracias a ello, accedió a la casa del rey como mozo de cámara de los pajes (1648-1650), ejerciendo posteriormente como mozo de aparador del estado de boca (1650-1660), mozo de la sausería (1660-1662), mozo de la cava (1662-1669), ayuda de la cava (1669-1673) y ujier de la vianda (1673).

⁶⁹⁹ Como a Martín de Arroniz, al cual se le concedieron 100 ducados de pensión eclesiástica para uno de sus hijos, o Íñigo García, al cual se le dieron 150 para otro de sus vástagos.

⁷⁰⁰ El galopín Francisco García, por ejemplo, percibió 150 reales y una ración tras acompañar al monarca en la jornada de 1642, pues incluso tuvo que ejercer como pastelero a su costa. Interesante resulta el caso de Bartolomé González, mozo de plata de la panadería, que percibió 40 reales tras ayudar a apagar un fuego en el monasterio de San Lorenzo.

raciones⁷⁰¹, vestidos⁷⁰² o aumento de sueldo a los entretenidos⁷⁰³, aunque en la mayoría de las ocasiones sus posibilidades de ascenso o peticiones se vieran reiteradamente frustradas⁷⁰⁴.

Del mismo modo, su pertenencia a las casas reales proporcionó a muchos de ellos la posibilidad de medro fuera de las mismas, merced a los contactos realizados durante el servicio⁷⁰⁵. Especialmente relevante fue la concesión de puestos en Indias⁷⁰⁶, así como el ingreso en otros servicios reales con mejores oficios⁷⁰⁷ o la obtención de rentables ocupaciones en los sitios reales⁷⁰⁸. En ocasiones, era posible que compatibilizaran su actividad en la casa real con sus cargos en dichos sitios reales y en la tapicería y, por ejemplo, fue práctica habitual completar sus ingresos con diversos oficios del Buen Retiro⁷⁰⁹. Finalmente, como se verá más adelante en

⁷⁰¹ Como al mozo del guardamangier Francisco Gil, al cual se le concedió ración ordinaria en 1638 en lugar del real y medio que percibía.

⁷⁰² El ayuda de la tapicería Gabriel González, por ejemplo, percibió un vestido de 100 ducados a elegir en la casa del mercader en 1677.

⁷⁰³ Como sucedió con el del guardamangier Pedro Ícar, al cual se le pasó el sueldo que tenía de real diario desde 1648 a ser de tres reales y medio en 1678.

⁷⁰⁴ Caso del citado Martín de Arroniz, al que le fueron rechazadas sus tres peticiones de una plaza de mozo de oficio, tanto de la frutería como de la panadería o sausería, o de una ración desde 1645 hasta 1648.

⁷⁰⁵ Como Simón de Mata, que en mayo de 1631 marchó a los Países Bajos tras quedarse sin su empleo de mozo de la panadería por la reformatión del dicho año, pero obteniendo a cambio un entretenimiento en los papeles de la veeduría general de Flandes.

⁷⁰⁶ Así, al ayuda de la cava Juan Jiménez se le concedió en 1627 la tesorería de Guatemala, al mozo de la panadería y entretenido de la furriera Miguel López el oficio de contador de la ciudad de Loxa en el Perú en 1639 o al mozo de la frutería Francisco de Olabarria se le concedió marchar a las Indias en el servicio del duque de Albuquerque en 1653, tras haber ya disfrutado de una licencia en 1648 para ir a pelear en el ejército junto a dicho noble.

⁷⁰⁷ En especial las casas de la reina (Juan Rodríguez de Velasco o Francisco Martínez Ventero) y del Cardenal Infante (Gabriel de Canencia o Diego Rodríguez).

⁷⁰⁸ Caso del mozo de la sausería Francisco de Toledo, que en 1640 fue nombrado guarda de los límites de la premática de El Pardo, cuando ya en 1634 se le había concedido una plaza de guarda de Aranjuez aunque no pudo asentar al no haber vacantes. Del mismo modo, el ujier de la vianda Diego López de Morales, fue nombrado conserje de Aranjuez en 1629 o el mozo y ayuda de la cerería Bartolomé González, que fue sobrestante de las obras del Alcázar de Madrid en el interín, así como encargado del regalo de Aranjuez.

⁷⁰⁹ Caso de Pascual de Alfaro quien, al mismo tiempo que mozo de la tapicería, fue mozo del guardajoyas y ropa y retupidor del Buen Retiro. Del mismo modo, el ayuda Juan

el capítulo correspondiente, era posible obtener la jubilación en el puesto manteniendo los gajes.

3.1.3. *Cursus honorum de los oficiales*

Durante el reinado de Felipe IV, y merced a las reformas de la casa ya indicadas, se fue perfilando de manera definitiva la jerarquía de los oficios de boca y pergeñando el *cursus honorum* ideal de un oficial de los mismos, independientemente de dónde hubiera realizado su ingreso. Así, en el expediente de don Mateo Gómez de la Barreda (hijo) nos aparece descrita la situación tal y como era en 1672, aunque remitiéndose a ejemplos acaecidos desde 1645⁷¹⁰:

El ayuda más antiguo de los oficios de boca don Juan de las Cuevas pasa a ser uxier de vianda.

El uxier de vianda más antiguo don Baltasar Merchant a ser frutier.

El frutier a ser sausier.

El sausier a ser sumiller de la cava.

El sumiller de la cava a serlo de la pantería.

El sumiller de la pantería a veedor de viandas y éste está ejerciéndolo por su graduación y ser el primero en grado de todos los oficios de la boca.

En virtud de ello, podemos contemplar como el *cursus honorum* ideal sería el ingreso de uno de estos personajes como mozo de un oficio y que del mismo pasara a ayuda, hasta que consiguiera ser nombrado ujier de la vianda. De ahí, y una vez fuera el más antiguo, sería promocionado a frutier y posteriormente a sausier, sumiller de la cava, de la pantería y, finalmente, a veedor de viandas, el primero de los oficios de boca.

Debido a la interconexión de los citados puestos, observamos momentos de enorme movimiento entre los oficiales de boca, en especial durante los últimos años del reinado de Felipe IV tras el fallecimiento el 22 de abril de 1663 de Mateo de San Martín. Así, su lugar fue ocupado por el sumiller de la pantería José García de Illescas, quien fuera relevado, a su vez, por el sumiller de la cava Bartolomé Fernández. Dicho puesto fue tomado por el sausier Domingo de Miera Ceballos,

Díaz de Salazar compatibilizó su oficio con el de conserje y sobrestante mayor y tenedor de materiales de dicho sitio real, hasta que tuvo que dedicarse exclusivamente a El Retiro tras ser nombrado tapicero y guardajoyas y ropa del palacio.

⁷¹⁰ AGP, Personal, caja 2635/1. El orden de los oficios aparece al revés, es decir del oficio mas relevante (veedor de viandas) al menos (ayuda de oficio), pero hemos preferido invertirlo para dotarlo de más sentido en la lectura.

accediendo a la cabeza de la sausería el frutier Pedro de Rojas y a la de la frutería Fernando de Herbada, quien fuera ujier de la vianda. Por supuesto, estos movimientos continuarían teniendo su reflejo en el resto de oficios inferiores de boca ⁷¹¹.

Podemos poner numerosos ejemplos de este *cursus honorum*, incluso de personajes que usaron su ascenso en los oficios de boca para lograr acceder a puestos más relevantes en la casa. Así, tenemos el caso de Sebastián Gutiérrez de Párraga ⁷¹², que tras servir como ujier de la vianda (1627-1633), sumiller de la panadería (1633-1637), sausier (sólo 4 días de 1637) y sumiller de la cava (1637-1645), pasó a ejercer como grefier (1645-1652), sirviendo incluso como contralor de la jornada de la futura emperatriz Margarita en 1649.

Otro ejemplo excelente de medro dentro de la casa real fue José García de Illescas, quien desde unos inicios humildes ligados a labores de secretario, y gracias a las recomendaciones de un patrón de la familia real, en este caso la emperatriz, alcanzó puestos de notable relevancia. Así, sirvió en los papeles del Bureo con Felipe III siendo grefier Ramiro de Zabalza, así como en la casa del Cardenal Infante siendo su grefier y contralor Juan Lorenzo de Cuéllar. Ya con Felipe IV, fue oficial mayor de su maestría de la cámara y derecho de la media annata siendo comisario el marqués de Torres durante 1640 y 1641. En el ámbito que nos ocupa, los oficios de boca, fue ujier de la vianda (1635-1645), frutier (1645-1648), sumiller de la cava (1648-1652), de la panadería (1652-1663) y veedor de la vianda (1663-1664). De ahí pasó a grefier (1664-1667) y, posteriormente, a contralor hasta su fallecimiento (1667-1672). Encontramos varios casos más durante el reinado de Carlos II, caso de don Bernabé Ochoa de Chinche-tru, que de oficial del grefier pasó a mozo de la sausería y, tras diversos ascensos, falleció en 1698 ejerciendo como grefier.

Carrera más modesta tuvieron otros personajes como Mateo de San Martín, quien fuera portero y ayuda de la cava con Felipe III, para ser promovido durante el reinado de Felipe IV a frutier (1622-1634), sumiller de la panadería (1634-1645), veedor de la vianda en el ínterin por la mala salud de Domingo Maranhao (1640-1645) y veedor de la vianda titular (1645-1663). Finalmente, ejemplos puros de dicho *cursus honorum* ideal fueron Bartolomé Fernández —quien fuera sucesivamente mozo de la sausería (1629-1638), ayuda de la misma (1638-1652), ayuda de la panadería (1652-1657), ujier de la vianda (1657-1658), frutier (1658-1660), sausier (1660-1662), sumiller de la cava (1662-1663), sumiller de la panadería (1663-

⁷¹¹ Para más ejemplos durante los últimos años del reinado, *vide* el tomo II (CD Rom).

⁷¹² Para las biografías de todos los personajes citados, *Ibidem*.

1664) y veedor de la vianda (1664-1665)– o Domingo de Miera Ceballos –mozo de la panadería (1645-1652), ayuda de la cava (1652-1660), ujier de la vianda (1660-1662), sausier (1662-1663), sumiller de la cava (1663-1664), sumiller de la panadería (1664-1665) y veedor de la vianda (1665-1676)–.

Evidentemente, los salarios y emolumentos que acompañaban a dichos oficios variaban enormemente. Así, mientras un mozo de la panadería (el equivalente para los mozos de otros oficios) percibía dos placas al día, ración ordinaria, casa de aposento, médico y botica⁷¹³, el ayuda tenía 7 placas y media al día más lo anteriormente indicado⁷¹⁴. El frutier, por su parte, tenía esas mismas 7 placas y media al día, pero sus emolumentos eran de 4 panecillos comunes, media azumbre de vino, una libra de carnero, otra de vaca, un cuarterón de tocino, los días de pescado dos de çeçial, 6 huevos, media libra de aceite, casa, médico y botica⁷¹⁵. Posteriormente, el sumiller de la cava tenía 12 placas diarias y los emolumentos eran:

quatro panecillos comunes, tres quartillos de vino, una libra de carnero, otra de vaca, un quarterón de tocino, los días de pescado libra y media de çeçial, quatro guebos, un quarterón de azeyte, casa, médico y botica⁷¹⁶.

Finalmente, el oficio más elevado, el de veedor de la vianda, percibía ni más ni menos que 14 placas al día, 6 placas de librea de fruta, 12 placas de librea de cocina, dos tortillas de a 7 onzas, un azumbre de vino, 10 libras de carnero, una gallina, una libra y media de tocino, los días de pescado 8 de çeçial, 25 huevos, dos libras de aceite, 4 onzas de velas de sebo, 5 achetas al mes de cera amarilla y dos de a 14 onzas, casa, médico y botica⁷¹⁷.

Sin duda, el aumento era sustancial, no tanto en el salario percibido, si no en los emolumentos que acompañaban al cargo y que proporcionaban al sujeto una vida mucho más acomodada que la que había llevado hasta entonces. Esta no era una cuestión baladí, pues las dificultades para percibir el salario en los oficios de menor calidad fue notable durante la segunda mitad del reinado de Felipe IV, en especial tras las numerosas reformas llevadas a cabo⁷¹⁸.

⁷¹³ Expediente de MATA, Pedro de, en AGP, Personal, caja 652/13

⁷¹⁴ Listado localizado en el expediente de MATA, Bernabé de, en *Ibidem*, caja 2650/25.

⁷¹⁵ Expediente de MALO, Jaime, en *Ibidem*, caja 609/28.

⁷¹⁶ Expediente de ORTIZ DE ANGULO, Juan (el mozo), en *Ibidem*, caja 769/35.

⁷¹⁷ Expediente de MARAÑÓN, Domingo, en *Ibidem*, caja 615/26.

⁷¹⁸ El caso de Juan Álvarez de Canseco nos ilustra perfectamente esta circunstancia, pese a que el dicho personaje era “hidalgo honrado de las montañas de León”. Así, desde 1642 serviría en la panadería de la reina Isabel de Borbón, no percibiendo gajes hasta el 22 de

Por lo que respecta a la cocina, cerería y tapicería, podemos considerar que la promoción habitual dentro de dichos oficios discurría por un ámbito diferente al de los llamados oficios de boca.

En la cocina, excluyendo a veedores y ujieres de vianda, el devenir habitual del *cursus honorum* de sus integrantes era el de servir primero como galopines y, posteriormente, como mozos, portadores y ayudas, evitando el primer escalón si se era nombrado directamente mozo. Domingo Carrasco puede constituir el ejemplo perfecto, pues fue sucesivamente galopín (1640-1646), mozo (1646-1656), portador (1656-1660) y ayuda (1660-1675). El acceso a los oficios de cocinero mayor o de la servilleta estuvo también abierto en ocasiones para los ayudas y otros oficiales de la cocina, tanto de la casa del rey, caso de Juan de Acier o Francisco Suárez, pastelero real, como de la casa de la reina, caso de Toribio de Agüera, Juan de Quevedo o Santos de Thomas. Hubo algún caso aislado en estos nombramientos para personajes que no hubieran servido antes en la cocina real, vinculado directamente al gusto de los monarcas por un modo de preparar la comida, como fue el caso del genovés Juan Bautista de Parade, nombrado cocinero de la servilleta tras servir a don Luis de Haro en el mismo puesto. Por lo general, aquellos personajes que sirvieron en los oficios de pastelero y portero de cocina⁷¹⁹, desarrollaron toda su vida profesional únicamente en dichos oficios, aunque varios porteros ejercieron al mismo tiempo como aguadores de la cocina, tal y como sucedió con Gabriel de Espinosa o Martín de Larramendi.

Por su parte, los oficios de la potajería y busería estuvieron íntimamente vinculados a una dinámica familiar, pues los tres potajieres del reinado fueron de la familia Merchán, mientras que el busier que inició el reinado fue Diego Galaz, sirviendo su hijo homónimo de 1632 a 1634 por su vejez. Al fallecer el primero,

febrero de 1647. El 23 de julio de 1649 pasó a ser mozo entretenido de la panadería real con real y medio y en 1651 intentó que se le reconociera de plantilla, pero la respuesta del Bureo del 4 de abril fue que “es contra la reforma”. En julio de 1652 pasó a servir como mozo entretenido de la cava, aunque durante la jornada que el monarca realizó a El Escorial en octubre de dicho año lo haría en la furriera. Posteriormente, durante las diversas jornadas reales fue mozo extraordinario de la panadería, solicitando infructuosamente en 1663 una plaza de mozo de oficio de la misma. Sí que se le concedió, en cambio, el oficio de mozo entretenido de la cerería el 23 de febrero de dicho año, en el cual aún nos consta en 1676. En dicha fecha, se le volvió a negar el ingreso, aunque se le hizo merced de tres reales y medio de gajes al día para ayuda a alimentarse pagados por el gasto de la despensa.

⁷¹⁹ Aunque hubo excepciones como las de Manuel González, que tras ser galopín y mozo de cocina fue nombrado pastelero, o Juan Martín Guerrero, que fue mozo entretenido de la panadería, portero de cocina y mozo del guardamangier en este orden.

se decidió unir el cargo al de potajier por las reformaciones, tras previo acuerdo entre los Galaz y los Merchán, por lo que los últimos constarían como potajieres y busieres desde 1635, aunque la heredera de Diego Galaz, Antonia, percibió gajes y ración y sirvió efectivamente entre 1642 y 1644.

En la cerería, por su parte, era habitual el tránsito de mozo entretenido a mozo y, posteriormente, ayuda, evitándose el primer escalón si el nombramiento que recibían era directamente el de mozo titular ⁷²⁰. Sin embargo, ahí se truncaba la posibilidad de optar a la plaza de cerero mayor, pues de los 4 que hubo durante el reinado de Felipe IV, únicamente Antonio de Plaza de Bracamonte había sido ayuda de la cerería, aunque tuvo que realizar un largo periplo por otros oficios de la casa hasta retornar a dicho oficio.

Por lo que respecta a la tapicería, ya observamos como para acceder al puesto máximo de tapicero mayor era necesario tener unos sólidos vínculos familiares, a lo que habría que unir que todos los que ocuparon el puesto fueron con anterioridad ayudas de cámara o aposentadores de palacio. Por lo tanto, en este oficio, lo máximo a lo que podía aspirar un tapicero que entrara en los escalafones inferiores era el puesto de ayuda, siendo el *cursus honorum* habitual ocupar los oficios de mozo, sotayuda y, posteriormente, ayuda ⁷²¹. Por lo que respecta a los retupidores, existían dos posibilidades: acceder desde el puesto de mozo de la tapicería, caso de Pedro Blaniac o Domingo de Arce, o ingresar directamente como retupidor para después ser nombrado ayuda, caso de Antonio Salgado o don Gabriel Medel.

Mayores dificultades tenían los que ingresaban en el servicio como mozos entretenidos, pues difícilmente podían acceder a puestos de mozos titulares ⁷²², aunque no siempre fuera así ⁷²³ e incluso en ocasiones consiguieron dicho ascenso en

⁷²⁰ Hay numerosos casos, pero podemos citar a Mateo Gómez de la Barreda o Bartolomé Güemes de la Sierra.

⁷²¹ Varios tapiceros completaron el *cursus honorum* ideal, caso de los citados Joseph David Borsu, quien fue mozo (1658-1661), sotayuda (1661-1664) y ayuda (1664-c. s. 1665) o Guillaume Pannemaker, los mismos oficios de 1613-1621, 1621-1646 y 1646-1654, respectivamente.

⁷²² Como demuestra el caso de Bartolomé Enríquez de Otero, quien entre 1659 y 1663 sirvió como entretenido en oficios de boca del rey como frutería, cava y sausería, solicitando infructuosamente en ocasiones la plaza de mozo de oficio de la panadería. Al año siguiente, “fuese a la montaña con ánimo de no volver a esta ocupación”. Lo mismo le sucedió a Santiago Sáez Mayón, quien fuera mozo entretenido de la cava (1658-1662) y de la sausería (1662-1664), hasta que dejó los oficios por estar enfermo y no ser promocionado.

⁷²³ Así, Jusepe de Olivares, tras ser mozo entretenido de la cerería (1645-1654) y de la cava (1654-1662), consiguió la titularidad en la cerería (1662-1670) para ya con Carlos II ser ayuda de la cava (1670-1677), de la sausería (1677-1684) y ujier de la vianda (1684).

otras secciones de la casa⁷²⁴. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones su labor era muy ardua y no conseguían el medro esperado.

Un ejemplo notable de esta situación lo constituye el memorial que envió al Bureo en 1648 el mozo entretenido de la frutería Juan de Cárdenas, en el cual señalaba que el monarca había dado licencia a Francisco de Olabarria, mozo de oficio de la frutería, para ir sirviendo al duque de Albuquerque en la campaña de Cataluña. Debido a ello, suplicó se le hiciera merced del oficio de titular, tal y como se había hecho con Martín de Sagasti, ayuda de la cava, Francisco de Toledo, mozo de la sausería, y otros. Sin embargo, se le denegó, pues el conde de Montalbán indicó que para excusar la costa que en el oficio de la frutería se había de hacer se ordenó a Martín de Arroniz, mozo jurado en la confitería con dos reales y medio de gajes al día sin servir, que en el ínterin supliera a Francisco de Olabarria⁷²⁵.

En algunas ocasiones, el *cursus honorum* de los servidores de los oficios no finalizaba con su fallecimiento, pues cuando alcanzaban una elevada edad y no podían ejercer el oficio eran reservados manteniendo los gajes y gozes del puesto en el que habían servido⁷²⁶. De todo ello, así como de las mercedes concedidas a las viudas u otros miembros de la familia del servidor, hablaremos en el capítulo correspondiente a reservados y pensionarios.

⁷²⁴ Caso de Andrés Álvaro, mozo entretenido de la cerería (1654-1665), que pasó a mozo titular del guardajoyas (1665-1670). Lo mismo sucedería con Bernardo Suárez, mozo entretenido de la cerería (1643-1654) hasta que fue promocionado a mozo del guardajoyas “para aderezar los ornamentos de la capilla y repararlos por ser bordador”. Pedro Romero de Mata, por su parte, pasó de mozo entretenido de la frutería (1662-1664) a mozo del guardajoyas (1664-1665)

⁷²⁵ En su expediente en AGP, Personal, caja 16753/31.

⁷²⁶ Aunque en ocasiones no era un plato de buen gusto para el agraciado. Así, el ayuda de cocina Alonso de Quintana pidió en 1644 el paso de su ración en cabeza de su mujer o una hija, pero en lugar de esto se le reservó el 29 de agosto sin que él lo suplicase, “de que se le ha seguido gran descrédito a su reputación”. Por ello, pidió el paso de sus gajes, ración y casa de aposento para remediar a una hija, merced que le fue concedida.

3.2. LOS MÉDICOS DE FELIPE IV

Anastasio Rojo Vega

Los médicos de la casa real fueron señalados por sus buenas letras. Los catedráticos de Prima de las principales Facultades, los recomendados por obispos y nobles. Los profesionales que van a ser presentados en este artículo fueron los más célebres de la corona española entre 1621 y 1665, límites inicial y final del reinado del monarca. Ciento diez y ocho médicos reales, o médicos del rey, he podido identificar a lo largo de los mencionados 44 años, repartidos en varias categorías de relevancia desigual, desde la principal de los protomédicos, hasta la inferior de los médicos reales *ad honorem*; médicos reales que podían decir que lo eran, pero no cobraban por serlo.

3.2.1. *Procedencia de los médicos reales*

¿De dónde procedían los médicos palaciegos del reinado de Felipe IV? La profesión no se sentía aún agobiada, asaltada, por los médicos “extranjeros”, franceses e italianos, llegados en masa tiempos más tarde, aunque ello no quiera decir que faltasen. Soto lo apunta en su obra:

Tantas veces vemos en nuestra España, y en particular en esta corte, de algunos enfermos [...] que les parece, que todo el remedio de su enfermedad depende de las manos de un médico extranjero, a quien acredita más su barbaza larga, que sus estudios; y más los aforismos pronunciados con misterios, sacramentos, arqueamientos de cejas, que con sus libros, sus trabajos, y erudición ⁷²⁷.

Los médicos de Felipe IV fueron todos hispanos, excepto tres portugueses. Los lugares donde habían estudiado, de acuerdo con los datos que poseo, referidos a 88 de ellos, fueron los siguientes ⁷²⁸:

⁷²⁷ S. SOTO: *Discurso médico, y moral, de las enfermedades porque seguramente pueden las religiosas dexas la clausura*, Madrid 1639, ff. 79v-80r.

⁷²⁸ A veces habían estudiado en una Facultad, pero llegaban a palacio desde otra donde ejercían de catedráticos; en este caso doy preferencia a la segunda.

Capítulo 1.3: *El funcionamiento diario de palacio*

ALCALÁ (31 médicos reales):

Miguel de Alba; Jacinto de Almazán; Antequera; Miguel Barreda; Mateo Calvo Santoyo; Ambrosio Cuevas; Miguel Cuevas; Francisco Enríquez Villacorta; Francisco Escobosa Heredia; Pedro Ferriol; Juan Garcés Marcilla; Leonardo García; Juan Garzo; Pedro Garzón de Astorga; Juan González de Aljete/Arjete; Juan Gutiérrez de Godoy; Pedro Miguel de Heredia; Diego de Herrera⁷²⁹; Juan de Hoyos Montoya; Infante de Auriolos; Francisco Lucas de Mijancas; Jerónimo Morales; Cristóbal Núñez; Juan Peribáñez; Miguel Royo; Juan Salazar; José de Sola; Manrique de Sousa; Francisco Vázquez; Luis de Vera; Antonio Zupi de Vergara.

VALLADOLID (15 médicos reales):

Pedro Barba; Juan Barrio; Gaspar Bravo de Sobremonte; Francisco Calvo Vázquez; Gabriel Canseco; Francisco de Herrera; Gerónimo de Huerta⁷³⁰; Cipriano Maroja; Pedro Palencia Cisneros; Juan Pérez San Martín; Miguel Polanco; Antonio Ponce de Santa Cruz; Alonso de Santiago; Lázaro de Soto; Antonio de Villarroel.

SIGÜENZA (11 médicos reales):

Francisco Lorenzo Avilés de Aldana; Maximiliano Céspedes; Lázaro de la Fuente; Julián Gonzalo; Pedro de Marchena; Francisco Ordóñez; Felipe Prugner/Prunce; Bernardino Serrano Minaya; Diego Velasco; Cristóbal de Villarreal; Antonio de Villarroel.

SALAMANCA (7 médicos reales):

Maximiliano de Céspedes; Francisco de Espinosa; Alonso Núñez⁷³¹; Andrés Ordóñez de Cáceres; Miguel Pérez; Diego Ruiz de Ochoa; Vázquez Mexía

TOLEDO (6 médicos reales):

José Julián de Aguilera; Juan Camacho; Francisco Peña Castellanos; Mateo de Puelles; Juan Rubio; Juan Vázquez

PORTUGAL (3 médicos reales):

Almeida da Fonseca; Duarte Báez; ¿Miguel de Silveira?

⁷²⁹ Hay un cruce de datos entre J. JIMÉNEZ MUÑOZ: *Médicos y cirujanos en Quitaciones de Corte (1435-1715)*, Valladolid 1977, y M. S. CAMPOS DÍEZ: *El Real Tribunal del Protomedicato castellano (Siglos XIV-XIX)*, Cuenca 1999, entre Diego de Herrera y Juan Gutiérrez de Solórzano.

⁷³⁰ En la *Historia Natural de Cayo Plinio*, edición de Jerónimo de Huerta de 1624, se dice, simplemente, “médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición”.

⁷³¹ Un personaje complejo, es difícil decir si debe ser considerado salmantino o sevillano. Jerónimo de Huerta le denomina “gloria de la academia hispalense”.

VALENCIA (3 médicos reales):

Juan Gallego Benítez de la Serna; Vicente Moles; Alonso Romano de Córdoba

ZARAGOZA (3 médicos reales):

Juan Garcés Marcilla; Matías de Llera; Lucas Maestre Negrete

OSUNA (2 médicos reales):

Benito Matamoros⁷³²; Juan Rodríguez Núñez de Castro

SEVILLA (2 médicos reales):

Juan Gasco/Gascón Angulo; Juan Negrete

CÓRDOBA (1 médico real):

Bonilla Samaniego

GRANADA (1 médico real):

Andrés de León (ejerció también en Sevilla)

HUELVA (1 médico real):

Cristóbal San Pedro Vaca

MÉXICO (1 médico real):

Domingo Vázquez Pereira

Las dos escuelas dominantes de la Medicina española del segundo tercio del siglo XVII eran Alcalá y Valladolid; dos Facultades que, por consiguiente, aportaban el mayor número de médicos de cámara a la corona. Henríquez de Villacorta nos ilustra sobre ello. Había desacuerdo entre los médicos de cámara y protomédicos en lo referente a la terapia a aplicar al príncipe Felipe Próspero, por lo que se llamó a consulta a los catedráticos de Prima de Alcalá y Valladolid:

*Prosperus Philippus Hispaniarum Princeps noster: natura debilissimus [...] potentissimus noster Philippus Quartus Hispaniarum & Indiarum Rex, paternali amore ductus in re tanti momenti decrevit socios, & cordatos viris ex insigni Universitate Complutense, & Vallisoletana*⁷³³ *Primariam Cathedam regentes*

⁷³² En las *Selectarum Medicinae Disputationum* (Osuna 1622), se firma “*Benedicto Matamoros Vazquez Gallego, Medicinae Doctore, & in Ursanoensi Academia olum Philosophiae, nunc verò Primariae Medicinae Cathedrae Antecessore; Sanctae Inquisitionis Hispalensis familiari*”. En 1630 se decía doctor por Osuna y catedrático de Alcalá. Según Hernández Morejón, había estudiado Medicina en Salamanca. Su llegada a palacio debió producirse desde Osuna, ya que las *Selectarum* están ya dedicadas al infante don Fernando de Austria.

⁷³³ El énfasis es mío.

*convocare ad consultationem, tanquam iudices arbitros pro resolutione propositi auxilii*⁷³⁴.

Dos escuelas que dominaron la Medicina española no solamente durante el siglo XVII, sino durante parte del XVIII. Las diferencias fundamentales entre ambas eran las siguientes: en lo que hace a Medicina antigua, los de Alcalá se consideraban trilingües, es decir, capaces de entender lo que verdaderamente habían dicho Galeno e Hipócrates, porque sabían griego; los de Valladolid no sabían griego, así que no podían discutir la traducción exacta de las palabras, pero eran muy diestros en filosofía, considerando que lo importante no era saber exactamente lo que estaba escrito, sino lo que se estaba pensando al escribirlo; de manera que los alcalaínos, con Francisco Valles como figura adorada, se agruparon en torno a un galenismo más intransigente que el vallisoletano⁷³⁵, situado en la tendencia denominada “galenismo moderado”; otro rasgo característico de los vallisoletanos era el culto a Hipócrates por encima de Galeno ¿Su figura más representativa?: Luis de Mercado.

Dos escuelas que extendían su influencia a la Farmacia: ¿Cómo debía hacerse la lavación con agua pluvial del acíbar, para aminorar sus efectos purgativos? Se respondía que “por las razones que tan doctamente han alegado boticarios de Madrid, y Valladolid, *pro utraque parte*”⁷³⁶. De las dos diferentes maneras de interpretar la Medicina derivaron estilos terapéuticos distintos. Los de Alcalá eran muy amigos de la sangría, los de Valladolid la apartaban de sus procedimientos tanto como podían; los de Alcalá eran inclinados a los grandes remedios, los vallisoletanos a los pequeños y a la terapia minorativa. Ejemplo de lo dicho para Valladolid es el testimonio del portugués Tomé Pinheiro da Veiga (1605):

Las dietas de Castilla son solemnísimas, porque en los primeros días de pleuresía dan luego gallina y carnero, pocas veces lo niegan, y por la noche ave asada, y huevos nunca los niegan; y en las fiebres, bizcochos de huevos y pancacas, que son sopas torradas con manteca, melocotones asados y peras, y así

⁷³⁴ F. HENRÍQUEZ DE VILLACORTA: *Consultatio Medica pro Serenissimo Principe Nostro Prospero*, Madrid 1688, vol. I.

⁷³⁵ De Henríquez de Villacorta dice Hernández Morejón: “muchos le llamaban el Galeno español [...] y bajo este concepto le retrató bien el doctor Martín Martínez en sus obras, considerándole como un ingenio nacido para corromper el entendimiento de la juventud médica”.

⁷³⁶ E. VILLA: *Examen de boticarios*, Burgos 1632, p. 160.

me curaron de mi tabardillo. Las sangrías por casualidad pasan de tres: dos en un día nunca se dan ⁷³⁷. Los jaropes y purgas son suavísimos ⁷³⁸.

En 1711, Boix consideraba una desgracia que coincidiesen en la cura de un enfermo un médico vallisoletano y otro alcaláino, ya que el primero ordenaría irremediablemente purga y el segundo sangría, sin alcanzar acuerdo.

Si la desgracia de el enfermo es tal, que el un médico haya estudiado por Mercado, y el otro por Heredia se suelen salir de la junta sin determinar remedio; y a veces después de palabras, lo que sabemos: porque uno quiere purga, y el otro sangría. En estas contiendas llaman un tercero, y este por no malquistarse con Heredia ⁷³⁹, ni con Mercado, ni menos con los que siguen su doctrina dice: Pues quien duda, que estando purgado este enfermo en el principio, que se ha de sangrar inmediatamente ⁷⁴⁰.

El alcaláino Manuel Martínez recalca las diferencias:

Quae opinio recepta est propter suum Patronum, & primum defensorem N.P.G. [nuestro Pedro García] ut iam opinio Complutensis dicatur. & veluti per modum litigii contra Vallesoletanos defendatur ⁷⁴¹;

o “*Nostra igitur opinionem antiquorum est, & non Vallesoletana*” ⁷⁴². Hasta el propio Cabriada, faro de los *Novatores*, se hará eco del enfrentamiento existente entre ambas escuelas:

Pondré aquí algunos de los autores más clásicos, que siguen la escuela galénica. Sea el primero el doctor Ludovico Mercado [...] dice el mismo autor [aquí la atención]: Que aunque digan algunos médicos comúnmente, que en todas las calenturas podridas se ha de sangrar, que es máxima establecida: Que

⁷³⁷ El énfasis es mío.

⁷³⁸ T. PINHEIRO DA VEIGA: *Fastiginia. Vida cotidiana en la corte de Valladolid*, trad. y notas de N. Alonso Cortés, Valladolid 1989, p. 309.

⁷³⁹ Los de Alcalá seguían lo expuesto por Heredia en el capítulo “*De expurgatione juxta singularem doctrinam Mercati*” [V. NUTTON (ed.): *Medicine at the Courts of the Europe, 1500-1837*, Londres y Nueva York 1990, pp. 481-482].

⁷⁴⁰ M. M. BOIX: *Hippócrates defendido, de las imposturas, y calumnias, que algunos médicos le imputan: En particular en la curación de las enfermedades agudas*, Madrid 1711, p. 60.

⁷⁴¹ M. MARTÍNEZ: *De Rebus Naturalibus, non Naturalibus, et contra Naturam, libri tres*, Alcalá 1637, p. 19.

⁷⁴² *Ibidem*, p. 21.

adonde prevalece la cacochimia, o crudezas, se ha de expurgar, y que no se ha de entrar evacuando sangre temerariamente, como está decretado por Galeno⁷⁴³.

En este texto, un Mercado que representaba a los pincianos, es enfrentado a Galeno, porque a orillas del Pisuerga eran más amigos del de Cos que del de Pér-gamo; no por nada un médico de cámara del que hablaremos más adelante, Miguel Polanco, fundó la cátedra de Prima de Hipócrates en la Facultad vallisoletana. Es por lo que Filosofía e Hipócrates figuran frecuentemente en los títulos de las obras editadas por los autores locales: *Opuscula Médica, et Philosophica ad Philippum III*, Madrid 1624, de Antonio Ponce de Santa Cruz, que contiene el libro *De Hippocratica Philosophia*; *Opusculum de Fascino, Theologis haud inutile, Philosophis proficuum*, Lyon 1653, de Juan Lázaro Gutiérrez; o el *Tratado del vino aguado, y agua envinada, sobre el Aforismo 56 de la seccion 7 de Hipocrates*, Valladolid 1661, de Jerónimo Pardo. En lo relativo a las tendencias terapéuticas conservadoras, el “manifiesto” de la escuela es el *De Impedimentis Magnorum Auxiliorum, in Morborum curatione Lib III Ad Tyrones. Quibus omnes difficultates quae se in magnis periculis offerunt ex mente Antiquitatis, explicantur opus ita necessarium, ut merito curationis directorium possita appellati*, Madrid 1629; que se refleja con ecos lejanos en el *Tractatus de Minorativa Purgatione*, Zaragoza 1681, de Antonio Galante de Seoane, “Medici Pinciani”. Hernández Morejón escribía, refiriéndose al autor del *De Impedimentis*: “fue uno de los primeros que con más calor tomaron la impugnación del sumo desorden con que los médicos mandaban sangrar”⁷⁴⁴.

Cada Facultad era una escuela diferenciada y los médicos se sentían íntimamente unidos a aquella de la que descendían y en la que se habían formado, así Jerónimo de Huerta escribe de la suya: “dando gloria y honor la caudalosa fuente de su erudición a las escuelas Pincianas, origen y principio de todas las que en España florecen”⁷⁴⁵.

3.2.2. *Médicos reales, tipos y nombres*

Los médicos reales constituían varios grupos con categorías muy distintas, desde la de protomédico y médico de cámara, hasta la ya señalada de médicos de familia *ad honorem*.

⁷⁴³ J. DE CABRIADA: *De los Tiempos y Experiencias el mejor remedio al mal por la nova-antigua Medicina. Carta Philosophica Médica Chymica*, Madrid 1687, pp. 50-51.

⁷⁴⁴ A. HERNÁNDEZ MOREJÓN: *Historia bibliográfica de la Medicina Española*, Madrid 1842-1852, vol. IV (1846), p. 172.

⁷⁴⁵ J. DE HUERTA: *Problemas filosóficos*, Madrid 1628 f. 96v.

Ordenados de acuerdo con su mayor o menor importancia, y por años, los médicos reales de Felipe V, entre 1621 y 1665. Fueron los siguientes:

PROTOMÉDICOS

Eran tres en cada momento, los más famosos y antiguos médicos de la cámara real; dicho de otra forma, los tres mejores de España.

Alonso Núñez. Ejerció plaza de médico de cámara y de protomédico. Considerado “el médico más docto de su siglo” por Caldera de Heredia, Jerónimo de Huerta, tras calificarle de “gloria de la academia hispalense, médico también de cámara de S.M. y su protomédico general”, le dedica tres de sus *Problemas*, los titulados: *Si los vivientes son animales*; *Si los brutos tienen entendimiento*; y *Del suero y leche*.

Testamentario del médico de cámara vallisoletano Miguel Polanco en 1631, se contaba entre los que habían asistido al anterior monarca, Felipe III, en su muerte. Villalba le hace autor de un manuscrito firmado en Plasencia en 1605, titulado *Parecer del doctor Alonso Núñez, médico de su Señoría Don Pedro Gonzalez de Azevedo obispo de Plasencia: En que se declara que enfermedad sea la que de presente da a los niños en esta ciudad y otros pueblos de su comarca, a la cual el vulgo llama garrotillo, de que causas proceda y como se ha de curar*; borrador, tal vez, del *De gutturis, et faucium ulceribus anginosis: vulgo Garrotillo*, impreso en Sevilla 1615, cuando aún no era más que “*medicus hispalensis*”. A su pluma se deben también un *De pulsuum essentia* (Salamanca 1606), redactado como “*Clarissimi Domini D. Petri Gonçalez de Azevedo, S. Ecclessiae Placentinae Episcopi dignissimi Medico*”; y una *Assertio Iudicii Ludovici Septalii Medici Mediolanensis. De Margaritis nuper ex India allatis*, “*Doctore Ilefonso Nuñez Llerenensi, Medico Hispalensi authore*”.

Otro de los grandes médicos del comienzo del reinado de Felipe IV era Luis del Valle, alias “el Tuerto”, que también había asistido a Felipe III en su muerte. Andrés de Tamayo (1621) le dedicó *Tratados breves de Algebra*, “A los doctores Luys del Valle, Paulo de Salinas, y Francisco de Herrera, médicos de cámara de su Magestad, y sus protomédicos”; Luis de Oviedo el *Methodo de la Coleccion y Reposicion de las Medicinas Simples* (1622), “Al doctor Luis del Valle, médico de cámara del Rey don Felipe IIII nuestro señor, y su protomédico general”; y Uberte el *De Pinguedine*.

Vélez de Arciniega, en la *Theoria pharmaceutica* (1623), *Epístola al lector*, relata:

En aviéndola acabado, la llevé al señor doctor Luis del Valle, que en aquel tiempo presidía en la audiencia del Protomedicato, para que juntamente con sus dos compañeros que me avían abonado, y firmado de sus nombres, que concurrían

Capítulo 1.3: *El funcionamiento diario de palacio*

en mi todas las partes necesarias para poderla componer, la aprovasen, y diesen su censura. Lo qual no tuvo efecto, porque se la hurtaron [...].

Por su parte, Matías de Porres, médico del virrey del Perú, en las *Breves Advertencias para Bever Frio con Nieve* (Lima 1621), afirma haber escrito su obra animado por Valle:

Y aviendome cabido en suerte ser huesped del doctor Melchior Amusco protomédico destos Reynos [del Perú] porque asi me lo mandó, quando salí de los de España, el doctor Luys del Valle médico de cámara del Rey nuestro Señor, y su protomédico, mi maestro, y grande amigo.

Hombre muy religioso, puso todas sus fuerzas en demostrar científicamente la ninguna necesidad que tenían las religiosas de dejar su convento por enfermedad:

fue el doctor Luis del Valle, médico de cámara de su Magestad, persona que intevino sola en esto, y que se movió tan apasionadamente, por un caso que en su tiempo acaeció a una religiosa, que salió por una enfermedad, no de las más apretadas, de quien se dixo sin fundamento, antes con toda falsedad, que peligró su honestidad, o por mejor dezir, se rindió al peligro⁷⁴⁶.

Como Valle había muerto ya, Soto no teme poner en duda sus conocimientos:

ni la persuasión del doctor Luis del Valle, tan obligatoria, por ser solo uno, y aunque médico de cámara, no suficiente para opinar por sí solo, lo que otros muchos contradizen, (que sin tener tan levantado puesto en la corte, quizá le tienen más sublime en la Facultad, pues no se yo que sea buena consecuencia, es médico de cámara, luego es docto)⁷⁴⁷.

Juan Benítez de la Serna ejerció como protomédico al menos entre 1617 y 1647. Figura como “médico de cámara del Rey nuestro señor, y protomédico general” en los *Problemas filosóficos* (1628) del licenciado Jerónimo Huerta, el cual le dedica los titulados: *Si el movimiento causa siempre calor; ¿Cómo quando hierve el agua está frio el suelo de la caldera?; y ¿Qué enfermedad sea morir por sabiduría?*

Murió el año 1647, siendo enterrado en el monasterio del Santísimo Sacramento de Madrid, tras nombrar testamentario a don Diego de Loaisa, oidor de la real chancillería de Valladolid. Su trayectoria fue larga, pues fue otro de los asistentes a la muerte de Felipe III. Malagueño, se formó en Valencia y, según Hernández Morejón, fue “uno de los profesores más eruditos y prácticos de su siglo”. Alonso de Burgos le describe como:

⁷⁴⁶ S. SOTO: *Discurso médico, y moral...*, op. cit., f. 22.

⁷⁴⁷ *Ibidem*, f. 22v.

primero prothomédico de la Suprema y Real Magestad de Philippo III el Grande N. S. (que Dios guarde) defensor único de su salud, patrocinador de su naturaleza, y espada cortadora de dos filos contra todo lo que se puede oponer a la conservación saludable⁷⁴⁸.

Como autor médico, publicó *Opera Physica, Medica, Ethica quinque tractatus comprehensa* (Lyon 1634), *Recte ac dogmaticae medendi vera Methodus* (París 1639), y *De Naturali animarum origine invecivam adversus Danielem Sennertum* (Bruselas 1640). En el primero, Juan Gutiérrez de Solorzano, en carta fechada el 23 de septiembre de 1630, se refiere a Benítez como “*magnorum utriusque orbis Regum PHILIPPI III & IV necnon olim magnae Franciae Reginae, nunc vitae superstitis Medici cubicularii & Protomedici generalis*”.

Francisco Avilés de Aldana, médico del infante don Fernando, le dedicó su *Discurso* sobre el vino malvático, “Al sapientísimo señor doctor Ioan Benítez Gallego de la Serna, médico de cámara de su Magestad, y protomédico general en todos sus reynos, y señoríos”.

De Antonio Ponce de Santa Cruz, protomédico y médico de Felipe III y Felipe IV, dice Hernández Morejón:

Entre los hombres más esclarecidos que puede presentar la historia de la Medicina española en el siglo XVII, es [*sic*] sin duda Antonio Ponce de Santa Cruz, también medico y escritor en el mismo siglo.

Una figura especial por varias cosas, una ser el último miembro de una familia que aportó continuamente médicos y cirujanos a la casa real, al menos durante tres generaciones, desde Andrés de Guadalupe y Pablos de Santa Cruz, cirujano el primero y médico el segundo del Papa, de la reina Juana y del emperador Carlos V. Autor de una obra amplia e interesante, en ella destaca el que hemos calificado de manifiesto de la escuela médica vallisoletana, el *De Impedimentis Magnorum Auxiliorum in Morborum Curatione* (1629), reeditado varias veces y todavía en 1750 en Sevilla; un tratado plagiado por Omobono Pisoni “*In Academia Patavina Medicinae Practicae Professore*”, bajo el título *De Regimine Margorum Auxiliorum in Curationibus Morborum* (Padua 1735).

Su obra personal contiene algunas singularidades en lo que toca a aprobaciones y censuras. La del *De Impedimentis magnorum auxiliorum* no fue hecha por alguno o algunos médicos singulares, sino por la Facultad alcaláina en pleno. No cabe duda de que por entonces Ponce tenía un enorme poderío, “*Protomedico, & à Cubiculo Regio, insignis Ecclesiae Covarrubianae Abbate, Primario, & Vespertino Professore Medicinae in inclita Universitate Vallisoletana*”. Los tres representantes

⁷⁴⁸ A. DE BURGOS: *Methodo curativo y uso de la nieve*, Córdoba 1640, p. 111.

de Alcalá, el rector Gaspar de Alfaro Zapata, y los catedráticos médicos Miguel de Barreda y Pedro Miguel de Heredia, al firmar la “censura de la insigne Universidad de Alcalá”, en Alcalá, 28 de enero de 1627, no dudan en solicitar del rey, para tan sabio representante de la *inclita Universitate Vallisoletana*, no solamente honores, sino también premios: “premio por el bien que haze a la República en sacar a luz tales obras para común aprovechamiento de todos”. La misma censura fue incorporada a los *Prolegamona* de Ponce, de Madrid 1637.

Jerónimo de Huerta le dedicó otros tres de sus *Problemas*: *El fuego, si tiene esfera particular*; *Quién hiela, y cuaja el agua*; y *Por qué nieva y hace más frío en las sierras que en los valles*; y fray Esteban Villa en el *Examen de boticarios* (1632).

En 1626 sabemos quiénes eran los protomédicos por el valenciano Juan Calvo, el cual dedica la *Primera y Segunda parte de la Cirugía* (Madrid 1626), “A los doctores Francisco de Herrera, Antonio Ponce de Santa Cruz, y Iuan Benítez de la Serna, protomédicos de su Magestad”.

A Herrera siendo protomédico, entre vallisoletanos andaba el juego, dedicó Huerta tres más de sus *Problemas filosóficos*: *Del fascino o aojo, si es natural*; *Si es natural la muerte*; y *Por qué huelen mal los judíos*. Todavía seguía como protomédico en 1647. Podemos seguir su pista por varios libros: *Tratados breves de algebra* (1621) de Andrés Tamayo; *De pinguedine* (ediciones de 1622 y 1623) de Marcelino Uberete; *Cirugía universal* (1626) de Juan Calvo; los mencionados *Problemas* (1628) de Huerta, “Al doctor Francisco de Herrera, médico de cámara del Rey N.S. y protomédico general en sus reynos”; y *Libro de las vidas* (1647) de fray Esteban Villa.

En 1639 se firmaba “protomédico de su Magestad” el doctor Juan Gutiérrez de Solórzano, un 19 de junio de dicho año, en la aprobación al *Discurso médico, y moral* (1639) del doctor Sebastián de Soto. Fue esta una de sus muchas censuras/aprobaciones de textos médicos, entre los cuales la del *De gutturis, et faucium ulceribus anginosis* (1615) de Alonso Núñez, aunque tanto la licencia, de Pedro Montemayor del Mármol, como la censura de Gutiérrez Solórzano llevan fecha de 1616; la de Gutiérrez, concretamente, de 6 de marzo. Otras obras por él enjuiciadas: *De viri et foeminae comparanda foecunditate tractatio* (1620) de Gabriel Alonso de Villabrágima; *Historia de las virtudes i propiedades del tabaco* (1620) de Juan de Castro, en el que consta como “médico de su magestad, i su examinador, i visitador general”; *Apologia pro consilio medicinali* (1621) de Tomé de Aguiar; *Historia natural de Cayo Plinio* (1624) de Huerta; *Opera* (1634) de Gallego de la Serna, como “*utriusque Supremae Maiestatis Medicus à Cubiculo*”; y *Utilidades del agua i de la nieve* (1637) de Fernando Cardoso, con aprobación firmada en Madrid a 26 de marzo de 1635. Esteban Villa le muestra controlando como protomédico medicinas compuestas y simples:

se funda bastante, en las razones, que los boticarios de la congregación de la corte alegaron, por las quales el doctor Iuan Gutiérrez protomédico de su Magestad la repuso dignamente por auto expreso, en que mandó que por *galia* pedida sin determinación, se ponga la alefangina⁷⁴⁹;

así como pesos y medidas, “y de lo que ordenó el doctor Iuan Gutiérrez por otro [auto], que absolutamente por libra se entiende de la de doze onzas”⁷⁵⁰.

En lo que hace a salida de monjas de la clausura por motivo de enfermedad, Gutiérrez se mostró contrario a Luis del Valle. Para él se trataba de una causa mayor justificada:

por los años del Señor de 1639 que obtuvo [licencia] una religiosa en esta corte en el convento de Vallecas, y la declaración del dicho afecto vino remitida por auto del docto varon don Iuan de Baraona, párroquo de San Nicolás [...] al doctor Iuan Gutiérrez, protomédico de su Magestad, en la Facultad insigne, por sus aventajados estudios, y anciana experiencia, de quien esperamos se imprima un libro de consultaciones⁷⁵¹.

En 1647, fray Esteban Villa dedica su *Libro de las vidas de doze príncipes de la Medicina* (Burgos), “A los mui doctos Ioan Benítez de la Serna, Francisco de Herrera, y Geronimo de Morales, prothomédicos de la Magestad de Philipppo Quarto”.

De Jerónimo de Morales se habla en el apartado dedicado a los médicos de cámara.

Diego de Herrera, al fallecer en 1648 en su casa madrileña de la calle de San Pedro, fue enterrado como protomédico y médico de los reyes Felipe III y Felipe IV. Procedía de Alcalá, donde se había licenciado en 1595. Como aprobador y censor de textos médicos, tuvo que vérselas con la *Historia de los animales mas recebidos en Medicina* (1613) de Vélez de Arciniega, como “médico de cámara de su Magestad”, 6 de agosto de 1612; con el *De Facultatibus Naturalibus* (1619), aprobación de 13 de marzo de 1612, de Francisco Mateo Fernández; con otro libro de Vélez, *Historia General de Aves y Animales* (1621), de Herrera, 20 de mayo de 1613; con la *Medicina Española contenida en Proverbios* (1616) en 14 de enero de 1615; y con el *De Viri et Foeminae comparanda foecunditate* (1620) de Gabriel Alonso de Villabrágima, que firmó en 7 de marzo de 1617.

Como tal protómedico es mencionado en 1639, entrometido también en el caso de las monjas enfermas de Luis del Valle y Gutiérrez de Solórzano:

⁷⁴⁹ E. VILLA: *Examen de boticarios*, op. cit., f. 185.

⁷⁵⁰ *Ibidem*, f. 219r-v.

⁷⁵¹ S. SOTO: *Discurso médico, y moral...*, op. cit., f. 37v.

Últimamente, que por esta enfermedad ayan salido muchas religiosas de sus conventos, no pongo ninguna duda: si bien en esta grave dolencia, no he intervenido a dar mi parecer, mas pongo por testigo al doctor Diego de Herrera, protomédico de su Magestad [...] hallo en él un fecundísimo parto de sutil ingenio, con exceso abundoso de sutilezas, las unas tan recién sacadas a las que ostentan novedad, las otras tan renovadas con doctrina Escholastica, tan valientemente explicadas, que manifiestan bien la superioridad, que en la cátedra de la Universidad de Alcalá, ha tenido. El qual me ha certificado con todo encarecimiento, que algunas religiosas dolientes desta enfermedad, han salido de la clausura por intervención suya⁷⁵².

Alonso de Burgos hace su presentación, en 1640, como:

grandísimo y por excelencia grande médico, señor doctor Diego de Herrera, prothomédico de la cámara de su Magestad, y cathedrático de Prima en la insigne de Alcalá⁷⁵³.

Juan Gutiérrez de Godoy fue asimismo protomédico, aprobando la *Pratica de fuentes* de Matías de Lera, como “médico de cámara de su Magestad, y su protomédico” en 1657. En 1655 todavía no lo era, pues en la carta que incorpora Caldera a su tribunal, redactada el 30 de marzo de dicho año, figura como simple “médico de cámara del Sr. Rey Philipppo IV”. De cualquier forma, puede decirse que tenía ganada consideración de protomédico antes de serlo. Alonso de Burgos escribía en 1640:

El doctor Iuan Gutiérrez de Godoy, médico de cámara del eminentísimo señor cardenal Sandoval obispo de Iaén, y del cavildo ecclesiástico de aquella Santa Iglesia, y familiar del Santo Oficio del tribunal de aquella ciudad. Doctor primero en licencias de Medicina, en la muy insigne Universidad de Alcalá, colegial médico de la insigne Universidad de Alcalá, colegial médico del insigne y sin igual Colegio Theólogo de aquella Escuela [...] tan conocido en España por sus escritos y muchas letras, y méritos profesionales, que con maduro consejo tratan los médicos de cámara de su Magestad llevarle en su compañía, para servir a su Magestad en su cámara, premio bien merecido a tal sujeto⁷⁵⁴.

Pedro Barba, autor de una *Breve, y Clara resumpta, y tratado de la essencia, causas, prognostico, preservación, y curación de la peste* (Madrid 1648), figura como simple “doctor Barba” en la *Question medica... de las calenturas podridas* de Duarte Méndez, aprobadas por él en Madrid, 6 de octubre de 1648. Sin embargo, el

⁷⁵² S. SOTO: *Discurso médico, y moral...*, *op. cit.*, ff. 57v-58r.

⁷⁵³ A. DE BURGOS: *Methodo curativo y uso de la nieve*, *op. cit.*, f. 111r-v.

⁷⁵⁴ *Ibidem*, f. 110.

tribunal de Caldera de Heredia (Amberes 1663) incluye una carta suya en la que se le declara “médico de cámara del señor Rey Philippo IV, y su protomédico general”. Caldera le había solicitado opinión sobre su obra y Barba, entre otras cosas, dice:

siento harto que mis achaques no me den lugar, a hacer en él el empleo que deseo, que para mí será el mayor alivio de mi combalescencia, pues ha dos meses que no me lebanto de la cama, de un catharro, y unas calenturas, aunque, a Dios gracias, ya me hallo mejor [...], Madrid y março 18 de 1659.

También era protomédico en 1659 Juan Fernández Garzo, quien como tal “médico de cámara de su Magestad, su protomédico general”, se halla representado en una epístola laudatoria escrita en Madrid el 24 de junio de 1659, incluida en el tribunal de Caldera de Heredia:

Por la mano del P. Iayme de Urra recibí su libro de V. M. [...] Mi sentir es, que el libro es digno de toda estimación y su auctor de alabanza, y en este sentir jusgo estaran todos los doctos y ingenuos, que no juzgan las apariencias, sino la verdad de las cosas.

Francisco Enríquez de Villacorta, catedrático de Alcalá, llamado “el Galeno español”, era protomédico de Castilla en 1668. Escribió una *Laureae Doctoralis Medicae* con varias ediciones; en la primera de las cuales, 1670, se firma:

Doctoris Medici, a cubiculo regali Philippi IV. Et Caroli II Archiatri, In Insigni Theologorum Coenobio Medicam togam olim illustrati, nunc verò in Complutensi Academia Doctoris Primarii, necnon in Facultate Medica primarii Professoris.

Finalmente, en la *Clavis Totius Medicinae* de Matías de Llera, se hallan desarrollados todos los títulos que Gaspar Bravo Ramírez de Sobremonte tenía en 1674, entre ellos el de protomédico:

Magnorum Philippi IV & Caroli II Potentissimorum Hispaniarum & Indiarum Regis Archiatri, & Protomedici, supremi Senatus sanctae Inquisitionis Ministri & medici Primarii: & olim in Archigymnasio Vallisoletano Artium Cathedrae Chirurgicae, Methodicae, Vespertinae, Primariae Hippocratis, & Primariae Avicennae Moderatoris.

Ignoro desde cuando disfrutó del cargo. Gozó del reconocimiento de mejor médico español de la época.

MÉDICOS DE CÁMARA

Eran 6, tres médicos de cámara y tres protomédicos, que se turnaban para atender al monarca por semanas; durante la correspondiente a Gaspar Bravo de Sobremonte cayó herido Felipe IV por su última enfermedad. En los 7 días de su

turno dormían en una salita situada junto a la cámara real, o en el cuerpo de guarda, con los monteros. Su principal misión era tomar el pulso y revisar las orinas de las personas reales cuando se levantaban por la mañana, y ordenar, en lo que se lo permitían, las comidas de la familia real previstas para el día siguiente. Cuando surgía una enfermedad algo más que leve, el de semana llamaba a sus compañeros a junta consultiva, con el fin de no equivocarse en el diagnóstico y de que la terapéutica fuese colegialmente consensuada. Parte de los que siguen han aparecido ya como protomédicos. Era su premio por cuidar de la salud del rey.

Iborra anota que Francisco de Herrera, burgalés formado en Valladolid, recibió el nombramiento de médico de cámara el 15 de diciembre de 1618. En 1603 consta era “médico de S. M. y del Santo Oficio”⁷⁵⁵; y en 1616 “presbítero, médico de cámara de S. M, traductor de lenguas extranjeras”, al actuar como testamentario del también vallisoletano doctor Valencia de Olivera, “médico de cámara y de la cristianísima reina de Francia”, fallecido en Tours⁷⁵⁶. El 16 de agosto de 1612 incorporó un *Parecer* a la *Historia de los animales* (1613) de Vélez de Arciniega, boticario del arzobispo de Toledo, como “médico de cámara de su Magestad”.

Alonso Garzón pasó en 1604 de médico de la reina a médico de la cámara del rey. Murió en Madrid el año 1629, siendo enterrado en el convento de Nuestra Señora de la Victoria de dicha villa.

Miguel Polanco, catedrático de filosofía de Valladolid, fue elegido para ocupar la plaza de médico de cámara dejada libre por el protomédico Luis del Valle en 1623. En 1628, con licencia del propio monarca Felipe IV, fundó el Colegio de médicos de San Rafael de Valladolid, una institución que acabaría constituyéndose en la virtual sede del Protomedicato castellano, si como a sede consideramos un edificio del que era propietario el Real Tribunal⁷⁵⁷. También dotó una cátedra de Prima de Hipócrates en la Facultad vallisoletana. Jerónimo de Huerta dedicó, “al doctor Polanco médico de cámara del Rey nuestro Señor”, los problemas nº 22, 23 y 24, titulados: *Cómo es perpetuo el calor de las termas o baños medicinales*; *Quién causa la hambre*; y *Sed, quién la causa*.

Los cirujanos reales solían ser cirujanos latinos, es decir médicos-cirujanos. Al firmar la *Recopilacion de toda la Teorica y Practica de Cirugia* (Madrid 1638),

⁷⁵⁵ AHPV, Protocolos, leg. 776, f. 2490.

⁷⁵⁶ *Ibidem*, leg. 1674, f. 213. Entró en religión tras enviudar. Su hijo Francisco de Herrera Espinosa alcanzó los títulos de caballero de Santiago, comendador de Santa Cruz de la Zarza y gentilhombre de su Majestad.

⁷⁵⁷ Miguel Polanco murió sin hijos, razón por la que donó el Colegio al Protomedicato.

Alonso Romano de Córdoba se presenta como “familiar del Santo Oficio, médico y cirujano de la cámara del Rey N. S. del reyno, y de la cárcel real desta corte”. Seguramente es el doctor Román “médico, y cirujano de cámara de su Magestad”, que aprueba en 15 de noviembre de 1625 la *Flor de Anothomia* de Pedro Terrer, y el 20 de febrero del propio año, como simple “doctor Román”, la *Pratica y Teorica de las Apostemas* de Pedro López de León; seguramente también el Román al que Cristóbal de Montemayor, “cirujano de cámara de los Reyes Felipe Segundo y Tercero”, en la *Medicina y Cirugia de Vulneribus Capitis* (Valladolid 1613), mostró su *manubriolo*:

y así le acreditaron y loaron, y después le comuniqué al doctor Salas, y a otros cirujanos desta ciudad [Valladolid], y en Madrid al licenciado Vergara, y al doctor Román, médicos y cirujanos de su Magestad.

Otro de estos cirujanos del rey y de la reina fue Antonio de Oliver, desde 1651. Se refiere a él Matías de Lera:

Contaré una cosa, que no fue solo a mi de admiración, sino también a un amigo, y compañero, y fue el caso, que tuvimos noticia el licenciado Oliver, cirujano de la Reyna nuestra señora y eminente en su profesión, como lo dice su gran crédito, y aplauso que tiene en esta corte, muy merecido a sus aciertos, y vimos, que una muger dava unos cauterios en el espinaço, entre hueso, y hueso, como tres, o quatro, y les hazía llagas, y las conservaba muchos días abiertas, y con la evacuación que por ellas hazía se curavan los lamparones: y no es remedio tan fuera de camino ⁷⁵⁸.

Oliver fue el encargado de hacer la autopsia y de embalsamar el cuerpo de Felipe IV ⁷⁵⁹.

Diego de Herrera (ver Protomédicos) fue médico de cámara entre 1629 y 1648.

En 1630, Jerónimo de Morales, que había sido médico de la reina de Hungría, hermana de Felipe IV, pasó a servir al rey. Según Alonso Muñoyerro,

pasó a ungría cuando fue a casarse [doña María de Hungría] con el emperador que le izo luego médico de su cámara con grandes mercedes asta darle el título de conde de Palatino.

Efectivamente, en la censura que hace al *Discurso* sobre los baños de agua dulce de Jerónimo Uguet de Resaire, 19 de agosto de 1640, se declara “conde palatino, médico de cámara de la Cesárea Magestad del Emperador, y del Rey

⁷⁵⁸ M. DE LLERA: *Pratica de fuentes, y sus utilidades*, Madrid 1657, ff. 24-25.

⁷⁵⁹ J. E. PÉREZ FADRIQUE: *Modo práctico de embalsamar cuerpos defunctos, para preservarlos incorruptos, y eternizarlos en lo posible*, Sevilla 1666, pp. 56-57.

Felipe IV, y cathedrático de Prima que fue de la Universidad de Alcalá”. Según Alonso de Burgos, era:

[el] sapientísimo y agudísimo señor doctor Gerónimo de Morales de Prado, médico de cámara de Nuestro gran Monarca, y prothomédico primero de la del Magestuoso Rey de Ungría, y cathedrático de la Universidad de Alcalá, y Colegial del insigne Theólogo de ella ⁷⁶⁰.

Un año más tarde, 1631, comenzó a servir al rey el doctor Juan Gutiérrez de Solórzano, que antes lo había sido de la reina (ver Protomédicos).

Pedro Barba, palentino formado en la Facultad de Valladolid, miembro del vallisoletano Colegio de médicos de San Rafael, fue médico del rey, aunque no consta la fecha exacta de su nombramiento. En 1625 fue uno de los elegidos para el reconocimiento del cuerpo del venerable P. Luis de la Puente, declarando:

que no se podía atribuir a ninguna causa natural, el que aquel venerable cuerpo, estando introducida la corrupción, no tuviese género ninguno de mal olor, antes le tuviese muy bueno.

Posiblemente ascendiese a médico del rey en 1632, puesto que dicho año concertó el traslado de su casa a Madrid. En la mudanza iba su biblioteca ⁷⁶¹.

En 1636 fueron promovidos a médicos de cámara Benito Vázquez Matamoros, autor de *Selectarum Medicinae Disputationum* (Osuna 1622); y Juan Pérez de San Martín, quien, en la Aprobación del *De Rebus Naturalibus* de Manuel Martínez, aparece como “*a cubiculo Caesarei Regis Philippi IIII & eius clarissimi fratris Ferdinandi Medico celeberrimo*”; una aprobación firmada en Madrid el 6 de julio de aquel mismo año de 1636. Dos años después es citado como médico de cámara Francisco Lucas de Mijancas/Mixancas, que posiblemente accedió al puesto por haberse casado con una hija del repostero de camas de la reina, más que por sus buenas letras.

Entre 1640 y 1664 ejerció Pedro Miguel de Heredia, catedrático de Alcalá. Considerado por López Piñero como el pionero del *galenismo moderado* en España, su contribución como aprobador y censor de textos médicos consta en las obras del protomédico Antonio Ponce de Santa Cruz (1629), aunque en este caso haciendo grupo con la Facultad de Medicina de Alcalá; en la *Question Medica* (1648) sobre la sangría de Duarte Méndez; y en el *Tratado de la Peste* (1651) de Alonso de Burgos, como “médico de cámara de su Magestad, y cathedrático de Prima, en la muy insigne Universidad de Alcalá”. Entre sus clientes particulares tuvo al

⁷⁶⁰ A. DE BURGOS: *Methodo curativo y uso de la nieve*, op. cit., f. 112.

⁷⁶¹ AHPV, Protocolos, leg. 1425, f. 21.

cardenal Moscoso y Sandoval, quien, desde Alcalá, 21 de diciembre de 1653, comunicó en una carta a Luis Méndez de Haro su mejoría gracias a los cuidados de su médico Pedro Miguel. Escribió un *Operum Medicinalium* impreso y reimpresso varias veces, que le convirtió en la segunda gran referencia obligada de la escuela alcalaína, tras Francisco de Valles. En 1640, Alonso de Burgos mostraba su admiración al maestro:

mi mayor maestro, a quien como discípulo reverencio y venero, por uno de los mayores médicos del mundo [...] cathedrático de Prima de Medicina diez y ocho años a en aquella insigne Universidad [de Alcalá] y al presente consultado médico de cámara de su Magestad⁷⁶².

En 1645 alcanzaron el empleo de médico de cámara Juan Fernández Garzo y el catedrático alcalaíno Juan Gutiérrez de Godoy, este último tras haber sido médico de Alcalá la Real, “médico del cabildo eclesiástico de la santa iglesia de Jaén”, médico del cardenal Moscoso y Sandoval... Escribió *Tres discursos para provar que estan obligadas a criar a sus hijos a sus pechos todas las madres* (Jaén 1629), dedicados a la condesa de Oropesa; unas *Disputationes phylosophicae*, sobre la memoria, impresas en el mismo lugar y en el mismo año; unas *Advertencias y preceptos generales, en los cuales pueden fácilmente los medicos tasar qualquier receta de las boticas* (Jaén 1632); y unas *Quaestio medica... in rabientum urinis canes*, *Quaestio... in apertione fonticulorum*, y *Quaestio... de ministranda aqua nive*. En la dedicatoria a la condesa de Oropesa, justifica su trabajo de la siguiente forma:

el tiempo que me honró con título de médico de su camara, fue oyrla dezir varias vezes en las ocassiones de sus partos, que desseaba tanto el criar sus hijos a sus maternos pechos, quanto otras desecharlos.

Como médico de cámara aprobó, el 30 de mayo de 1648, el *Tratado Universal* de Juan Núñez de Castro.

El doctor Andrés Ordóñez de Cáceres ingresó en nómina en 1652, prolongando su ejercicio hasta que la muerte lo llamó en 1669. Catedrático de Salamanca, fue autor de un *Compendium perutile de Sanguinis missione* (Nápoles 1623), y aprobó el *Libro de simples incognitos* (1643) de fray Esteban Villa como “doctor Andrés Ordóñez de Cáceres, médico del Rey nuestro señor, y examinador general en su Protomedicato”. Los *Avisos* de Barrionuevo hablan de un suceso que le tocó, en 1656:

Y el fraile que topó la justicia durmiendo con marido y mujer, que dije a Vm los dias pasados, era agustino, y se llama fray Juan Ordóñez, hijo del doctor

⁷⁶² A. DE BURGOS: *Methodo curativo y uso de la nieve*, op. cit., f. 114.

Ordóñez, médico de Su Majestad. Metiéronle sus frailes en un calabozo que venía a dar a un figón que está pegado a su casa y es del mismo convento. El cual, con un garabato de un candil y orinándose en un tabique, lo agujereó y se salió por allí a medianoche, habiéndose entiznado la cara primero con el humo de la llama [...] de estos sucesos pasan aquí cada día no pocos, viéndose monstruosidades, apareándose bueyes con mulas para que les ayuden a llevar la carga del matrimonio, que no es poco pesada.

Juan de Hoyos Montoya, que había sido médico de la reina, pasó a servir al rey en 1652, permaneciendo a su lado hasta el día 26 de noviembre de 1659, en que falleció. Procedente de Alcalá, dejó en su casa madrileña una modesta biblioteca de 84 volúmenes, algunos de ellos susceptibles de censura inquisitorial. El tasador marcó con “tiene que expurgar” un Arnaldo de Villanova y un *Maleficus maleficarum*, los cuales “no se pueden bender sin que primero los bea el mui reverendo padre Juan de Ávila de la Compañía de Jesús”. Caldera de Heredia incluye en su tribunal una carta escrita por Hoyos poco antes de morir, el 20 de mayo de 1659. Una misiva de carácter personal: “y si como su auctor es Caldera fuera Calderilla (en esta ocasion de tumulto del pueblo, por su alteración) tuviera mas intrinseco valor que plata ni oro”.

De la cámara de la reina pasó también a la del rey el doctor Juan Rodríguez Núñez de Castro, en 1652. Habla de él Barrionuevo, en 1655:

Dieron tormento jueves por la mañana a Juan Álvarez Maldonado, mercader, natural de Toledo, por haberse alzado con 200.000 ducados. Es suegro del doctor Núñez, médico de cámara de Su magestad. No confesó nada. Tiénese por cierto fue con cuerdas de lana [la aplicación del tormento de la mancuerna], que el favor que tiene es grande.

Y en 1657:

Murió el duque del Infantado, domingo 14 de este, a las once de la noche, y media hora antes pidió un espejo para verse, y lo hizo por un gran rato en presencia del Dr. Núñez y demás médicos de cámara.

Escribió un *Iudicium in quadam consultatione praehabitu de impotentia coitus ex maleficio*, “Auctore D. Ioanne Roderico Nuñez de Castro, magni Philipi IIII Hispaniarum [sic] Regis potentissimi Medico, necnon Excellentissimi Ducis de Ossuna, Uraniae Comitissae, Cubiculario, eiusdemq; Universitatis primario professore” (Sevilla 1639); y un *Tratado Universal en que se declara, que sea peste* (Madrid 1648), dedicado “Al Real, y Supremo Consejo de Castilla”, que incorpora un elogio de su hijo, el futuro cronista Alonso Núñez de Castro, “Elogio no emprendido del genio, sino inventado del amor. Consagra al doctor Iuan Nuñez de Castro, médico de su Magestad; don Alonso Nuñez de Castro, su más afecto hijo”. Alonso tenía

a la sazón 14 años, pues así consta en el *Philomusus* (Madrid 1641), “*Auctore ingenioso et nobili adolescente D. Ildefonso Nuñez à Castro, Madritensi, suadae candidato. Aetatis suae, an 14*”.

Las obligaciones burocráticas le llevaron a aprobar y censurar *Question medica* de Duarte Méndez, el 30 de octubre de 1648; *Varias materias* de Francisco Salado Garcés, el 2 de mayo de 1654; *Antipologia breve* de Cristóbal de Mírez, el 22 de septiembre de 1656; y *Pratica de fuentes* de Matías de Lera, el 24 de abril de 1657, en este último como “médico de cámara de ambas magestades, y catredático de Prima de la Universidad de Osuna”. En 1655 trató a doña Isabel de Montalvo, religiosa, de inflamación del hígado,

al qual achaque le asistió el doctor Iuan Núñez de Castro, médico de cámara, de las Magestades Católicas, y en el discurso de la cura que le iba haziendo, procurando templar el hígado con los remedios que tan sabiamente sabe ordenar.

La cura se fue complicando, por lo que hubo que llamar a Junta:

en la qual se halló el doctor Iuan Núñez de Castro, y el reverendísimo padre Fr. Matías de Quintanilla, que al presente es Generalísimo de la Orden de San Iuan de Dios, cirujano eminente, y yo, y convinieron en lo mismo que yo dezía⁷⁶³.

Miguel de Alba, natural de Caldes de Montbui, estudió en Alcalá, donde se licenció en Medicina en 1639 y se doctoró en 1640. Según recoge Barrionuevo en sus *Avisos*, fue nombrado médico de cámara el 18 de julio de 1657. Sobrepasó el reinado de Felipe IV, desempeñando el mismo empleo de médico de cámara con Carlos II. Junto con el también fue médico de cámara Pedro de Chávarri, el cual atendió al pintor Diego Velázquez en sus últimos momentos. Ambos, tras consulta, declararon que el padecimiento del artista era una “terciana sincopal minuta senil”. Velázquez murió el 6 de agosto de 1660. De su mano es una carta incorporada a la *Clavis Totius Medicinae* (Lyon 1674) de Matías de Lera, en que se dice:

Olim in Complutensi Universitate Cathedrae Primariae Moderator, deinde Piliphi IV, nunc Caroli II Hispaniarum Monarchae à cubiculo dignissimus Medicus & Archiater.

También los *Avisos* de Barrionuevo recogen que el 25 de julio de 1657 fue nombrado médico de cámara Gaspar Bravo de Sobremonte, con un curriculum de catedrático de la Facultad de Medicina de Valladolid y rector, vicerrector y elector del vallisoletano Colegio de médicos de San Rafael. Con una biblioteca de 946 libros de Medicina y Filosofía en 1649, fue, como se ha dicho, el médico más famoso de su tiempo y el autor de una obra abundante e influyente, impresa en

⁷⁶³ M. DE LLERA: *Pratica de fuentes, y sus utilidades*, op. cit., pp. 131 y 134.

Valladolid, Lyon y Colonia. Hernández Morejón abre su biografía diciendo: “Este sabio profesor fue otro de los grandes hombres que florecieron en el siglo XVII”. En su *Repetitio, sive Praelectiones Vallis-Oletanae de purgandi ratione* (Valladolid 1651), se incluye un epigrama de Santiago de Olea,

*Olim Divi Raphaelis primitivis Collegae, nunc in oppido de Pedraza de la Sierra
Medicinae publici professoris, intimi Authoris amici: Parvum cernis opus Lector, si verba
requiris / Ast tibi, quam magni, si legis, instar erit / De hoc scripserunt aliqua Iuniores,
& priscis / Sed maiori fulgore noster in cendit Bravus. // Ut alter Aristotiles,
Hippocrates, & Galenus fulget, / Et mira eruditione inter hos Bravus nitet. / Ni leve
credideris, studio sed perlege, discas / Forsitam, antiqui vix meruere fidem.*

Amigo suyo se decía Caldera de Heredia, quien, además de referirse a él como “*amicissimus noster, Doctor Brabo de Sobremonte*”, incluye dos misivas del vallisoletano en el tribunal, fechadas en Madrid 1 de febrero de 1659, y Aranjuez 21 de abril del mismo año. En la segunda, Bravo declara: “*Passé a Aranjuez sirviendo al rey [...]. Goço aqui de algunos ratos de espacio, que empleo en leer su libro*”.

Juan de Chávarri Azcona paso de la cámara de la reina a la del rey tras haber comenzado asistiendo a la princesa Margarita en la jornada de Italia. Barrionuevo declara en un *Aviso* que su nombramiento tuvo lugar el 18 de julio de 1657. Ese mismo año, Matías de Lera le dedica su *Pratica de Fuentes* (1657), llamándolo “*médico de cámara de su Magestad*”. Chávarri se lo agradeció con una carta firmada en Madrid, 27 de mayo. Aprobó el *Selectarum Philosophiae el Medicinae difficultatum* de Rodríguez de Pedrosa (1666), en Madrid 29 febrero de 1664, como “*Philip III Hisp Reg Cat Archiatrius*”; y el *Manus Medica Dexter*a (1666) del anteriormente citado Matías de Lera, Madrid 24 de abril de 1666.

Ambrosio Cuevas recibió su título en 1661. Catedrático de Alcalá, firma la censura del *Manus Medica Dexter*a (1666) de Lera, Madrid 25 de marzo de 1666, como “*médico de cámara del Rey don Carlos Segundo (que Dios guarde)*. Y catedrático de Prima en Medicina de la Universidad de Alcalá”.

Pedro Barea de Astorga, o Garzón de Astorga, que se consideraba discípulo de Pedro Miguel de Heredia, firmó en las obras de este, Lyon 1665, como “*Complutensis Medicus & Regius*”. De la misma manera aparece en la *Laureae* (1670) de Henríquez de Villacorta, “*Tuus semper Observantissimus atque Addictissimus*”, Pedro Barea de Astorga, “*Complutensis Doctor, Medicus eiusdem Regis Catholici*”. Dudo sobre si era médico de cámara o simple médico real.

En 1664 se incorporó a los médicos de cámara del rey Francisco Enríquez de Villacorta, catedrático de Alcalá, que hasta allí había cuidado de la reina. Matías de Lera le hace, en 1674:

Doctoris Medici, à Cubiculo Regali Philippi IV & Caroli II Archiatri, in insigni Theologorum Coenobio Medica Toga illustrat; nunc verò in Complutensi Academia Doctoris Primarii, necnon in Facultate Medica Primarii Professoris.

En algún momento indeterminado del reinado de Felipe IV entró por médico de cámara el vallisoletano Cipriano Maroja, el cual, de creer a Hernández Morejón y Alcocer Martínez, llegaría hasta el Protomedicato. Solamente es seguro que fue médico real. En su *Opera omnia* (1674) firma como:

Magni Philippi IV Hispaniarum Regis potentissimi, ac S. Inquisitionis Medici, et Ministri in celeberrima Pintiana Academia primò Methodicae, Vespertinae, & Primariae Hippocratis Cathedrae; deinde verò Primariae Avicennae Moderatoris perpetui.

MÉDICOS DE LA REINA E INFANTES

La reina contaba para su servicio y el de sus damas y criadas, con tres médicos de cámara, 4 médicos de familia y un sangrador.

Desde los tiempos de Felipe II alcanzó el reinado de Felipe IV el médico de la reina Lázaro de Soto, quien seguía cobrando sus gajes, como médico de cámara jubilado, en 1626. Escribió varias obras de Medicina, editadas antes del reinado de Felipe IV. Hernández Morejón le hace uno de los mejores comentaristas de Hipócrates de Co.

Andrés de León, médico en hospitales de Sevilla, Valencia y Zaragoza; acompañante del duque de Alcalá, del duque de Alba en la jornada de Portugal, del adelantado mayor de Castilla en la jornada de Inglaterra, y de don Juan de Austria en la guerra de Granada, protomédico de la armada, y médico de cámara de Felipe III, fue autor de varios libros interesantes, entre ellos la *Practica de morbo Gallico* (Valladolid 1605) dedicada al conde de Lemos. Su relación con Felipe IV nos viene dada por Caro Baroja⁷⁶⁴, al hablar del conde duque de Olivares:

Metió por médico de cámara de la reyna D^a Ysabel de Borbón a un hechicero llamado Andrés de León, clérigo menor, que primero fue fraile mercedario, que había estado dos veces preso en la Inquisición: De este se valió mucho porque daba remedios para bien querer, el qual era medianero, que concertaba, y reducía a las personas, que el Rey deseaba comunicar; este fue quien perfumó diez camisas de la Reina, y las vendijo en virtud de lo qual, dicen, que echó unas purgaciones, que impedían concevir.

Con Andrés de León estuvieron Pedro Ferriol, catedrático de anatomía de Alcalá, recibido por cirujano de la reina en 1621; y Cristóbal Vaca de San Pedro, que se ocupó médicamente de la soberana hasta morir en Sigüenza, en 1635.

⁷⁶⁴ *Vidas mágicas e Inquisición*, Madrid 1967, vol. I, p. 89.

Otros médicos de Isabel de Borbón fueron Juan Gutiérrez de Godoy⁷⁶⁵, ascendido en 1622 desde el grupo de médicos de familia; y Alonso de Santiago, quien sigue figurando en 1629 como “médico de cámara” en la redención de un censo sobre unas casas de la vallisoletana calle de la Obra. El salmantino Antonio Núñez de Zamora dedicó una *Aurea expositio ad Textum Hippocratis in Libro de Aere, aquis, & locis* (Salamanca 1625) al “*Doctori Sapientissimo Illephonso de Sanctiago, serenissimae, et potentissimae Reginae Hispaniarum Medico a Cuviculo*”.

Diego de Velasco era médico de la reina en 1624, como consta de la censura de la *Theoria Pharmaceutica* de Vélez de Arciniega, Madrid, 22 de julio de 1624: “doctor Diego de Velasco médico de la Reyna nuestra señora”; continuando en dicho puesto en 1633.

El doctor Juan Núñez de Olmedo firma de igual forma, como “médico de su Magestad la Reyna nuestra Señora, y de la Suprema Inquisicion”, en el *Libro de simples incognitos* de fray Esteban Villa, en 1642; dando paso a un Luis Carrillo que se tituló “de la reina” entre 1643 y 1645, lo que hace posible que ejerciese como médico de ambas esposas del monarca, de Isabel y de Mariana. Otro de los médicos de la reina de las postrimerías de Isabel fue Francisco Lorenzo Avilés de Aldana, el cual, tras la muerte de la soberana, centró su trabajo en el madrileño Hospital de la Latina.

También como médico-cirujano, sabemos atendió a Isabel, en 1642, Alonso de Montealegre.

Los primeros médicos que encontramos asignados a la nueva soberana Mariana de Austria, el mismo año de su casamiento, 1649, son Juan de Hoyos Montoya; José Julián de Aguilera, que habiendo jurado como médico de la casa de Borgoña en 1648, fue incorporado al séquito que acudió a buscarla, siendo finalmente señalado para buscar nodrizas para los infantes, oficio que ejerció hasta su muerte en 1667; Juan Rodríguez Núñez de Castro y Andrés Ordóñez de Castro.

Al servicio de la soberana estuvieron asimismo más tarde el médico cirujano Antonio de Oliver (1651), Juan de Chávarri Azcona (1655); Mateo Tendero, que pudo disfrutar poco de su nombramiento, ya que falleció el mismo año en que le fue extendido el título (1661), y Francisco Enríquez de Villacorta, que lo fue hasta 1664.

Por lo que respecta a los médicos de la infanta Margarita de Austria, Juan Negrete de la Calle se titula “*Serenissimo Infantae Margaritae ab Austria Medicus*” en el *De viri et foeminae* (1620) de Gabriel Alonso de Villabrágima, según

⁷⁶⁵ El mismo año se dice ascendió a médico de la reina Gutiérrez de Solórzano, también desde los médicos de familia. Es una confusión entre los dos Gutiérrez.

aprobación firmada el 11 de diciembre de 1616. Seguía activo el 27 de marzo de 1622, según consta de otra aprobación al *Secundae Satisfactoriae Reclamationis Castigatio* de Melchor de Villena. Entre medias, siempre como “médico de la Sereníssima Infanta Doña Margarita de Austria”, el 19 de julio de 1618, dio su opinión sobre la *Proposicion Chirurgica* (1618) de Enrique Vaca de Alfaro. En 1645 seguía firmando como “médico de la Infanta de las Descalzas”.

En cuanto a los médicos de la infanta Ana de Austria y de Luis XIII, en 1615, Miguel de Ribera salió de Castilla con el encargo de cuidar de Ana de Austria, prestando sus servicios en Francia hasta 1628. Sin embargo, el médico más interesante de doña Ana fue Juan Benítez de la Serna, “primer médico de cámara de mi augusta Señora Ana de Austria, reina de Francia”. En sus obras se vanagloria de los éxitos cosechados en la capital gala frente a los médicos del país vecino, por ejemplo en una junta convocada con motivo de una enfermedad de su protegida. El español pronosticó que la afección acabaría produciendo delirio, “de suerte que el primer médico del rey como mofa dijo: *tú haces antes de tiempo loca a la reina*”. Prescribió sangría, contra la opinión de los otros dos miembros de la junta, a saber, “el médico del rey, que era sardo y muy temeroso para la prescripción de las sangrías, y otro médico italiano que estaba con nosotros en la consulta”. La soberana no obtuvo mejoría, al contrario. El paulatino agravamiento de su mujer indujo al propio Luis XIII a convocar nueva junta, “a la que llevó consigo al embajador español y gran comitiva de grandes de su reino”. Una consulta en la que Benítez tuvo que enfrentarse a opiniones muy contrarias, una de ellas la del gran Dureto, que propugnaba una terapéutica que Benítez no consideraba oportuna:

cuando había yo conocido por la perpetua y continua asistencia de la enferma, por las indudables y continuas señales, que ya había triunfado la naturaleza de la enfermedad, y que no necesitaba de ningún gran remedio, y sí únicamente de una reposición de sus lánguidas fuerzas.

Posiblemente Luis XIII pensara que entre españoles andaba el juego, y que si perdía una reina, ya le buscarían otra. Fuese como fuese, Benítez se salió con la suya, resultando, para sorpresa de todos, que la enferma sanó:

En vista de lo cual no solo merecí una grande alabanza del rey, con las palabras más cariñosas y honoríficas, sino que recibí de su real mano gran cantidad de riquezas. Por una sola vez me dio él mismo dos mil florines, y otros tantos la reina, señalándome además para el resto de mi vida ochocientos florines anuales, que he disfrutado y disfruto en la actualidad.

La primera de las obras escritas por él no puede estar más en consonancia con su real empleo, “*necnon Christianissimae Gallorum Reginae Primarii quondam*

Medici". Se trata de una *Opera Physica, Medica, Ethica quinque tractatus comprehensa* (Lyon 1634), aprobada por el también médico de cámara Juan Gutiérrez Solórzano, con fecha de 23 de septiembre de 1630, y dividida en 5 capítulos, que discurren sobre el tema de la procreación y de la crianza de los hijos, desde el "*Agit de Principiis generationis omnium viventium*", hasta el "*De optimi Regis educandi ratione*".

En 1626 falleció el doctor Peña en sus casas frente a la Merced de Madrid, siendo médico del Cardenal Infante. Juan Gutiérrez de Godoy se refiere a él al celebrar las propiedades de la confección anacardina:

Doctor Peña medicus regius, olimque Toletanae academiae primariam cathedram regens; se plusquam quinquaginta vices, cum incredibile utilitate anacardinam propinasse mihi certo affirmavit.

Incluyó unos versos en la *Historia Natural* (1624) de Jerónimo Huerta:

Doctor Pennia Castellanus Medicus Regius: In Plinii Calumniatorem. Plinius haec scripsit, quo non veracior alter; / sit penes auctores, quos citat ille fides. / Seu sua sensa aperit, non est cortina loquuta / Phoebi certa magis, sive aliena refert. / Falsi ergo arguitur, lector, quem numina perdant, / quod referat summi auae docuere viri.

Sirvió también a don Fernando, Juan Pérez de San Martín, entre 1622 y 1633, acompañándole primero a Barcelona y después a Milán. Como examinador, aprobó la *Historia Natural* (1624) de Huerta, y el *De Rebus Naturalibus* (1637) de Manuel Martínez.

Un tercer médico al servicio de don Fernando fue el vallisoletano Pedro Barba, que viajó con el infante cardenal a Milán y con la infanta a Flandes. Como médico del infante don Fernando firma la *Vera praxis ad curationem tertianae stabilitur* (1642).

También ostentó el título el doctor Avilés. En su *Discurso* sobre el vino malvático de Fernelio, que dedica a Gallego de la Serna, se dice "médico del Serenísimo Señor Infante don Fernando, y protophysico de su Magestad en los exercitos de Lombardía". No estaba por entonces en Lombardía, sino en Madrid, siendo el *Discurso* la consecuencia de una conversación con Pedro Gutiérrez de Arévalo "uno de los peritos boticarios desta corte". En el *De naturali Animarum origine* (Bruselas 1640), muta su nombre por el de Francisco Avilés Sotomaior Gallego, "*Medicus Aulicus Serenissimi Principis Ferdinandi Cardinalis Infantis Hisp. &c*".

Jerónimo de Morales y Pedro de Palencia Cisneros fueron los encargados de cuidar de la reina de Hungría, hermana de Felipe IV. Palentino y catedrático de Valladolid, aprobó además *Luz de la verdadera cirugía* de Pedro Gago Vardillo, en Madrid, 2 de febrero de 1630, como:

Médico de su Magestad, y de la general Inquisición, familiar de las de Toledo, y Valladolid, catedrático de Cirugía, y de Prima de Medicina que fue de la Universidad de Valladolid, examinador general destos Reynos.

Con título de médicos del príncipe Baltasar Carlos ejercieron Miguel Royo desde 1643 y Juan Vázquez desde 1644. El primero, catedrático de Alcalá, aparece curando al príncipe Carlos en los *Avisos* de Barrionuevo, en 1646; el segundo fue tomado al servicio del infante no solo por sus conocimientos médicos, sino también por sus “buenas letras”; aunque la única obra suya que se le conoce es el *Iuizio de la enfermedad, que estos días comunmente aflige nuestra ciudad de Toledo* (Toledo 1631); tal vez las buenas letras se refieran a que era buen gramático, alguien que podía ocuparse simultáneamente de las enfermedades y de la latinidad del heredero. También Juan Gutiérrez de Godoy es citado por Barrionuevo, en 1646, tratando al príncipe Baltasar Carlos.

Finalmente, reseñar que con la comitiva de la infanta María Teresa partieron para Francia tres médicos hispanos: el alcalaíno Juan Garzo, Mateo de Puellas, que había sido primero médico del duque de Medina de las Torres, y después de don Juan José de Austria; y el doctor Agustín Botas. Con el impreciso título de médico “de la cámara de su Alteza”, resta Antonio de Aguilar o de Aguiar, médico de familia desde 1646 y de la cámara de Su Alteza desde 1648. Murió en agosto de 1656.

MÉDICOS REALES

Con una categoría muy inferior a los anteriores figuraban los médicos reales en general, tanto los que disfrutaban de un salario como los que lo eran simplemente de título, sin cobrar nada, *ad honorem*, en cuyo caso el título de reales era el premio a servicios en embajadas, plazas fuertes, ejército, armada...

Médicos de palacio, o de familia. En 1619 se contaba entre los médicos reales Diego Ruiz de Ochoa, citado por Caldera de Heredia como uno de sus maestros en Salamanca. Debió ser nombrado médico real más por catedrático de dicha Universidad que por tener fe en sus curaciones, ya que en 1622 contaba con permiso regio para quedarse dando clases en la capital charra. Ningún criado del rey se acercó a pedirle que se trasladarse a Madrid.

Ordenados cronológicamente, los asistentes a palacio de que tenemos noticia fueron: el doctor Peña, catedrático de Toledo, médico de familia desde 1621; el licenciado Rojas, que fue cesado en 1625 por no haberse querido trasladar a la corte, pese a lo cual firmó en Madrid, 13 de febrero de 1621, la aprobación de la *Polyanthea Medicis Speciosa* (1625) de Alfonso Gómez de la Parra y Arévalo. Debía haber sido vuelto a llamar a palacio en 1645, y tal vez se corresponda con

el mencionado en los *Avisos* de Barrionuevo, con el médico llamado Rojas cuyo hijo murió el 4 de julio de 1658, al caerse desde el balcón de la casa que habitaba en la calle de Alcalá.

Campos Díez cita a un doctor Peria como médico de familia entre 1621 y 1626; Antonio de Villarroel lo fue entre 1621 y 1627; poco más o menos por la misma época, 1621-1628, curó a los pajes Miguel Silvera o Silveira, con la curiosa obligación añadida de enseñarles “Esfera de navegación y Fortificación”. Entre 1621 y 1631, fecha de su fallecimiento, ejerció Maximiliano de Céspedes, natural de Olmedo, procedente de la Facultad salmantina. Es este un personaje bien conocido de los estudiosos de la Literatura del Siglo de Oro. El “dotor Maximiliano de Céspedes médico de su Majestad” que canta a Antonio Liñán, a Pérez de Herrera, y a *La Angélica* de Lope de Vega, a esta última con los versos:

Ya contra la envidia vil / llevará Angelica palma, / tan bella, hermosa, y
gentil, / que aun le retratais el alma, / siendo cosa tan sutil // Y pues con alma
hablar sabe, / diga en todo el universo, / que le dio essa pluma grave / una
lengua en cada verso, / con que a vos mismo os alabe.

A continuación, pasaron progresivamente por la casa real, Gregorio Martínez (1621-1645), Juan Gutiérrez de Solórzano, quien en 1622 pasó de médico de familia a médico de la reina; Felipe Prucner, médico de familia 1622-1631, aunque parece que nunca asistió a palacio; el vallisoletano Gabriel Canseco Vitoria (1623), a quien se le retiró el título por no querer trasladar a la corte; el licenciado o doctor Ladrón de Guevara (1623-1627); y un doctor Muñoz (1623-1639).

De Leonardo García, médico de familia (1623-1638) procedente de Alcalá, se conocen asimismo unos versos incorporados a la *Historia Natural* de Jerónimo de Huerta (1624):

Del doctor Leonardo Garcia médico del Rey N.S. Si oy este libro escribiera
/ Plinio fuera desiguales, / que de plantas, y animales, / las plantas por Guerta
os diera, / por la ciencia bien pusiera / temer en vos que temer: / Y que os
temio pudo ser, / que a profetico se arguya / dexaros que en obra suya /
tuviesedes vos que hazer.

En 1623 recibió el título de médico de familia el doctor Juan de Salazar, fallecido en 1642 y enterrado en el madrileño monasterio de San Francisco. Había estudiado tanto en Valladolid como en Alcalá, aunque fue en esta última Facultad donde se licenció, doctoró y llegó a ser catedrático. Censuró el *Discurso* sobre los baños de agua dulce de Uguet de Resaire como “cathedrático de Prima que fue de la Universidad de Alcalá, y médico que es oy de su Magestad, y su examinador”, en Madrid a 18 de agosto de 1640. También le nombra Alonso de Burgos, como:

Cathedrático de Prima de Medicina en la Universidad de Alcalá, y al presente médico de su Magestad, con la estimación y aprecio que sus muchas letras merecen⁷⁶⁶.

En 1625 estaban en expectativa de llamada Vázquez de Mexa, el mejicano Domingo Vázquez Pereira y el licenciado Jerónimo de Huerta, escritor y traductor, autor, entre otras obras, del *Florando de Castilla*. Un toledano que se ha considerado de formación vallisoletana desde que Nicolás Antonio le tildase de *Pincianus*⁷⁶⁷. La verdad es que sus relaciones con la ciudad del Pisuerga fueron íntimas, de hecho sus *Problemas* (1628) están dedicados en todo al protomédico vallisoletano Francisco de Herrera, y en parte a otros dos grandes médicos locales, Antonio Ponce de Santa Cruz y Miguel Polanco; a mayor abundamiento, la *Historia Natural de Cayo Plinio* (1624) está adornada con un soneto del poeta Alonso del Castillo Solórzano, tordesillano.

Continúan la lista de médicos reales de familia el doctor Mena (1625-1637); Pedro de Marchena, que murió en 1626 en expectativa de destino dentro de la casa real; Cristóbal Núñez (1628), catedrático de Alcalá, discípulo de Pedro García Carrero y autor de un *De Coctione et Putredine* (Madrid 1613); Benito Vázquez Matamoros (1631), y Juan Garcés Marcilla, nombrado en 1636 e inmediatamente cesado, por no querer residir él tampoco en la corte. Este médico aprobó, por carta firmada en Zaragoza, 7 de septiembre de 1655, el *Breve tratado de la peste* (Zaragoza 1655), de Jerónimo Basilio Bezón, “por comisión del mui Ilustre señor D. Luis Exea, y Talayero, regente de la real audiencia de su Magestad en este Reino de Aragon”.

A finales de la década de los treinta fueron médicos de familia Sebastián Gutiérrez (1636); Manuel Fernández de Riofrío (1637); Juan Francisco Ramos (1637-1639); y Antonio Zupi de Vergara, tras haber estado en Italia con el conde de Monterrey. En 1645 era Zupi el más antiguo de los médicos de familia. Un *Aviso* de 1656, le hace protagonista de una historia fabulosa:

El doctor Zeipi ha estado desahuciado. Echó por la orina una lombriz de media vara de largo, con cabeza de sierpe, cuyo pellejo era grueso como el de un guante. Fue saliendo poco a poco, con íntimos dolores, echándola fuera la orina, que quería ya reventar. Por él se puede decir *Medice, cura te ipsum*.

En el turno de presentaciones de Alonso de Burgos, figura como:

⁷⁶⁶ A. DE BURGOS: *Methodo curativo y uso de la nieve*, op. cit., f. 112v.

⁷⁶⁷ Se suponía que la antigua *Pintia*, ciudad de los vacceos, se correspondía con Valladolid.

Cathedrático de la Universidad de Alcalá, y colegial médico del insigne de los Theólogos, y doctor primero en licencias de aquella escuela, médico del Excelentísimo deñor conde de Monte Rey, en la jornada que hizo por virrey a Nápoles, a donde le asistió con los mayores aplausos del mundo, y al presente médico de su Magestad ⁷⁶⁸.

En 1640 fueron nombrados médicos de familia Pedro Miguel de Heredia y Juan de Hoyos Montoya, que alcanzarían posteriormente puestos más altos. Era ya médico real Felipe de Vergara, como consta del *Parecer* incluido en el *Discurso* de Uguet de Resaire, Madrid, 20 de agosto de 1640, “Felipe de Vergara médico, residente en esta corte, y uno de sus académicos, y médico de su Magestad”. Vergara mantuvo el título de médico regio hasta su muerte en 1649.

Vicente Moles era médico real en 1642, pues en el *De Morbis in sacris literis pathologia* (Madrid 1642), dedicada “*Ad Illustriss et Exellentiss Dominum D Philippum Franciscum Albertum Principem Arenbergiae, Ducem Arschothanum, etc*”, figura como “*Regiae Maiestatis Philippi IV Medico*” y en el *Tratado Universal* de Núñez de Castro (1648) como “Vicente Molles, médico de su Magestad”. Ese mismo año fue recibido por médico de la casa real Juan de Morales Figueredo.

El *Libro de las Vidas de Doze Principes* (1647), de fray Esteban Villa, está aprobado, en Madrid el 12 de enero de 1645, por Francisco Antonio de Morales, “médico de familia de su Magestad, y de la Santa y General Inquisición”. También desde 1645 figura como médico real el doctor Gascó, que tal vez sea el sevillano Juan Gascón de Angulo. Entre sus méritos para alcanzar título regio figurarían el haber ejercido durante largo tiempo como médico del duque de Arcos, haber escrito una *Apología, que prueba, que según opinión y doctrina de Galeno, que los niños no se han de sangrar antes de los catorce años* (Sevilla s.a); haber aprobado, desde Marchena, 29 de mayo de 1620, la *Apologia pro consilio medicinali in diminuta visione* (1621) de Tomás de Aguiar; y, sobre todo, haber disfrutado de fama de infalible analizador de orinas, tal y como la manifiesta la *Apologia por la verdad que tiene la urina como señal de preñez* (Écija 1633) de Alonso Fajardo de León, otro “médico de la familia del excelentísimo señor duque de Arcos”:

Fue el licenciado Gascón el tercero día de Pascua de Resurrección a Osuna con orden, que le embió de alla el duque mi señor y delante de su Exa. el día siguiente a las nueve entró en el quarto de v. Exa. donde le enseñaron una urina, y sin mas circunstancias que verla dixo: Si es de mi señora la duquesa, su Excelencia esta preñada (y esta urina era de una muger de un lacayo, que estaba preñada de quatro meses) Enseñáronle otra, y dixo: Esta es urina de muger

⁷⁶⁸ A. DE BURGOS: *Methodo curativo y uso de la nieve*, op. cit., f. 113.

opilada (Y esta era de una criada que conocidamente padecía una opilacion) Mostráronle tercera urina, y dixo: Esta es urina de muger que no esta preñada, y la verdad era así como lo dixo.

Florindo se hace eco, también, de la envidiable capacidad del sevillano:

Esta la guardó Dios para el doctor Gascón, que teniendo gusto tres señores de España, ver las experiencias de sus aciertos, con particulares modos de examen, que para el caso hicieron, hallándolos ser así, se dieron por satisfechos de la verdad del pronóstico ⁷⁶⁹.

Luis Fajardo presenta a Gascón otra vez, tratando a un hombre de 77 años, “nada exercitado en trabajos corporales, demasiadamente ocupado en negocios de papeles, y gobierno; asistiendo siempre a un Príncipe”. Un enfermo de catarro de carácter difícil:

Pareció necesario que se purgase (a que el enfermo resistió diziendo que él conocía su natural, y no quería revolver humores) intimole muchas vezes, el licenciado Juan Gascón de Angulo, médico de su excelencia el duque de Arcos, mi señor ⁷⁷⁰.

Su tratamiento fue decidido en junta facultativa celebrada por Gascón y los licenciados Fernando Enríquez, Cristóbal Ponce, y Fajardo; a la que se añadió más tarde la opinión del doctor Bartolomé Nuño Guillén ⁷⁷¹. Ante la falta de acuerdo, Fajardo, discípulo de Gascón, tomó la pluma para justificar lo defendido por su maestro.

Siguen Juan Rodríguez Núñez de Castro, médico de familia en 1645, aunque estaba desterrado del reino sin que se dijera la causa; Antonio Bernardo Plaza (1645), aprobador del *Libro de las vidas de los doze príncipes de la Medicina* (1647) de fray Esteban Villa; Luis de Bena, que juró como médico de familia en octubre de 1647; Felipe Barga, del que solamente sabemos murió en 1649, siendo su puesto ocupado por José Julián de Aguilera ⁷⁷²; y el doctor Manrique de Sousa, portugués (1650).

⁷⁶⁹ A. FLORINDO: *Segundo papel en que se confirma el Primero... como se pueda cognoscer la preñez, por las urinas*, Écija 1633, s.f.

⁷⁷⁰ A. FAJARDO DE LEÓN: *Apología Medicinal en la curación de una catarral destilación al pecho*, Marchena 1627, f. 3r-v.

⁷⁷¹ *Ibidem*, f. 4r-v.

⁷⁷² M. S. CAMPOS DÍEZ: “La organización administrativa sanitaria en el palacio de los últimos Austrias (I). Médicos”, *Anuario de Historia del Derecho Español* 68 (1998), p. 205.

Pedro Garzón de Astorga, licenciado en Alcalá en 1651, fue elegido por uno de los 5 médicos de la casa de Castilla; Francisco de Escobosa y Heredia lo era desde 1650, según muestra una carta de felicitación añadida al *Discurso* de los baños de agua dulce de Uguet de Resaire.

En 1653 juró como médico real Juan Camacho, que llevaba siendo médico de familia honorario desde 1646: “médico de su Magestad en su real casa de Borgoña, y de la Santa y General Inquisición”, firmó en Madrid, 12 de mayo de 1653, la aprobación de la *Segunda parte de simples incognitos* (1654) de fray Esteban Villa.

Finalmente, en 1653 ingresó como médico real *ad honorem* el catedrático salmantino Miguel Pérez, autor de un *Parecer y eruditissima censura del muy docto y experimentado doctor Miguel Pérez, Catedrático de Anatomía en la Universidad de Salamanca, acerca de las sangrías de los tovillos* (1653); en 1657 le tocó la vez al médico-cirujano Matías de Lera Gil de Muro, pues se firma en su *Prática de fuentes* (Madrid 1657):

Cirujano de su Magestad, y de los Reales Conventos de las Descalças, y Encarnaçion, y del Real Consejo de Guerra, y del Reyno en Cortes, examinador de cirujanos en el Real Protomedicato;

y en 1664 a Antonio Doré, que juró el cargo el 7 de febrero de 1665.

MÉDICOS DE SITIOS REALES

Real sitio de Aranjuez

En 1608 era nombrado por médico de Aranjuez, Miguel Cuevas, en 1616 se hizo cargo del real sitio de Aranjuez Lázaro de la Fuente, natural de Aceca, pero formado en Valladolid, donde estuvo de médico hasta 1625, que le sucedió Juan López Guerrero, hasta su muerte en 1627, con obligación de curar a gobernador, criados, jardineros y frailes de Nuestra Señora de la Esperanza. Le sustituyó Almeida de Fonseca como médico de la casa real de Aceca y del monasterio de Nuestra Señora de la Esperanza de la villa de Ocaña. Al año siguiente fue puesto al servicio del duque de Medinaceli, muriendo en dicho empleo el año 1646. Fue nombrado Bernardo Serrano Minaya, quien –al año siguiente– pasó al servicio del duque de Medinaceli. Tomó el puesto Gabriel Gómez, hasta su jubilación en 1643; había sido antes médico del marqués de Alcañices. Juan Barrios, médico por Valladolid, era hijo de Juan Barrios, barbero sangrador que había llegado a ser de las damas de palacio. Comenzó a servir como médico del real sitio de Aranjuez en Octubre de 1643. Natural de Colmenar Viejo, antes de instalarse en España estuvo en México, editando en la capital azteca,

en 1607, un libro *De la verdadera Cirugía, Medicina y Astrología*; y en 1609 *Libro en el qual se trata del chocolate* (México 1609). Se jubiló como médico de Aranjuez Cristóbal de Villareal; al quedarse viudo recibió órdenes sagradas, muriendo en 1656. En 1648 ocupó el cargo de médico de Aranjuez Alonso de Aragón, hasta su muerte en 1671.

Real sitio de El Escorial

Desde 1608 fue médico Francisco Calvo Vázquez, procedente de Valladolid, con casa y tierras en Olivares de Duero. Ejerció hasta su muerte en 1623. En ese año fue nombrado médico de El Escorial, Mateo Calvo de Santoyo, licenciado por Alcalá. Desempeñó el puesto hasta al menos 1642. En 1645 era médico de la casa de Castilla. En 1642 ocupó su puesto Francisco Sarmiento. Le sucedió, en 1650, Jacinto de Almazán, natural de Daimiel y licenciado en Alcalá en 1638, fue elegido para médico de El Escorial en 1650, lugar y puesto en el que murió en 1659, fecha en la que entró por médico José Sola.

Real sitio de Valladolid

El catedrático *Gabriel Canseco Vitoria* fue médico de las casas y bosques reales de Valladolid⁷⁷³ entre 1634 y 1637.

3.2.3. *La Medicina en el reinado de Felipe IV*

El saber médico español fue, siempre, principalmente libresco. La gran diferencia entre los tiempos anteriores y los nuevos consistió en que las novedades dejaron de llegar, más cuanto más avanzaba el XVII. Las bibliotecas de los médicos españoles de finales del XVI, al menos las de los médicos vallisoletanos, que son las que mejor conozco, eran espléndidas y actualizadas. Abundantes, en torno al millar de libros, y ansiosas de recibir lo publicado fuera de la península.

Las bibliotecas médicas del XVII siguieron siendo cuantitativamente ricas, alcanzando en ocasiones el millar de volúmenes, pero ya no eran actuales. Se habían convertido en colecciones de libros viejos, que pasaban de mano en mano y de generación en generación sin apenas cambios, porque sus propietarios no podían permitírselos, o porque eran inasequibles para los intermediarios, para los libreros. Este problema del encarecimiento de la vida y de los libros, y lo que ello supuso para la ciencia española, aparece expuesto en un *Memorial* que sobre el asunto se imprimió en 1635:

⁷⁷³ AHPV, Protocolos, leg. 1900, f. 919; leg. 1902, f. 620.

Porque el perjuizio que se seguiría a la República de estos Reynos en general, y en particular de cobrar alcavala, o otra imposición de los libros que se venden en estos Reynos, y executar el nuevo orden que sobre ello se ha publicado, obligan a qualquier persona , que aya professado letras, y virtud, a representar a su Magestad [...] Y assí propriamente se dizen armas de los que estudian: pues sin libros no pueden militar en la profesión de las ciencias [...] y se deben tener en estimación de las cosas más preciosas, y de mayor utilidad: pues sin ellos no puede aver los estudios que son necessarios para tantos buenos efetos de la República.

Las Facultades se acostumbraron a estudiar y a hacer estudiar por lo local y viejo y tal es la razón por la que Luis de Mercado y Francisco de Valles siguen siendo vistos durante toda la centuria como faros de las dos escuelas dominantes, Valladolid y Alcalá. Raros fueron los profesionales que escapan a la desinformación, entre ellos, el más informado, el médico de cámara Gaspar Bravo de Sobremonte.

Un panorama asentado, pues, sobre doctrinas librescas anticuadas, que, sin embargo, eran las que daban fama y posición y permitían acceder a los puestos de relevancia. La posición relevante de la escuela de Alcalá derivaba principalmente de su cercanía a la corte, de la mayor posibilidad que sus médicos y catedráticos tenían de ser escuchados por personalidades influyentes, y lo mismo cabría decir de Sigüenza. El hecho de que existieran más médicos reales procedentes de Sigüenza que de Salamanca, solamente puede ser entendido por dichas razones de proximidad a los órganos del poder.

Estar lejos de la corte, donde residía el rey, significaba no ser conocido, no tener proyección, por mucho que se supiese, o por muy actualizado que se estuviese. Es lo que muestra Soto desde Málaga:

El doctor Castillo es persona de tanta opinión, y tan gran médico, que no necesita de las migajas de crédito que Málaga le puede dar, quando los mejores médicos que ay en España le van a oír y honrar, como le honraron en la corte, donde tuvo unas conclusiones delante de ochenta médicos, los mejores de España, que muchos dellos sirven al Rey nuestro señor, que se sirve dellos por la mucha satisfacción que tiene de sus letras⁷⁷⁴.

La corte era un espacio de opiniones, en la que los que triunfaban quedaban reconocidos y señalados para futuras vacantes. Era una fuente de polémicas propiciadas por la propia clase médica para destacar, así la ya apuntada sobre si podía permitirse a las monjas dejar la calusura por causa de enfermedad y si la

⁷⁷⁴ P. DE SOTO: *Respuesta a la Relación de la enfermedad de la marquesa de Quintana*, Málaga 1634, f. 32v.

enfermedad podía ser consideradas en ellas causa de fuerza mayor o no. Merece la pena recordarla, como ejemplo de una Medicina en la que frecuentemente se mezclaban los presupuestos científicos con los religiosos, como muestra de lo que otros no decían, pero ocurría en la calle. El iniciador de la pugna fue doctor, médico de cámara y protomédico Luis del Valle “el Tuerto”, acérrimo defensor de que se cumpliese a rajatabla la bula de Pío V de 1569, que establecía que ninguna monja pudiese dejar la clausura excepto por incendio, lepra o epidemia:

Quien incitó al Colegio de Cardenales, dice el mismo Diana⁷⁷⁵, a que hiciese semejante decreto, fue el doctor Luis del Valle, médico de cámara de Su Majestad, persona que intervino sola en esto, y que se movió bien apasionadamente, por un caso que en su tiempo acaeció a una religiosa, que salió por una enfermedad⁷⁷⁶.

Soto, en cambio, estaba a favor de la exclaustación por cualquier tipo de ulceración en la ingle, por empeines⁷⁷⁷ u otras lesiones que *sensu lato* podían ser equiparadas a la lepra de la bula del pontífice. Había precedentes de monjas expulsadas, o dejadas ir, por dicha causa, así una religiosa del convento de Vallecas, “un simil por sentencia pasada en cosa juzgada, por los años del señor de 1639”; y opiniones favorables tan contrastadas como la de Juan Gutiérrez de Solórzano:

el doctor Juan Gutiérrez, protomédico de Su Majestad, en la Facultad insigne, por sus aventajados estudios, y anciana experiencia, [...] por la dicha enfermedad, era conveniente saliese fuera del convento.

Lo mismo que ellos pensaba el doctor Juan Gallego de la Serna, “protomédico general, persona de conocida ciencia, y noticia, cuya calificación no necesita de mí”⁷⁷⁸.

⁷⁷⁵ Soto se refiere al libro *Resolutiones morales*, Lyon 1634, que no he consultado. En la edición de Lyon 1646, el tema se trata en la resolución nº 23, no en la nº 13, como dice Soto, p. 241: “*Ad decretum Pii V quod incipit, Decori, & honestitati, editum anno 1569, in quo conceditur monialibus posse propter morbum lepra, & epidemiae, exire de Monasterio [...]*”, y efectivamente, en ella se nombra al doctor Valle: “*ubi notat, quòd quia in Hispania aliqui Medici asserebant morbum gallicum includi sub nomine epidemiae, & strumae, & caneros sub nomine leprae, quae quidem omnia negabat Ludovicus de la Valle Medicus Regis*”.

⁷⁷⁶ S. SOTO: *Discurso médico, y moral...*, *op. cit.*, p. 22.

⁷⁷⁷ M. HURTADO DE MENDOZA, en su *Vocabulario Médico-Quirúrgico o Diccionario de Medicina y Cirugía, que comprende la etimología y definición de todos los términos usados en estas dos ciencias por los autores antiguos y modernos*, Madrid 1840, p. 317, define “empeine” como “parte de los órganos genitales que se cubre de pelos”.

⁷⁷⁸ S. SOTO: *Discurso médico, y moral...*, *op. cit.*, p. 38.

3.3. *LA REAL BOTICA*

Mar Rey Bueno

Derecho a médico y botica. Desde el más ilustre de los gentilhombres de cámara hasta el más humilde de los lacayos reales, todos los integrantes de la corte de Felipe IV tenían a su disposición, de forma totalmente gratuita, los servicios de un médico y la provisión de los medicamentos necesarios para curar sus dolencias. Una asistencia que fue habitual en la corte hispana desde los inicios mismos de la Edad Moderna, si bien no fue hasta el reinado de Felipe II cuando quedó organizado el complejo entramado sanitario que, con pocas variaciones, se mantuvo en el siglo XVII. Médicos, cirujanos, sangradores, boticarios, destiladores, maestros simplicistas y enfermeras fueron los encargados de preservar la salud del monarca y toda su corte⁷⁷⁹. Un sistema fuertemente jerarquizado, encabezado por los médicos de cámara, de quienes no sólo dependía la salud de monarca, sino también la vigilancia de las profesiones sanitarias a través del Real Tribunal del Protomedicato⁷⁸⁰. Institución que, junto a la Real Botica⁷⁸¹, encabezaron el

⁷⁷⁹ Puede consultarse una primera aproximación a este tema en M. REY BUENO y M^a E. ALEGRE PÉREZ: “La ordenación normativa de la asistencia sanitaria en la corte de los Habsburgos españoles”, *Dynamis* 18 (1998), pp. 341-375.

⁷⁸⁰ Creado por los Reyes Católicos inicialmente para la corona de Castilla, fue el marco institucional desde donde el incipiente Estado moderno trató de controlar todo aquello relacionado con el ejercicio y práctica de la Medicina, así como a las personas dedicadas a cualquier tarea relacionada con la sanidad. Integrada en la administración central de la Monarquía, dependía del monarca, que era quien nombraba como ministros principales a los médicos de su real cámara y examinadores a los facultativos de la real familia. El estudio pionero sobre esta institución real es el de P. IBORRA: “Memoria sobre la institución del Real Protomedicato”, *Anales de la Real Academia de Medicina* 6 (1885), pp. 183-307, 387-418 y 496-532 (reeditado, con introducción e índices de J. Riera y J. Granda-Juesas en 1987 por la Universidad de Valladolid). Más recientemente, destaca el estudio de M. S. CAMPOS DÍEZ: *El Real Tribunal del Protomedicato castellano...*, *op. cit.* Las normas emanadas de esta institución fueron recogidas por M. EUGENIO MUÑOZ: *Recopilación de las leyes, pragmáticas, reales decretos y acuerdos del Real Tribunal del Protomedicato hecha por encargo y dirección del mismo Tribunal*, Valencia 1751.

⁷⁸¹ El estudio de la Real Botica durante los siglos XVI y XVII ha sido objeto de tres tesis doctorales. La de J. VEGA PORTILLA: *La botica real durante la dinastía austríaca*, Madrid 1946; la de M^a C. SÁNCHEZ TÉLLEZ: *Estudio histórico de la Real Botica como institución real*,

organigrama terapéutico de la Monarquía hispánica de la Edad Moderna. Porque médicos y boticarios no sólo fueron responsables de diagnosticar enfermedades y preparar medicamentos; en sus manos, también estuvo la experimentación de nuevas fórmulas, el análisis y estudio de especies medicinales procedentes del Nuevo Mundo o la modificación de las leyes y pragmáticas destinadas a controlar a los profesionales sanitarios de la época. De ahí el interés por conocer cómo se organizaron estas estructuras y cuáles fueron las personas que las integraron. Un estudio que, hasta fechas relativamente recientes, no ha despertado el interés de los historiadores pese a que, como nos recuerda el eminente humanista segoviano Andrés Laguna, sin salud no puede combatir el soldado, ni arar sus tierras el labrador, ni oír las causas el juez, ni defenderlas el abogado, ni escudriñar las causas divinas el teólogo. Ni, por supuesto, gobernar el rey⁷⁸².

3.3.1. *Antecedentes de la asistencia farmacéutica en la corte hispana (1475-1621)*

Las primeras noticias sobre boticarios reales al servicio de los monarcas hispanos datan del reinado de los Reyes Católicos⁷⁸³, si bien hay que esperar hasta el destierro de su hija Juana a la vallisoletana villa de Tordesillas para conocer en detalle el sistema utilizado por los reyes para abastecerse de medicinas, tanto ellos mismos como el grueso de su corte. Sistema que parece heredado de la

Granada 1977; y la mía propia, *Tradición y modernidad. La asistencia farmacéutica en la corte de los Austrias Españoles*, Madrid 2000. La primera fue publicada en los *Anales de la Real Academia de Farmacia*, 12 (3) (1946), pp. 349-402 y 421-472. Las dos últimas han dado lugar a diversas publicaciones, que serán mencionadas en el lugar correspondiente del presente trabajo.

⁷⁸² *Pedacio Dioscorides Anazarbeo acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos; traducidos de lengua griega en la vulgar castellana & ilustrado con claras y substantiales annotations y con las figuras de numerosas plantas exquisitas y raras por el doctor Andrés Laguna médico de Iulio III Pont. Max.*, Amberes 1555.

⁷⁸³ El primer nombramiento oficial de un boticario real está fechado en 20 de junio de 1475, cuando Isabel y Fernando designaron a maese Jaime Pascual, de origen aragonés, como su boticario personal. La elección tenía carácter vitalicio y se le asignaba un sueldo de 4.200 maravedies. Pascual acompañó a los Reyes Católicos hasta el fallecimiento de Isabel, asistiéndoles tanto en la corte como en la organización de los servicios farmacéuticos en los hospitales de campaña establecidos en los cercos de Málaga (1487) y de Granada (1492) [R. ROLDÁN GUERRERO: "Historia del cuerpo de farmacia militar del ejército español. Primera parte: Bosquejo de la farmacia militar española desde sus orígenes hasta finalizar el siglo XVII", *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina* V/1 (1953), pp. 3-72].

casa de Castilla y que será empleado como tal entre los boticarios que servían a los diversos miembros de la familia real. Se trata, en todos los casos, de profesionales con boticas propias instaladas en la villa donde temporalmente residían los monarcas, que tenían un sueldo pagado por la casa real y debían abastecer de medicinas a todos los criados con sueldo fijo y derecho a botica que trabajaran para los reyes. La forma de dispensación elegida siempre era la misma. El médico real visitaba a los criados enfermos, diagnosticaba la dolencia y prescribía la medicación necesaria en una receta que debía llevar el nombre del criado y la firma del médico. Con esta receta, el criado podía retirar las medicinas de la botica contratada sin ningún tipo de coste. El boticario anotaba en un libro la fecha de dispensación, la sustancia dispensada, el nombre del criado y el costo. Estos libros se presentaban mensual, cuatrimestral o semestralmente, dependiendo de lo establecido entre el monarca y el boticario, a los médicos de cámara, quienes comprobaban la fidelidad de los datos, y aprobaban su pago. Las cuentas así tasadas y aprobadas, pasaban al grefier y al contralor reales, encargados de hacer el pago correspondiente ⁷⁸⁴.

El embrión jerárquico de lo que será la asistencia farmacéutica en los reinados de Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II surge en 1548, con el establecimiento de la etiqueta borgoñona como forma de gobierno para la casa del heredero de Carlos V, el futuro Felipe II. Es entonces cuando se crea la figura de un boticario principal, asistido por un ayuda y un mozo de oficio. Todos ellos se dedicarían en exclusiva al heredero y no podrían disponer de botica propia ⁷⁸⁵.

⁷⁸⁴ Desde el inicio de su destierro en 1509 hasta su fallecimiento en 1555, la reina Juana tuvo a su servicio 4 boticarios: Jaime Pascual (1509-1511), Bartolomé de Castellón (1511-1519), Mateo Moreno (1519-1537) y Cristóbal de Génova (1537-1555). Los dos primeros fueron boticarios reales, al servicio exclusivo de la reina y su casa. Los dos últimos fueron boticarios contratados, que disponían de botica propia en Tordesillas y tenían entre su clientela a la reina y sus criados. Los pagos de las medicinas se hacían cada 6 meses y quedaban englobados dentro de los gastos de despensa (AGS, CSR, leg. 16, ff. 9, 23 y 45; leg. 18, f. 72 y leg. 25, ff. 1232, 1266 y 1292).

⁷⁸⁵ Tras el fallecimiento de la emperatriz Isabel, Carlos I estableció casas separadas para sus hijos. Por una parte, la casa del príncipe don Felipe, por otra, la llamada casa de Sus Altezas, para sus hijas Juana y María. Ambas tenían idéntica estructura sanitaria: un médico personal, un boticario y un barbero, todos ellos dedicados en exclusiva al servicio real, acompañando a ambas comitivas regias en las distintas ciudades castellanas donde fijaron sus residencias. El abastecimiento de medicinas corría a cargo de boticarios establecidos en cada villa, siendo el boticario real el encargado de elaborar cada preparación. Para el caso concreto de las infantas, disponemos de abundantes noticias en AGS, CSR, leg. 60, f. 1080; leg. 61, ff. 330-331 y 1147-1154; leg. 63, f. 857 y leg. 96, ff. 684-693.

El boticario elegido por el emperador para asistir a su hijo fue el flamenco Jean Jacques d'Arigon, posteriormente castellanizado como Juan de Arigón, ayudado por el castellano Diego de Burgos y un mozo de nombre desconocido⁷⁸⁶. Los gastos derivados de la preparación de medicinas aparecen reflejados en las cuentas reales bajo la denominación de “Boticaría” y quedaron englobados dentro de los extraordinarios de la furriera⁷⁸⁷.

Tras la instalación definitiva de la corte en Madrid, en 1561, la asistencia farmacéutica regia corrió a cargo de la llamada “botica de palacio”, donde trabajaban Juan de Arigón y Diego de Burgos⁷⁸⁸. Los criados reales, por su parte, se abastecían en las llamadas “boticas del común”, dos establecimientos instalados en la villa madrileña y regentados por los hermanos Arigón. Los criados pertenecientes a la casa del rey acudían a la conocida como “botica de Su Majestad”, perteneciente a Rafael de Arigón, mientras que los criados y oficiales que servían a la reina tenían a su disposición la llamada “botica de la reina”, propiedad de José de Arigón⁷⁸⁹. Ambas boticas contaban, además del boticario real, con los correspondientes ayudas y mozos de oficio. Todos ellos eran boticarios examinados y aprobados por el Protomedicato, juraban sus plazas como criados reales que eran y tenían sueldos asignados por el monarca, que oscilaban entre los

⁷⁸⁶ AGS, CSR, leg. 300. Arigón había sido boticario personal de la emperatriz Isabel desde 1529. Acompañó al heredero Felipe en su *Felicitísimo* viaje por tierras italianas, alemanas y flamencas, siendo sustituido por su hermano José en la segunda jornada filipina por tierras europeas (1554-1559) (*Ibidem*, leg. 280, f. 980). Sobre el devenir de los hermanos Arigón en la corte de Felipe II, puede consultarse J. L. VALVERDE LÓPEZ y M^a C. SÁNCHEZ TÉLLEZ: “Juan, José y Rafael de Arigón, boticarios reales (1544-1593)”, *Ars Pharmaceutica* 18/2 (1977), pp. 217-258.

⁷⁸⁷ Se trata de una partida económica elevada, pues Arigón elaboraba los medicamentos del príncipe, todos sus criados y algunos pobres de hospitales madrileños, como el Hospital de corte y el Hospital de la guarda. La tasación de las medicinas corría a cargo de los dos médicos del heredero, doctores Moreno y del Águila, así como de los boticarios instalados en las diversas ciudades que fueron residencia temporal del heredero (AGS, CSR, leg. 61, ff. 314-328; leg. 63, f. 1367 y leg. 64, ff. 346-347).

⁷⁸⁸ Se trataba de una dependencia instalada en el propio Alcázar, aunque desconozco su ubicación exacta. Mensualmente recibía 100 ducados de la consignación de la despesa real, dinero destinado a comprar los simples medicinales necesarios para elaborar los medicamentos (AGP, AG, leg. 429).

⁷⁸⁹ Esta botica, creada en 1570 para atender a los criados de la reina Ana de Austria y de las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, se transformó, tras la muerte de Ana en 1580, en la “botica de Sus Altezas”, al servir medicinas a las mencionadas infantas y al heredero de Felipe II, el futuro Felipe III (AGP, CRB, leg. 6656).

30.000 maravedís anuales del boticario principal y los 27.000 del ayuda ⁷⁹⁰. El sistema de dispensación en las boticas del común era el heredado de la etiqueta castellana: los médicos de familia recetaban las medicinas necesarias para las dolencias de los criados reales quienes, con las recetas firmadas, acudían a la botica que les correspondiese a retirar la medicina. Mensualmente se revisaban las cuentas presentadas por los boticarios reales, se comprobaban con las recetas y se hacía la tasación por parte del médico de cámara encargado y unos boticarios madrileños contratados para ello ⁷⁹¹. Los boticarios reales también estaban encargados del abastecimiento de las llamadas “boticas de camino”, formadas cuando el monarca se trasladaba a alguna de sus residencias temporales. Tradicionalmente, y desde la instalación definitiva de Felipe II en Castilla, fue Rafael de Arigón el encargado de acompañarle en todos sus desplazamientos por la Península.

3.3.1.1. *El Informe Valles (1588-1590)* ⁷⁹²

El final de la asistencia farmacéutica a Felipe II y su familia, tal y como se había mantenido durante todo el siglo XVI, tuvo lugar en 1594 con la creación de la Real Botica, dependencia cortesana destinada, en exclusiva, al servicio real y que, en los siguientes siglos, jugaría un papel determinante en el ejercicio del arte de boticarios.

El origen último de la Real Botica se encuentra en la visita de boticas realizada en los primeros meses de 1589 por el protomédico Francisco de Valles. Formado en la Universidad de Alcalá, de la que llegó a ser catedrático de Prima, entró al servicio real en 1572 como médico de cámara de Felipe II. Doce años después, en 1584, era nombrado protomédico de Castilla, dignidad que detentó hasta su muerte, acaecida en 1592. Durante sus años de mandato al frente del Protomedicato se promulgaron dos de las normas más destacadas que, en materia sanitaria, aparecieron en la Monarquía hispana de la Edad Moderna, muestra de su interés manifiesto por regular las profesiones vinculadas

⁷⁹⁰ Sueldos cobrados por José de Arigón y su ayuda Sebastián de Arenzano, según consta en sus respectivos expedientes personales (AGP, Personal, cajas 1341/8 y 125/10).

⁷⁹¹ Se conservan todos los pliegos de medicinas presentados por José de Arigón mientras fue boticario de la reina Ana y, más tarde, boticario de los infantes reales (AGP, CRB, legs. 6656 y 6657).

⁷⁹² Hice un estudio detallado de este aspecto en M. REY BUENO: “El Informe Valles: los desdibujados límites del arte de boticarios a finales del siglo XVI (1589-1594)”, *Asclepio* LVI/2 (2004), pp. 243-268.

al arte de curar⁷⁹³. La primera, fechada en 11 de noviembre de 1588, abordaba la renovación del Real Tribunal del Protomedicato, a fin de revestir esta institución con mayores y más eficaces garantías. Entre las muchas medidas que recogía esta pragmática, aparecía la forma de realizar las visitas de botica, tarea que debían llevar a cabo el protomédico y los examinadores y que incluía todas las boticas situadas en la corte y 5 leguas alrededor⁷⁹⁴. Con la intención de hacer cumplir la nueva disposición, Valles y sus examinadores iniciaron, a comienzos de 1589, la inspección a las boticas madrileñas, cuyas consecuencias finales nadie hubiera sido capaz de vislumbrar. Lo que había empezado como una mera inspección rutinaria, fue transformándose, con el paso de los meses, en un enfrentamiento abierto entre protomédico y boticarios. La confirmación de esta disputa aparece en un memorial redactado por los boticarios madrileños a comienzos de 1590 que permite seguir, paso a paso, las diversas actuaciones del Protomedicato y donde se recogen las opiniones que suscitaron entre los boticarios las diversas medidas emprendidas por el protomédico a lo largo de tres autos⁷⁹⁵. Autos en los que se prohibía usar

⁷⁹³ En los años previos a su llegada a la corte, Valles escribió numerosos tratados médicos, centrados en comentarios a las obras de Hipócrates y Galeno. Obras que alcanzaron gran difusión e influencia gracias a las 72 reediciones que se hicieron en diversos países europeos. Fue una de las máximas figuras del llamado galenismo hipocrático, caracterizado por una observación clínica objetiva como base de la Medicina. Su gran reputación como intelectual hizo que fuese elegido por Felipe II, junto a Benito Arias Montano y Ambrosio Morales, para formar la biblioteca de San Lorenzo el Real de El Escorial (J. M^a LÓPEZ PIÑERO: “Francisco Valles”, en *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, Barcelona 1983, vol. II, pp. 391-394). También resulta interesante la abundante bibliografía que, sobre el autor y su obra, se recopila en J. M^a LÓPEZ PIÑERO: “Las ediciones de *Controversiarum Medicarum et Philosophicarum libri decem* de Francisco Valles”, en *Historia y Medicina en España. Homenaje al profesor L. S. Granjel*, Valladolid 1994, pp. 77-89.

⁷⁹⁴ Sobre las diversas disposiciones relativas a la visita de boticas consultar M. EUGENIO MUÑOZ: *Recopilación de las leyes...*, op. cit., pp. 187-308.

⁷⁹⁵ *Memorial y apuntamientos de las causas y razones que se dan por parte de la congregación de los boticarios de la corte del Rey nuestro Señor, para que no se de lugar a hazer novedad en lo que siempre se ha acostumbrado: ni se devan guardar los ocho capítulos y proveimientos que nuevamente pretenden introducir, el doctor Francisco de Valles protomédico, y el licenciado Lázaro de Soto, el doctor Martín de Azpeytia, y el doctor Andrés Bermejo, examinadores por el Rey nuestro Señor; sobre que se muden las pesas y medidas que se usan en las boticas, y aguas destiladas, y la trituration de los medicamentos expurgantes y estomáticos, que Galia se ha de echar en el electuario rosado de Mesué, si en el Philonio Pérsico de Mesué se ha de echar Piper o Papaver, que Turbit se ha de gastar, que recepta de Benedicta se ha de hazer, si la Esula usual es verdadera. Los quales capítulos y proveimientos son los que yran a lo último después de los apuntamientos: a cerca de los quales y cada uno dellos se advierte lo siguiente: por lo qual se entenderá claramente que no conviene dar lugar a que*

aguas destiladas en alambiques de plomo o estaño, se instauraba definitivamente el marco castellano como medida única en las boticas y se daban una serie de normas relativas a la perfecta elaboración de los medicamentos usuales. Nuevas disposiciones que no fueron del agrado de los boticarios madrileños, de ahí que replicaran en un extenso memorial que fue presentado ante las Cortes de Castilla reunidas en Madrid en 1590, a fin de evitar, en la medida de lo posible, que el Consejo Real tramitase una nueva ordenanza con la que no se sentían de acuerdo⁷⁹⁶. Pese a toda la actividad desplegada por el gremio de boticarios madrileños, el Consejo Real aprobaba, tan sólo un año después, la nueva ordenanza donde se recogían todos los puntos del auto pregonado a finales de 1589⁷⁹⁷. Lo que había nacido como una visita de boticas, terminaba como una real ordenanza de obligado cumplimiento, no sólo por los boticarios madrileños, sino por todo el colectivo farmacéutico de los reinos de Castilla. Un año después de aprobarse tan polémica normativa, aparecía la última obra escrita por Valles, el *Tratado de las aguas destiladas, pesos y medidas*, destinada a explicar los motivos y razones

se haga la dicha novedad, porque della resultarían muchos daños e inconvenientes, variedad y confusión en perjuizio de la salud universal de la república. s.a. s.i., s.f. [c. 1590]. Se trata de un documento formado por 29 folios. Los 23 primeros se dedican a exponer las razones que tienen los boticarios contra los autos dictados por Francisco de Valles y el protomédico que él representaba. Los seis últimos recogen los autos originales del Protomedicato. La única copia conocida de este documento, hasta el momento actual, se encuentra en AMB, SH, S.J.-4/1.

⁷⁹⁶ *Actas de las Cortes de Castilla*, Madrid 1886, vol. XI, p. 213. Pese a que se debatía sobre las pesas y medidas de botica, la correcta trituración de los simples y la forma de preparar la galia y el filonio pérsico, el trasfondo de la disputa se centraba en la integridad y pureza de las fuentes antiguas frente al barbarismo y error de las traducciones medievales. No se puede olvidar que Valles es uno de los autores que mejor representa el espíritu de su época, asentado en el conocimiento filológico de las fuentes clásicas. Además de utilizar el recurso renacentista de la experiencia y la observación, Valles acudía a los originales, a los códices, para depurar los textos y ver lo que en realidad quería decir el autor. Esta actitud se observa en todas las explicaciones utilizadas por el protomédico para aclarar el porqué de sus modificaciones, encaminadas a restablecer la pureza que, para él, tienen las fuentes clásicas frente a las alteraciones incorporadas por árabes y salernitanos a lo largo de la Edad Media, fuentes habituales de los boticarios renacentistas [E. MONTERO CARTELLE: “El médico filólogo en el siglo XVI”, en J. L. GARCÍA HOURCADE y J. M. MORENO YUSTE (coords.): *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista*, Valladolid 2001, pp. 93-121].

⁷⁹⁷ *Memoria de lo que está ordenado por el doctor Valles... cerca del orden que han de guardar los boticarios... en los pesos y medidas y aguas destiladas y otras cosas* (Un ejemplar de la misma puede consultarse en AZ, signatura 33-116 bis).

que llevaron al protomédico a seguir adelante pese al enfrentamiento manifiesto de los preparadores de medicamentos⁷⁹⁸.

El enfrentamiento de Valles con los boticarios madrileños, originó el primer roce indirecto con los boticarios reales. Tal y como ya ha quedado señalado, las medicinas dispensadas por ellos eran tasadas por un médico real y por boticarios establecidos en Madrid, contratados para este fin. En 1590, Valles decide prescindir de ellos y recurrió a boticarios toledanos. La tasación, sin embargo, se hizo a unos precios tan bajos, según el parecer de los boticarios reales, que provocó su queja y la manifiesta imposibilidad de seguir dispensando medicamentos si no se recuperaban los precios anteriores. Queja que llegó al Bureo, donde fue desestimada, al considerar que Valles había hecho una correcta elección de boticarios tasadores⁷⁹⁹.

La decisión del Bureo provocó una situación tensa en los boticarios reales: debían acatar la norma impuesta por Valles referentes a pesos y medidas y aceptar la tasación de los boticarios toledanos, hasta que se solucionase el pleito entre Valles y los madrileños. Mientras el cambio del sistema salernitano al romano suponía mayor cantidad de simples en una misma preparación, la tasación por boticarios toledanos implicaba unos precios más bajos. Ambas medidas conducían a una pérdida de dinero por partida doble. Los efectos negativos no tardaron en aparecer y desde finales de 1590 se acumularon en el Bureo del rey las quejas de numerosos oficiales y criados contra los boticarios reales. Quejas relativas al mal servicio que recibían y a la menor cantidad de medicinas que se les dispensaban. Circunstancias ambas que provocaban, no sólo, la falta de atención de los

⁷⁹⁸ F. DE VALLES: *Tratado de las aguas destiladas, pesos y medidas de que los boticarios deben usar por Nueva Ordenanza y Mandato de Su Majestad y Su Real Consejo*, Madrid 1592.

⁷⁹⁹ AGP, AG, leg. 429. La nueva normativa en materia de pesos y medidas estipulaba el empleo del marco castellano frente al uso del salernitano. Este se diferenciaba del romano en que la base era decimal y la onza equivalía a un peso de 9 dracmas y no 8, como en el romano. La alteración que comportaban los ponderales salernitanos no era grande en cuanto a pesas pequeñas, aumentando notoriamente en las pesas mayores. El uso del sistema salernitano en botica data de 1513, cuando Fernando “el Católico” encargó al platero real Diego de Ayala hacer las pesas de botica según las empleadas en Salerno, ante la gran diversidad de pesos detectada por los protomédicos. Disposición que será ratificada 30 años después, en 1543, por Carlos I [P. HERRER HINOJO y M^a C. FRANCÉS CAUSAPÉ: “Aportación al estudio de los ponderales farmacéuticos empleados en España”, *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia* 91 (1972), pp. 137-147]. Cuando Felipe II decidió restaurar el sistema ponderal romano lo hizo influenciado por su protomédico Valles quien, como experto que era en la obra de Galeno, comprobó el desajuste existente entre las dosis indicadas por el médico romano y las que aparecían en los textos salernitanos.

enfermos sino también el perjuicio a la hacienda real, pues se estaba dando menos cantidad de medicina de la que, en realidad, se estaba cobrando. Es por ello que se decidió iniciar una investigación, encargada al grefier Juan Sigoney, en la que se tomó declaración a dos médicos y a dos criados pertenecientes a la casa real. Entre los médicos reales, se seleccionó al doctor Juan Álvarez, examinador del Protomedicato, y al licenciado Soto, médico de familia. Mientras que la declaración de este último es concisa⁸⁰⁰, limitándose a una escueta exposición de los hechos, el testimonio del doctor Álvarez resulta determinante para la evolución de los acontecimientos posteriores⁸⁰¹. Aprovechando el problema surgido por la falta de peso en los medicamentos, el examinador informó sobre todos los aspectos negativos observados en la asistencia farmacéutica. Así, sabemos que las boticas del común no estaban bien atendidas, con ausencias continuas de los boticarios reales y fallos reiterados en la preparación de determinadas medicinas. Faltas que eran más corrientes en la botica regentada por Sebastián de Arenzano que en las boticas de los hermanos Arigón⁸⁰². Es en este punto donde todas las declaraciones coinciden⁸⁰³, de ahí que se decidiera abrir una investigación a Sebastián de Arenzano, última de las medidas registradas en la Junta de Bureo de 20 de diciembre de 1590, donde, además, se dispuso dar aviso al protomédico Valles para que descontase todas las recetas que no hubiesen sido dispensadas,

⁸⁰⁰ Declaración fechada en 6 de diciembre de 1590 (AGP, AG, leg. 429).

⁸⁰¹ Declaración fechada en 3 de diciembre de 1590 (*Ibidem*).

⁸⁰² Desde 1586 Sebastián de Arenzano era el boticario encargado de suministrar medicinas a los criados de sus Altezas, rompiendo el monopolio exclusivo de asistencia farmacéutica regia por parte de los hermanos Arigón. Las causas de este cambio vinieron motivadas por la petición de José de Arigón de unir las dos boticas del común entonces existentes, la del rey y la de sus Altezas, solicitud que el boticario hizo al monarca durante la jornada a Monzón de 1585. José de Arigón había viajado con Felipe II en calidad de su boticario personal y decidió aprovechar la circunstancia para quedarse con la asistencia farmacéutica al completo de la casa real. Aunque el rey llegó a plantearse esta opción, la falta de consenso entre los tres hermanos Arigón hizo que se desestimase. Tras regresar la corte a Madrid, José de Arigón recibió el nombramiento de cerero mayor, pasando su exclusividad en el servicio de medicinas a la casa de sus Altezas al Sebastián de Arenzano, su ayuda desde 1576 (AGP, AG, leg. 429 y Personal, caja 125/10).

⁸⁰³ Así, Mateo Camargo, ministril de Felipe II, acusó a Arenzano de no querer dispensarle unos lamedores aduciendo que, mientras fuesen judíos los tasadores, no daría medicinas. Por su parte, Juan de Orduña, montero de caza, le acusó de no querer dispensarle tacamahaca y caraña, dando como razón las pérdidas que tenía por no pagarle la corona proporcionalmente. Declaraciones de 4 y 12 de diciembre, respectivamente, en AGP, AG, leg. 429.

encargar una visita de inspección y avisar a los boticarios para que diesen las medidas correctas ⁸⁰⁴.

3.3.1.2. *La creación de la Real Botica (1594)*

Nada sabemos de las consecuencias finales de la investigación abierta contra Arenzano. Todo parece indicar que quedó en una simple amonestación, pues la forma de dispensación de medicamentos entre el colectivo de criados reales se mantuvo igual hasta el fallecimiento del propio Arenzano, en octubre de 1592 ⁸⁰⁵.

Esta situación inesperada favoreció la iniciativa propuesta por el doctor Juan Álvarez dos años antes, cuando fue interrogado por las irregularidades observadas. Entonces, el médico real había manifestado su descontento con la asistencia farmacéutica concertada por el monarca y había propuesto prescindir de los servicios dispensados por los hermanos Arigón y por Arenzano, creando una botica a cargo del monarca, en aposentos privados y cerrada al público, sólo con servicio a criados reales. Para la atención de esta botica, se debía nombrar a un boticario y 4 ayudantes asalariados, a quienes se pudiese despedir en caso de faltas. Estos 5 boticarios no podrían tener botica propia ni dispensar a nadie que no fuese criado real. El protomédico y los examinadores serían los encargados del control de las medicinas dispensadas ⁸⁰⁶. Líneas maestras que, sin duda alguna,

⁸⁰⁴ Informe del secretario real Juan de Espina (AGP, AG, leg. 429). Los cargos presentados contra Sebastián de Arenzano incluían la falta de dispensación de determinadas recetas, que luego cobraba, su negativa a dispensar a los criados reales porque luego no se le pagaba lo adecuado y la acusación de judíos a los boticarios toledanos encargados de tasar las medicinas. Como criado que era de la casa del príncipe Felipe, fue el mayordomo mayor de ella, el marqués de Velada, el encargado de hacer una investigación más detallada, tomando declaración al ayuda de Arenzano, a los médicos que atendían a los criados del heredero y a diversos criados afectados por el mal servicio de Arenzano. La principal declaración es la de Pedro de Erla, ayuda de botica, que acusó a su jefe de malas prácticas en la botica, entre las que destacan la rebaja de jarabes con agua destilada o la preparación de medicamentos sin pesar las cantidades exactas. Declaración fechada en 29 de diciembre de 1590 (*Ibidem*).

⁸⁰⁵ De hecho, Felipe II decidió conceder una pensión de orfandad a sus dos hijos, como agradecimiento a los servicios prestados y debido a que había fallecido sirviendo al rey. Concesión que fue confirmada posteriormente por Felipe III y Felipe IV (AGP, Personal, caja 125/10).

⁸⁰⁶ “Parescele que todos estos inconvenientes se remediarian con q. su majestad tuviese las boticas a su costa y un boticario en ella con quatro ayudantes y estos no vendiessen ninguna cosa de la botica sino solo para los criados de su majestad y altezas y todos cinco fuessen asalariados y recibidos y despedidos por el prothomedico y examinadores porq. Ellos sabran las quexas y el que lo haze bien o mal y al cabo de dos años que acaban los examinadores

fueron consideradas, años después, por los encargados de establecer la norma fundacional de gobierno de la Real Botica y que no fueron otros que los tres médicos de cámara integrantes del Protomedicato y el secretario real de Felipe II. Los pareceres de todos ellos han llegado a la actualidad a través de dos documentos, uno firmado por los doctores Oñate, Zamudio de Alfaro y Mercado, y otro firmado por Juan de Espina. El primero, fechado en 6 de diciembre de 1594, consta de 23 puntos⁸⁰⁷; el segundo, fechado en 16 de diciembre de 1594, de 18⁸⁰⁸. Ambos presentan una serie de puntos comunes, relativos al gobierno y administración de la nueva botica, el personal cualificado que debía ser contratado, el abastecimiento de drogas y simples o las normas a seguir en cuanto a dispensación y control de lo dispensado, si bien cada uno resalta un aspecto diferente: el sanitario, en el caso del Protomedicato; el administrativo, en el del secretario real.

El documento elaborado por el Protomedicato recalca la novedad de la dependencia real: “para que la botica nueva de Su magestad pueda començar a servir y dar recaudo es neçesario resolver las cosas siguientes”. La “botica nueva” constaba de dos dependencias: la de palacio, donde se guardaban las medicinas del rey y la familia real, y la de los oficios, para los criados de cámara y casas. La primera ya existía con anterioridad, mientras que la segunda comenzó a construirse en la primavera de 1593, en la conocida como casa del Tesoro⁸⁰⁹. La plantilla fundadora de la Real Botica estaba compuesta por un nutrido número

tomassen quenta de las medicinas y de toda la botica y no tuviessen tienda a la calle sino en aposentos assi por la limpieza como por no tener ocasion de vender nada de la botica” (AGP, AG, leg. 429).

⁸⁰⁷ *Ibidem.*

⁸⁰⁸ *Ibidem.*

⁸⁰⁹ Desde la instalación de la corte en Madrid, Felipe II acometió numerosas reformas en el Alcázar que iba a servirle de residencia. El elevado número de oficios y oficiales destinados al servicio real hizo que el monarca tuviese que comprar propiedades en las inmediaciones del Alcázar para alojarlos. La primera de ellas fue la casa del Tesoro, adquirida a don Bernardino de Mendoza, para su aya Leonor de Mascareñas, que quería fundar allí un monasterio. Posteriormente decidió recuperar la propiedad y usarla para alojar a criados y oficiales reales. Estaba compuesta de un edificio principal y un conjunto de pequeñas construcciones adosadas y dependientes de ella. En las décadas de los setenta y ochenta se adquirieron todas las propiedades entre el Alcázar y la casa del Tesoro, que fueron derribadas y en su lugar se construyó un edificio destinado a albergar los oficios reales, entre los que se encontraba la Real Botica (J. M. BARBEITO: *El Alcázar de Madrid*, Madrid 1992, pp. 69-72).

de boticarios, debido a la elevada ocupación y trabajo que iba a tener esta nueva dependencia. Jerárquicamente organizados en un boticario mayor o principal, tres ayudas y tres mozos de oficio, todos ellos eran boticarios examinados y aprobados por el Protomedicato⁸¹⁰. Junto a ellos, la Real Botica también contó con los servicios de dos destiladores, uno principal y un ayuda, encargados de destilar las aguas necesarias y elaborar los jarabes⁸¹¹. En el escalafón inferior de esta pirámide se encontraban los peones, encargados de las labores de limpieza y de la recogida de hierbas medicinales cuando era tiempo. En caso de enfermedad de algún mozo o ayuda, el sumiller de corps, junto al protomédico o médico de cámara más antiguo, nombraba un interino que le sustituyera el tiempo necesario. Los ayudas y mozos de oficio estaban bajo el mando absoluto del boticario mayor y sólo podían dar las medicinas con su autorización y, en su ausencia, le debía

⁸¹⁰ Antonio del Espinar fue el primer boticario mayor de los Austrias, ayudado por Pablo Jiménez y Pascual López y con Benito Campelo, Alonso de la Peña y Martín Pastor como mozos de oficio. Todos ellos habían jurado sus cargos meses atrás, el 20 de febrero de 1594, lo que nos hace suponer que, inicialmente, se estableció el servicio de botica real sin una normativa de funcionamiento detallada. El control exhaustivo a que fueron sometidos por los médicos reales, que pretendían una equivalencia perfecta entre lo que se les entregaba y lo que luego dispensaban, originaron las primeras quejas por parte de Antonio del Espinar, quien exponía la imposibilidad de hacer cuadrar ambas cantidades, pues había pérdidas que no se podían evitar. De ahí que los cuerpos de gobierno reales se decidiesen a establecer unas normas de gobierno, para aclarar al máximo todos los puntos y evitar problemas posteriores (AGP, AG, leg. 429).

⁸¹¹ La terapéutica propia de la Edad Moderna consideraba que el cuerpo humano era el resultado de la conjunción de 4 humores (sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra) cuyo equilibrio era sinónimo de salud. Cualquier alteración de este equilibrio conducía a la enfermedad y sus más variadas sintomatologías. La única forma de restablecer el equilibrio humoral era eliminando los humores corruptos mediante la práctica de purgas y sangrías. Para las primeras se recurría al uso de complejos medicamentos elaborados a partir de simples vegetales por versados boticarios en las propiedades terapéuticas de las plantas; en cuanto a las sangrías, se acudía a expertos sangradores que disponían del instrumental adecuado y los conocimientos precisos para llevar a cabo su arte. Esta forma de entender la Medicina, sin apenas variaciones desde la Grecia clásica, se vio ampliada en los últimos siglos de la Edad Media con la incorporación de nuevas prácticas, ajenas al concepto tradicional del ejercicio de la terapéutica. Procedentes de la asimilación de saberes alquímicos árabes por parte de determinados sectores médicos europeos, los nuevos medicamentos químicos irrumpen con fuerza en este escenario, adquiriendo una presencia notable en farmacopeas y recetarios. Aguas, quintaesencias, aceites y elixires, elaborados mediante complicados procesos destilatorios, se transforman en imprescindibles en las últimas décadas del siglo XVI. De ahí que se hiciera necesario incorporar al elenco sanitario tradicional profesionales que dominasen el arte del fuego y los alambiques.

sustituir el más antiguo de los ayudas. Todos debían residir lo más cerca posible de palacio; es más, el Protomedicato incluso proponía que el boticario mayor y uno de los ayudas residiesen permanentemente en él, para dar con la puntualidad necesaria las medicinas que se pidiesen, detallándose además un elaborado sistema de guardias nocturnas⁸¹². El documento redactado por el secretario Espina añade a lo anterior la incompatibilidad entre el servicio al rey y el ejercicio privado de la profesión. Ni el boticario mayor, ni los ayudas y mozos de oficio podían tener botica propia, trato con boticarios establecidos, ni vender o prestar medicinas de la botica real a persona alguna que no tuviera orden del sumiller de corps y que trajera receta firmada por los médicos de cámara o de familia.

Mensualmente, la Real Botica disponía de 100 ducados para el gasto ordinario, que se daban al boticario mayor o a la persona encargada de proveer la Real Botica⁸¹³. Por su parte, todos los gastos, tanto ordinarios como extraordinarios, quedaron encuadrados en la dotación de la despensa real. La compra de drogas la hacía el boticario mayor en contacto con el médico de cámara más antiguo. Las hierbas medicinales se cogían de la Casa de Campo, la Huerta de la Priora y los jardines de palacio y en tiempo de rosa, se daba lo necesario a los destilatorios. En cuanto a los instrumentos y utensilios necesarios para la Real Botica, era el boticario mayor el encargado de reponerlos y mantenerlos. Los de plata y oro, se encargaban al guardajoyas y los de cobre y hierro, al Bureo.

Cada 4 meses se visitaban ambas boticas, la del común y la de palacio. Las medicinas atrasadas de la botica de palacio pasaban a la del común, y las atrasadas de esta última se eliminaban, descargándose de las cuentas finales. Las medicinas presentes en la botica del rey estaban reservadas para el monarca y la familia real y sólo se podían tocar con expreso mandato del sumiller de corps y

⁸¹² En este punto las normas son detalladas al máximo. Se estipula que en la sala principal de la botica hubiese un candil con dos o tres mechas, una de las cuales debía arder toda la noche. En la botica del común, por su parte, se debía disponer de 4 velas, una para la mesa de la pieza principal, otra para la trasbotica, otra para la chimenea y una cuarta para cuidar el oficio. Diariamente se daban velas de sebo para la guardia nocturna, 6 en invierno y 4 en verano, que eran de cera y en cantidad ilimitada en caso de enfermedad del rey. Para hacer este servicio de guardia, el alcalde de la furriera entregó al boticario mayor una cama, dos colchones, 4 sábanas, dos frazadas, 4 almohadas y una cama de cordeles. Los encargados de hacer estas guardias eran dos mozos de oficio, uno en la botica del común y otro en la de palacio (AGP, AG, leg. 429).

⁸¹³ Parece ser que, transitoriamente, el proveedor fue Antonio Voto. Una vez que quedaron hechos los destilatorios y asentada la botica, se cerró la cuenta con él y comenzó a pagarse todo al boticario mayor.

no se daban por receta. Las medicinas de la botica del común sólo se dispensaban por receta, la cual debía llevar la firma de los médicos y cirujanos reales⁸¹⁴.

Todos los criados reales tenían derecho a botica, así como sus esposas e hijos solteros. El Bureo se encargó de elaborar listas donde quedasen recogidos todos los beneficiarios, a fin de que médicos y boticarios reales pudiesen llevar un control detallado de aquellas personas a las que se debía atender por merced real. También fue el Bureo el encargado de elaborar una lista en la que se recogían todas las medicinas que no se podían dispensar, entre las que figuraban los productos de confitería y sustancias que sólo podían ser dispensadas si llevaban la firma del sumiller de corps y de los médicos de cámara, como las medicinas químicas, el maná o las piedras empleadas en terapéutica. Finalmente, también se reguló la dispensación de medicinas por limosna, que debía ser mediante receta firmada por el médico de cámara más antiguo, así como fe del cura de la parroquia donde estuviese el enfermo, acreditando que vivía de limosna.

El sistema de control de la Real Botica quedaba perfectamente detallado en el documento del secretario real. El boticario mayor debía disponer de dos libros, que el secretario real define como libro de cargo y libro de menudo. En el primero, asentaba las medicinas que se compraban, indicando la fecha, cantidad, peso y precio. En el segundo, por su parte, el boticario reflejaba todas las cosas que comprase por menudo, indicando la cantidad, peso y medida, así como la razón de su compra, precio y fecha. Cada 4 meses, uno de los médicos de cámara debía comprobar que las medicinas dispensadas coincidían con las recetas prescritas, tarea para la que se ayudaba de un boticario ajeno al servicio real que, a modo de auditor, se encargaba de tasar todas las cuentas. Una vez realizada esta tarea, se pasaban los resultados al sumiller de corps quien, tras firmarlas, las enviaba al Bureo, organismo encargado del cargo y data y entrega posterior del dinero necesario al boticario mayor.

3.3.2. *La Real Botica en el reinado de Felipe IV (1621-1665)*

Con esta normativa comenzó a funcionar la Real Botica. Las obras de construcción de las dependencias destinadas a botica de oficios se prolongaron hasta 1597⁸¹⁵ y su puesta en marcha definitiva parece fechada en 1598, cuando el

⁸¹⁴ Mientras que los cirujanos de familia sólo podían recetar ungüentos, emplastos y aceites, los cirujanos de cámara estaban autorizados a prescribir también purgas y jarabes.

⁸¹⁵ J. M. BARBEITO: *El Alcázar de Madrid, op. cit.*, p. 73. Entre agosto y septiembre de 1594 se pagaron diversas libranzas para “texas para el cuarto de la botica que esta junto a la

príncipe don Felipe entregó 1.000 ducados a Antonio del Espinar para “provision de las drogas y medecinas que se han de hazer y proveer para mi botica”⁸¹⁶. Pese a que la Real Botica fue una idea original de Felipe II, su pleno funcionamiento no tuvo lugar hasta el reinado de su hijo, siendo su nieto Felipe IV quien modifique, por vez primera, la normativa fundacional e introduzca una serie de novedades destinadas a mejorar su rendimiento.

3.3.2.1. *Modificaciones de plantilla: Las reformas económicas de 1624 y 1630*

Cuando, en 1621, Felipe IV sube al trono bajo la tutela de don Gaspar de Guzmán, una de las primeras atenciones del favorito fue reformar los gastos cortesanos⁸¹⁷. Las cuantiosas sumas empleadas en el consumo de alimentos y en los pagos de retribuciones, en torno al 60% del gasto total de la casa real⁸¹⁸, debían ser reducidas o, cuanto menos, frenadas, a fin de cerrar el paso a nuevos aumentos. La notable cuantía de los gastos en la compra, almacenamiento, preparación y servicio de alimentos se debía, fundamentalmente, al elevado número de personas que, día a día, comían en palacio; gasto al que había que añadir el pago de raciones, retribución en especie que todos los oficiales de la casa real percibían, y la considerable cantidad de géneros que se entregaban, en concepto de limosna, a buen número de instituciones religiosas. No menos elevado era el gasto destinado al pago de oficiales al servicio del monarca, un colectivo que no dejó de crecer a lo largo de la época moderna debido, en gran medida, al poderoso entramado de redes clientelares que ocupaban los cargos cortesanos, para quienes obtener y conservar sus puestos en las instituciones de la Monarquía suponía la base esencial para la reproducción de su poder. Es por lo que, frente

casa del Tesoro”. En el otoño de 1595 se pagó “el acarreo de 4.000 ladrillos de suelo de Toledo y [...] açulejos desde dicha ciudad a este Alcaçar para el solado chapado de la botica real”. En febrero de 1597 hubo una libranza por “las bidrieras de las ventanas de la botica”.

⁸¹⁶ AGP, Reg. 11, f. 314v.

⁸¹⁷ El estudio clásico sobre este aspecto sigue siendo A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: “Los gastos de Corte en la España del siglo XVII”, en A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Crisis y decadencia en la España de los Austrias*, Barcelona 1969, pp. 113-124.

⁸¹⁸ J. JURADO SÁNCHEZ: “El coste de la Casa Real en el siglo XVII...”, *op. cit.* Según este estudio, la casa del rey gastaba un tercio de su dinero en el consumo de alimentos y una cuarta parte en la retribución de personal; una quinta parte se iba en gastos de cerería y demás dependencias, mientras que otra quinta parte se destinaba a gastos generados por las jornadas reales, el consumo de paja y cebada y otros gastos extraordinarios.

a las reformas planteadas por el favorito real, los principales afectados mostrasen una férrea oposición, circunstancia que motivó la aparición de la primera norma encaminada a disminuir tal despilfarro, fechada en 1624 y en la que Felipe IV se dirigía a su mayordomo mayor señalando “el empeño en que hallé las rentas de mis reinos cuando entré en ellos y las grandes ocasiones de gastos que se han ofrecido después acá” como motivo principal de su medida restrictiva⁸¹⁹. Entre los muchos recortes ordenados, merece nuestra atención los que afectaron a la Real Botica, institución que había visto aumentado su personal y las retribuciones asignadas a cada uno de los escalafones jerárquicos de boticarios, situación que se solventó reduciendo ambos a lo ordenado por Felipe II en las normas fundacionales de esta institución⁸²⁰.

Parece que la reforma de 1624 no fue todo lo efectiva que se esperaba, pues se repitió nuevamente en 1630, reiterándose desde la corona la necesidad de ajustar los gastos cortesanos a los observados en el reinado de Felipe II⁸²¹. De cualquier forma, la documentación conservada sobre el funcionamiento interno de la Real Botica nos muestra como, lejos de cumplirse las medidas de 1624 y 1630, se incrementaba el gasto de esta dependencia debido, en gran medida, al aumento de beneficiarios. Así, a finales de 1630, el boticario mayor Juan Cazador informaba de la necesidad de aumentar el ordinario librado cada mes a la Real Botica, debido al aumento de los precios de las materias primas y a la incorporación de los conventos de la Encarnación, San Gil, Santa Isabel y Calatrava como nuevos beneficiarios de los servicios farmacéuticos reales. Consultado el Protomedicato, se decidió aumentar el ordinario mensual proporcionalmente al incremento de gasto observado en los años 1627 a 1629, dado que esta partida constituye “el [gasto] mas forçoso y lucido que V. Magestad tiene en Su casa”⁸²². Los oficiales de la Real Botica aprovechaban para señalar

⁸¹⁹ *Reales Órdenes que S. Mg^d dio al duque del Ynfantado Su mayordomo M^o y al conde de Benavente de la Reyna para la reforma de gastos de ambas Casas Reales* (BNE, Ms. 10734, ff. 136-141).

⁸²⁰ “En la botica se reduzca el número de los oficiales al tiempo de mi abuelo; y el salario del boticario a 400 ducados, los ayudas a 200 y los mozos a 100” (*Ibidem*, f. 139). Estas fueron reducciones que también afectaron a otros colectivos sanitarios. Así, los médicos de cámara vieron eliminadas las colaciones de los ayunos y se redujo el número de sangradores a dos.

⁸²¹ BNE, Ms. 18716/33. Esta reforma afecta en mayor medida al sector médico real, ordenándose la extinción de las plazas de médicos de la casa de Castilla, que generaban grandes gastos y no producían ningún provecho, así como la desaparición de los puestos destinados a cirujanos de hernias, roturas e indisposiciones por hernias.

⁸²² AGP, AG, leg. 429.

que sus sueldos seguían siendo los estimados por Felipe II y que sería conveniente incrementarlos, puesto que tenían dedicación exclusiva al servicio real y el trabajo había aumentado, petición que fue aceptada tras recibir el visto bueno del Bureo ⁸²³.

3.3.2.2. *Quiebra económica (1638-1647)*

Pese a la moderación de gasto ordenada en 1624 y reiterada en 1630, la Real Botica entró en quiebra técnica y económica tan sólo 7 años después, ante la falta de liquidez y la elevada deuda contraída con el principal proveedor de drogas y simples medicinales. Tal y como informaba el boticario mayor a principios de 1638, la deuda contraída superaba en 8.000 ducados los gastos ordinarios asignados a esta institución ⁸²⁴. La alarmante situación provocó una investigación del Bureo, encaminada a determinar las causas que podían llevar a cerrar esta dependencia real. Los resultados apuntaban, como no podía ser de otra forma, al aumento desmedido de beneficiarios, al incremento de las enfermedades agudas y al elevado precio de las materias primas utilizadas ⁸²⁵. Como medidas urgentes para remediar la quiebra de la Real Botica, se decidió cancelar la deuda contraída con el proveedor, a fin de no ver cortados los suministros de drogas y simples, así como la creación de una nueva figura administrativa, el superintendente de la Real Botica, escogido entre los componentes del Bureo y encargado de pagar a su debido tiempo todas las deudas contraídas ⁸²⁶. El nombramiento recayó en Francisco de Borja, miembro del Bureo. Esta nueva plaza de superintendente

⁸²³ AGP, AG, leg. 429

⁸²⁴ *Sobre los alcances de la Botica*, 20 de febrero de 1638 (*Ibidem*).

⁸²⁵ La resolución, por parte del Bureo, está fechada en 14 de agosto de 1638. Entre los datos derivados de la investigación destaca el número de beneficiarios que, en esas fechas, se proveían de medicinas en la Real Botica. Uniendo las casas del rey y de la reina a las instituciones religiosas que recibían tal merced, el número se elevaba a 6.358 personas, lo que hace de la Real Botica una de las instituciones farmacéuticas más destacadas en la Historia Moderna. “El Bureo [...] en conformidad de lo que V. Magestad tiene mandado se le de cuenta del estado en que se halla el oficio de la botica” (*Ibidem*).

⁸²⁶ “Y porque el proveedor se halla apretado por el alcance que ha hecho en quatro años hasta fin de 637 se servirá V. Magestad de mandar sea lo primero que se pague, para que pueda continuar la provisión de este oficio en el interín que no se toma otro acuerdo = Y para lo de adelante convendrá que V. Magestad mande señalar uno del Bureo que sirva de Superintendente deste oficio, con que se asegurará el buen cobro de su gasto y el dar recaudo a quien le toca, por ser este socorro el de mayor consuelo que reciben los criados de V. Magestad”.

de Farmacia venía a unirse a la de superintendente de Medicina, figura tradicional en la casa real, encargado de velar por la salud de los criados reales y la correcta atención de los médicos reales, castigando sus ausencias y buscando los sustitutos necesarios⁸²⁷. A pesar de las medidas tomadas, parece que la situación persistió, siendo el propio boticario mayor el encargado de adelantar gastos. Así, en un documento fechado en 1644, el boticario mayor Diego de Cortavila informaba que hacía 13 meses que no se cobraban los ordinarios de la Real Botica. Aunque él había pagado diversas cosas de su propia hacienda, había muchas otras absolutamente necesarias, de las que estaba desprovista la botica, no pudiendo atender a los criados en todas sus peticiones, tal y como consta en los libros del maestro de la cámara⁸²⁸. Pese a que el rey ordenaba que se librasen regularmente los ordinarios estipulados para esta institución, en febrero de 1645 el superintendente Borja informaba de que persistía el impago⁸²⁹.

3.3.2.3. Instrucción para el buen gobierno de la Real Botica (1647)

Los desórdenes observados en la administración de medicinas desde 1630, hicieron que Felipe IV encargase al Protomedicato un plan de reformas destinado a acabar con tan lamentable situación. El documento elaborado por este tribunal consta de 10 puntos encaminados a controlar la actividad de los médicos reales en cuanto a recetas y medicamentos prescritos, así como las funciones y composición del personal de la Real Botica. Los dos primeros puntos están destinados a controlar al máximo la dispensación de medicinas; en ellos se ordena a los médicos de familia que sólo receten medicinas si previamente han visitado al criado enfermo. En las recetas debía constar día, mes y año, así como oficio del criado, lugar de residencia y firma del médico. Sin todos estos requisitos, los boticarios no debían dispensar medicina alguna. Asimismo se exigía la moderación al recetar, en especial, para aquellos medicamentos de uso habitual como la zarzaparrilla, el aceite de almendras dulces, los emplastos, las conservas,

⁸²⁷ Por esas mismas fechas, la Medicina real no contaba con superintendente, debido a las desavenencias existentes entre el marqués de Malpica, último que detentó el cargo, y el conde de Castro, ambos mayordomos reales. La situación se expuso en una de las reuniones habituales del Bureo, determinándose que el marqués volviese a quedar encargado de la Medicina, dando consulta precisa cada mes, “Dase cuenta a V. Magestad de la necesidad que hay que los médicos y cirujanos de familia tengan superintendente mayordomo que les pueda obligar a la puntualidad de las curas de los criados enfermos y de otras cosas que tocan al servicio de V. Magestad” (AGP, AG, leg. 645).

⁸²⁸ *Ibidem*, leg. 429.

⁸²⁹ *Ibidem*.

el azúcar piedra o el bálsamo. Los siguientes 4 puntos organizaban el sistema de atención en la Real Botica, en especial, lo relativo a ayudas y mozos de oficio. Así, se recuerda que los ayudas de botica eran 4, que asistían de dos en dos cada semana, en un amplio horario que impedía tener desatendida la botica. Los mozos de oficio también eran 4, uno que asistía día y noche cada semana y dos que hacían turno diario, llegando a la botica antes que los ayudas. Mozos y ayudas, boticarios examinados, debían elaborar ellos mismos las medicinas sin delegar en los mozos de cocina, especialmente en todo lo relacionado con el moler y el cocer de los medicamentos compuestos por varios simples. Se reiteraba que sólo dispensarían medicinas a criados reales con receta y se recordaba su deber de tener informado al boticario mayor de lo que dispensaban y para quien lo dispensaban. Debían, además, tener cuidado con todos los enseres pertenecientes a la botica (redomas, cajas, botes, urnas, cubetas y demás instrumentos). Los puntos 7, 8 y 9 se destinaban a regular la correcta forma de elaborar los compuestos medicinales. Así, se ordenaba que las medicinas principales debían hacerse siempre en presencia del boticario mayor y de la plantilla al completo de la Real Botica. De todas las medicinas elaboradas, siempre debía apartarse una cantidad para uso exclusivo del monarca, que sería guardado por el boticario mayor en un arcón del que sólo él tuviera la llave. En caso de ausencia del jefe de la Real Botica, se elegiría al ayuda de mayor confianza para que se quedara al cargo de tan elevada misión. El último punto se dedicaba a prohibir la entrada de cualquier persona ajena a la Real Botica a la fuente que esta dependencia tenía para su uso exclusivo, a fin de evitar posibles contaminaciones y falta reiterada de materiales e instrumental farmacéutico ⁸³⁰.

Si analizamos este documento, comprobamos que no hay novedad alguna respecto a la etiqueta fundacional de la Real Botica. De hecho, todas las medidas destinadas a controlar el gasto en medicamentos tienen como principales protagonistas a los médicos de familia, verdaderos responsables del elevado número de recetas que se dispensaban en la Real Botica. De ahí que fueran ellos los destinatarios de los 5 reales decretos que ordenó el rey, a finales del año 1647, con la finalidad de lograr “el buen gobierno de la Real Botica” ⁸³¹.

⁸³⁰ *Parecer de los Prothomedicos sobre la instrucción de la Real Botica*, 3 de abril de 1647 (AGP, AG, leg. 429).

⁸³¹ La *Instrucción* elaborada por el Protomedicato en junio de 1647 fue presentada a Felipe IV por el superintendente de la real botica 6 meses después. Tal y como se lee en la minuta que acompaña al documento, el superintendente Borja se vio forzado a tomar medidas urgentes ante los desórdenes económicos que caracterizaron el devenir de esta institución sanitaria durante las décadas de 1630 y 1640. Para ello, mandó hacer un estudio de todas las

El primer real decreto exigía la moderación de los médicos de familia a la hora de recetar, en especial, los medicamentos que se administraban por vía oral, que lo eran con exceso. Se señalaban las cantidades a suministrar de cada medicamento: de “zarza-china”, entre dos y 4 onzas; en el aceite de almendras dulces, entre una y dos onzas; en los lamedores, 4 onzas; de azúcar piedra, entre dos y tres onzas; y en miel rosada, 4 onzas. En la botica no se debía dar más de esa cantidad, aunque figurase en la receta, y debía ser medida y pesada rigurosamente, escribiéndose en la receta lo que se administró.

El segundo real decreto hacía referencia a los beneficiarios de medicamentos. Los médicos de familia sólo recetarían a criados de las casas reales a los que hubieran visitado personalmente. En la receta se debía indicar la fecha completa, el nombre, oficio y domicilio del criado y sólo se darían medicinas de recetas firmadas por el médico de familia correspondiente.

El tercer real decreto no tiene mucha relación con el tema tratado, pues más bien queda enmarcado dentro de la actividad propia de los médicos de familia. Se refería a que habían llegado quejas de que estos sanitarios no acudían con prontitud a curar a sus cuarteles, tal y como estaba ordenado. Si desatendían sus obligaciones, los protomédicos deberían buscar otro sustituto de confianza, a quien pagarían el sueldo del médico incumplidor.

El cuarto real decreto estipulaba la confección de listas de criados divididos por cuarteles y a su distribución en dos médicos de familia y un cirujano por cada cuartel. Estas listas se debían entregar a los médicos y al boticario mayor⁸³².

Únicamente el quinto real decreto es de referencia exclusiva a la Real Botica. Por él se informaba al alcaide de la Casa de Campo y a los jardineros y hortelanos de la Huerta de la Priora, de que debían abastecer al boticario mayor de todos los simples medicinales que necesitare. Asimismo, en tiempo de rosas y violetas no dispondrían de ellas hasta que no estuviere abastecida la Real Botica. Debía hacerse así, tal y como ocurría en el pasado, pues era mucho el dinero gastado en

instrucciones antiguas, llegando hasta el reinado de Felipe II, momento en que se funda esta dependencia, con la finalidad de evitar los inconvenientes pasados y dar forma a una más correcta atención futura, “Don Fernando de Borja. 12 de diciembre de 1647. Envía a las Reales Manos de V.M. la instrucción que con parecer de los protomédicos ha formado para el buen gobierno de la Real Botica; para que siendo V.M. servido de aprobarla mande enviar las órdenes necesarias a los Bureos, cámara y Junta de obras y bosques por lo que a cada uno toca en conformidad de ella” (AGP, AG, leg. 429).

⁸³² Estos 4 reales decretos quedaron anotados en AGP, Reg. 515. Existen copias en AG, legs. 429 y 645.

pagar a drogueros y herbolarios. Además, el aguardiente de uso habitual en la Real Botica se debía traer de Aranjuez, tal y como se hacía con las demás aguas medicinales ⁸³³.

3.3.2.4. *Problemas con el sector médico real*

Estos reales decretos fueron rápidamente contestados por el Bureo, organismo administrativo de quien dependían los médicos de familia, principales afectados por las reformas. Tan sólo 5 días después de la aparición de los decretos, el Bureo se aprestaba a defender a sus subordinados, pues consideraba las nuevas disposiciones como una afrenta a su autoridad.

Desde el Bureo se informó de que siempre habían existido listas de criados y modelos de recetas. El problema era de la Real Botica, que no ha comunicado si faltaba algún dato en las recetas que se le entregaban. Respecto a la moderación al recetar y las dosis máximas de cada medicamento, el Bureo observaba numerosos inconvenientes; por ejemplo, la individualidad de cada dosis según el enfermo y la incomodidad de recetas únicas ante enfermedades de larga duración. Sobre la falta de asistencia de los médicos de familia, el Bureo recordaba la tardanza con que recibían sus sueldos, motivo suficiente para tratarles blandamente, puesto que nadie quería servir en tales plazas.

El Bureo estimaba que el problema fundamental estribaba en la falta de asistencia del boticario mayor a sus obligaciones y los desfalcos acaecidos en la real hacienda, que impedían suministrar los ordinarios de la Real Botica con prontitud. Como conclusión final, se pedía al rey que ordenase al boticario mayor y a sus oficiales cumplir con la puntualidad con que lo hacían sus antecesores y el Bureo se encargaría de que los médicos y cirujanos cumpliesen con las órdenes dadas ⁸³⁴.

Ante los agravios recibidos, la respuesta de Fernando de Borja, como superintendente de la real botica, no se hizo esperar. Borja recordó al Bureo que el máximo experto en la materia tratada era el Protomedicato, tribunal que había intervenido en la elaboración de los reales decretos. Consideraba que las cantidades de medicamentos estipuladas eran las apropiadas, pretendiéndose sólo corregir el exceso, no quitar lo que necesitan los enfermos. Respecto a la jurisdicción, Borja apuntaba que no era mucha la fuerza que hacía el Bureo sobre los médicos de familia, quienes no pretenden las plazas por el dinero que cobran, sino porque son una vía de acceso a la de médico de cámara, que es la que desean. Ellos ganaban suficiente con sus actividades particulares:

⁸³³ AGS, CSR, leg. 311, f. 113.

⁸³⁴ AGP, AG, leg. 429.

A los que tienen alguna opinion se la acrecienta el ser medicos de las casas reales y a los que no la tienen se la da, con que unos y otros ganan de comer con este titulo.

La jurisdicción del superintendente de Medicina no había bastado, por ello se hizo intervenir al Protomedicato, quien podía castigarlos como el superintendente y además tenía sobre ellos la autoridad de poder elegirlos para el ansiado puesto de médico de cámara. Finalmente, intervino el rey, quien seguía depositando el poder sobre los médicos de familia en el superintendente de Medicina, si bien se le exigió que actuase con mayor firmeza⁸³⁵.

La situación pareció mejorar, pues se asignaron nuevos presupuestos para la Real Botica, que se cobrarían de impuestos destinados especialmente a ella. Anualmente, contaba con un presupuesto de 60.000 reales, además de 500 arrobas de azúcar pilón, 10 de azúcar piedra y 400 de aceite libres de impuestos⁸³⁶.

3.3.3. *Jardines de simples medicinales y laboratorios de destilación, dependencias anejas a la Real Botica*⁸³⁷

La *Instrucción para el buen gobierno de la Real Botica* dictada a finales de 1647, hacía especial hincapié en la utilización de los jardines reales de la Huerta de la Priora y el Destilatorio de Aranjuez como fuentes primordiales para el abastecimiento de los simples medicinales y las aguas destiladas de uso cotidiano. Dos dependencias, Huerta y Destilatorio, que tienen sus orígenes en el reinado de Felipe II, igual que la Real Botica, y que fueron concebidos para cubrir las necesidades terapéuticas de un monarca fascinado por la terapéutica.

Uno de los aspectos más destacados de los jardines renacentistas fue su utilización como lugar destinado a la terapéutica, donde ejercían su profesión dos

⁸³⁵ AGP, AG, leg. 429.

⁸³⁶ *Ibidem*, leg. 690.

⁸³⁷ He estudiado este aspecto concreto de la terapéutica cortesana en M. REY BUENO y M^a E. ALEGRE PÉREZ: “Los *Destiladores de Su Majestad*. Destilación, espagiria y paracelsismo en la corte de Felipe II”, *Dynamis* 21 (2001), pp. 323-350; M. REY BUENO y M^a E. ALEGRE PÉREZ: “Renovación en la terapéutica real: los *Destiladores de Su Majestad*, maestros simplicistas y médicos herbolarios de Felipe II”, *Asclepio* LIII/1 (2001), pp. 27-55; M. REY BUENO: *Los Señores del Fuego. Destiladores y espagíricos en la corte de los Austrias españoles*, Madrid 2002; y M. REY BUENO y M. LÓPEZ PÉREZ: “Jardines reales y salud: el empleo de simples y quintaesencias en la terapéutica cortesana de los Austrias”, en U. DOMÍNGUEZ GARRIDO y J. MUÑOZ DOMÍNGUEZ (coords.): *Cuartas Jornadas sobre El Bosque de Béjar y las villas de recreo en el Renacimiento*, Béjar 2003, pp. 109-121.

nuevos oficios sanitarios: el simplista, encargado de la recolección, acondicionamiento y clasificación de simples medicinales, y el destilador, especialista en la extracción de quintaesencias mediante prácticas alquímicas. La corte hispana de los siglos XVI y XVII contó con numerosos jardines instalados en las principales posesiones reales. En todos ellos se destinaron áreas específicas para el cultivo de plantas medicinales y algunos contaron con laboratorios de destilación encargados de la producción de aguas y quintaesencias para el consumo del monarca y su familia. Aranjuez, Madrid y San Lorenzo de El Escorial fueron escenario, a lo largo del siglo XVI, de estas prácticas medicinales que, durante el siglo XVII, se verían centralizadas en el laboratorio de destilación de Aranjuez.

3.3.3.1. *La pasión de un rey antófilo*

En 1555, a un año de suceder a su padre al frente del mayor imperio jamás conocido, el entonces príncipe Felipe fue el destinatario elegido por Andrés Laguna para la *Epístola Nuncupatoria* de su traducción al castellano del Dioscórides, donde le ofrecía lo mejor de su experiencia en materia médica, la forma en que labró su conocimiento de hierbas y simples medicinales. En dicha epístola, el científico cuenta al heredero como subió altos montes y bajó pendientes cuestras, arriescándose por barrancos y peligrosos despeñaderos; como gastó buena parte de su caudal en hacerse traer de Grecia, de Egipto y de Berbería muchos simples raros y exquisitos; como recorrió buena parte de la geografía europea herborizando en sus montes y valles; como sacó figuras de todas las hierbas, a imitación de las vivas y naturales; finalmente, como buscó códices raros y antiquísimos, a fin de elaborar la mejor de las traducciones posibles. Todo un testamento intelectual que culmina con un consejo para el joven heredero, al que incita a ejercitarse en la disciplina herbaria y a sustentar un jardín real donde cultivar toda suerte de especies, tal como él mismo había observado en numerosas ciudades y universidades italianas⁸³⁸.

Tres años después, será un joven Giovanni Battista Della Porta quien decida dedicar su primera versión de la *Magia Naturalis* al ya rey Felipe II. Buscaba el patrocinio regio para su método experimental, basado en la imitación de la naturaleza a fin de conseguir conocimiento útil. La ciencia natural de Della Porta consistía en la búsqueda concienzuda de los secretos que permanecían ocultos al intelecto, a fin de conseguir explicaciones racionales a fenómenos insólitos, excepcionales, inusuales⁸³⁹. Simples medicinales, jardines botánicos y secretos de la naturaleza.

⁸³⁸ A. LAGUNA: *Pedacio Dioscorides Anazarbeo...*, *op. cit.*

⁸³⁹ *Magia Naturalis, sive De miraculis rerum naturalium libri IIII*, Io. Baptista Porta Neapolitano Auctore, Nápoles 1558. Dos años después, el mismo Plantino que había realizado

No sabemos hasta qué punto influyeron en el ánimo filipino las propuestas de estos súbditos, el segoviano Laguna y el napolitano Della Porta. Cualquier afirmación carece de base documental sólida, pues Felipe II nunca manifestó que semejantes consejos hubieran hecho mella en su ánimo. Pero lo cierto es que, durante las 4 décadas de reinado filipino, se hicieron realidad muchas de esas propuestas. La corte de Felipe II fue una de las primeras europeas en aceptar el empleo de aguas y aceites destilados, quintaesencias y elixires en la terapéutica cotidiana. Los medicamentos así obtenidos recibían la denominación común de aguas destiladas, por su aspecto acuoso. En su preparación se requerían importantes laboratorios, dotados de hornos, torres de destilación y todo tipo de material de vidrio.

3.3.3.2. *Aguas y simples en el jardín de Aranjuez*

Aranjuez, tradicional lugar de recreo de la corona que Felipe II reconstruyó y mimó, haciendo de este paraje uno de los más bellos de toda Castilla, fue el lugar elegido para cultivar el primer jardín de simples medicinales y el primer laboratorio de destilación real. Influenciado por las villas y jardines que había tenido oportunidad de visitar durante su viaje juvenil por Italia, Alemania y Flandes, Felipe no dudó en transformar el enclave ribereño de Aranjuez en un espacio típicamente renacentista⁸⁴⁰. Junto a plantas ornamentales y a especies

la edición de lujo del *Dioscórides* de Laguna para Felipe II, será el encargado de imprimir la edición con privilegio real que distribuirá la obra de Della Porta por toda Europa, *Magiae Naturalis, sive De miraculis rerum naturalium libri IIII*, Amberes 1560.

⁸⁴⁰ Con apenas 20 años, Felipe II realizó su primer viaje por tierras europeas, el conocido *Felicitísimo viaje*, que le llevó a visitar las ciudades de Savona, Génova, Milán, Mantua, Trento, Innsbruck, Múnich, Augsburgo, Ulm, Vaihingen, Heidelberg y Bruselas, en un itinerario pensado por el emperador Carlos V, para que su heredero fuera conocido en las tierras que había de gobernar. Esta larga expedición de placer, no exenta de un claro propósito educativo, sirvió al joven Felipe para empaparse de una cultura tan diferente a la que había conocido en su país natal pero que tan próxima había de resultarle por herencia familiar. El relato detallado de este viaje fue hecho por C. CALVETE DE LA ESTRELLA: *El felicísimo viaje...*, *op. cit.* La influencia de este viaje iniciático puede observarse en la estructura de los jardines de Aranjuez, hechos a imagen y semejanza de de los que había disfrutado y admirado en Mariemont, la residencia de recreo flamenca construida por María de Hungría, hermana de Carlos V y regente de los Países Bajos durante un cuarto de siglo, una de las más destacadas mecenas y coleccionistas del Renacimiento (K. DE JONGE: “Les jardins de Jacques Du Broeucq et Jacques Hollebecque à Binche, Mariemont et Boussu”, en C. AÑÓN FELIÚ (ed.): *Felipe II, el rey íntimo: jardín y naturaleza en el siglo XVI*, Madrid 1998, pp. 191-220, y A. JORDAN: “Mujeres mecenas de la Casa de Austria y la infanta Isabel Clara Eugenia”, en *El arte en la corte de los Archiduques Alberto de Austria e Isabel Clara Eugenia (1598-1633). Un reino imaginado*, Madrid 1999, pp. 118-137.

silvestres, el jardín regio dispuso de un recinto dedicado en exclusiva al cultivo de simples medicinales. Situado en el llamado Jardín de la Isla, contó con una casa de destilación donde se elaboraban aguas medicinales a partir de los simples cultivados ⁸⁴¹. Como encargado del jardín y del laboratorio se nombró a Frank Hollebecque, flamenco de Malinas, primero de los destiladores reales nombrados por Felipe II, con dedicación exclusiva a la corona ⁸⁴².

El destilador real era un oficio más al servicio del rey y ocupaba un puesto determinado dentro del entramado sanitario cortesano. Administrativamente dependía del gobernador de Aranjuez, mientras que en materia sanitaria estaba supeditado a las órdenes de los médicos de cámara que periódicamente hacían el encargo de aguas necesarias al boticario real, quien enviaba por escrito un memorial a Aranjuez, firmado por los médicos y boticarios reales, para que constase en los gastos ocasionados en el real sitio con motivo de la destilación de las aguas.

⁸⁴¹ Se repetía el modelo de Mariemont, cuyo *grand jardin*, poblado de parterres, flores y frutas raras, disponía de *ung fourneau pour distiler les eaumes*, esto es, las esencias extraídas de las flores del jardín (K. DE JONGE: “Les jardins de Jacques Du Broeucq...”, *op. cit.*, p. 204). Las primeras referencias documentales a una casa de destilación en Aranjuez datan de 1572, cuando el herrero Hernando Aguado fabricó “una cerradura francesa para la puerta de la casa de las aguas” y dos llaves para la misma. La localización exacta se encuentra en un documento fechado en 1582 cuando, al describirse una estancia de la reina en el real sitio, se lee “habiendo entrado por la puente del Jarama, siguió por la huerta nueva y jardines de la Ysla, y fueron por la casa de la destilación”. Las compras de materiales e instrumentos para este laboratorio están fechadas con anterioridad. Así, entre 1563 y 1565 se compraron 6 alquitaras españolas, una alquitara grande, un alambique de cobre, 6 alambiquillos de estaño y 6 cazuelas de alambre, además de unos trébedes y una red grande de hierro. Dos años después se compró una alquitara nueva de cobre. El período de máximo apogeo destilatorio arancetano se inicia en 1574; es entonces cuando se comienzan a comprar materiales en gran cantidad. Así, en 1574 fueron 4 alambiques y 60 y dos redomas; en 1575, 185 redomas de diversas capacidades y 43 alambiques; en 1577, 36 alquitaras de vidrio y 113 redomas de varias capacidades; en 1582, se fundieron las 14 alquitaras de cobre que había en el laboratorio y se volvieron a fabricar (Datos extractados de AGP, AP, Aranjuez, cajas 166/4, 182/2 y 4, 186/4, 202/3, 209/1, 221/1, 229/1, 251/1 y 264/2).

⁸⁴² El nombramiento oficial como destilador se produjo en septiembre de 1564, en una cédula real que no detalla demasiado las obligaciones del cargo y que nos presenta a Hollebecque como maestro simplicista y destilador de aguas (AGP, Reg. 2, f. 448 v.). La consolidación de este nombramiento se produciría tres años más tarde, cuando Felipe II recibió a Hollebecque como criado suyo, dedicado a “servirnos en todas las cosas dependientes de su profesión”, es decir, ejercer como destilador real encargado de la elaboración de aguas y aceites (*Ibidem*, Reg. 3, f. 48r-v).

Desde 1566 hay constancia documental de envíos regulares de aguas destiladas a la corte madrileña. Aguas de rosas, de ajonjos, de lengua de buey, de hinojo, de achicoria, de mejorana o de escorzonera, entre otras, figuraban en los pedidos regios⁸⁴³. Los envíos periódicos servían para abastecer los requerimientos de la corte madrileña y cada miembro de la familia real contaba con su propio pedido. Además, se enviaban aguas a determinados conventos y monasterios madrileños. En total, llegaron a suministrarse en torno a los 300 litros anuales, tal y como queda reflejado en el envío que se hizo el año de 1573⁸⁴⁴.

3.3.3.3. *Los jardines y destilatorios del Alcázar madrileño*

Junto a la cédula real de nombramiento de Hollebecque como destilador real se encuentra la de Luis de León, doctor simplicista, como encargado del jardín de simples medicinales establecido en el llamado Huerto de la Priora⁸⁴⁵. Esta superficie ajardinada, situada en las proximidades del Alcázar madrileño, junto a los terrenos comprados por Felipe II a su boticario Burgos, conformaron el lugar elegido por el monarca para establecer el segundo complejo de jardín botánico y laboratorio de destilación al servicio de la corona. La Huerta de la Priora se transformó, desde la instalación definitiva de la corte en Madrid, en el lugar dedicado al cultivo de diversas especies usadas en la elaboración de los

⁸⁴³ El primer pedido está fechado en 16 de julio y se repetirán en 30 de julio y en 9 y 27 de agosto (AGS, CSR, leg. 252/3, ff. 125-131).

⁸⁴⁴ *Ibidem*, leg. 248, f. 123. Toda la familia real era una gran apasionada de las aguas destiladas. El príncipe don Carlos, primogénito de Felipe II, mostraba predilección por el agua de canela, cuyo uso se popularizaría en grado extremo a lo largo del siglo XVII (*Ibidem*, leg. 252/4, f. 5). Por su parte, la princesa doña Juana, hermana del monarca, prefería las aguas rosada y de mosqueta, de las que recibía hasta tres cajones anuales con 16 redomas grandes cada uno, además de las que se llevaba cada vez que visitaba el real sitio (*Ibidem*, leg. 248, f. 123).

⁸⁴⁵ AGP, Reg. 2, ff. 448-450. En el nombramiento consta que debía residir en Madrid y, además, hacer viajes allí donde el monarca le mandase, con el objetivo de buscar simples medicinales. Para este cometido, del rey expidió una nueva cédula real, dirigida a “regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos” de todas villas y ciudades, donde se daba a conocer al nuevo doctor simplicista y se ordenaba se le facilitase su trabajo: “Luis de León, doctor simplicista, nuestro criado [ha sido] por nos mandado a buscar algunas diferencias de yerbas y plantas y traerlas o embiarlas a la villa de Madrid para ciertas cosas de mi servicio”. León debe ser el simplicista que menciona Francisco FRANCO, médico valenciano asentado en Sevilla, en su *Libro de enfermedades contagiosas y de la preservación dellas*, Sevilla 1569. Franco, catedrático de Prima en la Universidad de Sevilla, fue mandado llamar por don Francisco de Castilla, asistente de Sevilla, para ayudar en todo lo preciso a un “herbolario diligentísimo” enviado por el rey que andaba buscando hierbas para llevarlas a Aranjuez (ff. XXXVIII-XXXIX).

medicamentos dispensados al monarca y su familia. Simples medicinales autóctonos de la Península y especies exóticas procedentes del Nuevo Mundo cuyo cultivo y acondicionamiento corrió a cargo de los diversos médicos simplicistas seleccionados por el rey. Junto al ya mencionado Luis de León fueron contratados el napolitano Nardo Antonio Recchi y el valenciano Jaime Honorato Pomar. El primero, fue nombrado maestro simplicista real en 1580 con la misión de plantar y cultivar hierbas medicinales en los jardines reales, controlar lo relativo a las destilaciones de aguas y quintaesencias y “ver todo lo que truxo escripto de la Nueva España el Dr. Francisco Hernández y concertarlo y ponerlo en orden para que se siga utilidad y provecho dello”; esto es, seleccionar los remedios medicinales descritos por Francisco Hernández en su monumental *Historia natural de Nueva España*, a fin de acondicionarlos para su cultivo en los jardines reales. En este sentido, la Huerta de la Priora actuó como lugar de experimentación en lo que ha aclimatación y cultivo europeo de especies medicinales americanas se refiere⁸⁴⁶. Pomar, por su parte, fue nombrado médico herbolario real en las postrimerías del reinado filipino. La intención del anciano monarca era hacer de la Huerta de la Priora un jardín botánico en toda regla, donde sus médicos y boticarios aprendieran materia médica de la mano de este médico valenciano que, durante tres años, había desempeñado la cátedra de hierbas y otros medicamentos simples en la Facultad de Medicina de Valencia⁸⁴⁷.

⁸⁴⁶ La cédula real de nombramiento en J. M. JIMÉNEZ MUÑOZ: *Médicos y cirujanos en Quitaciones de Corte...*, op. cit., p. 75. El estudio fundamental sobre Francisco Hernández sigue siendo el realizado por el historiador mexicano G. SOMOLINOS D'ARDOIS: *Vida y obra de Francisco Hernández*, México 1960. En los últimos años resulta especialmente interesante el trabajo de J. M^a LÓPEZ PIÑERO y J. PARDO TOMÁS: *Nuevos materiales y noticias sobre la “Historia de las plantas de Nueva España”*, Valencia 1994, y la recopilación de estudios realizados por S. VAREY, R. CHABRÁN y D. B. WEINER (eds.): *Searching for the Secrets of Nature. The Life and Works of Dr. Francisco Hernández*, Stanford 2000. Durante dos años, Recchi trabajó en los manuscritos de Hernández y elaboró una selección de remedios medicinales que entregó manuscrita a Felipe II bajo el título de *De Materia Medica Nouae Hispaniae, Libri Quatuor*, manuscrito que nunca fue editado. Más información al respecto en R. ÁLVAREZ PELÁEZ y F. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *De Materia Medica Novae Hispaniae Libri Quatuor. Cuatro libros sobre la materia médica de Nueva España. El Manuscrito de Recchi*, Aranjuez 1998, 2 vols.

⁸⁴⁷ J. M^a LÓPEZ PIÑERO: *El código Pomar (ca. 1590), el interés de Felipe II por la Historia Natural y la expedición Hernández a América*, Valencia 1991. Son pocas las noticias que tenemos de la actividad de Pomar en Madrid. Inicialmente se decidió que se estableciera en la Real Casa de Campo, donde también residía Gregorio de los Ríos, capellán del lugar y autor del primer libro dedicado en exclusiva a las plantas ornamentales cultivadas en los jardines, la *Agricultura de jardines*, Madrid 1592. Pero Pomar no consideró oportuna esta ubicación, pues no se reunían en ella las condiciones necesarias para las diversas especies medicinales que había

El laboratorio anejo a la Huerta de la Priora quedó establecido en 1579, en la llamada casa del Jardín, que no era otra que la vivienda del boticario Burgos comprada por el monarca. Como destilador se nombró al napolitano Giovanni Vincenzo Forte, que entró al servicio real con el encargo de “destilar aguas y aceites y hacer las demás cosas anexas y concernientes a su oficio que se le mandasen para provisión de nuestra botica”⁸⁴⁸.

3.3.3.4. La “mansión de las aguas” escurialense

Con los años, Forte sería el encargado de diseñar el tercer laboratorio filipino, la majestuosa “mansión de las aguas” ubicada en el monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial⁸⁴⁹. Las obras de construcción del tercer laboratorio filipino dieron comienzo en 1585 y finalizaron un año después. Se trata, según aparece descrito en los documentos conservados, de un edificio erigido en torno a un patio rectangular, anejo a la botica pero independiente de ella y del monasterio. Distribuido en dos plantas y un sótano, la planta baja estaba dividida en 5 oficinas: dos para destilaciones, una para prensas y morteros, otra para hornos y

de cultivar. De ahí que, finalmente, se decidiese emplear en la Huerta de la Priora, dadas sus buenas características para el cultivo de especies medicinales, amén de la cercanía que suponía al Alcázar Real, para facilitar la visita continua de médicos y boticarios reales, necesitados de un conocimiento más preciso en esta materia.

⁸⁴⁸ AGP, Reg. 5, ff. 256v y 260r-v.

⁸⁴⁹ Utilizo la denominación de Jehan Lhermite en su *Le passetemps*. Lhermite, ayuda de cámara de Felipe II en su última década de vida, se encontraba entre los servidores más inmediatos del monarca. Su descripción del laboratorio escurialense, junto a la que nos dejó el médico murciano Juan Alonso de Almela en su *Descripción de la octava maravilla del mundo que es la excelente y santa casa de San Lorenzo el Real* [1594] –conservada en BNE, Ms. 1724–, son las únicas referencias que tenemos sobre la estructura de este impresionante laboratorio renacentista. Ambas permanecieron inéditas durante siglos, de ahí el desconocimiento que la historiografía ha tenido de este aspecto concreto de la terapéutica cortesana filipina. *Le passetemps* fue publicado parcialmente por C. Ruelens, E. Ouverleaux y J. Petit en 1890–1896, edición que ha sido recientemente traducida al español por J. L. Checa Cremades: *El pasatiempos de Jehan Lhermite. Memorias de un gentilhomme flamenco en la corte de Felipe II y Felipe III*, Madrid 2005. La *Descripción* de Almela, por su parte, fue publicada parcialmente por G. de Andrés en el volumen VI de la colección de *Documentos para la historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid 1962. Más información en M. REY BUENO: “La Mayson pour distiller des eaues at El Escorial: Alchemy and Medicine at the Court of Philip II, 1556–1598” en T. HUGUET-TERMES, J. ARRIZABALAGA y H. J. COOK (eds.): *Health and Medicine in Hapsburg Spain. Agents, Practices, Representations*, Londres 2009, pp. 26–39.

la última para quintaesencias. La planta superior, por su parte, constaba de dos amplios aposentos: uno con un gran horno y otro con el célebre destilatorio de Mattioli, la torre filosofal que se ha transformado en el emblema de la destilación filipina. La supervisión de las obras, así como el diseño de los diferentes aparatos destilatorios, fue llevada conjuntamente por Giovanni Vincenzo Forte y fray Francisco de Bonilla, el fraile boticario del monasterio encargado de controlar todo lo que se hacía en una estancia que, aunque independiente, estaba bajo la autoridad de la botica monástica⁸⁵⁰.

El laboratorio escurialense se especializó en la elaboración de aceites esenciales, quintaesencias y el más buscado de los medicamentos químicos, el mítico oro potable. Frente a los destilatorios arancetano y madrileño, el laboratorio escurialense se nos presenta como un gran centro de experimentación, con torres filosofales y complejos hornos capaces de producir ingentes cantidades de aguas en una sola jornada. Fue en ellos donde trabajó el filósofo irlandés Richard Stanyhurst, famoso entre las tropas españolas de Flandes por sus elixires y quintaesencias⁸⁵¹. Su testimonio personal, único entre todos los simplicistas y destiladores que trabajaron para Felipe II, nos permite conocer la verdadera dimensión que para el monarca tenían estas actividades experimentales: se trata de secretos de estado, que no debían ser divulgados ni conocidos más allá de los colaboradores cercanos a la corona⁸⁵².

3.3.3.5. *El oficio de destilador mayor de su Majestad*

El modelo establecido por Felipe II en lo relativo a jardines de simples medicinales y laboratorios de destilación se vería modificado en el reinado de su hijo,

⁸⁵⁰ Según las fuentes consultadas, fray Francisco fue el verdadero impulsor de la “mansión de las aguas”, así como el ideólogo de su estructura y diseño. Boticario examinado antes de profesar como jerónimo, Bonilla sentía una afición desmedida por el arte destilatoria, tal como aparece reflejado en el *Libro y Memorial de los religiosos hijos profesos de este monasterio de San Lorenzo el Real*, manuscrito conservado en BPRM: “Era tan cuidadoso en su oficio, que parecía a algunos inoportuno y molesto, sólo el Rey no se cansaba, antes gustaba de su cuidado”.

⁸⁵¹ J. RODRÍGUEZ GUERRERO y P. ROJAS GARCÍA: “La *Chymica* de Richard Stanyhurst en la corte de Felipe II”, *Azogue* 4 (2001), URL: <http://www.revistaazogue.com>.

⁸⁵² Se trata de una carta que Stanyhurst escribe a su amigo sir Francis Englefield comentándole sus actividades en la corte del anciano Felipe II. La carta original se conserva en el archivo de St Alban’s College de Valladolid. Una copia en A. J. LOOME: “Richard Stanyhurst in Spain: two unknown letters of August 1593”, *Huntington Library Quarterly* 28/2 (1965), pp. 145–155.

Felipe III, con la intención de conseguir una forma más efectiva de trabajo. Así, en 1601 se modificó la estructura de los destiladores reales y se creó un nuevo oficio, el de destilador mayor. El primer nombramiento recayó en Valerio Forte, hijo de Giovanni Vincenzo Forte, que sería el encargado de elaborar las aguas destiladas en Aranjuez y trasladarlas a las dependencias específicas de este oficio ubicadas en la Real Botica ⁸⁵³.

El estrenado oficio de destilador mayor iba a depender, como tantos otros sanitarios, de dos competencias cortesanas: una administrativa y otra profesional. La primera recayó en el gobernador de Aranjuez, autoridad máxima del real sitio elegido para instalar el centro destilatorio de la corona. Era el encargado de que el laboratorio estuviese perfectamente abastecido de las materias primas necesarias para elaborar las aguas destiladas medicinales, así como la leña imprescindible para mantener en funcionamiento los hornos. Todas las partidas de dinero llevaban su autorización. La competencia profesional, por su parte, estaba formada por los médicos de cámara y el boticario mayor. Los médicos eran los encargados de elaborar los listados de aguas medicinales necesarias para la corte, mientras que el boticario mayor controlaba que nunca faltasen en el servicio de la Real Botica.

El cargo de destilador mayor, al igual que todos los boticarios reales, tenía dedicación exclusiva a la corona, situación que no se observó, en ningún momento, para la clase médica cortesana. Tenía prohibido vender nada de lo elaborado para la real casa, así como elaborar aguas por cuenta propia. Su residencia quedó establecida en que sería allí donde residiese la corte, cuando sus superiores lo considerasen necesario ⁸⁵⁴.

Las aguas destiladas por Valerio Forte diferían poco de las elaboradas en Aranjuez desde sus inicios ⁸⁵⁵; la única novedad radicaba en la preparación de

⁸⁵³ En octubre de 1601, Giovanni Vincenzo Forte solicitó licencia para regresar a su Nápoles natal a la vez que pedía, como merced a los muchos años que había servido, que su hijo heredase su plaza de destilador real, a lo que Felipe III accedió “por la buena relación que se me ha hecho de la suficiencia y habilidad de Valerio Forte su hijo que también es destilador de aguas y aceites y otras cosas le he mandado recibir en mi servicio como por la presente le recibo en el lugar del dicho su padre para que haga las cosas anejas y concernientes a su oficio que se le mandaren para provisión de mi botica” (AGS, EMR, leg. 40, f. 877).

⁸⁵⁴ En realidad, las nuevas normas del oficio de destilador mayor no diferían apenas de las expuestas por Felipe II para los distintos destiladores que trabajaron a su servicio. La novedad radicaba en la unificación de todos los destilatorios reales y su centralización en Aranjuez (AGP, Reg. 10, ff. 319v-320r).

⁸⁵⁵ Tal y como puede leerse en un documento de la época: “El año de 1620 se destilaron además de lo acostumbrado veinte arrobas de agua de escorzonera, veinte de borraraxas, veinte

las llamadas aguas cordiales y las aguas para dientes y heridas⁸⁵⁶. Todas ellas se guardaban en un aposento especial, igual que ocurría con otros productos que, procedentes del real sitio, se empleaban en el servicio real, por ejemplo, el trigo, la cebada o las frutas. Estos aposentos estaban cerrados por tres llaves, para evitar la falta de productos que eran para consumo exclusivo de los miembros de la familia real. En el caso especial de la destilación, las llaves estaban en poder del gobernador, el contralor de Aranjuez y el destilador mayor, los tres personajes que debían estar presentes cuando hubiese que sacar aguas para su traslado a Madrid. Cada vez que el boticario mayor necesitaba provisión para la Real Botica, se enviaban acémilas procedentes de la caballeriza real hasta Aranjuez⁸⁵⁷. Una vez llegados a Madrid, se almacenaban en una habitación especialmente diseñada para ello, dentro de la casa del Tesoro⁸⁵⁸.

de lengua de buey, veinte de chicorias, diez y seis de agua rosada, diez y seis arrobas de llantén, diez de cerezas, diez y seis de rosas y llantén y veinte arrobas de las cuatro aguas cordiales; todo lo cual se reguló necesitarse para surtido de la Botica del Rey” (J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, Madrid 1804, p. 224).

⁸⁵⁶ El adjetivo “cordial” se refería a cualquier medicamento que se usaba para fortalecer el corazón y elevar el ánimo. Desde lejanos tiempos se estimaba que las flores cordiales eran 4, las de borraja, buglosa, violeta y rosa roja, que se mezclaban en partes iguales y se empleaban como sudoríficas. Entre las aguas de heridas cabe destacar la que se elaboraba por destilación de la miel en cucúrbita de vidrio. El primer agua se tiraba y era la segunda la que tenía utilidad. En un primer momento tenía color dorado y se empleaba para aclarar el color de los cabellos y curar diversas heridas y quemaduras, evitando que quedase cicatriz alguna. Este color se transformaba finalmente en rojo y entonces se usaba para curar úlceras. En cuanto a las aguas de dientes se empleaban para blanquear la dentadura, frotándola con el agua destilada de sal de amoníaco, sal gema y alumbre zucarino.

⁸⁵⁷ AGS, CSR, leg. 302, ff. 392-396.

⁸⁵⁸ La destilación de aguas en Aranjuez se realizaba en los meses de primavera y otoño, empleándose el verano para acondicionar las aguas destiladas. Durante los primeros años del siglo XVII se siguió manteniendo en funcionamiento el destilatorio que Felipe II había cedido a Giovanni Vincenzo Forte en la casa del boticario Burgos, tal y como se desprende de un memorial que Valerio Forte envió al monarca, donde solicitaba que no se vendiera esa casa, por las incomodidades que supondría, “Valerio Forte destilador de las aguas de V. Magestad dice que a su padre ya se le dio treinta y cuatro años ha por posada y para tener todos los instrumentos necesarios de la destilación tocantes a su oficio, una casa que V. Magestad tiene detrás del Juego de la Pelota, por estar cerca de la botica y ser a propósito para sus hornos, alambiques y botica de la dicha destilación que está a su cargo. Y agora ha llegado a su noticia que la Junta de obras y bosques quiere venderla, en que se le sigue gran descomodidad y gasto a la hacienda de V. Magestad pues todas las comodidades que hoy tiene se han de hacer

3.3.3.6. La destilación real durante el reinado de Felipe IV

Valerio Forte, que se inició en el servicio real durante el reinado de Felipe II, fue el único destilador mayor de Felipe III e, incluso, llegó a servir como destilador mayor en los primeros años del reinado de Felipe IV. Como ya había hecho anteriormente su padre, Valerio enseñó el oficio de la destilación a dos de sus 6 hijos, con la intención de ver perpetuarse la tradición familiar en el servicio a la corona. Intención que vio favorecida cuando Vicente Forte recibió el nombramiento de destilador mayor, como premio a los servicios prestados por su padre y su abuelo a tres generaciones sucesivas de monarcas españoles⁸⁵⁹. El nombramiento tenía las mismas condiciones que las de su padre: residencia en Aranjuez; dos ayudas a cuenta del rey, uno en Madrid y otro en Aranjuez; sujeción a las órdenes del gobernador del real sitio y de los médicos de cámara, así como dedicación absoluta a la corona, con expresa prohibición de vender nada de lo destilado ni destilar por cuenta propia⁸⁶⁰.

Durante los primeros años de ejercicio de Vicente Forte se iniciaron las gestiones para trasladar de ubicación el destilatorio, con la intención de continuar

en otra a costa de V. Magestad a quien suplica humildemente se sirva de mandar esta casa no se venda pues dello se siguen mil inconvenientes que en ello recibirá bien y merced y V. Magestad será bien servido” (AGS, CSR, leg. 302, f. 415). La insistencia de Valerio para mantener la casa de destilación parece indicar que el destilador mayor residía gran parte del año en Madrid, siendo el ayuda de Aranjuez quien realizaba las labores de acondicionamiento. La sala que se estableció en las proximidades de la Real Botica, dentro de la casa del Tesoro, sería, pues, un almacén, sin tener mayor función destilatoria. Situación que se modificará en los años siguientes, cuando el destilador mayor residiera de forma permanente en Aranjuez y los terrenos de la casa de destilación madrileña dejen paso a labores de ampliación en el entorno del Alcázar madrileño.

⁸⁵⁹ En sus últimos años de vida, Valerio Forte vio recompensada su larga trayectoria como criado real con numerosas mercedes para su familia: la plaza de destilador para uno de sus hijos (AGS, CSR, leg. 332, f. 320), una renta eclesiástica para otro (*Ibidem*, leg. 307, f. 345, y leg. 336, f. 362), el oficio de casero de Aranjuez para el marido de una de sus hijas (*Ibidem*, leg. 308, f. 415) y el de conserje de las casas reales de Aranjuez o casero de Aceca para otro de sus futuros yernos (*Ibidem*, leg. 335, f. 327). Tras su fallecimiento, fue su viuda quien gozó de las mercedes propias de ser esposa de un criado real con tan larga trayectoria, al serle concedida una pensión de viudedad (*Ibidem*, leg. 308, f. 450).

⁸⁶⁰ Su sueldo era de 135.000 maravedíes anuales, amén de 50 fanegas de trigo y 50 de cebada (AGP, Reg. 13, f. 129). Como merced adicional, recibió un vestido anual por valor de 80 ducados, que le sería entregado por el mercader real, por mandato del guardarropa del rey (AGP, Personal, caja 373/7).

las obras en el palacio de Aranjuez. La principal campaña constructiva se realizó a partir de 1634-1636, ordenándose el traslado de la casa de la destilación, la serrería y la armería, para continuar las obras en los cuartos destinados a la reina, pero las obras no llegaron a finalizar⁸⁶¹. También se iniciaron las gestiones para construir una nueva vivienda para los destiladores, junto a la sierra del agua, pero tampoco se llegó a terminar por falta de presupuesto⁸⁶².

La documentación conservada nos habla de un laboratorio formado por 5 aparatos de destilación o torres, una grande, una mediana y tres pequeñas, aunque el paso del tiempo hizo que sólo funcionaran, de forma constante, tres de ellas. La razón fundamental de este deterioro progresivo del laboratorio arancetano hay que buscarla en el cambio de las normas de abastecimiento, fechado en 1633, que dejaba en manos del destilador mayor la conservación y reposición de los vidrios empleados. Pese a los elevados gastos que suponía la provisión de vidrio y las numerosas quejas del destilador, no se cambió la decisión regia, situación que condujo al declive del destilatorio de Aranjuez⁸⁶³.

Llegamos así a la primavera de 1650, cuando fue el propio Felipe IV quien, tras una de sus habituales estancias en el real sitio, percibió

[la] gran falta [que] estaba la destilación de aquel sitio de recaudo e instrumentos para poderse destilar a sus tiempos debidos las aguas de olor para servicio de S.M. y los medicinales para provisión de Su Real Botica⁸⁶⁴.

Situación que se extendía también a los jardines reales, tal y como podemos leer en un testimonio contemporáneo, el del médico aragonés Bernardo de Cienfuegos⁸⁶⁵. Quizás ésta sea la razón por la que aguas y simples medicinales se compraban a diversos proveedores madrileños, tal y como aparece reseñado

⁸⁶¹ J. M. MORÁN TURINA y F. CHECA CREMADES: *Las casas del rey...*, *op. cit.*, p. 136.

⁸⁶² AGS, CSR, leg. 312, f. 113 bis.

⁸⁶³ AGP, Reg. 14, ff. 188-189.

⁸⁶⁴ AGS, CSR, leg. 311, f. 444.

⁸⁶⁵ Se trata de un comentario extractado de su monumental *Historia de las plantas*, Madrid 1626-1631, conservada manuscrita en la BNE. En concreto, una referencia al destilador real Frank Hollebecque “que tenía cuidado con los simples que el Rey Don Filipe Segundo criaba en Aranjuez [...]. Este cuidado se perdió ya en España y en Aranjuez, adonde aún borrajas o malvas no se hallan, cuanto más simples de curiosidad. El tiempo lo causa que quiere más fiestas, comidas y banquetes en sus guardas que ostentación de la grandeza real en sus jardines y plantas exquisitas, traídas de las remotas provincias que sus dueños han conquistado” (BNE, Ms. 3358, ff. 300-301).

en el quinto real decreto para el gobierno de la Real Botica. La impresionante estructura creada en el reinado de Felipe II, capaz de abastecer a toda la corte y los numerosos conventos y monasterios madrileños que gozaban de la merced real, había ido cayendo en el deterioro y el abandono.

La nueva ordenanza real establecía recuperar el servicio constante de aguas y aguardientes desde el destilatorio de Aranjuez, de ahí que el monarca ordenase proveer todo lo necesario al destilador mayor para el correcto ejercicio de su arte. Orden que no tuvo los efectos deseados pues, según se puede leer en un documento enviado desde el real sitio,

algunas de las raíces, por no haberse dado recaudo a tiempo ni haber bastantes destilatorios, se han destilado por infusión, no siendo conforme a arte ni pudiendo las aguas hacer todo el efecto para que se aplican ⁸⁶⁶.

Tal situación provocó como respuesta inmediata que se enviase orden al gobernador de Aranjuez para que se proveyese al destilador con las flores, raíces, hierbas y demás simples medicinales necesarios para elaborar las aguas habituales, además de mandar poner las arandelas, tuercas y tornillos que faltaban en los destilatorios, proveer de los vasos de vidrio necesarios, fabricar una alquitara grande, construir dos nuevos destilatorios y abrir un nuevo pozo, puesto que el antiguo se cegó al derribar algunas construcciones próximas al laboratorio de destilación ⁸⁶⁷.

Pese a lo perentorio de la orden real, todas las actuaciones se vieron retrasadas por la burocracia palaciega ⁸⁶⁸. Según un memorial enviado a la corte por el gobernador de Aranjuez, se habían reparado algunos de los hornos y destilatorios, dejando de fabricarse las dos calderas tan necesarias para destilar las cantidades apropiadas de agua por falta de presupuesto económico ⁸⁶⁹. Aunque se

⁸⁶⁶ AGS, CSR, leg. 311, f. 444.

⁸⁶⁷ *Ibidem*.

⁸⁶⁸ Así aparece en un memorial real donde podemos leer que “por repetidas órdenes tengo mandado se escriba por esa Junta [de obras y bosques] al gobernador de Aranjuez asista con todo lo necesario a la destilación de aquel sitio y respecto de haberseme dado cuenta que el destilador escribía ahora que los más días faltaba la leña para los destilatorios, que los criados que asisten a ellos no quieren trabajar ni los herbolarios llevar las yerbas y raíces que se les pedían por no pagárseles, que en mi botica hacía gran falta las aguas y que el gasto crecía cada día en ella por comenzar a picar las enfermedades y siendo tanta razón que a mis criados no les falten las medicinas necesarias en sus enfermedades, se volverá a escribir al gobernador asista a esto precisamente de suerte que no se haga falta en cosa que sería de tanto sentimiento y desconsuelo de mis criados” (*Ibidem*, leg. 312, f. 107).

⁸⁶⁹ *Ibidem*, f. 89.

enviaron 4 cargas de aguas con destino a la Real Botica y se aseveró que todo quedaba en orden ⁸⁷⁰, se trataba tan sólo de un espejismo pues, apenas un año después, el boticario mayor informaba que:

no se le acude de ese sitio con las aguas necesarias para ella y que procede según se le avisa de que la provisión de la destilación va tan a la larga que es fuerza haya muchas faltas y no poderse cumplir con lo necesario por falta de hornos y otras cosas [...] y que pues conviene tanto dar toda asistencia a la destilación, particularmente ahora en la primavera, se executen las órdenes que se han dado en virtud de las resoluciones de Su Majestad por lo que interesa su salud y gusto de lo que se envía a su Real Botica de la destilación de ese sitio ⁸⁷¹.

Nuevamente se tramitaron las órdenes necesarias para proveer de géneros y materiales al laboratorio de Aranjuez, así como para fabricar los dos nuevos destilatorios ⁸⁷². De cualquier forma, la destilación arancetana había iniciado un declive del que no iba a salir en todo el reinado.

3.3.3.7. *La destilación del Buen Retiro*

Durante el reinado de Felipe IV iba a surgir un nuevo destilatorio real, ubicado en el recién construido palacio del Buen Retiro. El nuevo cargo de destilador fue ocupado por Sebastián Rugero, cuyas aguas alcanzaron gran fama en la villa y corte madrileña. Rugero había entrado al servicio real en 1622 bajo las órdenes de Valerio Forte, ocupando la plaza de ayuda de destilador en Aranjuez. Sus grandes conocimientos y valía demostrada le ayudaron a incrementar su predicamento en el entorno real, hasta el punto de duplicar su sueldo en tan sólo tres años ⁸⁷³.

⁸⁷⁰ AGS, CSR, leg. 312, f. 113.

⁸⁷¹ *Ibidem*, f. 251.

⁸⁷² “Se volverá a ordenar al gobernador que sin ninguna excusa ni dilación provea con efecto de todos los instrumentos y demás cosas de que necesitare aquella destilación, añadiendo dos destilatorios más por haberse informado no son bastantes los tres que andan y que esto lo execute precisamente y se dé cuenta de lo que en su cumplimiento se hubiere hecho”. Desde la hacienda real se destinaron 50 ducados para vidrios, 600 reales para abastecimiento de hierbas a lo largo de todo el año 1652 y 2.000 reales para el cobre con el que se iban a hacer las nuevas calderas (*Ibidem*, ff. 249-250).

⁸⁷³ “Sabe tanto de la destilación (sino es más) como Valerio Forte su jefe; y que el señalar tan corto salario al ayuda fue porque se recibía una persona que fuese aprendiendo, y así a su antecesor al paso que iba adelantándose en la suficiencia se le fue creciendo el salario hasta seis reales al día” (*Ibidem*, leg. 306, f. 381).

A través de la documentación conservada, Rugero se nos presenta como un profesional ambicioso que pretendía desbancar a Valerio Forte y hacerse en exclusiva con la atención regia ⁸⁷⁴. Incluso solicitó a la Junta de obras y bosques permiso para ausentarse los meses de verano de Aranjuez y no dudó en pedir autorización para vender por su cuenta aguas destiladas y quintaesencias, algo que entraaba en contradicción con las condiciones que todo destilador juraba al acceder al servicio real. Sólo la intervención de Valerio Forte, que no veía con buenos ojos el progreso desmedido de su ayuda, impidió la concesión de tales mercedes ⁸⁷⁵. Fue por ello que Rugero, al ver fracasar sus expectativas, solicitó la jubilación anticipada del servicio real, la cual le fue concedida en 1633 ⁸⁷⁶.

A pesar de ello, le encontramos apenas dos años después ostentando el título de destilador del Buen Retiro, un cargo del que casi no se tienen noticias y que sólo ostentó Rugero ⁸⁷⁷. Parece que Rugero consiguió, finalmente, el ansiado destino madrileño, además de librarse del dominio de los Forte. La creación de este nuevo destilatorio real obedece más bien a la presencia de dos grandes destiladores y dos formas diferentes de entender el arte. Valerio era el símbolo de la tradición destilatoria real, heredero de los primeros destiladores al servicio de Felipe II; Rugero personificaba las nuevas tendencias, más encaminadas a la elaboración de aguas que combinan su condición medicinal con su carácter comercial.

Desde comienzos del siglo XVII, se observa una preponderancia de lo que se denomina destilación comercial frente a la medicinal. La destilación comercial estaba orientada a la elaboración de bebidas refrescantes y alcohólicas, un sector que

⁸⁷⁴ Así, cuando se jubiló Salvatore Bruno, ayuda de destilador en Madrid, Rugero solicitó el traslado a la corte, aludiendo que no le sentaban bien los aires de Aranjuez. Incluso pretendió conseguir licencia para vender a través de terceras personas aceites y quintaesencias, pasa así pagar a un oficial que le sustituyera dos o tres días en semana (AGS, CSR, leg. 334, f. 275).

⁸⁷⁵ La solicitud de licencia en los meses de verano resultaba, a todas luces, inconcebible pues, tal y como afirma Valerio Forte en un memorial escrito con tal motivo, “no conviene, por ser más necesario estar y asistir allí estos tres meses más que otros ningunos, por causa de estar las aguas recién destiladas y sacadas y tener necesidad entonces de colarse, curarse y beneficiarse, por que no se corrompan por causa de los grandes y excesivos calores. Lo contrario es hacer gran falta en el servicio de V. Magd. y no la ha hecho ninguno de sus antecesores y V. Mgd. le podrá hacer otra merced fuera de vender ni ausentarse, que ni uno ni otro conviene al Real Servicio” (*Ibidem*, f. 273).

⁸⁷⁶ AGP, Reg. 13, ff. 123v-124r.

⁸⁷⁷ Los únicos datos al respecto son los gastos de vidrio ocasionados, y que corrían por cuenta del destilador (AGS, CSR, leg. 339, f. 124), y los gastos de leña, 12 carros en 1634 y 36 en 1636 (*Ibidem*, leg. 309, ff. 161-162).

alcanzaría gran desarrollo en la villa y corte en los años centrales del siglo XVII. Las primeras noticias sobre preparadores de aguas refrescantes destiladas están fechadas en la primera década del siglo, cuando Juan Baillaque solicita autorización para vender agua de canela⁸⁷⁸. A partir de entonces, se sucedieron las peticiones de distintos destiladores que ofrecen sus preparados y solicitan puestos en la villa⁸⁷⁹.

Durante el segundo tercio del siglo XVII aparecen los primeros destiladores convenientemente formados y examinados⁸⁸⁰. Pese al carácter claramente refrescante de las aguas destiladas vendidas en el Madrid barroco, no se podía olvidar su origen medicinal, característica aprovechada por sus fabricantes como reclamo publicitario y para conseguir que las autoridades sanitarias las mirasen con buenos ojos. Esa fue la premisa empleada por Sebastián Rugero para obtener, en 1635, licencia de la sala de alcaldes de casa y corte para vender unas famosas aguas destiladas de su invención, denominadas “Rubi”, que curaban el garrotillo, y “Mistela”, remedio para las ventosidades y males de estómago, además de “las aguas de flor de canela y otras de mistelas que son buenas para las ventosidades y flemas”⁸⁸¹.

⁸⁷⁸ “Juan Baillaque, residente en esta corte, dice que habiendo considerado las diferentes bebidas que se venden de aloja, cerveza y agua cruda por las calles y para que la gente que trabaja no hay bebida más saludable que el agua de canela, la cual se ofrece vender o hacerla vender con licencia de V. Alteza por las calles públicas en la misma forma y al mismo precio que se vende la cruda, que no cuesta más a los que la venden que ir a coger a la fuente y algunos la venderán del pozo. Sólo quería que V. Alteza fuese servido de mandar que por un par de años ninguna otra persona la pudiese vender sino él, que cosa que se suele hacer con todas las personas que dan trazas concernientes al bien de la República y en ello recibirá bien y merced”, cfr. M. SANTAMARÍA ARNAIZ: *La alimentación de los españoles bajo el reinado de los Austrias*, Universidad Complutense de Madrid 1986, vol. I (2), p. 763 (tesis doctoral).

⁸⁷⁹ Así, tenemos la petición de Baltasar de Biassol, antiguo soldado, aventurero viejo que había recorrido mundo sirviendo al rey durante 16 años, según declaración propia, y que solicitaba licencia para instalar 4 puestos de venta de agua de canela, de escorzonera y de anís preparada (AHN, sala de alcaldes de casa y corte, libro de gobierno de 1630, f. 101).

⁸⁸⁰ Así lo indica la petición de Ana de la Cruz, que solicitaba autorización para vender aguas realizadas por un destilador examinado de este oficio por el Protomedicato, de nombre Jerónimo Mazón (*Ibidem*, libro de gobierno de 1635, f. 391). No existe constancia documental de la existencia de destiladores entre los oficios sanitarios que pertenecían a la jurisdicción del Protomedicato, lo que induce a creer que estos “destiladores examinados” eran boticarios, colectivo al que iban dirigidas las diversas ordenanzas promulgadas por el Protomedicato en materia destilatoria.

⁸⁸¹ Rugero obtuvo licencia para instalar puestos en diversos puntos de Madrid, así como permiso para que “dos criados suyos, cuales se nombrasen, puedan andar por los portales de la calle Mayor y Puerta de Guadalajara y los portales de la Plaza y manzanas de Santa Cruz, vendiendo las aguas contenidas en la petición de esta otra parte” (*Ibidem*, f. 469).

3.3.4. *La botica de Aranjuez*

Junto a las aguas destiladas refrescantes, en el Madrid del siglo XVII se generalizó del uso del aguardiente, también obtenido por destilación y que, durante siglos, había sido utilizado exclusivamente en las boticas. Su consideración como bebida popular no impidió que las autoridades sanitarias siguieran interesándose en su correcta preparación. De hecho, fue su popularización la que dio origen a un auto del Protomedicato, encaminado a legislar la forma correcta de destilarlo y rectificarlo. Su promotor, el protomédico Andrés Zamudio de Alfaro, distinguía dos categorías diferentes de aguardiente: el bueno, destilado de buen vino, sin punta ni resabio de vinagre, que era el prescrito por los médicos; y el dañino y peligroso, procedente de las heces, que sólo debía ser empleado en uso externo.

Ante el uso habitual de aguardiente como bebida diaria, Alfaro no dudó en establecer las condiciones precisas para destilarlo correctamente a través de un auto fechado en 3 de junio de 1599, según el cual:

ninguna persona sea osada de hacer aguardiente ni vendello sino fuere haciéndolo de buen vino sin mezcla de heces ni de otra cosa alguna y que se destile por el baño llamado “marie”, so pena de dos años de destierro de la corte y cinco leguas y diez mil maravedís para pobres y gastos ⁸⁸².

De esta forma, el negocio de destilar aguardientes pasó entonces a manos de expertos boticarios capaces de cumplir la norma, al poseer el instrumental necesario. El primero que obtuvo licencia para destilar según la nueva normativa fue el boticario de Valdemoro Francisco de Coca que, en 1612, ya tenía 6 puestos de venta en los lugares más estratégicos de Madrid ⁸⁸³. Los ingresos obtenidos con

⁸⁸² AHN, Consejos, lib. 1198, f. 285. Alfaro no consideraba oportuno el consumo habitual de aguardiente, una costumbre que se había hecho popular en el Madrid de la época, y que consistía en el desayuno a base de aguardiente y *letuario*, mermelada hecha de miel y cáscaras de naranja. Tanta fama había alcanzado este desayuno que la sala de alcaldes de casa y corte autorizó el establecimiento de distintos puestos en la villa, donde se vendían tales colaciones. Según su parecer, la bebida de aguardiente “no sólo no es necesaria para la salud, pero es muy dañosa para ella, porque en algún caso que se pudiera dar hay otras muchas cosas que se pueden dar con mayor seguridad, de más que no la usan sino mozos recios y sanos, y tomándole ordinariamente tras una cáscara de naranja con miel, que la cáscara de naranja es caliente y el aguardiente caliente y con la ocasión de venderse públicamente en las plazas y calles y por dos maravedís hallen almuerzo y bebida, mucha gente que si no tuviesen la ocasión en la mano no quebrantarían los ayunos como los quebrantan en este tiempo con achaque que hace frío”.

⁸⁸³ M. SANTAMARÍA ARNAIZ: *La alimentación de los españoles...*, op. cit., vol. I (1), pp. 129-150.

tales ventas, amén de su fama como experto boticario y destilador, le valieron para conseguir el puesto de primer boticario establecido en Aranjuez, cuando en 1615 el monarca Felipe III decidió instalar una botica en el real sitio, para dispensar medicamentos a los criados reales que allí residían. Se seguía, de esta forma, la tradición real de abastecer de medicinas a todos los criados que trabajaban para la corona⁸⁸⁴.

3.3.4.1. *Primeras peticiones de un servicio farmacéutico (1593-1609)*

El heredamiento de Aranjuez pasó a la corona española en la primera mitad del siglo XVI. Las especiales características del lugar, cuyos habitantes eran exclusivamente criados reales⁸⁸⁵, y la insalubridad de la zona, unido a su lejanía respecto a otros centros habitados, hacían necesaria la presencia de un médico y un boticario permanentes⁸⁸⁶.

⁸⁸⁴ Así, durante la construcción del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, tanto la comunidad religiosa como los principales oficiales reales contaron con asistencia médica y farmacéutica organizada por expreso deseo de Felipe II. En fecha tan temprana como 1561, una de las primeras disposiciones reales para el recién iniciado proyecto escorialense es la petición, al padre general de la Orden jerónima, de un fraile diestro en ordenar, conservar y cultivar jardines, para que se trasladase a la villa serrana y se ocupase de semejantes asuntos. Dos años después se instalaba la primera botica de El Escorial, regentada por dos hermanos boticarios, Juan y Miguel Álvarez, procedentes del cercano pueblo de Navalagamella. La congregación se encargó de reparar y acondicionar una casa donde instalar la botica. Todo parece indicar que Juan Álvarez ejercía como particular, sin ninguna relación con el convento ni la fábrica, mientras que su hermano Miguel se encargaba del abastecimiento de medicinas al convento y a algunos oficiales reales que servían en la fábrica, pues en las cédulas reales aparece con el título de boticario del monasterio. Más información al respecto en J. LÓPEZ GAJATE: “La botica de San Lorenzo el Real de El Escorial”, en F. J. CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA (dir.): *La ciencia en el monasterio de El Escorial*, San Lorenzo de El Escorial 1993, vol. I, pp. 275-379, y M. REY BUENO: *Los Señores del Fuego...*, *op. cit.*, pp. 59-72. Décadas después, cuando la corte se trasladó temporalmente a Valladolid, Felipe III también dejaría un servicio farmacéutico para los criados reales que se quedaban en Madrid. El boticario encargado de esta botica sería Felipe de Cortavila, natural de Brujas, que empezó trabajando en la botica de El Escorial.

⁸⁸⁵ Felipe II, en las primeras ordenanzas de este real sitio, dispuso que sólo se alojasen en él criados y empleados reales, no pudiendo nadie ajeno establecerse con casa propia. Esta disposición fue ratificada en 1617 por Felipe III (J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, *op. cit.*, pp. 231-232).

⁸⁸⁶ Son numerosas las quejas sobre la insalubridad de Aranjuez. Álvarez de Quindós refiere que la enfermedad endémica del lugar eran las tercianas, que podían desembocar en cólico nefrítico y bilioso. Las características de sus habitantes eran semblante lívido y decolorido, cuerpo desgarrado, lentitud de movimientos y carácter triste, tan habituales, que

Las primeras peticiones de un boticario en la villa datan de 1593, cuando los oficiales de la real casa residentes en ella solicitaron al monarca la presencia de una botica permanente, a cuenta de la real hacienda, pues eran muy numerosas las enfermedades en ese lugar⁸⁸⁷. Esta petición se repitió en 1609, reiterando una vez más la insalubridad de la zona y las enfermedades que afectaban a la población durante los meses de verano y otoño. Aranjuez ya disponía de un médico pagado por la corona, pero la solución radicaba en la presencia de un boticario, pues la botica más cercana estaba en Ocaña y la humildad de los salarios no permitía a los criados reales comprar allí las medicinas ni encargar que se las trajeran. Se estudió la posibilidad de instalar una botica, utilizando la infraestructura del laboratorio de destilación y abasteciéndose periódicamente de la Real Botica. Al frente de ella podría estar el ayuda de destilador o bien alguno de los entretenidos que trabajaban con el boticario mayor en Madrid⁸⁸⁸. Sin embargo, el proyecto fue abandonado.

3.3.4.2. *Medidas encaminadas a instalar una botica en Aranjuez (1613-1615)*

Cuatro años más tarde se iniciaron los trámites oportunos para instalar una botica en Aranjuez. Aprovechando una estancia del monarca, en la primera mitad de 1613, los criados reales le informaron de la necesidad que tenían de una botica permanente. El rey solicitó la información oportuna a las instancias pertinentes: en el aspecto económico, la Junta de obras y bosques; en el aspecto sanitario, los médicos de cámara y el boticario mayor⁸⁸⁹.

La Junta de obras y bosques no era muy partidaria de este proyecto, pues las rentas perdidas en los últimos tiempos hacían muy precaria la situación económica del heredamiento, permitiendo acometer sólo aquellos gastos que eran imprescindibles. Aún así, se solicitó consejo al gobernador del real sitio y al médico⁸⁹⁰, quienes consideraban de gran necesidad la instalación de la botica. Desconocemos la opinión de los médicos y boticarios reales, pero debieron ser favorables pues, en enero de 1614, Felipe III aprobó la instalación de la botica en Aranjuez⁸⁹¹.

hicieron corriente la expresión de “éste tiene cara de Aranjuez” o “éste se parece a los de Aranjuez” para describir tales padecimientos (*Ibidem*, pp. 5-7).

⁸⁸⁷ AGS, CSR, leg. 321, f. 212.

⁸⁸⁸ *Ibidem*, leg. 325, f. 69.

⁸⁸⁹ AGP, AP, Aranjuez, caja 14130.

⁸⁹⁰ AGS, CSR, leg. 305, f. 314.

⁸⁹¹ *Ibidem*, f. 317.

Este nuevo servicio farmacéutico contó con una dotación anual de 300 ducados: la mitad para salario del boticario y la otra mitad para medicinas. Las cláusulas de contrato del boticario eran precisas: tenía la obligación de residir en Aranjuez y asistir diariamente a la botica, pudiendo ausentarse sólo en caso de extrema necesidad y con permiso especial del gobernador; debía ser del lugar, como requisito indispensable para adaptación al clima; su contrato era temporal, para que el rey pudiera prescindir de sus servicios cuando lo estimara oportuno. El gobernador de Aranjuez quedó obligado a darle una casa en la villa, en la cual establecer su vivienda y la botica⁸⁹². El boticario estaba encargado de abastecerse de los simples, drogas e instrumentos con que dotar la botica⁸⁹³. El sistema de tasación era el seguido tradicionalmente por la corona: mensualmente se ajustaban las medicinas por el médico y el contador de Aranjuez, para evitar que se sobrepasasen los 150 ducados establecidos⁸⁹⁴. Sólo se aceptaban las recetas firmadas por el médico nombrado por el rey y la tasación anual de las medicinas se efectuaba por los protomédicos madrileños. También se determinó, por parte del Protomedicato, quienes eran los beneficiarios del servicio gratuito de tal botica: criados reales, sus esposas e hijos, siempre y cuando residieran permanentemente en Aranjuez⁸⁹⁵.

3.3.4.3. *La dinastía de los Coca (1615-1657)*

Pronto surgieron candidatos dispuestos a establecerse en el real sitio⁸⁹⁶. El elegido fue el ya mencionado Francisco de Coca, boticario establecido en Valdemoro y famoso aguardentero en la villa y corte. La elección de Francisco de Coca

⁸⁹² Estas cláusulas fueron redactadas por el gobernador de Aranjuez, ayudado por el médico del real sitio (AGS, CSR, leg. 305, f. 316).

⁸⁹³ Se estableció que no pudiese usar ninguna de las hierbas medicinales existentes en Aranjuez, pues eran de uso exclusivo del destilatorio. El boticario mayor propuso una mayor flexibilidad en este punto, pues sería provechoso para la corona que pudieran comprar los simples y aguas destiladas en los años de abundancia (*Ibidem*, leg. 326, f. 134).

⁸⁹⁴ *Ibidem*, f. 133.

⁸⁹⁵ *Ibidem*, leg. 328, f. 250. En la fecha de instalación de esta botica, el número de residentes en el real sitio de Aranjuez no superaba las 600 personas, encargadas de los oficios administrativos (gobernador, veedor, contador, tesorero, escribano y guardas), religiosos (capellanes) y laborales (granjeros y jardineros) (J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, *op. cit.*, p. 232).

⁸⁹⁶ El gobernador refiere hasta 4 boticarios examinados, que ejercían en localidades próximas al real sitio: Francisco de Coca (Valdemoro), Felipe del Río (Alcalá), Marcos Rodríguez (Ciempozuelos) y Luis Camelo (Borox) (AGS, CSR, leg. 326, f. 133).

como primer boticario asentado en Aranjuez se debió, principalmente, al buen informe que hizo de él Antonio del Espinar, boticario mayor de Felipe III. Espinar le conocía personalmente y había visitado su botica de Valdemoro. Le consideraba un buen profesional y con una economía holgada para poder establecer la botica en Aranjuez y dotarla de todo lo necesario. Su nombramiento oficial se produjo en marzo de 1615, fecha en que ya estaba instalado en la villa⁸⁹⁷. Desde esta fecha y hasta mediados del siglo XVIII, Aranjuez iba a contar con un boticario contratado por el rey⁸⁹⁸.

Francisco de Coca sirvió hasta 1630. Los buenos servicios prestados por el boticario de Valdemoro motivaron al monarca para concederle en vida la merced de sucesión en el cargo para su hijo, también llamado Francisco, boticario examinado por el Protomedicato y que regentaba la botica familiar de Valdemoro⁸⁹⁹. En los primeros meses de 1630, Coca hijo se trasladó a Aranjuez para hacerse cargo de la botica de su padre, ya muy enfermo, y que había estado en manos de un boticario pagado por Coca padre, para no tener desabastecidos a los residentes del real sitio⁹⁰⁰. Francisco de Coca hijo fue nombrado boticario de Aranjuez en octubre de 1631⁹⁰¹, con unas condiciones similares a las de su padre. Se modificó el presupuesto anual de medicinas, incrementado de 150 a 250 ducados anuales y la tasación pasó a realizarse cada 4 meses⁹⁰². Tras su fallecimiento, en 1646, el rey nombró sustituto a su hijo Francisco de Coca, tercera generación que ejerció como boticario de Aranjuez hasta su muerte, 11 años después⁹⁰³. La repentina desaparición del tercero de los Coca pasó el relevo a la línea femenina de la familia. El rey, en reconocimiento de los servicios prestados por su hermano, padre y abuelo, hizo merced a Juana de Coca del oficio de boticario a aquella persona con

⁸⁹⁷ AGP, Reg. 11, ff. 458v-459r.

⁸⁹⁸ El único estudio existente hasta la fecha actual sobre esta botica es el de J. L. VALVERDE LÓPEZ, M. C. SÁNCHEZ TÉLLEZ y M. A. GONZÁLEZ GÓMEZ: *La Botica del Real Sitio de Aranjuez*, Granada 1979, si bien el grueso de su información corresponde a inventarios de esta botica durante el siglo XIX.

⁸⁹⁹ AGS, CSR, leg. 355, f. 309.

⁹⁰⁰ *Ibidem*, leg. 308, f. 62. Fue la Junta de obras y bosques quien propuso el traslado para que Coca hijo se fuese familiarizando con el puesto que heredaría a la muerte de su padre, hecho que se produjo pocos meses después (AGP, Reg. 13, f. 19v).

⁹⁰¹ *Ibidem*, ff. 68v-69r.

⁹⁰² AGS, CSR, leg. 339, ff. 109-112.

⁹⁰³ AGP, Reg. 14, ff. 143-144 y AGS, CSR, leg. 311, f. 40.

quien se casase, siempre y cuando el elegido demostrase la suficiencia y habilidad necesarias, así como la aprobación del examen correspondiente. Un año después, en 1658, se nombró a Benito de Mangas como boticario de Aranjuez, quien se había casado con Juana en los meses precedentes y ejercía como tal desde septiembre de 1657⁹⁰⁴.

3.3.5. *La botica de la reina Isabel de Borbón*

La botica de Aranjuez no fue la única botica destinada a los criados reales que se mantuvo en activo durante el reinado de Felipe IV. Siguiendo la tradición propia de las reinas hispanas de procedencia francesa, Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV, gozó del privilegio de un servicio farmacéutico específico para ella y toda su real casa, independiente de la Real Botica.

3.3.5.1. *Antecedentes: La botica de Isabel de Valois*

Los antecedentes a esta prerrogativa deben buscarse, una vez más, en el reinado de Felipe II y, más concretamente, en la casa de su tercera esposa, Isabel de Valois. A su llegada a Castilla, la princesa gala retuvo consigo una parte considerable del séquito que la había acompañado desde Francia. Junto a viejas amistades, compañeras de la infancia y tutores, la reina mantuvo junto a sí al núcleo principal de los sanitarios franceses que habían formado su comitiva francesa, entre los que figuraban un médico, Vincent Montguyon, un boticario, Jacques Bobusse, y un sangrador⁹⁰⁵. Una vez establecida la reina, retornaron a Francia 240 personas que la habían acompañado, permaneciendo con ella 75 sirvientes franceses, entre ellos, el médico y el boticario, por expreso deseo de su madre la reina Catalina de Médicis.

Desconocemos la trayectoria seguida por Jacques Bobusse en Madrid. Tan sólo podemos reseñar cuáles eran las obligaciones de este boticario en su servicio a

⁹⁰⁴ AGP, Reg. 15, f. 26r-26v.

⁹⁰⁵ AGS, CSR, leg. 383. Catalina de Médicis había organizado una casa grandiosa para acompañar a su hija y demostrar la potencia y riqueza del reino francés. Era habitual enviar un gran séquito, que en todos casos era efímero, de la misma forma que era habitual que la princesa, al llegar a su nuevo estado, quisiera seguir rodeada de compatriotas y solicitase a su marido que le permitiera retener a un grupo sustancial de ellos. Más información a este respecto en M. J. RODRÍGUEZ SALGADO: “*Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera parte*”, *Cuadernos de Historia Moderna Anejo II* (2003), pp. 39-96. Remito, también, al que sigue siendo estudio fundamental para el conocimiento de esta reina, A. GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO: *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, Madrid 1949, 3 vols.

la reina a partir de la información reseñada en las etiquetas organizadoras de su real casa⁹⁰⁶. En el apartado dedicado al personal sanitario, sólo destacan las órdenes destinadas al boticario, agrupadas bajo el epígrafe “Boticaría”. Están divididas en dos secciones, una consagrada a sus obligaciones y otra en la que se detallan los gajes y raciones que le corresponden⁹⁰⁷. Debía abastecer de medicinas a la reina, sus criados y casa. Todas las mujeres e hijos de criados reales tenían derecho a botica; las recetas debían ir firmadas por los médicos de cámara y de familia; las cuentas de medicinas presentadas se revisarían al final de cada mes y, una vez firmadas por el médico real, se entregarían al mayordomo mayor para que pasasen al Bureo⁹⁰⁸; el dinero destinado a medicamentos se libraba por la furriera; cada vez que la reina salía de jornada, se formaba una botica de camino entre el boticario y el médico. Bobusse tuvo a su servicio, como el resto de los boticarios reales, un ayuda, Francisco de Larrea⁹⁰⁹. Tras el fallecimiento de la reina Isabel de Valois, Jacques Bobusse regresaría a Francia.

⁹⁰⁶ Tradicionalmente se ha considerado que las primeras normas para la casa de una reina española son las de Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II. Así consta en los libros de Bureo de palacio y así fue publicado por D. de la Válgoma y Díaz-Varela: *Norma y ceremonia de las reinas de la Casa de Austria*, Madrid 1958. Sin embargo, la primera disposición que, siguiendo la etiqueta borgoñona, se hace para una reina española aparece en el reinado de Isabel de Valois. Así lo insinuó González de Amezúa, aunque no encontró el original que lo acreditase, utilizando dos documentos posteriores para describir la casa de esta reina francesa: las ordenanzas para la casa de Ana de Austria y las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, fechadas en 1570 (BNE, Ms. 10129, ff. 75-91) y la instrucción para la casa de Ana de Austria, fechada en 1 de abril de 1574 (*Ibidem*, Ms. 20066/60). La relación detallada de estas ordenanzas puede consultarse en AGS, CSR, leg. 383, ff. 1-61.

⁹⁰⁷ El boticario disponía de dos plazas diarias, así como una ración que correspondía a azumbre y medio de vino, 6 libras de vaca, 4 libras de pescado (merluza), 12 huevos, media libra de manteca, 4 onzas de sebo en invierno y la mitad en verano, así como dos plazas de leña (*Ibidem*).

⁹⁰⁸ Así lo acreditan las cuentas presentadas por el boticario francés desde 1560 hasta 1569. Hasta diciembre de 1561, las cuentas son firmadas por el médico francés que también acompañó a la reina desde Francia. A partir de enero de 1562, las firma el doctor Santiago, médico de la casa real hispana (AGS, CSR, leg. 399, f. 13). Los médicos de Isabel de Valois fueron Vincent Montguyon y el doctor Santiago como médicos de cámara; los doctores Antonio de Paz y de la Vega como médicos de familia y el licenciado Juan Frago como cirujano (A. GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO: *Isabel de Valois...*, *op. cit.*, vol. III, pp. 363-366).

⁹⁰⁹ En las raciones asignadas al personal de botica cuando sale la reina de jornada, se estipulaba que al boticario debían entregársele dos cofres, uno al ayuda y una maleta al mozo de oficio (AGS, CSR, leg. 383).

3.3.5.2. *Resurgimiento de la figura del boticario de la reina*

Al igual que su antecesora, cuando Isabel de Borbón, primera esposa del futuro Felipe IV, llegó a Castilla venía acompañada por dos boticarios franceses: Jean Gabaux, en calidad de boticario de la princesa, y Louis de Gras, su ayuda. Ambos boticarios tenían como cometido abastecer de medicamentos a la princesa y todo su séquito mientras durase el viaje desde París a Madrid. Una vez instalada Isabel de Borbón en Madrid, y por expreso deseo suyo, fueron estos dos boticarios franceses los que siguieron elaborando los medicamentos para ella y su casa, conocida como la “familia francesa”, prescindiendo de los servicios de la Real Botica. Gabaux recibió el título de boticario de la princesa, asignándole un sueldo anual y unas mercedes especiales⁹¹⁰. Los medicamentos por él suministrados eran tasados por un ayuda de la Real Botica y aprobados por los médicos reales⁹¹¹.

Esta situación se mantuvo entre 1615 y 1618, fecha a partir de la cual Juan Gabeo (ya castellanizado) pasó a abastecer de medicamentos exclusivamente a la princesa. El resto de la “familia francesa”, por su parte, pasó a abastecerse en la Real Botica⁹¹². Gabeo quedó así instalado definitivamente en Madrid, recibiendo autorización para abrir una botica pública, en un claro caso de infracción de las normas establecidas para los boticarios de la Real Botica, quienes tenían prohibido tener botica propia. Cuando falleció Felipe III e Isabel de Borbón se transformó en reina, Gabeo recibió el título de boticario mayor de la reina⁹¹³.

A pesar de ser boticario exclusivo de la reina, Gabeo también presentó, en ocasiones, las cuentas de medicamentos dispensados a otras personas, situación que finalizó en 1626, cuando se le ordena desde el Bureo de la reina que no dispense medicamentos a nadie sin orden real⁹¹⁴. Entre sus dedicaciones también

⁹¹⁰ Su sueldo quedó estimado en 41.000 reales anuales, más una ración ordinaria, una de camino, un acémila y una mula de silla (AGP, Personal, caja 382/7).

⁹¹¹ La revisión y aceptación de las cuentas se hacía en el Bureo, siguiendo el mismo sistema que en la Real Botica (AGP, CRB, leg. 6657).

⁹¹² *Ibidem*. El rey le asignó una renta anual de 8.400 reales: 7.000 de gajes, 1.000 de casa de aposento y 400 de carruaje cuando acompañaba a la princesa en las jornadas (AGP, Personal, caja 382/7).

⁹¹³ Desde ese momento la tasación de las medicinas que Gabeo suministraba a la reina se realizaría por el boticario mayor de la Real Botica. Se guardan los listados detallados de todos los medicamentos suministrados a Isabel de Borbón desde su llegada a Castilla hasta su fallecimiento, en 1644 en AGP, CRB, leg. 6657.

⁹¹⁴ En 1627 se reitera que no presentara extraordinarios de personas que no tengan autorización escrita del mayordomo mayor del rey (*Ibidem*).

se encargaba de las purgas de la reina, tarea por la que recibía un extraordinario de 25 ducados ⁹¹⁵.

Desde 1631 dispuso de dos ayudas: Louis de Gras y Sebastián Martínez. En 1633 incorporó a sus sobrinos Diego Gabeo y Baltasar Desierto como mozos de oficio, con la intención de que pudiesen percibir alguna remuneración real. El Bureo del rey consideró excesivo el gasto y encargó a Gabeo que eligiese a uno solo como ayuda. A la muerte de Louis de Gras, su sobrino Desierto fue el elegido para sustituirle como ayuda de la botica de la reina ⁹¹⁶.

Tras el fallecimiento de Isabel de Borbón, solicitó pasar a servir a la infanta Margarita, en calidad de boticario mayor, pero se desestimó tal propuesta, siendo la Botica Real la única dispensadora de medicamentos para la familia real, tal y como era habitual desde su creación. Como merced real, gozó de sueldo y gajes toda su vida, así como del título honorífico de boticario mayor de sus Altezas ⁹¹⁷.

3.3.5.3. Una institución particular: la “enfermería de damas”

Las boticas particulares de Isabel de Valois y de Isabel de Borbón no fueron las únicas dependencias sanitarias particulares de la casa de la reina. Destaca, por su carácter peculiar, la llamada “enfermería de damas”, dependencia destinada a procurar asistencia sanitaria a todas las damas y mujeres al servicio de la reina ⁹¹⁸. No tenemos conocimiento de la fecha exacta de su creación, si bien su presencia

⁹¹⁵ AGP, AG, leg. 429.

⁹¹⁶ Su sueldo anual era de 250 ducados más casa de aposento (AGP, Personal, caja 382/9).

⁹¹⁷ Como tal figuró hasta su fallecimiento, en 1655, a pesar de que siempre se le conoció como el boticario de la reina Isabel. Tanto él como su sobrino Desierto, en calidad de criados reales, quedaron exentos de todo tipo de pagos de impuestos, entre los que merece la pena destacar las contribuciones que debían pagar como boticarios establecidos en la villa y corte y los tributos obligados a franceses asentados en los territorios hispánicos (*Ibidem*). Además, gozaron del privilegio de abastecer, por cuenta real, a diferentes pobres, particulares y conventos, tal y como se hacía en vida de la reina (AGP, CRB, leg. 6657).

⁹¹⁸ Más información al respecto en M. REY BUENO y M^a E. ALEGRE PÉREZ: “The Ladies Infirmary. A Health centre in the Spanish Court (17th century)”, *Revue d'histoire de la pharmacie* 84 (132) (1996), pp. 62-65, y M. REY BUENO y M^a E. ALEGRE PÉREZ: “La ordenación normativa de la asistencia sanitaria en la corte...”, *op. cit.*, pp. 370-372. Trabajos que parece desconocer M. S. CAMPOS: “Las enfermerías de damas y criadas en la corte del siglo XVII”, *Dynamis* 22 (2002), pp. 59-83, pues no duda en afirmar que “las enfermerías de damas y criadas son un tema poco o nada conocido en la historiografía española, tanto en la historia del derecho, como en el de la medicina, el vacío es tan grande que apenas hemos encontrado alguna referencia concreta a esta institución” (p. 60).

ya aparece perfilada en 1575, cuando Felipe II dio las etiquetas para el gobierno de la casa de la reina Ana, en las cuales ya aparece la figura del enfermero y la enfermera que habían de servir en la mencionada enfermería.

La enfermería de damas tenía dos dependencias, la llamada “enfermería de palacio” y la conocida como “enfermería de afuera”. La primera estaba destinada a las damas de alta categoría social que formaban parte de la real cámara de la reina. Estaba atendida por la llamada “enfermera de palacio”, cuyas principales obligaciones consistían en acompañar al médico o cirujano cuando hiciesen visitas de reconocimiento a las enfermeras, tener anotados nombres y enfermedades de cada paciente, así como la medicación indicada en cada caso, recibir las comidas y medicinas traídas hasta la enfermería y encargarse de supervisar su correcta administración a cada enfermería. La “enfermería de afuera” se destinaba a las criadas de las damas, así como a las mujeres encargadas de la limpieza y labores domésticas de la real cámara. Su característica fundamental era la falta de una ubicación fija. Los administradores reales se encargaron de alquilar dependencias de diversas casas situadas en las proximidades de palacio, en algunas ocasiones, o bien alejadas varias manzanas. Estos alquileres nunca se prolongaron más allá de 10 años, siendo inevitable el traslado a otras casas que, en la mayoría de los casos, no significaban un mayor beneficio para las personas necesitadas de sus servicios ⁹¹⁹. La enfermería de afuera estaba atendida por la enfermera de fuera, que tenía las mismas obligaciones que la de palacio. Destaca el hecho de que este cargo pasó de madres a hijas durante toda su existencia ⁹²⁰. El personal de la enfermería de damas se completaba con el enfermero, que debía ser un hombre casado y maduro, encargado de trasladar las medicinas y alimentos desde la Real Botica y cocinas hasta las dos enfermerías, donde los entregaba a las enfermeras. Estas le entregaban las recetas de los médicos, donde se anotaban las medicinas que era necesario preparar en la Real Botica, así como los alimentos más adecuados para cada enferma. También era el encargado de acompañar a las enfermas en su convalecencia, cuando fuera necesario salir de las enfermerías ⁹²¹.

⁹¹⁹ Hay numerosas consultas realizadas por diversas personas, fundamentalmente las enfermeras, sobre la necesidad de establecer una ubicación fija, bien acondicionada y nueva, porque las dependencias utilizadas son, en la mayoría de los casos, viejas, mal iluminadas y peor ventiladas, condiciones todas inaceptables para una dependencia que pertenece a la casa de la reina y que presta atención sanitaria a las mujeres a su cargo (AGP, AG, leg. 447).

⁹²⁰ *Ibidem*, leg. 631.

⁹²¹ El primer enfermero fue Tomás de la Escalera, que sustituyó a su esposa en 1612. La plaza pasó a su hijo Juan de la Escalera, en 1641. Cuando este último partió hacia Nueva España se le concedió la plaza a su hermana Mariana y, a su muerte, el oficio se extinguió (*Ibidem*).

3.3.6. *El boticario real como científico cortesano*

A raíz de las nuevas normas para el gobierno de la Real Botica, ordenadas por Felipe IV en 1647, somos testigos del buen hacer cotidiano del boticario mayor Diego de Cortavila al frente de la institución regia, tal y como afirma el superintendente Borja en uno de sus memoriales

Una gran parte de la ciencia producida en la Europa Moderna se realizó en las Cortes, centros fácticos del poder, que reclutaron a toda una serie de personajes enmarcados dentro de la terminología actual de científico. La ciencia, al igual que otras formas de cultura, abandonó los monasterios y universidades, sus lugares de cultivo durante la Edad Media, para pasar a conformar un elemento más de la sociedad cortesana. Los monarcas de la Edad Moderna atesoraron animales, plantas y toda suerte de objetos exóticos, conformando gabinetes de curiosidades y cámaras de maravillas, laboratorios y jardines, nuevos habitáculos para el desarrollo de la ciencia moderna. Además, la corte no fue únicamente escenario, pues también se transformó en una vía de legitimación. Así, ciencia y corte fueron dos términos íntimamente unidos, unión que determinó indefectiblemente las especiales características de los resultados obtenidos en materia científica⁹²².

De esta asociación surge un nuevo tipo de personaje, el científico cortesano, que va a entrar en una formación elitista, capaz de ofrecerle la oportunidad de demostrar en obras su potencial personal, pero también, a su vez, de sumergirle en un mundo de intrigas donde el objetivo final era acercarse lo más posible a la figura del monarca. El científico cortesano no estaba en la corte para escribir libros ni para desarrollar sus propias expectativas intelectuales, sino en su

⁹²² Los primeros estudios dedicados a vincular ambos aspectos fueron hechos por el historiador norteamericano Bruce T. MORAN, centrados en las cortes alemanas del Renacimiento y sus intereses en el terreno de la Medicina química: “German Prince-Practitioners: Aspects in the Development of Courtly Science, Technology, and Procedures in the Renaissance”, *Technology and Culture* 22 (1981), pp. 253-274, y *The alchemical world of the German court: occult philosophy and chemical medicine in the circle of Moritz of Hessen (1572-1632)*, Stuttgart 1991. Mayor amplitud temática tienen los trabajos incluidos en Bruce T. MORAN (ed.): *Patronage and Institutions: Science, Technology, and Medicine at the European Court, 1500-1750*, Rochester 1991. De clásico puede considerarse el estudio de M. BIAGIOLI: *Galileo Courtier. The practice of science in the cultura of absolutism*, Chicago 1994. Para una revisión actualizada, remito a B. T. MORAN: “Courts and Academies”, en K. PARK y L. DASTON (eds.): *The Cambridge History of Science*, vol. III: *Early Modern Science*, Cambridge 2006, pp. 251-271. En el caso particular de la ciencia cortesana española, tan sólo cabe mencionar el ensayo colectivo de A. LAFUENTE y J. MOSCOSO (eds.): *Madrid, Ciencia y Corte*, Madrid 1999, si bien los estudios se centran mayoritariamente en el siglo XVIII.

calidad de siervo del monarca, dispuesto a ofrecer sus conocimientos para cubrir las expectativas demandadas por la corona ⁹²³. En este sentido, la corte hispana de los siglos XVI y XVII va a ser testigo de numerosas prácticas científicas enfocadas en tres planos diferentes de actuación: un medio de promocionar y ensalzar la Monarquía, un instrumento para mantener un imperio y una herramienta para procurar la salud de su principal representante, el monarca.

Durante el reinado de Felipe IV brilló con luz propia el único de los boticarios reales que puede ser considerado científico en el sentido de la época, pues no se limitó a preparar medicinas, sino que cultivó su propio jardín de especies medicinales, herborizó por toda la sierra madrileña, escribió dos libros y fue referente de alguna de las animadas tertulias científicas que, en las décadas centrales del siglo XVII, se reunían en reboticas y salones madrileños ⁹²⁴.

Como en tantos otros casos, el acceso de Diego de Cortavila al oficio de boticario real se produjo por vía familiar, esto es, merced a la vinculación que su padre tuvo con la farmacia cortesana. Phelipe de Cortavilla, flamenco de Brujas, ejercía como boticario de la villa de Buitrago cuando, en 1597, fue llamado por el prior del monasterio escurialense para hacerse cargo de la botica de la villa, encargado de atender las necesidades farmacéuticas de los habitantes de El Escorial, entre los que se encontraba una partida importante de criados reales ⁹²⁵. Phelipe

⁹²³ Tal y como apuntan Lafuente y Moscoso, los científicos cortesanos “no están en la corte para escribir artículos o libros científicos. Nadie les prohíbe que lo hagan, pero su éxito dependerá menos del reconocimiento que reciban de sus colegas que del prestigio que ganen en la corte” (A. LAFUENTE y J. MOSCOSO: *Guía del Madrid científico. Ciencia y Corte*, Aranjuez 1998, p. 10). Tal y como afirma María Portuondo, en su reciente estudio sobre los cosmógrafos que trabajaron para Felipe II y Felipe III, los científicos cortesanos están ahí por sus conocimientos pero, sobre todo, para hacer lo que se les encomienda, dejando a un lado sus aspiraciones personales. Portuondo define este tipo de práctica como “*science with a mission*”, ciencia cuyo único objetivo es el beneficio de la Monarquía hispánica (M. PORTUONDO: *Secret Science. Spanish Cosmography and the New World*, Chicago 2009, p. 3).

⁹²⁴ Traté con mayor amplitud este aspecto concreto en M. REY BUENO: “Juntas de herbolarios y tertulias espagíricas: el círculo cortesano de Diego de Cortavila (1597-1657)”, *Dynamis* 24 (2004), pp. 243-267.

⁹²⁵ La vinculación por parentesco entre Phelipe de Cortavilla y Diego de Cortavila parecía evidente, si bien no se mencionaba en ninguno de los documentos oficiales conservados. Recientemente he encontrado, de forma casual, la confirmación a esta suposición. Se trata de una recopilación de “milagros portentosos que obró Dios por intercesión de su sierva María de la Cabeza”, incluida en la obra de A. DE SALAZAR Y CASTILLO: *La estrella carpetana. Vida de la sierva María de la Cabeza, en método histórico, panegyrico y moral*, Madrid 1730, por Francisco del Hierro y que dice así: “Diego de Cortavilla y Sanabria, residiendo en la villa de Buitrago

ejerció como boticario de la villa escurialense hasta 1601, cuando fue llamado por Felipe III a Madrid para que dispensase medicamentos a los criados reales que se quedaron en los reales sitios madrileños, tras el traslado de la corte a Valladolid. Fue durante su estancia madrileña cuando entró en contacto con la tertulia científica, de marcado carácter químico, reunida en torno al mercader flamenco Giraldo París⁹²⁶.

Este ambiente marcadamente intelectual debió influir, de manera decisiva, en el devenir de su hijo Diego quien, desde los primeros años del siglo XVII, ejerció como boticario personal de la infanta sor Margarita de la Cruz, prima hermana de Felipe III, que profesaba como religiosa en el convento de las Descalzas Reales de Madrid⁹²⁷. Actividad profesional que compaginó con el cultivo del único jardín botánico privado conocido en la villa y corte madrileña del siglo XVII. Según

con Phelipe de Cortavilla su padre, que allí era boticario, siendo el referido Diego de edad de veinte y tres años, tuvo unas grandes maliciosas calenturas, de que temía no le resultase algún grave tabardillo: mirábanse sus padres y hermanos congoxosamente pesarosos con la enfermedad del joven; pero habiendo venido a aquella villa nueva de que habían hallado en la ermita de Nuestra Señora el cuerpo de la sierva de Dios María de la Cabeza, se encomendó al punto a esta felicissima mujer, e hízole promesa de visitar aquella iglesia, dándole Dios salud, adorar sus reliquias y llevarle alguna ofrenda. Siguióse a la petición la mejoría; fue esto por la tarde, y al día siguiente por la mañana se halló bueno y sano, cumpliendo la promesa agradecido, y a su bienhechora apasionado” (pp. 121-122).

⁹²⁶ Giraldo París forma parte del nutrido elenco de flamencos instalados en la capital madrileña durante la segunda mitad del siglo XVI, interesados en acercarse lo más posible a la corona y lograr alguno de los ansiados oficios reales que proporcionaban ingresos fijos y no poco prestigio social. En el caso concreto de París, formó parte de la comitiva que acompañó a Felipe II durante su viaje a Portugal en 1580. Fue en la capital lisboeta donde consiguió hacerse con el lucrativo negocio de la pimienta negra, llegando a controlar el monopolio de esta especia desde Malaca hasta Amberes. Adjudicación que, desde 1587, le permitió vivir de las rentas y dedicarse a su verdadera pasión, el estudio y la práctica de la alquimia. Su destacada posición social y económica despertó no pocas envidias, razón última de su denuncia ante el Santo Oficio. Entre los testigos que declararon a favor de su inocencia se encuentra Phelipe de Cortavilla, quien no duda en definir a París como filósofo natural y estudioso apasionado de la naturaleza. Más información al respecto en M. REY BUENO: “Mágicos prodigiosos y verdades acrisoladas: inquisición, magia, experiencia y conocimiento en el siglo XVII español”, *The Colorado Review of Hispanic Studies* 7 (2009), pp. 49-66.

⁹²⁷ AGP, Personal, caja 255/24. La infanta sor Margarita (1567-1633) era la hija menor de María de Austria (1529-1603), hermana mayor de Felipe II, y del emperador Maximiliano II (1527-1576). Llegó a Castilla junto a su madre en 1581, tras el fallecimiento del emperador, y ambas se instalaron en el convento de las Descalzas Reales, fundado años atrás por la hermana menor de Felipe y María, la infanta Juana.

testimonios contemporáneos, se trataba de un huertecillo donde Cortavila cultivaba especies medicinales españolas procedentes tanto de sus herborizaciones por las cercanías de Madrid, como de los ejemplares que le enviaba la amplia red de corresponsales que tenía distribuidos por toda la Península ⁹²⁸.

Fruto de sus amplios conocimientos herbolarios, y como resultado de su práctica farmacéutica, Diego de Cortavila escribió una serie de opúsculos dedicados a una preparación concreta, la confección de diamusco, sobre la que existían discrepancias en cuanto a composición se refiere. Todo surgió tras una de las habituales visitas de botica en la corte por parte de los protomédicos y su defensa de la forma correcta de elaborar la confección de diamusco. Uno de los componentes esenciales de esta preparación eran las cubebas (*Piper cubebe*), semillas de aspecto parecido a la pimienta negra, originarias de la isla de Java y que la farmacia tradicional confundía con el fruto del carpesio (*Carpesium abrotanoides*), error motivado por una desacertada traducción del texto griego en el que Galeno trataba de esta materia. El primer escrito de Cortavila, titulado *Información y parecer de lo que son Cubebas*, apareció con la intención de corregir dicho error, basándose en los testimonios de las numerosas autoridades árabes, salernitanas y renacentistas que habían disertado sobre la materia ⁹²⁹. La ausencia de una farmacopea oficial favorecía todo tipo de errores en cuanto a práctica farmacéutica se refiere, circunstancia que también se producía en el caso particular que estamos tratando. Así, en las boticas madrileñas era moneda común sustituir las cubebas de la confección de diamusco por valeriana, más fácil de conseguir. Los boticarios madrileños se amparaban, para tal sustitución, en un acuerdo aprobado por el colegio de boticarios, en función de las prácticas que se habían observado en la Real Botica. La obra de Cortavila

⁹²⁸ Así lo comenta el médico toledano Jerónimo Gómez de Huerta, autor de la traducción castellana de la *Historia Natural* de Plinio o el boticario madrileño Jerónimo de la Fuente Piérola, compañero de Cortavila en la Real Botica y autor del *Tyrocinio pharmacopeo, método galénico y químico*, Madrid 1661, donde comenta las numerosas herborizaciones que ambos llevaron a cabo en la sierra del Páular. Sin embargo, es el ya mencionado médico aragonés Bernardo de Cienfuegos quien más noticias ofrezca del boticario real a lo largo de las páginas de su inédita *Historia de las Plantas*, noticias que nos hablan de un Cortavila experto en materia médica, con profundos conocimientos del universo vegetal, relacionado con una extensa red de corresponsales dispersos por todos los territorios hispanos que le enviaban semillas de especies autóctonas para ser acondicionadas en su jardín botánico (M. REY BUENO: “Juntas de herbolarios y tertulias españólicas...”, *op. cit.*, pp. 251-254).

⁹²⁹ D. DE CORTAVILA (s.a.): *Información y parecer de lo que son Cubebas, y quién las empeço a usar, y cómo no son el Carpesio de Galeno, y que las que ahora tenemos son las mismas que conocieron los primeros árabes*, s.l. s.i.

venía a rebatir tal afirmación, como buen conocedor que era de lo practicado en la institución que él dirigiría por espacio de 9 años. Este primer escrito del boticario real fue rebatido por algún personaje próximo al colegio de boticarios madrileño, cuyo nombre no aparece citado, circunstancia que motivó un segundo escrito de Cortavila donde defendía nuevamente sus conocimientos ⁹³⁰.

El interés de Cortavila por la materia médica vegetal no se limitaba a las especies indígenas hispanas. A él pertenecía, según consta en la portada del manuscrito original, uno de los códices más famosos de materia médica indígena americana, el célebre *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, también conocido como *Códice De La Cruz-Badiano* o *Codex Barberini*, versión latina de un herbario de especies medicinales autóctonas de Nueva España, escrito en náhuatl en 1552 por el médico indígena Martín de la Cruz y traducido al latín por Juan Badiano, indio originario de Xochimilco ⁹³¹. El códice fue redactado por encargo expreso de don Francisco de Mendoza, hijo del entonces virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza. La intención de don Francisco consistía en presentar a Felipe II un catálogo de las especies medicinales autóctonas mexicanas, con la intención de abrir

⁹³⁰ D. DE CORTAVILA: *Información y parecer de nuevas alegaciones, en que se aprueban los autos y sentencias que los protomédicos y examinadores del Real Tribunal del Protomedicato pronunciaron en esta última visita de las boticas desta corte, por los cuales mandaron se usassen las confecciones de Diamuscho, que avían recebido los granos de las cubebas. Satisfázase de nuevo a las objeciones, que en contra destas sentencias algunos han puesto; y decláranse otros lugares de Isaac y Haliabbas, que hasta ahora han sido mal entendidos. Dirigido a los protomédicos y examinadores del Real Protomedicato*, s.l. s.i. Cortavila tenía gran experiencia en esta materia, no en vano era visitador oficial de boticas desde 1639. En concreto, de las boticas pertenecientes a los arzobispados de Toledo y Burgos y los obispados de León, Segovia, Valladolid, Salamanca, Cuenca, Sigüenza, Ávila, Palencia, Osma, Calahorra y Zamora. Según estipulaba la normativa vigente, las boticas debían ser visitadas e inspeccionadas cada uno o dos años. En la villa y corte y 5 leguas alrededor, esta visita corría a cargo de los protomédicos reales, quienes iban acompañados de boticarios y escribanos. Fuera de este radio de acción, eran boticarios visitantes quienes hacían estas inspecciones. Profesionales que eran elegidos por el monarca, que nombraba a aquellos que pagaban una cantidad superior por el título. Sobre la visita de boticas, remito a M. EUGENIO MUÑOZ: *Recopilación de las leyes...*, op. cit., pp. 187-308. Sobre el título de visitador de boticas de Cortavila, remito a G. FOLCH JOU: "El título de visitador de boticas de Diego de Cortavila y Sanabria, consecuencias que del mismo se desprenden", *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia* 14/59 (1964), pp. 99-107.

⁹³¹ M. DE LA CRUZ: *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis, 1552*, México 1991. Recientemente se ha hecho una nueva edición en CD-Rom (México 2008). Se trata de un documento mestizo, mezcla de herbario medieval y tradición médica indígena, que recoge buen número de tratamientos contra las enfermedades más comunes entre los indios que habitaban entonces la ciudad de México.

un nuevo mercado de posibilidades insospechadas⁹³². Se desconocen los detalles exactos relativos al viaje del códice hasta la corte de Felipe II y la impresión que causó en el monarca, aunque resulta evidente que llegó hasta él y quedó entre los muchos tesoros y maravillas indianas atesoradas por la familia Habsburgo.

Hace unos años planteé mi propia hipótesis sobre el devenir del Códice dentro de la corte de Felipe II y como llegó a manos de Cortavila. Mi hipótesis al respecto parte de la llegada de Francisco de Mendoza a Castilla con el códice, territorio gobernado en ese momento, en ausencia de Felipe II, por la infanta doña Juana, su hermana menor, que bien pudo quedar como depositaria del *Libellus*. Este, junto con otras pertenencias personales de la princesa, bien pudo pasar a conformar el rico legado artístico de las Descalzas Reales, monasterio por ella fundado. Y, quizás, fue otra infanta de España, sor Margarita de la Cruz, sobrina de la anterior, quien decidió regalar este códice a su boticario personal, Diego de Cortavila. Al fin y al cabo, se trataba de un herbario manuscrito bellamente decorado, el mejor presente para un boticario apasionado por los simples medicinales⁹³³.

Sí sabemos, por el contrario, como pasó este códice a manos de su siguiente propietario, el cardenal Francesco Barberini, sobrino del papa Urbano VIII. Se trata, como no podía ser de otra forma, de un regalo que Cortavila le hizo durante su estancia en Madrid, en el verano de 1626. El viaje del cardenal Barberini a la corte de Felipe IV se inscribe en las negociaciones entabladas entre el Papa y el Colegio de los Cardenales con la corte madrileña a fin de conseguir una pacífica resolución del conflicto que enfrentaba a Francia y la Monarquía hispana por el

⁹³² El interés de Francisco de Mendoza por la explotación económica de los recursos minerales del Nuevo Mundo no se limitó a las especies medicinales autóctonas de Nueva España. En 1558 consiguió de Felipe II un lucrativo acuerdo para cultivar en suelo novohispano la pimienta, el jengibre, el clavo, la canela o la china, las preciadas especias asiáticas que, durante siglos, fueron buscadas con ahínco por los mercaderes europeos. Los documentos relativos al asiento y capitulación firmado entre Francisco de Mendoza y Felipe II se conservan en AGI, Indiferente, 738, N.47 y han sido estudiados por M^a J. SARABIA VIEJO: “Posibilidades de la especiería mexicana en la economía mundial del siglo XVI”, en B. TORRES RAMÍREZ y J. J. HERNÁNDEZ PALOMO (coords.): *Andalucía y América en el siglo XVI: Actas de las II Jornadas de Andalucía y América*, Sevilla 1983, vol. I, pp. 389-412. En AGS, CC, Diversos 46-23 se conservan las copias o borradores de dichas capitulaciones, documentación que revisó D. GOODMAN en su *Power and Penury. Government, Technology, and Science in Philip II's Spain*, Cambridge 1988. Recientemente, Paula DE VOS ha revisitado el tema, considerándolo como un capítulo más de la llamada *Colonial Botany*, en su artículo “The Science of Spices: Empiricism and Economic Botany in the Early Spanish Empire”, *Journal of World History* 17/4 (2006), pp. 399-427. Ambos autores anglosajones desconocen la aportación hecha por Sarabia Viejo.

⁹³³ M. REY BUENO: “Juntas de herbolarios y tertulias espagíricas...”, *op. cit.*, pp. 256-259.

dominio de la Valtellina, valle del Norte de Italia que suponía un importante paso de comunicación entre el estado de Milán, el Imperio y los Países Bajos. La legación, compuesta por más de 100 personas, incluía numerosos personajes de gran relevancia intelectual, entre los que sobresale Cassiano dal Pozzo, copero y consejero artístico del cardenal y autor de un diario detallado del viaje, del que puede extraerse valiosísima información⁹³⁴. Entre otra, la forma en que el cardenal se hizo con el código mexicano:

Más tarde fue a ver un jardincillo de hierbas oficinales de un especiero llamado Diego Cortavila, que tenía diversas plantas indianas curiosas, de las cuales, es decir, de cuyas semillas y frutos informó al señor cardenal, así como le regaló un librito donde se recogían algunas de estas varias hierbas oficinales indianas con sus diseños y propiedades, que lo eran para la mayoría de las indisposiciones de los cuerpos humanos⁹³⁵.

Interesante testimonio, que viene a corroborar el ambiente intelectual en el que se movía este boticario real y que nos habla de un oficial cortesano que no sólo ejercía su oficio sino que se servía de él para acceder a círculos de conocimiento que, de otra forma, le estarían vedados.

⁹³⁴ Conservado en la BAV, ha sido publicado recientemente; C. DAL POZZO: *El Diario del Viaje a España del cardenal Francesco Barberini*, ed. de A. Anselmi, trad. de A. Minguito, Aranjuez 2004.

⁹³⁵ *Ibidem*, p. 189.

4. LA CAPILLA REAL

José Martínez Millán

La capilla real experimentó una profunda transformación durante el reinado de Felipe IV, tanto en las ordenanzas como en el significado e ideología de la misma. Durante esta época, a la capilla real se le atribuyeron dos significados: por una parte, el lugar donde estaba situada, es decir, el sitio sagrado donde la familia real iba a orar en el Alcázar y, por otra parte, uno de los departamentos fundamentales de la casa real⁹³⁶. En 1640, el maestro de ceremonias de la capilla real, Manuel Rivero, escribió una obra, *Breve descripción de la Real Capilla de Madrid y de las ceremonias que en ella se exerçen*, en la que la definía como el “corazón” del palacio⁹³⁷, aunque era una metáfora arquitectónica, nunca antes se le había concedido tan profundo y vital significado. Con todo, la mayor parte de los memoriales y las crónicas coetáneas dedicaron mucho más espacio a detallar las ordenanzas y etiquetas que los oficiales de la capilla debían seguir en el desarrollo de sus obligaciones, que a explicar las transformaciones ideológicas que experimentó durante el reinado⁹³⁸.

⁹³⁶ J. GLASS: *The Royal Chapel of the Alcázar: princely spectacle in the Spanish Habsburg Court*, Universidad de Baltimore 2004, p. 13 (tesis doctoral).

⁹³⁷ “La real capilla desta corte de Madrid está puesta en el medio de palacio entre dos muy magníficos y grandiosos patios, que parece ser el corazón de aquel gran cuerpo y máquina de tan suntuosa fábrica y con gran consecuencia se puede llamar corazón de palacio” (AGP, RC, caja 72/5). Sobre la estructura del Alcázar, J. M. BARBEITO: *El Alcázar de Madrid*, op. cit., pp. 127–169. La importancia de tan precisa metáfora ya fue captada con agudeza por A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Ceremonial de la Majestad y protesta aristocrática. La Capilla Real en la corte de Carlos II”, en B. J. GARCÍA GARCÍA y J. J. CARRERAS ARES (eds.): *La Capilla Real de los Austrias. Música y ritual de corte en la Europa moderna*, Madrid 2001, pp. 145–146.

⁹³⁸ *Bulas y breves pontificios relativos a la jurisdicción privilegiada de la Real Capilla, publicada por la Real Casa*, Madrid 1878. Dicha documentación en AGP, AG, legs. 368 y 1115–1141.

4.1. LA CAPILLA REAL, “CORAZÓN” DEL ALCÁZAR DE MADRID

La capilla del Alcázar de Madrid en tiempos de la dinastía Austria tuvo la misma estructura que ya estableciera Juan II al perfeccionar la fortaleza árabe. Dividida por un arco toral, ocupaba el ala este del edificio y se estructuraba de la siguiente manera: al sur, el coro rectangular con techo de lacería; al norte, el presbiterio, cuadrado; sobre las paredes, adornos de yesería. Dentro del conjunto palaciego, constituía la sede de la capilla de la casa de Castilla. Estaba dirigida por el capellán mayor auxiliado por un coro de capellanes y usaba el rito mozárabe ⁹³⁹.

En la década de 1540, Covarrubias ensanchó el Alcázar, añadiendo a continuación de la edificación antigua otra estructura arquitectónica semejante en torno a un nuevo patio, con lo que colocaba a la capilla en el centro del nuevo palacio como un “verdadero corazón”. Al mismo tiempo, construyó un nuevo arco toral y la adornó con un zócalo de azulejos. Al sur, la capilla se abría, a través de una reja, a la Sala Nueva de la emperatriz. Como era el único sitio de devoción para todos los cortesanos, se hicieron tribunas encima de la reja. La remodelación de la capilla llevó consigo que Carlos V estableciera —en las ordenanzas de 1546— el “uso de Borgoña” e impusiera el rito litúrgico romano.

La oposición a este rito por parte de los castellanos y la instalación de la corte en Madrid impulsaron a Felipe II a reformar la capilla ⁹⁴⁰. En primer lugar, para que la reina tuviera un lugar digno, se quitó la reja y, en su lugar, se hicieron tribunas para la familia real. De esta manera, la capilla solo tuvo dos puertas laterales y encima de ellas quedaban las tres tribunas antiguas. En la primera de ellas estableció el órgano, los músicos y los cantores ⁹⁴¹.

Por su parte, Rivero dice que el edificio no era muy grande y que no tenían más que:

un altar con un retablo de admirable pintura. Está la capilla, en la mejor opinión, a San Salvador en nombre de todos los Santos. Ciérrase el retablo con dos puertas

⁹³⁹ La descripción corresponde a V. GÉRARD: “Los sitios de devoción en el Alcázar de Madrid: capilla y oratorios”, *Archivo Español de Arte* 57 (1983), p. 276; V. GÉRARD: *De castillo a palacio...*, *op. cit.* Se basa en el estudio de M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real de los Serenísimos Reyes Católicos de España*, Madrid 1685, manuscrito en RAH, 9/454bis y copia en 9/708 y en BL, Ms. Egerton 1822-1823.

⁹⁴⁰ AGS, Estado, leg. 146.

⁹⁴¹ En 1562, Felipe II ordenó a Michel Borq que buscara en Flandes niños cantores y un órgano. Gilles Brevost construyó en Amberes el primer órgano para la capilla (AGS, CSR, leg. 281, ff. 116-125, citado por V. GÉRARD: “Los sitios de devoción en el Alcázar de Madrid...”, *op. cit.*, p. 277).

en los tiempos [...] debidos, los cuales tienen pintado por afuera, el misterio de la encarnación y los cuatro evangelistas ⁹⁴².

En época reciente, los historiadores del arte han identificado este cuadro como obra del pintor flamenco Michel Coxcie, que realizó una copia del cuadro *La Adoración del Cordero Místico* ⁹⁴³. Rivero solo hace la observación de que:

El altar tiene dos gradas [...] por detrás del cual, por ambos lados, descienden a la sacristía. A la parte del Evangelio están dos bancos sin respaldo, cubiertos con almohadas, para los prelados que tienen asiento en la capilla.

Rivero continúa su descripción sobre el interior de la capilla describiendo algunos adornos como la representación de águilas, símbolo de la dinastía Habsburgo. Sin embargo, aunque el cronista no hace mención, el historiador del arte S. N. Orso indica que en 1600 también tenía la obra de Tiziano, *Adán y Eva*, colgada en la sacristía hasta que en 1633 fue trasladada a otras estancias del Alcázar ⁹⁴⁴.

Existe un plano de la capilla en el que se representa las partes de la misma donde se sentaban los diferentes cargos y oficios, de acuerdo con sus rangos, y el lugar de la cortina del rey, dibujado por Juan Gómez de la Mora para las ordenanzas de 1647-1651 ⁹⁴⁵. Ya antes, Diego de Guzmán, capellán mayor de 1609 a 1626, dejó un memorial en el que, sin llegar al detalle del dibujo de Gómez de Mora, relataba con precisión el lugar en que se situaba cada personaje en la capilla ⁹⁴⁶. De cualquier manera, tanto la descripción que hace Rivero de la capilla real del Alcázar, como la planta que dibujó Gómez de Mora de la misma, permiten concluir que se trataba de un pequeño edificio ⁹⁴⁷. El mismo Rivero

⁹⁴² AGP, RC, caja 72/5. Y. BOTTINEAU: "L'Alcázar de Madrid et l'inventaire de 1686", *Bulletin Hispanique* 58 (1956), p. 349, señala que la real capilla estaba consagrada a San Miguel en honor a la iglesia que fue destruida para construir el Alcázar.

⁹⁴³ R. MULCAHY: "El arte religioso y su función en la corte de Felipe II", en F. CHECA CREMADES (ed.): *Felipe II. Un Monarca y su época*, Madrid 1998, pp. 159-182; J. OLLERO: "Miguel Coxcie y su obra en España", *Archivo Español de Arte* 48 (1975), pp. 167-168.

⁹⁴⁴ S. N. ORSO: *Philip IV and the Decoration of the Alcázar of Madrid*, Princeton 1986, p. 45.

⁹⁴⁵ En AGP, SH, caja 51/1, f. 186r; V. TOVAR MARTÍN: "Juan Gómez de Mora, arquitecto y trazador del rey y maestro mayor de la villa de Madrid", en *Juan Gómez de Mora (1586-1648). Arquitecto y trazador del rey y maestro mayor de obras de la villa de Madrid*, Madrid 1986, pp. 16-17.

⁹⁴⁶ RAH, Salazar y Castro, G-30, ff. 97-99.

⁹⁴⁷ J. M. BARBEITO: *El Alcázar de Madrid*, op. cit., pp. 127-156; F. CHECA (dir.): *El Real Alcázar de Madrid...*, op. cit.

dejaba pronto la descripción física del edificio para pasar, en seguida, a describir el ritual sagrado y político que se desarrollaba en ella, al cual concedía la mayor importancia.

4.2. *LA CAPILLA COMO DEPARTAMENTO DE LA CASA REAL*⁹⁴⁸

La casa de Felipe IV —al igual que la de sus antepasados— era la de Borgoña, por lo que la capilla estaba organizada de acuerdo a dicho estilo. Ahora bien, la Monarquía hispana fue un conglomerado de reinos con sus propias casas reales, que los vástagos de la dinastía Austria tuvieron que asumir. En el caso de la capilla, además de la de Borgoña tuvieron que asimilar la de Castilla, lo que provocó problemas: la similitud de las tareas del limosnero mayor (Borgoña) y del capellán mayor (Castilla) dio lugar a controversias entre ambas capillas, por lo que, en 1584, se procedió a su fusión. Ahora bien, también se unió la de Aragón y se tomaron varios usos de la corte papal como el de los maestros de ceremonias⁹⁴⁹.

El ceremonial señalaba las formas de la posición de cada uno de los asistentes, distinguiendo entre las personas que por su dignidad tenían derecho a asiento y las que permanecían de pie. Entre los que se sentaban también se establecían distinciones. La principal consistía entre las personas que se sentaban en bancos cubiertos y las que se sentaban en sillas sin brazos y bancos descubiertos⁹⁵⁰. Dentro de la capilla, el oratorio del rey estaba circundado de sillas cubiertas de forma semejante, destinadas a ser ocupadas por nobles y obispos; no obstante, el espacio del monarca se distinguía mediante la colocación del sitial, la cortina y el dosel. El sitial “era el asiento o silla con un pequeño banco delante, cubierto de un tapete con una almohada o coxín encima y otra a los pies de la silla”. El dosel era:

⁹⁴⁸ Para las biografías y fuentes de los personajes citados en este apartado, ver el tomo II (CD Rom). En algunos casos que indicamos en dicho tomo, se amplían aquí las biografías allí citadas por su relevancia.

⁹⁴⁹ M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real...*, *op. cit.*, parte II. Para la capilla de Castilla, véase el excelente trabajo de D. NOGALES RINCÓN: *La representación religiosa de la Monarquía castellano-leonesa: la Capilla Real (1254-1504)*, Universidad Complutense de Madrid 2009 (Tesis doctoral).

⁹⁵⁰ Ordenanzas de 1647 (BNE, Ms. 9914, f. 124v). Existen diversas relaciones manuscritas sobre el orden de los asientos en la capilla real (*Ibidem*, Ms. 2807, ff. 179-182 y 7423, ff. 207-209). A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Ceremonial de la Majestad y protesta aristocrática...”, *op. cit.*, pp. 345-395, hace una excelente exposición de la composición y ritual de la capilla real, que nos ayuda a sintetizar la documentación sobre el tema.

[el] adorno honorífico majestuoso, que se compone de uno como cielo de cama puesto en bastidor, con cenefas a la parte de adelante y a los lados y una cornisa pendiente en la de atrás que cubre la pared donde se coloca.

Las ordenanzas que existían para la capilla de la casa de Castilla y de Borgoña están minuciosamente redactadas⁹⁵¹. Las prácticas rituales de la Semana Santa, así como la de otras onomásticas y festividades, fueron paulatinamente definiéndose y modificándose hasta el punto de que aún en el siglo XVIII se encuentran nuevas redacciones sobre la “Relación del lavatorio y comida que da la Reina a los pobres en el día de Jueves Santo” y otros temas⁹⁵². En 1623, Felipe IV promulgó unas ordenanzas en las que especificaba las funciones de los distintos oficios, además de las de los capellanes de honor (al tiempo que fijaba su número en 40 para la corona de Castilla, 14 para las Órdenes militares, 12 para los reinos de Nápoles, Sicilia y Milán y 6 en la corona de Aragón⁹⁵³), se definían los oficios de limosnero mayor, receptor (era el decano y presidente del banco de capellanes, subordinado al capellán mayor), juez de la capilla (intervenía en todas las causas de los ministros de la capilla), fiscal de la capilla (propuesto por el capellán mayor al monarca, su función primordial era el cuidado de todo lo perteneciente a la capilla y al tribunal eclesiástico de ella), cura de palacio o maestro de ceremonias, entre otros. No vamos a explicar las transformaciones experimentadas en sus ordenanzas durante el reinado, publicadas en el tomo II de esta obra, al que nos remitimos, pero consideramos que resulta importante estudiar los principales cargos y los personajes que los ocuparon como forma de integración social y de transformación ideológica de la capilla.

4.2.1. *Capellán mayor, limosnero mayor y patriarca de las Indias*

Esther Jiménez Pablo

El cargo principal de la capilla real era el de capellán mayor, oficio que venía acompañado, desde 1584, con el de limosnero mayor y —desde 1610— se le asoció la dignidad de patriarca de las Indias, como se ve en primer artículo de las ordenanzas de 1623:

⁹⁵¹ Las ordenanzas de la capilla de Juan II de Castilla y sucesores en AGP, RC, caja 1133.

⁹⁵² *Ibidem*, caja 1139.

⁹⁵³ *Ibidem*, caja 72/1.

Primeramente, que el capellán mayor de nuestra real capilla, que también es nuestro limosnero mayor, y el que adelante fuere y sirviere este oficio por nuestro nombramiento, pues, por breves y indultos apostólicos tenemos facultad de nombrarles, tenga un juez que sea nuestro capellán a el cual de poder, según y como le dan los arzobispos y obispos en sus diócesis, para que conozca de todas las causas de los capellanes, cantores y otros ministros así eclesiásticos como seculares de dicha capilla real. Y para ello sea graduado de licenciado o doctor en derecho canónico y ordenado de misa y persona tal que el capellán mayor descargue su conciencia.

Durante más de 40 años, don Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno”, perteneciente a la poderosa familia de los Medina Sidonia, gozó de la dignidad del patriarcado de Indias, siendo el octavo patriarca, al mismo tiempo que se convertía en la máxima autoridad de la capilla real.

El cargo de capellán mayor estuvo unido a la dignidad del arzobispado de Santiago desde los tiempos de Alfonso VII “el Emperador” y, aunque con Carlos V las capillas de la casa de Castilla y la de Borgoña se fusionaron, dicho arzobispo siguió ocupando no solo el oficio de capellán mayor, sino también de limosnero mayor. Esta situación se mantuvo hasta el final del reinado de Felipe II, quien, poco antes de morir, nombró a García de Loaysa, arzobispo de Toledo, quien falleció pronto, por lo que fue nombrado su sobrino, Álvaro de Carvajal, en su puesto. Los escasos historiadores que han señalado este cambio, lo han explicado aludiendo a la ausencia del arzobispo de Santiago en la corte y los problemas de jurisdicción que se ocasionaban cuando llegaba a Madrid. En nuestra opinión, tal mutación encerraba una intencionalidad más profunda que simbolizaba la transformación ideológica que estaba experimentando la Monarquía hispana: frente al espíritu “castellano” (de Monarquía universal) dominante en el reinado de Felipe II, se evolucionaba hacia una “Monarquía católica”, más universal, subordinada a los intereses políticos de Roma; resulta lógico que se le quisiera revestir al capellán con dicho cargo, que simboliza también esa idea “universal”. Para comprender mejor lo que decimos y aclarar la importancia del patriarca de Indias es preciso analizar los orígenes de esta dignidad en su contexto político y religioso por el control eclesiástico de las Indias.

4.2.1.1. Intereses castellanos en la creación del patriarcado de Indias

Como su propio nombre indicaba, el patriarcado de Indias fue una dignidad relacionada directamente con el descubrimiento del nuevo continente. Fue solicitada por Fernando “el Católico” a Roma para tratar de reorganizar espiritualmente los nuevos territorios bajo el control de la corona. De este modo, el intento de creación del patriarcado de Indias sólo se puede comprender como

parte de los intereses de la actuación política del Rey Católico, para dirigir la fundación y actividad de la Iglesia americana. No es de extrañar, por tanto, que la aprobación de este cargo por parte de Roma nunca llegase de manera clara, y que siempre las facultades y jurisdicción del patriarca quedasen confusas y limitadas desde el Papado.

No cabe duda, que esta anómala situación —el control de la corona sobre la Iglesia de las Indias— se pudo conseguir por las concesiones pontificias, que otorgaron a los reyes hispanos una serie de facultades que se recopilaron bajo el nombre de “patronato regio”⁹⁵⁴. Enumeradas por orden cronológico las amplias facultades concedidas por Roma, obtenidas en buena medida por la diplomacia fernandina, se resumen de la siguiente forma: obligación de evangelizar el nuevo mundo con el envío de misioneros (1493), percepción de los diezmos (1501), presentación de todas las dignidades eclesiásticas (1508), edificación de catedrales (1508) y estructuración de las diócesis (1518). Con la cesión de estos extensos poderes al monarca, Roma asumía un papel marginal en el gobierno espiritual de las Indias, por lo menos durante las primeras décadas del siglo XVI, derivado de la debilidad temporal y la pérdida de prestigio espiritual en la que se hallaba inmerso el Papado, que se mostraba incapaz de evangelizar nuevos territorios. Sin embargo, aunque Roma cedió, y la corona supo aprovecharlo a su favor, el nombramiento de un patriarca de Indias era una cuestión más complicada de obtener por la magnitud simbólica y el poder efectivo que se confería a tal dignidad⁹⁵⁵.

La rapidez con que se obtuvo de derecho el patronato regio sobre la Iglesia americana hizo creíble al monarca Fernando y al grupo de poder en el que se apoyó para gobernar, el partido “fernandino”, que era necesario y factible exigir al Papa Médici, León X, como así lo hizo el 26 de julio de 1513, que nombrase un patriarca de Indias, reconocido por Roma, con los privilegios y facultades que

⁹⁵⁴ P. LETURIA, S.I.: “El origen histórico del Patronato de Indias”, *Razón y Fe* 78 (1927), pp. 31-32; A. DE EGAÑA, S.I.: “El Regio Patronato Hispano-Indiano. Su funcionamiento en el siglo XVI”, *Estudios de Deusto* VI/11 (1958), pp. 149-151; A. DE LA HERA: “El Regio Patronato Indiano”, en su obra *Iglesia y Corona en la América Española*, Madrid 1992, pp. 175-193; J. M. GARCÍA AÑOVEROS: *La Monarquía y la Iglesia en América*, Madrid 1990, pp. 67 y ss.; F. CANTELAR RODRÍGUEZ: “Patronato y Vicariato Regio españoles en Indias”, en AA.VV: *Derecho canónico y pastoral en los descubrimientos luso-españoles y perspectivas actuales*, Salamanca 1989, pp. 57-102.

⁹⁵⁵ P. BORGES, O.F.M.: “La Santa Sede y América en el siglo XVI”, *Estudios Americanos* XXI/106 (1961), pp. 144-146; R. GÓMEZ HOYOS: *La Iglesia de América en las Leyes de Indias*, Madrid 1961, pp. 22 y ss.

tenían el resto de patriarcados ya existentes⁹⁵⁶. Su función sería la de dirigir las nuevas fundaciones religiosas y controlar la actividad de los religiosos que embarcaban hacia el continente americano, además de las amplias dotaciones económicas que recibiría y del poder simbólico que se le conferiría. En cierto modo, esta petición era el siguiente paso que el monarca y sus consejeros juzgaron necesario dar tras la concesión del patronato regio⁹⁵⁷. Asimismo, el rey Fernando, al evitar la intromisión de Roma en el gobierno americano, necesitaba justificar internacionalmente esta delicada situación, y para ello quiso contar con una importante dignidad religiosa, nada menos que un “patriarca”, que iba a ser elegido por él mismo, y por lo tanto, fiel a la corona, que dirigiese la Iglesia indiana.

Tradicionalmente, el patriarcado era una dignidad que se adjudicaba a los obispos de las iglesias más importantes como el patriarca de Alejandría, de Jerusalén, de Antioquía o de Constantinopla. Ciertamente, estos patriarcados orientales eran iguales entre sí en cuanto a jurisdicción, reconociendo todos ellos la superioridad del primado del pontífice como patriarca de Occidente y obispo de Roma⁹⁵⁸. Lógicamente era una petición muy complicada de obtener, de lo que el Rey Católico era consciente, por eso en la carta que Fernando envió a Roma solicitaba que el nombramiento se efectuase en la persona del arzobispo de Rossano, don Juan Rodríguez de Fonseca, de modo que el monarca estaba solicitando la creación de una dignidad por tiempo limitado, esto era, hasta que Rodríguez de Fonseca falleciera. Asimismo, el monarca insistía en que la instauración de un patriarcado para Indias se solicitaba pensando en el bien universal de la Iglesia y se justificaba en la labor de los monarcas por convertir al cristianismo a aquellas lejanas tierras. Con estas palabras, Fernando trataba de desviar su propio interés, pues tal dignidad pretendía que fuese un cargo con jurisdicción eclesiástica plena sobre todas las nuevas fundaciones religiosas y, con el tiempo, cuando avanzara más el descubrimiento en tierra firme, pretendía que el patriarca residiese en las Indias. Los problemas de este

⁹⁵⁶ V. DE LA FUENTE: *Historia Eclesiástica de España*, Madrid 1874, vol. v, p. 160.

⁹⁵⁷ Ya se atisbaba una organización de la Iglesia americana más estable que pudo haber ayudado al monarca a decidirse por solicitar el patriarcado; se habían fundado los tres primeros obispados en 1511, los de Santo Domingo, Concepción de la Vega y Puerto Rico, y dos años después llegaría el de Panamá [A. GARCÍA-GALLO: “Las bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico de la expansión portuguesa y castellana en África e Indias”, *Anuario de Historia del Derecho Español* (1958), pp. 461-829].

⁹⁵⁸ C. FERNÁNDEZ-DURO: “Noticias acerca del origen y sucesión del patriarcado de las Indias occidentales”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* VII (1885), p. 198.

nombramiento para Roma eran dos: el primero que este patriarcado era solicitado por un monarca, con el riesgo de desobediencia a Roma que esto suponía, y en segundo lugar, existía el peligro de que el patriarca llegara a residir en las Indias y quisiera romper su vínculo y dependencia de la Iglesia romana ⁹⁵⁹.

No era extraño que Fernando quisiera ubicar a don Juan Rodríguez de Fonseca a tan elevada dignidad eclesiástica por ser cabeza visible del grupo “fernandino” ⁹⁶⁰. Por otra parte, la elección del monarca por este consejero para ser patriarca de Indias resultaba lógico si se tiene en cuenta –tal y como expresaba el Rey Católico en su misiva– que Rodríguez de Fonseca “desde el principio que las dichas Indias se descubrieron hasta agora, se ha ocupado y ocupa en la provisión y gobernanación dellas” ⁹⁶¹. No obstante, las pocas noticias que llegaban de Roma no eran nada favorables a su creación, mucho menos en la persona de Rodríguez de Fonseca, quien hasta ese momento se había hecho cargo de los asuntos de las Indias defendiendo siempre la jurisdicción real. De él escribía el P. Fray Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*:

aunque eclesiástico y arcediano y después de este cargo que le dieron los Reyes en las Indias, fue obispo de Badajoz y de Córdoba y al cabo de Burgos, en el cual murió; era muy capaz para mundanos negocios, señalándose para congregar gente de guerra para armadas de la mar, que era más oficio de vizcaínos que de obispos, por el cual le encomendaron siempre las armadas que por mar hicieron mientras vivieron ⁹⁶².

Don Juan Rodríguez de Fonseca era el menor de los hijos de don Fernando de Fonseca y Ulloa, señor de Coca y Alaejos, y de doña Teresa de Ayala. Aunque de linaje portugués, nació en Toro (Zamora), en 1451, y estudió en la Universidad

⁹⁵⁹ V. DE LA FUENTE: *Historia Eclesiástica de España*, op. cit., vol. V, p. 160.

⁹⁶⁰ Para la figura de este obispo resultan imprescindibles los estudios de la profesora A. SAGARRA GAMAZO: *La otra versión de la historia indiana. Colón y Fonseca*, Valladolid 1997; y *Burgos y el gobierno indiano: la clientela del obispo Fonseca*, Burgos 1998; y más reciente la biografía A. SAGARRA GAMAZO: *Juan Rodríguez Fonseca. Un toresano en dos mundos*, Zamora 2006. Para los problemas entre Colón y Fonseca, C. VARELA: “Colón y la Casa de la Contratación”, en A. ACOSTA RODRÍGUEZ, A. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, E. VILA VILAR (coords.): *La Casa de la Contratación y la navegación entre España y las Indias*, Sevilla 2004, pp. 222-224; J. VARELA MARCOS: *El Tratado de Tordesillas en la política atlántica castellana*, Valladolid 1997.

⁹⁶¹ Documento 2º en L. FRÍAS: “El patriarcado de las Indias occidentales. Documentos”, *Estudios Eclesiásticos* II/5 (1923), p. 27; M. GIMÉNEZ FERNÁNDEZ: *Bartolomé de las Casas*, Sevilla 1984, vol. I, pp. 10-15.

⁹⁶² A. SAGARRA GAMAZO: *Juan Rodríguez Fonseca...*, op. cit., p. 86

de Salamanca bajo la dirección de Antonio de Nebrija. En su juventud, fue paje al servicio del obispo de Ávila, fray Hernando de Talavera. En 1492 se encargó de concertar el doble matrimonio entre los hijos de los Reyes Católicos y Maximiliano de Austria. En premio a estos servicios, fue nombrado capellán real y arcediano, canónigo y deán de la catedral de Sevilla, así como miembro del Consejo de Castilla. Su influencia política sobre las Indias comenzó a partir del recibimiento de los Reyes Católicos a Colón, a su llegada en abril de 1493, cuando, a partir de entonces y hasta 1516, todos los asuntos americanos pasaron por sus manos. Desde entonces, fue favorecido con el obispado de Badajoz en 1494, el de Córdoba en 1499, y el de Palencia en 1505. A la muerte de la reina, Rodríguez de Fonseca comprendió que debía acercarse a Fernando “el Católico”. El monarca, por su parte, confió plenamente los asuntos americanos a Rodríguez Fonseca y al secretario Lope de Conchillos, como miembros destacados del partido “fernandino”. En 1511, Fonseca fue nombrado arzobispo de Rossano (en el reino de Nápoles) y, desde 1514, arzobispo de Burgos. Al fallecer el monarca católico, quedó desprotegido, lo que alejó a Fonseca del gobierno de las Indias y mermó en gran medida su influencia en la corte hispana. Moriría en Burgos en noviembre de 1524 ⁹⁶³.

La respuesta por parte de Roma a la solicitud de creación del patriarcado de Indias nunca llegó, seguramente no debió agradar a la curia papal, por la desvinculación total de Roma de los asuntos eclesiásticos de Indias que supondría el confirmar esta dignidad. La fortuna corrió a favor de Roma por la muerte del Rey Católico en 1516, y el momento de confusión que se respiraba en la corte hispana. En ese momento, el cardenal Cisneros se hizo cargo de la regencia, cesando a Rodríguez de Fonseca como delegado de los asuntos indianos el 22 de abril de 1516. Fue uno de los primeros golpes sufridos por el partido “fernandino”, al que le seguiría el alejamiento del vicescanciller Francisco de los Cobos, que pasaba a Flandes, donde llegaba en junio de 1516, y la pérdida de poder del secretario Conchillos, quien llegaba a Flandes poco después. Estos alejamientos, realizados por los amplios poderes que el cardenal Cisneros recibió del joven monarca Carlos en 1516, hicieron cambiar de rumbo político, cortando así la rígida línea de actuación a favor de los intereses castellanos de la corona que los fernandinos habían trazado hasta entonces.

En Roma, la cuestión del patriarcado no era de buen agrado, pero Clemente VII no tuvo más remedio que concederlo en 1524, a petición del emperador Carlos V, quien exigía que se erigiese, de una vez por todas, la Iglesia patriarcal

⁹⁶³ Su biografía en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V, op. cit.*, vol. III, pp. 360-367; M. ALCOCER Y MARTÍNEZ: *Don Juan Rodríguez de Fonseca. Un estudio crítico-biográfico*, Valladolid 1923, pp. 15-16.

de Indias. Lesmes Frías, en su estudio sobre el patriarcado, insistía en afirmar que esta dignidad fue concedida en este momento por el poderío del emperador, quien tres años más tarde saquearía Roma, lo que hizo que los pontífices se replanteasen el conceder dicha solicitud⁹⁶⁴. Por otra parte, esta nueva petición en tiempos de Carlos V, vino secundada en la corte hispana por la facción cortesana que recuperó el gobierno a finales de la década de 1520, conocida como el partido “castellano”.

No es cuestión baladí el hecho de que con Carlos V la mayoría de los patriarcas de Indias fueran, al mismo tiempo, presidentes del Consejo de Castilla, como ocurrió con don Antonio de Rojas, nombrado patriarca en 1524 y presidente de Castilla desde 1512 hasta que falleció en 1524⁹⁶⁵. También don Fernando Niño, nombrado patriarca en 1546 y siendo presidente de 1547 a 1552 en que falleció⁹⁶⁶. Y, por último, don Antonio de Fonseca, nombrado patriarca en torno a 1554 y presidente de Castilla desde 1553 hasta su muerte en 1557⁹⁶⁷. De modo que en estos años, se honraba el cargo de presidente con la dignidad del patriarcado de Indias, siendo un modo simbólico de unir a la máxima autoridad de Castilla, después del rey, un título honorífico de Indias, enfatizando así el vínculo o dependencia de las Indias al reino de Castilla.

Resulta cuanto menos sorprendente que con Carlos V no se reclamara a Roma, de manera más contundente, el derecho de jurisdicción sobre las Indias que pertenecía al patriarca, tal y como se hizo con Felipe II. Analizando las personas que ostentaron el título tras el nombramiento de Antonio de Rojas, que murió dos meses después de su concesión en 1524, descubrimos que ninguno de los tres patriarcas nombrados hasta el reinado de Felipe II mantenía buenas relaciones en la corte con el partido “castellano”: Esteban Gabriel Merino (patriarca los años 1530-1535), Fernando Niño de Guevara (1546-1552), y Antonio de Fonseca (1554-1557).

⁹⁶⁴ L. FRÍAS: “El patriarcado de las Indias occidentales”, *Estudios Eclesiásticos* 1/1 (1922), p. 300.

⁹⁶⁵ Á. LÓPEZ GÓMEZ: “Los presidentes y gobernadores del Supremo Consejo de Castilla”, *op. cit.*, pp. 678-679.

⁹⁶⁶ G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales...*, *op. cit.*, p. 188; A. LÓPEZ DE HARO: *Nobiliario genealógico...*, *op. cit.*, p. 213; L. VILAR Y PASCUAL: *Diccionario histórico, genealógico y heráldico de las familias ilustres de la Monarquía española*, Madrid 1859-1862, vol. VII, pp. 321-322.

⁹⁶⁷ J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, *op. cit.*, vol. III, pp. 140-142; BNE, Ms. 781, ff. 254r-256v; J. GOÑI GAZTAMBIDE: *Historia de los Obispos de Pamplona*, Pamplona 1985, vol. III, pp. 342-369.

4.2.1.2. *Control de los asuntos eclesiásticos americanos
a través del patriarcado y de la nunciatura de Indias*

La lucha que la Monarquía hispana mantuvo con Roma en tiempos de Felipe II por crear un patriarcado con jurisdicción efectiva se data a partir de la década de 1560, cuando el monarca pedía dos patriarcas de presentación real y con jurisdicción a Pío IV; uno para el Perú y el otro para Nueva España. La instrucción con la petición debía ejecutarla don Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, enviado a Roma como embajador de obediencia ante Pío IV que acaba de ocupar el solio el 25 de diciembre de 1559⁹⁶⁸. El conde llegó a Roma el 12 de mayo de 1560, encontrándose ante un pontífice que quería ganarse la voluntad del monarca para conseguir, con la aprobación de Felipe II, reanudar el Concilio de Trento, y reducir la intervención del monarca católico en las últimas sesiones del Concilio⁹⁶⁹. No obstante, para Roma, la aceptación de uno o dos patriarcas que sobrepasasen ampliamente las facultades puramente honoríficas con que hasta entonces había estado dotada esta dignidad, significaba renunciar a su influencia sobre las Indias y aprobar la intervención real en la jurisdicción eclesiástica.

Merece la pena transcribir un fragmento de la instrucción al conde de Tendilla en lo que concernía al patriarcado:

Iten a de suplicar a su Santidad, tenga por bien dar facultad a su Majestad y a los Reyes de España, que puedan nombrar un patriarca o legado nato para el Perú y otro para la nueva España, a los cuales se pueda tener recurso en todo, como a superiores de los otros preladados, en las causas que de los Reinos de Castilla suelen acudir a Roma, y que no haya ninguna⁹⁷⁰.

Era evidente que ambos patriarcados debían gozar de jurisdicción como superiores de los religiosos de Indias. La justificación en que Felipe II y sus ministros se basaron para conseguir esta petición era la demora de las decisiones en los pleitos eclesiásticos, por la lejanía de tener que acudir a Roma, que quedaría remediado por el nombramiento de ambas dignidades, con residencia en Indias, quienes solucionarían los problemas con mayor rapidez y eficacia:

Atento a que estas provincias están tan apartadas de Roma; que con esto se oviarán muchos inconvenientes, que siguen de los exesos y desórdenes de los

⁹⁶⁸ L. PASTOR: *Historia de los Papas*, Barcelona 1929, vol. XV, p. 154; AHN, Estado, lib. 744, ff. 235r-237r. La respuesta del embajador en el f. 237r-v.

⁹⁶⁹ R. HINOJOSA: *Los despachos de la diplomacia pontificia en España. Memoria de una misión oficial en el Archivo Secreto de la Santa Sede*, Madrid 1896, vol. I, pp. 136-137

⁹⁷⁰ Documento 9° en L. FRÍAS: "El patriarcado de las Indias occidentales. Documentos", *op. cit.*, p. 33.

prelados y sus ministros, y se escusarían otras muchas cosas, que de presente y porvenir se pueden ofrecer en aquellas partes ⁹⁷¹.

En caso de no conceder dos patriarcas, cosa que en la instrucción se deduce como “complicada” de obtener, se añadía que, al menos, si el pontífice no aceptaba los patriarcados, nombrara dos prelados legados:

Y quando esto no quisiere conceder y fuere denegado, se le pida que a lo menos sean dos, *cum potestate legati de latere*, uno para el Perú y otro para la nueva Spagna.

De poco sirvió el cuidado que se puso en la instrucción, porque la respuesta del pontífice fue negativa a la creación de patriarcas o legados con jurisdicción. La contestación de Roma contenía las siguientes palabras: “no a querido dar patriarcha o legado con dezir que se podría alçar y no reconocer la Sede apostólica” ⁹⁷².

Este interés por reclamar la autoridad del patriarca vino propiciado por las amplias reformas políticas y religiosas que Felipe II se propuso acometer al regresar de su viaje por el Norte de Europa en 1559. Se trataba de configurar en una monarquía todos los reinos y territorios que Felipe había heredado de su padre. Para ello designó a una serie de letrados castellanos –cuya cabeza visible fue Diego de Espinosa, quien reunía los dos cargos principales de presidente del Consejo de Castilla y de inquisidor general–, quienes trataron de favorecer los intereses políticos de las élites castellanas, e impusieron en la sociedad un sistema intransigente acorde con sus ideas y creencias. Para vigilar el comportamiento social y la ortodoxia religiosa defendida por ellos, los letrados castellanos se ayudaron del Santo Oficio, al que reformaron para hacer de él un instrumento eficaz a su servicio. Como resulta lógico, tales reformas fueron aplicadas en todos los reinos que conformaban la Monarquía. De este modo, para administrar el territorio americano, y como reflejo de las reformas llevadas a cabo en los reinos peninsulares, se reunió una junta con los principales ministros castellanos en casa de Espinosa en septiembre 1568, cuyas decisiones se materializaron en las instrucciones para los virreyes. Se trataba, por tanto, de imponer una mayor centralización en la administración de las Indias, propiciado por las facultades que el patronato regio otorgaba al monarca hispano. La importancia de esta junta la señalaba años más tarde, en 1615, el virrey del Perú, marqués de Montesclaros, don Juan de Mendoza, en las recomendaciones a

⁹⁷¹ L. FRÍAS: “El patriarcado de las Indias occidentales. Documentos”, *op. cit.*, p. 33.

⁹⁷² *Ibidem*, p. 35.

su sucesor el príncipe de Esquilache, donde le señalaba que, de hecho, el regio patronato no había sido efectivo hasta 1568, cuando, durante esta junta, se examinaron los principales problemas del gobierno de la Iglesia en Indias como el patronato, diezmos, obispos, Órdenes religiosas con comisario general en Madrid, patriarcado...⁹⁷³.

Como resultado de la junta, se redactó una instrucción fechada el 28 de diciembre de 1568, para don Francisco de Toledo, nombrado virrey del Perú, quien se disponía a partir por esas fechas, con una serie de puntos que debía poner en marcha en las Indias y, entre ellos, estaba el de conseguir que el pontífice aceptase el patriarcado o legado nato para las Indias, que residiese en la corte, con autoridad y jurisdicción a tal dignidad⁹⁷⁴. No obstante, aunque era un objetivo que el virrey debía tratar de cumplir, se recomendaba esperar el momento oportuno⁹⁷⁵. Ciertamente, si se tienen en cuenta los motivos y la premura con que se reunió la junta en septiembre de 1568 se comprenderá por qué no convenía solicitar el patriarcado en ese año.

Desde que en 1566 saliese elegido como nuevo pontífice Pío V (1566-1572), Roma comenzaba a tomar un nuevo rumbo para restituir a la Iglesia su prestigio

⁹⁷³ R. BELTRÁN Y RÓZPIDE: *Colección de las memorias o relaciones que escribieron los virreyes del Perú acerca del estado en que dejaban las cosas generales del Reino*, Madrid 1921, vol. I, pp. 203-296.

⁹⁷⁴ *Los Virreyes Españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria*, ed. de L. Hanke (BAE, 280), Madrid 1978, vol. I pp. 94-117; J. DE LA PEÑA CÁMARA: "Las redacciones del libro de la gobernación espiritual. Ovando y la Junta de Indias de 1568", *Revista de Indias* 2/5 (1941), pp. 93-115.

⁹⁷⁵ L. FRÍAS: "El patriarcado de las Indias occidentales", *op. cit.*, p. 307: "En quanto al primer punto, de lo del patriarca, en que ha parecido sería muy conveniente que demás de los preladados metropolitanos y sufragáneos que en las Indias ay, oviese un patriarca o legado nato para todas aquellas provincias, con la autoridad que segund derecho les compete, y la que demás de aquella se pudiese aver de su Sanctidad, de manera que reservada a la sancta sede apostolica la superioridad que se le debe y los casos forçosos, en todo lo demás se pudiese tener y tuviese recurso en lo eclesiástico y espiritual al dicho patriarca o legado nato, y que éste residiese en estos Reynos, en la corte, donde por orden del nuestro Consejo de las Yndias y teniendo con él la correspondencia necesaria, se proveyese y ordenase lo que al servicio de Dios y beneficio de las almas y bien público de aquellas provincias conviniese; y que como quiera que esto se representa sería muy importante, pero por la dificultad que se juzga abrá en el obtenerlo y aun el inconveniente en moverlo, el tiempo y la forma en que esto se abrá de tratar se reserva, para que segund la ocasión disposición y estado de los negocios, se pueda tentar. Doctrina y Gobierno Eclesiástico en 28 de diziembre 1568". Cfr. L. FRÍAS: "El patriarcado de las Indias occidentales. Documentos", *op. cit.*, p. 36.

espiritual. Pío V proyectó reformar la misma, de modo que, como advertía el embajador don Juan de Zúñiga a Felipe II si:

Pío IV se apascentaba de jurisdicciones temporales, éste [Pío V] anda tras las espirituales, y assi como con aquel nos gobernabamos por aquella via havemos de llevarnos con este por esta otra que es la suya⁹⁷⁶.

Con Pío V se ve con claridad el proceso de reforzamiento del centralismo romano, que tomó forma antes incluso del comienzo del Concilio de Trento, pero cuyo nuevo ordenamiento se acentuó más a raíz del pontificado de Pío V, cuando la Santa Sede se alzó como la única guía espiritual capaz de interpretar y aplicar en los reinos católicos los decretos conciliares de Trento, frente a la usurpación de la jurisdicción eclesiástica que poderosos monarcas como Felipe II –tal y como juzgaba Roma– venían realizando⁹⁷⁷. De este modo, y conforme a los decretos tridentinos, Pío V se propuso expandir la doctrina católica a todos los reinos en un afanoso proyecto apostólico que continuó durante el pontificado de Gregorio XIII (1572–1585)⁹⁷⁸. Del mismo modo, Pío V intentó por todos los medios influir, no sólo, en los temas eclesiásticos de las Indias, sino también en la política con que se estaban administrando los territorios de ultramar. Y para ello, en abril de 1568, el pontífice concibió la idea de enviar a Indias un nuncio apostólico que residiese en los virreinos, de manera que se pudiese acudir a él para solucionar los problemas de jurisdicción eclesiástica, sin tener que esperar respuesta de Roma o Madrid. En estas gestiones, también se barajó la posibilidad de extender las facultades del nuncio de Madrid a los territorios de ultramar. La creación de una nunciatura en las Indias fue la solución que Roma encontró para intervenir en los asuntos eclesiásticos de América, justificada en el mal trato que los españoles estaban dando a los indios que debían convertirse al cristianismo. Las noticias que llegaban a Roma confirmando que el poder real se excedía en su jurisdicción en materia eclesiástica de Indias, y la necesidad de Roma de informarse por sí misma del verdadero estado de las cosas en América, a lo que se sumó el mal trato a los indios cristianos denunciado por Bartolomé de las Casas en su memorial enviado a Roma, sirvieron de excusa al pontífice para proponer al monarca la creación de una nunciatura indiana por el bien espiritual de los indios y en favor de la

⁹⁷⁶ Carta de don Juan de Zúñiga a Felipe II, 12 octubre 1569 (AGS, Estado, leg. 911, f. 164).

⁹⁷⁷ L. PASTOR: *Historia de los Papas*, op. cit., vol. XV, pp. 1–60.

⁹⁷⁸ P. LETURIA, S.I.: “Felipe II y el Pontificado en un momento culminante de la Historia hispano-americana”, *Estudios eclesiásticos* 7 (1928), pp. 62–65.

Iglesia; desviando así la atención del motivo real, que no era otro que el de controlar la Iglesia indiana y devolver a Roma los derechos que la Monarquía hispana se había arrogado desde tiempos de Fernando “el Católico”.

Como no podía ser de otra manera, los letrados castellanos que administraban la Monarquía, al conocer el proyecto de Pío V para establecer una nunciatura de Indias se negaron rotundamente, a lo que el Papa quiso contestar con otra propuesta: el 20 de mayo de 1568, el embajador Zúñiga escribía al rey que “el Papa se mostró de acuerdo con establecer con carácter permanente una congregación de cardenales que se ocupasen de la conversión de los infieles”⁹⁷⁹. Efectivamente, esta comisión cardenalicia se formó a consecuencia de la negativa de la nunciatura, pues Felipe II no podía negarse a esta asamblea formada por cardenales con sede en Roma. La comisión se instituyó para elaborar las normas, o mejor consejos, que debían seguir los gobernadores de Florida, Nueva España y el Perú⁹⁸⁰. Lógicamente esta nueva creación no sentó nada bien a Felipe II y sus ministros castellanos. La relación tensa con Roma hizo que se plantease cuanto antes la reunión de la junta liderada por Espinosa en 1568. En las instrucciones a los virreyes derivadas de la junta se manifestaba, explícitamente, el deseo por parte de la corte madrileña de que Roma no se entrometiese en los asuntos de las Indias:

en lo que ello no fuere precisamente necesario, se debe excusar el acudir allá [Roma], por la mano que con esta ocasión querrán tener para entrometerse en otras materias de aquellas provincias⁹⁸¹.

De nada sirvieron todas estas negociaciones, pues ni el rey ni su consejo estuvieron nunca de acuerdo en proponer nuncios para las Indias, tal y como se le avisó al nuncio en la corte madrileña, y como quedó reflejado en las instrucciones a los virreyes derivadas de la Junta Magna de 1568:

Y porque meter la mano el nuncio en esto ni en otra cosa que a aquellas provincias toque podría traer inconvenientes de mucha consideración, se debe poner en ello remedio y no dar lugar a tal cosa.

⁹⁷⁹ Cfr. D. RAMOS PÉREZ: “La crisis indiana y la Junta Magna de 1568”, *Anuario de Historia de América Latina* 23 (1986), p. 4. Sobre la creación de este nuevo proyecto apostólico, L. SERRANO: *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el Pontificado de S. Pío V*, Madrid 1914, vol. II, pp. 350-351.

⁹⁸⁰ P. BORGES, O.F.M.: “Nuevos datos sobre la Comisión Pontificia para Indias de 1568”, *Missionalia Hispanica* 16 (1959), pp. 213-243.

⁹⁸¹ A. GARRIDO ARANDA: *Organización de la Iglesia en el reino de Granada y su proyección en Indias. Siglo XVI*, Madrid 1979, p. 181.

Por su parte, la comisión cardenalicia al no obtener los resultados que esperaba, acabó por disolverse a principios de 1569.

Ambas propuestas, nuncio y patriarca, se cruzaron en el tiempo, lo que se tradujo, finalmente, en la anulación de ambas iniciativas por la oposición de uno a la iniciativa del otro y viceversa⁹⁸². En ambos casos, volvieron a insistir sobre ambas propuestas. La idea de enviar un nuncio a América se planteó de nuevo con Gregorio XIII (1572-1585), y otra vez con Sixto V (1585-1590), quienes se declararon insatisfechos de que monarcas como Fernando V, Carlos I y Felipe II hubiesen situado a Roma al margen del Nuevo Mundo, de forma que estos pontífices acariciaron, en diferentes momentos, el proyecto de que la Santa Sede interviniera directamente en la reforma de la Iglesia de Indias, y con este fin se gestó en Roma el envío de un nuncio pontificio a Indias⁹⁸³.

Por su parte, Felipe II y sus ministros volvieron a intentarlo en 1572, recién elegido Gregorio XIII. El monarca escribía a don Juan de Zúñiga, su embajador en Roma, el 9 de septiembre de dicho año, para que insistiera en la obtención del patriarcado como institución perpetua, de presentación real y con residencia en la corte⁹⁸⁴. Esta petición formaba parte de un amplísimo plan sobre la iglesia indiana, en la que estaba incluido el patriarcado con jurisdicción. Gregorio XIII necesitaba ver todo con detenimiento y reunió para ello una congregación temporal de cardenales para estudiar la petición, quienes retomaron de buena gana la idea de enviar un nuncio a América. Con Gregorio XIII la propuesta del nuncio era más seria y amplia, toda vez que con Pío V se presentó al nuncio de Indias como un reformador de abusos, mientras que con Gregorio XIII aparecía como el administrador supremo de las cuestiones eclesiásticas de Indias a las órdenes de Roma. De nuevo se frustraron ambos intentos por los intereses de ambas partes. La táctica de Sixto V se fundaba en el nombre que dio al delegado en Indias, ya que se trataría de un visitador, en ningún caso de un nuncio. Con todo, Felipe II siguió sin aceptar tampoco al visitador por los recelos de que este cargo sirviera como canal por donde Roma comenzase a controlar los asuntos religiosos de Indias.

Esta situación comenzó a cambiar a finales del siglo XVI, cuando en 1591 Felipe II pedía a Roma el título honorífico de patriarca de Indias para don Pedro

⁹⁸² L. AYARRAGARAY: *La Iglesia en América y la dominación española. Estudio de la época colonial*, Buenos Aires 1920, pp. 105 y 114.

⁹⁸³ P. BORGES, O.F.M.: “La Santa Sede y América en el siglo XVI”, *op. cit.*, pp. 141-168; P. LETURIA, S.I.: “Felipe II y el Pontificado...”, *op. cit.*, pp. 62-65.

⁹⁸⁴ *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía*, Madrid 1864, vol. II, p. 154.

Moya de Contreras. Lo más interesante de este proceso es que —desde 1560 hasta 1591— no interesó nombrar a ningún patriarca hasta no obtener jurisdicción para él, no existió, por tanto, ningún patriarca de Indias durante 30 años. En 1591, se otorgó el título de patriarca de Indias al presidente del Consejo de Indias, don Pedro Moya de Contreras, tras un largo vacío desde el nombramiento de Antonio de Fonseca en 1553. Justificó Felipe II su petición a Roma en que Moya, al ser nombrado presidente del Consejo de Indias, debía abandonar el arzobispado y quedaría sin prelación, por eso había que honrarle. En Roma, se reunió la congregación de cardenales para tratar este asunto, hasta que el cardenal Gesualdo escribió al cardenal Mendoza que se despacharía favorablemente, siempre y cuando fuese de puro nombre, sin tener el patriarca jurisdicción, clero, pueblo ni sufragáneos a su disposición. Poco antes de morir Inocencio IX en 1591 se había concedido este patriarcado, pero no se ejecutó hasta ser ratificado por Clemente VIII al poco de salir elegido Papa. El problema era que Pedro Moya había muerto el 14 de enero de 1592, y Clemente VIII lo había ratificado el 30 de enero. Con todo, lo interesante del caso es que se volvía a solicitar el patriarcado sin jurisdicción y que Roma lo aceptó. Y es que desde que Moya de Contreras fuera nombrado presidente del Consejo de Indias en enero de 1591, dicho organismo, que se encargaba de la administración de los territorios americanos, sufrió un cambio brusco: el Consejo de Indias pasaba a manos de ministros que, como su presidente Moya, eran afines a Roma y favorables a su intromisión en los asuntos de Indias.

Pedro Moya de Contreras había conseguido entrar en la corte madrileña a la sombra del letrado castellano Juan de Ovando, quien le introdujo en el círculo de colaboradores de Diego de Espinosa. En 1567 fue nombrado maestrescuela y provisor de la Iglesia de Canarias, donde entabló amistad con el obispo Bartolomé de Torres, quien se mostraba protector de la todavía joven Compañía de Jesús. Por estos años, Moya comenzó a relacionarse con miembros del “partido ebolista” y con jesuitas afines al proyecto político y religioso de los mismos. De esta manera, Moya se confesaba con el jesuita Diego López, con quien realizó los *Ejercicios Espirituales*. A su regreso a la corte, Juan de Ovando le nombró primer inquisidor de Méjico en 1570⁹⁸⁵. Allí debía aplicar las reformas confesionales derivadas de la Junta Magna de 1568 y aplicar un método inquisitorial igual que el de la metrópoli; sin embargo, Moya limitó su actividad a una prudente actividad centrada en la persecución de hugonotes y anglicanos, lo que le trajo numerosos enfrentamientos con el virrey Martín Enríquez de Almansa. En 1574 fue

⁹⁸⁵ Sobre el personaje, la biografía de S. POOLE: *Pedro Moya de Contreras. Catholic Reform and Royal Power in New Spain*, Berkeley 1987.

nombrado arzobispo de Méjico y, desde 1583, realizó una visita general a la audiencia de dicho virreinato que se prolongó hasta 1586⁹⁸⁶. Volvió a la Península en 1588, y a partir de entonces su opinión fue requerida por el rey en diversas materias, no sólo referidas al servicio personal de los indios, sino también en los asuntos de patrimonio eclesiástico y elecciones de prelados y dignidades religiosas. Además, fue designado para culminar la visita al Consejo de Indias iniciada por Francisco de Villafañe, que había fallecido unos meses antes⁹⁸⁷. Este procedimiento, que se hallaba en relación con la pérdida de influencia sufrida por el “partido castellano” a partir de 1585, tuvo como consecuencia la sustitución del presidente Vega por el propio visitador Moya, del partido opositor que favorecía los intereses de los pontífices, comenzando a ejercer sus funciones en enero de 1591⁹⁸⁸.

En este nuevo contexto hay que comprender la aceptación del patriarcado por parte de Roma para un aliado suyo, don Pedro Moya. Al igual que los anteriores patriarcas, no tenía jurisdicción y la Santa Sede lo aceptó porque eran colaboradores suyos que procurarían, como así lo hicieron, el protagonismo de Roma, al menos, en los asuntos eclesiásticos y en el gobierno espiritual de América. Por otra parte, también se aceptó porque Roma ya no tenía la presión que el “partido castellano” ejercía sobre el pontífice para dar jurisdicción al patriarca, y la petición dejaba clara que el título solicitado era honorífico sin ejercicio del poder:

[A Moya de Contreras] tenga por bien de crearle y darle título de patriarca de las dichas Indias Oçidentales, sin exerçicio, como lo tuvieron don Antonio de Rojas y don Fernando Niño⁹⁸⁹.

4.2.1.3. *Dotación económica del patriarcado en tiempos de Felipe III*

Atrás quedaban los intentos de adjudicar jurisdicción al patriarcado de Indias por parte de Fernando “el Católico”, Carlos V o Felipe II. Se daba paso entonces, en el siglo XVII, a un título de patriarcado exclusivamente *ad honorem*, sin poder temporal alguno y sin volver a exigir a Roma un dirigente para los asuntos

⁹⁸⁶ Sobre su actividad en Méjico, J. PORRÚA TURANZAS (ed.): *Cinco cartas del ilustrísimo y excelentísimo señor don Pedro Moya de Contreras, arzobispo-virrey y primer inquisidor de la Nueva España*, Madrid 1962, pp. 121-151.

⁹⁸⁷ S. POOLE: “The last years of Pedro Moya de Contreras 1586-1591”, *The Americas* 47/1 (1990), pp. 1-38.

⁹⁸⁸ J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES (dirs): *Felipe II (1527-1598). La configuración...*, *op. cit.*, pp. 438-439.

⁹⁸⁹ Cfr. L. FRÍAS: “El patriarcado de las Indias occidentales. Documentos”, *op. cit.*, pp. 40-41.

espirituales de las Indias⁹⁹⁰. No obstante, el título de patriarca varió con Felipe III y, sobre todo, con Felipe IV, cuando se unió definitivamente al cargo de capellán mayor.

En noviembre de 1601, Felipe III quiso honrar con el título de patriarca de Indias a don Juan de Guzmán, sumiller de cortina y limosnero mayor de la reina Margarita de Austria, tanto por sus méritos, como por sentirse el monarca muy obligado hacia su hermana, la marquesa del Valle, doña Magdalena de Guzmán, aya de la infanta Ana Mauricia. En esta merced mucho tuvo que ver la amistad que unía a la marquesa y al limosnero con el todopoderoso duque de Lerma⁹⁹¹. Asimismo, la marquesa y su hermano eran fieles colaboradores de la familia Al-dobrandini, de modo que Clemente VIII, a priori, no debía tener ningún problema para dispensar tal petición⁹⁹². Hechas todas las pesquisas desde Roma para cerciorarse de que la solicitud era tan sólo honorífica, se hizo nombramiento el 15 de noviembre de 1602, no sin antes advertir de nuevo que el patriarca no tendría jurisdicción ni temporal ni espiritual, no podría pasar a las Indias y no recibiría el palio ni lo pediría; no obstante, podría firmar y llamarse patriarca de Indias, podría llevar roquete y otras insignias propias del patriarca, podría usar báculo y mitra en los oficios divinos y podría gozar de preeminencias en el ceremonial. Al ser nombrado patriarca tuvo que dejar su cargo de sumiller:

Con haber hecho á Juan de Guzman patriarca de las Indias dizen que dan su oficio de sumiller de la cortina á don Francisco de Rocafull canónigo de Valencia á quien tiene en su casa el secretario don Pedro Franqueza⁹⁹³.

Ahora bien, la mayoría de los estudios sobre el patriarcado insisten erróneamente en que nunca gozó de una renta dicha dignidad. Sin embargo, existe una cédula real expedida por Felipe IV en 1651 que informa de lo contrario, recordando el monarca que su padre Felipe III, en junio de 1603, rogó que el patriarca de Indias tuviera dotación, solicitando a Roma una autorización para dar 6.000

⁹⁹⁰ F. RUIZ GARCÍA: "Patriarcado de Indias y vicariato general castrense", *Revista Española de Derecho Canónico* XXIII/64 (1967), p. 453.

⁹⁹¹ J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, op. cit., vol. I, pp. 353-375.

⁹⁹² M. OLIVARI: "La marquesa del Valle: un caso de protagonismo político femenino en la España de Felipe III", *Historia Social* 57 (2007), pp. 99-126; L. FERNÁNDEZ MARTÍN, S.I.: "La marquesa del Valle. Una vida dramática en la corte de los Austrias", *Hispania* 39 (1979), pp. 559-638.

⁹⁹³ 25 de enero de 1603. L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid 1857, p. 166.

ducados de renta⁹⁹⁴ sobre diversas iglesias de México y Tlaxcala en los siguientes términos:

Habiendo Su Santidad á suplicacion del rey mi señor y padre que santa gloria haya erigido la dignidad de patriarca de las Indias, y provéidola por su presentacion en Juan de Guzman sumiller de cortina, la dotó entonces en seis mil ducados de renta, situados en los dos novenos que pertenecen a mi real hacienda en las iglesias de las ciudades de los reinos de México y la de Tlaxcala, repartidos en la forma que se contiene en las cédulas que sobre ello se despacharon en veintitres de junio del año de seiscientos tres⁹⁹⁵.

Resulta lógico, por tanto, que a partir de don Juan de Guzmán no hubiera interrupción en la sucesión de patriarcas por el beneficio económico que reportaba la dignidad, a pesar de que las condiciones jurisdicciones impuestas por Roma no tuviesen, durante todo el siglo XVII, variación alguna⁹⁹⁶.

El siguiente patriarca, don Juan Bautista de Acebedo, era también “hechura” del duque de Lerma, lo que le granjeó una brillante carrera al servicio de la Monarquía y de los intereses del valido⁹⁹⁷. Sirvió en su casa como preceptor de sus hijos, entre ellos, su primogénito Cristóbal Gómez de Sandoval y de la Cerda, duque de Uceda. Cuando la corte se trasladó a Valladolid en 1601, Acebedo fue nombrado obispo de dicha ciudad. El 3 de marzo de dicho año se informaba de que habían dado “el [obispado] de Valladolid al doctor Acebedo canónigo de Toledo que ha sido maestro de los hijos del duque de Lerma que vale 20.000 ducados”⁹⁹⁸. Poco después, en 1603, por medio de Lerma, fue promovido al cargo

⁹⁹⁴ Sobre esta dotación, en los documentos del Consejo de Indias se señalaba lo siguiente en 1603, “Juan de Guzmán, sumiller de cortina del Rey, fue electo patriarca de las Indias. Y entretanto que se dotaba le señaló el Rey 6 mil ducados en los novenos de las Indias, y que como se fuese dotando, fuesen vacando. Y le señaló en los dos novenos de Lima 1.500 ducados, que corriesen desde 16 de diciembre de 1602, que fue el día en que su Santidad le dio el fiat; y que éstos se le pagasen allá o se le enviasen por su cuenta y riesgo. Cédula 23 de junio” en Á. DE ALTOLAGUIRRE Y DUVALE y A. BONILLA Y SAN MARTÍN: *Índice General de los Papeles del Consejo de Indias*, Tomo III [*Colección de documentos inéditos de ultramar*, XVI], Madrid 1924, pp. 68-69.

⁹⁹⁵ Documento 66 de F. DE FONSECA y C. DE URRUTIA: *Historia General de Real Hacienda. Por orden del virrey, Conde de Revillagigedo*, Tomo III, Méjico 1850, pp. 183-185.

⁹⁹⁶ F. RUIZ GARCÍA: “Patriarcado de Indias y vicariato general castrense”, *op. cit.*, p. 466.

⁹⁹⁷ Sobre las “criaturas” de Lerma, C. PÉREZ BUSTAMANTE: *Felipe III. Semblanza de un monarca y perfiles de una privanza*, Madrid 1950, pp. 58-62.

⁹⁹⁸ L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España...*, *op. cit.*, p. 97.

de inquisidor general, para lo cual tuvo que dejar el obispado, por lo que el valido no dudó en pedir para su amigo la dignidad del patriarcado, garantizándole las suculentas ganancias que reportaba ostentar dicho título ⁹⁹⁹. El 16 de enero de 1606 se anunciaba que Acebedo era preconizado patriarca en consistorio:

Al obispo de Valladolid inquisidor general han hecho patriarca de las Indias que vacó por Juan de Guzman y tiene 10.000 ducados sobre tres obispados los más ricos de las Indias de pensión y entretanto que no se le pagaren allá por haber de vacar primero se le darán de las arcas reales ¹⁰⁰⁰.

Al tener que dejar el obispado de Valladolid, cuya renta era de 20.000 ducados, pareció oportuno incrementar, en 1608, la dotación del patriarcado de Indias de la siguiente forma ¹⁰⁰¹:

El patriarca don Juan Baptista de Azevedo resignó el obispado de Valladolid, por lo qual pareció poca renta la de 10.000 ducados del patriarcado, i se le aumentaron a 20.000, duplicando las situaciones hechas en los novenos, i así en los de México se le mandaron pagar 3.000 ducados, a 12 de febrero, y otros tantos en la Puebla [Nueva España].

Este incremento coincidía también con su nombramiento, en 1608, como presidente de Castilla. No obstante, fallecía poco después, en concreto el 8 de junio de ese mismo año ¹⁰⁰².

Sucedió a Juan Bautista de Acebedo, en la dignidad del patriarcado, don Pedro Manso. Por la relación de 23 de diciembre de 1606 se informaba de su rápido ascenso:

⁹⁹⁹ “El patriarcado se erigió á instancia del rey Felipe III, i se suplicó que se dotase en 10.000 ducados situados por pensión o en otra forma en las iglesias de las Indias. Fué presentado Juan de Guzman sumiller de cortina. I por su muerte D. Juan Baptista de Azevedo, obispo de Valladolid, inquisidor general. I por no aver llegado de Roma la resolución de la dicha situación, se hizo en los Novenos Reales. I en los de la Puebla se situaron 1.500 ducados, que corriesen desde primero de enero de 1606. Cédula a 16 de abril. I otros 1.500 en los de México”, en Á. DE ALTOLAGUIRRE Y DUVALE y A. BONILLA Y SAN MARTÍN: *Índice General de los Papeles del Consejo de Indias*, Tomo V [Colección de documentos inéditos de ultramar, XVIII], Madrid 1925, pp. 136-137.

¹⁰⁰⁰ 3 de septiembre de 1605, en L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España...*, *op. cit.*, p. 259.

¹⁰⁰¹ C. FERNÁNDEZ-DURO: “Noticias acerca del origen y sucesión del patriarcado de las Indias occidentales”, *op. cit.*, p. 211.

¹⁰⁰² A. FEROS: *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid 2006, p. 242.

Han hecho presidente de la chancillería de Valladolid al alcalde don Pedro Manso y al licenciado Pedro de Zamora del Consejo de Inquisición presidente de Granada personas de muchas partes, aunque por no pasar de treinta y seis años de edad don Pedro Manso ha parecido muy mozo para el cargo y por haberle pasado de alcalde á la dicha plaza ¹⁰⁰³.

Una vez fallecido Acebedo, Pedro Manso le sucedía en la presidencia del Consejo de Castilla. En esta elección fue clara la intervención del duque de Lerma, pues Pedro Manso era de su facción. Ninguno de estos dos personajes, ni Acebedo ni Manso, reunían la experiencia, la autoridad y el prestigio de su predecesor, el conde de Miranda. Por eso, el nombramiento de Manso causó una enorme decepción en la corte para los enemigos del valido ¹⁰⁰⁴:

Han proveido por presidente de Castilla, á don Pedro Manso, que lo era de Valladolid, el cual llegó aquí ayer á las once de la noche, de improviso, y sino lo supieran por un correo que despachó cierto oidor á su padre con la nueva, entrara primero que se entendiera; y así salieron al camino muchos señores y consejeros á encontrarle, y hoy ha tomado la posesion en el Consejo Real, lo cual ha causado admiracion á todos por haber subido en menos de dos años de alcalde de corte, á presidente de Castilla, si bien se dice que sus muchas partes merecen ocupar tan grande puesto es de edad de cuarenta años ¹⁰⁰⁵.

Junto a la presidencia, Pedro Manso recibía el título de patriarca de Indias en 1608 ¹⁰⁰⁶, con la pensión correspondiente a tal dignidad: “se le señalaron los dichos 20.000 ducados, i se le mandaron pagar por cédulas de 21 de febrero de 1609” ¹⁰⁰⁷.

En noviembre de 1610, Pedro Manso enfermaba, falleciendo el día 30 del mismo mes ¹⁰⁰⁸. Durante 5 años estuvo vacante el patriarcado, cuyas rentas quiso

¹⁰⁰³ L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España...*, *op. cit.*, p. 296.

¹⁰⁰⁴ *Ibidem*, p. 243.

¹⁰⁰⁵ Relación del 30 de agosto de 1608 en *Ibidem*, p. 346

¹⁰⁰⁶ En la misma relación se informaba de que “al cardenal de Toledo se ha dado la Inquisición General y se ha enviado á Roma por el breve de Su Santidad para ello y juntamente por las bulas de patriarca de las Indias para el presidente de Castilla”.

¹⁰⁰⁷ En Á. DE ALTOLAGUIRRE Y DUVALE y A. BONILLA Y SAN MARTÍN: *Índice General de los Papeles del Consejo de Indias*, Tomo V, *op. cit.*, p. 141.

¹⁰⁰⁸ El 20 de noviembre de 1610 se informaba de que: “El patriarca que antes era presidente está todavía enfermo y se le va secando el lado derecho pero si curase sin duda le ocuparían con alguna iglesia entretanto goza del salario de presidente con su dignidad que todo

Felipe III que se aplicaran al proyecto religioso de la reina Margarita de Austria: la construcción del monasterio de la Encarnación de agustinas recoletas:

Los 20.000 ducados de la dotación del patriarcado de las Indias se aplicaron, por cinco años, a la fundación del monasterio de la Encarnación desta villa, por decreto del Rey y auto del Consejo, a 30 de mayo. Estaban en el Perú situados los 14 mil en los Novenos: 4 mil en la iglesia de Lima, 5 mil en la del Cuzco, 5 mil en la de los Charcas. Estaba entonces el patriarcado en don Pedro Manso, presidente de Castilla, que murió a 30 de noviembre de 1610, y se suspendió la presentación, y la renta se aplicó a lo susodicho ¹⁰⁰⁹.

En 1616, el patriarcado de Indias, con su renta de 20.000 ducados, pasaba a manos de Diego de Guzmán, también nombrado limosnero mayor y capellán mayor del rey. A partir de entonces los oficios de limosnero mayor y capellán mayor de la capilla real quedaban unidos a la dignidad patriarcal. Con ello, se cerraba un proceso en el que el patriarca de Indias, por su propia condición y por las facultades que le correspondían en tanto que era limosnero y capellán mayor, se alzaba como un todopoderoso en las cuestiones espirituales de la corte.

4.2.1.4. *Diego de Guzmán y la unión de la dignidad del patriarcado al oficio de capellán mayor y limosnero mayor*

Para comprender mejor la importancia de la unión de la dignidad del patriarcado de Indias con los oficios de capellán mayor y de limosnero mayor, es preciso, al menos en síntesis, explicar el valor espiritual y el poder temporal que tenían ambos oficios en la capilla real. En tiempos de Carlos V, el limosnero mayor se había convertido en el jefe efectivo de la capilla flamenca del emperador, pero sólo de su sector borgoñón, en ningún caso del castellano; por eso, Carlos V, como titular de la casa de Castilla, disponía también de un capellán mayor que era el arzobispo de Santiago. Este privilegio a través del cual se establecía la vinculación del cargo de capellán mayor a la dignidad arzobispal de Santiago de Compostela se otorgó en 1127 durante el reinado de Alfonso VII emperador ¹⁰¹⁰. Al tener el

vale 24.000 ducados” en L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España...*, *op. cit.*, p. 422.

¹⁰⁰⁹ En Á. DE ALTOLAGUIRRE Y DUVALE y A. BONILLA Y SAN MARTÍN: *Índice General de los Papeles del Consejo de Indias*, Tomo I [*Colección de documentos inéditos de ultramar*, XIV], Madrid 1923, pp. 181-182.

¹⁰¹⁰ H. PIZARRO LLORENTE: “La capilla real, espacio de la lucha faccional”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. I, p. 182.

arzobispo poco contacto con la corte, se dio facultad para otorgar poder a otro prelado en la corte que hiciera sus veces, todo ello con el consentimiento del arzobispo de Santiago ¹⁰¹¹.

El capellán mayor, arzobispo de Santiago, mantuvo su preeminencia durante los primeros años del reinado de Felipe II pero el responsable directo de la vida cotidiana de la capilla era, como lo fue con su padre, el limosnero mayor de la casa de Borgoña. El capellán mayor, adscrito a la casa de Castilla, tenía de quitación 100.000 maravedíes al año. Por prerrogativa de la Santa Sede era juez de la capilla, y en los delitos de índole eclesiástica, de toda la corte. Además examinaba a los nuevos capellanes y cantores previamente a su ingreso. La ausencia del capellán mayor arzobispo de Santiago, sumado a los interminables procesos jurisdiccionales y administrativos para poder delegar las funciones del capellán mayor a otro prelado de la corte, llevó a Felipe II a poner en marcha el proceso para comisionar a un prelado que residiese efectivamente en la corte. El siguiente paso fue solicitar a Roma la facultad para nombrar otro capellán mayor de entre los miembros de su casa, lo que obtuvo por un breve de Pío V el 7 de junio de 1569 ¹⁰¹². Para

¹⁰¹¹ A. LÓPEZ FERREIRO: *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, Santiago 1905, vol. VIII, pp. 33-35.

¹⁰¹² “Breve de nuestro muy S. P. Benedicto XIV a favor de la capilla real, dado en 27 de junio de 1753, en que inserta, confirma y explica todos los privilegios anteriores, y da una regla fija para el buen gobierno de dicha capilla” en RAH, 16/2872. En este mismo documento, en las pp. 69-71, al indicar la relación de breves de los Papas anteriores que concedieron diferentes privilegios, gracias e indultos a la capilla real y al capellán mayor se recuerda que: “Por quanto pues la suplica, que por parte de nuestro muy amado en Christo hijo Phelipe, rey católico de las Españas, se nos manifestó, contenía que aunque la cura de almas de la familia real de dicho rey Phelipe, y de sus parientes consanguíneos, y afines, y de todas y cada una de las personas, assi naturales de los Reynos, y dominios de España, y demás dominio sujetos al mismo rey Phelipe, como estrangeras, que de varias partes, y diferentes reynos, y dominios del mundo acuden cada dia con motivo de negocios a la corte de dicho rey, y que quieren residir, y residen en ella, y siguen la misma corte, està por indulto apostolico, o por antigua, e inmemorial costumbre a cargo del arzobispo de Santiago, que por tiempo fuere, como capellan mayor de la capilla de dicho rey Phelipe, sin embargo hallándose el mismo arzobispo, assi por la dilatada extensión de su diocesi, y continuo concurso de estrangeros a diferentes lugares de ella, como tambien para instruir al pueblo confiado a su cuidado, y ocurrir a diversos inconvenientes que pueden principalmente en las peligrosas circunstancias de estos tiempos acontecer en dicha diocesi, precisado a residir casi siempre personalmente en la iglesia de Santiago, o en su diocesi, adonde le llama el gobierno de ella, no puede exercer por sí la referida cura de almas, no obstante ser esto muy necesario, mayormente quando los ordinarios, y los parrochos de las iglesias de las ciudades, villas o de lugares en donde reside el dicho Rey Phelipe, y la dicha su corte, no acostumbran exercer cura de almas, sino sobre sus subditos, y los naturales de dichas ciudades,

honrar la tradición de los reyes castellano-leoneses, mientras el arzobispo de Santiago estuviese en la corte, seguiría manteniendo su preeminencia sobre la capilla, pero a título meramente honorífico y sin percibir quitación. En virtud del anterior breve, en 1574, el monarca nombró para tal efecto a Luis Manrique su limosnero mayor. Para cerrar el proceso, Felipe II aprovechó la sucesión en el cargo de García de Loaysa de limosnero mayor para unir formalmente y con carácter definitivo en su persona, el cargo de limosnero con el de capellán mayor ¹⁰¹³, siendo el oficio más importante de la capilla real, dada la unión en una sola persona de los dos cargos principales de las capillas de las casas de Castilla y Borgoña ¹⁰¹⁴.

La nueva figura del capellán mayor y limosnero mayor debía repartir las limosnas ofrecidas por el monarca, y en tanto que limosnero mayor de la casa de Borgoña, recibiría 30 placas al día de gajes (109.500 maravedís al año), más ración de pan y vino diaria, hachas y derecho a una acémila en los desplazamientos de la corte. El limosnero se encargaba del servicio diario de la capilla sólo en lo espiritual, porque en lo temporal seguía siéndolo el mayordomo mayor, jefe supremo de las casas reales. Al limosnero mayor debían dar obediencia todos los integrantes de la capilla en ausencia del capellán mayor. Desde la unificación de ambos cargos en García de Loaysa en 1584, al ser ya capellán mayor por derecho, su autoridad se hizo absoluta. Con García de Loaysa la capilla iniciaba una nueva etapa, y había sido él el encargado de adecuar el organismo al nuevo diseño político, aplicando una serie de reformas en el gobierno de la Monarquía que afectaban también al funcionamiento de la capilla real ¹⁰¹⁵.

villas y lugares, de lo que se sigue quedar las personas de la familia del expresado Rey Phelipe, y los demas cortesanos sin pastor, y abandonada la cura de almas de dicha familia, y demas cortesanos con grave peligro, y perjuicio de sus almas; y por quanto para ocurrir a los inconvenientes, y peligros que de esto pueden resultar, y principalmente para que el dicho capellan mayor sea capellan del dicho rey Phelipe, y sirva a la dicha su real capilla, pareciendo justo que en ausencia del dicho Arzobispo de dicha corte, el expresado Rey Phelipe nombre un capellán mayor, y el mismo rey por esta razon nos hizo suplicar rendidamente que con nuestra apostolica benignidad nos dignassemos de dar oportuna providencia en orden a lo arriba mencionado”.

¹⁰¹³ M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real...*, *op. cit.*, f. 82v; V. TORTORETTI: *Capilla Real. Con observaciones propias de la del Rei Catholico N. S. D. Felipe IV el Grande. Por D. Vicencio Tortoretti y Nápoles su capellán de banco. Consagrada a Su Magestad*, Madrid 1630, ff. 37r-v.

¹⁰¹⁴ R. MAYORAL LÓPEZ: “La capilla real”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, *op. cit.*, vol. I, p. 353.

¹⁰¹⁵ H. PIZARRO LLORENTE: “La capilla real...”, *op. cit.*, p. 187.

Los cambios más significativos afectaban al cargo de receptor, el cual quedaba prácticamente excluido y relegado de sus funciones, si bien hasta ese momento gozaba de gran poder en la capilla por ser el organizador de la vida cotidiana al ser el administrador que se encargaba de la asignación a los capellanes por los servicios que habían de realizar. Asimismo, se creó un nuevo oficio, el de maestro de ceremonias, que anteriormente era realizado por el sacristán mayor. Esta nueva creación respondía a la integración territorial de Portugal en la Monarquía, y con ella, de parte del ceremonial luso ¹⁰¹⁶.

La nueva organización de la capilla, que formaba parte de la remodelación que se estaba produciendo en la Monarquía, y del proceso de integración de ambas capillas, la castellana y la borgoñona, en una sola, explicaría la intención de Felipe II de reunir en García de Loaysa el cargo de capellán mayor y de limosnero mayor, con una autoridad en la capilla insólita hasta ese momento, que le permitió efectuar las reformas proyectadas, reorganizando la misma. Loaysa recibió unas instrucciones en las que su principal labor era velar por la rectitud espiritual de la corte, escogiendo a las personas más idóneas que debían integrar la capilla real. Se vislumbraba así un patronazgo en la capilla por parte de la figura máxima, que era el capellán mayor y limosnero real. Loaysa debía proponer al monarca a los mejores miembros que podrían percibir alguna pensión para premiar sus virtudes y debía vigilar la comisión de pecados públicos por parte de los cortesanos, teniendo la facultad de absolver a los mismos de sus pecados y casos reservados desde la concesión papal de 1574 ¹⁰¹⁷.

Años más tarde, en concreto el 3 de abril de 1591, Gregorio XIV ampliaba las facultades al capellán mayor, pues le otorgaba la instauración de un tribunal en la capilla real para juzgar las causas de los miembros de la misma, estando a la cabeza el juez de capilla, que era el capellán mayor. Al mismo tiempo, se dotaba al capellán mayor con la dignidad de sacristán mayor. Asimismo, el capellán mayor se ocuparía de administrar, en calidad de cura de palacio, los sacramentos a la familia real, y aconsejar al rey en todo lo concerniente a los asuntos eclesiásticos y ceremoniales religiosos. Y añadía:

Que el dicho capellan mayor pueda tener los ministros, y oficiales necesarios para exercer omnimoda jurisdiccion de potestad apostolica como juex, assi de la

¹⁰¹⁶ F. LABRADOR ARROYO: “Organización y estructura de la casa real portuguesa. La capilla”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 827-829.

¹⁰¹⁷ L. ROBLEDÓ ESTAIRE, T. KNIGHTON, C. BORDÁS IBÁÑEZ y J. J. CARRERAS ARES (eds.): *Aspectos de la cultura musical en la corte de Felipe II*, Madrid 2000, p. 116.

corte, y palacio, como de la expressada capilla, y de los demás arriba dichos, los quales nombrados por èl, y por orden suya exercerán sus oficios, y jurisdiccion, assi en las cusas de los sumilleres, capellanes y sirvientes de oratorio de la capilla, y de los cantores, y ministros de ella, como en las de las otras personas, de qualquiera nacion que sean, que sirvieren al dicho Rey, a las personas reales, y a la real prole, pero solo sobre aquellos que fueren verdaderamente de la corte: que asimismo pueda el dicho capellan mayor por sí, o por sus ministros, nombrar confesores regulares, con licencia de sus superiores, o seculares para la cura de almas de dicho palacio, y examinar, o hacer examinar a los capellanes, y clérigos que sirvieren a dicho rey Phelipe, y a la casa real en dicha capilla, y oratorio, para decir missa, confessar, y predicar la palabra de Dios, y darles la licencia, y facultad para executarlo; como tambien llamar predicadores regulares, y seculares en dicha corte, o fuera de ella, para que prediquen la palabra de Dios en la expressada capilla real, y casa donde estuviere el dicho Rey Phelipe, y su corte; de manera, que ningun ordinario del lugar en donde la dicha corte, o el dicho Rey Phelipe, o su casa estuviere, ya sea de passo, u de asiento, o aunque sea con motivo de diversion, pueda impedir la predicacion de la palabra de Dios; y finalmente, que el dicho capellan mayor pueda, si le pareciere, libre y lícitamente, y sin ningun escrupulo de conciencia, y sin incurrir en censura eclesiástica, colocar, atendiendo siempre a la decencia, y a la necesidad, el Santissimo Sacramento de la Eucharistia, y el de la Extrema-Unción en dicha real capilla, para que se lleven con mas comodidad a los enfermos, y enfermas que huviere en dicho palacio, y se eviten muchos inconvenientes que de lo contrario pudieran resultar ¹⁰¹⁸.

Todas estas concesiones cerraban la transformación que se estaba produciendo en el cargo de capellán mayor y limosnero, teniendo en cuenta que también respondían a una necesidad de igualar este cargo al de su homónimo en la capilla real de la casa lusa, arzobispo de Lisboa, tras la incorporación del reino portugués. Paralelamente, se redefinían las facultades del oficio de limosnero mayor, al igual que sucedía con otros oficios pertenecientes a la casa de Borgoña. Así, el limosnero mayor (también capellán mayor), continuaba con su función primordial, el reparto de las limosnas, pero además, le correspondía consultar con el monarca las plazas de los capellanes, cantores y colegiales de la casa de Borgoña. Asimismo, gozaba de gran cercanía al monarca, y por ello tenía asignadas las siguientes facultades: repartir la vianda en la mesa real en los días que el precepto marcaba la prohibición de comer carne, levantaba el terliz que cubría el sitial cuando el rey entraba en la dignidad, le servía el libro de los Evangelios y le daba

¹⁰¹⁸ “Breve de nuestro muy S. P. Benedicto XIV a favor de la capilla real, dado en 27 de junio de 1753, en que inserta, confirma y explica todos los privilegios anteriores, y da una regla fixa para el buen gobierno de dicha capilla” (RAH, 16/2872, pp. 78-80).

la paz y acompañaba al monarca en el recorrido por las estaciones del Jueves Santo, suministrando la ofrenda correspondiente en cada iglesia. Del mismo modo, realizaba el lavatorio de pies a 13 pobres al igual que hacía el monarca y adoraba la cruz el Viernes Santo dentro de la capilla al igual que el rey. Por último, acompañaba al monarca cuando acudía a la capilla, ocupando el limosnero mayor un lugar preeminente en el banco de los capellanes ¹⁰¹⁹.

Cuando parecía cerrado el proceso de integración del capellán mayor de la casa de Castilla con el limosnero mayor de la de Borgoña, vino a unirse además la dignidad del patriarcado de Indias a ambos oficios de la capilla real en la persona de Diego de Guzmán ¹⁰²⁰.

La biografía de este importante personaje revela que, durante todo el reinado de Felipe III, controló de manera exclusiva el servicio espiritual de la familia real: natural de Ávila, era hijo de don Pedro de Guzmán, comendador de Castroverde de la Orden de Santiago, caballero de la reina Ana y gentilhomme de la cámara de Felipe II, y de su consorte doña Mencía de Benavides. Fue capellán de los Reyes Nuevos de Toledo, prior de Santa María de la Puente en 1601, capellán mayor de las Descalzas Reales en junio de 1602 (donde estuvo al servicio de la emperatriz María y de su hija sor Margarita de la Cruz) y prelado del convento de Santa Isabel de monjas recoletas. El 3 de diciembre de 1608 era recibido como capellán mayor y limosnero mayor de la capilla real ¹⁰²¹. También fue canónigo de la iglesia de Toledo y abad de Santander en abril de 1609. A su vez, ejerció como maestro de la infanta doña Ana desde enero de 1609, y de la infanta doña María desde febrero de 1611. Disfrutó de la dignidad del patriarcado de Indias desde 1616, fue miembro de los Consejos de Estado e Inquisición desde septiembre de ese mismo año, obispo de Tiro, comisario general de Cruzada en 1619, e inquisidor general. En marzo de 1624 acompañó a Felipe IV en su visita a Sevilla, solicitando una sede vacante en esos momentos, consiguiendo ser preconizado en Roma el 15 de septiembre de 1625 ¹⁰²². Tres años

¹⁰¹⁹ RAH, 9/3983, s.f., “De las preeminencias del limosnero mayor”.

¹⁰²⁰ AGP, Reg. 6151, f. 20r.

¹⁰²¹ El 20 de diciembre de 1608 se informaba que “Han hecho capellán y limosnero mayor de S. M. á don Diego de Guzmán que era capellán mayor de las Descalzas franciscas” (L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España...*, op. cit., p. 357).

¹⁰²² El capellán Mateo Frasso resumía de la siguiente forma los oficios, prebendas y dignidades que había alcanzado Diego de Guzmán a lo largo de su vida: “Don Diego de Guzmán, capellán de S. M., capellán de los Reyes nuevos de Toledo, prior de Santa María de la Puente, y capellán mayor de las Descalzas Reales con la dignidad de capellán mayor, se le

más tarde, en 1628, Diego de Guzmán abandonó su diócesis para acompañar a doña María al Imperio con motivo de su casamiento con el emperador Fernando III y en julio de 1630 fue hecho cardenal ¹⁰²³.

La brillante carrera eclesiástica de don Diego de Guzmán era debida, en buena medida, a su adhesión a la facción liderada por el duque de Lerma, que controlaba la administración de la Monarquía durante las primeras décadas del reinado de Felipe III. Tras su nombramiento como capellán mayor en 1608, Diego de Guzmán escribía al duque de Lerma agradeciéndole su intervención:

sabe Nuestro Señor el cuidado con que estoy de cumplir con las obligaciones de el oficio en que Vuestra Excelencia me ha puesto. Su Magestad Divina me aiude para ello y sepa reconocer y servir a V. Ex. el favor y merced que me hace ¹⁰²⁴.

No obstante, Diego de Guzmán supo desvincularse del gobierno de Lerma cuando comenzó a ser cuestionado por su manera de administrar la Monarquía, tras el fracaso de la Junta de Desempeño que acabó con el alejamiento cortesano de los clientes de Lerma, Pedro de Franqueza y Ramírez de Prado ¹⁰²⁵. Ante la

dio también la de limosnero mayor el año 1609, fue nombrado maestro de la Señora Infanta doña Ana de Austria que fue Reyna de Francia, y se le hizo merced de una canongía de Toledo y de la abadía de Santander, el de 1612 fue nombrado maestro de la señora princesa doña Isabel de Borbón que fue reyna de España, y se le hizo merced de una plaza en el Consejo de Inquisición. El domingo 20 de septiembre 1616 fue consagrado arzobispo de Tyro en San Lorenzo el Real por el arzobispo de Santiago. El de 1619 le nombro S. M. Comisario general de la Cruzada, el de 1625 le presento para el arzobispado de Sevilla, el de 1630 fue creado cardenal, y el siguiente 1631 falleció en Ancona”, en M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real...*, *op. cit.*, ff. 53r-v.

¹⁰²³ C. ROS: *Los Arzobispos de Sevilla. Luces y sombras en la sede hispalense*, Sevilla 1986, pp. 175-178.

¹⁰²⁴ I. EZQUERRA REVILLA y E. JIMÉNEZ PABLO: “Lista alfabética de los servidores de la casa de Felipe III”, *op. cit.*, p. 312.

¹⁰²⁵ R. GÓMEZ RIVERO: “El juicio al secretario de Estado Pedro Franqueza, conde de Villalonga”, *Ius Fugit (Revista interdisciplinar de estudios histórico-jurídicos)* 10-11 (2001-2003), pp. 401-531; J.-M. PELORSON: “Para una reinterpretación de la Junta de Desempeño General (1603-1606) a la luz de la visita de Alonso Ramírez de Prado y de don Pedro Franqueza, conde de Villalonga”, en *Actas del IV Symposium de Historia de la Administración*, Alcalá de Henares 1982, pp. 613-628; J. M. TORRAS I RIBÉ: “La visita contra Pedro Franqueza (1607-1614): un proceso político en la Monarquía hispánica de los Austrias”, *Pedralbes. Revista d'història moderna* 17 (1997), pp. 153-189; A. GUERRERO MAYLLO: “D. Pedro Franqueza y Esteve: De regidor madrileño a Secretario de Estado”, *Pedralbes. Revista d'història moderna* 11 (1991), pp. 79-90.

inminente caída en desgracia del duque de Lerma, Diego de Guzmán comenzó a tratar con sus enemigos, primero acercándose a la reina Margarita de Austria, con la cual llegó a tener una buena amistad (muestra de ello es el elogio que le dedica en su obra biográfica sobre la reina) y, a su muerte en 1611, con ministros contrarios al gobierno de Lerma como su propio hijo, el duque de Uceda. Esta unión a la facción de Uceda en los últimos años del reinado, fue un intento desesperado del patriarca por mantenerse en una elevada posición en la corte madrileña ¹⁰²⁶.

Durante el reinado de Felipe IV, una de las primeras acciones del nuevo monarca y su valido, el conde duque de Olivares, fue apartar a los ministros del reinado anterior, entre ellos al patriarca Diego de Guzmán, para colocar, en su lugar, a fieles colaboradores de Olivares. Esta persecución a los antiguos ministros, se justificó en la providencia y su castigo divino, toda vez que para arreglar los problemas de la Monarquía había que castigar a los culpables por su mal gobierno. De esta manera, fray Juan de Santa María culpaba a estos ministros por llevar a la Monarquía a su descomposición con la forma de gobernar que habían llevado durante el reinado de Felipe III ¹⁰²⁷. Otros religiosos como la priora de la Encarnación sor Mariana de San José, o predicadores reales como el jesuita Jerónimo de Florencia quienes “apretaban en los sermones” contribuyeron a la caída del duque de Lerma ¹⁰²⁸. Por ello, Felipe IV estaba en la obligación de perseguir y sentenciar a estos ministros del anterior reinado.

Lerma ya estaba exiliado en Valladolid cuando Santa María daba el nombre de las “hechuras” de Lerma que debían recibir el mismo castigo. Entre ellos aparecía el nombre de Diego de Guzmán, patriarca de Indias, además del inquisidor general fray Luis de Aliaga, el presidente del Consejo de Castilla Fernando de Acebedo, y el secretario real Juan de Ciriza. Estos 4, en connivencia con el duque de Uceda, habían conseguido la caída de Lerma, pero seguían siendo en palabras del fraile “instrumentos de todo el mal” de la Monarquía que acabaron con la vida de Felipe III ¹⁰²⁹. Felipe IV siguió estos avisos, cesándoles en sus oficios y expulsando a otros, pero el patriarca de Indias no sufrió ningún castigo, pues fue promocionado al arzobispado de Sevilla en 1625, lo que no era

¹⁰²⁶ R. MAYORAL LÓPEZ: “La capilla real”, *op. cit.*, p. 365.

¹⁰²⁷ “Lo que su Majestad debe executar con toda brevedad, y las causas principales de la destrucción de la Monarchía. Diole a su Majestad el padre fray Juan de Santa María, en 6 de abril de 1621” en AHN, Estado, lib. 832, ff. 323-338.

¹⁰²⁸ C. PÉREZ BUSTAMANTE: *Felipe III. Semblanza de un monarca...*, *op. cit.*, p. 106.

¹⁰²⁹ J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 133.

ni mucho menos un castigo, pero sí un alejamiento de los asuntos de la corte, abandonando también el patriarcado de Indias¹⁰³⁰.

Desde que el capellán mayor y limosnero obtuvo la dignidad del patriarcado de Indias, firmaba toda la documentación concerniente a la real capilla como “patriarcha de Indias”; de esta manera, el patriarca se mostraba como la figura más importante y de mayor poder en el organigrama de la capilla real. No sólo en dicho espacio, sino que su participación en las juntas de gobierno era en calidad de patriarca de Indias. Lógicamente esta dignidad seguía siendo honorífica, porque no teniendo iglesia patriarcal en las Indias, no podía el eclesiástico investido de ella, consagrarse a título de la misma, ni pedir el palio, ni ejercer jurisdicción voluntaria o contenciosa. Sin embargo, al unir en Diego de Guzmán dicha dignidad a sus oficios de la capilla real tenía jurisdicción “*in utroque foro*” como capellán mayor y limosnero del monarca. De esta forma el patriarca, en tanto que capellán mayor y limosnero, tenía jurisdicción sobre todos los clérigos dependientes del palacio real, nombrando los titulares de las parroquias, oratorios, iglesias, patronatos de la corona y capillas de los reales sitios.

Como patriarca de Indias, Diego de Guzmán debía encargarse de los actos devocionales de los monarcas¹⁰³¹, siendo el director de los oficios divinos que se debían realizar en palacio. Debía también velar por la disciplina de los clérigos y por la posición social que ocupaban los capellanes¹⁰³², y gozaba de un papel preeminente en el ceremonial religioso: acompañando al monarca, oficiando las celebraciones litúrgicas, en el asiento asignado, en el reparto de limosnas... Con Diego de Guzmán se consiguió que el patriarca de Indias pudiese celebrar los oficios divinos sin necesidad de recurrir a otros preladados para ceremonias como las misas pontificales, además de mejorar el asiento y obtener, por tanto, un lugar preeminente como patriarca en las ceremonias. Mateo Frasso, en su tratado sobre la capilla, ponía de manifiesto el prestigio que la dignidad del patriarcado aportaba al cargo de capellán mayor y limosnero:

¹⁰³⁰ C. ROS: *Los Arzobispos de Sevilla...*, *op. cit.*, pp. 175-178.

¹⁰³¹ En RAH, 9/476, existe un documento que explica todas las festividades a las que acudían los monarcas en torno a la capilla real, con el nombre de: “Lo que se va haciendo en la real capilla de Su Magestad y en las partes donde su Magestad sale a officios divinos y todo lo que toca al officio de capellán mayor va asentando aquí don Diego de Guzmán, capellán y limosnero mayor de sus Magestades desde oy”. En esta relación aparecen diariamente las oraciones, misas, iglesias que visitaban, fiestas y predicadores, de los años 1609-1610 y luego 1624-1626.

¹⁰³² V. TORTORETTI: *Capilla Real...*, *op. cit.*, ff. 34r-36r.

Capítulo 1.4: *La capilla real*

Y considerando S. M. los graves inconvenientes que se seguían de ser su capellán mayor hombre solamente constituido en el grado de sacerdocio pidió, y consiguió en Roma para el que ejercitaba el puesto en la real capilla la dignidad de patriarca de Indias¹⁰³³.

Asimismo, económicamente, tras los 5 años en que la renta del patriarcado fue utilizada para la fundación del convento de la Encarnación, en 1616 se le otorgó a Diego de Guzmán al dotarle con la dignidad del patriarcado de Indias, tener 8.000 ducados de renta, ya no 20.000, por cédula del 14 de septiembre de ese año, en los novenos de las iglesias de la Ciudad de los Reyes y de Tlaxcala¹⁰³⁴. De esta forma, la dotación del patriarca disminuyó, pero al incorporar la dignidad a sus cargos en la capilla, se compensaba, además de tener jurisdicción y prestigio.

Todavía, el 9 de mayo de 1623, el pontífice Gregorio XV concedía la petición de Felipe IV de aumentar las facultades y la jurisdicción concedidas al capellán mayor, expidiendo el siguiente breve en el que se declaraba que el capellán debía estar “sujeto inmediatamente a la Sede apostólica”. Asimismo debía procurar:

La cura de almas de la familia real de vuestros parientes consanguíneos, y afines; y de todas las personas que con motivo de negocios concurren en vuestra corte, moran en ella, y la siguen, pueda en cualesquiera ciudades, villas, y lugares, donde V. Mag. y su real corte residiere continuamente, o por tiempo determinado, ejercer la cura de almas de vuestra familia, y de todas y cada una de las personas, así naturales de vuestros reynos, y dominios como extranjeras, que fueren dependientes de la corte, y la siguieren, de qualquier estado, grado, orden, condición, y preeminencia que sean, así eclesiásticas, como seculares (excepto los arzobispos y obispos), y llamarse rector de ellas, corregirlas, visitarlas, y ejercer sobre ellas omnimoda jurisdicción ordinaria, y todas y cada una de las demás cosas que por derecho, o costumbre, o de otra qualquier manera han acostumbrado hacer, y ejercer en sus diócesis los arzobispos, obispos, y demás ordinarios¹⁰³⁵.

A continuación se describían todas sus facultades, entre las que destacaba que el capellán mayor debía ejercer su jurisdicción ordinaria nombrando a los ministros y oficiales de la capilla (sumilleres, capellanes, sirvientes de oratorio, cantores...). Que él era juez de la capilla, de manera que estaba obligado a examinar a

¹⁰³³ M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real...*, *op. cit.*, f. 52r.

¹⁰³⁴ Documento 66 de F. DE FONSECA y C. DE URRUTIA: *Historia General de Real Hacienda...*, *op. cit.*, tomo III, pp. 183-185.

¹⁰³⁵ “Breve de nuestro muy S. P. Benedicto XIV a favor de la capilla real, dado en 27 de junio de 1753, en que inserta, confirma y explica todos los privilegios anteriores, y da una regla fija para el buen gobierno de dicha capilla”, en RAH, 16/2872, pp. 82-83.

los ministros y oficiales de la misma para poder darles licencia para decir misa, confesar y predicar la palabra de Dios. El capellán mayor podía absolver a dichos ministros de la sentencia de excomunión, borrando toda mancha infame. Respecto al monarca y los cortesanos, el capellán mayor podía administrarles todos los sacramentos y absolverles, si lo creía conveniente, de cualquier delito o crimen. Finalmente, el capellán mayor daba licencia a los cortesanos para elegir a uno u otro confesor.

4.2.1.5. *El patriarca de Indias durante el reinado de Felipe IV:*
Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno”

Casi todo el reinado de Felipe IV, don Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno” ocupó el cargo de capellán mayor y limosnero mayor, al que se le unió la dignidad patriarcal. Con todo, antes que él hubo otro patriarca durante apenas dos años (1625-1626), don Andrés Pacheco de Cárdenas, que fue entonces el séptimo.

Hijo de don Alonso Téllez Girón, caballero de la Orden de Santiago y comendador de Medina de las Torres, y de su mujer doña Juana de Cárdenas, señores de la Puebla de Montalbán, fue también sobrino de Pedro Pacheco Ladrón de Guevara, cardenal y virrey de Nápoles. Andrés Pacheco se dedicó a la carrera eclesiástica, en la que destacó como teólogo tras estudiar en la Universidad de Alcalá de Henares, donde se graduó como doctor. Fue abad de San Vicente, dignidad de la Santa Iglesia de Toledo, y después abad de la de Alcalá. Felipe II le designó como maestro de su sobrino el archiduque cardenal Alberto y fue obispo de Pamplona en 1587 y, un año más tarde, obispo de Segovia¹⁰³⁶. En 1601 se le designó al obispado de Cuenca, donde estuvo hasta 1622; no obstante, en 1609 se le propuso como arzobispo de Sevilla, merced que no aceptó.

La entrada de Pacheco en la política cortesana estuvo en consonancia con el ascenso del conde duque de Olivares como primer ministro. En 1622, abandonó el obispado de Cuenca por petición del Conde Duque, quien le requería como nuevo inquisidor general (1622-1626), al mismo tiempo que lo metía en al Junta de Reforma junto a los presidentes de los consejos, el confesor del rey fray Antonio de Sotomayor y el confesor de Olivares, el P. Hernando de Salazar¹⁰³⁷. Por si fuera poco, Olivares persuadió a Felipe IV para que le diese el patriarcado de Indias y otras rentas, y le hizo además consejero de estado, como forma de compensar el haber abandonado el obispado de Cuenca. Falleció en 1626, siendo enterrado

¹⁰³⁶ D. COLMENARES: *Historia de la insigne ciudad de Segovia y compendio de las historias de Castilla*, Segovia 1982, capítulo XLVII.

¹⁰³⁷ J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, op. cit., pp. 145-146.

en el convento de carmelitas descalzos de dicha ciudad, que mandó construir él mismo durante su obispado¹⁰³⁸. A su muerte, le sucedió en el patriarcado el capellán mayor:

[A don Andrés Pacheco] Sucedióle don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, [...] la noticia le alcanzó en Andalucía en casa de sus padres, los duques de Medina Sidonia. Consagrose primero arzobispo titular de Tyro, y tomó posesión de la capellanía con el anexo cargo de limosnero mayor por el mes de septiembre del año 1626, el mismo día se le hizo merced de la dignidad patriarcal¹⁰³⁹.

Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno” nació el 6 de enero de 1594. La mayoría de las fuentes le hacen natural de San Lúcar de Barrameda, excepto Gil González Dávila en su *Teatro de la Iglesia de Sevilla*, quien asegura que nació en la ciudad hispalense¹⁰⁴⁰. Fue el tercer hijo de don Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno”, VII duque de Medina Sidonia y X conde de Niebla y de la princesa doña Ana de Silva y Mendoza. Su padre destacó como consejero de Estado, capitán general de la mar Océana, almirante de la Armada Invencible y caballero del Toisón de Oro¹⁰⁴¹. Por su parte, su madre era también noble, hija de Ruy Gómez de Silva y Ana de Mendoza, duques de Pastrana y príncipes de Éboli. Los padres de Alonso, desde muy joven, le destinaron a la carrera eclesiástica, comenzando en 1620 al ser nombrado arcediano de la Santa Iglesia de Jaén, cargo que obtuvo gracias a las gestiones del agente ducal en Roma, don Juan de Zúñiga¹⁰⁴². Sus siguientes cargos de notoriedad fueron los de canónigo y tesorero de la Santa Iglesia de Toledo y capellán mayor de su capilla de los Reyes Nuevos. Falleció el 8 de agosto de 1670 (a los 76 años y 7 meses) y se le dio sepultura en el convento de San Gil.

Sin duda, es un personaje fundamental en época de Felipe IV, toda vez que fue capellán y limosnero mayor del monarca durante casi todo su reinado, ejerciendo un importante patronazgo desde su cargo como jefe supremo de la capilla, y dada la gran cantidad de cargos y dignidades que llegó a acumular. A ello habría que unir la autoridad que le otorgaba toda una red familiar de poder, entre hermanos

¹⁰³⁸ RAH, 9/136, ff. 99 v-100 r.

¹⁰³⁹ M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real...*, op. cit., f. 53v.

¹⁰⁴⁰ G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de la Iglesia de Sevilla, en el catálogo de los varones ilustres, y teatro de las Iglesias de Indias*, Mérida s.d. (s. XVII), vol. II, f. 2 (en RAH, 9/5132).

¹⁰⁴¹ Por sus importantes fuentes, para la biografía de este personaje, L. I. ÁLVAREZ DE TOLEDO: *Alonso Pérez de Guzmán. General de la Invencible*, Cádiz 1994, vols. I y II

¹⁰⁴² Carta del 20 de enero de 1620 en ADMS, leg. 2986. Cfr. L. SALAS ALMELA: *Medina Sidonia. El poder de la aristocracia 1580-1670*, Madrid 2008, p. 472, n. 5.

y sobrinos de la alta nobleza, todos ellos personajes influyentes en la política del momento.

Baste como ejemplo que en toda su vida llegó a conocer a un total de 5 duques de Medina Sidonia¹⁰⁴³. Su hermano, Manuel Alonso Pérez de Guzmán, fue el primogénito, convirtiéndose en el VIII conde de Medina Sidonia y el XI conde de Niebla, que se casó en el Alcázar de Madrid en 1598 con Juana de Sandoval y Rojas, hija del duque de Lerma. Fueron los padrinos de este importante enlace la infanta Isabel Clara Eugenia y Felipe III. El siguiente hermano fue Felipe de Aragón y de Guzmán, que fue comendador de Abanilla de la Orden de Calatrava. Estuvo casado con doña Antonia Portocarrero, II marquesa de Alcalá de la Alameda. Otro hermano mayor, Rodrigo, fue I conde de Saltes y casó con Brianda de Guzmán, después IV marquesa de Ayamonte. Su hermano Miguel Pérez de Guzmán, se casó con doña Francisca de Guzmán. El siguiente hermano, más pequeño que el patriarca, fue don Miguel Jerónimo de Guzmán, comendador de Abanilla tras la muerte de su hermano Felipe, que esposó con Magdalena de Guzmán, III condesa de Villaverde. Otro hermano, don Juan Alonso de Guzmán, fue gentilhombre de la cámara de Felipe IV, de su Consejo de Guerra, capitán de la Armada Naval de Flandes y virrey de Navarra, que se casó con doña Francisca de Fuentes Guzmán y Lugo, marquesa de Fuentes. Una hermana más pequeña que él, doña Leonor de Guzmán, se casó con su primo hermano Rui Gómez de Silva de Mendoza, príncipe de Mélito y Éboli, duque de Pastrana. Finalmente, su hermana más pequeña, doña Ana de Aragón y Guzmán, se casó con su sobrino don Gaspar, futuro IX duque de Medina Sidonia¹⁰⁴⁴.

Es lógico pensar que en su nombramiento como capellán y limosnero mayor probablemente influyó su primo, primer ministro de Felipe IV, el conde duque de Olivares, que era el tercer hijo de la casa de Olivares, rama menor de la poderosa casa de Medina Sidonia a la que pertenecía Alonso. No obstante, considero que resulta más acertado pensar que Alonso llegó a ostentar tan importantes cargos religiosos y a gozar de numerosas mercedes y beneficios eclesiásticos, no por su pariente Olivares, sino por su pertenencia a la rama poderosísima –más que los Guzmanes– de los Medina Sidonia¹⁰⁴⁵. De esta forma, consiguió sus nombramientos

¹⁰⁴³ J. MATUTE Y GAVIRIA: *Hijos de Sevilla señalados...*, *op. cit.*, vol. I.

¹⁰⁴⁴ Toda la composición genealógica de los duques de Medina Sidonia en L. SALAS ALMELA: *Medina Sidonia...*, *op. cit.*, pp. 471-473; J. M. SOLER SALCEDO: *Nobleza Española. Grandeza Inmemorial 1520*, Madrid 2008, pp. 301-302.

¹⁰⁴⁵ Que la carrera eclesiástica de Alonso dependiese de Olivares en A. YBOT LEÓN: *La Iglesia y los eclesiásticos españoles en la empresa de Indias*, vol. II: *La obra y sus artífices*, Barcelona 1962, p. 15.

como prior de los prioratos de Santa María de Sar, de Santiago, de Aracena y como abad de las abadías de Sant Miguel de Trayna y Santa María de Noara en Sicilia¹⁰⁴⁶. A ello se sumaban los intentos fallidos de obtener las rentas de un obispado; el 24 de junio de 1636 se informaba de lo siguiente: “voz corre de que al señor patriarca, tío del señor duque de Medina Sidonia, le hacen arzobispo de Sevilla”¹⁰⁴⁷. Dos años más tarde, el 2 de marzo de 1638, se informaba de que querían hacer obispo de Jaén al patriarca de Indias¹⁰⁴⁸. Y en julio de 1639, al morir el obispo de Sigüenza, se aseguraba que:

pretende este obispado con grandes veras el Sr. patriarca de las Indias... Dicen por cierto, que S. M. pondrá sobre este obispado seis mil ducados de renta perpetua para pagar su real capilla¹⁰⁴⁹.

En este sentido Elliot afirmaba en su biografía del Conde Duque que:

Los condes de Olivares, de los que don Gaspar era el tercero, se creían con derecho a la sucesión de la casa de Medina Sidonia y se sentían postergados en él... Este sentimiento de haber sido desposeídos de su justa herencia pesó mucho en el abuelo y el padre del Conde Duque y provocó celos apenas disimulados contra los Medina Sidonia, jefes además de la casa de los Guzmanes. Como vástagos de una rama inferior de la casa, los condes de Olivares, con reputación y rentas menores que las de sus primos, abrigaban la esperanza de recobrar lo que consideraban su legítima herencia, o cuando menos equiparar su casa con la principal del linaje¹⁰⁵⁰.

Ciertamente, el mayorazgo de los Olivares no podía competir con los ingresos anuales y las propiedades de las grandes familias como los duques de Alba, Infantado, o sus más allegados los Medina Sidonia, pero el ministro consiguió durante su gobierno grandes beneficios y propiedades que mejoraron la posición de la familia de los Olivares. Por si fuera poco, en enero de 1624, Olivares

¹⁰⁴⁶ L. DÍAZ DEL VALLE: *Ilustracion genealógica, de el muy illustre y excelentissimo Señor don Alonso Pérez de Guzmán, el bueno, patriarcha de las Indias. Arzobispo de Tyro, mayor capellán y limosnero, del muy católico rey de las Españas y emperador de América don Felipe IV el Grande, N. Señor. Año del 1656*, en RAH, 9/136, f. 122r.

¹⁰⁴⁷ P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIII (I) (1861), p. 439.

¹⁰⁴⁸ *Ibidem*, vol. XIV (II) (1862), p. 339.

¹⁰⁴⁹ *Ibidem*, vol. XV (III) (1862), p. 290.

¹⁰⁵⁰ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 136-137.

ganaba un largo pleito, tras apelar a la chancillería de Valladolid, en el que tuvo un papel destacado el letrado José González, contra el duque de Medina Sidonia y sus hermanos. El origen de este problema era la liquidación de una deuda provocada por el colapso del banco de Espinosa en 1576. En julio de 1625 se confirmaba la sentencia favorable a Olivares por valor de 300.000 ducados¹⁰⁵¹. A su vez, Olivares fue adquiriendo propiedades y señoríos en Andalucía que, aunque no eran comparables a la extensión de los Medina Sidonia, sirvió para aumentar el recelo entre ambas ramas. Así, el VIII duque de Medina Sidonia, don Manuel, mantuvo hasta su muerte, en 1636, una relación tensa con su primo el conde duque. Por una parte, dependía de Olivares para que defendiera los intereses de la casa de Guzmán en la corte y por otra, Olivares dependía de la influencia de Medina Sidonia en el ámbito local para las cosas de Andalucía y la defensa de las costas. Las tensiones volvieron a hacerse patentes cuando Olivares quiso casar a su hija y se negó al matrimonio de ella con el duque heredero de Medina Sidonia, don Gaspar, para que no fuera tan evidente la necesidad de unirse al poderío territorial de un gran noble como lo era el duque de Medina Sidonia, dejando a la luz la rama segundona de la casa de Guzmán a la que pertenecía Olivares¹⁰⁵².

Es evidente que el duque de Medina Sidonia debía dirigirse a Olivares para conseguir solucionar diferentes cuestiones, como la defensa marítima en la baja Andalucía, dada la posición preeminente del Conde Duque en la corte madrileña y su cercanía a Felipe IV. Sin embargo, es preciso tener en cuenta la influencia de su hermano Alonso Pérez de Guzmán, patriarca de Indias, en la corte, que por ser capellán mayor y limosnero mayor tenía una gran cercanía a Felipe IV al organizar sus oficios religiosos diarios, especialmente ante un monarca tan sensible a las cuestiones espirituales¹⁰⁵³. La actuación del patriarca de Indias a favor de su hermano el duque de Medina Sidonia se hizo visible en numerosas ocasiones, como a la hora de influir en el monarca para fijar partidas e imponer tributos en sus territorios¹⁰⁵⁴. Pero fue especialmente relevante cuando su sobrino, el IX duque

¹⁰⁵¹ P. DE LA HOZ: *Relación diaria desde 31 de marzo de 1621 a 14 de agosto de 1640*, cfr. J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares...*, *op. cit.*, vol. I, p. 121, y J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 180.

¹⁰⁵² *Ibidem*, pp. 177-181.

¹⁰⁵³ Para el contexto espiritual de la corte en estos años, J. MARTÍNEZ MILLÁN y E. JIMÉNEZ PABLO: "La casa de Austria: una justificación político-religiosa (Siglos XVI-XVII)", en J. MARTÍNEZ MILLÁN y R. GONZÁLEZ CUERVA (coords.): *La Dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía católica y el Imperio*, 3 vols., Madrid 2011, vol. I, pp. 9-58.

¹⁰⁵⁴ L. SALAS ALMELA: *Medina Sidonia...*, *op. cit.*, p. 289.

de Medina Sidonia, don Gaspar Alonso, protagonizó el intento frustrado por el que trató de proclamarse rey de Andalucía ¹⁰⁵⁵.

4.2.1.6. *Un gran patrón en la capilla real de Felipe IV:*
Don Alonso Pérez de Guzmán

Existía una cuestión importante que rodeaba a la dignidad del patriarcado de Indias, que era su poder económico y su prestigio representado en la familia de criados que componían su casa. Este grupo de servidores que acompañaban al patriarca, manifestaban el grado de importancia de esta figura; tanto era así, que algunos religiosos jesuitas se quejaban el 30 de julio de 1638 de un capellán que por llevar criados quería aparentar ser patriarca de Indias:

Un capellán del nuncio que está aquí, llamado Bernardino Melchor, siendo persona muy pobre y saliéndose de su servicio, por cierta reprensión que le dio, ha puesto repentinamente tan gran casa con camaradas, criados y dos coches tan de patriarca, saliéndose al río, con uno de seis mulas, y otro de familia, con tanto séquito que ha admirado esta transformación, mostrando que es calabrés en no haber querido saludar al nuncio, su amo, ni permitido a sus criados ni camaradas que lo hiciesen. Es la fábula del pueblo, tanto mas, cuanto mayores son las necesidades ¹⁰⁵⁶.

En este sentido, el patriarca de Indias Pérez de Guzmán “el Bueno” contaba con una familia reducida de criados, muchos de la nobleza, a su disposición, que componía su casa:

Siempre ha tenido su Ilma. grande y lucida casa de criados, sirviéndose de nobles caballeros e hijosdalgo, y muchos de las ordenes militares de muy generosas y conocidas familias, y de famosas partes personales y adquiridas como son virtudes y letras. [...] Tiene en su casa de todos officios altos vajos muchos oficiales ¹⁰⁵⁷.

¹⁰⁵⁵ A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: “La conspiración del duque de Medina Sidonia y el marqués de Ayamonte”, en A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona 1985, pp. 115-153; M. NIETO CUMPLIDO: “Cartas inéditas del duque de Medina Sidonia y la conspiración de Andalucía”, *Boletín de la Academia de las Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes* 89 (1969), pp. 155-173; M. MORENO ALONSO: “El descubrimiento de la conspiración del duque de Medina Sidonia”, en J. M. CASTELLANO CASTELLANO y M. L. LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ (eds.): *Homenaje a don Antonio Domínguez Ortiz*, Granada 2008, vol. II, pp. 603-632.

¹⁰⁵⁶ Madrid, 30 de julio de 1638, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XV (III) (1862), p. 309.

¹⁰⁵⁷ L. DÍAZ DEL VALLE: *Ilustracion genealógica...*, *op. cit.*, f. 124v.

A continuación, se precisan los oficios de la casa del patriarca don Alonso en 1656:

Mayordomo

Don Francisco de la Puerta Quiñones ¹⁰⁵⁸

Secretario

Don Gregorio de Olazarraga ¹⁰⁵⁹

Caballerizo y maestresala

Don Pedro de Prado y Rozas ¹⁰⁶⁰

Letrado eclesiástico

Ldo. don Pedro de Velasco ¹⁰⁶¹

Contador de hacienda del patriarca

Don Domingo de Espinosa Montero ¹⁰⁶²

Tres gentileshombres de capa y espada

Don Pedro de la Maça Puente ¹⁰⁶³

Don Andrés de la Maça ¹⁰⁶⁴

Don Diego de Arredondo ¹⁰⁶⁵

¹⁰⁵⁸ L. DÍAZ DEL VALLE: *Ilustracion genealógica...*, *op. cit.*, f. 124v. Antes lo había sido don Diego de Herrera, mayordomo y teniente de limosnero. Ahora lo era Francisco de la Puerta Quiñones, también teniente de limosnero mayor.

¹⁰⁵⁹ *Ibidem*, f. 125r. Noble guipuzcoano, escribano y contador.

¹⁰⁶⁰ *Ibidem*, f. 125v. Natural del valle de Soba en Burgos.

¹⁰⁶¹ *Ibidem*, f. 126r. Con quien el patriarca consultaba los negocios civiles y criminales y veía los pleitos, resolviendo sentencias. Era a su vez capellán de honor y juez de la real capilla.

¹⁰⁶² *Ibidem*, f. 127r. Con anterioridad había ejercido como vicario general del arzobispado de Toledo y examinador de confesores de la villa de Madrid, y asesor del rector del colegio mayor de la Universidad de Alcalá de Henares. Era natural de Canarias, doctor bachiller en Cánones y Leyes por la Universidad de Salamanca. Su abuelo paterno fue el capitán Luis de Espinosa Montero, regidor perpetuo de la ciudad de Canarias, tesorero general de la Cruzada y administrador general de las rentas reales por el real Consejo de Hacienda y murió siendo castellano del castillo de N.S. de Luz. En marzo de 1657 se le hizo maestro de una ración de la Santa Iglesia Mayor de Canarias. El 9 de octubre de 1658 le hizo el monarca arcediano de Fuerteventura.

¹⁰⁶³ *Ibidem*. Era gentilhomme de capa y espada de su cámara, natural de la Merindad de Trasmiera en las montañas de Burgos.

¹⁰⁶⁴ *Ibidem*. Secretario del duque de Cardona, caballero del Orden de Santiago y primo hermano de su padre Andrés de la Maça y Rada.

¹⁰⁶⁵ *Ibidem*. Alcalde de casa y corte de Madrid y caballero de la Orden de Santiago, fue primo de su madre doña Águeda de la Puesta y Arredondo.

Capellán del patriarca y maestro de sus pajes

Ldo. don Francisco Ruiz de Nabamuel ¹⁰⁶⁶

Ocho pajes

Don Juan de Castilla ¹⁰⁶⁷

Don Pedro Rodríguez ¹⁰⁶⁸

Don Joseph de Prado y Rozas ¹⁰⁶⁹

Don Diego de Santa María ¹⁰⁷⁰

Don Francisco de Olazarraga ¹⁰⁷¹

Don Jacinto de Villalobos ¹⁰⁷²

Don Pedro de Aguirre ¹⁰⁷³

Don Francisco Gorraiz

Tres ayudas de cámara

Mozo de retrete

Veedor

Sotacaballerizo

Repostero

Ayudante de repostero

Cocinero

Ayudante de cocinero

Dos lavanderas de cámara

Enfermera

¹⁰⁶⁶ L. DÍAZ DEL VALLE: *Ilustracion genealógica...*, *op. cit.*, f. 127r. Doctor graduado en cánones y leyes, el patriarca le hizo provisión de la rectoría de San Vicencio de Verres en Galicia en el año 1661, que valía 700 ducados de renta.

¹⁰⁶⁷ *Ibidem*. Hijo de don Juan de Castilla, caballero de la Orden de Santiago, que teniendo la merced de caballerizo del monarca Felipe IV falleció sin gozarla. El marqués de Lanzarote, don Juan de Castilla Aguayo, era primo hermano de su abuelo paterno.

¹⁰⁶⁸ *Ibidem*. Hijo de don Pedro Rodríguez, natural de Tudela, era primo hermano del capitán don Blas Rodríguez Solórzano, señor de los palacios de Uriartin y cabeza de la casa de su apellido, que por privilegio del emperador Carlos V tenía entrada en Cortes.

¹⁰⁶⁹ *Ibidem.*, f. 127v. Hermano del referido don Pedro de Prado y Rozas, maestresala y caballerizo del patriarca.

¹⁰⁷⁰ *Ibidem*. Hijo de don Diego de Santa María, natural de Archavaleta, Guipuzcoa, y de su mujer doña Lorenza de Olaeta.

¹⁰⁷¹ *Ibidem*. Hijo del secretario del patriarca don Gregorio de Olazarraga.

¹⁰⁷² *Ibidem*. Salió de la casa del patriarca para tomar el hábito de caballero de la Orden de Santiago, y fue capitán de caballos en Cataluña.

¹⁰⁷³ *Ibidem*. Abandonó la casa para formar parte de la milicia como maese de campo en Cataluña. Era caballero del habito de Calatrava.

Es preciso detenerse en las rentas provenientes de la dignidad del patriarcado, ya que durante el reinado de Felipe IV se utilizaron de manera bien distinta. La cuestión fue que dichas rentas sirvieron para hacer frente a los pagos de otros oficios, esto era, que el monarca mandaba utilizar las mismas para defender las costas andaluzas, tal y como explicaba en su real cédula cuando en 1629:

Tuve por bien de aplicar por el tiempo que fuese mi voluntad, todos los veinte mil ducados [de renta del patriarcado de Indias] para la paga de la gente de guerra del presidio de la ciudad de Cádiz y fortificación de ella, mandando á mis presidentes y jueces oficiales de la Casa de la Contratación de la ciudad de Sevilla, por cédula mía de trece de julio de seiscientos veintinueve, que lo que hubiere venido y viniese por cuenta de la dicha consignación, lo entregasen al pagador del dicho presidio y fortificación ¹⁰⁷⁴.

No obstante, el patriarca siempre fue recompensando con beneficios eclesiásticos u otras pensiones que compensaran la falta de los 20.000 ducados que percibía el patriarcado, de forma que Frasso informaba que al patriarca se le otorgaron:

Quatro mil ducados de gages en la cámara, y en los años siguientes tuvo dos beneficios en Sicilia, otros en Galicia, otros en Andalucía, una canongia de Toledo, y varias pensiones tan considerables que llegó a tener treinta mil ducados de plata anuales de renta para el decoro, y lucimiento de su dignidad y persona. El año de 1646 S. M. le presento para el obispado de Cuenca, y escusose del cargo contentándose con la capellania mayor, la qual exercio hasta el dia de su muerte 8 de agosto 1670 ¹⁰⁷⁵.

El 16 de enero de 1651, Felipe IV emitía otra cédula real en la que ordenaba que los 20.000 ducados destinados al patriarcado de Indias disminuían a 12.000, y que dejaban de ser utilizados para la fortificación de Cádiz y pasaban a la capilla real para el pago de los gajes de todos los oficios que en ella se desarrollan:

Considerando quanto conviene que los capellanes, demás personas que sirven en mi capilla, tengan consignación fija para la paga de sus gajes, y que se acuda á ella sin dependencia de los accidentes que de ordinario se ofrecían, por ocuparse en tan santo ministerio, he tenido por bien de resolver, por consulta de mi consejo de las Indias que para este efecto se señalen doce mil ducados de renta en los veinte mil que se aplicaron para la dotación del dicho patriarcado; y porque según el repartimiento que de ellos se ha hecho, tocan á los dos novenos que me pertenecen en los diezmos y rentas de ese arzobispado mil ochocientos ducados, y á los del

¹⁰⁷⁴ Documento 66 de F. DE FONSECA y C. DE URRUTIA: *Historia General de Real Hacienda...*, op. cit., tomo III, pp. 183-185.

¹⁰⁷⁵ M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real...*, op. cit., f. 53v.

obispado de la Puebla de los Ángeles otros mil ochocientos, os mando que de lo que valieren y montaren los dichos dos novenos de esa iglesia y de lo que procediere de la de la Puebla, remitáis cada año las dichas cantidades separadamente empezando desde veinte de junio del año pasado de seiscientos cincuenta en adelante, registrados en cabeza del ministro de mi cámara, á quien los habéis de dirigir por cuenta aparte, con declaración de que son para la paga de los que sirven en mi capilla en cuya ejecución procederéis siempre con particular cuidado enviando en cada ocasión de armadas las dichas dos partidas precisa y puntualmente, por lo que conviene no se falte á este efecto, estando advertidos que con la consignación que ahora se hace de los dichos doce mil ducados, cesó la antigua de los veinte mil en que se había dotado la dignidad de patriarca de las Indias, y mando á mi presidente y jueces oficiales de la dicha Casa de la Contratación de Sevilla, que luego, como llegue á estos reinos la plaza de la Nueva España, hagan entregar las dichas cantidades al dicho ministro de mi cámara, ó á quien su poder hubiere sin convertirlas en otro efecto que con esta mi cédula ó copia auténtica de ella, y testimonio del registro que hicieréis de ella, se os recibirán y pasaran en cuenta, sin otro recado alguno, y de la presente tomarán la razón, mis contadores de cuentas que residen en dicho mi consejo, y también se tomará en los libros de mi grefier, para que haya la buena cuenta y razón que conviene, y asimismo del dinero que viniere por esta cuenta para hacer las libranzas y pagamentos á los de la dicha capilla, dándose aviso de ella al patriarca de las Indias, mi capellán mayor, en la forma que por lo pasado se ha hecho que así es mi voluntad ¹⁰⁷⁶.

De esta manera, el patriarca no perdía sus beneficios económicos derivados de la dignidad del patriarcado, al ser compensado con otras canonjías o rentas eclesiásticas de gran valor (Frasso hablaba de 30.000 ducados) y, además, aparecía ante los miembros de la capilla como un gran patrón, toda vez que con las rentas derivadas de su dignidad se pagaba a los oficios de la propia capilla real.

4.2.1.7. *El gobierno de la capilla real*

Ciertamente, hubo problemas para pagar a los oficios de la capilla, y las rentas de la dignidad del patriarcado parecían una solución rápida y eficaz para mitigar los problemas económicos por los que atravesaba la Monarquía católica y que afectaban, como al resto de departamentos de la casa, a la capilla. No obstante, resulta contradictorio el hecho de que era complicado hacer frente a los pagos de los oficios y, sin embargo, se seguían nombrando nuevos capellanes, predicadores o sumilleres. Y es que en la capilla siguió creciendo el número de oficios, pues era el lugar donde las ceremonias religiosas servían para justificar

¹⁰⁷⁶ Documento 66 de F. DE FONSECA y C. DE URRUTIA: *Historia General de Real Hacienda...*, op. cit., tomo III, pp. 183-185.

la ideología y la política de la Monarquía, como la introducción de la exposición del Santísimo Sacramento y todo el ceremonial que se generó en torno a esta nueva devoción, en el que la Monarquía no escatimaba en gastos. Lo que lleva a afirmar que, aunque existía una alta probabilidad de que los nuevos nombramientos de la capilla real no recibiesen beneficios económicos, dada la complicada situación, no dudaban en formar parte de la capilla por el prestigio religioso e ideológico que suponía ser ministro de la misma, especialmente en tiempos de Felipe IV, cuando el devenir de la Monarquía dependía directamente de la relación del monarca con la divinidad.

Además de las rentas de su dignidad, el nombramiento de Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno” como capellán mayor y limosnero mayor le trajo numerosos pleitos de jurisdicción, ya no con el arzobispo de Santiago, como ocurría con anteriores capellanes mayores, sino con otras dignidades eclesiásticas que se quejaban del excesivo poder acumulado en manos del patriarca. Por un lado, durante su gobierno de la capilla, se enfrentó en varias ocasiones con el arzobispo de Toledo por determinar quién de los dos tenía la potestad de casar a las damas y criadas de palacio, pleito que no se resolvió durante el reinado de Felipe IV¹⁰⁷⁷. Por el otro, mantenía varios pleitos con el resto de capellanes mayores de los monasterios de patronazgo real, como el del convento de la Encarnación, don Juan Francisco Pacheco, también sumiller de cortina, quien se quejaba al monarca del control excesivo del patriarca de Indias sobre los ministros y capellanes del convento¹⁰⁷⁸.

Respecto a su gobierno, el capellán mayor y limosnero mayor tenía asignadas unas rígidas instrucciones para el buen funcionamiento de la capilla. De manera que Felipe IV dio a Alonso Pérez de Guzmán, el siguiente documento con las instrucciones mejoradas y aumentadas con respecto a las que su abuelo, Felipe II, entregó en su día a García Loaysa¹⁰⁷⁹:

¹⁰⁷⁷ “Defensa por la jurisdiccion del señor patriarcha de las Indias, capellán mayor de la real capilla de palacio. En el pleito con el fiscal de la dignidad arçobispal de Toledo. Sobre dar licencias, y hazer los demás actos para los matrimonios que se celebran con las personas que sirven, y moran dentro de palacio. En el articulo de fuerza que ha intentado en el Consejo la parte de la dignidad arçobispal” [RAH, 14/11502 (1)].

¹⁰⁷⁸ El pleito en RAH, 15-2-8/23, ff. 267r-298v. Según el mismo, “Una de las causas principales sobre que se han movido estad diferencias, ha sido la pretension que tiene el patriarcha, limosnero mayor de V. Magestad, de introducirse en la jurisdiccion y prelación del convento y capilla real de la Encarnacion, en el capellán, capellanes y ministros del, para lo qual necesita de privilegio especial que se la conceda. Don Juan Francisco Pacheco halla que le toca y pertenece la jurisdiccion ordinaria privativamente en primera instancia, por ser capellán mayor de la Encarnacion, sobre sus capellanes y ministros”.

¹⁰⁷⁹ M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real...*, op. cit., ff. 54r-55r.

1. Que el primer día que sea recibido en la capilla haga a todos una plática tratando con su prudencia y modestia de la nominación que S. M. ha hecho del, así para este oficio como para el de limosnero y lo que fia de su buen consejo, advertencias, y ayuda de los de la capilla para poder tanto mejor acertar en lo uno y en lo otro pidiéndoles que en sus oraciones y sacrificios encomienden esto a Nuestro Señor de cuya mano procede todo bien, y apuntando diestra y amorosamente lo que importara el cuidado de acudir, y asistir cada uno a lo que le tocara para el buen servicio de la capilla, y que en ella, y fuera de ella resplandecerá su vida ejemplar, y el cuidado y mira que él está obligado a traer sobre esto como también le tendrá de hacer en las ocasiones muy buenos oficios para que sean premiados sus servicios y merecimientos.
2. Verá si los oficios de la capilla que le tocara proveer los tienen personas convenientes, y suficientes para que los que estuvieren bien se continúen por los mismos y los que no estuvieren se provean como más convenga.
3. Irá poco a poco con mucho cuidado, atención y silencio procurando entender el estado de la capilla y la capacidad, vida y costumbre de los que en ella sirven para que lo bueno se conserve, y lo malo se enmiende y castigue y usara para esto de los medios y remedios que vera convenir.
4. Tratará con todos de manera que le amen y teman, y los buenos le hallen blando y tratable, y los malos severo, y atento a procurar que sean los que deben.
5. Hará gran estudio y consideración sobre su obligación de cura de la corte que es muy grande para hacer todo cuanto en sí fuere en el cumplimiento de ella como de su cristiandad, letras, y discreción se confía, celando y velando sobre las vidas de todos los de la corte que son a su cargo y advirtiéndolos con mucha consideración las diligencias que en esta razón sean menester a procurar que se viva bien.
6. Y cuando lo que Dios no permita, sucediere haber pecados públicos de flaqueza y otras cosas en personas graves de las que en la corte residen, habiéndolo muy bien y con mucho secreto averiguado dará cuenta con el mismo secreto al confesor de S. M. de lo que hubiere para que entre los dos se vea lo que se podrá hacer para el remedio y atenderá a ponerle de su mano como mas convendrá y si la de S. M. fuere menester lo tratará con el presidente del consejo real para que se provea lo que fuere, y dar noticia a S. M. de lo que se hará.
7. Mirará mucho en que las personas de aquí se ha de ayudar para cumplir con las obligaciones de este oficio sean suficientes y de ejemplar virtud y tan cuerdas, prudentes, circunspectas y diligentes que pueda descargar con ella lo que por su persona no pudiere hacer.
8. Y porque ha mostrado la experiencia que algunos de los capellanes que se han recibido en la capilla, no tienen la calidad, ni la capacidad que será menester para la autoridad y buen servicio de la capilla y se les podría ir

haciendo merced en cosas a propósito como que dejasen los asientos de capellanes y los mismo a los cantores, que no estuvieren bien en la capilla, irá cuidadosa y diestramente entendiendo lo que hubiere en esto y con las ocasiones lo avisará, y acordará a S. M. para que se sirva de mandarlo proveer.

9. De lo dicho se deja bien entender lo que importa que sean ejemplares doctas y calificadas personas las que se hubieren de recibir en la capilla y el cuidado que habrá de tener en procurarlo y así le tendrá.
 10. También le tendrá en las ocasiones de pensiones, y otras cosas que se hubieren de proveer del patronazgo de la Iglesia de representar a S. M. las personas beneméritas de la capilla y las necesidades que hubieren para que S. M. les haga la merced que fuere servido apuntando siempre en la memoria que diere de esto las mercedes que a los tales se les hubiere hecho desde que comenzaron a servir, y diciendo el tiempo que ha que sirven.
 11. También dará memoria S. M. en las mismas ocasiones de los que por la larga edad o enfermedades no estuvieren ya para servir en la capilla para que S. M. les haga merced con que se puedan retirar, y porque quede memoria de los casos que suceden tocantes a la capilla y a todo lo que es de la obligación de su oficio será bien, que tenga un libro en que vaya asentando los actos que cada día hiciere con toda legalidad porque en caso de ocurrencia en lo venidero se sepa la resolución que se hubiere de tomar en ello.
- Y porque ha años, que están apuntadas las constituciones que en la capilla se debieran de nuevo ejecutar y demás de esto con el tiempo se han ofrecido diferencias de jurisdicción con el arzobispo de Toledo irá poco a poco viendo lo que hubiere en esto para acordarlo a S. M. en lo que se ofreciere, y le pareciere y para que en todo se dé el acierto, y buen orden que conviene, juntará la capilla todas las veces que entendiere ser necesario para las cosas que se deben de ordinario tratar, ordenar, y proveer en ella, y para hacer las pláticas, y advertencias que convengan a los que en ella sirven.

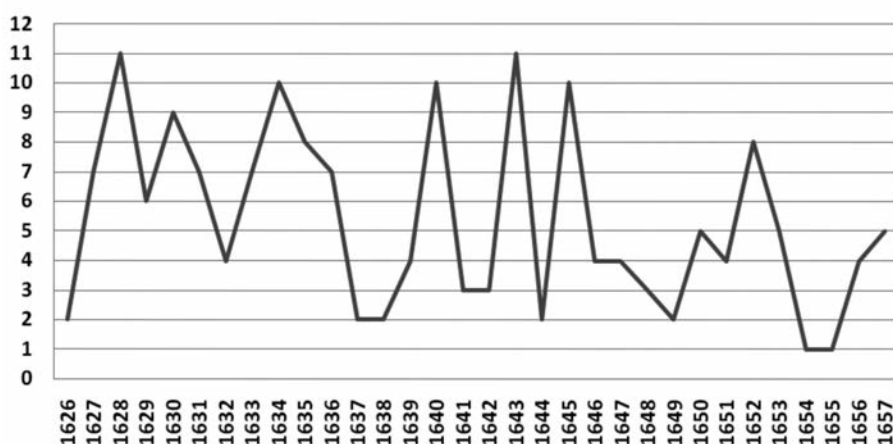
Cada año, el patriarca de Indias estaba obligado a realizar una visita inquisitorial de la vida y costumbre de todos sus súbditos de la capilla, ya fueran clérigos o seglares. En ninguna otra sección de la casa debía el máximo responsable tener tanto cuidado del comportamiento de sus miembros como en la capilla, pues servía de modelo para el resto de oficios de la casa real. No podía haber vicios ni pecados, y el capellán mayor estaba obligado a corregir y castigar a capellanes, cantores y ministros criados del monarca¹⁰⁸⁰. Asimismo, debía realizar un exhaustivo examen a los nuevos candidatos para los oficios de la capilla real. En

¹⁰⁸⁰ AGP, RC, caja 13/15, “Edictos referentes a las buenas costumbres de personal de la Real Capilla. 1633”.

este sentido, Alonso Pérez de Guzmán aparece como un gran patrón, dependiendo de su criterio para admitir nuevos oficios, según podemos observar en los nombramientos realizados en la capilla durante su ejercicio, donde se puede observar como, a pesar de los problemas económicos, siguió creciendo el número de servidores ¹⁰⁸¹.

En el siguiente gráfico se refleja la entrada de nuevos capellanes entre 1626 y 1657, no faltando nuevos nombramientos en ningún año, a pesar del colapso económico para pagar los oficios de la capilla real:

INCORPORACIÓN ANUAL DE NUEVOS CAPELLANES (1626-1657)



Es importante observar los años en que el patriarca nombró un número elevado de capellanes de honor, estos eran; 1628 (11), 1630 (9), 1634 (10), 1640 (10), 1643 (11), 1645 (10) y 1652 (8). Cada uno de estos años coincide con hechos relevantes que condicionaron la entrada de nuevos capellanes, para satisfacer el aumento del número de oficios religiosos para las rogativas a Dios por el delicado rumbo que tomaba la Monarquía. De esta manera, un buen número de capellanes

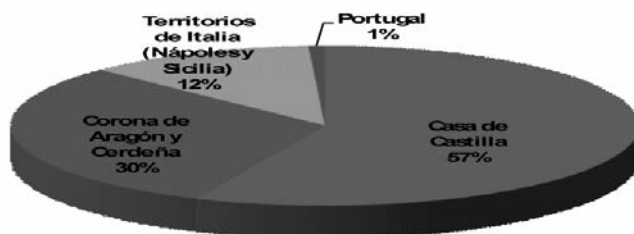
¹⁰⁸¹ Para ello, consultar el tomo II de esta obra (CD Rom). Allí se ha vaciado un documento muy interesante, localizado en RAH 9/136, ff. 128r-137r, y titulado “Catalogo de los sumilleres de cortina, predicadores y capellanes de honor de su Magestad que han salido nombrados, desde que comenzó a exercer los officios de capellan y limosnero mayor de Su Magestad el Illmo señor D. Alonso Perez de Guzman (el Bueno) arzobispo de Tyro, que fue desde 30 de setiembre, dia de San Geronimo en el año 1626 aviendolos jurado en la real capilla de su Magestad el siguiente dia, a primero de octubre del dicho año, en manos de el conde de los Arcos q hazia el officio de mayordomo mayor de su Magestad (por mas antiguo)”.

fueron nombrados tras la desastrosa suspensión de pagos de 1627 que colapsó el sistema hacendístico castellano en 1628, a la que se unió en este año la derrota de la flota hispana ante los navíos holandeses en la batalla de la bahía de Matanza (al norte de Cuba), en el contexto de la Guerra de los Ochenta Años. Fueron años muy negativos para la Monarquía que, sin embargo, enriquecieron el aspecto y el simbolismo de la capilla en un intento por agradar a la divinidad que enviaba tales castigos. Entre 1629 y 1630 se sumaron nuevos capellanes en medio de las noticias que llegaban de los Países Bajos con las victorias del ejército holandés. La última, el sitio de Bois-le-Duc, ciudad leal al monarca español, que caía asediada por las tropas de Enrique de Orange¹⁰⁸², a lo que se sumaron las importantes pérdidas en las colonias hispano-portuguesas; como en Brasil, cuando las colonias eran atacadas sucesivamente por ingleses y, sobre todo, por holandeses, como fue el ataque a Pernambuco en 1630. A continuación, llama la atención el aumento de capellanes en 1634, en la batalla decisiva de Nördlingen, que dio pie al nombramiento, en ese mismo año, de una decena de nuevos capellanes. Al contrario que las pérdidas, fue una de las victorias españolas más importantes durante el reinado de Felipe IV y que más propaganda política y religiosa tuvieron en la Monarquía, toda vez que la victoria fue de ambas ramas de la casa de Austria al unirse las tropas imperiales con las españolas para vencer a las suecas, dejando ensombrecido el dominio de dicha potencia durante los primeros años de la Guerra de los Treinta Años. En 1640, de nuevo se nombraron a una decena de nuevos capellanes; la entrada del Santísimo Sacramento en la capilla real supuso un cambio sustancial en el régimen de los oficios de la capilla y del ceremonial, necesitando el nombramiento de nuevos capellanes. No era casual la entrada del Santísimo, pues la Monarquía se encontraba en plena descomposición territorial con la revuelta catalana (Guerra de los Segadores) y la sedición de Portugal. Los numerosos sermones en torno a estas insurrecciones dan buena cuenta del vínculo político con los designios de la divinidad y su castigo. En 1643, otra fecha clave para el nombramiento de 11 nuevos capellanes, seguía manteniendo el mismo poso de descomposición, al mismo tiempo que el prestigio internacional de la Monarquía iba desapareciendo, lo que provocó el retiro cortesano del conde duque de Olivares acusado de ser el gran culpable —en palabras de los predicadores— de este castigo divino. En 1645, una decena de nuevos nombramientos llegaron durante los últimos años de la Guerra de los Ochenta Años, cuando se produjo el asedio de Hulst, último importante ataque holandés, con victoria de Enrique de Orange sobre las tropas españolas. Por último, en 1652, se nombraba a 8 nuevos capellanes,

¹⁰⁸² R. RÓDENAS VILAR: *La política europea de España durante la Guerra de los Treinta Años: 1624-1630*, Madrid 1967.

precisamente cuando se produjo otra nueva suspensión de pagos o bancarrota de la monarquía de Felipe IV; no obstante, la capilla seguía aumentando.

La siguiente cuestión con respecto a los nuevos capellanes está relacionada con la procedencia de los mismos; si eran de la casa de Castilla, la corona de Aragón, de Nápoles y Sicilia o de Portugal, tal y como informa la fuente indicada anteriormente:



La entrada de capellanes procedentes de los territorios de Italia y de la corona de Aragón, aunque no era equiparable al número de los que proceden de Castilla, era bastante más elevada con respecto a reinados precedentes¹⁰⁸³. Lo que permite confirmar que el resto de reinos que conformaban la Monarquía, especialmente Italia y Aragón, tuvo una participación más significativa en la capilla real durante el reinado de Felipe IV.

4.2.2. *Sumilleres de cortina*

José Eloy Hortal Muñoz

El siguiente oficio en importancia en la capilla era el de sumiller de cortina¹⁰⁸⁴, los cuales pasarían a serlo también de oratorio desde el 16 de diciembre de 1646¹⁰⁸⁵. Durante el reinado de Felipe IV sirvieron en el mismo 31 personajes, viniendo dos de ellos, don Antonio Fernández de Portocarrero y don Melchor de Moscoso

¹⁰⁸³ Consúltense los Apéndices (relaciones de personajes) de las obras J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, y J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, *op. cit.*, vol. II.

¹⁰⁸⁴ Sobre las labores de este oficio, J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, *op. cit.*, vol. I, pp. 376-379.

¹⁰⁸⁵ AGP, Personal, caja 720/19.

y Sandoval, del de su padre. Como podemos observar, en gran medida pertenecían a las familias más relevantes de los diversos reinos de la Monarquía, aunque con un peso diverso de los mismos.

Por supuesto, la mayoría de los ocupantes del oficio fueron castellanos, en concreto un total de 19. De entre ellos, la presencia de la familia de los Moscoso en el oficio fue significativa, pues también nos encontramos a don Rodrigo de Moscoso y Vargas y a don Francisco de Moscoso Osorio. Igualmente relevante fue la presencia de Guzmanes: don Diego, don Antonio o don Luis de Guzmán; y de Manriques, caso de don Antonio y don Bernardino Manrique. Del mismo modo, ocuparon dicho cargo don Antonio de Benavides y Bazán, don Bernardino de Sandoval y Rojas, don Alonso Téllez Girón, don Luis Fernández Portocarrero y don Juan Francisco Pacheco.

Tras los castellanos, conviene destacar la gran cantidad de italianos que sirvieron el oficio, provenientes de los diversos reinos de dichos territorios. Así, nos encontramos a genoveses, caso de don Fadrique o don Thomas Doria, sicilianos, como don Carlos Rizzio, don Antonio del Bosco o don Octavio Brançiforte, napolitanos, caso de don Carlos de Nápoles o don Jerónimo Colona, e incluso romanos como el jesuíta don Francisco Ursino, de la familia Orsini. Significativo fue también el número de portugueses, con don Juan Méndez de Távora, don Álvaro de Ataíde o don Jerónimo de Mascareñas como sumilleres. Menor número nos encontramos de aragoneses, entre los cuales únicamente aparece don Julio Aguayo de Aragón, pudiendo incluir aquí al canónigo de Cerdeña don Pedro de Alagón.

Su pertenencia a linajudas familias, les permitió disfrutar de una educación superior, optando después de la misma a puestos de relevancia de la jerarquía eclesiástica, en especial como canónigos de catedrales, caso de don Antonio de Benavides y Bazán, don Antonio de Guzmán, don Luis de Guzmán Manrique y don Bernardino Manrique, que lo fueron en Toledo, don Diego de Guzmán en Sevilla, don Alonso Téllez Girón en Cuenca o Juan Méndez de Távora o don Álvaro de Ataíde en Lisboa, disfrutando también algunos de ellos de prebendas en las mismas, caso de don Bernardo de Sandoval y Rojas en Toledo o de don Rodrigo de Moscoso y Vargas en Jaén. Por supuesto, algunos fueron también deanes, como don Antonio y don Luis Fernández de Portocarrero en Toledo o el licenciado don Fernando Dávila Ossorio en Málaga, arcedianos, don Francisco Moscoso Osorio que lo fue de Madrid o don Alonso Téllez Girón de Huete, y abades, don Carlos Rizzio en Santa María de Gala en su Sicilia natal.

Los sumilleres de cortina ingresaban en la capilla por consulta del capellán mayor, con lo que se antojaba imprescindible tener acceso a dicho personaje para

poder optar al oficio. Sin duda, el orden en que el jefe de la capilla presentaba a los candidatos al monarca, influía sobremanera en la elección final.

Conservamos 5 consultas del capellán mayor para sumilleres de cortina entre 1624 y 1645, las cuales nos pueden dar una idea muy interesante sobre las características de los posibles sumilleres y el porcentaje de candidatos que conseguía ingresar en el oficio¹⁰⁸⁶. En la primera de ellas, fechada el 1 de noviembre de 1624, de los 4 que propuso don Diego Guzmán de Benavides, únicamente fue elegido don Alonso Pérez de Guzmán, propuesta personal del propio patriarca de Indias y que acabaría siendo su sucesor dos años después. Por su parte, fueron rechazados don Fernando de Córdoba, hermano del duque de Sesa y también recomendado del propio Guzmán de Benavides, don Gaspar de Bracamonte, hermano del conde Peñaranda, que era gentilhombre de la cámara del Cardenal Infante, y Bernardo Chacón, canónigo de Toledo y arcediano de Talavera.

Más fortuna tuvo el capellán mayor con sus recomendaciones del 4 de enero del año siguiente, en que expuso la necesidad de nuevos nombramientos por las siguientes razones:

Habiendo de salir el rey nuestro señor a su real capilla el día de los Reyes [...] me ha parecido estando tan próxima esta función, el proponer a V. Majestad lo que conviene se haga luego; lo primero que V. M. se sirva de confirmar las plazas de sumilleres de cortina y que juren antes de servir, que no haviendo al presente más que don Antonio de Benavides, el arcediano de Madrid, y don Carlos Risio y no pudiendo el primero, por sus achaques y puesto servir con la asistencia que conviene y el segundo también será corta su asistencia; parece forzoso el nombrar quatro.

Aunque en un primer momento el monarca contestó: “Podeis jurar a los antiguos para que sirvan los que estuvieren para ello, y sobre los demás que proponeis quedo pensando”, poco después se produjo el ingreso de 4 nuevos sumilleres: don Bernardo de Sandoval y Rojas y don Jerónimo Colona el 30 de marzo, don Francisco Ursino el 17 de abril y don Alonso Téllez Girón el 23 de diciembre. Por su parte, fueron rechazados, y nunca elegidos como sumilleres, don Pedro Portocarrero, vicedeán y canónigo de Toledo y hermano del conde de Montijo, don Mateo Arias, dean de Málaga y hermano del conde de Puñonrostro, don Baltasar de Mendoza, hijo de la marquesa de Villagarcía y mayordomo del rey, y don Jerónimo de Aranda, sobrino del marqués de Maenza.

La llegada de don Alonso Pérez de Guzmán a la capellanía mayor en 1626 le llevó a buscar el ingreso de nuevos sumilleres que tuvieran una mayor afinidad con su persona. Así, por consulta del 21 de diciembre de 1627, indicaba que:

¹⁰⁸⁶ Estas se encuentran en AGP, RC, caja 65/7.

Por la ausencia que ha hecho don Bernardo de Roxas sumiller de cortina de V. Majestad a residir las prebendas que tiene en la Santa Iglesia de Toledo ha quedado sólo don Alonso Girón y por prevenir la falta que puede haver en el servicio de V. Majestad propongo las personas siguientes.

En concreto propuso, en este orden, a don Bernardino Manrique, don Antonio de Castro y Juan Méndez de Tavera, que fueron aceptados, mientras que don Gaspar Carrillo, hijo de don Esteban Carrillo, sobrino de Pedro Pacheco y canónigo de Toledo, y Cristóbal de Ibarra y Mendoza, colegial del mayor del Arzobispo, arcediano de Moya y canónigo de Cuenca, fueron rechazados, con lo que el porcentaje de éxito fue muy elevado.

El fallecimiento y la ausencia de varios de los sumilleres permitió a don Alonso Pérez de Guzmán la posibilidad de realizar una nueva consulta el 7 de octubre de 1632, con un buen porcentaje también de aceptados, pues fueron admitidos don Juan Francisco Pacheco, don Antonio del Bosco y don Rodrigo de Moscoso, mientras que fueron rechazados don Gaspar de Bracamonte, hermano del conde de Peñaranda, del Consejo de Órdenes y camarero del Cardenal Infante, don Antonio de Luna, hermano del conde de Salvatierra, del Consejo de Órdenes y colegial mayor de San Bartolomé, así como don Francisco de Mendoza, hijo del conde de Lodosa y abad del mismo lugar.

Finalmente, en la última consulta que conservamos, fechada el 2 de febrero de 1645, se indicaba que se realizaba por el siguiente motivo:

Y ay señor quatro sumilleres de cortina, el de Toledo y el de Jaén que no asisten por su residencia y don Antonio del Bosco y el marqués de Maenza y todos tienen gajes y por haver ya días que con decreto me mando V. Majestad le dijese lo que podía deformarse de gajes, en lo que me tocaba propuxe, que se redujesen las plazas de sumilleres, predicadores y capellanes a número como en los mayordomos, para ir sucediendo en los gajes con que podían ser quatro los sumilleres que los tengan y me ha parecido hazer recuerdo de esto a V. Majestad en esta ocasión, con que el número de los que hubiere no será cargoso y de los propuestos a V. Majestad para esta merced haya V. Majestad la elección de los más que fuere servido.

Evidentemente, el capellán mayor pretendía crear plazas *ad honorem*, fórmula que ya había intentado utilizar para los capellanes desde 1629, en las cuales pudiera proveer gente de confianza sin necesidad de pagarles gajes, ya que sus rentas les proporcionaban la posibilidad de vivir de forma acorde al cargo. Sin embargo, el monarca no permitió dicha posibilidad, indicando que:

El número de los quatro sumilleres de cortina que ay y es muy suficiente y antiguamente no había tantos con lo qual no me parece acrecentar más plazas a ninguno aunque no ayan de tener gajes.

Así, únicamente fue aceptado en el oficio don Luis de Guzmán Manrique, mientras fueron rechazadas las candidaturas de don Jerónimo Zapata, arcediano y canónigo de Sevilla, don Juan de Porres, vicario y administrador de hospitales en el ejército de Cataluña, don Antonio de Acevedo Bracamonte, menino del Cardenal Infante, abad de Fonseca y colegial de Salamanca, así como sobrino de don Diego Guzmán de Benavides y de don Fernando de Acevedo, y de don Francisco de Córdoba, canónigo de Toledo.

La presencia de los sumilleres en la capilla real les permitió medrar dentro de la casa, siendo especialmente relevante los casos de don Alonso Pérez Guzmán, don Antonio Manrique y don Antonio de Benavides y Bazán, que llegaron a ser capellanes mayores, los dos últimos durante el reinado de Carlos II. Asimismo, encontramos tres sumilleres que fueron a su vez camareros del Cardenal Infante, como don Álvaro de Ataide, don Luis de Guzmán Manrique y don Bernardino Manrique, y, por último, especial fue el caso del licenciado don Fernando Dávila Ossorio, que tras dejar los hábitos fue nombrado mayordomo del rey en 1674.

Por otro lado, cuando se producía su salida de la capilla, en ocasiones manteniendo su título de sumiller de cortina y oratorio, accedían a puestos eclesiásticos fuera de la misma, en especial obispados; así sucedió con don Melchor de Moscoso y Sandoval, que recibió el obispado de Segovia, don Jerónimo de Mascareñas, electo de Leyva y nombrado de la misma Segovia, don Juan Francisco Pacheco de Córdoba, don Pedro de Alagón de Ampurias y Mallorca o don Octavio Brançiforte de Catania. Hubo también quienes fueron elegidos miembros del Consejo de Órdenes, caso de don Antonio Benavides de Bazán, don Jerónimo Mascareñas y don Antonio de Castro, inquisidores en Portugal, don Álvaro de Ataide, o capellanes mayores de la catedral de Sevilla como don Diego de Guzmán. Especial relevancia tuvo, por supuesto, don Luis Fernández Portocarrero, cardenal de Roma, arzobispo de Toledo y del Consejo de Estado, que alcanzó notable relevancia durante el reinado de Carlos II.

4.2.3. *Confesores*

Fernando Negro del Cerro

Dentro de los oficios eclesiásticos de carácter cortesano que existían en tiempos de Felipe IV hay uno que, por su propia dinámica, ofrece unos perfiles singulares: el de confesor del rey. En él se conjugan vertientes muy diferentes de carácter teológico y político que lo elevan sobre el resto de sus correligionarios

de la real capilla y lo identifican como un personaje especial que, por ello, merece una atención individualizada.

Continuando una tradición que podemos remontar, al menos, hasta Felipe II, el religioso encargado de limpiar la conciencia regia y, por tanto, salvar su alma, fue, en tiempos del “Rey Planeta”, mucho más que eso. Se configuró, merced a la acumulación de cargos, capacidad de patronazgo y voluntad de poder, en una pieza clave dentro del entramado político cortesano y en una referencia de primer orden en lo que a las luchas faccionales se refiere¹⁰⁸⁷. Es, por tanto, mucho más que la historia de un grupo de eclesiásticos la que aquí se ofrece. Entramos, de la mano de estos hombres, en un aspecto crucial de la Monarquía católica como es el de la “teologización” de la política. Algo no exclusivo de las latitudes hispanas –pensemos en un Lamormaini junto a Fernando II o un Coetzen desempeñando la misma labor en el entorno del elector bávaro– aunque aquí tuviese, quizá, una proyección mayor.

Sin perjuicio de que otros frailes pudiesen confesar puntualmente a Felipe IV por mor de sus desplazamientos o coyunturas muy precisas¹⁰⁸⁸, tres religiosos van a ser los directores espirituales de este monarca. Y los tres pertenecientes a la Orden dominica, reforzando la tesis –no del todo cierta– de que este cargo quedaba reservado por tradición inmemorial a los hijos de Santo Domingo, premisa que gustaba muy poco a otros institutos. Los tres religiosos en cuestión fueron: fray Antonio de Sotomayor, fray Juan de Santo Tomás y fray Juan Martínez del Corral. Tres individuos muy diferentes pero cuyas biografías están hoy, en gran medida, por hacer. En las siguientes páginas, por tanto, intentaremos pergeñar sus rasgos más característicos sin agotar, ni mucho menos, las posibilidades de investigación. Pero antes nos gustaría realizar una breve digresión en la que se ponga de relieve la trascendencia del cargo y su contextualización en la España del pleno Barroco para poder entender mejor algunos comportamientos que veremos más adelante.

¹⁰⁸⁷ Para una visión general del confesonario regio en el XVII, M^a A. LÓPEZ ARANDÍA: “Confesonario regio en la Monarquía hispánica del siglo XVII”, *Obradoiro de historia moderna* 19 (2010), pp. 249-278.

¹⁰⁸⁸ Por ejemplo, don Martín de Funes, canónigo de Zaragoza, que lo hizo en el ínterin entre el fallecimiento de fray Juan de Santo Tomás y el nombramiento de fray Juan Martínez (J. PELLICER Y TOVAR: “Avisos históricos...”, *op. cit.*, vol. XXXIII, p. 205). El también dominico José González realizó la labor de confesor de Felipe IV cuando era un niño y cesó en el cargo antes de que cumplierse 11 años, por lo que apenas tuvo relevancia [L. ALONSO GETINO: “Dominicos españoles confesores de reyes”, *Ciencia Tomista* 14 (1916), pp. 432-433].

Si, como hemos dicho, a partir del reinado del “Rey Prudente” la injerencia de los confesores en materia política fue cada vez más acusada¹⁰⁸⁹, es bajo su hijo y sucesor cuando la presencia de estos religiosos en las esferas de toma de decisiones se hace omnímoda. Personajes como Xavierre y, sobre todo Aliaga, llevaron al confesionario regio las pugnas por acaparar parcelas de poder y participaron directamente en las maniobras, más o menos veladas, encaminadas a sustituir en la privanza regia a unos u otros¹⁰⁹⁰. Tal fue su injerencia que potenció todo un discurso (articulado, evidentemente, por otros religiosos) de oposición al monopolio por parte de un único individuo de la dirección de conciencia regia. Esta corriente tuvo su máximo exponente en el prestigioso arzobispo de Valencia, el patriarca Ribera, quien escribió al rey, a finales de septiembre de 1608 –y en este caso la fecha es importante ya que acababa de fallecer el citado Xavierre y el confesionario real se encontraba, por tanto, vaco– recomendándole que su próximo confesor “no se introdujese en los asuntos del reino”, rechazando de plano que participase en juntas y menos en el Consejo de Estado y animándole a que, en vez de un sólo religioso, probase a descargar su conciencia ante un consejo erigido para ello¹⁰⁹¹.

¹⁰⁸⁹ Tratan sobre el tema tanto C. J. DE CARLOS MORALES: “La participación en el gobierno a través de la conciencia regia. Fray Diego de Chaves O.P., confesor de Felipe II”, en F. RURALE (ed.): *I religiosi a corte. Teologia, politica e diplomazia in Antico Regime*, Roma 1998, pp. 131-157, como H. PIZARRO LLORENTE: “El control de la conciencia regia. El confesor real fray Bernardo de Fresneda”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 149-188.

¹⁰⁹⁰ La historiografía ha tratado este proceso con cierto detenimiento. Entre otros, es de interés manejar B. J. GARCÍA GARCÍA: “El confesor Fr. Luis de Aliaga y la conciencia del rey”, en F. RURALE (ed.): *I religiosi a corte...*, *op. cit.*, pp. 159-194, o I. POUTRIN: “L’oeil du souverain: Luis de Aliaga et le métier de confesseur royal sous Philippe III”, en T. HERZOG (dir.): *Observation and communication: the Construction of Realities in the Hispanic World*, Frankfurt 1997, pp. 253-270. De la misma autora: “Cas de conscience et affaires d’État: le ministère du confesseur royal en Espagne sous Philippe III”, *Revue d’histoire moderne-contemporaine* 53/3 (2006), pp. 7-28.

¹⁰⁹¹ Todos los entrecomillados que viene a continuación proceden de este breve escrito, del cual hemos usado el ejemplar depositado en BNE, Ms. 18698. El original en Biblioteca Bartolomé March (signatura 23/11/1/i). Lo comenta B. J. GARCÍA GARCÍA: “El confesor Fr. Luis de Aliaga...”, *op. cit.*, pp. 159-194. Para su contexto, S. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ: *El marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*, Salamanca 2004, p. 493, y P. WILLIAMS: *El gran valido. El duque de Lerma, la corte y el gobierno de Felipe III (1598-1621)*, Valladolid 2010, pp. 212-214.

Aunque el trasfondo de la propuesta esconde un ataque político de primer orden (lo que se intenta es que Lerma no controle el cargo) y una alta carga de hipocresía (el confesor no debe meterse en política pero el arzobispo de Valencia, parece que sí puede hacerlo) nos sitúa, perfectamente, en el debate que se plantea durante las primeras décadas del siglo XVII y que no es otro que la discusión sobre el papel que debe desempeñar el confesor regio y si es conveniente, para el propio devenir de la Monarquía, la participación de tantos clérigos en política. En contra de lo que a primera vista pudiese parecer, la consulta del patriarca se enmarca dentro de esa corriente de “levitismo” que impregna la sociedad hispana del Seiscientos y que contempla la sacralización del poder político como una forma ineludible de existencia¹⁰⁹². Porque su eminencia, es cierto, censura la intervención de los hombres de Dios en asuntos mundanos que deben quedar en manos de los profesionales (“de contar reales a millones o de gobernar un convento de frailes al mundo, hay mucho trecho”) pero supedita éstos a aquéllos. En su relación a Felipe III –relación que según él ya había elevado a dos de sus confesores y a uno de los de Felipe II pareciéndoles bien a todos pero no atreviéndose a representárselo al rey por ser cosa nueva–, Ribera deja claro que debería haber dos teólogos de calidad y buenas costumbres para que el confesor discutiese con ellos los asuntos más graves de la conciencia real. Además, este “consejo de conciencia” debería encargarse de advertir al soberano sobre las personas, tanto eclesiásticas como seculares, que no cumplieran con su obligación para que el monarca les recriminara en privado y, de no obedecerle, se podría pasar a otro medio más “apretado”. Todo ello se legitima en que se antojaba necesario para salvaguardar el alma del rey, puesto que no podía, en conciencia, desligarse de lo que sucedía en su reino ni consentir las faltas y pecados públicos sin poner en grave riesgo su salvación.

Por otro lado, esta nueva institución podría, si se estimaba oportuno, “tener lista de las personas ejemplares y doctas para proponerlas a V. Majestad cuando se ofreciere ocasión”, ya que de esta forma se podrían evitar los ataques que desde los púlpitos se estaban realizando contra los cargos públicos. Se daba por sentado que los predicadores controlarían su verbo:

Si hubiese personas deputadas a las cuales pudiesen representar las razones que les obligan a dar las dichas reprensiones y, con tratar de ellas, o quedarían desengañados o descargados con saber que se representarían a V. M. por medio de

¹⁰⁹² P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: “Iglesia y configuración del poder en la Monarquía católica (siglos XV-XVII). Algunas consideraciones”, en J. Ph. GENET y B. VINCENT (coords.): *Etat et Eglise dans la genese de l'etat moderne*, Madrid 1986, pp. 209-216.

los dichos personajes y el que no lo hiciese sería muy justo que fuese castigado por el grande inconveniente que trae reprender en público a los reyes o a sus ministros.

Así pues, el consejo de conciencia no sólo proporcionaría una forma de confesar más segura y recta, sino que se conformaría en el verdadero eje vertebrador de las mercedes reales y en el controlador absoluto de la gracia real, impidiendo cualquier desavenencia que ahora, todavía más, alcanzaría el rango de herejía pues al quedar la política fagocitada por la religión, la disidencia frente a una implicaba, automáticamente, la ruptura con la otra. Estamos por tanto, ante una propuesta de claro corte clerical que arrogaba a los hombres de iglesia una serie de potestades muy difíciles de entender en otros ámbitos del mundo occidental. Lo llamativo de la misma es que no es ni única, ni descabellada¹⁰⁹³. Veamos algún otro ejemplo.

En el *Discurso sobre la necesidad que hay en la corona de Castilla de fundar una Junta a quien se cometan todas las cosas de su gobierno político*¹⁰⁹⁴, posiblemente redactado en el reinado de Felipe III, su anónimo autor abogaba por erigir una nueva institución en la que deberían entrar miembros de los diferentes consejos (Castilla, Aragón, Hacienda...) junto con el padre confesor, a quien se le reservaba un papel primordial ya que no sólo debía verificar que las decisiones allí tomadas fuesen acordes con la santa doctrina y las directrices de la Iglesia, sino que también, debido a su proximidad al soberano, era su tarea el comentar al rey las resoluciones. Se le confería por tanto, una especie de autoridad moral y capacidad de refrendo que, por lógica, devenía en una supremacía real dentro del sistema, emanada, y esto es importante, no de su capacidad personal, formación o adscripción, sino de su cargo. Cargo, que, de haberse erigido tal junta, se hubiese convertido en el más deseado.

De esta manera, la continua injerencia política de los directores espirituales de los monarcas se cimentaba, además de por motivaciones particulares como tendríamos ocasión de ver, sobre todo, porque era el garante de la conciencia del rey. Y en la concepción política de la Monarquía ésta se entendía como el último referente de actuación. Por eso, el cargo trascendía al propio soberano y era asunto de debate entre las más altas esferas. No son sólo los dos ejemplos recién citados sino que, ya en la época que nos ocupa, el reinado de Felipe IV y, muy posiblemente a finales del mismo, se llegará a plantear la necesidad de crear un Consejo Supremo –por

¹⁰⁹³ De hecho, el siguiente confesor real, Aliaga, se tomó la molestia de contestar a la propuesta de Ribera (M^a A. LÓPEZ ARANDÍA: “Confesionario regio en la Monarquía hispánica...”, *op. cit.*, p. 255).

¹⁰⁹⁴ RAH 9/648, ff. 266-276.

encima de cualquier otro de los que ya existían en la Monarquía— presidido por el confesor, que fuese el encargado de dictaminar la política a seguir ¹⁰⁹⁵.

En este caso no estamos hablando de una mera dirección espiritual, sino que la propuesta se amplía mucho más. Se proponía, aún a sabiendas de que introducir estas novedades implicaría profundos recelos ¹⁰⁹⁶, que unos “varones divinos y celestiales a quien Dios manifestase su santísima voluntad” formasen un consejo que, merced a su amistad con el Altísimo, no podría equivocarse en sus decisiones y garantizaría una perfecta ejecución de las resoluciones. En contra de lo que a primera vista pudiera parecer, nuestro anónimo escritor no defiende en absoluto que estos varones divinos y celestiales fuesen visionarios o similares, sino hombres de recta conducta y moralidad irreprochable ¹⁰⁹⁷, lo que colocaba en primera línea a los teólogos y principales religiosos que residían en la corte o en las universidades. A fin de cuentas, lo que se proponía no era sino el control clerical sobre la práctica política, desplazando a los nobles y a los letrados en beneficio de los eclesiásticos en un intento por construir un régimen de carácter sacerdotal y teocrático más allá de lo que se podía encontrar en cualquier territorio europeo, exceptuando los estados papales.

No es seguro que esta propuesta llegase a manos reales. Es obvio que no tuvo ningún resultado práctico, pero es llamativa su formulación. Primero, porque reconoce de forma implícita el fracaso de la política exterior al plantear la necesidad

¹⁰⁹⁵ El documento —BNE, Ms. 18728/43—, se intitula: “Propuesta en que representa a V. R. M. con celo del mayor servicio de Dios y de V. R. M. las conveniencias que puede haber en que se forme un nuevo y sagrado consejo de varones doctos, estáticos [*sic*], ilustrados y singulares amigos de Dios cuyo presidente sea el confesor de V. R. M.”. Es un documento de 11 folios, incompleto, sin autor y sin fecha.

¹⁰⁹⁶ “La formación de este nuevo y sagrado consejo no causaría novedad a los que saben que los consejos que V. R. M. tiene para el gobierno de sus coronas, se han formado o perfeccionado en diferentes tiempos con la luz y la necesidad que la experiencia ha descubierto. Tampoco la extrañarán los políticos que sintieren, con Saavedra, que no siempre las novedades son peligrosas, a veces conviene introducirlas. No se perfeccionaría el mundo si no innovase. Cuanto más entra en edad, es más sabio, etc.” (*Ibidem*, f. 501r —la numeración va del f. 499 al 509—).

¹⁰⁹⁷ “Sólo resta para fortificación de este segundo fundamento mostrar quiénes son los que merecen el que Dios le manifieste y descubra su santísima voluntad [...] y no es necesario (señor) que Dios hable a estos sus amigos o les manifieste su voluntad santísima por medio de alguna revelación” (f. 504r-v). “Por tanto, conviene (señor) que los varones de que se ha de componer este sagrado consejo sean hombres de oración y mucho trato con Dios para que en ella sean ilustrados y enseñados y confiriendo entre sí la luz que cada uno tuviere sobre los negocios graves que se les encomendaren...” (f. 507v).

de organizar una nueva estrategia que involucrase a Dios en la defensa de la corona de manera más determinante de lo que se había hecho hasta ahora (y esto indica que se había perdido una gran parte de la confianza en Él). Después, al demostrar las limitaciones de la respuesta que podían articular los religiosos, siempre encaminada al propio beneficio. Y por último, porque resalta a las claras las diferencias de discurso entre la Monarquía católica y otras entidades políticas, lo cual no es sino una muestra más de esa divergencia de cosmovisión que se incardinó en la sociedad hispana a lo largo del Barroco y que no procede de ningún hecho nacional diferencial, sino de la visión interesada vertida por unas élites culturales que coincidían, gracias al monopolio educativo y el monolitismo confesional, con las elites eclesiásticas¹⁰⁹⁸.

No fue, entonces, por pusilanimidad ni por beatería mal entendida por lo que Felipe IV recabó siempre que pudo el parecer de teólogos. No. Era sencillamente la aplicación de una praxis que legitimaba al poder en sí. Sin profundizar en este aspecto, que desbordaría con mucho el espacio de que disponemos, sí que nos gustaría recalcar que todo norte de gobierno en la España del Barroco viene dominado por el necesario cumplimiento de las directrices divinas, trasladadas al príncipe por los monopolizadores de la exégesis. El incumplimiento de tales mandatos no sólo haría peligrar la salvación del gobernante impío sino que conduciría, inexorablemente, al deterioro de la república y a su ruina. El miedo al castigo divino —única explicación aceptada de las derrotas que se experimentan— impulsaba a evitarlo para lo cual era obligado, entre otras cosas, reconducir las conductas —de ahí la continua obsesión por la reformatión de costumbres— y gobernar acorde a los mandatos de Dios¹⁰⁹⁹.

Pero es que, además, y esta dimensión tampoco se puede olvidar, estos mismos “limpiadores de conciencias” eran los miembros del cuerpo social más capaces de alborotarlo. O de amansarlo, si así se daban las circunstancias. Por tanto, toda decisión política de calado debía contar con el respaldo de los eclesiásticos o por lo menos con su aceptación tácita; de ahí la importancia de las juntas de teólogos y

¹⁰⁹⁸ Cfr. F. R. DE LA FLOR: *La península metafísica. Arte, literatura y pensamiento en la España de la Contrarreforma*, Madrid 1999.

¹⁰⁹⁹ Los párrafos anteriores se pueden ampliar en F. NEGREDO DEL CERRO: “Gobernar en la sombra. Fray Antonio de Sotomayor confesor de Felipe IV. Apuntes políticos”, *Máquina* 13 (2009) pp. 85-102, en especial, pp. 89-91. Sobre la importancia de esta corriente de pensamiento político y la relación con sus difusores eclesiásticos véase de este mismo autor: “Teoría política y discurso eclesiástico. Una visión desde la pastoral barroca”, en F. J. ARANDA PÉREZ y J. DAMIAO RODRÍGUEZ (eds.): *De Re Publica Hispaniae. Una vindicación de la cultura política en los reinos ibéricos en la primera modernidad*, Madrid 2008, pp. 265-292.

similares. Por supuesto que al ser un grupo social tan heterogéneo y variopinto, esta absoluta sumisión casi nunca se lograba pero, al menos, debía presentarse la suficiente legitimación como para poder articular todo un programa defensivo, de palabra y obra, si se precisaba. Y ahí, en la legitimación, encontramos como gran referente al confesor real, que igual mantiene una activa correspondencia con los obispos para aconsejarles cómo debían interpretar las órdenes reales y de qué recursos debían valerse para que éstas se cumplieran¹¹⁰⁰, como, merced al acaparamiento de cargos, controlaban la Santa Inquisición o la fiscalidad sobre los cabildos catedralicios a través de la Congregación de las Iglesias de Castilla y León, intercediendo –o no– para su convocatoria...

Y una vez contextualizada la figura del confesor real para el reinado de Felipe IV, descendamos al análisis pormenorizado de sus tres grandes protagonistas, avisando, desde este momento, que lo que sabemos de ellos es muy desigual y aún queda una gran labor por hacer, en especial en referencia al último de ellos, fray Juan Martínez, en consonancia con el también mayor desconocimiento de la segunda parte del reinado de Felipe IV.

4.2.3.1. *Fray Antonio de Sotomayor*

El primer religioso que se ocupó de la conciencia de Felipe IV fue el longevo dominico fray Antonio de Sotomayor, cuya labor se inició siendo el Habsburgo todavía príncipe y se prolongó oficialmente hasta su muerte en 1648 aunque, en la práctica, dejó de cumplir tal menester en 1643¹¹⁰¹.

¹¹⁰⁰ Valga como ejemplo este fragmento de una carta escrita por fray Antonio Sotomayor, del que hablaremos más adelante, y dirigida al obispo de Palencia –su sobrino– en que, temiendo que los eclesiásticos pusiesen algún reparo en el pago de los Millones por el retraso en el breve papal, se le recordaba que “si acaso alguno o algunos, no bien enterados de esta justificación, se quisieren inquietar o inquietar a otros, V. S. tome por su cuenta el sosegarlos mostrándoles la razón y no dando lugar a que en ninguna manera los eclesiásticos de esa diócesis se desasosieguen entre sí ni perturben a los seglares de que podrían resultar otros daños, lo cual todo fia S. M. de la mucha prudencia y celo y grandes obligaciones de V. S.” [BNE, Ms. 7760, f. 39r (30 de septiembre de 1628)]. Pensemos que el mismo obispo (don Fernando de Andrade y Sotomayor) había recibido también cartas del gobernador del Consejo de Castilla y del Conde Duque con un contenido similar.

¹¹⁰¹ Fray Antonio también fue confesor de los infantes don Carlos y don Fernando hasta que se les designó un director espiritual propio; ocasionalmente, y en diferentes temporadas, cumplió asimismo esta función con la reina Isabel de Borbón (8 años) y el príncipe Baltasar Carlos, según afirma en su testamento (AHPM, Protocolo 3542, f. 86r). En este documento no dice nada de haber confesado a la infanta María, posterior reina de Hungría, que otras fuentes le atribuyen.

Si bien su vida se encuentra aún hoy en penumbra y el peso de una tradición historiográfica que lo ha ninguneado en favor de Olivares ha aplastado cualquier intento de vindicación (a pesar de que el editor de su correspondencia con el rey —de gran interés— ya llamaba la atención sobre la disparidad de caracteres de ambos y su dificultad para congeniar ¹¹⁰²), creemos que es conveniente rescatar tanto su trayectoria política como su comportamiento cortesano, labor que pergeñaremos en las siguientes páginas ¹¹⁰³.

Nació este importante dominico en Valencia do Miño (Portugal), a finales del reinado del emperador ¹¹⁰⁴, siendo hijo de Baltasar de Sequeiros Benavides y Sotomayor y de Isabel de Ozores de Sotomayor. Su padre, natural de Santo Tomé de Freigeiro —localidad cercana a Vigo— era descendiente de la portuguesa casa de los condes de Caminha y, aunque no pertenecía a la alta aristocracia gallega, se le puede considerar miembro destacado de la nobleza local ¹¹⁰⁵.

¹¹⁰² J. ESPINOSA RODRÍGUEZ: *Fray Antonio de Sotomayor y su correspondencia con Felipe IV*, Vigo 1944, p. 44.

¹¹⁰³ Para iniciar el bosquejo biográfico de este fraile, además de los diccionarios biográficos eclesiásticos, se debe consultar también J. CUERVO (ed.): *Historiadores del convento de San Esteban en Salamanca*, 3 vols., Salamanca 1914-1916; J. CONTRERAS CONTRERAS: *El Santo Oficio de la Inquisición en Galicia, 1560-1700*, Madrid 1982, pp. 208-231 y M^a A. LÓPEZ ARANDÍA: “Dominicos en la corte de los Austrias: el confesor del rey”, *Tiempos Modernos. Revista electrónica de Historia Moderna* 20 (2010) [<http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/218/273>], así como revisar los papeles sobre él conservados en el Pazo de la Pastora en Vigo. Cfr. J. I. PULIDO SERRANO: *Injurias a Cristo. Religión, política y antijudaísmo en el siglo XVII*, Alcalá de Henares 2002, p. 71, n. 92. Una aproximación a su labor política con especial atención a la documentación de archivo en F. NEGREDO DEL CERRO: “Gobernar en la sombra...”, *op. cit.*, *passim*.

¹¹⁰⁴ Según la fuente que manejemos nos aparece nacido en 1547 (*vide* el citado testamento) o en 1555 (“Copia de la carta de renuncia enviada a S. S.” en BNE, Ms. 18718/132). Por su parte, J. ESPINOSA RODRÍGUEZ, en su *Fray Antonio de Sotomayor...*, *op. cit.*, p. 15, afirma que nació en 1557. Nos inclinamos a pensar que sus fechas vitales fueron 1547-1648.

¹¹⁰⁵ La información genealógica en AHN, Inq., leg. 1374/6. Su abuela paterna, Briolanza Pereira de Silva, era, como él, natural de Valencia do Minho, localidad donde el padre del dominico desempeñaba el puesto de administrador del hospital, por lo que quizá su nacimiento se produjese en aquella casa, aunque fray Antonio siempre se sintió identificado con Santo Tomé, patria chica, también, de su abuelo, Rodrigo de Sequeiros. La relación de la familia con Pedro Álvarez de Sotomayor, primer conde de Caminha, procede a través de una hija suya, María, quien casó con Juan Sequeiro, señor de la torre de Sequeiros. De este matrimonio nació el citado abuelo Rodrigo.

De hecho, fray Antonio conseguirá para su sobrino, Baltasar de Sequeiros, el título de conde de Priegue y él mismo dedicará mucho tiempo (y más dinero) en fundar y acrecentar un mayorazgo en la citada parroquia de Freigeiro, no dudando en entablar pleitos o supervisar compraventas de terrenos adyacentes reproduciendo los esquemas típicos de patrón nobiliario en su entorno más cercano ¹¹⁰⁶.

Por tanto, lo que a veces se ha escrito sobre los humildes orígenes de nuestro biografiado debe descartarse, pues responde a una estrategia consciente de crítica *ad hominem* surgida de las luchas faccionales propias de los momentos tan delicados que le tocó vivir, en especial todo lo que rodeó al valimiento de Olivares. Es más, esta pretensión de que fray Antonio era un sencillo religioso va unida a la idea de que, por eso mismo, se mostraba incapaz de entender los problemas de gobierno a los que se enfrentaba y de ahí que se comportase como una marioneta en manos del todopoderoso valido a quien servía afanosamente. Dicha visión —que se rastrea desde Hume a Marañón ¹¹⁰⁷—, procede tanto de la lectura errónea de los informes de los embajadores venecianos como de conceder un crédito desmesurado a las apreciaciones de Matías de Novoa ¹¹⁰⁸. Además, para afianzar más

¹¹⁰⁶ La fundación de una obra pía y mayorazgo, siguiendo la voluntad de su hermano Francisco, en AHPM, Protocolo 6168, ff. 169-192. Téngase en cuenta que estamos hablando de una dotación inicial de 80.000 ducados, cuya percepción desde tierras americanas no fue siempre fácil. Desde 1623 tenemos noticia de la preocupación de fray Antonio por la mejora y acondicionamiento de la casa familiar —el pazo de Santo Tomé o La Pastora— que acabará rehabilitando completamente (X. OZORES PEDROSA: *Historia y antigüedad del palacio de Santhomé*, Vigo 1950, y A. M^a PEREIRA MOLARES: *La arquitectura del pazo de Vigo y su comarca*, La Coruña 1979, pp. 120-133).

¹¹⁰⁷ M. HUME: *La corte de Felipe IV*, Barcelona 1949, p. 143, no duda en escribir que era un “hombre sin carácter y enteramente vendido al ministro”.

¹¹⁰⁸ N. BAROZZI y G. BERCHE (eds.): *Relazione degli Stati Europei. Letti al senato degli ambasciatori veneti nel secolo decimo settimo*, Venecia 1878, Serie I (Spagna), vol. I, p. 641 en donde se recogen las apreciaciones del embajador Alvise Molenigo III, que califica a nuestro protagonista como de “*umile condizione*”, refiriéndose, según entiendo yo, a su carácter y no a sus orígenes. Por su parte, M. DE NOVOA: *Historia de Felipe IV, Rey de España*, en CODOIN, vol. LXIX, Madrid 1875-1886, pp. 88 y 130-133, recalca la idea de que Sotomayor era un hombre sin escrúpulos que no dudó en plegarse a los deseos de Olivares con tal de mantener su posición en palacio y que el Conde Duque le premió con su incorporación a diferentes juntas. Asimismo le culpa de ser la herramienta utilizada por el “perverso” valido para controlar el cuarto de los infantes, lo que no deja de ser un tanto sorprendente porque ese cargo lo obtendrá el jesuita P. Florencia cuando la facción olivarista se asiente en el poder. Como siempre, las informaciones y, en especial, los juicios de valor de Novoa deben ser aceptados con mucha reserva teniendo en cuenta el resentimiento que impregna su obra.

su descrédito, se llegó a escribir que la forma de dominio que tenía el de Guzmán sobre nuestro protagonista se articulaba a través de su confesor, el polémico jesuita P. Salazar ¹¹⁰⁹.

Tales aseveraciones han impregnado de tal forma la historiografía que nadie se ha planteado algunas cuestiones básicas. La primera parece obvia: Sotomayor era un miembro destacado de la corte desde mucho antes que don Gaspar detentara su privanza, como prueba, por ejemplo, que aparezca como uno de los testamentarios designados por Felipe III ¹¹¹⁰. Es cierto que, por descontado, no parece su enemigo pero tampoco una de sus criaturas. Que durante los primeros años no se pidiera su relevo sólo demuestra la diferente manera de entender las relaciones entre rey y ministro que tenía Olivares frente a Lerma. Don Gaspar pretendía modelar un soberano que fuese capaz de gobernar por sí mismo (admitiendo sus consejos, como es obvio), no controlar a su rey. Desde esta perspectiva, mientras Sotomayor no se revelase como un adversario especialmente hostil, no había razón para sustituirle. Además, involucrarse en tales manejos era un arma muy peligrosa pues daría argumentos a los opositores para criticar su labor arguyendo, precisamente, que se repetían las estratagemas que se habían criticado en el anterior gobierno y podría causar enojo en el joven rey que, aunque inexperto, comprendería que se le constreñía su propio ámbito privado por voluntad de un ministro demasiado ambicioso. Desalojar al religioso que llevaba confesándole desde los 10 años sin un pretexto sólido para situar a otro —supuestamente— más fiel, era una apuesta en la que las posibles pérdidas superaban con creces las inciertas ganancias. Todo sin contar las rivalidades intrarreligiosas que tal decisión motivaría tanto en el seno de la Orden dominica como en otros institutos que aspiraban a colocar a sus mejores hombres en el confesionario regio. Así pues, que fray Antonio continuara en su labor cuando Felipe alcanzó el trono no parece que tenga nada de extraño ni que responda a ningún oculto plan por parte de don Gaspar.

El segundo asunto que chirría enormemente consiste en admitir, sin más, que un veterano dominico, curtido en experiencias romanas y madrileñas, que había ocupado los cargos importantes dentro de su Orden y con una sólida formación intelectual, se plegase a ser una marioneta en manos de un jesuita mucho

¹¹⁰⁹ G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares. La pasión de mandar*, Madrid 1992 (25ª ed.), p. 231, afirma que Sotomayor era “un humilde fraile dominico, hechura del jesuita” algo que ya F. SILVELA: *Sor María de Ágreda y Felipe IV, bosquejo histórico*, Madrid 1985, p. 20, había planteado.

¹¹¹⁰ C. SECO SERRANO (ed.): *Testamento de Felipe III*, Madrid 1982, p. 57. Como es sabido el testamento fue, muy posiblemente, redactado en la primavera de 1619, por lo que no podemos explicar su nombramiento por las presiones del clan Zúñiga-Olivares.

más joven que él. A principios del siglo XVII esta dependencia no cuadra en absoluto. Primero, por la propia trayectoria personal de nuestro protagonista ¹¹¹¹ y, segundo, porque la inquina entre los hijos de Santo Domingo y los de San Ignacio estaba en plena efervescencia y no parece de recibo que uno de los principales hombres de la familia dominicana tuviera la poca personalidad de someterse a los dictados de un maquiavélico jesuita, justo en el momento en que toda la Orden se movilizaba para impedir que ocupasen las parcelas de poder que ellos detentaban. Que los embajadores venecianos quisieran culpar a la Compañía de todos los males de la Cristiandad tiene una explicación en el propio contexto histórico del que estamos hablando, cuando el enfrentamiento entre Roma y la *Signoría* había demostrado el grado de imbricación de estos padres en tal polémica. Ahora bien, que la historiografía acepte este testimonio sin sentido crítico, resulta más difícil de encajar. Desde luego, en nuestros estudios sobre el P. Salazar nunca hemos encontrado ninguna referencia a su amistad con Sotomayor, ni mucho menos documentación que nos pueda dar pie a hablar del dominico como su “hechura”. Por el contrario, en el verano de 1631 se propalaron rumores de que, al promocionar el confesor dominico a inquisidor general, Salazar le sustituiría en el cargo de comisario general de la Cruzada. Incluso sus compañeros de hábito llegaron a temerse que fuese designado él mismo como inquisidor general después de que hubiera sido elegido como consejero de la Suprema por, según parece, voluntad expresa del cardenal Zapata y en contra de los deseos pontificios. Aunque una parte de estas noticias quedaron sólo en rumores, no parece descabellado pensar que Sotomayor debió sentirse presionado por el P. Hernando y que ambos, al menos en esta ocasión, no demostraron ser, precisamente, buenos amigos ¹¹¹².

¹¹¹¹ Fray Antonio se había formado básicamente en los conventos de San Esteban en Salamanca y San Gregorio en Valladolid, luego, tras una breve estancia en el convento del Rosario de Tordesillas y Santo Tomás de Ávila fue, sucesivamente, lector de artes y teología en el de San Ildefonso de Toro, catedrático de Prima en la Universidad de Santiago y prior del convento de Santo Domingo de aquella localidad, rector de San Gregorio, prior de San Esteban, definidor en el Capítulo General en Roma de 1612, prior en San Pedro Mártir de Toledo —de donde saltó a la corte— y provincial de España entre 1615 y 1619. Reconstrucción de su carrera a partir de los datos de su testamento, ff. 80-122. Cfr. M^a A. LÓPEZ ARANDÍA: “Dominicos en la corte de los Austrias...”, *op. cit.*

¹¹¹² Hay bastante información al respecto en las cartas que los jesuitas se cruzan por estas fechas; en especial las de los P. Juan Chacón y Rafael Pereira que se pueden consultar en RAH 9/3691. Salazar nunca alcanzó la Comisaría General de la Cruzada pero, desde 1631, dejó el confesonario del Conde Duque, siendo sustituido por el también jesuita P. Aguado. Aún así, continuó participando en numerosas juntas, donde aparece con su flamante título de arzobispo

Hay, por tanto, que dejar a un lado los prejuicios con los que se ha abordado su figura e intentar entenderla en su complejidad. Complejidad que no podemos agotar en estas páginas pero que merece, cuando menos, ser presentada.

Estudiar la figura de Sotomayor nos conduce, inexorablemente, a hablar del “Poder”. Poder con mayúsculas, ya que engloba multitud de facetas. Por un lado, las que denominaríamos acepciones clásicas –el poder político–, constatable en su participación como miembro del Consejo de Estado y en numerosas juntas. Asimismo, un poder sobre el estamento eclesiástico que irá poco a poco ampliándose y que se plasma en el paulatino control de los resortes y mecanismos de nombramientos y concesión de mercedes. Por último, y muy vinculado a él, un auténtico poder cortesano como intermediario y mecenas, ejerciendo como correa de transmisión de ciertas opiniones o demandas y actuando como patrono que no dudó en promocionar a compañeros de hábito para que entrasen a formar parte del selecto grupo de artistas de palacio.

En calidad de consejero de estado no sólo estaba al corriente de los grandes negocios que atañían a tan vasta monarquía, sino que participaba activamente en ellos. Sus votos, todavía pendientes de análisis, se pueden rastrear desde 1624 a 1643 y por lo que se intuye en ellos se adivina un personaje próximo a muchas de las tesis iniciales del régimen de Olivares, defensor de posturas, generalmente pacifistas, pero en absoluto una marioneta. De hecho, no está de más recordar que el mismo conde duque tampoco parecía considerarle una hechura suya a la altura de 1626 cuando, sibilinaamente, arruinó su candidatura para inquisidor general ¹¹¹³.

En cuanto a sus opiniones sobre la política a seguir por la Monarquía, en varios de los casos consultados los razonamientos de fray Antonio son contrarios a los del valido o a los de sus más próximos colaboradores. Incluso, en algún momento, el privado debió recurrir a una junta de teólogos para legitimar ciertas actuaciones que no contaban con el beneplácito –desde el punto de vista moral– del confesor y que, por tanto, eran susceptibles de no ser refrendadas por Felipe IV aduciendo dudas de conciencia. Un ejemplo claro se encuentra en la negativa de Sotomayor (junto con la mayoría del Consejo de Estado) a apoyar a los hugonotes

de las Charcas. Desde su puesto de consejero de la Suprema, ayudó a la defensa de sus compañeros de hábito vigilados por el Santo Oficio. Para la carrera de Salazar y Aguado puede resultar de interés, F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro*, Madrid 2006, caps. 1.1 y 1.3.

¹¹¹³ AGS, GJ, leg. 621, consulta de 26 de agosto de 1626.

franceses de la Rochela en 1625, lo que decidió al valido a negociar las ayudas –tanto a ellos como al duque de Rohán– por vía reservada ¹¹¹⁴.

Otro ejemplo de esta independencia nos lo ofrece su toma de postura a principios de la cuarta década del siglo en relación a las prioridades de la Monarquía, aliándose dentro del Consejo de Estado con la facción encabezada por Oñate y contraria a las disposiciones geoestratégicas de Olivares para el año 1631. Indignado por las paces de Ratisbona –que mejor las hubiese firmado el Turco– no coincidía con el valido en su apreciación de los peligros que corría Flandes y, por el contrario, era partidario de reforzar los territorios italianos y asegurar su invulnerabilidad aun a costa de ceder en otras latitudes ¹¹¹⁵. Y así podríamos continuar alegando votos particulares –que no parece pesasen en el ánimo del rey más que los del resto de consejeros– como cuando, en contra del parecer de Olivares, aconsejó, en los especiales momentos de tensión de los años treinta con Roma, prescindir de la negociación con el nuncio y realizarla directamente con el Vaticano ¹¹¹⁶.

Es por tanto plausible considerar que fray Antonio de Sotomayor operó con cierta independencia en su papel de consejero de estado, al igual que parece hacerlo, al menos en algunas ocasiones, como comisario general de la Cruzada ¹¹¹⁷ e inquisidor general, si bien, en este caso, una vez caído Olivares ¹¹¹⁸. No obstante,

¹¹¹⁴ R. RÓDENAS VILAR: *La política europea de España...*, *op. cit.*, pp. 33-34 basándose en AGS, Estado, K. leg. 1.433, Consulta del Consejo de Estado de 2 de febrero de 1625 que anexa en las pp. 257-259, y en el que el parecer de nuestro clérigo es claramente contrario a esta iniciativa, ya que afirma que dar socorro a los rocheleses tiene “gran escrúpulo”. E. STRAUB: *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617-1635*, Paderborn-Munich-Viena-Zurich 1980, p. 212, n. 11, hace referencia a la junta de teólogos reunida *ad hoc* y en la que no parece que esté Sotomayor. Sí que estará, años después, al volver a tratar este tema. Concretamente en enero de 1629, el confesor –y otros religiosos muy vinculados con la corte– decidirán que, ante la posición de Francia en la guerra de Mantua, era legítimo ayudar al duque de Rohán en su rebelión (RAH 9/7186, cfr. J. H. ELLIOTT: *Richelieu y Olivares*, Barcelona 1984, p. 168).

¹¹¹⁵ AGS, Estado, leg. 2331, ff. 126 y ss. El original de la consulta lo editó R. RÓDENAS VILAR: *La política europea de España...*, *op. cit.*, pp. 266-275. Cfr. R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 159.

¹¹¹⁶ AHN, Consejos, leg. 7132, consulta del consejo de Estado, 19 de septiembre de 1633.

¹¹¹⁷ AGS, GJ, leg. 614, consulta de 4 de septiembre de 1628, en donde se niega a que los ingresos del Excusado se gastasen en mantener a virreyes como proponía el duque de Alcalá.

¹¹¹⁸ Cfr. C. PUYOL BUIL: *Inquisición y política en el reinado de Felipe IV. Los procesos de Jerónimo de Villanueva y las monjas de San Plácido, 1628-1660*, Madrid 1993, pp. 284-285.

quizá su perfil sea, hasta cierto punto, menos independiente en lo que a su participación en las juntas se refiere. Sin ánimo de ser exhaustivos, a través de bibliografía reciente –como el libro de Baltar Rodríguez¹¹¹⁹– se puede rastrear su intervención en bastantes de ellas (aunque no en todas) desde el primer momento, puesto que fray Antonio había sido convocado, ya el 8 de abril de 1621, para la junta encaminada a “desterrar los pecados públicos y vicios de la corte”¹¹²⁰. Es decir, a la semana de iniciarse el reinado de Felipe IV, nuestro protagonista aparece vinculado a una de las directrices más señeras del nuevo equipo gubernativo: la “Reformación”. Filiación que mantendrá ya que, un año después, será también miembro destacado de la Junta Grande al respecto y se mantendrá en ella tras las remodelaciones de 1624. Ahora bien, esto no es sino la punta del iceberg de su dedicación juntera, porque su labor al respecto fue exhaustiva. Tanto es así que, en fecha tan temprana como 1624, ya se quejaban otros burócratas de que contar con la participación del confesor era complicado en virtud de las excesivas tareas que tenía encomendadas y que ocasionaba el retraso en el despacho y toma de decisiones¹¹²¹. Y es que, no sólo participaba en los asuntos de carácter moral, sino que su actividad cubría todo el espectro político con especial atención a las finanzas o a las materias de extrema gravedad. Le encontramos, por tanto, igual formando parte de una junta sobre el casamiento de la infanta con el príncipe de Gales¹¹²², que en otra secreta para discutir la forma más efectiva de reformar la

¹¹¹⁹ J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, *passim*. Menos información se puede extraer de D. M. SÁNCHEZ: *Las Juntas ordinarias. Tribunales permanentes en la corte de los Austrias*, Madrid 1995.

¹¹²⁰ G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la corte de España...*, *op. cit.*, pp. 91-92. El original en AHN, Consejos, leg. 7137/13. Para el ambiente y pormenores de esta junta, que no debe confundirse con la Junta Grande de reformatión de 1622, *vide* J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, pp. 122-124. Esta junta la denomina León Pinelo “Junta de la Censura”, cifrando su convocatoria un día antes, fecha que coincide con la prisión de Osuna. Pero como queda claro por su composición y decreto fundacional, no tiene nada que ver con ese proceso cuyos jueces son otros. A. DE LEÓN PINELO: *Anales de Madrid (desde el año 447 al de 1658)*, Madrid 1971, p. 234, y J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, pp. 64-65; A. GONZÁLEZ PALENCIA: *La Junta de Reformatión...*, *op. cit.*, p. 53, sitúa a Aliaga en lugar de Sotomayor, pero es una imprecisión fácilmente subsanable.

¹¹²¹ AHN, Estado, lib. 718.

¹¹²² Sobre las discusiones del casamiento, Sotomayor aparece como presidente en una Junta de Estado que se hacía en su celda y supervisaba, incluso, las consultas del Consejo (AHN, Estado, lib 738, ff. 168 y ss. Cfr. J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, p. 460). Da noticias de ella G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta. Una boda real frustrada*,

hacienda¹¹²³. En todas ellas no actúa como perito sino como confesor porque lo que el valido quiere, a través de su participación, es convertir una decisión política en un asunto de conciencia. Los pareceres de lo que podríamos denominar “tecnócratas” no tenían la suficiente enjundia para convencer a Felipe IV de la necesidad de tomar una serie de resoluciones graves y de profundo calado, de ahí que fuese necesario respaldarlas con la opinión, tanto de Sotomayor como de otros eclesiásticos apreciados por el soberano, como el inquisidor general, algún predicador real u otras dignidades¹¹²⁴. Esta estrategia, diseñada indudablemente por el valido, fue utilizada por nuestro protagonista en su propio beneficio pues aumentaba enormemente sus parcelas de poder. Y por eso, a pesar de algunas quejas y ciertas voces disonantes que no veían con buenos ojos tanta intromisión de un clérigo en asuntos seculares, fray Antonio continuó su frenética actividad política.

Sin ánimo de ser exhaustivos, sólo reseñaremos que validó con su voto las decisiones de las juntas de hacienda más importantes, tanto la Gran Junta de 1629 como la referente a la baja del vellón, la media anata, el mantenimiento de El Escorial, la de obras y bosques...¹¹²⁵. Asimismo fue pieza clave en la disposición de mercedes para el reino de Portugal, sustituyendo, incluso, la labor de aquel Consejo en algunos momentos. De hecho, desde muy temprano funcionó en su celda una junta que un historiador contemporáneo ha definido como “segundo

Madrid 2004, p. 81. Por supuesto, fray Antonio también formó parte de la Junta Grande de Teólogos que discutió el asunto, tal y como recoge R. RODRÍGUEZ MONINO-SORIANO: *Razón de estado y dogmatismo religioso en la España del siglo XVII. Negociaciones hispano inglesas de 1623*, Barcelona 1976, p. 169. Hay un dato curioso y es que, ya en 1613, nuestro protagonista había participado en una junta de teólogos para discutir sobre la posible boda de una sobrina de Felipe III (hija de Catalina Micaela y el duque de Saboya) con el príncipe de Gales. Allí contó una estremecedora historia que demostraba la inquina inglesa contra la educación católica de los vástagos reales, fomentando la oposición al enlace (G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, p. 109).

¹¹²³ AHN, Estado, lib. 870. Sobre esta propuesta olivarista y la presencia de Sotomayor vide J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares...*, *op. cit.*, vol. I, doc. VI, pp. 117-131.

¹¹²⁴ En al menos una ocasión, el Conde Duque denominó al inquisidor Pacheco y a nuestro dominico como “primeros padres de la patria, tutelares columnas del rey nuestro señor y su monarquía” (*Ibidem*, p. 126).

¹¹²⁵ En esta última, diferente por trayectoria e importancia a las demás citadas, tenía, por derecho consuetudinario, asiento el confesor real desde su nombramiento, de ahí que Sotomayor perteneciese a la misma desde 1621 (F. J. DÍAZ GONZÁLEZ: *La Real Junta de Obras y Bosques en la época de los Austrias*, Madrid 2002).

Consejo de Portugal en la corte” y por la que pasaban muchas de las pretensiones de particulares antes de llegar al órgano de la polisinodia. Este trámite, que el mismo rey legitimaba basándose en que dichas peticiones eran asuntos concerniente a su conciencia, le confería una capacidad de decisión sobre el patronazgo de gran calado ¹¹²⁶. En los años siguientes, y ante la voluntad expresa de debilitamiento del máximo órgano de gobierno del reino luso, las juntas referentes a Portugal tuvieron cada vez más importancia y, casi siempre, como persona fija al confesor. Por sus manos circularon desde la provisión de Diego de Castro como virrey al diseño de toda una estrategia política y económica que se discutió en la llamada Junta de Pernambuco ¹¹²⁷.

Pero, a la vez que se enfrentaba a las cuestiones portuguesas, fray Antonio seguía manteniendo su actividad en otros frentes. Desde, al menos, 1624 participaba en la llamada “Junta reservada de Flandes” donde se trataba de la dirección a tomar frente al problema holandés, incluida la negociación de una posible tregua ¹¹²⁸. A su vez, era una de las voces llamadas a discutir el porvenir de los infantes en los inciertos años inmediatamente anteriores y posteriores a la gravísima enfermedad de Felipe IV en 1627 ¹¹²⁹. Asimismo presidía, a la altura de 1631, la Junta Grande formada para dirimir los abusos de Roma y de la cual saldría la propuesta de la embajada de Chumacero y Pimentel y el contenido de la misma ¹¹³⁰. En relación con este tema, su presencia fue constante y relevante en todo organismo creado para tratarlo. Su condición de eclesiástico le permitía articular discursos vedados o, por

¹¹²⁶ Para esta junta, y todo lo que tiene que ver con la gobernación de Portugal, nos hemos basado, fundamentalmente, en S. LUXÁN MELÉNDEZ: *La Revolución de 1640 en Portugal, sus fundamentos sociales y sus caracteres nacionales, el Consejo de Portugal 1580-1640*, Madrid 1988. La cita en p. 335.

¹¹²⁷ J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, p. 582.

¹¹²⁸ Esta junta, de la que en principio no formaba parte el padre confesor, se reunía a veces en su celda. Información sobre la misma en AGS, Estado, leg. 2147. J. I. ISRAEL: *La república holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*, Madrid 1997, pp. 144-146, la menciona, sin citar a Sotomayor.

¹¹²⁹ BNE, Ms. 2358, f. 302. En J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares...*, *op. cit.*, vol. I, p. 163.

¹¹³⁰ Una contextualización de la misma en Q. ALDEA VAQUERO: “Iglesia y Estado en la época barroca”, en *La España de Felipe IV (Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal, xxv)*, Madrid 1994, pp. 524-633. Su participación en esta junta no anula, por supuesto, el papel que siguió desempeñando al respecto en el Consejo de Estado. Véase, por su interés, la consulta de 19 de septiembre de 1633 y el parecer del confesor (He manejado dicho documento a partir de una copia dirigida al Consejo de Castilla sita en AHN, Consejos, leg. 7132).

lo menos, peligrosos en boca de un laico. Como además de director de la conciencia regia también ocupaba, a partir de 1632, la plaza de inquisidor general, su capacidad de negociación con el Vaticano, sus contactos y su experiencia eran, en líneas generales, muy superiores al de la mayoría de sus compañeros de labores. De hecho su talante conciliador, perfectamente retratado en el parecer vertido en una junta de 1636 creada para dirimir qué hacer con el cardenal Borja tras su regreso a España en función de las órdenes cursadas por Urbano VIII¹¹³¹, es el que acabó imponiéndose en este contencioso muy a pesar de los halcones de la Monarquía que exigían una demostración de fuerza aleccionadora sobre Roma demostrando el peso de su influencia sobre el ánimo del rey¹¹³².

En definitiva, y para resumir, todos estos datos demuestran que durante el valimiento del Conde Duque, Sotomayor se había erigido en una pieza fundamental dentro de la organización de toma de decisiones de la Monarquía. Y lo seguirá siendo hasta su caída, pues no olvidemos que en fecha tan tardía como 1641 aparece firmando las consultas de la Junta de Ejecución e incluso después le encontraremos formando parte de la junta encargada de estudiar las peticiones de la misión confederada irlandesa¹¹³³.

Pero si esta actuación política pura es innegable, continua y constante, lo mismo podemos decir de otras facetas menos reconocidas pero fundamentales.

En primer lugar, no puede pasarse por alto el control que el dominico llegó a ejercer sobre el entramado eclesiástico de la Monarquía. Y esta dimensión es indisoluble de la política de acaparamiento de cargos —y prebendas— que gestionó. Si en 1620 se presentaba como un simple fraile que salía de su fría y ascética celda para confesar a su príncipe, 15 años después aparecía como una babel de personalidades y papeles donde se reunían los más altos ministros de la corona, ya

¹¹³¹ Información al respecto en AGS, Estado, leg. 3097. Obviamente no es el único eclesiástico que expone su parecer. También es llamativo el de los jesuitas encabezado por el P. Salazar, “electo arzobispo de las Charcas”. Otra muestra de esta característica de su carácter se puede leer en J. H. ELLIOTT: *La rebelión de los catalanes*, Madrid 1977, p. 403, cuando, a raíz de los sucesos del *Corpus* barcelonés de 1640 proponía “un equilibrio entre los extremos de rigor y moderación”. Abandonando su planteamiento inicial de contemporizar, en ese momento proponía dejar actuar a la Inquisición.

¹¹³² Sobre este particular, F. NEGRO DEL CERRO: “La política exterior de la Monarquía hispánica hacia 1632. Variables a considerar”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y R. GONZÁLEZ CUERVA (coords.): *La Dinastía de los Austria...*, op. cit., vol. II, pp. 1301-1332.

¹¹³³ I. PÉREZ TOSTADO: “Cañones para Irlanda: estudio del caso de la actividad del grupo de presión irlandés en la Monarquía católica de Felipe IV”, en F. J. ARANDA PÉREZ (coord.): *La declinación de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*, Cuenca 2004, p. 286.

que el “humilde” dominico gallego reunía sobre su cabeza los títulos de confesor del rey, arzobispo de Damasco ¹¹³⁴, inquisidor general, comisario general de la Cruzada y miembro del Consejo de Estado. La acumulación de cargos tenía, como es lógico, su correlato en amplias y sustanciosas parcelas de poder e ingresos a los que habría que sumar los proporcionados por otros de menor importancia, pero de tangibles rentas, como eran el priorato de Játiva, la abadía de Santander y la de Alcalá la Real ¹¹³⁵.

Como empleó su posición dentro del Santo Oficio para promocionar a sus familiares y clientes ha sido magistralmente narrado por Jaime Contreras ¹¹³⁶. Pero ahí no cesa su labor. Sabemos, por fuentes indirectas, que su opinión pesaba considerablemente en el ánimo del rey a la hora de elegir sujetos con los que cubrir las vacantes mitradas, ejerciendo, por tanto, de contrapeso o, al menos, de referencia externa, a la labor oficial de la cámara y los consejos territoriales ¹¹³⁷.

¹¹³⁴ Damasco es, obviamente, una diócesis “*in partibus infidelium*”, esto es, sin el requisito de residencia y sin rentas propias. La concesión de este tipo de obispados, que tantos quebraderos de cabeza habían dado en la Edad Media, quedaban ahora reservados a obispos auxiliares (por ejemplo fray Michael Avellán, obispo de Siria, para poder cumplir con las funciones episcopales en una diócesis como Toledo, en manos de un cardenal no ordenado, don Fernando de Austria) o a eclesiásticos a los que se quería reforzar protocolariamente para no quedar en demérito frente a otros colegas, en la práctica, menos importantes. Con la dignidad arzobispal reconocida, fray Antonio se podía ubicar, en el complejo ceremonial cortesano, por delante de obispos, capellanes...

¹¹³⁵ Las rentas de Játiva y Santander se le concedieron por breve papal en 3 de junio de 1626. En 1632 dejó de ser abad de Santander por haber alcanzado la abadía andaluza de Alcalá la Real [F. FITA: “La abadía y diócesis de Santander”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* LXIV (1914), p. 509. También, J. BOLÍVAR G. DE URDA: “Fray Antonio de Sotomayor. El abad más longevo de la Abadía de Alcalá la Real”, en *Abadía. IIIª Jornadas de Historia en la Abadía de Alcalá la Real*, Jaén 2002, texto consultado en http://www.josebolivar.es/adjuntos/18_FRAY_ANTONIO_DE_SOTOMAYOR_III_Congreso_Abad_a.pdf, última consulta 10 de noviembre de 2011].

¹¹³⁶ J. CONTRERAS CONTRERAS: *El Santo Oficio de la Inquisición en Galicia...*, *op. cit.*

¹¹³⁷ Felipe IV, en la defensa de su política ante el Consejo de Castilla en el otoño de 1627, reconocía que, para el nombramiento de obispos, no había tenido “más noticia ni intervención que la del Consejo que consulta y la de mi confesor que sobre todas estas consultas me ha dado su parecer en tanto grado que son muchas las veces que se han sabido en la calle los proveídos y no tenían noticia de la provisión los ministros más inmediatos míos”. *Vide* BL, Eggerton, Ms. 338. Cfr. J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares...*, *op. cit.*, vol. I, doc. XIII, p. 241. A pesar de esta confesión, no se puede olvidar, como bien apuntan los editores, que este texto fuese muy posiblemente más que inspirado por el conde duque al rey.

Todavía queda por certificar la casuística particular y hasta qué punto movió diferentes hilos para ubicar a sus candidatos en episcopados concretos, pero algo se barrunta al comprobar que su hermano, fray Francisco, salió designado en 1624 obispo de Quito para promocionar, al poco, al arzobispado de Charcas, uno de los puntos clave en el tráfico de plata desde el Nuevo Mundo. Desde esta posición, el hermano del confesor tenía una función clara, como era la de proporcionar los recursos suficientes para dotar un gran mayorazgo en su Galicia natal. El punto flaco de esta estrategia estribaba en la delicada salud de su excelencia arzobispal, que falleció demasiado temprano como para haber podido trasferir todo el numerario que de él se pretendía. De hecho, su fallecimiento dio pie a diversos pleitos que debían dirimir qué había pasado con la ansiada plata americana ¹¹³⁸.

Aunque el negocio indiano no fue todo lo boyante que esperaba, fray Antonio no cejó en su empeño de ascender a sus deudos, tanto a los más lejanos –para los que consiguió infinidad de canonicatos gallegos–, como para los más cercanos logrando que uno de sus sobrinos, Diego de Zúñiga y Sotomayor, obtuviese bulas para el obispado de Orense y, luego el de Zamora ¹¹³⁹. Y, sobre todo, siendo el auténtico padrino en la sombra responsable de la carrera de otro de ellos: Fernando Andrade de Sotomayor, sucesivamente responsable de las diócesis de Palencia, Burgos, Sigüenza y, al final, la tan querida diócesis compostelana ¹¹⁴⁰. A la vez, su ascendente no parece extraño a la también brillante carrera eclesiástica de otro de sus hermanos, fray Álvaro, en este caso dentro de la Orden benedictina, donde llegó a ser abad primado, si bien su temprana muerte en 1624 le impidió la consecución de otras mercedes ¹¹⁴¹.

¹¹³⁸ Por ejemplo, AHN, Inq., leg. 1637/10, “Pleito civil de fray Antonio de Sotomayor, [...] contra Jerónimo López de Saavedra, depositario general de la ciudad de Los Reyes (Perú), por no haber cobrado una cantidad de pesos pertenecientes a fray Francisco de Sotomayor, arzobispo de Las Charcas, difunto y hermano del demandante”.

¹¹³⁹ Además de los familiares, también se preocupó por sus criados. A su capellán, Pedro Álvarez de Faria, le consiguió plaza de notario de la Inquisición en Lima en 1640 pasando al año siguiente a Indias (AGI, Contratación, lib. 5793/2, ff. 450v-451v e Indiferente, leg. 2107/186). Quizá sea casualidad, pero Faria era coruñés y el criado que marcha con él, Sebastián de Seoane Salgado, de un pueblecito de Ourense. Como se ve, la filiación gallega parece fundamental a la hora de relacionarse con el inquisidor general.

¹¹⁴⁰ Este miembro de la familia también ocupó importantes cargos civiles, ya que sirvió a Felipe IV como virrey de Navarra y gobernador y capitán general de Galicia.

¹¹⁴¹ N. TABOADA Y LEAL: *Descripción topográfica-histórica de la ciudad de Vigo, su ría y alrededores*, Santiago 1840, p. 205. Con anterioridad, había sido abad de Celanova.

Y a esta labor de patronazgo y nepotismo hay que una faceta menos conocida, pero no menos importante: su gestión al frente del Consejo de Cruzada. Durante alrededor de 20 años, Sotomayor fue el máximo responsable de este órgano polisinodial que tenía como función principal el cobro y administración de las llamadas tres “Gracias” (Cruzada, Subsidio y Excusado)¹¹⁴². Ahora bien, este cometido tenía implicaciones y ramificaciones que le conferían un alcance mayor de lo que a primera vista pudiera parecer: su propio salario —un millón de maravedíes— y la capacidad de hacerse con una clientela fiel. Sólo para el cobro de la bula de la Santa Cruzada se calcula que se movilizaban unas 800 personas entre predicadores, escribanos, alguaciles, tesoreros..., a las que se sumaban los “cogedores” municipales¹¹⁴³. Evidentemente, el comisario general no nombraba a todos, pero escogía a tres comisarios subdelegados para cada sede episcopal que percibían un salario y eran los encargados de designar a los diferentes subalternos. En otras palabras, iniciaba el procedimiento permitiendo una difusión de mercedes en cascada.

La pregunta que se plantea —en este como en otros nombramientos— es por qué razón fray Antonio de Sotomayor fue elegido por Felipe IV (o, lo que es lo mismo, en 1626, por el conde duque) para este cargo. Sabemos que don Gaspar de Guzmán no tenía una visión demasiado favorable al funcionamiento del Consejo de Cruzada en 1624 cuando presentó al rey su gran memorial¹¹⁴⁴; además, por estas fechas, fueron especialmente conflictivas las asambleas de la Congregación de las Iglesias de Castilla y León, órgano colegiado de los cabildos encargado de conceder la prórroga del Subsidio y Excusado y que pugnaba, por entonces, en convertirse en una especie de cortes eclesiásticas¹¹⁴⁵. Su actitud

¹¹⁴² Todavía queda mucho por investigar sobre este Consejo en el siglo XVII. Para sus orígenes y evolución en el siglo XVI, se debe consultar C. J. DE CARLOS MORALES y J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Los orígenes del Consejo de Cruzada (siglo XVI)”, *Hispania* 51/179 (1991), pp. 901-932 y H. PIZARRO LLORENTE: “La pugna cortesana por el control del Consejo de Cruzada (1575-1585)” en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *Felipe II (1527-1598): Europa y la Monarquía católica*, Madrid 1998, vol. I, tomo II, pp. 635-676. También le dedican unas líneas, P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: *Fragmentos de Monarquía*, Madrid 1992, pp. 118-120, y J. L. BERMEJO CABRERO: *Poder político y administración de justicia en la España de los Austrias*, Madrid 2005, pp. 249-255. Para su vertiente económica, sigue siendo muy útil A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Política y hacienda de Felipe IV*, *op. cit.*

¹¹⁴³ P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: *Fragmentos de Monarquía*, *op. cit.*, p. 119.

¹¹⁴⁴ “Deste tribunal he oído que se gobierna con poca atención y alguna dispensación” (J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares...*, *op. cit.*, vol. I, p. 86).

¹¹⁴⁵ Para todo lo referente a esta institución, L. CARPINTERO AGUADO: *La Congregación del clero de Castilla en el siglo XVII*, Universidad Autónoma de Madrid 1994 (Tesis doctoral).

discola, que se relacionaba con la negativa al proyecto de los erarios, y sus llamadas, más o menos veladas, a la desobediencia fiscal ¹¹⁴⁶, impulsaron a la Monarquía a optar por un comisario general de la Cruzada que sumase a su prestigio e influencia una capacidad de negociación y de apaciguamiento notable, virtudes todas ellas que adornaban al arzobispo de Damasco. Lo que se buscaba era un hombre cuyo talante recondujera una situación que podía devenir en verdaderamente molesta para el equipo gubernativo, que lo que menos deseaba era un enfrentamiento con una parte importante del estamento eclesiástico.

Tras Diego de Guzmán, hombre de fuerte carácter y el brevísimo paréntesis de fray Juan de Peralta, accedía ahora a este puesto el confesor regio, que por su condición había tenido ya bastante relación con la Congregación de las Iglesias y sabía de los apuros y necesidades financieras de la Monarquía ¹¹⁴⁷. Pero no lo tuvo fácil. Los ánimos andaban muy encrespados entre los diferentes cabildos y la política fiscal de la corona no hacía más que soliviantarlos, por eso se temía que una nueva asamblea potenciara esta labor opositora. En esta disyuntiva, la actuación de Sotomayor fue contraria a la de otros compañeros de gabinete. Frente a los que defendían la superfluidad de estas reuniones y lo innecesario de las mismas, el comisario general consultó al rey sobre su necesidad y obligación moral de convocarlas, idea que fue aceptada por Felipe IV si bien concediendo su licencia para un máximo de tres meses. Una vez reunidos en 1628 los representantes del estamento eclesiástico, las discusiones derivaron más allá de la concesión de la prórroga del Subsidio y Excusado para centrarse en la defensa frente a la fiscalidad real. Azuzados desde Roma, que había increpado a los asistentes por su negligencia a la hora de defender su inmunidad, los

Las actas de la Congregación de 1624 siguen desaparecidas, pero las tensiones a que dieron lugar se adivinan por referencias indirectas.

¹¹⁴⁶ Vide, por ejemplo, el *Memorial del arzobispo de Burgos a Felipe IV, en contra de la imposición del subsidio eclesiástico* y, más radical, la propuesta del deán de Salamanca, el doctor Balboa de Mogrobojo, que fue recogida por la Inquisición. Para este asunto, F. NEGRO DEL CERRO: "Los peligros del *consilium*. El memorial del doctor Balboa a Felipe IV", en P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO (ed.): *Monarquía, Imperio y pueblos en la España moderna*, Alicante 1997, pp. 697-709.

¹¹⁴⁷ En 1623 había formado parte de la junta encargada de dirimir la procedencia o no, de convocar la Congregación de las Iglesias. En julio de 1625, Diego de Guzmán, patriarca y capellán mayor fue sustituido por Peralta, según G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la corte de España...*, op. cit., p. 222. No obstante, la documentación de archivo desmiente esta adjudicación. Cfr. AGS, GJ, leg. 614, con reales decretos para Diego de Guzmán y fray Antonio de Sotomayor ocupando el puesto sucesivamente en 1626.

procuradores se retiraron a sus diócesis con la convicción de que habían sido instrumentalizados por parte del comisario general y de que lo peor estaba aún por venir, como así fue. De hecho, para la siguiente reunión, que debía tener lugar en 1634, tanto el comisario general como los Consejos de Castilla y de Cruzada abogaban por excusarla sabedores de las maquinaciones que Toledo estaba planeando, entre otras cosas aconsejar a las demás iglesias que no cumplieran con las libranzas que el Consejo de Cruzada diera sobre el Excusado ¹¹⁴⁸.

Las necesidades financieras de la Monarquía, inmersa de pleno en la Guerra de los Treinta Años y el conflicto neerlandés, obligaban a Olivares y su equipo a recurrir a arbitrios extraordinarios y exacciones novedosas. Entre las víctimas propiciatorias de esta fiscalidad de guerra, el clero fue un objetivo claro. Su riqueza y la ostentación de la misma se convertían en un reclamo para un gobierno que desangraba las rentas propias de la corona en diferentes conflictos religiosos —o que al menos se presentaban como tales— ¹¹⁴⁹. Con esta legitimación se pidió al Papa que concediese mayores subsidios por parte de las iglesias peninsulares pues, de otra forma, los españoles serían incapaces de mantener el esfuerzo bélico en los diversos teatros de guerra europeos. Las dificultades y trabas que Urbano VIII puso a las mismas, y su incitación a que los eclesiásticos hispanos desobedecieran estas disposiciones, está en la base de la embajada a Roma de don Gregorio Barreiro, canónigo magistral de Toledo, que acudió a la Santa Sede con el objetivo, nada desdeñable, de lograr la revocación de los breves sobre la décima y los millones, recientemente negociados. Además, debía presentar al Santo Padre los abusos continuos que el comisario general y sus ministros realizaban en relación con el cobro de las diferentes rentas y como las gracias eclesiásticas se habían convertido en un insoportable tributo que violaba el *privilegium fori* de los religiosos. Convencido Urbano VIII de los argumentos expuestos por el magistral, mandó redactar un breve destinado al nuncio en Madrid en el que despojaba a Sotomayor de la presidencia y comisaría de la Santa Cruzada ¹¹⁵⁰. Sin embargo, la disposición no fue de aplicación inmediata. Las relaciones entre Roma y Madrid

¹¹⁴⁸ L. CARPINTERO AGUADO: *La Congregación del clero de Castilla...*, *op. cit.*, p. 235.

¹¹⁴⁹ Esta apreciaciones pueden ser ampliadas a partir del libro ya citado de Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ sobre la hacienda de Felipe IV y los más recientes trabajos de J. E. GELABERT: *La bolsa del rey*, Barcelona 1997, o A. MARCOS MARTÍN: “¿Fue la fiscalidad regia un factor de crisis en la Castilla del siglo XVII?”, en G. PARKER (coord.): *La crisis de la Monarquía de Felipe IV*, Barcelona 2006, pp. 173-253.

¹¹⁵⁰ La noticia de este breve, así como la carta exculpatoria de Sotomayor, se encuentran en J. ESPINOSA RODRÍGUEZ: *Fray Antonio de Sotomayor...*, *op. cit.*, pp. 17-19.

estaban más que tirantes y, aunque lo peor parecía haber pasado, nada estaba seguro en Italia y, menos, con el ejército del Cardenal Infante en Milán, por lo que no convenía enfadar al rey católico y sus ministros cesando de forma fulminante a uno de sus principales hombres de confianza y alentando una rebelión antifiscal encabezada por la Primada, cabeza de todas las sediciones del reino ¹¹⁵¹. Por ello, el nuncio avisó a fray Antonio del contenido del breve lo que le permitió escribir una carta exculpatoria directamente al Papa que tuvo efecto, pues la disposición pontificia quedó en suspenso y el confesor real continuó desempeñando su oficio ¹¹⁵². De hecho, su postura se ablandó y, en consonancia con los memoriales elevados por las diferentes iglesias defendió la convocatoria de la reunión, reconduciéndola. Frente a la negativa de los representantes eclesiásticos a aumentar su contribución, la corona jugó una baza arriesgada. Ofreció la posibilidad de gestionar con los hombres de negocios una posible administración del Excusado. Si esta idea partió de fray Antonio no nos es dado afirmarlo, pero sí que la defendió y permitió a sus ministros que la plantearan a los diputados del clero. Ante tamaña amenaza, que implicaba la pérdida del control sobre su propia fiscalidad por parte de la Congregación (y una baja en los ingresos reales), la asamblea cedió, logrando como contrapartida algunos acuerdos menores como la asunción del compromiso de permitir la celebración de las reuniones 6 meses antes del fin de cada quinquenio. Así pues, su actuación parece de enorme trascendencia a este respecto, algo que confirma lo poco que se sabe de la asamblea de 1637-1639 —última realizada bajo su mandato— en la que escribe al rey como había conseguido, a la altura de octubre de 1638, irse ganando la voluntad de las iglesias para que se aprobasen los quinquenios correspondientes del Subsidio y el Excusado ¹¹⁵³.

¹¹⁵¹ AHN, Consejos, leg. 7131. Se califica a Toledo como “caudillo y atizador de desobediencia”. El contexto de este conflicto se puede reproducir a partir de J. I. FORTEA PÉREZ: “La gracia y la fuerza: el clero, las ciudades y el fisco de la Monarquía católica (1590-1644)” en J. I. FORTEA PÉREZ y J. E. GELABERT (eds.): *Ciudades en conflicto (siglos XVI-XVIII)*, Valladolid 2008, pp. 137-161, sobre todo las pp. 144-151. También se ocupa de ello, F. NEGRO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, op. cit., pp. 391-422.

¹¹⁵² Esta carta exculpatoria que, como decimos, transcribe Espinosa, es muy rica, además, en datos biográficos de nuestro confesor.

¹¹⁵³ “Mis diligencias con estos clérigos siempre las continúo y con el favor que V. M. les ha dado se van logrando bien, porque para 19 votos que habemos menester para tener la mayor parte, ya tenemos 20 y espero muy en breve tener más porque la cosa se haga con mayor superabundancia y luego los echaremos de aquí porque vayan a servir a sus iglesias” (AHN, Consejos, leg. 7413, citado por L. CARPINTERO AGUADO: *La Congregación del clero de Castilla...*, op. cit., p. 242).

Y una última observación sobre la autoridad del comisario general. El Consejo de Cruzada no sólo tenía atribuciones fiscales, sino también jurisdiccionales. Era, desde este punto de vista, fray Antonio el presidente del tribunal encargado de dirimir todos los litigios vinculados al cobro y recaudación de estas rentas, lo cual le confería, de forma colateral más parcelas de poder ¹¹⁵⁴.

Ahora bien, no pensemos que fue sólo el nepotismo y la obsesión por crear unas redes clientelares firmes lo que movió a fray Antonio. Desde su destacada posición intervino muy directamente en la gobernación tanto de diócesis como de institutos religiosos mediante una nutrida correspondencia –hoy, desgraciadamente muy dispersa y, en gran parte, desaparecida– con los responsables correspondientes. Nuestro dominico escribía con profusión a obispos y seglares desde la preeminencia que le daba su posición personal e institucional y lo hacía tanto para hablar de asuntos religiosos como de otros que más tenían que ver con la gobernación del reino ¹¹⁵⁵ o con asuntos totalmente ajenos. En este sentido, no debemos pasar por alto una faceta todavía no muy conocida, pero que poco a poco a poco empieza a sugerirse, y es la de su papel de mecenas. Algunos datos dispersos apuntan que, en un mundo tan obsesionado por el coleccionismo de pintura y con autores tan relevantes en la corte, Sotomayor no fue una excepción ¹¹⁵⁶.

Los historiadores del arte nos han demostrado que la llegada a la corte de Maíno, pintor dominico que sería el maestro en esta disciplina del joven príncipe Felipe, vino, muy posiblemente, de la mano de nuestro confesor, al que conoció siendo prior en San Pedro Mártir de Toledo ¹¹⁵⁷. Más adelante, fue cliente suyo

¹¹⁵⁴ Sólo un ejemplo al respecto, la “Ejecutoria librada por Antonio de Sotomayor [...] del pleito mantenido en el Consejo de la Santa Cruzada entre el duque de Ousna, y el deán y cabildo de la iglesia de Málaga a causa de los diezmos en Olvera (Cádiz), Ortegaícar (Málaga) y donadío de Vallehermoso” en AHN, Nobleza, Osuna, caja 94/28-31.

¹¹⁵⁵ Fray Antonio, por ejemplo, no dudaba en aconsejar cómo se debían gobernar los prelados ante el problema de la no concesión de la prórroga del servicio de Millones por parte del Papa. También le encontramos recabando información sobre sucesos vinculados a la presión fiscal, o carteándose con el duque de Cardona sobre el concilio provincial tarraconense de 1636. Algunas cartas se pueden leer en ACA, Consejo de Aragón, legs. 280-284 o en BNE, Ms. 7760.

¹¹⁵⁶ Nos podemos hacer una idea de su colección a partir del inventario *postmortem* de sus bienes. A pesar de su condición eclesiástica, fray Antonio había obtenido, ya en 1626, un breve papal que le permitía disponer libremente de los mismos (AHPM, Protocolo 3542, ff. 101v-102v). Hablamos de más de 40 cuadros que, lamentablemente, no hemos encontrado tasados.

¹¹⁵⁷ M^a C. DE CARLOS VARONA y F. MARÍAS: “El arte de las ‘acciones que las figuras mueven’: Maíno, un pintor dominico entre Toledo y Madrid”, en L. RUIZ GÓMEZ (ed.): *Juan Bautista Maíno (1581-1649)*, Madrid 2009, p. 63 [Catálogo de la exposición realizada en el Museo del Prado 20 octubre 2009-17 enero 2010].

en varias ocasiones y en especial cuando le encargó los lienzos del retablo de dos pisos que dotó para su capilla funeraria¹¹⁵⁸, además de mantener una vinculación más allá de lo profesional, según se desprende de la relación con Jerónimo Sánchez, criado de Sotomayor, que actuó como apoderado de Maíno a la hora de cobrar ciertas rentas¹¹⁵⁹. Y, a pesar de que no tenemos datos en concreto, no se debe descartar que aún poseamos un retrato de Sotomayor de la mano de su hermano de hábito¹¹⁶⁰.

Por otro lado, también mantuvo estrechos lazos con Velázquez siendo cliente del sevillano, al menos, en una ocasión, cuando encargó el *Santo Tomás* que actualmente está en el museo diocesano de Orihuela y que, en origen, se pintó para el convento de la Orden de Santo Domingo de aquella localidad. El trasfondo de este encargo, con pleito entre dominicos y catedral dirimido por el comisario general de la Cruzada incluido, es de gran interés para entender como funcionaba la capacidad de patronazgo del confesor real, quien fue nombrado protector del Colegio de dominicos de Orihuela —posterior universidad— en 1631, en agradecimiento a su apoyo frente al clero secular de la diócesis¹¹⁶¹. Teniendo en cuenta que la obra religiosa de Diego Velázquez está mayoritariamente vinculada a encargos reales (*Cristo de San Plácido*, a petición de Felipe IV; *Coronación de la Virgen*, por voluntad de Isabel de Borbón...), la aceptación de un encargo como éste nos permite pensar que, a ojos del genial pintor, el promotor, fray Antonio, debía tener un prestigio y una ascendencia ante la que poco se podía objetar.

¹¹⁵⁸ A. RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS: “Patronos y mentores del convento de San Esteban de Salamanca”, *Ephialte. Lecturas de Historia del Arte* 3 (1992), pp. 173-186.

¹¹⁵⁹ AHPM, Protocolo 5523, f. 141. Documento transcrito en L. RUIZ GÓMEZ (ed.): *Juan Bautista Maíno...*, *op. cit.*, p. 234.

¹¹⁶⁰ Me refiero al magnífico cuadro sito en el *The Ashmolean Museum* de Oxford, que suele denominarse “Retrato de un monje” y que se reproduce y analiza en el n.º 41 de L. RUIZ GÓMEZ (ed.): *Juan Bautista Maíno...*, *op. cit.*, Marías y de Carlos insinúan que pudiera ser fray Antonio (p. 64), aunque L. Ruiz, en la ficha del catálogo, no contempla esa posibilidad.

¹¹⁶¹ Sobre este cuadro y sus ramificaciones más allá del mundo del arte, J. SÁNCHEZ PORTAS: “El ‘Santo Tomás’ de Velázquez del museo diocesano de Orihuela”, *Ars Longa* 1 (1990) pp. 57-63; A. RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS: “Fray Antonio de Sotomayor, cliente de Velázquez. A propósito del cuadro de Velázquez de la catedral de Orihuela”, en *Velázquez y el arte de su tiempo*, Madrid 1991, pp. 109-117, pone en duda que el cuadro sea de Velázquez —insinúa que puede ser de Maíno— e, incluso, que sea un encargo de Sotomayor. Gabriele Finaldi opina, por el contrario, que sí es un Velázquez y que fue encargado por Sotomayor, *vide* J. PORTÚS PÉREZ (ed.): *Fábulas de Velázquez: Mitología e historia sagrada en el Siglo de Oro*, Madrid 2007, pp. 322-323.

Todo ello nos lleva a concluir que, a falta de una biografía sólida y documentada, este primer acercamiento nos ha descubierto un clérigo de enorme poder e influencia –si bien discreto y acomodaticio–, muy lejos del perfil hasta hoy repetido y mantenido, incluso, por obras muy recientes.

La caída de Olivares en 1643, sumada a las intrigas cortesanas y la avanzada edad de Sotomayor, presionaron con fuerza para lograr su sustitución. Tras la victoria que suponía el alejamiento de don Gaspar, el siguiente objetivo entre sus enemigos lo encarnaba fray Antonio, presa fácil a estas alturas pues tenía más de 90 años y declinó –parece que voluntariamente– acompañar a su confesando en la jornada de Aragón¹¹⁶². Curiosamente, al decir de las fuentes contemporáneas, la persona que con más ahínco propaló la necesidad de cesarle fue su compañero de hábito y sucesor fray Juan de Santo Tomás, quien se erigió en portavoz de todas las críticas contra el anterior equipo y presionó con fuerza para defenestrar al viejo confesor quien, por otra parte, no estaba cruzado de brazos, ya que mantenía una fluida correspondencia con el monarca al que “chantajeaba moralmente” para que regresase de Zaragoza a atender a su familia y al gobierno, logrando, al final, una reprimenda real por su insistencia¹¹⁶³. Con todo, no se oficializó su destitución. Se le relevó del cargo en atención a sus años y achaques, pero se le permitió seguir entrando en palacio. De hecho, a la vuelta de la jornada aragonesa y, en gran parte por lo intrigante del nuevo confesor, fray Antonio volvió a escuchar los pecados de su regio discípulo, algo que enojó sobremanera a fray Juan y a los círculos cortesanos que le apoyaban. Todos presionaron –con éxito– para que la decisión de apartar al antiguo confesor se mantuviera¹¹⁶⁴.

De todas formas, que su estrella declinaba se constata al comprobar que, muy a su pesar, poco después fue cesado como inquisidor general y un poco más adelante reemplazado por don Diego de Riaño y Gamboa como comisario general de la Cruzada. Sin resignarse a quedar arrumbado en un rincón, fray Antonio apeló una y otra vez a su amistad con el monarca para poder seguir gozando de su estima y mantener su influencia, pero, como sus críticos reflejaban, era un hombre de otro tiempo cuya gloria había pasado, si bien, algo de ella mantendría hasta su muerte, acaecida a las 4 de la tarde del tres de septiembre de 1648.

¹¹⁶² Véase la carta de 7 de junio de 1643 y la respuesta regia en J. ESPINOSA RODRÍGUEZ: *Fray Antonio de Sotomayor...*, *op. cit.*, pp. 47-48.

¹¹⁶³ “Chantaje moral” es la expresión utilizada por R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 314, para referirse a la correspondencia editada por Espinosa.

¹¹⁶⁴ BNE, Ms 7007, f. 43v, citado en R. CUETO: *Quimeras y sueños. Los profetas y la monarquía católica de Felipe IV*, Valladolid 1994, p. 145.

4.2.3.2. Fray Juan de Santo Tomás ¹¹⁶⁵

Como se ha dicho, fray Juan de Santo Tomás fue, en realidad, si se nos permite la expresión, un teniente de confesor, ya que, el motivo de su nombramiento —la incapacidad de su predecesor para asistir a la jornada de Zaragoza— y la poca duración en el cargo (poco más de un año, entre la primavera de 1643 y el verano de 1644) impidió que se configurase como una figura estable en este cometido. Ahora bien, su brevedad no resta importancia al desempeño de su labor, ya que se desenvolvió en un momento crucial dentro del reinado de Felipe IV: justo tras la caída de Olivares y la indecisión inherente a la posible aparición de un nuevo valido. Y da la impresión de que era en este contexto donde mejor se movía nuestro fraile.

João Poinso —tomaría el apellido de Santo Tomás al profesar en religión y castellanizaría su nombre al instalarse en Castilla— nació en Lisboa el 9 de julio de 1589. Su padre, Pedro Poinso, era un vienés de estirpe borgoñona que actuaba como secretario del archiduque Alberto, mientras que su madre, María Garcés, parece provenir de una familia noble portuguesa. Estudiante en Coimbra y Lovaina, con 20 años decidió entrar en la familia dominica, siendo ordenado en Nuestra Señora de Atocha en 1613. Lector de teología en Plasencia y rector del Colegio de Alcalá de Henares, en 1627, alcanzará, tres años después, una cátedra de Teología en esa universidad, puesto que desempeñará durante más de 10 años ¹¹⁶⁶. Autor de obras teológicas de prestigio ¹¹⁶⁷ y, alguna de ellas

¹¹⁶⁵ La vida y obra de este autor se puede seguir a partir de los trabajos de O. FILIPPINI: “«Semper pauperibus, praecipis militibus». Aspetti della direzione della coscienza regale e dell’operato di un confessore regio durante le campagne militari. Juan de Santo Tomás, O.P., e Filippo IV in Aragona nel 1643 en el 1644”, en *Congreso de historia militar. Guerra y sociedad en la monarquía hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid 2006; O. FILIPPINI: “Juan de Santo Tomás, O.P., confesor de Felipe IV de España (1643-1644)”, en Ch. GRELL y B. PELLISTRANDI (eds.): *Les cours d’Espagne et de France au XVII^e siècle*, Madrid 2007, pp. 87-98; O. FILIPPINI: “La disciplina dell’autorità: autorevolezza del confessore e legittima del potere regale secondo Juan de Santo Tomás, O.P., confessore di Filippo IV di Spagna (1643-1644)”, *Rivista di Filosofia Neoscholastica* 4 (2002), pp. 587-635; Y, sobre todo, *La coscienza del re. Juan de Santo Tomás, O. P., confessore di Filippo IV di Spagna (1643-1644)*, Florencia 2006 (Agradezco a esta autora que me haya proporcionado ejemplares de estos dos últimos trabajos, no fácilmente accesibles desde España).

¹¹⁶⁶ Cfr. O. FILIPPINI: *La coscienza del re...*, op. cit., pp. 1-2.

¹¹⁶⁷ Entre las que destacamos su *Cursus theologicus in Primam partem divi Thomae: tomus primus*, publicado en Alcalá de Henares en 1637. Este libro tendrá un segundo tomo del que sólo conozco la edición de Lyon de 1642. Más tarde se publicará póstumamente *Cursus theologicus in secundam secundae divi thomae tomus unicus*, cuyas licencias y aprobaciones son de 1645, aunque la edición que he visto es la de Madrid, María de Quiñones, 1649. Fr. Juan también

de gran difusión¹¹⁶⁸, su acceso al confesionario regio tiene su origen en las habitaciones de la reina Isabel, quien le habría recomendado para resultar elegido¹¹⁶⁹. Ahora bien, su ascenso no debe contemplarse como un mero capricho de la soberana, más bien parece fruto del encuentro de dos tendencias. Por un lado, los intentos de las facciones contrarias al conde duque por situar en posición tan importante a un religioso crítico con su política y capaz de hacer cambiar la voluntad del rey. Por otro, la presión que los dominicos de Alcalá ejercían contra sus hermanos de Orden salmantinos, claramente beneficiados durante los años de fray Antonio de Sotomayor como director de la conciencia regia. Ambas corrientes confluyen en dos personajes claves, fray Pedro Tapia y fray Juan Martínez (que apadrinarían a Santo Tomás) y en un momento preciso: 1642.

En la primavera de ese año, Felipe IV y su valido abandonaron Madrid para instalarse más cerca del frente aragonés. Si hacemos caso a los cronistas de la Orden fue la propia reina quien, aprovechando el vacío en el Alcázar, hizo llamar al obispo de Segovia, el ya citado Tapia, pues estaba

deseosa de consultar con él muchas cosas que estaban bien al rey nuestro señor y quitar de su lado a quien se decía era ocasión de estas y otras ruinas en el reino. Vino luego a pie y con un solo criado atendiendo sólo a consolar a la reina y a servir al rey a quien el siervo de Dios amaba mucho. [...] Al punto que la reina le vio, entrando a besarla la mano le dijo: seáis bienvenido, padre, que he deseado veros y comunicaros muchas cosas de mi conciencia. Hízole entrar junto a sí en un taburete bajo y allí le dio noticia y consultó cosas gravísimas para la salud del reino. En ellas dejó a su Majestad aliviada de sus cuidados y con firmes esperanzas de que Dios, atendiendo a su buen celo, la sacaría de sus fatigas¹¹⁷⁰.

es el autor de *Naturalis philosophiae prima pars, quae de natura i communi eiusque affectionibus disserit*, Madrid 1633.

¹¹⁶⁸ *Explicación de la doctrina christiana y de la obligación de los fieles christianos en creer y obrar*. Según los preliminares de la edición zaragozana de 1645, ésta era, nada menos, que la 5ª impresión que se hacía de la obra, a la que se añadía ahora un *Tratado de ayudar a bien morir del mismo autor*.

¹¹⁶⁹ Así lo afirma el nuncio apostólico Giovanni Giacomo Panciroli cuando escribe a la curia romana en marzo de 1643. Vide O. FILIPPINI: *La coscienza del re...*, op. cit., p. 4. Tampoco podemos olvidar que fray Juan de Santo Tomás era portugués y en este caso su nacionalidad pudo jugar a favor de su nombramiento, intentando la corona atraerse con esta decisión algunas voluntades de un reino en rebeldía, como apunta R. VALLADARES: *La rebelión de Portugal 1640-1680. Guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica*, Valladolid 1998, pp. 51 y 89.

¹¹⁷⁰ Fr. A. LOREA: *El siervo de Dios, Ilustrísimo y Reverendísimo señor d. Fr. Pedro de Tapia, de la Orden de predicadores, obispo de Segovia, Sigüenza, Córdoba y arzobispo de Sevilla*,

Conceder esta audiencia a Tapia era introducir en palacio a un claro portavoz de las corrientes antiolivaristas. El veto que el Conde Duque había hecho a su candidatura como posible sustituto de Sotomayor en el confesionario regio unos años atrás nos permite suponerlo ¹¹⁷¹, pero es que, sus buenas relaciones con la Grandeza lo demuestran palmariamente ¹¹⁷².

Es por tanto otro punto a considerar en esa llamada “conspiración de las mujeres” ¹¹⁷³, que reproducía en cierta medida el ambiente de intrigas fomentadas por los clérigos en las dependencias femeninas de palacio que tanto juego habían dado en tiempos de Lerma. Ahora bien, tampoco debemos olvidar que, precisamente para acabar con estas intromisiones, es por lo que se había colocado a la duquesa de Olivares como camarera mayor y así lo recordaba Novoa ¹¹⁷⁴.

No sabemos hasta qué punto las recomendaciones de Tapia fueron escuchadas en el Alcázar, pero no debe pasarse por alto que en diciembre de 1642 otro dominico alcaláino –del que habremos de hablar– comenzó a desarrollar su labor dentro de esos muros, ya que para entonces fray Juan Martínez fue nombrado confesor del príncipe Baltasar Carlos, combinando esta ocupación con la de director de conciencia también de la reina. Precisamente, si hacemos caso a un documento procedente de la Orden de Santo Domingo ¹¹⁷⁵, fue su ascendencia sobre

religioso penitente, doctor esclarecido, apostólico prelado, padre de pobres; Historia de su apostólica vida y prodigiosa muerte, Madrid 1675, p. 109.

¹¹⁷¹ Para este asunto, aún en penumbra, F. NEGRO DEL CERRO: “Gobernar en la sombra...”, *op. cit.*, pp. 98-99.

¹¹⁷² Los datos que nos permiten concluir esto proceden de Lorea, que en diferentes pasajes afirma que: “Gustaba mucho el duque (Medinaceli) de conversar con el siervo de Dios”; o que la duquesa también le estimaba mucho y siempre que podían lo tenían a su lado. Cuando en 1640 abandona Alcalá para ir a su silla mitrada de Segovia le despide con especial cariño el duque del Infantado y el gasto de la consagración en Santo Domingo de Madrid, lo pagó la duquesa de Lerma.

¹¹⁷³ G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, *op. cit.*, pp. 417-436.

¹¹⁷⁴ La condesa, en los inicios del valimiento, se vanagloriaba de haber cortado de raíz las entradas y salidas de los religiosos en las estancias de la reina, de las que sólo “surtían muchos desasosiegos para los privados”, M. DE NOVOA: *Historia de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 97. Es lógico pensar que en un momento tan delicado como el de 1642 el celo de doña Inés fuese todavía mayor, aunque el mismo cronista nos dice que la esposa de Olivares estaba en Loeches agasajando al rey (*CODOIN*, vol. LXXXVI, pp. 21-22).

¹¹⁷⁵ En BNE, Ms. 18658/27, encontramos el *Catálogo de los confesores de los reyes de Castilla de la Orden de los predicadores, con sucesivo orden, sacado del libro Concertacio Predicatoria*,

Isabel de Borbón la que consiguió que la reina recomendase al rey a fray Juan de Santo Tomás para dirigirle espiritualmente cuando, una vez caído el Conde Duque pero no apartado del todo, se mantenía en Loeches, Felipe IV decidió volver a Aragón, esta vez sin el acompañamiento, como ya se ha relatado, de fray Antonio de Sotomayor a quien su edad y achaques hacían poco recomendable el viaje.

Sea como fuere, el caso es que la soberana conoció de la figura de fray Juan de Santo Tomás y lo promocionó, primero, según parece, a los círculos políticos cortesanos, pues aparece formando parte de una junta en febrero de 1643 para tratar de los abusos en relación a los impuestos sobre el estamento eclesiástico, y después ya directamente, al confesionario regio ¹¹⁷⁶.

De esta manera, en la primavera de 1643 un nuevo jugador entraba a formar parte de la partida que se estaba desarrollando en torno a la herencia del Conde Duque en cuanto al control de las estancias de palacio se refiere. Por supuesto, este nuevo elemento no “va por libre”, sino que se adscribe, a pesar de algunos rumores en contrario, en la facción absolutamente contraria a las criaturas del antiguo régimen —y aquí se incluye Haro— y como un intransigente debelador de la práctica del valimiento. Y es que, a tenor de las fuentes que poseemos, fray Juan de Santo Tomás presenta un perfil de intransigencia y rigor muy alejado del de su antecesor, pero también escasamente político. Como decían los jesuitas “era un hombre docto y ejemplar, muy dominico en todo”, pero estas virtudes no parecían bastar para desempeñar con solvencia un cargo como el que se le había encomendado. Por ende, su obsesión por impedir que nadie se hiciera con el monopolio del favor regio le llevó a enfrentarse desde muy pronto con los valores al alza en la corte, en especial, Oñate, Monterrey, Haro y Castrillo quienes, astutamente, adivinaban que tanta condenación del valimiento respondía a una

que dice: “El padre maestro fray Juan Martínez, fue confesor del príncipe Baltasar Carlos por cuyo consejo, estando ya muy viejo el padre maestro fray Antonio de Sotomayor, se confesó el católico y piadoso rey Felipe IV con el padre maestro fray Juan de Santo Tomás, hijo de Atocha, varón doctísimo”.

¹¹⁷⁶ “La Junta de Conciencia se ha reducido a cuatro, dos juristas y dos teólogos [...], los teólogos son fray Juan del Pozo, dominico y, en su ausencia, fray Juan de Santo Tomás, también dominico y el padre Agustín de Castro de la Compañía”, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XVII (V) (1863), p. 59. Sobre esta junta, R. CUETO: *Quimeras y sueños...*, *op. cit.*, pp. 80-81 y 141, y F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 114-115. En una primera convocatoria, la junta era mucho más amplia con la participación, además de los citados, de Sotomayor, fray Juan Martínez y el padre Marcelo de Aponte [P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XVII (V) (1863), pp. 27-28].

estrategia de suplantación hacia terceros que, todavía no se habían destapado del todo pero no tardarían en hacerlos mediante estratagemas más o menos rebuscadas, como así parece demostrarlo la evolución inmediata de los acontecimientos.

En primer lugar, desde su posición privilegiada, fray Juan de Santo Tomás apadrinaría la relación del monarca con sor María, la abadesa de Ágreda ¹¹⁷⁷, demostrando que el papel del director espiritual –y hay que recordar que fray Juan no participaba en las reuniones del Consejo de Estado– era, dentro de la Monarquía católica, un puesto que legitimaba el intervencionismo político y que no precisaba de los canales habituales porque tenía su propia esfera de poder. De hecho el Conde Duque, en cartas escritas después de su caída, sospechaba que el gran investigador en la sombra de su propia caída y, sin duda, de su definitivo alejamiento de la corte –la expulsión de Loeches– no había sido otro que fray Juan de Santo Tomás; y así lo confesaba ¹¹⁷⁸. De la misma opinión era el P. Martínez Ripalda, confesor de don Gaspar en su destierro, al escribir, en un memorial presentado a Felipe IV en defensa de su señor y, por tanto, nada dado a las elucubraciones:

Sábase ciertamente que [fray Juan de Santo Tomás] ha concurrido a desviar la gracia de V. M. al conde por medios inicuos que un teólogo medianamente docto, si no era apasionado, no podía aprobar. Él fundó, con razones aparentes, habiéndole enviado a Alcalá el confesor de su Alteza [se refiere a fray Juan Martínez] que debían ser creídas sus revelaciones de que no habría buen suceso en la Monarquía de V. M. mientras el conde y sus ministros gobernasen y mientras fuese confesor de V. M. fray Antonio de Sotomayor; y que en retirándolos V. M. a todos, todos serían dichosos ¹¹⁷⁹.

¹¹⁷⁷ Se discute si las relaciones entre el monarca y la monja comenzaron en julio de 1643, cuando el soberano visitó el convento por primera vez, o si venían de antiguo. Marañón –y, siguiéndole, Seco Serrano– admiten que el rey había entablado con la monja contacto con anterioridad a través de Fernando de Borja, virrey de aquel reino. *Vide* C. SECO SERRANO (ed.): *Cartas de sor María de Jesús de Ágreda y de Felipe IV*, Madrid 1958, tomo I, p. XLVII.

¹¹⁷⁸ En mayo de 1643 escribía que el fraile “conocidamente es parcial y dicen que hijo del siglo”; poco después se quejaba de su dureza y a últimos de ese mes [el Conde Duque había salido de palacio en enero y ahora se le iba a ordenar que abandonase también Loeches, a la par que a su mujer se la exoneraba de servir a la reina] afirmaba estar “apurado de fuerzas y espíritu, porque en estos diez días no he recibido sino lanzadas a todas horas sin una palabra buena ni razonable [...] y así espero muy poco de la jornada del padre Santo Tomás porque a mi juicio él lo ha hecho todo”, en M. SANTIAGO RODRÍGUEZ: “Cartas del Conde Duque de Olivares escritas después de su caída”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 76 (1973) pp. 323-404.

¹¹⁷⁹ *Memorial en favor del Conde Duque*, reproducido en parte por G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, *op. cit.*, apéndice XXXI, a partir de un documento conservado en el Archivo de la Casa de Alba.

Por supuesto la intromisión política del nuevo confesor no se detuvo en la defenestración del válido, sino que continuó por otros caminos diferentes a los tradicionales. Un ejemplo paradigmático de esta forma alternativa de actuación la ofrece la llamada “reunión de profetas” en Zaragoza en el verano-otoño de 1643¹¹⁸⁰, que culminaba una trayectoria de visiones y denuncias rastreable desde muchos años antes y que ahora tomaba cuerpo en forma de apoyo a una opción de gobierno.

Aunque quedan cabos por atar, las investigaciones de R. Cueto han constatado las ramificaciones políticas de estas revelaciones y el interés que despertaban entre los círculos aristocráticos con los Borja a la cabeza¹¹⁸¹. A diferencia de Sotomayor, un gran escéptico en lo que a profecías se refiere –algo lógico teniendo en cuenta que la mayoría de estos visionarios pedían su inmediato alejamiento¹¹⁸²–, Santo Tomás no sólo las dio crédito sino que pretendió instrumentalizarlas en beneficio propio para, de esta forma, mantener apartados de la privanza a los principales candidatos que en ese momento aspiraban a ella. La utilización política del confesionario es, en este caso, manifiesta, en especial en perjuicio de Haro a quien por

¹¹⁸⁰ O. FILIPPINI: “Juan de Santo Tomás, O.P., confesor de Felipe IV...”, *op. cit.*, pp. 94-96.

¹¹⁸¹ R. CUETO: *Quimeras y sueños...*, *op. cit.*, *passim*. También, A. MORTE ACÍN: “Profetas en la corte de Felipe IV: Aragón testigo privilegiado (1643-1648)”, en P. SANZ CAMAÑES (coord.): *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Madrid 2005, pp. 333-352. No hay que recordar que Borja era también uno de los principales protectores de sor María de Ágreda. Su relación viene de antiguo, como demuestra la correspondencia mantenida por la monja con don Fernando y don Francisco de Borja y que se conserva en AGP, Descalzas, caja 29/1. Esta correspondencia, en parte cifrada, ya fue manejada (y descifrada) por F. SILVELA: *Sor María de Ágreda y Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 118. Como muestra de la relación entre la monja y Borja valga este extracto de su carta de 29 de enero de 1644, “Del principado yo le escribiré en otra ocasión y me ofreceré por su sierva como lo soy de V. Excelencia y cada día más afectuosa y deseosa de su salvación y de que el Todopoderoso haga a V. Excelencia en lo divino y humano feliz y dichoso. Las nuevas que su Excelencia me da de S. M (Dios le guarde) estimo siempre, clamo al altísimo por su persona y por la paz de sus reinos, el Señor nos lo conceda”. Además de con los Borja, sor María también mantuvo correspondencia –que no he podido consultar– con Chumacero, personaje clave en el entorno del Consejo de Castilla (del que llegará a ser presidente) cuyo confesor era Francisco Monteroni, uno de los principales “profetas” del momento.

¹¹⁸² En especial el tándem formado por don Francisco Chirboga y el jesuita González Galindo (BNE, Ms. 18722/32). El escepticismo de Sotomayor hacia las profecías –algo que compartía con el monarca– se puede ver en diferentes cartas de noviembre de 1643 cruzadas entre ambos (el rey estaba en Zaragoza, el confesor en Madrid) y que reproduce J. ESPINOSA RODRÍGUEZ: *Fray Antonio de Sotomayor...*, *op. cit.*, *passim*.

otro lado, más sutilmente, también intentaba desprestigiar la abadesa de Ágreda¹¹⁸³. Pero los afectados no tardaron en reaccionar contra estos intrigantes y, amparados asimismo en dictámenes eclesiásticos, plantearon al rey el peligro político y moral que se seguía de dar pábulo a revelaciones no aprobadas por la Iglesia ni los concilios. Felipe IV, consciente de todas las lecturas de los acontecimientos, tuvo una respuesta tan clara como refutadora de las tesis más peregrinas sobre su personalidad ya que:

llamó al confesor y le mandó dijese a todos los congregados y llamados religiosos que él no quería tumultos en su reino y que no era obligado a creer cosas no aprobadas [...] y que cada uno se fuese a sus tierras y que le encomendasen a Dios¹¹⁸⁴.

Decisión que parece se cumplió, pues “todos los congregados en Zaragoza se fueron a sus tierras” dejando, de momento, de presionar al monarca con estas invenciones. No obstante, el nuevo confesor no cejó en su empeño y se mantuvo siempre confiado en que las pretendidas revelaciones acabarían por hacer mella en la voluntad de Felipe IV y que podría ser controlado a partir de su credulidad, algo en lo que, muy posiblemente, se equivocase el dominico.

A pesar de ello, su presencia junto al rey se antojaba enormemente molesta tanto para el válido caído y sus partidarios como para el antiguo confesor real y otras facciones deseosas de alcanzar la privanza. Según el P. Monterón –uno de los profetas más activos del momento y confesor de don Juan Chumacero, a la

¹¹⁸³ Ante Felipe IV la monja se mostraba muy discreta pues, no en vano, el rey, desde el primer momento, la hizo saber que no la estimaba como confidente político sino como apoyo espiritual. Y esto lo deja bien claro en su carta del 4 de octubre de 1643, cercenando de raíz las primeras alusiones políticas de la religiosa en apoyo de Híjar del que afirmaba que “parece ministro de buen celo y fiel a V. M.”. Sobre la correspondencia de sor María, además de la ediciones ya citadas, se puede consultar C. BARANDA: *María Jesús de Ágreda. Correspondencia con Felipe IV. Religión y razón de estado*, Madrid 1991. Ahora bien, en otros ambientes sor María no es tan comedida, y así cuando escribe a don Francisco de Borja no duda en denominar al nuevo válido como el “dedo malo” (AGP, Descalzas, caja 29/1 y C. BARANDA: *María Jesús de Ágreda...*, *op. cit.*, p. 253). Por supuesto, don Luis también jugaba sus cartas en este asunto y contaba con sólidos apoyos en el mundo eclesiástico, a pesar de que alguno de ellos no supiera mantenerse en la partida. Nos estamos refiriendo al P. Castro y sus imprudentes palabras desde el púlpito en Zaragoza. La relación entre Castro y Haro y la importancia que el jesuita otorga al confesor real se aprecia a la perfección en una carta de 26 de agosto de 1643. *Vide* F. NEGRO DEL CERRO: “La capilla real como escenario de la lucha política. Elogios y ataques al válido en tiempos de Felipe IV”, en B. J. GARCÍA GARCÍA y J. J. CARRERAS ARES (eds.): *La Capilla Real de los Austrias...*, *op. cit.*, pp. 323-344, en especial la p. 335 n. 46.

¹¹⁸⁴ BNE, Ms. 7007, f. 41. Citado por R. CUETO: *Quimeras y sueños...*, *op. cit.*, p. 142.

sazón, ya presidente de Castilla— estos grupos se llegaron a plantear denunciar a fray Juan de Santo Tomás a la Inquisición “como usurpador de la jurisdicción del Santo Oficio, en haber aprobado nuevas revelaciones” y, para reforzar la acusación, ordenaron al cronista real, Pellicer, que hiciera en secreto una información en la que quedase demostrada la ascendencia hebrea del confesor¹¹⁸⁵. Por su parte, los altavoces de la facción de don Luis de Haro predicaban, aprovechando la Semana Santa, justo lo contrario a lo que defendía nuestro dominico, llegando a exponer al rey la necesidad de elegir valido, lo cual implicaría obviar todos los dictámenes de fray Juan.

Sin embargo, nunca llegó a producirse ningún enfrentamiento. Antes que los enemigos de Joao Poinset consiguieran diseñar una estrategia conjunta, falleció en Fraga el 7 de junio de 1644, dejando sin su principal ariete a un grupo cortesano que quedaba ahora a la defensiva frente a la decisión real de quién sería el encargado de sustituirle, una vez constatado que Sotomayor no lo iba a hacer¹¹⁸⁶.

Pero la injerencia de Santo Tomás no se limitó al proceloso asunto de las revelaciones y los profetas. Esto no era más que un vehículo para convencer al soberano de que debía variar la forma de gobierno. De hecho, se puede decir que tenemos un auténtico programa de actuación de fray Juan en lo que a la dirección que debía tomar la práctica política se refiere, que queda explicitado en un papel redactado, al parecer, por orden del rey y titulado *El modo de discurrir acerca de pecados de Reyes* que, posteriormente, sería incorporado a la ya citada *Explicación de la doctrina christiana* y aunque fue estudiado ya hace tiempo, no ha merecido, creemos, la atención que debiera¹¹⁸⁷.

¹¹⁸⁵ La pretendida conjura contra Santo Tomás la documenta R. CUETO: *Quimeras y sueños...*, *op. cit.*, p. 145. Aunque no se cita directamente a Pellicer —se habla de “historiador regio” y “Cronista General del Reino”— creo que es factible aceptar su participación en el asunto a tenor de su vinculación con Olivares. Para este autor, R. KAGAN: *Los Cronistas y la Corona*, Madrid 2010, pp. 329-340.

¹¹⁸⁶ Una visión muy particular de la vida y, sobre todo, muerte de fray Juan en P. ÁLVAREZ: *Santos, Bienaventurados, Venerables de la Orden de Predicadores*, Vergara 1922, vol. III, pp. 255-262.

¹¹⁸⁷ G. DEDEVISES DU DEZERT: “Du moyen de discourir sur les Pêché des Rois. Par fray Juan de Santo Thomas, confesseur de Philippe IV (1643). (Texte inédit espagnol du XVII^e siècles)”, en *Mélanges littéraires publiées à l'occasion du centenaire de la Faculté des Lettres de Clermont-Ferrand*, s.a. s.f., pp. 37-54. Lo comenta someramente M^a A. LÓPEZ ARANDÍA: “Confesionario regio en la Monarquía hispánica...”, *op. cit.* El documento se encuentra en ASV y, aunque no tiene fecha, por algunos elementos internos se puede datar entre enero y junio de 1643. Lo reproduce íntegramente R. CUETO: *Quimeras y sueños...*, *op. cit.*, pp. 136-140. Las citas que siguen son de estas 4 páginas si no se dice nada en contrario.

Empero no ser el lugar para pormenorizar en la obra, no está de más que nos detengamos en algunos de sus presupuestos para comprender mejor la personalidad del autor y su posicionamiento en el mundo cortesano que le tocó vivir. Tengamos siempre como telón de fondo el contexto de las juntas creadas para dirimir la licitud de las gabelas impuestas por el gobierno de Olivares y la necesidad de legitimar una nueva praxis que contara con el apoyo regio.

Y, viéndolo así, las ideas del dominico no sorprenden por su novedad –pues muchas de ellas eran lugares comunes en las críticas al valido que circulaban con profusión por la corte– si bien quizá puedan hacerlo, un tanto, por su rotundidad teniendo en cuenta que el destinatario no era otro que el rey.

El texto comienza con una andanada en toda regla hacia el modo en que se ha llevado el gobierno en los años anteriores. Y de esto el rey no puede decir que no es responsable. Ahora bien, una vez en vías de curación este mal, lo que no se puede consentir es que el paciente recaiga. En otras palabras, es inaceptable el valimiento, no sólo en su vertiente política sino, sobre todo, en la de conciencia (“Hay un pecado que parece abarca a todos los géneros propuestos y ha influido mucho en la falta de gobierno, que fue poner un valido y conservarle tanto tiempo”). Pero peor es, sabiendo sus efectos, plantearse una nueva versión. Por lo tanto:

Debe el rey poner remedio en esto, no sólo apartándole (como ya se ha hecho) sino asegurando a su reino que ni él ni otro volverá a tal ministerio sino que el rey despachará y gobernará por sí, sin valido.

Una vez hecho esto, se debería reorientar todo el norte de actuación. Fray Juan desarrolló, entonces, algunos puntos a tratar que, como decimos, no son novedosos y sólo tienen en común el intentar desmontar el proyecto político olivarista. Por eso, escribe de forma un tanto deslavazada, a pesar de estructurar su discurso en tres puntos sobre cuestiones muy diferentes. Lo que le interesa es atacar a sus predecesores en aquellos puntos en conciencia menos defendibles y para ello no duda en sacar a colación, por igual, asuntos muy recientes, como es el caso de la desobediencia a la orden papal para que el cardenal Borja vaya a su iglesia de Sevilla, con otros ya antiguos tipo la guerra de Mantua. En general, sus propuestas son simples y sirven de altavoz a las ideas que recorrían los pasillos del Alcázar en los últimos años, aderezadas con algunas recomendaciones típicas de alguien imbuido de la superioridad del estado clerical. La sumisión a Roma y la negativa horrorizada ante la presión fiscal aplicada al estamento eclesiástico rompen, diametralmente, con los intentos de hacer pagar a los que más tenían y desarrollar una política internacional independiente que se plantearon –y frustraron– en la década de los treinta.

También critica con dureza la venta de hábitos de Órdenes militares y lo que él considera gastos superfluos entre los que se lleva la palma el Buen Retiro y todas las fiestas anejas a este palacio, aunando una convicción de sobriedad con el ataque directo a los propulsores de la idea. Ante la necesidad de los vasallos, argumentaba, incrementar la presión fiscal para hacer frente a gastos innecesarios podía devenir en pecado mortal, por lo que debían, a toda costa, excusarse. Así pues, uno de los proyectos estrella del conde duque quedaba reconvertido en una amenaza para la salvación del ánima regia.

Pero no paraba ahí el confesor. También cargaba sin remilgos contra la forma de gobernar. Votaba por la abolición absoluta de las juntas –con especial inquina a la de Ejecución– y la necesidad de reformar los Consejos, retomando la vía que, según él, se había abandonado de no tener cargos supernumerarios. Además, culpaba a esta confusión en los organismos encargados de la toma de decisiones de ser la responsable de medidas dañinas contra los vasallos como la de la baja del vellón echando en falta una organización más jerarquizada y pequeña desde la que poder gobernar¹¹⁸⁸. Por supuesto, aprovechaba para recalcar lo pernicioso que había resultado tanto la manipulación de la moneda como el incremento de los impuestos y acababa insinuando hasta qué punto no tenía el propio rey culpa en todo ello, ya que había que mirar con detenimiento si no:

se ha gastado superfluamente el tiempo en otras cosas de gusto o entretenimiento, dejando de acudir al trabajo de oficio de rey; si se ha hecho demasiada confianza de otros, no mirando por sí las materias más importantes o no buscando las noticias necesarias, consultando con toda maduridad [*sic*] y tiempo y con personas determinadas lo que más convenía.

En definitiva, recogía y resumía muchos de los lugares comunes que la oposición había ido planteando pero que, en la práctica, tenían muy difícil aplicación. De hecho, no parece que este escrito tuviese la más mínima repercusión ni sobre el monarca ni sobre sus colaboradores¹¹⁸⁹. Ahora bien, sólo el haberlo

¹¹⁸⁸ Es interesante este punto, pues el teólogo dominico escribe: “Es de grande escrúpulo haber firmado la baja de la moneda sin satisfacción, contra el propio dictamen, por sólo decirlo el Consejo, y era caso éste que pedía junta pues el Consejo lo erraba y se conoce por hoy que el rey debe tratar con superioridad al Consejo y corregirle cuando conviene”. Aparte de la contradicción que conlleva admitir que en este caso sí hacía falta una junta, el asunto que se plantea tiene mucho más calado. La historiografía necesita un estudio sólido de las relaciones entre Olivares, Felipe IV y el Consejo de Castilla, algo que se antoja un tanto quimérico, teniendo en cuenta nuestro casi total desconocimiento de esta institución para el siglo XVII.

¹¹⁸⁹ Es de destacar que todas las ediciones impresas que se conocen de este texto son posteriores al fallecimiento del autor. No sé hasta qué punto el escrito llegó a manos de

planteado ya demuestra las intenciones de fray Juan. Estaba claro que, desde el primer momento, entendía su cargo de confesor como algo más que mero rector de la conciencia o, si se prefiere, consideraba que, para poder limpiar los pecados de su confesando, debía controlar sus actividades, legitimando su intromisión en política en la defensa teológica.

No obstante poco más fue lo que pudo intrigar fray Juan pues, como se ha apuntado, falleció el 17 de junio de 1644, planteándose ahora su sucesión en el confesionario regio, saliendo elegido su tocayo el ya citado fray Juan Martínez, quien, sin embargo no alcanzaría el nombramiento oficial –aunque desempeñase la labor– hasta que no falleció fray Antonio Sotomayor en septiembre de 1648¹¹⁹⁰.

4.2.3.3. *Fray Juan Martínez*

Como ya se ha apuntado, muy poco es lo que se conoce con certeza de fray Juan Martínez de Corral, tercer y último confesor de Felipe IV. Frente a sus predecesores, Martínez nos aparece totalmente diluido tanto en la historiografía como en las fuentes de época, a excepción de algunas edulcoradas crónicas de la Orden y unas pocas notas dispersas¹¹⁹¹. Y sin embargo, estuvo junto a Felipe IV más de 20 años, confesándole regularmente en los momentos más delicados de su vida como, por ejemplo, tras perder a su mujer (octubre de 1644) después del fallecimiento del heredero (octubre de 1646) y al final de sus días¹¹⁹². Fue testigo de su muerte y uno de los testamentarios de sus últimas voluntades pero, al igual que ocurre con otros

Felipe IV ni de qué forma pudo influirle, si es que lo hizo. J. PELLICER Y TOVAR: “Avisos históricos...”, *op. cit.*, vol. XXXIII, p. 205, 26 de julio de 1644 informa que: “Murió el padre fray Juan de Santo Tomás, confesor del rey, y dicen dejó un papel escrito a Su Majestad tocante al gobierno y a la forma de tener o no privado”.

¹¹⁹⁰ Para la muerte de fray Juan de Santo Tomás y las discusiones sobre su sucesión, O. FILIPPINI: *La coscienza del re...*, *op. cit.*, cap. 8, pp. 169-192.

¹¹⁹¹ Como ejemplo, véanse las escasísimas veces que aparece citado en R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, quien le califica de hombre “enérgico y dinámico”, p. 452 o su inexistencia en el *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Madrid 1972-1987, 5 vols., como voz independiente. Hay breves referencias a su formación y carrera en los trabajos ya citados de López Arandía.

¹¹⁹² AGP, Personal, caja 636/11. Aún sin título, que el P. Martínez actuaba de facto como confesor regio en estas fechas es obvio leyendo la documentación de la época; sin ir más lejos, la relación de la enfermedad y muerte del príncipe Baltasar Carlos en 1646 (BNE, Ms. 18723/35).

personajes de la segunda mitad del reinado de Felipe “el Grande”, su lugar en la memoria ha sido prácticamente borrado ¹¹⁹³.

Tres son, a grandes rasgos, las características que definen a este personaje, algunas de ellas contradictorias, ahondando en la idea de que es poco y superficial lo que, a día de hoy, sabemos de él. Por un lado, se nos ofrece como un individuo preocupado por la hacienda y, sobre todo, por exonerar a los vasallos de impuestos injustos y onerosos. Por otro, hay noticias fidedignas de que actuó de forma poco honrada en la administración de sus rentas, beneficiándose de su posición privilegiada en el entorno real y con la sospecha clara de nepotismo sobre su conducta. Por último, ciertas referencias nos permiten hablar de que, siguiendo una tradición ya apuntada, tuvo enorme peso en la articulación del patronato regio, en especial en el nombramiento de obispos. Intentaremos desarrollar las tres.

Fray Juan Martínez del Corral nació en 1590 en la localidad toledana de Corral de Almaguer, de familia hidalga pero de orígenes algo “confusos” ¹¹⁹⁴. Sus padres fueron Pedro Martínez Felipe y María López Carbonero y Grima y, tanto ellos como sus abuelos, eran todos oriundos del mismo pueblo, no certificándose en su genealogía presencia de caballeros de hábito ni vinculaciones reseñables con la nobleza o la oligarquía local ¹¹⁹⁵. En realidad, como veremos, fueron los descendientes de su hermana, Jerónima Rufina Carbonero y Grima los que iniciaron una carrera ascendente en la pirámide social, promocionados y protegidos por la posición de su tío en la corte.

A pesar de sus orígenes, fray Juan no tuvo especiales problemas para progresar en los dominicos. Su ingreso se verifica en el convento segoviano de Santa Cruz, marchando a formarse como colegial al de Santo Tomás de Alcalá de Henares, lo que nos le sitúa en la facción dominica contraria a sus hermanos salmantinos. Como era habitual, fue ascendiendo en la Orden: lector de artes, maestro de estudiantes, lector de teología..., a la vez que iba gobernando diferentes conventos (prior en

¹¹⁹³ Cfr. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ (ed.): *Testamento de Felipe IV*, Madrid 1982, p. 91. Ya en 1658 había sido uno de los testigos del primer testamento de Felipe IV [A. PAZ Y MELIÁ (ed.): *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658)*, Madrid 1968-1969 (*BAE* vols. 221-222), aviso de primero de mayo de 1658].

¹¹⁹⁴ Sobre los hidalgos de esta comarca, su rápido incremento y sus vinculaciones conversas, tiene unas interesantes líneas J. LÓPEZ-SALAZAR PÉREZ: “Hidalgos de carne y hueso en La Mancha cervantina”, *Pedralbes* 25 (2005), pp. 51-101.

¹¹⁹⁵ No hemos localizado el expediente de fray Juan incoado para designarle calificador de la Suprema en 1636; no obstante en el de su sobrino, Francisco Esteban del Vado, se incluye el de su tío como prueba positiva (AHN, Inq., leg. 1440/2, año 1651). Los actos positivos que se atestiguan son todos de familiares del Santo Oficio en Toledo y Cuenca.

Pamplona, Segovia y, en los más importantes, de San Pedro Mártir de Toledo y Santo Tomás de Madrid) para alcanzar el cargo de rector en el colegio de Santo Tomás de Alcalá de Henares, justo cuando en torno a estos estudios se estaba articulando un fuerte núcleo de oposición al valido y sus criaturas.

Su salto a la corte se produjo a finales del otoño de 1642, momento en que fue designado confesor del príncipe Baltasar Carlos, a quien ya se le disponía un clérigo específico para tales menesteres, diferente del de su padre o madre ¹¹⁹⁶. Le precedían su fama de docto teólogo y de persona prudente y, sobre todo, las recomendaciones del ya citado Tapia ¹¹⁹⁷. Todo ello le fue abriendo las puertas del Alcázar, pues muy pronto confesará también a la reina y a la infanta María Teresa para, por fin, a fines de julio de 1644, ocupar el confesonario regio tras el deceso de Santo Tomás ¹¹⁹⁸.

Una vez establecido como confesor de “su majestad católica”, fray Juan comenzó a moverse con cierta desenvoltura en el mundo cortesano. Evidentemente, los primeros años fueron un tanto atípicos ya que no contaba con el título oficial –algo que logró en 1648 ¹¹⁹⁹– y, por tanto, su capacidad de actuación quedaba circunscrita a la conciencia del soberano que, ni qué decir tiene, no era poca influencia. Con el paso del tiempo, su posición se fortaleció al ir, poco a poco, entrando en una dinámica parecida a la de Sotomayor, esto es, participando en

¹¹⁹⁶ En AGP, Personal, caja 636/11, encontramos el real decreto de 8 de diciembre de 1642 por el que se indicaba que percibiría sus gajes (225.000 maravedís anuales) por la casa de la reina, a quien, como decimos, a veces, también confesará. *Vide* también, AGP, Personal, caja 1337 y BNE, Ms. 6226, f. 222.

¹¹⁹⁷ Quizá llame la atención la importancia que concedemos a este dominico, pero en su época era tenido por oráculo de los reyes y, con frecuencia “llamado del rey o de los consejeros, para tratar algunos negocios graves”. Siendo obispo de Segovia, Felipe IV “le consultaba todos los asuntos graves del reino” [J. CUERVO (ed.): *Historiadores del convento de San Esteban en Salamanca...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 721-724].

¹¹⁹⁸ “La plaza de confesor del rey nuestro señor que vacó por muerte de fray Juan de Santo Tomás y que tenía en el ínterin don Martín de Funes, se ha dado al P. maestro fray Juan Martínez, que era confesor de la reina” (J. PELLICER Y TOVAR: “Avisos históricos...”, *op. cit.*, vol. XXXIII, p. 214, 9 de agosto de 1644).

¹¹⁹⁹ Aunque, a veces se citan otras informaciones en contrario, el real decreto es de 8 de septiembre de ese año. Curiosamente, no empezó a cobrar por ese cargo en esa fecha, sino que siguió percibiendo sus sueldos de confesor del príncipe y de la reina aunque ambos estaban fallecidos. Fue en 1654 cuando el rey ordenó que percibiera el salario correspondiente a su confesor aunque el resto de emolumentos –que no quedan claro en virtud de qué los recibía– se completasen con aquellos sueldos (AGP, Personal, caja 636/11).

el Consejo de Estado y en algunas juntas de importancia, empezando por la Junta de obras y bosques, cuyo asiento ocupó en 1650. Si bien en un momento dado se rumoreó su posible sustitución, consiguió evitar el cese y continuar con sus principales objetivos¹²⁰⁰.

El primero, que cumplió con bastante suficiencia, es, de nuevo, su absoluto control del patronato regio, algo que él mismo reconocía sin pudor y que certificamos al comprobar el exhaustivo conocimiento del trabajo de la cámara con información de primera mano —resoluciones reales incluidas— que posee y queda patente en las críticas que vierte sobre el abuso que supone el traslado de obispos¹²⁰¹. Esta intromisión en los nombramientos episcopales se constata por otros testimonios: en primer lugar, es reconocida por alguno de los elegidos (como su buen amigo el P. Tapia), quien no duda en afirmar que fue por intercesión de Martínez por lo que le presentaron a las mitras de Valencia —a la que renunció—, Córdoba y Sevilla¹²⁰².

Y también hay algunos datos menos “armoniosos”, como es el caso de una consulta de don García de Haro, conde de Castrillo, a la sazón presidente del Consejo de Indias, al rey, en la que exponía con claridad los inconvenientes que se seguían por aceptar las recomendaciones del confesor para el nombramiento, en esta ocasión, del arzobispado de Manila y el obispado del Santo Nombre de Jesús.

Resumiendo la polémica, diremos que el rey, ante los problemas surgidos para dotar estas diócesis, decidió reunir una junta en la que comparecieran Castrillo, don Fernando de Contreras y el P. Martínez. Este último rehusó participar, acogiendo a lo que ya había expuesto en un memorial, de forma que don García, con más de 20 años de antigüedad en el cargo, acogió el papel de defensor de esta institución, acabando su consulta con un claro

V. M. tiene la una y la otra (opiniones) e informado de este hecho y sus circunstancias y que la cámara de Indias ha cumplido con su obligación en lo que toca, proponiendo lo que alcanza y que no parece ha faltado a ello, resolverá lo que sea más de sus servicio.

¹²⁰⁰ “Han dado en decir algunos cortesanos que el rey quiere premiar los trabajos de su confesor con puesto proporcionado a su descanso y que se han propuesto algunos que no admite, pero si es verdad lo que corre, que el rey tiene acordado de confesar en adelante con el P. Mtro. Fr. Nicolás Bautista, carmelita calzado, santo y docto, se habrá de contentar con lo que le dieren”, en A. PAZ Y MELIÁ (ed.): *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo...*, *op. cit.*, 27 de septiembre de 1656.

¹²⁰¹ Todo ello en su libro *Discursos theologicos y polyticos*, Alcalá de Henares 1664, en especial el discurso primero, con numerosos ejemplos de época.

¹²⁰² Fr. A. LOREA: *El siervo de Dios...*, *op. cit.*, pp. 160 y 168.

De su exposición se deducía que fray Juan, además de haber insinuado que la cámara actuaba por interés, proponía para los obispados de Filipinas (frente a eclesiásticos prebendados en Nueva España) a “religiosos que estén trabajando en aquella parte y han sido provinciales en sus religiones”, mientras que para el arzobispado sugería un religioso que estuviese en España. Como bien hacía notar el conde, esto significaba quitar poder a la cámara y unir los obispados a las Órdenes religiosas, con los consiguientes problemas de autoridad y banderías. Los intentos del eclesiástico por imponer su criterio sobre la cámara de Indias, no fueron en absoluto bien recibidos por los burócratas, celosos de sus prerrogativas y que además no entendían el porqué de estos cambios si los candidatos por ellos propuestos contaban con todos los requisitos necesarios. Por si fuera poco, de los individuos que recomendaba fray Juan no se tenía noticia ni información y, por ello, no podían aceptarse. Aunque se desconoce el final del conflicto, el tono empleado por los oponentes permite adivinar un agrio enfrentamiento que no parece nuevo¹²⁰³.

Y es que fray Juan era muy consciente de su papel, que se veía reforzado además de por su participación en el Consejo de Estado, por su presencia en numerosas juntas de muy distinto calado¹²⁰⁴. La más conocida, y de la que hay amplios testimonios, es la que se formó para tratar el proyectado impuesto sobre la harina que se planteó, de nuevo, en repetidas ocasiones durante la segunda mitad del reinado. En ella, Martínez siempre se opuso a este tributo, alegando que sería un daño irreparable a la república y en especial a los más débiles que tan mal lo habían pasado en los años anteriores.

En su ya citada obra *Discursos theologicos y polyticos*, los discursos del quinto al octavo tratan de este asunto y sus palabras desde el principio son claras al respecto:

pues en las cuatro ocasiones que se trató de su imposición en las diferentes Cortes que concurrieron por tiempo de catorce años, aunque hubo ministros y teólogos que dijeron en sus votos que su majestad podía imponer este tributo y aun por algunos se llegó a decir que se debía imponer según el aprieto de los tiempos, con todo S. M (Dios le guarde) lo reprobó siempre, haciendo más fuerza en su

¹²⁰³ BNE, Ms. 18665/10. Se trata de una copia de una consulta sin día pero de octubre de 1647.

¹²⁰⁴ A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: “Un testimonio sobre la vida rural en el siglo XVII” en A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Estudios de Historia económica y social de España*, Granada 1987, p. 212, cita una obra de fray Juan Martínez titulada “Explicación” de dictámenes que dio en determinadas juntas que, hasta ahora, no hemos conseguido consultar.

real corazón la suma piedad y paternal amor que tiene a sus vasallo que los intereses ofrecidos por este medio ¹²⁰⁵.

Siendo, por tanto, el abanderado de una opción que condenaba a la hacienda real a una inacción de la que algunos burócratas como José González querían sacarla. No nos es dado concluir las bases reales sobre las que el P. Martínez elaboró su discurso; en otras palabras, es difícil averiguar si sus tesis proceden, realmente, de una convicción de que el nuevo tributo era dañino para los más pobres o si recogen el temor, propio del patriciado urbano, de que un gabela de este tipo eliminase los Millones y todas las ventajas político-económicas que su cobro les ofrecía ¹²⁰⁶. El caso es que el fracaso de este nuevo arbitrio sirvió para crear la imagen de un eclesiástico protector de los desfavorecidos, algo que sus hermanos de hábito se encargaron de difundir ¹²⁰⁷.

Pero su actuación no queda ahí. De todos sus pareceres y testimonios no podemos dar cuenta aquí, no obstante parece que su opinión trascendía en mucho los simples asuntos de conciencia. Además, hay claros indicios de que el propio Felipe IV le utilizó, en ocasiones, para menesteres menos espirituales de lo que su condición ofrecía. Al menos así los recogen los *Avisos* de Barrionuevo ¹²⁰⁸. Y lo mismo podemos decir de la documentación de archivo.

Reparemos tan sólo en un ejemplo de gran interés, tanto para el personaje, como para abordar una coyuntura precisa y que además tiene la ventaja de ser original, firmado y fechado por fray Juan Martínez, confesor del rey. Nos estamos refiriendo a un *Parecer del padre fr. Juan Martínez, confesor de S.M. don Felipe IV*

¹²⁰⁵ *Discursos theologicos y polyticos, op. cit.*, Prólogo al lector. Cfr. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Política fiscal y cambio social...*, *op. cit.*, p. 95, quien afirma que la actuación de fray Juan Martínez fue decisiva para que este nuevo tributo fuese rechazado en 1650. Este mismo autor analiza el texto de nuestro fraile en su artículo citado en la nota anterior.

¹²⁰⁶ Sobre esta coyuntura específica trata J. E. GELABERT: *Castilla convulsa...*, *op. cit.*, pp. 320-324. Por supuesto, habría que profundizar en las relaciones entre los diferentes personajes del momento e indagar qué facción cortesana se encuentra detrás de cada propuesta y a cual apoya el confesor para contextualizar con exactitud sus opiniones.

¹²⁰⁷ Véase, por ejemplo, A. DE VERGARA: *Oración panegírica y funeral a las honras del reverendísimo P.M. fray Juan Martínez, confesor que fue de sus Majestades*, Madrid 1676.

¹²⁰⁸ Así, por ejemplo, el 25 de octubre de 1656 podemos leer, “A don Pedro de Villacampa, regente de Aragón, *por orden del confesor*, le ha dado S.M. licencia para casarse con una hija de Martín de Ruejo, bajón de la capilla real y nieto del portero de la leña de palacio” (la cursiva es nuestra). Y el 14 de enero de 1662 tenemos noticia de que es el encargado de llevar la carta de cese al presidente de Castilla.

sobre hacer la guerra a Portugal¹²⁰⁹. Aunque éste no es lugar para su análisis, su existencia y difusión nos ilustra sobre las competencias que se arrogaban los confesores regios que se veían potenciadas por la proximidad a la persona real y la inexistencia de barreras ceremoniales entre ello, lo cual, como es obvio, repercutía en su capacidad de influencia. Hablamos, en este caso, de influencia política, pero a nadie se le escapa que se podía ejercer, y de hecho se ejercía, en otras dimensiones tanto en el ámbito religioso como en el laico, en el público como en el privado. La casuística en todos ellos es muy amplia, pues igual interfería para conseguir que el provincial de los dominicos aragoneses fuese alguien próximo a los intereses de la Monarquía, que intercedía para conseguir un puesto como familiar de la Inquisición a algún allegado¹²¹⁰.

Y con ello entramos en la última dimensión a la que aludíamos. Su posible utilización del cargo para el propio beneficio.

Al igual que había hecho su antecesor en el cargo, Sotomayor, quien había instituido, como hemos visto, un vínculo y mayorazgo además de fundar una memoria de obras pías en España y otra en los reinos del Perú, fray Juan se preocupó de erigir un mayorazgo en su mismo pueblo en cabeza de uno de sus sobrinos y edificar allí una suntuosa mansión¹²¹¹. Además, dotó generosamente una memoria y patronato de legos también en Corral de Almaguer, nombrando como su universal heredera en la misma a su sobrina-nieta doña Ana María Guasco Porcel y Cobos¹²¹².

Esta propiedad, sumada a otros mayorazgos en la misma villa de la que era heredera, permitieron a la joven reunir una dote lo suficientemente generosa

¹²⁰⁹ BNE, Ms. 18176, ff. 173-188. Fechados el 23 de noviembre de 1656 “día en que se ratificó la nueva del de la muerte del de Braganza”.

¹²¹⁰ ACA, Consejo de Aragón, leg. 294/76.

¹²¹¹ “El confesor del rey hace en Corral de Almaguer, donde es natural, un mayorazgo grande para un sobrino suyo y labra una casa de la más suntuosa de España. Tiene hoy gastado en ella 100.000 ducados y no está hecha la tercera parte” en A. PAZ Y MELIÁ (ed.): *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo...*, op. cit., 27 de septiembre de 1656.

¹²¹² AHPM, Protocolo 10087, ff. 170 y ss. Ana era hija de Martín Guasco Porcel, caballero de Santiago desde 1647 y María Esteban del Vado, hija, a su vez de la ya citada Jerónima Rufina y de su marido, Fernando Esteban del Vado. Curiosamente, tanto los Guasco (o Gasco) como los Martínez, ambos de Corral de Almaguer, presentan indicios de sangre conversa que los pesquisadores obvian. Más fuertes son todavía las sospechas sobre los Porcel, procedentes de Úbeda y emparentados con los Cobos, pero estas ramificaciones no son tenidas en cuenta a la hora de conceder hábitos y puestos inquisitoriales en la segunda mitad del reinado de Felipe IV, justo cuando fray Juan es su confesor. Vide AHN, Inq., leg. 1385.

como para abandonar la misma para casarse con don Alonso de Llano y Valdés, caballero de Calatrava y consejero de Castilla ¹²¹³. La repentina muerte de su marido no pareció dejar a doña Ana muy afligida, pues en seguida contrajo nuevas nupcias con un primo del anterior, don Manuel Queipo de Llano y Valdés, descendiente, por cierto, de una rama de los Mármol madrileños y poseedor, entre otras muchas cosas, de una escribanía de cámara del Consejo de Castilla ¹²¹⁴. Este doble matrimonio se gestiona, como no podía ser de otra manera, gracias a una cuantiosa dote que, como decimos, fue amasando fray Juan en sus años como confesor real. Como tenemos constatación de la boda de la sobrina-nieta, como acabamos de exponer, no podemos por menos de conceder mucho más crédito a las noticias de época que a la visión que de este fraile nos han dado sus hermanos de hábito. En estas coordenadas, cobran mucho más sentido las quejas de nepotismo y prevaricación que se difundieron en su momento que los repetitivos mensajes de santidad de sus hagiógrafos. Ilustrativa al respecto es la lectura de los avisos de época, en especial el de 21 de febrero de 1657, que nos informaba de que:

Lunes de Carnestolendas, amaneció un pasquín en palacio en el segundo patio. Todo era decir del mal gobierno y de ministros que diesen relación de sus haciendas; del confesor que fundaba mayorazgos y levantaba casas que le costaban doscientos mil ducados.

Noticia que no es un hecho aislado, ya que una semana después aparecieron nuevos pasquines reincidiendo en la desmedida afición al dinero de fray Juan y criticando, otra vez, su mayorazgo en Corral de Almaguer. Si a esto le sumamos las dudas que se planteaban sobre su honradez en el confesionario, ya que, a decir de sus críticos, todo lo absolvía, podemos ir haciéndonos una idea más vez, sino del confesor, por lo menos de la imagen real que de él se tenía ¹²¹⁵.

En esta línea, creemos que define más al personaje —que, es cierto, nunca llegó a inquisidor general, pero sí formó parte de la Suprema— constatar como uno de sus sobrinos Pedro Esteban del Vado fue, colegial en el del Arzobispo e inquisidor

¹²¹³ Vide J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla...*, *op. cit.*, pp. 280, 335 y 343.

¹²¹⁴ Esta vinculación entre los Mármol y los Queipo viene a través del matrimonio de doña Felipa Zapata del Mármol con don Fernando Queipo de Llano y Valdés en 1665, padres de Manuel (AHN, Santiago, 10254). Que los Mármol, escribanos del Consejo desde los tiempos de los Reyes Católicos, tenían ascendencia conversa, era algo de sobra conocido. Pero la amnesia de los testigos es total. Ninguno recuerda la profesión del padre de Felipa —escribano— lo que hubiera imposibilitado su ennoblecimiento.

¹²¹⁵ A. PAZ Y MELIÁ (ed.): *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo...*, *op. cit.*, aviso de 21 de febrero de 1657 y de 8 de noviembre de 1656.

de Toledo y otro, don Francisco Esteban del Vado, caballero de Santiago, capellán en los Reyes Nuevos de Toledo e inquisidor de esa ciudad, de Cuenca y también del Consejo ¹²¹⁶ (todos ellos oficios y cargos donde Martínez del Corral tenía mucho que decir), lo cual le hizo afirmar que nadie fue:

capaz de hacerle aceptar el cargo de inquisidor general, tan necesario para defenderse de las pandillas políticas en uso, ni otros cargos honoríficos y pingües con que le brindaron. Fraile humilde, quiso morir sin otro honor que el de sus clases, sus escritos y sus consejos ¹²¹⁷.

En conclusión, lo que interesa destacar aquí es como un oscuro fraile dominico, merced a su posición dentro de la real capilla, había logrado, por un lado, ser un referente de primer orden a la hora de distribuir el patronato regio y, por otro, permitirse bloquear iniciativas emanadas de los consejos actuando como un ministro independiente del sistema polisinodial tanto en asuntos hacendísticos como de gobernación ¹²¹⁸. Además, había sido capaz de colocar a su parentela masculina y acumular los bienes necesarios como para promocionar a su sobrina a un matrimonio que era mucho más que una mera toma de estado, sino una garantía de preeminencia social. De hecho, ser viuda de un consejero de Castilla la confería un estatus (y 300 ducados anuales por merced real), que la permitía aspirar a un buen lugar en la corte. Joven y con dote, su segundo matrimonio fue, como se ha dicho, rápido y su nuevo marido, asimismo caballero (esta vez de Santiago) no era un mal partido, ya que tras haber desempeñado los puestos de corregidor en Granada y fiscal del Consejo de Órdenes, culminó su carrera al obtener plaza de consejero en esta misma institución.

Por tanto, fray Juan, al fallecer –ya en el reinado de Carlos II– podía sentirse orgulloso de haber servido a su rey con dedicación y lealtad, pero también de haber beneficiado a su familia y deudos como, por otra parte, casi todo el mundo esperaba que se hiciera en la España de Felipe IV.

¹²¹⁶ Con estos sobrinos parece tener una estrecha relación a tenor de ciertas cartas que se citan en A. PAZ Y MELIÁ (ed.): *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo...*, *op. cit.*, aviso de 17 de diciembre de 1657.

¹²¹⁷ L. ALONSO GETINO: “Dominicos españoles confesores de reyes”, *op. cit.*, p. 40. Este mismo autor reconoce, de forma indirecta, la intromisión del confesor en asuntos de patronato al asegurar que: “Trabajó mucho por que en los nombramientos de cargos se pusiese la vista en las personas dignas” (p. 39).

¹²¹⁸ Por supuesto, fray Juan también participa del sistema tanto, como ya se ha dicho, a través del Consejo de Estado, como de diferentes juntas. Hay referencias a esta faceta en A. PAZ Y MELIÁ (ed.): *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo...*, *op. cit.*, por ejemplo en primero de septiembre de 1655 o en 17 junio de 1657.

4.2.4. *Predicadores*¹²¹⁹

Fernando Negrodo del Cerro

El predicador real era un agente privilegiado para hacer llegar al rey una opinión. Se llegaba a este importante cargo tras un difícil proceso en el que el candidato, además de tener dotes de orador, debía dar garantías de poseer una ideología ortodoxa. Miembro de una Orden religiosa o perteneciente al clero secular, el predicador también lo hacía en su convento o parroquia correspondiente. Ciertamente, en la capilla real, el predicador se dirigía a un público selecto y a él debía adaptar su sermón. Dada la adaptación de la Monarquía al poder del pontífice y el lugar se le daba a la Monarquía como defensora de la Iglesia, los predicadores hablaban como representantes de Dios, con máxima autoridad, al mismo tiempo que mitificaban la política de la casa de Austria como defensora de la fe cristiana.

El cargo de predicador real, como es obvio, no se generó en tiempos de Felipe IV. Nacido en la Baja Edad Media, tuvo, no obstante, una importancia bastante limitada hasta finales del siglo XVI, momento en que la predicación cortesana comenzó a cargarse de contenidos políticos. De hecho, podemos cifrar en los sermones funerales del rey Felipe II el inicio de una práctica que, con altibajos, se extenderá ya durante todo el siglo XVII. Aún así, en tiempos de su hijo y heredero poco más de una docena de clérigos lograron este nombramiento¹²²⁰, lo que repercutió en la trascendencia e importancia del mismo, siendo algunos de sus poseedores auténticos oráculos cortesanos como es el caso del jesuita Jerónimo de Florencia, el trinitario Paravicino y, en menor medida, fray Gregorio de Pedrosa (O.S.B) o el franciscano descalzo, fray Baltasar de los Ángeles¹²²¹. Sus diatribas en contra de la facción gobernante, señalándose cada vez más claramente en apoyo de

¹²¹⁹ Lo contenido en estas páginas se puede completar, si se desea, en F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, en donde también se hace referencia a múltiple bibliografía que aquí, por razones obvias, no tiene cabida.

¹²²⁰ La lista de los mismos en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, *op. cit.*, vol. II, p. 771.

¹²²¹ La actuación política de estos religiosos la he tratado de forma más detenida en “Servir al rey y servirse del rey. Los predicadores regios en el primer tercio del siglo XVII”, en A. ESTEBAN ESTRÍNGANA (ed.): *Servir al rey en la Monarquía de los Austrias. Medios, fines y logros del servicio al soberano en los siglos XVI y XVII*, Madrid 2012, pp. 361-382.

las diferentes opciones que estaban a la espera de la caída de los Sandoval, propiciaron, en algún caso, el destierro de los más lenguaraces y, en otros, la gratificación de sus patronos una vez aupados en el poder.

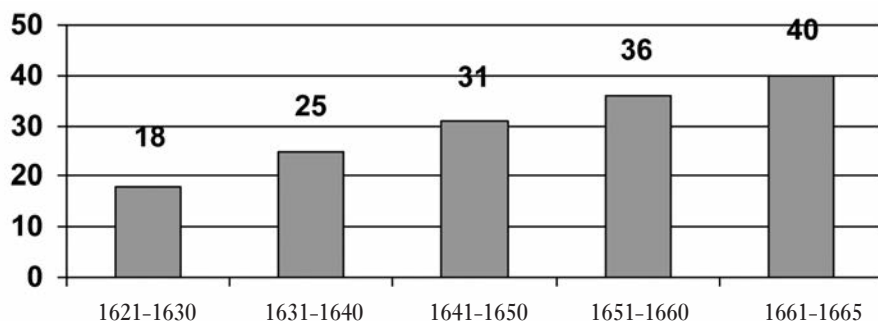
Podemos por tanto convenir que, en el momento de ascensión al trono del “Rey Planeta”, ser predicador real significaba algo más que poseer un título de servidor y criado de su majestad. Se constituía en una plataforma perfecta para hacer oír su voz ante el público más selecto y los personajes más influyentes de la Monarquía, de ahí que el cargo fuese cada vez más apetecido, si bien su evolución debe ser explicada y ponderada a la luz de otras variables.

En efecto, entre 1621 y 1665, 150 fueron los eclesiásticos que lograron el albalá de predicador de su majestad, la mayoría de ellos sin gajes. No obstante un volumen tan elevado de designaciones (que nos daría casi tres nombramientos y medio por año o, lo que es lo mismo 17 por quinquenio) no fue uniforme en el tiempo ¹²²². Como demuestra la tabla 1 hay una clara tendencia ascendente en todo el periodo, llegándose al caso de que el último lustro dobla con creces los nombramientos de los primeros 10 años. Tal variación, así como un análisis detenido de quiénes fueron estos hombres y porqué se les nombró es, creo, lo más interesante de un colectivo cuyas imbricaciones administrativas son también harto curiosas ya que, al pertenecer, en origen, a la casa de Castilla (y cobrar, cuando se podía, de ella) no aparecen en las listas de la real capilla, si bien dependían directamente del capellán mayor tanto para su acceso como para su función, como veremos, y su actuación queda reglamentada en las constituciones de 1623. Es, por tanto, el cargo un puesto de excepción dentro del mundo cortesano que alcanza su máxima expresión en cuanto a influencia política en el reinado que tratamos y que traslada las luchas faccionales a escenarios sacralizados, lo que las permite impregnar con más fuerza a sus objetivos. Ser predicador real en la España de Felipe IV era un privilegio y una oportunidad que nadie quiso dejar pasar y en esto englobamos tanto a los individuos como a los colectivos, empezando por las Órdenes religiosas. Por eso su estudio nos permite vislumbrar más allá del horizonte de la real capilla.

¹²²² Reseñamos tan sólo los predicadores de los que tenemos constancia documental de su nombramiento mediante el albalá correspondiente. Asimismo no se recuentan los miembros de la real capilla –en especial capellanes– que perteneciendo ya a aquel colectivo lograron el título de predicador.

TABLA 1

NOMBRAMIENTO DE PREDICADORES REALES AGRUPADOS POR DECENIOS



¿Cómo se llegaba a ser predicador real? Como otros muchos cargos propios de la administración de Antiguo Régimen y, en especial, la castellana, el clérigo que deseaba obtener ese título —pues es más correcto este término que hablar, aunque yo mismo lo haga, de cargos— debía ser presentado por la autoridad competente, en este caso el capellán mayor-patriarca de las Indias, al rey, quien le nombraba en función de sus méritos y aptitudes según constase en la consulta elevada. De esta forma, queda claro que la figura del jefe de la capilla, primero Diego de Guzmán y, más adelante, Alonso Pérez de Guzmán, era la clave para lograr la merced. Pero no todo era tan sencillo, pues el patriarca debía hacer frente a innumerables presiones, procedentes de los ámbitos más dispares de la Monarquía y cuya fuerza tenía que calibrar con acierto, pues una recomendación sólida hacia una persona en particular que él no tramitase le podía llegar al soberano por otra vía, lo que podía colocarle en una difícil tesitura. De ahí que lo más habitual es que el capellán mayor hiciera llegar a Felipe IV quién estaba detrás de cada pretendiente y porqué, para que el Habsburgo decidiera.

El elenco de patronos que deseaban que un candidato fuese promovido era amplísimo e iba desde la duquesa del Infantado ¹²²³ al Consejo de Estado ¹²²⁴, desde el gran Condé ¹²²⁵ al general de los franciscanos ¹²²⁶, aunque no todos tuvieran

¹²²³ AGP, Personal, caja 7722/8, año 1646.

¹²²⁴ Por ejemplo, AGP, Personal, caja 7723/10, año 1650.

¹²²⁵ AGP, Personal, caja 7727/2, año 1663.

¹²²⁶ AGP, Personal, caja 7954/92, año 1656.

siempre la misma fortuna. Lo trascendente es que este servicio, eminentemente religioso y que solo podía desempeñar, por razones obvias, un eclesiástico, hacía movilizarse no sólo a las Órdenes religiosas, algo lógico dentro del contexto de competencia espiritual en el que éstas se desenvolvían¹²²⁷, sino a todos los que, de una manera u otra, detentaban o aspiraban alcanzar alguna parcela de poder. Para el primer caso, aquél en que las congregaciones eran las que se implicaban, podemos ofrecer algunos ejemplos significativos como el de fray Bartolomé García de Escañuela (O.F.M.) nombrado (sin gajes) en 1660 después de que su religión representara al rey que dos de sus más lúcidos predicadores, fray Gregorio de Santillán y fray Juan de Muniesa, se encontraban ausentes de la corte¹²²⁸, o el de fray Juan Bautista Ramírez (O.S.S.T.), quien accedió al cargo en 1660 por haber promocionado su compañero de hábito fray Juan de Almoguera como obispo de Arequipa y haber, por tanto, dejado una vacante¹²²⁹.

¹²²⁷ Para una visión general, pero no superficial, de las Órdenes religiosas en la España moderna puede resultar de interés, E. MARTÍNEZ RUIZ (dir.): *El peso de la Iglesia. Cuatro siglos de Órdenes Religiosas en España*, Madrid 2006.

¹²²⁸ AGP, Personal, caja 7724/3. Muniesa estaba en Zaragoza y Santillán en Sevilla. Fray Bartolomé había sido catedrático de Artes y Teología en Granada, lector jubilado y guardián del convento de San Francisco de esa ciudad. Estando como morador en el convento de Úbeda fue protagonista de un hecho milagroso, según las crónicas de la Orden. Una vez establecido como predicador real logró cobrar gajes desde 1662 y, ya bajo Carlos II fue enviado como obispo a América en donde ocupó la sedes mitradas de Puerto Rico y Nueva Vizcaya (Durango). Cfr. A. DE TORRES: *Crónica franciscana de la provincia de Granada*, Madrid 1683, pp. 813 y 824.

¹²²⁹ AGP, Personal, caja 7724/7. El que las vacantes recaigan en miembros de las mismas Órdenes es un hábito iniciado en los años cuarenta del siglo, pues antes se proveían según otros criterios. De hecho, la presentación de sujetos por su propia religión, aunque es detectable durante todo el reinado, despunta con enorme fuerza tras la caída de Olivares, y en especial en la década de los sesenta. Ramírez había profesado con 16 años y había desarrollado toda su carrera eclesiástica en la corte sin destacar en ninguna faceta aunque en su momento fue reconocido como un orador de prestigio por lo que algunos de sus sermones se imprimieron. Además del recogido en N. ANTONIO: *Bibliotheca Hispana Nova sive hispanorum scriptorum*, Madrid 1778, tomo I, p. 765, hemos localizado los siguientes: *Oración evangélica al patrocinio de María Santísima*, Toledo 1655; *Fundación milagrosa, celestial instituto de la esclarecida religión de la Santísima Trinidad ... con ilustraciones que en discursos predicables hizo y dijo en el convento de ... Madrid*, Madrid 1668; “Sermón” en Fr. A. HUERTA: *Triunfos gloriosos, epitalamios sacros ... y ostentosas fiestas que se celebraron ... en ... Madrid a la canonización de San Pedro de Alcántara*, Madrid 1670, pp. 141-173, y *Sermón u oración evangélica sacra y demostrativa que dijo ... a la beatificación de Santa Rosa Peruana de Santa María*, Madrid 1688. Por otro lado, para la figura de Almoguera se puede consultar F. NEGREDO DEL CERRO: “Las elites eclesiásticas al servicio de la Monarquía. Algunos ejemplos en el Siglo de Oro”, en E. SORIA MESA, J. J. BRAVO CARO,

Por su parte, fray Benito de Rivas (O.S.B.), predicador real desde 1652, había suplicado se le diese la plaza ante la designación de fray Alonso de San Vitores al obispado de Almería, argumentando, de forma harto falaz que “siempre [*sic*] ha habido dos predicadores” de su misma Orden ¹²³⁰. De la misma forma, el P. Antonio de Rosende, de los clérigos menores, sucedió al difunto Juan Vélez Zavala (CC.MM) pocos meses después de su muerte ¹²³¹. Sin embargo fray Pedro Yáñez (O.P.) fue presentado por los dominicos en 1647 sin que mediara ninguna baja, tan sólo debido a su vida ejemplar y gran labor en el púlpito ¹²³².

Pero si las Órdenes se comportaban así, no le iban a la zaga otras instancias de poder como, por ejemplo, los cabildos municipales, que abogaban por sus candidatos con fuerza y decisión. Un par de ejemplos paradigmáticos nos lo ofrecen los casos del franciscano fray Francisco Suárez, presentado por Sevilla, de donde, por cierto, su padre era veinticuatro, o el del miembro de la Compañía de Jesús, Pedro Francisco Esquex, que obtuvo el título gracias a la intercesión de la ciudad de Zaragoza ¹²³³.

En definitiva, y sin entrar en una casuística ya explicitada en otro lugar ¹²³⁴, era más que recomendable tener poderosos amigos entre las instancias del poder

J. M. DELGADO BARRADO (coords.): *Las elites en la época moderna: La Monarquía Española*, Córdoba 2009, vol. IV: *Cultura*, pp. 343-352.

¹²³⁰ AGP, Personal, caja 7727/6. Este mismo razonamiento, totalmente falso e interesado, se halla en Fr. Plácido Antonio Haro (caja 7727/8). Fr. Benito Rivas debió creerse que el cargo era hereditario, pues a su marcha (fue designado obispo de Puerto Rico), recomendó se nombrase en su lugar a Fr. Rosendo Mújica, cosa que consiguió. De todas formas, en su nombramiento no pesó sólo la recomendación de su congregación sino el conocimiento que el propio monarca tenía de él, pues le había predicado en la festividad de San Benito “con el aplauso que es público y notorio y a V. M. en San Martín” (caja 7952/67). *Vide* F. DE BERGANZA: *Antigüedades de España, propugnadas en las noticias de sus Reyes y Condes de Castilla La Vieja ... y en la crónica del Real Monasterio de San Pedro de Cardena*, Madrid 1719-1721, vol. II, p. 346.

¹²³¹ AGP, Personal, cajas 7723/1 y 7953/97. Curiosamente, sus superiores le proponen en tercer lugar, detrás del P. Jerónimo Prado y de Andrés de Prada; sin embargo, la recomendación de “los tres embajadores de vanco” es decisiva para que se imponga en la voluntad real.

¹²³² AGP, Personal, cajas 7722/5 y 7943/3. Sobre la actuación de este fraile, en especial su relación con la polémica de la Inmaculada Concepción, F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 160-164.

¹²³³ El expediente de Esquex en AGP, Personal, caja 7725/5; el de Suárez se encuentra fraccionado entre AGP, Personal, caja 7718/9 y AHN, Consejos, leg. 13196/56, donde se localiza su genealogía.

¹²³⁴ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 43-49.

si se quería llegar a predicar en el púlpito del Alcázar. Ahora bien, tales apoyos eran ofrecidos porque se esperaba una contrapartida. El grupo, facción o familia que lograba colocar a uno de sus miembros en el entorno privilegiado de la capilla, esperaba de él que utilizase su posición en favor de los intereses del mismo, ya fuesen políticos o, “simplemente” clientelares. Y es, precisamente, la constatación por diversos segmentos palatinos de la eficacia de esta práctica la que propició su extensión y, por ende, su desprestigio.

En este sentido, no parece osado apuntar que uno de los primeros en darse cuenta de las ventajas de tener el púlpito regio controlado por personajes afines fue el propio Olivares, de ahí que los nombramientos de los primeros años del reinado recayesen sobre monjes y frailes muy próximos a su persona, así como se mantenían en su puesto los individuos que con más notoriedad habían apoyado a los Zúñiga-Guzmán en los turbulentos años finales de la segunda década. El valido era muy consciente, como así lo manifiesta en alguno de sus escritos, que a partir de la predicación se podían articular y difundir mensajes de oposición que casi siempre eran bien recibidos, pues contaban con el respaldo intelectual y teológico de sus propagadores que, no todas las veces, actuaban por mera e individual convicción, sino que ejercían de altavoces de otras mentes que, por las razones que fuesen, no tenían la potestad ni capacidad de hacer llegar al público deseado sus quejas y objeciones ¹²³⁵. Todo ello explica que el conde duque, que había usado este arma a finales del reinado anterior, se preocupase enormemente de tener dichas voces controladas. Es en esta dinámica donde debemos entender su interés por colocar como capellán mayor a su primo y asimismo explica lo ocurrido en 1635, cuando, ante la necesidad de explicar el porqué de la guerra con Francia y cercenar los posibles discursos de oposición, se promocionó, de una tacada, a 10 predicadores, varios de los cuales tenían indudables lazos con el aparato dirigente, ejerciendo una auténtica política de “adoctrinamiento de la opinión pública cortesana” ¹²³⁶. Y es que no

¹²³⁵ Las impresiones de don Gaspar de Guzmán con respecto al poder movilizador de la predicación se pueden leer en el famoso memorial de 1637, cuya edición crítica –sobre un ejemplar más completo que el hasta entonces conocido– se publicó en M. A. GONZÁLEZ FUERTES y F. NEGREDO DEL CERRO: “De copistas y censuras. Una versión íntegra del memorial de 1637 del Conde Duque de Olivares”, *Cuadernos de Historia Moderna* 34 (2009) pp. 159-207, en especial, pp. 175-176.

¹²³⁶ De los 10, uno, Ramírez Fariñas, fue nombrado en enero y otro, Castro, tuvo que esperar por problemas familiares, el resto salieron designados en Semana Santa como nos recuerdan las cartas de jesuitas: “El pasto de esta Semana Santa han sido ocho predicadores y con ellos ha crecido el número de ellos a treinta y cuatro. Los tres son dominicos, Fr. Domingo

se podía consentir que se repitiera lo que había ocurrido a principios de 1630 cuando un fraile agustino, apellidado Ribadeneira, había utilizado la palabra evangélica para cargar directamente contra el gobierno desde el mismísimo púlpito de la real capilla.

Tomando como pretexto la lectura de los dos hijos del Zebedeo, parece ser que este eclesiástico derivó su plática hacia una crítica directa a algunas de las directrices de gobierno. Sin apenas ocultar sus intenciones, atacó con virulencia a los extranjeros que ejercían cargos de responsabilidad en la Monarquía con los ojos puestos en Ambrosio Spínola; y de ahí saltó a condenar la forma de proveer los cargos y conceder los hábitos, sin olvidar lanzar también sus dardos contra la dissipación reinante en palacio –en especial entre las damas– y, asimismo, censurar a aquellos hombres que admitían un hábito conseguido mediante la dote de su mujer. Tal andanada no debió sentar nada bien a Olivares y, posiblemente, tampoco a Felipe IV, que debieron tomar buena nota del tono y la forma pues no tenemos más referencia de este lenguaraz fraile en los años posteriores¹²³⁷. De hecho, toda la predicación recién glosada la conocemos merced a una anónima respuesta, fruto, con gran probabilidad, de otro eclesiástico palaciego, posiblemente un predicador real, en este caso no agustino¹²³⁸.

Sea como fuere, el caso es que la actuación de algunos de los predicadores tanto dentro como fuera del Alcázar (pues además de ser los encargados de declamar el sermón en las abundantes celebraciones a que el rey acudía fuera de palacio también predicaban por orden de otros poderes –Consejos, ayuntamientos, cofradías...–, por contrato con personas privadas, o por voluntad de sus superiores)

Daza, buen religioso, muy austero, predicador muy poco lucido pero de provecho; el prior del colegio de Atocha (fr. Juan de Pozo) doctísimo; predica cosas escogidas con poca gracia. El prior de Santo Tomás (fr. Esteban Rodríguez) docto, pero no para el púlpito. El P. Aguado de la Compañía, confesor del Conde Duque, muy parecido a su apellido, agua y más agua, pero nada bueno. Fr. Ángel Manrique, bernardo, maestro de la profesión como lo es el padre Suárez, agustino calzado. Fray José Láinez, de la misma Orden, persona que para sólo hablar una hora sin otro fin sube al púlpito porque es raro charlatán. El guardián de los capuchinos, Ocaña, que dicen es buen predicador [...] todos son predicadores *ad honorem*, pero las medias anatas efectivas y de contado”, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIII (I) (1861), p. 167.

¹²³⁷ Tampoco lo citan los repertorios al uso como G. DE SANTIAGO VELA: *Ensayo de una Biblioteca Iberoamericana de la Orden de San Agustín*, Madrid 1913-1925, 8 vols.

¹²³⁸ BNE, Ms. 18724/40. Es un texto manuscrito sin autor ni fecha. Ésta se desprende de algunos comentarios, en especial cuando desglosa los diferentes virreyes en activo como Albuquerque en Sicilia, Alcalá en Nápoles y, sobre todo, Fera en Cataluña (1629-1630).

reivindicó su figura y aceleró las presiones para que muchos desearan obtener esta merced. Por supuesto, no sólo operaban condicionantes de tipo político, sino que la relevancia del cargo atrajo también numerosas voluntades individuales máxime cuando al prestigio —la dotación económica, cuando la había, era bastante exigua, 60.000 maravedís— se le sumaban ciertos privilegios y ventajas que muchas Órdenes fueron concediendo a sus hijos que detentasen tal ministerio¹²³⁹. Así las cosas, el incremento de eclesiásticos que ostentaban este título es continuo. Sabemos por un documento¹²⁴⁰ que el número de predicadores en 1623 era de 10; es decir, ocupaban ese momento el cargo los heredados de Felipe III más Hernando de Salazar (S.I.) y Fr. Francisco Arauz (O.F.M.); en 1635 ascendían a 34 como hemos visto, pero en 1668 su número volvía a descender hasta los 28, debido a las reformas introducidas en el cargo a a partir de mediados de los cuarenta que tuvieron como objetivo reducir los gastos inherentes a la casa de Castilla.

En efecto, acuciado por las enormes deudas que pesaban sobre la hacienda real, Felipe IV intentó, por todos los medios, realizar economías y una de ellas consistió en moderar el gasto de la casa de Castilla. Con tal efecto se creó una junta en 1644 en la que entraron, entre otros, el conde de Montalbán y el imprescindible José González. En ella se propuso que los predicadores que hubiesen obtenido un obispado dejaran de percibir sus honorarios como tales, a la vez que se potenció el nombramiento *ad honorem*, para poder seguir premiando la labor de los buenos oradores sin necesidad de cargar la maltrecha hacienda¹²⁴¹. De esta forma, unos años después, la nómina de oradores al servicio del rey quedó establecida en 39 individuos, 14 de los cuales cobraban gajes¹²⁴². Proporción

¹²³⁹ Las ventajas otorgadas dentro de los institutos se encuentran resumidas en F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 57.

¹²⁴⁰ BL, Additional, Ms. 36466, ff. 247r-259v, citado por J. H. ELLIOTT: *España y su mundo...*, *op. cit.*, p. 182n.

¹²⁴¹ AGP, AG, leg. 340. La propuesta reza: “El número de predicadores que gozan gajes y ayudas de costa son 20 y hay prelados que han sido predicadores y están gozando gajes. Podríamos reducir a 8 de gajes y consumir todos los que hubiesen pasado a prelacias y dignidades y que los demás entraran en las vacantes de los primeros y las ayudas de costa se les dieran en pensiones en que se ahorrará en esta partida 31.000 reales cada año”. Felipe IV se conformó con la consulta en cuanto a los clérigos ascendidos a un obispado, sin embargo nunca se llevó a efecto el recorte en los perceptores de un salario.

¹²⁴² En *Ibidem*, “Relación de los criados de S. M. de que se compone la real casa de Castilla” sin año pero casi con toda seguridad de principios 1649. En ella también se relacionan los capellanes, en este caso, 18 con salario y 39 sin él.

similar a la que se mantuvo el resto del reinado si bien con cierta tendencia al alza que sólo se quebraría tras la muerte del monarca ¹²⁴³.

Ahora bien, ¿quiénes eran estos eclesiásticos que con tanto ahínco pugnaban por presentarse a la plaza de predicador real? En la tabla de las páginas siguientes mostramos un primer acercamiento en el que se reflejan las órdenes y los nombramientos anuales para, a continuación, trazar un breve bosquejo de los mismos, agrupándolos por los institutos a los que pertenecieron con el objetivo de clarificar tanto sus carreras como, en especial, sus relaciones e intentar situarlos, en la medida de lo posible, dentro de las clientelas pertinentes, aunque en numerosas ocasiones no sea del todo factible. No obstante conviene hacer una salvedad antes de profundizar en estos aspectos que tiene que ver con la dinámica del valimiento.

Es necesario recalcar que una visión global del cargo distorsiona la realidad histórica. Es preciso incidir en que, en los algo más de 20 años (1621-1642) ¹²⁴⁴ que el conde duque estuvo al lado de Felipe IV, sólo se concedió el título, tanto con gajes como *ad honorem*, a 46 candidatos, lo que supone un 30% del total y eso, a pesar del nombramiento masivo de 1635. Esto quiere decir que, durante dicho periodo, tal prebenda era considerada como un privilegio difícil y, por tanto, revestido de una gran importancia. De ahí las especiales características de muchos de los elegidos quienes, además de talentos del púlpito, ofrecían a la Monarquía la posibilidad de valerse de ellos en otras muchas vertientes (negociadores, agentes, propagandistas, gobernadores...). Esta capacidad de “pluriempleo” al servicio de la corona perdió mucha fuerza con la generalización del cargo al que se fue llegando a través, casi, de un *cursus honorum* tipificado en la mayoría de las Órdenes religiosas, sin que los gobernantes tuviesen el mismo interés en los hombres de la parte final del reinado que en los anteriores. Aunque siempre hay excepciones, no es exagerado afirmar que los predicadores reales fueron mucho más que eso a la sombra de Olivares. Después, la mayoría, sólo fueron eso, que no quiere decir que sea poco.

Pero centrémonos ya en las Órdenes religiosas y los hijos que promocionaron al púlpito del Alcázar para mayor gloria suya y de su hábito ¹²⁴⁵.

¹²⁴³ En 1653 la proporción era de 17 predicadores con gajes frente a 22 sin ellos. Además, Fr. Fadrique Enríquez de Toledo percibía una pensión de 75.000 maravedís, como se puede ver en AGP, AG, leg. 340, “Relación de los criados de que se compone la casa real de Castilla de S.M. y los gajes que cada uno goza ... la cual se sacó para llevar a la junta de la real casa de Castilla que S.M. ha mandado formar de todos los mayordomos”.

¹²⁴⁴ Hay que tener en cuenta que Olivares fue apartado de su puesto en enero de 1643, luego este año no podemos contabilizarlo como de privanza.

¹²⁴⁵ Hablamos siempre de clero regular, ya que el secular apenas cuenta con 4 representantes (no llegan al 3% del total) todos nombrados después de 1650.

AÑOS	OFM	SI	OP	OSA	CAP	OM	OSB	OSST
1622	1	1	0	0	0	0	0	0
1623	1	0	1	1	0	0	0	0
1624	0	0	0	0	0	0	0	0
1625	0	0	0	0	0	0	0	0
1626	1	1	0	1	1	0	0	0
1627	1	1	1	0	0	0	0	0
1628	0	1	0	0	0	0	1	0
1629	1	0	0	0	0	0	0	0
1630	0	1	0	0	1	0	0	0
1631	2	0	0	1	0	0	0	0
1632	0	0	0	0	0	1	1	0
1633	0	0	0	1	0	0	1	0
1634	0	0	0	0	1	0	0	0
1635	0	3	3	2	1	0	0	0
1636	0	0	0	0	0	0	0	0
1637	0	1	0	0	0	0	0	0
1638	1	0	1	1	0	0	0	0
1639	0	0	0	0	0	0	0	0
1640	0	0	0	0	0	1	0	0
1641	0	0	0	0	0	0	0	0
1642	0	0	0	1	0	1	0	0
1643	1	0	0	2	0	0	1	1
1644	0	0	0	0	0	0	0	0
1645	2	0	1	1	2	0	0	0
1646	0	1	1	0	0	1	0	0
1647	0	1	1	1	1	0	0	0
1648	0	0	1	0	0	0	0	0
1649	0	0	0	0	0	0	0	0
1650	0	1	0	1	2	0	0	0
1651	0	0	0	0	0	0	0	0
1652	0	0	1	1	0	0	2	0
1653	0	0	0	0	0	0	0	0
1654	0	0	0	0	0	1	0	0
1655	1	1	0	0	0	0	0	0
1656	0	1	0	0	0	0	0	0
1657	0	0	1	0	0	0	0	1
1658	0	0	1	0	0	0	0	0
1659	3	0	0	0	0	0	0	0
1660	2	1	1	2	0	1	0	1
1661	3	1	0	0	1	1	0	0
1662	1	0	0	1	1	1	1	0
1663	0	1	1	0	1	0	1	0
1664	1	0	1	1	0	1	2	0
1665	1	2	0	0	0	0	0	0
TOTALES	23	19	16	18	12	9	10	3

OICST	OCAR	OSH	CCMM	TEAT	MIN	BAS/PRE	SECU	TOTAL
0	0	0	0	0	0	0	0	2
0	0	0	0	0	0	0	0	3
0	0	0	0	0	0	0	0	0
0	0	0	0	0	0	0	0	0
0	0	0	0	0	0	0	0	4
0	0	0	0	0	0	0	0	3
0	0	0	0	0	0	0	0	2
0	0	0	0	0	0	0	0	1
0	0	0	1	0	0	0	0	3
0	0	0	0	0	0	0	0	3
0	0	0	0	0	0	0	0	2
0	0	0	0	0	0	0	0	2
0	0	0	0	0	0	0	0	1
1	0	0	0	0	0	0	0	10
0	0	1	0	0	0	0	0	1
0	0	0	0	0	0	0	0	1
0	0	0	0	0	0	0	0	3
0	0	1	0	0	0	0	0	1
0	0	0	0	0	0	0	0	1
0	0	0	0	0	0	0	0	0
0	1	0	0	0	0	0	0	3
0	0	0	0	0	0	0	0	5
0	0	0	0	0	0	0	0	0
0	0	0	0	0	0	0	0	6
0	0	0	0	0	1	0	0	4
1	1	0	1	0	0	0	0	7
0	0	0	0	0	0	0	0	1
0	0	0	0	1	0	0	0	1
0	0	0	0	0	0	0	0	4
0	0	2	0	0	1	0	1	4
0	0	0	0	0	0	0	0	4
0	1	0	0	1	1	0	0	3
0	0	0	0	0	0	0	0	1
0	0	0	0	1	0	0	0	3
0	0	0	0	0	0	0	0	1
0	0	0	0	0	0	0	1	3
0	0	1	0	0	0	0	0	2
0	0	0	1	0	0	0	0	4
0	0	1	0	0	1	0	1	11
1	0	0	1	1	0	0	0	9
0	0	1	0	0	0	1	1	8
1	2	0	2	0	1	0	0	10
0	0	0	0	0	0	0	0	6
0	1	0	1	1	0	1	0	7
4	6	7	7	5	5	2	4	150

Comencemos por los predicadores franciscanos, cuantitativamente los mejor representados, lo cual parece ir en consonancia con la dinámica general de las Órdenes religiosas ya que eran, de largo, el instituto más numeroso en la Península ¹²⁴⁶. Sin embargo hay ciertas características que debemos ponderar.

La primera constatar que, del total de elegidos, –23– más de la mitad –12– lo fueron en los últimos 10 años del reinado y que, durante el valimiento de Olivares, su presencia fue, numéricamente, idéntica a la de los dominicos (8) e inferior a la de los jesuitas (9). Si, como decíamos más arriba, es en la primera parte del reinado cuando la predicación áulica despliega todas sus potencialidades, debemos concluir que el predominio franciscano que a primera vista podíamos derivar de los números totales, en realidad, no fue tal. De hecho, su vinculación fue siempre mucho más próxima a la casa de la reina, donde desempeñaban habitualmente el confesionario, que a la del rey, si bien nunca desdénaron volver a dirigir la conciencia del soberano o, al menos, la de sus hermanos ¹²⁴⁷. No obstante, mientras abogaban por desempeñar tales tareas, tampoco olvidaron hacerse presentes en el púlpito y de ahí promocionar hacia otros menesteres.

Podemos resumir en tres las vías de acceso de los seráficos miembros al púlpito de Felipe IV, sin que sean excluyentes. En primer lugar, hay un grupo que así promociona por su relación con el convento de las Descalzas Reales, verdadero centro vertebrador de la influencia franciscana en palacio desde mediados del siglo XVI hasta el fallecimiento de sor Margarita de la Cruz en 1633 ¹²⁴⁸. De hecho, tanto el único predicador franciscano heredado de Felipe III, fray Baltasar de los Ángeles, que fallecerá repentinamente en 1625 cuando acudía al capítulo general en el que tenía buenas perspectivas, como fray Pedro Aragón y Guerra ¹²⁴⁹ o fray

¹²⁴⁶ Para una aproximación demográfica en el Barroco, E. MARTÍNEZ RUIZ (dir.): *El peso de la Iglesia...*, op. cit., p. 203-216. Un brillante análisis de sus fundaciones en A. ATIENZA LÓPEZ: *Tiempo de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España moderna*, Madrid 2008.

¹²⁴⁷ Cfr. AGS, Estado, leg. 1864, con la propuesta del vicario general, fray Antonio de Trejo, para que subordinados suyos confiesen a los infantes.

¹²⁴⁸ Más información sobre esta religiosa en A. SANZ DE BREMOND Y MAYÁNS y K. M^a VILACOBIA RAMOS: “Siguiendo el espíritu de Santa Clara: Sor Margarita de la Cruz, la monja-infanta”, en *X Curso El Franciscanismo en Andalucía. Clarisas Concepcionistas y Terciarias Regulares*, Córdoba 2006, pp. 788-804.

¹²⁴⁹ AGP, Personal, caja 7719/6. Este aragonés, que había sido colegial en Alcalá (Cfr. J. DE RÚJULA Y DE OCHOTORENA: *Índice de los colegiales del Mayor de San Ildefonso y Menores de Alcalá*, Madrid 1946, p. 142) desempeñará luego los puestos de lector de teología y guardián del convento de San Francisco de Zaragoza, aunque lo realmente importante es que era, por

Michael de Avellán¹²⁵⁰, todos ellos nombrados antes de 1630 para el púlpito real, ocupaban el puesto de confesores de las Descalzas y la infanta Margarita, algo que también hará, años después, fray Juan Muniesa¹²⁵¹.

Un segundo grupo presenta como aval más importante sus relaciones personales y familiares. Aquí destacan hombres como fray Diego Zapata Hurtado, hijo de los condes de Barajas elevado a predicador en 1659¹²⁵², o, en especial, fray Antonio Enríquez de Guzmán¹²⁵³, quien, además de haber desempeñado los cargos típicos en la Orden (lector, guardián, vicario general...) recuerda en el memorial que eleva al rey solicitando el título y para afianzar su petición, la trayectoria de sus hermanos, tanto la de Cristóbal de Porres, primer conde de Castronuevo, como la de García de Porres, procurador por Zamora desde tiempos de Felipe III y caballero de Calatrava¹²⁵⁴. Con estas recomendaciones obtendría, no sólo, los gajes de predicador en 1631 sino que, enseguida, fue promocionado al obispado de Málaga y más adelante, convertido ya en un hombre de confianza de Felipe IV,

vía bastarda, pariente de los propios reyes como se desprende de AGP, Personal, caja 109/24. Su abuelo paterno, don Hernando de Aragón, arzobispo de Zaragoza y virrey de Aragón (1566-1575) era nieto del Rey Católico y procreó al padre de fray Pedro con una labradora, como reconocen los testigos de su expediente, pues era público y notorio que el arzobispo “tuvo por su hijo en María Ortiz Navarro una labradora vasalla suya a don Pedro de Aragón”. Las relaciones de nuestro humilde franciscano van más allá, pues era sobrino segundo de San Francisco de Borja y de los duques de Medina Sidonia, ya que su abuelo era cuñado de estos nobles y de los duques de Gandía. Puede ser que estos orígenes ilegítimos sean la causa de la demora en la tramitación de su expediente de limpieza iniciado en 1616.

¹²⁵⁰ Nos hemos ocupado de este franciscano en F. NEGREDO DEL CERRO y K. M^a VILACOBIA RAMOS: “Un franciscano andaluz al servicio del rey. Fr. Michael Avellán (1580-1650)”, en M. PELÁEZ DEL ROSAL (ed.): *El Franciscanismo en Andalucía*, Córdoba 2003, vol. I, pp. 537-547.

¹²⁵¹ Sobre este fraile, además de AGP, Personal, caja 7943/9, véase K. M^a VILACOBIA RAMOS: *Las Descalzas Reales y sus confesores en la Edad Moderna*, Universidad Complutense de Madrid 2005 (Tesis Doctoral), *passim*. Agradezco a la autora las facilidades dadas para la consulta de esta obra.

¹²⁵² AGP, Personal, caja 7724/11. Un resumen de su vida, con dudas sobre su filiación, en J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid, ilustres en Santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario histórico por el orden alfabético de sus nombres*, Madrid 1789, tomo I, p. 348.

¹²⁵³ AGP, Personal, caja 7718/8.

¹²⁵⁴ A Cristóbal el título se le concedió en 1624 (AHN, Consejos, leg. 2572, año 1624, n^o 9). Un memorial de García donde se certifica su genealogía en AGS, PC, leg. 86/589. Su título de caballero en AHN, OOMM, expedientillos, 9605.

a virrey y capitán general de Aragón, desempeñando un importante papel durante la Guerra de Cataluña ¹²⁵⁵. Pero es que, además de su labor como gobernante, no podemos pasar por alto que desde finales de la década de los treinta era, por orden directa del Consejo de Castilla, tutor de Alonso Enríquez de Guzmán, oficialmente su sobrino-nieto pero, en realidad, hijo bastardo del propio rey ¹²⁵⁶.

Un perfil algo diferente, pero en el que también destaca la importancia de las redes familiares, lo ofrece el observante fray Francisco Verdugo que debe su título de predicador, más que a su carrera en la Orden (importante, como no podía ser menos ¹²⁵⁷), a las trayectorias cortesanas de su padre y hermano. El primero fue caballerizo del príncipe don Carlos y armero mayor de Felipe II ¹²⁵⁸, mientras que el segundo, caballero de Santiago y teniente de la guarda española, elevó un memorial al rey en favor de fray Francisco. Todo ello, unido a que el monarca tenía conocimiento directo del candidato, pues le había predicado varias veces en Cuaserna, facilitó la consecución de la merced, con gajes, en 1627 ¹²⁵⁹. Y en esta línea podríamos citar otros cuantos ejemplos más ¹²⁶⁰.

¹²⁵⁵ Vide BNE, Ms. 2330, *passim*.

¹²⁵⁶ M^a I. PÉREZ DE COLOSÍA RODRÍGUEZ: "Rigorismo y manifestaciones populares: el sínodo de 1671", en VV.AA.: *Religiosidad popular en España*, El Escorial 1997, vol. I, pp. 991-1005. Este Alonso Enríquez, una vez muerto nuestro predicador y desobedeciendo las órdenes familiares, profesó como dominico. Es curioso que los jesuitas en sus cartas confundan al tío con el sobrino. Vide P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): "*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*", *op. cit.*, vol. XVIII (VI) (1864), p. 492, y vol. XIX (VII) (1865), p. 445, rectificando en la p. 455.

¹²⁵⁷ J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 161-162 y N. A. ALCOLEA: *Seminario de nobles, taller de venerables y doctos, el Colegio Mayor de S. Pedro y S. Pablo, fundado en la Universidad de Alcalá de Henares*, Madrid 1777, p. 249.

¹²⁵⁸ Los datos que el expediente de palacio (AGP, Personal, caja 7955/73) dan sobre su familia se pueden corroborar y ampliar en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 490.

¹²⁵⁹ A pesar de su fama de buen orador, no se han conservado apenas ninguno de sus sermones. Sólo tengo noticia de uno: *Sermón cuarto en la octava que la católica majestad del rey nuestro señor mandó celebrar en el convento del Carmen Descalzo, a la Santa Madre Teresa de Jesús*, Madrid 1627. De hecho, F. HERRERO SALGADO: *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*. (II): *Predicadores dominicos y franciscanos*, Madrid 1998, ni siquiera le cita.

¹²⁶⁰ Por ejemplo, el milanés fray Pedro José Novara, hijo de Benito Cataneo e Isabel Cacha, quien viene avalado por don Vicente Gonzaga en ese momento (1661) capitán general de Galicia (AGP, Personal, caja 7725/6).

La tercera vía de promoción va vinculada a hechos concretos que permiten al patriarca o al rey reconocer la valía del candidato o la necesidad de gratificarle. De entre los varios ejemplos posibles citemos tan sólo dos, el del siciliano fray Miguel Ángel Comillone y el del hijo de la descalcez Juan Madrid. El primero, en consonancia con lo que era habitual, presentó para obtener la merced un detallado memorial de sus actividades religiosas (15 años de predicador, 16 de confesor, guardián, definidor general...) pero sobre todo hacía hincapié en su fidelidad a la corona a raíz de los acontecimientos napolitanos de 1647 cuando:

En el tumulto que hubo en dicha ciudad de Palermo por el pueblo de ella y por José Alesi su cabo, habiendo el suplicante ido al palacio del virrey en compañía del padre fray Hernando de Palermo a asistirle y a los demás ministros, cabos, capitanes y demás soldados de V. M. logró que se salvaran en el convento de la Orden que se llama de la Magdalena ¹²⁶¹.

Esta actuación, por sí sola, sirvió para que don Alonso Pérez de Guzmán consultara positivamente su promoción (sin gajes) y el rey la aceptase.

El otro ejemplo que proponíamos, el de fray Juan Madrid, es muy diferente pero se mantiene en la dinámica de lograr la merced como gratificación. En su caso, fue elegido para la real capilla a raíz de haber acompañado a la infanta María Teresa a la frontera con ocasión de la Paz de los Pirineos y las bodas con Luis XIV. A su vuelta, fue premiado con el título sin gajes, a los que accedió 7 años después ¹²⁶².

Pero no son los franciscanos los únicos en ofrecernos elementos interesantes de análisis. Veamos el resto de congregaciones.

El segundo instituto a considerar no es otro que la Compañía de Jesús, proporcionalmente la congregación mejor representada en el púlpito de la capilla real con 19 miembros o lo que es lo mismo, algo más del 12% del total, porcentaje superior a la de su peso entre los regulares hispanos ¹²⁶³.

Pero, si cuantitativamente su presencia es importante, mucho más lo es desde el punto de vista cualitativo, ya que los predicadores reales discípulos de San Ignacio ofrecen unos perfiles marcadamente cortesanos, bien sea por su nacimiento,

¹²⁶¹ AGP, Personal, caja 7725/3.

¹²⁶² *Ibidem*, caja 7724/9. También, J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid...*, *op. cit.*, tomo III, p. 227.

¹²⁶³ A. ASTRAIN: *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid 1916-1920, vol. V, p. 49, afirma que en 1616 habría unos 2.173 jesuitas y que esta cifra descendió hasta los 1.800 en 1652. Los franciscanos (siempre sumando observantes y descalzos) doblarían estos números.

bien por sus relaciones o, como sucede bastantes veces, por ambas¹²⁶⁴. En el primer caso, más de media docena son hijos de título como los hermanos Pimentel (Francisco y Pedro), vástagos del VIII conde de Benavente; el primero de ellos predicador desde 1627 y el segundo en 1655, eso sí tras haber sido confesor de Medina de las Torres, Monterrey y Arcos y haberse significado en el apaciguamiento de la revuelta siciliana de 1647¹²⁶⁵. También Rodrigo Niño de Guzmán, hijo de los condes de Villaverde (por tanto primo de Olivares) y sobrino del cardenal Niño de Guevara, llegó al cargo temprano, en 1626, pero su prematura muerte –achacada a sus excesivas penitencias según sus compañeros de hábito¹²⁶⁶– al año siguiente, le cercenó la posibilidad de alcanzar otras metas más elevadas en consonancia con su familia. Si hacemos caso de las noticias vertidas por su hagiógrafo, durante los años iniciales del reinado fue un destacado consejero de Olivares que “se valió de su consejo para cosas gravísimas tocantes a la Monarquía”, y, aunque oficialmente se nos aparece como un dechado de modestia y humildad, no es menos cierto que ocupó cargos tan destacados como el de prepósito, provincial o calificador de la Suprema y está bien claro que desde su posición de rector fue una pieza clave en la erección de los Reales Estudios en el año 1625¹²⁶⁷.

Perfiles similares, en cuanto a su vinculación aristocrática, presentan Cosme Zapata, descendiente de los condes de Barajas¹²⁶⁸ y quien se permitía en octubre

¹²⁶⁴ No obstante, la mayoría de ellos no aparecen reseñados en *DHSI*.

¹²⁶⁵ AGP, Personal, cajas 7726/3 y 7955/72. Ambos hermanos tuvieron relación estrecha con Quevedo, en especial Pedro a quien dedicó el escritor la segunda parte de su *Virtud militante* y con quien mantuvo fluida correspondencia desde su prisión en San Marcos de León, eso a pesar de que les había criticado por defender los jesuitas el copatronazgo de Santa Teresa. Vide F. JAURALDE POU: *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid 1999.

¹²⁶⁶ Aunque otras fuentes aluden a los disgustos que se llevó a raíz del conflicto con las universidades en razón de la fundación de los Reales Estudios.

¹²⁶⁷ Una visión idealizada de este personaje en A. DE ANDRADE: *Varones ilustres en santidad, letras y zelo de las almas de la Compañía de Jesús*, Madrid 1667, vol. VIII, pp. 474-491. Su participación en política la recoge *B.E.E.*, vol. XV, p. 258, copiando a Andrade (p. 489) y, aunque ningún otro autor moderno se refiere a esta relación entre valido y jesuita, quizá sea una mención a la consulta que se le realizó, junto a otros eclesiásticos, muchos de ellos predicadores, a la hora de elegir presidente del Consejo de Castilla en 1626 (AHN, Nobleza, Someruelo, caja 24, doc. 8).

¹²⁶⁸ Hijo de Gabriel Zapata, hermano del primer conde de Barajas. Datos interesantes sobre su vida en AGP, Personal, caja 7718/4 y J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid...*, op. cit., tomo I, p. 277.

de 1635 predicar un sermón con “su picante en materia de validos”¹²⁶⁹, o Pedro Jerónimo de Córdoba, hijo natural de Luis Fernández de Córdoba, segundogénito de los marqueses de Priego¹²⁷⁰. A todos ellos habría que sumar otros jesuitas que, sin tan linajudos ancestros, provenían de familias muy bien situadas en el entorno del poder como Diego Ramírez Fariñas, hijo del conocido letrado don Fernando Ramírez Fariñas –por cierto, según sus críticos, de orígenes dudosos¹²⁷¹– o Gonzalo de Castilla, cuyo progenitor acabará enlazando con los marqueses de Lanzarote.

Evidentemente, su actuación como exégetas de la palabra divina y transmisores del caudal salvífico no impedía, antes bien, favorecía, la defensa de los intereses de grupo ante la corona y sus más conspicuos vasallos, máxime si tenemos en cuenta que el otro grupo importante de predicadores jesuitas, aquel que no procedía de los segmentos privilegiados, guardaba una estrechísima relación con lo más granado de la aristocracia en virtud de su papel como confesores. Los nombres de Aguado, Salazar, Herrera, Mendo o Bivero, tienen varias cosas en común. Obviamente, todos ellos son miembros de la Compañía y alcanzarán la recompensa del pulpito regio, pero, además, de nuevo todos ellos desempeñarán su labor de confesores al lado de virreyes, títulos, validos e incluso personas de la familia real. Como se ha escrito en otra lugar, Aguado y Salazar harán algo más que dirigir la conciencia del mismísimo conde duque, y se entrometerán, en el caso del segundo de forma descarada, en el propio gobierno de la Monarquía¹²⁷². Pero es que el P. Herrera no se quedaba a la zaga cuando se manifestó como una de las mejores

¹²⁶⁹ P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIII (I) (1861), p. 295.

¹²⁷⁰ Este dato es curioso, pues era condición a la hora de incoar el expediente de limpieza de sangre preceptivo para el ingreso como predicador que el pretendiente fuese “hijo legítimo de legítimo matrimonio”. En este caso, aunque en la partida de nacimiento aparece como de padres desconocidos, todos los testigos coinciden en que era hijo natural de don Luis y nieto, por tanto de los marqueses. Felipe IV intercede directamente en atención a sus méritos para que su carencia sea sobreseída (AGP, Personal, caja 7729/9).

¹²⁷¹ Una breve semblanza del padre de nuestro predicador en J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares...*, *op. cit.*, vol. I, p. 66 n. Más información sobre este hombre que, entre otras cosas, fue camarista de Castilla y asistente sevillano, en J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla...*, *op. cit.*, pp. 60, 90, 94, 120, 208, 350 y 393. En 1635, con 80 años, era uno de los letrados más respetados en la corte. Recoge el eco del nombramiento G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la corte de España...*, *op. cit.*, p. 373.

¹²⁷² F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 90-101 y 117-140.

armas con las que contaba el almirante de Castilla y su círculo para atacar al valido en los turbulentos años posteriores a la declaración de guerra a Francia. Aunque sus sermones de la Cuaresma de 1637 le costaron graves reprimendas por parte de los superiores de la Compañía, no es menos cierto que, tras la caída del de Guzmán, su celo fue premiado con su nombramiento como miembro de la capilla ¹²⁷³.

Y ¿qué decir del P. Agustín de Castro, vinculado a la cátedra de Políticas de los Reales Estudios desde su fundación e intrigante cortesano con la mala suerte de no saber medir los tiempos en los procelosos días que siguieron a la caída de Olivares? Por su insistencia en recomendar a don Luis de Haro como sustituto del valido sería defenestrado ¹²⁷⁴.

Como ha demostrado Julián Lozano, la presencia de jesuitas como confesores de la aristocracia y familia real respondía a una estrategia diseñada desde Roma, encaminada a dominar los resortes políticos de la Monarquía una vez constatada la dificultad por abordar directamente su deseo de control del confesionario regio ¹²⁷⁵. En esta línea debemos situar, entonces, a un P. Bivero, confesor de la archiduquesa Isabel Clara Eugenia y del marqués de Castelrodrigo y ocasionalmente de Aytona e incluso del Cardenal Infante. Que su papel en Flandes era el de agente de la Compañía parece claro. Que su recompensa cortesana fuera la de nombrarle predicador real, tampoco se antoja extraño ¹²⁷⁶.

¹²⁷³ AGP, Personal, caja 7722/6 y J. SIMÓN DÍAZ: *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, Madrid 1952, vol. I, p. 555.

¹²⁷⁴ Sobre Castro, F. NEGREDO DEL CERRO: “La teologización de la política. Confesores, valido y gobierno de la monarquía en tiempos de Calderón”, en J. ALCALÁ ZAMORA y E. BELENGUER CEBRIÀ (coords.): *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid 2001, vol. I, pp. 707-724. Su nombre para la cátedra lo propuso Aguado al rey en diciembre de 1628 ante la imposibilidad de traer a otros padres portugueses. Para convencer al monarca, le recordó que: “Ha predicado con singular aplauso algunos años y siendo fuerza que los oyentes desta cátedra los más sean de capa y espada y gente que no ha profesado otras letras, parece muy conveniente el talento del púlpito para leerla con lucimiento” (citado en J. SIMÓN DÍAZ: *Historia del Colegio Imperial...*, *op. cit.*, vol. I, p. 188).

¹²⁷⁵ J. LOZANO NAVARRO: *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Madrid 2005. Florencia, Salazar, Aguado, Pimentel y otros muchos desfilan por sus páginas, documentando las órdenes que Vitelleschi les daba con referencia a su intromisión en asuntos seculares, a pesar de la prohibición oficial que sobre ello pesaba, y que, sabiamente, sacaban a relucir cuando veían que una gestión podía ocasionarles algún peligro.

¹²⁷⁶ Más información al respecto en J. LOZANO NAVARRO: “La Compañía de Jesús en el Flandes de los Archiduques. La labor del padre Pedro de Bivero junto al poder”, *Archivo*

Procedimiento que se constata perfectamente en el más conocido Andrés Mendo, quien, a cambio de convencer al duque de Osuna –de quien era confesor– de que marchase sin dilación a Portugal, obtuvo de Felipe IV el título de su predicador¹²⁷⁷. Como en otros muchos ejemplos, las figuras femeninas tienen aquí enorme peso, ya que fue la intercesión directa de la Duquesa la que permitió al soberano saber de la utilidad del jesuita y sus posibilidades, algo que Roma había tenido bien claro desde el primer momento¹²⁷⁸.

Se nos preguntará entonces, pero ¿es que los miembros de la Compañía no alcanzaron tal dignidad por sus letras, virtudes y capacidad declamatoria? Y, podemos convenir que, en líneas generales, su valía como oradores era la condición básica para alcanzarla, aunque a veces ésta no parezca ser tal para sus contemporáneos, como es el caso del P. Aguado cuyas homilías, como hemos visto, se consideraban vacías de contenido, o no poseamos sermones suyos como pasa con el P. Hernando de Salazar. Por el contrario, jesuitas como Manuel Nájera –que, por supuesto también cuentan con importantes recomendaciones– muestran un perfil mucho menos “político” y más volcado a la predicación, como admite el mismo patriarca al consultar al rey que podría ser una magnífica adquisición para la capilla, pues en las Descalzas había demostrado una solvencia absoluta para preparar sermones con muy poco tiempo, siendo un suplente ideal¹²⁷⁹. Su talento

Teológico Granadino 67 (2004), pp. 91-107 (Agradezco al autor que me proporcionase una separata de este interesante trabajo, difícil de localizar). Hay que tener cuidado y no confundir a este jesuita con el P. fray Francisco Vivero (O.P.), predicador de los Archiduques, con quienes marchó a Flandes siendo nombrado predicador real en 1623. Noticias sobre él en AGP, Personal, caja 7719/10 y J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid...*, op. cit., tomo II, p. 123.

¹²⁷⁷ Osuna tenía en mucho aprecio a Mendo a tenor de lo que se preocupó, por ejemplo, por la publicación, que financió, de los *Asuntos predicables aplicados a todos los Evangelios del misal*, Madrid 1664. Por supuesto el libro está dedicado al aristócrata.

¹²⁷⁸ Un caso especial que merecería mucha más extensión de la que podemos dedicarle aquí, es el del P. Peñalosa, pieza clave en las relaciones entre Roma-Madrid y Viena por su condición de profesor de español de Fernando III y haber sido propuesto por la corte austriaca como confesor de la infanta. Sus críticas a Lamormaini y su papel como director espiritual de Oñate entre 1636-1637 le conceden una importancia suma en el contexto de la Guerra de los Treinta Años. Datos sobre él en AGP, Personal, caja 7718/1; *DHSI*, III, p. 3080 y R. BIRELEY: *The Jesuits and the Thirty Years War*, Cambridge 2003, pp. 85, 105, 140-141 y 163.

¹²⁷⁹ De hecho, es la priora de las Descalzas quien le recomienda por la satisfacción con que ha desempeñado su labor durante años (AGP, Personal, caja 7936/2).

era reconocido en su época –si bien Gracián no lo cita– y su obra conoció una gran difusión además de ser muy amplia ¹²⁸⁰.

En esta misma línea, Francisco Javier Fresneda había dedicado gran parte de su carrera eclesiástica al cuidado de las almas de los soldados en Flandes y había, según él, creado una pieza homelética nueva como eran las exequias fúnebres militares, algo con lo que no todos los oradores estaban de acuerdo. El caso es que con la cobertura de haber servido al rey en su real capilla de Bruselas y con las recomendaciones del marqués de Caracena, del príncipe de Condé y del duque de York (futuro Jacobo II), este jesuita logró su aceptación como predicador de Felipe IV ¹²⁸¹. Es un ejemplo claro, creo, de como talento para el púlpito y contactos elevados configuraban la fórmula magistral para llegar a alcanzar este título.

Pero no fueron los jesuitas los únicos que jugaron estas bazas. Corresponde ahora hablar de la otra gran congregación religiosa desde el punto de vista intelectual y de prestigio: los dominicos.

Lo primero que llama la atención del colectivo de predicadores reales pertenecientes a la Orden de Santo Domingo es que, durante el periodo de Olivares, fueron bastante menos numerosos que sus principales adversarios ¹²⁸². Sólo 7 frailes alcanzaron el privilegio y de ellos tres, como hemos visto, en 1635, lo que deja 4 nombramientos para más de 20 años: el ya comentado fray Francisco Vivero en 1623; en 1626, fray Domingo de los Reyes al que amparaba tanto haber sido confesor del príncipe Filiberto de Saboya como su parentesco con el P. Florencia ¹²⁸³;

¹²⁸⁰ De Nájera escribía Mendo que era “el Fénix en el púlpito” y “ejemplar inimitable en este siglo” en la censura del sermón panegírico a la muerte de Felipe IV que aquél predicó en el Colegio Imperial. Claro que Nájera también elogiaba a Mendo a la hora de aprobar o censurar sus obras, tanto en octubre de 1665 (A. MENDO: *Sermones varios predicados en celebridades de ocasión*, Madrid 1667) como en mayo de 1667 (*Quaresma. Segunda parte*, Madrid 1668). Esta labor de censores y encargados de aprobaciones es común a casi todos los predicadores reales.

¹²⁸¹ AGP, Personal, caja 7724/10 y también AGS, Estado, leg. 2524, f. 134.

¹²⁸² De hecho, en 1654, el general da orden de que se propongan 4 candidatos para el puesto pues, en ese momento, sólo un hermano lo está desempeñando (AGP, Personal, caja 7951/26). No tenemos constancia de que la corona tomara muy en serio la propuesta, pues el siguiente dominico nombrado lo será en 1657.

¹²⁸³ AGP, Personal, caja 7718/7. En el siglo Cristóbal de Cuéllar, algunos testigos no dejarán de recordar algunos pasajes oscuros en su linaje, algo que refuerza AHN, Inq., leg. 1416/2 con su información para ser calificador de la Suprema en 1627, cargo que obtendrá.

fray Domingo Cano en 1627 (éste, sí, una criatura de Olivares¹²⁸⁴) e Hipólito Camilo Guidi, el famoso relator de la caída del Conde Duque que en 1638, cuando fue designado para la real capilla, ocupaba el puesto de teólogo y confesor del duque de Mantua¹²⁸⁵.

Una segunda característica es la presencia de no hispanos entre sus filas, pues obtuvieron el albalá correspondiente un siciliano¹²⁸⁶, un napolitano¹²⁸⁷, un portugués¹²⁸⁸ y un vasallo de Módena¹²⁸⁹, algo que ni siquiera los franciscanos tenían. La mayoría de estos hombres deseaban el título sólo como muestra de prestigio con la que regresar a su tierra.

Un tercer elemento a tener en cuenta es la señaladamente menor presencia de hijos de títulos y de miembros de la alta nobleza. Con alguna excepción, la gran mayoría de los predicadores dominicos lo son en función de su trayectoria vital dentro de la Orden y de sus méritos de carácter eclesiástico, sin que esto implique que provengan de los grupos menos favorecidos de la sociedad. De hecho, un porcentaje importante alegaba tener familiares con hábitos y/o estar emparentado con lo más granado de la sociedad local, como en el caso de los burgaleses fray Juan Gallo y fray Juan de Lerma¹²⁹⁰. Este dato no creemos que sea baladí, pues en una sociedad tan jerarquizada como la de Antiguo Régimen, que los miembros más destacados de la Orden dominica no provengan de la aristocracia implica o puede, al menos, dar pie a pensar en un posible distanciamiento entre ellos, con lo que eso

¹²⁸⁴ Cano había sido colegial en San Gregorio de Valladolid, regente del Colegio de Santo Tomás de Sevilla y consultor y definidor del Santo Oficio. Su labor política puede seguirse en F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 149-150.

¹²⁸⁵ AGP, Personal, caja 7723/9. Sobre este personaje puede consultarse, J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, pp. 624 y ss.

¹²⁸⁶ Fray Basilio Amabile en 1648.

¹²⁸⁷ Fray Tomás Aquaviva y Aragón en 1664 siendo ya muy mayor.

¹²⁸⁸ Fray Juan Sousa en 1652, en pago a los servicios de su familia pues su padre y hermano habían sido asesinados por Juan de Braganza (AGP, Personal, caja 7727/7).

¹²⁸⁹ El ya citado Guidi.

¹²⁹⁰ Gallo, hijo de Juan Gallo y María Gutiérrez, señores de Fuentepeelayo, presenta en su expediente no sólo a sus hermanos, ambos caballeros de Alcántara, y el mayor, Fernando, teniente general de la caballería en Cataluña, sino también a sus primos, los San Vitores, asimismo portadores de hábitos. Todos ellos descendían por parte materna de Isabel Maluenda. Lerma, por su parte cita a su primo, Francisco de Lerma como caballero de Santiago y declara que, a través de sus abuelo se encuentra emparentado con los Maluenda (AGP, Personal, cajas 7721/1 y 7724/1).

implicaba de pérdida de poder y alejamiento de los centros de decisión política. Si a esto sumamos que, excepto en algún caso casi aislado —como el P. Cano y alguno más¹²⁹¹— tampoco hay constatación de su vinculación con esta elite a través del confesionario, creo que no es aventurado concluir que los hijos de Santo Domingo estaban perdiendo la batalla de la influencia social en favor de otros colectivos.

Esta constatación no es óbice para afirmar que una última consideración a resaltar es la proyección hacia obispados que varios predicadores dominicos de ellos desarrollan. Algunos, como fray Tomás de Monterroso, apenas tomó posesión de su plaza de predicador (1663) cuando fue proveído (1664), en este caso a la diócesis de Oaxaca, en Nueva España donde marchará reinando todavía Felipe IV. Otros, como fray Juan de Pozo, siguen el *cursus honorum* típico de los mitrados castellanos ascendiendo de una silla a otra, iniciando en Lugo su labor pastoral para promocionar a León y culminar en Segovia, donde falleció¹²⁹². Parecido es el retrato de fray Pedro de Godoy, que cambió su cátedra de Salamanca —donde había demostrado ser un niño prodigio y ahora se había convertido en un reputado teólogo— por el servicio a Dios y al rey en Osma y Sigüenza, tras haber sido designado predicador en 1646¹²⁹³.

De todas formas, si queremos entender la dinámica profunda de gran parte de estos nombramientos hemos de ponderar con detenimiento una variable que, si bien también pesa sobre el resto de Órdenes, actúa con mucha mayor fuerza sobre los dominicos por razones obvias. Me estoy refiriendo al papel desempeñado por los diferentes confesores reales a la hora de promocionar a tal o cual compañero de hábito. Por eso, quizá, detrás de la limitada presencia de los hijos de Santo Domingo en la primera mitad del reinado esté la voluntad de Sotomayor de impedir que ninguno le hiciera sombra de no ser un fraile reconocidamente fiel. Tras su retiro forzado, otras fuerzas entraron en liza y así, no es casualidad que los dominicos alcalaínos comiencen ahora —y no antes— a ocuparse del púlpito real. Es lo que

¹²⁹¹ Cano fue confesor del infante don Carlos, pero su acceso a este puesto es fruto, más, de la venganza de Olivares contra la Compañía de Jesús por no haber pasado el obispado de Málaga para su confesor Hernando Salazar, que una labor premeditada de merced a los dominicos. Sobre Cano, F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 149-150.

¹²⁹² Este fraile vallisoletano había sido provincial de su Orden y prior de Atocha y, según los jesuitas, estaba bien colocado para sustituir a Sotomayor como inquisidor general, pero no lo logró [AGP, Personal, caja 7720/8 y P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *“Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...”*, *op. cit.*, vol. XVII (V) (1863) p. 389].

¹²⁹³ AGP, Personal, caja 7943/3. R. MARTÍN RODRIGO: “Fr. Pedro de Godoy y los dominicos de Salamanca”, *Archivo Dominicano* 17 (1996), pp. 209-218.

ocurre con fray Pedro Yáñez, regente en San Gregorio y catedrático en Alcalá y colega del breve confesor regio fray Juan de Santo Tomás. O lo que sucede con fray Juan Bautista Güemez, colegial en Alcalá donde conoció a fray Juan Martínez que era rector. Después de un periplo vital dilatado con estancias en los países nórdicos y tras haber sido una herramienta de gran importancia en la conversión de Cristina de Suecia, Felipe IV tuvo a bien designarle su predicador y, aunque no le concedió los gajes, sí le proporcionó una pensión de 2.000 ducados. Pero hay un dato que no se puede pasar por alto y es la participación directa del dicho fray Juan Martínez, que a la altura de 1657 es ya confesor real, en el expediente de limpieza de sangre necesariamente incoado para que corriese la merced. Tal es su empeño, que el capellán encargado de la pesquisa es exonerado de viajar a Burgos, de donde el candidato era natural, pues, aunque fray Juan no conoce a sus padres, pudo dar fe de la limpieza de Güemez, lo cual, viniendo de alguien con claros antecedentes conversos –si bien sabiamente borrados– no deja de ser una ironía.

Así pues, los predicadores dominicos parecen ofrecer un perfil más eclesiástico y menos político que los de otros institutos respondiendo, en líneas generales, su elevación al púlpito del Alcázar más a su valía como oradores y teólogos que a otras consideraciones ajenas a su ministerio. Pero no de todas las congregaciones podemos decir lo mismo.

Pasemos ahora a otra Orden llamativamente igual de numerosa que el *ordo predicatorum* (17 sujetos), cuando su presencia en el mundo hispano era bastante inferior. Me estoy refiriendo a los agustinos, colectivo destacadísimo en lo que su actuación política y cortesana se refiere.

En efecto, si hay un calificativo que pueda definir a los hijos del de Hipona que accedieron a la real capilla, es el de agentes del poder en sus más variadas acepciones, desde espías a obispos, de consejeros de gobernantes a enviados especiales para difíciles negociaciones. De la actuación de varios de ellos tenemos referencias abundantes que nos permiten saber cuál era su función y cómo la desarrollaron; de otros sólo poseemos, por ahora, vagas indicaciones que, no obstante les sitúan, también, en esa línea donde, más que su piedad y religiosidad, la corona utilizó sus dotes políticas¹²⁹⁴. Pertenecen al primer caso individuos como

¹²⁹⁴ Un ejemplo de estas insinuaciones de gran interés lo encontramos en el expediente de fray Bartolomé López Leguizano (AGP, Personal, caja 7721/12) cuando, además de su filiación extremeña, y de la recomendación de la ciudad de Zaragoza por lo bien que ha predicado en su hospital varios años, recuerda ha servido al rey en Aragón durante un año “entendiendo en dar forma a algunas materias graves del real servicio”. Y debió haber resuelto bien su cometido, pues no sólo se le nombra predicador real en 1642 sino que 5 años después se le concede una pensión de 200 ducados sobre el arzobispado de Zaragoza.

fray Juan de San Agustín, fray Gonzalo Pacheco o el P. Láinez. Los dos primeros al servicio durante años del Cardenal Infante; el tercero, ojos y oídos de Olivares dentro de la Orden y vasallo fiel a la hora de atemperar la disidencia fiscal y elogiar al valido ¹²⁹⁵. Pero no son los únicos. En diferentes frentes sus compañeros de hábito les acompañaron.

Así, tres de ellos ejercieron el puesto de confesor de don Juan José de Austria siendo designados, más adelante, como obispos. El primero, fray Hernando Sánchez de Cuéllar, rector del colegio de doña María de Aragón en la corte, fue, antes de dirigir la conciencia del ilustre bastardo, predicador del Cardenal Infante don Fernando y, más adelante (1652), obispo de Girgenti en Sicilia por la intercesión de don Juan José ¹²⁹⁶. El segundo, fray Francisco Gamboa, debió estar poco tiempo junto al hijo de Felipe IV, pero es importante reseñar que el alcanzar este puesto le permitió cobrar los gajes como predicador y tener fuertes apoyos para salir elegido, primero, obispo de Coria ¹²⁹⁷ y después, en marzo de 1663, arzobispo de Zaragoza, sede mitrada de gran importancia que pareció colmar las expectativas de este agustino de origen vasco y que había destacado en Salamanca como teólogo y predicador y había sido propuesto por el Consejo de Estado para formar parte de una junta para tratar cómo había de llevarse en Roma el tema de la Inmaculada ¹²⁹⁸. El tercero en cuestión, fray Agustín Antolínez, estuvo

¹²⁹⁵ De los tres hay nutrida información en F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 178-197 y 210-231.

¹²⁹⁶ AGP, Personal, caja 7721/6.

¹²⁹⁷ De Coria también fue obispo, a los pocos meses de dejar la diócesis Gamboa, el asimismo predicador real agustino, fray Francisco de Luna Sarmiento, hijo de los condes de Salvatierra y, desde 1668, obispo de Michoacán en Indias (AGP, Personal, caja 7723/12). A pesar de que algunas fuentes afirman que nunca cruzó el Atlántico, consta en los archivos como pasajero a Indias (cfr. AGI, Pasajeros, leg. 12/2381).

¹²⁹⁸ AGP, Personal, caja 7727/1. G. DE SANTIAGO VELA: *Ensayo de una Biblioteca Iberoamericana...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 32-34 explica toda su carrera académica y la lucha por las cátedras. P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XVIII (VI) (1864), p. 5, reseña que en enero de 1645 estaba predicando en Salamanca y era “un talento a quien se le hace aplauso”. Predicador real desde 1652, cobra los gajes a partir de 1655 que es cuando, según Santiago Vela, fue nombrado por don Juan su confesor. No me consta que marchase a Flandes y de hecho siguió impartiendo clases en Salamanca hasta que partió para Coria en julio de 1659. En 1670, siendo ya arzobispo, cedió (según H. KAMEN de manera forzosa, *La España de Carlos II*, Barcelona 1981, p. 533) su palacio episcopal para que se alojara su antiguo confesando. Con respecto a su participación en la Junta de la Inmaculada, su prestigio intelectual hizo que se le llamase a la corte, pero sus obligaciones universitarias no se lo permitieron; de todas formas, sus opiniones siempre fueron muy tenidas

junto a don Juan más de una década y además coincidió con los años clave a caballo entre los dos reinados, por lo que su posición no debe ser minusvalorada a la hora de entender como se diseñó la campaña que acabó con la defenestración de Nithard. Que este príncipe escribiera de su puño y letra al patriarca desde Zaragoza en 1672 recordándole que se le debían a fray Agustín sus gajes como predicador, es una muestra clara de la relación entre ambos ¹²⁹⁹.

Pero estas actuaciones no son sino la punta del iceberg de otras muchas. Veamos dos de las más significativas.

En 1645, el agustino fray Bartolomé de los Ríos y Alarcón, hijo del capitán Alonso de los Ríos, a sus 67 años rogaba se le aceptase como predicador en la capilla del Alcázar madrileño arguyendo, no tanto sus méritos religiosos entre los que se contaba haber sido por dos veces definidor de su provincia, como que:

ha veintidós años que sirve a S. M. en Flandes [...] y ha hecho jornadas muy importantes para su real corona, en especial a Francia por mandado de la serenísima señora Infanta a sacar de allí al deán de Cambray y al hijo del gobernador de Bouchain los cuales trujo [...] con peligro evidente de su vida ¹³⁰⁰.

Con esta petición, culminaba un proceso puesto en marcha por lo menos un lustro antes y mediante el cual fray Bartolomé deseaba recibir alguna prebenda por parte de la Monarquía. La documentación nos dice claramente que ya en 1640 el Consejo de Estado había elevado una consulta recomendándole por haber servido a las órdenes de Bruselas —era predicador del Cardenal Infante y, con anterioridad, de la infanta— “dando avisos de mucha consideración y empleándoles sus altezas y otros ministros de allá en otras cosas del servicio de S. M.” De la misma forma, el propio Felipe IV había ordenado a la cámara de Castilla, al Consejo de Aragón y al de Indias que, en consideración a una petición de su hermano Fernando, se tuviese en cuenta a este religioso para proponerlo para iglesias ¹³⁰¹.

en cuenta (AHN, Consejos, lib. 2738). La participación de predicadores reales en los intentos por lograr el dogma de la Inmaculada son constantes, aunque por cuestiones de espacio los soslayaremos.

¹²⁹⁹ AGP, Personal, caja 7728/1. Este padre Antolínez, en el siglo don Justino, procedía de una familia muy vinculada al gobierno de la ciudad de Valladolid, de donde era natural. A veces se le confunde con otro agustino de idéntico nombre, obispo de Ciudad Rodrigo (1623) y arzobispo de Santiago de Compostela (1624-1626).

¹³⁰⁰ AGP, Personal, caja 7941/23. Un resumen de su vida en J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid...*, *op. cit.*, tomo I, p. 204.

¹³⁰¹ AGS, PE, leg. 115, s.f.

En su ánimo pesaban tanto las recomendaciones citadas como conocer de primera mano, como las conocía Olivares, las misiones que este clérigo estaba desempeñando y de las que daba cumplida cuenta al Consejo de Estado¹³⁰². Así, no fue difícil que, el mismo año que redactó su solicitud de predicador, se le nombrase, cobrando desde 1651 los gajes anejos al cargo. Su fallecimiento en 1652 posiblemente impidiera que culminase su carrera en una silla mitrada.

Por otro lado, fray Juan de la Madre de Dios presentaba sus credenciales para el púlpito regio en 1658. Eran muchos sus méritos dentro de la Orden (lector de Artes y Teología, secretario de dos provinciales, prior tres veces, definidor, procurador general en Roma durante 6 años, provincial...¹³⁰³) pero, sobre todo, recalca-ba que en su periodo romano había servido a la embajada y a la nación española en la predicación y púlpito del Hospital Real de Santiago y “sirvió como real vasallo en algunas cosas que se le encargaron del real servicio de S. M.”. Con este último argumento, pensaba, debería tener ganada la voluntad del patriarca y, por tanto, del rey; no obstante, precisó un último empujón en forma de carta de recomendación de la duquesa del Infantado para salir elegido en 1662¹³⁰⁴.

Como se ve, los agustinos hacían mucho más que rezar y predicar por el triunfo de las armas católicas y el alma de su soberano, pues eran, como el resto de Órdenes, instituciones vinculadas a un poder político al que defendían y del que, en gran medida dependían, incluidas las más “puras”, aquellas que se vanagloriaban de seguir más de cerca el espíritu evangélico como eran los capuchinos.

De los 11 predicadores capuchinos, hay algunos sobre los que la información es bastante parcial y fragmentaria, como del ecijano Juan de Padilla y Guzmán –en religión fray Leandro de Antequera– o la del siciliano fray Urbano de Mesina, recomendado por el Consejo de Italia para premiar los servicios en “asuntos de ese reino”. Pero hay otros casos en donde podemos rastrear con cierta fiabilidad sus carreras y filiaciones, viniendo a coincidir con las presentadas ya para otras congregaciones, tanto en el plano familiar como en el de la actuación política. Un fray

¹³⁰² Hay cartas suyas en diferentes legajos de la sección de Estado de Simancas, como el 2051 (Consulta del Consejo de Estado del 16 de abril de 1636), 2058 (Consulta del 22 de diciembre de 1643), 2059 (Consulta del 21 de agosto de 1643), 2343 (Consulta del 4 de abril de 1641)... También aparece citado en H. LONCHAY y J. CUVELIER: *Correspondance de la cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas au XVIIe siècle*, Bruselas 1923-1937, tomo III, p. 180, a raíz de una carta del Cardenal Infante a Felipe IV en la que pide se le diga la gratificación que debe dar al P. Ríos sin que sepamos porqué.

¹³⁰³ A pesar de ello, G. DE SANTIAGO VELA: *Ensayo de una Biblioteca Iberoamericana...*, op. cit., vol. V, p. 61 apenas le dedica unas líneas.

¹³⁰⁴ AGP, Personal, caja 7726/7.

Leandro de Murcia —en el siglo don Juan Monte de Aragón— hijo de Pedro Monte de Isla, abogado, alcalde mayor y corregidor en diferentes localidades castellanas, con 4 libros publicados y habiendo sido lector, guardián provincial y definidor, ofrece el perfil típico de otros muchos predicadores: miembros de las oligarquías que han hecho de su religión la forma de vida y que a su vejez (Murcia tiene 60 años cuando solicita el puesto) deciden imbricarse en la real capilla. Que en este proceso las amistades y las redes clientelares son importantísimas, ya lo hemos visto y que los capuchinos también las utilizan, es fácil de constatar; no hay más que analizar el nombramiento de fray Juan de Ocaña, por ejemplo, pues accedió al título de predicador de Felipe IV tras el preceptivo memorial y expediente de limpieza donde testificaba, entre otros, el consejero de Castilla, Francisco de Alarcón, quien afirmaba que tanto el pretendiente como sus padres eran “gente muy principal y muy bien emparentada en toda La Mancha”.

Por otro lado, estos frailes no olvidan tampoco a las órdenes de quién están aunque en el juego político en torno al valimiento puedan usar diferentes cartas como es el caso del recién citado Ocaña¹³⁰⁵. Pero con respecto a la corona, sus lealtades son claras y, en ciertos momentos, destacadísimas. Por ello, no debe resultar extraño que se encargue en 1653, una vez recuperada Barcelona, al P. Alejandro de Valencia, predicador real desde 1634, que dirija una comisión “para castigar y sacar de Cataluña a los religiosos que convenga” indicando “los religiosos que más se señalaron durante el periodo de rebelión”¹³⁰⁶. Este fraile, confesor de la infanta María Teresa tras la muerte del famoso Quiroga¹³⁰⁷, era un viejo conocido de los políticos madrileños pues, antes de entrar a formar parte de la capilla real ya había prestado importantes servicios como confirma el Consejo de Estado en 1633. En este caso, nuestro leal capuchino escribía camino de Viena contando sus pláticas con Urbano VIII y el cardenal Barberino al Conde Duque, quien esperaba su regreso para conferenciar con él (y concederle la merced de predicador)¹³⁰⁸.

¹³⁰⁵ En A. RODRÍGUEZ VILLA (ed.): *La Corte y Monarquía de España en los años 1636 y 1637*, Madrid 1880, p. 127, leemos que un P. Ocaña, capuchino, había salido desterrado de la corte por haber predicado en la Semana Santa de 1637 “contra el papel sellado y tanto tributo”.

¹³⁰⁶ ACA, Consejo de Aragón, leg. 0219/109.

¹³⁰⁷ B. CARROCERA: “El P. Diego de Quiroga, diplomático y confesor de reyes”, *Estudios franciscanos* 50 (1947), p. 85.

¹³⁰⁸ AGP, Personal, caja 7720/4. Su papel como informante por Europa en AGS, Estado, leg. 2997 (Consulta del Consejo de Estado del 4 de septiembre de 1633). La información genealógica de palacio se puede contrastar con AHN, Inq., leg. 1188/4. No se

Pero no es fray Alejandro un caso aislado en este sentido. Llama también, poderosamente la atención el ejemplo de los hermanos Varea y Dávila, fray Marcelino y fray Heliodoro, hijos del maestre de campo Antonio de Varea y verdaderos agentes secretos en Flandes, desde donde escriben con regularidad a Madrid notificando novedades e informando de la situación. Ambos accederán al púlpito regio a mediados de los cuarenta como premio a su labor al servicio de la corona¹³⁰⁹.

Y así podríamos seguir con el resto de las Órdenes mendicantes en donde se conjugan los perfiles aristocráticos con los servicios al rey católico como corroboran los 6 predicadores carmelitas, entre los que encontramos, además de calificadores del Santo Oficio, obispos y catedráticos, a un hijo de los condes de Villanueva¹³¹⁰ y otro de los de Alcañete¹³¹¹ (ambos de filiación portuguesa).

Ahora bien, el resto de congregaciones, esto es, los redentoristas o los monacales, ¿ofrecían perfiles diferentes? Básicamente podemos concluir que no. Su presencia es, en números absolutos, menor, pero sus rasgos básicos coinciden: algunos miembros con claras vinculaciones nobiliarias y cortesanas, mientras que otros parecen alcanzar el título gracias a su labor dentro de la Orden. Los primeros son más frecuentes en la primera mitad del reinado, mientras que los segundos abundan en los años finales. Algunos ejemplos pueden resultar ilustrativos.

De los 8 mercedarios, tres alcanzan el púlpito regio bajo Olivares y los tres son agentes del poder en algún momento. Uno, Vázquez Miranda, con una trayectoria espectacular que le llevará a recorrer media Europa¹³¹²; otro, como Adorzo de

debe confundir a este hombre con el también predicador capuchino fray Mauro Valencia, que lo fue desde 1626 hasta su muerte en 1637. Aunque en palacio sólo se conserva su albalá y las cartas de pago (Personal, caja 7954/71), su genealogía se puede recomponer a partir de AHN, Inq., leg. 1313/26 y su actuación política en AHN, Nobleza, Someruelos, caja 24, doc. 18.

¹³⁰⁹ AGP, Personal, cajas 7942/9 y 7943/2. Hay múltiples referencias, sobre todo a Marcelino, en los fondos de Estado de Simancas. Una primera aproximación se puede hacer a partir de M. VAN DURME: *Les archives générales de Simancas et l'histoire de la Belgique*, Bruselas 1964-1973, 4 vols., en especial el vol. II, pp. 104-105, 110-111, 117-119, 121, 286, 295, 325, 496, 511 y 513.

¹³¹⁰ El lisboeta fray Martín de los Ángeles. Predicador en la capilla real de Portugal, comisario general de la provincia de Alemania, predicador de la emperatriz María y ante el Cardenal Infante y fiel servidor ante la crisis portuguesa (AGP, Personal, caja 7726/2).

¹³¹¹ Fray José Alencastro, que era hijo del mayordomo de la reina Francisco Luis de Alencastro (AGP, Personal, caja 7728/6).

¹³¹² Véase el capítulo "De Burgos a Kaunas. El periplo de Fr. Alonso Vázquez de Miranda en una Europa en guerra", en F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 232-259.

Santander, sirviendo desde 1622 al rey en diferentes menesteres, no siempre vinculados con la redención de cautivos (defensa del señorío de Vizcaya, apaciguamiento de las rencillas en los astilleros de Guetaria, intermediario con la pretendida primera mujer de don Enrique, el hijo bastardo del Conde Duque...¹³¹³). Por fin, el tercero, el sardo fray Franciso Boíl evolucionó desde la crítica al valimiento —lo que valió un inmediato destierro— a pluma destacada en la defensa frente a la revuelta catalana¹³¹⁴. Tras ellos, son también importantes fray Marcos Salmerón, general de la Orden y fiel servidor en las Cortes de Valencia de 1646, año en que obtendrá el albalá de predicador real, o fray Plácido Aguilar, en el siglo gentil-hombre del almirante de Castilla y, ya en religión, íntimo amigo de Tirso de Molina¹³¹⁵, que llegará a la capilla con 61 años y más de 40 de profesión. El resto, sin negar sus cualidades, tuvieron una menor trascendencia, al igual que ocurre con los frailes trinitarios pues ninguno de sus miembros logró alcanzar, ni de lejos, la influencia que tuvo en su día Paravicino, predicador real de Felipe III pero que prolongó su labor hasta su muerte, ya a finales de 1633.

Con respecto a las religiones monacales, los más numerosos fueron los “monjes negros” —es decir los benedictinos—, con 8 representantes entre los que se detecta una clarísima vinculación aristocrática (un vástago de los condes de Grajal, otro del marqués del Carpio y un tercero, hijo del conde de Cifuentes) y una tendencia clara hacia la promoción a obispados (5 alcanzaron sede mitrada) además, por supuesto, de las obligadas carreras dentro de la Orden, pues varios de ellos llegaron a ser generales de la Congregación¹³¹⁶. Son nombres a destacar fray Francisco de Borja, predicador desde 1633¹³¹⁷; fray Rosendo Mújica, que alcanzó el

¹³¹³ AGP, Personal, caja 7721/10. Una visión más edulcorada de su vida en J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 271-74. Sus desvelos para con la corona serán premiados con el arzobispado de Otranto en Nápoles.

¹³¹⁴ Para un resumen de su vida, véanse las páginas 140-148 de F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*

¹³¹⁵ Vide G. PLACER: “Un íntimo amigo de Tirso de Molina, fray Plácido de Aguilar”, *Estudios* VI (1950), pp. 339-348. También J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid...*, *op. cit.*, tomo IV, pp. 272-274.

¹³¹⁶ De hecho, el primer predicador que nombró Felipe IV de este hábito (1628), fray Facundo de Torres, lo había sido en 1624 (F. DE BERGANZA: *Antigüedades de España...*, *op. cit.*, vol. II, p. 331). Tres años después de alcanzar el púlpito regio, fue presentado para arzobispo de Santo Domingo en consonancia con las características que venimos describiendo (J. DÍEZ DE LA CALLE: *Noticias Sacras de las Indias*, Madrid 1646, p. 5, y AGP, Personal, caja 7943/7).

¹³¹⁷ AGP, Personal, caja 7955/71. A pesar de su insistencia y de las recomendaciones que presentó a lo largo de varios años (de su abuelo el marqués de Alcañices, de su madre la

título 30 años después¹³¹⁸, fray Martín de Riaño y Gamboa, nombrado en 1643¹³¹⁹, fray Alonso de San Vitores¹³²⁰ o fray Diego de Silva y Pacheco¹³²¹.

Por el contrario, el segundo instituto monacal en lo que respecta al número de predicadores, esto es, los jerónimos, no presenta ningún miembro hijo de título. Sí que los hay, por supuesto, provenientes de las oligarquías, y varios de ellos acceden a obispados pero nadie presenta granados blasones como aval. Esto, unido a que tan sólo dos de los 7 frailes alcanzaron el título antes de 1642, nos pergeña

condesa de Grajal o de su primo el conde de Oropesa), el rey siempre consultó negativamente a concederle gajes aunque le nombró arzobispo de las Charcas, diócesis a la que pasó en 1635 con un gran acompañamiento (AGI, Contratación, 5416/1). Los jesuitas [P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *“Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...”*, op. cit., vol. XIII (I) (1861), p. 139] afirman que había pertenecido a la Compañía antes de profesar como monje benito.

¹³¹⁸ AGP, Personal, caja 7725/9. Su admisión en la real capilla tiene mucho que ver con su labor en pro de la corona durante la guerra con Portugal, ya que, siendo abad de Celanova (Orense), permitió que su monasterio se convirtiese en “el común refugio de cabos y soldados del ejército de Galicia, alojándoles y curando a los enfermos ... Y la primer vez (fue abad en dos ocasiones) sirvió al rey con 2.000 ducados de donativo y, a su instancia lo hicieron los demás conventos de su religión y la de San Bernardo”. También fue general de la Orden.

¹³¹⁹ AGP, Personal, caja 7721/8. Este burgalés presentó como principales méritos para el cargo los propios de su familia concretamente los de sus 5 hermanos, fieles servidores todos ellos de la corona. De hecho tres se hicieron militares pereciendo en lugares tan distantes como México o Flandes. El mayor fue corregidor de Jerez y gobernador de La Habana (donde debió tener más de un problemilla a tenor de AGI, Escribanía de Cámara de Justicia, 77A y 103B³) pero es el cuarto, Diego, la mejor baza. Consejero de Castilla desde 1634, en 1643 era presidente de la chancillería de Valladolid y ya estaba labrando su futuro como conde de Villariezo y máximo dirigente del Consejo Real (Cfr. I. GARCÍA RAMILA: *D. Diego de Riaño y Gamboa, insigne burgalés y hombre de estado*, Burgos 1958). Fray Martín llegó a resultar elegido general de la Orden en 1649 pero falleció a los dos meses (F. DE BERGANZA: *Antigüedades de España...*, op. cit., p. 342).

¹³²⁰ Sobre este personaje, además de AGP, Personal, caja 7937/4, Vide J. LÓPEZ MARTÍN: *La Iglesia en Almería y sus obispos*, Almería 1999, vol. I, pp. 413-429. Entre otros datos, digamos que fue obispo de Almería, Orense y Zamora y, como los anteriores, general de la Orden.

¹³²¹ Abad de los monasterios más representativos, general de la Congregación (1657-1660), teólogo de la Junta de la Inmaculada..., fue designado sucesivamente obispo de Guadix y Astorga. Una visión edulcorada de su vida en A. PÉREZ GOYENA: “Los grandes teólogos benedictinos”, *Razón y Fe* 50 (enero-abril 1918), p. 49. Digamos de paso que, el obispado de Guadix, uno de los más pobres de la Península desde la guerra de la Alpujarras, fue ocupado por 4 predicadores reales durante el reinado de Felipe IV.

un perfil poco destacado en cuanto a actuaciones políticas y extrarreligiosas se refiere, en donde lo único reseñable es, en algunos casos, su tardía profesión tras una vida más o menos agitada en el siglo ¹³²². Nombres como fray Juan de Avellana, fray Juan de Toledo o fray Baltasar de los Reyes apenas aparecen hoy reseñados en las crónicas de la Orden o en los episcopologios correspondientes.

Queda, por último, mencionar a las religiones menos representadas y que, debido a sus imitaciones numéricas impiden deducir conclusiones generales. Esto no es óbice para que en ellas encontremos grandes talentos del púlpito —quizá el más representativo sea el cisterciense fray Ángel Manrique ¹³²³— agentes de la Monarquía —como el P. Vélez Zavala de los clérigos menores ¹³²⁴— o servidores de aristócratas como fray Tomás Muñoz y Espinosa ¹³²⁵. Es decir, a título individual repiten los mismos esquemas hasta ahora vistos, incluido su mayor proyección fuera de la religión en la primera mitad del reinado, pero no podemos certificar que se trate de una estrategia de la Orden.

¹³²² Ilustran esta tipología, por ejemplo, fray Antonio Agustín, predicador real desde 1662, cuya nobleza familiar se remontaba “a los tiempos del emperador Augusto” (en realidad estaba emparentado con la oligarquía zaragozana, pues descendía del vicescanciller de Aragón que había sido consejero del Rey Católico y embajador ante Luis XI) y que fue designado obispo de Albaracín en 1665. En su juventud había sido militar (AGP, Personal, caja 7726/10). Perfil similar se adivina en fray Fadrique Henríquez de Toledo, hijo de Thomas Karg, tudesco agente de Marcos Fúcar, y casado con Catalina Henríquez de Toledo, sobrina nieta de los condes de Alba de Liste. Fray Fadrique, antes de entrar en religión, cosa que realizó con 23 años, había sido procurador del real patrimonio de Sicilia. Una de sus cualidades más valorada fue saber varios idiomas, aunque en la obtención de los gajes anejos al título pesó más haber perdido a tres hermanos sirviendo al rey en la guerra (AGP, Personal, caja 7722/3; AHN, Consejos, lib. 514, f. 94v y J. A. ÁLVAREZ Y BAENA: *Hijos de Madrid...*, *op. cit.*, tomo IV, p. 386).

¹³²³ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 164–178.

¹³²⁴ Había sido enviado a Portugal en 1635 para investigar las quejas sobre Miguel de Vasconcellos (en AGS, Estado, leg. 2715 el borrador de sus instrucciones secretas. Citado por Q. ALDEA VAQUERO: “Iglesia y Estado en la época barroca”, en *La España de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 451).

¹³²⁵ Muñoz había sido general de su Orden (Mínimos de San Francisco de Paula) pero en 1649 “por una carta pastoral a los franceses de Venecia fue exonerado del generalato de la Orden, inhabilitado en absoluto y a perpetuidad para obtener otros cargos en la Orden y puesto en reclusión” (AHN, Nobleza, Osuna, caja 1980, doc. 22). Como premio se le concede el título de predicador real, aunque sin publicarlo hasta que el interesado estuviese en España (AGP, Personal, caja 7727/9). En 1632 había sido el agente elegido para desempeñar la labor de visitador de la Universidad de Osuna, a la que otorgó nuevos estatutos (AHN, Nobleza, Osuna, caja 15, doc. 5).

En conclusión, los predicadores reales se configuraron como un grupo específico dentro de la real capilla con unas peculiaridades y características que los adornan y los diferencian.

NOMBRAMIENTOS DE PREDICADOR REALIZADOS POR FELIPE IV.
SECUENCIA CRONOLÓGICA

- 1622
1. Fr. Juan de Arauz (O.F.M.)
2. P. Hernando de Salazar (S.I.)
- 1623
3. Fr. Francisco Vivero (O.P.)
4. Fr. Diego de Escorial (O.F.M.)
5. Fr. Juan de San Agustín (O.S.A.)
- 1624
Ningún nombramiento.
- 1625
Ningún nombramiento.
- 1626
6. Fr. Domingo de los Reyes (O.P.)
7. Fr. Pedro Gabriel de Aragón y Guerra (O.F.M.)
8. Fr. Mauro de Valencia (O.F.M. Cap.)
9. P. Rodrigo Niño de Guzmán (S.I.)
- 1627
10. Fr. Francisco Verdugo (O.F.M.)
11. P. Francisco Pimentel (S.I.)
12. Fr. Domingo Cano (O.P.)
- 1628
13. Fr. Facundo Torres (O.S.B.)
14. P. Ambrosio de Peñalosa (S.I.)
- 1629
15. Fr. Michael Avellán (O.F.M.)
- 1630
16. P. Cosme Zapata (S.I.)
17. Fr. Sebastián de Santa Fé (O.F.M.Cap.)
18. P. Cosme Vélez Zavala (CC.MM.)
- 1631
19. Fr. Antonio Enríquez de Guzmán (O.F.M.)
20. Fr. Francisco Suárez (O.F.M.)
21. Fr. Gonzalo Pacheco (O.S.A.)

Capítulo 1.4: *La capilla real*

NOMBRAMIENTOS DE PREDICADOR REALIZADOS POR FELIPE IV (Cont.) SECUENCIA CRONOLÓGICA

- 1632
22. Fr. Alonso de San Vitores (O.S.B.)
23. Fr. Alonso Vázquez Miranda (O.M.)
- 1633
24. Fr. Francisco Borja (O.S.B.)
25. Fr. Pedro de Santiago (O.S.A.)
- 1634
26. Fr. Alejandro de Valencia (O.F.M.Cap.)
- 1635
27. P. Francisco Aguado (S.I.)
28. Fr. Domingo Daza (O.P.)
29. Fr. José Láinez (O.S.A.)
30. Fr. Ángel Manrique (O.Cister.)
31. Fr. Juan de Ocaña (O.F.M.Cap.)
32. Fr. Juan de Pozo (O.P.)
33. Fr. Estebán Rodríguez (O.P.)
34. Fr. Francisco Suárez (O.S.A.)
35. P. Diego Ramírez Fariñas (S.I.)
36. P. Agustín de Castro (S.I.)
- 1636
37. Fr. Fadrique Henríquez de Toledo (O.S.H.)
- 1637
38. P. Gonzalo de Castilla (S.I.)
- 1638
39. Fr. Hipólito Camilo Guidi (O.P.)
40. Fr. Jacinto Valiente (O.S.A.)
41. Fr. Pedro de Tevar y Aldana (O.F.M.)
- 1639
42. Fr. Francisco de San Juan (O.S.H.)
- 1640
43. Fr. Francisco Boíl (O.M.)
- 1641
Ningún nombramiento.
- 1642
44. Fr. Hernando Sánchez de Cuéllar (O.S.A.)
45. Fr. Miguel de Cárdenas (O.C.)
46. Fr. Gabriel Adarzo de Santander (O.M.)

NOMBRAMIENTOS DE PREDICADOR REALIZADOS POR FELIPE IV (Cont.)
SECUENCIA CRONOLÓGICA

1643

- 47. Fr. Antonio de Castro (O.S.A.)
- 48. Fr. Bernardo Suchet de Quiñones
- 49. Fr. Hernando Sánchez de Cuéllar (O.S.A.)
- 50. Fr. Martín de Riaño y Gamboa (O.S.B.)
- 51. Fr. Francisco Santa Ana (O.F.M.)

1644

Ningún nombramiento.

1645

- 52. Fr. Heliodoro Varea y Dávila (O.F.M.Cap.)
- 53. Fr. Marcelino Varea y Dávila (O.F.M.Cap.)
- 54. Fr. Bartolomé de los Ríos y Alarón (O.S.A.)
- 55. Fr. Francisco de la Cámara (O.F.M.)
- 56. Fr. Juan de Lerma (O.P.)
- 57. Fr. Gregorio de Santillán (O.F.M.)

1646

- 58. P. Pedro de Vivero (S.I.)
- 59. Fr. Pedro de Godoy (O.P.)
- 60. Fr. Juan Ponce de León (O.Min.S.Fco.)
- 61. Fr. Marcos Salmerón (O.M.)

1647

- 62. Fr. Francisco Rois y Mendoza (O.Cister.)
- 63. Fr. Pedro Yáñez (O.P.)
- 64. Fr. Francisco de los Arcos (O.SS.T.)
- 65. P. Antonio Herrera (S.I.)
- 66. Fr. Jerónimo Marta (O.S.A.)
- 67. P. Antonio de Rosende (CC.MM.)
- 68. Fr. Nicolás Baptista (O.C.)

1648

- 69. Fr. Basilio Amabile (O.P.)

1649

- 70. P. Andrés Lanfranqui (Teatino)

1650

- 71. Fr. Buenaventura de San Matheu (O.F.M.Cap.)
- 72. Fr. Antonio Mesina (O.F.M.Cap.)
- 73. Fr. Francisco de Luna Sarmiento (O.S.A.)
- 74. P. José Espuches (S.I.)

Capítulo 1.4: *La capilla real*

NOMBRAMIENTOS DE PREDICADOR REALIZADOS POR FELIPE IV (Cont.) SECUENCIA CRONOLÓGICA

1651

- 75. D. Alejandro Ros (Clero secular)
- 76. Fr. Juan de Toledo (O.S.H.)
- 77. Fr. Juan de Avellaneda (O.S.H.)
- 78. Fr. Tomás Muñoz y Espinosa (O.Min.S.Fco.)

1652

- 79. Fr. Benito de Rivas (O.S.B.)
- 80. Fr. Juan Sousa (O.P.)
- 81. Fr. Francisco de Gamboa (O.S.A.)
- 82. Fr. Plácido Antonio de Haro (O.S.B.)

1653

- 83. Fr. Martín de los Ángeles (O.C.)
- 84. P. Vicente Lanfranqui (Teatino)
- 85. Fr. Pedro Mexía (O.Min.S.Fco.)

1654

- 86. Fr. Plácido Aguilar (O.M.)

1655

- 87. Fr. Baltasar de San Francisco (O.F.M.)
- 88. P. Pedro Gambacurta (Teatino)
- 89. P. Pedro Pimentel (S.I.)

1656

- 90. P. Manuel Nájera (S.I.)

1657

- 91. Fr. Juan Bautista Güemez (O.P.)
- 92. Fr. Juan de Almoguera (O.SS.T.)
- 93. D. Francisco de Arando y Mazuelo (Clero secular)

1658

- 94. Fr. Francisco Aragón (O.P.)
- 95. Fr. Baltasar de los Reyes (O.S.H.)

1659

- 96. Fr. Michael Angelo Fama (O.F.M.)
- 97. Fr. Juan Muniesa (O.F.M.)
- 98. Fr. Diego de Zapata y Hurtado (O.F.M.)
- 99. P. Jerónimo Fernández de Salcedo (CC.MM.)

1660

- 100. P. Juan Zafrilla (Clero secular)
- 101. Fr. Francisco de Vega (O.S.H.)
- 102. P. Francisco Javier Fresneda (S.I.)

NOMBRAMIENTOS DE PREDICADOR REALIZADOS POR FELIPE IV (Cont.)
SECUENCIA CRONOLÓGICA

1660 (Cont.)

- 103. Fr. Bartolomé García de Escañuela (O.F.M.)
- 104. Fr. Alonso de Padilla (O.Min.S.Fco.)
- 105. Fr. Juan Ramírez (O.SS.T.)
- 106. Fr. Francisco Antonio de Isasi y Guzmán (O.M.)
- 107. Fr. Juan Gallo (O.P.)
- 108. Fr. Juan de Madrid (O.F.M.)
- 109. Fr. Andrés Merino (O.S.A.)
- 110. Fr. Andrés Jerónimo de Morales (O.S.A.)

1661

- 111. P. José Cigala (Teatino)
- 112. Fr. José Novara (O.F.M.)
- 113. Fr. Pedro de Salazar (O.M.)
- 114. Fr. Andrés de Ávalos (O.Cister)
- 115. Fr. Miguel Ángel Comillone (O.F.M.)
- 116. Fr. Luis Eslava (O.F.M.)
- 117. P. Pedro Francisco Esquex (S.I.)
- 118. P. Alonso Muñoz de Otalora (CC.MM.)
- 119. Fr. Leandro Murcia (O.FM.Cap.)

1662

- 120. Fr. Antonio Agustín (O.S.H.)
- 121. Fr. Leandro de Antequera (O.FM.Cap.)
- 122. Jacinto Boado de Montenegro (Clero secular)
- 123. Fr. José del Espíritu Santo (O.M.)
- 124. Fr. Juan Estrada (O.Praem.)
- 125. Fr. Juan de la Madre de Dios (O.S.A.)
- 126. Fr. Diego de Silva y Pacheco (O.S.B.)
- 127. Fr. Pedro Zorrilla y Angulo (O.F.M.)

1663

- 128. P. Andrés Mendo (S.I.)
- 129. Fr. Rosendo Mújica (O.S.B.)
- 130. Fr. José de Alencastro (O.C.)
- 131. Fr. Juan Almonacid (O.Cister.)
- 132. P. Felipe Grimaldo (CC.MM.)
- 133. Fr. Diego Lozano (O.C.)
- 134. Fr. Juan Ludeña (O.Min.S.Fco.)
- 135. Fr. Tomás Monterroso (O.P.)
- 136. Fr. Pedro Moraleja (O.FM.Cap.)
- 137. P. Andrés de Prada (CC.MM.)

Capítulo 1.4: *La capilla real*

NOMBRAMIENTOS DE PREDICADOR REALIZADOS POR FELIPE IV (Cont.) SECUENCIA CRONOLÓGICA

1664

- 138. Fr. Agustín Antolínez (O.S.A.)
- 139. Fr. Tomás de Aquaviva y Aragón (O.P.)
- 140. Fr. Juan de Carabaño y Brizuela (O.M.)
- 141. Fr. Diego Consuegra (O.F.M.)
- 142. Fr. Bernardo Estúñiga (O.S.B.)
- 143. Fr. Pedro Palomino (O.S.B.)

1665

- 144. P. Juan de Aguirre (CC.MM.)
- 145. P. Antonio Bernaldo de Quirós (S.I.)
- 146. P. Pedro Jerónimo de Córdoba (S.I.)
- 147. P. José Frezza (Teatino)
- 148. Fr. Felipe Ibarra (O.S.Basilio)
- 149. Fr. Nicolás Lozano (O.F.M.)
- 150. Fr. Blas Tostado (O.C.)

4.2.5. *La influencia de las circunstancias del reinado y de las luchas faccionales en la composición de la capilla*

José Eloy Hortal Muñoz

Observando la tabla de la página siguiente, podemos percibir como hubo ciertos momentos a lo largo del reinado en que se produjo el ingreso de un considerable número de sumilleres de cortina, capellanes de honor y predicadores, lo cual respondió, como es lógico, a las circunstancias políticas del momento¹³²⁶.

El primer año en que observamos esta tendencia es 1625, coincidiendo con los cambios que tuvieron lugar en otras secciones de la casa y que podemos achacar a la intención de Olivares de ir configurando el séquito real para que respondiera a sus necesidades. Hasta ese momento, la presencia de su tío Baltasar de

¹³²⁶ Completar lo indicado en este apartado con lo señalado por Esther Jiménez Pablo en lo referente a los nombramientos efectuados por Alonso de Guzmán y por Fernando Negro del Cerro en el capítulo sobre los predicadores.

TABLA. NOMBRAMIENTOS DE LA CAPILLA REAL ¹³²⁷

<i>Año</i>	SUMILLERES CORTINA Y ORATORIO	CAPELLANES DE HONOR	PREDICADORES
Antes 1621	2	63	8
1621	1	5	0
1622	0	8	2
1623	0	3	4
1624	0	1	0
1625	4	11	0
1626	0	6	4
1627	0	7	2
1628	4	11	3
1629	0	7	1
1630	2	9	3
1631	0	7	2
1632	2	4	2
1633	0	7	3
1634	0	10	1
1635	2	7	10
1636	0	7	1
1637	0	2	1
1638	0	2	2
1639	0	3	1
1640	0	8	2
1641	1	3	0
1642	0	1	3
1643	1	12	5
1644	0	1	1
1645	0	8	3
1646	1	5	3
1647	2	4	7
1648	1	3	3

¹³²⁷ Elaboración propia. Ver fuentes en el tomo II de esta obra (CD Rom) y el capítulo sobre los predicadores de Fernando Negro del Cerro en esta sección.

TABLA. NOMBRAMIENTOS DE LA CAPILLA REAL (Cont.)

<i>Año</i>	SUMILLERES CORTINA Y ORATORIO	CAPELLANES DE HONOR	PREDICADORES
1648	1	3	3
1649	0	2	2
1650	0	5	3
1651	0	4	5
1652	1	7	5
1653	0	2	3
1654	1	7	1
1655	2	2	2
1656	1	4	2
1657	0	2	2
1658	0	4	3
1659	0	3	4
1660	0	7	10
1661	0	0	9
1662	1	3	8
1663	1	4	10
1664	1	3	7
1665 ¹³²⁸	1	3	8

Zúñiga y los estudios que se fueron pergeñando para adecuar la casa del rey a lo que había sido la de su abuelo, Felipe II, hicieron que el relevo en los puestos punteros de la casa no se hubiera llevado aún a cabo ¹³²⁹. Curiosamente, la reforma de 1624 pretendía reducir el número de oficiales y con ello los costes del servicio, pero no se hacía mención alguna a la capilla, en la cual se incrementó, de hecho, el número de servidores.

Así, si con Felipe II el número de sumilleres de oratorio era de dos, lo que se ratificó en las constituciones de 1623, aunque se preveía la posibilidad de

¹³²⁸ Antes del final del reinado.

¹³²⁹ Sobre todo el proceso, J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III, op. cit.*, vol. I, pp. 324-349.

nombrar más por necesidades del monarca, con los nombramientos de 1625 se pasó a tener 6; huelga decir que fueron personajes afines al nuevo valido, destacando el nombramiento del napolitano don Jerónimo Colona y el del romano don Francisco Ursino, con el fin de reafirmar su influencia en dichos territorios. Lo mismo observamos con los capellanes ¹³³⁰, cuyo número se había visto ampliado por las constituciones de 1623 hasta la cantidad de 40 para la corona de Castilla, 14 para las Órdenes militares, 12 para los reinos de Nápoles, Sicilia y Milán y 6 para la corona de Aragón, a los que habría que unir los de altar y banco. En 1625 fueron nombrados 11 nuevos capellanes, de los cuales 6 fueron de Castilla, tres de Aragón, uno de San Juan y uno de banco, volviéndose a asentar también al licenciado Andrés Muñoz de Leyva, capellán de San Juan, cuyo asiento se había perdido. Por lo que respecta a los predicadores, el ingreso significativo no se produjo hasta 1626, fecha en que entraron a servir 4, cada uno de ellos perteneciente a un religión diferente. Sin duda, éste fue el oficio que mayor aumento experimentó en la capilla durante el reinado de Felipe IV.

El siguiente año de ingreso masivo de miembros de la capilla fue 1628, con 4 sumilleres, 11 capellanes y dos predicadores, siendo la intención principal seguir introduciendo en el séquito real a personajes de las élites de otros reinos, al tiempo que se consolidaba la mayoría castellana en los oficios y el nuevo patriarca de las Indias hacía ingresar a su clientela en el entorno real. Por lo que respecta a los sumilleres, se reforzaba la presencia de Portugal en puestos de relevancia de la capilla con el nombramiento de Álvaro de Ataíde y de Juan Méndez de Távora, así como el de don Bernardino Manrique y don Antonio de Castro, personajes con evidente vinculación con dicho reino. En cuanto a los capellanes, 4 fueron de Castilla y dos de la Orden de Santiago, mientras que tres fueron de Italia y dos de Aragón. Los predicadores, por su parte, no sufrieron un incremento tan notable, aunque conviene destacar que fueran los dos castellanos y jesuitas.

En años sucesivos, el ingreso de capellanes fue constante, mientras que los predicadores no tuvieron un avance tan significativo y los sumilleres de cortina que asentaron lo fueron por necesidades puntuales, derivadas del fallecimiento de algunos de ellos y del reforzamiento de la presencia de italianos en dicho oficio; así, en 1630 fue nombrado don Octavio Brançiforte y don Antonio del Bosco en 1632.

No sería hasta el crucial año de 1635 cuando, de cara al enfrentamiento con Francia en el marco de la Guerra de los Treinta Años, el conde duque creyó

¹³³⁰ En general, sobre los capellanes de Felipe IV, J. E. HORTAL MUÑOZ: “La espiritualidad en palacio: los capellanes de Felipe IV”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, M. RIVERO RODRÍGUEZ y G. VERSTEEGEN (coords.): *La Corte en Europa: Política y Religión (ss. XVI-XVIII)*, Madrid 2012, vol. I, pp. 257-304.

necesario reforzar su posición en la capilla real para legitimar las actuaciones necesarias para batallar contra otro monarca católico, así como acallar las voces que se iban alzando contra su valimiento. Sin duda, ello puede explicar el elevadísimo número de 10 nuevos predicadores nombrados, entre los cuales podemos destacar a José Laínez, que escribió diversos panegíricos encaminados a sustentar el valimiento del Conde Duque, a Agustín de Castro, cercano a Olivares aunque cuando se fue acercando la caída del valido viró su filiación política, así como al P. Francisco Aguado. Por su parte, tanto los nombramientos de los dos sumilleres de cortina como de los 7 capellanes, tuvieron más que ver con cuestiones relacionadas con el relevo necesario de algunos oficiales fallecidos o que hubieran salido de la corte que con un fin político concreto por parte del monarca o del valido.

Si hablamos de años cruciales, evidentemente 1643 supuso también un hito importante en la conformación de los oficios principales de la capilla. Aunque la sustitución del fallecido don Rodrigo de Moscoso y Vargas por don Thomas Doria como sumiller de cortina debemos achacarlo al necesario relevo, los elevados nombramientos de capellanes y predicadores no respondieron a la casualidad y deben inscribirse dentro del proceso de lucha faccional que se estaba llevando a cabo para tomar el relevo del caído Olivares. Así, el ingreso de capellanes se produjo tanto en los de Castilla como los de Aragón e Italia, relevando en ocasiones a algunos personajes que no llegaron a fallecer al ser destinados a nuevos puestos fuera de la corte¹³³¹, y siendo nuevos patronos los que pudieron colocar a sus “hechuras”, como fue el caso del doctor don José Romero de Céspedes, promovido por el marqués de Santa Cruz. De igual manera, debían incrementar su servicio, pues la colocación en la capilla del Santo Sacramento, triunfo de la espiritualidad romana como veremos posteriormente, suponía la necesidad de una mayor presencia de los capellanes en el corazón de palacio.

A continuación, y durante unos años, hubo un control mayor de la provisión de cargos y no sería hasta 1652 cuando observemos de nuevo un año con numerosos nombramientos, entre los que destaca el del sumiller don Antonio de Guzmán, al cual sus excelentes relaciones con la reina Mariana le proporcionarían el oficio de capellán y limosnero mayor ya durante el reinado de Carlos II. Por su parte, los 7 capellanes no respondieron a ninguna estrategia determinada y coordinada, mientras que los 4 predicadores fueron nombrados para cubrir una serie de bajas por fallecimiento o por concesión de obispos.

¹³³¹ Especialmente interesante resulta el caso del licenciado Gaspar de Torres, que por intermediación del conde de Castriello fue nombrado capellán de Castilla el 30 de enero de 1643, sirviendo únicamente hasta que en abril de dicho año pasó al convento de los Mostenses sin merced superior.

En el momento en que sí podemos observar un giro notable en la provisión de oficios en la capilla es en el lustro que abarcaría desde 1660 hasta el final del reinado. En efecto, en esos poco más de 5 años, fueron nombrados 4 sumilleres de cortina, 20 capellanes y, sobre todo, 51 predicadores.

En cuanto a los sumilleres de cortina, volvemos a ver como se recuperaba una política que no se había usado durante los años transcurridos desde las diversas revueltas de la década de los cuarenta y que sí tuvo cabida durante la primera mitad del reinado, como era integrar a parte de las élites de los territorios periféricos en un oficio de la relevancia ceremonial que éste tenía. Así, de los 4 sumilleres que fueron nombrados, tres lo eran de origen italiano, el genovés don Fadrique Doria, el sardo don Pedro de Alagón ¹³³² y, sobre todo, el siciliano don Carlos Rizzio, cuyo ingreso se produjo “para contentar a las élites del reino” ¹³³³. Por otro lado, el único castellano que ingresó en el oficio fue don Antonio Manrique, que sería capellán y limosnero mayor con Carlos II, lo que nos indica su cercanía a los grupos cortesanos dominantes en el momento. Por lo que respecta a los capellanes, aunque únicamente se produjo el nombramiento de uno de Italia y de ninguno de Aragón, en los diez de Castilla podemos observar la presencia de dos navarros (a los cuales unir el nombramiento del maestro de ceremonias pamplonica Ylarraza), un genovés y diversos andaluces. Finalmente, se llevaron a cabo los habituales relevos por deceso en los capellanes de las Órdenes militares.

4.3. LA TRANSFORMACIÓN IDEOLÓGICA DE LA MONARQUÍA Y SU REFLEJO EN LA CAPILLA REAL

José Martínez Millán,
Esther Jiménez Pablo

El 10 de marzo de 1639, se hacía una solemne procesión, a la que asistía el rey, en la que se trasladaba el Santísimo Sacramento desde la iglesia de San Juan a la capilla real. León Pinelo la describía de la siguiente manera:

Se llevó el Santísimo Sacramento de la parroquia de San Juan a la capilla real para que en ella permaneciese honrado la Majestad Divina a la humana i se le perpetuase allí sagrario en que fuese adorado. Hicieronse en la distancia que hay

¹³³² Al cual se le concedió debido a sus numerosos servicios a la Monarquía en su isla.

¹³³³ AGP, RC, caja 65/7.

cuatro altares de rico y precioso adorno. Dixo la misa el cardenal Espínola en la capilla como capellán mayor della. Predicó el P. Juan Vélez Zabala, clérigo menor, predicador de su Majestad, y fue en la parroquia de S. Juan, donde el cardenal recibió en sus manos el cuerpo de Christo N. S. sacramentado, y dio la vuelta a palacio. A la primera puerta baxó la reina con sus damas a hacer la adoración debida, a recibir a tan Divino Huésped y siguió la procesión hasta el altar, pasando por los corredores que estaban ricamente colgados como también la capilla, que fue muy célebre ¹³³⁴.

En función de dicho acontecimiento, la real capilla, que hasta ese momento tenía la importancia de un oratorio privado ¹³³⁵, transformó notablemente su relevancia por permanecer en ella la Eucaristía de manera continua. En efecto, se había convertido en un espacio sagrado con su derecho para celebrar misa y “reserva” de la Eucaristía sin comunión. Para León Pinelo, la reserva de la Eucaristía era una cuestión logística:

Por haberse reconocido algunos inconvenientes en que el palacio real fuese de la parroquia de S. Juan y que se abriese de noche para llamar confesor o administrador de algún sacramento, se resolvió que se criase cura de palacio que tuviese la capilla real por iglesia propia ¹³³⁶.

Sin embargo, León Pinelo se equivoca al poner en relación la creación de “cura de palacio” con la reserva de la Eucaristía, pues dicho oficio ya era incluido en las relaciones en 1610 ¹³³⁷.

4.3.1. *La devoción por la Eucaristía*

La llegada del Santísimo a palacio no se puede comprender si no es en el contexto del reinado de Felipe IV y la transformación que experimentó la Monarquía

¹³³⁴ A. DE LEÓN PINELO: *Anales de Madrid...*, *op. cit.*, p. 316. Se percata de la importancia de este suceso, J. GLASS: *The Royal Chapel of the Alcázar...*, *op. cit.*, cap. 2, si bien no capta la complejidad del problema.

¹³³⁵ V. GÉRARD: *De castillo a palacio...*, *op. cit.*, p. 114, “Las atribuciones de varias iglesias madrileñas limitan, por otra parte, su papel: San Jerónimo acoge las ceremonias oficiales de la monarquía, las misas de entrada en la capital, los juramentos; Sal Gil es aún la parroquia del palacio y en ella tienen lugar los bautizos principescos”.

¹³³⁶ A. DE LEÓN PINELO: *Anales de Madrid...*, *op. cit.*, p. 411.

¹³³⁷ Otros autores que describen el acontecimiento, J. PELLICER Y TOVAR: “Avisos históricos...”, *op. cit.*, vol. XXXI, p. 42; P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XV (III) (1862), pp. 194-197.

hispana en Monarquía católica. Con anterioridad, este acto solemne no era bien visto en la Monarquía hispana, mucho menos en la capilla real. Reflejo de esto fue el enfado de Diego de Guzmán, patriarca de Indias y capellán mayor de Felipe III, al querer descubrir la Sagrada Forma durante la enfermedad que acabó con la vida de la reina Margarita de Austria:

Estuvo descubierto por algunos dias el Santissimo Sacramento en los monasterios y principales yglesias. Yo el viernes siguiente al peligro, y comunión de la Reyna nuestra señora, pregunté a su Magestad, si era servido se descubriesse también el Santissimo Sacramento en el altar de S. Lorenço, como la tarde antes se avia hecho. Su Magestad con la reverencia grande y estima que tiene deste soberano Sacramento: pareciendole, que no se debe descubrir tan a menudo, y solo en ocasiones precisas y en extrema necesidad, se fue detiniendo y dilatando esto, hasta ver si apretava mas el mal de la Reyna nuestra Señora. Oygan, y entiendan esto, los que en cada ocasión y en cada negocio, por ligero que sea, por el buen suceso del pleito, o del casamiento, por la salud del hijo, o por la enfermedad de la mujer, o porque haze fiesta la otra cofradía, o la otra persona principal, o por otras ligeras causas, quieren que se descubra el Santissimo Sacramento, y que esté ansi todo el dia: quizá con poca reverencia, y con poca luz: y quando esté con toda la magestad y grandeza possible, el frequentarse tanto esto, el verse cada dia descubierto el Señor, se menoscaba algo el respeto, reverencia y estima, y se reduce este negocio a costumbre, y poco a poco se puede temer daño mayor¹³³⁸.

Diego de Guzmán se oponía al rezo continuado con el Santísimo descubierto, por lo que, durante el tiempo que gobernó la capilla real, no se realizaba esta práctica. El texto del patriarca es muy significativo, especialmente las comparaciones del cuerpo de Cristo con la imagen del rey, los cuales no debían ser vistos en público:

Si que no sale cada día, ni vemos en publico al Rey, aunque sea el mas humano y tratable: que no hablo de los Emperadores y Reyes, que tenían puesta pena de muerte a los que los entravan a ver. No me vera hombre mortal (dize Dios N.S.) que no le cueste la vida. Con esto se hazia antiguamente nuestro Dios temer y respetar: y aunque ahora se ha humanado mas, pues se ha hecho hombre, y quiere antes ser amado que temido, y ser tratado mas que retirado, con todo eso nos hemos de contentar con tenerle entre nosotros guardado y encerrado, o en preciosas custodias, o en nuestros pechos, adonde gusta mas el Señor estar, y ser visto y adorado, quando es levantado cada día en el sacrificio de la missa y quando el día del Santissimo Sacramento se pasea por nuestras calles, como quando sale a vistas el Rey: y estando también algunas vezes descubierto todo el día, o parte

¹³³⁸ D. DE GUZMÁN DE BENAVIDES: *Vida y muerte de doña Margarita de Austria, reina de España*, Madrid 1617, ff. 228v-230v.

del con mucha decencia, y con licencia del prelado, o superior en ocasiones muy precisas y forçosas: pero no en tan ordinarias como veo se ha hecho hasta aquí, y se haze cada día. Esto juzgo, y esto siento, y que devian poner remedio en esto, los que en la Yglesia tiene puestos Dios Nuestro Señor por atalayas, para ver y descubrir estas cosas, y acudir al remedio dellas ¹³³⁹.

La parte más interesante a la que se refería Diego de Guzmán en su obra era cuando afirmaba que la exposición del Santísimo, junto a la oración de las “cuarenta horas”, no era una costumbre de los monarcas hispanos, sino que venía de Roma. Al mismo tiempo que se enojaba al ver la introducción de esta nueva costumbre en las iglesias hispanas al no ser propia de la Monarquía:

Yo veo que el Rey don Felipe nuestro Señor de gloriosa memoria, en aquella tan grande y grave ocasión de la primera armada de Inglaterra, hazia descubrir el Santissimo Sacramento en una yglesia de Madrid, pero no en dos, como sabemos se haze en Roma, para que todos los fieles acudan a aquella parte a hazer oracion, y a reverenciar al Señor. Aora vemos algunas vezes en veinte, o treinta yglesias de Madrid descubierto a un mismo tiempo el Santissimo Sacramento. Esto cómo se ha de hazer con reverencia, y con bastante luz y gente para acompañar y reverenciar al Señor? En la capilla real los primeros jueves de cada mes se descubre el Santissimo Sacramento, pero es media hora, o un quarto de hora antes de la missa mayor, y no dura mas que ella el estar descubierto: porque luego se trahe en procession, y acabada se encierra, o consume. Cierito en todo genero de virtud aviamos de ir por exemplos a la casa de nuestros Catolicos Reyes. Y esta disgression se quede aquí, aunque tenia en ella mas que decir ¹³⁴⁰.

Si Diego de Guzmán se mostraba contrario a la introducción de esta devoción, muy distinta era la actitud del patriarca y capellán mayor de Felipe IV, don Alonso Pérez de Guzmán, quien:

Es sumamente reverenciador del Sanctissimo Sacramento del altar, tanto q mueve a grandissima devoción a todos, el ver el respecto, atención, affecto y gravedad con q le suele llevar en las procesiones, en sus consagradas manos. Siendo capellan mayor de su Magestad se trajo a su real capilla, año 1639 a 10 de marzo jueves, desde la parroquia de S. Juan, donde esta en rica custodia de piedras preciosas, pórfido y cornerinas, para cuya autoridad y reverencia encarga a sus subditos la asistencia en los días q se descubre patentemente como son en los de las quarenta oras, en los quales siempre es el q se viste de pontifical deseando estos solemnes actos para servir, honrar, alabar y engrandecer a este solo Dios

¹³³⁹ D. DE GUZMÁN DE BENAVIDES: *Vida y muerte de doña Margarita de Austria...*, op. cit., ff. 228v-230v.

¹³⁴⁰ *Ibidem*.

sacramentado, a quien siempre su clara familia Guzmanana con sumo amor y reverencia ha servido y reverenciado en tiempo deste gran prelado se començo a poner en costumbre en el real palacio (quando está alguna criada de la Reyna enferma) llevarle el beatico, el cura de palacio con palio y cruz en forma de cappilla, capellanes y cantores sirviendo. Las hachas los pages de su Magestad con la reverencia que se debe a tan gran Dios¹³⁴¹.

Sin duda alguna, el nuevo patriarca de Indias estaba interesado en colocar el Santísimo Sacramento en la capilla de palacio, y para ello escribió una carta a Felipe IV, con fecha de 14 de julio de 1635, por la que le solicitaba esta merced, que tanto beneficiaría, señalaba don Alonso, a la Monarquía católica:

En muchas ocasiones me he hallado con resolución de proponer y suplicar a V. M. que se pusiesse el Santissimo Sacramento en la capilla obligado de la devocion de tantas personas de virtud como tiene palacio, que lo han desseado, y me lo han persuadido mucho tiempo ha. Y especialmente de la que V. M. (Dios le dé) y sus gloriosos progenitores han professado siempre a este admirable sacramento, reconoziendole los de la casa de Austria los estados y acrecentamientos de su grandeza, pero en ninguna me ha parecido que podía executarlo con mayor esperanza que en esta en que el enemigo le ha ultrajado entrando en Flandes el lugar de Fierlemon con tan sacrílegos menoscabos y desacatos dignos de el sentimiento que ha hecho el católico celo de V. M. a quien propongo y suplico, que obligado del, y de la devocion referida mande que se trayga y coloque el Santissimo Sacramento en su casa real y capilla para que un rey tan catholico y deffensor de nuestra religion con accion tal desagравie a este Señor, del desacato con que los hereges le pretendieron agraviar. Esperando de su infinita bondad, que mediante ella y las continuas oraciones que se harán a todas horas teniéndole presente, ha de dar a V. M. y a su Monarchia tranquilidad, paz y aumento, y a sus armas gloriosas progresos. V. M. lo vera con la atención que se debe, y mandara lo que mas convenga¹³⁴².

El monarca, por su parte, respondía a esta solicitud en el margen izquierdo de la misma carta con las palabras “quedo advertido”, pero no fue hasta el 10 de marzo de 1639 cuando se accedía a la petición del patriarca al colocar el Santísimo en la capilla real. Ese día, el patriarca de Indias dejaba por escrito de puño y letra el momento de la traslación del Santísimo, desde la parroquia de San Juan a la capilla de palacio:

¹³⁴¹ L. DÍAZ DEL VALLE: *Ilustracion genealógica...*, op. cit., ff. 123r-123v.

¹³⁴² “Consulta del patriarca de las Indias al rey Felipe IV año. 1635” en AGP, RC, caja 72/13.

Año de 1639 jueves a 10 de marzo se coloco en esta capilla real de palacio el Santissimo Sacramento de la Eucharistia, gobernando la Iglesia Romana el Pontifice Urvano Octavo, siendo arzobispo de Toledo el serenissimo Señor cardenal Infante de España don Fernando de Austria; reinando en España el rey Ntro. Señor don Phelipe IV de este nombre, que Dios guarde, y siendo capellán y limosnero mayor de S. Magestad el patriarcha de las Indias don Alonso Perez de Guzman el Bueno. Trasládole en procesion solemne el cardenal don Agustin Espinola arzobispo de Santiago desde la parroquia de San Juan a palacio; acompañándole el Rey Ntro. Señor. Reciviole la Reyna Ntra. Señora doña Isabel de Borbon, en la entrada de palacio. El patriarca ¹³⁴³.

Entre la exhortación de Diego de Guzmán en contra de la exposición continuada del Santísimo y la carta de Alonso Pérez de Guzmán, fechada en 1635, solicitando la introducción de esta devoción en la capilla real, se percibe un gran cambio en el orden religioso de la Monarquía, que sólo puede ser entendido en el contexto de la Guerra de los Treinta Años. En un sermón predicado en Lima en 1641, el predicador dominico exclamaba sobre Felipe IV que:

Para rendir a los enemigos, y burlarlos en las mayores prevenciones, no necesita el Rey tanto de armas en las tribulaciones que ocasionan, quanto de celebrar con todo gozo, y devocion al Sanctissimo Sacramento, mostrando le tiene consigo, pues esto solo basta para triunfar de todos ellos ¹³⁴⁴.

Se acababa así con la imagen de una Monarquía belicista (*Monarchia universalis*), que durante el siglo XVI había conquistado y sembrado el respeto de sus enemigos —y de la propia Iglesia— a través de la fuerza de sus armas. Señalaba el capellán Tortoreti en su obra sobre el Santísimo Sacramento que:

Más pelea V. Magestad con la punta de su pluma, y en un día, que otros en años con el estoque. Y porque tiene muchos enemigos, y mucho que acudir, es

¹³⁴³ “Traslación del Santísimo Sacramento desde la parroquia de San Juan a la capilla de palacio” en BNE, Ms. 10714, f. 393r.

¹³⁴⁴ “Sermon a la fiesta Real del Santissimo Sacramento del Altar, y segundo Corpus de España: que instituyo la Magestad Catolica del Rey nuestro señor Filipo Quarto el grande, en hazimiento de gracias por aver librado Dios su Real Tesoro del enemigo que con una gruessa armada le esperaba en el Cabo de San Vicente, çegandole con la neblina grande, que les sobrevino, dando lugar a que passasen nuestros Galeones, sin ser vistos del, y llegasen en salvamento, vispera del Glorioso Apostol San Andres. Predicado en la Iglesia Catedral de los Reyes en su propio dia a 29 de noviembre. Por el P. M. Fr. Cypriano de Medina, del Orden de Predicadores, calificador del Santo Oficio y catedratico de Prima de Teologia Moral, en la Real Universidad de Lima. Dedicalo al Licenciado don Juan Gonzalez de Asqueta y Valdes, caballero del Orden de Santiago, del Consejo de su Magestad, y su Fiscal de la Carzel de Madrid. Impreso en Lima, año de 1641”, en BNE, R/14210 (8).

fuerça que esta arma [el cuerpo de Cristo] tenga buen temple para herir, y para resistir; todo lo puede, aunque sea pluma de un cisne ¹³⁴⁵.

Por lo tanto, el patriarca de Indias no tenía otro interés en colocar el Santísimo Sacramento e imponer la práctica de la oración de las “cuarenta horas”, que el que tenía Urbano VIII para persuadir a un monarca católico que debía reverenciar a la Iglesia en vez de combatir en la batalla. Esto se vislumbra claramente en la implantación de la oración de las “cuarenta horas” en la capilla real bajo el gobierno del patriarca Alonso Pérez de Guzmán.

La oración de las “cuarenta horas” tenía su origen en la práctica de las *Quarantore* que se celebró en Milán, a partir de 1526, cuando se impuso como devoción obligada en las iglesias, que acabaría por difundirse, poco después, al resto del territorio italiano. Aquel año, llegó la noticia a Milán de que las tropas de Carlos V, que se dirigían a Roma para amenazar al pontífice en el Saco de 1527, se detendrían en la ciudad lombarda. Los clérigos milaneses predicaron en contra de las tropas, advirtiendo de la destrucción que llegaría con los españoles, infundiendo el pánico entre el pueblo ¹³⁴⁶. La forma de paliar el miedo fue a través de la oración continuada. Se trataba de ir alternando de iglesia en iglesia el rezo ante el Santísimo Sacramento durante la Semana Santa, lo que hacía un total de 40 horas, de día y de noche, sin interrupción ¹³⁴⁷. Las “cuarenta horas” recordaban el tiempo que Cristo pasó muerto hasta que resucitó, lo que significaba un tiempo largo de abatimiento, previo a una gracia especial, el final de una calamidad, en este caso, el saco de Roma. De forma que, la práctica de las “cuarenta horas”, nacida del miedo a las tropas de Carlos V y en oposición a ellas, era recogida por los pontífices que la hacían oficial para las basílicas e iglesias italianas ¹³⁴⁸. Sin embargo, los Papas quisieron por todos los medios introducir este rechazo al poderío hispano, a través de la oración, en el resto de monarquías, y con especial interés en la propia Monarquía hispana, lógicamente sin advertir los monarcas hispanos

¹³⁴⁵ Maximiliano Socorrido y fragmentos Eucharísticos recogidos en la colocación del Santísimo en la capilla real del rei nuestro Señor don Felipe IV. El Grande. Por D. Vicente Tortoreti su humilde Capellan. 1639, en BNE, 3/33006. f. 18 v.

¹³⁴⁶ “Cronica milanese di Gianmarco Burigozzo Merzaro, dal 1500 al 1544”, *Archivio Storico Italiano* III (1842), pp. 421 y ss.

¹³⁴⁷ A. DI SANTI: “L’orazione delle Quarant’ore e i tempi di calamità e di guerra nel secolo XVI”, *La civiltà cattolica* 68/2 (1917), pp. 476-478.

¹³⁴⁸ *Ibidem*, pp. 470-476; y “L’orazione delle Quarant’ore e i tempi di calamità e di guerra nel secolo XVI”, *La civiltà cattolica* 68/3 (1917) pp. 34-44 y 222-237; J. L. IRABURU: *Oraciones de la Iglesia en tiempos de aflicción*, Pamplona 2003, capítulo 7 y 8.

el matiz antiespañol que guardaba el origen de esta oración. Así, pontífices tan influyentes como Paulo V (1605–1621), se empeñaron para que en la Monarquía se venerara el Santísimo Sacramento, no siendo hasta el reinado de Felipe IV cuando se implantó la exposición del mismo acompañado de la oración de las “cuarenta horas”. La siguiente indulgencia concedida por Paulo V a los que veneraban el Santísimo Sacramento reflejaba el interés de Roma por introducir esta devoción en la Monarquía y la predisposición de Felipe III a venerar la Sagrada Forma:

Para perpetua memoria. El Sacro Santo Sacramento de la Eucaristía, en el qual el unigénito Hijo del eterno Padre, Dios de Dios, Dios verdadero de Dios Verdadero, Redentor de la humana generación, Iesu Cristo nuestro Señor, está presente, al qual se debe honrar con todo culto, y veneración, como méritamente professa la Iglesia católica. Assi nos, a quien el mismo Señor (aunque sin mercello) nos ha encargado la dicha Iglesia para gobernar, quando se ofrece alguna ocasión de veneralle con algún debido servicio y culto, de buena gana la recibimos, y abraçamos, consintiendo a los piadosos desseos de los fieles Cristianos, que lo piden. Por tanto inclinados a los ruegos a nos humilmente hechos del carissimo en Cristo hijo nuestro Filipe, Catolico Rey de las Españas, confiados en la misericordia del omnipotente Dios, y por la autoridad de los bienaventurados San Pedro, y San Pablo sus Apostoles, a todos los fieles Cristianos, hombres, y mujeres, que están en los Reynos y señoríos sujetos al dicho Rey Filipe, que oyendo nombrar el Santissimo Sacramento, le veneraren con alguna manifiesta señal de honor, y reverencia, todas las vezes que esto hizieren, les relaxamos cien días de las penitencias a ellos impuestas, otramente en qualquiera manera devidas, en la forma acostumbrada de la Iglesia: y estas presentes duren perpetuamente en los tiempos venideros. Dado en Roma en San Pedro, debaxo del anillo del pescador, a diez y siete dias del mes de abril de mil y seiscientos y doze años, año séptimo de nuestro Pontificado ¹³⁴⁹.

La entrada del Santísimo en marzo de 1639 no podía ser más oportuna. Los siguientes acontecimientos hacían presagiar que la Monarquía de Felipe IV se desmoronaba: al poco tiempo, el 21 de octubre, se producía la derrota naval en la batalla de las Dunas, cuando la armada del almirante Antonio de Oquendo fue destruida por la holandesa ¹³⁵⁰. Estas derrotas en el norte, junto a la implicación de los ejércitos de Luis XIII en la revuelta catalana de 1640, fueron signos claros de

¹³⁴⁹ *Indulgencia concedida por nuestro muy santo Padre Paulo V a los que veneran el nombre del Santissimo Sacramento. Paulo Papa Quinto* [RAH, 9/3718 (13)].

¹³⁵⁰ J. ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO: *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639): la última ofensiva europea de los Austrias madrileños*, Madrid 1975, pp. 437-450; V. SAN JUAN: *La batalla naval de las Dunas. La Holanda comercial contra la España del Siglo de Oro*, Madrid 2007.

un cambio total en la correlación de las fuerzas militares de Europa¹³⁵¹. Por si fuera poco, Portugal se rebelaba contra la autoridad de Felipe IV, acabando en secesión, lo que comenzó como una revuelta que devastó las fronteras de León y Extremadura¹³⁵². Los años 1639-1640 marcaron un punto de inflexión para la Monarquía hispana y su papel en la Guerra de los Treinta Años. Se había puesto de manifiesto que una Monarquía resquebrajada territorialmente no podía hacer frente a sus enemigos externos. Paralelamente, se iba imponiendo la imagen de una monarquía piadosa, fijada en la devoción de la Eucaristía, símbolo del propio triunfo de la Iglesia, y de la implantación definitiva de una espiritualidad definida por Roma. De esta manera explica los motivos de la entrada del Santísimo en la capilla el capellán Vicente Tortoreti:

Grandes motivos han ayudado esta deliberación, pues dos causas, o dos tiempos mueven a nuevas demostraciones, o quando el cielo llueve beneficios, o quando se amenazan tempestades de trabajos. Nunca la religiosissima casa de Austria tuvo siempre invicta tantos, y tan señalados beneficios, y entre pocos años nunca ha experimentado mayores aprietos y conjuras¹³⁵³.

No es cuestión baladí que la primera vez que se vio al príncipe Baltasar Carlos en un acto público fuese en la entrada del Santísimo a la capilla real el 10 de marzo de 1639, como signo de continuidad de la casa de Austria a través de la renovación de la devoción por la Eucaristía:

En este año de 1639 en 10 de Março resolvió V. Magestad llevar el Santissimo Sacramento a su palacio real. El aparato fue conforme al día, aunque el mayor se estimó ver acompañada la piedad de V. Magestad del Serenissimo Baltasar Carlos, príncipe de España, primera vez que aya salido en publica procession, tierno, devoto, gozo de los vasallos [...] Fue también grande parte de la devocion del día ver la Magestad de la Reina nuestra Señora postrarse en la portada de palacio, no admitir almohada para adorar al Rey de los cielos, que se avia de hospedar, acompañándolo hasta la real capilla¹³⁵⁴.

Prueba del triunfo de la Iglesia sobre la casa de Austria fue la implantación en las iglesias españolas del rito de las “cuarenta horas”, al modo de Roma, que

¹³⁵¹ R.A. STRADLING: *Europa y el declive de la estructura imperial española, 1580-1720*, Madrid 1981, pp. 165-166.

¹³⁵² P. SANZ CAMAÑES: *Política, hacienda y milicia en el Aragón de los últimos Austrias entre 1640 y 1680*, Zaragoza 1997, p. 147.

¹³⁵³ *Maximiliano Socorrido y fragmentos Eucharísticos recogidos...*, op. cit., f. 14r.

¹³⁵⁴ *Ibidem*, ff. 11r-12r.

se extendió por Italia desde mediados del siglo XVI, y que en la década de 1640, se imponía en la Monarquía católica. Los jesuitas señalaban en sus cartas el éxito de la práctica en la sociedad hispana:

Aquí se han hecho con notable concurso de gente las cuarenta horas, acudiendo tanta, tarde y mañana, que por no caber en la iglesia y claraboyas se volvian muchos. Es de grande edificación ver el gusto con que asiste tanta gente delante del Santísimo, y el silencio y reverencia que todos tienen ¹³⁵⁵.

Durante el reinado de Felipe IV la oración de las “cuarenta horas” se impuso como rito religioso formando parte del ceremonial de la capilla real ¹³⁵⁶. En la Real Academia de la Historia se halla un documento, fechado en 1643, titulado *Relación de las iglesias en que según el orden infraescrito se ha de celebrar la oracion continua, en forma de quarenta horas, descubriéndose el Santísimo Sacramento, según se celebra en Roma, a devoción de su Magestad Católica del Rey nuestro señor D. Felipe Quarto* ¹³⁵⁷, que permite comprender el funcionamiento de esta práctica. Debía seguir el siguiente orden, copiando el ceremonial de las iglesias romanas:

El día que se señala a cada iglesia, se canta la Missa mayor a la hora que se acostumbra, segun los tiempos del año: en ella se consagra la Hostia, que aviendo consumido, se pone en el Relicario, y acabada la Missa queda en medio del Altar. Dizese la Letania cantada, despues se haze Procession dentro de la iglesia, y acabada se coloca en el Tabernaculo. Está descubierto aquel día, y el siguiente; y el tercero se canta la Missa a la misma hora; baxase el Santissimo a medio del Altar, cantase la Letania, y precediendo la misma Procession se encierra: por manera que al mismo tiempo que se encierra en una iglesia, se descubre en otra. Y se ha de observar en esta corte de seis en seis meses.

En el siguiente cuadro se muestran las iglesias de Madrid que debían descubrir el Santísimo de manera correlativa, con el día exacto en que, durante 40 horas, debían descubrir el cuerpo de Cristo. Una vez al mes, durante el segundo semestre de 1643, el Santísimo debía colocarse en el altar de la capilla real:

¹³⁵⁵ De Madrid, 21 de febrero de 1640. Sebastián González al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesús, en Sevilla, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XV (III) (1862), p. 414.

¹³⁵⁶ L. RODRÍGUEZ PABLO: “Música, devoción y esparcimiento en la capilla del Alcázar Real (siglo XVII): los villancicos y tonos al Santísimo Sacramento para cuarenta horas”, *Revista Portuguesa de Musicología* 7-8 (1997-1998), pp. 31-46. Resulta fundamental el capítulo séptimo (“De la Festividad de las cuarenta horas que se celebran cada mes en la real capilla”) de M. FRASSO: *Tratado de la Capilla Real...*, *op. cit.*

¹³⁵⁷ En RAH 9/3674 (47).

Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
Miércoles 1 <i>La capilla real</i>	Domingo 2 <i>Convento de la Pasyón</i> (Orden de predicadores)	Martes 1 <i>Convento de Doña María de Aragón</i> (Agustinos calzados)	Jueves 1 <i>Convento de San Gerónimo</i> (Jerónimos)	Lunes 2 <i>Convento Real de la Encarnación</i> (Agustinas recoletas)	Miércoles 2 <i>La casa professa</i> (Jesuitas)
Viernes 3 <i>Convento de Santa Isabel la Real</i> (Agustinas recoletas)	Martes 4 <i>Nuestra Señora de Loreto</i> (convento-colegio de niñas huérfanas)	Jueves 3 <i>Convento de Corpus Christi</i> (Jerónimas)	Sábado 3 <i>San Marcos</i> (Iglesia)	Miércoles 4 <i>Santa Cruz</i> (Iglesia)	Viernes 4 <i>Colegio de Santo Tomás</i> (Dominicos)
Domingo 5 <i>Convento del Rossario</i> (Orden de predicadores)	Jueves 6 <i>Colegio de los Teatinos</i>	Sábado 5 <i>Convento del Cavallero de Gracia</i> (Franciscas descalzas)	Lunes 5 <i>Convento de Santa Catalina de Sena</i> (Dominicas)	Viernes 6 <i>Convento de los Premostenses</i>	Domingo 6 <i>San Nicolás</i> (Iglesia)
Martes 7 <i>Convento Real de las Descalzas</i> (Franciscas descalzas)	Sábado 8 <i>Convento de las Capuchinas</i>	Lunes 7 <i>Hospital de la corte</i>	Miércoles 7 <i>Convento de Capuchinos de San Antonio</i>	Domingo 8 <i>Convento de San Martín</i> (Benedictinos)	Martes 8 <i>San Pedro</i> (Iglesia)
Jueves 9 <i>Convento Real de la Encarnación</i> (Agustinas recoletas)	Lunes 10 <i>San Justo y Pastor</i> (Iglesia)	Miércoles 9 <i>Hospital de los Aragoneses</i>	Viernes 9 <i>Convento de Constantinopla</i> (Franciscanas)	Martes 10 <i>La capilla real</i>	Jueves 10 <i>San Salvador</i> (Iglesia)
Sábado 11 <i>Convento de San Plácido</i> (Religiosas de la Orden de San Benito)	Miércoles 12 <i>Santa María</i> (Iglesia)	Viernes 11 <i>San Ginés</i> (Iglesia)	Domingo 11 <i>Convento de Carmelitas Descalços</i>	Jueves 12 <i>San Millán</i> (Iglesia)	Sábado 12 <i>Convento de la Concepción Gerónima</i> (Jerónimas)
Lunes 13 <i>San Ildefonso</i> (Trinitarias descalzas)	Viernes 14 <i>Convento de San Bernardo</i> (Orden de San Bernardo)	Domingo 13 <i>Convento de la Merced</i> (Mercedarios calzados)	Martes 13 <i>Hospital de Antón Martín</i>	Sábado 14 <i>Convento de las Calatravas</i> (Religiosas de la Orden militar de Calatrava)	Lunes 14 <i>Convento de las Capuchinas</i>

Capítulo 1.4: *La capilla real*

Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
Miércoles 15 <i>Convento Real de Santo Domingo</i> (Orden de predicadores)	Domingo 16 <i>Hospital General</i>	Martes 15 <i>Convento de Capuchinos de la Paciencia</i>	Jueves 15 <i>Convento de Carmelitas Descalças</i>	Lunes 16 <i>Convento de Trinitarias Descalças</i>	Miércoles 16 <i>Convento de la Concepción Francisca</i> (Concepcionistas franciscanas)
Viernes 17 <i>Convento del Carmen</i> (Carmelitas calzados)	Martes 18 <i>San Sebastián</i> (Iglesia)	Jueves 17 <i>Convento de la Santísima Trinidad</i> (Trinitarios)	Sábado 17 <i>Convento de las Maravillas</i> (Carmelitas descalzas)	Miércoles 18 <i>Convento de San Basilio</i> (Orden de los Basilos)	Viernes 18 <i>San Luis</i> (Iglesia)
Domingo 19 <i>Hospital de los Italianos</i>	Jueves 20 <i>Convento de las Vallecas</i> (Bernardas)	Sábado 19 <i>La capilla real</i>	Lunes 19 <i>La capilla real</i>	Viernes 20 <i>Convento de Trinitarios Descalços</i>	Domingo 20 <i>La capilla real</i>
Martes 21 <i>Los Clérigos Menores</i>	Sábado 22 <i>Convento del Sacramento</i> (Bernardas descalzas)	Lunes 21 <i>Convento de Santa Clara</i> (Franciscanas clarisas)	Miércoles 21 <i>Convento de San Bernardino</i> (Franciscanos descalzos)	Domingo 22 <i>Hospital de los Escoceses</i>	Martes 22 <i>Convento de San Francisco</i> (Franciscanos)
Jueves 23 <i>Convento de la Magdalena</i> (Agustinas calzadas)	Lunes 24 <i>Hospital de los Franceses</i>	Miércoles 23 <i>Convento de San Martín</i> (Benedictinos)	Viernes 23 <i>Colegio de los Irlandeses</i> (Jesuitas)	Martes 24 <i>Santa Catalina de los Donados</i> (Hospital)	Jueves 24 <i>Convento de Santa Bárbara</i> (Mercedarios descalzos)
Sábado 25 <i>Convento de Nuestra Señora de Atocha</i> (Orden de predicadores)	Miércoles 26 <i>La capilla real</i>	Viernes 25 <i>Convento de San Felipe</i> (Agustinos calzados)	Domingo 25 <i>Convento de los Angeles</i> (Clarisas)	Jueves 26 <i>Convento de San Gil</i> (Franciscanos descalzos)	Sábado 26 <i>Convento de Nuestra Señora de Atocha</i> (Orden de predicadores)
Lunes 27 <i>Convento de San Joachim</i> (Padres premostratenses)	Viernes 28 <i>Convento de Recoletos Agustinos</i>	Domingo 27 <i>Santiago</i> (Iglesia)	Martes 27 <i>Convento de la Vitoria</i> (Orden de San Francisco de Paula)	Sábado 28 <i>San Andrés</i> (Iglesia)	Lunes 28 <i>San Juan</i> (Iglesia)

Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
Miércoles 29 <i>Noviciado de la Compañía</i>	Domingo 30 <i>Convento de Santa Bárbara (Mercedarios descalzos)</i>	Martes 29 <i>San Miguel (Iglesia)</i>	Jueves 29 <i>Convento de San Gil (Franciscanos descalzos)</i>	Lunes 30 <i>Hospital de San Andrés</i>	Miércoles 30 <i>Colegio de la Compañía</i>
Viernes 31 <i>Colegio de la Compañía</i>			Sábado 31 <i>Convento Real de las Descalzas</i>		

Las iglesias donde se celebraba la oración de las “cuarenta horas” muestran que fueron los descalzos y recoletos de las Órdenes religiosas los que sustentaban esta ideología, siendo en sus conventos donde se practicaba esta devoción. Ciertamente, las Órdenes mendicantes también debían participar, pero si se observa con detalle, la mayoría de las iglesias de los conventos eran de la rama descalza o recoleta (ya fueran los conventos de monjas o religiosos de mercedarios descalzos, carmelitas descalzos, agustinos recoletos, trinitarios descalzos, bernardas descalzas, franciscanos descalzos...). También se exponía en las iglesias de Órdenes más jóvenes, con menos años desde su fundación, y por lo tanto, fundadas con una ideología ya reformada, como los teatinos, capuchinos o jesuitas.

A partir de entonces, el uso de las “cuarenta horas” se hizo imprescindible para Felipe IV a la hora de rogar por conseguir una victoria. Así, en el verano de 1643, cuando el monarca realizaba su jornada de Aragón con motivo de la sublevación de Cataluña dejó ordenado que:

A primero de este partió S. M. de Madrid para Tarazona, y las jornadas las hace mayores de lo que primero se entendió. Va á la ligera; créese hay alguna inteligencia secreta, si bien los enemigos obran lo que pueden. Deja orden para que el tiempo que estuviere ausente esté el Santísimo descubierto continuamente, haciendo cuarenta horas en todas las iglesias y conventos de Madrid, por su turno, conforme al papel que va con esta. La diligencia en acudir á Dios siempre es útil, y la primera que se debe hacer, mas no deben omitirse las demás ¹³⁵⁸.

¹³⁵⁸ P. Sebastián Gonzalez al P. Rafael Pereyra de la Compañía de Jesús en Sevilla. Madrid, 7 de julio de 1643, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XVII (V) (1863), pp. 145-146.

Ciertamente, este fue el acto central de la capilla del Alcázar durante el reinado de Felipe IV. Tanto fue así que se utilizaron nuevas composiciones musicales para acompañar las exposiciones de la Sagrada Forma y el rezo de las “cuarenta horas”, destacando los villancicos y romances nuevos, creados para esta nueva devoción real¹³⁵⁹.

Pero también es preciso destacar la fastuosidad con que se celebraron las procesiones del *Corpus Christi* en la Monarquía. Examinando el gran número de servidores de la capilla que participaban en las procesiones del Santísimo, se puede comprender el valor y la importancia que esta celebración tenía para la ideología religiosa de la Monarquía. Era el patriarca de Indias quien examinaba y confirmaba los servidores que acudirían a las procesiones. Los siguientes documentos son de la fiesta del Santísimo, los oficios que debían acompañar en procesión a la Sagrada Forma, lo cual era un privilegio y un prestigio ir junto al cuerpo de Cristo. Pero, además, se puede vislumbrar la importancia de esta celebración y su organización dentro del ceremonial de la capilla:

Lista de los capellanes de honor y predicadores del Rey nuestro Señor que han de ir sirviendo en la procession del Santissimo Sacramento del día del *Corpus* de este año de mil seiscientos y cinquenta y quatro. Don Alonso Pérez de Guzmán, patriarca de las Indias, limosnero y capellán mayor de S. M.¹³⁶⁰

Sumilleres de cortina:

Don Diego de Guzmán, marques de Maenza
Don Antonio de Benavides
Don Geronimo Mascareñas.

Confesores de sus Magestades y sus Altezas:

El Rmo. P. Fr. Juan Martinez
El Rmo. P. Everardo Nidart
El Rmo. P. Fr. Alexandro de Valencia

Predicadores:

El S. Arçobispo d. Franco Sanchez
El Abbad de Santa Anastasia D. Fr. Alonso Vázquez
El P. Fr. Francisco Verdugo
El P. Ambrosio de Peñalosa
El P. Mtro. Fr. Francisco Suarez, agustino

¹³⁵⁹ L. ROBLEDO ESTAIRE: *Tonos a lo divino y a lo humano en el Madrid Barroco*, Madrid 2003, p. 16; L. RODRÍGUEZ PABLO: “Música, devoción y esparcimiento...”, *op. cit.*, pp. 31-45.

¹³⁶⁰ AGP, RC, caja 12/4, doc. 1.

Predicadores (Cont.):

El P. Cosme Zapata
El P. Diego Farinas
El P. Agustin de Castro
El P. Mtro. Fr. Antonio de Castro
El P. Antonio de Herrera
El P. Pedro de Vibero
El P. Joseph Espuches
El P. Mtro. Fr. Miguel de Cardenas
El P. Mtro. Fr. Nicolas Baupista
El P. Antonio Rosendo.
El P. Fr. Gregorio de Santillan
El P. Mtro. Fr. Francisco Sarmiento
El P. Mtro. Fr. Juan de Toledo
El P. Mtro. Fr. Benito de Rivas
El P. Mtro. Fr. Juan de Avellaneda
El P. Mtro. Fr. Francisco de Santana
El P. Mtro. Fr. Juan de Sossa
El P. Mtro. Fr. Andres de Artiaga
El P. Mtro. Fr. Pedro Mexia
El P. Mtro. Fr. Martin de los Angeles
El P. Mtro. Fr. Buenaventura de San Matheo
El P. Mtro. Fr. Placido de Aguilar
El P. Mtro. Fr. Vicente Lanfranqui

Capellanes de Honor:

El Dr. Don Francisco Victor
El Ldo. Don Pedro de Velasco
Don Geronimo de San Martin
Dr. Don Antonio Zapata
Don Francisco de Ocampo
Dr. Francisco Lopez de Mena
Dr. Don Juan Hurtado de las Quentas
Don Joseph de Fuentes
Don. Juan de Hoyos
Don. Toribio de Possada
Dr. Matheo Frasso
Don Simon Rao
Dr. Luis Esquibel
Don Fernando del Castillo
El Maestro Roman
Don Alonso de Castro

Capítulo 1.4: *La capilla real*

Capellanes de Honor (Cont.):

Don Pablo Clemente
Don Jayme Salvador Ruiz
Don Cristobal de Bilches
Don Joseph de Messones
Don Fernando de Aponte y Zuñiga
Don Feliz de Ayala
Don Garzia de Aguilera
Don Balthasar de Loaysa
Don Balthasar Chacon
Dr. Pedro Zamudio
Don Geronimo de Torres

Lista de los capellanes de altar, cantores, y oficiales de la real capilla del Rey N.S. que han de ir sirviendo en la procession del Santissimo Sacramento el dia del *Corpus* de este año de mil seiscientos y cinquenta y quatro. Criados que sirven en la real capilla que se da para la cera del dia del *Corpus* ¹³⁶¹:

El Mtro. Carlos Patiño
Diego de Pontach
Ldo. D. Juan de Teza
Ldo. Pedro Rodriguez
Ldo. Juan Saez de Blas
Ldo. Don Juan Francisco Malagon
Ldo. Juan de Enohe Aguado
Ldo. Juan Saenz de Avila
D. Phelipe de la Cruz
Ldo. Salvador de Chavez
Ldo. Don Manuel de Calatayud
Ldo. Martin de Arevalo
Don Pedro de Aybar
Pedro Rodriguez de Robles
Ldo. Antonio Gomez
Ldo. Don Bernabe de Riaño
Don Francisco de la Puerta
Don Diego Vallejo
Don Joseph Carpanzano
Don Gaspar de Bustamante
Don Juan de Baena
Agustin Ximenez

¹³⁶¹ AGP, RC, caja 12/4, doc. 2.

Florian Rey
Marcos Garcia
Batholome de Olalla
Domingo Suarez
D. Lazaro del Valle
Don Lazaro de Soto
Francisco Alonso Vasurto
Alonso Lozano
Don Joseph Alonso de la Torre
Geronimo Lopez
Juan de la Vastida
Antonio de Aviles
Miguel de Ybero
Gaspar de Segovia
Roque Ferrer
Don Diego Nuñez
Gaspar Gil
Don Lucas Gabrieli
Joseph Galan
Francisco de Valdes
Melchor de Camargo
Martin de Ruego
Justo Ybañez
Bernabe del Vado
Juan de la Peña
Don Francisco Clavijo
Ysidro de Arrain
Juan del Bado
Joseph Ruiz
Juan Hidalgo
Francisco Hidalgo
Philiberto Vanbraq
D. Thomas Gallo
Andres Ruiz
Mateho de Avila
Grabiel de Avila
Manuel de Vega
Diego Pitarq
Francisco Alberto de Gaona
Diego Ortiz de Santa Maria
Andres Garcia
Juan Diaz

Capítulo 1.4: *La capilla real*

Gaspar de la Torre
Don Juan de soto
Juan Miguel Gomar
Don Fernando de Austria
Don Juan de Villarroel
Don Francisco Fernandez
Alonso Ortiz de Figueroa
Don Francisco de Madrigal
Diego de Ledesma
Francisco Pérez
Francisco de Morga
Don Ysidro de Pao
Juan Navarro
Don Andres de avila
Roque Phelipe
Juan de Cuellar
Pedro Calleja
Juan de Losada
Juan Otero
Alonso Luyando
Juan de Valoles
Domingo de Campos
Alonso Lozano
Manuel de Villamia
Geronimo de Tobar
Juan de Santander
Lucas Sanchez
Don Francisco Salvatierra
Don Lorenzo Montana
Juan de Rojas
Manuel Juarez
Los cantorricos

Como podemos ver, más de 150 servidores de la capilla eran elegidos por el patriarca para acudir a la procesión del Santísimo. La asimilación de esta devoción como ideario inherente a la Monarquía católica se produjo durante el reinado de Felipe IV, y en ello mucho tuvo que ver la implicación del patriarca y capellán mayor don Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno”.

4.3.2. La identificación del catolicismo con la dinastía de los Austria

La identidad con la que los reinos y territorios que formaron la Monarquía hispana se presentó de cara al exterior, consistió en la acción de propagar y defender la fe cristiana a nivel mundial, con lo que también quedaba justificada su práctica política. Esta identidad, que configuró la Monarquía hispana sobre sí misma durante el período de la dinastía de los Austria, estuvo fundamentada en el universalismo de la confesión católica y se articuló lógicamente tras un largo proceso en principios teológicos y teorías políticas, a veces, apoyadas por decisiones de los pontífices o en la actuación de los propios monarcas. Debido a esta unión de ideas y acciones, las relaciones entre el Papado y el rey de la Monarquía hispana vinieron a colocarse dentro del contexto de la *Christianitas*.

El sistema cuajó durante la segunda mitad del siglo XVI, cuando, tras la división que Carlos V realizó de su herencia, el Imperio ya no fue la principal fuerza política dentro de la Cristiandad, sino que el liderazgo recayó en la Monarquía hispana que Felipe II articuló como entidad de poder bajo su persona. Para justificar esta anómala situación, los comentaristas y teólogos recobraron la vieja idea medieval de *monarchia*. Ahora bien, la *monarchia*, que se presentó como justificación de la política española (precisamente, por sus peculiares orígenes), era un concepto distinto de la *monarchia* que había encontrado su legitimación en la doctrina de los cuatro reinos universales y en la tradición. La Monarquía española no se presentó como un imperio, sino como un reino universal. En este sentido, el poder del rey de España era distinto del modelo imperial, aunque tenía una forma similar, pero también era diferente a la “Monarquía universal”. Las condiciones por las que la Monarquía hispana se apoderó de la idea de la “Monarquía universal” se apoyó en dos factores esenciales: la decadencia política del Imperio como fuerza política en Europa y la aspiración de España a desarrollar competencias para-imperiales por efecto de la propia potencia política, lo que llevó a unir a todos sus enemigos¹³⁶².

Como se puede deducir, los fundamentos teóricos y prácticos en los que basó su existencia la Monarquía hispana (por una parte, erigirse en poder temporal hegemónico y, por otra, tener que justificarse en los principios de la *Christianistas*) resultaban contradictorios ya que la Monarquía solamente podía detentar un título tan universal mientras no le faltasen las fuerzas para oponerse e intimidar al resto de poderes europeos, dado que el Rey Católico consideraba que el principal

¹³⁶² El tema está estudiado más ampliamente en J. MARTÍNEZ MILLÁN y E. JIMÉNEZ PABLO: “La casa de Austria: una justificación...”, *op. cit.*, pp. 17-65.

objetivo de su gobierno era “enderezar las cosas públicas y las particulares más al servicio de nuestro Señor derecha y puramente”; pero, además, porque la legitimidad de los argumentos de la *Monarchia universalis* residían en Roma y a ella correspondía definir la doctrina religiosa, lo que significaba reconocer a la Santa Sede un puesto central en el ordenamiento de la sociedad: “y allí como a su centro acuden los negocios della en lo espiritual y muchos en lo temporal”. Por consiguiente, los servidores de la Monarquía hispana, en el ejercicio de sus funciones, tenían la obligación de servir al rey, pero también, de “servir y honrar y reverenciar” al Papa por “tener el lugar de Dios en la tierra”. Las “embajadas de obediencia” que los monarcas hispanos hacían al recién nombrado pontífice, no tenían otro sentido que demostrar la sumisión y obediencia al representante de la divinidad.

De acuerdo con tales planteamientos, no resultó muy difícil a los enemigos de la Monarquía hispana descalificarla por su modo de proceder, juzgándolo de carácter injusto y contradictorio en relación a los criterios tradicionales ético-morales jurídicos que se atribuían a la “Monarquía universal”. Ante los ojos del resto de reinos europeos, la defensa de la religión aparecía solamente como un instrumento táctico de la política española, utilizada para construir su poderío. De esta manera, la aspiración de los monarcas hispanos a conseguir la Monarquía universal fue, según sus adversarios, la razón principal de la Guerra de los Treinta Años y constituyó un argumento lógico y convincente para justificar sus respectivas intervenciones militares como participación en una “guerra justa” ya que, la aspiración política de los reyes hispanos se interpretaba –por el resto de reinos– como amenaza directa a sus potestades autónomas, lo que equivalía a considerarlos como actos de legítima defensa.

Si estos argumentos tuvieron un consenso universal y consiguieron alcanzar una gran eficacia argumentativa en la discusión política de la época fue porque la idea de una determinada configuración de la supremacía jurisdiccional, implícita en el término Monarquía universal, no resultaba un proyecto utópico, sino que se veía como objetivo realizable. Es decir, que la Monarquía hispana –a ojos de las monarquías europeas y también de la Iglesia católica– pretendía arrebatar de manera práctica la configuración política medieval: así como el emperador era presentado como detentador del *imperium totius mundi*, el rey de España ambicionaba el dominio de toda la tierra y así como el emperador Carlos V aparecía en el papel de *dominus mundi*, lo mismo pretendió su hijo Felipe II, cuya política se basó en el concepto de Monarquía universal.

Ahora bien, la interpretación y defensa de la religión católica que hicieron los reyes hispanos durante el siglo XVI estaban de acuerdo a los intereses materiales de

su Monarquía. El Papado admitía de mala gana que la Monarquía hispana dominase la Península italiana, pero desde luego resulta inadmisibile y contradictorio con la función del Papa que sus monarcas decidieran la ortodoxia religiosa de acuerdo a sus intereses políticos, como había sucedido durante los reinados de Carlos V y Felipe II: quienes, no sólo, ejercieron una influencia decisiva en los cónclaves, a la hora de elegir los pontífices, a través de la red clientelar de cardenales que habían construido valiéndose de su poderío temporal, sino que también invadieron la jurisdicción eclesiástica e intervinieron en las reformas religiosas como la celebración y posterior aplicación de los decretos de Trento de acuerdo a sus propios intereses, interpretando la doctrina católica que de ellos emanaba según sus conveniencias, e interviniendo activamente en los cambios y reformas que paralelamente se estaban efectuando dentro de sus reinos en las Órdenes religiosas.

Para conseguir su independencia, el Papado tuvo que jugar diplomáticamente sus bazas y establecer sus alianzas con los distintos poderes europeos. A nivel espiritual, Roma impuso una nueva ideología en la sociedad y un modo de entender el catolicismo más radical a través de los jesuitas y las Órdenes religiosas descalzas (el denominado espíritu de la “Contrarreforma”), mientras que, a nivel político, construyó una teoría que defendía la subordinación de todo monarca católico y, por supuesto la casa de Austria, al pontífice a través de las doctrinas de Roberto Bellarmino o Francisco Suárez, entre otros. Pero la actividad de la Iglesia no se quedó en establecer esta subordinación, sino que, una vez conseguido este objetivo, Roma construyó la teoría de que la misión de los reyes de la dinastía de los Austria consistía en utilizar sus ejércitos para defender a la Iglesia: la legitimación de la autoridad universal se encontraba en la voluntad divina, en la Providencia y la posición de la casa de Austria era querida por Dios. Gracias a la virtud de sus monarcas, los Austrias estaban predestinados a ser príncipes defensores de la Iglesia y para desarrollar esta función habían obtenido tal posición universal de poder en la práctica. De esta manera, el destino de la dinastía de los Habsburgo se unía inextricablemente al de la religión católica.

Aunque los intentos de liberarse del control e influencia de la Monarquía hispana fue una tarea de todos los pontífices de la segunda mitad del siglo XVI, los efectos no se manifestaron con éxito hasta el pontificado de Clemente VIII (1592-1606) cuando, tras admitir la conversión de Enrique IV de Francia, consiguió establecer un conjunto numerosos de cardenales franceses en Roma, que equilibraron la influencia del grupo hispano, lo que le dio margen para crear un numeroso grupo de cardenales italianos (“independientes” los llamaba), que a partir de entonces reformaron el gobierno de la Iglesia y controlaron el Papado. Los embajadores españoles en Roma se percataron de la pérdida de influencia que se estaba

produciendo en la curia y así se lo hicieron saber a los monarcas, pero todo resultó en vano. El recurso a la fuerza que practicaba la Monarquía hispana fue sustituido por un espíritu pacífico, que se tradujo en la expansión de la fe y en las misiones (Congregación de *Propaganda fide*) ya durante el pontificado de Paulo V, lo que descalificaba cualquier posible expansión de la Monarquía hispana con fines de propagar el catolicismo (intento de conquistar China y costa de Asia)¹³⁶³. El surgimiento de la Guerra de los Treinta Años permitió a Urbano VIII (1623-1644) favorecer los intereses de Francia y de la coalición que se había formado contra la Monarquía hispana con el fin de desarticular de manera definitiva la idea de *Monarchia universalis* por las armas, mientras potenciaba el concepto de Monarquía católica dentro del espíritu pacífico que defendía la Iglesia.

La maniobra no pasó desapercibida a los agentes españoles en Roma. Los acontecimientos políticos y los documentos que se conservan así lo demuestran. Tomás Campanella describía a la Monarquía hispana formada por tres cabezas: el Sacro Imperio Romano, cabeza de la esencia; los reinos peninsulares, cabeza de la existencia; Italia, cabeza del valor. Para derrotar a este monstruo era preciso cortarle la cabeza del valor, a partir de entonces, la existencia de este monstruo sería hueca¹³⁶⁴. El pensamiento de los políticos hispanos se resumía en el siguiente postulado: el Papa debía reconocer los méritos de cada uno de los príncipes cristianos con la Iglesia y prestarles una ayuda proporcional a estos méritos; por consiguiente, toda neutralidad que no se base en este principio se consideraba injusta¹³⁶⁵. La Monarquía católica, el Papado y el Imperio debían de marchar juntos en la defensa de la confesión católica¹³⁶⁶. Resulta lógico que, para el monarca español, el eje Madrid-Viena fuera considerado como “la rueda mayor”, que “da ley” a todo el mecanismo de la Monarquía de los Austrias para vencer en la Guerra de los Treinta Años¹³⁶⁷.

¹³⁶³ Sobre este asunto, la introducción al vol. I de J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, op. cit., y el libro de J. MARTÍNEZ MILLÁN: *El mito de Faetón y la imagen de la decadencia de la Monarquía hispana*, Granada 2011.

¹³⁶⁴ ASV, Armario III, 41, ff. 208-210.

¹³⁶⁵ D. SAAVEDRA FAJARDO recogió el pensamiento español al respecto en sus empresas [*Obras completas*, ed. de González Palencia, Madrid 1946, pp. 636-637, empresa 94].

¹³⁶⁶ J. BALBOA: *Gemidos de la Iglesia y Religión Católica* (BNE, Ms. 2367), en ella se censura la neutralidad del pontífice. Sólo se publicaron 12 ejemplares de esta obra.

¹³⁶⁷ Consejo de Estado de 13 de abril 1634, en D. SAAVEDRA FAJARDO: *Obras completas...*, op. cit., p. 1309; AGS, Estado, leg. 2332, citado por Q. ALDEA VAQUERO: “Iglesia y Estado en la España del siglo XVII (Ideario político-eclesiástico)”, *Miscelánea Comillas* 36 (1961), p. 160.

Ahora bien, el 6 de marzo de 1630, el marqués de Aytona comunicaba a la corte de Madrid desde Bruselas que había descubierto una conjura internacional que pretendía destruir la casa de Austria. El eje estaba formado por Francia y Baviera, Holanda y Suecia, además de otros príncipes de menor importancia. Según Aytona, los agentes de la conjura eran el nuncio apostólico en Francia, Bagno, y el secretario de Estado de Baviera, Guillermo Jocher. La carta de Aytona concluía: “No hay ministro del Papa en todas estas partes que no esté continuamente tratando lo que puede ofender a Vuestra Majestad y a su casa”¹³⁶⁸. La conjura a la que se refería Aytona se polarizó en el pacto de Fontainebleau entre Francia y Baviera (30 de mayo de 1631), por el que se rompía el bloque imperial en política exterior. Tal pacto fue la obra maestra del nuncio Bagno, quien, desde abril de 1628 hasta febrero de 1631, supo ganarse al duque de Baviera sin que se enterase nadie de la casa de Austria.

A mediados del reinado de Felipe IV, cuando Roma era consciente de que la Monarquía hispana nunca podría conseguir la *Monarchia universalis*, dado el retroceso militar que experimentaba en la Guerra de los Treinta Años y dada la crisis institucional que padecía con la separación de reinos, apareció con fuerza una literatura que defendía a la casa de Austria como dinastía católica y le concedía una misión que cumplir. El jesuita Juan Eusebio Nieremberg en su *Corona virtuosa y Virtud coronada*¹³⁶⁹, lo reflejó con gran claridad:

Como los pecados del pueblo son causa de las ruinas de los Reynos, pueden también las virtudes de un Príncipe ser el reparo de su Imperio. Y porque las de V. A. han de servir de contrapeso a nuestras culpas, aliviando el peso de la justicia divina y castigos que los pecados comunes merecen, he querido representar aquí lo que acerca desto he advertido en los Libros Sagrados y Concilios de la Iglesia, porque aquellos enseñan; estos engrandecen la utilidad de la virtud de los Reyes. Para que V. A. como tan piadoso y amador de sus vasallos, fomente siempre su bien con el ejercicio de virtuosas obras¹³⁷⁰.

¹³⁶⁸ Q. ALDEA VAQUERO: “Iglesia y Estado en la época barroca”, en *La España de Felipe IV...*, op. cit., p. 606. Las cartas en BNE, ms. 1436, ff. 77-79; AGS, Estado, leg. 2332.

¹³⁶⁹ Madrid 1648. Es la edición utilizada. La licencia de impresión es de 1642. El libro está dedicado a “la reina n^{ra} doña Isabel de Borbón”. Una excelente interpretación del libro en A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO: “Virtud coronada: Carlos II y la piedad de la casa de Austria”, en P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO, J. MARTÍNEZ MILLÁN y V. PINTO CRESPO (coords.): *Política, religión e inquisición en la España moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid 1996.

¹³⁷⁰ J. E. NIEREMBERG: *Corona virtuosa y Virtud coronada. En que se proponen los frutos de la virtud de un príncipe, juntamente con los heroicos Exemplos de virtudes de los Emperadores de la Casa de Austria y Reyes de España*, Madrid 1643, en BNE 7/13802, pp. 1-2.

En este libro ya no aparecía la rama hispana de la dinastía Austria como la preeminente (*Monarchia universalis*) y a la que se debía subordinar la del Imperio, sino que defendía la unión de la dinastía al servicio de la religión de Roma:

Mas yo, de las aguas claras de la Sagrada Escritura, cuya lección he profesado en los Estudios Reales de esta corte, ofrezco a V. A algunas gotas que he observado de los bienes de la virtud de un Príncipe; el más proporcionado servicio que pudiera hazer a su piedad, por el gusto que recibirá en oír alabar lo que tanto ama y traer a la memoria la estrella de la felicidad de su imperial casa, que si bien todos los Príncipes deben gran estimación a la virtud, V. A la debe agradecimiento, pues todo su Imperio, así dentro como fuera de España, le puede reconocer por deuda suya. A la devoción de Rodolfo Primero debe la casa de Austria el Imperio de Alemania. Y a la justicia de don Alonso el Séptimo debe el Reino de Castilla el Imperio de España. Porque así como Rodolfo Primero (el primero de la casa de Austria, que fue Emperador en Alemania) mereció el Imperio por la religión, piedad y devoción que tuvo al Santísimo Sacramento; así también don Alonso el Séptimo (el primer rey de Castilla, que alcanzó el Imperio de España, y se llamó Emperador de toda ella) lo mereció por el celo de justicia y de la gloria divina, en estorbar pecados y agravios. Uno por honrar a Dios, otro porque no fuese deshonorado merecieron el Reyno y el Imperio y la felicidad de muchas coronas, las cuales ha de conservar vuestra Alteza por donde las adquirieron sus mayores ¹³⁷¹.

Conforme transcurrió el reinado de Felipe IV, se acentuó aún más la idea de predestinación de la casa de Austria y el intento por parte de sus apologistas de presentar la unión de la rama hispana y la germana bajo la obediencia de Roma. Especialmente cuando el Imperio había caído en manos de un católico radical como Fernando II, que devolvería la unidad a un Imperio bajo una misma confesión católica.

En el sistema confesional instaurado por Fernando II en el Imperio, como no podía ser de otra manera, la Compañía de Jesús jugó un papel fundamental para imponer las ideas religiosas en la sociedad, creando toda una red de colegios al servicio del confesionalismo romano y controlando además las principales universidades y centros intelectuales que pasaron, en tiempos de Fernando, a manos de la Compañía; así, en 1622, controlaba las Facultades de Artes, Filosofía y Teología de la Universidad de Viena ¹³⁷².

¹³⁷¹ J. E. NIEREMBERG: *Corona virtuosa y Virtud coronada...*, op. cit., pp. 2-3.

¹³⁷² K. SPIEGEL: "Die Prager Universitätsunion, 1618-1654", *Mitteilungen des Vereins für die Geschichte der Deutschen in Böhmen* 62 (1924), pp. 5-94; R. BIRELEY: "Fernando II: Founder of the Habsburg Monarchy", en R. J. W. EVANS y T. V. THOMAS (eds.): *Crown, Church and Estates. Central European Politics in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Londres 1991, p. 239.

De igual forma, el Colegio Germánico de Roma jugó una baza primordial a la hora de imponer la espiritualidad de Roma en el Imperio. Este se estableció en 1552, uniéndose al Colegio Húngaro desde 1580, y se dedicaba a preparar a los sacerdotes católicos para su regreso al Imperio, bajo la atenta mirada del pontífice¹³⁷³. Hubo una importante consecuencia en este traslado de presbíteros, y era que la gran mayoría de los alumnos del Colegio Germánico pertenecía a la nobleza, de modo que la elite del Imperio era educada en la misma Roma, y muchos de ellos regresaban a sus tierras como altos cargos de la Iglesia¹³⁷⁴.

Ciertamente, la actividad de la Compañía fue importante en el Imperio por la cercanía al emperador, que siempre tuvo confesores jesuitas, y por colaborar en el sistema confesional imponiendo la espiritualidad de Roma a través de la educación. Sin embargo, existe una cuestión, menos estudiada, en la que la Compañía también influyó de manera transcendental; se trataba de favorecer y potenciar la *Pietas Austriaca* de Fernando II, que justificaba los orígenes de la dinastía y unía la rama austriaca con la hispana de los Habsburgo. A partir de la década de los veinte del siglo XVII, al inicio de la Guerra de los Treinta Años, y coincidiendo con el reinado de Felipe IV y del emperador Fernando II, panegiristas de la casa de Austria, ya fueran españoles, austriacos o italianos, entre ellos destacados jesuitas, fueron los encargados de potenciar dicho concepto de *Pietas Austriaca*, el cual sirvió para destacar aquellas cualidades espirituales que se consideraban innatas a la dinastía de los Habsburgo en su doble rama, austriaca y española, por medio de las cuales, la divina Providencia daba el dominio político a los Austrias; no obstante, dicho poder se hallaba supeditado al poder espiritual de la Iglesia. Esta potenciación de la piedad del monarca hispano y del emperador fue defendida por Botero y Lipsius durante la primera mitad del siglo XVII, de forma totalmente opuesta a la tesis maquiavelista que desechara el papel primordial de la Iglesia católica como unión territorial y disciplinamiento de un estado.

¹³⁷³ Para comprender la función que desarrolló el Colegio Germánico, A. STEINHUBER: *Geschichte des Collegium Germanicum Hungaricum in Rom*, Freiburg 1895, vol. I, pp. 142-145; I. BITSKEY: "The Collegium Germanicum Hungaricum in Roma and the Beginning of Counter-Reformation in Hungary", en R. J. W. EVANS y T. V. THOMAS (eds.): *Crown, Church and Estates...*, op. cit., p. 115; I. BITSKEY: *Il Collegio Germanico-Ungarico di Roma. Contributo alla storia della cultura ungherese in età barocca*, Roma 1996 (*Studi e Fonti per la storia dell'Università di Roma, Nuova Serie* 3).

¹³⁷⁴ G. HEISS: "Princes, Jesuits and the origins of Counter-Reformation in the Habsburg Lands", en R. J. W. EVANS y T. V. THOMAS (eds.): *Crown, Church and Estates...*, op. cit., pp. 92-98.

Giovanni Botero, natural de Cuneo en la región del Piamonte, estudió en la Compañía en la que luego profesó, aunque, no obstante, decidió abandonar la Orden por sus diferencias con el gobierno del general Aquaviva, que no veía con buenos ojos la radicalidad religiosa que defendía Botero. A su salida de la misma, conectó ideológicamente con la radicalidad religiosa del cardenal Carlos Borromeo, quien no dudó en acogerlo como secretario suyo en su diócesis de Milán en 1582. La religión, acorde con la obra más conocida de Botero *Della ragon di Stato* (Venecia 1589), daba coraje en la batalla, responsabilidad civil y obediencia (tal y como ocurrió en la batalla de la Montaña Blanca). Según Botero, no había ley más favorable a un príncipe que la cristiana, porque unía las conciencias de los súbditos, de forma que el cuerpo social obedecía a la Iglesia como parte fundamental de la política de un príncipe cristiano. Asimismo, Botero daba un protagonismo esencial a las Órdenes religiosas, dado que unificaban los territorios imponiendo una misma espiritualidad.

Por su parte, Justus Lipsius, nacido en Flandes y que estudió en la Compañía de Jesús en Colonia, estableció una doctrina cristiana, con la misma radicalidad religiosa que Botero, para educar a los príncipes. Como profesor de Lovaina, escribió su *Monita et exempla politica* (Amberes 1605), dedicada al archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos¹³⁷⁵, en la que se afirmaba que todo el poder de un monarca era recibido de Dios, y que las virtudes más importantes de un rey eran las derivadas directamente de la Iglesia como la piedad, la modestia o la clemencia. Glorificaba entonces la dinastía de los Habsburgo, advirtiendo de los peligros y las discordias entre los vasallos, en el caso de que hubiera varias confesiones en un mismo territorio.

En estos teóricos se inspiró Fernando II para llevar a cabo la confesionalización de sus territorios. Ya lo hizo cuando era archiduque en *Inner Austria*, expulsando a los protestantes; ahora se trataba de aplicarlo en el conjunto del Imperio. Los teóricos políticos de la *Pietas* veían en las virtudes cristianas la base fundamental de las reglas de un buen gobierno¹³⁷⁶. De este modo, las decisiones militares o políticas debían ir dirigidas para mayor gloria de Dios. Especialmente en las situaciones críticas, el príncipe debía apartarse para ejercitar su devoción con la oración mental, su presencia en las procesiones, o su peregrinación a los santos lugares. Con Fernando II, la dinastía de los Habsburgo asumiría esta misión

¹³⁷⁵ G. OESTREICH: “Justus Lipsius als Universalgelehrter zwischen Renaissance und Barock”, en Th. H. LUNSIGNHG SCHEURLEER y G. H. M. POSTHUMUS MEYJES (eds.): *Leiden University in the 17th century, an exchange of learning*, Leiden 1975, pp. 177-201.

¹³⁷⁶ A. CORETH: *Pietas Austriaca*, Purdue 2004, p. 1.

espiritual con más fuerza que nunca, en especial tras la publicación de un libro fundamental para el estudio de la *Pietas Austriaca*, cuyo título era *Ferdinandi II. Romanorum Imperatoris virtutes*, escrito por el confesor del emperador Fernando II, el P. Lamormaini. Con él buscaba impulsar la piedad religiosa de su penitente, ensalzando al emperador como ideal de príncipe católico por encima del resto de príncipes cristianos, incluido el monarca hispano, por la estrecha relación y la defensa a ultranza que todo emperador —señalaba Lamormaini— había tenido con la Iglesia¹³⁷⁷. Este libro tendría gran éxito y se extendió por toda Europa a mediados del siglo XVII.

De la multitud de prácticas religiosas que propagó Fernando II, como parte del programa de la *Pietas Austriaca*, se dio especial relevancia a la devoción de la Eucaristía. Ya en el Concilio de Trento, durante la sesión XIII, la presencia real del cuerpo de Cristo en la Eucaristía (la transustanciación) fue tema central de la asamblea, en oposición a los protestantes. Desde Trento, la recepción de la comunión fue considerada un instrumento fundamental de lucha de la Iglesia católica frente al resto de confesiones. Es preciso recordar aquí la importancia que los reformadores italianos como Felipe Neri, seguramente el más influyente en la ideología de Roma, dieron a la frecuente comunión y al rezo de las “cuarenta horas” delante del Santísimo. Los jesuitas que luchaban por esta renovación católica que defendía Neri, también dieron especial importancia a la adoración de la Eucaristía. Entre ellos cabe destacar al propio general de la Orden, el P. Muzio Vitelleschi, quien junto a sus hermanos Marco Antonio y Marcello, de familia noble romana, formaron parte del círculo espiritual de Felipe Neri, llegando a mantener una relación muy estrecha con el fundador de la Congregación del Oratorio. De este modo, el P. Muzio Vitelleschi, cuando fue elegido general de la Orden jesuita, tenía muy asimilado el valor del sacramento eucarístico, y no dudó en adoptar esta defensa de la Eucaristía como propia para la Compañía¹³⁷⁸. De modo que fue con este autor cuando triunfó la ideología de Borromeo y su círculo de jesuitas “reformadores” del norte de Italia, mientras que con Aquaviva se había puesto límites a esta radicalidad religiosa. Ahora, con Vitelleschi, en el teatro jesuítico el cuerpo de Cristo aparecía como tema central de las obras que se representaban en los colegios jesuíticos. Ciertamente, no fue hasta el siglo XVII cuando la adoración del Santísimo influyó en la política de los príncipes tomando tintes tan radicales; comenzaron a promoverse por todo el territorio católico

¹³⁷⁷ W. LAMORMAINI: *Ferdinandi II. Romanorum Imperatoris virtutes*, Viena 1638.

¹³⁷⁸ L. PONNELLE y L. BORDET: *Saint Philip Neri et la Société romaine de son temps (1515-1595)*, París 1929, pp. 454-455.

las “cuarenta horas” de devoción a la Eucaristía y se multiplicaron el número de confraternidades dedicadas a la Eucaristía, al igual que las procesiones del *Corpus Christi* tomaron un protagonismo primordial en el ceremonial de las cortes católicas.

De este modo, la casa de los Habsburgo, tanto en su vertiente hispana como austriaca, comenzó a tener una relación especial por la Eucaristía ¹³⁷⁹, cuya relevancia puede observarse en el libro *Austriaci Caesares*, publicado en Milán en 1649 por el jesuita italiano Horstensus Pallavicini ¹³⁸⁰. Esta adoración de los Austrias por la Eucaristía se conocía como *Pietas eucharistica*, la cual formaba parte de todo el programa religioso de la *Pietas Austriaca*. A través de la veneración del viático, el emperador Fernando II y Felipe IV renovaban un vínculo particular con el conde Rodolfo IV, fundador de la grandeza de la dinastía de los Habsburgo. Dicho conde se convirtió en modelo de la casa de Austria, ya que él mostró que la adoración de la custodia daba gracia divina a la dinastía. El mito devoto de Rodolfo relataba como el conde iba de caza con su séquito y en el camino se encontró a un clérigo que intentaba bordear un río para llevar el viático a un enfermo. Entonces Rodolfo, al verlo, descendió de su montura, veneró la sagrada forma y ofreció su caballo al sacerdote, al que acompañó en su camino. En ese momento, el clérigo auguró al conde que llegaría a ser emperador, y que Dios honraría a su linaje con grandes glorias, como él había honrado al Santísimo Sacramento. Poco tiempo después, las palabras del sacerdote se cumplieron y el conde se convirtió en el emperador Rodolfo I, iniciando así la saga de emperadores de la casa de Austria.

Otras crónicas explicaban con mayor precisión este providencialismo del conde Rodolfo, pues parece ser que aquel sacerdote al que dejó su montura en el bosque para llevar el viático se encontraba presente en la posterior elección de emperador, como secretario del arzobispo elector de Maguncia, el cual convenció al resto de electores de las virtudes del conde de Habsburgo y de su devoción al Santísimo Sacramento, saliendo finalmente elegido Rodolfo como Emperador de Romanos ¹³⁸¹. Sea como fuere, esto tuvo una importante interpretación y era que, por medio de la adoración al cuerpo sacramentado de Cristo por parte del

¹³⁷⁹ A. WANDRUSZKA: *Gli Asburgo*, Milán 1993, p. 117.

¹³⁸⁰ H. PALLAVICINO, S.I.: *Austraci Caesares Maria Anno Austriaco potentissimo hispaniarum regino in dotale avspicivm exhibiti*, Milán 1649 (BNE, R/15461).

¹³⁸¹ Lo recordaba Francisco JARQUE en su *Sacra consolatoria del tiempo, en las guerras, y otras calamidades públicas de la Casa de Austria, y Católica Monarquía. Pronóstico de su restauración, y gloriosos adelantamientos*, Valencia 1642, p. 153 (BNE 3/41474)

conde de Habsburgo al viático, y su reverencia a la Iglesia (simbolizada en la figura del eclesiástico), la casa de Austria fue la elegida por la divinidad para las mayores glorias terrenales. En tiempos del conde Rodolfo, el papa Urbano IV institucionalizó la fiesta del *Corpus Domini* en el año 1264 como fiesta de la Iglesia universal, en el mismo año en que Rodolfo se encontró al sacerdote. Según el estudio de Anna Coreth sobre la *Pietas Austriaca*, la primera crónica franciscana que relató este suceso fue en 1340, cuando Rodolfo I había fallecido en 1291. Ciertamente, si no es seguro que ocurriese en realidad este hecho del conde Rodolfo, lo que no se puede negar es que se vinculó intencionadamente con la fiesta del *Corpus Domini* en 1264¹³⁸². De este modo, aparecía un Rodolfo piadoso y devoto, que ya no era más un guerrero; se creaba así un nuevo modelo para los reyes Habsburgo y esta leyenda aparecería como ejemplo de piedad tanto en la obra *Della Ragion di Stato* de Botero como en los *Monita et exempla politica* escritos por Justo Lipsio.

De esta interpretación renacía en el siglo XVII la relación especial entre los Habsburgo y la Eucaristía. La recepción frecuente de la comunión por el emperador y su séquito llegó a ser un signo público de las celebraciones festivas. Fernando II obligaba a toda la corte de Viena a asistir a la procesión del *Corpus Christi*, encabezada por él mismo, quien multiplicaba las ocasiones de mostrar su piedad eucarística, como símbolo de la unidad confesional católica, y por cuya afirmación el emperador combatió en la larga guerra desencadenada tras la defenestración de Praga¹³⁸³. La propia ceremonia celebrada en la capital era repetida en cada territorio del dominio de la casa de Austria como si el emperador estuviera presente. Por su parte, el P. Lamormaini en su libro sobre las virtudes de Fernando II, explicaba la continua veneración del emperador a la Eucaristía, quien pasaba horas y horas rezando ante el Santísimo para que le colmara de gloria.

Un acto devoto, la leyenda de Rodolfo I, que justificó el poder de la casa de Austria, pero que escondía un gran simbolismo, especialmente para la línea hispana; recordaba a Felipe IV que el poderío de los Austrias residía en la línea sucesoria del Imperio, comenzando por su primer emperador Rodolfo, y ensombreciendo el pasado liderazgo de la Monarquía hispana durante el siglo XVI. Durante el transcurso de la Guerra de los Treinta Años, la Monarquía hispana renunció a ser universal, era, por tanto, el momento oportuno para que el pontífice y el

¹³⁸² A. WANDRUSZKA: *Gli Asburgo*, op. cit., p. 37.

¹³⁸³ P. KLÉBER MONOD: *The Power of Kings Monarchy and Religion in Europe 1589-1715*, New Haven y Londres 1999, p. 88; J. DUINDAM: *Vienna e Versailles. Le corti di due grandi dinastie rivali (1550-1780)*, Roma 2004, pp. 188-200.

emperador impulsaran el liderazgo del Imperio, siempre obediente a Roma, y para esto se repitió el mito de Rodolfo hasta la saciedad durante todo el reinado de Felipe IV y Carlos II. Pero además, para el caso de la Monarquía hispana, esta nueva ideología austríaca sirvió para algo más importante; se buscaba resaltar la imagen piadosa de la casa de Austria en su conjunto, se aumentó la fe en la Eucaristía y se utilizó la leyenda de la devoción del emperador Rodolfo I, y todo ello, con un objetivo claro: hacer desaparecer las antiguas tradiciones de carácter “particular” que justificaban la expansión de la Monarquía castellana de Felipe II en el poderío de los reyes visigodos. Con lo que, la idea “castellana” del origen de los Habsburgo, fomentada por los apologistas del reinado de Felipe II, basado en sus orígenes godos, desaparecía con Felipe IV¹³⁸⁴. A partir de entonces, se impuso el nuevo discurso legitimador de la Monarquía centrado en la casa de Austria, que la subordinaba a los intereses políticos de la Iglesia, terminando así con la ideología castellana de los “godos”. Con Felipe IV, el modelo de Rodolfo debía servir como paradigma de perfecto príncipe, porque aparecía un rey que, más que mantener una buena relación con el Papado, debía postrarse ante Cristo y servir a la Iglesia como lo hizo Rodolfo I en su momento. Sirvió además, para unir ambas ramas de la dinastía de los Austrias bajo una misma devoción, la Eucaristía, de modo que la rama de Madrid dejaba de considerarse superior a la de Viena, como sucedió durante todo el siglo XVI¹³⁸⁵. Asimismo, como la leyenda fijó, Rodolfo, tras ser proclamado emperador, comenzó a fundar iglesias y conventos, recopilar reliquias, y celebrar la adoración del Santísimo, lo mismo debía hacer Felipe IV si quería obtener la gracia divina¹³⁸⁶. De forma que en el siglo XVII se enterraban al fin los enfrentamientos que Carlos V y, sobre todo su hijo, Felipe II, habían tenido con los pontífices en el campo político, que en su momento sirvieron para reforzar el poderío temporal y una cierta independencia religiosa de los monarcas hispanos respecto a Roma.

¹³⁸⁴ Sobre el “goticismo” que, en tiempos de Felipe II, sirvió para fundamentar la identidad de la Monarquía hispana sobre el reino castellano, A. REDONDO: *Revisitando las culturas del Siglo de Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*, Salamanca 2007, pp. 49-50; J. M. DEL ESTAL: “Culto de Felipe II a San Hermenegildo”, *La ciudad de Dios* 77 (1961), pp. 523-552; F. MÁRQUEZ VILLANUEVA: “Trasfondos de *La Profecía del Tajo*. Goticismo y Profetismo”, en V. GARCÍA DE LA CONCHA y J. SAN JOSÉ LERA (eds.): *Fray Luis de León. Historia, Humanismo y Letras*, Salamanca 1996, pp. 423-450.

¹³⁸⁵ J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El triunfo de Roma. Las relaciones entre el Papado y la Monarquía católica durante el siglo XVII”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. RIVERO RODRÍGUEZ (coords.): *Centros de poder italianos en la Monarquía Hispánica*, Madrid 2010, vol. I, pp. 550-551.

¹³⁸⁶ A. WANDRUSZKA: *Gli Asburgo, op. cit.*, p. 86.

Lógicamente, la *Pietas Eucaristica* es menos conocida para el caso de los monarcas hispanos que para la rama imperial, por todo el programa piadoso que desplegó Fernando II. Los estudios sobre la piedad de los monarcas hispanos suelen centrarse en la figura de Carlos II, y en todo su entramado ceremonial imitando la actitud de Rodolfo I (como por ejemplo en enero de 1685, fuera de Madrid, cuando Carlos II cedió su carro a un sacerdote que llevaba la hostia), que ponía de manifiesto la devoción exagerada del rey “hechizado” hacia el sacramento de la Eucaristía¹³⁸⁷. Con todo, es preciso advertir que fue antes, con Felipe IV, cuando la atención al cuerpo de Cristo servía para justificar cualquier acto del monarca. Y no se puede entender si no es dentro del contexto de la Guerra de los Treinta Años. Si los ejércitos de la Monarquía católica vencían una batalla había sido porque el Santísimo había salido en procesión un día antes, o porque Felipe IV se había pasado horas rezando delante del Santísimo. No cabe duda que la devoción que Felipe IV mostró por el cuerpo de Cristo sacramentado fue una imitación de la piedad de la rama de Viena, en tanto en cuanto, con Fernando II, el Imperio recobró el liderazgo político y religioso de la casa de Austria.

Esta devoción a la Eucaristía, como no podía ser de otra manera, era fomentada desde Roma, pues colocaba a la Monarquía hispana dependiente de los designios divinos y, por lo tanto, el monarca debía obedecer los preceptos y decisiones del representante de Cristo en la tierra. Esto se ve claramente en multitud de sucesos, entre los que habría que destacar uno: la colocación del Santísimo Sacramento en la capilla del palacio real, promovida por el confesor del Conde Duque, el P. Francisco Aguado, fiel aliado de Roma; de ahí el interés de Roma y del general de la Compañía por colocarle como confesor de Olivares en lugar del P. Fernando Salazar. De este modo, en la biografía del P. Aguado se cuenta como influyó este jesuita para que se colocara el cuerpo de Cristo en palacio, siendo ese día el más importante en la historia de la Monarquía hispana:

Una cosa hizo en este tiempo digna de su buen espíritu, que no es justo pasar en silencio, y fue la colocación del Santísimo Sacramento en la capilla real de palacio, la qual sucedió desta manera: las vezes que se detenía —el P. Aguado— en palacio por algún accidente, que no son pocos los que vienen sobre los palacios de los Reyes, se retirava a la capilla a lograrlos con Dios, que era su mas ordinaria ocupación: haziale mucha soledad la falta del Santísimo Sacramento; y con esta ocasión empezó Dios a despertar en su corazón un vivo deseo de que estuviesse siempre en aquel lugar, quando va la voluntad delante halla muchas razones el entendimiento para lo que desea, y assi las halló el buen Padre para su santo intento; tomo la pluma, y hizo un breve memorial, en que puso todas las razones,

¹³⁸⁷ Entre otros, A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Virtud coronada...”, *op. cit.*, p. 29.

y congruencias que se le ofrecieron para dar esta honra a la capilla real de palacio, y juntamente los inconvenientes que se experimentaban, y podían suceder por falta del Santísimo en ella, representándolos al Conde Duque de palabra, y hablo al Rey, y dióle su memorial el qual remitió al presidente de Castilla, al patriarca de las Indias, y a su confessor, juntaronse todos, confirieron la materia, y unánimes, y conformes aprobaron las razones del padre; y por voto de todos respondieron a Su Magestad, que era un pensamiento muy pio, y conveniente, y que como tal se devia executar: abrazo el Rey su parecer, y luego se dio orden de ponerle en execucion con la mayor solemnidad posible: aderezaronse la capilla, y los corredores de palacio riquissimamente: dispusieronse quatro altares en los quatro angulos, los mas curiosos, ricos y vistosos que se vieron en la corte: ordenose una procession solemnissima, acompañola el Rey con el príncipe su hijo, y con todos los Grandes, y consejeros de la corte, la Reyna con las damas, y señoras de honor salieron a recibirla a los umbrales de palacio: la missa dixo de pontifical el cardinal Espinosa en la parroquia de San Juan, desde donde se traxo el Santísimo con toda la solemnidad, y magestad posible: al entrar en palacio canto la música en nombre de los piadosissimos Reyes: *Domine non sum dignus, ut intres sub tectum meum*. Señor, no soy yo digno que V. M. entre en mi casa, fue la acción mas lustrosa, y el dia mas solemne que vio aquel real palacio, desde que se fundo hasta entonces: los Reyes quedaron consoladissimos con tal huésped, o por mejor decir viendo, y teniendo a Su Señor, y Creador dentro de las puertas de su casa, y todos los de su palacio gozosissimos, viendo en sus dias cumplido el bien de que avian carecido tantos siglos: dispusose un rico, y curioso camarín, para quando se reserva en la Semana Santa, que es de las piezas mas bien acabadas que tiene España, una rica, y bien labrada custodia para su guarda, y cada mes se le haze fiesta de quarenta horas, a que asisten los reyes, y todo su palacio, que cada dia crece en devoción deste divinissimo misterio: todo lo qual se debe a la devoción y diligencia de N. P. que despertó este santo pensamiento, y le llevo hasta el cabo con mucho fruto, y consuelo del real palacio, adonde confiamos en Dios mejorara este señor de capilla, haziendola tan sumptuosa, como pide su asistencia, que no es justo tenga alguno mejor aposento que Dios en los palacios de la tierra, pues los soberanos del cielo no son dignos de tenerle, y cortos a su grandeza para morar en ellos ¹³⁸⁸.

A partir de entonces, las frecuentes celebraciones de palacio en honor a la Sagrada Forma implicaban la presencia de las principales Órdenes religiosas. Así, en marzo de 1639, el jesuita P. Sebastián González informaba desde Madrid al P. Rafael Pereyra (procurador general de la provincia de Andalucía, quien se encargó de recoger las noticias más relevantes de la Monarquía, en un intento por

¹³⁸⁸ A. DE ANDRADE, S.I.: *Vida del venerable padre Francisco Aguado*, s. l. 1658, pp. 282-284; *BIHSI*, Fondo Antico, 16.A.

continuar la *Historia de España* de Juan de Mariana) sobre la implicación de los clérigos regulares en las fiestas del *Corpus*:

Ahora todo el cuidado de nuestros sacristanes está puesto en hacer un grandioso altar para la fiesta que S. M. hace cuando se pasa el Santísimo de San Juan á palacio. Dieron los altares, que son cuatro á los dominicos, franciscos, mercenarios y á la Compañía, todos á porfía, y hacen extraordinarias diligencias para buscar cosas para el adorno ¹³⁸⁹.

El relato continuaba con la gran fastuosidad con que la corte se recubría en una fiesta tan solemne y simbólica para una Monarquía que no escatimaba a la hora de honrar el Santísimo en la procesión del *Corpus*, en el que la Compañía se había ganado un lugar privilegiado en todo este ceremonial religioso ¹³⁹⁰. Para

¹³⁸⁹ El P. Sebastian González al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesús, en Sevilla, de Madrid, 7 de Marzo de 1639 en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XV (III) (1862), p. 190.

¹³⁹⁰ “El jueves pasado se colocó el Santísimo Sacramento en palacio [...] Dieron los operarios la posible, y se concluyeron todos los altares para cuando queria salir la procesion. Estaba colgado desde San Juan hasta el último altar de terciopelos y damascos; desde este altar á palacio estaba colgada la tapiceria de Túnez, que es de seda y oro. El portal de palacio y escalera estaba colgada con la tapicería del Apocalipsis. Enfrente estaban los reposteros de damasco colorado, ricamente bordados con las armas de S. M.; en el corredor hasta la capilla estaba la colgadura de los siete planetas, que es de las mas ricas piezas, por el arte y propiedad de las figuras, y estimacion en que S. M. la tiene, porque lo mas es oro y grande cantidad de perlas y otras piedras de mucho valor. Enfrente estaba otra no menos rica que trajeron de Portugal. La capilla tenia otras colgaduras, las mejores del Retiro; el retablo se habia renovado y acomodado. Púsose en él un tabernáculo grande de bronce dorado y plata, de estremada hechura; dicen pasa su valor de veinte y cuatro mil ducados. Los altares estaban ricamente adornados; los doseles, unos eran de brocado, otros de telas bordadas, lo mejor que hay en la corte.

La arquitectura de todos fué buena, si bien el nuestro se les aventajó. La riqueza y curiosidades, y el asco fué maravilloso, y en esto no fué nuestro altar inferior á ninguno. Despues dél lució mas el de los mercedarios. El de los franciscos descalzos era menor, mas tan aseado, que no habia en él cosa que no fuese muy aventajada; todas eran del oratorio de la Reina. El de los dominicos fué bueno, mas se entendió que habia de ser mejor segun las diligencias que pusieron en buscar materiales para él. [...] Acabada la misa salió la procesion; iban solos doce de cada religion con sus cruces y ciriales; luego se seguia la clerecia; á esta se seguian los predicadores de S. M. y capellanes. Luego venia el Santísimo Sacramento que le traia el Cardenal –Espinola– acompañado de dos capellanes de honor. Despues venian los títulos, y tras ellos diez y ocho grandes, y remataban la procesion S. M. y el Príncipe, que venia vestido de negro, cabos blancos, lindo á maravillas. En los altares habia juegos de chirimias que se correspondian los unos á los otros todo el tiempo que duró la procesion. Apenas se hubo esta acabado, cuando recelosos del tiempo no mudase, por parecer estaba para ello, las religiones

terminar, el P. Sebastián explicaba la necesidad que sentía el monarca por celebrar la fiesta del Santísimo, y el valor de las Órdenes religiosas que debían interceder con sus oraciones ante Dios para el buen suceso de la Monarquía católica:

S. M. agradecido al beneficio que Nuestro Señor le ha hecho, en dignarse de venir á su casa, escribió un billete de su mano propia al conde, ponderando esta merced y la obligacion que en ello le ponía de vivir con grande recato y edificacion, y que para esto necesitaba del ayuda de las oraciones de los religiosos, y del sufragio de las misas; que lo dispusiese de suerte que en todas las religiones se le dijese cada semana dos misas, porque Nuestro Señor le diese acierto en su gobierno y buena muerte. El papel original se había de copiar para remitirle al P. Aguado; si se lo envían, yo remitiré a V. R. un tanto dél, que es muy bueno ¹³⁹¹.

La alta nobleza no dudó en imitar la devoción real por la Eucaristía, tal y como informaban los jesuitas de Madrid al P. Rafael Pereyra sobre el duque de Medinaceli:

Pretende el duque de Medinaceli que se le dé permission para colocar el Santísimo Sacramento en su capilla, á imitacion de lo que ha hecho S. M.; bueno será, si lo consigue, que este príncipe es grande imitador de la real casa ¹³⁹².

O bien don Juan Francisco Alonso Pimentel y Ponce de León, X conde de Benavente, que realizaba una ofrenda al Santísimo en la casa profesa de Valladolid:

El conde de Benavente el día de Nuestra Señora de las Nieves hace en la casa profesa una grandiosa fiesta al Santísimo Sacramento, en recompensa de las injurias que le hizo el ejército francés en Flandes, de que habrá por allá suficiente noticia. Glorificado sea el Señor que en sí sufre tantos ultrajes: él guarde á V. R. como deseo ¹³⁹³.

quitaron sus altares. Gracias á Dios no nos ha sucedido desgracia ninguna considerable con tanta machina de cosas, como fueron las que se juntaron y tan ricas.

Prosigue la octava en la capilla real con sermón cada día. El jueves hay procesion por los corredores de palacio, y se hacen otros cuatro altares. Las Descalzas nos han encargado el suyo que saldrá muy bien”.

¹³⁹¹ P. Sebastián González al P. Rafael Pereyra. Madrid, 15 marzo de 1639 en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XV (III) (1862), pp. 194-197.

¹³⁹² Madrid, 10 de marzo 1639, en *Ibidem*, p. 191.

¹³⁹³ Valladolid, 21 de junio de 1635. El P. Juan Chacon al P. Rafael Pereyra, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIII (I) (1861), p. 193.

De este modo la Compañía de Jesús participó activamente en promover el arquetipo de la *Pietas Eucaristica* en la religiosidad de Felipe IV. Precisamente, en 1640, el P. Aguado sacaba a la luz su obra *Sumo Sacramento de la Fe, Tesoro Christiano*, dedicada a Felipe IV, en la que declaraba que el sacramento más importante era la Eucaristía. En ella se representaba claramente el dominio del Santísimo sobre la tierra, que extendía a través del resplandor de sus rayos, y como la familia Habsburgo, representada con el águila bicéfala, debía salvaguardar el dominio de Cristo como si fuera un “escabel a tus pies” (*scabellum pedum tuorum*). Custodiando a los lados se encontraban dos figuras femeninas: la alegoría de la Fe “quédate con nosotros Señor” (*mane nobiscum domine*) y la Justicia “cojo arma y escudo” (*aprehendo arma et scutum*).

Sin duda, es preciso analizar el contenido de este libro, por el valor de la obra y todo el simbolismo que le rodea, y porque además fue escrito en una fecha clave, 1640, año en que la Monarquía perdió Portugal y se estaba produciendo la revuelta catalana. Los motivos por los que escribió este libro, los señala el propio jesuita en su dedicatoria a Felipe IV:

Hallome obligado por no pocos titulos, a ofrecer a V. Magestad este pobre, y humilde trabajo, que he recogido de varios apuntamientos, que en el discurso de mi estudio he ido haziendo del misterio Augustissimo de la Fè, y Santissimo Sacramento del Altar. El primer titulo es, hallarme Predicador de V. M. indigno con verdad de tan honorifico renombre [...], el segundo titulo es la ocasión, en que sako a la luz esta obra, que es, quando con tan sabio consejo ha colocado V. M. este Santissimo Sacramento en su real capilla; accion sin duda, si no la mas, de las mas gloriosas, que en España ha tenido este Dios sacramentado. Quiso la divina Magestad servirse de mi, para representar las conveniencias, que esta accion tenia, las quales vistas por orden de V. M. se probaron, y parecieron eficaces, para que no faltasse del engaste de su real capilla aquella piedra preciosa, que avia de ser su ornamento y gloria. Y sacando en esta ocasión a luz este trabajo, me parecio punto de obligacion, dar impressas a V. M. las maravillas deste Augustissimo Sacramento, para que por ellas puede rastrear el bien, que ha llevado a su palacio. El tercer titulo es, la piedad tan grande, que en V. M. ha reconocido todo su Reyno, para este venerable Sacramento, heredada de todos sus esclarecidos Progenitores, los quales siempre reconocieron, debian sus Imperios a este Augustissimo Sacramento, y por esto le han dado eminentísimo culto como al Autor de su gloria ¹³⁹⁴.

Efectivamente la colocación del Santísimo en la capilla real era el motivo principal que había movido al P. Aguado a redactar su obra. Continuaba en la

¹³⁹⁴ F. AGUADO: *Sumo sacramento de la Fe. Tesoro del nombre christiano. A la S. C. R. Magestad del Rey N. S. D. Philipe IV el Grande*, Madrid 1640, f. 4r.

dedicatoria recordando al monarca la devoción que, desde siempre, había tenido la casa de Austria hacia el Santísimo:

La Augustísima Casa de Austria, como siempre ha reconocido, que debe a este Santissimo Sacramento el Imperio y la Corona, y a su culto el aumento de su poder; por esso se ha esmerado tanto en festejalle con grandiosas demostraciones de templos sumptuosos; de riqueza, ornato, y gruesas rentas, para que la honra de tan venerable Sacramento esté en el punto que merece. A todo lo qual ha ayudado V. M. magníficamente, y en la devocion, y piedad personal ha sobrevivido a sus insignes Progenitores; y atendiendo a esto, quise ofrecer a V. M. esta obra, no porque este escrita con erudición; sino por la calidad de la materia que trata¹³⁹⁵.

El P. Aguado aprovechaba para aconsejar a Felipe IV que, en momento de guerra, como era el enfrentamiento continuo con la Monarquía francesa, la separación de Portugal y la Guerra de los Segadores, en la que también era protagonista Francia, lo mejor era aliarse con Dios, entregarse a él y nada de confederarse con otro príncipe para que socorriese en caso de peligro ante el enemigo. Y si faltaban recursos, lo único que se podía hacer era abandonarse a Dios, que era quien verdaderamente daba y quitaba los mismos:

Y considerando, Señor, el aprieto en que V. M. de presente se halla combatido de tantas guerras, que le hazen enemigos de su corona, no puedo dexar de admirarme de la grande conveniencia, que ha sido traer a su palacio a quien puede acudirle con tantos socorros [...] Pues si es prudente consejo en un Principe, hazer pazes, y confederarse en tiempo de guerra, con quien pueda ayudalle, juntando sus armas con él; quanto mas lo será hazer liga, y confederación con Dios Emperador grande, y omnipotente, Dios de los exercitos, quebrantador de los mas sobervios poderes, y el que haze polvo las mas sangrientas guerras [...] Otro socorro muy necessario para la guerra es el dinero, sin el qual ni se pueden emprender batallas, ni menos sustentarse hasta conseguir las victorias, por ser el dinero la sangre, que dá vida, y aliento al exercito, y el que conquista los presidios, y dá posesión de los Reynos [...] Y siendo assi, que de los socorros de la tierra ninguno iguala al que dan la plata, y el oro, este depende tanto del cielo, que solo se le viene a las manos al Principe, a quien Dios quiere, y huye de quien el mismo Señor no se sirve le goze; assi pudo dezir el Señor: “Mío es el oro, y mia la plata, yo soy quien doy prospero viage a las flotas, y quando quiero, hago que se vayan a pique, o las den caza las enemigas armadas”. Qualquier buen sucesso es debido al Principe, que haze liga, y se confedera con Dios¹³⁹⁶.

¹³⁹⁵ F. AGUADO: *Sumo sacramento de la Fe...*, *op. cit.*, f. 4v.

¹³⁹⁶ *Ibidem*, ff. 5v-6r.

A continuación, el confesor de Olivares no tenía ningún reparo en aconsejar a Felipe IV que su mejor consejero, y el único que debe tener desde ahora, debía ser el Santísimo que estaba colocado en la capilla real. Efectivamente, poco le importaba su penitente, el Conde Duque, en estas palabras al monarca:

Ha traído V. M. a su Real palacio al Consejero admirable, que teniendole tan cerca por huésped, y morador, correrà por cuenta suya, alumbrar el entendimiento de V. M. y mover su coraçon, y gobernar sus consejos, para que ni emprenda guerra, que no sea gloria de Dios, ni la sustente, y lleve adelante, sino fuere quando le obligare la justificación de la causa. Con este empeño ha querido este Señor hospedarse, y vivir en el Real palacio ¹³⁹⁷.

Lo más importante para aliarse con Dios, que era el único que podía dar la victoria, era rezar frecuentemente, como hacía el monarca. Si quería que todo volviera a su cauce, debía dedicarse a la oración como si de un clérigo, y no un monarca, se tratase:

Otro medio de confederacion, y liga es la oracion, por medio de la qual nos entregamos a Dios, y unimos con èl, y Dios nuestro Señor toma por su cuenta, pelear por aquellos, que se quieren valer de esta ayuda. [...] No le falta a V. M. esta diligencia, pues en todas ocasiones se muestra Principe tan religioso, valiendose tan a tiempo de los sacrificios, y oraciones de todos sus Reynos, mandando tan prevenidamente a Iglesias, Religiones, Prelados, y Superiores, que procuren con toda eficacia clamar al cielo, para que la Religion sea defendida, y en todo prevalezca la gloria de Dios. Para este mismo fin ha ordenado V. M. se diga un numero innumerable de Missas en los principales Santuarios de Europa, para satisfacer, y honrar a nuestro Señor, y obligar a su divina clemencia, e impetrar de su misericordia feliz sucesso en sus guerras ¹³⁹⁸.

La misión providencial del Imperio y de la Monarquía católica de la que hablaba el P. Aguado tenía como telón de fondo la Guerra de los Treinta Años. En este sentido, hubo una batalla que marcó un punto de inflexión en la propaganda política de la casa de Austria. El 4 de septiembre de 1634 se produjo la victoria de Nördlingen, en la que las tropas hispanas junto a las imperiales vencían a las suecas, acabando con el dominio sueco en el sur de Alemania ¹³⁹⁹.

¹³⁹⁷ F. AGUADO: *Sumo sacramento de la Fe...*, *op. cit.*, f. 7r.

¹³⁹⁸ *Ibidem*, ff. 8v-9r.

¹³⁹⁹ J. ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO: *España, Flandes y el Mar del Norte...*, *op. cit.*, pp. 340-343.

De este modo lo relataban los jesuitas ¹⁴⁰⁰:

A 4 de Setiembre se hallaron el rey de Hungría y el Infante Cardenal juntos en la Suevia, y muy cerca de dos ejércitos enemigos, cuyos capitanes eran Gustavo Horne y Bernardo Guimar (Weymar): este de la casa de Sajonia y aquel hermano del Sueco. Estos venian á estorbar el paso al Infante Cardenal, el cual oido su consejo se acercó á ellos, y á 5 de Setiembre comenzó á escaramuzar, no llevando al principio lo mejor. Advirtiéndose que importaba hacerse señores de una montañuela, que estaba cerca; enviaron el Rey y Príncipe aquella noche gente, y al P. Camassa de nuestra Compañía, catedrático de este Colegio, grande ingeniero, el cual hizo aquella misma noche una fortificacion notable (confesor del marqués de Leganés, general de las milicias). A la mañana, viendo el enemigo la mejora de los nuestros, acometió á la fortificacion y fueron rebatidos; mas viendo ellos la importancia, le dieron quince asaltos en que perdieron mucha gente, y viendo los nuestros que era tiempo, acometieron y desbarataron al enemigo, que luego desapoderadamente comenzó á huir. Siguieron los nuestros el alcance por tres leguas; murieron diez y seis mil infantes y seis mil caballos de los enemigos; tomáronse noventa piezas de artillería y municiones, todo el bagaje, doscientas banderas y pendones, y lo que mas es, prendieron á Gustavo Horne y á muchos otros capitanes y algunos papeles de importancia, y con esta victoria se esperan buenos efectos.

El Infante anduvo muy dentro de la pelea, que mató una bala á un caballero que estaba á su lado, y le detuvo el Infante no cayese del caballo hasta que llegaran otros. Ha dicho S. M. que en aquesta ocasion gustara de ser el Infante, su hermano.

Esta victoria del Cardenal Infante y del marqués de Leganés junto con el archiduque Fernando de Habsburgo (futuro emperador Fernando III), sirvió para ensalzar con especial énfasis la fortaleza de la casa de Austria. Tanto es así que los jesuitas, en la misma misiva, no perdieron la ocasión para relatar un episodio de la piedad de Felipe IV que recordaba el acto devocional del mito de Rodolfo I:

Aquí en todas las iglesias se han dado gracias á Nuestro Señor, y se ha hecho muy bien en todas nuestras casas. Su Magestad fué á darlas el domingo á Nuestra Señora de Atocha, á caballo, muy de librea, y muy galan y jovial, acompañóle toda la corte, sus criados, grandes, títulos, y gran número de gente todos de gala; despues de S. M. iba el Nuncio y los embajadores de Francia y de Génova; á estos seguian la carroza rica y otras dos vacías, y algunos caballos todos de respeto.

¹⁴⁰⁰ Carta del P. Francisco de Vilches al P. Rafael Pereyra, escribe esta carta para informar de la victoria de Nördlingen en octubre de 1634. Madrid, 3 de octubre de 1634, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *“Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...”*, op. cit., vol. XIII (I) (1861), pp. 101-103.

Llegó á Atocha; se dijo el *Te Deum* &c., acabóse á mas de las siete de la noche. A la vuelta, junto á San Sebastian, encontró S. M. con el Santísimo Sacramento, que iba á una enferma; apeóse, adoróle de rodillas, y siguióle acompañando y todos los demas. Era la casa muy lejos; entraron los grandes, Nuncio y embajadores, y no fué poco, porque era una pobre casa: S. M. quedó fuera. Al dueño hizo merced de darle plaza de su guardia, y á la enferma una limosna; volvió acompañando al Santísimo hasta San Sebastian, y allí tomó el caballo, y volvió á palacio; las calles como á medio día con muchas luminarias y hachas. Acabóse la fiesta á las diez, mas no la alegría y esperanzas de mejorar cada día las cosas de Alemania y Flandes, donde hubo una refriega en el cerco de Mastroque en que fué herido, aunque poco, el duque de Lerma; murieron trescientos enemigos y ninguno de los nuestros¹⁴⁰¹.

Ciertamente no fue el único Austria que imitaría la adoración del Santísimo, y el propio Cardenal Infante repetía el acto en Flandes, donde llevó esta tradición, tal y como informaban los jesuitas en abril de 1635:

El señor Cardenal Infante, topando un día al Santísimo Sacramento que venían de dar á una pobre viuda, con solas dos hachas y un clérigo, le fué acompañando á pié y descubierto, con hacer muy buen frio; y mandó trajesen luego cuarenta hachas, las cuales sirvieron en la jornada y se dieron á la parroquia para otras ocasiones, y á la enferma la envió cien reales de á ocho, sabiendo su necesidad. Han quedado espantados y edificadísimos los flamencos de esta acción¹⁴⁰².

Asimismo, el marqués de Leganés, don Diego Messía, primo del conde duque de Olivares, y protagonista indiscutible de la victoria de Nördlingen, quiso glorificar esta victoria que era de la casa de Austria en su conjunto, colaborando la rama imperial con la hispana. La mejor manera que encontró el marqués fue regalar un cuadro a Felipe IV. En concreto se trataba del lienzo *Acto de devoción de Rodolfo I* pintado entre 1616-1620 por el maestro flamenco Peter Paul Rubens y el paisajista Jan Wildens. La pintura representaba al todavía conde Rodolfo llevando en su caballo a un sacerdote que portaba el viático. Don Diego Messía, que era un gran coleccionista de la pintura italiana y flamenca, encargó este cuadro para halagar al monarca. La pintura le gustó tanto a Felipe IV, que dio orden de colocarla en el Alcázar Real, en el llamado “cuarto de verano”

¹⁴⁰¹ P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIII (I) (1861), pp. 101-103. El subrayado es nuestro.

¹⁴⁰² Madrid, 24 de abril de 1635. El P. Sebastián González al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesús, en Sevilla, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIII (I) (1861), p. 172.

(hoy día el lienzo forma parte de la colección del Museo del Prado)¹⁴⁰³. Este cuadro establecería el modelo plástico en el que se fijó este ritual dinástico y la importante ubicación del cuadro que eligió Felipe IV, ayuda a comprender mejor el papel de esta leyenda en la ideología religiosa y política del monarca hispano y su devoción del Santísimo¹⁴⁰⁴, toda vez que la victoria de Nördlingen era atribuida a la protección de la Eucaristía.

Ciertamente, en Flandes, los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia, tíos de Felipe IV y del Cardenal Infante Fernando, defendieron siempre una radicalidad religiosa y una devoción extrema por la Eucaristía que, como ya se ha podido comprobar, luego continuó el Cardenal Infante como gobernador de los Países Bajos. En 1626, la infanta Isabel encargó a Rubens que pintara unos cartones en honor al Santísimo Sacramento que, después, destacados tejedores holandeses como J. Raes se encargaron de transformar en elaborados tapices de gran tamaño. Un año más tarde, la infanta regalaba a las Descalzas Reales de Madrid estos tapices bajo el título *La apoteosis Eucarística*, que cuelgan todavía hoy de las paredes del convento. Fue un regalo a las religiosas clarisas que la habían criado en el convento, donde pasó largas horas al día, sobre todo con su prima sor Margarita de la Cruz, que todavía permanecía en las Descalzas¹⁴⁰⁵. Y es que desde la espiritualidad descalza se impulsaba esta radicalidad religiosa manifestada en una devoción exagerada de la casa de Austria por el sacramento de la Eucaristía.

Después de dar gracias por la victoria de Nördlingen, Felipe IV repitió el acto de devoción de Rodolfo I en otras ocasiones. Una de las más importantes fue durante el asedio de Breda —en plena guerra de Flandes— que comenzó el 23 de julio de 1637, cuando las tropas holandesas, bajo el mando de Federico Enrique de Orange-Nassau, y con ayuda de las francesas, trataron de sitiar la ciudad. Pero es que, además, desde el 21 de agosto de 1637 se estaba produciendo la violenta revuelta de campesinos en Évora contra el dominio castellano, que se extendió por todo el Algarbe portugués y que fue motivada por el aumento de impuestos y

¹⁴⁰³ F. CHECA y J. SÁENZ DE MIERA: “La corte española y la pintura de Flandes”, en F. CHECA (ed.): *El Real Alcázar de Madrid...*, *op. cit.*, pp. 232-234; M. C. VOLK: “Rubens in Madrid and the Decoration of the King’s summer apartments”, *The Burlington Magazine* 123 (1981), pp. 513-529.

¹⁴⁰⁴ V. MÍNGUEZ: *Los reyes solares: iconografía astral de la monarquía hispánica*, Castellón de la Plana 2001, pp. 299-300.

¹⁴⁰⁵ E. TORMO Y MONZÓ: “La apoteosis eucarística de Rubens: los tapices de la Descalzas Reales de Madrid”, *Archivo Español de Arte* 49 (1942), pp. 1-26; E. TORMO Y MONZÓ: “La apoteosis eucarística de Rubens: la subserie segunda de los tapices eucarísticos de la Descalzas”, *Archivo Español de Arte* 54 (1942), pp. 291-315.

sisas, como el real de agua, en un momento de malas cosechas¹⁴⁰⁶. En esta situación crítica, con dos frentes abiertos, Felipe IV no dudó en repetir el acto de devoción al Santísimo. Ahora bien, si el asedio de Breda duró unos tres meses, Felipe IV se cruzó con el viático un 21 de septiembre de 1637, precisamente cuando más en peligro estaban los tercios españoles por el feroz ataque de sus enemigos, al mismo tiempo que la “sedición de Évora” comenzaba a extenderse por el sur de Portugal. Esta vez, un devoto Felipe IV al anochecer, y soportando el frío y la fuerte lluvia, y “con unos lodos á media pierna”, acompañaba al Santísimo a la casa de un pobre tendero, y es que la ocasión la merecía, pues las noticias que llegaban de Breda eran nefastas¹⁴⁰⁷. Aquel día, el monarca regresaba a palacio:

mas contento de verse lleno de lodo por servir á nuestro Señor, que por ser rey de España. Ha sido cosa que ha parecido notablemente bien, y se espera lo ha de dar Dios mercedes grandes por el grande respeto y reverencia que tiene en todas ocasiones al Santísimo Sacramento, que ha sido el que ha dado el lustre que hoy tiene su casa.

Efectivamente, con esta reverencia ante el viático, Felipe IV esperaba la gracia divina para sus tropas en Breda, por ser uno de los bastiones más importantes de los Países Bajos¹⁴⁰⁸. No obstante, días más tarde, el 6 de octubre, la guarnición

¹⁴⁰⁶ Ver R. VALLADARES: “La Monarquía católica y la pérdida de Portugal: guerra, bloqueo, política y propaganda, 1640-1668”, en W. THOMAS (coord.): *Rebelión y resistencia en el mundo hispánico del siglo XVII: Actas del Coloquio Internacional Lovaina, 20-23 de noviembre de 1991*, Lovaina 1992, pp. 95-107.

¹⁴⁰⁷ Una visión general del conflicto en G. PARKER: “Spain, Her Enemies and the Revolt of the Netherlands 1559-1648”, *Past & Present* 49 (1970), pp. 72-95.

¹⁴⁰⁸ Todo el episodio lo relatan los jesuitas de la siguiente manera: “Ayer hubo una gran tempestad de agua que á varias horas llovió furiosamente. La última fué al anochecer, viniendo SS. MM. del campo. Al entrar por la Piora, vió venir el Santísimo Sacramento, y apeándose del coche, y mandando á los pajes que iban con seis hachas fuesen acompañando al Santísimo, S. M. se fué con él lloviendo á ratos, y con unos lodos á media pierna. Solo le acompañó el Almirante y los demas criados se quedaron con la Reina. La distancia que anduvo fué hasta cerca de la calle Mayor, á una casa de un pobre tendero. Quedóse S. M. á la puerta, haciendo reverencia al Santísimo Sacramento, en el lodo, al entrar en la casa, y lo mismo fué al salir. Como el Almirante vió la apretura con que S. M. iba sin ser conocido, y los grandes lodos metiéndose por ellos, por ser ya oscuro, hizo viniese un paje con una hacha á alumbrarle. Llegó á Santiago, donde era la parroquia, y encerrando al Santísimo Sacramento ya habian llegado mas hachas de palacio y un coche. Mandó se diesen a la iglesia, y con sola una que le alumbró se metió en su coche, y dió la vuelta á palacio; mas contento de verse lleno de lodo por servir

española no pudo resistir el ataque y pidió firmar su rendición para poder retirarse de Breda que, a partir de entonces, pasó a manos holandesas. Con todo, sí consiguió aplacar el otro frente, enviando al ejército castellano que en pocos meses acabó con la sublevación de Évora, pero que no pudo frenar el ambiente de malestar en Portugal que antecedió, en pocos años, a la guerra de restauración del reino.

De este modo, el reinado de Felipe IV se presentaba entonces como el triunfo de la Eucaristía, símbolo del propio triunfo de la Iglesia, y la implantación definitiva de aquella renovación católica que partía de Roma y fue extendida por reformadores italianos como Felipe Neri o el cardenal Carlos Borromeo. Prueba de este triunfo fue la implantación en las iglesias españolas del rito de las “cuarenta horas” que surgió de los grupos de presbíteros reformados italianos de la segunda mitad del siglo XVI. Los jesuitas se hacían eco en sus cartas de la buena acogida del pueblo español hacia esta ceremonia religiosa:

Aquí se han hecho con notable concurso de gente las cuarenta horas, acudiendo tanta, tarde y mañana, que por no caber en la iglesia y claraboyas se volvian muchos. Es de grande edificacion ver el gusto con que asiste tanta gente delante del Santísimo, y el silencio y reverencia que todos tienen. ¡Dios sea alabado, que en tiempo tan ocasionado á divertimientos, tiene tantos que gusten de privarse aun de los lícitos y buenos por asistirle y servirle!¹⁴⁰⁹.

En este sentido, el propio Felipe IV no dudaba en recurrir a las “cuarenta horas” en caso de peligro, tal y como ocurrió con la sublevación de Cataluña, durante la jornada del rey en el verano de 1643.

A primero de este partió S. M. de Madrid para Tarazona, y las jornadas las hace mayores de lo que primero se entendió. Va á la ligera; créese hay alguna inteligencia secreta, si bien los enemigos obran lo que pueden. Deja orden para que el tiempo que estuviere ausente esté el Santísimo descubierto continuamente, haciendo cuarenta horas en todas las iglesias y conventos de Madrid, por su tumor,

á nuestro Señor, que por ser rey de España. Ha sido cosa que ha parecido notablemente bien, y se espera lo ha de dar Dios mercedes grandes por el grande respeto y reverencia que tiene en todas ocasiones al Santísimo Sacramento, que ha sido el que ha dado el lustre que hoy tiene su casa” [Madrid, 22 de septiembre de 1637, P. Sebastián González al P. Rafael Pereyra de la Compañía de Jesús en Sevilla, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIV (II) (1862), pp. 194-195].

¹⁴⁰⁹ De Madrid, 21 de febrero de 1640. Sebastián González al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesús, en Sevilla, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XV (III) (1862), p. 414.

conforme al papel que va con esta. La diligencia en acudir á Dios siempre es útil, y la primera que se debe hacer, mas no deben omitirse las demás ¹⁴¹⁰.

4.3.3. *La capilla real, guía de la ideología religiosa*

La nueva ideología religiosa que Roma impuso en los reinados de Felipe III y Felipe IV se reflejaba claramente en la tratadística política del momento. Frente al siglo XVI, especialmente durante el reinado de Felipe II, plagado de escritos regalistas que justificaban la invasión jurisdiccional de la Monarquía sobre la Iglesia, se pasó, en el siglo XVII, a tratados políticos que justificaban la intromisión de Roma, no sólo en las cuestiones eclesiásticas de la Monarquía, sino también en su actuación política ¹⁴¹¹, y, al mismo tiempo, los tratadistas dedicaban su obra al monarca para que educara al joven príncipe en dicha ideología. Este sometimiento de la Monarquía a los intereses de la Iglesia se argumentaba a través de tres cuestiones fundamentales, que aparecen en casi todos los tratados del siglo XVII: el temor a la ira de Dios por la mala defensa de la fe, la identificación de la Monarquía católica con el antiguo pueblo de Israel y la devoción de la dinastía de los Austrias al Santísimo Sacramento. Estas tres ideas se repiten y se entrecruzan en la mayoría de los tratados políticos del siglo XVII, pero al final encubrían la misma intención: la subordinación de la Monarquía a la Iglesia.

De este modo, a finales del reinado de Felipe III destacaban apologistas de la Monarquía y cronistas reales como fray Juan de Santamaría, franciscano descalzo, capellán de Felipe III que escribió su *Tratado de República y policia christiana. Para Reynos y príncipes, y para los que en el gobierno tienen sus veces* (1615). En dicha obra señalaba que lo que más importa en el gobierno de un príncipe católico era que:

los reyes mantengan la fe, y religión, la conserven, y aumenten en todos sus reynos, y provincias; y que para esto es muy necessaria la obediencia, y respeto a los Sumos Pontífices Romanos.

¹⁴¹⁰ P. Sebastián Gonzalez al P. Rafael Pereyra de la Compañía de Jesús en Sevilla. Madrid, 7 de julio de 1643 en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *“Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...”*, op. cit., vol. XVII (v) (1863), pp. 145-146.

¹⁴¹¹ Destacan, entre otros, los tratadistas regalistas del siglo XVI Diego de Simancas, Covarrubias, Gonzalo Suárez de Paz o Juan Roa Dávila. Su estudio en J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Las élites urbanas castellanas y la casa real durante el siglo XVI”, en F. J. ARANDA PÉREZ (coord.): *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, Cuenca 2005, pp. 100-104.

Asimismo, el religioso descalzo le recordaba la devoción de la casa de Austria a la Santa Sede, por lo que aconsejaba al monarca que debía estar:

por todo subyeto, y obediente a la Santa Sede Apostolica Romana, y al Vicario de Christo, que en su lugar la gobierna, sin superior en la tierra a quien los Reyes, y todas las gentes della deven respeto, humillación, y reverencia; amparandola, y acatandola, y reverenciandola, según como lo debe hazer qualquiera catolico Rey, y principe Christiano, procurando evitar las contiendas y dessenciones con el: porque como en este mundo visible suelen suceder grandes enfermedades, y otros males, quando ay oposición, o eclipse del Sol y la Luna; asi quando las lumbreras de la Republica temporal se oponen al Sol, quiero dezir, al Sumo Pontifice, que es la cabeça, y lumbrera del mundo espiritual de la Iglesia Catolica, y Republica Christiana, resultan grandes daños a todas partes. Los Reyes de España (como tan catolicos) se han aventajado siempre en esta obediencia, como lo dize el glorioso San Geronimo, hablando de la nacion Española: “*Romana Sedisuntobsequentissimi*”. Y el obispo de Palencia don Rodrigo en su historia dize, que por esto se avia conservado en España la sucesión real, sin mezcla de gente estraña, en setenta y dos generaciones que avian passado desde los Godos hasta el rey Enrico Quarto, en cuyo tiempo el la escribió, y despues fue Dios servido que se juntasse con la casa de Austria, tan esclarecida por su grandeza, y por la piedad, devocion, y respeto que siempre tuvo a la Sede Apostolica, como se vio en Federico Tercero y Maximiliano su hijo, abuelos del Rey de España don Felipe II. En tiempo que otros principes de Europa faltaron a esta obligacion y respeto tan devido a los Romanos Pontifices.

Del mismo modo, fray Juan de Santamaría explicaba como, a lo largo de la Historia, la Monarquía hispana se había mostrado como la más fiel a los intereses de la silla apostólica, de modo que tendría grandes éxitos por la gracia divina, tal y como demostraban las Sagradas Escrituras¹⁴¹².

Los Reyes que en el pueblo de Israel mas respetaron al Sumo Sacerdote, governaron con mayor satisfacion, [...] se verifica muy bien en los Reyes, y Reynos que mas obedientes han sido a los Romanos Pontifices, porque a la medida de su obediencia, y respeto, los ha Dios levantado, y aventajado sobre los otros Reyes, y Reynos del mundo; y al contrario los desobedientes han sido abatidos, y desventurados.

Igualmente, Fernando Alvia de Castro, proveedor de la real armada, ejército y galeras del reino de Portugal, hijo de Andrés de Alvia, que había sido secretario del

¹⁴¹² *Tratado de República y policía christiana para Reynos y príncipes y para los que con el gobierno tienen sus veces. Compuesto por fray Juan de Santa Maria, religioso descalço, de la provincia de San Joseph, de la Orden de nuestro glorioso Padre San Francisco, Barcelona 1617, pp. 243r-244r (BNE 2/41638).*

Consejo de Guerra, escribió una obra titulada *Verdadera Razón de Estado. Discurso Político* (1616). A través de la historia de la Monarquía demostraba que:

[los] Príncipes que pelearon solo por la fee de Christo, su aumento y propagacion, con zelo verdadero y en gracia, obediencia y defensa de la Santa Sede Apostolica, tuvieron felicissimos sucesos, grandissimas victorias, con milagrosas y soberanas ayudas ¹⁴¹³.

Hasta tal punto era necesaria la sumisión de la Monarquía católica al Papa, que no dudaba en afirmar que “el Papa tiene auctoridad para castigar, y siendo necessario privar de sus Reynos a los príncipes desobedientes a la Sancta Yglesia Romana”. Para Alvia de Castro no era tan importante el poderío de una Monarquía como el respeto a la divinidad, siendo Dios el único que concedía la victoria en una batalla, y no las grandes milicias. Todo ello recurriendo a los ejemplos del Antiguo Testamento:

El mismo Josue a la hora de su muerte encargó mucho a los suyos el amor de Dios, y el cumplimiento de su ley sancta: con esto les dize, tendreis muy felices sucessos, y ninguno os resistirá. Quando vino Olofernes general del Rey Nabuchodonosor de Syria contra los Hebreos, y vio que los de Betulia se le querian defender, siendo mucho menos en numero que otras naciones que se le havian rendido, preguntó que gente era aquella, respondiolo Achior uno de los generales que traya (gentil era). Esta es gente por quien Dios ha peleado, entrando casi sin armas en las batallas: vencedora ha salido de muchas: siempre le ha sucedido esto no se apartando de su Dios, ley y culto divino, más todas las vezes que la dexó, vencida, despojada, muerta, y oprobio ha sido de sus enemigos. El mismo Dios está vozeando, el que me honrare le engrandeceré, y al contrario si me menospreciare. Desengaño verdadero para que se vea que el Principe que desea su conservacion y aumento, y alcançar felices sucessos, entienda no ay otro camino verdadero ni derecho para ello, y que solo la verdadera razon y materia de estado es el amor y temor de Dios, y el cumplimiento de su Sancta ley, con que ningun enemigo ni otra cosa prevalecerà en su daño ¹⁴¹⁴.

Otra de las estrategias que desarrolló Roma para conseguir la subordinación política y religiosa de la Monarquía a sus intereses, olvidándose de sus antiguas ideas religiosas “autonomistas”, fue promover el mito del emperador Rodolfo

¹⁴¹³ *Verdadera Razón de Estado. Discurso político de Don Fernando Alvia de Castro, proveedor de la Real armada y exercito del mar Océano, y de la gente de guerra, y galeras del Reyno de Portugal, por el Rey Nuestro Señor. Dirigido a Don Antonio de Zúñiga, comendador de Ribera, del consejo de guerra de Su Magestad, y su capitan general del mismo Reyno de Portugal*, Lisboa 1616, f. 27r-v (BNE 2/49983).

¹⁴¹⁴ *Ibidem*, ff. 70v-71r. El subrayado es nuestro.

mostrando la devoción de la casa de Austria a la Iglesia a través de la *Pietas Eucarística*. Los tratadistas que mejor reconstruyeron la leyenda de Rodolfo, demostraron la devoción que los Habsburgo españoles habían manifestado siempre al sacramento de la Eucaristía. Dichos cronistas reinventaron la hazaña del encuentro del monarca con el viático remontándola hasta Carlos V; el cual, en una jornada que caminaba por la plaza Mayor de Valladolid, tropezó con el viático y, apeándose del caballo, se hincó de rodillas en el lodo sobre la gorra que llevaba¹⁴¹⁵. Felipe II imitó el gesto de su padre, tal y como narraba el benedictino fray Juan de Salazar en su obra *Política Española* de 1619, obra que dedicó al príncipe, futuro Felipe IV, cuando Salazar era procurador de su Orden en Roma¹⁴¹⁶.

Salía su majestad un día –Felipe II– de secreto en una litera cerrada, por no ser visto ni conocido, y atravesando una calle, era forzoso encontrar con el Santísimo Sacramento que le llevaban a un enfermo, o echar por otra; y queriéndolo hacer los que guiaban la litera, como se suele hacer (y aun se tiene por particular repeto y cortesía), no lo consintió su majestad, antes como celador de la religiosa ley de estos reinos, establecida por sus píos progenitores, que manda que cualquiera de ellos, aunque sea príncipe o infante y el mismo rey, que encontrare en la calle al Santísimo Sacramento, esté obligado a hacerle reverencia, mandó parar la litera y saliendo de ella se arrodilló en medio del lodo (que había a la sazón hart) hasta que pasó el Señor, de que se edificaron infinito todos sus vasallos y reinos. De su hijo el rey Felipe III, nuestro señor, mejor será callar, pues consta al mundo el celo que tiene del aumento y propagación de la religión cristiana y católica que profesa, y de la autoridad de la Sede Apostólica¹⁴¹⁷.

¹⁴¹⁵ J. VARELA: *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la Monarquía Española (1500-1885)*, Madrid 1990, pp. 74-75.

¹⁴¹⁶ J. DE SALAZAR: *Política Española*, s. l. 1619 [Ed., estudio preliminar y notas de Miguel Herrero García, Madrid 1997, colección “Clásicos del Pensamiento Político y Constitucional Español”), p. 70: “Salía su majestad un día –Felipe II– de secreto en una litera cerrada, por no ser visto ni conocido, y atravesando una calle, era forzoso encontrar con el Santísimo Sacramento que le llevaban a un enfermo, o echar por otra; y queriéndolo hacer los que guiaban la litera, como se suele hacer (y aun se tiene por particular respeto y cortesía), no lo consintió su Majestad, antes como celador de la religiosa ley de estos reinos, establecida por sus píos progenitores, que manda que cualquiera de ellos, aunque sea príncipe o infante y el mismo rey, que encontrare en la calle al Santísimo Sacramento, esté obligado a hacerle reverencia, mandó parar la litera y saliendo de ella se arrodilló en medio del lodo (que había a la sazón hart) hasta que pasó el Señor, de que se edificaron infinito todos sus vasallos y reinos. De su hijo el rey Felipe III, nuestro señor, mejor será callar, pues consta al mundo el celo que tiene del aumento y propagación de la religión cristiana y católica que profesa, y de la autoridad de la Sede Apostólica”.

¹⁴¹⁷ *Ibidem*.

De esta forma, la reverencia al viático narrada de forma intencionada por los apologistas de Felipe IV como Juan de Salazar, comenzó a formar parte del ceremonial de la corte madrileña, coincidiendo siempre con momentos clave del reinado como fue el caso de Felipe IV en 1635, cuando regresaba de la iglesia de Atocha de dar gracias por la citada victoria de Nördlingen, la cual el propio rey interpretó como una señal divina que prometía un feliz gobierno¹⁴¹⁸.

Asimismo, Juan de Salazar en la dedicatoria de la obra a Felipe IV, recordaba al joven príncipe el halo especial que siempre había recubierto a la Monarquía española, ya que se asemejaba “en su gobierno a la de San Pedro; siendo en su proceder y acciones los Reyes Católicos más sacerdotes que jueces, y eclesiásticos más que seglares”¹⁴¹⁹. En el punto quinto de la proposición III, fray Juan de Salazar exponía que “el principal fundamento que España ha tenido para adquirir los reinos de que goza y la sólida razón de estado de que usa para conservarlos, es la religión”. Por si esta declaración a favor del sometimiento de un rey “monje” a los designios del pontífice no era suficiente, Juan de Salazar recordaba al príncipe la gesta de su padre Felipe III cuando expulsó a los moriscos, pensando en la religión antes que en el fisco de sus reinos:

Pero lo que entre las demás cosas hará célebre su nombre y eternizará para con Dios y con los hombres su memoria, es el hecho heroico y determinación singular, tan de católico príncipe y celoso de conservar en la intergridad y pureza de la fe sus reinos de España (silla y asiento de su monarquía), que tomó el año de mil seiscientos y diez, de excluir de todos ellos los moriscos, herejes y apóstatas de nuestra santa fe; atendiendo, no al interés que de tan gran número de vasallos recibía su fisco, sino a purgar la España, de todo punto, de tan incorregible y vil canalla¹⁴²⁰.

Como no podía ser de otra manera, el religioso se ayudaba de las Sagradas Escrituras para enseñar al futuro Felipe IV la reverencia y respeto que debía mostrar a Dios porque la Monarquía era el nuevo Israel:

Verificandose en ellos lo que dijo Dios a Elí, sacerdote: *yo glorificaré a quien me honrare, y a quien cuidare de mi honra, yo le ensalzaré*. Promesa hecha a su pueblo escogido en la ley escrita, cuyo sucesor, es el español pueblo, en la de gracia¹⁴²¹.

¹⁴¹⁸ C. CLÉMENT: *El Machiavelismo degollado, por la Christiana Sabiduría de España y de Austria. Discurso Christiano-Político a la Catholica Magestad de Philipppo IV, Rey de las Españas*, Alcalá de Henares 1637 (BNE 3/29384, p. 177).

¹⁴¹⁹ J. DE SALAZAR: *Política Española*, *op. cit.*, p. 13.

¹⁴²⁰ *Ibidem*, p. 70.

¹⁴²¹ *Ibidem*, p. 72.

Esta identificación de la Monarquía con el pueblo de Israel, permitía el uso constante de las citas bíblicas para educar a Felipe IV en su política. De modo que los tratadistas y apologistas de su reinado se convertían en “profetas” que mostraban al monarca lo que debía o no debía hacer para agradar a la divinidad, de la que dependía el devenir de la Monarquía. Y desde luego, obedecer al pontífice, vicario de Cristo en la tierra, era la ley divina más importante que debía cumplir el monarca si quería conseguir la gracia divina.

Del mismo modo, en el reinado de Felipe IV se acentuó aún más la idea de predestinación de la casa de Austria y el intento por parte de sus apologistas de presentar la unión de las ramas hispana y germana bajo la obediencia de Roma, especialmente cuando el Imperio cayó en manos de un católico radical como Fernando II, que pretendía devolver la unidad a un Imperio bajo una misma confesión católica. En este providencialismo de la casa de Austria destaca el cronista mayor de Felipe IV, José Pellicer de Tobar, que escribió *La fama Austriaca* sobre las proezas y la piedad del emperador Fernando II, libro publicado en Barcelona en 1641¹⁴²². Se decidió a escribir esta obra –tal y como explicaba él mismo– porque el P. fray Juan de Palma, que había sido confesor de la infanta-monja Margarita de la Cruz, se lamentaba por no existir una obra que ensalzase las virtudes del César Fernando II, sustentador de la fe, y al que Dios tanto había favorecido. Pellicer dedicaba esta apología de la casa de Austria al portugués don Antonio de Ataíde, conde de la Castanheira, mayordomo de la princesa Margarita de Saboya, duquesa de Mantua y presidente de la Mesa de Conciencia y de Órdenes en el reino de Portugal, que entre sus múltiples cargos había sido también capitán general de la armada real de Portugal, embajador extraordinario en Alemania y Hungría y gobernador de Portugal. El motivo de dedicarle su obra al conde era por el lejano parentesco que este noble tenía con el César¹⁴²³. En su libro, además de mostrar al emperador como un príncipe virtuoso y piadoso, se trataba de mostrar a las ramas hispana y germana de la casa de Austria unidas entre sí, dependiendo la una de la otra, y de como la Monarquía hispana debía adaptar la piedad de un Imperio fortalecido. Señalaba Pellicer el providencialismo de los Austrias:

Siendo la potencia de España comunicada a todo el linage Austriaco. Que aunque son muchos los principes, la sangre sola es una. Justas estan sus fuerças.

¹⁴²² J. PELLICER Y TOBAR: *La fama Austriaca o historia panegirica de la exemplar vida, y hechos gloriosos de Ferdinando Segundo*, Barcelona 1641 (en BNE 2/55714).

¹⁴²³ Su cuarto abuelo, el infante don Fernando, duque de Viseu, era hermano de doña Leonor de Portugal, abuela cuarta del emperador Fernando.

El enemigo de uno lo es de todos; el que oprime a solo uno, a todos ofende. Y no solo al que es de la sangre, pero el pensionario o que vive debaxo de su proteccion, esta como adoptado al amparo, como si fuera afin o pariente. Estas son las causas de tener a todos en continuos celos, aun contra tantas experiencias de su rectitud y de su justicia. Y no advierten los principes a quien es odioso el poder Austriaco, que no han de medirle por el aparato numerosos de las riquezas, por la extensión prodigiosa del Imperio, sino por la altísima providencia del cielo, que asiste a su patrocinio como tutelar de sus acciones. Merecio la virtud de los señores de la Austria, adquirir tanto dominio en el universo. Asi lo permitio Dios, asi lo decreto, asi lo dispuso ¹⁴²⁴.

Pellicer citaba uno a uno todos los territorios que había ganado la dinastía de los Austrias, ofreciéndoles Dios los mayores reinos, imperios y monarquías, no por su poderío militar o económico, sino

solo por la veneracion del Santissimo Sacramento de la Eucaristía, comenzando a levantarla en Rodolfo el primero Conde de Habsburgo [...] Mal consultan la razon de estado los que piensan que han de arrancar el cetro de sus manos a menos que hecho hastillas, no por la ambicion del Reynar, sino por llevar adelante la causa de Jesu-Christo nuestro Redentor, a quien estan unidos los intereses de la casa de Austria, los aumentos del Imperio, las conveniencia de España ¹⁴²⁵.

Asimismo, el cronista se hacía eco de las críticas y ataques contra la casa de Austria por parte del resto de estados europeos, que no entendían la misión providencialista de la dinastía:

No temen otra potencia sino la Austriaca que residencie sus maldades. Para resistirla o enflaquecerla publican que aspira a la Universal Monarquía de la Europa. Mal fundado temor, flaca sospecha. Alemania esta segura de sus armas como no se inquiete. Italia vive defendida de su poder como no se altere. La aguilá de Austria no vuela al robo, sino extiende sus alas a la defensa. El orbe sabe como ampara los afligidos, levanta los opresos, ayuda a los miserables, y alimenta los principes peregrinos ¹⁴²⁶.

Otro destacado apologista de la *Domus Austriaca* era Francisco Jarque, sacerdote de la villa de Potosí y juez metropolitano, que escribió *Sacra consolatoria del tiempo, en las guerras, y otras calamidades públicas de la casa de Austria y católica*

¹⁴²⁴ J. PELLICER Y TOBAR: *La fama Austriaca...*, *op. cit.*, ff. 103v-104r.

¹⁴²⁵ *Ibidem*, ff. 86v-87v.

¹⁴²⁶ *Ibidem*, ff. 106v-107r.

Monarquía, publicada en 1642 en la ciudad de Valencia ¹⁴²⁷. Jarque dedicaba su obra a don Fernando de Borja, del Consejo Real, comendador mayor de Montesa, gentilhombre de cámara y virrey de los reinos de Aragón y Valencia, por el apoyo que había ofrecido este cortesano al sacerdote en la corte madrileña a su regreso de América. La intención de este escrito era dar a Felipe IV un mensaje esperanzador, ya que todas las calamidades que asediaban en esos momentos a la casa de Austria y todos los enemigos que tenía la dinastía, que sin duda eran un castigo divino, escondían el posterior momento de gloria, ya que la casa de Austria, aún en sus peores momentos, se seguía mostrando unida al cuerpo de Cristo sacramentado y por ello la recompensa sería derrotar a todos sus enemigos y volver a ser una casa invicta. Como espejo en el que se debía reflejar, recordaba los episodios de devoción de los emperadores como ocurrió con Fernando II con sus continuas procesiones del *Corpus Christi*, su hijo Leopoldo Guillermo que venció a Suecia por colocar la mesa con el Santísimo en una batalla, o el caso del infante Felipe Agustín, hijo de los emperadores Fernando III y María de Austria, que mostraba su reverencia al escuchar la campanilla que precedía al viático ¹⁴²⁸. Lo más importante era mostrar públicamente la devoción a la Eucaristía, que les salvaría de todo mal:

No ay estancia tan pacífica para una esperanza fiel, como la mesa que preparó el Hijo de Dios de su mano, es este divino Sacramento a los principes de la Augustissima casa de Austria para sacarla a paz, y a salvo de los trabajos, con que su Magestad le afina la pureza de su valor, los quilates de su invencible paciencia en el cysol de tantas guerras como cada día se mueven contra ella. Y en mi sentir no puede aver mas irrefragable argumento de quan acepta es en sus divinos ojos que ver mancomunadas contra ella por emulas de su gloria tantas naciones del universo ¹⁴²⁹.

Era, por tanto, el sacramento de la Eucaristía el que devolvería a la dinastía su gloria:

Hay pronóstico fiel que dize en verso italiano lo que yo en español hablando los dos de la casa de Austria: Aunque hundida se vea en el profundo, ha de bolver a dominar el mundo. Porque se puso Dios dentro de sus umbrales la mesa del divinissimo Sacramento; del qual dixo San Eligio: "*Sacramento Eucharistiae totus mundos subiugatus est*". El Sacramento santo de la Eucaristía es el conquistador que

¹⁴²⁷ F. JARQUE: *Sacra consolatoria del tiempo...*, *op. cit.*

¹⁴²⁸ *Ibidem*, pp. 157-160.

¹⁴²⁹ *Ibidem*, p. 123.

reduxo a la Fe todo el universo, y el que hizo Señor de la mayor, y mejor parte de Europa, de varias regiones de la Asia, y Africa, y de toda la America a la Augustissima Casa de Austria ¹⁴³⁰.

Francisco Jarque reforzaba la idea de predestinación de la dinastía de los Austrias, ya que:

levantóla Dios en premio de su entrañable devocion al Santissimo Sacramento. De donde se infiere, que sus Emperadores en Germania, y en España sus Catolicos Reyes lo son como David por eleccion Divina ¹⁴³¹.

Recordando que fue Dios “como dueño absoluto del universo por su mero beneplacito da, y quita los imperios. David es elegido en el exodo; Rodolfo electo en el bosque” ¹⁴³².

Avanzado el tiempo, en 1652, aparecía publicada en Madrid otra apología bajo el título *Causa y origen de las felicidades de España y casa de Austria*, escrita por el capuchino fray Pablo de Granada, predicador y guardián en la provincia de Andalucía. Dedicaba su obra a Felipe IV, al que daba una serie de avisos en orden a conseguir la prosperidad de su Monarquía ¹⁴³³. De nuevo, las Sagradas Escrituras debían servir como modelo a la Monarquía. Entre otras advertencias a Felipe IV señalaba que ante un enemigo debía confiar plenamente en las fuerzas de Dios, y no en la fortaleza de sus ejércitos. Asimismo, el monarca debía mostrarse clemente y piadoso, sobre todo cuando sus propios reinos llevaban guerras contra la propia Monarquía. Por último, recordaba en varias partes de su escrito que la estabilidad de los reinos que poseía la casa de Austria venía dada por la veneración al Santísimo Sacramento ¹⁴³⁴.

Si David procurava que se ofreciessen sacrificios para aplacar a Dios, quando salia a las guerras, y pedia a su pueblo suplicasse a la divina Magestad los aceptasse, para que le dicesse vitorias: lo mismo ha hecho España muchos años ha, pidiendo lo mismo, y en las fiestas a que su Magestad se han hecho, en los sacrificios que le han ofrecido, y continuar rogativas, teniendo manifesto a Christo Sacramentado (como particularmente se ha verificado en la corte) ha consistido el no averse perdido esta

¹⁴³⁰ F. JARQUE: *Sacra consolatoria del tiempo...*, *op. cit.*, p. 130.

¹⁴³¹ *Ibidem*, p. 143.

¹⁴³² *Ibidem*, p. 145.

¹⁴³³ P. Fray P. DE GRANADA: *Causa y origen de las felicidades de España y Casa de Austria. O advertencias para conseguir las dibujadas en el Salmo “Exaudiat te Dominus in die tribulationis”*. *Que es el diez y nueve del profeta Rey*, Madrid 1652 (en BNE 2/55904).

¹⁴³⁴ *Ibidem*, p. 241.

Monarquía, y desfallecido la nobilissima casa de Austria¹⁴³⁵ [...] Y mientras este cuerpo, y sacratissima sangre esten a favor de la casa de Austria, y española Monarquía; mientras florezca en ellas la frecuencia, y afectuosissima devocion que oy florece al venerable sacramento, guerras se podran mover, y açotarnos el Señor con calamidades que consigo traen como Padre amoroso a sus queridos hijos o trabiesos, o menos obedientes a sus mandatos; mas al fin todo ha de parar en bien, y en la perpetua, y pacifica felicidad¹⁴³⁶.

A continuación, quisiéramos analizar en detalle los tratadistas jesuitas, porque consideramos que fueron los que mejor supieron construir la nueva ideología religiosa llena de tintes bíblicos y exaltando la obediencia de la casa de Austria al Sumo Pontífice. Por otra parte, fueron los escritos políticos de los miembros de la Compañía de Jesús los que tuvieron mayor repercusión durante los reinados de Felipe III y Felipe IV.

Uno de los grandes tratadistas de la Compañía que se esforzó por justificar el predominio de Roma tanto a nivel espiritual como político sobre el resto de príncipes cristianos fue P. Pedro de Ribadeneyra, quien publicó en 1595 su conocido *Tratado de la Religión y Virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano para gobernar y conservar sus Estados. Contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de este siglo enseñan*¹⁴³⁷. En su libro, el jesuita mostraba la necesidad de reverenciar y defender a la Iglesia para conseguir el favor divino, y el desastroso resultado que, por el contrario, había dado a los monarcas cualquier desacato a los intereses de la Religión: “Que los Príncipes que se gobiernan por la ley de Dios, mas que por la falsa razón de Estado, son favorecidos de Dios”¹⁴³⁸.

Ribadeneyra no dejó de advertir a Felipe III en su tratado que toda razón de Estado considerada por sí, sin respeto a la religión, traía desgracias al reino, tal y como se podía ver en la Biblia, llena de ejemplos de castigos divinos por no obedecer a la religión. Recordaba las palabras del Señor al profeta Samuel: “Yo glorificare al que me honrare, mas los que me menospreciare, seran deshonorados y viles”¹⁴³⁹. Como no podía ser de otra manera, también Ribadeneyra ensalzaba la casa de Austria recordando la leyenda del emperador Rodolfo, cuyo acto devoto:

¹⁴³⁵ P. Fray P. DE GRANADA: *Causa y origen de las felicidades de España y Casa de Austria...*, *op. cit.*, pp. 207-209.

¹⁴³⁶ *Ibidem*, p. 241.

¹⁴³⁷ Hemos utilizado la publicación de 1601 en BNE, 3/52449.

¹⁴³⁸ *Ibidem*, p. 105.

¹⁴³⁹ *Ibidem*, p. 116.

fue tanto lo que agradó al Rey de los Reyes, y Señor de todos los Imperios, ésta su humilde, y devota piedad, que le hizo padre de tantos y tan gloriosos Principes, como despues acá ha avido en la casa de Austria ¹⁴⁴⁰.

El jesuita aragonés Baltasar Gracián también adoptó este discurso en *El político Don Fernando el Catholico*, un tratado sobre el arte de fundar y conservar monarquías publicado en el momento crítico de 1640, con las revueltas de los reinos periféricos. Según Gracián, la casa de Austria la ensalzó Dios para terminar con las discordias entre emperadores y pontífices, por ser el pueblo elegido de Dios ¹⁴⁴¹:

Casa que la ensalcó Dios para ensalzar con ella su Iglesia acabandose las discordias tan antiguas como crueles entre los Federicos Emperadores, y los Sagrados Pontífices, començando la paz en el Emperador Rodolfo de Austria. Casa que despues que ella reyna, non sabe la Iglesia del Señor, qué son cismas ni los conoce. Casa, que bolvio los Sumos Pontífices de Aviñon a su Trono de Roma, y mantiene su autoridad suprema. Casa, que la levantó Dios para muralla de la Cristiandad contra la potencia Otomana. Casa que la fortaleció Dios para ser martillo de los Hereges en Bohemia, Ungria, Alemania, Flandes, y aun en Francia. Casa que la formó Dios para riquísimo minero de Santos, Emperadores, Emperatrices, Reyes, Reynas, y Archiduques. Casa que la estendió Dios por toda la redondez de la tierra, para dilatar por toda ella su Santa Fe, y Evangelio. Casa que la escogió Dios en la ley de gracia, ansi como la de Abraham en la escrita, para llamarse Dios de Austria, Dios de Rodolfo, de Felipe, y de Fernando. Esta pues escogió el Catholico, y sabio Rey para sucessora Augusta de su Catholico zelo, para heredera de su gran potencia, para conservadora de su prudente gobierno, para dilatadora de su felicíssima Monarquía, que el Cielo haga universal.

Baltasar Gracián dedicaba su obra al noble que confesaba, el napolitano don Francisco María Carafa, duque de Nochera, que desde 1639 era virrey de Aragón y Navarra, y que luego fue encarcelado por criticar la postura ofensiva de Olivares en la sublevación de Cataluña, bajo cargo de infiel al rey.

El jesuita Claudio Clement también escribió un tratado bajo el título de *El machiavelismo degollado por la christiana sabiduria de España y de Austria* en 1637 ¹⁴⁴². Era natural de Ornans, en el condado de Borgoña, y desde 1630 fue enviado a

¹⁴⁴⁰ Fray P. DE RIBADENEYRA: *Tratado de la Religión y Virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano...*, op. cit., p. 109.

¹⁴⁴¹ B. GRACIÁN: *El Político don Fernando el Catholico*, Zaragoza 1640 [ed. facsímil, Zaragoza 1985], pp. 219-222.

¹⁴⁴² C. CLÉMENT: *El Machiavelismo degollado...*, op. cit.

Madrid como catedrático de erudición en los Estudios Reales. Dedicaba su obra al duque de Medinaceli, don Luis de Moncada Aragón y Cerda, también príncipe de Paterno, duque de Montalto, Alcalá y Bibona, que en esos momentos era presidente y capitán general del reino de Sicilia.

El P. Clement siempre se mostró fiel a la política de Roma que defendían los archiduques Alberto e Isabel. En 1634, dedicaba un elogio fúnebre a la infanta titulado *La vraie force d'une femme en l'union et mariage de la piété et vertu d'Isabelle avec le soin et la sollicitude des affaires du monde*, en el que ensalzaba la piedad de Isabel¹⁴⁴³. En las cartas jesuitas durante el reinado de Felipe IV que recopiló Gayangos, el P. Clement era uno de los que informaba al resto de sus compañeros de lo que estaba ocurriendo en Flandes, y especialmente efusivo era narrando las victorias del Cardenal Infante, debidas, como no podía ser de otra manera, a su devoción por el Santísimo:

El Cardenal Infante dio un ejemplo de muy gran cristiandad acompañando á pié al Santísimo Sacramento, el cual, según la costumbre de la tierra, andaba harto desacompañado; fue cosa de grande admiración y que ha de remediar la falta que antes había por allá¹⁴⁴⁴.

Con su obra *El machiavelismo degollado*, el P. Clement pretendía mostrar el poderío de la Monarquía católica por su unión con la Iglesia católica, y los sorcosos que siempre se habían dado la una a la otra a lo largo de la historia. Todo ello, en contra de aquellos tratados políticos, derivados del maquiavelismo, que no veían en Dios, en la Iglesia y en la piedad y sabiduría cristiana de un monarca, como era el caso de Felipe IV, el fundamento de un Estado. Debido a ello, esta forma de gobernar debía ser continuada por el joven Baltasar Carlos para traer felicidad a los reinos. Este tratado, también plagado de predestinación divina, volvía a repetir la dependencia a la voluntad divina para poder gobernar y poder vencer en una batalla. Lo más destacado era que trataba de justificar específicamente la prosperidad del condado de Borgoña, y en general de Flandes, por la providencia divina que les había situado bajo el mando de la casa de Austria. Su tratado era muy categórico en cuanto al tema de la Eucaristía y la devoción al Santísimo:

¹⁴⁴³ H. DIDIER: “Un franc-comtois au service de l’Espagne”, *Archivum Historicum Societatis Iesum* 44 (1975), pp. 254-264; J. BRUFAU PRATS: “Claudio Clemente y su pensamiento político”, *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada* 14 (2008), pp. 35-36.

¹⁴⁴⁴ Madrid, 24 de abril de 1635. El P. Claudio Clemente al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesús, en Sevilla, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIII (I) (1861), p. 171.

La divina mesa de la Sagrada Eucharistia es, por la qual se estableció el mundo, y la redondez de la tierra, y sus reynos tienen firmeza, y consistencia. Mas principalmente ha sido el fundamento, y aora es la prosperidad, y firmeza de la Augustísima casa de Austria, cuya cabeça es Vuestra Magestad ¹⁴⁴⁵.

Se trataba en todo momento de manifestar la *Pietas Eucharistica* de Felipe IV, para ver como se mantenía, e incluso superaba, a aquella que mostró el emperador Rodolfo I cuando se cruzó con el viático:

Esta cierto valiente, y robusta en su Real, y catholico pecho, y en tanto grado, que puedo muy bien dezir, que no solo no queda V. M. inferior en esta parte a la devocion de Rodolfo tan celebrada en todo el mundo, y en sus anales, y remunerada de la liberalidad divina, no menos que con el Romano Imperio, sino que ha venido aumentandose con logros felices por todos sus descendientes hasta su Real persona, recibiendo entonces su mayor realze, quando de Austria se comunicó a España, juntandose en uno felizmente el valor, y grandeza de la casa de Austria a los eternos blasones, y proezas de los Reyes españoles. Tanto que Philipo I, Carlos v, Philipo II, Philipo III, Austriacos todos, y reyes de España, progenitores de V. M. y V. M. en primer lugar se pueden poner por exemplar ilustre desta piedad a los hijos venideros, y por el mismo titulo que Rodolfo, merecen por su propria Religion, y piedad la suprema cumbre de la Magestad entre los mortales, mereciendola tambien desde el principio de la vida, solo con aver nacido ¹⁴⁴⁶.

A continuación, describía cada uno de los encuentros de Felipe IV con el Santísimo, acompañándolo tanto en procesiones como en viático a casa de un enfermo ¹⁴⁴⁷. Es preciso destacar una escena piadosa que describe el P. Clement en su libro, y que la recoge de una carta de su gran amigo el P. Francisco Aguado:

¹⁴⁴⁵ C. CLÉMENT: *El Machiavelismo degollado...*, op. cit., pp. 118-119.

¹⁴⁴⁶ *Ibidem*, pp. 119-120.

¹⁴⁴⁷ “Yendo V. M. en el principio de su reynado al Real Convento de S. Geronymo a celebrar las exequias del Señor Rey Philipo III, encontró a caso con el Sanctissimo Sacramento, que llevaba a un enfermo, y saltando al punto del coche le fue acompañando a yda, y buelta, la cabeça descubierta con singulares muestras de piedad, y religion. Quantas vezes vemos a V. M. en procesiones solemnes, a pie, descubierta la cabeça, con ardientes soles, rodeado de una innumerable multitud de todas Ordenes, y Estados, y por consiguiente embuelto en una nube de polvo, que a los mas robustos es molestissimo ir acompañando este divino sacramento largos trechos por las calles, y plaças desta corte. Ni para aqui la piedad de su Real pecho. Visto hemos a V. M. la Semana Santa por calles cubiertas de lodo, lloviendo el Cielo, visitar muchos Templos a pie con un bestido, y traje ordinario sin poderlo estorvar, ni la molestia del trabajo, ni el peligro de la salud, y aun casi las persuasiones de los mas allegados a su Real persona, y aviendo venerado con su devocion acostumbrada el sagrado cuerpo de Christo Señor nuestro, volverse a casa penetrado del agua, y de los temporales. Visto hemos a V. M. no una vez sola

Porque no aya sospecha de rethoricos adornos, contare el caso puntualmente, como passo con las mismas palabras con que lo escrivio al Padre Rector deste Colegio Imperial de Madrid, el Padre Francisco Aguado de nuestra Compañia Predicador de V. M. varon adornado con aventajadas prendas, y talentos en el gobierno, en el pulpito, y en sus doctos, graves, y piadosos escritos, y al presente confessor del Conde Duque, a quien fue acompañando en la jornada, que V. M. hizo ahora tres años, a la ciudad de Barcelona. La carta pues dize assi, la qual he trasladado ya muchas vezes, y embiado a muchas partes, especialmente a los Borgoñones subditos de V. M. paysanos mios, juzgando que ninguna cosa les

encontrar con los Sacerdotes, que llevan el Santissimo Sacramento por Viatico a los enfermos, y salir de la silla, o coche, y sin enfado, y desdén de la muchedumbre del pueblo, meterse como uno de los demas, que le van acompañando, y entrar en la casa del enfermo, y no proseguir su camino, hasta volver al Santissimo Sacramento a su templo, y dexarle encerrado en su tabernaculo. Y entonces a V. M., y a sus españoles inclitos, e ilustres en esta misma piedad, y Religion, les parecia que triunfavan mejor a los español-austriaco, y a los austriaco-español, quando de la manera que he dicho en tan obsequioso, y piadoso acompañamiento sin diferenciarse de la plebe, mas que en la nativa Magestad de persona, y en las aventajadas demostraciones de su piedad insigne yva siguiendo al Rey de los Cielos y tierra, cubierto con el humilde rebozo de aquellos blancos accidentes. De cuya real piedad fue tambien Madrid testigo este año passado, quando al bolver V. M. del campo, donde avia estado algunos dias, encontrando al Santissimo Sacramento (que para V. M. es el encuentro mas afortunado) hizo parar el coche, y apeandose, le fue acompañando a pie a casa de una enferma, y de alli hasta su iglesia, llevando a su lado al conde de Olivares, a quien V. M. favorece con especial benevolencia, y da tanta parte en la administración de sus reynos por la singular piedad suya, y por la cuidadosa solicitud, con que procura conservar la real grandeza de V. M. por los mismos medios, que ella tuvo sus principios, y ha llegado a la alteza de la cumbre, en que oy la admira el mundo. Testigos son desta verdad las comuniones de cada semana, y aun mas frecuentes, la asistencia cuotidiana al sacrosanto sacrificio de la missa; el cuidado, y zelo, de que cada dia se digan doze Missas en su capilla, y esto en medio de tantas ocupaciones, y cuidados, con que se emplea todo en atender a los aumentos comunes de la iglesia; y de nuestra España. Los blasones propios, meritos, y alabanças deste gran Principe, su aventajada piedad para con Dios, el solcito cuidado de defender, y propagar la Religion Catholica; la liberal benevolencia con los hombres doctos, piadosos, y benemeritos; la vigilancia para la cautela, la perspicacia para la providencia, aquella fortaleza de animo invicta en los casos mas adversos, aun contra los mismos desdenes, y desvios de la fortuna, (si es que ay algun influxo de aquesta deydad fingida) aquel afecto totalmente despegado de la vil avaricia, que causa admiración aun a los animos mas invidiosos en oportunidad tanta de aumentar su patrimonio, que no le falta sino el querer: aquel animo infatigable, que parece cobra nuevo vigor, y fuerças con la tarea perpetua de negocios de tanto peso, a quien ya se ha hecho, como naturaleza lo que los hombres llaman trabajo. Estas y otras excelencias deste genero dignas del valido de un Rey maximo, dignas del tutelar del bien publico, sin duda piden de por si especiales elogios, y panegyricos (C. CLÉMENT: *El Machiavelismo degollado...*, op. cit., pp. 120-123).

podía ser de más gusto, ninguna prenda mas cierta del aumento, y felicidad humana, que tener un principe de piedad tan esclarecida:

Antes de ayer viniendo su Magestad de ver la Cartuja, y passando con el coche por una rambla muy estrecha, cayó un moço del coche, y le cogio una rueda, y trato muy mal, y fue con tanto aprieto, que no pudieron sacar el moço, sino es quitando la rueda al coche. Apeose su Magestad, y los Infantes. Y el Rey, Dios le guarde, mostro en esta ocasion, quan gran catholico es; porque no pudiera a un gran religioso hazer mas de lo que Su Magestad hizo por su perosna; porque hizo grandes diligencias para que llamassen confessor para el moço. Y porque el mal parecia que yva executando en la vida, començó a ayudalle con actos de contriccion, ensenandole los motivos, que avia de tener en ellos, y embaraçandose el moço, y divirtiendose con la presencia del Rey, le dixo: Hermano no repareis en que soy el Rey sino poneos bien con Dios. Acabo de quando vino un Monje cartujo, y no llegando tan presto por un ribazo que avia, le dixo el Rey: venid padre por aquí, que yo os dare la mano, no os detengais. El Infante Cardenal ayudava al mismo oficio, diciendo las Letanias. Al fin el moço se confesso despacio, y se reconcilio, y reparandose, si le avian de traer alli el Santissimo Sacramento, se ofrecio Su Magestad le acompañira a pie, aunque distava tres cuartos de legua; pero no fue necessario, y assi le hizo poner al moço en un coche, y traer a la ciudad y luego se vino su Magestad a ella ya tarde, porque se detuvo en esta ocasion, como hora y media. Debe ser la primera cosa que ha passado por Rey de España: y para todos nos ha sido de mucha edificación, y no he querido privar a V. R. y a todos los padres del consuelo, que les causara. Guarde Nuestro Señor a V. R. como desseamos. Barcelona, 10 de mayo 1632. Francisco Aguado ¹⁴⁴⁸.

Resulta llamativa la forma en que ambos jesuitas, tanto Aguado como Clement, mostraban a un Felipe IV totalmente humillado y postrado ante Dios, con las palabras al joven herido: “no repareis en que soy el Rey sino poneos bien con Dios”. La figura real dejaba de ser importante ante Dios, este era el ideal ideológico que los jesuitas, fieles a Roma, se proponían imponer en la conciencia de Felipe IV, como así consiguieron.

Asimismo, al P. Clement le interesaba mostrar la continuidad de esta piedad y devoción en el príncipe Baltasar Carlos, del que narraba su relación con la Iglesia y con el Santísimo desde que nació:

Y de la manera, que el rayo del Sol mirado de hito en hito, es la prueba en que se conocen los polluelos del Aguila cautelosa, assi la marca, y divina, en que se conocen los hijos de nuestro gran Philipo, es la singular piedad con el Santissimo Sacramento. Apenas puedo caber en mi de puro gozo, desde luego pronostico a Vuestra Alteza con esperanças bien fundadas, aumentos sin termino, de Magestad,

¹⁴⁴⁸ C. CLÉMENT: *El Machiavelismo degollado...*, op. cit., pp. 124-126.

y felicidad humana, o digecito del cielo, estrella de la religion Catholica, firmeza brillante de la piedad verdadera de principes, florecita hermosa, grandes del Grande Philipo aumento, Balthasar Carlos, quando repaso en mi entendimiento lo que quiero dezir de V. A. Quando aun su ternecita lengua, no acertava a articular las voces, quando apenas tenia fuerças para hazer los primeros pinicos de la edad tierna, quando aun no llegava con muchas distancias al aumento, en que aora le admiramos con gozo nuestro, que parece crecer a emulacion de si mismo, apenas avia cumplido los dos años de su edad dichosa, quando preguntado en que lugar, y estimacion tenia a los Sacerdotes; luego al punto para significar a lo Español suma veneracion, y respecto, levantando con toda la fuerça los braceritos en alto, puso V. Ateza con grande reverencia sus manecitas sobre su Real cabeça. Y preguntandole mas, del culto, y reverencia al Santissimo Sacramento, saltó luego, y sin poderse contener, ni ser contenido en el regazo de su ama, començó a postrarse con rendimiento, y humildad, y a coser con la tierra con suma veneracion, essa frente real, trono feliz de todas las gracias, essa agraciada boca, domicilio de la belleza, ellos ojuelos bellos, seguros indices en pequeño cuerpo de animo sublime, esse amoroso pecho, delicado sagrario de la inocencia, y a humillar essa ternecita cerviz, graciosa columna de la Fe. Espectaculo, que no se, pueda aver otro mas agradable, a quien sancta, y sinceramente siente de la Fe Catholica. Que cosa puede aver a aquellos soberanos espíritus, y al mismo Señor emboçado en aquellos velos mas acepta que estas centillicas de las virtudes, que estos fueguecillos de la Fe, que estas flores de la crianza, y educación Real, y Catholica de V. A. (y lo que mas haze al intento, que vamos siguiendo) o quanto aumentos de humana gloria, y resplandor pronostican! De quanta prosperidad son feliz agüero a la Española Monarchia! O quan cierta prenda son de nuestras esperanças estas primicias de la piedad de V. A.! [...] Pero yo, porque no puedo presumir que de V. A. se pueden pronosticar mayores, y mas gloriosos sucessos? Pues es mas dichoso aver tenido por ama de leche al mismo Santissimo Sacramento, que por singular protector de su nacimiento, y que su asistencia se experimente mas en la crianza, que al nacer, y mas parece el averle adorado, y reconocido entre los dices, y divertimientos de niño, que el aver sentido su favor al entrar en este mundo ¹⁴⁴⁹.

Para comprender hasta qué límites llegaba la repercusión de estos tratados sobre la corte madrileña, es preciso detenerse en la conversación que mantuvo en marzo de 1641 el nuncio Fachinetti con el duque de Medinaceli, a quien iba dirigido este tratado de Clement. Este duque, tal y como describe el nuncio, siempre se mostró fiel a Roma y enemigo acérrimo de la política de Olivares:

Il duca di Medinaceli [...] è poco amico del signore Conte Duca, e disapprova molte sue attioni. [...] Mi dicono mirabilia magna della sua pietà, della frequenza de

¹⁴⁴⁹ C. CLÉMENT: *El Machiavelismo degollado...*, op. cit., pp. 126-130.

*sacramenti, del rispetto alla Sede Apostolica, della somma veneratione a Su Santità. Mi ha S. Ex. detto due o tre giorni sono, che stette lungamente meco, professandosi egli signore, et amico mio fuor della stampa commune cortigianesca, che i castighi, che flagellano hoggi la Monarchia, sono effetti dei pregiuditii, con i quali malamente, si è trattata la giurisdittione ecclesiastica in questi regni, che più tosto egli perderà li stati, la vita, et i figlioli, che serviré al Re cozzando con la Santa Sede, et oltraggiando i Papi senza raggione, che la política de il Re e de ministri suoi ha da essere la lettura degli evangelii, che quella ben masticata, e ponderata da insegnanze per sostentare i regni temporali senza distruggere l'ecclesiastico, et al sommo sacerdote, e pontefice regola per sostenere il posto proprio senza esasperare, o apprettare i principi della terra, che se a lui toccherà di venire a Roma starà a i piedi del Papa, come a piedi di Christo*¹⁴⁵⁰.

No obstante, durante el reinado de Felipe IV hubo un jesuita que destacó sobre el resto de apologistas y que supo defender a la perfección la doctrina de Roma en sus tratados. Este era el P. Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658), cuyos padres se habían trasladado a Castilla en el séquito de la emperatriz María de Austria¹⁴⁵¹. Como jesuita, Nieremberg estudió en el Colegio Imperial, del que luego fue maestro. Allí tomó como maestro espiritual al P. Francisco Aguiar, citado confesor del duque de Olivares, con el que siempre se mostró muy unido, y con el que compartió su misticismo y su oposición a la intervención directa de un religioso en la política. Confesó a la princesa de Mantua, Margarita de Saboya, a la condesa de Olivares, camarera mayor de la reina Isabel de Borbón, y a doña Leonor María de Guzmán, condesa de Monterrey. A través de sus penitentes, el P. Nieremberg se convirtió en uno de los jesuitas más influyentes en la corte de Felipe IV, cuyos escritos incorporaban la nueva ideología religiosa que Roma pretendía implantar en la corte madrileña¹⁴⁵².

Una de sus obras más celebres fue *Causa y remedio de los males publicos*, publicada en 1642, cuando el gobierno del Conde Duque comenzaba a ser cuestionado en toda la corte. Precisamente el P. Nieremberg dedicaba su obra al valido para tratar de remediar las calamidades y pérdidas territoriales que estaba padeciendo la Monarquía, recordando a Olivares el poco respeto a la Iglesia que mostraba su forma de gobernar, por lo que Dios le estaba castigando con la rebelión de Cataluña y la pérdida de Portugal:

¹⁴⁵⁰ Madrid, 20 de marzo de 1641, carta del nuncio Cesare Fachinetti, arzobispo de Damiata a Roma (ASV, *Segreteria di Stato Spagna*, leg. 84, ff. 225r-226v).

¹⁴⁵¹ H. DIDIER: "Nieremberg y Ottin, Juan Eusebio", en *DHSI*, III, pp. 2819-2820.

¹⁴⁵² J. E. NIEREMBERG: *Obras Escogidas*, estudio preliminar y edición de E. Zepeda-Henriquez, Madrid 1957, *BAE*, pp. XVI-XVII.

Parece que por los españoles se dixo aquel oráculo que se respondió a los Sibaritas: Sereis nacion dichosa, mientras veneraredes a Dios, pero quando tuvieredes mas respeto a los hombres, que a las cosas divinas, entonces se os levantan guerras, y sediciones hasta las entrañas. Y desto se puede seguir sino la ruina de una Republica, porque como dixo Silesio: la piedad para con Dios es la basa y fundamento de un Reino. Lo que vemos es que estamos llenos de guerras en las entrañas de España, sediciones en Cataluña, rebeliones en Portugal, y juntamente ay muy poca reverencia de Dios, ansi en la licencia, y aun desvergüenza del pecar, como en el poco respeto que se tiene a las iglesias, donde mas se debe reverenciar la Magestad divina ¹⁴⁵³.

La crítica década de 1640, en la que la Monarquía hispana parecía desmembrarse, permitió a Nieremberg utilizar la cuestión del castigo divino para tratar de persuadir al monarca de la mala administración que se estaba llevando a cabo, y de la necesidad de reforma en sus reinos. Utilizando la palabra divina y todo el simbolismo del Antiguo Testamento, como la idea de la Monarquía elegida por Dios, Nieremberg criticaba la política agresiva de Olivares en los reinos periféricos:

Es muy para considerar lo que en esta ocasión dixo al Rey un profeta de parte de Dios: Si piensas que consiste la guerra en la fortaleza del exercito, hara Dios que te venzan tus enemigos ¹⁴⁵⁴.

Para el P. Nieremberg era necesario que un príncipe cristiano se mostrara temeroso de Dios, pero no sólo eso; exigía un cambio de actitud por parte del monarca y sus ministros, con muestras de piedad y de devoción exageradas, sobre todo en el pésimo momento por el que atravesaba la Monarquía católica:

Quiero advertir aquí, que el humillarse a Dios, mostrarse afligidos, y hazer demostraciones de penitencia en los aprietos publicos, no es falta de valor, ni es desconsuelo del pueblo, ni descredito para con los enemigos, pensando que tomaran de aí, animo contra los que con su penitencia parece que se dan por apremiados, y casi poco menos que apurados: porque Governadores prudentísimos, y varones esforzadísimos, y Principes invictos lo han hecho. David fue uno de los Reyes mas prudentes, y valerosos del mundo, y que mas vezes vencio, pues su vida, y reinado fue una continua Vitoria, el qual con todo esto no reparó en mostrarse afligidísimo, y penitente, hasta andar con los pies descalzos ¹⁴⁵⁵.

¹⁴⁵³ J. E. NIEREMBERG: *Causa y remedio de los males publicos. Dedicado al Excelentissimo Señor don Gaspar de Guzman Conde Duque*, Madrid 1642, p. 36 (en BNE 3/67902). El subrayado es nuestro.

¹⁴⁵⁴ *Ibidem*, p. 49.

¹⁴⁵⁵ *Ibidem*, p. 84.

La siguiente obra del P. Nieremberg, *Corona virtuosa, y Virtud coronada* (1643), colocaba a la virtud real como fundamento del orden político de la Monarquía. Concebida a modo de instrucción para el príncipe Baltasar Carlos, al cual estaba dedicada la misma, su obra se dividía en dos partes bien diferenciadas. En la primera, *Corona virtuosa*, el jesuita señalaba las características de la virtud de un monarca, destacando como primordial su devoción ejemplar y su piedad para conseguir el favor divino. De este modo el soberano lograría importantes bienes para sus súbditos. En la segunda parte, *Virtud coronada*, se narraban las vidas de 38 príncipes entre monarcas castellanos y emperadores germánicos, para que sirviera como paradigma de príncipe virtuoso. Asimismo, se ponía de manifiesto el empeño del P. Nieremberg por identificar ambas ramas de la casa de Austria como una única defensora de la Iglesia. En la tercera y última parte, se resumían en 300 dictámenes las otras dos partes anteriores del libro, tratándose de axiomas reales, morales y estoicos.

Al comienzo de su obra, el jesuita explicaba al príncipe Baltasar Carlos la importancia de la virtud real y su reflejo en el Antiguo Testamento:

Como los pecados del pueblo son causa de las ruinas de los Reynos, pueden también las virtudes de un Príncipe ser el reparo de su Imperio. Y porque las de V. A. han de servir de contrapeso a nuestras culpas, aliviando el peso de la justicia divina y castigos que los pecados comunes merecen, he querido representar aquí lo que acerca desto he advertido en los Libros Sagrados y Concilios de la Iglesia: porque aquellos enseñan; estos engrandecen la utilidad de la virtud de los Reyes. Para que V. A. como tan piadoso y amador de sus vasallos, fomente siempre su bien con el ejercicio de virtuosas obras ¹⁴⁵⁶.

En este mismo sentido, el P. Nieremberg recordaba al joven príncipe el beneficio que Dios había dado al pueblo de Israel por la virtud de su príncipe:

Porque así como la culpa del Príncipe castiga Dios en los vasallos, así también redundan en beneficio de todo el Reyno la virtud de un Rey. Por la santidad de David hizo Dios bien a todo Israel, levantandole a la grandeza y prosperidad ¹⁴⁵⁷.

Eran tres los ejemplos de reyes virtuosos de las Sagradas Escrituras que daba el jesuita. El primero era Abraham, al que por extender su fe por todo el mundo Dios le dio prosperidad. El segundo era Moisés que, por ser libertador del pueblo elegido, recibió fuerzas de Dios para defenderse de los que se habían apartado del culto divino. Mientras, el tercero era el rey David, al cual, por guardar las

¹⁴⁵⁶ J. E. NIEREMBERG: *Corona virtuosa y Virtud coronada*..., op. cit., pp. 1-2.

¹⁴⁵⁷ *Ibidem*, pp. 38-39.

leyes divinas, Dios defendió a su reino de los enemigos. De modo que un buen rey si quería la grandeza de sus reinos debía propagar la fe, cuidar de sus vasallos, y guardar los mandamientos divinos ¹⁴⁵⁸. Porque, en definitiva, el devenir de la Monarquía estaba en manos de Dios: “No mire un Príncipe el reinar como herencia, no como fortuna y dicha, sino como negocio de Dios y comisión divina”. Siendo “la Fe y la Religión es la estabilidad y firmeza de los Imperios; al paso que ella crece, se aumentan, y al paso que descaece, desmayan” ¹⁴⁵⁹.

Como no podía ser de otra manera, la intención del P. Nieremberg era remover la conciencia de Felipe IV y de su hijo Baltasar Carlos, para hacerles comprender que un rey poderoso era aquel que ejecutaba los dictámenes del pontífice:

En la Sagrada Escritura se hallan muchas vezes juntos el oficio de Rey y de Sacerdote, y que despues los gentiles observaron lo mismo, que quien fuesse Emperador, fuesse tambien Pontifice. Porque hasa los mismos paganos juzgaron, que la potestad Real no avia de descuidar de lo divino, sino promover y alentar los pueblos en el culto sacro, y atención del alma. Hasta que vino el Salvador del mundo, que solo pudo con verdad, como persona divina, comprender estas dos dignidades, de Rey y Sacerdote. Pero en los demas, como personas humanas, incapaces para tanto, las dividio, mas de modo, que quedasen anexas, dependiente una de la otra, necesitando el Rey de la enseñanza del Pontifice, y necessitando el Pontifice de la potencia del Rey, para que el uno dirigiesse, el otro esforçasse para la execucion, no desigualando a entrambos el zelo, aunque los distinguiesse la jurisdicción ¹⁴⁶⁰.

En las biografías que el jesuita madrileño escogió de los reyes y emperadores más paradigmáticos (*Virtud coronada*), no podían faltar las principales características de la *Pietas Austriaca* como eran el providencialismo, el exagerado fervor eucarístico, la frecuencia sacramental, la conformidad de su voluntad con la divina o la reverencia a la Iglesia. La primera biografía que recogía el P. Nieremberg era la del emperador Rodolfo I. Analizando más en detalle esta vida heroica del fundador de la casa de Austria, en la que Felipe IV y su hijo debían verse reflejados, el jesuita destacaba su piedad, señalando que:

entre tanto ruido de armas no le faltava piedad, y devoción; la del Santísimo Sacramento fue en él muy singular y por ello mereció la grandeza de su familia y el Imperio para sí ¹⁴⁶¹.

¹⁴⁵⁸ J. E. NIEREMBERG: *Corona virtuosa y Virtud coronada...*, op. cit., p. 314.

¹⁴⁵⁹ *Ibidem*, p. 23.

¹⁴⁶⁰ *Ibidem*, pp. 75-76. El subrayado es nuestro.

¹⁴⁶¹ *Ibidem*, pp. 123-124.

Respecto a la tradición de Rodolfo I de bajarse del caballo para adorar el viático señalaba el P. Nieremberg:

No fue ceremonia esta su devocion; porque le nacia muy de lo interior, y la alimentava con el uso de la oracion, gastando con Dios cada día ciertas horas, encomendándole muy de veras todas las cosas en que ponía mano, para que saliesen como favorecidas de la divina: y así solía dezir, que si él estuviese bien compuesto con Dios, imperaría felizmente, que lo que le importava era captar la benevolencia divina, que con esto todo le sucedería bien. Fue constantísimo en guardar el recogimiento de las horas que tenía señaladas de oracion; porque no las dexava, por mas negocios y ocupaciones que tuviese ¹⁴⁶².

La principal virtud de Rodolfo I fue su reverencia a la Iglesia, y con ello su sujeción a las disposiciones de Roma. Nieremberg se empeñaba en resaltar la piedad de este emperador, el cual pudo entrar en conflicto con el pontífice en territorio italiano, pero que no dudó en someterse a él. Por otra parte, para el jesuita, un buen monarca debía llegar a un acuerdo con los territorios sublevados antes que emplear las armas en someterles, como había ocurrido con la política de Olivares en Portugal y en el principado catalán:

Hermana de la justicia es la paz, las quales se abraçaron en el pecho deste Principe; porque con ser tan esforzado, y dichoso en las guerras, no las deseava, sino la paz. Y para que la huviesse era diligentissimo en oprimir al principio, o por armas, o por conciertos, qualquier alteracion, concordando luego los Principes discordes, poniendo en razon al que no lo hazia; y allanavanse presto todos, porque conocian su resolucion y valor. Otras cosas disimulaba, y no se dava por entendido. No reparava en puntillos; y assi quando Honorio IV señaló a Pinzivalla por Vicario de Italia, embiando despues al Emperador que le confirmasse, pudiendo tener el Cesar mucho sentimientos, desto, no lo mostró, antes hizo con gallardia lo que el Papa deseava. Esto lo hizo el Cesar, así por el respeto que tenía a la Silla Apostolica, como por no ocasionar guerras alterando a Italia. Las mismas causas le movieron a conceder al Papa algunas cosas, que fueron grandes servicios que hizo su piedad a la Silla Apostolica ¹⁴⁶³.

La mayoría de los tratados analizados, independientemente que hubieran sido escritos por jesuitas o no, guardaban una característica común, que es preciso estudiar con mayor detalle. Todos los apologistas utilizaban el discurso de la predeterminación a través de las citas bíblicas (la comparación del reino de Israel con la Monarquía) para tratar de supeditar la política y la guerra de la Monarquía a los

¹⁴⁶² J. E. NIEREMBERG: *Corona virtuosa y Virtud coronada...*, op. cit., p. 126.

¹⁴⁶³ *Ibidem*, p. 137.

intereses de la Iglesia, a la vez que alababan la idea de veneración al Santísimo Sacramento como soporte de la casa de Austria que implicaba también una reverencia hacia la Iglesia y la defensa de la fe. Ahora bien, resulta claro que estos ideales eran defendidos por los reinos periféricos de la Monarquía. De este modo, se comprende que la mayoría de estos tratados políticos hayan sido escritos por apologistas no castellanos (el portugués Fernando Alvía de Castro, el borgoñón Claudio Clement, los aragoneses Baltasar Gracián y José Pellicer de Tobar, el andaluz fray Pablo de Granada y, por último, Francisco Jarque del Potosí), o bien que sean obras, en su mayoría, dedicadas a gobernadores o virreyes de Portugal, Sicilia, Valencia o Aragón —Pellicer dedicaba su obra al portugués don Antonio de Atayde, que había sido gobernador de Portugal; Francisco Jarque a don Fernando de Borja, virrey de los reinos de Aragón y Valencia; el P. Clement al duque de Medinaceli, don Luis de Moncada, presidente y capitán general del reino de Sicilia; o, por su parte, el P. Baltasar dedicaba su tratado al duque de Nochera, virrey de Aragón y Navarra—. Muchas de ellas, además, eran apologías escritas por religiosos íntimamente relacionados con la curia papal, como era el caso del descalzo Juan de Santamaría, del benedictino Juan de Salazar o de los jesuitas Ribadeneyra y Nieremberg, estos dos últimos fieles a los generales jesuitas y grandes colaboradores de la política de Roma.

En este sentido, es preciso añadir las *Epístolas* que escribió el P. Juan Eusebio Nieremberg a modo de consejos morales en 1649, en las que se hacía eco de la devoción de la nobleza, advirtiendo que toda la grandeza aristocrática venía dada por la adoración al Santísimo:

El segundo Duque de Gandía, yendo a cazar, si oía en algún lugar la campana de salir el viático para algún enfermo, al punto dejaba su entretenimiento, y, corriendo el caballo, se iba al lugar para acompañar al Señor. La devoción en esta parte de nuestro rey Felipe IV se ha visto varias veces en la corte; entre otras, una vez que, pasando de noche por la Plaza, vio de lejos al Santísimo Sacramento, al punto se arrojó del coche, sacando de la mano al Príncipe su hijo, y fue con tanta priesa para alcanzar al Señor, atropellando con la gente que encontraba, que no le pudo seguir ninguno de su casa, parte por la apresuración del Rey y parte por atender a la Reina, que quedaba hincada de rodillas en medio de la Plaza. El Conde de Villanova, antecedente a éste, asistiendo al Santísimo Sacramento, como lo tenía de costumbre, para darle por viático a un enfermo, sucedió que le echase de sí, con lo demás que le embarazaba el estómago. Viendo esto se turbaron todos los presentes; sólo el Conde, con un ímpetu superior y celo cristiano, se arrojó a recibir aquellas heces y consumirlas todas. Esto hizo, porque juzgó que no había allí otro que tuviese mayores obligaciones por su sangre y calidad; por eso quiso ser el más fino en respetar a su Criador. Esta consideración deben tener todos los señores, que han recibido más de Dios y que deben más, y los buenos respetos que

deben tener por su nacimiento con nadie mejor los han de guardar que con quien les dio buen nacimiento. Recibieron de Dios más honra en su noble sangre; recibieron más hacienda en sus estados. Pero el mal es que muchos de ellos hacen con estos beneficios mayores injurias a su mayor bienhechor ¹⁴⁶⁴.

No resulta casual, por tanto, que los nobles piadosos citados por Nieremberg, tanto el duque de Gandía (de la familia de los Borja) como el conde de Villanueva (de los Valterra), pertenecieran a una nobleza que debía su origen a la corona de Aragón, mostrándose defensores de los intereses de las élites de los reinos periféricos. Pero además, dejaba claro que el origen de la nobleza estaba en Dios, de modo que conceptos como limpieza de sangre, cristiano viejo, o castellano puro, dejaban de tener sentido.

Existe una última cuestión importante que es preciso tener en cuenta, y es que estos tratados que se han analizado, ayudaron a enterrar la imagen exterior de la *Monarchia universalis* a la que todavía aspiraba Olivares, que terminaría del todo con las pérdidas territoriales que padeció la Monarquía en la década de 1640. Asimismo, la forma de gobernar llevada a cabo por el Conde Duque quedaba en entredicho, y las críticas al valido no cesaban de multiplicarse, por lo que fueron muchos los avisos que le llegaban a Felipe IV que exigían el exilio de Olivares de la corte madrileña. La Monarquía, estaba tomando un nuevo rumbo.

4.4. TRANSFORMACIÓN DE LA MÚSICA DE LA CAPILLA REAL

José Martínez Millán,
José Eloy Hortal Muñoz

El grupo más numeroso de servidores de la capilla real fueron los músicos y cantores, el cual absorbió más de la mitad del personal de dicho departamento, lo que indica la importancia de este campo. Así, podemos observar un par de ejemplos. En 1627, el capellán mayor escribía la siguiente certificación:

Nos, don Alonso Pérez de Guzmán, por la gracia de Dios y de la Santa Iglesia de Roma, arzobispo de Tiro, electo patriarca de las Indias, capellán y limosnero mayor del Rey, nuestro señor, del Consejo de su Majestad, juez ordinario eclesiástico de la real capilla, casa y corte, etc. Por la presente certificamos que los

¹⁴⁶⁴ *Epístola XXVIII* en P. J. E. NIEREMBERG: *Epistolario*, Madrid 1934, pp. 133-137.

capellanes y cantores de su Majestad, que tienen gajes por la casa de Castilla y han servido y sirven con puntualidad, sin haber hecho ausencia desde que tienen los dichos gajes, son los siguientes: Sebastián Martínez, don Francisco Clavijo, Diego Ponce, Juan Baptista de Medina, el maestro Juan Baptista Comes, Juan Méndez, Juan de Teça, Jerónimo Crespo, el licenciado Antonio de Aiala, Antonio Oquet, Antonio Sales, Miguel de Arizu, Miguel Calvo, Juan de Guerta, Melchior Camargo, Marcos García, Bartolomé Torralba, Francisco Bugido, Martín de Ruego, Pedro de Canencia, don Diego de Luna, Michael Fernández, Martín de Ocaña [...] En Madrid, a veinticinco de febrero de mil seiscientos e veintisiete años ¹⁴⁶⁵.

La nómina de los criados que servían en la capilla real en 1646, sumaba 107 servidores ¹⁴⁶⁶. Así, en 1651, el mismo limosnero y capellán mayor del rey, don Alonso Pérez de Guzmán, escribía:

Certificamos que los cantores y músicos de la real capilla que aquí nombramos acudieron a ella los dos años pasados de seiscientos y cuarenta y nueve y seiscientos cincuenta y lo que ha corrido de este de cincuenta y uno, [...], los cuales son: Sebastián Martínez Verdugo, Francisco Clavijo, maestro Carlos Patiño, Justo de la Zárraga, licenciado Bartolomé de Olalla, Pedro Cubero, Marcos García, Juan de Huerta Marcos (hasta 19 de marzo deste presente año, que murió Martín de Ruego), Miguel de Ibero, Francisco de Valdés, José de la Torre, Diego Núñez, Juan de la Peña, Francisco Zapata y Domingo de Herrera ¹⁴⁶⁷.

En el reinado de Felipe II quedó fijada la estructura de la música en la capilla, en particular, así como en la casa real, en general ¹⁴⁶⁸. De todos modos, tal y como sucediera en otros departamentos de la casa real y de la capilla, el área de la música también experimentó cambios sustanciales durante el reinado de

¹⁴⁶⁵ F. ASENJO BARBIERI: *Documentos sobre música española y epistolario*, ed. de E. Casares, Madrid 1986, vol. II, p. 83.

¹⁴⁶⁶ Sacada de “Nómina de los criados de la real capilla de S. M. y lo que a cada uno tocó de sus gajes y distribuciones en el primer tercio del año pasado de seiscientos y cuarenta y seis, pagados de mano de don Andrés de Ordaz y Torres, capellán de honor de S. M. y su receptor y tesorero, de la renta de las mesadas eclesiásticas, en la forma y manera siguiente” (en *Ibidem*, pp. 87-93).

¹⁴⁶⁷ *Ibidem*, p. 91.

¹⁴⁶⁸ Véase un esquema muy clarificador en L. ROBLEDO ESTAIRE: “Estructura y función de la capilla musical en la corte de Felipe II”, en B. J. GARCÍA GARCÍA y J. J. CARRERAS ARES (eds.): *La Capilla Real de los Austrias...*, *op. cit.*, p. 197. Del mismo modo, el estudio que realiza el mismo autor en E. CASARES RODICIO: *Diccionario de la música española e hispanoamericana*, Madrid 1999, voz “Capilla real”.

Felipe IV. Desde el punto de vista de la administración, se comprueba que, a partir de 1637, se unificaron las nóminas de la capilla, algo debido, sin duda, a las reformas económicas que se produjeron en todos los ámbitos de la casa real en un afán de reducir gastos¹⁴⁶⁹. Con todo, las transformaciones más relevantes se dieron como consecuencia de los cambios que experimentó la Monarquía y la propia casa real.

En primer lugar, la mencionada incorporación de la Eucaristía a la capilla real de manera permanente, produjo las “cuarenta horas” y con ello la necesidad de más música, con lo que el ceremonial fue creciendo¹⁴⁷⁰.

En concreto, las “cuarenta horas” recordaban el tiempo que Cristo pasó muerto hasta que resucitó, lo que significaba un tiempo largo de abatimiento previo a una gracia especial, el final de una calamidad. Surgió cuando el pueblo milanés, consternado por el saco de Roma, quiso paliar el miedo a través de la continua plegaria y oración. Así, el predicador agustiniano Gian Antonio Bellotto fundó en Milán, en 1527, la sociedad de la *Eterna Sapienza* en la iglesia del Santo Sepulcro, de la que formaban parte las personas de alto rango de Milán¹⁴⁷¹. Belloto, movido por su espíritu de reforma y por el momento crítico que atravesaba la ciudad, inculcó a sus penitentes el ir alternándose en el rezo ante el Santísimo Sacramento durante la Semana Santa, durante un total de cuarenta horas sin interrupción. Un año más tarde, moría Belloto pero persistía su sociedad. No era extraño que, años más tarde, Carlos Borromeo, gran devoto de esta práctica, eligiese la iglesia del Santo Sepulcro donde tuvo su origen el rezo de las “cuarenta horas” para instituir la casa madre de la Congregación de los Oblates, fundada en Milán por él¹⁴⁷².

La práctica de las “cuarenta horas”, que había nacido del miedo a las tropas de Carlos V y en oposición a ellas, fue recogida por San Zaccaria, fundador de los barnabitas, desde que, en 1534, solicitó adorar y suplicar durante cuarenta horas seguidas ante el Santísimo Sacramento expuesto sobre un altar. Dicha decisión le llevó a ser considerado el fundador de esta práctica, reconociéndose a los barnabitas como los difusores por la Lombardía de las “cuarenta horas”, práctica devocional asumida con gran devoción por el pueblo. De modo que,

¹⁴⁶⁹ AGP, AG, leg. 1135, lib. 3. Ver la explicación en fuentes.

¹⁴⁷⁰ *Diario de las ceremonias de la capilla real formado por Diego de Guzmán, capellán y limosnero mayor del rey Felipe IV. 1624*, en RAH, 9/476, ff. 159r-175r.

¹⁴⁷¹ A. DI SANTI: “L’orazione delle Quarant’ore e i tempi di calamità...”, *op. cit.*, pp. 476-478.

¹⁴⁷² *Ibidem*, pp. 476-479.

posteriormente, todos los años se sacaba solemnemente el Santísimo con decoración de luces y flores, durante cuarenta horas seguidas.

En mayo de 1537 se establecía una novedad en Milán; esta consistía en una repetición del rezo de las “cuarenta horas” de manera continuada pasando de iglesia en iglesia, de modo que, acabada la oración en una iglesia, comenzaba en otra, continuando así sin interrupción. El vicario arzobispal determinaba el orden para celebrar los turnos de las iglesias, siendo la iglesia del Santo Sepulcro de Milán en la que se comenzaba el rezo. Esta devoción milanesa florecía de tal modo que el pontífice Paulo III aprobaba esta práctica en 1537, con un breve que sería confirmado posteriormente por otros pontífices.

La estancia de Borromeo en Roma, en 1575, con motivo del jubileo, sirvió para que el cardenal ambrosiano aprovechara para buscar lugar a los barnabitas, dejando encargado a monseñor Carniglia que señalase al Papa una serie de lugares indicados para ellos¹⁴⁷³. Fue fundamental en dicho asentamiento la presencia del barnabita milanés Alessandro Sauli. Destacó como colaborador de la reforma en Milán, desde que fuera nombrado general de la Congregación barnabita en 1567, y luego pasó a ser obispo de Aleria por intercesión del cardenal. Del mismo modo, Sauli era confesor de Borromeo y de Niccolò Sfondrati, futuro Gregorio XIV, y frecuentaba en Roma el oratorio de Neri, tal y como nos muestra su misiva al general Omodei:

*Io vado spesso all’Oratorio del Padre Filippo, che è luogo di grandissima devozione, et non potrei dire alla Vostra Reverenda quanto si mostra affettionato alla Congregazione nostra*¹⁴⁷⁴.

La amistad de Sauli y Neri hizo que la fama del barnabita en Roma se acrecentase, por lo que los barnabitas consiguieron asentarse en la iglesia de San Biagio dell’Anello, de cuyo acto de inauguración informaba el P. Alessi el 4 de febrero de 1576:

*Habiamo invitati altri che li Padri Gesuiti, cioè li lettori delli nostri gioveni: il padre Pais tutto nostro amorevolissimo è venuto con un compagno milanese, Mons. Speciani, Mons. Visconte, il prete Tarugo con quattro delli figlioli spirituali del Padre messer Filippo, et molti altri sacerdoti*¹⁴⁷⁵.

¹⁴⁷³ A. DI SANTI: “L’orazione delle Quarant’ore e i tempi di calamità...”, *op. cit.*, p. 193.

¹⁴⁷⁴ D. FRIGERIO: *Alessandro Sauli, vescovo e santo di ieri e di oggi (1534-1592)*, Milán 1992, pp. 74-76; G. BOFFITO: “Alessandro Sauli, santo”, en *Dizionario Biografico Italiano*, Roma 1960, vol. II, pp. 234-236.

¹⁴⁷⁵ P. G. M. CAGNI: “San Filippo Neri e i barnabiti”, *Barnabiti Studi. Rivista di ricerche storiche dei Chierici Regolari di S. Paolo* 12 (1995), pp. 227-228.

En este tiempo, surgió la idea de unir el oratorio con los barnabitas, algo que se desprende de una carta del P. Alessi al General barnabita, fechada el 5 de marzo de 1575:

*Esso Padre et tutti quelli Reverendi ci usano tanta carità et mostrano tanta confidentia in noi, che tengono detto che vogliono siamo una stessa cosa. Et a ponto questa mattina uno delli primi, qual è Dottor et molto amorevole, salutandosi insieme toccò questa corda, dicendo: Forsi faremo union con voi [...] Noi li mostrassimo gratitudine et di farlo volentieri, perché parmi saria un poner l'occhio nel capo l'haver una docena de homeni della suficientia et bontà loro. Però di questo particular se ne ha toccato più volte, et Mons. Speciani disse al Padre messer Filippo in mia presentia che se Sua Reverentia volea venir nella nostra Congregarione, che Sua Signoria volea venirli in compagnia. Et mi pareo dicesse da dovero. Esso Padre rispose che era cosa buona il far mutatione dalla mala alla buona vita, ma da il buono al miglior stato era cosa digna di considerarli prima. Et cossì si passò in altra sorte di ragionamenti. Ma comprendo però tanta conformità di animo et anco di proceder, tra questi Reverendi et noi, che mi par l'istesso stato nel qual era la Congregatione nanti si facesse la professione o per dir meglio le Constitutioni; et al mio giudicio, più presto di meglio*¹⁴⁷⁶.

Un año más tarde, en febrero de 1576, informaba el P. Alessi de los trámites de Speciani y el oratoriano Visconte para tratar de unir ambas congregaciones:

*Mons. Speciani e Mons. Visconte furno da noi il giorno della Purification della Madonna; et tiratomi da canto in secreto, mi dissero che dovessi fare et far fare oratione per certo negotio de importanza, qual Sue Signorie trattano con il Padre messer Filippo et suoi figliuoli spirituali, qual è di unirli et incorporarli con noi; ma che tenéis la cosa secreta, perché non si sa quello habbia da reusire*¹⁴⁷⁷.

Finalmente, no salió adelante el proyecto de unión, por el miedo que ambas congregaciones tenían de perder las peculiaridades que las caracterizaban. Ante las dificultades que se le presentaban a Borromeo para traerse el oratorio a Milán, y ante el fallido intento por unir a los barnabitas de Milán con los oratorianos de Roma, el cardenal optó por otro camino bien distinto: fundar él mismo, un año más tarde, en 1578, la Congregación de los Oblati, con similitudes al oratorio, pero que dependía directamente de él¹⁴⁷⁸.

¹⁴⁷⁶ P. G. M. CAGNI: "San Filippo Neri e i barnabiti", *op. cit.*, p. 201. El énfasis es nuestro.

¹⁴⁷⁷ *Ibidem*, pp. 201-202.

¹⁴⁷⁸ Sobre la congregación de los Oblati, A. BERNAREGGI: "Il seminario e gli Oblati", *Humilitas-Miscellanea storica dei Seminari milanesi 1930-1931*, pp. 681-722 y 786-806; VV.AA.: *S. Carlo Borromeo. Statuti degli Oblati di S. Ambrosio*, Milán 1984.

Ya Borromeo había aprovechado el IV concilio provincial de Milán para publicar en 1577 la *Avvertenza per l'Oratio delle Quaranta Hore*, que era el primer documento en donde se mostraban instrucciones precisas para celebrar esta práctica. Tomando estas advertencias de Borromeo, el papa Clemente VIII emitiría años más tarde, en concreto en 1592, una instrucción para la oración continuada de las “cuarenta horas”, cuyas normas confirmaban las del cardenal ambrosiano y añadían otras. La intención del Papa era que se estableciera en Roma esta oración ante el Santísimo en todas las basílicas patriarcales y en las iglesias, de modo que, de día y de noche, en todos los lugares y a lo largo de todo el año se suplicase a Cristo sin interrupción porque, según Clemente VIII:

Es a todos manifiesto que es vana cualquier obra humana para superar males tan graves, y que son vanos los trabajos e impotentes las fuerzas, si no se ven ayudadas por el auxilio divino de la gracia celeste. Ahora bien, para conseguir esta gracia es imprescindible acudir a la oración.

Por la misma fecha, el pontífice añadía algunos temas por los que se debía orar y, entre muchas otras cosas, pedía lo siguiente:

Orad por la Santa Iglesia católica, para que disipados los errores, se propague en todo el mundo la verdad de la única fe. Orad por la paz y la unidad de los reyes y de los cristianos. Orad por el angustiado reino de Francia, para que Aquél que domina sobre todos los reinos y a cuya voluntad nada pudo resistirse, vuelva aquel reino cristianísimo y tan benemérito a la antigua piedad y a la perdida tranquilidad.

A los dos años, el Papa daba la absolución a Enrique IV volviendo al catolicismo. Por tanto, esta costumbre de la oración de las “cuarenta horas”, que se impuso en Milán y fue extendida por los barnabitas, se implantó en Roma por la acción del cardenal Borromeo y de Felipe Neri, debido a la estrecha relación que su comunidad de espirituales mantuvo con los barnabitas¹⁴⁷⁹, contando con el apoyo de los pontífices¹⁴⁸⁰.

No en vano, Clemente VIII, desde que tenía 30 años, era hijo de confesión de Neri, frecuentando la Vallicella donde se formalizó la Congregación del Oratorio y, una vez hecho pontífice, Neri continuó confesándolo a él y a sus nepotes. Fallecido Neri, Clemente VIII nunca se desvinculó de la congregación, pues

¹⁴⁷⁹ L. PONNELLE y L. BORDET: *Saint Philip Neri et la Société romaine...*, *op. cit.*, p. 248; P. G. M. CAGNI: “San Filippo Neri e i barnabiti”, *op. cit.*, p. 180.

¹⁴⁸⁰ *Ibidem*, pp. 515-516; A. CISTELLINI: *San Filippo Neri. L'oratorio e la congregazione oratoriana. Storia e spiritualità*, Brescia 1989, vol. I, p. 113.

contaba a su lado con el cardenal Baronio, oratoriano y uno de los discípulos de Neri más destacados, al que quiso tener como director espiritual y consejero en su corte. Una de las actuaciones más importantes que permite vislumbrar la confianza de Clemente VIII en Neri fue cuando el reformador animó al pontífice, con gran ímpetu, para que absolviera a Enrique IV¹⁴⁸¹. Además, el siguiente Papa, León XI, cuando era cardenal también se confesaba con Felipe Neri¹⁴⁸², lo que reforzó su influencia.

La importancia que Neri dio a la confesión fue señalada por su discípulo y fiel continuador de su obra, el oratoriano Francesco Maria Tarugi, que así se lo indicaba al cardenal Carlos Borromeo para señalarle la finalidad del oratorio:

*Per maggior aiuto dell'anime... [conviene] non fermarsi nella semplice confessione, ma di initiare i confitenti e di provovergli continuamente al bene, tenendoli sempre in uffitio sotto la cura et disciplina de' confessori*¹⁴⁸³.

Para continuar el gusto por las cosas espirituales era necesario, a juicio de los filipinos, el uso de la oración mental en varios momentos del día, como ejercicio privado para establecer el alma en Dios¹⁴⁸⁴. Junto a la oración, la búsqueda de la perfección cristiana y el sentido de la vida espiritual, estaba la importancia de las celebraciones litúrgicas y el uso de los sacramentos como la propaganda de la comunión frecuente, la adoración de las “cuarenta horas” y su gran devoción por la Virgen¹⁴⁸⁵. Los pontífices apoyaron el método pastoral de Neri, basado en la caridad, lo que permitía su cercanía al pueblo. Resulta sorprendente que una práctica religiosa que surgió a causa de la conmoción que produjeron los ejércitos hispanos en 1527 en el asalto a Roma y en la humillación del pontífice ante toda la Cristiandad, fuera asumida en tiempos de Felipe IV para ser practicada, nada menos que en la capilla real; es decir, del titular de la Monarquía que infringió tal ofensa a la Santa Sede.

¹⁴⁸¹ M. T. FATTORI: *Clemente VIII e il Sacro Collegio, 1592-1605. Meccanismi istituzionali e accentramento di governo*, Stuttgart 2004, p. 42; J. I. TELLECHEA IDÍGORAS: “La absolución de herejía de Enrique IV de Francia por Clemente VIII: Un caso moral, canónico y político conflictivo”, *Revista española de derecho canónico* 58/150 (2001), pp. 51-93.

¹⁴⁸² L. PONNELLE y L. BORDET: *Saint Philip Neri et la Société romaine...*, op. cit., p. 236.

¹⁴⁸³ Carta de F. M. Tarugi a C. Borromeo el 8 de octubre de 1579 en *Memorie Oratoriane*, n. s. III (1982), n. 9, pp. 13-16. Cfr. A. CISTELLINI: *San Filippo Neri...*, op. cit., vol. I, p. 48.

¹⁴⁸⁴ A. VENTUROLI: *Visita alle Sette Chiese. La liturgia di San Filippo Neri*, Roma 2006.

¹⁴⁸⁵ *Ibidem*, pp. 113-114.

Las denominadas “siestas” con el Santísimo expuesto eran propicias para la música. La celebración de las “cuarenta horas” en la capilla del Alcázar de Madrid (desde 1639) sirvió para que todos los jueves, viernes y sábados primeros de cada mes, se celebrasen oficios por la tarde, en presencia del Santísimo, cantando villancicos y “romanzas”, proporcionando gran actividad musical¹⁴⁸⁶. Según el profesor Robledo, se conservan composiciones musicales de Juan Hidalgo, Antonio Armendáriz y Sebastián Durón creadas para esta práctica religiosa¹⁴⁸⁷.

Pero, además, es preciso señalar la participación de músicos de la capilla en festejos palaciegos profanos como obras de teatro o veladas cortesanas¹⁴⁸⁸.

El teatro de corte en Europa, tuvo su origen en la fiesta principesca renacentista de Italia. Con el paso del tiempo, a partir de los últimos años del XVI y primeros del XVII, entre los distintos componentes de la mencionada fiesta destacan espectáculos teatrales que cada vez más tendieron a la unión de tres elementos principales: la poesía, las artes plásticas y la música, llegando a ser el drama lírico italiano su máxima y perfecta expresión¹⁴⁸⁹. En la Monarquía hispana, las representaciones teatrales en la corte de Carlos V y Felipe II¹⁴⁹⁰ fueron relativamente poco frecuentes por faltarle al teatro la afición, ya que la vida teatral palaciega se limitaba a representaciones para un restringido grupo cortesano. Abundan, en cambio, los espectáculos parateatrales: procesiones, desfiles, carros triunfales, torneos, bailes..., integrantes de la fiesta renacentista. Es solo a principios del XVII, época en la cual cristalizó la fórmula de la “comedia nueva”, cuando empezó a desarrollarse en la Monarquía el teatro de corte, concebido como un espectáculo con un gran

¹⁴⁸⁶ D. BECKER: *Las obras humanas de Carlos Patiño*, Cuenca 1987, pp. 75-77.

¹⁴⁸⁷ La tarde del sábado se dedicaba a la Inmaculada Concepción, L. RODRÍGUEZ PABLO: “Música, devoción y espacimiento...”, *op. cit.*, pp. 31-45; L. ROBLEDO ESTAIRE: *Tonos a lo divino y a lo humano...*, *op. cit.*, p. 16.

¹⁴⁸⁸ L. S. STEIN: “Los músicos de la capilla real y la música de los festejos palaciegos, 1590-1640”, en B. J. GARCÍA GARCÍA y J. J. CARRERAS ARES (eds.): *La Capilla Real de los Austrias...*, *op. cit.*, pp. 251-273; M. OLARTE: “Difusión de la música barroca española a través de los maestros y músicos de los monasterios”, en *Monjes y monasterios españoles*, San Lorenzo de El Escorial 1995, vol. I, pp. 811-836; M. A. FLÓREZ ASENSIO: *Teatro musical cortesano en Madrid durante el siglo XVII: espacios, intérpretes y obras*, Universidad Complutense de Madrid 2004 (Tesis doctoral), pp. 205-310.

¹⁴⁸⁹ E. COTARELO Y MORI: *Orígenes y establecimiento de la Ópera en España hasta 1800*, Madrid 1917; E. COTARELO Y MORI: *Historia de la zarzuela o sea el drama lírico en España desde su origen a finales del siglo XIX*, Madrid 1934.

¹⁴⁹⁰ T. FERRER VALLS: *La práctica escénica cortesana de la época del Emperador a la de Felipe III*, Londres 1991.

despliegue de medios audiovisuales, arquitectura, artes plásticas, música, coreografía, vestuario... Este tipo de espectáculos se representaba en espacios cubiertos, salas de palacio o al aire libre, aprovechando decorados naturales ¹⁴⁹¹.

Junto a la celebración de cumpleaños, onomásticas, nacimientos o casamientos de los miembros de la familia real, otro de los motivos para encargar una obra para la corte era la visita de monarcas o dignatarios extranjeros, como es el caso de la égloga breve de Lope, *Selva sin amor* (1629). Encargada por Felipe IV con motivo de la estancia en Madrid de la reina de Hungría y su esposo Fernando, en esta obra enteramente cantada la escenografía ocupó un lugar importante en la representación. Así, el escenógrafo tomó una gran relevancia y después de Fontana acudió a Madrid Cosme Lotti, venido de la corte de los Médicis, no solo para representar esta obra, sino para dar a conocer los últimos adelantos italianos en este tema ¹⁴⁹².

Una de las fechas fijas de representaciones palaciegas, sobre todo durante el período del Conde Duque, fue la noche de San Juan y un buen ejemplo de esta fiesta es la de 1631 ¹⁴⁹³. Su parte teatral consistió en la representación de dos obras, ambas por encargo y de circunstancias, una de Quevedo y Hurtado de Mendoza (ambos fueron importantes figuras a favor del Conde Duque), titulada *Quien miente más, medra más*, y otra de Lope, *La noche de San Juan*.

Después de Lope, quien antes de morir escribe una comedia para la corte de carácter mitológico-pastoril, *El amor enamorado*, representada en julio de 1635, fue Calderón quien tomó el relevo como el principal proveedor del repertorio palaciego. Su primer ensayo fue el tercer acto de la comedia *Polifemo y Circe*, escrita en 1634 en colaboración con Mira de Amescua y Pérez Montalbán, que le sirvió de base para escribir la obra titulada *El mayor encanto, amor*, representada en julio 1635. Calderón, a diferencia de Lope, el conde de Villamediana y de Hurtado de Mendoza, volvió los ojos hacia la epopeya griega para escoger sus temas y personajes. Calderón introduce –al lado de problemas trascendentales– lo cómico,

¹⁴⁹¹ Tal es el caso de la tragicomedia de Lope de Vega *El premio de la hermosura*, representada el 3 de noviembre de 1604 en Lerma. La obra fue escrita por encargo de la reina. Se representó en un teatro construido al aire libre, aprovechando –para fines escénicos– el río que lo atravesaba. En 1617, se representaba en el mismo sitio *El caballero del Sol*, obra de Luis Vélez de Guevara [J. M. DÍEZ BORQUE (ed.): *Espacios teatrales del barroco español*, Madrid 1989, p. 89. En cuanto al teatro palaciego, véase el CD-Rom *El palacio del Buen Retiro. La arquitectura y su época*, Madrid 2001, a cargo de Carmen Blasco].

¹⁴⁹² A. EGIDO (ed.): *La escenografía del teatro barroco*, Salamanca 1989.

¹⁴⁹³ Se puede ver una relación anónima de este año en C. PELLICER: *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, Madrid 1804, pp. 167-190.

personajes que mueven a risa y motivos que pueden tener su fuente en el repertorio de la *comedia dell'arte*.

En el teatro se introdujo la música y en diversas piezas participaron músicos de la capilla. Aunque Calderón ya había metido música en sus obras teatrales¹⁴⁹⁴, la publicación de las paces de España y Francia y los esponsales de María Teresa y Luis XIV fueron lo suficientemente importantes para que Calderón proyectase una nueva representación de la obra: toda cantada. *La púrpura de la rosa* significó la ruptura con los presupuestos que gobernaban, no solo, las viejas convenciones musicales de la Comedia Nueva, sino también las más recientes creadas por Calderón¹⁴⁹⁵. Tras el ensayo de *La púrpura*, estrenada en enero 1660, Calderón encaró la composición de una ópera en toda regla, *Celos aun del aire matan*, “fiesta cantada” que se estrenó a finales del mismo año en el coliseo del Buen Retiro¹⁴⁹⁶.

El segundo cambio experimentado en la música de la capilla real estuvo relacionado con los maestros de capilla, que fueron flamencos hasta la llegada del conquinense Patiño al frente de la misma, siendo desde dicho momento todos los ocupantes del oficio naturales de Castilla.

El primer maestro de Felipe IV, Mathieu Romarin (1575-1647), había nacido en Lieja¹⁴⁹⁷. En 1585 fue contratado por Nicolás Houssart y Michel de Bocq, emisarios de Felipe II en los Países Bajos, para servir al rey como cantor en la capilla real. Después de recibir su formación musical, primero con Georges Hélye y después con Philippe Rogier, fue admitido como cantor del rey el 1 de enero de 1594. A partir de entonces, aparece como cantor de la capilla real con el nombre castellanizado de Mateo Romero. El 19 de octubre de 1598, Felipe III lo nombró maestro de su capilla y fue músico favorito de Felipe IV, que le mantuvo en el

¹⁴⁹⁴ E. RODRÍGUEZ CUADROS: “Calderón entre 1630 y 1640, todo intuición y todo instinto”, *Actas Almagro XIX* (1997), pp. 127-158.

¹⁴⁹⁵ C. CABALLERO FERNÁNDEZ-RUFETE: “La música en el teatro clásico”, en J. HUERTA CALVO (ed.): *Historia del Teatro Español*, Madrid 2003, vol. I, pp. 700-701; M. A. FLÓREZ ASENSIO: *Teatro musical cortesano en Madrid...*, *op. cit.*

¹⁴⁹⁶ J. SAGE: “Calderón y la música teatral”, *Revue Hispanique* 58 (1956), pp. 275-300.

¹⁴⁹⁷ P. BECQUART: “Matheo Romero ou Matthieu Rosmarin (1575-1647), maître de chapelle et compositeur de Philippe III et Philippe IV, greffier de l'Ordre de la Toison d'or”, *Archives, Bibliothèques et Musées de Belgique* 34 (1963), pp. 11-47; P. BECQUART: *Musiciens néerlandais à la Cour de Madrid, Philippe Rogier et son école, 1560-1647*, Bruselas 1967; P. BECQUART: “Une introduction à la musique profane espagnole du XVII^e siècle: les chansons du compositeur liégeois Matheo Romero”, *Revue Belge de Musicologie* 47 (1997), pp. 91-103.

cargo cuando sucedió a su padre en el trono. También le estimaba por su música el rey Juan IV de Portugal, quien llegó a nombrarle –en 1644– capellán de la corona de Portugal¹⁴⁹⁸. De gran relevancia en sus actuaciones musicales durante su etapa al frente de las ceremonias de la capilla, fue el teniente de la misma, el músico Juan Bautista Comes, quien de maestro de capilla de la catedral de Valencia pasó a la capilla real el 26 de enero de 1619. En 1627 parece que regresó a Valencia, donde murió el 5 de enero de 1643¹⁴⁹⁹.

El hecho de que los conventos de las Descalzas Reales y de la Encarnación fueran fundaciones reales y que gozasen del favor de la familia real, motivó que, durante los siglos XVI y XVII, la música litúrgica y los organistas ejercieran también sus funciones en la capilla real¹⁵⁰⁰ y, por tanto, no es de extrañar que sus maestros de capilla pasaran a ejercer el mismo cargo en la casa real.

El primer caso sería el del señalado conquense Carlos Patiño (1600-1675), el cual aprendió su arte de compositor con el maestro Alonso Lobo, discípulo de Francisco Guerrero, con lo que Patiño se acabaría convirtiendo en depositario de la más clásica tradición polifónica española¹⁵⁰¹. Tras el fallecimiento de Lobo, conoció en Sevilla al maestro fray Francisco de Santiago, carmelita portugués, a través del cual el duque de Braganza, futuro Juan IV de Portugal, tuvo noticias de la música de Patiño¹⁵⁰². El monarca músico portugués también conoció de las excelencias de Patiño a través del agente que tenía en Madrid, Juan Carrillo, el cual le enviaba las obras musicales de la corte hispana para darle brillo a su capilla de Villaviciosa. Así, a principios de 1632, Carrillo le enviaba una lista sobre músicos castellanos a los que premiar, en la cual se leía lo siguiente:

¹⁴⁹⁸ L. FREITAS BRANCO: *D. Joao IV, músico*, Lisboa 1956, pp. 3-40; 5 de enero de 1638: “A Mateo Romero, llamado vulgarmente el maestro capitán, capellán de Su Majestad, han enviado al duque de Berganza, aunque iba contra su voluntad” en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): “*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*”, *op. cit.*, vol. XIV (II) (1862), pp. 243-245.

¹⁴⁹⁹ F. ASENJO BARBIERI: *Documentos sobre música española...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 148-149.

¹⁵⁰⁰ Al respecto, N. ÁLVAREZ SOLAR-QUINTES: “Panorama musical desde Felipe III a Carlos II”, *Anuario musical* 12 (1957), pp. 169-170; J. SUBIRÁ: “La música en la Real Capilla madrileña y en el Colegio de niños cantoritos”, *Anuario musical* 14 (1959), pp. 209-213.

¹⁵⁰¹ L. SIEMENS HERNÁNDEZ: *Carlos Patiño. Obras musicales recopiladas*, Cuenca 1986.

¹⁵⁰² G. SÁNCHEZ SÁNCHEZ: “La Real Capilla durante el magisterio de Carlos Patiño (1634-1675): esplendor de la música religiosa en España”, en A. GAMBRA GUTIÉRREZ y F. LABRADOR ARROYO (coords.): *Evolución y estructura de la casa real de Castilla*, *op. cit.*, vol. II, pp. 901-937.

*A Carlos Patiño, vinte mil reis. A Estefano Limido, doze mil reis. A Frei Diogo, frade do Carmo, oito mil reis. Para pagar uns Vilancicos que levou um músico de S. Ex^a [duque de Braganza], tres mil reis. Ao mestre Capitao, ostenta mil reis*¹⁵⁰³.

Gracias a las poderosas redes que fue formando, Patiño ingresó en la capilla del Sagrario de la catedral de Sevilla como maestro de canto de órgano a principios de 1623. En 1628 fue nombrado maestro de capilla del real convento de la Encarnación de Madrid, donde ejerció su magisterio hasta 1634; en dicho año, se jubiló Mateo Romero como maestro de la real capilla y Patiño ocupó su puesto, en el cual ejercería hasta, incluso, después de la muerte de Felipe IV.

Durante el periodo que ejerció al frente de la capilla, Patiño no solo escribió música religiosa polifónica, sino también obras musicales dramáticas y madrigales profanos, de piezas llamadas “cuatro de empezar”¹⁵⁰⁴. Para poder poner en práctica sus planes de reforma de la música que se escuchaba en la capilla real, Patiño tuvo como teniente de la misma al músico Diego de Pontac (1602-1654), natural de Huesca, el cual se educó con el maestro Capitán. En 1627 consiguió la plaza de maestro de la catedral de Granada, siendo probablemente el examinador Carlos Patiño. A partir de 1644 anduvo ejerciendo por diversas catedrales (Santiago, Valencia) hasta que en 1653 pasó a la capilla real como teniente del maestro¹⁵⁰⁵. Le sucedió en el mismo cargo el licenciado Francisco de Escalada, nombrado el 21 de julio de 1661¹⁵⁰⁶.

Por su parte, los músicos, cantores y ministriles de la real capilla experimentarían cambios por sus orígenes y preparación, en función de los nuevos gustos

¹⁵⁰³ Citado por L. FREITAS BRANCO: *D. João IV, músico, op. cit.*, p. 38; L. FREITAS BRANCO: “Dos cartas del maestro Carlos Patiño al duque de Braganza (1634 y 1638)”, *Revista de Musicología* 9 (1986), pp. 253-260.

¹⁵⁰⁴ Los “cuatro de empezar” eran madrigales a cuatro voces, que se cantaban a manera de abertura antes de las representaciones teatrales.

¹⁵⁰⁵ Sobre este personaje, J. LÓPEZ-CALO: “Músicos españoles del pasado. Escuela Granadina. Diego Pontac”, *Tesoro Sacro Musical* 45 (1961) y 46 (1962); J. JAMBOU: “Documentos relativos a los músicos españoles de la segunda mitad del siglo XVII de las capillas reales y villa y corte de Madrid, sacados de su Archivo de Protocolos”, *Revista de Musicología* 12/2 (1989), pp. 469 y anteriores; A. EZQUERRO ESTEBAN: *El músico aragonés Diego de Pontac (1603-1654), maestro de capilla de la Seo de Zaragoza*, Zaragoza 1991, y P. RAMOS LÓPEZ: *La música en la catedral de Granada en la primera mitad del siglo XVII. Diego de Pontac*, Granada 1994.

¹⁵⁰⁶ J. JAMBOU: “Documentos relativos a los músicos españoles de la segunda mitad del siglo XVII...”, *op. cit.*, pp. 469-514; J. SUBIRÁ: “Necrologías musicales madrileñas, años 1610-1808”, *Anuario Musical* 13 (1958), pp. 208-223.

que se fueron implantando en la capilla real ¹⁵⁰⁷. Todos ellos fueron personajes de reconocido prestigio que hubieran desarrollado su carrera tanto dentro como fuera de la casa real, como podemos ver en detalle con cada oficio de la capilla musical.

El más numeroso de los mismos fue el de cantor —que podían ser contrabajos, contraltos, tenores y tiples—, pues conocemos a 126 ocupantes del puesto. La principal vía de acceso al oficio era que se les llamara a la capilla real tras conocerse su excelencia musical como cantores en las diversas catedrales de la Monarquía, tal y como sucedió con Lázaro de Soto o Francisco Fernández de Castro —procedentes de Santiago de Compostela—, o con Pedro de Aragón —Valladolid—, en monasterios reales, caso de Gaspar de Segovia en el de la Encarnación, o en otras casas reales, como sucedió con Juan de Larragán o Antonio de Avilés, que sirvieron al príncipe Filiberto de Saboya como cantores, pasando después de la muerte de su patrón a la casa del rey. El maestro de capilla solía ser el que seleccionaba a los nuevos cantores tras oírles demostrar sus capacidades, tal y como sucedió con Diego Núñez o con Juan González de la Parra ¹⁵⁰⁸. En un segundo plano, muchos de los ocupantes del oficio de cantor fueron personajes que ingresaron en el puesto después de aprenderlo como cantorricos, que fueron un total de 20 durante el reinado de Felipe IV, como veremos posteriormente, a los que habría que unir los cantores que fueron cantorricos durante el reinado de Felipe III como Antonio de Jales o Gaspar Díaz. Un caso excepcional lo constituiría Bartolomé de Torralba, que obtuvo el oficio de cantor tras figurar como criado real.

Lógicamente, estos cantores provenían de todas partes de la Monarquía, encontrándonos navarros como Juan de Larragán, aunque eran esencialmente castellanos. Aquí conviene resaltar el caso de los portugueses, que ejercieron en gran número y que ingresaron en el oficio por dos vías, sus conocimientos musicales —como fue el caso de Joao Méndez Monteiro, Gaspar Basconcelos de Silva y Juan Suárez Brandón, personajes estos dos últimos que fueron a Madrid desde Lisboa por orden del duque de Villahermosa, ya que hacían falta voces de tenor y

¹⁵⁰⁷ Acerca del influjo extranjero y el carácter “español” de la música religiosa, E. ROS-FÁBREGAS: “Música y músicos ‘extranjeros’ en la España del siglo XVI”, en B. J. GARCÍA GARCÍA y J. J. CARRERAS ÁRES (eds.): *La Capilla Real de los Austrias...*, *op. cit.*, pp. 102-120 y M. MARTÍN MORENO: *Historia de la música española. Siglo XVIII*, Madrid 1985, pp. 37 y ss.

¹⁵⁰⁸ Racionero de la Catedral de Salamanca, fue llamado a Madrid por el capellán mayor en 1637 y “habiendo sido oydo ha parecido mui buena voz y mui a proposito para el altar y por serlo tanto y haver tanta falta de contravaxos y en la capilla de capellanes de altar, ha parecido conveniente hacer asiento con él”.

contralto en la capilla real—, o por acogerles en Madrid tras ser desplazados después del inicio de la revuelta contra Felipe IV en aquel reino, como sucedió con el licenciado don Salvador Rodríguez de Chaves y Espinosa. Del mismo modo, nos encontramos al siciliano don Joseph Melón, otro italiano como don Francisco Antonio Boneli y, por supuesto, algunos flamencos cuyo servicio se prolongaba desde reinados anteriores, como fue el caso de Juan de Namur, cantor desde 1593, o de Juan Domine, desde 1598, o nombrados en el mismo, como el licenciado Antonio Pierre, aunque, en general, en número exiguo.

En ocasiones, la plaza de cantor servía para premiar a personajes que hubieran adquirido otro oficio en la capilla, pero que no necesariamente debían cantar y solo la obtenían para tener un sueldo adicional que, en ocasiones, era doble por vía de aumento al tener plaza en la casa de Castilla y en la de Borgoña. La concesión de la plaza de cantor podía otorgarse al tiempo que el prebendado recibía su otro oficio o, en ocasiones, la concesión podía ser posterior. La mayoría de los que utilizaron la fórmula fueron los capellanes de altar, un total de 58, y debemos unir a ellos casos aislados como el licenciado Diego Pontac, teniente de maestro de capilla, Manuel Machado ¹⁵⁰⁹, Onofre de Guerra y Nicolás de Doizi, que fueron músicos de cámara por Portugal, Martín de Riego, músico del bajón, Guillermo Verons, músico de vihuela que tuvo plaza doble de cantor, el licenciado Sebastián de Morales, ayuda de oratorio, don Diego de la Peña Hermosilla, confesor de la capilla, Joan de San Martín, músico del arpa y del bajón, Antonio Martínez y Francisco Hidalgo, músicos del arpa, Andrés de Cortinas Martínez, músico de vihuela y vihuelín, Francisco de Bujedo, músico de vihuelas de arco, Lucas de Gabrieli, músico del violón ¹⁵¹⁰, y los maestros de capilla Mathieu Romarin y Carlos Patiño, que aglutinaron otros oficios diversos. En un menor número, nos encontramos a personajes que primero sirvieron como cantores y luego promocionaron a otros oficios, como fue el caso de Florián Rey, cantor por la capilla flamenca desde 1607 y músico de cámara por la corona de Portugal desde 1618 ¹⁵¹¹.

Los gajes solían ser de 200 ducados anuales por la casa de Castilla que, en muchas ocasiones, venían acompañados de otras cuantías diferentes, procedentes de diversos orígenes. Así, podían provenir de su servicio en otros oficios, como fue el caso de Juan de Salas, ujier de vianda y de saleta de don Juan José de Austria,

¹⁵⁰⁹ A este personaje se le concedió de forma excepcional un tercer oficio, como fue el de portero de saleta, que evidentemente no sirvió.

¹⁵¹⁰ También fue portero de saleta sin servir, al igual que en la nota anterior.

¹⁵¹¹ Lógicamente, tratamos la información sobre todos los personajes reseñados en el apartado correspondiente a sus otros oficios, musicales o no, en la capilla.

o Juan Suárez Brandón, que recibió una escribanía de la India y Mina en Lisboa, con la opción de mandar un sustituto al mismo “en virtud de ser de provecho su voz y destreza”, gracias a la dote de su mujer, doña Sebastiana Delgado, la cual había sido criada de doña Juana de Aragón, dama de la reina de Hungría; por otro lado, había pensiones eclesiásticas, como fue el caso de Francisco Fernández de Castro que recibió una de 150 ducados, la vía de aumento, como sucedió con Diego Núñez, a quien en 1664 se le dieron 200 ducados, dinero en las mesadas eclesiásticas, como Juan Gómez Navas que tuvo 200 ducados, u otras mercedes¹⁵¹², pudiendo trocarse durante la estancia en la capilla de los cantores¹⁵¹³. Atención especial tuvieron los portugueses, que recibieron mayores cuantías al tener que trasladarse de reino, como fue el caso de Joao Méndez Monteiro, con 100 cruzados de pensión en Portugal y otras numerosas prebendas, Gaspar de Basconcelos de Silva, que percibió 100 ducados en el obispado de Coimbra y 300 por la casa real portuguesa, o Juan Suárez Brandón, que tuvo plaza ordinaria y 300 ducados por la casa de Portugal. Por supuesto, el siciliano Joseph Melon tuvo la misma consideración, percibiendo plaza doble más 300 ducados anuales para asentarse en Madrid.

Del mismo modo, podían percibir mercedes para sus familiares (incluidos hijos, pues hay que recordar que los que no eran capellanes de altar eran seglares), como fue el caso de Juan Gómez de Navas, al que se le concedió el 7 de julio de 1691:

en atención a sus servicios de la plaza de gentilhombre de la casa, en la forma que la tiene don Manuel de Soba, violón de mi real capilla, para la persona que casare con doña Theresa Gómez de Nauas, su hija,

o de Roque Ferrer, cantor con plaza doble desde el 1 de diciembre de 1648 hasta su muerte el 30 de julio de 1672, aunque en esa fecha gozaba sólo de su plaza en Borgoña desde el 1 de enero de 1669, ya que la de Castilla la había pasado a Agustín Ferrer, su hijo, para recibirle por cantor de la real capilla.

Habitualmente, su servicio solía finalizar o con la muerte o con la reserva, sobre la cual trataremos a continuación, y solo en casos aislados se producía una

¹⁵¹² Éste fue el caso de Bartolomé de Llamazares, que gozó, además de su plaza ordinaria, de 300 ducados que tenía en las mestas y de otras mercedes como 400 ducados anuales desde el 1 de enero de 1671 o 200 ducados más de renta el 16 de mayo de 1674.

¹⁵¹³ Así sucedería, por ejemplo, con Lázaro de Soto, que gozó de dos plazas (Castilla y Borgoña) desde el 11 de febrero de 1640, más 100 ducados por vía de aumento desde 1649, que conmutó por pensión en 1653. El 27 de agosto de 1664 volvió a recibir un aumento, que se plasmó en 200 ducados.

salida diferente. Así sucedería con Francisco Fernández de Castro, que dejó el oficio para convertirse en religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, o con Joseph Melon, que retornó a su Sicilia natal gozando de la mitad de sus gajes y distribuciones junto con la mitad del aumento, en el ínterin en que se le situaba una pensión en Italia, lo cual sucedería el 5 de diciembre de 1678 cuando la secretaría de Sicilia certificó que se le situaron 300 ducados de pensión en dicha isla desde el 1 de enero del año siguiente.

Durante el reinado de Felipe IV, nos encontramos un total de 32 cantores reservados. Aunque 4 de ellos provenían del reinado anterior, Henri Bibau, Adrien Capi, Pierre Cornet y Francisco de Somovilla, fue durante los años de Felipe IV cuando el número de los mismos se vio incrementado notablemente, al igual que en otros oficios y secciones de la casa real. Por otro lado, conviene señalar que la condición de su reserva se vio modificada, pues si en el reinado de Felipe III se les solía conceder un sueldo a flamencos para que pudieran retornar a sus tierras¹⁵¹⁴, con su hijo se generaron variantes, que iban desde la reserva sin gajes, caso de Joao Méndez Monteiro, hasta conservar los mismos, que era lo habitual, como sucedió con Francisco Fermín, Antonio Martínez Chirino, Francisco Ponce de León, Pedro de Aragón o Agustín Martínez. Por supuesto, durante los primeros años del reinado se utilizó aún la condición de reservado para que el cantor regresara a su tierra natal de una manera más cómoda, tal y como sucedió con los flamencos Juan de Namur o Geri de Gersem, también antiguo maestro de capilla.

Tras los cantores, el oficio con un número más elevado de ocupantes fue el de los cantorcicos. En dicha ocupación, cuyo salario era de tres reales diarios, la presencia de flamencos que había sido multitudinaria durante el siglo XVI, continuó su descenso al albur de las nuevas funciones que cumplía la casa real y al cambio en el gusto musical. Así, estos provendrían de los diversos reinos hispanos, en especial de Castilla, como Domingo Suárez, que era cantor en la catedral de Santiago, encontrándonos también con navarros como Francisco de Agorreta o Sebastián de Ocariz Olleta o mallorquines como Jerónimo Alonso Martínez.

La gran mayoría de ellos consiguieron, tras completar su formación, su acceso al oficio de cantor¹⁵¹⁵, en lo que era su promoción natural. De 39 cantorcicos que tenemos localizados para el reinado, 20 obtuvieron el puesto de cantor. A raíz de

¹⁵¹⁴ En concreto, se concedieron 5 reales y medio a Bibau y Cornet y 7 y un cuartillo a Adrien Capi por su condición de teniente del maestro de capilla. El caso de Somovilla era diferente, pues era preponderante su condición de capellán de altar.

¹⁵¹⁵ Sobre los cantorcicos, J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, op. cit., vol. I, pp. 422-434.

un memorial que uno de ellos, Sebastián de Ocáriz Olleta, envió al Bureo en 1657 porque consideraba que tanto él como Francisco de Agorreta debían ascender a cantores y en qué condiciones debían hacerlo, petición que fue atendida, la junta palatina exponía que:

Se hallan ya haviles en la musica para poder cantar, cada uno su parte, y con obligaciones de padres pobres y aunque para socorrerlos, hallaran partidos ventajosos en las iglesias de España, por el amor que tienen a V. Majestad desean quedar y perseverar toda su vida en su Real Servicio y para ello suplican a V. Majestad les haga merced de plazas de cantores, como lo acostumbra hazer V. Majestad a los que se crían en el dicho colegio quando llegan a tener la edad y suficiencia competente y ducientos ducados de pensión eclesiástica a cada uno, en esta vacante de Pamplona que por ser naturales de aquel obispado, donde residen sus padres, será esta merced más considerable para ellos y propia de la grandeça de V. Majestad ¹⁵¹⁶.

En efecto, habitualmente, al ser nombrados cantores solían percibir pensión eclesiástica en los reinos de donde fueran naturales ¹⁵¹⁷, así como plaza en la casa de Borgoña —y en ocasiones al mismo tiempo también en la de Castilla— y distribución por vía de aumento y, a veces, casa de aposento. Del mismo modo, una vez como cantores, cuando celebraban la primera misa delante del rey recibían 100 ducados ¹⁵¹⁸. Conviene reseñar que no siempre que obtenían la plaza de cantor perdían la de cantorrico, pues pudieron ejercer ambos oficios a la vez durante varios años, aunque perdiendo los gajes de cantorrico, como fue el caso de Benito Rubio Morán o Diego de Oviedo, entre muchos otros. Del mismo modo, una vez como cantores, se les podía conceder también que sus 70.604 maravedís de gajes por la casa de Borgoña se les perpetuasen para poder ordenarse de orden sacra, tal y como sucedió con los licenciados Alonso Martínez o Juan de Sarmiento en 1656, entre otros.

Con menor frecuencia, algunos cantorricos obtuvieron otros oficios en la capilla diferentes al de cantor, en especial el de sacristán, que tuvieron Pedro del Rincón o Antonio Caveró. Más extraño fue el ascenso a capellán, que únicamente

¹⁵¹⁶ AGP, Personal, caja 750/24.

¹⁵¹⁷ La cuantía variaba y así, el licenciado Bartolomé Olalla percibió 150 ducados, al igual que Domingo Suárez.

¹⁵¹⁸ Así sucedió con el licenciado Bartolomé Olalla el 6 de junio de 1637, con el licenciado Francisco Alonso Basurto, Juan de la Braza y Diego de Oviedo el 15 de octubre de 1638 o con el licenciado Alonso Lozano de Ulibarri el 17 de junio de 1643, que dieron misa delante del monarca “por la salud y vida de V. Majestad y sucesos de estos reinos”.

obtuvo el licenciado Alonso Lozano de Ulibarri, que lo fue de altar. Finalmente, el que más alto llegaría fue don Diego Verdugo, que alcanzaría el puesto de maestro de capilla a finales del reinado de Carlos II.

Por lo que respecta a los oficios que ayudaban a formar a los dichos cantor-cicos en el colegio o casa que tenían, nos encontramos con el rector del mismo, cargo ocupado por Juan de Huerta desde, al menos, 1612 hasta que fue reservado en 1622, el licenciado don Pedro Arlegui, de 1622 a 1628, el citado Carlos Patiño de 1634 a 1647 y en 1653, don Gregorio González de Tapia en 1653 y don Joseph Carpanzano de 1653 a 1674. Este último fue reservado en dicha fecha y ocupó su lugar Diego de Baños, produciéndose una importante modificación en el puesto, pues era capellán del monarca, algo que no había sucedido con anterioridad. Sus gajes solían ser:

una de las ordinarias de la casa de Borgoña, una distribución y una ración de tres reales cada día, pagados por los gastos del mencionado colegio de cantor-cicos.

En lo referente al maestro de gramática (latín), el puesto fue ocupado por Diego de Torres Pitarque de 1618 a 1655 y por don Jorge Pardo Montesinos de la última fecha a 1670. No conocemos más datos sobre ambos personajes, por lo que podemos colegir que no tuvieron excesiva relevancia social. Finalmente, de 1605 a 1628 fue maestro de los cantor-cicos Juan Bautista de Medina Maymón, relevante músico sobre el cual hablaremos posteriormente.

A continuación nos encontramos con los ministriles¹⁵¹⁹, oficio que pertenecía exclusivamente a la casa de Castilla y en el que hay que distinguir entre los que servían en la capilla y en la caballeriza¹⁵²⁰. Por lo que respecta a los primeros —que podían ser sacabuches, tiple de chirimía y corneta, tenor de chirimía y corneta o tenor de chirimía y bajón—, nos encontramos con un total de 21 componentes, siendo su principal característica la relevancia de las relaciones familiares para obtener el puesto. Así, entre numerosos casos, nos encontramos a personajes como José Romero, que obtuvo el mismo por casarse con una hija del ministril Francisco de Torres, el cual ya había pasado en 1614 su puesto a su hijo Antonio de Torres, o con José Ruiz, que obtuvo el cargo tras casarse con la hija de Francisco de Sagala. En algún caso, nos encontramos también a algún portugués, caso de Juan de la Vega Vargas, que pasó a servir en la capilla de Madrid tras conocer Felipe III su buena labor durante la jornada de 1619 a Lisboa.

¹⁵¹⁹ Sobre este oficio, S. ASTRUULLS MORENO: “Los ministriles altos en la corte de los Austrias Mayores”, *Brocar* 29 (2005), pp. 27-52.

¹⁵²⁰ Se trata sobre estos personajes en el capítulo de Alejandro López Álvarez referente a la caballeriza.

Del mismo modo, también resulta importante el número de músicos que ejercieron como ministriles de forma coyuntural, pues era más relevante su labor en otros oficios musicales de la capilla, de la caballeriza e incluso de la guarda, como fue el caso de Francisco Marcos Castellanos¹⁵²¹, el maestro de los ministriles Francisco de Valdés, Martín Gómez, Andrés Pérez, José Ruiz, Leonardo Castellanos, Bernabé del Vado o Francisco Martínez. Debemos considerar en estos casos, que la plaza de ministril se les concedía para completar gajes o, en el caso de los supernumerarios como Leonardo Castellanos, para tenerlos cuando falleciera algún ministril titular. Finalmente, un caso excepcional lo constituirían Pedro de Porras, Martín Montero y Jusepe Martínez, que fueron nombrados ministriles de la capilla en 1652, tras ejercer en el mismo oficio en los monasterios de la Encarnación (los dos primeros) y de las Descalzas respectivamente.

Sus gajes eran de 100 ducados anuales, pero podían recibir alguna merced como pasar la plaza en sus hijos, que era la más habitual, otras plazas musicales en capilla, caballeriza, cámara o guardas, alguna ayuda de costa¹⁵²², ventaja¹⁵²³ o la reserva. Esta última merced era algo excepcional, pues únicamente nos encontramos a tres ministriles de la capilla reservados en el oficio durante el reinado de Felipe IV, que fueron Francisco de Torres, proveniente del reinado anterior, Juan de la Vega Vargas y Baltasar de Contreras. Conviene reseñar que todos ellos iniciaron su servicio durante el reinado de Felipe II.

En cuanto a los oficios que dirigían a los citados ministriles, nos encontramos en primer lugar con el maestro de los mismos, el cual, como resulta lógico, era un reputado músico implicado en las tendencias musicales que se querían implantar desde la capilla real. Así, el cargo estuvo ejercido en primer lugar por Juan Bautista de Medina Maymón, que lo era desde el 9 de abril de 1588, y que fue también cantor alto de corneta de la capilla flamenca desde la misma fecha hasta que el 12 de enero de 1605 pasó a ser maestro de los cantorcicos para darles lecciones en las vihuelas de arco y otros instrumentos. Su estado de salud se fue deteriorando y en 1625 se informó sobre él que:

está viejo y impedido para exercer los instrumentos de corneta y chirimía pero muy capaz de gobernar los ministriles que es para lo que fue recibido, con que Vuestra Excelencia podrá mandar que se busque persona que supla por él en quanto al tañer.

¹⁵²¹ Sobre todos estos personajes, ver tomo II (CD Rom).

¹⁵²² Aunque fue algo excepcional, pues solo tenemos constancia de que la recibió Alonso Hernández Granados, que percibía 61.200 maravedís anuales, con ayuda de costa de 13.800.

¹⁵²³ Se conoce el caso de Pedro de Porres Morales, que tenía otros 100 ducados de ventaja.

Finalmente, se le jubiló de sus oficios en 1628 y fallecería a finales de agosto de 1632, periodo durante el cual siguió ejerciendo como maestro de forma efectiva. A su muerte, el oficio estuvo vaco hasta que en 1636 se decidió que el conque Carlos Patiño fuera nombrado examinador de los ministriles, alcanzando el puesto de maestro de los mismos en 1640 y ocupándolo hasta 1652. La acumulación de cargos del maestro de capilla le obligó a ceder el puesto a otro gran músico como fue Francisco de Valdés, que había sido músico de bajoncillo y de corneta de la capilla española desde el 1 de enero de 1607, así como ministril tiple de chirimía y corneta de la casa de Castilla desde el 23 de marzo del mismo año; ejerció en los dos primeros oficios hasta su muerte el 24 de marzo de 1677. En el tercero, sin embargo, serviría hasta que el 7 de agosto de 1652 fue promovido a maestro de los ministriles. En su nombramiento, podemos ver las condiciones en que debía servir, pues se indicaba que tenía la obligación de tener escuela pública donde fueran a ejercitarse los ministriles y enseñar nuevos discípulos. Del mismo modo, se le concedía la merced de poder multar y castigar a los que hicieren falta al servicio de la capilla y demás funciones de su oficio, pudiendo repartir las multas entre los que sirvieren con puntualidad. Todo ello, con 400 ducados de salario, y ocupando el cargo hasta su muerte en 1677.

En lo referente a los componentes del resto de oficios musicales de la capilla, debemos dividirlos en función de lo requerido para el ingreso en el mismo, la filiación familiar o los referidos cambios en el gusto. Por lo que respecta a la primera cuestión, únicamente nos encontramos a los afinadores de órganos, ya que Diego Quijano, que ocupó el oficio de 1610 a 1631, era hijo del famoso organista Jan Brevost, mientras que Mateo de Ávila, que ejerció tras él desde 1631 a 1667, uniendo a dicho oficio en 1638 el de afinador de clavicordio, pasó ambos a su hijo Gabriel de Ávila, que ya había servido durante las enfermedades y ausencias de su padre.

Por lo que respecta a los vinculados con los cambios en el gusto musical, nos encontramos a los músicos de vihuela¹⁵²⁴, violón, corneta, turba¹⁵²⁵, arpa y bajón, oficio íntimamente ligado este último a los ministriles, pues 6 personajes sirvieron en ambos puestos durante el reinado de Felipe IV. Muchos de ellos, además, sirvieron como músicos de cámara o con oficios en la caballeriza y guarda, por lo que debemos considerar que las cuestiones musicales de la casa del rey eran transversales e incluían todas las secciones del servicio real, estando vinculadas íntimamente también a la casa de la reina, pues muchos tuvieron oficios en ambas, caso de

¹⁵²⁴ También denominados maestros de vihuelas o músicos de vihuelas de arco.

¹⁵²⁵ También conocida como tiorba o instrumentos.

don Juan y Bernabé del Vado, Guillermo Verons, Nicolás Panela... Del mismo modo, dicho servicio podía ampliarse a otras casas reales, tanto antes de ingresar en la capilla real, caso de Francisco Clavijo del Castillo, Manuel Machado o Eugenio de Heredia, que sirvieron al Cardenal Infante, o después del mismo, como Ignacio Zerf, que sirvió a don Juan de Austria en Flandes.

Al igual que en el caso de los músicos portugueses sobre el que ya hemos tratado, se produjo un aumento de los italianos en Madrid, cuya influencia estuvo apadrinada por los nuncios pontificios en muchos casos; así, el ex nuncio Fachinetti, ya creado cardenal y residente en Roma, declaró a favor, en julio 1644, de la condición del músico Bartolomé Giovenardi, arpista al servicio de Felipe IV. Este personaje fue músico de la capilla real desde enero 1633, lo que hace suponer que tuvo relaciones con Fachinetti durante su etapa de nuncio en Madrid ¹⁵²⁶. Por su parte, el músico bolonés Filippo Piccinini (1575-1648), intérprete de laúd y compositor, estuvo en Madrid al servicio de Felipe III y Felipe IV y compuso la música de la que se considera la primera ópera española, *La selva sin amor*, estrenada en 1627 con libreto de Lope de Vega ¹⁵²⁷. La misma procedencia tendrían el maestro Estéfano Limedo, Gabriel Gabrieli o el genovés don Tomás Gallo. Del mismo modo, nos encontramos algún músico inglés como Henry Butler, conocido en la corte hispana como don Enrique Boteler, y todavía, aunque en un número muy reducido, músicos flamencos, como Cornelis Cocx, Filiberto van Brat o don Ignacio Zerf.

Hubo varias sagas familiares de reputados músicos vinculados a la capilla, como los del Vado –Felipe, Bernabé y Juan– ¹⁵²⁸, los Clavijo –Bernardo y Francisco–, los Machado –Lope y Manuel–, los Panela –Nicolás, Juan o Roque– ¹⁵²⁹, los Hidalgo –Juan y Francisco–, o los Melchor de Camargo, “el Mozo” y “el Viejo”, algo debido, sin duda, a la especialización requerida en oficios de esta índole.

La dificultad de los músicos para poder acceder a la plaza de reservado fue grande, pues solo conocemos un violón, Álvaro Gómez, dos músicos de bajón, Melchor de Camargo “el Viejo” y Martín de Riego, y un músico de instrumentos, Felipe Piccinini, que lo obtuvieran.

¹⁵²⁶ J. SUBIRÁ: *Temas musicales madrileños (evocaciones históricas)*, Madrid 1971, pp. 63-81.

¹⁵²⁷ Una breve biografía, en D. GARCÍA CUETO: *Seicento boloñés y Siglo de Oro español...*, op. cit., pp. 151-156.

¹⁵²⁸ Conviene señalar que el padre de los tres, Bernabé del Vado, fue trompeta en la caballeriza.

¹⁵²⁹ Aunque los dos últimos sirvieron en la caballeriza.

Finalmente, señalar que un caso excepcional en los músicos de la capilla lo constituiría el oficio de maestro de hacer instrumentos, el cual fue integrado en la capilla durante el reinado de Felipe IV, cuando con anterioridad constaba en la caballeriza, tal y como se explica en el capítulo correspondiente a la misma.

En tercer y último lugar, debido a los cambios religiosos y culturales mencionados anteriormente, durante la segunda mitad del siglo XVII la música religiosa española experimentó uno de los momentos más elevados en su historia. Dentro de esta evolución jugó un papel esencial la policoralidad, siendo el citado Carlos Patiño uno de sus máximos representantes¹⁵³⁰; consistía en el uso de dos o más coros con un determinado número de voces o instrumentos con la finalidad de crear contrastes de masas sonoras¹⁵³¹.

De acuerdo con este proceso, durante la segunda mitad del reinado de Felipe IV hubo ciertos cambios en los instrumentos musicales de la capilla. Así, los violones terminaron por asentarse como grupo de músicos en la capilla real, operando un cambio que sustituía las vihuelas de arco (se consideraban más de nobles) por los violones (que se atribuían a gente inferior). Ya en 1602 apareció un grupo de ellos, procedentes de Milán, asentados en la caballeriza real, pero las vihuelas de arco se tocaban aún en la capilla. Poco a poco se fue introduciendo esporádicamente algún violón, para momentos concretos, y parece que la primera vez que se produjo esta citación fue en 1601, en que aparecen dos violones en la capilla durante la Semana Santa¹⁵³². No obstante, fue durante los últimos años del reinado de Felipe III cuando los violones comenzaron a introducirse con firmeza en la capilla y en 1624 se concedió al maestro Estéfano Limedo, por primera vez, la primera plaza de violón en la capilla real. Con anterioridad, el asiento de los mismos tenía lugar en la caballeriza, desde donde pasaban a servir a la cámara o a la capilla¹⁵³³. En 1625, Felipe del Vado obtenía plaza de violón en la caballeriza y de corneta en la capilla, pero tres años después aparece como corneta y como violón en la capilla. Con todo, en 1630 aparece en el primer tercio de los salarios la

¹⁵³⁰ G. SÁNCHEZ SÁNCHEZ: “La Real Capilla durante el magisterio de Carlos Patiño...”, *op. cit.*, pp. 926-927.

¹⁵³¹ R. RODRÍGUEZ PALACIOS: *La policoralidad en el Barroco español*, Sevilla 1992, pp. 21-22.

¹⁵³² AGP, RC, caja 78, transcrito por L. ROBLEDO ESTAIRE: “Vihuelas de arco y violones en la corte de Felipe III”, en *España en la música de Occidente*, Madrid 1987, apéndice II.

¹⁵³³ *Ibidem*, p. 71.

lista de “biolones que sirven en la capilla”, nueve en total, encabezados por el maestro Limido.

Esta circunstancia no quita que las vihuelas de arco se dejaran de cultivar en la capilla real, pero fueron desbancadas por los violones, que se fueron afianzando. De esta manera, durante el reinado de Felipe IV se consuma el cambio de la música en la corte hispana, pasando de un dominio de la polifonía vocal hispano-flamenca a la imposición de un nuevo estilo monódico, por la aportación italiana en el campo instrumental. La convivencia con los músicos españoles de Mateo Troilo, Stefano Limido y Felipe Piccinini sientan las bases del estilo peculiar del primer barroco español.

Apéndice. Listados de la capilla ¹⁵³⁴

LISTADO 1

“Lista de la capilla española del terzio primero deste año de 1621”

Capellanes

Joan Baptista Gomes teniente de maestro de capilla
Alonso Gutiérrez capellan y cantor
Pedro Sánchez, capellán de altar y cantor
Joan de Blas capellán de altar y cantor
Sebastián Rublas capellán de altar y cantor
Francisco Sagala capellán de altar y cantor
Francisco de Somabilla capellán de altar y cantor reservado
Luis Ongeró capellán y cantor
Antonio de Ayala capellán de altar y cantor
Joan de Tera capellán de altar y cantor
Pedro Ruariencia capellán de altar y cantor
Miguel Calbo capellán de altar y cantor
Don Diego de Luna capellán de altar y cantor
Don Carlos Suárez capellán de altar y cantor
El lizenziado Ribero maestro de ceremonias
Pedro Rodríguez capellán de altar y cantor
Bartolomé Rodríguez capellán de altar y cantor

¹⁵³⁴ Como ya indicamos, en AGP, AG, leg. 1135, lib. 3 se conservan todos los listados del reinado, los cuales se han vaciado para la elaboración del tomo II de esta obra (CD Rom). Hemos decidido reproducir aquí, por su interés, los listados del primer tercio del reinado y del último, así como el de 1637, momento de fusión entre las capillas española y flamenca.

Capítulo 1.4: *La capilla real*

Capellanes (Cont.)

El maestro Clavijo, organista
Blas Montero, capellán y cantor
Sebastián Martínez, organista
Juan de Guertas, capellán de altar y cantor

Cantores

Blas Aguado
Antonio Martínez
Agustín Martínez
Francisco Feremín
Francisco Ponce
Andrés Recortinas
Juan Martínez
Joan Domine
Joan Rubio
Marcos García
Joan Méndez cantor dos plaças
Michael Fernández cantor
Gaspar Díaz
Joan de San Martín cantor
Pedro de Aragón
Jerónimo Alonso
Jerónimo Crespo
Antonio Xales
Francisco Buxedo
Miguel de Areço
Diego Ponçe
Antonio de Abiles
Joan desprin
Francisco Martínez músico del bajón
Melchor de Camargo bajón
Francisco de Valdés bajonçillo
Martín de Riego bajón
Francisco de Marcos bajón
Lope Morgado músico del arpa

Oficiales

Bernardo Ruiz Rebaldebreto moço de oratorio
Hernando Ortíz de billasante moço de oratorio
Pedro Ruiz de Anteçano moço de capilla y oratorio
Diego Quijano templador de órgano

Oficiales (Cont.)

Diego de Valdés furrierl reserbado

Alonso Ortiz de Figueroa furriel

Firmado: El Patriarca

“Montan los gajes de los capellanes y cantores y otras personas de la capilla española de su Majestad en el tercio primero deste año de 1621 a raçon de 808.800 maravedís”.

Firmado: Jerónimo de Quincocés

LISTADO 2

“Lista de la capilla flamenca del terzio primero deste año de 1621”

Don Diego de Guzmán patriarca capellán y limosnero mayor

Don Melchor de Sandoval sumiller de oratorio

Don Antonio Puertocarrero sumiller de oratorio

Doctor Trivaldos capellán de banco

Mateo Romero maestro de capilla y capellán de banco

Juan Fostier capellán de altar y confesor del común

Walterio Coninck capellán de altar y cantor

Claudio Jacop confesor de los archeros

Antonio Oquet capellán de altar y cantor

Antonio Oquet cantor

Geri de Gersen cantor

Juan de Namur cantor

Nicolas de pont cantor

Florian Rey cantor

Felipe Pichinin músico de instrumentos

Reservados

Adrian Capit se le a de contar a raçon de 7 reales y un quillo por día

Pedro Cornet se le ha de contar a raçon de 5 reales y medio por día

Henrique Vinao se le a de contar a raçon de 5 reales y medio por día

Oficiales

Jusepe de la Torre moço de limosna

Diego Pitarque maestro de latín de los cantorricos

Jaques Voquet moço de capilla

Claudio de la Sablonara apuntador de libros

Juan de Notere furrier

Capítulo 1.4: *La capilla real*

Cantorçicos

Juan de la vastida
Juan de la Urosa
Jufe de Ascona
Francisco Ruiz
Juan Díez

Firmado: El Patriarca

“Montan los gajes de la persona de la capilla flamenca de su Majestad contenidos en esta lista en el tercio primero de este año de 1621 a 456.000 maravedís”

Firmado: Jerónimo de Quincocés

LISTADO 3

“Gajes del terzio primero de 1637”

*Obispo don Alonso Pérez de Guzmán patriarca de las Indias, capellán y limosnero mayor
30 placas al día.*

Sumilleres

Don Antonio Puertocarrero, sumiller de cortina y oratorio
Don Alonso Téllez Girón, sumiller
Don Álvaro de Ataide, lo mismo
Don Juan Francisco Pacheco lo mismo
Don Antonio del Bosco lo mismo
Don Diego de Guzmán lo mismo
Don Rodrigo de Moscoso y Cangas, lo mismo

Capellanes de banco

Don Fernando de Villafaña (Villafañe) capellán de banco
Mateo Romero maestro de capilla y capellán de banco reservado
Carlos Patiño maestro de capilla
Don Juan Balbani Gallo (Gallo Balbani) capellán de banco
*Don Alonso Ordóñez de la Real cura de palacio y capellán de banco el dicho por su placa
de Borgoña de juez de la capilla*

Capellanes de altar

Juan Fostier capellán de altar y confesor del común
Francisco de Buxedo apuntador
Alonso Gutiérrez
Walterio Coninck capellán de altar y cantor reservado
Hernando Coninck capellán de altar y cantor reservado

Capellanes de altar (Cont.)

Joan de Blas (Sans de Blas) capellán de altar y cantor reservado
Sebastián Martínez dos plazas
Joan de Tera (Teza) capellán de altar y cantor
Miguel Calvo
Joan de Guerta
Manuel Ribero (lizenziado Ribero) capellán y maestro de ceremonias
Bartolomé Rodríguez capellán de altar y cantor
Pedro Rodríguez capellán de altar y cantor
Antonio Oquet “el Mozo” lo mismo
Martín de Ocaña
Luis Álvarez
Antonio Bal capellán de altar y cantor
Manuel de Granados capellán y cantor “”
Urbano Pérez
Felipe de las Casas
Pedro Martín Cubero de Tera lo mismo dos plazas

Cantores

Francisco Ponce de León cantor reservado 12 plazas
Andrés de Cortina (Martínez) lo mismo reservado
Jerónimo Alonso
Francisco de Valdés bajonçillo
Florián Rey dos plazas
Jerónimo Crespo
Melchor de Camargo bajón
Michael Fernández cantor lo mismo dos plazas
Miguel de Areço (Arizu) dos plazas
Joan Rubio cantor dos plazas
Martín de Riego bajón
Marcos García dos plazas
Francisco de Marcos bajón
Antonio de Abiles cantor
Joan de la Braza cantor
Joan de la Bastida lo mismo
Bartolomé de Toraldo (Torrallbo) cantor dos plazas
Gaspar de Basconcelos (de Silva)
Juan Suárez Brandon
Maestro Estefano (Limedo) músico del violón y por la plaza de maestro de las vihuelas de la capilla
Felipe ydelbado (del Vado) corneta y violón se le debe pagar en este tercio 1623
Don Francisco Clavijo, organista

Capítulo 1.4: *La capilla real*

Cantores (Cont.)

Sebastián Martínez “el Mozo” (Verdugo) organista
Justo Ibáñez de Lazárraga, cantor
Bartolomé de Olalla, cantor
Lázaro de la Puente (Puerta, del Valle), cantor
Diego de Oviedo
Francisco Alonso
Benito Rubio
Nicolás Panela, corneta y violón
Diego de Torres Pitarque (Diego Pitarque) maestro de latín de los cantorçicos (o de gramática)
Juan Hidalgo, músico de arpa
Felipe Pichinin músico de instrumentos (tecla)
Jacobo Plancio confesor del común
Filiberto van Brat (Eshut) músico de la tecla, turba
Don Enrique Boteler, músico de viguela
El doctor Bartolomé Jabenadi (Jubenardi), músico del arpa
Domingo Suárez

Oficiales

Don Diego de Herrera moço de la limosna
Sebastián de Morales ayuda de oratorio
Hernando Ortíz de billasante (de la peña) lo mismo reservado
Pedro Ruiz de Antequano (Antenaça) lo mismo reservado
Francisco Gail moço de capilla y oratorio
Cristóbal de Ortaño (Ataño) moço de capilla y oratorio
Claudio de la Sablonara apuntador de libros reservado
Mateo de Ávila afinador de órgano
Alonso Ortíz de Figueroa furrier

Los violones que sirven en la capilla

Eugenio de Heredia violón
Martín Gómez violón
Julio Cesardo lo mismo
Leonardo Noleri lo mismo
Álvaro Gómez lo mismo
Gabriel de Gabrieles violón
Doña Ana María Carrión por Juan de Notere furrier
Doña Catalina de Notere por Don Francisco Cruzate furriel

Cantorçicos

Bartolomé de Olalla sin embargo de la plaça de cantor
Benito Rubio lo mismo

Cantorçicos (Cont.)

Domingo Suárez
Alonso Loçano cantorçico
Jerónimo Martínez (Jerónimo Alonso Martínez)
Antonio Cabero (Caberos)
Joseph de la Torre
Antonio Rodríguez

“Montan los gajes de la capilla en el tercio primero 1637 como parece en esta lista 1.812.373 maravedies”

LISTADO 4

“Gajes del terzio primero de 1665”

*Obispo don Alonso Pérez de Guzmán patriarca de las Indias, capellán y limosnero mayor
30 placas al día*

Sumilleres de cortina

Don Diego de Guzmán lo mismo (marqués de Flaenza)
Don Antonio de Benavides lo mismo
Don Jerónimo Mascareñas
Don Antonio de Guzmán lo mismo ausente no goça
Don Luis Fernández Portocarrero ausente lo mismo
Don Fernando de Ávila
Don Francisco de Moscoso
Don Carlos Risio ausente

Capellanes, cantores, músicos y demás oficiales

Don Mateo Fraso receptor una plaza
Licenciado Don Francisco Enríquez juez de la capilla 12 placas al día
Maestro Gabriel Agudo Sendin cura de palacio 20 placas
Licenciado Don Francisco Moreno teniente de limosnero mayor 4 placas
Carlos Patiño maestro de capilla y rector de los cantorçicos 32 placas
Licenciado don Juan Francisco Malagón una plaza apuntador de la capilla
Licenciado don Joan de Tera (Teza) capellán de altar y cantor dos plazas
Licenciado Don Salvador Ruiz de Chaves dos plazas
Licenciado Antonio Gómez
Licenciado Bartolomé Rodríguez de Huerta
Licenciado Diego González Apodaca lo mismo
Licenciado don Pedro Aspúr
Licenciado Manuel Fernández Heteta (Beteta) dos plazas

Capítulo 1.4: *La capilla real*

Capellanes, cantores, músicos y demás oficiales (Cont.)

Licenciado Valerio Guinot
Licenciado don Francisco de Escalada teniente de maestro de capilla
Licenciado don Francisco Lazcano de Mendoça entró en 26 de febrero de 1665
Licenciado Don Tomé de Mercado
Don Gregorio Díaz de Ylarraza dos plazas
Don Joseph Carpanzano rector del colegio de los cantorcicos una plaza
Don Jorge Lardo (Pardo) maestro de latín de los cantorcicos (o de gramática) una plaza
Francisco de Valdés bajonçillo dos plazas
Martín de Riego bajón (Arruego) reservado
Don Francisco Clavijo organista dos plazas
Juan Hidalgo
Lázaro de la Puente (del Valle) cantor
Licenciado Francisco Alonso (Vasurto) 2 plazas
Domingo Suárez dos plazas (Juárez) lo mismo y 200 ducados de aumento
Lorenzo de Soto cantor 2 plazas y 200 ducados de aumento
Joseph de la Torre cantor dos plazas (José Alonso de la Torre) y 200 ducados de aumento
Diego Núñez dos plazas y 200 ducados de aumento
Don Miguel de Yubero dos plazas cantor contralto
Licenciado Jerónimo López lo mismo
Felipe ydelbado (del Vado) corneta y violón
Gaspar Gil dos plazas
Juan de la Peña murió en 11 de março de 1665
Roque Ferrer dos plazas
Gabriel de Gabrieles una plaza
Juan del Vado dos plazas y 200 ducados de aumento
Don Tomás Gallo dos
Andrés Pérez bajón
Domingo Moreno lo mismo
Licenciado Juan Sarmiento
Licenciado Alonso Martínez
Diego Berdugo lo mismo
José Galán dos plazas
Bartolomé de Yllamazar (Llamazares) dos plazas más lo que huviere de haver por los
300 ducados que tiene en las mestas
Bartolomé Sigui (Segui) córrenle dos
Ignacio Zerf músico de viguela
Juan Gómez Navas una plaza
Don Pedro Vichez (de Vilches) 200 reales al año
Francisco Agorreta
Joseph Macana (Manzana)
Carlos de Billegas

Capellanes, cantores, músicos y demás oficiales (Cont.)

Francisco de Billegas
Martín de Ysoldi
Martín Dezi (Dezia) tiene dos plazas
Jerónimo de Vega
Guilielmo Berons dos plaças
Don Joseph Melón dos plazas y más 300 ducados cada año
Gaspar de la Torre ayuda de oratorio
Don José Márquez
Don Juan de Soto ayuda de oratorio reservado de la reina nuestra señora
Andrés García ayuda de oratorio su plaza y vestuario
Don Fernando de Austria sacristán
Licenciado Alonso Loçano
Don Carlos de la Bastida lo mismo
Frutos de Olalla
Don Pedro Mercado
Don Francisco Fernández furrier dos plazas
Juan de Cabredo furrier lo mismo
Mateo de Ávila afinador de los órganos y clavicordio
Licenciado Don Duarte de Sosa capellán de la guarda alemana
Don Martín López Baille capellán de los archeros
Los hijos de Alonso Ortíz de Figueroa 200 ducados
Doña Catalina de Notere por Don Francisco Cruzate furriel
Doña Catalina de Figueroa y Valdés (Ortíz de Figueroa y Valdés) viuda de don
Francisco de Miranda furrier
Doña Manuela de la Bastida monja en Santo Domingo el Real

Violones:

Ignacio Zerf violón y maestro de viguelas 250 ducados al año por violón y 25.000
maravedís por las viguelas
Martín Gómez violón
Felipe ydelbado (del Vado) corneta y violón
Gabriel de Gabrieles músico y violón
Juan del Vado
Cornelio Cors
Don Tomás Galo lo mismo
Guilielmo Berons lo mismo

ÍNDICE

TOMO I - VOLUMEN I

Índice de autores	vii
Índice general	ix
Siglas y abreviaturas	xlvi
Presentación,	
<i>José Martínez Millán</i>	xlix

INTRODUCCIÓN

1. EL REINADO DE FELIPE IV	
COMO DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA,	
<i>José Martínez Millán</i>	3
1.1. La decadencia de la Monarquía hispana en el siglo XVII	3
1.2. La decadencia durante el siglo XVIII. El atraso cultural	8
1.3. El concepto de decadencia durante el siglo XIX (1812-1875):	
La falta de libertad	14
1.4. El cambio de imagen de la decadencia de España	
durante el período de la Restauración	26
1.4.1. La polémica de la ciencia	27
1.4.2. La reinterpretación de la “decadencia”	
por Cánovas del Castillo	32
1.5. El debate regeneracionista sobre la decadencia española	36
1.6. La decadencia de la Monarquía hispana	
durante el régimen de Franco (1939-1975)	46
1.7. La decadencia de la Monarquía hispana y el reinado	
de Felipe IV en la historiografía española actual	49
2. ANTIESPAÑOLISMO Y DECADENCIA EN LA CULTURA ITALIANA,	
<i>Aurelio Musi</i>	57
2.1. Españolismo/antiespañolismo	57

2.2. El antiespañolismo entre Felipe III y Felipe IV	59
2.3. El crepúsculo del sistema imperial español, la academia de Medinaceli y Paolo Mattia Doria	68
2.4. Antiespañolismo e Ilustración	75
2.5. En el romanticismo decimonónico:	
El mito negativo de la fundación nacional	77
2.5.1. <i>L'Inferiorità intellettuale degli italiani</i> :	
Francesco de Sanctis	77
2.5.2. Sismondi y el <i>Risorgimento</i> italiano	81
2.5.3. El uso político del estereotipo:	
El “españolismo parlamentario”	86
2.5.4. Feudalismo, parasitismo económico y <i>Mezzogiorno</i> español	88
2.6. El antiespañolismo radical en la primera mitad del siglo XX:	
Gabriele Pepe	93
2.7. La refundación historiográfica: de Croce a Galasso	102
2.7.1. Distribuciones, contextos y núcleos del juicio historiográfico	102
2.7.2. <i>La Historia del reino de Nápoles</i> :	
una obra de refundación historiográfica	105
2.7.3. ¿Olvidar a Croce?	113
2.7.4. Nápoles española en la interpretación de Giuseppe Galasso	118
3. LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA EN EL IMAGINARIO DEL SIGLO XIX	
<i>Carlos Reoyo</i>	130
3.1. Algunos recuerdos gloriosos del reinado de Felipe III	133
3.2. En torno a la “leyenda negra”	135
3.3. El ocaso de tres poderosos:	
Rodrigo Calderón, Villamediana y Valenzuela	138
3.4. El Madrid de Felipe IV	140
3.5. La privacidad de la corte	142
3.6. Felipe IV y los artistas	144
3.7. Fiestas en la corte de Felipe IV	147
3.8. Escenas del siglo XVII	149
3.9. Retratos a la moda del siglo XVII	152
3.10. La siniestra corte de Carlos II	158
3.11. La atracción del horror	161

LAS CASAS REALES

CAPÍTULO 1

<i>La casa del rey. La casa de Borgoña</i>	167
--	-----

1. LA REAL JUNTA DE BUREO

<i>José Martínez Millán, Ignacio Ezquerro Revilla</i>	167
---	-----

1.1. Contorno orgánico del Bureo en tiempo de Felipe IV	169
---	-----

1.1.1. Competencias gubernativas	182
--	-----

1.1.2. Competencias económicas	195
--------------------------------------	-----

1.1.3. Competencias jurisdiccionales	203
--	-----

1.2. La dificultosa imposición jurisdiccional del Bureo y la aprobación de las etiquetas de 1651	211
---	-----

1.3. Inercia y permanencia de la fricción jurisdiccional	227
--	-----

1.4. Limitación jurisdiccional del Bureo en tiempo de Carlos II	238
---	-----

1.5. Perfeccionamiento de la jurisdicción.	
--	--

El asesor y su relación con el Bureo

<i>Ignacio Ezquerro Revilla</i>	249
---------------------------------------	-----

1.5.1. La controvertida asistencia del asesor en el Bureo	260
---	-----

1.5.2. Perfil biográfico y funcional de los asesores del Bureo. El doctor don Pedro Marmolejo	266
--	-----

1.5.2. La revitalización de la usanza doméstica castellana en tiempo de Carlos II	296
--	-----

Apéndice documental	310
---------------------------	-----

2. LA TRANSFORMACIÓN INSTITUCIONAL DE LA CÁMARA REAL

DE LA MONARQUÍA HISPANA DURANTE EL SIGLO XVII

<i>José Martínez Millán, Koldo Trápaga Monchet</i>	317
--	-----

2.1. Evolución de la cámara	318
-----------------------------------	-----

2.1.1. Secretario de cámara	333
-----------------------------------	-----

2.1.2. Escribano de cámara	337
----------------------------------	-----

2.2. El incremento de mercedes a través de la cámara	340
--	-----

2.3. La reforma de la cámara de 1636.	
---------------------------------------	--

El nombramiento del conde duque de Olivares

como camarero mayor y sumiller de corps	349
---	-----

2.4. La nobleza en la cámara real	
-----------------------------------	--

<i>José Antonio Guillén Berrendero</i>	361
--	-----

2.5. La cámara real como espacio palaciego de integración	
---	--

<i>Ignacio Ezquerro Revilla</i>	379
---------------------------------------	-----

2.5.1. Etiquetas de actuación. Distribución, uso y restricciones del espacio interno de la cámara real en tiempo de Felipe IV	380
2.5.1.1. La <i>Instrucción</i> para la cámara y aposento real de 22 de septiembre de 1637	385
2.5.1.2. El secretario en la articulación del espacio de la cámara real	391
2.5.2. La cámara real como espacio dual y permeable	398
2.5.3. El valor espacial agregativo de la cámara real de Castilla en el plano jurisdiccional: los porteros de cámara del Consejo Real y las chancillerías	405
2.5.3.1. Forma de designación, funciones y posición de los porteros de cámara del Consejo Real	411
2.5.3.2. Procedencia e inserción de la función jurisdiccional en el espacio reservado del rey: los porteros de cámara de chancillerías y audiencias	420
2.5.3.3. Dependencia de los porteros de cámara de las chancillerías de la casa de Castilla	427
2.5.3.4. Forma de designación, funciones y posición de los porteros de cámara de las chancillerías	429
2.5.3.5. Los porteros de cámara en la homologación cortesana de Consejo y audiencias	434
2.5.4. La corte como continuidad territorial	436
3. EL FUNCIONAMIENTO DIARIO DE PALACIO:	
LOS OFICIOS DE LA CASA	
<i>José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz</i>	440
3.1. Los oficios de la casa	440
3.1.1. Los oficios en el contexto de las reformas de la casa real	459
3.1.2. Condición social de los componentes de los oficios	462
3.1.3. <i>Cursus honorum</i> de los oficiales	468
3.2. Los médicos de Felipe IV	
<i>Anastasio Rojo Vega</i>	474
3.2.1. Procedencia de los médicos reales	474
3.2.2. Médicos reales, tipos y nombres	479
3.2.3. La Medicina en el reinado de Felipe IV	504

3.3. La Real Botica

<i>Mar Rey Bueno</i>	507
3.3.1. Antecedentes de la asistencia farmacéutica en la corte hispana (1475-1621)	508
3.3.1.1. El <i>Informe Valles</i> (1588-1590)	511
3.3.1.2. La creación de la Real Botica (1594)	516
3.3.2. La Real Botica en el reinado de Felipe IV (1621-1665) ..	520
3.3.2.1. Modificaciones de plantilla: Las reformas económicas de 1624 y 1630	521
3.3.2.2. Quiebra económica (1638-1647)	523
3.3.2.3. <i>Instrucción para el buen gobierno de la Real Botica</i> (1647)	524
3.3.2.4. Problemas con el sector médico real	527
3.3.3. Jardines de simples medicinales y laboratorios de destilación, dependencias anejas a la Real Botica ...	528
3.3.3.1. La pasión de un rey antófilo	529
3.3.3.2. Aguas y simples en el jardín de Aranjuez ...	530
3.3.3.3. Los jardines y destilatorios del Alcázar madrileño	532
3.3.3.4. La “mansión de las aguas” escurialense	534
3.3.3.5. El oficio de destilador mayor de su Majestad	535
3.3.3.6. La destilación real durante el reinado de Felipe IV	538
3.3.3.7. La destilación del Buen Retiro	541
3.3.4. La botica de Aranjuez	544
3.3.4.1. Primeras peticiones de un servicio farmacéutico (1593-1609)	545
3.3.4.2. Medidas encaminadas a instalar una botica en Aranjuez (1613-1615)	546
3.3.4.3. La dinastía de los Coca (1615-1657)	547
3.3.5. La botica de la reina Isabel de Borbón	549
3.3.5.1. Antecedentes: la botica de Isabel de Valois ..	549
3.3.5.2. Resurgimiento de la figura del boticario de la reina	551
3.3.5.3. Una institución particular: la “enfermería de damas”	552
3.3.6. El boticario real como científico cortesano	554

4. LA CAPILLA REAL,	
<i>José Martínez Millán</i>	561
4.1. La capilla real, “corazón” del Alcázar de Madrid	562
4.2. La capilla como departamento de la casa real	564
4.2.1. Capellán mayor, limosnero mayor y patriarca de las Indias	
<i>Esther Jiménez Pablo</i>	565
4.2.1.1. Intereses castellanos	
en la creación del patriarcado de Indias	566
4.2.1.2. Control de los asuntos eclesiásticos	
americanos a través del patriarcado	
y de la nunciatura de Indias	572
4.2.1.3. Dotación económica del patriarcado	
en tiempos de Felipe III	579
4.2.1.4. Diego de Guzmán y la unión	
de la dignidad del patriarcado al oficio	
de capellán mayor y limosnero mayor	584
4.2.1.5. El patriarca de Indias	
durante el reinado de Felipe IV:	
Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno”	594
4.2.1.6. Un gran patrón en la capilla real	
de Felipe IV: don Alonso Pérez de Guzmán	599
4.2.1.7. El gobierno de la capilla real	603
4.2.2. Sumilleres de cortina	
<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	609
4.2.3. Confesores	
<i>Fernando Negredo del Cerro</i>	613
4.2.3.1. Fray Antonio de Sotomayor	620
4.2.3.2. Fray Juan de Santo Tomás	640
4.2.3.3. Fray Juan Martínez	650
4.2.4. Predicadores	
<i>Fernando Negredo del Cerro</i>	659
4.2.5. La influencia de las circunstancias del reinado	
y de las luchas faccionales en la composición	
de los principales oficios de la capilla	
<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	695
4.3. La transformación ideológica de la monarquía	
y su reflejo en la capilla real	
<i>José Martínez Millán, Esther Jiménez Pablo</i>	700

4.3.1. La devoción por la Eucaristía	701
4.3.2. La identificación del catolicismo con la dinastía de los Austria	718
4.3.3. La capilla real, guía de la ideología religiosa	742
4.4. Transformación de la música de la capilla real <i>José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz</i>	764
Apéndice. Listados de la capilla	786



Este primer volumen del tomo primero de
La corte de Felipe IV (1621-1665).
Reconfiguración de la Monarquía católica
se acabó de imprimir en Madrid
el día 7 de septiembre del año 2015.

La decadencia de la Monarquía hispana siempre se ha identificado con el reinado de Felipe IV y ese proceso histórico se ha interpretado desde planteamientos prioritariamente económicos y desde un punto de vista castellano, insistiendo en el retroceso militar que experimentó en Europa. Para justificar esta evolución, los historiadores no han dudado en acusar al monarca de ser un personaje abúlico y amigo del placer y la diversión más que del trabajo, extrayendo tales características, incluso, del semblante con que aparece en los numerosos retratos que le hizo el gran Diego Velázquez. En nuestra opinión, la interpretación que se ha dado al reinado es simplista y unidimensional. Por lo que se refiere a Felipe IV, defendemos que fue un rey burócrata como su abuelo (así lo testimonian los documentos), y la expresión de sus rasgos faciales bien pudiera ser fruto del sereno estoicismo y la espiritualidad radical (que el monarca practicó) ante la impotencia y soledad con que se tuvo que enfrentar a los duros problemas por los que atravesó la Monarquía. En este sentido, es preciso recordar que toda su vida se desenvolvió en la adversidad y nunca perdió la compostura humana ni tampoco la política en orden a mantener su Monarquía, lo que contradice la opinión de falta de voluntad.

ISBN (O.C.): 978-84-16335-07-7



Ediciones Polifemo

ISBN (Vol. 1): 978-84-16335-08-4

